BERNAL DÍAZ
DEL CASTILLO

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España

Edición de Miguel León-Portilla



CRÓNICAS DE AMÉRICA 2

Entre 1519 y 1521 Hernán Cortés, al frente de un escaso grupo de soldados, lleva a cabo la conquista de México, una de las epopeyas más importantes de la presencia española en el Nuevo Mundo. Sobre este acontecimiento contamos con varios testimonios, tanto de cronistas españoles como de los autores de códices y relaciones indígenas. Ninguno, sin embargo, tan apasionante, directo y de fácil lectura como esta *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo.

Sea cual fuera la razón última por la que Bernal escribió su *Historia*, su largo memorial y sus recuerdos de conquistador, escritos y corregidos pacientemente a lo largo de treinta años, constituyen todavía hoy uno de los relatos más apasionantes e increíbles sobre el encuentro entre dos mundos y dos culturas: la española y la americana. De ahí las numerosas ediciones que la obra de Bernal ha tenido en las más diversas lenguas.

Cuando se cumplen justamente los cuatro siglos de la muerte de Bernal Díaz del Castillo en Guatemala, esta colección que ahora inicia su andadura quiere rendir justo homenaje al genial cronista y valeroso soldado cuya vida transcurrió de batalla en batalla, primero con los indios, después con los oficiales reales que le negaban o regateaban lo que él creía merecer.

Nuestra edición reúne, además, dos alicientes importantes: primero, el texto que aquí se publica es el definitivamente fijado después de no pocos años de trabajo, por Carmelo Sáenz de Santa María, máximo experto en la obra bernaldiana; segundo, la edición ha

corrido a cargo del prestigioso historiador mexicano Miguel León-Portilla. México y España vuelven a coincidir, ahora sobre una obra que ya es historia de ambos países.

La presente edición está basada en el Manuscrito Remón.



Bernal Díaz del Castillo

Historia verdadera de la conquista de la Nueva España

Manuscrito Remón

Crónicas de América - 2

ePub r1.0

Himali 06.11.16

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*
Bernal Díaz del Castillo, 1632
Edición, introducción y notas: Miguel León-Portilla
Diseño de cubierta: Himali
Editor digital: Himali
ePub base r1.2
Conversión a pdf: FS, 2018





INTRODUCCION

La conquista de México (1519 a 1521) fue confrontación de culturas, asombro, sagacidad y violencia: encuentro de dos mundos. A la postre marcó también el comienzo del ser de un nuevo pueblo.

En aislamiento de milenios habían florecido las culturas de Mesoamérica (el México antiguo). Anteriores a la era cristiana —desde por lo menos 1200 a. C.— fueron los misteriosos olmecas. Con ellos principió la alta cultura en esta parte del Nuevo Mundo. Más tarde (siglos I-VIII d. C.) surgieron los zapotecas, teotihuacanos, mayas y otros, creadores de grandes centros religiosos y ciudades. El esplendor azteca, apoyado en el legado de los toltecas (IX-XI d. C.), databa de muy pocos siglos antes de la aparición de los *Caxtiltlacah, los hombres de Castilla*. Sin embargo, su gran metrópoli, México-Tenochtitlan, era testimonio de vieja herencia cultural: palacios, templos, mercados, esculturas de dioses, pinturas murales, inscripciones jeroglíficas, ritos de sangre, sacerdotes, sabios guerreros, gente del pueblo y un gran señor, Moctezuma, siempre acatado y temido.

En el extremo occidental del Mediterráneo, en medio de contactos e intercambios innumerables, se habían desarrollado los pueblos de Hispania. A una población autóctona —los iberos, ancestros tal vez de los vascos— se sumaron las presencias y culturas de otros muchos: celtas, griegos, fenicios, romanos, cartagineses, godos y otros germanos, judíos y árabes, rica madeja de gentes, venidas de áfrica, Asia Menor y de otras partes de Europa mediterránea y septentrional. Desde pocos siglos antes del encuentro con el Nuevo Mundo, la antigua y múltiple herencia de cultura florecía en varios reinos cristianos en

lucha con los musulmanes. Fernando e Isabel habían consumado la victoria en 1492. Antes habían logrado unificar a sus reinos. El mismo año de 1492, desde España se emprendía la búsqueda de nueva ruta al Asia por el poniente. Entonces, sin que se tomara plena conciencia de ello, se inició el encuentro de dos mundos.

Veintitantos años después —desde las Antillas—, en busca siempre de reinos tan ricos como Cipango y Cathay (Japón y la China), zarparon pequeñas armadas, una vez más, con rumbo al poniente. Así ocurrió el encuentro, ahora ya con Mesoamérica, el México Antiguo.

Son varios los que han dejado testimonio acerca de ese encuentro, pacífico en sus comienzos, luego en extremo violento. Testimonios de primera mano son las *Cartas de Relación* de Hernando Cortés, así como los breves escritos del capitán Andrés de Tapia y de Francisco de Aguilar, soldado que más tarde se hizo fraile dominico. Otros relatos de los que se tiene noticia, también de conquistadores, se hallan hoy perdidos.[1]

Habían supuesto algunos que los indígenas, derrotados y abatidos, fueron incapaces de dejar testimonio alguno de su encuentro y lucha con quienes, en un principio tuvieron por dioses y supieron luego eran *hombres de Castilla*. Conocemos ahora varios *códices* —libros de Mesoamérica con pinturas y glifos— que, al menos en parte, son portadores de la visión indígena de lo que entonces ocurrió. También hay textos transcritos ya con el alfabeto —uno de ellos hacia 1528— en lengua náhuatl (azteca o mexicano) y en otras como el maya de Yucatán y el quiché de Guatemala. En esos códices y textos están las relaciones indígenas del encuentro y la conquista. Constituyen la *Visión de los vencidos*.[2]

Entre tales testimonios de gentes de Mesoamérica y

hombres de Castilla —tan distintos pero afines porque hablan de los mismos hechos— hay que situar la *Historia* de Bernal Díaz del Castillo. Fue él asimismo testigo de mucho de lo que refiere. Se preciaba de haber sido descubridor de la misma Nueva España, puesto que había participado en la primera expedición, en 1517, a las órdenes de Francisco Hernández de Córdoba. Y muchas veces reiteró haber estado luego en la armada de Juan de Grijalva que tocó playas mexicanas en 1518. Por fin, en la que encabezó Cortés fueron —según lo expresa— innúmeras las acciones en que tomó parte, hasta la derrota azteca y después, también al lado de don Hernando en su expedición a Honduras, y por Veracruz, Tabasco y Chiapas.

Como otros conquistadores, Bernal había hecho probanza escrita de sus méritos y servicios. Exhibiendo cuál había sido su parte en la conquista de la Nueva España, solicitaban ellos recompensa de la Corona. Bernal había proseguido en sus demandas, pues, entre otras cosas, se había visto desposeído de unos pueblos de indios que tenía encomendados. Podría decirse que su destino fue batallar la mayor parte de su larga vida, primero con los indios y luego con los oficiales reales que le negaban o posponían lo que él creía merecer.

En medio de tales afanes, viviendo en Santiago de Guatemala, concibió la idea de preparar más por extenso un *memorial de las guerras*[3]. No es fácil precisar el año en que puso manos a la obra. Como habremos de verlo, hay pruebas de que por lo menos hacia 1555 —cuando contaba cerca de sesenta años— tenía ya algo escrito a modo de historia[4]. Su empresa de cronista, entretejida con sus otros quehaceres, sirviendo en el cabildo de Guatemala y pleiteando en pro de sus intereses, se prolongó casi hasta el

tiempo de su muerte en 1584. La recolección de sus recuerdos de conquistador, su escribir, borronear, corregir y volver a redactar se prolongó por cerca de treinta años.

Mucho se ha debatido sobre qué le movió a escribir y por qué siguió escribiendo a lo largo de tanto tiempo. Se ha afirmado en ocasiones que, más que historia, su *memorial* fue una nueva y muy larga relación de méritos. Han proclamado otros que sobre todo escribió para contradecir al capellán de Cortés, el humanista Francisco López de Gómara, personaje que no conoció México, y en 1552 sacó una *Historia de la conquista de México*. Ante el cúmulo de ponderaciones que con estilo tan atildado hace Gómara de la persona y los hechos de Cortés, se ha expresado también que Bernal, con sentido popularista, quiso poner de bulto la participación de todos los otros conquistadores, en especial la suya propia. Por esto último, incluso se le ha tildado de vanidoso que, en su afán de alabarse, da entrada a fantasías y aun falsedades.

La obra de Bernal publicada con el título de *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, desde su primera aparición —un poco tardía— en Madrid, 1632, ha sido así objeto de juicios bastante distintos entre sí. Alabada por unos, ha sido desdeñada y aun duramente criticada por otros. Con el paso del tiempo, un elemento prevaleció en su sino: la llamada *Historia verdadera* sigue siendo leída con fruición.

Una vez más vuelve ahora a publicarse en Madrid, donde apareció su edición primera. Signo de los tiempos es que sea un mexicano el que esto escribe. Introduzco la *Historia verdadera* para disfrute e información de lectores españoles. Nueva forma de encuentro, siglos después. Con la concisión requerida en los volúmenes del que éste forma

parte, atenderé a lo más sobresaliente en la vida de Bernal; me replantearé la pregunta de por qué escribió; analizaré y valoraré lo que es la sustancia de su obra.

LOS MANUSCRITOS BASE DE ESTA EDICIÓN

Quiero hacer antes una precisión. Vimos ya que Bernal escribió a lo largo de por lo menos treinta años. Hay que añadir ahora que, muerto él, otros metieron mano en sus manuscritos. De una parte, un fraile mercedario, Alonso Remón que, en España, tuvo la versión que Bernal había remitido a la corte en 1575 para su eventual publicación. De otra, principalmente su hijo Francisco que, viviendo en Guatemala, conservó otro manuscrito en el que Bernal había continuado trabajando, como se dijo, casi hasta su muerte. Tanto el mercedario como el hijo en sus respectivos manuscritos, y por diferentes causas, introdujeron cambios, añadidos o mutilaciones. El fraile quiso poner en boca de Bernal referencias y alabanzas a la actuación de los mercedarios sobre todo en Guatemala. El hijo suprimió lo que tuvo por inconveniente y añadió ciertos datos que creyó redundaban en prestigio de su padre.

Por mucho tiempo se conoció tan sólo el texto con los arreglos introducidos por el fraile. Ediciones en castellano y versiones al inglés, francés, alemán, danés y húngaro, aparecidas hasta 1904, siguieron todas el dicho texto publicado en Madrid en 1632. Tan sólo en 1904 el mexicano Genaro García, con permiso del gobierno de Guatemala, poseedor del otro manuscrito, hizo la primera publicación apoyada en él, como versión la más genuina del original. A partir de entonces otras ediciones han aparecido, en las que se sigue el texto conservado en Guatemala, modernizadas ortografía y puntuación.

El texto que aquí se publica como el más cercano a lo que Bernal quiso saliera a luz al enviar su manuscrito a España, ha sido establecido como resultado de bastantes años de meticuloso trabajo. El asunto tiene su historia, que aquí con brevedad recordaré. Hacia 1932 se propusieron los gobiernos de España y México sacar, por fin, una edición crítica —puntual reconstrucción del texto original— de la *Historia* de Bernal. La tarea se encomendó a un joven historiador español, Ramón Iglesia. Afortunada coincidencia fue que entonces apareciera en Murcia un tercer manuscrito de la *Historia verdadera*. Era éste una copia —dispuesta para la imprenta— por encargo del ya mencionado don Francisco, hijo de Bernal. El nuevo manuscrito, conservado hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid, puede describirse como transcripción en la que se tomaron en cuenta las indicaciones que en su borrador había incluido Bernal teniendo en mente su posible publicación.

La guerra civil española fue causa de que Ramón Iglesia hubiera de interrumpir su trabajo de edición crítica, apoyado en los tres textos, el publicado por el fraile, el conservado en Guatemala y ya impreso desde 1904, y el nuevo conocido como *manuscrito Alegría* por el nombre de su poseedor español. El propio Iglesia, que se convirtió luego en *transterrado* en México, explicó más tarde algo de lo que ocurrió[5]. Aquí me limito a decir que la tarea de la edición crítica que quedó en suspenso la retomó años después don Carmelo Sáenz de Santa María, auxiliado por alumnos suyos.

El texto que aquí se publica es precisamente el establecido como resultado de tales trabajos. En él se buscó sacar —sin añadidos como los del fraile mercedario ni las

otras alteraciones debidas al hijo don Francisco— una versión lo más cercana posible a lo que Bernal tuvo originalmente dispuesto. Los textos que aparecen en cursiva indican que no constan en el manuscrito de Guatemala. Interesante es señalar que la primera vez que apareció esta edición crítica fue en 1982 bajo el patrocinio conjunto de España (Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid), México (Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional) y Guatemala (Universidad Rafael Landívar, ciudad de Guatemala).

En tanto que en dicha primera edición crítica se presentan en columnas paralelas el texto reestablecido y, por vía de comparación, el del manuscrito de Guatemala, aquí se ofrece ya sólo el que ha sido resultado de la referida y larga investigación.

Para guiar al lector —que juzgo será benévolo— notaré que al citar algún párrafo de Bernal en esta Introducción pondré entre paréntesis el número del capítulo del que procede. Dicho esto, vamos a acercarnos ya a la persona de nuestro cronista.

QUIEN FUE BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

Por supuesto que Bernal es la mejor fuente para saber acerca de Bernal. Otros pocos testimonios —al menos debidos a personas de reconocida autoridad— ayudarán en ocasiones a poner las cosas en su punto. Se deben al ya mencionado oidor Alonso de Zorita (1511 -m. hacia 1590), a Diego Muñoz Camargo (n. hacia 1526), mestizo de Tlaxcala, interesado asimismo en antiguallas, ya fray Juan de Torquemada (1562-1624), autor también de amplia obra histórica. Dos de ellos conocieron a Bernal en Guatemala; el otro supo sólo de su crónica. Además de las breves

referencias de éstos acerca del soldado cronista, existen dos cartas —redactadas a solicitud del interesado— y suscritas nada menos que por Hernando Cortés y el virrey Antonio de Mendoza. En ambas se recomienda a Bernal ante el monarca y los de su Consejo de Indias en atención a los méritos que allí se enumeran. Aparte de esto, pueden exhibirse las declaraciones de cinco testigos, amigos de Bernal, en la probanza de méritos que él promovió; varias reales cédulas obtenidas también por él en que se le conceden mercedes y, finalmente, las actas y cartas del Cabildo de Guatemala en cuyas sesiones participó como uno de sus regidores[6].

Hasta que salió para el Nuevo Mundo

Buenos recuerdos guardaba Bernal Díaz —más tarde él mismo se añadió el *del Castillo*— del lugar donde había nacido: *la muy noble e insigne y muy nombrada villa de Medina del Campo* (CCV). En un capítulo menciona a su padre Francisco Díaz del Castillo (CCV), regidor de dicha villa, y en uno solo, recuerda el nombre de su madre, *María Diez Rejón, su legítima mujer* (man. Guatemala, cap. I). Curiosamente, en tanto que Medina del Campo es mentada en numerosos pasajes de su *Historia*, en ningún lugar de la misma queda en claro en qué año vino Bernal al mundo. Es cierto que no una, sino varias veces alude a la edad que tenía en tal o cual episodio o haciendo referencia al momento en que escribe. También en su probanza de méritos y en las de otros en que actuó como testigo hizo declaración de su edad. Y. sin embargo, cual si números y fechas produjeran confusión a quien, por otra parte, gozaba de envidiable memoria, de sus alusiones y declaraciones no es fácil establecer el año buscado. Quienes han ahondado más en este asunto, Ramón Iglesia, Herbert E. Bolton y

Carmelo Sáenz de Santa María, coinciden en afirmar que Bernal nació en 1495 o 1496[7].

De los años que pasó en Medina del Campo hay algunos recuerdos en su *Historia*. El que su padre haya sido regidor en ella lleva a inferir que la familia debió tener una buena posición. Bernal —aunque alardea muchas veces de no ser hombre de letras *y estas mis palabras tan groseras y sin primor* (XVIII)—, en modo alguno era persona ruda. Lleva esto a pensar que había recibido cierta forma de educación. A diferencia de muchos, sabía leer y escribir. Más tarde le atraerían los libros de los Amadises y también las historias de griegos y romanos y otras obras más, a las que alude con relativa frecuencia.

En sus recuerdos de su villa natal sobresale el de sus ferias en las que ganados y otras muchas cosas se compraban y vendían. Precisamente las menciona al hablar de la impresión que le causó contemplar el gran mercado de Tlatelolco, recién entrado con Cortés, por vez primera en noviembre de 1520, a la ciudad de México:

De esta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva-España, puestos por su concierto de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías, por sí; así estaban en esta gran plaza… (XCII).

De los Reyes Católicos, que solían pasar algún tiempo en el castillo de la Mota, allá en Medina del Campo, recuerda Bernal que *mis antepasados y mi padre* y *un mi hermano siempre fueron servidores de la corona real y de los reyes católicos, don Fernando y doña Isabel, de muy gloriosa memoria…* (I). Por cierto que esta última había muerto en ese castillo en 1504, cuando Bernal tenía ocho o nueve años.

Otra alusión a Medina del Campo hace a propósito de una crítica enderezada a Francisco López de Gómara, el cronista que tanto había ensalzado a Cortés. Poniendo en evidencia que Gómara desconocía la geografía mexicana, escribe:

Dice otras cosas que no son así; porque claro está que, para ir desde Tepeaca a Guacachula, no había de volver atrás por Guaxocingo, que era ir como si estuviésemos ahora en Medina del Campo y, para ir a Salamanca, tomar el camino por Valladolid (CXXXIII).

No sólo Bernal sino otros varios, de entre los soldados que acompañaron a Cortés, habían nacido en Medina del Campo. De ellos habla en diversos lugares: Cristóbal de Olea, el valiente que, al salvar a Cortés que estaba *ya* en manos de los aztecas, perdió su propia vida (CXLV); Francisco de Lugo, *capitán que fue de entradas, hombre bien esforzado* (CCV) y Francisco de Medina, que *se metió a fraile francisco y fue buen religioso* (CCV). A estos tres añadió luego al capitán Cristóbal de Morante (CX), que vino en compañía de Pánfilo de Narváez, el enviado de Diego Velázquez, con el encargo de desposeer a Cortés del mando y llevarlo preso a Cuba. Tanto Morante como luego el capitán e hidalgo, también natural de Medina del Campo, Rodrigo Morejón de Lobera (CXXXII) se sumaron después a las huestes de Cortés. Cinco —y con Bernal seis— de la misma noble villa son prueba, al igual que otros muchos de origen castellano, levantino, gallego, portugués, vascuence y hasta genovés, que no todos los conquistadores eran extremeños y andaluces.

Primeros años en las tierras nuevas

En 1514 dio rumbo, por completo diferente, a su vida. De escasos veinte años se embarcó, según dice, siguiendo a Pedrarias Dávila, del que afirma que *vino por gobernador de*

Tierra Firme (Nombre de Dios en Panamá). De este episodio, con el que Bernal quiere señalar cómo ocurrió su primera entrada y actuación en el Nuevo Mundo, proporciona muy escasas y más bien equivocadas noticias. Tras decir que, estando allí tres o cuatro meses, *dio pestilencia de la cual murieron muchos soldados y demás de esto todos los más adolecíamos y se nos hacían unas malas llagas en las piernas*, habla del conflicto que surgió entre Pedrarias y su yerno Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Pacífico. Al tocar este asunto, lo hace Bernal como si tal situación y lo que fue su desenlace —el que Pedrarias mandara degollar a Balboa— hubieran acaecido durante su breve estancia en Tierra Firme y no en 1519, el mismo año en que, desde Cuba, se embarcó para México entre los soldados de Cortés.

Como para no dejar duda de que había sido él testigo de la muerte de Balboa, añade Bernal que *después de que vimos lo que tengo dicho cómo por sentencia* [Pedrarias] *le mandó degollar* (man. Guatemala, cap. I), fue cuando pidieron él y otros licencia para pasar a Cuba. Antes de hablar sobre lo que allí ocurrió a Bernal, traeré a cuento un dato que parece poner en entredicho lo que escribió éste acerca de su venida al Nuevo Mundo con Pedrarias. En el *Catálogo de Pasajeros a Indias* se consigna que el 5 de octubre de 1514 —seis meses después de la partida de Pedrarias— se embarcó un *Bernal Díaz… natural de Medina del Campo*[8]. ¿Era éste un homónimo de nuestro soldado cronista o era él mismo que, para darse desde un principio importancia, pretendió haber marchado a América como alguien bien conocido? Dejando así en suspenso esta cuestión, veamos lo que sucedió a Bernal en Cuba.

Gobernaba allí Diego Velázquez, que no sólo recibió bien a Bernal y a los que con él venían sino que *prometió que*

nos daría indios [en encomienda] *de los primeros que vacasen*. Como ello jamás ocurrió, los que confiados de encontrar un mejor destino se habían establecido en Cuba, buscaron entonces nuevo género de aventura. Según Bernal, ciento diez hombres se concertaron con un hidalgo, Francisco Hernández de Córdoba.

para que fuese nuestro capitán y, a nuestra ventura, buscar y descubrir tierras nuevas y en ello emplear nuestras personas (I).

A esto siguió la compra de tres navíos, todo en plan de empresa privada. Al decir de Bernal, sólo en un momento dado intervino Velázquez, ofreciendo otra embarcación y algo de bastimentos. Dos condiciones ponía: una era ir a unas isletas que están entre Cuba y Honduras; la otra, que debían saltear indios para llevarlos como esclavos. En este punto Bernal se pone a sí mismo de relieve y, como si al escribir evocara la actuación de fray Bartolomé de las Casas, al que según veremos conoció, adopta una postura semejante a la del fraile y asevera que él y otros hicieron reproche de esto a Velázquez.

La expedición de Hernández de Córdoba —iniciada en febrero de 1517 cuando por cierto aún vivía Balboa— puso a Bernal por vez primera en contacto con el mundo extraordinario y paradójico del México prehispánico. Se enteró entonces de la existencia allí de grandes poblaciones, con templos, esculturas de dioses, ritos sangrientos, guerreros valerosos e indicios de no poca riqueza.

Recordando en la *Historia* y en otras cartas y varias ocasiones esta temprana entrada, Bernal repitió que él no sólo había sido uno de los primeros conquistadores sino también uno de los que, con gran riesgo, descubrieron el gran país que se llamó después Nueva España. Y no contento con uno y otro título —que alguien en vida suya se

atrevió, luego a negarle— proclamó otras muchas veces que había tenido el privilegio de tomar parte en las tres primeras expediciones a México, ésta de Hernández de Córdoba (1517), la de Juan de Grijalva (1518) y la de Hernán Cortés (1519).

Ahora bien, tampoco aquí han faltado quienes hayan puesto en tela de juicio su participación en la expedición de Grijalva. Los argumentos principales son que no habló de ella en su probanza de méritos; que nunca mencionó el nombre de alguno de los soldados que tomaron parte; que su relato en este punto es muy pobre y difiere en alto grado de otra relación que sobre tal viaje existe, atribuida al capellán de la armada y conservada por el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo[9]. ¿Hay en esto nueva prueba de que Bernal se atribuyó timbres de gloria que no le correspondían?

Una referencia, profundamente humana, de las que ponen de bulto los recuerdos, nos sale al paso, esta vez, desafiante. El episodio en cuestión tuvo lugar, dice Bernal, al tiempo del regreso de la armada de Grijalva hacia Cuba, adelante ya de Coatzacoalcos, en las costas de Tabasco:

También quiero decir cómo yo sembré unas pepitas de naranjas junto a unas casas de ídolos y fue de esta manera: que como había muchos mosquitos en aquel río, fuime a dormir a una casa alta de ídolos, e allí, junto a aquella casa, sembré siete u ocho pepitas que había traído de Cuba, e nacieron muy bien: parece ser que los papas [sacerdotes] *de aquellos ídolos les pusieron defensa para que no las comiesen las hormigas, e las regaban e limpiaban desque vieron que eran plantas diferentes a las suyas. He traído esto a la memoria para que se sepa que estos fueron los primeros naranjos que se plantaron en la Nueva España, porque, después de ganado México e pacíficos los pueblos sujetos de Guazacualco* [Catzacoalcos, donde sembró las

semillas], *tubos por la mejor provincia… A este efecto se pobló de los más principales conquistadores e yo fui uno, e fui por mis naranjos y traspáselos* [transplantelos] *e salieron muy buenos…* (XVI).

Si el realismo desvanece dudas, este sería un buen ejemplo de ello. Concluidas sus noticias acerca del viaje de Grijalva, pasa ya a tratar de lo que en suma más le importa, la entrada a México con Cortés. Aquí resalta, en el Bernal ya viejo que escribía, un hondo sentido de reflexión. Quiere entrar en materia, pues va a hablar de los hechos portentosos en los que él y sus compañeros se afanaron en más de cien batallas pero duda cómo empezar. Le interesa también recordar que el gobernador Diego Velázquez envió a Castilla un procurador para dar cuenta de lo descubierto por Grijalva, pero piensa a la vez que debe ya referirse a don Hernando y su expedición. Un tanto perplejo nota entonces:

Y aunque parezca a los lectores que va fuera de nuestra relación esto que yo traigo aquí a la memoria, antes que entre en lo del capitán Cortés, conviene que se diga, por las razones que adelante se verán, e también porque en un tiempo acaecen dos o tres cosas y, por fuerza, hemos de hablar de una, la que más viene al propósito (XVII).

El asunto sobre el que hubo de hablar fue el del favorable resultado de las gestiones del procurador de Velázquez en España. Sin embargo —al menos en el orden de los capítulos de su *Historia*, tal como quedó ésta— hay una especie de inciso tocante a otra materia. Se refiere ésta nada menos que a la impresión que causó a Bernal toparse con la obra de Francisco López de Gómara. Había sido publicada ésta por vez primera bajo el título de *Hispania Victrix. Primera y segunda parte de la Historia General de las Indias con todo el descubrimiento desde que se ganaron hasta el año de 1551, con la conquista de México y de la Nueva España*, Zaragoza, 1552.

Tempranas reediciones de esta obra fueron las de Medina del Campo, 1553, y otra vez en Zaragoza, 1554.

La reacción del soldado cronista fue, primero, de desaliento, y, luego, de disgusto y crítica. A la postre el hallazgo le dio nuevos bríos para proseguir en lo que tenía entre manos:

Estando escribiendo esta relación, acaso vi una historia de buen estilo, la cual se nombra de un Francisco López de Gómara que habla de la conquista de México y Nueva España y cuando leí su gran retórica, y cómo mi obra es tan grosera, dejé de escribir en ella, y aun tuve vergüenza que pareciese entre personas notables; y estando tan perplejo como digo, torné a leer y a mirar las razones y pláticas que el Gómara en sus libros escribió, e vi desde el principio y medio basta el cabo no llevaba relación y va muy contrario de lo que fue e pasó en la Nueva España… (XVIII).

Los recuerdos de Bernal sobre aquello en que tanta parte tuvo se interrumpieron así con esta primera crítica —anticipo de otras muchas en su libro— en contra *del Gómara* y de quienes siguieron a éste, cuyas obras también conoció, Gonzalo de Illescas y Paulo Jovio[10].

Para enterarse de la participación de nuestro cronista en la empresa cortesiana es obvio que la fuente, no sólo principal sino realmente única —fuera de su probanza de méritos— es la *Historia verdadera*. A diferencia de Cortés que, como lo nota el mismo Bernal, en sus relaciones al emperador, casi nunca se refirió por su nombre a los capitanes y soldados, sino que se ponía siempre como quien todo lo ordenaba, en la *Historia verdadera* abundan las menciones de personas determinadas. Entre ellas aparece Bernal hablando y actuando. Imposible es pretender aducir tales referencias, pues ello equivaldría a reproducir en esta Introducción una buena parte de la obra que, completa, se

publica. No resisto, sin embargo, a señalar al menos unos cuantos episodios que, de sí mismo, recuerda Bernal.

Ver en Cholula *la muy buena loza de barro, colorado y prieto y blanco de diversas pinturas*, lo hace reaccionar, *digamos ahora como en Castilla lo de Talavera o Plasencia* (LXXXIII).

Estando ya más cerca de la metrópoli azteca, al recibir Cortés un presente enviado por Moctezuma, alude a sí mismo y a otros, diciendo:

Nos alegramos con tan buenas nuevas en mandarnos que vamos a su ciudad, porque de día en día lo estábamos deseando todos los más soldados, especial los que no dejábamos en la isla de Cuba bienes ningunos y habíamos venido dos veces a descubrir primero que Cortés [con Hernández de Córdoba y con Grijalva] (LXXXV).

Lo que Moctezuma, hallándose ya cautivo de los españoles, dijo a Bernal, lo evoca éste con fruición:

Como en aquel tiempo era yo mancebo, y siempre que estaba en su guarda [de Moctezuma] *o pasaba delante de él, con muy gran acato de él* [me] *quitaba mi bonete de armas y aun le había dicho el paje Ortega que vine dos veces a descubrir esta Nueva España primero que Cortés, y yo le había hablado a Orteguilla que me hiciese* [Moctezuma] *merced de una india muy hermosa, y como lo supo Moctezuma, me mandó llamar y me dijo: Bernal Díaz del Castillo, hánme dicho que tenéis motolines* [necesidad] *de ropa y oro, y os mandaré dar hoy una buena moza. Tratadla muy bien, que es hija de hombre principal; y también os darán oro y mantas.*

Yo le respondí con mucho acato… Y parece ser preguntó al paje [que ya hablaba la lengua náhuatl] *que qué había respondido, y le declaró la respuesta, y dizque le dijo Moctezuma: De noble condición me parece Bernal Díaz…* (XCVII).

Dejando al lector que a sus anchas se entere de los diversos episodios de la conquista —desde el desembarco en

Veracruz hasta la rendición de la metrópoli azteca— citaré tan sólo tres pasajes más. Alude en ellos Bernal, de modo particular, a experiencias suyas durante los días del asedio a la ciudad de México. Dramática es la escena que pinta cuando, al avanzar por una de las calzadas que llevaban a la ciudad —la de Tacuba—, los hombres a las órdenes de Pedro de Alvarado se vieron acometidos por varios escuadrones de guerreros indígenas. Bernal, que venía entre ellos, contempló cómo traían consigo varias cabezas de españoles que habían apresado y sacrificado, y, dando voces, decían que eran de Malinche, Sandoval y otros capitanes. Y añade que más tarde supo que algo semejante habían hecho por otro rumbo los aztecas saliendo al encuentro de Cortés. Los guerreros —según nuestro cronista— arrojaron allí otras cuatro cabezas.

Y decían que eran del Tonatio [el Sol] *que es Pedro de Alvarado, y Sandoval y la de Bernal Díaz… Entonces dizque desmayó mucho más Cortés de lo que antes estaba, y se le saltaron las lágrimas…* (CLII).

Si Cortés en tal coyuntura y en otras más —como en la tantas veces traída a cuento *noche triste*— no quiso reprimir el llanto, también Bernal, a pesar de que muchas veces en su *Historia* se precia de esforzado, reconoce momentos de flaqueza y explica así los porqués de ella:

Ahora que estoy fuera de los combates y recias batallas que de los mexicanos que con nosotros, y nosotros con ellos teníamos, porque doy muchas gracias a Dios que dellas me libró, quiero contar una cosa muy temeraria que me acaeció después que vi sacar los corazones y sacrificar a aquellos sesenta y dos soldados que dicho tengo que llevaron vivos… Y esto que ahora diré les parece a algunas personas que es por falta de no tener muy grande ánimo; y si bien lo consideran, es por el demasiado ánimo con que en aquellos días había de poner mi persona en lo más

recio de las batallas, porque en aquella sazón presumía de buen soldado y era tenido en esta reputación y había de hacer lo que los más osados y atrevidos soldados suelen hacer… Y como de cada día veía llevar a nuestros compañeros a sacrificar… Y a este efecto siempre desde entonces temía más la muerte que nunca. Y esto he dicho porque, antes de entrar en las batallas, se me ponía una como grima y tristeza en el corazón, y orinaba una vez o dos, y encomendábame a Dios y a su bendita madre, nuestra señora, y entrar en las batallas todo era uno, y luego se me quitaba aquel temor (CLVII).

Muchas fueron —según lo tenía apuntado de tiempo atrás en un memorial— las batallas en que participó. En uno de los postreros capítulos de su *Historia* —en el CCXII — hace justamente enumeración de ellas. Allí, como en resumen, vuelve a destacar la importancia que concedía a sus acciones:

Tampoco quiero decir cómo soy uno de los primeros que volvimos a poner cerco a México, primero que Cortés cuatro o cinco días, por manera que vine primero que el mismo Cortés a descubrir Nueva España [con la expedición de Hernández de Córdoba, 1517] *y, como dicho tengo, me hallé en tomar la gran ciudad de México y en quitarles el agua de Chapultepeque, y hasta que se ganó México, no entró agua dulce en aquella ciudad* (CCXII).

Ante reiteraciones como ésta, resulta explicable que otros que han escrito sobre la conquista de México y han leído la *Historia* de Bernal, lo hayan recriminado de vanidad, envidia y ambición. Tal es el caso muy en particular del atildado y artificioso Antonio de Solís, en su *Historia de la Conquista de México* (Madrid, 1684) y de otros como el inglés William Robertson, autor de una *Historia de América* (Londres, 1777) que como quien dijera, perdonándole la vida a Bernal, juzga que su *Historia verdadera*

está escrita con tanto candor, con tan interesante prolijidad y con

una vanidad tan divertida y tan perdonable a un antiguo soldado que, como él mismo se jacta, se halló en ciento diecinueve combates…[11]

Vanidoso era hasta cierto punto don Bernal y también ambicioso, según lo confirman otros comportamientos suyos a lo largo de su vida, de los que en su momento nos ocuparemos.

Exigua recompensa y fatigosa expedición a las Hibueras con Cortés

Mientras don Hernando se mantenía atareado en la reconstrucción de la capital azteca, varios de sus capitanes habían sido enviados a diversos rumbos, tanto para conocer la tierra como para someter a otros señoríos y hacer poblamientos en ellos. Gonzalo de Sandoval, que marchó con dirección a Oaxaca, cruzó luego hacia el norte y entró en la provincia de Coatzacoalcos en los límites de los actuales Estados de Veracruz y Tabasco. Bernal iba entre los soldados que lo acompañaron. Sandoval fundó allí la que se conoció como villa del Espíritu Santo. A Bernal iban a dársele entonces en encomienda algunos indígenas de Matatlan (hoy Maltrata), Ahuilizapan (corrompido en Orizaba) y Ozotequipa.

Sin embargo, como lo refiere (CLX), por seguir a Sandoval en otras empresas, dejó él *tan buenos indios y* [tierras] *de mucha renta* (CLX). Por cierto que, en este contexto, hace una ponderación de su propio físico, al recordar que, entre los soldados de Sandoval iban tres de apellido Castillo:

el uno de ellos era muy galán y preciábase de ello en aquella sazón y a esta causa me llamaban Castillo el galán (CLX).

Nueva encomienda recibió Bernal en la tierra que Sandoval sometió poco después, la de los pueblos de Tlapa y Potonchán, pertenecientes a la provincia de Cimatlan.

Brotes de rebelión motivaron que Bernal, en compañía de otros tres españoles, fuera enviado para someter a los indios *buenamente y con amor* (CLXVI). En el intento, dos perdieron la vida y Bernal —como otras veces a lo largo del asedio de la capital azteca— también en ese trance resultó herido, *que estuvo mi vida en harto peligro*. Necesario fue, en opinión de quien gobernaba la región, el capitán Luis Marín, emprender una campaña en contra de los alzados. Con más hombres, entre ellos Bernal, se hizo una entrada en territorio de Chiapas. De resultas de esto obtuvo luego nuestro cronista otra encomienda en Chamula, hasta hoy centro religioso de los tzotziles, grupo mayense que ha mantenido vivas muchas de sus tradiciones.

Mas no era destino de Bernal vivir en reposo. Cuando Cortés, en noviembre de 1524, salió para castigar a Cristóbal de Olid, enviado suyo a Honduras que se le había rebelado, Bernal y otros muchos tuvieron que marchar en su compañía. Tanto para el extremeño como para don Bernal las consecuencias fueron nada afortunadas. Cortés, al regresar en junio de 1526, encontró todo alterado en la ciudad de México. De allí provendrían muchos de los problemas que habrían de aquejarlo, entre ellos la pérdida de la gubernatura de la Nueva España. A Bernal lo despojaron de sus encomiendas que pasaron a la jurisdicción de nuevos asentamientos españoles en Ciudad Real de Chiapas y Santa María de la Victoria en Tabasco.

Entre los recuerdos de Bernal acerca del viaje a las Hibueras, quedó muy grabado el de la muerte de Cuauhtémoc, el último soberano de los aztecas, así como la del señor de Tacuba. De ese suceso expresó: *fue esta muerte que les dieron muy injustamente, y pareció mal a todos los que íbamos* (CLXXVII). Tras hablar de las principales dificultades que

hubieron de superar los que participaban en esa fallida expedición —puesto que Olid había pasado ya su traición a manos de Francisco de las Casas— alude con brevedad a la marcha de regreso. Mientras Cortés retornó a México por mar, Bernal y otros lo hicieron por tierra. Fue entonces cuando, por vez primera, estuvo en Guatemala. En la madeja de sus recuerdos se le vino a la mente

que entonces todo estaba de guerra [por allí andaba Pedro de Alvarado]… *Acuérdome que viniendo que veníamos por un repecho abajo comenzó a temblar la tierra, de manera que muchos de los soldados cayeron en el suelo, porque duró gran rato el temblor* (CXCIII).

La entrada a la ciudad de Guatemala en medio de ataques de indígenas, que al fin se retiraron, le dejó buen sabor, pues *estaban los aposentos y casas tan buenas y de tan ricos edificios, en fin, como de caciques que mandaban todas las provincias comarcanas…* (CXCIII). Ese recuerdo habría de influir probablemente, cerca de quince años más tarde en su determinación de asentarse para siempre en Guatemala.

Vuelto por fin a México, encontró allí a aquella *india muy hermosa…, hija de hombre principal*, que le había dado Moctezuma, la que se llamó después doña Francisca, de quien tuvo dos hijas. Varios años permaneció Bernal en México, haciendo frecuentes salidas a Coatzacoalcos, donde más tarde obtuvo el cargo de corregidor.

Las insistentes demandas

Aprovechó Bernal la estancia en México del licenciado Marcos de Aguilar que, por breve tiempo, se halló al frente del gobierno de la Nueva España tras la súbita muerte de Luis Ponce de León, que había llegado para proceder al juicio de residencia de Cortés. Propósito de Bernal y de

otros era obtener del dicho Aguilar se les otorgaran más indios en encomienda. El anciano licenciado y provisional gobernador era individuo pintoresco. Bernal refiere que

> *teniendo en sí la gobernación Marcos de Aguilar, como tengo dicho, estaba muy hético* [tísico] *y doliente y malo de bubas; los médicos le mandaron que mamase a una mujer de Castilla, y con leche de cabras se sostuvo cerca de ocho meses…* (CXCIV).

Ante dicho caballero se presentaron Bernal y otros conquistadores, llevando como intercesores a los capitanes Andrés de Tapia y Gonzalo de Sandoval. Estos hicieron relación de los servicios y otros merecimientos de sus protegidos y le pidieron se les concedieran indios en encomienda cerca de la ciudad de México *porque los de Guazacualco no eran de provecho*. Como con gracia lo asienta Bernal, *después de muchas palabras y ofertas que sobre ello nos dio el Marcos de Aguilar, con prometimientos, dijo que no tenía poder para dar ni quitar indios…* (CXCIII).

Mejor suerte tuvo luego en sus gestiones ante el antiguo tesorero real Alonso de Estrada, convertido en gobernador de la Nueva España, tras la pronta muerte de Aguilar. Estrada le otorgó —sin que ello satisficiera a Bernal— los pueblos de Gualpitan y Micapa (en Cimatlán) y Popopoloatan (en Cintla), hacia el rumbo de Coatzacoalcos, ya en Tabasco. Al menos obtuvo también entonces el cargo de *visitador* y luego el de *procurador síndico* en la villa del Espíritu Santo, en donde a la postre fue también regidor. Del tiempo que allí pasó, jactóse Bernal en uno de los últimos capítulos que añadió a *su Historia* y se incluye sólo en el manuscrito que quedó en Guatemala. Refiere allí que, siendo regidor en dicha villa, quebró el hierro con que se marcaba a los indios que quedaban convertidos en esclavos. Asegura él que quiso terminar con injusticias y de ello dio

parte al nuevo presidente de la Segunda Audiencia de México, el humanista y virtuoso varón don Sebastián Ramírez de Fuenleal, a quien además se atrevió a dar consejo:

Le suplicamos, por vía de buen consejo que luego expresamente mandase que no se herrasen más esclavos en toda la Nueva España. Y vistas nuestras cartas, nos escribió que lo habíamos hecho como muy buenos servidores de su majestad, agradeciéndolo mucho, con ofertas de que nos ayudaría… (man. Guatemala, cap. CCXIII).

Bernal, que se pinta aquí convertido en una especie de laico fray Bartolomé de las Casas —a quien más tarde conoció y del que solicitó favores y expresó también algunas duras críticas— añade con esa *vanidad tan divertida* que el historiador Robertson (en el siglo XVIII) le reconoció:

… *y luego mandó* [el oidor Ramírez de Fuenleal]… *que no herrasen más indios en toda la Nueva España, ni en Jalisco… ni Tabasco, ni Yucatán, ni en Guatemala* (man. Guatemala, cap. CCXIII).

Premio a *sus consejos*, otorgado por el propio presidente de la Audiencia —con quien dice Bernal que solía platicar en México— fue que se le nombrara *visitador general* para evitar se herrasen indios. Además —seguramente importunado un poco por las peticiones de Bernal— dijo Ramírez de Fuenleal *que haría sabedor de ello a su majestad para que nos hiciere mercedes* (man. Guatemala, cap. CCXIII).

En tanto que Bernal continuaba de encomendero y con sus cargos en Coatzacoalcos, reiteraba sus demandas pretendiendo ser recompensado según creía merecerlo. En extremo injusto le parecía, a él y a otros antiguos conquistadores, percatarse que mucho mayores beneficios y prebendas se otorgaban a otros recién venidos de España,

funcionarios reales o simplemente emparentados con figuras prominentes de la administración real.

Como lo veremos al tratar de la estructura y contenido de *su Historia*, en lo tocante ya al largo período posterior a la conquista, sobre el cual escribió asimismo con insistencia alude a sus demandas y otras gestiones, siempre para obtener mercedes. Menos abundantes fueron, en cambio, las noticias que recogió allí del lapso que abarca desde el primer viaje de Cortés a España (1528-1529) su retorno y nuevas empresas, hasta su salida definitiva de México en 1540.

Dejando para nuestro análisis del contenido de la *Historia* los juicios que expresa Bernal sobre lo que en ese lapso realizó Cortés, volvemos ahora la atención a lo que hizo el futuro cronista para salir mejor librado en sus pretensiones. Por vez primera se propuso —no ya sólo aludir a sus hechos personales como conquistador— sino exhibirlos adecuadamente por escrito. Concibió entonces la idea —como lo harían otros muchos antiguos conquistadores— de disponer de una *probanza de méritos y servicios*. De algún modo puede decirse que tal primera recordación puntual de lo que eran sus proezas fue un germen de lo que más tarde acometería en extenso. Con ello no quiero excluir ya desde este momento que no pudieran haber contado otros motivos en su ulterior propósito de escribir su *Historia verdadera*.

Bien merecería —en un estudio más amplio acerca de Bernal— ocuparse, punto por punto, de su probanza de méritos y servicios, promovida en la ciudad de México, el 7 de septiembre de 1539. Aquí sólo comentaré que en ella adujo como testigos a cinco personas, amigos o conocidos suyos, entre ellos al capitán Luis Marín, con quien había

servido en Chiapas. Como alcalde ordinario de la ciudad presidió los interrogatorios don Juan Jaramillo, que estaba casado ya nada menos que con la célebre Malinche. Era él antiguo conquistador, del cual Bernal escribiría más tarde en su *Historia* que actuó como *capitán que fue de un bergantín cuando estábamos sobre México; fue persona prominente… (CCV).*

El mismo Bernal había preparado el interrogatorio, según en general lo hacían quienes promovían este género de probanzas. Las preguntas que incluyó eran veintiuna. La primera y la última eran de rigor sobre si los testigos conocen y cuándo a Bernal, y si saben que lo ocurrido es *pública voz y fama.* Dos más se refieren a la primera expedición con Hernández de Córdoba (nada sobre la de Grijalva); cuatro a lo realizado con Cortés hasta la muerte de Cuauhtémoc en el viaje a las Hibueras; dos a los trabajos que llevó a cabo en la pacificación y poblamiento de Coatzacoalcos, Tabasco y Chiapas; cinco a las encomiendas que ha recibido y cómo se ha visto disminuido al privársele de una parte de ellas sin ser recompensado debidamente; dos más tocantes a Bernal si *es persona honrada y de muy buena fama…*

Por demás está añadir que las respuestas de los testigos fueron en extremo favorables a quien promovía la probanza. Tenía Bernal la intención de viajar a España a luchar por los que consideraba sus derechos, armado precisamente con su probanza y con otros importantes documentos. Eran estos dos cartas, una del virrey Mendoza, suscrita el 28 de febrero de 1539, y otra de Hernán Cortés, de igual fecha. En ambas se expresa que ha servido en la conquista (con más detalles lo hace Cortés) y se señala no ha sido bien recompensado por lo que, de modo genérico, se piden mercedes en su favor.

Veamos ahora si aprovecharon o no al interesado tales cartas y probanza en las gestiones que con ellas llevó a cabo en España.

Bernal hace un primer viaje a España (1540)

Pensaba quizás salir junto con don Hernando, pero de hecho partió antes, en enero de 1540. De su estancia en la corte consigna más de un recuerdo en su *Historia*. Refiere así que, como el año anterior había fallecido la emperatriz Isabel, hubo que vestirse de luto. Al aparecer Cortés y quienes con él venían y asimismo Hernando Pizarro con su séquito, todos vestidos de negro, *tenían —los de la corte— por chiste de llamarnos, los indianos peruleros enlutados* (CCI).

No obstante las cartas que llevaba, del virrey y de Cortés, no logró Bernal ser oído directamente por los del Consejo de Indias. Los funcionarios de este Consejo turnaron su asunto al fiscal real Juan de Villalobos, con residencia en Valladolid. La decepción, por no decir mejor indignación, que experimentó Bernal al conocer lo dictaminado por Villalobos, debió ser muy grande. Tal vez por descuido de enterarse, cosa propia de gran parte de los burócratas, el dicho Villalobos declaró que no procedía *proveer cosa alguna* [de lo que suplicaba Bernal Díaz del Castillo] *porque no había sido tal conquistador como decía, ni le habían sido encomendados los dichos pueblos por servicios que hubiese hecho y otras causas que alegó…*[12]

En un segundo intento, tuvo luego mejor suerte. Así, tras examinarse de nuevo sus documentos, se expidieron en su favor varias reales cédulas. En la primera de ellas se ordenaba al virrey de Nueva España se dieran a Bernal, en compensación por las encomiendas que se le habían quitado, otras en las mismas provincias de Tabasco y Chiapas. Pronto reaccionó Bernal y alcanzó se le oyera de

nuevo. Expresó que tal concesión no podría llevarse a efecto porque los *indios de las dichas provincias de Chiapa y Tabasco estaban todos repartidos…*[13]

En principio volvió a tener éxito en su gestión. Nuevas reales cédulas se expidieron a su favor. Una iba dirigida a Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala, para que allí se le hiciese merced de indios encomendados. Ello respondía a la petición de Bernal que —recordando su estancia en la ciudad de Guatemala— pensó entonces podría residir allí.

Otras reales cédulas, teniendo como destinatarios al virrey de Nueva España y al licenciado Alonso López Cerrato, presidente de la Audiencia de Guatemala, implicaban el propósito de alcanzar que Alvarado cumpliera con la entrega que se le ordenaba en favor de Bernal.

Como veremos, por el momento poco aprovecharían tales reales órdenes, entre otras cosas porque el destinatario principal para el efecto buscado, Pedro de Alvarado, se encontraba ausente de Guatemala y poco después moría en Jalisco (junio de 1541) combatiendo a los indios que allí se habían rebelado

Bernal se establece en Guatemala

En el año antes mencionado llegó Bernal a la ciudad donde pasaría casi todo el resto de su existencia. Con él hacía vida marital por algún tiempo otra indígena, natural de Guatemala. Es de suponer que la otra, doña Francisca, o había muerto o había quedado en México. La nueva compañera de Bernal —éste a la sazón ya de algo más de cuarenta y cinco años— se llamaba Angelina. De ella tuvo otro hijo, Diego Luis del Castillo. Ahora bien, puesto que había una disposición real en el sentido de que todos los que tenían encomiendas debían estar casados, es de pensarse

que Bernal, hombre algo más que maduro, quisiera satisfacer en definitiva tal requerimiento, formando una familia de acuerdo con el estatus social que pretendía. Contrajo así matrimonio, probablemente a principios de 1544, con Teresa Becerra, viuda de Juan Durán e hija del conquistador y alcalde ordinario de Guatemala, Bartolomé Becerra. Con ella habría de tener nueve hijos, el mayor de los cuales, Francisco, intervendría, andando el tiempo, en la copia y revisión de la *Historia* escrita por su padre.

Por lo que toca a mercedes y concesiones algo fue además lo que obtuvo Bernal, instalado ya en Guatemala, aunque, por supuesto, no quedara satisfecho con ello. El gobernador interino, Alonso de Maldonado, le concedió tres encomiendas en los pueblos de Zacatepequez, Jozagazapa y Mistán. Por otra parte intervino también para que Bernal pasara a ser uno de los miembros del cabildo de la ciudad.

Muy pronto iba a actuar allí en una materia entonces candente y que afectaba a cuantos poseían indios, esclavos o encomendados. Tras sesudas reflexiones se habían promulgado en 1542 las llamadas Leyes Nuevas. Estas se dirigían sobre todo a poner coto a la esclavitud de los nativos y a fijar límites a la perpetuidad de las encomiendas. El cabildo de Guatemala y cuantos se veían afectados reaccionaron al unísono.

El asunto, lejos de resolverse, parecía agravarse. Conviene recordar que precisamente por esos años (1545) estaba ya como obispo de Chiapas —limítrofe con Guatemala— el gran promotor de la legislación antiesclavista y enemigo radical de las encomiendas, fray Bartolomé de las Casas.

El cabildo pidió al presidente de la Audiencia, el ya citado López Cerrato, reflexionara sobre las consecuencias

de pretender poner en vigor los nuevos ordenamientos. Como poco o nada se siguió de esta y otras gestiones, el mismo cabildo determinó enviar un procurador a España. Tal vez porque era público y notorio que Bernal pleiteaba sin reposo en el asunto de sus encomiendas, se decidió escogerlo para tal propósito.

De nuevo en España (1549-1551)

Sostiene el autor de la *Historia verdadera* dos cosas poco creíbles en relación con este su segundo viaje a España. De ellas habla en un largo capítulo, el CCXI. La primera es la de afirmar que había él viajado a España y participado en las Juntas que sobre los debatidos asuntos de la guerra justa, la esclavitud, perpetuidad de encomiendas y tributos, se celebraron en Valladolid en 1550, no por haber sido enviado entonces por el cabildo de Guatemala sino porque *a mí me mandaron llamar* [de la corte], *como a conquistador más antiguo de la Nueva España* (CCXI). La segunda cosa es presentarse, sin más, como alguien cuyo parecer fue allí escuchado, como había ocurrido también con los de otros que él enumera, nada menos que fray Bartolomé de las Casas, Vasco de Quiroga y otros caballeros, juristas y teólogos (Juan Ginés de Sepúlveda, Domingo de Soto…). Bernal, como era de suponerse, sostiene que *dimos nuestros pareceres y votos que se hiciesen perpetuos los repartimientos* (CCXI).

Si hubo de regresar a Guatemala con no muy buenas noticias para quienes lo habían enviado, al menos en otro terreno sí había salido exitoso. Era éste el de sus personales intereses y demandas. Imposible es dejar de hacer el registro de ello en un absurdo afán de presentar una limpísima imagen de Bernal, humano en fin.

Las reales cédulas que para sí alcanzó iban dirigidas al oidor López Cerrato. Debía éste concederle tierras e indios

de igual valor a aquellas que (más de veinte años antes) se le habían quitado en Tabasco y Chiapas. También debía promover el canje de un pueblo que una de las hijas de Bernal tenía encomendado en Coatzacoalcos por otro en Guatemala. Igualmente se autorizaba a Bernal a portar armas, lo mismo que a dos sirvientes suyos que, para su personal defensa, lo acompañaran. Con estas y otras misivas de menor monta —como la que le autorizaba a importar tres asnos sin pagar impuestos— regresó Bernal a Guatemala en septiembre de 1551.

Más alegatos y el comienzo del memorial o historia

El que López Cerrato presidente de la Audiencia, no se ocupara en dar cabal cumplimiento a lo obtenido en España por Bernal, fue motivo de que éste le cobrara no poca ojeriza. Se conserva una carta del 22 de febrero de 1552 en la que Bernal se dirige al emperador para informarle, en su calidad de regidor, acerca del comportamiento de López Cerrato. En ella comienza por invocar, una vez más, sus propios merecimientos:

Bien creo que se tendrá noticia de mí en vuestro Real Consejo de Indias y cómo he servido a vuestra majestad desde que era bien mancebo hasta ahora que estoy en senectud [¡cerca de 57 años, quien alcanzaría los 89!].[14]

A continuación pasa a enumerar los varios cargos en contra de López Cerrato. *Tenía* —escribe— *apariencias y muestras de hacer justicia*… Incluso él mismo *ha escrito a vuestra majestad que hizo y que hizo, y que sirvió, que sirvió*…, ganándose así un cierto buen crédito. Sin embargo, la realidad era otra. No atendió debidamente a las tasaciones para conocer qué pueblos tienen los encomenderos y cómo se sostienen en ellos. Tampoco ha cumplido —según tiene mandado— con *preferir a los conquistadores y casados pobladores, y ayudar a casar*

hijas y huérfanos de conquistadores y pobres en los aprovechamientos de estas tierras [que] *les ayudasen a sustentar*… Por el contrario, ha protegido a sus parientes y paniaguados y ha cohechado a otros de los oidores.

El que llegaría a ser estilo característico de Bernal —que por ese tiempo ponía ya manos a la obra de escribir su memorial o historia— queda de manifiesto en esta carta. En ella, al igual que en la *Historia verdadera*, las personas no sólo son mencionadas sino que, como de bulto, aparecen actuando y hablando. Recuerda así Bernal la forma de comportarse de López Cerrato *cuando algún pobre conquistador viene a él a demandarle que le ayude a sustentarse para sus hijos y mujer si es casado*… Viva es la pintura de la subsiguiente reacción del presidente de la Audiencia:

Les responde con cara feroz y con una manera de meneos, en una silla, que aun para la autoridad de un hombre que no sea de mucha arte no conviene, cuánto más para un presidente, y les dice: ¿Quién os mandó venir a conquistar? ¿Mandóos su majestad? Mostrad su carta; andad, que basta lo que habéis robado.[15]

Lo que ocurrió algún tiempo después, es decir, la remoción de López Cerrato de su cargo, debió alegrar a Bernal. Pudo él jactarse entonces con sus amigos de la importancia que le parecía se concedía en España a sus denuncias. Entre los nuevos oidores que llegaron luego a Guatemala hubo uno que es bien conocido de los estudiosos de la historia de la Nueva España. Era éste don Alonso de Zorita, que primero había ocupado un cargo semejante en Santo Domingo y, después de estar en Guatemala, pasó a México. A su interés por conocer la organización social y económica de los antiguos mexicanos se debe una *Sumaria relación de los señores de la Nueva España*, así como una mucho más extensa *Historia de la Nueva España*, sólo en parte

publicada[16].

Gracias al mismo Zorita consta que Bernal entabló relaciones con él. Justamente en la segunda de las obras suyas cuyos títulos he dado, al hablar Zorita de quienes han escrito sobre historia novohispana, menciona a Bernal, diciendo de él que es

Vecino de Guatemala, donde tiene un buen repartimiento y fue conquistador en aquella tiena y en Nueva España y en Guacacynalco [¿Coatzacoalcos?]. *Me dijo, estando yo por oidor en la Real Audiencia de los Confines, que reside en la ciudad de Santiago de Guatemala, que escribía la historia de aquella tierra, y me mostró parte de lo que tenía escrito; no sé si la acabó ni si ha salido a luz*[17].

Dado que Zorita actuó como oidor en Guatemala de 1553 a 1557, cabe inferir que Bernal se había puesto ya a escribir su historia por lo menos desde esos años. Si bien trataré luego de expresar un punto de vista acerca de por qué se metió Bernal a hacer oficio de cronista, señalaré aquí al menos un indicio. No parece extraño encontrar que un hombre tan dado a exhibir sus méritos para obtener mercedes, especie de procurador de sí mismo en México, España y Guatemala, excelente conversador además, a fuerza de tanto recordar sus hechos, se decidiera al fin a poner por escrito lo que llamaré sus memorias. Otras circunstancias concurrentes —según veremos— darían mayor pábulo a su intento.

De otro alegato bernalesco, algo posterior, pues data de 1558, se tienen noticias a través de dos cartas dirigidas, una al rey Felipe II y otra a fray Bartolomé de las Casas. El caso fue que un Francisco de Valle había solicitado del Consejo de Indias se le concedieran unas tierras para labranza por las que había hecho entrega de una suma de dinero a sus dueños indígenas. Dichas tierras pertenecían precisamente a

aquellos que Bernal tenía encomendados, naturales de los pueblos de San Pedro y San Juan Zacatepequez. Para impedir este abuso, en detrimento tanto de sus encomendados como de sus propios intereses —pues de enajenarse esas tierras, más difícil les sería a ellos cumplir con sus tributos— concibió Bernal obtener la intervención de fray Bartolomé, a quien llama *padre y defensor destos probes indios*. Por tal motivo, al escribirle, le remitió asimismo otra carta, dirigida al rey, para que el padre Las Casas *se la mande poner en sus manos*.

El carácter de Bernal, hombre pintorescamente picado de vanidad, vuelve a relucir en ambas cartas. En la que va para Las Casas —a quien recuerda que se conocen *más de cuarenta años a esta parte*— tras referirle cómo hay *buena manera de cristiandad e policía* en los pueblos que él tiene encomendados, añade que, por esto

Vuestra señoría me loaría muy dello, como en todas partes me loan y aun acá en la real Audiencia; estos religiosos que lo saben para dar más exemplo a otros encomenderos que lo hagan como yo…[18]

A su vez, en la que envía para ser entregada al rey —después de solicitar se impida a Francisco de Valle se adueñe de las tierras de los indios— torna Bernal a hacer sumaria recordación de sus orígenes y merecimientos.

Yo soy hijo de Francisco Díaz, el Galán, vuestro regidor que fue de Medina del Campo, que haya santa gloria, y soy en esta ciudad vuestro regidor, y al presente vuestro fiel ejecutor por vuestra real Audiencia y por votos del Cabildo… Y he servido a vuestra majestad en estas partes de cuarenta años a esta parte, porque me hallé en el descubrir y conquistar de México con el marqués del Valle, lo cual antes de ahora consta en vuestro Real Consejo de Indias, y lo sabe bien don fray Bartolomé de las Casas, obispo que fue de Chiapa…[19]

Un doble comentario cabe hacer respecto de estas cartas. Por una parte resalta en ellas la habilidad, fruto de ya larga experiencia, de Bernal como litigante. Y por cierto que triunfó en su causa. Por otra, es también visible que, habituado como estaba a hacer evocación de sus propios hechos al ir escribiendo su *Historia*, le resultaba fácil pergeñar en pocas líneas lo que hoy pomposamente llamaríamos su *curriculum vitae*.

Si por ese tiempo, como lo hemos visto gracias al testimonio expreso de don Alonso de Zorita, tenía Bernal ya escrita una parte de su historia, circunstancia concurrente fue entonces que cayera en sus manos un ejemplar de la obra de Francisco López de Gómara. Ya he citado las palabras con que tan vívidamente describe su reacción. Le impresionó primero, el buen estilo y gran retórica de esa obra y así se quedó perplejo y pensó en dejar ya de escribir. Pero luego, al volver a Gómara y ver cómo —*desde el principio, medio y hasta el cabo no llevaba buena relación y va muy al contrario de lo que fue e pasó en la Nueva España* (XVIII)— cambió de opinión.

Después de enumerar los muchos errores que ha descubierto en la dicha historia, su reacción final es que, aun cuando su propio trabajo pueda parecer cosa grosera, había que continuarlo, entre otras cosas para poner todo en su punto:

Y quiero volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la sonda por la mar, descubriendo los bajos cuando siente que los hay, así haré yo en caminar a la verdad de lo que pasó… (XVIII).

Ha interesado a muchos precisar el año en que Bernal se topó con la obra de Gómara y luego con las de quienes —inspirados en este último— Gonzalo de Illescas y Paulo Jovio, escribieron también acerca de Cortés y la conquista.

El asunto, aunque es de interés, no es en modo alguno de importancia decisiva. Si la primera edición de la historia de Gómara apareció en 1552 y a ella siguieron otras dos, en 1553 y 1554, bien pudo Bernal haberla conocido en la segunda mitad de la década de los cincuenta. De los otros autores —mentados asimismo por Bernal— la *Historia pontifical* de Illescas apareció en 1564, en tanto que la traducción española del libro de Jovio, *Elogios o vidas de los caballeros antiguos y modernos, ilustres en valor de guerra…*, se publicó en 1568. Obvio es que la noticia acerca de estos dos últimos debió llegarle tiempo más tarde.

Bernal, tan enfrascado en hacer defensa de sus méritos y añadiré que tan avezado litigante, metido además al oficio de cronista por propia voluntad, encontró en la obra de Gómara y luego en los mucho más breves capítulos de Illescas y Jovio, una cierta forma de estímulo. Este aflora en muchos lugares de su *Historia verdadera*. Quiere él —como lo escribió— *volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la sonda por la mar…* Y, según lo asentó en donde *comienza la relación de la historia* —capítulo I del manuscrito que se conserva en Guatemala—, tiene decidido propósito de relatar

> *en lo que yo me hallé y vi y entendí y se me acordare, puesto que no vaya con aquel ornato tan encumbrado y estilo delicado que se requiere, yo lo escribiré con la ayuda de Dios con la recta verdad, allegándome al parecer de los sabios varones que dicen que la buena retórica y pulidez en lo que escribieren es decir verdad y no sublimar y decir lisonjas a unos capitanes y abajar a otros, en especial en una relación como ésta que siempre ha de quedar memoria de ella* (man. Guatemala, cap. I).

Esto, que muy probablemente expresó Berna en una de las últimas fases de su elaboración histórica, al retocar y

corregir lo que escribía, muestra a las claras el sentido y valor que daba a su trabajo. Toda proporción guardada, la frase de *una relación como ésta que siempre ha de quedar memoria de ella*, recuerda de algún modo la sentencia de Tucídides respecto de lo que escribía en su *Historia de la guerra del Peloponeso: mi intención es componer… una historia provechosa, que dure para siempre*[20].

Hasta que dio Bernal por concluida su Historia

Como regidor, no dejaba Bernal de asistir a las sesiones de cabildo, atento —según lo muestran las correspondientes actas, suscritas por él— a los problemas a que los principales de la ciudad tenían por necesario hacer frente. Eran éstos en buena parte los tocantes a la perpetuidad de las encomiendas y a la pretendida urgencia de recompensar debidamente a los conquistadores cargados de hijos y, según se reitera, en gran pobreza. De esta suerte —en obsesionada porfía— el tema recurría una y otra vez en la conciencia de Bernal y de otros que, de seguro, participaban con él en la demanda. Todo esto puede parecemos hoy fruto de inverosímil ambición. Sin embargo, si no en descargo de esos viejos conquistadores, al menos para comprenderlos habrá que tener presentes sus sentimientos y forma de ver las cosas. Eran ellos los que habían ganado las nuevas tierras; su empresa había sido llevada a término a su propia costa; sus vidas habían peligrado y de hecho muchos habían muerto en el intento y, ahora, unos cuantos años más tarde, poco o nada era su recompensa. A otros, cuyo único mérito era haber llegado mucho después, tal vez protegidos por parientes poderosos, se les había hecho grandes mercedes. Esto hería en extremo y avivaba, una y otra vez, las demandas.

Metido precisamente en otra probanza de méritos esta

vez como declarante en favor del ya difunto don Pedro de Alvarado, en la información testimonial hecha a petición de su hija doña Leonor, en 4 de junio de 1563, Bernal, además de hablar con generosidad del hombre a cuyas órdenes había peleado, expresó:

que era de sesenta y siete años…, que conocía a doña Leonor de Alvarado, mujer de don Francisco de la Cueva, hija del adelantado y de don Pedro de Alvarado y de doña Luisa, hija de Xicotenca [Xicoténcatl], *señor de la provincia de Tlaxcala…*

… y que pasadas muchas cosas que este testigo tiene escritas en un memorial de las guerras, como persona que en todo estuvo presente…[21]

Buena muestra da esta declaración de cómo, a propósito de demandas y probanzas, tenía sentido aducir el testimonio fehaciente de la historia. Bernal cita, como hemos visto que, de lo que ocurrió, y en lo que Alvarado y él y otros tomaron parte, *tiene* [muchas cosas] *escritas en un memorial de las guerras*.

De las noticias que acerca de Bernal pueden derivarse de las actas del cabildo de Guatemala y de otros pocos documentos, me fijaré ya sólo en aquellas que ayuden más directamente al conocimiento de su persona y a enterarnos del proceso de elaboración de su obra.

Que proseguía escribiendo su *Historia* y revisando lo que tenía ya redactado puede inferirse de las varias alusiones que en ella hace a lo que, en tal o cual momento recuerda, y asimismo de los cambios que saltan a la vista comparando las versiones que se conocen de su *Historia*, sobre todo la que sirvió de original en la primera edición hecha en Madrid, 1632, y la que quedó en Guatemala. La obra toda, según veremos al hablar de su estructura, no puede decirse que la hubiera concebido Bernal desde un principio de acuerdo con un plan rígidamente organizado. En realidad, su idea

era hacer un relato fiel de la conquista, sobre todo de las principales batallas a lo largo de ella. Los sucesos posteriores se fueron luego acomodando sin seguir siempre la más cristalina de las secuencias. Por encima de todo interesaba a Bernal transmitir su propia vivencia:

Muchas veces, ahora que soy viejo, me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece que las veo presentes… (XCV).

Probable cosa es que, a veces, pusiera en parangón lo escrito por Gómara con su propia recordación de los hechos. Un ejemplo nos lo da al tratar acerca de quienes fueron a poblar a Coatzacoalcos y también a la región de Pánuco:

Aquí es donde dice el cronista Francisco López de Gómara que iba Juan de Velázquez con cien soldados a poblar a Guazacualco, e que Pedro de Ircio había ido a poblar a Pánuco; e porque ya estoy harto de mirar en lo que el cronista va fuera de lo que pasó, lo dejaré de decir, y diré lo que cada uno de sus capitanes que nuestro Cortés envió, hizo, e vinieron con muestras de oro (CII).

Mala cosa fue por ese tiempo ver que la Audiencia se trasladaba por real mandato, de la ciudad de Santiago de Guatemala a la de Panamá. Ello duraría de 1563 hasta 1570 en que, dando oídos a nuevas demandas, la Corona dispuso su retorno definitivo.

Buena noticia, en cambio, fue la que llegó a Bernal como consecuencia de gestiones realizadas por su hijo Diego, el nacido de la india Angelina. Había obtenido éste, como un real reconocimiento de los servicios de su padre, se les hiciera concesión de un escudo de armas. De ello daba fidedigna constancia una real cédula de Felipe II, expedida en Valladolid, el 6 de mayo de 1565.

En otro litigio, tocante a asuntos burocráticos, participó Bernal dos años más tarde. En carta dirigida al rey, prestó entonces su apoyo a Francisco Briceño, gobernador de Guatemala, sobre quien se habían acumulado acusaciones que tuvo Bernal por falsas. De su intervención queda otra carta de fecha 29 de enero de 1567. En ella, cojeando de su mal de quizás ingenua vanidad, escribió que intervenía ahora porque cuando

en el año de 1550 ocurrí a vuestra real corte a ciertos negocios, siendo mestro presidente de vuestro Real Consejo de Indias el marqués de Mondéjar, el cual me mandó, confiado en mi fidelidad, que si viese algunas cosas que en esta gobernación se hacían no tan conforme a vuestro real senñcio como debían, que diese aviso de ello, y a esa causa be escrito tres veces a mestro Real Consejo de Indias cosas que debían saber, y de todo lo que hice relación se aprobó por muy bueno[22].

Respecto del asunto de esta carta —dar favorable opinión acerca del gobernador Briceño— esta vez falló, pues lo ex, presado por él de nada sirvió.

Ya sólo un año más tarde, en 1568, es el mismo Bernal quien informa que ha terminado de escribir su *Historia*. Su testimonio quedó incluido tanto en el manuscrito enviado a España como en el que quedó en Guatemala, del que más tarde se sacó otra copia (el llamado *manuscrito Alegría*, conservado ahora en la Biblioteca Nacional de Madrid).

Lo que manifestó nuestro cronista sobre haber dado feliz término a su prolongado esfuerzo, pasó de hecho a formar parte de la *Historia*, en el que se conoce como capítulo CCXII de la misma. Allí nota además algo de suma importancia. Dice textualmente *como acabé de sacar en limpio esta mi relación*. Es decir que, de los que describe él mismo como sus *borrones* o redacción primera, había dispuesto además una copia en limpio. La fecha de terminación la

proporciona comentando lo que le expresaron *dos licenciados* [que le habían rogado] *se la prestase* [su obra] *por dos días para saber muy por extenso las cosas que pasamos en las conquistas de México y Nueva España…* (CCXII).

Dice Bernal que les prestó él un borrador, pues

parecióme que, de varones sabios, siempre se pega algo a los sin letras como soy yo. Y les dije que no enmendasen cosa ninguna, porque todo lo que escribo es muy verdadero.

Y después que lo hubieron visto y leído, dijo uno de ellos que era muy retórico y tal presunción tenía de sí mismo, después de sublimar y alabar la gran memoria que tuve para no olvidárseme cosa ninguna de todo lo que pasamos desde que venimos a la Nueva España, desde el año de diez y siete [1517] *hasta al de sesenta y ocho* [1568] *y dijo, en cuanto a la retórica que va según nuestro común hablar de Castilla la Vieja…* (man. Guatemala, cap. CCII).

Contestando allí mismo —como puede verse— a algunos reparos que le pusieron los dichos dos licenciados, remata Bernal sus palabras, aunque no su obra, puesto que aún le añadiría algo más, con una apreciación de lo que ha escrito:

Para escribir sus hechos [Julio César] *tuvo extremados coronistas, y no se contentó de lo que de él escribieron, que el mismo Julio César por su mano hizo memoria de sus Comentarios, de todo lo que por su persona guerreó, y así que no es mucho que yo escriba los heroicos hechos del valeroso Cortés y los míos y los de mis compañeros que se hallaron juntamente peleando…* (CCXII).

Concluida la obra, aunque sobre ella volvería para adicionarla y corregirla. Bernal a los setenta y dos o setenta y tres años de edad pudo al fin sentirse satisfecho. Había escrito para que sus hijos y nietos lo recordaran (CCXII), había dejado *una relación como ésta que siempre ha de haber*

memoria de ella (man. Guatemala, cap. I).

Los últimos años de Bernal

Conciencia tenía don Bernal de que era viejo ya y de bastantes años. Al concluir su *Historia*, afirma que, según sabía, sólo quedaban vivos cinco de sus antiguos compañeros de armas.

Su vejez, sin embargo, no le impidió seguir atendiendo sus obligaciones en el cabildo de Guatemala. De ello dan fe sus muchas firmas en las correspondientes actas, hasta la última que *aparece a principios de 1583*. Todavía consta que concurrió a la primera *sesión de 1584, aunque en* el acta quedó constancia de que no firmó porque *ya no veía*[23].

Por otra parte, el empedernido litigante, al participar en las discusiones en el cabildo, coadyuvó a la toma de algunos acuerdos, como aquel de 1572 en que se ruega al Papa que, en vista de las dificultades que han ocurrido durante el episcopado de don Bernardino de Villalpando, no se envíen oor el momento más sacerdotes a Guatemala[24].

Se tiene también noticia de un proceso muy diferente y que pudo ser bastante enojoso para Bernal. Consta, por una parte, que él había contraído varias deudas. Por otra, se conserva asimismo documentación que habla de un poder dado por Francisco, su hijo mayor, a un abogado que debía impedir que don Bernal en su afán de hacerse de recursos, dispusiera de algunos bienes que suponía el dicho Francisco le corresponderían más tarde por razón de su mayorazgo[25].

En medio de contradicciones como ésta y otras referentes a nuevos litigios sobre tierras de sus pueblos encomendados, Bernal, que en tanto aprecio tenía su *Historia*, no dejaba de hacer anotaciones y correcciones en ella. Por fin, según consta por carta que dirigió al rey el

licenciado Pedro de Villalobos, presidente de la Audiencia ya reinstalada en Guatemala, sabemos que la obra de Bernal era enviada a España. La fecha de tal carta es 29 de marzo de 1575. En ella se asienta que remite *una Historia de la Nueva España que nos dio un conquistador de aquella tierra*. La correspondiente minuta en que se hace un resumen de la carta de Villalobos dice a su vez:

Un conquistador de los primeros de Nueva España le dio [a Villalobos] *una historia que envía y la tienen por verdadera como testigo de vista y las demás son por relaciones*[26].

Deseoso quedaría sin duda Bernal de saber cuál seria el fallo real emitido a través del Consejo de Indias. Para desconsuelo suyo, lo único que pudo alcanzar a conocer fue que se recibió acuse de recibo fechado en Aranjuez, el 25 de mayo de 1577[27].

Muy poco es ya lo que puede añadirse respecto de los postreros años de Bernal. Consta así que su hijo Francisco que, por lo visto se había iniciado con cierto éxito en el arte de hacer demandas, promovió el 12 de febrero de 1579 una probanza de méritos. El cuestionario que dispuso para ella incluyó preguntas que llevaron a los declarantes a hacer elogios de don Bernal, su padre, y de su ya difunto suegro, el conquistador Bartolomé Becerra. Las otras preguntas se hacían en beneficio directo de Francisco: si se sabe que es casado y buen cristiano, y si consta que *es muy pobre… y padece y ha padecido mucha necesidad…*[28]

Desconociendo qué es lo que con tal probanza obtuvo Francisco, puede decirse al menos que en ella quedó nueva constancia —promovida ahora por el hijo— de algunos de los más sobresalientes merecimientos de don Bernal.

De un encuentro poco usual —entre hombres

conocedores prácticos del quehacer histórico— se tiene noticia gracias al célebre franciscano Juan de Torquemada. Expresa éste en dos lugares de su monumental crónica de crónicas, intitulada *Monarquía Indiana* que, hallándose en Guatemala, tuvo ocasión de tratar a Bernal:

Yo vi y conocí en la ciudad de Guatemala al dicho Bernal Díaz, ya en su última vejez y era hombre de todo crédito…[29]

Y en otro capítulo de la misma *Monarquía Indiana*, hablando de la expedición a México de Juan de Grijalva en 1518 nota:

Así dice Bernal Díaz del Castillo, soldado de autoridad y verdad[30].

Es interesante preguntarse en qué forma tuvo más tarde acceso Torquemada a los testimonios de Bernal. La respuesta, aunque a primera vista parezca extraña, es que conociera en parte sus escritos a través de la obra, ya impresa, del cronista real don Antonio de Herrera. Este, hallándose en Madrid, tuvo conocimiento del manuscrito de Bernal desde mucho antes de que se publicara. Pudo así aprovecharlo bastante. El examen de varios capítulos de los libros tercero y quinto de su *Historia de los hechos de los castellanos*, muestra que se apoyó allí en alto grado en lo escrito por Bernal[31].

Así, mientras éste, perdidos casi del todo la vista y el oído, seguía aguardando en Guatemala el dictamen real, que nunca le llegó, acerca de su obra, otros se aprovechaban de ella. Además de los ya citados Torquemada y Herrera, mencionaré al menos a otro contemporáneo, el cronista mestizo de Tlaxcala, Diego Muñoz Camargo. Este, en su *Historia de Tlaxcala*, dijo acerca de nuestro autor:

Bernal Díaz del Castillo, autor muy antiguo, que hablara como

testigo de vista copiosamente de esto, pues se halló en todo, como uno de los primeros conquistadores de este Nuevo Mundo, al cual me remito[32].

Sin que alcanzara él a saberlo, comenzaba ya a ser elogiado en vida por cronistas e historiadores que reconocían el mérito de su obra. En lo expresado acerca de él por Torquemada, Herrera y Muñoz Camargo comenzaba a cumplirse lo que él había deseado:

Es bien que haga relación para que haya memorable memoria de mi persona y de los muchos y notables servicios que he hecho a Dios y a su majestad y a toda la cristiandad, como hay escrituras y relaciones de los duques y marqueses y condes y ilustres varones que sirvieron en las guerras… (CCXII).

Estas palabras que cuentan entre los añadidos que, ya en su última vejez, hizo a su manuscrito, aunque aparezcan una vez más picadas de vanidad, ponen también al descubierto que tenía confianza Bernal en no haber trabajado en vano al afanarse en sus empeños de cronista. Creamos o deseemos que con tal convicción fue como, el 3 de febrero de 1584, a los ochenta y ocho o uno más años de edad, descansó ya para siempre de las mundanales preocupaciones y fatigas que tan presentes estuvieron en su vida[33]. Su sepelio se efectuó probablemente al día siguiente en la catedral. Sus restos quedaron muy cerca de los de su antiguo capitán, Pedro de Alvarado que, desde Jalisco, habían sido trasladados, años antes, a Guatemala.

¿POR QUÉ ESCRIBIÓ BERNAL SU HISTORIA?

En nuestro acercamiento a la persona y los afanes de Bernal Díaz del Castillo nos hemos encontrado, en varios momentos y circunstancias, con hechos que sin duda influyeron en su determinación de poner por escrito sus recuerdos. Ahora volveremos de nuevo la atención a esos y

otros hechos en este intento de responder a la pregunta de ¿por qué escribió Bernal su *Historia*? Antes, sin embargo, aduciré en forma sumaria las principales hipótesis que han expresado algunos distinguidos investigadores acerca de las que juzgan fueron las motivaciones que tuvo nuestro cronista para escribir, sobre todo para sacar a luz sus memorias y personales puntos de vista.

Una primera explicación —repetida muchas veces hasta hace ya algún tiempo y aducida también con frecuencia al enseñar historia y literatura del período colonial o novohispano— consistía en afirmar que fundamentalmente Bernal escribió para hacer crítica de la obra publicada por Francisco López de Gómara. Quienes han sostenido esta tesis han reunido y comentado todos los lugares de la *Historia verdadera* en que Bernal corrige a Gómara o incluso hace burla de él. Para éstos el título mismo de *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, conlleva el tono crítico de quien no tolera las que tiene por falsedades o imprecisiones en la *Historia de la conquista de México*, de Gómara.

Más que aducir aquí los nombres de algunos de los que así opinaron, me limitaré a decir que, por fortuna, este género de explicación ha sido abandonado como bastante simplista, No quiere decir ello que deba prescindirse del hecho innegable de que la aparición de la obra de Gómara de varios modos influyó en Bernal. Lo que se hace ahora a un lado es tener esto como motivación clave para comprender por qué escribió Bernal.

Las interpretaciones más recientes han seguido caminos muy distintos. Me fijaré ahora en las que considero de mayor interés. En 1944 aparecieron dos trabajos de particular significación tocantes a Bernal y su obra. Se

debieron a los ya mencionados Henry R. Wagner y Ramón Iglesia. Comencemos con la aportación del primero. Publicó éste en un mismo número de la prestigiosa *Hispanic American Historical Review* tres amplios artículos sobre nuestro cronista. En el primero, que se refiere a la persona de Bernal, plantea varias cuestiones con fino sentido crítico, como la que he aducido también acerca de lo poco probable, si no es que imposible, de la supuesta venida de Bernal en compañía de Pedrarias. El segundo artículo versa sobre la familia del cronista. El tercero es un elenco bien preparado acerca de los escritos de y acerca de Bernal Díaz del Castillo. En el segundo de estos artículos escribe Wagner:

No puedo suscribir la teoría de que Díaz escribiera su libro para combatir los errores de la Conquista de México de López de Gómara. [Su obra] *es mucho más como una autobiografía que una historia y creo que la primera parte estuvo escrita desde mucho antes de que Bernal se fuera a Guatemala a vivir. Si esta teoría es correcta, se sigue de modo natural que revisó su obra mucho después, como él mismo en verdad lo proclama*[34].

Más adelante matiza Wagner su afirmación. Si lo que escribió Bernal tiene el carácter de una autobiografía, también es cierto que, además de

contar sus propias aventuras [el libro] *presenta una vigorosa protesta contra la falla de Cortés* [en sus Cartas de Relación] *y luego de Gómara, de dar el debido crédito a los soldados que acompañaron a Cortés, de los cuales él era uno…*

El libro contiene una curiosa mezcla de las más extravagantes alabanzas de Cortés con críticas acerca del mismo, algunas muy duras[35].

La opinión de Wagner puede resumirse en dos puntos principales: Bernal escribió para hacer esa vigorosa protesta

contra quienes lo habían dejado en el olvido, al igual que a otros compañeros suyos también conquistadores y, para subsanar tal negligencia, forjó el relato en que él aparece con tal insistencia. Tanta importancia concede Wagner a este segundo aspecto que llega a decir que *sería mucho mejor llamar a su libro Las reminiscencias de Bernal Díaz del Castillo*[36].

Con algunos rasgos afines, pero también con marcadas diferencias, Ramón Iglesia nos da sus puntos de vista en otros tres trabajos que publicó, juntos, el mismo año de 1944 en un libro que intituló *El hombre Colón y otros ensayos*[37]. En el primero de estos trabajos sitúa Iglesia la *Historia verdadera* en lo que considera un nuevo contexto historiográfico que prosperó en el mundo español sobre todo desde el siglo XV. Esa nueva forma de escribir la historia, contraria a la tradicional, erudita y acartonada, se debe con frecuencia a quienes han participado en los hechos que refieren y hablan de ellos con gozoso afán de mostrar lo que vivieron, acometieron y alcanzaron. Para Iglesia la nueva corriente historiográfica en la que sitúa, entre otros, a Gonzalo Fernández de Oviedo que tantas veces habla de lo que vio o conoció muy de cerca, implica *un proceso de democratización en las crónicas*[38]. Por eso, como un rasgo muy característico en la aportación de Bernal, destaca lo que describe como *popularismo* [contra lo acartonado] *en la historiografía española*.

En su segundo ensayo, *Las críticas de Bernal a la* Historia de la conquista de México *de López de Gómara*, el empeño de Iglesia es mostrar cómo tanto en Bernal como en Gómara hay motivaciones muy subjetivas al escribir. Para él es tan cierto que Gómara tomó la pluma para complacer a Cortés como que Bernal hizo otro tanto para dar salida a su resentimiento por verse olvidado al igual que otros muchos

conquistadores, sin la recompensa que considera les es debida en justicia por sus hechos. Reconoce Iglesia que, en su afán litigante, Bernal incurrió no sólo en errores sino en algunas mentiras.

Finalmente en el tercer trabajo, concebido como una *Introducción al estudio de Bernal y su obra*, Iglesia da remate a su apreciación. Subraya que Bernal estuvo ocupado en escribir su *Historia* a lo largo de muchos años. Una vez más nos dice que

Bernal es hombre bullicioso, insatisfecho, pleiteante. No se da por contento con las recompensas que recibe en premio de sus servicios[39].

Justamente en ese continuado afán de alcanzar justicia a sus demandas, encuentra Iglesia la motivación última de quien, por otra parte, entró de lleno en esa nueva corriente de la historiografía popularista:

Así, pues, fueron los intereses y los pleitos de Bernal Díaz encomendero los que dieron origen en su primera reforma a su relato estupendo de las hazañas del Bernal Díaz conquistador y de sus compañeros. De haber sido Bernal un hombre más modesto, capaz de adaptarse mejor a las nuevas condiciones de trabajo que exigía la colonia, no hubiera defendido tan testarudamente los derechos de los verdaderos conquistadores *y no tendríamos hoy* su Verdadera Historia[40].

Pasemos a la opinión de otro investigador, Carmelo Sáenz de Santa María, al que se debe haber acabado de establecer críticamente el texto de la obra de Bernal. Según don Carmelo, nuestro cronista escribió fundamentalmente para poner de relieve su propia persona y el recuerdo de cuanto había hecho a lo largo de la conquista. En apoyo de tal parecer cita varios pasajes de Bernal, entre ellos aquel en que afirma que escribió *para que digan en los tiempos venideros:*

esto hizo Bernal Díaz del Castillo, para que sus hijos y descendientes gocen las loas de sus heroicos hechos…[41]

Por ello —subraya Sáenz de Santa María— Bernal se recrea evocando sus experiencias, para poner de manifiesto cuál fue su participación en la conquista.

Como puede verse, la opinión de Sáenz de Santa María coincide en parte con Wagner e Iglesia. Estos, sin embargo, han aducido otros elementos: el de la protesta contra Cortés y Gómara (Wagner) y el del popularismo y el resentimiento, ambición y demanda (Iglesia). En esta referencia de lo expresado acerca de las motivaciones de Bernal cabría citar a otros estudiosos, como los mexicanos Genaro García, Carlos Pereyra y Alberto María Carreño, y entre los angloamericanos a R. B. Cunningham Graham y Herbert Cerwin, todos ellos autores de libros sobre Bernal o de introducciones a su obra[42]. Considerando que, en esencia, sus puntos de vista coinciden en todo o en parte con los ya analizados, opto por pasar a expresar mí personal respuesta a la pregunta que nos ocupa.

Coincidencias y algunas diferencias podrán percibirse en lo que expondré, si se compara con los puntos de vista descritos. Hay además un elemento que debe tenerse siempre presente. Bernal, que comenzó a escribir por lo menos desde la década de los años cincuenta, llegó a ser con el transcurso del tiempo un inveterado narrador, de palabra y con la pluma. Sus cartas lo confirman: ponía de bulto personas y cosas, aducía sus palabras, recreaba diálogos, se complacía en evocar detalles mínimos pero muy reveladores. Significa esto que, sí en el comienzo encontró, como todos, difícil el escribir, al fin le resultó placentero sentarse, recordar y pergeñar letras, frases, párrafos y capítulos. Por otra parte, se complacía o le interesaba releer

lo que había escrito. Prueba de ello nos la dan las muy numerosas correcciones o cambios que, durante muchos años, fue introduciendo. De esta suerte escribió, entre otras cosas, porque le gustaba.

Ahora bien, lo que a la postre fue gusto y regusto, en su origen tuvo que ver —no me parece que haya duda— con sus empeños de alcanzar recompensas por sus merecimientos. Recordemos su probanza de 1539 (primerísima biografía suya); su dicho de que estaba escribiendo su *memorial de las guerras*, sus múltiples párrafos en que insiste sobre lo poco, o nada que han recibido él y otros conquistadores; sus cartas con parecido tono e igual propósito.

Sin embargo, reducir todo a la demanda —probanza larguísima— creo que sería exageración simplista. El ya referido gusto y regusto en el recordar y el narrar coadyuvó a que Bernal se persuadiera de que, con lo que escribía, además de que *empréstase* [es útil] *mi relación para saber muy por extenso las cosas que pasaron en las conquistas de México* (CCXII), así *quede memoria de mí* (CCXII). Sus hijos, nietos y descendientes podrán decir con verdad: *estas tierras vino a descubrir y ganar mi padre…* En suma —cuando ya viejo emborronaba e introducía añadidos en su obra—, sin atinar tan presto cómo ponerle punto final tres cosas tuvieron que resultarle claras. De un lado, que mucho era lo que él y los otros conquistadores habían realizado:

Miren las personas sabias y leídas esta mi relación desde el principio hasta el cabo, y verán que en ningunas escrituras en el mundo, ni en hechos hazañosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado como nosotros los verdaderos conquistadores para nuestro rey y señor, y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta dellos,

y el más antiguo de todos; y digo otra vez que yo, yo, yo lo digo tantas veces que yo soy el más antiguo y he servido como muy buen soldado a su majestad (CCX).

De otra parte, le quedaba también claro que poco era lo que había recibido por recompensa:

Y dígolo con tristeza [lo antes citado] *porque me veo pobre y muy viejo, una hija por casar y los hijos varones ya grandes y con barbas y otros por criar, y no puedo ir a Castilla ante su majestad para representarle cosas cumplideras a su real servicio, y también para que me haga mercedes, pues se me deben bien debidas* (CCX).

La tercera cosa que debió tener asimismo por obvia —como lo proclamó muchas veces y sobre todo en el diálogo que, como último recurso, tan humano como de buen tino literario, quiso tener con la Fama— fue que había escrito no por pasatiempo sino para que su dicho tuviera perenne validez. Al terminar el diálogo:

más me prometió la buena Fama *que por su parte lo pondrá con voz muy clara a do quiera que se hallare. Y demás de lo que ella declara, que mi historia, si se imprime, cuando la vean e oigan, la darán fe verdadera, y oscurecerá las lisonjas de los pasados* (CCX).

En resumen, que por encima de todas las vicisitudes, ausencias de reconocimiento y envidias, su intención ha sido componer *una relación como ésta que siempre ha de haber memoria de ella* (A-I).

A la luz de este entretejerse de intereses, como suele ocurrir en la vida, Bernal conquistador y encomendero, pasó a ser también soldado cronista. Su crónica —en contrapunto y enfilando a veces su lanza a Gómara— fue todo esto y probablemente mucho más. La respuesta a la pregunta de por qué escribió es bastante más compleja de lo que podría pensarse. Y a la vez, para quien capte —hasta

donde es posible— lo que fue la persona de Bernal, la respuesta brotará sin más de la comprensión de su vida misma y sus afanes.

CONTENIDO DE LA *VERDADERA HISTORIA*

Después de haber traído a cuento tantos párrafos de la *Historia verdadera* parecerá redundante enunciar que vamos a ocuparnos ahora de su contenido. Sin embargo, la riqueza de la obra lo justifica con creces. Así, con la requerida brevedad; describiré —distribuyéndolo en partes— lo que abarca el libro de Bernal. Por supuesto que hablar aquí de *partes* sonará arbitrario. Sólo por razones de método y claridad me valdré de este recurso.

La lectura de los 213 capítulos —en apariencia 212, pero al último sigue un 212 bis—, además de los prólogos y los otros dos capítulos que se incluyen únicamente en el manuscrito de Guatemala, me lleva a distinguir las que llamaré *siete partes* en la *Historia verdadera*. Enuncio ahora en general el contenido de cada una, para analizarlas luego más por menudo. He aquí, a modo de cuadro o elenco, las siete partes:

> 1.ª Orígenes de Bernal, salida de Castilla, entrada en el Nuevo Mundo y viajes de Hernández de Córdoba (1517) y de Grijalva (1518). Capítulos I a XVIII.
>
> 2.ª La expedición de Hernando Cortés y la Conquista de México. Capítulos XIX a CLVI.
>
> 3.ª Lo que siguió a la conquista hasta fines de 1524. Capítulos CLVII a CLXII.
>
> 4.ª La expedición a las Hibueras. Capítulos CLXIII a CXC.

5.ª El juicio de residencia de Cortés (1525); su viaje a España; la primera y segunda Audiencia; los afanes de don Hernando en la mar del Sur y California; retorno definitivo de Cortés a España (1540). Capítulos CXCI a CCI.

6.ª Variadas noticias: el virrey Mendoza; Alvarado y su gran armada; Cortés en España hasta su muerte. Capítulos CCII a CCIV.

7.ª De los valerosos soldados conquistadores; sus retratos, sus merecimientos; memorial de sus batallas; lo que realizaron en provecho de los indios, de la tierra, del rey y de Dios. Capítulos CCV a CCXII-bis.

Apéndice: Por qué se herraron muchos indios y la serie de los gobernadores en la Nueva España. Capítulos CCXIII y CCXIV (manuscrito de Guatemala).

Analizaré sumariamente cada una de estas *partes* o conjuntos de capítulos en los que cabe percibir el tratamiento de un asunto principal. Repetiré que Bernal, lejos de proponerse distribuir su obra en estas u otras *partes*, fue escribiendo, haciendo supresiones y añadidos a lo largo de por lo menos treinta años (desde la década de los cincuenta a la de los ochenta). Sólo para mejor abarcar en su conjunto esta magna relación he introducido estos *distingos*, a modo de guías, en la secuencia de lo que fue el trabajo de Bernal.

La *primera parte* abarca 16 capítulos más 2 de transición. El primer capítulo es en alto grado autobiográfico y de tono apologético (los merecimientos de los conquistadores). Del capítulo II al VII habla de la expedición del *descubrimiento de México*, a las órdenes de Francisco Hernández de Córdoba

(1517) y del VIII al XVI, de la que salió con Juan de Grijalva (1518). Si el capítulo siguiente es una especie de transición, puesto que versa sobre el procurador que envió Diego Velázquez, gobernador de Cuba, para informar al emperador de los descubrimientos, en cambio el XVIII es un inciso. Allí refiere Bernal cómo ha caído en sus manos la obra de Gómara y del gran disgusto que le causó su lectura. El hecho de que afirme que se hallaba entonces *escribiendo esta relación*, es el que llevó a algunos estudiosos a suponer que fue precisamente a partir de ese momento cuando la obra de Gómara vino a ser nueva motivación para él. Según eso, Bernal concibió entonces su trabajo como una refutación del que tanto le había molestado por su tono adulador de Cortés y por las falsedades y errores que en él percibió. A lo expuesto ya, a propósito de por qué escribió Bernal, me remito en este punto.

La que cabe describir como *segunda parte* es la más copiosa y puede considerarse como asunto central de la *Historia verdadera*. Abarca 137 capítulos, del XIX al CLVI. La secuencia de los hechos que culminaron con la conquista de los aztecas, la presenta Bernal con un enfoque cronológico. Cuatro secciones cabe distinguir en ella. En los capítulos XIX al LVI, recuerda cómo recayó en Cortés el encargo de salir al frente de esta expedición, los preparativos de la misma, las sospechas de Velázquez, la partida de Cortés, sus exploraciones desde la isla de Cozumel en el Caribe hasta desembarcar en San Juan de Ulúa (Veracruz). Una vez más hay varios capítulos de transición —los LIV a LVII— en que habla del envío que hizo Cortés de procuradores a España y de lo que se supo de la reacción del gobernador de Cuba.

La segunda sección en esta misma *parte* es de muy

grande interés. Comprende la salida hacia el interior del país (LVIII-LXII); la llegada a Tlaxcala (LXIII-LXXVIII); la marcha con rumbo a la metrópoli azteca y el trágico episodio en Cholula (LXXIX-LXXXVII). La tercera sección de esta *segunda parte* ofrece cuadros de gran fuerza: entrada a México, con maravillas *como en los libros de los Amadises*, los de los caballeros andantes tan leídos en esa época (LXXXVIII-CVIII). Suceso de vital importancia para Cortés fue la llegada de Pánfilo de Narváez, que venía a quitarle el mando y apresarlo por órdenes del gobernador de Cuba (CIX-CXXV). A la victoria del extremeño sobre Narváez se sobrepone luego el relato, que transpira aún ansiedad, de la expulsión de la ciudad de México de los hombres de Castilla. Por órdenes de Pedro de Alvarado mientras Cortés había salido a combatir a Narváez había tenido lugar la que se conoce como *matanza del templo mayor*. Los indígenas fuera ya de sí, después de que había sido asesinado Moctezuma, se aprestaron para acabar con los españoles. Cortés, de regreso, dispone la huida. Al menos tiene el consuelo de la fidelidad de los tlaxcaltecas, entre quienes se refugian él y los que sobrevivieron a la huida (CXXVI-CXXIX).

En la cuarta y última *sección* de esta *segunda parte* el asunto principal de la obra se revive en escenas de hondo dramatismo: preparativos para adueñarse de la ciudad, construcción de los bergantines para atacarla desde los lagos (CXXX-CXXXVI). Hay un inciso (CXXXI) acerca de otro enviado de Velázquez y cómo éste con sus hombres se pasó al bando de Cortés. La narración continúa haciendo referencia a los varios aliados indígenas. Nuevo inciso es el de la llegada de otro navío a Pánuco (junto al actual puerto de Tampico), enviado esta vez por Francisco de Garay que

se sentía con derechos para conquistar esa región. De nuevo las tropas de Cortés se incrementaron (CXXXIII). La marcha a Texcoco y a otros pueblos de los lagos y luego los primeros enfrentamientos son el tema hasta el capítulo (CLI). El asedio de la ciudad, la resistencia de sus defensores, proezas por ambas partes, los españoles que caen prisioneros y son sacrificados, el hambre que padecieron los aztecas, la batalla final y la prisión del último gobernante indígena, el joven Cuauhtémoc, son tratados con un estilo de extraordinario vigor en los capítulos CLII a CLVI. Es en el último de ellos donde Bernal pinta así lo que recordaba acerca del final del asedio:

Y como se hubo preso Guatemuz [Cuauhtémoc] *quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera uno puesto encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañían, cesasen de las tañer; y esto digo al propósito, porque todos los noventa y tres días que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces e silbos unos capitanes mexicanos apercibiendo las escuadras y guerreros… e otros llamando las canoas que habían de guerrear con los bergantines… y otros apercibiendo a los que habían de hincar palizadas y abrir y ahondar las calzadas y aberturas y puentes…, pues de los adoratorios y casas malditas de aquellos malditos ídolos, los atambores y cornetas, y el atambor grande y otras bocinas dolorosas que de continuo no dejaban de tocar; y desta manera, de noche y de día no dejábamos de tener gran ruido y tal que no nos oíamos los unos a los otros; y después de preso el Guatemuz cesaron las voces y el ruido, y por esta causa he dicho como si antes estuviéramos en el campanario* (CLVI).

Lo que siguió a la rendición de la ciudad, con las primeras medidas para reedificarla, así como buen número de incidentes hasta fines de 1524, constituye el tema de la que he descrito como *tercera parte* (CLVII-CLXII). La

recordación de Bernal se fija en la llegada de *un Cristóbal de Tapia que venía para ser gobernador* y el modo cómo se llevó a buen término que regresara a la isla de Santo Domingo (CLVIII). De particular interés es lo que consigna sobre las expediciones a que fueron enviados Gonzalo de Sandoval (Tututepec y Coatzacoalcos en Veracruz-Tabasco), Pedro de Alvarado (Guatemala) y Cristóbal de Olid (Honduras) (CLX-CLXV). Un capítulo dedica Bernal a hablar más de sí mismo y de su participación en la expedición de Sandoval. Fue entonces cuando pudo haber tenido para siempre indios encomendados y buenas tierras. La cosa se frustró como con tristeza allí lo nota (CLXVI). Hablar de otras medidas relacionadas con Cortés —envió procuradores a España y fue nombrado gobernador de la tierra conquistada— no impide a Bernal dedicar otro capítulo a la llegada de los doce primeros *frailes franciscos* en 1524 (CLXXI). Esta *tercera parte* llega a su término de modo natural con el relato en que alude a lo que escribió Cortés al emperador (cartas de relación) en donde, entre otras cosas, le mencionó la rebelión del capitán Cristóbal de Olid despachado a la conquista y poblamiento de Honduras (CLXXII).

La desastrada, aunque rica en aventuras, expedición a las Hibueras (noviembre, 1524-junio, 1526) es el tema de la *cuarta parte* (CLXXIII-CXC). Considerable atención le dedica Bernal a este viaje, emprendido por Cortés para castigar a Olid. El propio Bernal, que se hallaba en Coatzacoalcos, hubo de abandonar lo que comenzaba a poseer, para salir también entre los hombres de Cortés. En uno de estos capítulos describe Bernal con sentimiento la que calificó de injusta muerte que se dio a Cuauhtémoc (CLXXVII). La cercanía de Honduras con las tierras en donde actuaba Pedrarias Dávila dieron ocasión a algunos

contactos con él, no precisamente amistosos, a los que Bernal alude (CLXXXIX). Término natural de esta parte es el tema del retorno de Cortés a México. Tras recordar el regocijo que eso provocó, habla de las dificultades a que hubo de enfrentarse. El juicio de Bernal sobre lo que ejecutó entonces Cortés, es de crítica. Si hubiera obrado con presteza y mano dura, otras cosas habrían sucedido. Así lo pensaba Bernal:

si de presto lo hiciera, no hubiera en Castilla quien dijera: «Mal hizo Cortés» y su majestad lo tuviera por bien hecho; y esto yo lo oí decir a los del real Consejo de Indias, estando presente el señor obispo fray Bartolomé de las Casas en el año de 1540, cuando yo allá fui sobre mis pleitos, que se descuidó mucho Cortés en ello y lo tuvieron a flojedad (CXC).

Como ya se insinuó al describir en forma general el contenido de las *partes* quinta y sexta, en ambas hay gran variedad de noticias que Bernal no siempre alcanzó a hilvanar bien. Tiene sentido hacer distinción entre estas dos partes en razón de que en la *quinta* la figura de Cortés ocupa lugar principal en los recuerdos del soldado cronista, en tanto que en la *sexta los* capítulos versan sobre asuntos de suma heterogeneidad. La que llamo *quinta parte* abarca sucesos desde 1526 hasta 1540 y se desarrolla a lo largo de once capítulos (CXCI a CCI). En el primero de éstos evoca Bernal la llegada del licenciado Luis Ponce de León, que venía a tomar residencia a Cortés, recién regresado de su viaje a las Hibueras. La extraña muerte del dicho licenciado y la subsiguiente actuación de Marcos de Aguilar en calidad de gobernador, su fallecimiento, y otras noticias hasta la primera partida de Cortés a España para hacer defensa de sus derechos, ocupan luego tres capítulos. Pasa en seguida Bernal a hablar de la primera y segunda audiencias. Es

curioso que haga cierta defensa de Nuño de Guzmán, aunque, por otra parte, recuerde sus desmanes (CXCVI-CXCVII). Es en el capítulo CXVIII donde habla, siempre con elogio, del presidente de la segunda Audiencia, Sebastián Ramírez de Fuenleal. La figura de don Hernando, primero su matrimonio en España, su regreso a México (CXCIX) y luego sus afanes en materia de descubrimientos en la mar del Sur y California (CC), son objeto de perspicaces comentarios. Esta *quinta parte* concluye (CCI) con una mención de las suntuosas fiestas que hubo en México con motivo de las paces que hicieron en Aguas-Muertas (1538) el emperador y el rey de Francia. Hace una última alusión al segundo y postrero viaje de Cortés a España (1540), donde por cierto expresa Bernal que *luego me embarqué y fui a Castilla y el Marqués no fue* [sino] *de ahí a dos meses, porque dijo que no tenía allegado tanto oro como quisiera llevar* (CCI).

El virrey Antonio de Mendoza y las exploraciones que envió a la mar del Sur y por el rumbo de Cíbola (las famosas siete ciudades al noroeste de Nueva España); la reaparición y muerte de Pedro de Alvarado y los últimos años de Cortés en España hasta su fallecimiento (1547) integran la temática de la *sexta parte* (CCII-CCIV). Una frase de Bernal tocante al carácter y merecimientos de don Hernando, merece ser citada aquí: *Al marqués don Hernando Cortés le perdone Dios sus pecados. Bien creo que se me habrán olvidado otras cosas que escribir sobre las condiciones de su valerosa persona; lo que se me acuerda y vi, esto escribo* (CCIV).

De muy particular interés son los capítulos, del CCV al CCXII-bis, que forman la que puede tenerse como séptima y última parte de la *Historia verdadera.* En ellos quedan al descubierto los principales propósitos que movieron a

Bernal a escribir. Puede decirse en síntesis que es aquí donde de manera directa y más amplia hace el elogio de sus compañeros, los otros conquistadores, al igual que de su propia persona. También es en esta parte donde, a la par que ofrece un elenco de sus merecimientos, se duele de nuevo de la nula o muy pequeña recompensa que él y los otros han recibido. Su relación de muchos conquistadores, sus hechos, estaturas y proporciones, es muestra magnífica del estilo de Bernal que, a pesar de sus tropiezos, recrea sus experiencias y, como tengo dicho, pone personas y otras realidades de bulto. En su propósito de subrayar cuanto de beneficioso hubo en la conquista, dedica un capítulo (CCIX), que casi parece de la crónica de algún fraile, al tema de la conversión de los indios. La lista *de otras cosas y provechos que se han seguido de nuestras ilustres conquistas y trabajos* (CCX) incluye menciones muy variadas: envíos a España de oro, plata y otras muchas riquezas; surgimiento de nuevas poblaciones en México con sus monasterios y catedrales. Conocida es la referencia que hace allí a *la santa casa de nuestra señora de Guadalupe que está en lo de Tepeaquilla* [Tepeyac, al norte de la ciudad de México], *y miren los santos milagros que ha hecho y hace de cada día…* (CCX).

A partir de la cita anterior, en ese mismo capítulo y en los siguientes (CCXI-CCXXII-bis), parecen agolpársele a Bernal los recuerdos. Podría decirse que quisiera poner por escrito cuanto se le viene al pensamiento y considera de interés. Vuelve a hacer referencias a Cortés. Alvarado y Ñuño de Gózmán. Reitera sus críticas a Gómara. Habla de la junta de Valladolid (1550) donde, según él, se hallaron presentes grandes personajes *para dar orden que se hiciese el repartimiento perpetuo* (CCXI). Más adelante torna a ponderar sus merecimientos. Explica que ha escrito sobre ellos, pues

de no hacerlo quedarían de cierto olvidados. En ese capítulo (CCXII) incorpora la relación, mencionada por él en otros lugares, acerca de las batallas en que tomó parte. Es interesante notar que en el manuscrito de Guatemala la relación de dichos combates es mucho más amplia y pormenorizada. Asunto muy diferente dedica el capítulo último (CCXII-bis): *las señales y planetas que hubo en el cielo de Nueva España antes que en ella entrásemos*… Hablar de portentos le lleva a recordar el desastre que sufrió la ciudad de Guatemala cuando perdió allí la vida doña Beatriz de la Cueva, mujer que fue de Pedro de Alvarado. Los párrafos finales de este capítulo, de considerable interés para la historia de Guatemala, dan remate a la obra, tal como ésta se publicó originalmente en Madrid, 1632.

Como he mencionado, en el manuscrito de Guatemala se incluyen dos capítulos más (CCXIII y CCXIV). Confirman ambos que Bernal, metido *ya a* escritor, proseguía en su afán de dar noticias sobre lo que de interés había visto o se le había referido por personas de calidad. Al hablar de *por qué causa en esta Nueva España se herraron muchos indios e indias por esclavos* (CCXIII), entra en una larga exposición en la que da una nueva versión de lo que ocurrió en México (1520) cuando, en ausencia de Cortés, Pedro de Alvarado perpetró la que hasta hoy se conoce y recuerda como *la matanza del templo mayor*. Con gran perspicacia, recordando lo dicho por el capitán Alonso de Ávila, profetiza Bernal *que siempre quedaría mala memoria en esta Nueva España de haber hecho aquella cosa tan mala* (CCXIII).

Con un conjunto de datos y comentarios sobre *los gobernadores que ha habido en la Nueva España hasta el año de quinientos sesenta y ocho* (CCXIV) concluye lo que se conserva incluido en el manuscrito de Guatemala. Prueba de que

Bernal pensaba seguir escribiendo —y tal vez así fue— nos la dan sus postreras palabras:

Y he dicho lo mejor que he podido de todos los gobernadores que ha habido en toda esta provincia de la Nueva España; bien es que diga en otro capítulo de los arzobispos y obispos que ha habido (CCXIV).

El dicho capítulo, si lo escribió, se encuentra hoy perdido. Como puede verse a través de este sucinto análisis del contenido de la *Historia verdadera*, es cierto que Bernal no siguió en ella un plan rígido, al modo de un historiador que ha ponderado desde un principio la estructura que quiere dar a su obra. Esto, sin embargo, no significa que en su empeño haya producido un trabajo desarticulado o confuso. Como regla general adopta un orden cronológico y si bien da entrada a varias disgresiones, casi siempre lo hace notar y explica por qué tiene que desviarse de su asunto principal. Como señaló Ramón Iglesia, la aportación de Bernal está vivificada sobre todo por el contacto directo con los hechos de que habla. Quien se acerca a su crónica se percata de que en ella se vuelve verdad que

La oposición renacentista entre el vulgo y el sabio se hace irreductible en la historiografía. Y mientras el pretendido migo se abre camino a su manera, produciendo la flora espléndida de las crónicas de Indias, que culmina en la obra de Bernal, los sabios peninsulares se pierden en sus acopios de materiales y en los afeites de su prosa[43].

Esto ocurriría a la letra con algunos de los que, algún tiempo después, criticarían o desdeñarían la *Historia* de Bernal. El mejor ejemplo de ello sería don Antonio de Solís (1610-1686), que tan duramente se expresó acerca de lo que escribió el soldado cronista.

ESTILO Y SIGNIFICACIÓN DE LO ESCRITO POR BERNAL

Se han ocupado ya distinguidos estudiosos de lo que cabe llamar el estilo inconfundible de Bernal. No pienso ahora en quienes han hecho mofa de lo que Iglesia llama su *popularismo*. Me refiero a investigadores de asuntos lingüísticos, gramaticales y filológicos. Limitaciones de espacio me impiden aducir lo expuesto por ellos, así como adentrarme por mi cuenta en un nuevo, intento de apreciación literaria. Diré al menos que, desde el siglo XVIII, no debió parecer tan rudo el estilo de nuestro cronista a los académicos de la lengua, que en su *Diccionario de autoridades*, incluyen a Bernal en la lista de autores y obras que pueden tenerse como paradigma del idioma[44].

A sólo un estudioso del castellano, por el que guardo gran admiración, acudiré aquí. Me refiero a Manuel Alvar que, entre otras muchas cosas, ha fijado también su atención en Bernal y su obra. De modo especial le interesó reunir y comentar los *americanismos* en la *Historia verdadera*. Pero de hecho su aportación va más allá. En cierto modo, llega a ser una apreciación certera del valor y significación literaria de lo escrito por Bernal:

El texto, además de, hermoso, es ejemplar. Doblemente ejemplar: eran, sí las inauditas maravillas, pero también la explicación del milagro inevitable. «Cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís». El Conquistador iba a hacer vida aquel libro de caballerías que sólo existió en la fábula, y la vida se iba a convertir en un paradigma literario[45].

Poner a Bernal en parangón con los libros de caballerías me parece que ayuda mucho a captar el meollo de la significación de esta *Historia verdadera*, Es cierto que Bernal escribió una crónica, pero resultó ella diferente de las de los frailes y funcionarios reales. Con estilo en apariencia tosco, escribió —como él mismo lo nota— *según nuestro común hablar*

de Castilla la Vieja y que en estos tiempos se tiene por más agradable (CCXII).

Crónica, por tanto, con pretensiones de historia verdadera y con ribetes al modo de los libros de caballerías, lo escrito por Bernal impresiona por su realismo. Leerlo es casi contemplar lo que refiere. Como en la obra de Miguel de Cervantes, más de medio siglo posterior, también en esta *Historia* los héroes de los libros caballerescos ceden el campo a quienes, como símbolo o en la vida misma, llevan a cabo proezas en las que convergen ideales y miserias. No discurriré con eruditas precisiones sobre géneros literarios. La crónica de Bernal, describiendo combates, y portentos que acrecientan la honra y traen a muchas gentes al servicio de su Dios y su rey, resuena a veces como inspirada en los códigos de honor de los caballeros.

El parentesco —anticipado en el tiempo— con la obra de Cervantes le viene de su realismo que campea, por ejemplo, cuando exclama que *todos los males y trabajos se pasan con el comer* (XLIV), o al preguntarse *pues, ¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante y estarnos en parte que no tengamos provechos y güeñas?* (LVIII). Hombres de bulto y pueblo que habla son rasgos inequívocos en este realismo suyo. Otra muestra la tenemos en la escena en que el siempre leal capitán Gonzalo de Sandoval se topa con los emisarios de Pánfilo de Narváez que ha venido de Cuba para desposeer a Cortés. Los mensajeros son un clérigo Guevara, cinco soldados y unos indios antillanos. Hay intercambio de saludos: *Enhorabuena estéis*… Luego el clérigo hace un razonamiento, dice que Cortés y sus hombres son traidores al capitán Diego Velázquez que los despachó y avitualló en Cuba. Exige que se rindan y le den obediencia. Sandoval responde:

Señor, padre, muy mal habláis en decir esas palabras de traidores; aquí somos mejores servidores de su majestad que no Diego Velázquez y, porque sois clérigo, no os castigo conforme a vuestra mala crianza. Andad con Dios a México, que allá está Cortés, que es capitán general y justicia mayor de esta Nueva España y os responderá, aquí no tenéis más que hablar (CXI).

Aunque parezca contradictorio —pues tanto en Bernal como en Cervantes se evocan los Amadises— es cierto que en las obras de uno y otro esos caballeros están ya de retirada precisamente porque realidades mucho más grandes los han puesto en fuga. Recordemos que Cervantes aludió a los conquistadores y a Cortés cuando Quijano hizo ver a Sancho que en ellos, mucho más que en los Amadises, había ejemplos a seguir:

¿Quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obra de la fama que los mortales desean como premio…, puesto que los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros…[46]

Curiosa coincidencia es, por otra parte, que tanto acerca de Cervantes como de Bernal, se hayan forjado no pocas hipótesis para explicar por qué escribieron esas obras por las que el mundo los conoce. No voy a meterme en la disputa, y ya expresé lo que pienso acerca de los motivos de Bernal. Sólo repetiré que en uno y otro, en sus mundos de un realismo que se transforma a veces en ensueño, o de un asombro que es la vida misma, se palpan los hechos y se escucha hablar a los pueblos.

Decía al principio que la conquista de México fue enfrentamiento, violencia y, a la postre, encuentro de gentes y culturas. De esa experiencia humana tan honda, se

conservan varios testimonios, unos en español, y otros en lengua indígena. Entre los primeros ocupa lugar de excepción lo que escribió Bernal. Si éste es en ocasiones vanidoso, si exagera, si insiste en que ni él ni otros han alcanzado las recompensas que merecen, todo esto da mayor fuerza a lo que escribe: es su propia vida de lo que habla; su vida tan bien vivida en tantos combates, pleitos y litigios. Prueba indiscutible de que entregarse al batallar que es la vida no enflaquece a ésta, la tenemos en los ochenta y ocho o uno más años que vivió Bernal. De su obra escrita cabría decir algo parecido. Hace ya más de cuatro siglos que le dio feliz remate y son muchos los que hasta hoy disfrutan de ella.

Amigo lector, es ahora tu turno, déjate ya de comentarios y saborea a tus anchas esta historia. Aunque a veces te parezca relato de imposibles, es ésta la recordación viviente de aquel don Bernal, consciente de haber escrito una relación de la que siempre habrá memoria.

Miguel León-Portilla

Julio de 1984

—a cuatro siglos de la

muerte de Bernal—

Ciudad Universitaria,

México

PROLOGO

Yo, Bernal Díaz del Castillo, regidor de esta ciudad de Santiago de Guatemala, autor de esta muy verdadera y clara historia, la acabé de sacar a la luz, que es desde el descubrimiento, y todas las conquistas de la Nueva España, y como se tomó la gran ciudad de México, y otras muchas ciudades, hasta las haber traído de paz y pobladas de españoles muchas villas, las enviamos a dar y entregar, como estamos obligados, a nuestro rey y señor; en la cual historia hallarán cosas muy notables y dignas de saber: y también van declarados los borrones, y escritos viciosos en un libro de Francisco López de Gómara, que no solamente va errado en lo que escribió de la Nueva España, sino también hizo errar a dos famosos historiadores que siguieron su historia, que se dicen Doctor Illescas y el Obispo Paulo Iobio; y a esta causa, digo y afirmo que lo que en este libro se contiene es muy verdadero, que como testigo de vista me hallé en todas las batallas y reencuentros de guerra; y no son cuentos viejos, ni Historias de Romanos de más de setecientos años, porque a manera de decir, ayer pasó lo que verán en mi historia, y cómo y cuándo, y de qué manera; y de ello era buen testigo el muy esforzado y valeroso capitán don Hernando Cortés, marqués del Valle, que hizo relación en una carta que escribió de México al serenísimo emperador don Carlos V, de gloriosa memoria, y otra del virrey don Antonio de Mendoza, y por probanzas bastantes. Y además de esto cuando mi historia se vea, dará fe y claridad de ello; la cual se acabó de sacar en limpio de mis memorias y borradores en esta muy leal ciudad de Santiago de Guatemala, donde reside la real audiencia, en veinte y seis días del mes de febrero de mil quinientos

sesenta y ocho años. Tengo que acabar de escribir ciertas cosas que faltan, que aún no se han acabado: va en muchas partes testado, lo cual no se ha de leer. Pido por merced a los señores impresores, que no quiten, ni añadan más letras de las que aquí van y suplan, etc.

Capítulo I

En qué tiempo salí de Castilla, y lo que me acaeció

En el año de 1514 salí de Castilla en compañía del gobernador Pedro Arias de Ávila, que en aquella sazón le dieron la gobernación de Tierra-Firme; y viniendo por la mar con buen tiempo, y otras veces con contrario, llegamos al Nombre de Dios; y en aquel tiempo hubo pestilencia, de que se nos murieron muchos soldados, y demás desto, todos los más adolecimos, y se nos hacían unas malas llagas en las piernas; y también en aquel tiempo tuvo diferencias el mismo gobernador con un hidalgo que en aquella sazón estaba por capitán y había conquistado aquella provincia, que se decía Vasco Núñez de Balboa; hombre rico, con quien Pedro Arias de Ávila casó en aquel tiempo una su hija doncella con el mismo Balboa; y después que la hubo desposado, según pareció, y sobre sospechas que tuvo que el yerno se le quería alzar con copia de soldados por la mar del Sur, por sentencia le mandó degollar. Y después que vimos lo que dicho tengo y otras revueltas entre capitanes y soldados, y alcanzamos a saber que era nuevamente ganada la isla de Cuba, y que estaba en ella por gobernador un hidalgo que se decía Diego Velázquez, natural de Cuéllar; acordamos ciertos hidalgos y soldados, personas de calidad de los que habíamos venido con el Pedro Arias de Ávila, de demandarle licencia para nos ir a la isla de Cuba, y él nos la dio de buena voluntad, porque no tenía necesidad de tantos soldados como los que trajo de Castilla, para hacer guerra, porque no había qué conquistar; que todo estaba de paz, porque el Vasco Núñez de Balboa, yerno del Pedro Arias de Ávila, lo había conquistado, y la tierra de suyo es muy corta y de poca gente. Y desque tuvimos la licencia, nos

embarcamos en buen navío; y con buen tiempo, llegamos a la isla de Cuba, y fuimos a besar las manos al gobernador della, y nos mostró mucho amor y prometió que nos daría indios de los primeros que vacasen; y como se habían pasado ya tres años, así en lo que estuvimos en Tierra-Firme como lo que estuvimos en la isla de Cuba aguardando a que nos depositase algunos indios, como nos habían prometido, y no habíamos hecho cosa ninguna que de contar sea, acordamos de nos juntar ciento y diez compañeros de los que habíamos venido de Tierra-Firme y de otros que en la isla de Cuba no tenían indios, y concertamos con un hidalgo que se decía Francisco Hernández de Córdoba, que era hombre rico y tenía pueblos de indios en aquella isla, para que fuese nuestro capitán, y a nuestra ventura buscar y descubrir tierras nuevas, para en ellas emplear nuestras personas; y compramos tres navíos, los dos de buen porte, y el otro era un barco que hubimos del mismo gobernador Diego Velázquez, fiado, con condición que, primero nos le diese, nos habíamos de obligar, todos los soldados, que con aquellos tres navíos habíamos de ir a unas isletas que están entre la isla de Cuba y Honduras, que ahora se llaman las islas de las Guanajas y que habíamos de ir de guerra y cargar los navíos de indios de aquellas islas para pagar con ellos el barco, para servirse dellos por esclavos. Y desque vimos los soldados que aquello que pedía el Diego Velázquez no era justo, le respondimos que lo que decía no lo mandaba Dios ni el rey, que hiciésemos a los libres esclavos. Y desque vio nuestro intento, dijo que era bueno el propósito que llevábamos en querer descubrir tierras nuevas, mejor que no el suyo; y entonces nos ayudó con cosas de bastimento para nuestro viaje. Y desque nos vimos con tres navíos y matalotaje de pan cazabe, que se hace de unas raíces que llaman yucas, y compramos puercos, que

nos costaban en aquel tiempo a tres pesos, porque en aquella sazón no había en la isla de Cuba vacas ni carneros, y con otros pobres mantenimientos, y con rescate de unas cuentas que entre todos los soldados compramos; y buscamos tres pilotos, que el más principal dellos y el que regia nuestra armada se llamaba Antón de Alaminos, natural de Palos, y el otro piloto se decía Camacho, de Triana, y el otro Juan álvarez, el Manquillo, de Huelva; y así mismo recogimos los marineros que hubimos menester, y el mejor aparejo que pudimos de cables y maromas y anclas, y pipas de agua, y todas otras cosas convenientes para seguir nuestro viaje, y todo esto a nuestra costa y minsión. Y después que nos hubimos juntado los soldados, que fueron ciento y diez, nos fuimos a un puerto que se dice en la lengua de Cuba, Ajaruco, y es en la banda del norte, y estaba ocho leguas de una villa que entonces tenían poblada, que se decía, San Cristóbal, que desde a dos años la pasaron adonde ahora está poblada la dicha Habana. Y para que con buen fundamento fuese encaminada nuestra armada, hubimos de llevar un clérigo que estaba en la misma villa de San Cristóbal, que se decía Alonso González, que con buenas palabras y prometimientos que le hicimos se fue con nosotros; y demás desto elegimos por veedor, en nombre de su majestad, a un soldado que se decía Bernardino Iñiguez, natural de Santo Domingo de la Calzada, para que si Dios fuese servido que topásemos tierras que tuviesen oro o perlas o plata, hubiese persona suficiente que guardase el real quinto. Y después de todo concertado y oído misa, encomendándonos a Dios nuestro señor y a la virgen santa María, su bendita madre, nuestra señora, comenzamos nuestro viaje de la manera que adelante diré.

Capítulo II

Del descubrimiento de Yucatán y de un rencuentro de guerra que tuvimos con los naturales

En 8 días del mes de febrero del año de 1517 años salirnos de la Habana, y nos hicimos a la vela en el puerto de Jaruco, que así se llama entre los indios, y es la banda del norte, y en doce días doblamos la de San Antón, que por otro nombre en la isla de Cuba se llama la tierra de los Guanataveis, que son unos indios como salvajes. Y doblada aquella punta y puestos en alta mar, navegamos a nuestra ventura hacia donde se pone el sol, sin saber bajos ni corrientes, ni qué vientos suelen señorear en aquella altura, con grandes riesgos de nuestras personas; porque en aquel instante nos vino una tormenta que duró dos días con sus noches, y fue tal, que estuvimos para nos perder; y desque abonanzó, yendo por otra navegación, pasado veinte y un días que salimos de la isla de Cuba, vimos tierra, de que nos alegramos mucho, y dimos muchas gracias a Dios por ello; la cual tierra jamás se había descubierto, ni había noticia della hasta entonces; y desde los navíos vimos un gran pueblo, que al parecer estaría de la costa obra de dos leguas, y viendo que era gran población y no habíamos visto en la isla de Cuba pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran-Cairo. Y acordamos que con el un navío de menos porte se acercasen lo que más pudiesen a la costa, a ver que tierra era, y a ver si había fondo para que pudiésemos anclear junto a la costa; y una mañana, que fueron 4 de marzo, vimos venir cinco canoas grandes llenas de indios naturales de aquella población, y venían a remo y vela. Son canoas hechas a manera de artesas, y son grandes, de maderos gruesos y cavadas por de dentro y está hueco, y

todas son de un madero macizo, y hay muchas dellas en que caben en pie cuarenta y cincuenta indios. Quiero volver a mi materia. Llegados los indios con las cinco canoas cerca de nuestro navío, con señas de paz que les hicimos, llamándoles con las manos y capeándoles con las capas para que nos viniesen a hablar, porque no teníamos en aquel tiempo lenguas que entendiesen la del Yucatán y mexicana, sin temor ninguno vinieron, y entraron en la nao capitana sobre treinta dellos, a los cuales dimos de comer cazabe y tocino, y a cada uno un sartalejo de cuentas verdes, y estuvieron mirando un buen rato los navíos; y el más principal dellos, que era cacique, dijo por señas que se quería tornar a embarcar en sus canoas y volver a su pueblo, y que otro día volverían y traerían más canoas en que saltásemos en tierra; y venían estos indios vestidos con unas j aquetas de algodón y cubiertas sus vergüenzas con unas mantas angostas, que entre ellos llaman mastates, y tuvimos los por hombres más de razón que a los indios de Cuba, porque andaban los de Cuba con sus vergüenzas defuera, excepto las mujeres, que traían hasta que les llegaban a los muslos unas ropas de algodón que llaman naguas. Volvamos a nuestro cuento: que otro día por la mañana volvió el mismo cacique a los navíos, y trajo doce canoas grandes con muchos indios remeros, y dijo por señas al capitán, con muestras de paz, que fuésemos a su pueblo y que nos darían comida y lo que hubiésemos menester, y que en aquellas doce canoas podíamos saltar en tierra. Y cuando lo estaba diciendo en su lengua, acuérdeme decía: «Con escotoch, con escotoch»; y quiere decir, andad acá a mis casas; y por esta causa pusimos desde entonces por nombre a aquella tierra Punta de Cotoche, y así está en las cartas del marear. Pues viendo nuestro capitán y todos los soldados los muchos halagos que nos hacía el cacique para que fuésemos a su

pueblo, tomó consejo con nosotros, y fue acordado que sacásemos nuestros bateles de los navíos, y en el navío de los más pequeños y en las doce canoas saliésemos a tierra todos juntos de una vez, porque vimos la costa llena de indios que habían venido de aquella población, y salimos todos en la primera barcada. Y cuando el cacique nos vio en tierra y que no íbamos a su pueblo, dijo otra vez al capitán por señas que fuésemos con él a sus casas; y tantas muestras de paz hacía, que tomando el capitán nuestro parecer para si iríamos o no, acordóse por todos los más soldados que con el mejor recaudo de armas que pudiésemos llevar y con buen concierto fuésemos. Y llevamos quince ballestas y diez escopetas (que así se llamaban, escopetas y espingardas, en aquel tiempo), y comenzamos a caminar por un camino por donde el cacique iba por guía, con otros muchos indios que le acompañaban. E yendo de la manera que he dicho, cerca de unos montes breñosos comenzó a dar voces y apellidar el cacique para que saliesen a nosotros escuadrones de gente de guerra, que tenían en celada para nos matar; y a las voces que dio el cacique, los escuadrones vinieron con gran furia, y comenzaron a nos flechar de arte, que a la primera rociada de flechas nos hirieron quince soldados, y traían armas de algodón, y lanzas y rodelas, arcos y flechas, y hondas y mucha piedra, y sus penachos puestos, y luego tras las flechas vinieron a se juntar con nosotros pie con pie, y con las lanzas a manteniente nos hacían mucho mal. Mas luego les hicimos huir, como conocieron el buen cortar de nuestras espadas, y de las ballestas y escopetas el daño que les hacían; por manera que quedaron muertos quince dellos. Un poco más adelante, donde nos dieron aquella refriega que dicho tengo, estaba una placeta y tres casas de cal y canto, que eran adoratorios, donde tenían muchos ídolos de barro, unos como caras de demonios y otros como de

mujeres, altos de cuerpo, y otros de otras malas figuras; de manera que al parecer estaban haciendo sodomías unos bultos de indios con otros; y en las casas tenían unas arquillas hechizas de madera, y en ellas otros ídolos de gestos diabólicos, y unas patenillas de medio oro, y unos pinjantes y tres diademas, y otras piecezuelas a manera de pescados y otras a manera de ánades, de oro bajo. Y después que lo hubimos visto, así el oro como las casas de cal y canto, estábamos muy contentos porque habíamos descubierto tal tierra, porque en aquel tiempo no era descubierto el Perú, ni aun se descubrió dende ahí a diez y seis años. En aquel instante que estábamos batallando con los indios, como dicho tengo, el clérigo. González que iba con nosotros, y con dos indios de Cuba se cargó de las arquillas y el oro y los ídolos, y lo llevó al navío; y en aquella escaramuza prendimos dos indios, que después se bautizaron y volvieron cristianos, y se llamó el uno Melchor y el otro Julián, y entrambos eran trastabados de los ojos. Y acabado aquel rebato acordamos de nos volver a embarcar, y seguir las costas adelante descubriendo hacia donde se pone el sol; y después de curados los heridos, comenzamos a dar velas.

Capítulo III

Del descubrimiento de Campeche

Como acordamos de ir a la costa adelante hacia el poniente, descubriendo puntas y bajos y ancones y arrecifes, creyendo que era isla, como nos lo certificaba el piloto Antón de Alaminos, íbamos con gran tiento, de día navegando y de noche al reparo y pairando; y en quince días que fuimos desta manera, vimos desde los navíos un pueblo, y al parecer algo grande, y había cerca de él gran ensenada y bahía; creímos que había río o arroyo donde pudiésemos tomar agua, porque teníamos gran falta della; acabábase la de las pipas y vasijas que traíamos, que no venían bien reparadas; que, como nuestra armada era de hombres pobres, no teníamos dinero cuanto convenía para comprar buenas pipas; faltó el agua y hubimos de saltar en tierra junto al pueblo, y fue un domingo de Lázaro, y a esta causa le pusimos este nombre, aunque supimos que por otro nombre propio de indios se dice Campeche; pues para salir todos de una barcada, acordamos de ir en el navío más chico y en los tres bateles, bien apercibidos de nuestras armas, no nos acaeciese como en la Punta de Cotoche. Y porque en aquellos ancones y bahías mengua mucho la mar, y por esta causa dejamos los navíos ancleados más de una legua de tierra, y fuimos a desembarcar cerca del pueblo, que estaba allí un buen pozo de buena agua, donde los naturales de aquella población bebían y se servían de él, porque en aquellas tierras, según hemos visto, no hay ríos; y sacamos las pipas para las henchir de agua y volvernos a los navíos. Ya que estaban llenas y nos queríamos embarcar, vinieron del pueblo obra de cincuenta indios con buenas mantas de algodón, y de paz, y a lo que parecía debían ser

caciques, y nos decían por señas que qué buscábamos, y les dimos a entender que tomar agua e irnos luego a los navíos, y señalaron con la mano que si veníamos de hacia donde sale el sol, y decían «Castilan, Castilan», y no mirábamos bien en la plática de «Castilan, Castilan». Y después de estas pláticas que dicho tengo, nos dijeron por señas que fuésemos con ellos a su pueblo, y estuvimos tomando consejo si iríamos. Acordamos con buen concierto de ir muy sobre aviso, y lleváronnos a unas casas muy grandes, que eran adoratorios de sus ídolos y estaban muy bien labradas de cal y canto, y tenían figurados en unas paredes muchos bultos de serpientes y culebras y otras pinturas de ídolos, y alrededor de uno como altar, lleno de gotas de sangre muy fresca; y a otra parte de los ídolos tenían unas señales como a manera de cruces, pintados de otros bultos de indios; de todo lo cual nos admiramos, como cosa nunca vista ni oída. Y, según pareció, en aquella sazón habían sacrificado a sus ídolos ciertos indios para que les diesen victoria contra nosotros, y andaban muchos indios e indias riéndose y al parecer muy de paz, como que nos venían a ver; y como se juntaban tantos, temimos no hubiese alguna zalagarda como la pasada de Cotoche; y estando desta manera vinieron otros muchos indios, que traían muy ruines mantas, cargados de carrizos secos, y los pusieron en un llano, y tras estos vinieron dos escuadrones de indios flecheros con lanzas y rodelas, y hondas y piedras, y con sus armas de algodón, y puestos en concierto en cada escuadrón su capitán, los cuales se apartaron en poco trecho de nosotros; y luego en aquel instante salieron de otra casa, que era su adoratorio, diez indios, que traían las ropas de mantas de algodón largas y blancas, y los cabellos muy grandes, llenos de sangre y muy revueltos los unos con los otros, que no se les pueden esparcir ni peinar si no se cortan;

los cuales eran sacerdotes de los ídolos que en la Nueva España se llaman papas, y así los nombraré de aquí adelante; y aquellos papas nos trajeron zahumerios, como a manera de resina, que entre ellos llaman copal, y con braseros de barro llenos de lumbre nos comenzaron a zahumar, y por señas nos dicen que nos vayamos de sus tierras antes que aquella leña que tienen llegada se ponga fuego y se acabe de arder, si no que nos darán guerra y nos matarán. Y luego mandaron poner fuego a los carrizos y comenzó de arder, y se fueron los papas callando sin más nos hablar, y los que estaban apercibidos en los escuadrones empezaron a silbar y a tañer sus bocinas y atabalejos. Y desque los vimos de aquel arte y muy bravosos, y de lo de la punta de Cotoche aun no teníamos sanas las heridas, y se habían muerto dos soldados, que echamos al mar, y vimos grandes escuadrones de indios sobre nosotros, tuvimos temor, y acordamos con buen concierto de irnos a la costa; y así, comenzamos a caminar por la playa adelante hasta llegar enfrente de un peñol que está en la mar, y los bateles y el navío pequeño fueron por la costa tierra a tierra con las pipas de agua y no nos osamos embarcar junto al pueblo donde nos habíamos desembarcado, por el gran número de indios que ya se habían juntado, porque tuvimos por cierto que al embarcar nos darían guerra. Pues ya metida nuestra agua en los navíos, y embarcados en una bahía como portezuelo que allí estaba, comenzamos a navegar seis días con sus noches con buen tiempo, y volvió un norte, que es travesía en aquella costa, el cual duró cuatro días con sus noches, que estuvimos para dar al través: tan recio temporal hacía, que nos hizo anclar la costa por no ir al través; que se nos quebraron dos cables, e iba garrando a tierra el navío. ¡Oh en qué trabajo nos vimos! Que si se quebrara el cable, íbamos a la costa perdidos, y quiso Dios que se ayudaron

con otras maromas viejas y guindaletas. Pues ya reposado el tiempo seguimos nuestra costa adelante, llegándonos a tierra cuanto podíamos para tornar a tomar agua, que (como ya he dicho) las pipas que traíamos vinieron muy abiertas; y asimismo no había regla en ello, como íbamos costeando, creíamos que doquiera que saltásemos en tierra la tomaríamos de jagüeyes y pozos que cavaríamos. Pues yendo nuestra derrota adelante vimos desde los navíos un pueblo, y antes de obra de una legua de él se hacía una ensenada, que parecía que habría río o arroyo: acordamos de surgir junto a él; y como en aquella costa (como otras veces he dicho) mengua mucho la mar y quedan en seco los navíos, por temor dello surgimos más de una legua de tierra; en el navío menor y en todos los bateles, fue acordado que saltásemos en aquella ensenada, sacando nuestras vasijas con muy buen concierto, y armas y ballestas y escopetas. Salimos en tierra poco más de mediodía, y habría una legua desde el pueblo hasta donde desembarcamos, y estaban unos pozos y maizales, y caserías de cal y canto. Llámase este pueblo Potonchan, y henchimos nuestras pipas de agua; mas no las pudimos llevar ni meter en los bateles, con la mucha gente de guerra que cargó sobre nosotros; y quedarse ha aquí, y adelante diré las guerras que nos dieron.

Capítulo IV

Cómo desembarcamos en una bahía donde había maizales, cerca del puerto de Potonchan, y de las guerras que nos dieron

Y estando en las estancias y maizales por mí ya dichas, tomando nuestra agua, vinieron por la costa muchos escuadrones de indios del pueblo de Potonchan (que así se dice), con sus armas de algodón que les daba a la rodilla, y con arcos y flechas, y lanzas y rodelas, y espadas hechas a manera de montantes de a dos manos, y hondas y piedras, y con sus penachos de los que ellos suelen usar, y las caras pintadas de blanco y prieto enalmagrados; y venían callando, y se vienen derechos a nosotros, como que nos venían a ver de paz, y por señas nos dijeron que si veníamos de donde sale el sol, y las palabras formales según nos hubieron dicho los de Lázaro, «Castilan, Castilan», y respondimos por señas que de donde sale el sol veníamos. Y entonces paramos en las mientes y en pensar qué podía ser aquella plática, porque los de San Lázaro nos dijeron lo mismo; mas nunca entendimos al fin que lo decían. Sería cuando esto pasó y los indios se juntaban, a la hora de las Ave-Marías, y fuéronse a unas caserías, y nosotros pusimos velas y escuchas y buen recaudo, porque no nos pareció bien aquella junta de aquella manera. Pues estando velando todos juntos, oímos venir con el gran ruido y estruendo que traían por el camino, muchos indios de otras sus estancias y del pueblo, y todos de guerra, y desque aquello sentimos, bien entendido teníamos que no se juntaban para hacernos ningún bien, y entramos en acuerdo con el capitán que es lo que haríamos; y unos soldados daban por consejo que nos fuésemos luego a embarcar; y como en tales casos suele acaecer, unos dicen uno y otros dicen otro, eran muchos

indios, darían en nosotros y habría mucho riesgo de nuestras vidas; y otros éramos de acuerdo que diésemos en ellos esa noche; que, como dice el refrán, quien acomete, vence; y por otra parte veíamos que para cada uno de nosotros había trescientos indios. Y estando en estos conciertos amaneció, y dijimos unos soldados a otros que tuviésemos confianza en Dios, y corazones muy fuertes para pelear, y después de nos encomendar a Dios, cada uno hiciese lo que pudiese para salvar las vidas. Ya que era de día claro vimos venir por la costa muchos más escuadrones guerreros con sus banderas tendidas, y penachos y atambores, y con arcos y flechas, y lanzas y rodelas, y se juntaron con los primeros que habían venido la noche antes; y luego, hechos sus escuadrones, nos cercan por todas partes, y nos dan tal rociada de flechas y varas, y piedras con sus hondas, que hirieron sobre ochenta de nuestros soldados, y se juntaron con nosotros pie con pie, unos con lanzas, y otros flechando, y otros con espadas de navajas, de arte, que nos traían a mal andar, puesto que les dábamos buena prisa de estocadas y cuchilladas, y las escopetas y ballestas que no paraban, unas armando y otras tirando; y ya que se apartaban algo de nosotros, desque sentían las grandes estocadas y cuchilladas que les dábamos, no era lejos, y esto fue para mejor flechar y tirar al terrero a su salvo; y cuando estábamos en esta batalla, y los indios se apellidaban, decían en su lengua «al Calachoni, al Calachoni», que quiere decir que matasen al capitán; y le dieron doce flechazos, y a mí me dieron tres, y uno de los que me dieron, bien peligroso, en el costado izquierdo, que me pasó a lo hueco, y a otros de nuestros soldados dieron grandes lanzadas, y a dos llevaron vivos, que se decía el uno Alonso Bote y el otro era un portugués viejo. Pues viendo nuestro capitán que no bastaba nuestro buen pelear, y que nos cercaban muchos escuadrones, y venían más de refresco

del pueblo, y les traían de comer y beber y muchas flechas, y nosotros todos heridos, y otros soldados atravesados los gaznates, y nos habían muerto ya sobre cincuenta soldados; y viendo que no teníamos fuerzas, acordamos con corazones muy fuertes romper por medio de sus batallones, y acogernos a los bateles que teníamos en la costa, que fueron socorro, y hechos todos nosotros un escuadrón rompimos por ellos; pues oír la grita y silbos y vocería y priesa que nos daban de flecha y a manteniente con sus lanzas, hiriendo siempre en nosotros. Pues otro daño tuvimos, que, como nos acogimos de golpe a los bateles y éramos muchos, íbanse a fondo, y como mejor pudimos, asidos a los bordes, medio nadando entre dos aguas, llegamos al navío de menos porte, que estaba cerca, que ya venía a gran priesa a nos socorrer, y al embarcar hirieron muchos de nuestros soldados, en especial a los que iban asidos en las popas de los bateles, y les tiraban al terreno, y entraron en la mar con las lanzas y daban a manteniente a nuestros soldados, y con mucho trabajo quiso Dios que escapamos con las vidas de poder de aquella gente. Pues ya embarcados en los navíos, hallamos que faltaban cincuenta y siete compañeros, con los dos que llevaron vivos, y con cinco que echamos en la mar, que murieron de las heridas y de la gran sed que pasaron. Estuvimos peleando en aquella bataca poco más de media hora. Llámase este pueblo Potonchan, y en las cartas de marear le pusieron nombre los pilotos y marineros bahía de Mala Pelea Y desque nos vimos salvos de aquellas refriegas, dimos muchas gracias a Dios; y cuando se curaban las heridas los soldados, se quejaban mucho del dolor dellas, que como estaban resfriadas con el agua salada, y estaban muy hinchadas y dañadas, algunos de nuestros soldados maldecían al piloto Antón Alaminos y a su descubrimiento y viaje, porque siempre porfiaba que no era tierra firme, sino

isla; donde los dejaré ahora, y diré lo que más nos acaeció.

Capítulo V

Cómo acordamos de nos volver a la isla de Cuba, y de la gran sed y trabajos que tuvimos hasta llegar al puerto de la Habana

Desque nos vimos embarcados en los navíos de la manera que dicha tengo, dimos muchas gracias a Dios, y después de curados los heridos (que no quedó hombre ninguno de cuantos allí nos hallamos que no tuviesen a dos y a tres y a cuatro heridas, y el capitán con doce flechazos; sólo un soldado quedó sin herir), acordamos de nos volver a la isla de Cuba; y como estaban también heridos todos los más de los marineros que saltaron en tierra con nosotros, que se hallaron en las peleas, no teníamos quien marease las velas, y acordamos que dejásemos el un navío, el de menos porte, en la mar, puesto fuego, después de sacadas de él las velas y anclas y cables, y repartir los marineros que estaban sin heridas en los dos navíos de mayor porte; pues otro mayor daño teníamos, que fue la gran falta de agua; porque las pipas y vasijas que teníamos llenas en Champoton, con la grande guerra que nos dieron y prisa de nos acoger a los bateles no se pudieron llevar, que allí se quedaron, y no sacamos ninguna agua. Digo que tanta sed pasamos, que en las lenguas y bocas teníamos grietas de la secura, pues otra cosa ninguna para refrigerio no había. ¡Oh qué cosa tan trabajosa es ir a descubrir tierras nuevas, y de la manera que nosotros nos aventuramos! No se puede ponderar sino los que han pasado por aquestos excesivos trabajos en que nosotros nos vimos. Por manera que con todo esto íbamos navegando muy allegados a tierra, para hallarnos en paraje de algún río o bahía para tomar agua, y al cabo de tres días vimos uno como ancón, que parecía río o estero, que creíamos tener agua dulce, y saltaron en tierra quince

marineros de los que habían quedado en los navíos, y tres soldados que estaban más sin peligro de los flechazos, y llevaron azadones y tres barriles para traer agua; y el estero era salado, e hicieron pozos en la costa, y era tan amargosa y salada agua como la del estero; por manera que, mala como era, trajeron las vasijas llenas, Y no había hombre que la pudiese beber del amargor y sal, y a dos soldados que la bebieron dañó los cuerpos y las bocas. Había en aquel estero muchos y grandes lagartos, y desde entonces se puso nombre el estero de los Lagartos, y así está en las cartas del marear. Dejemos esta plática, y diré que entre tanto que fueron los bateles por el agua y se levantó un viento nordeste tan deshecho, que íbamos garrando a tierra con los navíos; y como en aquella costa es travesía y reina siempre norte y nordeste, estuvimos en muy gran peligro por falta de cable; y como lo vieron los marineros que habían ido a tierra por el agua, vinieron muy más que de paso con los bateles, y tuvieron tiempo de echar otras anclas y maromas, y estuvieron los navíos seguros dos días y dos noches; y luego alzamos anclas y dimos vela, siguiendo nuestro viaje para nos volver a la isla de Cuba. Parece ser el piloto Alaminos se concertó y aconsejó con los otros dos pilotos que desde aquel paraje donde estábamos atravesásemos a la Florida, porque hallaban por sus cartas y grados y alturas que estaría de allí obra de setenta leguas, y que después, puestos en la Florida, dijeron que era mejor viaje y más cercana navegación para ir a la Habana que no la derrota por donde habíamos primero venido a descubrir; y así fue como el piloto dijo; porque, según yo entendí, había venido con Juan Ponce de León a descubrir la Florida había diez o doce años ya pasados. Volvamos a nuestra materia: que atravesando aquel golfo, en cuatro días que navegamos vimos la tierra de la misma Florida; y lo que en ella nos acaeció diré adelante.

CAPÍTULO VI

Cómo desembarcaron en la bahía de la Florida veinte soldados, con nosotros el piloto Alaminos, para buscar agua, y de la guerra que allí nos dieron los naturales de aquella tierra, y lo que más pasó hasta volver a la Habana

Llegados a la Habana acordamos que saliesen en tierra veinte soldados de los que teníamos más sanos de las heridas: yo fui con ellos y también el Piloto Antón de Alaminos, y sacamos las vasijas que había, y azadones, y nuestras ballestas y escopetas; y como el capitán estaba muy mal herido, y con la gran sed que pasaba muy debilitado, nos rogó que por amor de Dios que en todo caso le trajésemos agua dulce, que se secaba y moría de sed; porque el agua que había era muy salada y no se podía beber, como otra vez ya dicho tengo. Llegados que fuimos a tierra, cerca de un estero que entraba en el mar, el piloto reconoció la costa, y dijo que había diez o doce años que había estado en aquel paraje, cuando vino con Juan Ponce de León a descubrir aquellas tierras, y allí le habían dado guerra los indios de aquella tierra, y que les habían muerto muchos soldados, y que a esta causa estuviésemos muy sobre aviso apercibidos, porque vinieron, en aquel tiempo que dicho tiene, muy de repente los indios cuando le desbarataron; y luego pusimos por espías dos soldados en una playa que se hacía muy ancha, e hicimos pozos muy hondos donde nos pareció haber agua dulce, porque en aquella sazón era menguante la marca; y quiso Dios que topásemos muy buena agua, y con el alegría, y por hartarnos della y lavar paños para curar las heridas, estuvimos espacio de una hora; y ya que queríamos venir a embarcar con nuestra agua, muy gozosos, vimos venir al un soldado de los que habíamos

puesto en la playa dando muchas voces diciendo: «Al arma, al arma; que vienen muchos indios de guerra por tierra y otros en canoas por el estero»; y el soldado dando voces, venía corriendo, y los indios llegaron casi a la par con el soldado contra nosotros, y traían arcos muy grandes y buenas flechas y lanzas, y unas a manera de espadas, y vestidos de cueros de venados, y eran de grandes cuerpos, y se vinieron derechos a nos flechar, e hirieron luego a seis de nuestros compañeros, y a mí me dieron un flechazo en el brazo derecho de poca herida; y dímosles tanta prisa de estocadas y cuchilladas y con las escopetas y ballestas, que nos dejan a nosotros los que estábamos tomando agua de los pozos, y van a la mar y estero a ayudar a sus compañeros los que venían en las canoas donde estaba nuestro batel con los marineros, que también andaban peleando pie con pie con los indios de las canoas, y aun les tenían ya tomado el batel y le llevaban por el estero arriba con sus canoas, y habían herido a cuatro marineros, y al piloto Alaminos le dieron una mala herida en la garganta; y arremetimos a ellos, el agua más que a la cinta, y a estocadas les hicimos saltar el batel, y quedaron tendidos y muertos en la costa y en agua veinte y dos dellos, y tres prendimos, que estaban heridos poca cosa, que se murieron en los navíos. Después desta refriega pasada, preguntamos al soldado que pusimos por vela qué se hizo su compañero Berrio (que así se llamaba); dijo que lo vio apartar con una hacha en las manos para cortar un palmito, y que fue hacia el estero por donde habían venido los indios de guerra, y que oyó voces de español, y que por aquellas voces vino de presto a dar mandado a la mar, y que entonces le debieron de matar; el cual soldado solamente él había quedado sin ninguna herida en lo de Potonchan, y quiso su ventura que vino allí a fenecer; y luego fuimos en busca de nuestro soldado por el

rastro que habían traído aquellos indios que nos dieron guerra, y hallamos una palma que había comenzado a cortar, y cerca della mucha huella en el suelo, más que en otras partes; por donde tuvimos por cierto que le llevaron vivo, por que no habla rastro de sangre, y anduvimos buscándole a una parte y otra más de una hora, y dimos voces, y sin más saber de él nos volvimos a embarcar en el batel y llevamos a los navíos el agua dulce, con que se alegraron todos los soldados, como si entonces les diéramos las vidas; y un soldado se arrojó desde el navío en el batel con la gran sed que tenía, tomó una botija a pechos, y bebió tanta agua, que della se hinchó y murió. Pues ya embarcados con nuestra agua y metidos nuestros bateles en los navíos, dimos vela para la Habana, y pasamos aquel día y la noche, que hizo buen tiempo, junto de unas isletas que llaman los Mártires, que son unos bajos que así los llaman, «los bajos de los Mártires». E íbamos en cuatro brazas lo más hondo, y tocó la nao capitana entre unas como isletas e hizo mucha agua; que con dar todos los soldados que íbamos a la bomba no podíamos estancar, e íbamos con temor no nos anegásemos. Acuérdome que traímos allí con nosotros a unos marineros levantiscos, y les decíamos: «Hermanos, ayudad a sacar la bomba, pues véis que estamos muy mal heridos y cansados de la noche y el día, porque nos vamos a fondo»; y respondían los levantiscos: «Facételo vos, pues no ganamos sueldo, sino hambre y sed y trabajos y heridos, como vosotros»; por manera que les hacíamos dar a la bomba aunque no querían, y malos y heridos como íbamos, mareábamos las velas y dábamos a la bomba, hasta que nuestro señor Jesucristo nos llevó a puerto de Carenas, donde ahora está poblada la villa de la Habana, que en otro tiempo puerto de Carenas se solía llamar, y no Habana; y cuando nos vimos en tierra dimos muchas

gracias a Dios, y luego se tomó el agua de la capitana un buzano portugués que estaba en otro navío en aquel puerto, y escribimos a Diego Velázquez, gobernador de aquella isla, muy en posta, haciéndole saber que habíamos descubierto tierras de grandes poblaciones y casas de cal y canto, y las gentes naturales dellas andaban vestidos de ropa de algodón y cubiertas sus vergüenzas, y tenían oro y labranzas de maizales; y desde la Habana se fue nuestro capitán Francisco Hernández por tierra a la villa de Santispíritus, que así se dice, donde tenía su encomienda de indios; y como iba mal herido, murió dende allí a diez días que había llegado a su casa; y todos los demás soldados nos desparcimos, y nos fuimos unos por una parte y otros por otra de la isla adelante; y en la Habana se murieron tres soldados de las heridas, y los navíos fueron a Santiago de Cuba, donde estaba el gobernador, y desque hubieron desembarcado los dos indios que hubimos en la punta de Catoche, que ya he dicho que se decían Melchorcillo y Julianillo, y el arquilla con las diademas y ánades y pescadillos, y con los ídolos de oro que aunque era bajo y poca cosa, sublimábanlo de arte que en todas las islas de Santo Domingo y en Cuba y aun en Castilla llegó la fama dello, y decían que otras tierras en el mundo no se habían descubierto mejores, ni casas de cal y canto; y como vio los ídolos de barro y de tantas maneras de figuras, decían que eran del tiempo de los gentiles; otros decían que eran de los judíos que desterró Tito y Vespasiano de Jerusalén, y que habían aportado con los navíos rotos en que les echaron en aquella tierra; y como en aquel tiempo no era descubierto el Perú, teníase en mucha estima aquella tierra. Pues otra cosa preguntaba el Diego Velázquez a aquellos indios, que si había minas de oro en su tierra; y a todos les respondían que sí, y les mostraban oro en polvo de lo que sacaban en la isla

de Cuba, y decían que había mucho en su tierra, y no le decían verdad, porque claro está que en la punta de Cotoche ni en todo Yucatán no es donde hay minas de oro; y asimismo les mostraban los indios los montones que hacen de tierra, donde ponen y siembran las plantas de cuyas raíces hacen el pan cazabe, y llámanse en la isla de Cuba yuca, y los indios decían que las había en su tierra, y decían tlati por la tierra, que así se llama la en que las plantaban; de manera que yuca con tale quiere decir Yucatan. Decían los españoles que estaban hablando con el Diego Velázquez y con los indios: «Señor, estos indios dicen que su tierra se llama Yucatán»; y así se quedó con este nombre, que en propria lengua no se dice así. Por manera que todos los soldados que fuimos a aquel viaje a descubrir gastamos los bienes que teníamos, y heridos y pobres volvimos a Cuba, y aun lo tuvimos a buena dicha haber vuelto, y no quedar muertos con los demás mis compañeros; y cada soldado tiró por su parte, y el capitán (como tengo dicho) luego murió, y estuvimos muchos días en curarnos los heridos, y por nuestra cuenta hallamos que se murieron al pie de sesenta soldados, y esta ganancia trajimos de aquella entrada y descubrimiento. Y Diego Velázquez escribió a Castilla a los señores que en aquel tiempo mandaban en las cosas de Indias, que él lo había descubierto, y gastado en descubrirlo mucha cantidad de pesos de oro, y así lo decía don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, que así se nombraba, que era como presidente de Indias, y lo escribió a su majestad a Flandes, dando mucho favor y loor del Diego Velázquez, y no hizo mención de ninguno de nosotros los soldados que lo descubrimos a nuestra costa. Y quedarse ha aquí, y diré adelante los trabajos que me acaecieron a mí y a tres soldados.

Capítulo VII

De los trabajos que tuve llegar a una villa que se dice la Trinidad

Ya he dicho que nos quedamos en la Habana ciertos soldados que no estábamos sanos de los flechazos, y para ir a la villa de la Trinidad, ya que estábamos mejores, acordamos de nos concertar tres soldados con un vecino de la misma Habana, que se decía Pedro de Ávila, que iba asimismo aquel viaje en una canoa por la mar por la banda del sur, y llevaba la canoa cargada de camisetas de algodón, que iba a vender a la villa de la Trinidad. Ya he dicho otras veces que canoas son de hechura de artesas grandes, cavadas y huecas, y en aquellas tierras con ellas navegan costa a costa; y el concierto que hicimos con Pedro de Ávila fue que daríamos diez pesos de oro porque fuésemos en su canoa. Pues yendo por la costa adelante, a veces remando y a ratos a la vela, ya que habíamos navegado once días en paraje de un pueblo de indios de paz que se dice Canarreon, que era términos de la villa de la Trinidad, se levantó un tan recio viento de noche, que no nos pudimos sustentar en la mar con la canoa, por bien que remábamos todos nosotros; y el Pedro de Ávila y unos indios de la Habana y unos remeros muy buenos que traíamos, hubimos de dar al través entre unos ceborucos, que los hay muy grandes en aquella costa; por manera que se nos quebró la canoa y el Ávila perdió su hacienda, y todos salimos descalabrados de los golpes de los ceborucos y desnudos en carnes; porque para ayudarnos que no se quebrase la canoa y poder mejor nadar, nos apercibimos de estar sin ropa ninguna, sino desnudos. Pues ya escapados con las vidas de entre aquellos ceborucos, para nuestra villa de la Trinidad no había camino por la costa, sino malos países y ceberucos, que así

se dicen, que son las piedras con unas puntas que salen dellas que pasan las plantas de los pies, y sin tener que comer. Pues como las olas que reventaban de aquellos grandes ceborucos nos embestían, y con el gran viento que hacía llevábamos hechas grietas en las partes ocultas que corría sangre dellas, annque nos habíamos puesto delante muchas hojas de árboles y otras yerbas que buscamos para nos tapar. Pues como por aquella costa no podíamos caminar por causa que se nos hincaban por las plantas de los pies aquellas puntas y piedras de los ceborucos, con mucho trabajo nos metimos en un monte, y con otras piedras que había en el monte cortamos corteza de árboles, que pusimos por suelas, atadas a los pies con unas que parecen cuerdas delgadas, que llaman bejucos, que hacen entre los árboles; que espadas no sacamos ninguna, y atamos los pies y cortezas de los árboles con ello lo mejor que pudimos, y con gran trabajo salimos a una playa de arena, y de ahí a dos días que caminamos llegamos a un pueblo de indios que se decía Yaguarama, el cual era en aquella sazón del padre fray Bartolomé de las Casas, que era clérigo presbítero, y después le conocí fraile dominico, y llegó a ser obispo de Chiapa; y los indios de aquel pueblo nos dieron de comer. Y otro día fuimos hasta otro pueblo que se decía Chipiona, que era de un Alonso de Ávila e de un Sandoval (no digo del capitán Sandoval el de la Nueva España), y desde allí a la Trinidad; y un amigo mío, que se decía Antonio de Medina, me remedió de vestidos, según que en la villa se usaban, y así hicieron a mis compañeros otros vecinos de aquella villa; y desde allí con mi pobreza y trabajos me fui a Santiago de Cuba, adonde estaba el gobernador Diego Velázquez, el cual andaba dando mucha prisa en enviar otra armada; y cuando le fui a besar las manos, que éramos algo deudos, él se holgó conmigo, y de

unas pláticas en otras me dijo que si estaba bueno de las heridas, para volver a Yucatán. E yo riendo le respondí que quién le puso nombre Yucatán; que allí no le llaman así. E dijo: «Melchorejo, el que trajistes, lo dice». E yo dije: «Mejor nombre sería la tierra donde nos mataron la mitad de los soldados que fuimos, y todos los demás salimos heridos». E dijo: «Bien sé que pasasteis muchos trabajos, y así es a los que suelen descubrir tierras nuevas y ganar honra, e su majestad os lo gratificará, e yo así se lo escribiré; e ahora, hijo, id otra vez en la armada que hago, que yo haré que os hagan mucha honra». Y diré lo que pasó.

Capítulo VIII

Cómo Diego Velázquez, gobernador de Cuba, envió otra armada a la tierra que descubrimos

En el año de 1518, viendo Diego Velázquez, gobernador de Cuba, la buena relación de las tierras que descubrimos, que se dice Yucatán, ordenó enviar una armada, y para ella se buscaron cuatro navíos; los dos fueron los que hubimos comprado los soldados que fuimos en compañía del capitán Francisco Hernández de Córdoba a descubrir a Yucatán (según más largamente lo tengo escrito en el descubrimiento), y los otros dos navíos compré el Diego Velázquez de sus dineros. Y en aquella sazón que ordenaba el armada, se hallaron presentes en Santiago de Cuba, donde residía el Velázquez, Juan de Grijalva y Pedro de Alvarado y Francisco de Montejo e Alonso de Ávila, que habían ido con negocios al gobernador; porque todos tenían encomiendas de indios en las mismas islas; y como eran personas valerosas, concertóse con ellos que el Juan de Grijalva, que era deudo del Diego Velázquez, viniese por capitán general, e que Pedro de Alvarado viniese por capitán de un navío, y Francisco de Montejo de otro, y el Alonso de Ávila de otro; por manera que cada uno destos capitanes procuró de poner bastimentos y matalotaje de pan cazabe y tocinos; y el Diego Velázquez puso ballestas y escopetas, y cierto rescate, y otras menudencias, y más los navíos. Y como había fama destas tierras que eran muy ricas y había en ellas casas de cal y canto, y el indio Melchorejo decía por señas que había oro, tenían mucha codicia los vecinos y soldados que no tenían indios en la isla, de ir a esta tierra; por manera que de presto nos juntamos doscientos y cuarenta compañeros, y también pusimos cada soldado, de

la hacienda que teníamos, para matalotaje y armas y cosas que convenían; y en este viaje volví yo con estos capitanes otra vez, y parece ser la instrucción que para ello dio el gobernador Diego Velázquez fue, según entendí, que rescatasen todo el oro y plata que pudiesen, y si viesen que convenía poblar que poblasen, o si no, que se volviesen a Cuba. E vino por veedor de la armada uno que se decía Peñalosa, natural de Segovia, e trajimos un clérigo que se decía Juan Díaz, y los tres pilotos que antes habíamos traído cuando el primero viaje, que ya he dicho sus nombres y de dónde eran, Antón de Alaminos, de Palos, y Camacho, de Triana, y Juan álvarez, el Manquillo, de Huelva; y el Alaminos venía por piloto mayor, y otro piloto que entonces vino no me acuerdo el nombre. Pues antes que más pase adelante, porque nombraré algunas veces a estos hidalgos que he dicho que venían por capitanes, y parecerá cosa descomedida nombrarles secamente, Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo, Alonso de Ávila, y no decirles sus ditados y blasones, sepan que el Pedro de Alvarado fue un hidalgo muy valeroso, que después que se hubo ganado Nueva España fue gobernador y adelantado de las provincias de Guatemala, Honduras y Chiapa, y comendador de Santiago. E asimismo el Francisco de Montejo, hidalgo de mucho valor, que fue gobernador y adelantado de Yucatán; hasta que su majestad les hizo aquestas mercedes y tuvieron señoríos no les nombraré sino sus nombres, y no adelantados; y volvamos a nuestra plática: que fueron los cuatro navíos por la parte y banda del norte a un puerto que se llama Matanzas, que era cerca de la Habana vieja, que en aquella sazón no estaba poblada donde ahora está, y en aquel puerto o cerca dél tenían todos los más vecinos de la Habana sus estancias de cazabe y puercos, y desde allí se proveyeron nuestros navíos lo que

faltaba, y nos juntamos así capitanes como soldados para dar vela y hacer nuestro viaje. Y antes que más pase adelante, aunque vaya fuera de orden, quiero decir por qué llamaban aquel puerto que he dicho de Matanzas, y esto traigo aquí a la memoria, porque ciertas personas me lo han preguntado la causa de ponerle aquel nombre, y es por esto que diré. Antes que aquella isla de Cuba estuviese de paz dio al través por la costa del norte un navío que había ido desde la isla de Santo Domingo a buscar indios, que llamaban los lucayos, a unas islas que están entre Cuba y el canal de Bahama, que se llaman las islas de los Lucayos, y con mal tiempo dio al través en aquella costa, cerca del río y puerto que he dicho que se llama Matanzas, y venían en el navío sobre treinta personas españolas y dos mujeres; y para pasarlos aquel río vinieron muchos indios de la Habana y de otros pueblos, como que los venían a ver de paz, y les dijeron que les querían pasar en canoas y llevarlos a sus pueblos para darles de comer. E ya que iban con ellos, en medio del río les trastornaron las canoas y los mataron; que no quedaron sino tres hombres y una mujer, que era hermosa, la cual llevó un cacique de los más principales que hicieron aquella traición, y los tres españoles repartieron entre los demás caciques. Y a esta causa se puso a este puerto nombre de puerto de Matanzas; y conocí a la mujer que he dicho, que después de ganada la isla de Cuba se le quitó al cacique en cuyo poder estaba, y la vi casada en la villa de la Trinidad con un vecino della, que se decía Pedro Sánchez Farfán; y también conocí a los tres españoles, que se decía el uno Gonzalo Mejía, hombre anciano, natural de Jerez, y el otro se decía Juan de Santisteban, y era natural de Madrigal, y el otro se decía Cascorro, hombre de la mar, y era pescador, natural de Huelva, y le había ya casado el cacique con quien solía estar, con una su hija, e ya tenía

horadadas las orejas y las narices como los indios. Mucho me he detenido en contar cuentos viejos; volvamos a nuestra relación. E ya que estábamos recogidos, así capitanes como soldados, y dadas las instrucciones que los pilotos habían de llevar y las señas de los faroles, y después de haber oído misa con gran devoción, en 5 días del mes de abril de 1518 años dimos vela, y en diez días doblamos la punta de Guaniguanico, que los pilotos llaman de San Antón, y en otros ocho días que navegamos vimos la isla de Cozumel, que entonces la descubrimos, día de Santa Cruz, porque descayeron los navíos con las corrientes más bajo que cuando venimos con Francisco Hernández de Córdoba, y bojamos la isla por la banda del sur; vimos un pueblo, y allí cerca buen surgidero y bien limpio de arrecifes; e saltamos en tierra con el capitán Juan de Grijalva buena copia de soldados, y los naturales de aquel pueblo se fueron huyendo desque vieron venir los navíos a la vela, porque jamás habían visto tal, y los soldados que salimos a tierra no hallamos en el pueblo persona ninguna, y en unas mieses de maizales se hallaron dos viejos que no podían andar y los trajimos al capitán, y con Julianillo y Melchorejo, los que trajimos de la punta de Cotoche, que entendían muy bien a los indios, y les habló; porque su tierra dellos y aquella isla de Cozumel no hay de travesía en la mar sino obra de cuatro leguas, y así hablan una misma lengua; y el capitán halagó aquellos viejos y les dio cuentezuelas verdes, y les envió a llamar al calachioni de aquel pueblo, que así se dicen los caciques de aquella tierra, y fueron y nunca volvieron; y estándoles aguardando, vino una india moza, de buen parecer, e comenzó a hablar la lengua de la isla de Jamaica, y dijo que todos los indios e indias de aquella isla y pueblo se habían ido a los montes, de miedo; y como muchos de nuestros soldados e yo entendíamos muy bien

aquella lengua, que es la de Cuba, nos admiramos, y la preguntamos que cómo estaba allí, y dijo que había dos años que dio al través con una canoa grande en que iban a pescar diez indios de Jamaica a unas isletas, y que las corrientes la echaron en aquella tierra, mataron a su marido y a todos los demás indios jamaicanos sus compañeros, y los sacrificaron a los ídolos; y desque la entendió el capitán, como vio que aquella india sería buena mensajera, envióla a llamar los indios y caciques de aquel pueblo, y dióla de plazo dos días para que volviese; porque los indios Melchorejo y Julianillo, que llevamos de la punta de Cotoche, tuvimos temor que, apartados de nosotros, se huirían a su tierra, y por esta causa no los enviamos a llamar con ellos; y la india volvió otro día, y dijo que ningún indio ni india quería venir, por más palabras que les decía. A este pueblo pusimos por nombre Santa Cruz, porque cuatro o cinco días antes de Santa Cruz le vimos; había en él buenos colmenares de miel y muchos boniatos y batatas y manadas de puercos de la tierra, que tienen sobre el espinazo el ombligo; había en él tres pueblezuelos, y este donde desembarcamos era mayor, y los otros dos eran más chicos, que estaba cada uno en una punta de la isla; tendrá de bojo como obra de dos leguas. Pues como el capitán Juan de Grijalva vio que era perder tiempo estar más allí aguardando, mandó que nos embarcásemos luego, y la india de Jamaica se fue con nosotros, y seguimos nuestro viaje.

Capítulo IX

De cómo vinimos a desembarcar a Champoton

Pues vuelto a embarcar, e yendo por las derrotas pasadas (cuando lo de Francisco Hernández de Córdoba), en ocho días llegamos en el paraje del pueblo de Champoton, que fue donde nos desbarataron los indios de aquella provincia, como ya dicho tengo en el capítulo que dello habla; y como en aquella ensenada mengua mucho la mar, ancleamos los navíos una legua de tierra, y con todos los bateles desembarcamos la mitad de los soldados que allí íbamos, junto a las casas del pueblo, e los indios naturales dél y otros sus comarcanos se juntaron todos, como la otra vez cuando nos mataron sobre cincuenta y seis soldados y todos los más nos hirieron, según dicho tengo en el capítulo que dello habla; y a esta causa estaban muy ufanos y orgullosos, y bien armados a su usanza, que son: arcos, flechas, lanzas, rodelas, macanas y espadas de dos manos, y piedras con hondas, y armas de algodón, y trompetillas y atambores, y los más dellos pintadas las caras de negro, colorado y blanco; y puestos en concierto, esperando en la costa, para en llegando que llegásemos dar en nosotros; y como teníamos experiencia de la otra vez, llevábamos en los bateles unos falconetes, e íbamos apercibidos de ballestas y escopetas; y llegados a tierra, nos comenzaron a flechar y con las lanzas a dar a manteniente; y tal rociada nos dieron antes que llegásemos a tierra, que hirieron la mitad de nosotros, y desque hubimos saltado de los bateles les hicimos perder la furia a buenas estocadas y cuchilladas; porque, aunque nos flechaban a terreno, todos llevábamos armas de algodón; y todavía se sostuvieron buen rato peleando con nosotros, hasta que vino otra barcada de nuestros soldados,

y les hicimos retraer a unas ciénagas junto al pueblo. En esta guerra mataron a Juan de Quiteria y a otros dos soldados, y al capitán Juan de Grijalva le dieron tres flechazos y aun le quebraron con un cobaco (que hay muchos en aquella costa) dos dientes, e hirieron sobre sesenta de los nuestros. Y desque vimos que todos los contrarios se habían huido, nos fuimos al pueblo, y se curaron los heridos y enterramos los muertos, y en todo el pueblo no hallamos persona ninguna, ni los que se habían retraído en las ciénagas, que ya se habían desgarrado; por manera que tenían alzadas sus haciendas. En aquellas escaramuzas prendimos tres indios, y el uno dellos parecía principal. Mandóles el capitán que fuesen a llamar al cacique de aquel pueblo, y les dio cuentas verdes y cascabeles para que los diesen, para que viniesen de paz; y asimismo a aquellos tres prisioneros se les hicieron muchos halagos y se les dieron cuentas porque fuesen sin miedo; y fueron y nunca volvieron; e creímos que el indio Julianillo e Melchorejo no les hubieran de decir lo que les fue mandado, sino al revés. Estuvimos en aquel pueblo cuatro días. Acuérdome que cuanto estábamos peleando en aquella escaramuza, que había allí unos prados algo pedregosos, e había langostas que cuando peleábamos saltaban y venían volando y nos daban en la cara, y como eran tantos flecheros y tiraban tanta flecha como granizos, que parecían eran langostas que volaban, y no nos rodelábamos, y la flecha que venía nos hería, y otras veces creíamos que era flecha, y eran langostas que venían volando: fue harto estorbo.

Capítulo X

Cómo seguimos nuestro viaje y entramos en Boca de Términos que entonces le pusimos este nombre

Yendo por nuestra navegación adelante, llegamos a una boca, como un río, muy grande y ancha, y no era río como pensamos, sino muy buen puerto, e porque está entre unas tierras e otras, e parecía como estrecho (tan gran boca tenía, que decía el piloto Antón de Alaminos que era isla) y partían términos con la tierra, y a esta causa le pusimos nombre Boca de Términos, y así está en las cartas del marear; y allí saltó el capitán Juan de Grijalva en tierra, con todos los más capitanes por mí nombrados, y muchos soldados estuvimos tres días sondando la boca de aquella entrada, y mirando bien arriba y abajo del ancón donde creíamos que iba e venía a parar, y hallamos no ser isla sino ancón, y era muy buen puerto; y hallamos unos adoratorios de cal y canto y muchos ídolos de barro y de palo, que eran dellos como figuras de sus dioses, y dellos de figuras de mujeres, y muchos como sierpes, y muchos cuernos de venados; e creímos que por allí cerca habría alguna población, e con el buen puerto, que sería bueno para poblar: lo cual no fue así, que estaba muy despoblado; porque aquellos adoratorios eran de mercaderes y cazadores que de pasada entraban en aquel puerto con canoas y allí sacrificaban, y había mucha caza de venados y conejos: matamos diez venados con una lebrela, y muchos conejos. Y luego, desque todo fue visto e sondado, nos tornamos a embarcar, y se nos quedó allí la lebrela, y cuando volvimos con Cortés la tornamos a hallar, y estaba muy gorda y lucida. Llaman los marineros a éste, puerto de Términos. E vueltos a embarcar, navegamos costa a costa junto a tierra, hasta que llegamos al río de Tabasco,

que por descubrirle el Juan de Grijalva, se nombra ahora el río de Grijalva.

Capítulo XI

Cómo llegamos al río de Tabasco, que llaman de Grijalva, y lo que allá nos acaeció

Navegando costa a costa la vía del poniente de día, porque de noche no osábamos por temor de bajos e arrecifes, a cabo de tres días vimos una boca de río muy ancha, y llegamos a tierra con los navíos, y parecía buen puerto; y como fuimos más cerca de la boca, vimos reventar los bajos antes de entrar en el río, y allí sacamos los bateles, y con la sonda en la mano hallamos que no podían entrar en el puerto los dos navíos de mayor porte: fue acordado que anclasen fuera en la mar, y con los otros dos navíos que demandaban menos agua, que con ellos e con los bateles fuésemos todos los soldados el río arriba, porque vimos muchos indios estar en canoas en las riberas, y tenían arcos y flechas y todas sus armas, según y de la manera de Champoton; por donde entendimos que había por allí algún pueblo grande, y también porque viniendo, como veníamos, navegando costa a costa, habíamos visto echadas nasas en la mar, con que pescaban, y aun a dos dellas se les tomó el pescado con un batel que traíamos a jorro de la capitana. Aqueste río se llama de Tabasco porque el cacique de aquel pueblo se llamaba Tabasco; y como le descubrimos deste viaje, y el Juan de Grijalva fue el descubridor, se nombra río de Grijalva, y así está en las cartas del marear. E ya que llegamos obra de media legua del pueblo, bien oímos el rumor de cortar de madera, de que hacían grandes mamparos e fuerzas, y aderezarse para nos dar guerra, porque habían sabido de lo que pasó en Pontonchan y tenían la guerra por muy cierta. Y desque aquello sentirnos, desembarcamos de una punta de aquella tierra donde había

unos palmares, que será del pueblo media legua; y desque nos vieron allí, vinieron obra de cincuenta canoas con gente de guerra, y traían arcos y flechas y armas de algodón, rodelas y lanzas y sus atambores y penachos, y estaban entre los esteros otras muchas canoas llenas de guerreros, y estuvieron algo apartados de nosotros, que no osaron llegar como los primeros. Y desque los vimos de aquel arte, estábamos para tirarles con los tiros y con las escopetas y ballestas; y quiso nuestro señor que acordamos de los llamar, e con Julianillo y Melchorejo, los de la punta de Cotoche, que sabían muy bien aquella lengua; y dijo a los principales que no hubiesen miedo, que les queríamos hablar cosas que desque las entendiesen, hubiesen por buena nuestra llegada allí e a sus casas, e que les queríamos dar de lo que traíamos. E como entendieron la plática, vinieron obra de cuatro canoas, y en ellas hasta treinta indios, y luego se les mostraron sartal ej os de cuentas verdes y espejuelos y diamantes azules, y desque los vieron parecía que estaban de mejor semblante, creyendo que eran chalchihuites, que ellos tienen en mucho. Entonces el capitán les dijo con las lenguas Julianillo o Melchorejo, que veníamos de lejas tierras y éramos vasallos de un gran emperador que se dice don Carlos, el cual tiene por vasallos a muchos grandes señores y calachioníes, y que ellos le deben tener por señor y les irá muy bien en ello, e que a trueco de aquellas cuentas nos den comida y gallinas. Y nos respondieron dos dellos, que el uno era principal y el otro papa, que son como sacerdotes que tienen cargo de los ídolos, que ya he dicho otra vez que papas les llaman en la Nueva España, y dijeron que darían el bastimento que decíamos e trocarían de sus cosas a las nuestras; y en lo demás, que señor tienen, e que ahora veníamos, e sin conocerlos, e ya les queríamos dar señor, e que mirásemos

no les diésemos guerra como en Potoncha, porque tenían aparejados dos jiquipiles de gentes de guerra de todas aquellas provincias contra nosotros: cada jiquipil son ocho mil hombres; e dijeron que bien sabían que pocos días había que habíamos muerto y herido sobre más de doscientos hombres en Potonchan, e que ellos no son hombres de tan poca fuerza como los otros, e que por eso habían venido a hablar, por saber nuestra voluntad; e aquello que les decíamos, que se lo irían a decir a los caciques de muchos pueblos, que están juntos para tratar paces o guerra. Y luego el capitán les abrazó en señal de paz, y les dio unos sartalejos de cuentas, y les mandó que volviesen con la respuesta con brevedad, e que si no venían, que por fuerza habíamos de ir a su pueblo, y no para los enojar. Y aquellos mensajeros que enviamos hablaron con los caciques y papas, que también tienen voto entre ellos, y dijeron que eran buenas las paces y traer bastimento, e que entre todos ellos y los pueblos comarcanos se buscara luego un presente de oro para nos dar y hacer amistades; no les acaezca como a los de Potonchan. Y lo que yo vi y entendí después acá, en aquellas provincias se usaba enviar presentes cuando se trataba paces, y en aquella punta de los Palmares, donde estábamos, vinieron sobre treinta indios e trajeron pescados asados y gallinas e fruta y pan de maíz, e unos braseros con ascuas y con zahumerios, y nos zahumaron a todos y luego pusieron en el suelo unas esteras, que acá llaman petates, y encima una manta, y presentaron ciertas joyas de oro, que fueron ciertas ánades como las de Castilla, y otras joyas como lagartijas, y tres collares de cuentas vaciadizas, y otras cosas de oro de poco valor, que no valía doscientos pesos; y más trajeron unas mantas e camisetas de las que ellos usan, e dijeron que recibiésemos aquello de buena voluntad, e que no tienen más oro que nos dar; que adelante, hacia donde se

pone el sol, hay mucho; y decía: «Culúa, Culúa, México, México»; y nosotros no sabíamos qué cosa era Culúa, ni aun México tampoco. Puesto que no valía mucho aquel presente que trajeron, tuvímoslo por bueno por saber cierto que tenían oro, y desque lo hubieron presentado, dijeron que nos fuésemos luego adelante, y el capitán les dio las gracias por ello e cuentas verdes; y fue acordado de irnos luego a embarcar, porque estaban en mucho peligro los dos navíos por temor del norte, que es travesía, y también por acercarnos hacia donde decían que había oro.

CAPÍTULO XII

Cómo vimos el pueblo del Aguayaluco, que pusimos por nombre La Rambla

Vueltos a embarcar, siguiendo la costa adelante, desde a dos días vimos un pueblo junto a tierra, que se dice el Aguayaluco, y andaban muchos indios de aquel pueblo por la costa con unas rodelas hechas de conchas de tortugas, que relumbraban con el sol que daba en ellas, y algunos de nuestros soldados porfiaban que eran de oro bajo, y los indios que las traían iban haciendo pernetas, como burlando de los navíos, como ellos estaban en salvo, por los arenales y costa adelante; y pusimos a este pueblo por nombre La Rambla, y así está en las cartas de marear. E yendo más adelante costeando, vimos una ensenada, donde se quedó el río de Tonalá, que a la vuelta que volvimos entramos en él, y le pusimos nombre río de San Antonio, y así está en las cartas del mar. E yendo más adelante navegando, vimos adonde quedaba el paraje del gran río de Guazacualco, y quisiéramos entrar en el ensenada que está, por ver qué cosa era, sino por ser el tiempo contrario; e luego se parecieron las grandes sierras nevadas, que en todo el año están cargadas de nieve; y también vimos otras sierras que están más junto al mar, que se llaman ahora de San Martín: y pusímoslas por nombre San Martín, porque el primero que las vio fue un soldado que se llamaba San Martín, vecino de la Habana. Y navegando nuestra costa adelante, el capitán Pedro de Alvarado se adelantó con su navío, y entró en un río que en nombre de indios, se llama Papaloata, y entonces pusimos por nombre río de Alvarado, porque lo descubrió el mesmo Alvarado. Allí le dieron pescado unos indios pescadores, que eran naturales de un pueblo que se dice

Tlacotalpa; estuvírnosle aguardando en el paraje del río donde entró con todos tres navíos, hasta que salió de él; y a causa de haber entrado en el río sin licencia del general, se enojó mucho con él, y le mandó que otra vez no se adelantase del armada, porque no le aviniese algún contraste en parte donde no le pudiésemos ayudar. E luego navegamos con todos cuatro navíos en conserva, hasta que llegamos en paraje de otro río, que le pusimos por nombre río de Banderas, porque estaban en él muchos indios con lanzas grandes, y en cada lanza una bandera hecha de manta blanca, revolándolas y llamándonos. Lo cual diré adelante cómo pasó.

Capítulo XIII

Cómo llegamos a un río que pusimos por nombre río de Banderas, e rescatamos catorce mil pesos

Ya habrán oído decir en España y en toda la más parte della y de la cristiandad, cómo México es tan gran ciudad, y poblada en el agua como Venecia; y había en ella un gran señor que era rey de muchas provincias y señoreaba todas aquellas tierras, que son mayores que cuatro veces nuestra Castilla; el cual señor se decía Moctezuma, e como era tan poderoso, quería señorear y saber hasta lo que no podía ni le era posible, e tuvo noticia de la primera vez que venimos con Francisco Hernández de Córdoba, lo que nos acaesció en la batalla de Cotoche y en la de Champotón, y ahora deste viaje la batalla del mismo Champotón, y supo que éramos nosotros pocos soldados y los de aquel pueblo muchos, e al fin entendió que nuestra demanda era buscar oro a trueque del rescate que traíamos, e todo se lo habían llevado pintado en unos paños que hacen de henequén, que es como el lino; y como supo que íbamos costa a costa hacia sus provincias, mandó a sus gobernadores que si por allí aportásemos que procurasen de trocar oro a nuestras cuentas, en especial a las verdes, que parecían a sus chalchihuites; y también lo mandó para saber e inquirir más por entero de nuestra persona de qué era nuestro intento. Y lo más cierto era, según entendimos, que dicen que sus antepasados les habían dicho que habían de venir gentes de hacia donde sale el sol, que los habían de señorear. Ahora sea por lo uno o por lo otro, estaban a posta en vela indios del grande Moctezuma en aquel río que dicho tengo, con lanzas largas y en cada lanza una bandera, enarbolándola y llamándonos que fuésemos allí donde estaban. Y desque

vimos de los navíos cosas tan nuevas, para saber qué podía ser, fue acordado por el general, con todos los demás soldados y capitanes, que echásemos dos bateles en el agua e que saltásemos en ellos todos los ballesteros y escopeteros y veinte soldados, y Francisco de Montejo fuese con nosotros, e que si viésemos que eran de guerra los que estaban con las banderas, que de presto se lo hiciésemos saber, o otra cualquiera cosa que fuese. Y en aquella sazón quiso Dios que hacía bonanza en aquella costa, lo cual pocas veces suele acaecer; y como llegamos en tierra hallamos tres caciques, que el uno dellos era gobernador de Moctezuma e con muchos indios de proprio, y tenían muchas gallinas de la tierra y pan de maíz de lo que ellos suelen comer, e frutas que eran pifias y zapotes, que en otras partes llaman mameyes; y estaban debajo de una sombra de árboles, puestas esteras en el suelo, que ya he dicho otra vez que en estas partes se llaman petates, y allí nos mandaron asentar, y todo por señas, porque Julianillo, el de la punta de Cotoche, no entendía aquella lengua; y luego trajeron braseros de barro con ascuas, y nos zahumaron con una como resina que huele a incienso. Y luego el capitán Montejo lo hizo saber al general, y como lo supo, acordó de surgir allí en aquel paraje con todos los navíos, y saltó en tierra con todos los capitanes y soldados. Y desque aquellos caciques y gobernadores le vieron en tierra y conocieron que era el capitán de todos, a su usanza le hicieron grande acatamiento y le zahumaron, y él les dio las gracias por ello y les hizo muchas caricias, y les mandó dar diamantes y cuentas verdes, y por señas les dijo que trajesen oro a trocar a nuestros rescates. Lo cual luego el gobernador mandó a sus indios, j que todos los pueblos comarcanos trajesen de las joyas que tenían a rescatar; y en seis días que estuvimos allí trajeron más de quince mil pesos en joyezuelas de oro

bajo y de muchas hechuras; y aquesto debe ser lo que dicen los cronistas Francisco López de Gómara y Gonzalo Hernández de Oviedo en sus crónicas, que dicen que dieron los de Tabasco; y como se lo dijeron por relación, así lo escriben como si fuese verdad; porque vista cosa es que en la provincia del río de Grijalva no hay oro, sino muy pocas joyas. Dejemos esto y pasemos adelante, y es que tomamos posesión en aquella tierra por su majestad, y en su nombre real el gobernador de Cuba Diego Velázquez. Y después desto hecho, habló el general a los indios que allí estaban, diciendo que se querían embarcar, y les dio camisas de Castilla. Y de allí tomamos un indio, que llevamos en los navíos, el cual, después que entendió nuestra lengua, se volvió cristiano y se llamó Francisco, y después de ganado México, le vi casado en un pueblo que se llama Santa Fe. Pues como vio el general que no traían más oro a rescatar, e había seis días que estábamos allí y los navíos corrían riesgo, por ser travesía el norte, nos mandó embarcar. E corriendo la costa adelante, vimos una isleta que bañaba la mar y tenía la arena blanca, y estaría, al parecer, obra de tres leguas de tierra, y pusímosle por nombre isla Blanca, y así está en las cartas del marear. Y no muy lejos desta isleta Blanca vimos otra isla que tenía muchos árboles verdes, y estará de la costa cuatro leguas: y pusímosle por nombre Isla Verde. E yendo más adelante, vimos otra isla mayor, al parecer, que las demás, y estaría de tierra obra de legua y media, y allí enfrente della había buen surgidero, y mandó el general que surgiésemos. Echados los bateles en el agua, fue el capitán Juan de Grijalva con muchos de nosotros los soldados a ver la isleta, y hallamos dos casas hechas de cal y canto y bien labradas, y cada casa con unas gradas por donde subían a unos como altares, y en aquellos altares tenían unos ídolos de malas figuras, que eran sus dioses, y allí estaban

sacrificados de aquella noche cinco indios, y estaban abiertos por los pechos y cortados los brazos y los muslos, y las paredes llenas de sangre. De todo lo cual nos admiramos, y pusimos por nombre a esta isleta isla de Sacrificios. Y allí enfrente de aquella isla saltamos todos en tierra, y en unos arenales grandes que allí hay, adonde hicimos ranchos y chozas con ramas y con las velas de los navíos. Habíanse allegado en aquella costa muchos indios que traían a rescatar oro hecho piecezuelas, como en el río de Banderas, y según después supimos, mandó el gran Moctezuma que viniesen con ello, y los indios que lo traían, al parecer estaban temerosos; y era muy poco. Por manera que luego el capitán Juan de Grijalva mandó que los navíos alzasen las anclas y pusiesen velas, y fuésemos delante a surgir enfrente de otra isleta que estaba obra de media legua de tierra, y esta isla es donde ahora está el puerto. Y diré lo que allí nos avino.

Capítulo XIV

Cómo llegamos al puerto de San Juan de Ulúa

Desembarcados en unos arenales, hicimos chozas encima de los más altos médanos de arena, que los hay por allí grandes, por causa de los mosquitos, que había muchos, y con bateles sondearon el puerto y hallaron que con el abrigo de aquella isleta estarían seguros los navíos del norte, y había buen fondo; y hecho esto, fuimos a la isleta con el general treinta soldados bien apercibidos en los bateles, y hallamos una casa de adoratorio donde estaba un ídolo muy grande y feo, el cual se llamaba Tezcatepuca, y estaban allí cuatro indios con mantas prietas y muy largas con capillas, como traen los dominicos o canónigos, o querían parecer a ellos, y aquellos eran sacerdotes del aquel ídolo, y tenían sacrificados de aquel día dos muchachos, y abiertos por los pechos, y los corazones y sangre ofrecidos a aquel maldito ídolo, y los sacerdotes, que ya he dicho que se dicen papas, nos venían a zahumar con lo que zahumaban aquel su ídolo, y en aquella sazón que llegamos le estaban zahumando con uno que huele a incienso, y no consentimos que tal zahumerio nos diesen; antes tuvimos muy gran lástima y mancilla de aquellos dos muchachos e verlos recién muertos e ver tan grandísima crueldad. Y el general preguntó al indio Francisco, que traíamos del río de Banderas, que pareció algo entendido, que por qué hacían aquello, y esto le decían medio por señas, porque entonces no teníamos lengua ninguna, como ya otras veces he dicho. Y respondió que los de Culúa lo mandaban sacrificar; y como era torpe de lengua, decía: «Ulúa, Ulúa». Y como nuestro capitán estaba presente y se llamaba Juan, y asimismo era día de San Juan, pusimos por nombre a

aquella isleta San Juan de Ulúa, y este puerto es ahora muy nombrado, y están hechos en él grandes reparos para los navíos, y allí vienen a desembarcar las mercaderías para México e Nueva-España. Volvamos a nuestro cuento: que como estábamos en aquellos arenales, vinieron luego indios de pueblos allí comarcanos a trocar su oro en joyezuelas a nuestros rescates; mas eran tan pocos y de tan poco valor, que no hacíamos cuenta dello; y estuvimos siete días de la manera que he dicho y con los muchos mosquitos no nos podíamos valer, viendo que el tiempo se nos pasaba, y teniendo ya por cierto que aquellas tierras no eran islas, sino tierra firme, y que había grandes pueblos; y el pan de cazabe muy mohoso e sucio de las fátulas, y amargaba; y los que allí veníamos no éramos bastantes para poblar, cuanto más que faltaban diez de nuestros soldados, que se habían muerto de las heridas, y estaban otros cuatro dolientes. E viendo todo esto, fue acordado que lo enviásemos a hacer saber al gobernador Diego Velázquez para que nos enviase socorro; porque el Juan de Grijalva muy gran voluntad tenía de poblar con aquellos pocos soldados que con él estábamos, y siempre mostró un grande ánimo de un muy valeroso capitán; y no como lo escribe el cronista Gómara. Pues para hacer esta embajada acordamos que fuese el capitán Pedro de Alvarado en un navío que se decía San Sebastián, porque hacía agua, aunque no mucho, porque en la isla de Cuba se diese carena y pudiesen en él traer socorro e bastimento. Y también se concertó que llevase todo el oro que se había rescatado y ropa de mantas, y los dolientes; y los capitanes escribieron al Diego Velázquez cada uno lo que le pareció, y luego se hizo a la vela e iba la vuelta de la isla de Cuba, adonde los dejaré ahora, así al Pedro de Alvarado como al Grijalva, y diré cómo el Diego Velázquez había enviado en nuestra busca.

Capítulo XV

Cómo Diego Velázquez, gobernador de la isla de Cuba, envió un navío pequeño en nuestra busca

Después que salimos con el capitán Juan de Grijalva de la isla de Cuba para hacer nuestro viaje, siempre Diego Velázquez estaba triste y pensativo no nos hubiese acaecido algún desastre, y deseaba saber de nosotros, y a esta causa envió un navío pequeño en nuestra busca con siete soldados, y por capitán dellos a un Cristóbal de Olí, persona de valía, muy esforzado; y le mandó que siguiese la derrota de Francisco Hernández de Córdoba hasta toparse con nosotros. Y según parece, el Cristóbal de Olí, yendo en nuestra busca, estando surto cerca de tierra, le dio un recio temporal, y por no anegarse sobre las amarras, el piloto que traían mandó cortar los cables, e perdió las anclas, e volvióse a Santiago de Cuba, de donde había salido, adonde estaba el Diego Velázquez, y cuando vio que no tenía nuevas de nosotros, si triste estaba antes que enviase al Cristóbal de Olí, muy más pensativo estuvo después. Y en esta sazón llegó el capitán Pedro de Alvarado con el oro y ropa y dolientes, y con entera relación de lo que habíamos descubierto. Y cuando el gobernador vio que estaba en joyas, parecía mucho más de lo que era, y estaban allí con el Diego Velázquez muchos vecinos de aquella isla, que venían a negocios. Y cuando los oficiales del rey tomaron el real quinto que venía a su majestad estaban espantados de cuán ricas tierras habíamos descubierto; y como el Pedro de Alvarado se lo sabía muy bien platicar, dice que no hacía el Diego Velázquez sino abrazarlo, y en ocho días tener gran regocijo y jugar canas; y si mucha fama tenían de antes de ricas tierras, ahora con este oro se sublimó en todas las islas

y en Castilla, como adelante diré; y dejaré al Diego Velázquez haciendo fiestas, y volveré a nuestros navíos, que estábamos en San Juan de Ulúa.

Capítulo XVI

De lo que nos sucedió costeando las sierras de Tuxtla y de Tuspa

Después que de nosotros se partió el capitán Pedro de Alvarado para ir a la isla de Cuba, acordó nuestro general con los demás capitanes y pilotos que fuésemos costeando y descubriendo todo lo que pudiésemos; e yendo por nuestra navegación, vimos las sierras de Tustla, y más adelante de ahí a otros dos días vimos otras sierras muy altas, que ahora se llaman las sierras de Tuspa; por manera que unas sierras se dicen Tustla porque están cabe un pueblo que se dice así, y las otras sierras se dicen Tuspa porque se nombra el pueblo, junto adonde aquellas están, Tuspa; e caminando más adelante vimos muchas poblaciones, y estarían la tierra adentro dos o tres leguas, y esto es ya en la provincia de Pánuco; e yendo por nuestra navegación, llegamos a un río grande, que le pusimos por nombre río de Canoas, e allí enfrente de la boca dél surgimos. Y estando surtos todos tres navíos, y estando algo descuidados, vinieron por el río diez y seis canoas muy grandes llenas de indios de guerra, con arcos y flechas y lanzas, y vanse derechos al navío más pequeño, del cual era capitán Alonso de Ávila, y estaba más llegado a tierra, y dándole una rociada de flechas, que hirieron a dos soldados, echaron mano al navío como que lo querían llevar, y aun cortaron una amarra; y puesto que el capitán y los soldados peleaban bien, y trastornaron tres canoas, nosotros con gran presteza les ayudamos con nuestros bateles y escopetas y ballestas, y herimos más de la tercia parte de aquellas gentes; por manera que volvieron con la mala ventura por donde habían venido. Y luego alzamos áncoras e dimos vela, e seguimos costa a costa hasta que llegamos a una punta muy grande; y era tan mala de

doblar, y las corrientes muchas, que no podíamos ir adelante; y el piloto Antón de Alaminos dijo al general que no era bien navegar más aquella derrota, e para ello se dieron muchas causas, y juego se tomó consejo de lo que se había de hacer, y fue acordado que diésemos la vuelta de la isla de Cuba, lo uno porque ya entraba el invierno e no había bastimentos, e un navío hacía mucha agua, y los capitanes disconformes, porque el Juan Grijalva decía que quería poblar, y el Francisco Montejo e Alonso de Ávila decían que no se podían sustentar por causa de los muchos guerreros que en la tierra había; e también todos nosotros los soldados estábamos hartos e muy trabajados de andar por la mar Así que dimos vuelta a todas velas, y las corrientes que nos ayudaban, en pocos días llegamos en el paraje del gran río de Guazacualco, e no pudimos estar por ser el tiempo contrario, y muy abrazados con la tierra entramos en el río de Tonalá, que se puso nombre entonces San Antón, e allí se dio carena al un navío que hacía mucha agua, puesto que tocó tres veces al estar en la barra, que es muy baja; y estando aderezando nuestro navío vinieron muchos indios del puerto de Tonalá, que estaba una legua de allí, e trajeron pan de maíz y pescado e fruta, y con buena voluntad nos lo dieron; y el capitán les hizo muchos halagos e les mandó dar cuentas verdes y diamantes, e les dijo por señas que trajesen oro a rescatar, e que les daríamos de nuestro rescate; e traían joyas de oro bajo, e se les daban cuentas por ello. Y desque lo supieron los de Guazacualco e de otros pueblos comarcanos que rescatábamos, también vinieron ellos con sus piecezuelas, e llevaron cuentas verdes, que aquellos tenían en mucho. Pues demás de aqueste rescate, traían comúnmente todos los indios de aquella provincia unas hachas de cobre muy lucidas, como por gentileza e a manera de armas, con unos cabos de palo muy

pintados, y nosotros creímos que eran de oro bajo, e comenzamos a rescatar dellas; digo que en tres días se hubieron más de seiscientas dellas, y estábamos muy contentos con ellas, creyendo que eran de oro bajo, e los indios mucho más con las cuentas; mas todo salió vano que las hachas eran de cobre e las cuentas un poco de nada. E un marinero había rescatado secretamente siete hachas y estaba muy alegre con ellas, y parece ser que otro marinero lo dijo al capitán, e mandole que las diese; y porque rogamos por él, se las dejó, creyendo que eran de oro. También me acuerdo que un soldado que se decía Bartolomé Pardo fue a una casa de ídolos, que ya he dicho que se decía cues, que es como quien dice casa de sus dioses, que estaba en un cerro alto, y en aquella casa halló muchos ídolos, e copal, que es como incienso, que es con que zahuman, y cuchillos de pedernal, con que sacrificaban e retajaban, e unas arcas de madera, y en ellas muchas piezas de oro, que eran diademas e collares, e dos ídolos, y otros como cuentas; y aquel oro tomó el soldado para sí, y los ídolos del sacrificio trajo al capitán. Y no faltó quien le vio e dijo al Grijalva, y se lo quería tomar; e rogámosle que se lo dejase; y como era de buena condición, que sacado el quinto de su majestad, que lo demás fuese para el pobre soldado; y no valía ochenta pesos. También quiero decir cómo Yo sembré unas pepitas de naranjas junto a otras casas de ídolos, y fue desta manera: que como había muchos mosquitos en aquel río, fuime a dormir a una casa alta de ídolos, e allí junto a aquella casa sembré siete u ocho pepitas de naranjas que había traído de Cuba, e nacieron muy bien; parece ser que los papas de aquellos ídolos les pusieron defensa para que no las comiesen hormigas, e las regaban e limpiaban desque vieron que eran plantas diferentes de las suyas. He traído aquí esto a la memoria para que se sepa

que estos fueron los primeros naranjos que se plantaron en la Nueva-España, porque después de ganado México e pacíficos los pueblos sujetos de Guazacualo, túvose por la mejor provincia, por causa de estar en la mejor comodación de toda la Nueva-España, así por las minas, que las había, como por el buen puerto, y la tierra de suyo rica de oro y de pastos para ganados; a este efecto se pobló de los más principales conquistadores de México, e yo fui uno, e fui por mis naranjos y traspúselos, e salieron muy buenos. Bien se que dirán que no hace al propósito de mi relación estos cuentos viejos, y dejarlos he: e diré cómo quedaron todos los indios de aquellas provincias muy contentos, e luego nos embarcamos y vamos la vuelta de Cuba, y en cuarenta y cinco días, unas veces con buen tiempo y otras veces con contrario, llegamos a Santiago de Cuba, donde estaba el gobernador Diego Velázquez, y él nos hizo buen recibimiento; y desque vio el oro que traíamos, que sería cuatro mil pesos, e con el que trajo primero el capitán Pedro de Alvarado sería por todo unos veinte mil pesos, unos decían más e otros decían menos, e los oficiales de su majestad sacaron el real quinto; e también trajeron las seiscientas hachas que parecían de oro, e cuando las trajeron para quintar estaban tan mohosas, en fin como cobre que era, y allí hubo bien que reír y decir de la burla y del rescate. Y el Diego Velázquez con todo esto estaba muy contento, puesto que parecía estar mal con el pariente Grijalva; e no tenía razón sino que el Alfonso de Ávila era mal acondicionado: y decía que el Grijalva era para poco, e no faltó el capitán Montejo, que le ayudó mal. Y cuando esto pasé, ya había otras pláticas para enviar otra armada, e a quién elegirían por capitán.

Capítulo XVII

Cómo Diego Velázquez envió a Castilla a su procurador

Y aunque parezca a los lectores que va fuera de nuestra relación esto que yo traigo aquí a la memoria antes que entre en lo del capitán Hernando Cortés, conviene que se diga por las causas que adelante se verán, e también porque en un tiempo acaecen dos o tres cosas, y por fuerza hemos de hablar de una, la que más viene al propósito. Y el caso es que, como ya he dicho, cuando llegó el capitán de Alvarado a Santiago de Cuba con el oro que hubimos de las tierras que descubrimos, y el Diego Velázquez temió que primero que él hiciese relación a su majestad, que algún caballero privado en corte tenía relación dello y le hurtaba la bendición, a esta causa envió el Diego Velázquez a un su capellán, que se decía Benito Martín, hombre que entendía muy bien de negocios, a Castilla con probanzas, e cartas para don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, e se nombraba arzobispo de Rosano, y para el licenciado Luis Zapata e para el secretario Lope Conchillos, que en aquella sazón entendían en las cosas de las Indias, y Diego Velázquez era muy servidor del obispo y de los demás oidores, y como tal les dio pueblos de indios en la isla de Cuba, que les sacaban oro de las minas, e a esta causa hacía mucho por el Diego Velázquez, especialmente el obispo de Burgos, e no dio ningún pueblo de indios a su majestad, porque en aquella sazón estaba en Flandes; y demás de les haber dado los indios que dicho tengo, nuevamente envió a estos oidores muchas joyas de oro de lo que habíamos enviado con el capitán Alvarado, que eran veinte mil pesos, según dicho tengo, e no se hacía otra cosa en el real consejo de Indias sino lo que aquellos señores mandaban; e lo que

enviaba a negociar Diego Velázquez era que le diesen licencia para rescatar e conquistar e poblar en todo lo que había descubierto y en lo que más descubriese, y decía en sus relaciones e cartas que había gastado muchos millares de pesos de oro en el descubrimiento. Por manera que el capellán Benito Martín fue a Castilla y negoció todo lo que pidió, e aun más cumplidamente: que trajo provisión para el Diego Velázquez para ser adelantado de la isla de Cuba. Pues ya negociado lo que aquí por mí dicho, no dieron tan presto los despachos, que primero no saliese Cortés con otra armada. Quedarse ha aquí, así los despachos del Diego Velázquez como la armada de Cortés, e diré cómo estando escribiendo esta relación vi una crónica del cronista Francisco López de Gómara, y habla en lo de las conquistas de la Nueva-España e México; e lo que sobre ello me parece declarar, adonde hubiere contradicción sobre lo que dice Gómara, lo diré según y de la manera que pasó en las conquistas, y va muy diferente de lo que escribe, porque todo es contrario de la verdad.

Capítulo XVIII

De algunas advertencias acerca de lo que escribe Francisco López de Gómara, mal informado, en su historia

Estando escribiendo esta relación, acaso vi una historia de buen estilo, la cual se nombra de un Francisco López de Gómara, que había de las conquistas de México y Nueva-España, y cuando leí su gran retórica, y como mi obra es tan grosera, dejé de escribir en ella, y aun tuve vergüenza que pareciese entre personas notables; y estando tan perplejo como digo, torné a leer y a mirar las razones y pláticas que el Gómara en sus libros escribió, e vi desde el principio y medio hasta el cabo no llevaba buena relación, y va muy contrario de lo que fue e pasó en la Nueva-España; y cuando entró a decir de las grandes ciudades, y tantos números que dice que había de vecinos en ellas, que tanto se le dio poner ocho como ocho mil. Pues de aquellas grandes matanzas que dice que hacíamos, siendo nosotros obra de cuatrocientos soldados los que andábamos en la guerra, que harto teníamos de defendernos que no nos matasen o llevasen de vencida; que aunque entuvieran los indios atados, no hiciéramos tantas muertes y crueldades como dice que hicimos; que juro ¡amén!, que cada día estábamos rogando a Dios y a nuestra señora no nos desbaratasen. Volviendo a nuestro cuento, Atalarico, muy bravísimo rey, e Atila, muy soberbio guerrero, en los campos catalanes no hicieron tantas muertes de hombres como dice que hacíamos. También dice que derrotamos y abrasamos muchas ciudades y templos, que son sus cues, donde tienen sus ídolos, y en aquello le parece a Gómara que place mucho a los oyentes que leen su historia, y no quiso ver ni entender cuando lo escribía que los verdaderos

conquistadores y curiosos lectores que saben lo que pasó, claramente le dirán que en su historia en todo lo que escribe se engañó, y si en las demás historias que escribe de otras cosas va del arte del de la Nueva-España, también irá todo errado. Y es lo bueno que ensalza a unos capitanes y abaja a otros; y los que no se hallaron en las conquistas dice que fueron capitanes, y que un Pedro Dircio fue por capitán cuando el desbarate que hubo en un pueblo que le pusieron nombre Almería; porque el que fue por capitán en aquella entrada fue un Juan de Escalante, que murió en el desbarate con otros siete soldados; e dice que un Juan Velázquez de León fue a poblar a Guazacualeo; mas la verdad es así: que un Gonzalo de Sandoval, natural de Ávila, lo fue a poblar. También dice cómo Cortés mandó quemar un indio que se decía Quezalpopoca, capitán de Moctezuma, sobre la población que se quemó. El Gómara no acierta también lo que dice de la entrada que fuimos a un pueblo e fortaleza: Anga Panga escríbelo, mas no como pasó. Y de cuando en los arenales alzamos a Cortés por capitán general y justicia mayor, en todo le engañaron. Pues en la toma de un pueblo que se dice Chamula, en la provincia de Chiapa, tampoco acierta en lo que escribe. Pues otra cosa peor dice, que Cortés mandó secretamente barrenar los once navíos en que habíamos venido; antes fue público, porque claramente por consejo de todos los demás soldados mandó dar con ellos a través a ojos vistas, porque nos ayudase la gente de la mar que en ellos estaba, a velar y guerrear. Pues en lo de Juan de Grijalba, siendo buen capitán, te deshace e disminuye. Pues en lo de Francisco Fernández de Córdoba, habiendo él descubierto lo de Yucatán, lo pasa por alto. Y en lo de Francisco de Garay dice que vino él primero con cuatro navíos de lo de Pánuco antes que viniese con la armada postrera; en lo cual no acierta, como en lo demás. Pues en

todo lo que escribe de cuando vino el capitán Narváez y de cómo le desbaratamos, escribe según e como las relaciones. Pues en las batallas de Taxcala hasta que hicimos las paces, en todo escribe muy lejos de lo que pasó. Pues las guerras de México de cuando nos desbarataron y echaron de la ciudad, e nos mataron e sacrificaron sobre ochocientos y sesenta soldados; digo otra vez sobre ochocientos y sesenta soldados, porque de mil trescientos que entramos al socorro de Pedro de Alvarado, e íbamos en aquel socorro los de Narváez e los de Cortés, que eran los mil y trescientos que he dicho, no escapamos sino cuatrocientos y cuarenta, e todos heridos, y dícelo de manera como si no fuera nada. Pues desque tornamos a conquistar la gran ciudad de México e la ganamos, tampoco dice los soldados que nos mataron e hirieron en las conquistas, sino que todo lo hallábamos como quien va a bodas y regocijos. ¿Para qué meto yo aquí tanto la pluma en contar cada cosa por sí, que es gastar papel y tinta? Porque si en todo lo que escribe va de aquesta arte, es gran lástima; y puesto que él lleve buen estilo, había de ver que para que diese fe a lo que dice, que en esto se había de esmerar. Dejemos esta plática, e volveré a mi materia; que después de bien mirado todo lo que he dicho que escribe el Gómara, que por ser tan lejos de lo que pasó es en perjuicio de tantos, torno a proseguir en mi relación e historia; porque dicen sabios varones que la buena política y agraciado componer es decir verdad en lo que escribieren, y la mera verdad resiste a mi rudeza; y mirando en esto que he dicho, acordé, de seguir mi intento con el ornato y pláticas que adelante se verán, para que salga a luz y se vean las conquistas de la Nueva-España claramente y como se han de ver, y su majestad sea servido conocer los grandes e notables servicios que le hicimos los verdaderos conquistadores, pues tan pocos soldados como vinimos a

estas tierras con el venturoso y buen capitán Hernando Cortés, nos pusimos a tan grandes peligros y le ganamos ésta tierra, que es una buena parte de las del Nuevo-Mundo, puesto que su majestad, como cristianísimo rey y señor nuestro, nos lo ha mandado muchas veces gratificar; y dejaré de hablar acerca desto, porque hay mucho que decir.

Y quiero volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la sonda por la mar, descubriendo los bajos cuando siente que los hay, así haré yo en caminar, a la verdad de lo que pasó, la historia del cronista Gómara, y no será todo en lo que escribe; porque si parte por parte se hubiese de escribir, sería más la costa en coger la rebusca que en las verdaderas vendimias. Digo que sobre esta mi relación pueden los cronistas sublimar e dar loas cuantas quisieren, así al capitán Cortés como a los fuertes conquistadores, pues tan grande y santa empresa salió de nuestras manos, pues ello mismo da fe muy verdadera; y no son cuentos de naciones extrañas, ni sueños ni porfías, que ayer pasó a manera de decir, si no vean toda la Nueva-España qué cosa es. Y lo que sobre ello escriben, diremos lo que en aquellos tiempos nos hallamos ser verdad, como testigos de vista, e no estaremos hablando las contrariedades y falsas relaciones (como decimos) de los que escribieron de oídas, pues sabemos que la verdad es cosa sagrada; y quiero dejar de más hablar en esta materia; y aunque había bien que decir della e lo que se sospechó del cronista que le dieron falsas relaciones cuando hacía aquella historia; porque toda la honra y prez della la dio solo al marqués don Hernando Cortés, e no hizo memoria de ninguno de nuestros valerosos capitanes y fuertes soldados; y bien se parece en todo lo que el Gómara escribe en su historia serle muy aficionado, pues a su hijo, el marqués que ahora es, le

eligió su crónica e obra, e la dejó de elegir a nuestro rey y señor; y no solamente el Francisco López de Gómara escribió tantos borrones e cosas que no son verdaderas, de que ha hecho mucho daño a muchos escritores e cronistas que después del Gómara han escrito en Las cosas de la Nueva-España, como es el doctor Illescas y Pablo Iovio, que se van por sus mismas palabras y escriben ni más ni menos que el Gómara: Por manera que lo que sobre esta materia escribieron es porque les ha hecho errar el Gómara.

Capítulo XIX

Cómo vinimos otra vez con otra armada a las tierras nuevamente descubiertas, y por capitán de la armada Hernando Cortés, que después fue marqués del Valle y tuvo otros ditados, y de las contrariedades que hubo para le estorbar que no fuese capitán

En 15 días del mes de noviembre de 1518 años, vuelto el capitán Juan de Grijalva de descubrir las tierras nuevas (como dicho habemos), el gobernador Diego Velázquez ordenaba de enviar otra armada muy mayor que las de antes, y para ello tenía ya diez navíos en el puerto de Santiago de Cuba; los cuatro dellos eran en los que volvimos cuando lo de Juan de Grijalva, porque luego les hizo dar carena y adobar, y los otros seis recogieron de toda la isla, y los hizo proveer de bastimento, que era pan cazabe y tocino, porque en aquella sazón no había en la isla de Cuba ganado vacuno ni carneros, y este bastimento no era para más de hasta llegar a la Habana, porque allí habíamos de hacer todo el matalotaje, como se hizo. Y dejemos de hablar en esto, y volvamos a decir las diferencias que se hubo en elegir capitán para aquel viaje. Había muchos debates y contrariedades, porque ciertos caballeros decían que viniese un capitán de calidad, que se decía Vasco Porcallo, pariente cercano del conde de Feria, y temióse el Diego Velázquez que se alzaría con la armada, porque era atrevido; otros decían que viniese Agustín Bermúdez o un Antonio Velázquez Borrego o un Bernardino Velázquez, parientes del gobernador Diego Velázquez; y todos los más soldados que allí nos hallamos decíamos que volviese el Juan de Grijalva, pues era buen capitán y no había falta en su persona y en saber mandar. Andando las cosas y conciertos desta manera que aquí he dicho, dos grandes privados del

Diego Velázquez, que se decían Andrés de Duero, secretario del mismo gobernador, y un Amador de Lares, contador de su majestad, hicieron secretamente compañía con un buen hidalgo, que se decía Hernando Cortés, natural de Medellín, el cual fue hijo de Martín Cortés de Monroy y de Catalina Pizarro Altamirano, e ambos hijosdalgo, aunque pobres; e así era por la parte de su padre Cortés y Monroy, y la de su madre Pizarro e Altamirano: fue de los buenos linajes de Extremadura, e tenía indios de encomienda en aquella isla, e poco tiempo había que se había casado por amores con una señora que se decía doña Catalina Xuárez Pacheco, y esta señora era hija de Diego Xuárez Pacheco, ya difunto, natural de la ciudad de Ávila, y de María de Marcaida, vizcaína y hermana de Juan Xuárez Pacheco, y éste, después que se ganó la Nueva-España, fue vecino y encomendado en México; y sobre este casamiento de Cortés le sucedieron muchas pesadumbres y prisiones; porque Diego Velázquez favoreció las partes della, como más largo contarán otros; y así pasaré adelante y diré acerca de la compañía, y fue desta manera: que concertaron estos dos grandes privados del Diego Velázquez que le hiciesen dar a Hernando Cortés la capitanía general de toda la armada, y que partirían entre todos tres la ganancia del oro y plata y joyas de la parte que lo cupiese a Cortés; porque secretamente el Diego Velázquez enviaba a rescatar, y no a poblar. Pues hecho este concierto, tienen tales modos el Duero y el contador con el Diego Velázquez, y le dicen tan buenas y melosas palabras, loando mucho a Cortés, que es persona en quien cabe aquel cargo, y para capitán muy esforzado, y que le sería muy fiel, pues era su ahijado, porque fue su padrino cuando Cortés se veló con doña Catalina Xuárez Pacheco: por manera que le persuadieron a ello y luego se eligió por capitán general; y el Andrés de

Duero, como era secretario del gobernador, no tardó de hacer las provisiones, como dice en el refrán, de muy buena tinta, y como Cortés las quiso bastantes, y se las trajo firmadas. Ya publicada su elección, a unas personas les placía y a otras les pesaba. Y un domingo, yendo a misa el Diego Velázquez, como era gobernador, íbanle acompañando las más nobles personas y vecinos que había en aquella villa, y llevaba a Hernando Cortés a su lado derecho por le honrar; e iba delante del Diego Velázquez un truhán que se decía Cervantes «el loco», haciendo gestos y chocarrerías: «A la gala de mi amo; Diego, Diego, ¿qué capitán has elegido? Que es de Medellín de Extremadura, capitán de gran ventura. Mas temo, Diego, no se te alce con el armada; que le juzgo por muy gran varón en sus cosas». Y decía otras locuras, que todas iban inclinadas a malicia. Y porque lo iba diciendo de aquella manera le dio de pescotazos el Andrés de Duero, que iba allí junto con Cortés, y le dijo: «Calla, borracho, loco, no seas más bellaco; que bien entendido tenemos que esas malicias, so color de gracias, no salen de ti»; y todavía el loco iba diciendo: «Viva, viva la gala de mi amo Diego y del su venturoso capitán Cortés. E juro a tal, mi amo Diego, que por no te ver llorar tu mal recaudo que ahora has hecho, yo me quiero ir con Cortés a aquellas ricas tierras». Túvose por cierto que dieron los Velázquez parientes del gobernador ciertos pesos de oro a aquel chocarrero porque dijese aquellas malicias, so color de gracias. Y todo salió verdad como lo dijo. Dicen que los locos muchas veces aciertan en lo que hablan; y fue elegido Hernando Cortés, por la gracia de Dios, para ensalzar nuestra santa fe y servir a su majestad, como adelante se dirá.

CAPÍTULO XX

De las cosas que hizo y entendió el capitán Hernando Cortés después que fue elegido por capitán, como dicho es

Pues como ya fue elegido Hernando Cortés por general de la armada que dicho tengo, comenzó a buscar todo género de armas, así escopetas como pólvora y ballestas, e todos cuantos pertrechos de guerra pudo haber, y buscar todas cuantas maneras de rescate, y también otras cosas pertenecientes para aquel viaje. E demás desto, se comenzó de pulir e abellidar en su persona mucho más que de antes, e se puso un penacho de plumas con su medalla de oro, que le parecía muy bien. Pues para hacer aquestos gastos que he dicho no tenía de qué, porque en aquella sazón estaba muy adeudado y pobre, puesto que tenía buenos indios de encomienda y le daban buena renta de las minas de oro; mas todo lo gastaba en su persona y en atavíos de su mujer, que era recién casado. Era apacible en su persona y bienquisto y de buena conversación, y había sido dos veces alcalde en la villa de Santiago de Baracoa, adonde era vecino, porque en aquestas tierras se tiene por mucha honra. Y como ciertos mercaderes amigos suyos, que se decían Jaime Tría o Jerónimo Tría y un Pedro de Jerez, le vieron con la capitanía y prosperado, le prestaron cuatro mil pesos de oro y le dieron otras mercaderías sobre la renta de sus indios, y luego hizo hacer unas lazadas de oro, que puso en una ropa de terciopelo, y mandó hacer estandartes y banderas labradas de oro con las armas reales, y una cruz de cada parte juntamente con las armas de nuestro rey y señor, con un letrero en latín, que decía: «Hermanos, sigamos la señal de la santa cruz con fe verdadera, que con ella venceremos»; y luego mandó dar pregones y tocar sus

atambores y trompetas en nombre de su majestad, y en su real nombre por Diego Velázquez: para que cualesquier personas que quisiesen ir en su compañía a las tierras nuevamente descubiertas a las conquistas y poblar, les darían sus partes del oro, plata y joyas que se hubiese, y encomiendas de indios después de pacificadas, y que para ella tenía licencia el Diego Velázquez de su majestad. E puesto que se pregonó de la licencia del rey nuestro señor, aun no había venido con ella de Castilla el capellán Benito Martín, que fue el que Diego Velázquez hubo despachado a Castilla para que lo trajese, como dicho tengo en el capítulo que dello habla. Pues como se supo esta nueva en toda la isla de Cuba, y también Cortés escribió a todas las villas a sus amigos que se aparejasen para ir con él aquel viaje, unos vendían sus haciendas para buscar armas y caballos, otros comenzaban a hacer cazabe y salar tocinos para matalotaje, y se colchaban armas y se apercibían de lo que habían de menester lo mejor que podían. De manera que nos juntamos en Santiago de Cuba, donde salimos con el armada, más de trescientos soldados; y de la casa del mismo Diego Velázquez vinieron los más principales que tenía a su servicio, que era un Diego de Ordás, su mayordomo mayor, y a este el mismo Velázquez lo envió para que mirase y entendiese no hubiese alguna mala traza en la armada; que siempre se temió de Cortés, aunque lo disimulaba; y vino un Francisco de Morla y un Escobar y un Heredia, y Juan Ruano y Pedro Escudero, y un Martín Ramos de Lares, vizcaíno, y otros muchos que eran amigos y paniaguados del Diego Velázquez. E yo me pongo a la postre, ya que estos soldados pongo aquí por memoria, y no a otros, porque en su tiempo y sazón los nombraré a todos los que se me acordare. Y como Cortés andaba muy solícito en aviar su armada, y en todo se daba mucha prisa, como ya la malicia

y envidia reinaba siempre en aquellos deudos del Diego Velázquez, estaban afrentados como no se fiaba el pariente dellos, y dio aquel cargo y capitanía a Cortés, sabiendo que le había tenido por su grande enemigo pocos días había sobre el casamiento de la mujer de Cortés, que se decía Catalina Xuárez la Marcaida (como dicho tengo); y a esta causa andaban murmurando del pariente Diego de Velázquez y aun de Cortés, y por todas las vías que podían le revolvían con el Diego Velázquez para que en todas maneras le revocasen el poder; de lo cual tenía dello aviso el Cortés, y a esta causa no se quitaba de la compañía de estar con el gobernador y siempre mostrándose muy gran su servidor. El decía que le había de hacer muy ilustre señor e rico en poco tiempo. Y demás desto, el Andrés de Duero avisaba siempre a Cortés que se diese prisa en embarcar, porque ya tenían trastrocado al Diego Velázquez con importunidades de aquellos sus parientes los Velázquez. Y desque aquello vio Cortés, mandó a su mujer doña Catalina Xuárez la Marcaida que todo lo que hubiese de llevar de bastimento y otros regalos que suelen hacer para sus maridos, en especial para tal jornada, se llevase luego a embarcar a los navíos. E ya tenía mandado apregonar e apregonado, e apercibido a los maestres y pilotos y a todos los soldados, que para tal día y noche no quedase ninguno en tierra. Y desque aquello tuvo mandado y los vio todos embarcados, se fue a despedir del Diego Velázquez, acompañado de aquellos sus grandes amigos y compañeros, Andrés de Duero y el contador Amador de Lares, y todos los más nobles vecinos de aquella villa; y después de muchos ofrecimientos y abrazos de Cortés al gobernador y del gobernador a Cortés, se despidió de él; y al otro día muy de mañana, después de haber oído misa, nos fuimos a los navíos, y el mismo Diego Velázquez le tornó a acompañar,

y otros muchos hidalgos, hasta hacernos a la vela, y con próspero tiempo en pocos días llegamos a la villa de la Trinidad; y tomado puerto y saltados en tierra, lo que allí le avino a Cortés adelante se dirá. Aquí en esta relación verán lo que a Cortés le acaeció y las contrariedades que tuvo hasta elegir por capitán y todo lo demás ya por mí dicho; y sobre ello miren lo que dice Gómara en su historia, y hallarán ser muy contrario lo uno de lo otro, y cómo a Andrés de Duero, siendo secretario que mandaba la isla de Cuba, le hace mercader, y al Diego de Ordás, que vino ahora con Cortés, dijo que había venido con Grijalva. Dejemos al Gómara y a su mala relación, y digamos cómo desembarcamos con Cortés en la villa de La Trinidad.

Capítulo XXI

De lo que Cortés hizo desque llegó a la villa de la Trinidad, y de los caballeros y soldados que allí nos juntamos para ir en su compañía, y de lo que más le avino

E así como desembarcamos en el puerto de la villa de la Trinidad, y salidos en tierra, y como los vecinos lo supieron, luego fueron a recibir a Cortés Y a todos nosotros los que veníamos en su compañía, y a darnos el parabién venido a su villa, y llevaron a Cortés a aposentar entre los vecinos, porque había en aquella villa poblados muy buenos hidalgos; y luego mandó Cortés poner su estandarte delante de su posada y dar pregones, como se había hecho en la villa de Santiago, y mandó buscar todas las ballestas y escopetas que había, y comprar otras cosas necesarias y aun bastimentos; y de aquesta villa salieron hidalgos para ir con nosotros, y todos hermanos; que fue el capitán Pedro de Alvarado y Gonzalo de Alvarado y Jorge de Alvarado y Gonzalo y Gómez e Juan de Alvarado el viejo, que era bastardo; el capitán Pedro, de Alvarado es el por mí muchas veces nombrado; e también salió de aquesta villa Alonso de Ávila, natural de Ávila, capitán que fue cuando lo de Grijalva, e salió Juan de Escalante e Pedro Sánchez Farfán, natural de Sevilla, y Gonzalo Mejía, que fue tesorero en lo de México, e un Baena y Juanes de Fuenterrabía, y Cristóbal de Olí, el muy esforzado, que fue maestre de campo en la toma de la ciudad de México y en todas las guerras de la Nueva-España, e Ortiz el músico, e un Gaspar Sánchez, sobrino del tesorero de Cuba, e un Diego de Pineda o Pinedo, y un Alonso Rodríguez, que tenía unas minas ricas de oro, y un Bartolomé García y otros hidalgos que no me acuerdo sus nombres, y todas personas de mucha

valía. Y desde la Trinidad escribió Cortés a la villa de Santispíritus, que estaba de allí diez y ocho leguas, haciendo saber a todos los vecinos como iba a aquel viaje a servir a su majestad, y con palabras sabrosas e ofrecimientos para atraer a sí muchas personas de calidad que estaban en aquella villa poblados, que se decían Alonso Hernández Puertocarrero, Primo del conde de Medellín, y Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor e gobernador que fue ocho meses, y capitán que después fue en la Nueva-España, y a Juan Velázquez de León, pariente del gobernador Velázquez, y Rodrigo Rangel y Gonzalo López de Jimena y su hermano Juan López, y Juan Sedeño. Este Juan Sedeño era vecino de aquella villa; y declárolo así porque había en nuestra armada otros dos Juan Sedeños; y todos estos que he nombrado, personas muy generosas, vinieron a la villa de la Trinidad, donde Cortés estaba; y como lo supo que venían, los salió a recibir con todos nosotros los soldados que estábamos en su compañía y se dispararon muchos tiros de artillería y les mostró mucho amor y ellos le tenían grande acato. Digamos ahora cómo todas las personas que he nombrado, vecinos de la Trinidad, tenían sus estancias, donde hacían el pan cazabe, y manadas de puercos, cerca de aquella villa, y cada uno procuró de poner el más bastimento que podía. Pues estando desta manera recogiendo soldados y comprando caballos, que en aquella sazón e tiempo no los había, sino muy pocos y caros; y como aquel hidalgo por mí ya nombrado, que se decía Alonso Hernández Puertocarrero, no tenía caballo ni aun de qué comprarlo, Cortés le compró una yegua rucia y dio por ella unas lazadas de oro que traía en la ropa de terciopelo que mandó hacer en Santiago de Cuba (como dicho tengo); y en aquel instante vino un navío de la Habana a aquel puerto de la Trinidad, que traía un Juan Sedeño, vecino de la misma

Habana, cargado de pan cazabe y tocinos, que iba a vender a unas minas de oro cerca de Santiago de Cuba; y como saltó en tierra el Juan Sedeño, fue a besar las manos a Cortés, y después de muchas pláticas que tuvieron, le compré el navío y tocinos y cazabe fiado, y se fue el Juan Sedeño con nosotros. Ya teníamos once navíos, y todo se nos hacía prósperamente, gracias a Dios por ello; y estando de la manera que dicho, envió Diego Velázquez cartas y mandamientos para que detengan la armada a Cortés, lo cual verán adelante lo que pasó.

Capítulo XXII

Cómo el gobernador Diego Velázquez envió dos criados suyos en posta a la villa de la Trinidad con poderes y mandamientos para revocar a Cortés el poder de ser capitán y tomarle la armada; y lo que pasó diré adelante

Quiero volver algo atrás de nuestra plática para decir que como salimos de Santiago de Cuba con todos los navíos de la manera que he dicho, dijeron a Diego Velázquez tales palabras contra Cortés, que le hicieron volver la hoja; porque le acusaban que ya iba alzado y que salió del puerto como a cencerros tapados, y que le habían oído decir que aunque pesase al Diego Velázquez había de ser capitán, y que por este efecto había embarcado todos sus soldados en los navíos de noche, para si le quitasen la capitanía por fuerza hacerse a la vela, y que le habían engañado al Velázquez su secretario Andrés de Duero y el contador Amador de Lares, y que por tratos que había entre ellos y entre Cortés, que le habían hecho dar aquella capitanía. E quien más metió la mano en ello para convocar al Diego Velázquez que le revocase luego el poder eran sus parientes Velázquez, y un viejo que se decía Juan Millán, que le llamaban «el astrólogo»; otros decían que tenía ramos de locura e que era atronado, y este viejo decía muchas veces al Diego Velázquez: «Mirad, señor, que Cortés se vengará ahora de vos de cuando le tuvistes preso, y como es mañoso, os ha de echar a perder si no lo remediáis presto». A estas palabras y otras muchas que le decían dio oídos a ellas, y con mucha brevedad envió dos mozos de espuelas, de quien se fiaba, con mandamientos y provisiones para el alcalde mayor de la Trinidad, que se decía Francisco Verdugo, el cual era cuñado del mismo gobernador; en las cuales

provisiones mandaba que en todo caso le detuviesen el armada a Cortés, porque ya no era capitán, y le habían revocado poder y dado a Vasco Porcallo. Y también traían cartas para Diego de Ordás y para Francisco de Morla y para todos los amigos y parientes del Diego Velázquez, para que en todo caso le quitasen la armada. Y como Cortés lo supo, habló secretamente al Ordás y a todos aquellos soldados y vecinos de la Trinidad que le pareció a Cortés que serían en favorecer las provisiones del gobernador Diego Velázquez, y tales palabras y ofertas les dijo, que los trajo a su servicio; y aun el mismo Diego de Ordás habló e convocó luego a Francisco Verdugo, que era alcalde mayor, que no hablasen en el negocio, sino que lo disimulasen; y púsole por delante que hasta allí no había visto ninguna novedad en Cortés, antes se mostraba muy servidor al gobernador; e ya que en algo se quisiesen poner por el Velázquez para quitarle la armada en aquel tiempo, que Cortés tenía muchos hidalgos por amigos, y enemigos de Diego Velázquez porque no les había dado buenos indios; y demás de los hidalgos sus amigos, tenía grande copia de soldados y estaba muy pujante, y que sería meter cizaña en la villa, e que por ventura los soldados le darían sacomano e le robarían e harían otro peor desconcierto; y así, se quedó sin hacer bullicio. Y el un mozo de espuelas de los que traían las cartas y recaudos se fue con nosotros, el cual se decía Pedro Laso, y con el otro mensajero escribió Cortés muy mansa y amorosamente al Diego Velázquez que se maravillaba de su merced de haber tomado aquel acuerdo, y que su deseo es servir a Dios y a su majestad, y a él en su real nombre; y que le suplicaba que no oyese más a aquellos señores sus deudos los Velázquez, ni por un viejo loco, como era Juan Millán, se mudase. Y también escribió a todos sus amigos, en especial al Duero y al contador, sus compañeros;

y después de haber escrito, mandó entender a todos los soldados en aderezar armas, y a los herreros que estaban en aquella villa, que siempre hiciesen casquillos, y a los ballesteros que desbastasen almacén para que tuviesen muchas saetas, y también atrajo y convocó a los herreros que se fuesen con nosotros, y así lo hicieron; y estuvimos en aquella villa doce días, donde lo dejaré, y diré cómo nos embarcamos para ir a la Habana. También quiero que vean los que esto leyeren la diferencia que hay de la relación de Francisco Gómara cuando dice que envió a mandar Diego Velázquez a Ordás que convidase a comer a Cortés en un navío y lo llevase preso a Santiago. Y pone otras cosas en su crónica, que por no me alargar lo dejo de decir: y al parecer de los curiosos lectores si lleva mejor camino lo que se vio por vista de ojos o lo que dice el Gómara, que no vio. Volvamos a nuestra materia.

Capítulo XXIII

Cómo el capitán Hernando Cortés se embarcó con todos los demás caballeros y soldados para ir por la banda del sur al puerto de la Habana; y envió otro navío por la banda del norte al mismo puerto, y lo que más le acaeció

Después que Cortés vió que en la villa de la Trinidad no teníamos en qué entender, apercibió a todos los caballeros y soldados que allí se habían juntado para ir en su compañía, que embarcasen juntamente con él en los navíos que estaban en el puerto de la banda del sur, y los que por tierra quisiesen ir, fuesen hasta la Habana con Pedro de Alvarado, para que fuese recogiendo más soldados, que estaban en unas estancias que era camino de la misma Habana; porque el Pedro de Alvarado era muy apacible, y tenía gracia en hacer gente de guerra. Yo fui en su compañía por tierra, y más de otros cincuenta soldados. Dejemos esto, y diré que también mandó Cortés a un hidalgo que se decía Juan de Escalante, muy su amigo, que se fuese en un navío por la banda del norte.

Y también mandó que todos los caballos fuesen por tierra. Pues ya despachado todo lo que dicho tengo, Cortés se embarcó en la nao capitana con todos los navíos para ir la derrota de la Habana. Parece ser que las naos que llevaba en conserva no vieron a la capitana, donde iba Cortés, porque era de noche, y fueron al puerto; y asimismo llegamos por tierra con Pedro de Alvarado a la villa de la Habana; y el navío en que venía Juan de Escalante por la banda del norte también había llegado, y todos los caballos que iban por tierra; y Cortés no vino, ni sabían dar razón de él ni dónde quedaba, y pasáronse cinco días, y no había nuevas ningunas de su navío, y teníamos sospecha no se

hubiese perdido en los Jardines que es cerca de las islas de Pinos, donde hay muchos bajos, que son diez o doce leguas de la Habana; y fue acordado por todos nosotros que fuesen tres navíos de los de menos porte en busca de Cortés; y en aderezar los navíos y en debates, «vaya Fulano, vaya Zutano, o Pedro o Sancho», se pasaron otros dos días y Cortés no venía; y había entre nosotros bandos y medio chirinolas sobre quién sería capitán hasta saber de Cortés; y quien más en ello metió la mano fue Diego de Ordás, como mayordomo mayor del Velázquez, a quien enviaba para entender solamente en lo de la armada, no se le alzase con ella. Dejemos esto, y volvamos a Cortés, que como venía en el navío de mayor porte (como antes tengo dicho), en el paraje de la isla de Pinos o cerca de los Jardines hay muchos bajos, parece ser tocó y quedó algo en seco el navío, e no pudo navegar, y con el batel mandó descargar toda la carga que se pudo sacar, porque allí cerca había tierra, donde lo descargaron; y desque vieron que el navío estuvo en flote y podía nadar, le metieron en más hondo, y tornaron a cargar lo que habían descargado en tierra, y dio vela; y fue su viaje hasta el puerto de la Habana; y cuando llegó, todos los más de los caballeros y soldados que le aguardábamos nos alegramos con su venida, salvo algunos que pretendían ser capitanes; y cesaron las chirinolas. Y después que le aposentamos en la casa de Pedro Barba, que era teniente de aquella villa por el Diego Velázquez, mandó sacar sus estandartes, y ponerlos delante de las casas donde posaba; y mandó dar pregones según y de la manera de los pasados, y allí en la Habana vino un hidalgo que se decía Francisco de Montejo, y éste es el por mí muchas veces nombrado, que, después de ganado México fue adelantado y gobernador de Yucatán y Honduras; y vino Diego de Soto el de Toro, que fue mayordomo de Cortés en lo de México; y vino un

Angulo, y Garci Caro y Sebastián Rodríguez, y un Pacheco, y un fulano Gutiérrez, y un Rojas (no digo Rojas «el rico»), y un mancebo que se decía Santa Clara, y dos hermanos que se decían los Martínez, del Fregenal, y un Juan de Nájera (no lo digo por «el sordo», el del juego de la pelota de México), y todas personas de calidad, sin otros soldados que no me acuerdo sus nombres. Y cuando Cortés los vio todos aquellos hidalgos y soldados juntos se holgó en grande manera, y luego envió un navío a la punta de Guaniguanico, a un pueblo que allí estaba de indios, adonde hacían cazabe y tenían muchos puercos, para que cargase el navío de tocinos, porque aquella estancia era del gobernador Diego Velázquez; y envió por capitán del navío al Diego de Ordás, como mayordomo mayor de las haciendas del Velázquez, y envióle por tenerle apartado de sí; porque Cortés supo que no se mostró mucho en su favor cuando hubo las contiendas sobre quién sería capitán cuando Cortés estaba en la isla de Pinos, que tocó su navío, y por no tener contraste en su persona le envió; y le mandó que después que estuviese cargado el navío de bastimentos, se estuviese aguardando en el mismo puerto de Guaniguanico hasta que se juntase con otro navío que había de ir por la banda del norte, y que irían ambos en conserva hasta lo de Cozumel, o le avisaría con indios en canoas lo que había que hacer. Volvamos a decir del Francisco de Montejo y de todos aquellos vecinos de la Habana, que metieron mucho matalotaje de cazabe y tocinos, que otra cosa no había; y luego Cortés mandó sacar toda la artillería de los navíos, que eran diez tiros de bronce y ciertos falconetes, y dio cargo dellos a un artillero que se decía Mesa y a un levantisco que se decía Arbenga y a un Juan Catalán, para que los limpiasen y probasen y para que las pelotas y pólvora todo lo tuviesen muy a punto; e dioles vino

y vinagre con que lo refinasen, y dioles por compañero a uno que se decía Bartolomé de Usagre. Asimismo mandó aderezar las ballestas y cuerdas, y nueces y almacén, e que tirasen a terrero, e que a cuántos pasos llegaba la fuga de cada una dellas. Y como en aquella tierra de la Habana había mucho algodón, hicimos armas muy bien colchadas, porque son buenas para entre indios, porque es mucha la vara y flecha y lanzadas que daban, pues piedra era como granizo; y allí en la Habana comenzó Cortés a poner casa y a tratarse como señor, y el primer maestresala que tuvo fue un Guzmán, que luego se murió o mataron indios; no digo por el mayordomo Cristóbal de Guzmán, que fue de Cortés, que prendió Guatemuz cuando la guerra de México. Y también tuvo Cortés por camarero a un Rodrigo Rangel, y por mayordomo a un Juan de Cáceres, que fue, después de ganado México, hombre rico. Y todo esto ordenado, nos mandó apercibir para embarcar, y que los caballos fuesen repartidos en todos los navíos: hicieron pesebrera, y metieron mucho maíz y yerba seca. Quiero aquí poner por memoria todos los caballos y yeguas que pasaron. El capitán Cortés, un caballo castaño zaino, que luego se le murió en San Juan de Ulúa. Pedro de Alvarado y Hernando López de Ávila, una yegua castaña muy buena, de juego y de carrera; y de que llegamos a la Nueva-España el Pedro de Alvarado le compró la mitad de la yegua, o se la tomó por fuerza.

Alonso Hernández Puertocarrero, una yegua rucia de buena carrera, que le compré Cortés por las lazadas de oro.

Juan Velázquez de León, otra yegua rucia muy poderosa, que llamábamos «la rabona», muy revuelta y de buena carrera.

Cristóbal de Olí, un caballo castaño oscuro, harto bueno.

Francisco de Montejo y Alonso de Ávila, un caballo alazán tostado: no fue para cosa de guerra.

Francisco de Morla, un caballo castaño oscuro, gran corredor y revuelto.

Juan de Escalante, un caballo castaño claro, tresalvo: no fue bueno.

Diego de Ordás, una yegua rucia, machorra, pasadera aunque corría poco.

Gonzalo Domínguez, muy extremado jinete, un caballo castaño oscuro muy bueno y grande corredor.

Pedro González de Trujillo, un buen caballo castaño, perfecto castaño, que corría muy bien.

Moron, vecino del Bayamo, un caballo overo, labrado de las manos, y era bien revuelto. Baena, vecino de la Trinidad, un caballo overo algo sobre morcillo: no salió bueno. Lares, el muy buen jinete, un caballo muy bueno, de color castaño algo claro y buen corredor.

Ortiz el músico, y un Bartolomé García, que solía tener minas de oro, un muy buen caballo oscuro que decían «el arriero»: este fue uno de los buenos caballos que pasamos en la armada.

Juan Sedeño, vecino de la Habana, una yegua castaña, y esta yegua parió en el navío. Este Juan Sedeño pasó el más rico soldado que hubo en toda la armada, porque trajo un navío suyo, y la yegua y un negro, e cazabe e tocinos; porque en aquella sazón no se podía hallar caballos ni negros si no era a peso de oro, y a esta causa no pasaron más caballos, porque no los había. Y dejarlos he aquí, y diré lo que allá nos avino, ya que estábamos a punto para nos embarcar.

Capítulo XXIV

Cómo Diego Velázquez envió a un su criado que se decía Gaspar de Garnica, con mandamiento y provisiones para que en todo caso se prendiese a Cortés y se le tomase el armada, y lo que sobre ello se hizo

Hay necesidad que algunas cosas desta relación vuelvan muy atrás a se relatar, para que se entienda bien lo que se escribe; y esto digo que parece ser que, como el Diego Velázquez vio y supo de cierto que Francisco Verdugo, su teniente e cuñado, que estaba en la villa de la Trinidad, no quiso apremiar a Cortés que dejase el armada, antes le favoreció, juntamente con Diego de Ordás, para que saliese; diz que estaba tan enojado el Diego Velázquez, que hacía bramuras, y decía al secretario Andrés de Duero y al contador Amador de Lares que ellos le habían engañado por el trato que hicieron, y que Cortés iba alzado: y acordó de enviar a un criado con cartas y mandamientos para la Habana a su teniente, que se decía Pedro Barba, y escribió a todos sus parientes que estaban por vecinos en aquella villa, y al Diego de Ordás y a Juan Velázquez de León, que eran sus deudos e amigos, rogándoles muy afectuosamente que en bueno ni en malo no dejasen pasar aquella armada, y que luego prendiesen a Cortés, y se lo enviasen preso e a buen recaudo a Santiago de Cuba. Llegado que llegó Garnica (que así se decía el que envió con las cartas y mandamientos a la Habana), se supo lo que traía, y con este mismo mensajero tuvo aviso Cortés de lo que enviaba el Velázquez, y fue desta manera: que parece ser que un fraile de la Merced que se daba por servidor de Velázquez, que estaba en su compañía del mismo gobernador, escribía a otro fraile de su orden, que se decía fray Bartolomé de Olmedo, que iba con Cortés, y en aquella carta del fraile le

avisaban a Cortés sus dos compañeros Andrés de Duero y el contador de lo que pasaba: volvamos a nuestro cuento. Pues como al Ordás lo había enviado Cortés a lo de los bastimentos con el navío (como dicho tengo), no tenía Cortés contradictor sino a Juan Velázquez de León; luego que le habló lo trajo a su mandado, y especialmente que el Juan Velázquez no estaba bien con el pariente, porque no le había dado buenos indios. Pues a todos los más que había escrito el Diego Velázquez, ninguno le acudía a su propósito; antes todos a una se mostraron por Cortés, y el teniente Pedro Barba muy mejor; y demás desto, aquellos hidalgos Alvarados, y el Alonso Hernández Puertocarrero, y Francisco de Montejo, y Cristóbal de Olí, y Juan de Escalante, e Andrés de Monjaraz, y su hermano Gregorio de Monjaraz; y todos nosotros pusiéramos la vida por el Cortés. Por manera que si en la villa de la Trinidad se disimularon los mandamientos, muy mejor se callaron en la Habana entonces; y con el mismo Garnica escribió el teniente Pedro Barba al Diego Velázquez, que no osé prender a Cortés porque estaba muy pujante de soldados, e que hubo temor no metiese a sacomano la villa y la robase, y embarcase todos los vecinos y se los llevase consigo. E que, a lo que ha entendido, que Cortés era su servidor, e que no se atrevió a hacer otra cosa. Y Cortés escribió al Velázquez con palabras tan buenas y de ofrecimientos, que los sabía muy bien decir, e que otro día se haría a la vela, y que le sería muy servidor.

CAPÍTULO XXV

Cómo Cortés se hizo a la vela con toda su compañía de caballeros y soldados para la isla de Cozumel, y lo que allí le avino

No hicimos alarde hasta la isla de Cozumel, más de mandar Cortés que los caballos se embarcasen; y mandó Cortés a Pedro de Alvarado que fuese por la banda del norte en un buen navío que se decía San Sebastián, y mandó al piloto que llevaba el navío que le aguardase en la punta de San Antón, para que allí se juntase con todos los navíos para ir en conserva hasta Cozumel, y envió mensajero a Diego de Ordás, que había ido por el bastimento, que aguardase, que hiciese lo mismo, porque estaba en la banda del norte; y en 10 días del mes de febrero, año de 1519, después de haber oído misa, nos hicimos a la vela con nueve navíos por la banda del sur con la copia de los caballeros y soldados que dicho tengo, y con dos navíos de la banda del norte (como he dicho), que fueron once; con el en que fue Pedro de Alvarado con sesenta soldados, e yo fui en su compañía; y el piloto que llevábamos, que se decía Camacho, no tuvo cuenta de lo que le fue mandado por Cortés, y siguió su derrota, y llegamos dos días antes que Cortés a Cozumel, y surgimos en el puerto, ya por mí otras veces dicho cuando lo de Grijalva; y Cortés aún no había llegado con su flota, por causa que un navío en que venía por capitán Francisco de Morla, con tiempo se le saltó el gobernalle, y fue socorrido con otro gobernalle de los navíos que venían con Cortés, y vinieron todos en conserva. Volvamos a Pedro de Alvarado, que así como llegamos al puerto saltamos en tierra en el pueblo de Cozumel con todos los soldados, y no hallamos indios ningunos, que se habían ido huyendo; y mandó que

luego fuésemos a otro pueblo que estaba de allí una legua, y también se amontaron e huyeron los naturales, y no pudieron llevar su hacienda, y dejaron gallinas e otras cosas; y de las gallinas mandó Pedro de Alvarado que tomasen hasta cuarenta dellas, y también en una casa de adoratorios de ídolos tenían unos paramentos de mantas viejas, e unas arquillas donde estaban unas como diademas e ídolos, cuenta se pinjantillos de oro bajo, e también se les tomó dos indios e una india; y volvimos al pueblo donde desembarcamos. Estando en esto llegó Cortés con todos los navíos, y después de aposentado, la primera cosa que hizo fue mandar echar preso en grillos al piloto Camacho porque no aguardó en la mar, como le fue mandado. Y desque vio el pueblo sin gente, y supo cómo Pedro de Alvarado había ido al otro pueblo, e que les había tomado gallinas e paramentos y otras cosillas de poco valor de los ídolos, y el oro medio cobre, mostró tener mucho enojo dello y de cómo no aguardó el piloto; y reprendióle gravemente al Pedro de Alvarado, y le dijo que no se habían de apaciguar las tierras de aquella manera, tomando a los naturales su hacienda; y luego mandó traer a los dos indios y a la india que habíamos tomado, y con Melchorejo, que llevábamos de la punta de Cotoche, que entendía bien aquella lengua, les habló, porque Julianillo su compañero se había muerto, que fuesen a llamar los caciques e indios de aquel pueblo, y que no hubiesen miedo, y les mandó volver el oro e paramentos y todo lo demás; e por las gallinas, que ya se habían comido, les mandó dar cuentas e cascabeles, e más dio a cada indio una casima de Castilla. Por manera que fueron a llamar al señor de aquel pueblo, e otro día vino el cacique con toda su gente, hijos y mujeres de todos los del pueblo, y andaban entre nosotros como si toda su vida nos hubieran tratado; e mandó Cortés que no se les hiciese

enojo ninguno. Aquí en esta isla comenzó Cortés a mandar muy de hecho, y nuestro señor le daba gracia que doquiera que ponía la mano se le hacía bien, especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes, como adelante verán.

CAPÍTULO XXVI

Cómo Cortés mandó hacer alarde todo su ejército, y de lo que más nos avino

De allí a tres días que estábamos en Cozumel mandó Cortés hacer alarde para ver qué tantos soldados llevaba, e halló por su cuenta que éramos quinientos y ocho, sin maestres y pilotos e marineros, que serían ciento nueve, y diez y seis caballos e yeguas (las yeguas todas eran de juego y de carrera), e once navíos grandes y pequeños, con uno que era como bergantín, que traía a cargo un Ginés Nortes, y eran treinta y dos ballesteros y trece escopeteros, que así se llamaban en aquel tiempo, e tiros de bronce e cuatro falconetes e mucha pólvora e pelotas, y esto desta cuenta de los ballesteros no se me acuerda bien, no hace al caso de la relación; y hecho el alarde, mandó a Mesa el artillero, que así se llamaba, e un Bartolomé de Usagre, e Arbenga e a un Catalán, que todos eran artilleros, que lo tuviesen muy limpio e aderezado, e los tiros y pelotas muy a punto, juntamente con la pólvora. Puso por capitán de la artillería a un Francisco de Orozco, que había sido buen soldado en Italia; asimismo mandó a dos ballesteros, maestros de aderezar ballestas, que se decían Juan Benítez y Pedro de Guzmán «el ballestero», que mirasen que todas las ballestas tuviesen a dos y a tres nueces e otras tantas cuerdas, y que siempre tuviesen cepillo e ingijuela, y tirasen a terreno, y que los caballos estuviesen a punto. No sé yo en qué gasto ahora tanta tinta en meter la mano en cosas de apercibimiento de armas y de lo demás; porque Cortés verdaderamente tenía grande vigilancia en todo.

Capítulo XXVII

Cómo Cortés supo de dos españoles que estaban en poder de indios en la punta de Cotoche, y lo que sobre ello se hizo

Como Cortés en todo ponía gran diligencia, me mandó llamar a mí e a un vizcaíno que se llamaba Martín Ramos, e nos preguntó que qué sentíamos de aquellas palabras que nos hubieron dicho los indios de Campeche cuando venimos con Francisco Hernández de Córdoba, que decían «Castilan, Castilan», según lo he dicho en el capítulo que dello habla; y nosotros se lo tornamos a contar según de la manera que lo habíamos visto e oído, e dijo que ha pensado en ello muchas veces, e que por ventura estarían algunos españoles en aquellas tierras, e dijo: «Paréceme que será bien preguntar a estos caciques de Cozumel si sabían alguna nueva dellos»; e con Melchorejo, el de la punta de Cotoche, que entendía ya poca cosa la lengua de Castilla, e sabía muy bien la de Cozumel, se lo preguntó a todos los principales, e todos a una dijeron que habían conocido ciertos españoles, e daban señas dellos, y que en la tierra adentro, andadura de dos soles, estaban, y los tenían por esclavos unos caciques, y que allí en Cozumel había indios mercaderes que les hablaron pocos días había; de lo cual todos nos alegramos con aquellas nuevas. E díjoles Cortés que luego les fuesen a llamar con carta, que en su lengua llaman amales, e dio a los caciques y a los indios que fueron con las carios, camisas, y los halagó, y los dijo que cuando volviesen les darían más cuentas; y el cacique dijo a Cortés que enviase rescate para los amos con quien estaban, que los tenían por esclavos, porque los dejasen venir; y así se hizo, que se les dio a los mensajeros de todo género de cuentas, y luego mandó apercibir dos navíos, los de menos porte, que el uno era

poco mayor que el bergantín, y con veinte ballesteros y escopeteros, y por capitán dellos a Diego de Ordás; y mandó que estuviesen en la costa de la punta de Cotoche, aguardando ocho días en el navío mayor; y entre tanto que iban y venían con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volviesen a dar la respuesta a Cortés de lo que hacían, porque estaba aquella tierra de la punta de Cotoche obra de cuatro leguas, y se parece la una tierra desde la otra; y escrita la carta, decía en ella: «Señores y hermanos: Aquí en Cozumel he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengáis aquí en Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hubiereis menester, y rescate para dar a esos indios con quien estáis, y lleva el navío de plazo ocho días para os aguardar. Veníos con toda brevedad; de mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco o Potonchan, etc.» Luego se embarcaron en los navíos con las cartas y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete, y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y el rescate, y en dos días las dieron a un español que se decía Jerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba, y de aquí adelante así le nombraré. Y desque las hubo leído, y recibido el rescate de las cuentas que le enviamos, él se holgó con ello y lo llevó a su amo el cacique para que le diese licencia; la cual luego la dio para que se fuese adonde quisiese. Caminó el Aguilar adonde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, que le respondió: «Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras; íos vos con Dios; que yo tengo labrada la cara e horadadas las orejas; ¿qué dirán de mí desque me

vean esos españoles ir desta manera? E ya veis estos mis tres hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra que me deis desas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra»; e asimismo la india mujer del Gonzalo habló al Aguilar en su lengua muy enojada, y le dijo: «Mirá con que viene este esclavo a llamar a mi marido: íos vos, y no curéis de más pláticas»; y el Aguilar tornó a hablar al Gonzalo que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima; y si por mujer e hijos lo hacía, que la llevase consigo si no los quería dejar; y por más que dijo e amonestó, no quiso venir. Y parece ser que aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos. Y desque el Jerónimo de Aguilar vio que no quería venir, se vino luego con los dos indios mensajeros adonde había estado el navío aguardándole, y desque llegó no le halló; que ya se había ido, porque ya se habían pasado los ocho días, e aun uno más que llevó de plazo el Ordás para que aguardase; y porque desque vio el Aguilar no venía, se volvió a Cozumel, sin llevar recaudo a lo que había venido; y después el Aguilar vio que no estaba allí el navío, quedó muy triste, y se volvió a su amo al pueblo donde antes solía vivir. Y dejaré esto e diré cuando Cortés vio venir al Ordás sin recaudo ni nueva de los españoles ni de los indios mensajeros, estaba tan enojado, que dijo con palabras soberbias al Ordás que había creído que otro mejor recaudo trajera que no venirse así sin los españoles ni nueva dellos; porque ciertamente estaban en aquella tierra. Pues en aquel instante aconteció que unos marineros que se decían los Peñates, naturales de Gibraleón, habían hurtado a un soldado que se decía Berrio ciertos tocinos, y no se los querían dar, y quejóse el Berrio a Cortés; y tomando juramento a los marineros, se perjuraron, y en la pesquisa pareció el hurto; los cuales tocinos estaban repartidos en

siete marineros, e a todos siete los mandó luego azotar; que no aprovecharon ruegos de ningún capitán. Donde lo dejaré, así esto de los marineros como esto del Aguilar, e nos iremos sin él nuestro viaje hasta su tiempo y sazón. Y diré cómo venían muchos indios en romería a aquella isla de Cozumel, los cuales eran naturales de los pueblos comarcanos de la punta de Cotoche y de otras partes de tierras de Yucatán; porque, según pareció, había allí en Cozumel ídolos de muy disformes figuras, y estaban en un adoratorio, en que ellos tenían por costumbre en aquella tierra por aquel tiempo sacrificar, y una mañana estaba lleno el patio donde estaban los ídolos, de muchos indios e indias quemando resina, que es como nuestro incienso; y como era cosa nueva para nosotros, paramos a mirar en ello con atención, y luego se subió encima de un adoratorio un individuo viejo con mantas largas, el cual era sacerdote de aquellos ídolos (que ya he dicho otras veces que papas los llaman en la Nueva-España) e comenzó a predicarles un rato, e Cortés y todos nosotros mirando en qué paraba aquel negro sermón; e Cortés preguntó a Melchorejo, que entendía muy bien aquella lengua, que qué era aquello que decía aquel indio viejo; e supo que les predicaba cosas malas; e luego mandó llamar al cacique e a todos los principales e al mismo papa, e como mejor se pudo dárselo a entender con aquella nuestra lengua, y les dijo que si habían de ser nuestros hermanos, que quitasen de aquella casa aquellos sus ídolos, que eran muy malos e les harían errar, y que no eran dioses, sino cosas malas, y que les llevarían al infierno sus almas; y se les dio a entender otras cosas santas e buenas, e que pusiesen una imagen de nuestra señora que les dió e una cruz, y que siempre serían ayudados e tendrían buenas sementeras, e se salvarían sus ánimas, y se les dijo otras cosas acerca de nuestra santa fe,

bien dichas. Y el papa con los caciques respondieron que sus antepasados adoraban en aquellos dioses porque eran buenos, e que no se atrevían ellos de hacer otra cosa, e que se los quitásemos nosotros, y que veríamos cuánto mal nos iba dello, porque nos iríamos a perder en la mar; e luego Cortés mandó que los despedazásemos y echásemos a rodar unas gradas abajo, e así se hizo; y luego mandó traer mucha cal, que había harta en aquel pueblo, e indios albañiles, y se hizo un altar muy limpio, donde pusiésemos la imagen de nuestra señora; e mandó a dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decían Alonso Yáñez, e álvaro López, que hiciesen una cruz de unos maderos nuevos que allí estaban; la cual se puso en uno como humilladero que estaba hecho cerca del altar, e dijo misa el padre que se decía Juan Díaz, y el papa e cacique y todos los indios estaban mirando con atención. Llaman en esta isla de Cozumel a los caciques calachionis, como otra vez he dicho en lo de Potonchan. Y dejarlos he aquí, y pasaré adelante, e diré cómo nos embarcamos.

Capítulo XXVIII

Cómo Cortés repartió los navíos y señaló capitanes para ir en ellos, y asimismo se dio la instrucción de lo que habían de hacer a los pilotos, y las señales de los faroles de noche, y otras cosas que nos avino

Cortés, que llevaba la capitana; Pedro de Alvarado y sus hermanos, un buen navío que se decía San Sebastián; Alonso Hernández Puertocarrero, otro; Francisco de Montejo, otro buen navío; Cristóbal de Olí, otro; Diego de Ordás, otro; Juan Velázquez de León, otro; Juan de Escalante, otro; Francisco de Morla, otro; otro de Escobar, «el paje»; y el más pequeño, como bergantín, Ginés Nortes; y en cada navío su piloto, y el piloto mayor Antón de Alaminos, y las instrucciones por donde se habían de regir e lo que habían de hacer, y de noche las señales de los faroles; y Cortés se despidió de los caciques e papas, y les encomendó aquella imagen de nuestra señora, e a la cruz que la reverenciasen, e tuviesen limpio y enramado, y verían cuánto provecho dello les venía; e dijéronle que así lo harían, e trajéronle cuatro gallinas y dos jarros de miel, y se abrazaron; y embarcados que fuimos en ciertos días del mes de marzo de 1519 años, dimos velas, e con muy buen tiempo íbamos nuestra derrota; e aquel mismo día a hora de las diez dan desde una nao grandes voces, e capean e tiran un tiro para que todos los navíos que veníamos en conserva lo oyesen; y como Cortés lo oyó e vio se puso luego en el bordo de la capitana, e vido ir arribando el navío en que venía Juan de Escalante, que se volvía hacia Cozumel; e dijo Cortés a otras naos que venían allí cerca: «¿Qué es aquello, qué es aquello?» Y un soldado que se decía Zaragoza le respondió que se anegaba el navío de Escalante, que era adonde iba el cazabe. Y Cortés dijo: «Plegue a Dios no

tengamos algún desmán». Y mandó al piloto Alaminos que hiciese señas a todos los navíos que aribasen a Cozumel. Ese mismo día volvimos al puerto donde salimos, y descargamos el cazabe, y hallamos la imagen de nuestra señora y la cruz muy limpio e puesto incienso, y dello nos alegramos; e luego vino el cacique y papas a hablar a Cortés, y le preguntaron que a qué volvíamos; e dijo que porque hacía agua un navío, que lo quería adobar, y que les rogaba que con todas sus canoas ayudasen a los bateles a sacar el pan cazabe, y así lo hicieron; y estuvimos en adobar el navío cuatro días. Y dejemos de más hablar en ello, e diré cómo lo supo el español que estaba en poder de los indios, que se decía Aguilar, y lo que más hicimos.

Capítulo XXIX

Cómo el español que estaba en poder de indios, que se llamaba Jerónimo de Aguilar, supo cómo habíamos arribado a Cozumel, y se vino a nosotros, y lo que más pasó

Cuando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de indios que habíamos vuelto a Cozumel con los navíos, se alegró en grande manera y dio gracias a Dios, y mucha priesa en se venir él, y los indios que llevaron las cartas y rescate, a se embarcar en una canoa; y como le pagó bien en cuentas verdes del rescate que le enviamos, luego la halló alquilada con seis indios remeros con ella; y dan tal priesa en remar, que en espacio de poco tiempo pasaron el golfete que hay de una tierra a la otra, que serían cuatro leguas, sin tener contraste de la mar; y llegados a la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcando, dijeron a Cortés unos soldados que iban a montería (porque había en aquella isla puercos de la tierra) que había venido una canoa grande allí junto al pueblo, y que venía de la punta de Cotoche; e mandó Cortés a Andrés de Tapia y a otros dos soldados que fuesen a ver qué cosa nueva era venir allí junto a nosotros indios sin temor ninguno con canoas grandes, e luego fueron; y desque los indios que venían en la canoa, que traía alquilados el Aguilar, vieron los españoles, tuvieron temor y se querían tornar a embarcar e hacer a lo largo con la canoa; e Aguilar les dijo en su lengua que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos; y el Andrés de Tapia, como los vio que eran indios (porque el Aguilar ni más ni menos era que indio), luego envió a decir a Cortés con un español que siete indios de Cozumel eran los que allí llegaron en la canoa; y después que hubieron saltado en tierra, en español, mal mascado y peor pronunciado, dijo:

«Dios y Santa María y Sevilla»; e luego le fue a abrazar el Tapia; e otro soldado de los que habían ido con el Tapia a ver que cosa era, fue a mucha prisa a demandar albricias a Cortés, cómo era español el que venía en la canoa: de que todos nos alegramos; y luego se vino el Tapia con el español donde estaba Cortés; e antes que llegasen donde Cortés estaba, ciertos españoles preguntaban al Tapia que es del español, aunque iba allí junto con él, porque le tenían por indio propio, porque de suyo era moreno e tresquilado a manera de indio esclavo, e traía un remo al hombro e una cotara vieja calzada y la otra en la cinta, e una manta vieja muy ruin e un braguero peor, con que cubría sus vergüenzas, e traía atado en la manta un bulto, que eran Horas muy viejas. Pues desque Cortés lo vio de aquella manera, también pico como los demás soldados y preguntó al Tapia que qué era del español. Y el español como lo entendió se puso de cuclillas, como hacen los indios, e dijo: «Yo soy». Y luego le mandó dar de vestir camisa e jubón, e zaragüelles, e caperuza, e alpargatas, que otros vestidos no había, y le preguntó de su vida e cómo se llamaba y cuándo vino a aquella tierra. Y él dijo, aunque no bien pronunciado, que se decía Jerónimo de Aguilar y que era natural de Écija, y que tenía órdenes de evangelio; que había ocho años que se había perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darién a la isla de Santo Domingo, cuando hubo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia, e dijo que llevaban diez mil pesos de oro y los procesos de unos contra los otros, y que el navío en que iban dio en Los Alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros e dos mujeres, creyendo tomar la isla de Cuba o Jamaica, y que las corrientes eran muy grandes, que les echaron en aquella tierra, y que los calachionis de aquella comarca los

repartieron entre sí, y que habían sacrificado a los ídolos muchos de sus compañeros, y dellos se habían muerto de dolencia; e las mujeres, que Poco tiempo pasado había que de trabajo también se murieron, porque las hacían moler, y que a él que le tenían para sacrificar, e una noche se huyó y se fue a aquel cacique, con quien estaba (ya no se me acuerda el nombre que allí le nombró), y que no habían quedado de todos sino él e un Gonzalo Guerrero, e dijo que le fue a llamar e no quiso venir. Y desque Cortés le oyó, dio muchas gracias a Dios por todo, y le dijo que, mediante Dios, que de él sería bien mirado y gratificado. Y le preguntó por la tierra e pueblos, y el Aguilar dijo que, como le tenían por esclavo, que no sabía sino traer leña e agua y cavar en los maíces; que no había salido sino hasta cuatro leguas que le llevaron con una carga, y que no la pudo llevar e cayó malo dello, y que ha entendido que hay muchos pueblos. Y luego le preguntó por el Gonzalo Guerrero, e dijo que estaba casado y tenía tres hijos, y que tenía labrada la cara e horadadas las orejas y el bezo de abajo, y que era hombre de la mar, natural de Palos, y que los indios le tienen por esforzado; y que había poco más de un año que cuando vinieron a la punta de Cotoche una capitanía con tres navíos (parece ser que fueron cuando vinimos los de Francisco Hernández de Córdoba), que él fue inventor que nos diesen la guerra que nos dieron, y que vino él allí por capitán, juntamente con un cacique de un gran pueblo, según ya he dicho en lo de Francisco Hernández de Córdoba. E cuando Cortés lo oyó, dijo: «En verdad que le querría haber a las manos, porque jamás será bueno». ¡Dejarlo he!, y diré cómo los caciques de Cozumel cuando vieron al Aguilar que hablaba su lengua, le daban muy bien de comer, y el Aguilar los aconsejaba que siempre tuviesen devoción y revencia a la santa imagen de nuestra señora y a

la cruz, que conocieran que por allí les vendría mucho bien; e los caciques, por consejo de Aguilar, demandaron una carta de favor a Cortés, para que si viniesen a aquel puerto otros españoles, que fuesen bien tratados e no les hiciesen agravios; la cual carta luego se la dio; y después de despedidos con muchos halagos e ofrecimientos, nos hicimos a la vela para el río de Grijalva, y desta manera que he dicho se hubo Aguilar, y no de otra, como lo escribe el cronista Gómara; e no me maravillo, pues lo que dice es por nuevas. Y volvamos a nuestra relación.

Capítulo XXX

Cómo nos tornamos a embarcar y nos hicimos a la vela para el río de Grijalva, y lo que nos avino en el viaje

En 4 días del mes de marzo de 1519 años, habiendo tan buen suceso en llevar tan buena lengua y fiel, mandó Cortés que nos embarcásemos según y de la manera que habíamos venido antes que arribásemos a Cozumel, e con las mismas instrucciones y señas de los faroles para de noche. Yendo navegando con buen tiempo, revuelve un viento, ya que quería anochecer, tan recio y contrario, que echó cada navío por su parte, con harto riesgo de dar en tierra; y quiso Dios que a media noche aflojó, y desque amaneció luego se volvieron a juntar todos los navíos, excepto uno en que iba Juan Velázquez de León; e íbamos nuestro viaje sin saber de él hasta mediodía, de lo cual llevábamos pena, creyendo fuese perdido en unos bajos, y desque se pasaba el día e no parecía, dijo Cortés al piloto Alaminos que no era bien ir más adelante sin saber de él, y el piloto hizo señas a todos los navíos que estuviesen al reparo, aguardando si por ventura le echó el tiempo en alguna ensenada, donde no podía salir por ser el viento contrario; e como vio que no venía, dijo el piloto a Cortés: «Señor, tengo por cierto que se metió en uno como un puerto o bahía que queda atrás, y que el viento no le deja salir, porque el piloto que lleva es el que vino con Francisco Hernández de Córdoba e volvió con Grijalva, que se decía Juan álvarez "el manquillo", e sabe aquel puerto»; y luego fue acordado de volver a buscarle con toda la armada, y en aquella bahía donde había dicho el piloto lo hallamos anclado, de que todos hubimos placer; y estuvimos allí un día, y echamos dos bateles en el agua, e saltó en tierra el piloto e un capitán que se decía Francisco

de Lugo; e había por allí unas estancias donde había maizales e hacían sal, y tenían cuatro cues, que son casas de ídolos, y en ellos muchas figuras, e todas las más de mujeres, y eran altas de cuerpo, y se puso nombre a aquella tierra la punta de las Mujeres. Acuérdome que decía el Aguilar que cerca de aquellas estancias estaba el pueblo donde era esclavo, y que allí vino cargado, que le trajo su amo, e cayó malo de traer la carga; y que también estaba no muy lejos el pueblo donde estaba Gonzalo Guerrero, y que todos tenían oro, aunque era poco, y que si quería, que él guiaría, y que fuésemos allá; e Cortés le dijo riendo que no venía para tan pocas cosas, sino para servir a Dios e al rey. E luego mandó Cortés a un capitán que se decía Escobar que fuese en el navío de que era capitán, que era muy velero y demandaba poca agua, hasta Boca de Términos, e mirase muy bien qué tierra era, e si era buen puerto para poblar, e si había mucha caza, como le habían informado; y esto que le mandó fue por consejo del piloto, porque cuando por allí pasásemos con todos los navíos no nos detener en entrar en él; y que después de visto, que pusiese una señal y quebrase árboles en la boca del puerto, o escribiese una carta e la pusiese donde la viésemos de una parte y de otra del puerto para que conociésemos que había entrado dentro, o que aguardase en la mar a la armada barloventeando después que lo hubiese visto. Y luego el Escobar partió e fue a puerto de Términos (que así se llama), e hizo todo lo que le fué mandado, e halló la lebrela que se hubo quedado cuando lo de Grijalva, y estaba gorda e lucía; e dijo el Escobar que cuando la lebrela vio el navío que estaba en el puerto, que estaba halagando con la cola e haciendo otras señas de halagos, y se vino luego a los soldados, y se metió con ellos en la nao; y esto hecho, se salió luego el Escobar del puerto a la mar, y estaba esperando el armada, e parece ser, con

viento sur que le dio, no pudo esperar al reparo y metióse mucho en la mar. Volvamos a nuestra armada, que quedábamos en la punta de las Mujeres, que otro día de mañana salimos con buen tiempo terral y llegamos en Boca de Términos, y no hallamos a Escobar. Mandó Cortés que sacasen el batel y con diez ballesteros le fuesen a buscar en la Boca de Términos o a ver si había señal o carta; y luego se halló árboles cortados e una carta que en ella decía cómo era muy buen puerto y buena tierra y de mucha caza, e lo de la lebrela; e dijo el piloto Alaminos a Cortés que fuésemos nuestra derrota, porque con el viento sur se debía haber metido en la mar, y que no podría ir muy lejos, porque había de navegar a orza. Y puesto que Cortés sintió pena no le hubiese acaecido algún desmán, mandó meter velas, y luego le alcanzamos y dio el Escobar sus descargos a Cortés y la causa por que no pudo aguardar. Estando en esto llegamos en el paraje de Potonchan, y Cortés mandó al piloto que surgiésemos en aquella ensenada; y el piloto respondió que era mal puerto, porque habían de estar los navíos surtos más de dos leguas lejos de tierra, que mengua mucho la mar; porque tenía pensamiento Cortés de darles una buena mano por el desbarate de lo de Francisco Hernández de Córdoba e Grijalva, y muchos de los soldados que nos habíamos hallado en aquellas batallas se lo suplicamos que entrase dentro, e no quedasen sin buen castigo, aunque se detuviesen allí dos o tres días. El piloto Alaminos con otros pilotos porfiaron que si allí entrábamos que en ocho días no podríamos salir, por el tiempo contrario, y que ahora llevábamos buen viento y que en dos días llegaríamos a Tabasco; e así, pasamos de largo, y en tres días que navegamos llegamos al río de Grijalva; e lo que allí nos acaeció y las guerras que nos dieron diré adelante.

Capítulo XXXI

Cómo llegamos al río de Grijalva, que en lengua de indios llaman Tabasco, y de lo que más con ello pasamos

En 12 días del mes de marzo de 1519 años llegamos con toda la armada al río de Grijalva, que se dice Tabasco; y como sabíamos ya de cuando lo de Grijalva que en aquel puerto e río no podían entrar navíos de mucho porte, surgieron en la mar los mayores, y con los pequeños e los bateles fuimos todos los soldados a desembarcar a la punta de los Palmares, como cuando con Grijalva, que estaba el pueblo de Tabasco, obra de media legua, y andaban por el río, y en la ribera, y entre unos manglares, todo lleno de indios guerreros; de lo cual nos maravillamos los que habíamos venido con Grijalva; y demás desto, estaban juntos en el pueblo más de doce mil guerreros aparejados para darnos guerra, porque en aquella sazón aquel pueblo era de mucho trato y estaban sujetos a él otros grandes pueblos, y todos los tenían apercibidos con todo género de armas, según las usaban. Y la causa dello fue porque los de Potonchan e los de Lázaro y otros pueblos comarcanos los tuvieron por cobardes, y se lo dieron en rostro, por causa que dieron a Grijalva las joyas de oro que antes he dicho en el capítulo que dello habla, y que de medrosos no nos osaron dar guerra, pues eran más pueblos y tenían más guerreros que no ellos; y esto les decían por afrentarlos, y que en sus pueblos nos habían dado guerra y muerto cincuenta y seis hombres. Por manera que con aquellas palabras que les habían dicho se determinaron de tomar armas; y cuando Cortés los vio puestos de aquella manera dijo a Aguilar, la lengua, que entendía bien la de Tabasco, que dijese a unos indios que parecían principales, que

pasaban en una gran canoa cerca de nosotros, que para qué andaban tan alborotados; que no les veníamos a hacer ningún mal, sino a decirles que les queremos dar de lo que traemos, como a hermanos; y que les rogaba que mirasen no comenzasen la guerra, porque les pesaría dello, y les dijo otras muchas cosas acerca de la paz; e mientras más les decía el Aguilar, más bravos se mostraban, y decían que nos matarían a todos si entrábamos en su pueblo, porque le tenían muy fortalecido todo a la redonda de árboles muy gruesos, de cercas e albarradas. Aguilar les tornó a hablar y requerir con la paz, y que nos dejasen tomar agua e comprar de comer a trueco de nuestro rescate, e también decir a los calachionis cosas que sean de su provecho y servicio de Dios nuestro señor; y todavía ellos a porfiar que no pasásemos de aquellos palmares adelante; si no, que nos matarían. Y cuando aquello vio Cortés mandó apercibir los bateles e navíos menores, e mandó poner en cada un batel tres tiros, y repartió en ellos los ballesteros y escopeteros; y teníamos memoria cuando lo de Grijalva, que iba un camino angosto desde los palmares al pueblo por unos arroyos e ciénegas. Cortés mandó a tres soldados que aquella noche mirasen bien si iba a las casas, y que no se detuviesen mucho en traer la respuesta; y los que fueron vieron que sí iba; e visto todo esto, y después de bien mirado, se nos pasó aquel día dando orden en cómo y de qué manera habíamos de ir en los bateles; e otro día por la mañana, después de haber oído misa, y todas nuestras armas muy a punto, mandó Cortés a Alonso de Ávila, que era capitán, que con cien soldados, y entre ellos diez ballesteros, fuese por el caminillo, el que he dicho que iba al pueblo; y que de que oyese los tiros, él por una parte e nosotros por otra diésemos en el pueblo; e Cortés y todos los más soldados e capitanes fuimos en los bateles y navíos de

menos porte por el río arriba; y cuando los indios guerreros que estaban en la costa y entre los manglares vieron que de hecho íbamos, vienen sobre nosotros con tantas canoas al puerto adonde habíamos de desembarcar, para defendernos que no saltásemos en tierra, que en toda la costa no había sino indios de guerra con todo género de armas que entre ellos se usan, tañendo trompetillas y caracoles e atabalejos; e como Cortés así vio la cosa, mandó que nos detuviésemos un poco y que no soltásemos tiros ni escopetas ni ballestas; e como todas las cosas quería llevar muy justificadamente, les hizo otro requerimiento delante de un escribano del rey, que allí con nostros iba, que se decía Diego de Godoy, e por la lengua de Aguilar, para que nos dejasen saltar en tierra, e tomar agua y hablarles cosas de Dios nuestro señor y de su majestad; y que si guerra nos daban, que si por defendernos algunas muertes hubiese o otros cualesquier daños, fuesen a su culpa y cargo, e no a la nuestra; y ellos todavía haciendo muchos fieros y que no saltásemos en tierra; si no, que nos matarían. Luego comenzaron muy valientemente a nos flechar e hacer sus señas con sus atambores para que todos sus escuadrones apechugasen con nosotros, e como esforzados hombres vinieron e nos cercaron con las canoas con tan grandes rociadas de flechas, que nos hirieron e hicieron detener en el agua hasta la cinta y en otras partes más arriba; y como había allí en aquel desembarcadero mucha lama y ciénega, no podíamos tan presto salir della; e cargaron sobre nosotros tantos indios, que, con las lanzas a manteniente y otros a flecharnos, hacían que no tomásemos tierra tan presto como quisiéramos, e también porque en aquella lama estaba Cortés peleando y se le quedó un alpargate en el cieno, que no lo pudo sacar, y descalzo el un pie salió a tierra; y luego le sacaron el alpargate y se lo calzó. Y desque le hubimos sacado de aquella lama y tomado

tierra, llamando y nombrando a señor Santiago e arremetiendo a ellos, les hicimos retraer, y aunque no muy lejos, por causa de las grandes albarradas y cercas que tenían hechas de maderos gruesos, adonde se amparaban, hasta que se las deshicimos, e tuvimos lugar por unos portillos de entrar en el pueblo y pelear con ellos, y los llevamos por una calle adelante adonde tenían hechas otras albarradas y fuerzas, e allí tornaron a reparar y hacer cara, y pelearon muy valientemente, con grande esfuerzo y dando voces e silbos, diciendo: «Ala, lala, al calachoni, al calachoni»; que en su lengua quiere decir que matasen a nuestro capitán. Estando desta manera envueltos con ellos, vino Alonso de Ávila con sus soldados, que había ido por tierra desde los Palmares, como dicho tengo, que pareció ser no acertó a venir más presto por causa de unas ciénagas y esteros que pasó; y su tardanza fue bien menester, según habíamos estado detenidos en los requerimientos y deshacer portillos en las albarradas para pelear; así que todos juntos los tornamos a echar de las fuerzas donde estaban, y los llevamos retrayendo; y ciertamente que como buenos guerreros iban tirando grandes rociadas de flechas y varas tostadas, y nunca volvieron de hecho las espaldas hasta un gran patio donde estaban unos aposentos y salas grandes, y tenían tres casas de ídolos, e ya habían llevado todo cuanto hato había. En aquel patio, mandó Cortés que reparásemos y que no fuésemos más en su seguimiento del alcance, pues iban huyendo; e allí tomó Cortés posesión de aquella tierra por su majestad, y él en su real nombre. Y fue desta manera: que desenvainada su espada, dio tres cuchilladas, en señal de posesión, en un árbol grande, que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio, e dijo que si había alguna persona que se lo contradijese que él se lo defenderá con su espada y una rodela que tenía embrazada; y todos los

soldados que presentes nos hallamos cuando aquello pasó dijimos que era bien tomar aquella real posesión en nombre de su majestad, y que nosotros seríamos en ayudarle si alguna persona otra cosa dijere; e por ante un escribano del rey se hizo aquel auto. Sobre esta posesión, la parte de Diego Velázquez tuvo que remurmurar della. Acuérdome que en aquellas reñidas gueras que nos dieron de aquella vez hirieron a catorce soldados, e a mí me dieron un flechazo en el muslo, mas poca la herida, y quedaron tendidos y muertos dieciocho indios en el agua y en tierra donde desembarcamos; e allí dormimos aquella noche con grandes velas y escuchas. Y dejarlo he, por contar lo que más pasamos.

Capítulo XXXII

Cómo mandó Cortés a todos los capitanes que fuesen con cada cien soldados a ver la tierra adentro, y lo que sobre ello nos acaeció

Otro día de mañana mandó Cortés a Pedro de Alvarado que saliese por capitán con cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y escopeteros, y que fuese a ver la tierra adentro hasta andadura de dos leguas, y que llevase en su compañía a Melchorejo, la lengua de la punta de Cotoche; y cuando le fueron a llamar al Melchorejo, no le hallaron, que se había huido con los de aquel pueblo de Tabasco; porque, según parecía, el día antes en las puntas de los Palmares dejó colgados sus vestidos que tenía de Castilla, y se fue de noche en una canoa; y Cortés sintió enojo con su ida, porque no dijese a los indios, sus naturales, algunas cosas que no trajesen provecho. Dejémosle ido con la mala ventura, y volvamos a nuestro cuento: que asimismo mandó Cortés que fuese otro capitán que se decía Francisco de Lugo por otra parte con otros cien soldados y doce ballesteros y escopeteros, y que no pasase de otras dos leguas, y que volviese en la noche a dormir en el real. Y yendo que iba el Francisco de Lugo con su compañía obra de una legua de nuestro real, se encontró con grandes capitanías y escuadrones de indios, todos flecheros, y con lanzas y rodelas, y atambores y penachos, y se vienen derechos a la capitanía de nuestros soldados, y les cercan por todas partes, y les comienzan a flechar de arte, que no se podían sustentar con tanta multitud de indios, y les tiraban muchas varas tostadas y piedras con hondas, que como granizo caían sobre ellos, y con espadas de navajas de a dos manos; y por bien que peleaba el Francisco de Lugo y sus soldados, no los podía apartar de sí; y cuando aquesto vio,

con gran concierto se venía ya retrayendo al real, e habían enviado adelante un indio de Cuba gran corredor e suelto, a dar mandado a Cortés para que le fuésemos a ayudar; e todavía el Francisco de Lugo, con gran concierto de sus ballesteros y escopeteros, unos armando e otros tirando, y algunas arremetidas que hacían, se sostenían con todos los escuadrones que sobre él estaban. Dejémosle de la manera que he dicho, e con gran peligro, e volvamos al capitán Pedro de Alvarado, que pareció ser había andado más de una legua, y topó con un estero muy malo de pasar, e quiso Dios nuestro señor encaminarlo que volviese por otro camino hacia donde estaba el Francisco de Lugo peleando, como dicho tengo; y como oyó las escopetas que tiraban y el gran ruido de atambores y trompetillas, y voces e silbos de los indios, bien entendió que estaban revueltos en guerra y con mucha presteza e con gran concierto acudió a las voces e tiros, e halló al capitán Francisco de Lugo con su gente haciendo rostro y peleando con los contrarios, e cinco indios muertos; y luego que se juntaron con el Lugo, dan tras los indios, que los hicieron apartar, y no de manera que los pudiesen poner en huida, que todavía los fueron siguiendo los indios a los nuestros hasta el real; e asimismo nos habían acometido y venido a dar guerra otras capitanías de guerreros adonde estaba Cortés con los heridos; mas muy presto los hicimos retraer con los tiros, que llevaban muchos dellos, y a buenas cuchilladas y estocadas. Volvamos a decir algo atrás, que cuando Cortés oyó al indio de Cuba que venía a demandar socorro, y del arte que quedaba Francisco de Lugo, de presto les íbamos a ayudar, y nosotros que íbamos y los dos capitanes por mí nombrados, que llegaban con sus gentes obra de media legua del real; y murieron dos soldados de la capitanía de Francisco de Lugo, y ocho heridos, y de la de Pedro de Alvarado le hirieron tres, y

cuando llegaron al real se curaron, y enterramos los muertos, e hubo buena vela y escuchas; y en aquellas escaramuzas matamos quince indios y se prendieron tres, y el uno parecía algo principal; y Aguilar, en nuestra lengua, les preguntaba que por qué eran locos e salían a dar guerra y que mirasen que les mataríamos si otra vez volviesen. Luego se envió un indio dellos con cuentas verdes para dar a los caciques porque viniesen de paz; e aquel mensajero dijo que el indio Melchorejo, que traíamos con nosotros de la punta de Cotoche, se fue a ellos la noche antes, les aconsejó que nos diesen guerra de día y de noche, que nos vencerían, porque éramos muy pocos; de manera que traíamos con nosotros muy mala ayuda y nuestro contrario. Aquel indio que enviamos por mensajero fue, y nunca volvió con la respuesta; y de los otros dos indios que estaban presos supo Aguilar, la lengua, por muy cierto, que para otro día estaban juntos cuantos caciques habían en aquella provincia, con todas sus armas, según las suelen usar, aparejados para nos dar guerra, y que nos habían de venir otro día a cercar en el real, y que el Melchorejo se lo aconsejó. Y dejarlos he aquí, e diré lo que sobre ello hicimos.

Capítulo XXXIII

Cómo Cortés mandó que para otro día nos aparejásemos todos para ir en busca de los escuadrones guerreros, y mandó sacar los caballos de los navíos, y lo que más nos avino en la batalla que con ellos tuvimos

Luego Cortés supo que muy ciertamente nos venían a dar guerra, y mandó que con brevedad sacasen todos los caballos de los navíos en tierra, y que escopeteros y ballesteros e todos los soldados estuviésemos muy a punto con nuestras armas, e aunque estuviésemos heridos; y cuando hubieron sacados los caballos en tierra, estaban muy torpes y temerosos en el correr, como había muchos días que estaban en los navíos, y otro día estuvieron sueltos. Una cosa acaeció en aquella sazón a seis o siete soldados, mancebos y bien dispuestos, que les dio mal de lomos, que no se pudieron tener poco ni mucho en sus pies si no los llevaban a cuestas: no supimos de qué; decían que de ser regalados en Cuba, y que con el peso y calor de las armas que les dio aquel mal. Luego Cortés los mandó llevar a los navíos, no quedasen en tierra, y apercibió a los caballeros que habían de ir los mejores jinetes, y caballos y que fuesen con pretales de cascabeles, y les mandó que no se parasen a alancear hasta haberlos desbaratado, sino que las lanzas se les pasasen por los rostros; y señaló trece de a caballo, a Cristóbal de Olí, y Pedro de Alvarado, e Alonso Hernández Puertocarrero, e Juan de Escalante, e Francisco de Montejo; e a Alonso de Ávila le dieron un caballo que era de Ortiz el músico y de un Bartolomé García, que ninguno dellos era buen jinete; e Juan Velázquez de León, e Francisco de Morla, y Lares el buen jinete (nómbrole así porque había otro Lares), e Gonzalo Domínguez, extremado hombre de a caballo; Morón el del Bayamo y Pedro González de

Trujillo; todos estos caballeros señaló Cortés, y él por capitán. E mandó a Mesa el artillero que tuviese muy a punto su artillería, e mandó a Diego de Ordás que fuese por capitán de todos nosotros, y aun de los ballesteros y escopeteros, porque no era hombre de a caballo. Y otro día muy de mañana, que fue dia de nuestra señora de marzo, después de haber oído misa, puestos todos en ordenanza con nuestro alférez, que entonces era Antonio de Villarroel, marido que fue de una señora que se decía Isabel de Ojeda, que desde allí a tres años se mudó el nombre, el Villarroel, y se llamó Antonio Serrano de Cardona. Tornemos a nuestro propósito: que fuimos por unas sabanas grandes, donde habían dado guerra a Francisco de Lugo y a Pedro de Alvarado, y llamábase aquella sabana e pueblo Cintla, sujeta al mismo Tabasco, una legua del aposento donde salimos; e nuestro Cortés se apartó un poco espacio de trecho de nosotros por causa de unas ciénagas que no podían pasar los caballos; e yendo de la manera que he dicho con el Ordás, dimos con todo el poder de escuadrones de indios guerreros que nos venían ya a buscar a los aposentos, e fue donde los encontramos junto al mismo pueblo de Cintla en un buen llano. Por manera que si aquellos guerreros tenían deseos de nos dar guerra y nos iban a buscar, nosotros los encontramos con el mismo motivo. Y dejarlo he aquí, e diré lo que pasó en la batalla, y bien se puede nombrar ansí, como adelante verán.

Capítulo XXXIV

Cómo nos dieron guerra todos los caciques de Tabasco y sus provincias, y lo que sobre ello sucedió

Ya he dicho de la manera e concierto que íbamos, y cómo hallamos todas las capitanías y escuadrones de contrarios que nos iban a buscar, e traían todos grandes penachos, e atambores e trompetillas, e las caras enalmagradas e blancas e prietas, e con grandes arcos y flechas, e lanzas e rodelas, y espadas como montantes de a dos manos, e mucha onda e piedra, e varas tostadas, e cada uno sus armas colchadas de algodón; e así como llegaron a nosotros, como eran grandes escuadrones, que todas las sabanas cubrían, se vienen como Perros rabiosos e nos cercan por todas partes, e tiran tanta de flecha e vara y piedra, que de la primera arremetida hirieron más de setenta de los nuestros, e con las lanzas pie con pie nos hacían mucho daño, e un soldado murió luego de un flechazo que le dio por el oído, el cual se llamaba Saldaña; e no hacían sino flechar y herir en los nuestros; e nosotros con los tiros y escopetas, e ballestas e grandes estocadas nos perdíamos punto de buen pelear; y como conocieron las estocadas y el mal que les hacíamos, poco a poco se apartaban de nosotros, mas era para flechar más a su salvo, puesto que Mesa, nuestro artillero, con los tiros mataba muchos dellos, porque eran grandes escuadrones y no se apartaban lejos, y daba en ellos a su placer, y con todos los males y heridos que les hacíamos, no los podíamos apartar. Yo dije al capitán Diego de Ordás: Paréceme que debemos cerrar y apechugar con ellos; porque verdaderamente sienten bien el cortar de las espadas, y por esta causa se desvían algo de nosotros por temor dellas, y por mejor

tirarnos sus flechas y varas tostadas, y tanta piedra como granizo. Respondió el Ordás que no era buen acuerdo, porque había para cada uno de nosotros trescientos indios, y que no nos podíamos sostener con tanta multitud, e así estuvimos con ellos sosteniéndonos. Todavía acordamos de nos llegar cuanto pudiésemos a ellos, como se lo había dicho al Ordás, por darles mal año de estocadas; y bien lo sintieron, y se pasaron luego de la parte de una ciénaga; y en todo este tiempo Cortés con los de a caballo no venía, aunque deseábamos en gran manera su ayuda, y temíamos que por ventura no le hubiese acaecido algún desastre. Acuérdome que cuando soltábamos los tiros, que daban los indios grandes silbos e gritos, y echaban tierra y pajas en alto porque no viésemos el daño que les hacíamos, e tañían entonces trompetas e trompetillas, silbos y voces, y decían Ala lala. Estando en esto, vimos asomar los de a caballo, e como aquellos grandes escuadrones estaban embebecidos dándonos guerra, no miraron tan de presto en los de a caballo, como venían por las espaldas; y como el campo era llano e los caballeros buenos jinetes, e algunos de los caballos muy revueltos y corredores, dánles tan buena mano, e alancean a su placer, como convenía en aquel tiempo; pues los que estábamos peleando, como los vimos, dimos tanta prisa en ellos, los de a caballo por una parte e nosotros por otra, que de presto volvieron las espaldas. E aquí creyeron los indios que el caballo e caballero era todo un cuerpo, como jamás habían visto caballos hasta entonces; iban aquellas sabanas e campos llenos dellos, y se acogieron a unos montes que allí había. Y después que los hubimos desbaratado, Cortés nos contó cómo no había podido venir más presto por causa de una ciénaga, y que estuvo peleando con otros escuadrones de guerreros antes que a nosotros llegasen, y traía heridos cinco caballeros y ocho caballos. Y

después de apeados debajo de unos árboles que allí estaban, dimos muchas gracias y loores a Dios y a nuestra señora su bendita Madre, alzando todos las manos al cielo, porque nos había dado aquella victoria tan cumplida; y como era día de nuestra señora de marzo, llamóse una villa que se pobló el tiempo andando, Santa María de la Victoria, así por ser día de nuestra señora como por la gran victoria que tuvimos. Aquesta fue pues la primera guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva España. Y esto pasado, apretamos as heridas a los heridos con paños, que otra cosa no había, y se curaron los caballos con quemarles las heridas con unto de un indio de los muertos, que abrimos para sacarle el unto, e fuimos a ver los muertos que había por el campo, y eran más de ochocientos, e todos los más de estocadas, y otros de los tiros y escopetas y ballestas, e muchos estaban medio muertos y tendidos. Pues donde anduvieron los de a caballo había buen recaudo, dellos muertos e otros quejándose de las heridas. Estuvimos en esta batalla sobre una hora, que no les pudimos hacer perder punto de buenos guerreros, hasta que vinieron los de a caballo, como he dicho; y prendimos cinco indios, e los dos dellos capitanes; y como era tarde y hartos de pelear, e no habíamos comido, nos volvimos al real, y luego enterramos dos soldados que iban heridos por las gargantas e por el oído, y quemamos las heridas a los demás e a los caballos con el unto del indio, y pusimos buenas velas y escuchas, y cenamos y reposamos. Aquí es donde dice Francisco López de Gómara que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado antes que llegase Cortés con los de a caballo, y que eran los santos apóstoles señor Santiago o señor san Pedro. Digo que todas nuestras obras y victorias son por mano de nuestro señor Jesucristo, y que en aquella batalla había para cada uno de nosotros tantos indios, que a

puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Dios en todo nos ayudaba; y pudiera ser que los que dice el Gómara fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago o señor san Pedro, e yo, como pecador, no fuese digno de verles; lo que yo entonces vi y conocí fue a Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía juntamente con Cortés, que me parece que ahora que lo estoy escribiendo, se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra, según y de la manera que allí pasamos. Y ya que yo, como indigno pecador, no fuera merecedor de ver a cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía había sobre cuatrocientos soldados, y Cortés y otros muchos caballeros; y platicárase dello y tomárase por testimonio, y se hubiera hecho una iglesia cuando se pobló la villa, y se nombrara la villa de Santiago de la Victoria u de san Pedro de la Victoria, como se nombró Santa María de la Victoria; y si fuera así como lo dice el Gómara, harto malos cristianos fuéramos, enviándonos nuestro señor Dios sus santos apóstoles, no reconocer la gran merced que nos hacía, y reverenciar cada día aquella iglesia; y pluguiere a Dios que así fuera como el cronista dice, y hasta que leí su crónica, nunca entre conquistadores que allí se hallaron tal se oyó. Y dejémoslo aquí, e diré lo que más pasamos.

Capítulo XXXV

Cómo envió Cortés a llamar a todos los caciques de aquellas provincias, y lo que sobre ello se hizo

Ya he dicho cómo prendimos en aquella batalla cinco indios, e los dos dellos capitanes; con los cuales estuvo Aguilar, la lengua, a pláticas, e conoció en lo que le dijeron que serían hombres para enviar por mensajeros; e díjole al capitán Cortés que les soltasen, y que fuesen a hablar con los caciques de aquel pueblo e otros cualesquier; y a aquellos dos indios mensajeros se les dio cuentas verdes e diamantes azules, y les dijo Aguilar muchas palabras bien sabrosas y de halagos, y que les queremos tener por hermanos y que no hubiesen miedo, y que lo pasado de aquella guerra que ellos tenían la culpa, y que llamasen a todos los caciques de todos los pueblos, que les queríamos hablar, y se les amonestó otras muchas cosas bien mansamente para atraerlos de paz; y fueron de buena voluntad, e hablaron con los principales e caciques, y les dijeron todo lo que les enviamos a hacer saber sobre la paz. E oída nuestra embajada, fue entre ellos acordado de enviar luego quince indios de los esclavos que entre ellos tenían, y todos tiznadas las caras e las mantas y bragueros que traían muy ruines, y con ellos enviaron gallinas y pescado asado e pan de maíz; y llegados delante de Cortés, los recibió de buena voluntad, e Aguilar, la lengua, les dijo medio enojado que cómo venían de aquella manera prietas las caras; que más venían de guerra que para tratar paces, y que luego fuesen a los caciques y les dijesen que si querían paz, como se la ofrecimos, que viniesen señores a tratar della, como se usa, e no enviasen esclavos. A aquellos mismos tiznados se les hizo ciertos halagos, y se envió con ellos cuentas azules en señal de paz y para

ablandarles los pensamientos. Y luego otro día vinieron treinta indios principales e con buenas mantas, y trajeron gallinas y pescado, e fruta y pan de maíz, y demandaron licencia a Cortés para quemar y enterrar los cuerpos de los muertos en las batallas pasadas, porque no oliesen mal o los comiesen tigres o leones; la cual licencia les dio luego, y ellos se dieron prisa en traer mucha gente para los enterrar y quemar los cuerpos, según su usanza; y según Cortés supo dellos, dijeron que les faltaba sobre ochocientos hombres, sin los que estaban heridos; e dijeron que no se podían tener con nosotros en palabras ni paces, porque otro día habían de venir todos los principales y señores de todos aquellos pueblos, e concertarían las paces. Y como Cortés en todo era muy avisado, nos dijo riendo a los soldados que nos hallamos teniéndole compañía: «¿Sabéis, señores, que me parece que estos indios temerán mucho a los caballos, y deben de pensar que ellos solos hacen la guerra e asimismo las bombardas? He pensado una cosa para que mejor lo crean, que traigan la yegua de Juan Sedeño, que parió el otro día en el navío, e atarla han aquí adonde yo estoy, e traigan el caballo de Ortiz "el músico", que es muy rijoso, y tomará olor de la yegua; e cuando haya tomado olor della, llevarán la yegua y el caballo, cada uno de por sí, en parte que desque vengan los caciques que han de venir, no los oigan relinchar ni los vean hasta que estén delante de mí y estemos hablando»; e así se hizo, según y de la manera que lo mandó; que trajeron la yegua y el caballo, e tomó olor della en el aposento de Cortés; y demás desto, mandó que cebasen un tiro, el mayor de los que teníamos, con una buena pelota y bien cargada de pólvora. Y estando en esto que ya era mediodía, vinieron cuarenta indios, todos caciques, con buena manera y mantas ricas a la usanza dellos; saludaron a Cortés y todos nosotros, y traían de sus

inciensos, zahumándonos cuantos allí estábamos, y demandaron perdón de lo pasado, y que allí adelante serían buenos. Cortés les respondió con Aguilar, nuestra lengua, algo con gravedad, como haciendo del enojado, que ya ellos habían visto cuantas veces les habían requerido con la paz, y que ellos tenían la culpa, y que ahora eran merecedores que a ellos e a cuantos quedan en todos sus pueblos matásemos; y porque somos vasallos de un gran rey y señor que nos envió a estas partes, el cual se dice el emperador don Carlos, que manda que a los que estuvieren en su real servicio que les ayudemos e favorezcamos; y que si ellos fueren buenos, como dicen, que así lo haremos, e si no, que soltará de aquellos tepustles que los maten (al hierro llaman en su lengua tepustle), que aun por lo pasado que han hecho en darnos guerra están enojados algunos dellos. Entonces secretamente mandó poner fuego a la bombarda que estaba cebada, e dio tan buen trueno y recio como era menester; iba la pelota zumbando por los montes, que, como en aquel instante era mediodía e hacía calma, llevaba gran ruido, y los caciques se espantaron de la oír; y como no habían visto cosa como aquella, creyeron que era verdad lo que Cortés les dijo, y para asegurarles del miedo, les tornó a decir con Aguilar que ya no hubiesen miedo, que él mandó que no hiciese daño, y en aquel instante trajeron el caballo que había tomado olor de la yegua, y átanlo no muy lejos de donde estaba Cortés hablando con los caciques; y como a la yegua la habían tenido en el mismo aposento adonde Cortés y los indios estaban hablando, pateaba el caballo, y relinchaba y hacía bramuras, y siempre los ojos mirando a los indios y al aposento donde había tomado olor de la yegua, e los caciques creyeron que por ellos hacía aquellas bramuras del relinchar y el patear, y estaban espantados. Y cuando Cortés los vio de aquel arte, se levantó de la silla, y

se fue para el caballo y le tomó del freno, e dijo a Aguilar que hiciese creer a los indios que allí estaban que había mandado al caballo que no les hiciese mal ninguno; y luego dijo a dos mozos de espuelas que lo llevasen de allí lejos, que no lo tornasen a ver los caciques. Y estando en esto, vinieron sobre treinta indios de carga, que entre ellos llaman tamemes, que traían la comida de gallinas y pescado asado y otras cosas de frutas, que parece ser se quedaron atrás o no pudieron venir juntamente con los caciques. Allí hubo muchas pláticas Cortes con aquellos principales, y dijeron que otro día vendrían todos, e traerían un presente e hablarían en otras cosas; y así, se fueron muy contentos. Donde los dejaré ahora hasta otro día.

CAPÍTULO XXXVI

Cómo vinieron todos los caciques e calachionis del río de Grijalva y trajeron un presente, y lo que sobre ello pasó

Otro día de mañana, que fue a los postreros del mes de marzo de 1519 años, vinieron muchos caciques y principales de aquel pueblo de Tabasco y otros comarcanos, haciendo mucho acato a todos nosotros, e trajeron un presente de oro, que fueron cuatro diademas, y unas lagartijas, y dos como perrillos, y orejeras, e cinco ánades, y dos figuras de caras de indios, y dos suelas de oro, como de sus cotaras, y otras cosillas de poco valor, que yo no me acuerdo que tanto valía, y trajeron mantas de las que ellos traían e hacían, que son muy bastas; porque ya habrán oído decir los que tienen noticia de aquella provincia que no las hay en aquella tierra sino de poco valor; y no fue nada este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer, que se dijo doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana. Y dejaré esta plática, y de hablar della y de las demás mujeres que trajeron, y diré que Cortés recibió aquel presente con alegría, y se apartó con todos los caciques y con Aguilar el intérprete a hablar, y les dijo que por aquello que traían se lo tenía en gracia; mas que una cosa les rogaba, que luego mandasen poblar aquel pueblo con toda su gente, mujeres e hijos, y que dentro de dos días le quería ver poblado, y que en esto conocerá tener verdadera paz. Y luego los caciques mandaron llamar todos los vecinos, e con sus hijos e mujeres en dos días se pobló. Y a lo otro que les mandó, que dejasen sus ídolos e sacrificios, respondieron que así lo harían; y les declaramos con Aguilar, lo mejor que Cortés pudo, las cosas tocantes a nuestra santa fe, y cómo éramos cristianos e adorábamos a

un solo Dios verdadero, y se les mostró una imagen muy devota de nuestra señora con su hijo precioso en los brazos, y se les declaró que aquella santa imagen reverenciábamos porque así está en el cielo y es madre de nuestro señor Dios. Y los caciques dijeron que les parece muy bien aquella gran tecleciguata, y que se la diesen para tener en su pueblo, porque a las grandes señoras en su lengua llaman tecleciguatas. Y dijo Cortés que sí daría, y les mandó hacer un buen altar bien labrado; el cual luego le hicieron. Y otro día de mañana mandó Cortés a dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decían Alonso Yáñez e álvaro López (ya otra vez por mí memorados), que luego labrasen una cruz bien alta; y después de haber mandado todo esto, dijo a los caciques qué fue la causa que nos dieran guerra tres veces, requiriéndoles con la paz. Y respondieron que ya habían demandado perdón dello y estaban perdonados, y que el cacique de Champoton, su hermano, se lo aconsejó, y porque no le tuviesen por cobarde, porque se lo reñían y deshonraban, porque no nos dio guerra cuando la otra vez vino otro capitán con cuatro navíos; y según pareció, decíalo por Juan de Grijalva. Y también dijo que el indio que traíamos por lengua, que se nos huyó una noche, se lo aconsejó, que de día y de noche nos diesen guerra, porque éramos muy pocos. Y luego Cortés les mandó que en todo caso se lo trajesen; e dijeron que como les vio que en la batalla no les fue bien, que se les fue huyendo, y que no sabían de él aunque le han buscado; e supimos que le sacrificaron, pues tan caro les costó sus consejos. Y más les preguntó, que de qué parte traían oro y aquellas joyezuelas. Respondieron que de hacia donde se pone el sol, y decían Culhúa y México, y como no sabíamos qué cosa era México ni Culhúa, dejábamoslo pasar por alto; y allí traíamos otra lengua que se decía Francisco, que hubimos cuando lo de

Grijalva, ya otra vez por mí nombrado, mas no entendía poco ni mucho la de Tabasco, sino la de Culhúa, que es la mexicana; y medio por señas dijo a Cortés que Culhúa era muy adelante, y nombraba México, México, y no le entendimos. Y en esto cesó la plática hasta otro día, que se puso en el altar la santa imagen de nuestra señora y la cruz, la cual todos adoramos; y dijo misa el padre fray Bartolomé de Olmedo, y estaban todos los caciques y principales delante, y púsose nombre a aquel pueblo Santa María de la Victoria, e así se llama ahora la villa de Tabasco; y el mismo fraile con nuestra lengua Aguilar predicó a las veinte indias que nos presentaron, muchas buenas cosas de nuestra santa fe, y que no creyesen en los ídolos de que antes creían que eran malos y no eran dioses, ni más les sacrificasen, que los traían engañados, e adorasen a nuestro señor Jesucristo; e luego se bautizaron, y se puso por nombre doña Marina aquella india y señora que allí nos dieron y verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se le parecía en su persona; lo cual diré adelante cómo y de qué manera fue allí traída; e de las otras mujeres no me acuerdo bien de todos sus nombres, e no hace al caso nombrar algunas, mas estas fueron las primeras cristianas que hubo en la Nueva-España. Y Cortés las repartió a cada capitán la suya, e a esta doña Marina, como era de buen parecer y entremetida e desenvuelta, dio a Alonso Hernández Puertocarrero, que ya he dicho otra vez que era muy buen caballero, primo del conde de Medellín; y desque fue a Castilla el Puertocarrero, estuvo la doña Marina con Cortés, e della hubo un hijo, que se dijo don Martín Cortés, que el tiempo andando fue comendador de Santiago. En aquel pueblo estuvimos cinco días, así porque se curaban las heridas como por los que estaban con dolor de lomos, que allí se les quitó; y demás desto, porque Cortés

siempre atraía con buenas palabras a los caciques, y les dijo cómo el emperador nuestro señor, cuyos vasallos somos, tiene a su mandado muchos grandes señores, y que es bien que ellos le den la obediencia; e que en lo que hubieren menester, así favor de nosotros como otra cualquiera cosa, que se lo hagan saber dondequiera que estuviésemos, que él les vendrá a ayudar. Y todos los caciques le dieron muchas gracias por ello, y allí se otorgaron por vasallos de nuestro gran emperador. Estos fueron los primeros vasallos que en la Nueva-España dieron la obediencia a su majestad.

Y luego Cortés les mandó que para otro día, que era domingo de Ramos, muy de mañana viniesen al altar que hicimos, con sus hijos y mujeres, para que adorasen la santa imagen de nuestra señora y la cruz; y asimismo les mandó que viniesen seis indios carpinteros, y que fuesen con nuestros carpinteros, y que en el pueblo de Cintia, adonde Dios nuestro señor fue servido de darnos aquella victoria de la batalla pasada, por mí referida, que hiciesen una cruz en un árbol grande que allí estaba, que llaman ceiba, e hiciéronla en aquel árbol a efecto que durase mucho, que con la corteza, que suele reverdecer, está siempre la cruz señalada. Hecho esto mandó que aparejasen todas las canoas que traían, para nos ayudar a embarcar, porque aquel santo día nos queríamos hacer a la vela, porque en aquella sazón vinieron dos pilotos a decir a Cortés que estaban en gran riesgo los navíos por amor del norte, que es travesía. Y otro día muy de mañana vinieron todos los caciques y principales con todas sus mujeres e hijos, y estaban ya en el patio donde teníamos la iglesia y cruz, y muchos ramos cortados para andar en procesión; y desque los caciques vimos juntos, Cortés y todos los capitanes a una, con gran devoción anduvimos una muy devota procesión, y

el padre de la Merced y Juan Díaz el clérigo revestidos, y se dijo misa, y adoramos y besamos la santa cruz, y los caciques e indios mirándonos. Y hecha nuestra solemne fiesta según el tiempo, vinieron los principales e trajeron a Cortés diez gallinas y pescado asado e otras legumbres, e nos despedimos dellos y siempre Cortés encomendándoles la santa imagen de nuestra señora y las santas cruces, y que las tuviesen muy limpias, y barrida la casa e la iglesia y enramado, y que las reverenciasen, e hallarían salud y buenas sementeras; y después que era ya tarde nos embarcamos, y a otro día lunes por la mañana nos hicimos a la vela, y con buen viaje navegamos e fuimos la vía de San Juan de Ulúa, y siempre muy juntos a tierra; e yendo navegando con buen tiempo, decíamos a Cortés los soldados que veníamos con Grijalva, como sabíamos aquella derrota: «Señor, allí queda La Rambla, que en lengua de indios se dice Ayagualulco». Y luego llegamos al paraje de Tonala, que se dice San Antón, y se lo señalábamos; más adelante le mostramos el gran río de Guazacualco, e vio las muy altas sierras nevadas, e luego las sierras de San Martín; y más adelante le mostramos la roca partida, que es unos grandes peñascos que entran en la mar, e tiene una señal arriba como a manera de silla; e más adelante le mostramos el río de Alvarado, que es adonde entró Pedro de Alvarado cuando lo de Grijalva; y luego vimos el río de Banderas, que fue donde rescatamos los dieciséis mil pesos, y luego le mostramos la isla Verde; y junto a tierra vio la isla de Sacrificios, donde hallamos los altares cuando lo de Grijalva, y los indios sacrificados, y luego en buena hora llegamos a San Juan de Ulúa jueves de la Cena después de mediodía. Acuérdome que llegó un caballero que se decía Alonso Hernández Puertocarrero, e dijo a Cortés: «Paréceme, señor, que os han venido diciendo estos

caballeros que han venido otras dos veces a esta tierra:

Cata Francia, Montesinos
Cata París la ciudad,
Cata las aguas del Duero,
Do van a dar a la mar.

Yo digo que miréis las tierras ricas y sabeos bien gobernar». Luego Cortés bien entendió a qué fin fueron aquellas palabras dichas, y respondió: «Dénos Dios ventura en armas como al paladín Roldán; que en lo demás, teniendo a vuestra merced y a otros caballeros por señores, bien me sabré entender». Y dejémoslo, y no pasemos de aquí: esto es lo que pasó; y Cortés no entró en el río de Alvarado, como dice Gómara.

Capítulo XXXVII

Cómo doña Marina era cacica e hija de grandes señores, y señora de pueblos y vasallos, y de la manera que fue traída a Tabasco

Antes que más meta la mano en lo del gran Moctezuma y su gran México y mexicanos, quiero decir lo de doña Marina, cómo desde su niñez fue gran señora de pueblos y vasallos, y es desta manera: que su padre y su madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Painala, y tenía otros pueblos sujetos a él, obra de ocho leguas de la villa de Guazacualco, y murió el padre quedando muy niña, y la madre se casó con otro cacique mancebo y hubieron un hijo, y según pareció, querían bien al hijo que habían habido; acordaron entre el padre y la madre de darle el cargo después de sus días, y porque en ello no hubiese estorbo, dieron de noche la niña a unos indios de Xicalango, porque no fuese vista, y echaron fama que se había muerto, y en aquella sazón mu rió una hija de una india esclava suya, y publicaron que era la heredera, por manera que los de Xicalango la dieron a los de Tabasco, y los de Tabasco a Cortés, y conocí a su madre y a su hermano de madre, hijo de la vieja, que era ya hombre y mandaba juntamente con la madre a su pueblo, porque el marido postrero de la vieja ya era fallecido; y después de vueltos cristianos, se llamó la vieja Marta y el hijo Lázaro; y esto sélo muy bien, porque en el año de 1523, después de ganado México y otras provincias, y se había alzado Cristóbal de Olí en las Higüeras, fue Cortés allá y pasó por Guazacualco, fuimos con él a aquel viaje toda la mayor parte de los vecinos de aquella villa, como diré en su tiempo y lugar; y como doña Marina en todas las guerras de Nueva-España, Tlascal y México fue tan excelente mujer y buena lengua, como

adelante diré, a esta causa la traía siempre Cortés consigo. Y en aquella sazón y viaje se casó con ella un hidalgo que se decía Juan Jaramillo, en un pueblo que se decía Orizava, delante de ciertos testigos, que uno dellos se decía Aranda, vecino que fue de Tabasco, y aquel contaba el casamiento, y no como lo dice el cronista Gómara; y la doña Marina tenía mucho ser y mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva-España. Y estando Cortés en la villa de Guazacualco, envió a llamar a todos los caciques de aquella provincia para hacerles un parlamento acerca de la santa doctrina y sobre su buen tratamiento, y entonces vino la madre de doña Marina, y su hermano de madre Lázaro, con otros caciques. Días había que me había dicho la doña Marina que era de aquella provincia y señora de vasallos, y bien lo sabía el capitán Cortés, y Aguilar, la lengua; por manera que vino la madre y su hijo, el hermano, y conocieron que claramente era su hija, porque se le parecía mucho. Tuvieron miedo della, que creyeron que los enviaba a llamar para matarlos, y lloraban; y como así los vio llorar la doña Marina, los consoló, y dijo que no hubiesen miedo, que cuando la traspusieron con los de Xicalango que no supieron lo que se hacían, y se lo perdonaba, y les dio muchas joyas de oro y de ropa y que se volviesen a su pueblo, y que Dios le había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos ahora y ser cristiana, y tener un hijo de su amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como era su marido Juan Jaramillo; que aunque la hiciesen cacica de todas cuantas provincias había en la Nueva-España, no lo sería; que en más tenía servir a su marido e a Cortés que cuanto en el mundo hay; y todo esto que digo se lo oí muy certificadamente, y así lo juro, amén. Y esto me parece que quiere remedar a lo que le acaeció con sus hermanos en Egipto a Josef, que vinieron a su poder cuando

lo del trigo. Esto es lo que pasó, y no la relación que dieron al Gómara, y también dice otras cosas que dejo por alto. E volviendo a nuestra materia, doña Marina sabía la lengua de Guazacualco, que es la propia de México, y sabía la de Tabasco; como Jerónimo de Aguilar, sabía la de Yucatán y Tabasco, que es toda una, entendíanse bien; y el Aguilar lo declaraba en castellano a Cortés: fue gran principio para nuestra conquista; y así se nos hacían las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente. He querido declarar esto, porque sin doña Marina no podíamos entender la lengua de Nueva-España y México. Donde lo dejaré, e volveré a decir cómo nos desembarcamos en el puerto de San Juan de Ulúa.

Capítulo XXXVIII

Cómo llegamos con todos los navíos a San Juan de Ulúa, y lo que allí pasamos

En jueves santo de la Cena del Señor de 1519 años llegamos con toda la armada al puerto de San Juan de Ulúa; y como el piloto Alaminos lo sabía muy bien desde cuando venimos con Juan de Grijalva, luego mandó surgir en parte que los navíos estubiesen seguros del norte, y pusieron en la nao capitana sus estandartes reales y veletas, y desde obra de media hora que surgimos, vinieron dos canoas muy grandes (que en aquellas partes a las canoas grandes llaman piraguas), y en ellas vinieron muchos indios mexicanos, y como vieron los estandartes y navío grande, conocieron que allí habían de ir a hablar al capitán, y fuéronse derechos al navío, y entran dentro y preguntan quién era el tlatoan, que en su lengua dicen el señor. Y doña Marina, que bien lo entendió, porque sabía muy bien la lengua, se lo mostró. Y los indios hicieron mucho acato a Cortés a su usanza, y le dijeron que fuese bien venido, e que un criado del gran Moctezuma, su señor, les enviaba a saber qué hombres éramos e qué buscábamos, e que si algo hubiésemos menester para nosotros y los navíos, que se lo dijésemos, que traerían recaudo para ello. Y nuestro Cortés respondió con las dos lenguas, Aguilar y doña Marina, que se lo tenía en merced; y luego les mandó dar de comer y beber vino, y unas cuentas azules, y cuando hubieron bebido, les dijo que veníamos para verlos y contratar, y que no se les haría enojo ninguno, e que hubiesen por buena nuestra llegada a aquella tierra. Y los mensajeros se volvieron muy contentos a su tierra; y otro día, que fue viernes santo de la Cruz, desembarcamos, así caballos como artillería, en unos

montones de arena, que no había tierra llana, sino todos arenales, y asentaron los tiros como mejor le pareció al artillero, que se decía Mesa, e hicimos un altar, adonde se dijo luego misa, e hicieron chozas y enramadas para Cortés y para los capitanes, y entre tres soldados acarreábamos madera e hicimos nuestras chozas, y los caballos se pusieron adonde estuviesen seguros; y en esto se pasó aquel viernes santo. Y otro día sábado, víspera de pascua, vinieron muchos indios que envió un principal que era gobernador de Moctezuma, que se decía Pitalpitoque, que después le llamamos Ovandillo, y trajeron hachas y adobaron las chozas del capitán Cortés y los ranchos que más cerca hallaron, y les pusieron mantas grandes encima, por amor del sol, que era cuaresma e hacía muy gran calor, trajeron gallinas y pan de maíz y ciruelas, que era tiempo dellas, y paréceme que entonces trajeron unas joyas de oro, y todo lo presentaron a Cortés, e dijeron que otro día había de venir un gobernador a traer más bastimento. Cortés se lo agradeció mucho y les mandó dar ciertas cosas de rescate, con que fueron muy contentos. Y otro día, pascua santa de resurrección, vino el gobernador que habían dicho, que se decía Tendile, hombre de negocios, e trajo con él a Pitalpitoque, que también era persona entre ellos principal, y traían detrás de sí muchos indios con presentes y gallinas y otras legumbres, y a estos que los traían mandó Tendile que se apartasen un poco a un cabo, y con mucha humildad hizo tres reverencias a Cortés a su usanza, y después a todos los soldados que más cercanos nos hallamos. Y Cortés les dijo con nuestras lenguas que fuesen bien venidos, y los abrazó, y les mandó que esperasen y que luego les hablaría, y entre tanto mandó hacer un altar lo mejor que en aquel tiempo se pudo hacer, y dijo misa cantada fray Bartolomé de Olmedo, y la beneficiaba el padre Juan Díaz, y

estuvieron a la misa los dos gobernadores y otros principales de los que traían en su compañía; y oído misa, comió Cortés y ciertos capitanes de los nuestros y los dos indios criados del gran Moctezuma. Y alzadas las mesas, se apartó Cortés con las dos nuestras lenguas doña Marina y Jerónimo de Aguilar y con aquellos caciques, y les dijimos cómo éramos cristianos y vasallos del mayor señor que hay en el mundo, que se dice el emperador don Carlos, y que tiene por vasallos y criados a muchos grandes señores, y que por su mandado veníamos a aquestas tierras, porque ha muchos años que tienen noticias dellas y del gran señor que las manda, y que lo quiere tener por amigo, y decirle muchas cosas en su real nombre, y cuando las sepa e haya entendido se holgará dello, y para contratar con él y sus indios y vasallos de buena amistad, y quería saber dónde manda que se vean y se hablen. Y el Tendile le respondió algo soberbio, y le dijo: «Aun ahora has llegado y ya le quieres hablar; recibe ahora este presente que te damos en su nombre, y después me dirás lo que te cumpliere»; y luego sacó de una petaca, que es como caja, muchas piezas de oro y de buenas labores y ricas, y más de diez cargas de ropa blanca de algodón y de pluma, cosas muy de ver, y otras joyas que ya no me acuerdo, como ha muchos años, y tras esto mucha comida, que eran gallinas de la tierra, fruta y pescado asado. Cortés las recibió riendo y con buena gracia, y les dio cuentas de diamantes torcidas y otras cosas de Castilla; y les rogó que mandasen en sus pueblos que viniesen a contratar con nosotros, porque él traía muchas cuentas a trocar a oro, y le dijeron que así lo mandarían. Y según después supimos, estos Tendile y Pitalpitoque eran gobernadores de unas provincias que se dicen Cotastlan, Tustepeque, Guazpaltepeque, Tlatalteteclo, y de otros pueblos que nuevamente tenían sojuzgados; y luego Cortés mandó traer

una silla de caderas con entalladuras muy pintadas y unas piedras margajitas que tienen dentro en sí muchas labores, y envueltas en unos algodones que tenían almizcle porque oliesen bien, y un sartal de diamantes torcido y una gorra de carmesí con una medalla de oro, y en ella figurado a san Jorge, que estaba a caballo con una lanza y parecía que mataba a un dragón; y dijo a Tendile que luego enviase aquella silla en que se asiente el señor Moctezuma para cuando le vaya a ver y hablar Cortés, y que aquella gorra que la ponga en la cabeza, y que aquellas piedras y todo lo demás le mandó dar el rey nuestro señor, y que mande señalar para qué día y en qué parte quiere que le vaya a ver. Y el Tendile le recibió y dijo que su señor Moctezuma es tan gran señor, que se holgará de conocer a nuestro gran rey, y que le llevará presto aquel presente y traerá respuesta. Y parece ser que el Tendile traía consigo grandes pintores, que los hay tales en México, y mandó pintar al natural rostro, cuerpo y facciones de Cortés y de todos los capitanes y soldados, y navíos y velas e caballos, y a doña Marina e Aguilar, hasta dos lebreles, e tiros e pelotas, e todo el ejército que traíamos, e lo llevó a su señor. Y luego mandó Cortés a nuestros artilleros que tuviesen muy bien cebadas las bombardas con buen golpe de pólvora para que hiciesen gran trueno cuando las soltasen, y mandó a Pedro de Alvarado que él y todos los de a caballo y se aparejasen para que aquellos criados de Moctezuma los viesen correr, y que llevasen pretales de cascabeles; y también Cortés cabalgó y dijo: «Si en estos médanos de arena pudiéramos correr, bueno fuera; mas ya veran que a pie atollamos en la arena: salgamos a la playa desque sea menguante, y correremos de dos en dos»; e al Pedro de Alvarado, que era su yegua alazana, de gran carrera y revuelta, le dio el cargo de todos los de a caballo. Todo lo cual se hizo delante de aquellos dos

embajadores, y para que viesen salir los tiros dijo Cortés que les quería tornar a hablar con otros muchos principales, y ponen fuego a las bombardas, y en aquella sazón hacía calma; iban las piedras por los montes retumbando con gran ruido, y los gobernadores y todos los indios se espantaron de cosas tan nuevas para ellos, y lo mandaron pintar a sus pintores para que Moctezuma lo viese. Y parece ser que un soldado tenía un casco medio dorado, viole Tendile, que era más entremetido indio que el otro, y dijo que parecía a unos que ellos tienen que les habían dejado sus antepasados del linaje donde venían, el cual tenían puesto en la cabeza a sus dioses Huichilobos, que es su ídolo de la guerra, y que su señor Moctezuma se holgará de lo ver, y luego se lo dieron; y les dijo Cortés que porque quería saber si el oro desta tierra es como el que sacan de la nuestra de los ríos, que le envíen aquel casco lleno de granos para enviarlo a nuestro gran emperador, Y después de todo esto, el Tendile se despidió de Cortés y de todos nosotros, y después de muchos ofrecimientos que les hizo el mismo Cortés, le abrazó y se despidió de él, y dijo el Tendile que él volvería con la respuesta con toda brevedad; e ido, alcanzamos a saber que, después de ser indio de grandes negocios, fue el más suelto peón que su amo Moctezuma tenía; el cual fue en posta y dio relación de todo a su señor, y le mostró el dibujo que llevaba pintado y el presente que le envió Cortés; y cuando el gran Moctezuma le vio quedó admirado, y recibió por otra parte mucho contento, y desque vio el casco y el que tenía su Huichilobos, tuvo por cierto que éramos del linaje de los que les habían dicho sus antepasados que vendrían a señorear aquesta tierra. Aquí es donde dice el cronista Gómara muchas cosas que no le dieron buena relación. Dejarlos he aquí, y diré lo que más nos acaeció.

CAPÍTULO XXXIX

Cómo fue Tendile a hablar a su señor Moctezuma y llevar el presente, y lo que hicimos en nuestro real

Desque fue Tendile con el presente que el capitán Cortés le dio para su señor Moctezuma, e había quedado en nuestro real el otro gobernador que se decía Pitalpitoque, quedó en unas chozas apartadas de nosotros, y allí trajeron indios para que hiciesen pan de maíz, y gallinas, frutas y pescado, y de aquella proveían a Cortés y a los capitanes que comían con él (que a nosotros los soldados, si no lo mariscábamos o íbamos a pescar, no lo teníamos); y en aquella sazón vinieron muchos indios de los pueblos por mí nombrados, donde eran gobernadores aquellos criados del gran Moctezuma, y traían algunos dellos oro y joyas de poco valor y gallinas a trocar por nuestros rescates, que eran cuentas verdes, diamantes y otras cosas, y con aquello nos sustentábamos, porque comúnmente todos los soldados traíamos rescate: como teníamos aviso cuando lo de Grijalva que era bueno traer cuentas, y en esto pasaron seis o siete días; y estando en esto vino el Tendile una mañana con más de cien indios cargados, y venía con ellos un gran cacique mexicano, y en el rostro, facciones y cuerpo se parecía al capitán Cortés, y adrede lo envió el gran Moctezuma; porque, según dijeron, cuando a Cortés le llevó Tendile dibujada su misma figura, todos los principales que estaban con Moctezuma dijeron que un principal que se decía Quintalbor se le parecía a lo propio a Cortés, que así se llamaba aquel gran cacique que venía con Tendile; y como parecía a Cortés, así le llamábamos en el real Cortés allá, Cortés acullá. Volvamos a su venida y lo que hicieron en llegando donde nuestro capitán estaba, y fue que besó la

tierra con la mano, y con braseros que traían de barro, y en ellos de su incienso le zahumaron, y a todos los demás soldados que allí cerca nos hallamos; y Cortés les mostró mucho amor y asentólos cabe sí; e aquel principal que venía con aquel presente traía cargo de hablar juntamente con el Tendile (ya he dicho que se decía Quintalbor); y después de haberle dado el parabién venido a aquella tierra, y otras muchas pláticas que pasaron, mandó sacar el presente que traían encima de unas esteras que llaman petates, y tendidas otras mantas de algodón encima dellas, lo primero que dio fue una rueda de hechura de sol, tan grande como de una carreta, con muchas labores, todo de oro muy fino, gran obra de mirar, que valía, a lo que después dijeron que le había pesado, sobre veinte mil pesos de oro, y otra mayor rueda de plata, figurada la luna con muchos resplandores, y otras figuras en ella, y esta era de gran peso, que valía mucho, y trajo el casco lleno de oro en granos crespos como lo sacan de las minas, que valía tres mil pesos. Aquel oro del casco tuvimos en más, por saber cierto que había buenas minas, que si trajeran treinta mil pesos. Mas trajo veinte ánades de oro, de muy prima labor y muy al natural, e unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro figuradas, de hechura de tigres y leones y monos, y diez collares hechos de una hechura muy prima, e otros pinjantes, e doce flechas y arco con su cuerda, y dos varas como de justicia, de largo de cinco palmos, y todo esto de oro muy fino de obra vaciadiza; y luego mandó traer penachos de oro y de ricas plumas verdes y otras de plata, y aventadores de lo mismo, pues venados de oro sacados de vaciadizo; e fueron tantas cosas, que, como ha ya tantos años que pasó, no me acuerdo de todo; y luego mandó traer allí sobre treinta cargas de ropa de algodón tan prima y de muchos géneros de labores, y de pluma de muchos colores,

que por ser tantos no quiero en ello más meter la pluma, porque no lo sabré escribir. Y después de haberlo dado, dijo aquel gran cacique Quintalbor y el Tendile a Cortés que reciba aquello con la gran voluntad que su señor se lo envía, e que lo reparta con los teules que consigo trae; y Cortés con alegría los recibió; y dijeron a Cortés aquellos embajadores que le querían hablar lo que su señor Moctezuma le envía a decir. Y lo primero que le dijeron, que se ha holgado que hombres tan esforzados vengan a su tierra, como le han dicho que somos, porque sabía lo de Tabasco; y que deseaba mucho ver a nuestro gran emperador, pues tan gran señor es, pues de tan lejanas tierras como venimos tiene noticias de él, e que le enviará un presente de piedras ricas, e que entre tanto que allí en aquel puerto estuviéremos, si en algo nos puede servir que lo hará de buena voluntad; e cuanto a las vistas, que no curasen dellas, que no había para qué; poniendo muchos inconvenientes. Cortés les tornó a dar las gracias con buen semblante por ello, y con muchos halagos dio a cada gobernador dos camisas de holanda y diamantes azules y otras cosillas, y les rogó que volviesen por su embajador a México a decir a su señor el gran Moctezuma que, pues habíamos pasado tantas mares y veníamos de tan lejanas tierras solamente por le ver y hablar de su persona a la suya, que si así se volviese, que no lo recibiría de buena manera nuestro gran rey y señor, y que adonde quiera que estuviese le quiere ir a ver y hacer lo que mandare. Y los embajadores dijeron que irían y se lo dirían; mas que las vistas que dice, que entienden que son por demás. Y envió Cortés con aquellos mensajeros a Moctezuma de la pobreza que traíamos, que era una copa de vidrio de Florencia, labrada y dorada, con muchas arboledas y monterías que estaban en la copa, y tres camisas de holanda, y otras cosas, y les encomendó la respuesta.

Fuéronse estos dos gobernadores, y quedó en el real Pitalpitoque, que parece ser le dieron cargo los demás criados de Moctezuma para que trajese la comida de los pueblos más cercanos. Dejarlo he aquí, y diré lo que en nuestro real pasó.

Capítulo XL

Cómo Cortés envió a buscar otro puerto y asiento para poblar y lo que sobre ello se hizo

Despachados los mensajeros para México, luego Cortés mandó ir dos navíos a descubrir la costa adelante, y por capitán dellos a Francisco de Montejo, y le mandó que siguiese el viaje que habíamos llevado con Juan de Grijalva, porque el mismo Montejo había venido en nuestra compañía y del Grijalva, y que procurase buscar puerto seguro y mirase por tierras en que pudiésemos estar, porque bien veía que en aquellos arenales no nos podíamos valer de mosquitos y estar tan lejos de poblaciones; y mandó al piloto Alaminos y Juan álvarez «el manquillo», fuesen por pilotos, porque sabían aquella derrota, y que diez días navegase costa a costa todo lo que pudiesen; y fueron de la manera que les fue dicho e mandado, y llegaron al paraje del río Grande, que es cerca de Pánuco, adonde otra vez llegamos cuando lo del capitán Juan de Grijalva, y desde allí adelante no pudieron pasar, por las grandes corrientes. Y viendo aquella mala navegación, dio la vuelta a San Juan de Ulúa, sin más pasar adelante, ni otra relación, excepto que doce leguas de allí habían visto un pueblo como fortaleza, el cual pueblo se llamaba Quiahuistlan, y que cerca de aquel pueblo estaba un puerto que le parecía al piloto Alaminos que podrían estar seguros los navíos, del norte; púsosele un nombre feo, que es el tal de Bernal, que parecía a otro puerto que hay en España que tenía aquel propio nombre feo; y en estas idas y venidas se pasaron al Montejo diez o doce días. Y volveré a decir que el indio Pitalpitoque, que quedaba para traer la comida, aflojó de tal manera, que nunca más trajo cosa ninguna; y teníamos entonces gran

falta de mantenimientos, porque ya el cazabe amargaba de mohoso, podrido y sucio de fátulas, y si no íbamos a mariscar no comíamos, y los indios que solían traer oro y gallinas a rescatar, ya no venían tantos como al principio, y estos que acudían, muy recatados y medrosos; y estábamos aguardando a los indios mensajeros que fueron a México, por horas. Y estando desta manera, vuelve Tendile con muchos indios, y después de haber hecho el acato que suelen entre ellos de zahumar a Cortés y a todos nosotros, dio diez cargas de mantas de plumas muy finas y ricas, y cuatro chalchiuites, que son unas piedras verdes de muy gran valor, y tenidas en más estima entre ellos, más que nosotros las esmeraldas, y es color verde, y ciertas piezas de oro, que dijeron que valía el oro, sin los chalchiuites, tres mil pesos; y entonces vinieron el Tendile y Pitalpitoque, porque el otro gran cacique, que se decía Quintalbor, no volvió más, porque había adolecido en el camino; y aquellos dos gobernadores se apartaron con Cortés y doña Marina y Aguilar, y le dijeron que su señor Moctezuma recibió el presente, y que se holgó con él, e que en cuanto a la vista, que no le hablen más sobre ello, y que aquellas ricas piedras de chalchiuites que las envía para el gran emperador, porque son tan ricas, que vale cada una dellas una gran carga de oro, y que en más estima las tenía, y que ya no cure de enviar más mensajeros a México. Y Cortés les dio las gracias con ofrecimientos; y ciertamente que le pesó a Cortés que tan claramente le decían que no podríamos ver al Moctezuma, y dijo a ciertos soldados que allí nos hallamos: «Verdaderamente debe de ser gran señor y rico, y si Dios quisiere, algún día le hemos de ir a ver». Y respondimos los soldados: «Ya querríamos estar envueltos con él». Dejemos por ahora las vistas, y digamos que en aquella sazón era hora del Ave-María, y en el real teníamos

una campana, y todos nos arrodillamos delante de una cruz que teníamos puesta en un médano de arena, el más alto, y delante de aquella cruz decíamos la oración del Ave-María; y como Tendile y Pitalpitoque nos vieron así arrodillar, como eran indios muy entremetidos, preguntaron que a qué fin nos humillábamos delante de aquel palo hecho de aquella manera. Y como Cortés lo oyó, y el fraile de la Merced estaba presente, le dijo Cortés al fraile: «Bien es ahora, padre, que has, buena materia para ello, que les demos a entender con nuestras lenguas las cosas tocantes a nuestra santa fe»; y entonces se les hizo un tan buen razonamiento para en tal tiempo, que unos buenos teólogos no lo dijeran mejor; y después de declarado cómo somos cristianos e todas las cosas tocantes a nuestra santa fe que se convenían decir, les dijeron que sus ídolos son malos y que no son buenos; que huyen de donde está aquella señal de la cruz, porque en otra de aquella hechura padeció muerte y pasión el señor del cielo y de la tierra y de todo lo criado, que es el en que nosotros adoramos y creemos, que es nuestro Dios verdadero, que se dice Jesucristo, y que quiso sufrir y pasar aquella muerte por salvar todo el género humano, y que resucitó al tercer día y está en los cielos, y que habemos de ser juzgados por él; y se les dijo otras muchas cosas muy perfectamente dichas, y las entendían bien, y respondían cómo ellos lo dirían a su señor Moctezuma; y también se les declaró que una de las cosas por que nos envió a estas partes nuestro gran emperador fue para quitar que no sacrificasen ningunos indios ni otra manera de sacrificios malos que hacen, ni se robasen unos a otros, ni adorasen aquellas malditas figuras; y que les ruega que pongan en su ciudad, en los adoratorios donde están los ídolos que ellos tienen por dioses, una cruz como aquella, y pongan una imagen de nuestra señora, que allí les dio, con

su hijo precioso en los brazos, y verán cuánto bien les va y lo que nuestro Dios por ellos hace. Y porque pasaron otros muchos razonamientos, e yo no los sabré escribir tan por extenso, lo dejaré, y traeré a la memoria que como vinieron con Tendile muchos indios esta postrera vez a rescatar piezas de oro, y no de mucho valor, todos los soldados lo rescatábamos; y aquel oro que rescatábamos dábamos a los hombres, que traíamos, de la mar, que iban a pescar, a trueco de su pescado, para tener de comer; porque de otra manera pasábamos mucha necesidad de hambre, y Cortés se holgaba dello y lo disimulaba, aunque lo veía, y se lo decían muchos criados y amigos de Diego Velázquez que para qué nos dejaba rescatar. Y lo que sobre ello pasó diré adelante.

Capítulo XLI

De lo que se hizo sobre el rescate del oro, y de otras cosas que en el real pasaron

Como vieron los amigos de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, que algunos soldados rescatábamos oro, dijéronselo a Cortés que para qué lo consentía, y que no lo envió Diego Velázquez para que los soldados llevasen todo el más oro, y que era bien mandar pregonar que no rescatasen más de ahí adelante, sino fuese el mismo Cortés; y lo que hubiesen habido, que lo manifestasen para sacar el real quinto, e que se pusiese una persona que fuese conveniente para cargo de tesorero. Cortés a todo dijo que era bien lo que decían, y que la tal persona nombrasen ellos; y señalaron a un Gonzalo Mejía. Y después desto hecho, les dijo Cortés, no de buen semblante: «Mirad, señores, que nuestros compañeros pasan gran trabajo de no tener con qué se sustentar, y por esta causa habíamos de disimular, porque todos comiesen; cuanto más que es una miseria cuanto rescatan, que, mediante Dios, mucho es lo que habemos de haber, porque todas las cosas tiene su haz y envés; ya está pregonado que no rescaten más oro, como habéis querido; veremos de qué comeremos». Aquí es donde dice el cronista Gómara que lo hacía Cortés porque no creyese Moctezuma que se nos daba nada por oro; y no le informaron bien, que desde lo de Grijalva en el río de Banderas lo sabía muy claramente; y además desto, cuando le enviamos a demandar el casco de oro en granos de las minas, y nos veían rescatar. Pues qué, ¡gente mexicana para no entenderlo! Y dejemos esto pues dice que por información lo sabe; y digamos cómo una mañana no amaneció indio ninguno de los que estaban en las chozas,

que solían traer de comer, ni los que rescataban, y con ellos Pitalpitoque, que sin hablar palabra se fueron huyendo; y la causa fue, según después alcanzamos a saber, que se lo envió a mandar Moctezuma, que no aguardase más plásticas de Cortés ni de los que con él estábamos; porque parece ser cómo el Moctezuma era muy devotos de sus ídolos, que se decían Tezcatepuca y Huichilobos; el uno decían que era dios de la guerra, y el Tezcatepuca el dios del infierno, y les sacrificaba cada día muchachos para que le diesen respuesta de lo que había de hacer de nosotros, porque ya el Moctezuma tenía pensamiento que si no nos tornábamos a ir en los navíos, de nos haber todos a las manos para que hiciésemos generación, y también para tener que sacrificar; según después supimos, que la respuesta que le dieron sus ídolos fue que no curase de oír a Cortés, ni las palabras que le enviaba a decir que tuviese cruz; y la imagen de nuestra señora, que no la trajesen a su ciudad: y por esta causa se fueron sin hablar. Y como vimos tal novedad, creímos que siempre estaban de guerra, y estábamos muy más a punto apercibidos. Y un día estando yo y otro soldado puestos por espías en unos arenales, vimos venir por la playa cinco indios, y por no hacer alboroto por poca cosa en el real, los dejamos allegar a nosotros, y con alegres rostros nos hicieron reverencias a su usanza, y por señas nos dijeron que los llevásemos al real; y lo dije a mi compañero que se quedase en el puesto, e yo iría con ellos, que en aquella sazón no me pesaban los pies como ahora, que soy viejo; y cuando llegaron adonde Cortés estaba, le hicieron grande acato y le dijeron: «Lopelucio, lopelucio»; que quiere decir en la lengua totonaque, señor y gran señor; y traían unos grandes agujeros en los bezos de abajo, y en ellos unas rodajas de piedras pintadillas de azul, y otros con unas hojas de oro delgadas, en las orejas muy grandes agujeros, y en

ellos puestas otras rodajas de oro y piedras, y muy diferente el traje y habla que traían a lo de los mexicanos que solían allí estar en los ranchos con nosotros, que envió el gran Moctezuma; y como doña Marina y Aguilar, las lenguas, oyeron aquello de lopelucio, no lo entendieron; dijo la doña Marina en la lengua mexicana que si había allí entre ellos nahuatlatos, que son intérpretes de la lengua mexicana; y respondieron los dos de aquellos cinco que sí, que ellos la entendían y hablarían; y dijeron luego en la lengua mexicana que somos bien venidos, e que su señor les enviaba a saber quién éramos, y que se holgaba servir a hombres tan esforzados, porque parece ser ya sabían lo de Tabasco y lo de Potonchan; y, más dijeron, que ya hubieran venido a vernos, si no fuera por temor de los de Culúa, que debían estar allí con nosotros; y Culúa entiéndese por mexicanos, que es como si dijésemos cordobeses o sevillanos; e que supieron que había tres días que se habían ido huyendo a sus tierras; y de plática en plática supo Cortés cómo tenía Moctezuma enemigos y contrarios, de lo cual se holgó; y con dádivas y halagos que les hizo, despidió aquellos cinco mensajeros, y les dijo que dijesen a su señor que él los iría a ver muy presto. A aquellos indios llamábamos desde ahí adelante «los lopelucios». Y dejarlos he ahora, y pasemos adelante y digamos que en aquellos arenales donde estábamos había siempre muchos mosquitos zancudos, como de los chicos que llaman xexenes, y son peores que los grandes, y no podíamos dormir dellos, y no había bastimentos, y el cazabe se apocaba, y muy mohoso y sucio de las fátulas, y algunos soldados de los que solían tener indios en la isla de Cuba suspirando continuamente por volverse a sus casas, y en especial los criados y amigos de Diego Velázquez. Y como Cortés así vio la cosa y voluntades, mandó que nos fuésemos al pueblo que había

visto el Montejo y el piloto Alaminos que estaba en fortaleza, que se dice Quiahuistlan, y que los navíos estarían al abrigo del peñol por mi nombrado. Y como se ponía por la obra para nos ir, todos los amigos, deudos y criados del Diego Velázquez dijeron a Cortés que para qué quería hacer aquel viaje sin bastimentos, y que no tenía posibilidad para pasar más adelante, porque ya se había muerto en el real de heridas de lo de Tabasco y de dolencias y hambre sobre treinta y cinco soldados, y que la tierra era grande y las poblaciones de mucha gente, y que nos darían guerra un día que otro; y que sería mejor que nos volviésemos a Cuba a dar cuenta a Diego Velázquez del oro rescatado, pues era cantidad, y de los grandes presentes de Moctezuma, que era el sol de oro y la luna de plata y el casco de oro menudo de minas, y de todas las joyas y ropa por mí referidas. Y Cortés les respondió que no era buen consejo volver sin ver por qué: que hasta entonces que no nos podíamos quejar de la fortuna, e que diésemos gracias a Dios, que en todo nos ayudaba; y que en cuanto a los que se han muerto, que en las guerras y trabajos suele acontecer; y que sería bien saber lo que había en la tierra, y que entre tanto del maíz que tenían los indios y pueblos cercanos comeríamos, o mal nos andarían las manos. Y con esta respuesta se sosegó algo la parcialidad del Diego Velázquez, aunque no mucho; que ya había corrillos dellos y pláticas en el real sobre la vuelta de Cuba. Y dejarlo he aquí, y diré lo que más avino.

Capítulo XLII

Cómo alzamos a Hernando Cortés por capitán general y justicia mayor hasta que su majestad en ello mandase lo que fuese servido, y lo que en ello se hizo

Ya he dicho que en el real andaban los parientes y amigos del Diego Velázquez perturbando que no pasásemos adelante, y que desde allí de San Juan de Ulúa nos volviésemos a la isla de Cuba. Parece ser que ya Cortés tenía pláticas con Alonso Hernández Puertocarrero y con Pedro de Alvarado, y sus cuatro hermanos, Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan, todos Alvarados, y con Cristóbal de Olí, Alonso de Ávila, Juan de Escalante, Francisco de Lugo, y conmigo e otros caballeros y capitanes, que le pidiésemos por capitán. El Francisco de Montejo bien lo entendió, y estábase a la mira; y una noche a más de medía noche vinieron a mi choza el Alonso Hernández Puertocarrero y el Juan Escalante y Francisco de Lugo, que éramos algo deudos yo y el Lugo, y de una tierra, y me dijeron: «Ah señor Bernal Díaz del Castillo, salid acá con vuestras armas a rondar, acompañaremos a Cortés, que anda rondando»; y cuando estuve apartado de la choza me dijeron: «Mirad, señor, tened secreto de un poco que ahora os queremos decir, porque pesa mucho, y no lo entiendan los compañeros que están en vuestro rancho, que son de la parte del Diego Velázquez»; y lo que platicaron fue: «¿Paréceos, señor, bien que Hernando Cortés así nos haya traído engañados a todos, y dio pregones en Cuba que venía a poblar, y ahora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar, y quieren que nos volvamos a Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido, y quedaremos todos perdidos, y tomarse ha el oro el Diego Velázquez,

como la otra vez? Mirad, señor, que habéis venido ya tres veces con esta postrera, gastando vuestros haberes, y habéis quedado empeñado, aventurando tantas veces la vida con tantas heridas; hacémoslo, señor, saber, porque no pase esto adelante; y estamos muchos caballeros que sabemos que son amigos de vuestra merced, para que esta tierra se pueble en nombre de su majestad, y Hernando Cortés en su real nombre, y en teniendo que tengamos posibilidad de hacerlo saber en Castilla a nuestro rey y señor. Y tenga, señor, cuidado de dar el voto para que todos le elijamos por capitán de unánime voluntad, porque es servicio de Dios y de nuestro rey y señor». Yo respondí que la idea de Cuba no era buen acuerdo, y que sería bien que la tierra se poblase, e que eligiésemos a Cortés por general y justicia mayor hasta que su majestad otra cosa mandase. Y andando de soldado en soldado este concierto, alcanzáronlo a saber los deudos y amigos del Diego Velázquez, que eran muchos más que nosotros, y con palabras algo sobradas dijeron a Cortés que para qué andaba con mañas para quedarse en aquesta tierra sin ir a dar cuenta a quien le envió para ser capitán; porque Diego Velázquez no se lo tendría a bien; y que luego fuésemos a embarcar, y que no curase de más rodeos y andar en secreto con los soldados, pues no tenía bastimentos ni gente ni posibilidad para que pudiese poblar. Y Cortés respondió sin mostrar enojo, y dijo que le placía, que no iría contra las intrucciones y memorias que traía del señor Diego Velázquez; y mandó luego pregonar que para otro día todos nos embarcásemos, cada uno en el navío que había venido; y los que habíamos sido en el concierto le respondimos que no era bien traernos engañados; que en Cuba pregonó que venía a poblar, e que viene a rescatar; y que le requeríamos de parte de Dios nuestro señor y de su majestad que luego poblase, y no hiciese otra cosa, porque era muy gran bien y

servicio de Dios y de su majestad; y se le dijeron muchas cosas bien dichas sobre el caso, diciendo que los naturales no nos dejarían desembarcar otra vez como ahora, y que en estar poblada aquesta tierra siempre acudirían de todas las islas soldados para nos ayudar, y que Velázquez nos había echado a perder con publicar que tenía provisiones de su majestad para poblar, siendo al contrario; e que nosotros queríamos poblar, e que se fuese quien quisiese a Cuba. Por manera que Cortés lo aceptó, y aunque se hacía mucho de rogar, y como dice el refrán: «Tú me lo ruegas e yo me lo quiero»; y fue con condición que le hiciésemos justicia mayor y capitán general; y lo peor de todo que le otorgamos, que le daríamos el quinto del oro de lo que se hubiese, después de sacado el real quinto, y luego le dimos poderes muy bastantísimos delante de un escribano del rey, que se decía Diego de Godoy, para todo lo por mí aquí dicho. Y luego ordenamos de hacer y fundar e poblar una villa, que se nombró la Villa Rica de la Veracruz, porque llegamos jueves de la Cena, y desembarcamos en viernes santo de la Cruz, e rica por aquel caballero que dije en el CAPÍTULO, que se llegó a Cortés y le dijo que mirase las tierras ricas: y que se supiese bien gobernar, e quiso decir que se quedase por capitán general; el cual era el Alonso Hernández Puertocarrero. Y volvamos a nuestra relación: que fundada la villa, hicimos alcalde y regidores, y fueron los primeros alcaldes Alonso Hernández Puertocarrero, Francisco de Montejo, y a este Montejo, porque no estaba muy bien con Cortés, por meterle en los primeros y principal, le mandó nombrar por alcalde; y los regidores dejarlos he de escribir, porque no hace al caso que nombre algunos, y diré cómo se puso una picota en la plaza, y fuera de la villa una horca, y señalamos por capitán para las entradas a Pedro de Alvarado, y maestre de campo a

Cristóbal de Olí, alguacil mayor a Juan de Escalante, y tesorero Gonzalo Mejías, y contador a Alonso de Ávila, y alférez a fulano Corral: porque el Villarroel, que había sido alférez, no sé qué enojo había hecho a Cortés sobre una india de Cuba, y se le quitó el cargo; y alguacil del real a Ochoa, vizcaíno, a un Alonso Romero. Dirán ahora cómo no nombro en esta relación al capitán Gonzalo de Sandoval, siendo un capitán tan nombrado, que después de Cortés, fue la segunda persona, y de quien tanta noticia tuvo el emperador nuestro señor. A esto digo que, como era mancebo entonces, no se tuvo tanta cuenta con él y con otros valerosos capitanes; hasta que le vimos florecer en tanta manera, que Cortés y todos los soldados le teníamos en tanta estima como al mismo Cortés, como adelante diré. Y quedarse ha aquí esta relación; y diré cómo el cronista Gómara dice que por relación sabe lo que escribe; y esto que aquí digo, pasó así; y en todo lo demás que escribe no le dieron buena cuenta de lo que dice. E otra cosa veo: que para que parezca ser verdad lo que en ello escribe, todo lo que en el caso pone es muy al revés, por más buena retórica que en el escribir ponga. Y dejarlo he, y diré lo que la parcialidad del Diego Velázquez hizo sobre que no fuese por capitán elegido Cortés, y nos volviésemos a la isla de Cuba.

Capítulo XLIII

Cómo la parcialidad de Diego Velázquez perturbaba el poder que habíamos dado a Cortés, y lo que sobre ello se hizo

Y desque la parcialidad de Diego Velázquez vieron que de hecho habíamos elegido a Cortés por capitán general y justicia mayor, y nombrada la villa y alcaldes y regidores, y nombrado capitán a Pedro de Alvarado, y alguacil mayor y maestre de campo y todo lo por mí dicho, estaban tan enojados y rabiosos, que comenzaron a armar bandos e chirinolas, y aun palabras muy mal dichas contra Cortés y contra los que le elegimos, e que no era bien hecho sin ser sabidores dello todos los capitanes y soldados que allí venían y que no le dio tales poderes el Diego Velázquez, sino para rescatar, y harto teníamos los del bando de Cortés de mirar que no se desvergonzasen más y viniésemos a las armas; y entonces avisó Cortés secretamente a Juan de Escalante que le hiciésemos parecer las instrucciones que traían del Diego Velázquez; por lo cual luego Cortés las sacó del seno y las dio a un escribano del rey que las leyese, y decía en ellas: «Desque hubiéredes rescatado lo más que pudiéredes, os volveréis»; y venían firmadas del Diego Velázquez y refrendadas de su secretario Andrés de Duero. Pedimos a Cortés que las mandase incorporar juntamente con el poder que le dimos, y asimismo el pregón que se dio en la isla de Cuba; y esto fue a causa que su majestad supiese en España cómo todo lo que hacíamos era en su real servicio, y no nos levantasen alguna cosa contraria de la verdad; y fue harto buen acuerdo según en Castilla nos trataba don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, que así se llamaba; lo cual supimos por muy cierto que andaba por nos destruir, y todo por ser mal informado,

como adelante diré. Hecho esto, volvieron otra vez los mismos amigos y criados del Diego Velázquez a decir que no estaba bien hecho haberle elegido sin ellos, e que no querían estar debajo de su mandado, sino volverse luego a la isla de Cuba; y Cortés les respondió que él no detendría a ninguno por fuerza, e a cualquiera que le viniese a pedir licencia se la daría de buena voluntad, aunque se quedase solo; y con esto los asosegó a algunos dellos, excepto al Juan Velázquez de León, que era pariente del Diego Velázquez, e a Diego de Ordás; y a Escobar, que llamábamos «el paje» porque había sido criado del Diego Velázquez; y a Pedro Escudero y a otros amigos del Diego Velázquez; y a tanto vino la cosa, que poco ni mucho le querían obedecer, y Cortés con nuestro favor determinó de prender al Juan Velázquez de León, y al Diego de Ordás, y a Escobar «el paje», e a Pedro Escudero, y a otros que ya no me acuerdo; y por los demás mirábamos no hubiese algún ruido, y estuvieron presos con cadenas y velas que les mandaba poner ciertos días. Y pasaré adelante, y diré cómo fue Pedro de Alvarado a entrar en un pueblo cerca de allí. Aquí dice el cronista Gómezmara en su historia muy al contrario de lo que pasó, y quien viere su historia verá ser muy extremado en hablar, si bien le informaran y él dijera lo que pasaba.

Capítulo XLIV

Cómo fue ordenado de enviar a Pedro de Alvarado la tierra adentro a buscar maíz y bastimentos, y lo que más pasó

Ya que habíamos hecho y ordenado lo por mi aquí dicho, acordamos que fuese Pedro de Alvarado la tierra adentro a unos pueblos que teníamos noticia que estaban cerca, para que viese qué tierra era y para traer maíz e algún bastimento, porque en el real pasábamos mucha necesidad; y llevó cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y seis escopeteros, y eran destos soldados más de la mitad de la parcialidad de Diego Velázquez, y quedamos con Cortés todos los de su bando, por temor no hubiese más ruido ni chirinola y se levantasen contra él, hasta asegurar más la cosa; y desta manera fue el Alvarado a unos pueblos pequeños, sujetos de otro pueblo que se decía Cotastlán, que era de lengua de Culúa; y este nombre de Culúa es en aquella tierra como si dijesen los romanos o sus aliados; así es toda la lengua de la parcialidad de México y de Moctezuma; y a este fin en toda aquesta tierra cuando dijere Culúa son vasallos y sujetos a México, y así se ha de entender. Y llegado Pedro de Alvarado a los pueblos, todos estaban despoblados de aquel mismo día, y halló sacrificados en unos cues hombres y muchachos, y las paredes y altares de sus ídolos con sangre, y los corazones presentados a los ídolos; y también hallaron las piedras sobre que los sacrificaban, y los cuchillazos de pedernal con que los abrían por los pechos para les sacar los corazones. Dijo el Pedro de Alvarado que habían hallado todos los más de aquellos cuerpos sin brazos y piernas. E que dijeron otros indios que los habían llevado para comer; de lo cual nuestros soldados se admiraron mucho de tan grandes

crueldades. Y dejemos de hablar de tanto sacrificio, pues dende allí adelante en cada pueblo no hallábamos otra cosa. Y volvamos a Pedro de Alvarado, que aquellos pueblos los halló muy abastecidos de comida y despoblados de aquel día de indios, que no pudo hallar sino dos indios que le trajeron maíz; y así, hubo de cargar cada soldado de gallinas y de otras legumbres; y volvióse al real sin más daño le hacer, aunque halló bien en qué, porque así se lo mandó Cortés, que no fuese como lo de Cozumel; y en el real nos holgamos con aquel poco bastimento que trajo, porque todos los males y trabajos se pasan con el comer. Aquí es donde dice el cronista Gómara que fue Cortés la tierra adentro con cuatrocientos soldados; no le informaron bien, que el primero que fue es el por mí aquí dicho, y no otro. Y tornemos a nuestra plática: que como Cortés en todo ponía gran diligencia, procuró de hacerse amigo con la parcialidad del Diego Velázquez, porque a unos con dádivas del oro que habíamos habido, que quebranta peñas, e otros procedimientos, los atrajo a sí y los sacó de las prisiones, excepto Juan Velázquez de León y al Diego de Ordás, que estaban en cadenas en los navíos, y desde a pocos días también los sacó de las prisiones, e hizo tan buenos y verdaderos amigos dellos como adelante verán, y todo con el oro, que lo amansa. Ya todas las cosas puestas en este estado, acordamos de nos ir al pueblo que estaba en la fortaleza, ya otra vez por mí memorado, que se dice Quiahuistlan, y que los navíos se fuesen al peñol y puerto que estaba enfrente de aquel pueblo, obra de una legua de él; y yendo costa a costa, acuérdome que se mató un gran pescado que le echó la mar en la costa en seco, y llegamos a un río donde está poblada ahora la Veracruz, y venía algo hondo, y con unas canoas quebradas lo pasamos, y a nado y en balsas, y de aquella parte del río estaban unos pueblos

sujetos a otro gran pueblo que se decía Cempoal, donde eran naturales los cinco indios de los bezotes de oro, que he dicho que vinieron por mensajeros a Cortés, que les llamamos «lopelucios» en el real, y hallamos las casas de ídolos y sacrificaderos, y sangre derramada e inciensos con que zahumaban, y otras cosas de ídolos y de piedras con que sacrificaban, y plumas de papagayos y muchos libros de su papel cosidos a dobleces, como a manera de paños de Castilla, y no hallamos indios ningunos, porque se habían ya huido; que, como no habían visto hombres como nosotros ni caballos, tuvieron temor, y allí aquella noche no hubo qué cenar; caminamos la tierra adentro hacia el poniente, y dejamos la costa, y no sabíamos el camino, y topamos unos buenos prados que llaman sabanas, y estaban paciendo unos venados, y corrió Pedro de Alvarado con su yegua alazana tras un venado y le dio una lanzada, y herido, se metió por un monte, que no se pudo haber. Y estando en esto, vimos venir doce indios que eran vecinos de aquellas estancias donde habíamos dormido, y venían de hablar a su cacique, y traían gallinas y pan de maíz, y dijeron a Cortés con nuestras lenguas que su señor enviaba aquellas gallinas que comiésemos, y nos rogaba que fuésemos a su pueblo, que estaba de allí, a lo que señalaron, andadura de un día, porque es un sol; y Cortés les dio las gracias y los halagó, y caminamos adelante y dormimos en otro pueblo pequeño, que también tenía hechos muchos sacrificios. Y porque estarán hartos de oír de tantos indios e indias que hallábamos sacrificados en todos los pueblos y caminos que topábamos, pasaré adelante sin tornar a decir de qué manera e qué cosas tenían; y diré cómo nos dieron en aquel pueblezuelo de cenar, y supimos que era por Cempoal el camino para ir a Quiahuistlan, que ya he dicho que estaba en una sierra, y pasaré adelante, y diré cómo entramos en

Cempoal.

Capítulo XLV

Cómo entramos en Cempoal, que en aquella sazón era muy buena población, y lo que allí pasamos

Y como dormimos en aquel pueblo donde nos aposentaron los doce indios que he dicho, y después de bien informados del camino que habíamos de llevar para ir al pueblo que estaba en el peñol, muy de mañana se lo hicimos saber a los caciques de Cempoal cómo íbamos a su pueblo, y que lo tuviesen por bien; y para ello envió Cortés los seis indios por mensajeros, y los otros seis quedaron para que nos guiasen; y mandó Cortés poner en orden los tiros y escopetas y ballesteros, y siempre corredores del campo descubriendo, y los de a caballo y todos los demás muy apercibidos. Y desta manera caminamos hasta que llegamos una legua del pueblo; e ya que estábamos cerca de él, salieron veinte indios principales a nos recibir de parte del cacique, y trajeron unas piñas rojas de la tierra, muy olorosas, y las dieron a Cortés y a los de a caballo con gran amor, y le dijeron que su señor nos estaba esperando en los aposentos, y por ser hombre muy gordo y pesado no podía venir a nos recibir; y Cortés les dio las gracias, y se fueron adelante. E ya que íbamos entrando entre las casas, desque vimos tan gran pueblo, y no habíamos visto otro mayor, nos admiramos mucho dello; y como estaba tan vicioso y hecho un verjel, y tan poblado de hombres y mujeres, las calles llenas que nos salían a ver, dábamos muchos loores a Dios, que tales tierras habíamos descubierto; y nuestros corredores del campo, que iban a caballo, parece ser llegaron a la gran plaza y patios donde estaban los aposentos, y de pocos días, según pareció, teníanlos muy encalados y relucientes, que lo saben muy bien hacer, y pareció al uno de los de a caballo

que era aquello blanco que relucía plata, y vuelve a rienda suelta a decir a Cortés cómo tenían las paredes de plata. Y doña Marina e Aguilar dijeron que sería yeso o cal, y tuvimos bien que reír de su plata e frenesí, que siempre después le decíamos que todo blanco le parecía plata. Dejemos de la burla, y digamos cómo llegamos a los aposentos, y el cacique gordo nos salió a recibir junto al patio, que porque era muy gordo así le nombraré, e hizo muy gran reverencia a Cortés y le zahumó, que así lo tenían de costumbre, y Cortés le abrazó, y allí nos aposentaron en unos aposentos harto buenos y grandes, que cabíamos todos, y nos dieron de comer y pusieron unos cestos de ciruelas, que había muchas, porque era tiempo dellas, y pan de maíz; y como veníamos hambrientos, y no habíamos visto otro tanto bastimento como entonces, pusimos nombre a aquel pueblo Villaviciosa, y otros le nombraron Sevilla. Mandó Cortés que ningún soldado les hiciese enojo ni se apartase de aquella plaza. Y cuando el cacique gordo supo que habíamos comido, le envió a decir a Cortés que le quería ir a ver, e vino con buena copia de indios principales, y todos traían grandes bezotes de oro e ricas mantas; y Cortés también les salió al encuentro del aposento, y con grandes caricias y halagos le tornó a abrazar; y luego mandó el cacique gordo que trajesen un presente que tenía aparejado de cosas de joyas de oro y mantas, aunque no fue mucho, sino de poco valor, y le dijo a Cortés: «Lopelucio, lopelucio, recibe esto de buena voluntad»; e que si más tuviera, que se lo diera. Ya he dicho que en lengua totonaque dijeron señor y gran señor, cuando dicen lopelucio, etc. Y Cortés le dijo con doña Marina e Aguilar que él se lo pagaría en buenas obras, e que lo que hubiese menester, que se lo dijese, que lo haría por ellos; porque somos vasallos de un tan gran señor, que es el emperador

don Carlos, que manda muchos reinos y señoríos, que nos envía para deshacer agravios y castigar a los malos, y mandar que no sacrificasen más ánimas; y se les dio a entender otras muchas cosas tocantes a nuestra santa fe. Y luego como aquello oyó el cacique gordo, dando suspiros, se quejó reciamente del gran Moctezuma y de sus gobernadores, diciendo que de poco tiempo acá le había sojuzgado, y que le había llevado todas sus joyas de oro, y les tiene tan apremiados, que no osan hacer sino lo que les manda, porque es señor de grandes ciudades, tierras, e vasallos y ejércitos de guerra. Y como Cortés entendió que, de aquellas quejas que daban, al presente no podían entender en ello, les dijo que él haría de manera que fuesen desagraviados; y porque él iba a ver sus acales (que en lengua de indios así llaman a los navíos), e hacer su estada e asiento en el pueblo de Quiahuistlán, que desque allí esté de asiento se verán más de espacio; y el cacique gordo les respondió muy concertadamente. Y otro día de mañana salimos de Cempoal, y tenía aparejados sobre cuatrocientos indios de carga, que en aquellas partes llaman tamemes, que llevan dos arrobas de peso a cuestas y caminan con ellas cinco leguas; y desque vimos tanto indio para carga nos holgamos, porque de antes siempre traíamos a cuestas nuestras mochilas, los que no traían indios de Cuba, porque no pasaron en la armada sino cinco o seis, y no tantos como dice el Gómara. Y doña Marina e Aguilar nos dijeron, que en aquestas tierras, que cuando están de paz, sin demandar quien lleve carga, los caciques son obligados de dar de aquellos tamemes; y desde allí adelante, donde quiera que íbamos demandábamos indios para las cargas. Y despedido Cortés del cacique gordo, otro día caminamos nuestro camino, y fuimos a dormir a un pueblezuelo cerca de Quiahuistlán, y estaba despoblado, y los de Cempoal

trajeron de cenar. Aquí es donde dice el cronista Gómara que estuvo Cortés muchos días en Cempoal, e que se concertó la rebelión e liga contra Moctezuma: no le informaron bien; porque, como he dicho, otro día por la mañana salimos de allí; y dónde se concertó la rebelión y por qué causa, adelante lo diré. E quédese así, e digamos cómo entramos en Quiahuistlán.

Capítulo XLVI

Cómo entramos en Quiahuistlán, que era pueblo puesto en fortaleza, y nos acogieron de paz

Otro día, a hora de las diez, llegamos en el pueblo fuerte, que se decía Quiahuistlán, que está entre grandes peñascos y muy altas cuestas, y si hubiera resistencia era mala de tomar. E yendo con buen concierto y ordenanza, creyendo que estuviese de guerra, iba el artillería delante, y todos subíamos en aquella fortaleza, de manera que si algo aconteciera, hacer lo que éramos obligados. Entonces Alonso de Ávila llevó cargo de capitán; e como era soberbio e de mala condición, porque un soldado que se decía Hernando Alonso de Villanueva no iba en buena ordenanza, le dio un bote de lanza en un brazo que le mancó; y después se llamó Hernando Alonso de Villanueva «el manquillo». Dirán que siempre salgo de orden al mejor tiempo por contar cosas viejas. Dejémoslo, y digamos que hasta en la mitad de aquel pueblo no hallamos indios ninguno con quien hablar, de lo cual nos maravillamos, que se habían ido huyendo de miedo aquel propio día; e cuando nos vieron subir a sus casas, y estando en lo más de la fortaleza en una plaza junto adonde tenían los cues e casas grandes de sus ídolos, vimos estar quince indios con buenas mantas, y cada uno un brasero de barro, y en ellos de sus inciensos, y vinieron donde Cortés estaba y le zahumaron, y a los soldados que cerca dellos estábamos, y con grandes reverencias le dicen que les perdonen porque no le han salido a recibir, y que fuésemos bien venidos e que reposemos, e que de miedo se habían huido e ausentado hasta ver qué cosas éramos, porque tenían miedo de nosotros y de los caballos, e que aquella noche les

mandarían poblar todo el pueblo; y Cortés les mostró mucho amor, y les dijo muchas cosas tocantes a nuestra santa fe, como siempre lo teníamos de costumbre a do quiera que llegábamos, y que éramos vasallos de nuestro gran emperador don Carlos, y les dio unas cuentas verdes e otras cosillas de Castilla; y ellos trajeron luego gallinas y pan de maíz. Y estando en estas pláticas, vinieron luego a decir a Cortés que venía el cacique gordo de Cempoal en andas, y las andas a cuestas de muchos indios principales; y desque llegó el cacique habló con Cortés, juntamente con el cacique y otros principales de aquel pueblo dando tantas quejas de Moctezuma, y contaba de sus grandes poderes, y decíalo con lágrimas y suspiros, que Cortés y los que estábamos presentes tuvimos mancilla; y demás de contar por qué vía y modo los había sujetado, que cada año les demandaban muchos de sus hijos y hijas para sacrificar y otros para servir en sus casas y sementeras, y otras muchas quejas, que fueron tantas, que ya no se me acuerda; y que los recaudadores de Moctezuma les tomaban sus mujeres e hijas si eran hermosas, y las forzaban; y que otro tanto hacían en aquellas tierras de la lengua de Totonaque, que eran más de treinta pueblos; y Cortés los consolaba con nuestras lenguas cuanto podía, e que los favorecería en todo cuanto pudiese, y quitaría aquellos robos y agravios, y para eso les envió a estas partes el emperador nuestro señor, e que no tuviesen pena ninguna, que presto verían lo que sobre ello hacíamos; y con estas palabras recibieron algún contento, mas no se les aseguraba el corazón con el gran temor que tenían a los mexicanos. Estando en estas pláticas vinieron unos indios del mismo pueblo a decir a todos los caciques que allí estaban hablando con Cortés, cómo venían cinco mexicanos que eran los recaudadores de Moctezuma, e como los vieron se les perdió la color y temblaban de miedo, y dejan solo a

Cortés y los salen a recibir, y de presto les enraman una sala y les guisan de comer y les hacen mucho cacao, que es la mejor cosa que entre ellos beben; y cuando entraron en el pueblo los cinco indios vinieron por donde estábamos, porque allí estaban las casas del cacique y nuestros aposentos; y pasaron con tanta continencia y presunción, que sin hablar a Cortés ni a ninguno de nosotros se fueron e pasaron delante; y traían ricas mantas labradas, y los bragueros de la misma manera (que entonces bragueros se ponían), y el cabello lucio e alzado, como atado en la cabeza, y cada uno unas rosas oliéndolas, y mosqueadores que les traían otros indios como criados, y cada uno un bordón con un garabato en la mano, y muy acompañados de principales de otros pueblos de la lengua totonaque; y hasta que los llevaron a aposentar, y les dieron de comer muy altamente, no les dejaron de acompañar. Y después que hubieron comido mandaron llamar al cacique gordo e a los demás principales, y les dijeron muchas amenazas y les riñeron que por qué nos habían hospedado en sus pueblos, y les dijeron que qué tenían ahora que hablar y ver con nosotros. E que su señor Moctezuma no era servido de aquello, porque sin su licencia y mandado no nos habían de recoger en su pueblo ni dar joyas de oro. Y sobre ello al cacique gordo y a los demás principales les dijeron muchas amenazas, e que luego les diesen veinte indios e indias para aplacar a sus dioses por el mal oficio que había hecho. Y estando en esto, viéndole Cortés, preguntó a doña Marina e Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, de qué estaban alborotados los caciques desque vinieron aquellos indios, e quién eran. E doña Marina, que muy bien lo entendió, se lo contó lo que pasaba; e luego Cortés mandó llamar al cacique gordo y a todos los más principales, y les dijo que quién eran aquellos indios, que les hacían tanta fiesta. Y

dijeron que los recaudadores del gran Moctezuma, e que vienen a ver por qué causa nos recibían en el pueblo sin licencia de su señor, y que les demandan ahora veinte indios e indias para sacrificar a sus dioses Huichilobos porque les de victoria contra nosotros, porque han dicho que dice Moctezuma que os quiere tomar para que seáis sus esclavos; y Cortés le consoló e que no hubiesen miedo, que él estaba allí con todos nosotros y que los castigarían. Y pasemos adelante a otro capítulo, y diré muy por extenso lo que sobre ello se hizo.

Capítulo XLVII

Cómo Cortés mandó que prendiesen aquellos cinco recaudadores de Moctezuma, y mandó que dende allí adelante no obedeciesen ni diesen tributo, y la rebelión que entonces se ordenó contra Moctezuma

Como Cortés entendió lo que los caciques le decían, les dijo que ya les había dicho otras veces que el rey nuestro señor le mandó que viniese a castigar los malhechores e que no consintiese sacrificios ni robos; y pues aquellos recaudadores venían con aquella demanda, les mandó que luego los aprisionasen e los tuviesen presos hasta que su señor Moctezuma supiese la causa cómo vienen a robar y llevar por esclavos sus hijos y mujeres, e hacer otras fuerzas. E cuando los caciques lo oyeron estaban espantados de tal osadía, mandar que los mensajeros del gran Moctezuma fuesen maltratados, y temían y no osaban hacerlo; y todavía Cortés les convocó para que luego los echasen en prisiones, y así lo hicieron, y de tal manera, que en unas varas largas y con colleras (según entre ellos se usa) los pusieron de arte que no se les podían ir; e uno dellos porque no se dejaba atar le dieron de palos; y demás desto, mandó Cortés a todos los caciques que no les diesen más tributo, ni obediencia a Moctezuma, e que así lo publicasen en todos los pueblos aliados y amigos. E que si otros recaudadores hubiese en otros pueblos como aquellos, que se lo hiciesen saber, que él enviaría por ellos. Y como aquella nueva se supo en toda aquella provincia, porque luego envió mensajeros el cacique gordo haciéndoselo saber, y también lo publicaron los principales que habían traído en su compañía aquellos recaudadores, que como los vieron presos, luego se descargaron y fueron cada uno a su pueblo a dar mandado y a contar lo acaecido. E viendo cosas tan

maravillosas e de tanto peso para ellos, dijeron que no osaran hacer aquello hombres humanos, sino teules, que así llamaban a sus ídolos en que adoraban; e a esta causa desde allí adelante nos llamaron teules, que es, como he dicho, o dioses o demonios; y cuando dijere en esta relación teules en cosas que han de ser tocadas nuestras personas, sepan que se dice por nosotros. Volvamos a decir de los prisioneros, que los querían sacrificar por consejo de todos los caciques, porque no se les fuese alguno dellos a dar mandado a México; y como Cortés lo entendió les mandó que no los matasen, que él los quería guardar, y puso de nuestros soldados que los velasen; e a media noche mandó llamar Cortés a los mismos nuestros soldados que los guardaban, y les dijo: «Mirad que soltéis dos dellos, los más diligentes que os parecieren, de manera que no lo sientan los indios destos pueblos»; y que se los llevasen a su aposento; y así hicieron y después que los tuvo delante les preguntó con nuestras lenguas que por qué estaban presos y de qué tierra eran, como haciendo que no los conocía; y respondieron que los caciques de Cempoal y de aquel pueblo con su favor y el nuestro los prendieron; y Cortés respondió que él no sabía nada y que le pesa dello; y les mandó dar de comer y les dijo palabras de muchos halagos, y que se fuesen luego a decir a su señor Moctezuma cómo éramos todos sus grandes amigos y servidores; y porque no pasasen más mal les quitó las prisiones, y que rifió con los caciques que los tenían presos, y que todo lo que hubiesen menester para su servicio que lo hará de muy buena voluntad, y que los tres indios sus compañeros que tienen en prisiones que él los mandará soltar y guardar, y que vayan muy presto, no los tornen a prender y los maten; y los dos prisioneros respondieron que se lo tenían en merced, y que habían miedo que los tornarían a las manos, porque por fuerza habían de pasar

por sus tierras; y luego mandó Cortés a seis hombres de la mar que esa noche los llevasen en un batel obra de cuatro leguas de allí, hasta sacarlos a tierra segura fuera de los términos de Cempoal. Y como amaneció, y los caciques de aquel pueblo y el cacique gordo hallaron menos los dos prisioneros, querían muy de hecho sacrificar los otros tres que quedaban, si Cortés no se los quitara de su poder, e hizo del enojado porque se habían huido los otros dos; y mandó traer una cadena del navío y echólos en ella, y luego los mandó llevar a los navíos, e dijo que él los quería guardar, pues tan mal cobro pusieron de los demás; y cuando los hubieron llevado les mandó quitar las cadenas, e con buenas palabras les dijo que presto les enviaría a México. Dejémoslo así, que luego que esto fue hecho todos los caciques de Cempoal y de aquel pueblo e de otros que se habían allí juntado de la lengua totonaque, dijeron a Cortés que qué harían, pues que Moctezuma sabría la prisión de sus recaudadores, que ciertamente vendrían sobre ellos los poderes de México del gran Moctezuma, y que no podrían escapar de ser muertos y destruidos. Y dijo Cortés con semblante muy alegre: que él y sus hermanos, que allí estábamos, los defenderíamos, y mataríamos a quien enojarlos quisiese. Entonces prometieron todos aquellos pueblos y caciques a una que serían con nosotros en todo lo que les quisiésemos mandar, y juntarían todos sus poderes contra Moctezuma y todos sus aliados. Y aquí dieron la obediencia a su majestad por ante un Diego de Godoy el escribano, y todo lo que pasó lo enviaron a decir a los demás, pueblos de aquella provincia; e como ya no daban tributo ninguno, e los recogedores no parecían, no cabían de gozo en haber quitado aquel dominio. Y dejémos esto, y diré cómo acordamos de nos bajar a lo llano a unos prados, donde comenzamos a hacer una fortaleza. Esto es lo que

pasó, y no la relación que sobre ello dieron al cronista Gómara.

CAPÍTULO XLVIII

Cómo acordamos de poblar la Villa Rica de la Veracruz, y de hacer una fortaleza en unos prados junto a unas salinas y cerca del puerto del nombre feo, donde estaban anclados nuestros navíos, y lo que allí se hizo

Después que hubimos hecho liga y amistad con más de treinta pueblos de las sierras, que se decían los totonaques, que entonces se rebelaron al gran Moctezuma y dieron la obediencia a su majestad, y se prefirieron a nos servir, con aquella ayuda tan presta acordamos de poblar e de fundar la Villa Rica de la Veracruz en unos llanos media legua del pueblo, que estaba como en fortaleza, que se dice Quiahuistlán, y trazado iglesia y plaza y atarazanas, y todas las cosas que convenían para ser villa; e hicimos una fortaleza, y desde los cimientos; y en acabarla de tener alta para enmaderar, y hechas troneras y cubos y barbacanas, dimos tanta priesa, que desde Cortés, que comenzó el primero a sacar tierra a cuestas y piedra e ahondar los cimientos, como todos los capitanes y soldados, y a la continua, entendimos en ello y trabajamos por la acabar de presto, los unos en los cimientos y otros en hacer las tapias, y otros en acarrear agua y en las caleras, en hacer ladrillos y tejas; y buscar comida, y otros en la madera, y los herreros en la clavazón, porque teníamos herreros; y desta manera trabajábamos en ello a la continua desde el mayor hasta el menor, y los indios que nos ayudaban, de manera que ya estaba hecha iglesia y casas, e casi que la fortaleza. Estando en esto, parece ser que el gran Moctezuma tuvo noticia en México cómo le habían preso sus recaudadores e que le habían quitado la obediencia y cómo estaban rebelados los pueblos totonaques; mostró tener mucho enojo de Cortés y

de todos nosotros, y tenía ya mandado a un su gran ejército de guerreros que viniesen a dar guerra a los pueblos que se le rebelaron y que no quedase ninguno dellos a vida; e para contra nosotros aparejaba de venir con gran ejército y pujanza de capitanes; y en aquel instante van los dos indios prisioneros que Cortés mandó soltar, según he dicho en el capítulo pasado, y cuando Moctezuma entendió que Cortés les quitó de las prisiones y los envió a México, y las palabras de ofrecimientos que les envió a decir, quiso nuestro señor Dios que amansó su ira e acordó enviar a saber de nosotros qué voluntad teníamos, y para ello envió dos mancebos sobrinos suyos, con cuatro viejos, grandes caciques, que los traían a cargo, y con ellos envió un presente de oro y mantas, e a dar las gracias a Cortés porque les soltó a sus criados; y por otra parte se envió a quejar mucho, diciendo que con nuestro favor se habían atrevido aquellos pueblos de hacerle tan gran traición e que no le diesen tributo e quitarle la obediencia; e que ahora, teniendo respeto a que tiene por cierto que somos los que sus antepasados les habían dicho que habían de venir a sus tierras, e que debemos de ser de sus linajes, y porque estábamos en casa de los traidores, no les envió luego a destruir; mas que el tiempo andando no se alabarán de aquellas traiciones. Y Cortés recibió el oro y la ropa, que valía sobre dos mil pesos, y les abrazó, y dio por disculpa que él y todos nosotros éramos muy amigos de su señor Moctezuma, y como tal servidor tiene guardados sus tres recaudadores; y luego los mandó traer de los navíos, y con buenas mantas y bien tratados se los entregó; y también Cortés se quejó mucho del Moctezuma, y les dijo cómo su gobernador Pitalpitoque se fue una noche del real sin le hablar, y que no fue bien hecho, y que cree y tiene por cierto que no se lo mandaría el señor Moctezuma que hiciese la villanía, e que por aquella

causa nos veníamos a aquellos pueblos donde estábamos, e que hemos recibido dellos honra; e que le pide por merced que les perdone el desacato que contra él han tenido; y que en cuanto a lo que dice que no le acuden con el tributo, que no pueden servir a dos señores, que en aquellos días que allí hemos estado nos han servido en nombre de nuestro rey y señor; y porque el Cortés y todos sus hermanos iríamos presto a le ver y servir, y cuando allá estemos se dará orden en todo lo que mandare. Y después de aquestas pláticas y otras muchas que pasaron, mandó dar a aquellos mancebos, que eran grandes caciques, y a los cuatro viejos que los traían a cargo, que eran hombres principales, diamantes azules y cuentas verdes, y se les hizo honra; y allí delante dellos, porque había buenos prados, mandó Cortés que corriesen y escaramuzasen Pedro de Alvarado, que tenía una buena yegua alazana que era muy revuelta, y otros caballeros, de lo cual se holgaron de los haber visto correr; y despedidos y muy contentos de Cortés y de todos nosotros se fueron a su México. En aquella sazón se le murió el caballo a Cortés y compró o le dieron otro que se decía «arriero», que era castaño oscuro, que fue de Ortiz «el músico» y un Bartolomé García «el minero», y fue uno de los mejores caballos que venían en el armada. Dejemos de hablar en esto, y diré que como aquellos pueblos de la sierra, nuestros amigos, y el pueblo de Cempoal solían estar de antes muy temerosos de los mexicanos, creyendo que el gran Moctezuma los había de enviar a destruir con sus grandes ejércitos de guerreros, y cuando vieron a aquellos parientes del gran Moctezuma que venían con el presente por mí nombrado, y a darse por servidores de Cortés y de todos nosotros, estaban espantados; y decían unos caciques a otros que ciertamente éramos teules, pues que Moctezuma nos habla miedo, pues enviaba oro en presente. Y si de antes

teníamos mucha reputación de esforzados, de allí en adelante nos tuvieron en mucho más. Y quedarse ha aquí, y diré lo que hizo el cacique gordo y otros sus amigos.

Capítulo XLIX

Cómo vino el cacique gordo y otros principales a quejarse delante de Cortés cómo en un pueblo fuerte, que se decía Cingapacinga, estaban guarniciones de mexicanos y les hacían mucho daño, y lo que sobre ello se hizo

Después de despedidos los mensajeros mexicanos, vino el cacique gordo, con otros muchos principales nuestros amigos, a decir a Cortés que luego vaya a un pueblo que se decía Cingapacinga, que estaría de Cempoal dos días de andadura, que serían ocho o nueve leguas, porque decían que estaban en él juntos muchos indios de guerra de los culúas, que se entiende por los mexicanos, y que les venían a destruir sus sementeras y estancias, y les salteaban sus vasallos y les hacían otros malos tratamientos; y Cortés lo creyó, según se lo decían tan afectuadamente; y viendo aquellas quejas y con tantas importunaciones, y habiéndoles prometido que los ayudaría, y mataría a los culúas o a otros indios que los quisiesen enojar; e a esta causa no sabía qué decir, salvo echarlos de allí y estuvo pensando en ello, y dijo riendo a ciertos compañeros que estábamos acompañándole: «Sabéis, señores, que me parece que en todas estas tierras ya tenemos fama de esforzados, y por lo que han visto estas gentes por los recaudadores de Moctezuma, nos tienen por dioses o por cosas como sus ídolos. He pensado que, para que crean que uno de nosotros basta para desbaratar aquellos indios guerreros que dicen que están en el pueblo de la fortaleza de sus enemigos, enviemos a Heredia "el viejo"»; que era vizcaíno, y tenía mala catadura en la cara, y la barba grande, y la cara medio acuchillada, e un ojo tuerto, e cojo de una pierna, escopetero; el cual le mandó llamar, y le dijo: «Id con estos

caciques hasta el río (que estaba de allí un cuarto de legua) e cuando allá llegáreis, haced que os paráis a beber e lavar las manos, e tirad un tiro con vuestra escopeta, que yo os enviaré a llamar; que esto hago porque crean que somos dioses, o de aquel nombre y reputación que nos tienen puesto; y como vos sois mal agestado, crean que sois ídolo»; y el Heredia lo hizo según y de la manera que le fue mandado, porque era hombre que había sido soldado en Italia; y luego envió Cortés a llamar al cacique gordo e a todos los demás principales que estaban aguardando el ayuda y socorro, y les dijo: «Allá envío con vosotros este mi hermano, para que mate y eche todos los culúas de ese pueblo, y me traiga presos a los que no se quisieren ir». Y los caciques estaban elevados desque lo oyeron, y no sabían si lo creer o no, e miraban a Cortés, si hacía algún mudamiento en el rostro, que creyeron que era verdad lo que les decía; y luego el viejo Heredia, que iba con ellos, cargó su escopeta, e iba tirando tiros al aire por los montes porque lo oyesen e viesen los indios, y los caciques enviaron a dar mandado a los otros pueblos cómo llevan a un teule para matar a los mexicanos que estaban en Cingapacinga; y esto pongo aquí por cosa de risa, porque vean las mañas que tenía Cortés. Y cuando entendió que había llegado el Heredia al río que le había dicho, mandó de presto que le fuesen a llamar, y vueltos los caciques y el viejo Heredia, les tornó a decir Cortés a los caciques que por la buena voluntad que les tenía que el propio Cortés en persona con algunos de sus hermanos quería ir a hacerles aquel socorro y a ver aquellas tierras y fortalezas, y que luego le trajesen cien hombres tamemes para llevar los tepuzques, que son los tiros, y vinieron otro día por la mañana; y habíamos de partir aquel mismo día con cuatrocientos soldados y catorce de a caballo y ballesteros y escopeteros, que estaban

apercibidos; y ciertos soldados que eran de la parcialidad de Diego Velázquez dijeron que no querían ir, y que se fuese Cortés con los que quisiese; que ellos a Cuba se querían volver. Y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

Capítulo L

Cómo ciertos soldados de la parcialidad del Diego Velázquez, viendo que de hecho queríamos poblar y comenzamos a pacificar pueblos, dijeron que no querían ir a ninguna entrada, sino volverse a la isla de Cuba

Ya me habrán oído decir en el capítulo antes deste que Cortés había de ir a un pueblo que se dice Cingapacinga, y había de llevar consigo cuatrocientos soldados y catorce de a caballo y ballesteros y escopeteros, y tenían puestos en la memoria para ir con nosotros a ciertos soldados de la parcialidad del Diego Velázquez; e yendo los cuadrilleros a apercibirlos que saliesen luego con sus armas y caballos los que los tenían, respondieron soberbiamente que no querían ir a ninguna entrada, sino volverse a sus estancias y haciendas que dejaron en Cuba; que bastaba lo que habían perdido por sacarlos Cortés de sus casas, que les había prometido en el arenal que cualquiera persona que se quisiese ir que les daría licencia, navío y matalotaje; y a esta causa estaban siete soldados apercibidos para se volver a Cuba. Y como Cortés lo supo, los envió a llamar, y preguntando por qué hacían aquella cosa tan fea, respondieron algo alterados, y dijeron que se maravillaban querer poblar adonde había tanta fama de millares de indios y grandes poblaciones, con tan pocos soldados como éramos, y que ellos estaban dolientes y hartos de andar de una parte a otra, y que se querían ir a Cuba a sus casas y haciendas; que les diese luego licencia, como se lo había prometido; y Cortés les respondió mansamente que era verdad que se la prometió, mas que no harían lo que debían en dejar la bandera de su capitán desamparada; y luego les mandó que sin detenimiento ninguno se fuesen a embarcar,

y les señaló navío, y les mandó dar cazabe y una botija de aceite y otras de legumbres de bastimentos de lo que teníamos. Y uno de aquellos soldados, que se decía hulano Morón, vecino de la villa que se decía del Bayamo, tenía un buen caballo overo, labrado de las manos, y le vendió luego bien vendido a un Juan Ruano a trueco de otras haciendas que el Juan Ruano dejaba en Cuba; e ya que se querían hacer a la vela, fuimos todos los compañeros e alcaldes y regidores de nuestra Villa-Rica a requerir a Cortés que por vía ninguna no diese licencia a persona ninguna para salir de la tierra, porque así conviene al servicio de Dios nuestro señor y de su majestad; y que la persona que tal licencia pidiese le tuviese por hombre que merecía pena de muerte, conforme a las leyes de lo militar: pues quieren dejar a su capitán y bandera desamparada en la guerra e peligro, en especial habiendo tanta multitud de pueblos de indios guerreros como ellos han dicho. Y Cortés hizo como que les quería dar la licencia, mas a la postre se la revocó, y se quedaron burlados y aun avergonzados, y el Morón su caballo vendido, y el Juan Ruano, que lo hubo, no se lo quiso volver, y todo fue mañeado por Cortés; y fuimos nuestra entrada a Cingapacinga.

Capítulo LI

De lo que nos acaeció en Cingapacinga, y cómo a la vuelta que volvimos por Cempoal les derrocamos sus ídolos, otras cosas que pasaron

Como ya los siete hombres que se querían volver a Cuba estaban pacíficos, luego partimos con los soldados de infantería ya por mí nombrados, y fuimos a dormir al pueblo de Cempoal, y tenían aparejado para salir con nosotros dos mil indios de guerra en cuatro capitanías; y el primero día caminamos cinco leguas con buen concierto, y otro día a poco más de vísperas llegamos a las estancias que estaban junto al pueblo de Cingapacinga, e los naturales de él tuvieron noticia cómo íbamos; e ya que comenzábamos a subir por la fortaleza y casas, que estaban entre grandes riscos y peñascos, salieron de paz a nosotros ocho indios principales y papas, y dicen a Cortés llorando que por qué los quiere matar y destruir no habiendo hecho por qué, pues teníamos fama que a todos hacíamos bien y desagraviábamos a los que estaban robados, y habíamos prendido a los recaudadores de Moctezuma; y que aquellos indios de guerra de Cempoal que allí iban con nosotros estaban mal con ellos de enemistades viejas que habían tenido sobre tierras e términos, y que con nuestro favor les venían a matar y robar; y que es verdad que mexicanos solían estar en guarnición en aquel pueblo, y que pocos días había se habían ido a sus tierras cuando supieron que habíamos preso a otros recaudadores; y que le ruegan que no pase más adelante la cosa y les favorezca. Y como Cortés lo hubo muy bien entendido con nuestras lenguas doña Marina e Aguilar, luego con mucha brevedad mandó al capitán Pedro de Alvarado y al maestre de campo, que era Cristóbal de Olí, y a todos nosotros los compañeros que con

él íbamos, que detuviésemos a los indios de Cempoal que no pasasen más adelante; y así lo hicimos. Y por presto que fuimos a detenerlos, ya estaban robando en las estancias; de lo cual hubo Cortés gran enojo, y mandó que viniesen luego los capitanes que traían a cargo aquellos guerreros de Cempoal, y con palabras de muy enojado y de grandes amenazas les dijo que luego les trajesen los indios e indias y mantas y gallinas que habían robado en las estancias, y que no entre ninguno dellos en aquel pueblo; y que porque le habían mentido y venían a sacrificar y robar a sus vecinos con nuestro favor, eran dignos de muerte, y que nuestro rey y señor, cuyos vasallos somos, no nos envió a estas partes y tierras para que hiciesen aquellas maldades, y que abriesen bien los ojos no les aconteciese otra como aquella, porque no había que quedar hombre dellos a vida; y luego los caciques y capitanes de Cempoal trajeron a Cortés todo lo que habían robado, así indios como indias y gallinas, y se los entregó a los dueños cuyo era, y con semblante muy furioso les tornó a mandar que se saliesen a dormir al campo, y así lo hicieron. Y desque los caciques y papas de aquel pueblo y otros comarcanos vieron que tan justificados éramos, y las palabras amorosas que les decía Cortés con nuestras lenguas, y también las cosas tocantes a nuestra santa fe, como la teníamos de costumbre, y que dejasen el sacrificio y de se robar unos a otros, y las suciedades de sodomías, y que no adorasen sus malditos ídolos, y se les dijo otras muchas cosas buenas, tomáronnos de buena voluntad, que luego fueron a llamar a otros pueblos comarcanos, y todos dieron la obediencia a su majestad. Y allí luego dieron muchas quejas de Moctezuma, como las pasadas que habían dado los de Cempoal cuando estábamos en el pueblo de Quiahuistlán. Y otro día por la mañana Cortés mandó llamar a los capitanes y caciques de Cempoal, que estaban

en el campo aguardando para ver lo que les mandábamos, y aun muy temerosos de Cortés por lo que habían hecho en haberle mentido; y venidos delante, hizo amistades entre ellos y los de aquel pueblo, que nunca faltó por ninguno dellos. Y luego partimos para Cempoal por otro camino, y pasamos por dos pueblos amigos de los de Cingapacinga; y estábamos descansando, porque hacía recio sol y veníamos muy cansados con las armas a cuestas; y un soldado que se decía Fulano de Mora, natural de Ciudad-Rodrigo, tomó dos gallinas de una casa de indios de aquel pueblo, y Cortés, que lo acertó a ver, hubo tanto enojo de lo que delante de él hizo aquel soldado en los pueblos de paz en tomar las gallinas, que luego le mandó echar una soga a la garganta, y le tenían ahorcado si Pedro de Alvarado, que se halló junto a Cortés, no le cortara la soga con la espada, y medio muerto quedó el pobre soldado. He querido traer esto aquí a la memoria para que vean los curiosos lectores y aun los sacerdotes que ahora tienen cargo de administrar los santos sacramentos y doctrina a los naturales de estas partes, que porque aquel soldado tomó dos gallinas en un pueblo de paz, aína le costara la vida, y para que vean ahora ellos de qué manera se han de haber con los indios, e no tomarles sus haciendas. Después murió este soldado en una guerra en la provincia de Guatemala sobre un peñol. Volvamos a nuestra relación: que, como salimos de aquellos pueblos que dejamos de paz, yendo para Cempoal, estaba el cacique gordo, con otros principales, aguardándonos en unas chozas con comida; que, aunque son indios, vieron y entendieron que la justicia es santa y buena, y que las palabras que Cortés les había dicho, que veníamos a desagraviar y quitar tiranías, conformaban con lo que pasó en aquella entrada, y tuviéronnos en mucho más que de antes, y allí dormimos en aquellas chozas, y todos los caciques nos llevaron

acompañando hasta los aposentos de su pueblo; y verdaderamente quisieran que no saliéramos de su tierra, porque se temían de Moctezuma no enviase su gente de guerra contra ellos. Y dijeron a Cortés, pues éramos ya sus amigos, que nos quieren tener por hermanos, que será bien que tomásemos de sus hijas e parientas para hacer generación; y que para que más fijas sean las amistades trajeron ocho indias, todas hijas de caciques, y dieron a Cortés una de aquellas cacicas, y era sobrina del mismo cacique gordo, y otra dieron a Alonso Hernández Puertocarrero, y era hija de otro gran cacique que se decía Cuesco en su lengua; y traíanlas vestidas a todas ocho con ricas camisas de la tierra, y bien ataviadas a su usanza, y cada una dellas un collar de oro al cuello, y en las orejas zarcillos de oro, y venían acompañadas de otras indias para se servir dellas; y cuando el cacique gordo las presentó, dijo a Cortés: «Tecle (que quiere decir en su lengua señor), estas siete mujeres son para los capitanes que tienes, y esta, que es mi sobrina, es para ti, que es señora de pueblos y vasallos». Cortés las recibió con alegre semblante, y les dijo que se lo tenían en merced; mas para tomarlas, como dice que seamos hermanos, que hay necesidad que no tengan aquellos ídolos en que creen y adoran, que los traen engañados y que como él vea aquellas cosas malísimas en el suelo y que no sacrifiquen, que luego tendrán con nosotros muy más fija la hermandad; y que aquellas mujeres que se volverán cristianas primero que las recibamos, y que también habían de ser limpios de sodomías, porque tenían muchachos vestidos en hábito de mujeres que andaban a ganar en aquel maldito oficio; y cada día sacrificaban delante de nosotros tres o cuatro o cinco indios, y los corazones ofrecían a sus ídolos y la sangre pegaban por las paredes, y cortábanles las piernas y brazos y muslos, y los

comían como vaca que se trae de las carnicerías en nuestra tierra, y aun tengo creído que lo vendían por menudo en los tiangues, que son mercados; y que como estas maldades se quiten y que no lo usen, que no solamente les seremos amigos, mas que les hará que sean señores de otras provincias. Y todos los caciques, papas y principales respondieron que no les estaba bien de dejar sus ídolos y sacrificios, y que aquellos sus dioses les daban salud y buenas sementeras y todo lo que habían menester; y que en cuanto a lo de las sodomías, que pondrán resistencia en ello para que no se use más. Y como Cortés y todos nosotros vimos aquella respuesta tan desacatada y habíamos visto tantas crueldades y torpedades, ya por mí otra vez dichas, no las pudimos sufrir; y entonces nos habló Cortés sobre ello y nos trajo a la memoria unas santas y buenas doctrinas, y que ¿cómo podíamos hacer ninguna cosa buena si no volvíamos por la honra de Dios y en quitar los sacrificios que hacían a los ídolos? Y que estuviésemos muy apercibidos para pelear si nos lo viniesen a defender que no se los derrocásemos, y que, aunque nos costase las vidas, en aquel día habían de venir al suelo. Y puestos que estábamos todos muy a punto con nuestras armas, como lo teníamos de costumbre para pelear, les dijo Cortés a los caciques que los habían de derrocar. Y cuando aquello vieron, luego mandó el cacique gordo a otros sus capitanes que se apercibiesen muchos guerreros en defensa de sus ídolos; y cuando vio que queríamos subir en un alto cu, que es su adoratorio, que estaba alto y había muchas gradas, que ya no se me acuerda que tantas había, vimos al cacique gordo con otros principales muy alborotados y sañudos, y dijeron a Cortés que por qué les queríamos destruir. Y que si les hacíamos deshonor a sus dioses o se los quitábamos, que ellos perecerían, y aun nosotros con ellos. Y Cortés les respondió

muy enojado que otra vez les ha dicho que no sacrifiquen a aquellas malas figuras, porque no les traigan más engañados, y que a esta causa veníamos a quitar de allí, e que luego a la hora los quitasen ellos, si no, que luego los echaríamos a rodar por las gradas abajo; y les dijo que no los tendríamos por amigos, sino por enemigos mortales, pues que les daba buen consejo y no le querían creer; y porque habían visto que habían venido sus capitanes puestos en armas de guerreros, que está enojado con ellos y que se lo pagarán con quitarles las vidas. Y como vieron a Cortés que les decía aquellas amenazas, y nuestra lengua doña Marina que se lo sabía muy bien dar a entender y aun los amenazaba con los poderes de Moctezuma, que cada día los aguardaba, por temor desto dijeron que ellos no eran dignos de llegar a sus dioses, y que si nosotros los queríamos derrocar, que no era con su consentimiento, que se los derrocásemos e hiciésemos lo que quisiésemos. Y no lo hubo bien dicho, cuando subimos sobre cincuenta soldados y los derrocamos, y venían rodando aquellos sus ídolos hechos pedazos, y eran de manera de dragones espantables, tan grandes como becerros, y otras figuras de manera de medio hombre, y de perros grandes y de malas semejanzas; y cuando así los vieron hechos pedazos, los caciques y papas que con ellos estaban lloraban y tapaban los ojos, y en su lengua totonaque les decían que les perdonasen y que no era más en su mano ni tenían culpa, sino estos teules que les derruecan, e que por temor de los mexicanos no nos daban guerra. Y cuando aquello pasó, comenzaban las capitanías de los indios guerreros, que he dicho que venían a nos dar guerra, a querer flechar; y cuando aquello vimos, echamos mano al cacique gordo y a seis papas y a otros principales, y les dijo Cortés que si hacían algún descomedimiento de guerra que habían de morir todos ellos; y luego el cacique

gordo mandó a sus gentes que se fuesen delante de nosotros y que no hiciesen guerra; y como Cortés los vio sosegados, les hizo un parlamento, lo cual diré adelante, y así se apaciguó todo; y esta de Cingapacinga fue la primera entrada que hizo Cortés en la Nueva-España, y fue de harto provecho. Y no como dice el cronista Gómara, que matamos y prendimos y asolamos tantos millares de hombres en lo de Cingapacinga; y miren los curiosos que esto leyeren cuánto va del uno al otro, por muy buen estilo que lo dice en su Crónica, pues en todo lo que escribe no pasa como dice.

CAPÍTULO LII

Cómo Cortés mandó hacer un altar y se puso una imagen de nuestra señora y una cruz, y se dijo misa y se bautizaron las ocho indias

Como ya callaban los caciques y papas y todos los más principales, mandó Cortés que a los ídolos que derrocamos, hechos pedazos, que los llevasen adonde no pareciesen más y los quemasen; y luego salieron de un aposento ocho papas que tenían cargo dellos, y toman sus ídolos y los llevan a la misma casa donde salieron e los quemaron. El hábito que traían aquellos papas eran unas mantas prietas, a manera de sábana, y lobas largas hasta los pies, y unos como capillos que querían parecer a los que traen los canónigos, y otros capillos traían más chicos como los que traen los dominicos, y los cabellos traían largos hasta la cinta, y aun algunos hasta los pies, llenos de sangre pegada, y muy enredados, que no se podían esparcir, y las orejas hechas pedazos, sacrificadas dellas, y hedían como azufre, y tenían otro muy mal olor como de carne muerta. Y según decían, e alcanzamos a saber, aquellos papas eran hijos de principales y no tenían mujeres, mas tenían el maldito oficio de sodomías, y ayunaban ciertos días; y lo que yo les veía comer eran unos meollos o pepitas de algodón cuando lo desmotan, salvo si ellos no comían otras cosas que yo no se las pudiese ver. Dejemos a los papas y volvamos a Cortés, que les hizo un buen razonamiento con nuestras lenguas doña Marina y Jerónimo de Aguilar, y les dijo que ahora los teníamos como hermanos, y que les favorecería en todo lo que pudiese contra Moctezuma y sus mexicanos, porque ya envió a mandar que no les diesen guerra ni les llevasen tributo; y que pues en aquellos sus altos cues no habían de tener más ídolos, que él les quiere dejar una gran señora,

que es madre de nuestro señor Jesucristo, en quien creemos y adoramos, para que ellos también la tengan por señora y abogada; y sobre ello, y otras cosas de pláticas que pasaron, se les hizo un buen razonamiento, y tan bien propuesto, para según el tiempo, que no había más que decir; y se les declaró muchas cosas tocantes a nuestra santa fe, tan bien dichas como ahora los religiosos se lo dan a entender; de manera que los oían de buena voluntad. Y luego les mandó llamar todos los indios albañiles que había en aquel pueblo, y traer mucha cal, porque había mucha, y mandó que quitasen las costras de sangre que estaban en aquellos cues y que lo aderezasen muy bien, Y luego otro día se encaló y se hizo un altar con buenas mantas, y mandó traer muchas rosas de las naturales que había en la tierra, que eran bien olorosas, y muchos ramos, y lo mandó enramar y que lo tuviesen limpio y barrido a la continua; y para que tuviesen cargo dello, apercibió a cuatro papas que se trasquilasen el cabello, que lo traían largo, como otra vez he dicho, y que vistiesen mantas blancas y se quitasen las que traían, y que siempre anduviesen limpios y que sirviesen aquella santa imagen de nuestra señora, en barrer y enramar; y para que, tuviesen más cargo dello puso a un nuestro soldado cojo e viejo, que se decía Juan de Torres, de Córdoba, que estuviese allí por ermitaño, e que mirase que se hiciese cada día así como lo mandaba a los papas. Y mandó a nuestros carpinteros, otra vez por mí nombrados, que hiciesen una cruz y la pusiesen en un pilar que teníamos ya nuevamente hecho y muy bien encalado; otro día de mañana se dijo misa en el altar, la cual dijo el padre fray Bartolomé de Olmedo, y entonces se dio orden como con el incienso de la tierra se encensase a la santa imagen de nuestra señora y a la santa cruz, y también se les mostró hacer candelas de la cera de la tierra, y se les mandó que aquellas candelas siempre

estuviesen ardiendo en el altar, porque hasta entonces no se sabían aprovechar de la cera; y a la misa estuvieron los más principales caciques de aquel pueblo y de otros que se habían juntado. Y asimismo trajeron las ocho indias para volver cristianas, que todavía estaban en poder de sus padres y tíos, y se les dio a entender que no habían de sacrificar más ni adorar ídolos, salvo que habían de creer en nuestro señor Dios, y se les amonestó muchas cosas tocantes a nuestra santa fe, y se bautizaron, y se llamó a la sobrina del cacique gordo doña Catalina, y era muy fea; aquélla dieron a Cortés por la mano, y la recibió con buen semblante; a la hija de Cuesco, que era un gran cacique, se puso por nombre doña Francisca; ésta era muy hermosa para ser india, y la dio Cortés a Alonso Hernández Puertocarrero; las otras seis ya no se me acuerda el nombre de todas, mas sé que Cortés las repartió entre soldados. Y después desto hecho, nos despedimos de todos los caciques y principales, y dende adelante siempre les tuvieron muy buena voluntad, especialmente cuando vieron que recibió Cortés sus hijas y las llevamos con nosotros; y con muy grandes ofrecimientos que Cortés les hizo que les ayudaría, nos fuimos a nuestra Villa-Rica, y lo que allí se hizo lo diré adelante. Esto es lo que pasó en este pueblo de Cempoal, y no otra cosa que sobre ello hayan escrito el Gómara ni los demás cronistas.

Capítulo LIII

Cómo llegamos a nuestra Villa-Rica de la Veracruz, y lo que allí pasó

Después que hubimos hecho aquella jornada y quedaron amigos los de Cingapacinga con los de Cempoal, y otros pueblos comarcanos dieron la obediencia a su majestad, y se derrocaron los ídolos y se puso la imagen de nuestra señora y la santa cruz, y le puso por ermitaño el viejo soldado y todo lo por mí referido, fuimos a la villa y llevamos con nosotros ciertos principales de Cempoal, y hallamos que aquel día había venido de la isla de Cuba un navío, y por capitán de él un Francisco de Saucedo, que llamábamos «el Pulido»; y pusímosle aquel nombre porque en demasía se preciaba de galán y pulido, y decían que había sido maestresala del almirante de Castilla, y era natural de Medina de

Rioseco; y vino entonces Luis Marín, capitán que fue en lo de México, persona que valió mucho, y vinieron diez soldados; y traía el Saucedo un caballo y Luis Marín una yegua, y nuevas de Cuba, que le habían llegado al Diego Velázquez de Castilla las provisiones para poder rescatar y poblar; y los amigos del Diego Velázquez se regocijaron mucho, y más de que supieron que le trajeron provisión para ser adelantado de Cuba. Y estando en aquella villa sin tener en qué entender más de acabar de hacer la fortaleza, que todavía se entendía en ella, dijimos a Cortés todos los más soldados que se quedase aquello que estaba hecho en ella para memoria, pues estaba ya para enmaderar, y que había ya más de tres meses que estábamos en aquella tierra, e que sería bueno ir a ver qué cosa era el gran Moctezuma y buscar la vida y nuestra ventura, e que antes que nos metiésemos en camino que enviásemos a besar los pies a su

majestad y a darle cuenta de todo lo acaecido desde que salimos de la isla de Cuba; y también se puso en plática que enviásemos a su majestad el oro que se había habido, así rescatado como los presentes que nos envió Moctezuma. Y respondió Cortés que era muy bien acordado y que ya lo había puesto él en plática con ciertos caballeros; y porque en lo del oro por ventura habría algunos soldados que querrían sus partes, y si se partiese que sería poco lo que se podría enviar, por esta causa dio cargo a Diego de Ordás y a Francisco de Montejo, que eran personas de negocios, que fuesen de soldado en soldado de los que se tuviesen sospecha que demandarían las partes del oro, y les decían estas palabras: «Señores, ya veis que queremos hacer un presente a su majestad del oro que aquí hemos habido, y para ser el primero que enviamos destas tierras había ser mucho más; parécenos que todos le sirvamos con las partes que nos caben; los caballeros y soldados que aquí estamos escritos, tenemos firmado cómo no queremos parte ninguna dello, sino que sirvamos a su majestad con ello porque nos haga mercedes. El que quisiere su parte no se le negará; el que no la quisiere haga lo que todos hemos hecho, fírmelo aquí»; y desta manera todos los firmaron a una. Y hecho esto, luego se nombraron para procuradores que fuesen a Castilla a Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo, porque ya Cortés le había dado sobre dos mil pesos por tenerle de su parte. Y se mandó apercibir el mejor navío de toda la flota, y con dos pilotos, que fue uno Antón de Alaminos, que sabía cómo habían de desembocar por la canal de Bahama, porque él fue el primero que navegó por aquella canal; y también apercibimos quince marineros, y se les dio todo recaudo de matalotaje. Y esto apercibido, acordamos de escribir y hacer saber a su majestad todo lo acaecido, y Cortés escribió por sí, según él nos dijo, con

recta relación; mas no vimos su carta; y el cabildo escribió juntamente con diez soldados de los que fuimos en que se poblase la tierra, y le alzamos a Cortés por general; y con toda verdad que no faltó cosa ninguna en la carta, e iba yo firmado en ella; y demás destas cartas y relaciones, todos los capitanes y soldados juntamente escribimos otra carta y relación. Y lo que se contenía en la carta que escribimos es lo siguiente.

CAPÍTULO LIV

De la relación y carta que escribimos a su majestad con nuestros procuradores Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo, la cual iba firmada de algunos capitanes y soldados

Después de poner en el principio aquel muy debido acato que somos obligados a tan gran majestad del emperador nuestro señor, que fue así: «Siempre sacra, católica, cesárea, real majestad»; y poner otras cosas que se convenían decir en la relación y cuenta de nuestra vida y viaje, cada CAPÍTULO por sí, fue esto que aquí diré en suma breve. Cómo salimos de la isla de Cuba con Hernando Cortés, los pregones que se dieron, cómo veníamos a poblar, y que Diego Velázquez secretamente enviaba a rescatar, y no a poblar; cómo Cortés se quería volver con cierto oro rescatado, conforme a las instrucciones que de Diego Velázquez traía, de las cuales hicimos presentación; cómo hicimos a Cortés que poblase y le nombramos por capitán general y justicia mayor hasta que otra cosa su majestad fuese servido mandar; cómo le prometimos el quinto de lo que se hubiese, después de sacado su real quinto; cómo llegamos a Cozumel y por qué ventura se hubo Jerónimo de Aguilar en la punta de Cotoche, y de la manera que decía que allí aportó él y un Gonzalo Guerrero, que se quedó con los indios por estar casado y tener hijos y estar ya hecho indio; cómo legamos a Tabasco, y de las guerras que nos dieron y batallas que con ellos tuvimos; cómo los atrajimos de paz; cómo a do quiera que llegamos se les hacen buenos razonamientos para que dejen sus ídolos, y se les declara las cosas tocantes a nuestra santa fe; cómo dieron la obediencia a su real majestad y fueron los primeros vasallos que tiene en aquestas partes;

cómo hicieron un presente de mujeres, y en él una cacica, para india, de mucho ser, que sabe la lengua de México, que es la que se usa en toda la tierra, y que con ella y el Aguilar tenemos verdaderas lenguas; cómo desembarcamos en San Juan de Ulúa, y de las pláticas de los embajadores del gran Moctezuma, y quién era el gran Moctezuma y lo que se decía de sus grandeza s y del presente que trajeron; y cómo fuimos a Cempoal, que es un pueblo grande, y desde allí a otro pueblo que se dice Quiahuistlán, que estaba en fortaleza, y cómo se hizo la liga y confederación con nos otros y quitaron la obediencia a Moctezuma en aquel pueblo; de más de treinta pueblos que todos le dieron la obediencia y están en su real patrimonio, y la ida de Cingapacinga; cómo hicimos la fortaleza; y que ahora estamos de camino para ir la tierra adentro hasta vernos con el Moctezuma. Cómo aquella tierra es muy grande y de muchas ciudades y muy pobladísima, y los naturales grandes guerreros; cómo entre ellos hay mucha diversidad de lenguas y tienen guerra unos con otros; cómo son idólatras y se sacrifican y, matan en sacrificios muchos hombres e niños y mujeres, y comen carne humana y usan otras torpedades; cómo el primer descubridor fue un Francisco Hernández de Córdoba, y luego cómo vino Juan de Grijalva. E que ahora al presente le servimos con el oro que hemos habido, que es el sol de oro y la luna de plata y un casco de oro en granos como se coge en las minas, y muchas diversidades y géneros de piezas de oro hechas de muchas maneras; mantas de algodón muy labradas de plumas, y primas; otras muchas piezas de oro, que fueron mosqueadores, rodelas y otras cosas que ya no se me acuerda, como ha ya tantos años que pasó; también enviamos cuatro indios que quitamos en Cempoal, que tenían a engordar en unas jaulas de madera para después de gordos sacrificarlos y comérselos. Y después

de hecha esta relación e otras cosas, dimos cuenta y relación cómo quedábamos en estos sus reinos cuatrocientos y cincuenta soldados, a muy gran peligro entre tanta multitud del pueblo y gentes belicosos y muy grandes guerreros, para servir a Dios y a su real corona; y le suplicamos que en todo lo que se nos ofreciese nos haga mercedes. Y que no hiciese merced de la gobernación destas tierras ni de ningunos oficios reales a persona ninguna, porque son tales ricas y de grandes pueblos y ciudades, que conviene para un infante o gran señor; y tenemos pensamiento que, como don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, es su presidente y manda a todas las Indias, que lo dará a algún su deudo o amigo, especialmente a un Diego Velázquez que está por gobernador en la isla de Cuba; y la causa es, por qué se le dará la gobernación o otro cualquier cargo, que siempre le sirve con presentes de oro, y le ha dejado en la misma isla pueblos de indios que le sacan oro de las minas; de lo cual había primeramente de dar los mejores pueblos a su real corona, y no le dejó ninguno, que solamente por esto es digno de que no se le hagan mercedes; y que como en todo somos sus muy leales servidores, y hasta fenecer nuestras vidas le hemos de servir, se lo hacemos saber para que tenga noticia de todo; y que estamos determinados que, hasta que sea servido que nuestros procuradores que allá enviamos besen sus reales pies y vea nuestras cartas y nosotros veamos su real firma, que entonces, los pechos por tierra, para obedecer sus reales mandos; y que si el obispo de Burgos por su mandado nos envía a cualquiera persona a gobernar o ser capitán, que primero que le obedezcamos se lo haremos saber a su real persona a do quiera que estuviere, y lo que fuere servido de mandar, que le obedeceremos como mando de nuestro rey y señor, como somos obligados; y demás destas relaciones, le

suplicamos que entre tanto que otra cosa sea servido mandar, que le hiciese merced de la gobernación a Hernando Cortés; y dimos tantos loores de él y que es tan gran servidor suyo, hasta ponerlo en las nubes. Y después de haber escrito todas estas relaciones con todo el mayor acato y humildad que pudimos y convenía, y cada capítulo por sí, y declaramos cada cosa cómo y cuándo y de qué arte pasaron, como carta para nuestro rey y señor, y no del arte que va aquí en esta relación; y la firmamos todos los capitanes y soldados que éramos de la parte de Cortés, e fueron dos cartas duplicadas; y nos rogó que se la mostrásemos, y como vio la relación tan verdadera y los grandes loores que dél dábamos, hubo mucho placer y dijo que nos lo tenía en merced, con grandes ofrecimientos que nos hizo; empero no quisiera que dijéramos en ella ni mentáramos del quinto del oro que le prometimos, ni que declaráramos quiénes fueron los primeros descubridores; porque, según entendimos, no hacía en su carta relación de Francisco Hernández de Córdoba ni del Grijalva, sino a él solo se atribuía el descubrimiento y la honra e honor de todo; y dijo que ahora al presente aquello estuviera mejor por escribir, y no dar relación dello a su majestad; y no faltó quien le dijo que a nuestro rey y señor no se le ha de dejar de decir todo lo que pasa. Pues ya escritas estas cartas y dadas a nuestros procuradores, les encomendamos mucho que por vía ninguna entrasen en la Habana ni fuesen a una estancia que tenía allí el Francisco de Montejo, que se decía el Marien, que era puerto para navíos, porque no alcanzase a saber el Diego Velázquez lo que pasaba; y no lo hicieron así, como adelante diré. Pues ya puesto todo a punto para se ir a embarcar, dijo misa el padre de la Merced, y encomendándoles al Espíritu Santo que les guiase, en 26 días del mes de julio de 1519 años partieron de San Juan de

Ulúa a La Habana; y el Francisco de Montejo con grandes importunaciones convocó e atrajo al piloto Alaminos guiase a su estancia, diciendo que iba a tomar bastimento de puercos y cazabe, hasta que le hizo hacer lo que quiso. Fue a surgir a su estancia, porque el Puertocarrero iba muy malo, y no hizo cuenta de él; y la noche que allí llegaron, desde la nao echaron un marinero en tierra con cartas e avisos para el Diego Velázquez; y supimos que el Montejo le mandó que fuese con las cartas, y en posta fue el marinero por la isla de Cuba de pueblo en pueblo publicando todo lo aquí por mí dicho, hasta que el Diego Velázquez lo supo. Y lo que sobre ello hizo, adelante lo diré.

Capítulo LV

Cómo Diego Velázquez, gobernador de Cuba, supo por cartas muy por cierto que enviábamos procuradores con embajadas y presentes a nuestro rey, y lo que sobre ello se hizo

Como Diego Velázquez, gobernador de Cuba, supo las nuevas, así por las cartas que le enviaron secretas y dijeron que fueron del Montejo, como lo que dijo el marinero que se halló presente en todo lo por mí dicho en el capítulo pasado, que se había echado a nado para le llevar las cartas; y cuando entendió del gran presente de oro que enviábamos a su majestad y supo quién eran los embajadores, temió y decía palabras muy lastimosas e maldiciones contra Cortés y su secretario Duero y del contador Amador de Lares, y de presto mandó armar dos navíos de poco porte, grandes veleros, con toda la artillería y soldados que pudo haber y con dos capitanes que fueron en ellos, que se decían Gabriel de Rojas, y el otro capitán se decía hulano de Guzmán, y les mandó que fuesen hasta la Habana, y que en todo caso le trajesen presa la nao en que iban nuestros procuradores y todo el oro que llevaban; y de presto, así como lo mandó, llegaron en ciertos días a la canal de Bahama, y preguntaban los de los navíos a barcos que andaban por la mar de acarreto que si habían visto ir una nao de mucho porte, y todos daban noticia della y que ya sería desembocada por la canal de Bahama, por que siempre tuvieron buen tiempo; y después de andar barloventeando con aquellos dos navíos entre la canal y la Habana, y no hallaron recado de lo que venían a buscar, se volvieron a Santiago de Cuba; y si triste estaba el Diego Velázquez antes que enviase los navíos, muy más se acongojó cuando los vió volver de aquel arte; y luego le aconsejaron sus

amigos que se enviase a quejar a España al obispo de Burgos, que estaba por presidente de Indias, que hacía mucho por él; y también envió a dar sus quejas a la isla de Santo Domingo a la audiencia real que en ella residía y a los frailes jerónimos que estaban por gobernadores en ella, que se decían fray Luis de Figueroa y fray Alonso de Santo Domingo y fray Bernardino de Manzanedo; los cuales religiosos solían estar y residir en el monasterio de la Mejorada, que es dos leguas de Medina del Campo, y envían en posta un navío a la Española y danles muchas quejas de Cortés y de todos nosotros. Y como alcanzaron a saber en la real audiencia nuestros grandes servicios, la respuesta que le dieron los frailes fue que a Cortés y a los que con él andábamos en las guerras no se nos podía poner culpa, pues sobre todas cosas acudíamos a nuestro rey y señor, y le enviábamos tan gran presente, que otro como él no se había visto de muchos tiempos pasados en nuestra España, y esto dijeron porque en aquel tiempo y sazón no había Perú ni memoria de él; y también le enviaron a decir que antes éramos dignos de que su majestad nos hiciese muchas mercedes. Entonces le enviaron al Diego de Velázquez a Cuba a un licenciado que se decía Zuazo, para que le tomase residencia, o a lo menos había pocos meses que había llegado a la isla de Cuba; y como aquella respuesta le trajeron al Diego Velázquez, se acongojó mucho más; y como de antes era muy gordo, se paró flaco en aquellos días; y luego con gran diligencia mandó buscar todos los navíos que pudo haber en la isla de Cuba y apercibir soldados y capitanes, y procuró enviar una recia armada para prender a Cortés y a todos nosotros; y tanta diligencia puso, que él mismo en persona andaba de villa en villa y en unas estancias y en otras, y escribía, a todas las partes de la isla donde él no podía ir, a rogar a sus amigos

fuesen a aquella jornada; por manera que en obra de once meses o un año allegó diez y ocho velas grandes y pequeñas y sobre mil y trescientos soldados entre capitanes y marineros; porque, como le verían, del arte que he dicho, andar tan apasionado y corrido, todos los más principales vecinos de Cuba, así los parientes como los que tenían indios, se aparejaron para le servir, y también envió por capitán general de toda la armada a un hidalgo que se decía Pánfilo de Narváez, hombre alto de cuerpo y membrudo, y hablaba algo entonado, como medio de bóveda; y era natural de Valladolid, casado en la isla de Cuba con una dueña que se llamaba María de Valenzuela, ya viuda, y tenía buenos pueblos de indios y era muy rico. Donde lo dejaré ahora haciendo y aderezando su armada, y volveré a decir de nuestros procuradores y su buen viaje; y porque en una sazón acontecían tres y cuatro cosas, no puedo seguir la relación y materia de lo que voy hablando por dejar de decir lo que más viene al propósito; y a esta causa no me culpen porque salgo y me aparto de la orden por decir lo que más adelante pasa.

Capítulo LVI

Cómo nuestros procuradores con buen tiempo desembocaron la canal de Bahama y en pocos días llegaron a Castilla, y lo que en la corte les sucedió

Ya he dicho que partieron nuestros procuradores del puerto de San Juan de Ulúa en 6 del mes de julio de 1519 años, y con buen viaje llegaron a la Habana, y luego desembarcaron la canal, e diz que aquella fue la primera vez que por allí navegaron, y en poco tiempo llegaron a las islas de la Tercera, y desde allí a Sevilla, y fueron en posta a la corte, que estaba en Valladolid, y por presidente del real consejo de Indias don Juan Rodríguez de Fonseca, que era obispo de Burgos, y se nombraba arzobispo de Rosano y mandaba toda la corte, porque el emperador nuestro señor estaba en Flandes y era mancebo; y como nuestros procuradores le fueron a besar las manos al presidente muy ufanos, creyendo que les hiciera mercedes, y darle nuestras cartas y relaciones y a presentar todo el oro y joyas, le suplicaron que luego hiciese mensajero a su majestad y le enviasen aquel presente y cartas, y que ellos mismos irían con ello a besar sus reales pies; y porque se lo dijeron, les mostró mala cara y peor voluntad, y aun les dijo palabras mal miradas que nuestros embajadores estuvieron para le responder; de manera que se reportaron y dijeron que mirase su señoría los grandes servicios que Cortés y sus compañeros hacíamos a su majestad, y que le suplicaban otra vez que todas aquellas joyas de oro, cartas y relaciones las enviase luego a su majestad para que sepa todo lo que pasa, y que ellos irían con él. Y les tornó a responder muy soberbiamente, y aun les mandó que no tuviesen ellos cargo dello, que él escribiría lo que pasaba, y no lo que le decían,

pues se habían levantado contra el Diego Velázquez; y pasaron otras muchas palabras agrias; y en esta sazón llegó a la corte el Benito Martín, capellán de Diego Velázquez, otra vez por mí nombrado, dando muchas quejas de Cortes y de todos nosotros, de que el obispo se airó mucho más contra nosotros; y porque el Alonso Hernández Puertocarrero, como era caballero primo del conde de Medellín, y porque el Montejo no osaba desagradar al presidente, decía al obispo que le suplicaba muy ahincadamente que sin pasión fuesen oídos y que no dijese las palabras que decía, y que luego enviase aquellos recaudos así como los traían a su majestad, y que éramos servidores de la real corona, y que eran dignos de mercedes, y no de ser por palabras afrentados. Cuando oyó el obispo le mandó echar preso, porque le informaron que había sacado de Medellín tres años había una mujer que se decía María Rodríguez, y la llevó a las Indias. Por manera que todos nuestros servicios y los presentes de oro estaban del arte que aquí he dicho; y acordaron nuestros embajadores de callar hasta su tiempo e lugar. Y el obispo escribió a su majestad a Flandes en favor de su privado e amigo Diego Velázquez, y muy malas palabras contra Hernando Cortés y contra todos nosotros; mas no hizo relación de ninguna manera de las cartas que le enviávamos, salvo que se había alzado Hernando Cortés al Diego Velázquez, y otras cosas que dijo. Volvamos a decir del Alonso Hernández Puertocarrero y del Francisco de Montejo, y aun de Martín Cortés, padre del mismo Cortés, y de un licenciado Núñez, relator del real consejo de su majestad, y cercano pariente de Cortés, que hacían por él: acordaron de enviar mensajeros a Flandes con otras cartas como las que dieron al obispo de Burgos, porque iban duplicadas las que enviamos con los procuradores, y escribieron a su majestad todo lo que

pasaba e la memoria de las joyas de oro del presente, y dando quejas del obispo, y descubriendo sus tratos que tenía con el Diego Velázquez; y aun otros caballeros les favorecieron, que no estaban muy bien con el don Juan Rodríguez de Fonseca: porque, según decían, era malquisto por muchas demasías y soberbias que mostraba con los grandes cargos que tenía; y como nuestros grandes servicios eran por Dios nuestro señor y por majestad, y siempre poníamos nuestras fuerzas en ello, quiso Dios que su majestad lo alcanzó a saber muy claramente; y como lo vio y entendió, fue tanto el contentamiento que mostró, y los duques, marqueses y condes y otros caballeros que estaban en su real corte, que en otra cosa no hablaban por algunos días sino de Cortés y de todos nosotros los que le ayudamos en las conquistas, y de las riquezas que destas partes le enviamos; y así por esto como por las cartas glosadas que sobre ello le escribió el obispo de Burgos, desque vio su majestad que todo era al contrario de la verdad, desde allí adelante le tuvo mala voluntad al obispo, especialmente que no envió todas las piezas de oro, e se quedó con gran parte dellas. Todo lo cual alcanzó a saber el mismo obispo, que se lo escribieron desde Flandes, de lo cual recibió muy grande enojo; y si, de antes que fuesen nuestras cartas ante su majestad, el obispo decía muchos males de Cortés y de todos nosotros, de allí adelante a boca llena nos llamaba traidores; mas quiso Dios que perdió la furia y braveza, que desde ahí a dos años fue recusado y aun quedó corrido y afrentado, y nosotros quedamos por muy leales servidores, como adelante diré de que venga a coyuntura; y escribió su majestad que presto vendría a Castilla y entendería en lo que nos conviene, e nos haría mercedes. Y porque adelante lo diré muy por extenso cómo y de qué manera pasó, se quedará aquí así: y nuestros procuradores aguardando la

venida de su majestad. Y antes que más pase adelante quiero decir, por lo que me han preguntado ciertos caballeros muy curiosos y aun tienen razón de lo saber, que ¿cómo puedo yo escribir en esta relación lo que no vi, pues estaba en aquella sazón en las conquistas de la Nueva España cuando los procuradores dieron las cartas, recaudos y presente de oro que llevaban para su majestad, y tuvieron aquellas contiendas con el obispo de Burgos? A esto digo que nuestros procuradores nos escribían a los verdaderos conquistadores lo que pasaba, así lo del obispo de Burgos como lo que su majestad fue servido mandar en nuestro favor, letra por letra en CAPÍTULOS, y de qué manera pasaba; y Cortés nos enviaba otras cartas, que recibía de nuestros procuradores, a las villas donde vivíamos en aquella sazón, para que viésemos cuán bien negociábamos con su majestad y qué grande contrario teníamos en el obispo de Burgos. Y esto doy por descargo de lo que me preguntaban aquellos caballeros que dicho tengo. Dejemos esto, y digamos en otro capítulo lo que en nuestro real pasó.

Capítulo LVII

Cómo después que partieron nuestros embajadores para su majestad con todo el oro y relaciones: de lo que en el real se hizo, y la justicia que Cortés mandó hacer

Desde a cuatro días que partieron nuestros procuradores para ir ante el emperador nuestro señor, como dicho habemos, y los corazones de los hombres son de muchas calidades e pensamientos, parece ser que unos amigos y criados del Diego Velázquez, que se decían Pedro Escudero y un Juan Cermeño, y un Gonzalo de Umbría, piloto, y Bernardino de Coria, vecino que fue después de Chiapa, padre de un hulano Centeno, y un clérigo que se decía Juan Díaz, y ciertos hombres de la mar que se decían Peñates, naturales de Gibraleón, estaban mal con Cortés, los unos porque no les dio licencia para se volver a Cuba, como se la habían prometido, y otros porque no les dio parte del oro que enviamos a Castilla; los Peñates porque los azotó en Cozumel, como ya otra vez tengo dicho, cuando hurtaron los tocinos a un soldado que se decía Berrio; acordaron todos de tomar un navío de poco porte e irse con él a Cuba a dar mandado al Diego Velázquez, para avisarle cómo en la Habana podían tomar en la estancia de Francisco de Montejo a nuestros procuradores con el oro y recaudos; que, según pareció, de otras personas principales que estaban en nuestro real fueron aconsejados que fuesen a aquella estancia que he dicho, y aun escribieron para que el Diego Velázquez tuviese tiempo de haberlos a las manos. Por manera que las personas que he dicho ya tenían metido matalotaje, que era pan cazabe, aceite, pescado y agua, y otras pobrezas de lo que podían haber; e ya que se iban a embarcar, y era a más de media noche, el uno dellos, que

era el Bernardino de Coria, parece ser se arrepintió de se volver a Cuba, y lo fue a hacer saber a Cortés. E como lo supo, e de qué manera y cuántos e por qué causas se querían ir, y quien fueron en los consejos y tramas para ello, les mandó luego sacar las velas, aguja y timón del navío, y los mandó echar presos y les tomó sus confesiones, y confesaron la verdad, y condenaron a otros que estaban con nosotros, que se disimuló por el tiempo, que no permitía otra cosa; y por sentencia que dio, mandó ahorcar al Pedro Escudero y a Juan Cermeño, y a cortar los pies al piloto Gonzalo de Umbría, y azotar a los marineros Peñates, a cada doscientos azotes; y el padre Juan Díaz si no fuera de misa también lo castigara, mas metióle harto temor. Acuérdome que cuando Cortés firmó aquella sentencia dijo con grandes suspiros y sentimientos: «¡Oh, quién no supiera escribir, para no firmar muertes de hombres!» Y paréceme que aqueste dicho es muy común entre los jueces que sentencian algunas personas a muerte, que lo tomaron de aquel cruel Nerón en el tiempo que dio muestras de buen emperador. Y así como se hubo ejecutado la sentencia, se fue Cortés luego a mata caballo a Cempoal, que es cinco leguas de la villa, y nos mandó que luego fuésemos tras él doscientos soldados y todos los de a caballo; y acuérdome que Pedro de Alvarado, que había tres días que le había enviado Cortés con otros doscientos soldados por los pueblos de la sierra porque tuviesen qué comer, porque en nuestra villa pasábamos mucha necesidad de bastimentos, y le mandó que se fuese a Cempoal para que allí diéramos orden de nuestro viaje a México. Por manera que el Pedro de Alvarado no se halló presente cuando se hizo la justicia que dicho tengo. Y cuando nos vimos juntos en Cempoal, la orden que se dio en todo diré adelante.

Capítulo LVIII

Cómo acordamos de ir a México, y antes que partiésemos dar con todos los navíos al través, y lo que más pasó; y esto de dar con los navíos al través fue por consejo e acuerdo de todos nosotros los que éramos amigos de Cortés

Estamos en Cempoal, como dicho tengo, platicando con Cortés en las cosas de la guerra y camino para adelante, de plática en plática le aconsejamos los que éramos sus amigos que no dejase navío en el puerto ninguno, sino que luego diese al través con todos, y no quedasen ocasiones, porque entre tanto que estábamos la tierra adentro no se alzasen otras personas como los pasados; y demás desto, que teníamos mucha ayuda de los maestres, pilotos y marineros, que serían al pie de cien personas, y que mejor nos ayudarían a pelear y guerrear que no estando en el puerto; y según vi y entendí, esta plática de dar con los navíos al través que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenía ya concertado, sino que quiso que saliese de nosotros, porque si algo le demandasen que pagase los navíos, que era por nuestro consejo, y todos fuésemos en los pagar. Y luego mandó a un Juan Escalante, que era alguacil mayor y persona de mucho valor y gran amigo de Cortés, y enemigo de Diego Velázquez porque en la isla de Cuba no le dio buenos indios, que luego fuese a la villa, y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas, cables, velas y lo que dentro tenían de que se pudiesen aprovechar, y que diese con todos ellos al través, que no quedasen más de los bateles; e que los pilotos e maestres viejos y marineros que no eran buenos para ir a la guerra, que se quedasen en la villa, y con dos chinchorros que tuviesen cargo de pescar, que en aquel puerto siempre había pescado, aunque no

mucho; y el Juan de Escalante lo hizo según y de la manera que le fue mandado, y luego se vino a Cempoal con una capitanía de hombres de la mar, que fueron los que sacaron de los navíos, y salieron algunos dellos muy buenos soldados. Pues hecho esto, mandó Cortés llamar a todos los caciques de la serranía de los pueblos nuestros confederados, y rebelados al gran Moctezuma, y les dijo cómo habían de servir a los que quedaban en la Villa Rica, e acabar de hacer la iglesia, fortaleza y casas; y allí delante dellos tomó Cortés por la mano al Juan de Escalante, y les dijo: «Este es mi hermano»; y que lo que les mandase que lo hiciesen; e que si hubiesen menester favor e ayuda contra algunos indios mexicanos, que a él recurriesen, que él iría en persona a les ayudar. Y todos los caciques se ofrecieron de buena voluntad de hacer lo que les mandase; e acuérdome que luego le zahumaron al Juan de Escalante con sus inciensos, y aunque no quiso. Ya he dicho era persona muy bastante para cualquier cargo y amigo de Cortés, y con aquella confianza le puso en aquella villa y puerto por capitán, para si algo enviase Diego Velázquez, que hubiese resistencia. Dejarlo he aquí, y diré lo que pasó. Aquí es donde dice el cronista Gómara que mandó Cortés barrenar los navíos y también dice el mismo que Cortés no osaba publicar a los soldados que quería ir a México en busca del gran Moctezuma. Pues ¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante, y estarnos en partes que no tengamos provecho e guerras? También dice el mismo Gómara que Pedro de Ircio quedó por capitán en la Veracruz; no le informaron bien. Digo que Juan de Escalante fue el que quedó por capitán y alguacil mayor de la Nueva España, que aún al Pedro de Ircio no le habían dado cargo ninguno, ni aun de cuadrillero, ni era para ello; ni es justo dar a nadie lo que no tuvo, ni quitarlo a quien lo

tuvo.

Capítulo LIX

De un razonamiento que Cortés nos hizo después de haber dado con los navíos al través, y cómo aprestamos nuestra ida para México

Después de haber dado con los navíos al través a ojos vistas, y no como lo dice el cronista Gómara, una mañana, después de haber oído misa, estando que estábamos todos los capitanes y soldados juntos hablando con Cortés en cosas de la guerra, dijo que nos pedía por merced que le oyésemos, y propuso un razonamiento desta manera: «Que ya habíamos entendido la jornada a que íbamos, y mediante nuestro señor Jesucristo habíamos de vencer todas las batallas y rencuentros, y que habíamos de estar tan prestos para ello como convenía; porque en cualquier parte que fuésemos desbaratados (lo cual Dios no permitiese) no podríamos alzar cabeza, por ser muy pocos, y que no teníamos otro socorro ni ayuda sino el de Dios, porque ya no teníamos navíos para ir a Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes; y sobre ello dijo otras muchas comparaciones de hechos heroicos de los romanos». Y todos a una le respondimos que haríamos lo que ordenase; que echada estaba la suerte de la buena o mala ventura, como dijo Julio César sobre el Rubicón, pues eran todos nuestros servicios para servir a Dios y a su majestad. Y después deste razonamiento, que fue muy bueno, cierto que con otras palabras más melosas y elocuencia que yo aquí las digo, luego mandó llamar al cacique gordo, y le tornó a traer a la memoria que tuviese muy reverenciada y limpia la iglesia y cruz; e demás desto le dijo que él se quería partir luego para México a mandar a Moctezuma que no robe ni sacrifique; e que ha menester doscientos indios tamemes para llevar el artillería, que ya he dicho otra vez que llevan dos arrobas a

cuestas e andan con ellas cinco leguas; y también les demandó cincuenta principales hombres de guerra que fuesen con nosotros. Estando desta manera para partir, vino de la Villa Rica un soldado con una carta del Juan de Escalante, que ye le había mandado otra vez Cortés que fuese a la villa para que le enviase otros soldados, y lo que en la carta decía el Escalante era que andaba un navío por la costa, y que le había hecho ahumadas y otras grandes señas, y había puesto unas mantas blancas por banderas, y que cabalgó a caballo con una capa de grana colorada porque lo viesen los del navío; y que le pareció a él que bien vieron las señas, banderas, caballo y capa, y no quisieron venir al puerto; y que luego envió españoles a ver en qué paraje iba, y le trajeron respuesta que tres leguas de allí estaba surto, cerca de una boca de un río; y que se lo hace saber para ver lo que manda. Y como Cortés vio la carta, mandó luego a Pedro de Alvarado que tuviese cargo de todo el ejército que estaba allí en Cempoal, y juntamente con él a Gonzalo de Sandoval, que ya daba muestras de varón muy esforzado, como siempre lo fue. Y éste fue el primer cargo que tuvo el Sandoval; y aun sobre que le dio entonces aquel cargo, que fue el primero, y se lo dejó de dar a Alonso de Ávila, tuvieron ciertas cosquillas el Alonso de Ávila y el Sandoval.

Volvamos a nuestro cuento, y es, que luego Cortés cabalgó con cuatro de a caballo que le acompañaron, y mandó que le siguiésemos cincuenta soldados de los más sueltos, porque Cortés nos nombró los que habíamos de ir con él; y aquella noche llegamos a la Villa Rica. Y lo que allí pasamos diré adelante.

CAPÍTULO LX

Cómo Cortés fue adonde estaba surto el navío, y prendimos seis soldados y marineros que del navío hubimos, y lo que sobre ello pasó

Así como llegamos a la Villa Rica, como dicho tengo, vino Juan de Escalante a hablar a Cortés, y le dijo que sería bien ir luego aquella noche al navío, por ventura no alzase velas y se fuese, y que reposase el Cortés, que él iría con veinte soldados. Y Cortés dijo que no podía reposar; «que cabra coja no tenga siesta», que él quería ir en persona con los soldados que consigo traía; y antes que bocado comiésemos comenzamos a caminar la costa adelante, y topamos en el camino a cuatro españoles que venían a tomar posesión en aquella tierra por Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, los cuales enviaba un capitán que estaba poblando de pocos días había en el río de Pánuco, que se llamaba Alonso álvarez de Pineda o Pinedo; y los cuatro españoles que tomamos se decían Guillén de la Loa, éste venía por escribano; y los testigos que traía para tomar la posesión se decían Andrés Núñez, y era carpintero de ribera, y el otro se decía maestre Pedro el de la Arpa, y era valenciano; el otro no me acuerdo el nombre. Y como Cortés hubo bien entendido cómo venían a tomar posesión en nombre de Francisco Garay, e supo que quedaba en Jamaica y enviaba capitanes, preguntóles Cortés que por qué título o por qué vía venían aquellos capitanes. Respondieron los cuatro hombres que en el año de 1518, como había fama, de todas las islas de las tierras que descubrimos cuando lo de Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva, y llevamos a Cuba los veinte mil pesos de oro a Diego Velázquez, que entonces tuvo relación el Garay del piloto Antón de Alaminos y de otro

piloto que habíamos traído con nosotros, que podía pedir a su majestad desde el río de San Pedro y San Pablo por la banda del norte todo lo que descubrirse; y como el Garay tenía en la corte quien le favoreciese con el favor que esperaba, envió un mayordomo suyo que se decía Torralva, a lo negociar, y trajo provisiones para que fuese adelantado y gobernador desde el río de San Pedro y San Pablo y todo lo que descubriese; y por aquellas provisiones envió luego tres navíos con hasta doscientos y setenta soldados con bastimentos y caballos, con el capitán por mí nombrado, que se decía Alonso álvarez Pineda o Pinedo, y que estaba poblando en un río que se dice Pánuco, obra de setenta leguas de allí; y que ellos hicieron lo que su capitán les mandó, y que no tienen culpa. Y como lo hubo entendido Cortés, con palabras amorosas les halagó y les dijo que si podríamos tomar aquel navío; y el Guillén de la Loa, que era el más principal de los cuatro hombres, dijo que capearían y harían lo que pudiesen; y por bien que los llamaron y capearon, ni por señas que les hicieron, no quisieron venir; porque, según dijeron aquellos hombres, su capitán les mandó que mirasen que los soldados de Cortés no topasen con ellos, porque tenían noticia que estábamos en aquella tierra; y cuando vimos que no venía el batel, bien entendimos que desde el navío nos habían visto venir por la costa adelante, y que si no era con maña no volverían con el batel a aquella tierra; e rogóles Cortés que se desnudasen aquellos cuatro hombres sus vestidos para que se los vistiesen otros cuatro hombres de los nuestros, y así lo hicieron; y luego nos volvimos por la costa adelante por donde habíamos venido, para que nos viesen volver desde el navío, para que creyesen los del navío que de hecho nos volvimos; y quedádamos los cuatro de nuestros soldados vestidos los vestidos de los otros cuatro, y estuvimos con

Cortés en el monte escondidos hasta más de media noche que hiciese oscuro para volvernos enfrente del riachuelo, y muy escondidos, que no aparecíamos otros, sino los cuatro soldados de los nuestros; y como amaneció comenzaron a capear los cuatro soldados, y luego vinieron en el batel seis marineros, y los dos saltaron en tierra con unas dos botijas de agua; y entonces aguardamos los que estábamos con Cortés escondidos que saltasen los demás marineros, y no quisieron saltar en tierra; y los cuatro de los nuestros que tenían vestidas las ropas de los otros de Garay hacían que estaban lavando las manos y escondiendo las caras, y decían los del batel: «Veníos a embarcar; ¿qué hacéis?, ¿por qué no venís?» Y entonces respondió uno de los nuestros: «Saltad en tierra y veréis aquí un poco». Y como desconocieron la voz, se volvieron con su batel, y por más que los llamaron, no quisieron responder; y queríamos les tirar con las escopetas y ballestas, y Cortés dijo que no se hiciese tal, que se fuesen con Dios a dar mandado a su capitán; por manera que se hubieron de aquel navío seis soldados, los cuatro que hubimos primero, y dos marineros que saltaron en tierra; y así, volvimos a Villa Rica, y todo esto sin comer cosa ninguna, Y esto es lo que se hizo, y no lo que escribe el cronista Gómara, porque dice que vino Garay en aquel tiempo, y engañóse, que primero que viniese envió tres capitales con navíos; los cuales diré adelante en qué tiempo vinieron e qué se hizo dellos, y también en el tiempo que vino Garay; y pasemos adelante, e diremos cómo acordamos ir a México.

Capítulo LXI

Cómo ordenamos de ir a la ciudad de México, y por consejo del Cacique fuimos por Tlascala, y de lo que nos acaeció así de rencuentros de guerra como de otras cosas

Después de bien considerada la partida para México, tomamos consejo sobre el camino que habíamos de llevar, y fue acordado por los principales de Cempoal que el mejor y más conveniente era por la provincia de Tlascala, porque eran sus amigos y mortales enemigos de mexicanos, e ya tenían aparejados cuarenta principales, y todos hombres de guerra, que fueron con nosotros y nos ayudaron mucho en aquella jornada, y más nos dieron doscientos tamemes para llevar el artillería; que para nosotros los pobres soldados no habíamos menester ninguno, porque en aquel tiempo no teníamos que llevar, porque nuestras armas, así lanzas como escopetas y ballestas y rodelas, y todo otro género dellas, con ellas dormíamos y caminábamos, y calzados nuestros alpargates, que era nuestro calzado, y como he dicho siempre, muy apercibidos para pelear; y partimos de Cempoal demediado el mes de agosto de 1519 años, y siempre con muy buena orden, y los corredores del campo y ciertos soldados muy sueltos delante; y la primera jornada fuimos a un pueblo que se dice Jalapa, y desde allí a Socochima, y estaba muy fuerte y mala entrada, y en él había muchas parras de uvas de la tierra; y en estos pueblos se les dijo con doña Marina y Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, todas las cosas tocantes a nuestra santa fe, y cómo éramos vasallos del emperador don Carlos, e que nos envió para quitar que no haya más sacrificios de hombres ni se robasen unos a otros, y se les declaró muchas cosas que se les convenía decir; y como eran amigos de Cempoal y no

tributaban a Moctezuma, hallábamos en ellos muy buena voluntad y nos daban de comer, y se puso en cada pueblo una cruz, y se les declaró lo que significaba e que la tuviesen en mucha reverencia; y desde Socochima pasamos unas altas sierras y puertos, y llegamos a otro pueblo que se dice Texutla, y también hallamos en ellos buena voluntad, porque tampoco daban tributo como los demás; y desde aquel pueblo acabamos de subir todas las tierras y entramos en el despoblado, donde hacían muy gran frío y granizó aquella noche, donde tuvimos falta de comida, y venía un viento de la sierra nevada, que estaba a un lado, que nos hacia temblar de frío; porque, como habíamos venido de la isla de Cuba y de la Villa Rica, y toda aquella costa es muy calurosa, y entramos en tierra fría, y no teníamos con que nos abrigar sino con nuestras armas, sentíamos las heladas, como no éramos acostumbrados al frío; y desde allí pasamos a otro puerto, donde hallamos unas caserías y grandes adoratorios de ídolos, que ya he dicho que se dicen cues, y tenían grandes rimeros de leña para el servicio de los ídolos que estaban en aquellos adoratorios; y tampoco tuvimos que comer, y hacía recio frío; y desde allí entramos en tierra de un pueblo que se decía Zocotlan, y enviamos dos indios de Cempoal a decirle al cacique cómo íbamos, que tuviesen por bien nuestra llegada a sus casas; y era sujeto este pueblo a México, y siempre caminábamos muy apercibidos y con gran concierto, porque veíamos que ya era otra manera de tierra, y cuando vimos blanquear muchas azoteas, y las casas del cacique y los cues, y adoratorios, que eran muy altos y encalados, parecían muy bien, como algunos pueblos de nuestra España, pusímosle nombre Castilblanco, porque dijeron unos soldados portugueses que parecía la villa de Casteloblanco de Portugal, y así se llama ahora; y como supieron en aquel pueblo por mí nombrado, por los

mensajeros que enviábamos, cómo íbamos, salió el cacique a recibirnos con otros principales junto a sus casas; el cual cacique se llamaba Olintecle, y nos llevaron a unos aposentos y nos dieron de comer poca cosa y de mala voluntad. Y después que hubimos comido, Cortés les preguntó con nuestras lenguas de las cosas de su señor Moctezuma; y dijo de sus grandes poderes de guerreros que tenla en todas las provincias sujetas, sin otros muchos ejércitos que tenía en las fronteras y provincias comarcanas; y luego dijo de la gran fortaleza de México y cómo estaban fundadas las casas sobre agua, y que de una casa a otro no se podía pasar sino por puentes que tenían hechas y en canoas; y las casas todas de azoteas, y en cada azotea si querían poner mamparos eran fortalezas; y que para entrar dentro en la ciudad que había tres calzadas, y en cada calzada cuatro o cinco aberturas por donde se pasaba el agua de una parte a otra; y en cada una de aquellas aberturas había una puente, y con alzar cualquiera dellas, que son hechas de madera, no pueden entrar en México; y luego dijo del mucho oro y plata y piedras chalchiuites y riquezas que tenía Moctezuma, su señor, que nunca acababa de decir otras muchas cosas de cuán gran señor era, que Cortés y todos nosotros estábamos admirados de lo oír; y con todo cuanto contaban de su gran fortaleza y puentes, como somos de tal calidad los soldados españoles, quisiéramos ya estar probando ventura, y aunque nos parecía cosa imposible, según lo señalaba y decía el Olintecle. Y verdaderamente era México muy más fuerte y tenía mayores pertrechos de albarradas que todo lo que decía; porque una cosa es haberlo visto de la manera y fuerzas que tenía, y no como lo escribo; y dijo que era tan gran señor Moctezuma, que todo lo que quería señoreaba, y que no sabía si sería contento cuando supiese nuestra estada

allí en aquel aposento del pueblo, por nos haber aposentado y dado de comer sin su licencia; y Cortés le dijo con nuestras lenguas: «Pues hágoos saber que nosotros venimos de lejanas tierras por mandado de nuestro rey y señor, que es el emperador don Carlos, de quien son vasallos muchos y grandes señores, y envía a mandar a ese vuestro gran Moctezuma que no sacrifique ni mate ningunos indios, ni robe sus vasallos ni tome ningunas tierras, y para que dé la obediencia a nuestro rey y señor; y ahora lo digo asimismo a vos. Olintecle, y a todos los demás caciques que aquí estáis, que dejéis vuestros sacrificios y no comáis carnes de vuestros prójimos, ni hagáis sodomías, ni las cosas feas que soléis hacer, porque así lo manda nuestro señor Dios, que es el que adoramos y creemos, y nos da la vida y la muerte y nos ha de llevar a los cielos»; y se les declaró otras muchas cosas tocantes a nuestra santa fe, y ellos a todo callaban. Y dijo Cortés a los soldados que allí nos hallamos: «Paréceme, señores, que ya que no podemos hacer otra cosa, que se ponga una cruz». Y respondió el padre fray Bartolomé de Olmedo: «Paréceme, Señor, que en estos pueblos no es tiempo para dejarles cruz en su poder, porque son algo desvergonzados y sin temor; y como son vasallos de Moctezuma, no la quemen o hagan alguna cosa mala; y esto que se les dijo basta hasta que tengan más conocimiento de nuestra santa fe»; y así, se quedó sin poner la cruz. Dejemos esto y de las santas amonestaciones que les hacíamos, y digamos que como llevávamos un lebrel de muy gran cuerpo, que era de Francisco de Lugo, y ladraba mucho de noche, parece ser preguntaban aquellos caciques del pueblo a los amigos que traíamos de Cempoal que si era tigre o león, o cosa con que mataban los indios; y respondieron: «Tráenle para que cuando alguno los enoja los mate». Y también les preguntaron que aquellas bombardas que

traíamos, qué hacíamos con ellas; y respondieron que con unas piedras que metíamos dentro dellas matábamos a quien queríamos; y que los caballos corrían como venados, y alcanzábamos con ellos a quien les mandábamos. Y dijo el Olintecle y los demás principales: «Luego desa manera teules deben de ser». Ya he dicho otras veces que a los ídolos o sus dioses o cosas malas llamaban teules. Y respondieron nuestros amigos: «Pues ¡cómo!, ¿ahora lo veis? Mirad que no hagáis cosa con que los enojéis, de luego sabrán, que saben lo que tenéis en el pensamiento; porque estos teules son los que prendieron a los recaudadores del vuestro gran Moctezuma, y mandaron que no les diesen más tributo en todas las sierras ni en nuestro pueblo de Cempoal; y éstos son los que nos derrocaron de nuestros templos nuestros teules, y pusieron los suyos, y han vencido los de Tabasco y Cingapacinga. Y además desto, ya habréis visto cómo el gran Moctezuma, aunque tiene tantos poderes, les envía oro y mantas, y ahora han venido a este vuestro pueblo y veo que no les dais nada; andad presto y traedles algún presente». Por manera que traíamos con nosotros buenos echacuervos, porque luego trajeron cuatro pinjantes y tres collares y unas lagartijas, aunque eran de oro todo muy bajo; y más trajeron cuatro indias, que eran buenas para moler pan, y una carga de mantas. Cortés las recibió con alegre voluntad y con grandes ofrecimientos. Acuérdome que tenían en una plaza, adonde estaban unos adoratorios, puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podían bien contar, según el concierto con que estaban puestas, que me parece que eran más de cien mil, y digo otra vez sobre cien mil; y en otra parte de la plaza estaban otros tantos rimeros de zancarrones y huesos de muertos que no se podían contar, y tenían en unas vigas muchas cabezas colgadas de una parte a otra, y estaban

guardando aquellos huesos y calaveras tres papas que, según entendimos, tenían cargo dellos; de lo cual tuvimos que mirar más después que entramos más la tierra adentro; y en todos los pueblos estaban de aquella manera, e también en lo de Tlascala. Pasado todo esto que aquí he dicho, acordamos de ir nuestro camino por Tlascala, porque decían nuestros amigos estaban muy cerca, y que los términos estaban allí junto donde tenían puestos por señales unos mojones; y sobre ello se preguntó al cacique Olintecle que cuál era mejor camino y más llano para ir a México; y dijo que por un pueblo muy grande que se decía Cholula; y los de Cempoal dijeron a Cortés: «Señor, no vayáis por Cholula, que son muy traidores y tiene allí siempre Moctezuma sus guarniciones de guerra»; y que fuésemos por Tlascala, que eran sus amigos, y enemigos de mexicanos; y así, acordamos de tomar el consejo de los de Cempoal, que Dios lo encaminaba todo; y Cortés demandó luego al Olintecle veinte hombres principales guerreros que fuesen con nosotros, y luego nos los dieron; y otro día de mañana fuimos camino de Tlascala, y llegamos a un pueblezuelo que era de los de Xalacingo, y de allí enviamos por mensajeros dos indios de los principales de Cempoal, de los indios que solían decir muchos bienes y loas de los tlascaltecas y que eran sus amigos, y les enviamos una carta, puesto que sabíamos que no lo entenderían, y también un chapeo de los vedijudos colorados de Flandes, que entonces se usaban; y lo que se hizo diremos adelante.

Capítulo LXII

Cómo se determinó que fuésemos por Tlascala, y les enviábamos mensajeros para que tuviesen por bien nuestra ida por su tierra, y cómo prendieron a los mensajeros, y lo que más se hizo

Como salimos de Castilblanco, y fuimos por nuestro camino, los corredores del campo siempre delante y muy apercibidos, en gran concierto los escopeteros y ballesteros, como convenía, y los de a caballo mucho mejor, y siempre nuestras armas vestidas, como lo teníamos de costumbre. Dejemos esto; no sé para qué gasto más palabras sobre ello, sino que estábamos tan apercibidos, así de día como de noche, que si diesen la arma diez veces, en aquel punto nos hallaran muy puestos, calzados nuestros alpargates, y las espadas y rodelas y lanzas puesto todo muy a mano; y con aquesta orden llegamos a un pueblezuelo de Xalacingo, y allí nos dieron un collar de oro y unas mantas y dos indias, y desde aquel pueblo enviamos dos mensajeros principales de los de Cempoal a Tlascala con una carta y con un chapeo vedijudo de Flandes, colorado, que se usaban entonces, y puesto que la carta bien entendimos que no la sabrían leer, sino que como viesen el papel diferenciado de lo suyo, conocerían que era de mensajería; y lo que les enviamos a decir con los mensajeros como íbamos a su pueblo, y que lo tuviesen por bien, que no les íbamos a hacer enojo, sino tenerlos por amigos; y esto fue porque en aquel pueblezuelo nos certificaron que toda Tlascala estaba puesta en armas contra nosotros, porque, según pareció, ya tenían noticias cómo íbamos y que llevábamos con nosotros muchos amigos, así de Cempoal como los de Zototlán y de otros pueblos por donde habíamos pasado, y todos solían dar tributo a Moctezuma, tuvieron por cierto que íbamos contra

ellos, porque les tenían por enemigos; y como otras veces los mexicanos con mañas y cautelas les entraban en la tierra y se la saqueaban, así creyeron querían hacer ahora; por manera que luego como llegaron los dos nuestros mensajeros con la carta y el chapeo, y comenzaron a decir su embajada, los mandaron prender sin ser más oídos, y estuvimos aguardando respuesta aquel día y otro; y como no venían, después de haber hablado Cortés a los principales de aquel pueblo, y dicho las cosas que convenían decir acerca de nuestra santa fe, y cómo éramos vasallos de nuestro rey y señor, que nos envió a estas partes para quitar que no sacrifiquen y no maten hombres ni coman carne humana, ni hagan las torpedades que suelen hacer; y les dijo otras muchas cosas que en los más pueblos por donde pasábamos les solíamos decir, y después de muchos ofrecimientos que les hizo que les ayudaría, les demandó veinte indios de guerra que fuesen con nosotros, y ellos nos los dieron de buena voluntad, y con la buena ventura, encomendándonos a Dios, partimos otro día para Tlascala; e yendo por nuestro camino con el concierto que ya he dicho, vienen nuestros mensajeros que tenían presos: que parece ser, como andaban revueltos en la guerra los indios que los tenían a cargo y guarda, se descuidaron, y de hecho, como eran amigos, los soltaron de las prisiones; y vinieron tan medrosos de lo que habían visto e oído, que no lo acertaban a decir; porque, según dijeron, cuando estaban presos los amanezaban y decían: «Ahora hemos de matar a esos que llamáis teules y comer sus carnes, y veremos si son tan esforzados como publicáis, y también comeremos vuestras carnes, pues venís con traiciones y con embustes de aquel traidor de Moctezuma»; y por más que les decían los mensajeros, que éramos contra los mexicanos, que a todos los tlascaltecas los teníamos por hermanos, no aprovechaban

nada sus razones; y cuando Cortés y todos nosotros entendíamos aquellas soberbias palabras, y cómo estaban de guerra; puesto que nos dio bien que pensar en ello, dijimos todos: «Pues que así es, adelante en buena hora»; encomendándonos a Dios, y nuestra bandera tendida, que llevaba el alférez Corral; porque ciertamente nos certificaron los indios del pueblezuelo donde dormimos, que habían de salir al camino a nos defender la entrada en Tlascala; y asimismo nos los dijeron los de Cempoal, como dicho tengo. Pues yendo desta manera que he dicho, siempre íbamos hablando cómo habían de entrar y salir los de a caballo a media rienda y las lanzas algo terciadas, y de tres en tres porque se ayudasen; e que cuando rompiésemos por los escuadrones, que llevasen las lanzas por las caras y no parasen a dar lanzadas, porque no les echasen mano dellas, y que si acaeciese que les echasen mano, que con toda fuerza la tuviesen, y debajo del brazo se ayudasen, y poniendo espuelas con la furia del caballo, se la tornarían a sacar o llevarían al indio arrastrando. Dirán ahora que para qué tanta diligencia sin ver contrarios guerreros que nos acometiesen. A esto respondo, y digo que decía Cortés: «Mirad, señores compañeros, ya veis que somos pocos hemos de estar siempre tan apercibidos y aparejados como si ahora viésemos venir los contrarios a pelear, y no solamente verlos venir, sino hacer cuenta que estamos ya en la batalla con ellos; y que, como acaece muchas veces que echan mano de la lanza, por eso hemos de estar avisados para el tal menester, así dello como de otras cosas que convienen en lo militar; que ya bien he entendido que en el pelear no tenemos necesidad de aviso, porque he conocido que por bien que yo lo quiera decir, lo haréis muy más animosamente». Y desta manera caminamos obra de dos leguas, y hallamos una fuerza bien fuerte hecha de cal y

canto y de otro betún tan recio, que con picos de hierro era forzoso deshacerla, y hecha de tal manera, que para defensa era harto recia de tomar; y detuvímonos a mirar en ella, y preguntó Cortés a los indios de Zocotlan que a qué fin tenían aquella fuerza hecha de aquella manera; y dijeron que, como entre su señor Moctezuma y los de Tlascala tenían guerras a la continua, que los tlascaltecas para defender mejor sus pueblos la habían hecho tan fuerte, porque ya aquella es su tierra; y reparamos un rato, y nos dio bien que pensar en ello y en la fortaleza. Y Cortés, dijo: «Señores, sigamos nuestra bandera, que es la señal de la santa cruz, que con ella venceremos». Y todos a una le respondimos que vamos mucho en buen hora, que Dios es fuerza verdadera; y así, comenzamos a caminar con el concierto que he dicho, y no muy lejos vieron nuestros corredores del campo hasta obra de treinta indios que estaban por espías, y tenían espadas de dos manos, rodelas, lanzas y penachos, y las espadas son de pedernales, que cortan más que navajas, puestas de arte que no se pueden quebrar ni quitar las navajas, y son largas como montantes, y tenían sus divisas y penachos; y como nuestros corredores del campo los vieron, volvieron a dar mandado. Y Cortés mandó a los mismos de a caballo que corriesen tras ellos y que procurasen tomar algunos sin heridas; y luego envió otros cinco de a caballo, porque si hubiese alguna celada, para que se ayudasen; y con todo nuestro ejército dimos priesa y el paso largo, y con gran concierto, porque los amigos que teníamos nos dijeron que ciertamente traían gran copia de guerreros en celadas; y desque los treinta indios que estaban por espías vieron que los de a caballo iban hacia ellos y los llamaban con la mano, no quisieron aguardar, hasta que los alcanzaron y quisieron tomar a algunos dellos; mas defendiéronse muy bien, que con los

montantes y sus lanzas hirieron los caballos; y cuando los nuestros vieron tan bravosamente pelear, y sus caballos heridos, procuraron de hacer lo que eran obligados, y mataron cinco dellos; y estando en esto, viene muy de presto y con gran furia un escuadrón de tlascaltecas, que estaba en celada, de más de tres mil dellos, y comenzaron a flechar en todos los nuestros de a caballo, que ya estaban juntos todos, y dan una refriega; y en este instante llegamos con nuestra artillería, escopetas y ballestas, y poco a poco comenzaron a volver las espaldas, puesto que se detuvieron buen rato peleando con buen concierto; y en aquel encuentro hirieron a cuatro de los nuestros, y paréceme que desde allí a pocos días murió el uno de las heridas; y como era tarde, se fueron los tlascaltecas recogiendo, y no los seguimos; y quedaron muertos hasta diez y siete dellos, sin muchos heridos; y desde aquellas sierras pasamos adelante, y era llano y había muchas casas de labranza de maíz y magüeyales, que es de lo que hacen el vino; y dormimos cabe un arroyo, y con el unto de un indio gordo que allí matamos, que se abrió, se curaron los heridos; que aceite no lo había, y tuvimos muy bien de cenar de unos perrillos que ellos crían, puesto que estaban todas las casas despobladas, y alzado el hato, y aunque los perrillos llevaban consigo, de noche se volvían a sus casas, y allí los apañábamos, que era harto buen mantenimiento; y estuvimos toda la noche muy a punto con escuchas y buenas rondas y corredores del campo, y los caballos ensillados y enfrentados, por temor no diesen sobre nosotros. Y quedarse ha aquí, y diré las guerras que nos dieron.

Capítulo LXIII

De las guerras y batallas muy peligrosas que tuvimos con los tlascaltecas, y de lo que más pasó

Otro día, después de habernos encomendado a Dios, partimos de allí muy concertados todos nuestros escuadrones, y los de a caballo muy avisados e cómo habían de entrar rompiendo y salir; y en todo caso procurar que no nos rompiesen ni nos apartasen unos de otros; e yendo así como dicho tengo, viénense a encontrar con nosotros dos escuadrones, que habría seis mil, con grandes gritas, atambores y trompetas, y flechando y tirando varas, y haciendo como fuertes guerreros. Cortés mandó que estuviésemos quedos, y con tres prisioneros que les habíamos tomado el día antes les enviamos a decir y a requerir que no nos diesen guerra, que los queremos tener por hermanos; y dijo a uno de nuestros soldados, que se decía Diego de Godoy, que era escribano de su majestad, mirase lo que pasaba, y diese testimonio dello si se hubiese menester, porque en algún tiempo no nos demandasen las muertes y daños que se recreciesen, pues les requeríamos con la paz; y como les hablaron los tres prisioneros que les enviábamos, mostráronse muy más recios y nos daban tanta guerra, que no les podíamos sufrir. Entonces dijo Cortés: «Santiago y a ellos»; y de hecho arremetimos de manera, que les matamos y herimos muchas de sus gentes con los tiros, y entre ellos tres capitanes íbanse retrayendo hacia unos arcabuezos, donde estaban en celada sobre más de cuarenta mil guerreros con su capitán general, que se decía Xicotenga, y con sus divisas de blanco y colorado, porque aquella divisa y librea era de aquel Xicotenga; y como había allí unas quebradas, no nos podíamos aprovechar de los

caballos, y con mucho concierto los pasamos. Al pasar tuvimos muy gran peligro, porque se aprovechaban de su buen flechar, y con sus lanzas y montantes nos hacían mala obra, y aun las hondas y piedras como granizo eran harto malas; y como nos vimos en lo llano con los caballos y artillería, nos lo pagaban, que matábamos muchos; mas no osábamos deshacer nuestro escuadrón, porque el soldado que en algo se desmandaba para seguir algunos indios de los montantes o capitanes, luego era herido y corría gran peligro. Y andando en estas batallas, nos cercan por todas partes, que no nos podíamos valer poco ni mucho; que no osábamos arremeter a ellos si no era todos juntos, porque no nos desconcertasen y rompiesen; y si arremetíamos como dicho tengo, hallábamos sobre veinte escuadrones sobre nosotros, que nos resistían; y estaban nuestras vidas en mucho peligro, porque eran tantos guerreros, que a puñados de tierra nos cegaran, sino que la gran misericordia de Dios nos socorría y nos guardaba. Y andando en estas priesas entre aquellos grandes guerreros y sus temerosos montantes, parece ser acordaron de se Juntar muchos dellos y de mayores fuerzas para tomar a manos algún caballo, y lo pusieron por obra, y arremetieron, y echan mano a una muy buena yegua y bien revuelta, de juego y de carrera, y el caballero que en ella iba muy buen jinete, que se decía Pedro de Morón; y como entró rompiendo con otros tres de a caballo entre los escuadrones de los contrarios, porque así les era mandado, porque se ayudasen unos a otros, échanle mano de la lanza, que no la pudo sacar, y otros le dan de cuchilladas con los montantes y le hirieron malamente, y entonces dieron una cuchillada a la yegua, que le cortaron el pescuezo en redondo, y allí quedó muerta; y si de presto no socorrieran los dos compañeros de a caballo al Pedro de Morón, también le acabaran de matar ¡pues quizá podíamos

con todo nuestro escuadrón ayudarle! Digo otra vez que por temor que nos desbaratasen o acabasen de desbaratar, no podíamos ir ni a una parte ni a otra; que harto teníamos que sustentar no nos llevasen de vencida, que estábamos muy en peligro; y todavía acudíamos a la presa de la yegua, y tuvimos lugar de salvar al Morón y quitársele de su poder, que ya le llevaban medio muerto; y cortamos la cincha de la yegua, porque no se quedase allí la silla; y allí en aquel socorro hirieron diez de los nuestros; y tengo en mí que matamos entonces cuatro capitanes, porque andábamos juntos pie con pie, y con las espadas les hacíamos mucho daño; porque como aquello pasó se comenzaron a retirar y llevaron la yegua, la cual hicieron pedazos para mostrar en todos los pueblos de Tlascala; y después supimos que habían ofrecido a sus ídolos las herraduras y el chapeo de Flandes vedijudo, y las dos cartas que les enviamos para que viniesen de paz. La yegua que mataron era de un Juan Sedeño; y porque en aquella sazón estaba herido el Sedeño de tres heridas del día antes, por esta causa se la dio al Morón, que era muy buen jinete, y murió el Morón entonces de allí a dos días de las heridas, porque no me acuerdo verle más. Volvamos a nuestra batalla: que, como había bien una hora que estábamos en las rencillas peleando, y los tiros les debían de hacer mucho mal; porque, como eran muchos, andaban tan juntos, que por fuerza les habían de llevar copia dellos; pues los de a caballo, escopetas, ballestas, espadas, rodelas y lanzas, todos a una peleábamos como valientes soldados por salvar nuestras vidas y hacer lo que éramos obligados, porque ciertamente las teníamos en grande peligro, cual nunca estuvieron, y a lo que después supimos, en aquella batalla les matamos muchos indios, y entre ellos ocho capitanes muy principales, hijos de los viejos caciques que estaban en el pueblo cabecera mayor; a esta

causa se retrajeron con muy buen concierto, y a nosotros que no nos pesó dello; y no los seguimos porque no nos podíamos tener en los pies, de cansados; allí nos quedamos en aquel pueblezuelo, que todos aquellos campos estaban muy poblados, y aun tenían hechas otras casas debajo de tierra como cuevas, en que vivían muchos indios; y llamábase donde pasó esta batalla Tehuacingo o Tehuacacingo, y fue dada en 2 días del mes de septiembre de 1519 años; y desque nos vimos con victoria, dimos muchas gracias a Dios, que nos libró de tan grandes peligros; y desde allí nos retrajimos luego a unos cues que estaban buenos y altos como en fortaleza, y con el unto del indio que ya he dicho otras veces se curaron nuestros soldados, que fueron quince, y murió uno de las heridas; y también se curaron cuatro o cinco caballos que estaban heridos. Y reposamos y cenamos muy bien aquella noche, porque teníamos muchas gallinas y perrillos que hubimos en aquellas casas; con muy buen recaudo de escuchas y rondas y los corredores del campo, y descansamos hasta otro día por la mañana. En aquesta batalla tomamos y prendimos quince indios y los dos dellos principales; y una cosa tenían los tlascaltecas en esta batalla y en todas las demás, que en hiriéndoles cualquiera indio, luego lo llevaban, y no podíamos ver los muertos.

Capítulo LXIV

Cómo tuvimos nuestro real asentado en unos pueblos y caseríos que se dicen Teoacingo o Teuacingo, y lo que allí hicimos

Como nos sentimos muy trabajados de las batallas pasadas y estaban muchos soldados y caballos heridos, y teníamos necesidad de adobar las ballestas y alistar almacén de saetas, estuvimos un día sin hacer cosa que de contar sea; y otro día por la mañana dijo Cortés que sería bueno ir a correr el campo con los de a caballo que estaban buenos para ello, porque no pensasen los tlascaltecas que dejábamos de guerrear por la batalla pasada, y porque viesen que siempre los habíamos de seguir; y el día pasado, como he dicho, habíamos estado sin salirlos a buscar, e que era mejor irles nosotros a acometer que ellos a nosotros, porque no sintiesen nuestra flaqueza; y porque aquel campo es muy llano y muy poblado. Por manera que con siete de a caballo y pocos ballesteros y escopeteros, y obra de doscientos soldados y con nuestros amigos, salimos y dejamos en el real buen recaudo, según nuestra posibilidad, y por las casas y pueblos por donde íbamos prendimos hasta veinte indios e indias sin hacerles ningún mal; y los amigos, como son crueles, quemaron muchas casas y trajeron bien de comer gallinas y perrillos; y luego nos volvimos al real, que era cerca. Y acordó Cortés de soltar los prisioneros, y se les dio primero de comer, y doña Marina y Aguilar les halagaron y dieron cuentas, y les dijeron que no fuesen más locos, e que viniesen de paz que nosotros les queremos ayudar y tener por hermanos: y entonces también soltamos los dos prisioneros primeros, que eran principales, y se les dio otra carta para que fuesen a decir a los caciques mayores, que estaban en el pueblo cabecera de todos los demás pueblos de

aquella provincia, que no les veníamos a hacer mal ni enojo, sino para pasar por su tierra e ir a México a hablar a Moctezuma; y los dos mensajeros fueron al real de Xicotenga, que estaba de allí obra de dos leguas, en unos pueblos y casas que me parece que se llamaban Tecuacinpacingo; y como les dieron la carta y dijeron nuestra embajada, la respuesta que les dio su capitán Xicotenga «el mozo» fue que fuésemos a su pueblo, adonde está su padre; que allá harían las paces con hartarse de nuestras carnes y honrar sus dioses con nuestros corazones y sangre, e que para otro día de mañana veríamos su respuesta; y cuando Cortés y todos nosotros oímos aquellas tan soberbias palabras, como estábamos hostigados de las pasadas batallas e encuentros, verdaderamente no lo tuvimos por bueno, y a aquellos mensajeros halagó Cortés con blandas palabras, porque les pareció que habían perdido el miedo, y les mandó dar unos sartalejos de cuentas, y esto para tornarles a enviar por mensajeros sobre la paz. Entonces se informó muy por extenso cómo y de qué manera estaba el capitán Xicotenga, y qué poderes tenía consigo, y le dijeron que tenía muy más gente que la otra vez cuando nos dio guerra, porque traía cinco capitanes consigo, y que cada capitanía traía diez mil guerreros. Fue desta manera que lo contaba, que de la parcialidad de Xicotenga, que ya no veía de viejo, padre del mismo capitán venían diez mil, y de la parte de otro gran cacique que se decía Mase-Escaci, otros diez mil, y de otro gran principal que se decía Chichimecatecle, otros tantos, y de otro gran cacique señor de Topeyanco, que se decía Tecapaneca cincuenta mil, e de otro cacique que se decía Guaxocingo, otros diez mil; por manera que eran a la cuenta cincuenta mil, y que habían de sacar su bandera y seña, que era un ave blanca, tendidas las alas como que quería volar, que

parece como avestruz, y cada capitán con su divisa y librea; porque cada cacique así las tenía diferenciadas. Digamos ahora como en nuestra Castilla tienen los duques y condes; y todo esto que aquí he dicho tuvímoslo por muy cierto, porque ciertos indios de los que tuvimos presos, que soltamos aquel día, lo decían muy claramente, aunque no eran creídos. Y cuando aquello vimos, como somos hombres y temíamos la muerte, muchos de nosotros y aun todos los más, nos confesamos con el padre de la Merced y con el clérigo Juan Díaz, que toda la noche estuvieron en oír de penitencia y encomendándonos a Dios que nos librase no fuésemos vencidos; y desta manera pasamos hasta otro día; y la batalla que nos dieron, aquí lo diré.

Capítulo LXV

De la gran batalla que hubimos con el poder de tlascaltecas, y quiso Dios nuestro señor darnos victoria, y lo que más pasó

Otro día de mañana, que fueron 5 de septiembre de 1519 años, pusimos los caballos en concierto, que no quedó ninguno de los heridos que allí no saliesen para hacer cuerpo e ayudasen lo que pudiesen, y apercibidos los ballesteros que con gran concierto gastasen el almacén, unos armando y otros soltando, y los escopeteros por el consiguiente, y los de espada y rodela que la estocada o cuchillada que diésemos, que pasasen a las entrañas, porque no se osasen juntar tanto como la otra vez, y el artillería bien apercibida iba; y como ya tenían aviso los de a caballo que se ayudasen unos a otros, y las lanzas terciadas, sin pararse a alancear sino por las caras y ojos, entrando y saliendo a media rienda, y que ningún soldado saliese del escuadrón, y con nuestra bandera tendida, y cuatro compañeros guardando al alférez Corral. Así salimos de nuestro real, y no habíamos andado medio cuarto de legua, cuando vimos asomar los campos llenos de guerreros con grandes penachos y sus divisas, y mucho ruido de trompetillas y bocinas. Aquí había bien que escribir y ponerlo en relación lo que en esta peligrosa y dudosa batalla pasamos; porque nos cercaron por todas partes tantos guerreros, que se podía comparar como si hubiese unos grandes prados de dos leguas de ancho y otras tantas de largo, y en medio dellos cuatrocientos hombres; así era: todos los campos llenos dellos, y nosotros obra de cuatrocientos, muchos heridos y dolientes; y supimos de cierto que esta vez venían con pensamiento que no hablan de dejar ninguno de nosotros a vida, que no había de ser

sacrificado a sus ídolos. Volvamos a nuestra batalla: pues como comenzaron a romper con nosotros, ¡qué granizo de piedra de los honderos! Pues flechas, todo el suelo hecho parva de varas, todas de a dos gajos, que pasan cualquiera arma y las entrañas, adonde no hay defensa, y los de espada y rodela, y de otras mayores que espadas, como montantes y lanzas, ¡qué priesa nos daban y con qué braveza se juntaban con nosotros, y con qué grandísimos gritos y alaridos! Puesto que nos ayudábamos con tan gran concierto con nuestra artillería y escopetas y ballestas, que les hacíamos harto daño, y a los que se nos llegaban con sus espadas y montantes les dábamos buenas estocadas, que les hacíamos apartar, y no se juntaban tanto como la otra vez pasada; y los de a caballo estaban tan diestros y hacíanlo tan varonilmente, que, después de Dios, que es el que nos guardaba, ellos fueron fortaleza. Yo vi entonces medio desbaratado nuestro escuadrón, que no aprovechaban voces de Cortés ni de otros capitanes para que tornásemos a cerrar; tanto número de indios se cargó entonces sobre nosotros, sino que a puras estocadas les hicimos que nos diesen lugar; con que volvimos a ponernos en concierto. Una cosa nos daba la vida, y era que, como eran muchos y estaban amontonados, los tiros les hacían mucho mal; y demás desto, no se sabían capitanear, porque no podían allegar todos los capitanes con sus gentes; y a lo que supimos, desde la otra batalla pasada habían tenido pendencias y rencillas entre el capitán Xicotenga con otro capitán hijo de Chichimecatecle, sobre que decía el un capitán al otro que no lo había hecho bien en la batalla pasada, y el hijo de Chichimecatecle respondió que muy mejor que él, y se lo haría conocer de su persona a la suya de Xicotenga; por manera que en esta batalla no quiso ayudar con su gente el Chichimecatecle al Xicotenga; antes

supimos muy ciertamente que convocó a la capitanía de Guaxocingo que no pelease. Y demás desto, desde la batalla pasada temían los caballos y tiros y espadas y ballestas y nuestro bien pelear; y sobre todo, la gran misericordia de Dios, que nos daba esfuerzo para nos sustentar. Y como el Xicotenga no era obedecido de dos capitanes, y nosotros les hacíamos muy gran daño, que les matábamos muchas gentes; las cuales encubrían, porque, como eran muchos, en hiriéndolos a cualquiera de los suyos, luego le apañaban y le llevaban a cuestas: y así en esta batalla como en la pasada no podíamos ver ningún muerto. Y como ya peleaban de mala gana, y sintieron que las capitanías de los dos capitanes por mí nombrados no les acudían, comenzaron a aflojar; porque, según pareció, en aquella batalla matamos un capitán muy principal, que de los otros no los cuento, y comenzaron a retraerse con buen criterio, y los de a caballo a media rienda siguiéndolos poco trecho, porque no se podían ya tener de cansados; y cuando nos vimos libres de aquella tanta multitud de guerreros, dimos muchas gracias a Dios. Allí nos mataron un soldado y hirieron más de sesenta, y también hirieron a todos los caballos; y a mí me dieron dos heridas: la una en la cabeza, de pedrada, y otra en un muslo, de un flechazo, mas no eran para dejar de pelear y velar y ayudar a nuestros soldados. Y asimismo lo hacían todos los soldados que estaban heridos, que si no eran muy peligrosas las heridas, habíamos de pelear y velar con ellos, porque de otra manera pocos quedaron que estuviesen sin heridas; y luego nos fuimos a nuestro real muy contentos y dando muchas gracias a Dios, y enterramos los muertos en una de aquellas casas que tenían hechas en los soterraños, porque no viesen los indios que éramos mortales, sino que creyesen que éramos teules, como ellos decían; y derrocamos mucha tierra encima de la casa porque no

oliesen los cuerpos, y se curaron todos los heridos con el unto del indio que otras veces he dicho. ¡Oh que mal refrigerio teníamos, que aun aceite para curar heridas ni sal no había! Otra falta teníamos, y grande, que era ropa para nos abrigar; que venía un viento tan frío de la sierra nevada, que nos hacía tiritar (aunque mostrábamos buen ánimo siempre), porque las lanzas y escopetas y ballestas mal nos cobijaban. Aquella noche dormimos con más sosiego que la pasada, puesto que teníamos mucho recaudo de corredores y espías, velas y rondas. Y dejarlo he aquí, e diré lo que otro día hicimos en esta batalla: y prendimos tres indios principales.

Capítulo LXVI

Cómo otro día enviamos mensajeros a los caciques de Tlascala rogándoles con la paz, y lo que sobre ellos hicieron

Después de pasada la batalla por mí contada, que prendimos en ella los tres indios principales, envíólos luego nuestro capitán Cortés, y con los dos que estaban en nuestro real, que habían ido otras veces por, mensajeros, les mandó que dijesen a los caciques de Tlascala que les rogábamos que vengan luego de paz y que nos den pasada por su tierra para ir a México, como otras veces les hemos enviado a decir, e que si ahora no vienen, que les mataremos todas sus gentes; y porque los queremos mucho y tener por hermanos, no les quisiéramos enojar si ellos no hubiesen dado causa a ello, y se les dijo muchos halagos para atraerlos a nuestra amistad; y aquellos mensajeros fueron de buena gana luego a la cabecera de Tlascala, y dijeron su embajada a todos los caciques por mi ya nombrados; los cuales hallaron juntos con otros muchos viejos y papas, y estaban muy tristes, así del mal suceso de la guerra como de la muerte de los capitanes parientes o hijos suyos que en las batallas murieron, y dice que no les quisieron escuchar de buena gana; y lo que sobre ello acordaron, fue que luego mandaron llamar todos los adivinos y papas, y otros que echaban suertes, que llaman tacalnaguas, que son como hechiceros, y dijeron que mirasen por sus adivinanzas y hechizos y suertes qué gente éramos, y si podríamos ser vencidos dándonos guerra de día y de noche a la continua, y también para saber si éramos teules, así como lo decían los de Cempoal; que ya he dicho otras veces que son cosas malas, como demonios; e qué cosas comíamos, e que mirasen todo esto con mucha diligencia; y después que se

juntaron los adivinos y hechiceros y muchos papas, y hechas sus adivinanzas y echadas sus suertes y todo lo que solían hacer, parece ser dijeron que en las suertes hallaron que éramos hombres de hueso y de carne, y que comíamos gallinas y perros y pan y fruta cuando lo teníamos, y que no comíamos carnes de indios ni corazones de los que matábamos; porque, según pareció, los indios amigos que traíamos de Cempoal les hicieron en creyente que éramos teules e que comíamos corazones de indios, que las bombardas echaban rayos como caen del cielo, que el lebrel, que era tigre o león, y que los caballos eran para lancear a los indios cuando los queríamos matar; y les dijeron otras muchas niñerías. E volvamos a los papas: y lo peor de todo que les dijeron sus papas e adivinos fue que de día no podíamos ser vencidos, sino de noche, porque como anochecía se nos quitaban las fuerzas; y más les dijeron los hechiceros, que éramos esforzados, y que todas estas virtudes teníamos de día hasta que se ponía el sol, y desque anochecía no teníamos fuerzas ningunas. Y cuando aquello oyeron los caciques, y lo tuvieron por muy cierto, se lo enviaron a decir a su capitán general Xicotenga, para que luego con brevedad venga una noche con grandes poderes a nos dar guerra. El cual, como lo supo, juntó obra de diez mil indios, los más esforzados que tenla, y vino a nuestro real, y por tres partes nos comenzó a dar una mano de flechas y tirar varas con sus, tiraderas de un gajo y de dos, y los de espadas y macanas y montantes por otra parte; por manera que de repente tuvieron por cierto que llevarían alguno de nosotros para sacrificar; y mejor lo hizo nuestro señor Dios, que por muy secretamente que ellos venían, nos hallaron muy apercibidos; porque, como sintieron su gran ruido que traían, a mata caballo vinieron nuestros corredores del campo y las espías a dar el arma, y como

estábamos tan acostumbrados a dormir calzados y las armas vestidas y los caballos ensillados y enfrenados, y todo género de armas muy a punto, les resistimos con las escopetas y ballestas y a estocadas; de presto, vuelven las espadas, y como era el campo llano y hacía luna, los de a caballo los siguieron un poco, donde por la mañana hallamos tendidos muertos y heridos hasta veinte dellos; por manera que se vuelven con gran pérdida y muy arrepentidos de la venida de noche. Y aun oí decir que, como no les sucedió bien lo que los papas y las suertes y hechiceros les dijeron, que sacrificaron a dos dellos. Aquella noche mataron un indio de nuestros amigos de Cempoal, e hirieron dos soldados y un caballo, y allí prendimos cuatro dellos; y como nos vimos libres de aquella arrebatada refriega, dimos gracias a Dios, y enterramos el amigo de Cempoal, y curamos los heridos y al caballo, y dormimos lo que quedó de la noche con grande recaudo en el real, así como lo teníamos de costumbre; y desque amaneció, y nos vimos todos heridos a dos y a tres heridas, y muy cansados, y otros dolientes y entrapajados, y Xicotenga que siempre nos seguía, y faltaban ya sobre cuarenta y cinco soldados, que se habían muerto en las batallas y dolencias y fríos, y estaban dolientes otros doce, y asimismo nuestro capitán Cortés también tenía calenturas, y aun el padre de la Merced, con el trabajo y peso de las armas, que siempre traíamos a cuestas, y otras malas venturas de fríos y falta de sal, que no la comíamos ni la hallábamos; y demás desto, dábamos qué pensar qué fin habríamos en aquestas guerras, e ya que allí se acabasen, qué sería de nosotros, adónde habíamos de ir; porque entrar en México teníamoslo por cosa de rica a causa de sus grandes fuerzas, y decíamos que cuando aquellos de Tlascala nos habían puesto en aquel punto, y nos hicieron creer nuestros amigos de Cempoal que estaban de paz, que

cuando nos viésemos en la guerra con los grandes poderes de Moctezuma, que ¿qué podríamos hacer? Y demás desto, no sabíamos de los que quedaron poblados en la Villa-Rica, ni ellos de nosotros; y como entre todos nosotros había caballeros y soldados tan excelentes varones y tan esforzados y de buen consejo, que Cortés ninguna cosa decía ni hacía sin primero tomar sobre ello muy maduro consejo y acuerdo con nosotros; puesto que el cronista Gómara diga: «Hizo Cortés esto, fue allá, vino acullá»; dice otras cosas que no llevan camino; y aunque Cortés fuera de hierro, según lo cuenta el Gómara en su Historia, no podía acudir a todas partes; bastaba que dijera que lo hacía como buen capitán, como siempre lo fue; y esto digo, porque después de las grandes mercedes que nuestro señor nos hacía en todos nuestros hechos y en las victorias pasadas y en todo lo demás, parece ser que a los soldados nos daba gracia y consejo para aconsejar que Cortés hiciese todas las cosas muy bien hechas. Dejemos de hablar en loas pasadas, pues no hacen mucho a nuestra historia, y digamos cómo todos a una esforzábamos a Cortés, y le dijimos que curase de su persona, que allí estábamos, y que con el ayuda de Dios, que pues habíamos escapado, de tan peligrosas batallas, que para algún buen fin era nuestro señor servido de guardarnos; y que luego soltase a los prisioneros y que los enviase a los caciques mayores otra vez por mí nombrados, que vengan de paz se les perdonará todo lo hecho y la muerte de la yegua. Dejemos esto, y digamos cómo doña Marina, con ser mujer de la tierra, qué esfuerzo tan varonil tenía que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer, y a los mensajeros que ahora enviábamos les

habló la doña Marina y Jerónimo de Aguilar, que vengan luego de paz, y que si no vienen dentro de dos días, les iremos a matar y destruir sus tierras, e iremos a buscarlos a su ciudad; y con estas resueltas palabras fueron a la cabecera donde estaba Xicotenga «el viejo». Dejemos esto, y diré otra cosa que he visto, que el cronista Gómara no escribe en su Historia ni hace mención si nos mataban o estábamos heridos, ni pasábamos trabajos ni adolecíamos, sino todo lo que escribe es como si lo halláramos hecho. ¡Oh cuán mal le informaron los que tal le aconsejaron que lo pusiese así en su Historia! Y a todos los conquistadores nos ha dado qué pensar en lo que ha escrito, no siendo así; y debía de pensar que cuando viésemos su Historia hablamos de decir la verdad. Olvidemos al cronista Gómara, y digamos cómo nuestros mensajeros fueron a la cabecera de Tlascala con nuestro mensaje; y paréceme que llevaron una carta, que aunque sabíamos que no la habían de entender, sino porque se tenía por cosa de mandamiento, y con ella una saeta; y hallaron a los dos caciques mayores que estaban hablando con otros principales, y lo que sobre ello respondieron adelante lo diré.

Capítulo LXVII

Cómo tornamos a enviar mensajeros a los caciques de Tlascala para que vengan de paz, y lo que sobre ello hicieron y acordaron

Como llegaron a Tlascala los mensajeros que enviamos a tratar de las paces, les hallaron que estaban en consulta los dos más principales caciques, que se decía Mase-Escaci y Xicotenga «el viejo», padre del capitán general, que también se decía Xicotenga «el mozo», otras muchas veces por mí nombrado, como les oyeron su embajada, estuvieron suspensos un rato que no hablaron, y quiso Dios que inspiró en sus pensamientos que hiciesen paces con nosotros, y luego enviaron a llamar a todos los más caciques y capitanes que había en sus poblaciones, y a los de una provincia que están junto con ellos, que se dice Guaxocingo, que eran sus amigos y confederados; y todos juntos en aquel pueblo que estaban, que era cabecera, les hizo Mase-Escaci y el viejo Xicotenga, que eran bien entendidos, un razonamiento casi que fue desta manera, según después supimos, aunque no las palabras formales: «Hermanos y amigos nuestros, ya habéis visto cuántas veces estos teules que están en el campo esperando guerras nos han enviado mensajeros a demandar paz, y dicen que nos vienen a ayudar y tener en lugar de hermanos; y asimismo habéis visto cuántas veces han llevado presos muchos de nuestros vasallos, que no les hacen mal y luego los sueltan; bien veis cómo les hemos dado guerra tres veces con todos nuestros poderes, así de día como de noche, y no han sido vencidos, y ellos nos han muerto en los cambotes que les hemos dado muchas de nuestras gentes e hijos y parientes y capitanes; ahora de nuevo vuelven a demandar paz, y los de Cempoal, que traen en su compañía, dicen que son contrarios de

Moctezuma y sus mexicanos, y que les ha mandado que no le den tributo los pueblos de las sierras Totonaque ni los de Cempoal; pues bien se os acordará que los mexicanos nos dan guerra cada año, de más de cien años a esta parte, y bien veis que estamos en estas nuestras tierras como acorralados, que no osamos salir a buscar sal, ni aun la comemos, ni aun algodón, que pocas mantas dello traemos; pues si salen o han salido algunos de los nuestros a buscar, pocos vuelven con las vidas, que estos traidores de mexicanos y sus confederados nos los matan o hacen esclavos; ya nuestros tacalnaguas y adivinos y papas nos han dicho lo que sienten de sus personas destos teules, y que son esforzados. Lo que me parece es, que procuremos de tener amistad con ellos, y si no fueran hombres, sino teules, de una manera y de otra les hagamos buena compañía, y luego vayan cuatro nuestros principales y les lleven muy bien de comer, y mostrémosles amor y paz, porque nos ayuden y defiendan de nuestros enemigos, y traigámoslos aquí luego con nosotros, y démosles mujeres para que de su generación tengamos parientes, pues según dicen los embajadores que nos envían a tratar las paces, que traen mujeres entre ellos». Y como oyeron este razonamiento, a todos los caciques les pareció bien, y dijeron que era cosa acertada, y que luego vayan a entender en las paces, y que se le envíe a hacer saber a su capitán Xicotenga y a los demás capitanes que consigo tiene, para que luego vengan sin dar más guerras, y les digan que ya tenemos hechas paces; y enviaron luego mensajeros sobre ello; y el capitán Xicotenga «el mozo» no los quiso escuchar a los cuatro principales, y mostró tener enojo, y los trató mal de palabra, y que no estaba por las paces; y dijo que ya habían muerto muchos teules y la yegua, y que él quería dar otra noche sobre nosotros y acabarnos de vencer y matar; la cual respuesta, desque la

oyó su padre Xicotenga «el viejo» y Mase-Escaci y los demás caciques, se enojaron de manera, que luego enviaron a mandar a los capitanes y a todo su ejército que no fuesen con el Xicotenga a nos dar guerra, ni en tal caso le obedeciesen en cosa que les mandase si no fuese para hacer paces; y tampoco lo quiso obedecer; y cuando vieron la desobediencia de su capitán, luego enviaron los cuatro principales, que otra vez les habían mandado que viniesen a nuestro real y trajesen bastimento y para tratar las paces en nombre de toda Tlascala y Guexocingo; y los cuatro viejos por temor de Xicotenga «el mozo» no vinieron en aquella sazón. Y porque en un instante acaecen dos y tres cosas, así en nuestro real como en este tratar de paces, y por fuerza tengo de tomar entre manos lo que más viene a propósito, dejaré de hablar de los cuatro indios principales que enviaron a tratar las Paces, que aun no venían por temor de Xicotenga: en este tiempo fuimos con Cortés a un pueblo junto a nuestro real, y lo que pasó diré adelante.

Capítulo LXVIII

Cómo acordamos de ir a un pueblo que estaba cerca de nuestro real, y lo que sobre ello se hizo

Como había dos días que estábamos sin hacer cosa que de contar sea, fue acordado, y aun aconsejamos a Cortés, que un pueblo que estaba obra de una legua de nuestro real, que le habíamos enviado a llamar de paz y no venía, que fuésemos una noche y diésemos sobre él, no para hacerles mal, digo matarles ni herirles ni traerles presos, mas de traer comida y atemorizarles o hablarles de paz, según viésemos lo que ellos hacían; y llámase este pueblo Zumpancingo, y era cabecera de muchos pueblos chicos, y era sujeto el pueblo donde estábamos allí donde teníamos nuestro real, que se dice Tecoadzumpancingo, que todo alrededor estaba muy poblado de casas e pueblos; por manera que una noche al cuarto de la modorra madrugamos para ir a aquel pueblo con seis de a caballo de los mejores, y con los más sanos soldados y con diez ballesteros y ocho escopeteros, y Cortés por nuestro capitán, puesto que tenía calenturas o tercianas; dejamos el mejor recaudo que pudimos en el real. Antes que amaneciese con dos horas, caminamos y hacía un viento tan frío aquella mañana, que venía de la sierra nevada, que nos hacía temblar e tiritar, y bien lo sintieron los caballos que llevábamos, porque dos de ellos se atorozaron y estaban temblando, de lo cual nos pesó en gran manera, temiendo no muriesen; y Cortés mandó que se volviesen al real los caballeros dueños cuyos eran, a curarlos; y como estaba cerca el pueblo, llegamos a él antes que fuese de día; y como nos sintieron los naturales de él, fuéronse huyendo de sus casas, dando voces unos a otros que se guardasen de los teules, que les íbamos a matar; que no se aguardaban padres

a hijos; y como los vimos, hicimos alto en un patio hasta que fuera de día, que no se les hizo daño alguno; y como unos papas que estaban en unos cues, los mayores del pueblo y otros viejos principales vieron que estábamos allí sin les hacer enojo ninguno, vienen a Cortés y le dicen que les perdonen porque no han ido a nuestro real de paz ni llevar de comer cuando los enviamos a llamar, y la causa ha sido que el capitán Xicotenga, que está de allí muy cerca, se lo ha enviado a decir que no lo den; y porque de aquel pueblo y otros muchos le abastecen su real, e que tiene consigo todos los hombres de guerra y de toda la tierra de Tlascala; y Cortés les dijo con nuestras lenguas, doña Marina y Aguilar (que siempre iban con nosotros a cualquier entrada que íbamos y aunque fuese de noche) que no hubiesen miedo, y que luego fuesen a decir a sus caciques a la cabecera que vengan de paz, porque la guerra es mala para ellos; y envió a aquestos papas, porque de los otros mensajeros que habíamos enviado aún no teníamos respuesta ninguna sobre que enviaban a tratar las paces los caciques de Tlascala con los cuatro principales, que aún no habían venido; e aquellos papas de aquel pueblo buscaron de presto más de cuarenta gallinas e gallos, y dos indias para moler tortillas, y las trajeron, y Cortés se lo agradeció, y mandó luego le llevasen veinte indios de aquel pueblo a nuestro real, y sin temor ninguno fueron con el bastimento, y se estuvieron en el real hasta la tarde, y se les dio contezuelas, con que volvieron muy contentos a sus casas. E a todas aquellas caserías, nuestros vecinos decían que éramos buenos, que no les enojábamos, y aquellos viejos y papas avisaron dello al capitán Xicotenga cómo habían dado la comida y las indias, y riñó mucho con ellos, y fueron luego a la cabecera a hacerlo saber a los caciques viejos; y como supieron que no les hacíamos mal ninguno, y aunque

pudiéramos matarles aquella noche muchos de sus gentes, y les enviábamos a demandar paces, se holgaron y les mandaron que cada día nos trajesen todo lo que hubiésemos menester; y tornaron otra vez a mandar a los cuatro principales, que otras veces les encargaron las paces, que luego en aquel instante fuesen a nuestro real y llevasen toda la comida y aparato que les mandaban; y así, nos volvimos luego a nuestro real con el bastimento e indias y muy contentos; e quedarse ha aquí, y diré lo que pasó en el real entretanto que habíamos ido a aquel pueblo.

Capítulo LXIX

Cómo después que volvimos con Cortés de Zumpancingo, hallamos en nuestro real ciertas pláticas, y lo que Cortés respondió a ellas

Vueltos de Zumpancingo, que así se dice, con bastimentos y muy contentos en dejarlos de paz, hallamos en el real corrillos y pláticas sobre los grandísimos peligros en que cada día estábamos en aquella guerra, y cuando llegamos avivaron más las pláticas; y los que más en ello hablaban e insistían, eran los que en la isla de Cuba dejaban sus casas y repartimientos de indios; y juntáronse hasta siete dellos, que aquí no quiero nombrar por su honor, y fueron al rancho y aposento de Cortés, y uno dellos, que habló por todos, que tenía buena expresiva, y aun tenía bien en la memoria lo que había de proponer, dijo como a manera de aconsejarle a Cortés, que mirase cuál andábamos malamente heridos y flacos y corridos, y los grandes trabajos que teníamos, así de noche con velas y con espías, y rondas y corredores del campo, como de día e de noche peleando; y que por la cuenta que han echado, que desde que salimos de Cuba que faltaban ya sobre cincuenta y cinco compañeros, y que no sabemos de los de la Villa-Rica que dejamos poblados; e que pues Dios nos había dado victoria en las batallas y rencuentros que desde que venimos en aquella provincia habíamos habido, y con su gran misericordia nos sostenía, que no le debíamos tentar tantas veces; e que no quiera ser peor que Pedro Carbonero, que nos había metido en parte que no se esperaba, sino, que un día u otro habíamos de ser sacrificados a los ídolos: lo cual plega Dios tal no permita; e que sería bueno volver a nuestra villa, y que en la fortaleza que hicimos, y entre los pueblos de los totonaques, nuestros amigos, nos estaríamos hasta que

hiciésemos un navío que fuese a dar mandado a Diego Velázquez y a otras partes e islas para que nos enviasen socorro e ayudas; e que ahora fueran buenos los navíos que dimos con todos al través, o que se quedaran siquiera dos dellos para la necesidad si ocurriese, y que sin dalles parte dello ni de cosa ninguna, por consejo de quien no sabe considerar las cosas de fortuna, mandó dar con todos al través; y que plegue a Dios que él y los que tal consejo le dieron no se arrepientan dello.

Y que ya no podíamos sufrir la carga, cuanto más muchas sobrecargas, y que andábamos peores que bestias: porque a las bestias que han hecho sus jornadas les quitan las albardas y les dan de comer y reposan, y que nosotros de día y de noche siempre andamos cargados de armas y calzados. Y más le dijeron, que mirase en todas las historias, así de romanos como las de Alejandro ni de otros capitanes de los muy nombrados que en el mundo ha habido, no se atrevieron a dar con los navíos al través, y con tan poca gente meterse en tan grandes poblaciones y de muchos guerreros, como él ha hecho. Y que parece que es autor de su muerte y de la de todos nosotros, e que quiera conservar su vida y las nuestras, y que luego nos volviésemos a la Villa-Rica, pues estaba de paz la tierra. Y que no se lo habían dicho hasta entonces porque no han visto tiempo para ello, por los muchos guerreros que teníamos cada día por delante y en los lados; y pues ya no tornaban de nuevo, los cuales creían que volverían, y pues Xicotenga con su gran poder no nos ha venido a buscar aquellos tres días pasados, que debe estar allegando gente, y que no debíamos aguardar otra como las pasadas; le dijeron otras cosas sobre el caso. E viendo Cortés que se lo decían algo como soberbios, puesto que iba a manera de consejo, les respondió muy

mansamente, y dijo que bien conocido tenía muchas cosas de las que habían dicho, e que a lo que ha visto y tiene creído, que en el universo no hubiese otros españoles más fuertes ni que con tanto ánimo hayan peleado ni pasado tan excesivos trabajos como nosotros; e que andar con las armas a cuestas a la continua, y velas, rondas y fríos, que si así no lo hubiéramos hecho ya fuéramos perdidos, y que por salvar nuestras vidas, que aquellos trabajos y otros mayores habíamos de tomar. E dijo: «¿para qué es, señores, contar en esto cosas de valentías, que verdaderamente nuestro señor es servido ayudarnos?; e que cuando se me acuerda vernos cercados de tantas capitanías de contrarios, y verles esgrimir sus montantes y andar tan junto sobre de nosotros, ahora me pone grima, especial cuando nos mataron la yegua de una cuchillada, cuán perdidos y desbaratados estábamos; y entonces conocí vuestro muy grandísimo ánimo más que nunca. Y pues Dios nos libró de tan gran peligro, que esperanza tenía en él que así había de ser de allí adelante, pues en todos estos peligros no me conoceríais tener pereza, que en ellos me hallaba con vuestras mercedes». Y tuvo razón de lo decir, porque ciertamente en todas las batallas se hallaba de los primeros. «He querido, señores, traeros esto a la memoria, que pues nuestro señor fue servido guardarnos, tengamos esperanza que así será de aquí adelante, pues desque entramos en la tierra, en todos los pueblos les predicamos la santa doctrina lo mejor que podemos, y les procuramos deshacer sus ídolos. Y pues que ya veíamos que el capitán Xicotenga ni sus capitanías no parecían, y que de miedo no debían de osar volver, porque les debiéramos de hacer mala obra en las batallas pasadas, y que no podría juntar sus gentes, habiendo sido ya desbaratado tres veces, y que por esta causa tenía confianza en Dios y en su abogado señor san Pedro, que era fenecida

la guerra de aquella provincia; y ahora, como habéis visto, traen de comer los de Cimpancingo y quedan de paz, y estos nuestros vecinos que están por aquí poblados en sus casas; y que en cuanto dar con los navíos al través, fue muy bien aconsejado, y que si no llamó a alguno dellos al consejo, como a otros caballeros, fue por lo que sintió en el arenal, que no lo quisiera ahora traer a la memoria; y que el acuerdo y consejo que ahora le dan y el que entonces le dieron es todo de una manera y todo uno, y que miren que hay otros muchos caballeros en el real que serán muy contrarios de lo que ahora piden y aconsejan: que encaminemos siempre todas las cosas a Dios, y seguirlas en su santo servicio será mejor. Y a lo que, señores, decís, que jamás capitanes romanos de los muy nombrados han acometido tan grandes hechos como nosotros, vuestras mercedes dicen verdad. E ahora en adelante, mediante Dios, dirán en las historias, que desto harán memoria, mucho más que de los antepasados; pues, como he dicho, todas nuestras cosas en servicio de Dios y de nuestro gran emperador don Carlos, y aun debajo de su recta justicia y cristiandad, serán ayudadas de la misericordia de nuestro señor, y nos sostendrá que vamos de bien en mejor. Así que, señores, no es cosa bien acertada volver un paso atrás; que si nos viesen volver estas gentes y los que dejamos atrás de paz, las piedras se levantarían contra nosotros; y como ahora nos tienen por dioses y ídolos, que así nos llaman, nos juzgarían por muy cobardes y de pocas fuerzas. Y a lo que decís de estar entre los amigos totonaques, nuestros aliados, si nos viesen que damos vuelta sin ir a México se levantarían contra nosotros, y la causa dello sería que, como les quitamos que no diesen tributo a Moctezuma, enviaría sus poderes mexicanos contra ellos para que los tornasen a tributar y sobre ello darles guerra, y aun les mandaría que

nos den a nosotros; y ello, por no ser destruidos, porque les temen en gran manera, lo pondrían por obra; así que, donde pensábamos tener amigos, serían enemigos; pues desque lo supiese el gran Moctezuma que nos habíamos vuelto, ¿qué diría? ¿en qué tendría nuestras palabras ni lo que le enviamos a decir? que todo era cosa de burla o juego de niños. Así que, señores, mal allá y peor acullá, más vale que estemos aquí donde estamos, que es bien llano y todo bien poblado, y este nuestro real bien abastecido: unas veces gallinas, otras perros, gracias a Dios no falta de comer, si tuviésemos sal, que es la mayor falta que al presente tenemos, y ropa para guarecernos del frío. Y a lo que decís, señores, que se han muerto desde que salimos de la isla de Cuba cincuenta y cinco soldados de heridas, hambres, fríos, dolencias y trabajos, e que somos pocos, e todos heridos y dolientes; Dios nos da esfuerzo por muchos; porque vista cosa es que las guerras gastan hombres y caballos, y que unas veces comemos bien; y no venimos al presente para descansar, sino para pelear cuando se ofreciere; por tanto os pido, señores, por merced, que pues sois caballeros y personas que antes habíais de esforzar a quien viésedes mostrar flaqueza: que de aquí adelante se os quite del pensamiento la isla de Cuba y lo que allá dejáis, y procuremos de hacer lo que siempre habéis hecho como buenos soldados; que después de Dios, que es nuestro socorro e ayuda, han de ser nuestros valerosos brazos». Y como Cortés hubo dado esta respuesta, volvieron aquellos soldados a repetir en la plática, y dijeron que todo lo que decía estaba bien dicho; mas que cuando salimos de la villa que dejábamos poblada, nuestro intento era, y ahora lo es, de ir a México, pues hay tan gran fama de tan fuerte ciudad y tanta multitud de guerreros, y que aquellos tlascaltecas decían los de Cempoal que eran pacíficos, y no había fama

dellos, como de los de México; y habemos estado tan a riesgo nuestras vidas, que si otro día nos dieran otra batalla como alguna de las pasadas, ya no nos podíamos tener de cansados, ya que no nos diesen más guerras; que la ida de México les parecía muy terrible cosa, y que mirase lo que decía y ordenaba. Y Cortés respondió, medio enojado, que valía más morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonrados; y demás desto que Cortés les dijo, todos los más soldados que le fuimos en alzar capitán y dimos consejo sobre dar al través con los navíos, dijimos en alta voz que no curase de corrillos ni de oír semejantes pláticas, sino que con el ayuda de Dios con buen concierto estemos apercibidos para hacer lo que convenga, y así cesaron todas las pláticas; verdad es que murmuraban de Cortés e le maldecían, y aun de, nosotros, que le aconsejábamos, y de los de Cempoal, que por tal camino nos trajeron, y decían otras cosas no bien dichas; mas en tales tiempos se disimulaban. En fin, todos obedecieron muy bien. Y dejaré de hablar en esto, y diré cómo los caciques viejos de la cabecera de Tlascala enviaron otra vez mensajeros de nuevo a su capitán general Xicotenga, que en todo caso no nos de guerra, y que vaya de paz luego a nos ver y llevar de comer porque así está ordenado por todos los caciques y principales de aquella tierra y de Guaxocingo; y también enviaron a mandar a los capitanes que tenía en su compañía que si no fuese para tratar paces, que en cosa ninguna le obedeciesen; y esto le tornaron a enviar a decir tres veces, porque sabían cierto que no les quería obedecer, y tenía determinado el Xicotenga que una noche había de dar otra vez en nuestro real, porque para ello tenía juntos veinte mil hombres; y como era soberbio y muy porfiado, así ahora como las otras veces no quiso obedecer. Y lo que sobre ello hizo diré adelante.

Capítulo LXX

Cómo el capitán Xicotenga tenía apercibidos veinte mil hombres guerreros escogidos, para dar en nuestro real, y lo que sobre ello se hizo

Como Mase-Escaci y Xicotenga «el viejo», y todos los demás caciques de la cabecera de Tlascala enviaron cuatro veces a decir a su capitán que no nos diese guerra, sino que nos fuese a hablar de paz, pues estaba cerca de nuestro real, y mandaron a los demás capitanes que con él estaban que no le siguiesen si no fuese para acompañarle si nos iba a ver de paz; como el Xicontenga era de mala condición, porfiado y soberbio, acordó de nos enviar cuarenta indios con comida de gallinas, pan y fruta, y cuatro mujeres indias viejas y de ruin manera, y mucho copal y plumas de papagayos, y los indios que lo traían al parecer creímos que venían de paz; y llegados a nuestro real, zahumaron a Cortés, y sin hacer acato, como suelen entre ellos, dijeron: «Esto os envía el capitán Xicotenga, que comáis si sois teules, como dicen los de Cempoal; e si queréis sacrificios, tomad esas cuatro mujeres que sacrifiquéis, y podéis comer de sus carnes y corazones; y porque no sabemos de qué manera lo hacéis, por eso no las hemos sacrificado ahora delante de vosotros; y si sois hombres, comed de las gallinas, pan y fruta; y si sois teules mansos, aquí os traemos copal (que ya he dicho que es como incienso) y plumas de papagayos; haced vuestro sacrificio con ello». Y Cortés respondió con nuestras lenguas que ya les había enviado a decir que quiere paz y que no venía a dar guerra, y les venían a rogar y manifestar de parte de nuestro señor Jesucristo, que es en quien creemos y adoramos, y el emperador don Carlos (cuyos vasallos somos), que no maten ni sacrifiquen a ninguna persona, como lo suelen hacer; y

que todos nosotros somos hombres de hueso y de carne como ellos, y no teules, sino cristianos, y que no tenemos por costumbre de matar a ningunos; que si matar quisiéramos, que todas las veces que nos dieron guerra de día y de noche había en ellos hartos en que pudiéramos hacer crueldades, y que por aquella comida que allí traen se lo agradece, y que no sean más locos de lo que han sido, y vengan de paz. Y parece ser aquellos indios que envió el Xicotenga con la comida, eran espías para mirar nuestras chozas y entradas y salidas, y todo lo que en nuestro real había, y ranchos y caballos y artillería, y cuántos estábamos en cada choza; y estuvieron aquel día y la noche, y se iban unos con mensajes a su Xicotenga y venían otros; y los amigos que traíamos de Cempoal miraron y cayeron en ello, que no era cosa acostumbrada estar de día ni de noche nuestros enemigos en el real sin propósito ninguno, y que cierto eran espías, y tomaron dellos más sospecha porque cuando fuimos a lo del pueblezuelo Zumpancingo, dijeron dos viejos de aquel pueblo a los de Cempoal, que estaba apercibido Xicotenga con muchos guerreros para dar en nuestro real de noche de manera que no fuesen sentidos, y los de Cempoal entonces tuviéronlo por burla y cosa de fieros, y por no saberlo muy de cierto no se lo habían dicho a Cortés; y súpolo luego doña Marina, y ella lo dijo a Cortés; y para saber la verdad mandó Cortés apartar dos de los tlascaltecas que parecían más hombres de bien, y confesaron que eran espías de Xicotenga, y todo a la fin que venían; y Cortés les mandó soltar, y tomamos otros dos, y ni más ni menos confesaron que eran espías; y tomáronse otros dos ni más ni menos, y más dijeron, que estaba su capitán Xicotenga aguardando la respuesta para dar aquella noche con todas sus capitanías en nosotros; y como Cortés lo hubo entendido, lo hizo saber en todo el real para que

estuviésemos muy alerta, creyendo que había de venir, como lo tenían concertado; y luego mandó prender hasta diez y siete indios de aquellas espías, y dellos se cortaron las manos y a otros los dedos pulgares, y los enviamos a su capitán Xicotenga, y se les dijo que por el atrevimiento de venir de aquella manera se les ha hecho ahora aquel castigo, e digan que venga cuando quisiere, de día o de noche; que allí le aguardaríamos dos días, y que si dentro de los dos días no viniese, que lo iríamos a buscar a su real; y que ya hubiéramos ido a les dar guerra y matarles, sino porque los queremos mucho; y que no sean más locos, y vengan de paz. Y como fueron aquellos indios de las manos cortadas y dedos, en aquel instante dicen que Xicotenga quería salir de su real con todos sus poderes para dar sobre nosotros de noche, como lo tenían concertado; y como vio ir a sus espías de aquella manera, se maravilló y preguntó la causa dello, y le contaron todo lo acaecido, y desde entonces perdió el brío y soberbia; y demás desto, ya se le había ido del real una capitanía con toda su gente, con quien había tenido contienda y bandos en las batallas pasadas. Dejemos esto aquí, e pasemos adelante.

Capítulo LXXI

Cómo vinieron a nuestro real los cuatro principales que habían enviado a tratar paces, y el razonamiento que hicieron, y lo que más pasó

Estando en nuestro real sin saber que habían de venir de paz, puesto que la deseábamos en gran manera, y estábamos entendiendo en aderezar armas y en hacer saetas, y cada uno en lo que había menester para en cosas de la guerra; en este instante vino uno de nuestros corredores del campo a gran priesa, y dijo que por el camino principal de Tlascala vienen muchos indios e indias con cargas, y que sin torcer por el camino, vienen hacia nuestro real, e que el otro su compañero de a caballo, corredor del campo, está atalayando para ver a qué parte van; y estando en esto llegó el otro su compañero de a caballo, y dijo que muy cerca de allí venían derechos donde estábamos, y que de rato en rato hacían paradillas; y Cortés y todos nosotros nos alegramos con aquellas nuevas, porque creímos cierto ser de paz, como lo fue, y mandó Cortés que no se hiciese alboroto ni sentimiento, y que disimulados nos estuviésemos en nuestras chozas; y luego, de todas aquellas gentes que venían con las cargas se adelantaron cuatro principales que traían cargo de entender en las paces, como les fue mandado por los caciques viejos; y haciendo señas de paz, que era abajar la cabeza se vinieron derechos a la choza y aposento de Cortés, y pusieron la mano en el suelo y besaron la tierra, e hicieron tres reverencias y quemaron sus copales, y dijeron que todos los caciques de Tlascala y vasallos y aliados, y amigos y confederados suyos, se vienen a meter debajo de la amistad y paces de Cortés y de todos sus hermanos los teules que consigo estaban, y que los perdone por que no han salido de paz y por la guerra que nos han dado, porque

creyeron y tuvieron por cierto que éramos amigos de Moctezuma y sus mexicanos, los cuales son sus enemigos mortales de tiempos muy antiguos, porque vieron que venían con nosotros en nuestra compañía muchos de sus vasallos que le dan tributos; y que con engaño y traiciones les querían entrar en su tierra, como lo tenían de costumbre, para llevar robados sus hijos y mujeres, y que por esta causa no creían a los mensajeros que les enviábamos, y demás desto dijeron que los primeros indios que nos salieron a dar guerra así como enteramos en sus tierras, que no fue por su mandado y consejo, sino por los chontales e otomíes, que son gentes como monteses y sin razón; y que como vieron que éramos tan pocos, que creyeron de tomarnos a manos y llevarnos presos a sus señores y ganar gracias con ello, y que ahora vienen a demandar perdón de su atrevimiento, y que cada día traerán más bastimento del que allí traían, y que lo recibamos con el amor que lo envían, y que de allí a dos días vendrá el capitán Xicotenga con otros caciques, y dará más relación de la buena voluntad que toda Tlascala tiene de nuestra buena amistad. Y luego que hubieron acabado su razonamiento bajaron sus cabezas y pusieron las manos en el suelo y besaron la tierra; y luego Cortés les habló con nuestras lenguas con gravedad e hizo del enojado, e dijo que, puesto que había causas para no los oír ni tener amistad con ellos, porque desde que entramos por su tierra les enviamos a demandar paces y les envió a decir que los quería favorecer contra sus enemigos los de México, e no lo quisieron creer y querían matar nuestros embajadores, y no contentos con aquello, nos dieron guerra tres veces, y de noche, que tenían espías y asechanzas sobre nosotros, y en las guerras que nos daban les pudiéramos matar muchos de sus vasallos; «y no quise, y que los que murieron me pesa por ello, que ellos dieron causa a ello»; y que tenía

determinado de ir adonde están los caciques viejos a darles guerra; que pues ahora vienen de paz de parte de aquella provincia, que él los recibe en nombre de nuestro rey y señor, y les agradece el bastimento que traen; y les mandó que luego fuesen a sus señores a les decir vengan o envíen a tratar las paces con más certificación; y si no vienen, que iríamos a su pueblo a les dar guerra; y les mandó dar cuentas azules para que diesen a los caciques en señal de paz; y se les amonestó que cuando viniesen a nuestro real fuese de día, y no de noche, porque los mataríamos; y luego se fueron aquellos cuatro principales mensajeros, y dejaron en unas casas de indios algo apartadas de nuestro real las indias que traían para hacer pan, y gallinas y todo servicio, y veinte indios que les traían agua y leña, y desde allí adelante nos traían muy bien de comer; y cuando aquello vimos, y nos pareció que eran verdaderas las paces, dimos muchas gracias a Dios por ello; y vinieron en tiempo que ya estábamos tan flacos y trabajados y descontentos con las guerras, sin saber el fin que habría dellas, cual se puede colegir. Y en los CAPÍTULOS pasados dice el cronista Gómara que Cortés se subió en unas peñas, y que vio al pueblo de Zumpancingo; digo que estaba junto a nuestro real, que harto ciego era el soldado que lo quería ver y no lo veía muy claro. También dice que se le querían amotinar y rebelar los soldados, e dice otras cosas que yo no las quiero escribir, porque es gastar palabras, porque dice que lo sabe por información. Digo que capitán nunca fue tan obedecido en el mundo, según adelante lo verán; que tal por pensamiento no pasé a ningún soldado desde que entramos en tierra adentro, sino fue cuando lo de los arenales, y las palabras que le decían en el CAPÍTULO pasado era por vía de aconsejarle y porque les parecía que eran bien dichas, y no por otra vía, porque siempre le siguieron muy bien y

lealmente; y no es mucho que en los ejércitos algunos buenos soldados aconsejen a su capitán, y más si se ven tan trabajados como nosotros andábamos; y quien viera su Historia lo que dice, creerá que es verdad, según lo refiere con tanta elocuencia, siendo muy contrario de lo que pasó. Y dejarlo he aquí, y diré lo que más adelante nos avino con unos mensajeros que envió el gran Moctezuma.

Capítulo LXXII

Cómo vinieron a nuestro real embajadores de Moctezuma, gran señor de México, y del presente que trajeron

Como nuestro señor Dios, por su gran misericordia, fue servido darnos victoria de aquellas batallas de Tlascala, voló nuestra fama por todas aquellas comarcas, y fue a oídos del gran Moctezuma a la gran ciudad de México, y si antes nos tenían por teules, que son como sus ídolos, de allí adelante nos tenían en muy mayor reputación y por fuertes guerreros; y puso espanto en toda la tierra como, siendo nosotros tan pocos y los tlascaltecas de muy grandes poderes, los vencimos, y ahora enviarnos a demandar paz. Por manera que Moctezuma, gran señor de México, de muy bueno que era, o temió nuestra ida a su ciudad, despachó cinco principales hombres de mucha cuenta a Tlascala y a nuestro real para darnos el bien venido, y a decir que se había holgado mucho de nuestra gran victoria y que hubimos contra tantos escuadrones de guerreros, y envió un presente, obra de mil pesos de oro, en joyas muy ricas y de muchas maneras labradas, y veinte cargas de ropa fina de algodón, y envió a decir que se holgaba porque estábamos ya cerca de su ciudad, por la buena voluntad que tenía a Cortés y a todos los teules sus hermanos que con él estábamos, que así nos llamaba, y que viese cuánto quería de tributo cada año para nuestro gran emperador, que lo dará en oro, plata y joyas y ropa, con tal que no fuésemos a México; y esto que no lo hacía porque no fuésemos, que de muy buena voluntad nos acogiera, sino por ser la tierra estéril y fragosa, y que le pesaría de nuestro trabajo si nos lo viese pasar, e que por ventura que no lo podía remediar tan bien como querría. Cortés le respondió y dijo que le tenía en

merced la voluntad que mostraba y el presente que envió, y el ofrecimiento de dar a su majestad el tributo que decía; y luego rogó a los mensajeros que no se fuesen hasta ir a la cabecera de Tlascala, y que allí los despacharía, porque viese en lo que paraba aquello de la guerra; y no les quiso dar luego la respuesta porque estaba purgado del día antes, y purgóse con unas manzanillas que hay en la isla de Cuba, y son muy buenas para quien sabe cómo se han de tomar. Dejaré esta materia, y diré lo que más en nuestro real pasó.

Capítulo LXXIII

Cómo vino Xicotenga, capitán general de Tlascala; a entender en las paces, y lo que dijo, y lo que nos avino

Estando platicando Cortés con los embajadores de Moctezuma, como dicho habemos, y quería reposar porque estaba malo de calenturas y purgado de otro día antes, viénenle a decir que venía el capitán Xicotenga con muchos caciques y capitanes, y que traen cubiertas mantas blancas y coloradas, digo la mitad de las mantas blancas y la otra mitad coloradas, que era su divisa y librea, y muy de paz, y traía consigo hasta cincuenta hombres principales que le acompañaban; y llegado al aposento de Cortés, le hizo muy grande acato en sus reverencias, como entre ellos se usa, y mandó quemar mucho copal y Cortés con gran amor le mandó sentar cabe sí; y dijo el Xicotenga que él venía de parte de su padre y de Mase-Escaci, y de todos los caciques y república de Tlascala, a rogarle que los admitiese a nuestra amistad; y que venía a dar la obediencia a nuestro rey y señor, y a demandar perdón por haber tomado armas y habernos dado guerra; y que si lo hicieron, que fue por no saber quién éramos, porque tuvieron por cierto que veníamos de la parte de su enemigo Moctezuma; que como muchas veces suelen tener astucias y mañas para entrar en sus tierras y robarles y saquearles, que así creyeron que lo quería hacer ahora; y que por esta causa procuraron de defender sus personas y patria, y fue forzado pelear; y que ellos eran muy pobres, que no alcanzan oro ni plata, ni piedras ricas ni ropa de algodón, ni aun sal para comer, porque Moctezuma no les da lugar a ello para salir a buscarlo; y que si sus antepasados tenía algún oro o piedras de valor, que al Moctezuma se los habían dado cuando

algunas veces hacían paces o treguas porque no los destruyesen, y esto en los tiempos muy atrás pasados; y porque al presente no tienen que dar, que los perdone, que su pobreza era causa dello, y no la buena voluntad; y dio muchas quejas de Moctezuma y de sus aliados, que todos eran contra ellos y les daban guerra, puesto que se habían defendido muy bien; y que ahora quisiera hacer lo mismo contra nosotros, y no pudieron, aunque se habían juntado tres veces con todos sus guerreros, y que éramos invencibles; y que como conocieron esto de nuestras personas, que quieren ser nuestros amigos, y vasallos del gran señor emperador don Carlos, porque tienen por cierto que con nuestra compañía serían siempre guardadas y amparadas sus personas, mujeres e hijos, y no estarán siempre con sobresalto de los traidores mexicanos; y dijo otras muchas palabras de ofrecimientos con sus personas y ciudad. Era este Xicotenga alto de cuerpo y de grande espalda y bien hecho, y la cara tenía larga y como hoyosa y robusta, y era de hasta treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona gravedad; y Cortés le dio las gracias muy cumplidas con halagos que le mostró, y dijo que él los recibía por tales vasallos de nuestro rey y señor y amigos nuestros; y luego dijo el Xicotenga que nos rogaba fuésemos a su ciudad, porque estaban todos los caciques viejos y papas aguardándonos con mucho regocijo; y Cortés le respondió que él iría presto, y que luego fuera, sino porque estaba entendiendo en negocios del gran Moctezuma, y como despache aquellos mensajeros, que él será allá; y tornó Cortés a decir algo más áspero y con gravedad de las guerras que nos habían dado de día y de noche; e que pues ya no puede haber enmienda en ello, que se lo perdona, y que miren que las paces que ahora les damos que sean firmes y no haya mudamiento, porque si otra cosa hacen,

que los matará y destruirá a su ciudad, y que no aguardasen otras palabras de paces, sino de guerra. Y como aquello oyó el Xicotenga y todos los principales que con él venían, respondieron a una que serían firmes y verdaderas, y que para ello quedaban todos en rehenes; y pasaron otras pláticas de Cortés a Xicotenga y de todos los demás principales, y se les dieron unas cuentas verdes y azules para su padre y para él y los demás caciques, y les mandó que dijesen que iría presto a su ciudad. E a todas estas pláticas y ofrecimientos que he dicho estaban presentes los embajadores mexicanos, de lo cual les pesó en gran manera de las paces, porque bien entendieron que por ellas no les había de venir bien ninguno. Y desque se hubo despedido el Xicotenga, dijeron a Cortés los embajadores de Moctezuma, medio riendo, que si creía algo de aquellos ofrecimientos e paces que habían hecho de parte de toda Tlascala, que todo era burla y que no los creyesen, que eran palabras muy de traidores y engañosas; que lo hacían para que desque nos tuviesen en su ciudad en parte donde nos pudiesen tomar a salvo darnos guerra y matarnos; y que tuviésemos en la memoria cuántas veces nos había venido con todos sus poderes a matar, y cómo no pudieron, y fueron dellos muchos muertos y otros heridos, que se querían ahora vengar con demandas y paz fingida. Y Cortés respondió con semblante muy esforzado, y dijo que no se le daba nada porque tuviesen tal pensamiento como decía; e ya que todo fuese verdad, que él se holgaría dello para castigarles con quitarles las vidas, y que eso se le da que den guerra de día que de noche, ni que sea en el campo que en la ciudad; que en tanto tenía lo uno como lo otro; y para ver si es verdad, que por esta causa determina de ir allá. Y viendo aquellos embajadores su determinación, rogándole que aguardásemos allí en nuestro real seis días, porque

querían enviar dos de sus compañeros a su señor Moctezuma, y que vendrían dentro de los seis días con respuesta; y Cortés se lo prometió, lo uno porque, como he dicho, estaba con calenturas, y lo otro, como aquellos embajadores le dijeron aquellas palabras, puesto que hizo semblante no hacer caso dellas, miró que si por ventura serían verdad, hasta ver más certidumbre en las paces, porque eran tales, que había que pensar en ellas; y como en aquella sazón vio que había venido de paz, y en todo el camino por donde venimos de nuestra Villa Rica de la Veracruz eran los pueblos nuestros amigos y confederados, escribió Cortés a Juan de Escalante, que ya he dicho que quedó en la villa para acabar de hacer la fortaleza y por capitán de obra de sesenta soldados viejos y dolientes que allí quedaron; en las cuales cartas les hizo saber las grandes mercedes que nuestro señor Jesucristo nos ha hecho en las batallas que hubimos, en las victorias y rencuentros desde que entramos en la provincia de Tlascala, donde ahora han venido de paz, y que todos diesen gracias a Dios por ello; y que mirasen que siempre favoreciesen a los pueblos totonaques, nuestros amigos, y que le enviasen luego en posta dos botijes de vino que había dejado soterradas en cierta parte señalada de su aposento, y asimismo trajeron hostias de las que habíamos traído de la isla de Cuba, porque las que trajimos de aquella entrada ya se habían acabado. En las cuales cartas dice que hubieron mucho placer en la villa, y escribió el Escalante lo que allí había sucedido, y todo vino muy presto; y en aquellos días en nuestro real pusimos una cruz muy suntuosa y alta, y mandó Cortés a los indios de Zumpancingo y a los de las casas que estaban junto de nuestro real que encalasen un cu y estuviese bien aderezado. Dejemos de escribir desto, y volvamos a nuestros nuevos amigos los caciques de Tlascala,

que como vieron que no íbamos a su pueblo, ellos venían a nuestro real con gallinas y tunas, que era tiempo dellas, y cada día traían el bastimiento que tenían en su casa, y con buena voluntad nos lo daban, sin que quisiesen tomar por ello cosa ninguna aunque se lo dábamos, y siempre rogando a Cortés que se fuese luego con ellos a su ciudad; y como estábamos aguardando a los mexicanos los seis días, como les prometió, con palabras blandas les detenía; y luego, cumplido el plazo que habían dicho, vinieron de México seis principales, hombres de mucha estima, y trajeron un rico presente que envió el gran Moctezuma, que fueron más de tres mil pesos de oro en ricas joyas de diversas maneras, y doscientas piezas de ropa de mantas muy ricas de pluma y de otras labores, y dijeron a Cortés cuando lo presentaron, que su señor Moctezuma se huelga de nuestra buena andanza, y que le ruega muy ahincadamente que ni en bueno ni malo no fuese con los de Tlascala a su pueblo ni se confiase dellos, porque son muy pobres, que una manta buena de algodón no alcanza; e que por saber que el Moctezuma nos tiene por amigos y nos envía aquel oro y joyas y mantas, lo procurarán de robar muy mejor; y Cortés recibió con alegría aquel presente, y dijo que se lo tenía en merced y que él lo pagaría al señor Moctezuma en buenas obras; y que si se sintiese que los tlascaltecas les pasase por el pensamiento lo que Moctezuma les enviaba a avisar, que se lo pagaría con quitarles todos las vidas, y que él sabe muy cierto que no harán villanía ninguna, y que todavía quiere ir a ver lo que hacen. Y estando en estas razones vienen otros muchos mensajeros de Tlascala a decir a Cortés cómo vienen cerca de allí todos los caciques viejos de la cabecera de toda la provincia a nuestros ranchos y chozas a ver a Cortés y a todos nosotros para llevarnos a su ciudad; y como Cortés lo supo, rogó a los embajadores mexicanos que

aguardasen tres días por los despachos para su señor, porque tenía al presente que hablar y despachar sobre la guerra pasada e paces que ahora tratan; y ellos dijeron que aguardarían. Y lo que los caciques viejos dijeron a Cortés se dirá adelante.

Capítulo LXXIV

Cómo vinieron a nuestro real los caciques viejos de Tlascala a rogar a Cortés y a todos nosotros que luego nos fuésemos con ellos a su ciudad, y lo que sobre ello pasó

Como los caciques viejos de Tlascala vieron que no íbamos a su ciudad, acordaron de venir en andas, y otros en hamacas e a cuestas, y otros a pie, los cuales eran los por mí ya nombrados, que se decían Mase-Escaci, Xicotenga, el viejo e ciego, e Guaxocingo, Chichimecatecle y Tecapaneca de Tepeyanco; los cuales llegaron a nuestro real con otra gran compañía de principales, y con gran acato hicieron a Cortés y a todos nosotros tres reverencias, y quemaron copal y tocaron las manos en el suelo y besaron la tierra; y el Xicotenga, el viejo, comenzó de hablar a Cortés desta manera, y díjole: «Malinche, Malinche, muchas veces te hemos enviado a rogar que nos perdones porque salimos de guerra, e ya te enviamos a dar nuestro descargo, que fue por defendernos del malo de Moctezuma y sus grandes poderes, porque creímos que eras de su bando y confederados; y si supiéramos lo que ahora sabemos, no digo yo saliros a recibir a los caminos con muchos bastimientos, sino tenéroslos barridos, y aun fuéramos por vosotros a la mar donde teníades vuestros acales (que son navíos); y pues ya nos habéis perdonado, lo que ahora os venimos a rogar yo y todos estos caciques es, que vayáis luego con nosotros a nuestra ciudad, y allí os daremos de lo que tuviéremos, e os serviremos con nuestras personas y hacienda; y mirad, Malinche, no hagas otra cosa, sino luego nos vamos; y porque tememos que por ventura te habrán dicho esos mexicanos algunas cosas de falsedades y mentiras de las que suelen decir de nosotros, no los creas ni los oigas; que en

todo son falsos, y tenemos entendido que por causa dellos no has querido ir a nuestra ciudad». Y Cortés respondió con alegre semblante, y dijo que bien sabía, desde muchos años antes que a estas sus tierras viniésemos, como eran buenos, y que deso se maravilló cuando nos salieron de guerra, y que los mexicanos que allí estaban aguardaban respuesta para su señor Moctezuma; e a lo que decían que fuésemos luego a su ciudad, y por el bastimiento que siempre traían e otros cumplimientos, que se lo agradecía mucho y lo pagaría en buenas obras; e que ya se hubiera ido si tuviera quien nos llevase los tepuzques, que son las bombardas; y como oyeron aquella palabra sintieron tanto placer, que en los rostros se conoció, y dijeron: «Pues cómo, ¿por esto has estado, y no lo has dicho?» Y en menos de media hora traen sobre quinientos indios de carga, y otro día muy de mañana comenzamos a marchar camino de la cabecera de Tlascala con mucho concierto, así de la artillería como de los caballos y escopetas y ballesteros, y todos los demás, según lo teníamos de costumbre; y había rogado Cortés a los mensajeros de Moctezuma que se fuesen con nosotros para ver en qué paraba lo de Tlascala, y desde allí les despacharía, y que en su aposento estarían porque no recibiesen ningún deshonor; porque, según dijeron, temíanse de los tlascaltecas. Antes que más pase adelante quiero decir cómo en todos los pueblos por donde pasamos, o en otros donde tenían noticia de nosotros, llamaban a Cortés Malinche; y así, le nombraré de aquí adelante Malinche en todas las pláticas que tuviéremos con cualesquíer indios, así desta provincia como de la ciudad de México, y no le nombraré Cortés sino en parte que convenga; y la causa de haberle puesto aqueste nombre es que, como doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, especialmente cuando venían embajadores o

pláticas de caciques, y ella lo declaraba en lengua mexicana, por esta causa le llamaban a Cortés el capitán de Marina, y para más breve le llamaron Malinche; y también se le quedó este nombre a un Juan Pérez de Arteaga, vecino de la Puebla, por causa que siempre andaba con doña Marina y con Jerónimo de Aguilar deprendiendo la lengua, y a esta causa le llamaban Juan Pérez Malinche, que renombre de Arteaga de obra de dos años a esta parte lo sabemos. He querido traer esto a la memoria, aunque no había para qué, porque se entienda el nombre de Cortés de aquí adelante, que se dice Malinche; y también quiero decir que, como entramos en tierra de Tlascala hasta que fuimos a su ciudad se pasaron veinte y cuatro días, y entramos en ella a 23 de septiembre de 1519 años; y vamos a otro capítulo, y diré lo que allí nos avino.

Capítulo LXXV

Cómo fuimos a la ciudad de Tlascala, y lo que los caciques viejos hicieron, de un presente que nos dieron, y cómo trajeron sus hijas y sobrinas, y lo que más pasó

Como los caciques vieron que comenzaba a ir nuestro fardaje camino de su ciudad, luego se fueron adelante para mandar que todo estuviese aparejado para nos recibir y para tener los aposentos muy enramados; e ya que llegábamos a un cuarto de legua de la ciudad, sálennos a recibir los mismos caciques que se habían adelantado, y traen consigo sus hijas y sobrinas y muchos principales, cada parentela y bando y parcialidad por sí; porque en Tlascala había cuatro parcialidades, sin las de Tecapaneca, señor de Topeyanco, que eran cinco; y también vinieron de todos los lugares sus sujetos, y traían sus libreas diferenciadas, que aunque eran de henequén, eran muy primas y de buenas labores y pinturas, porque algodón no lo alcanzaban; y luego vinieron los papas de toda la provincia, que había muchos por los grandes adoratorios que tenían, que ya he dicho que entre ellos se llama cues, que son donde tienen sus ídolos y sacrifican; y traían aquellos papas braseros con brasas, y con sus inciensos zahumando a todos nosotros, y traían vestidos algunos dellos ropas muy largas a manera de sobrepellices, y eran blancas, y traían capillas en ellos, como que querían parecer a las que traen los canónigos, como ya lo tengo dicho, y los cabellos muy largos y enredados, que no se pueden desparcir si no se cortan, y llenos de sangre que les salían de las orejas, que en aquel día se habían sacrificado; y abajaban las cabezas como amanera de humildad cuando nos vieron, y traían las uñas de los dedos de las manos muy largas: e oímos decir que aquellos papas

tenían por religiosos y de buena vida; y junto a Cortés se allegaron muchos principales acompañándole; y como entramos en lo poblado no cabían por las calles y azoteas, de tantos indios e indias que nos salían a ver con rostros muy alegres, y trajeron obra de veinte piñas hechas de muchas rosas de la tierra, diferenciadas las colores y de buenos olores, y las dieron a Cortés y a los demás soldados que les parecían capitanes, especial a los de a caballo; y como llegamos a unos buenos patios adonde estaban los aposentos, tomaron luego por la mano a Cortés, Xicotenga «el viejo» y Mase Escaci, y le meten en los aposentos, y allí tenían aparejado para cada uno de nosotros a su usanza unas camillas de esteras y mantas de henequén; y también se aposentaron los amigos que traíamos de Cempoal y de Zocotlan cerca de nosotros; y mandó Cortés que los mensajeros del gran Moctezuma se aposentasen junto con su aposento; y puesto que estábamos en tierra que veíamos claramente que estaban de buenas voluntades y muy de paz, no nos descuidamos de estar muy apercibidos, según teníamos de costumbre; y parece ser que nuestro capitán, a quien cabía el cuarto de poner corredores del campo y espías y velas, dijo a Cortés: «Parece, señor, que están muy de paz, y no habemos menester tanta guardia ni estar tan recatados como solemos». «Mirad, señores, bien veo lo que decís; mas por la buena costumbre hemos de estar apercibidos, aunque sean muy buenos, no habemos de creer en su paz, sino como si nos quisiesen dar guerra y los viésemos venir a encontrar con nosotros; que muchos capitanes por se confiar y descuidar fueron desbaratados, especialmente nosotros, como somos tan pocos, y habiéndonos enviado a avisar el gran Moctezuma, puesto que sea fingido, y no verdad, hemos de estar muy alerta». Dejemos de hablar de tantos cumplimientos e orden como

teníamos en nuestras velas y guardias, y volvamos a decir cómo Xicotenga «el viejo» y Mase-Escaci, que eran grandes caciques, se enojaron mucho con Cortés, y le dijeron con nuestras lenguas: «Malinche, o tú nos tienes por enemigo o no; muestras obras en lo que te vemos hacer, que no tienes confianza de nuestras personas y en las paces que nos has dado y nosotros a ti; y esto te decimos porque vemos que, así os veláis y venís por los caminos apercibidos, como cuando veníais a encontrar con nuestros escuadrones; y esto, Malinche, creemos que lo haces por las traiciones y maldades que los mexicanos te han dicho en secreto para que estés mal con nosotros: mira no los creas; que ya aquí estás y te daremos todo lo que quieres, hasta nuestras personas e hijos, y moriremos por vosotros; por eso demanda en rehenes todo lo que quisieres y fuere tu voluntad». Y Cortés y todos nosotros estábamos espantados de la gracia y amor con que lo decían; y Cortés les respondió con doña Marina que así lo tiene creído, e que no ha menester rehenes, sino ver sus muy buenas voluntades; y que en cuanto a venir apercibidos, que siempre lo teníamos de costumbre y que no lo tuviesen a mal; y por todos los ofrecimientos se lo tenía en merced y se lo pagaría el tiempo andando. Y pasadas estas pláticas, vienen otros principales con gran aparato de gallinas y pan de maíz y tunas, y otras cosas de legumbres que había en la tierra, y abastecen el real muy cumplidamente, que en veinte días que allí estuvimos todo lo hubo sobrado; y entramos en esta ciudad a 23 días del mes de septiembre de 1519 años e quedaráse aquí, y diré lo que más pasó.

Capítulo LXXVI

Cómo se dijo misa estando presentes muchos caciques y de un presente que trajeron los caciques viejos

Otro día de mañana mandó Cortés que se pusiese un altar para que se dijese misa, porque ya teníamos vino e hostias; la cual misa dijo el clérigo Juan Díaz, porque el podre de la Merced estaba con calenturas y muy flaco, y estando presente Mase Escaci y el viejo Xicotenga y otros caciques; y acabada la misa, Cortés se entró en su aposento, y con él parte de los soldados que le solíamos acompañar, y también los dos caciques viejos y nuestras lenguas, y díjole el Xicotenga que le querían traer un presente, y Cortés les mostraba mucho amor, y les dijo que cuando quisiesen; y luego tendieron unas esteras, y una manta encima, y trajeron seis o siete pecezuelos de oro y piedras de poco valor, y ciertas cargas de ropa de henequén, que toda era muy pobre que no valía veinte pesos; y cuando lo daban, dijeron aquellos caciques riendo: «Malinche, bien creemos que como es poco eso que te damos, no lo recibirás con buena voluntad; ya te hemos enviado a decir que somos pobres, e que no tenemos oro ni ningunas riquezas, y la causa dello es que esos traidores y malos de los mexicanos y Moctezuma, que ahora es señor, nos lo han sacado todo cuanto solíamos tener por paces y treguas, que les demandábamos porque no nos diesen guerra; y no mires que es poco valor, sino recíbelo con buena voluntad, como cosa de amigos y servidores que te seremos»; y entonces también trajeron aparte mucho bastimento. Cortés lo recibió con alegría, y les dijo que en más tenía aquello por ser de su mano y con la voluntad que se lo daban, que si le trajeran otros una casa llena de oro en granos, y que así lo

recibe, y les mostró mucho amor; y parece ser tenían concertado entre todos los caciques de darnos sus hijas y sobrinas, las más hermosas que tenían, que fuesen doncellas por casar; y dijo el viejo Xicotenga: «Malinche, porque más claramente conozcáis el bien que os queremos, y deseamos en todo contentaros, nosotros os queremos dar nuestras hijas para que sean vuestras mujeres y hagáis generación, porque queremos teneros por hermanos, pues sois tan buenos y esforzados. Yo tengo una hija muy hermosa, e no ha sido casada, e quiérola para vos»; y asimismo Mase-Escaci y todos los más caciques dijeron que traerían sus hijas y que las recibiésemos por mujeres, y dijeron otros muchos ofrecimientos, y en todo el día no se quitaban así el Mase-Escaci como el Xicotenga, de cabe Cortés; y como era ciego, de viejo, el Xicotenga, con la mano aten taba a Cortés en la cabeza y en las barbas y rostro, y se la traía por todo el cuerpo; y Cortés les respondió a lo de las mujeres, que él y todos nosotros se lo teníamos en merced, y que en buenas obras se lo pagaríamos el tiempo andando; y estaba allí presente el padre de la Merced, y Cortés le dijo: «Señor padre, paréceme que será ahora bien que demos un tiento a estos caciques para que dejen sus ídolos y no sacrifiquen, porque harán cualquier cosa que les mandáremos, por causa del gran temor que tienen a los mexicanos»; y el fraile dijo: «Señor, bien es; pero dejémoslo hasta que traigan las hijas, y entonces habrá materia para ello, y dirá vuesa merced que no las quiere recibir hasta que prometa de no sacrificar: si aprovechare, bien; si no, haremos lo que somos obligados»; y así quedó para otro día, y lo que se hizo se dirá adelante.

Capítulo LXXVII

Cómo trajeron las hijas a presentar a Cortés y a todos nosotros, y lo que sobre ello se hizo

Otro día vinieron los mismos caciques viejos, y traje ron cinco indias hermosas, doncellas y mozas, y para ser indias eran de buen parecer y bien ataviadas, y traían para cada india otra moza para su servicio, y todas eran hijas de caciques, y dijo Xicotenga a Cortés: «Malinche, ésta es mi hija, y no ha sido casada, que es doncella; tomadla para vos»; la cual le dio por la mano, y las demás que las diese a los capitanes; y Cortés se lo agradeció, y con buen semblante que mostró dijo que él las recibía y tomaba por suyas, y que ahora al presente que las tuviesen en su poder sus padres; y preguntaron los mismos caciques que por qué causa no las tomábamos ahora; y Cortés respondió: «Porque quiero hacer primero lo que manda Dios nuestro señor; que es en el que creemos y adoramos, y a lo que me envió el rey nuestro señor, que es que quiten sus ídolos, que no sacrifiquen ni maten más hombres, ni hagan otras torpedades malas que suelen hacer, y crean en lo que nosotros creemos, que es en un solo Dios verdadero»; y se les dijo otras muchas cosas tocantes a nuestra santa fe; y verdaderamente fueron muy bien declaradas, porque doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, estaban ya tan expertas en ello, que se les daba a entender muy bien; y se les mostró una imagen de nuestra señora con su hijo precioso en los brazos, y se les dio a entender cómo aquella imagen es figura como la de nuestra señora, que se dice Santa María, que están en los altos cielos, y es la madre de nuestro señor, que es el aquel niño Jesús que tiene en los brazos, y que le concibió por gracia del Espíritu Santo, quedando virgen

antes del parto y en el parto y después del parto; y aquesta gran señora ruega por nosotros a su hijo precioso, que es nuestro Dios y señor; y les dijo otras muchas cosas que se convenían decir sobre nuestra santa fe, y si quieren ser nuestros hermanos y tener amistad verdadera con nosotros; y para que con mejor voluntad tomásemos aquellas sus hijas, para tenerlas, como dicen, por mujeres, que luego dejen sus malos ídolos, y crean y adoren en nuestro señor Dios, que es el que nosotros creemos y adoramos, y verán cuánto bien les irá; porque, demás de tener salud y buenos temporales, sus cosas se les harán prósperamente, y cuando se mueran irán sus ánimas a los cielos a gozar de la gloria perdurable; y que si hacen los sacrificios que suelen hacer a aquellos sus ídolos, que son diablos, les llevarían a los infiernos, donde para siempre jamás arderán en vivas llamas. Y porque en otros razonamientos se les había dicho otras cosas acerca de que dejasen los ídolos, en esta plática no se les dijo más, y lo que respondieron a todo es que dijeron: «Malinche, ya te hemos entendido antes de ahora; y bien creemos que ese vuestro Dios y esa gran señora, que son muy buenos; mas mira: ahora venistes a estas nuestras tierras y casas; el tiempo andando entenderemos muy más claramente vuestras cosas, y veremos cómo son, y haremos lo que sea bueno. ¿Cómo quieres que dejemos nuestros teules, que desde muchos años nuestros antepasados tienen por dioses y les han adorado y sacrificado? E ya que nosotros, que somos viejos, por te complacer lo quisiésemos hacer, ¿qué dirán todos nuestros papas y todos los vecinos mozos y niños desta provincia, sino levantarse contra nosotros? Especialmente que los papas han ya hablado con nuestros teules, y les respondieron que no los olvidásemos en sacrificios de hombres y en todo lo que de antes solíamos hacer; si no, que a toda esta provincia destruirían con

hambres, pestilencias y guerra»; así que, dijeron y dieron por respuesta que no curásemos más de les hablar en aquella cosa, porque no los habían de dejar de sacrificar aunque los matasen. Y desque vimos aquella respuesta, que la daban tan de veras y sin temor, dijo el padre de la Merced, que era entendido e teólogo: «Señor, no cure vuesa merced de más les importunar sobre esto, que no es justo que por fuerza les hagamos ser cristianos, y aun lo que hicimos en Cempoal en derrocarles sus ídolos, no quisiera yo que se hiciera hasta que tengan conocimiento de nuestra santa fe; ¿qué aprovecha quitarles ahora sus ídolos de un cu y adoratorio, si los pasan luego a otros? Bien es que vayan sintiendo nuestras amonestaciones, que son santas y buenas, para que conozcan adelante los buenos consejos que les damos»; y también le hablaron a Cortés tres caballeros que fueron Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León y Francisco de Lugo, y dijeron a Cortés: «Muy bien dice el padre, y vuesa merced con lo que ha hecho cumple, y no se toque más a estos caciques sobre el caso»; y así se hizo. Lo que les mandamos con ruegos fue, que luego desembarazasen un cu que estaba allí cerca y era nuevamente hecho, e quitasen unos ídolos, y lo encalasen y limpiasen para poner en él una cruz y la imagen de nuestra señora; lo cual luego lo hicieron, y en él se dijo misa y se bautizaron aquellas cacicas, y se puso nombre a la hija del Xicotenga doña Luisa, y Cortés la tomó por la mano, y se la dio a Pedro de Alvarado, y dijo a Xicotenga que aquel a quien la daba era su hermano y su capitán, y que lo hubiese por bien, porque sería de él muy bien tratada, y el Xicotenga recibió contentamiento dello; y la hija o sobrina de Mase-Escaci se puso nombre doña Elvira, y era muy hermosa; y paréceme que la dio a Juan Velázquez de León; y las demás se pusieron sus nombres de pila, y todas con

dones, y Cortés las dio a Cristóbal de Olí y a Gonzalo de Sandoval y a Alonso de Ávila; y después desto hecho se les declaró a qué fin se pusieron dos cruces, e que era porque tienen temor dellas sus ídolos, y que a do quiera que estábamos de asiento o dormíamos se ponen en los caminos; e a todo esto estaban muy atentos. Antes que más pase adelante, quiero decir cómo de aquella cacica hija de Xicotenga, que se llamó doña Luisa, que se la dio a Pedro de Alvarado, que así como se la dieron, toda la mayor parte de Tlascala la acataba y le daban presentes y la tenían por su señora, y della hubo el Pedro de Alvarado, siendo soltero, un hijo que se dijo don Pedro, e una hija que se dice doña Leonor, mujer que ahora es de don Francisco de la Cueva, buen caballero, primo del duque de Alburquerque, e ha habido en ella cuatro o cinco hijos muy buenos caballeros, y aquesta señora doña Leonor es tan excelente señora, en fin como hija de tal padre, que fue comendador de Santiago, adelantado y gobernador de Guatemala, y por la parte de Xicotenga gran señor de Tlascala, que era como rey. Dejemos estas relaciones y volvamos a Cortés, que se informó de aquestos caciques y les preguntó muy por entero de las cosas de México, y lo que sobre ello dijeron en esto que diré.

Capítulo LXXVIII

Cómo Cortés preguntó a Mase-Escaci e a Xicotenga por las cosas de México, y lo que en la relación dijeron

Luego Cortés apartó aquellos caciques, y les preguntó muy por extenso las cosas de México; y Xicotenga, como era más avisado y gran señor, tomó la mano a hablar, y de cuando en cuando le ayudaba Mase-Escaci, que también era gran señor, y dijeron que tenía Moctezuma tan grandes poderes de gente de guerra, que cuando quería tomar un gran pueblo o hacer un asalto en una provincia, que ponla en campo cien mil hombres, y que esto que lo tenía bien experimentado por las guerras y enemistades pasadas que con ellos tienen de más de cien años; y Cortés le dijo: «Pues con tanto guerrero como decís que venían sobre vosotros, ¿cómo nunca os acabaron de vencer?» Y respondieron que, puesto que algunas veces les desbarataban y mataban, y llevaban muchos de sus vasallos para sacrificar, que también de los contrarios quedaban en el campo muchos muertos y otros presos, y que no venían tan encubiertos, que dello no tuviesen noticia, y cuando lo sabían, que se apercibían con todos sus poderes, y con ayuda de los de Guaxocingo se defendían e ofendían; e que, como todas las provincias y pueblos que ha robado Moctezuma y puesto debajo de su dominio estaban muy mal con los mexicanos, y traían dellos por fuerza a la guerra, no pelean de buena voluntad; antes de los mismos tenían avisos, y que a esta causa les defendían sus tierras lo mejor que podían, y que donde más mal les había venido a la continua es de una ciudad muy grande que está de allí andadura de un día, que se dice Cholula, que son grandes traidores, y que allí metía Moctezuma secretamente sus capitanías; y como estaban cerca, de

noche, hacían salto, y más dijo Mase-Escaci, que tenía Moctezuma en todas las provincias puestas guarniciones de muchos guerreros, sin los muchos que sacaba de la ciudad, y que todas aquellas provincias le tributan oro y plata, y plumas, y piedras y ropa de mantas y algodón, e indios e indias para sacrificar, y otros para servir; y que es tan gran señor, que todo lo que quiere tiene, y que las casas en que vive tiene llenas de riquezas y piedras chalchihuites, que han robado y tomado por fuerza a quien no se lo da de grado, y que todas las riquezas de la tierra están en su poder; y luego contaron del gran servicio de su casa, que era para nunca acabar si lo hubiese aquí de decir, pues de las muchas mujeres que tenía, y cómo casaba algunas dellas, de todo daban relación; y luego dicen de la gran fortaleza de su ciudad, de la manera que es la laguna, y la hondura del agua, y de las calzadas que hay por donde han de entrar en la ciudad, y las puentes de madera que tienen en cada calzada, y cómo entra y sale por el estrecho de abertura que hay en cada puente, y cómo en alzando cualquier dellas se pueden quedar aislados entre puente y puente sin entrar en su ciudad; y cómo está toda la mayor parte de la ciudad poblada dentro en la laguna, y no se puede pasar de casa en casa si no es por unas puentes elevadizas que tienen hechas, o en canoas, y todas las casas son de azoteas, y en las azoteas tienen hecho como a maneras de mamparos, y pueden pelear desde encima dellas, y la manera como se provee la ciudad de agua dulce desde una fuente que se dice Chapultepeque, que está de la ciudad obra de media legua, y va el agua por unos edficios, y llega en parte que con canoas la llevan a vender por las calles; y luego contaron de la manera de las armas, que eran varas de a dos gajos, que tiraban con tiraderas, que pasan cualesquier armas, y muchos buenos flecheros, y otros con lanzas de pedernales

que tienen una braza de cuchilla, hechas de arte que cortan más que navajas, y rodelas y armas de algodón, y muchos honderos con piedras rollizas e otras lanzas muy largas y espadas de a dos manos de navajas, y trajeron pintados en unos paños grandes de henequén las batallas que con ellos habían habido y la manera de pelear. Y como nuestro capitán y todos nosotros estábamos ya informados de todo lo que decían aquellos caciques, estorbó la plática y metiólos en otra más honda, y fue que cómo ellos habían venido a poblar aquella tierra, e de qué partes vinieron, que tan diferentes y enemigos eran de los mexicanos, siendo tan cerca unas tierras de otras; y dijeron que les habían dicho sus antecesores que en los tiempos pasados que había allí entre ellos poblados hombres y mujeres muy altos de cuerpo y de grandes huesos, que porque eran muy malos y de malas maneras, que los mataron peleando con ellos, y otros que, quedaban se murieron; e para que viésemos qué tamaños e altos cuerpos tenían, trajeron un hueso o zancarrón de uno dellos, y era muy grueso, el altor del tamaño como un hombre de razonable estatura; y aquel zancarón era desde la rodilla hasta la cadera; yo me medí con él, y tenía tan gran altor como yo, puesto que soy de razonable cuerpo; y trajeron otros pedazos de huesos como el primero, mas estaban ya comidos y deshechos de la tierra; y todos nos espantamos de ver aquellos zancarrones, y tuvimos por cierto haber habido gigantes en esta tierra; y nuestro capitán Cortés nos dijo que sería bien enviar aquel gran hueso a Castilla para que lo viese su majestad, y así lo enviamos con los primeros procuradores que fueron; también dijeron aquellos mismos caciques, que sabían de aquellos sus antecesores que les había dicho su ídolo en quien ellos tenían mucha devoción, que vendrían hombres de las partes de hacia donde sale el sol y de lejanas tierras a les sojuzgar y

señorear; que si somos nosotros, holgarán dello, que pues tan esforzados y buenos somos; y cuando trataron las paces se les acordó desto que les había dicho su ídolo, que por aquella causa nos dan sus hijas, para tener parientes que les defiendan de los mexicanos; y cuando acabaron su razonamiento, todos quedamos espantados, y decíamos si por ventura dicen verdad; y luego nuestro capitán Cortés les replicó, y dijo que ciertamente veníamos de hacia donde sale el sol, y que por esta causa nos envió el rey nuestro señor a tenerlos por hermanos, porque tiene noticia dellos, y que plegue a Dios nos dé gracia para que por nuestras manos e intercesión se salven; y dijimos todos: «Amen». Hartos estarán ya los caballeros que esto leyeren de oír razonamientos y pláticas de nosotros a los de Tlascala, y ellos a nosotros; querría acabar, y por fuerza me he de detener en otras cosas que con ellos pasamos; y es que el volcán que está cabe Guaxocingo echaba en aquella sazón que estábamos en Tlascala mucho fuego, más que otras veces solía echar; de lo cual nuestro capitán Cortés y todos nosotros, como no habíamos visto tal, nos admiramos dello; y un capitán de los nuestros, que se decía Diego de Ordás, tomóle codicia de ir a ver qué cosa era, y demandó licencia a nuestro general para subir en él; la cual licencia le dio, y aún de hecho se lo mandó; y llevó consigo dos de nuestros soldados y ciertos indios principales de Guaxocingo, y los principales que consigo llevaba poníanle temor con decirle que cuando estuviese a medio camino de Popocatepeque, que así se llamaba aquel volcán, no podría sufrir el temblor de la tierra ni llamas y piedras y ceniza que de él sale o que ellos no se atreverían a subir más de hasta donde tienen unos cues de ídolos, que llaman de teules de Popocatepeque; y todavía el Diego de Ordás con sus dos compañeros fue su camino hasta llegar arriba, y los indios que iban en su

compañía se le quedaron en lo bajo; después el Ordás y los dos soldados vieron al subir que comenzó el volcán de echar grandes llamaradas de fuego y piedras medio quemadas y livianas y mucha ceniza, y que temblaba toda aquella sierra y montaña adonde está el volcán, y estuvieron quedos sin dar más paso adelante hasta de allí a una hora, que sintieron que había pasado aquella llamarada y que no echaba tanta ceniza ni humo, y subieron hasta la boca, que era muy redonda y ancha, y que había en el anchor un cuarto de legua, y que desde allí se parecía la gran ciudad de México y toda la laguna y todos los pueblos que están en ella poblados; y está este volcán de México obra de doce o trece leguas; y después de bien visto, muy gozoso el Ordás, y admirado de haber visto a México y sus ciudades, volvió a Tlascala con sus compañeros, y los indios de Guaxocingo y los de Tlascala se lo tuvieron a mucho atrevimiento, y cuando la contaban al capitán Cortés y a todos nosotros, como en aquella sazón no habíamos visto ni oído, como ahora, que sabemos lo que es, y han subido encima de la boca muchos españoles y aun frailes franciscanos, nos admirábamos entonces dello; y cuando fue Diego de Ordás a Castilla lo demandó por armas a su majestad, e así las tiene ahora un su sobrino Ordás que vive en la Puebla; y después acá desque estamos en esta tierra no le habemos visto echar tanto fuego ni con tanto ruido como al principio, y aun estuvo ciertos años que no echaba fuego, hasta el año de 1539 que echó muy grandes llamas y piedras y ceniza. Dejemos de contar del volcán, que ahora, que sabemos qué cosa es y habemos visto otros volcanes, como los de Nicaragua, y los de Guatemala, se podían haber callado los de Guaxocingo sin poner en relación, y diré cómo hallamos en este pueblo de Tlascala casas de madera hechas de redes, y llenas de indios e indias que tenían dentro encarcelados e

a cebo hasta que estuviesen gordos para comer y sacrificar; las cuales cárceles les quebramos y deshicimos para que se fuesen los presos que en ellas estaban, y los tristes indios no osaban de ir a cabo ninguno, sino estarse allí con nosotros, y así escaparon las vidas; y dende en adelante en todos los pueblos que entrábamos, lo primero que mandaba nuestro capitán era quebrarles las tales cárceles y echar fuera los prisioneros, y comúnmente en todas estas tierras las tenían; y como Cortés y todos nosotros vimos aquella gran crueldad, mostró tener mucho enojo de los caciques de Tlascala, y se lo riñó bien enojado, y prometieron desde allí adelante que no matarían ni comerían de aquella manera más indios. Dije yo que qué aprovechaban aquellos prometimientos, que en volviendo la cabeza hacían las mismas crueldades. Y dejémoslo así, y digamos cómo ordenamos de ir a México.

Capítulo LXXIX

Cómo acordó nuestro capitán Hernando Cortés con todos nuestros capitanes y soldados que fuésemos a México, y lo que sobre ello pasó

Viendo nuestro capitán que había diecisiete días que estábamos holgando en Tlascala, y oíamos decir de las grandes riquezas de Moctezuma y su próspera ciudad, acordó tomar consejo con todos nuestros capitanes y soldados de quien sentía que le tenían buena voluntad, para ir adelante, y fue acordado que con brevedad fuese nuestra partida; y sobre este camino hubo en el real muchas pláticas de disconformidad, porque decían unos soldados que era cosa muy temerosa irnos a meter en tan fuerte ciudad siendo nosotros tan pocos, y decían de los grandes poderes de Moctezuma. Cortés respondió que ya no podíamos hacer otra cosa porque siempre nuestra demanda y apellido fue ver al Moctezuma, e que por demás eran ya otros consejos; y viendo que tan determinadamente lo decía, y sintieron los del contrario parecer que muchos de los soldados ayudábamos a Cortés de buena voluntad con decir «adelante en buen hora», no hubo más contradicción; y los que andaban en estas pláticas contrarias eran de los que tenían en Cuba haciendas; que yo y otros pobres soldados ofrecido tenemos siempre nuestras ánimas a Dios, que las crió, y los cuerpos a heridas y trabajos hasta morir en servicio de nuestro señor y de su majestad. Pues viendo Xicotenga y Mase-Escaci, señores de Tlascala, que de hecho queríamos ir a México, desaváhales en el alma, y siempre estaban con Cortés avisándole que no curase de ir aquel camino, y que no se fiase poco ni mucho de Moctezuma ni de ningún mexicano, y que no se creyese de sus grandes reverencias ni de sus palabras tan humildes y llenas de

cortesías, ni aun de cuantos presentes le ha enviado ni de otros ningunos ofrecimientos, que todos eran de atraidorados; que en una hora se lo tornarían a tomar cuanto le habían dado, y que de noche y de día se guardase muy bien dellos porque tienen bien entendido que cuando más descuidados estuviésemos nos darían guerra, y que cuando peleáramos con ellos, que los que pudiésemos matar que no quedasen con las vidas, al mancebo porque no tome armas, al viejo porque no dé consejos; Y le dieron otros muchos avisos. Y nuestro capitán les dijo que se lo agradecía el buen consejo, y les mostró mucho amor con ofrecimientos y dádivas que luego les dio al viejo Xicotenga y al Mase-Escaci y todos los demás caciques, y les dio mucha parte de la ropa fina de mantas que había presentado Moctezuma, y les dijo que sería bueno tratar paces entre ellos y los mexicanos, para que tuviesen amistad, y trajesen sal y algodón y otras mercaderías; y el Xicotenga respondió que eran por demás las paces, y que su enemistad tienen siempre en los corazones arraigada, y que son tales los mexicanos, que so color de las paces les harán mayores traiciones, porque jamás mantienen verdad en cosa ninguna que prometen; e que no curase de hablar en ellas, sino que le tornaban a rogar que se guardase muy bien de no caer en manos de tan malas gentes; y estando platicando sobre el camino que habíamos de llevar para México, porque los embajadores de Moctezuma que estaban con nosotros, que iban por guías, decían que el mejor camino y más llano era por la ciudad de Cholula, por ser vasallos del gran Moctezuma, donde recibiríamos servicios, y a todos nosotros nos pareció bien que fuésemos a aquella ciudad; y los caciques de Tlascala, como entendieron que queríamos ir por donde nos encaminaban los mexicanos, se entristecieron, y tornáron a decir que en todo caso fuésemos

por Guaxocingo, que eran sus parientes y nuestros amigos, y no por Cholula, porque en Cholula siempre tiene Moctezuma sus tratos dobles encubiertos; y por más que nos dijeron y aconsejaron que no entrásemos en aquella ciudad, siempre nuestro capitán, con nuestro consejo muy bien platicado, acordó de ir por Cholula; lo uno, porque decían todos que era grande población y muy bien torreada, y de altos y grandes cues, y en buen llano asentada, y verdaderamente de lejos parecía en aquella sazón a nuestra gran Valladolid de Castilla la Vieja; y lo otro, porque estaba en parte cercana de grandes poblaciones, y tener muchos bastimentos y tan a la mano a nuestros amigos los de Tlascala, y con intención de estarnos allí hasta ver de qué manera podríamos ir a México sin tener guerra, porque era de temer el gran poder de los mexicanos; si Dios nuestro señor primeramente no ponía su divina mano y misericordia, con que siempre nos ayudaba y nos daba esfuerzo, no podíamos entrar de otra manera. Y después de muchas pláticas y acuerdos, nuestro camino fue por Cholula; y luego Cortés mandó que fuesen mensajeros a les decir que cómo, estando tan cerca de nosotros, no nos enviaban a visitar y hacer aquel acato que son obligados a mensajeros, como somos, de tan gran rey y señor como es el que nos envió a notificar su salvación; y que los ruega que luego viniesen todos los caciques y papas de aquella ciudad a nos ver, y dar la obediencia a nuestro rey y señor; si no, que los tendría por de malas intenciones. Y estando diciendo esto, y otras cosas que convenía enviarles a decir sobre este caso, vinieron a hacer saber a Cortés cómo el gran Moctezuma enviaba cuatro embajadores con presentes de oro, porque jamás, a lo que habíamos visto, envió mensaje sin presentes de oro, y lo tenía por afrenta enviar mensajeros si no enviaba con ellos dádivas; y lo que dijeron

aquellos mensajeros diré adelante.

Capítulo LXXX

Cómo el gran Moctezuma envió cuatro principales, hombres de mucha cuenta, con un presente de oro y mantas, y lo que dijeron, a nuestro capitán

Estando platicando Cortés con todos nosotros y con los caciques de Tlascala sobre nuestra partida y en las cosas de la guerra, viniéronle a decir que llegaron a aquel pueblo cuatro embajadores de Moctezuma, todos principales, y traían presentes; y Cortés les mandó llamar, y cuando llegaron donde estaba, hiciéronle grande acato, y a todos los soldados que allí nos hallamos; y presentando su presente de ricas joyas de oro y de muchos géneros de hechuras, que valían bien diez mil pesos, y diez cargas de mantas de buenas labores de pluma, Cortés los recibió con buen semblante; y luego dijeron aquellos embajadores por parte de su señor Moctezuma que se maravillaba mucho de estar tantos días entre aquellas gentes pobres y sin policía, que aun para esclavos no son buenos, por ser tan malos y traidores y robadores, que cuando más descuidados estuviésemos, de día y de noche nos matarían por nos robar, y que nos rogaba que fuésemos luego a su ciudad y que nos daría de lo que tuviese, y aunque no tan cumplido como nosotros merecíamos y él deseaba; y que puesto que todas las vituallas le entran en su ciudad de acarreo, que mandaría proveernos lo mejor que él pudiese. Aquesto hacía Moctezuma por sacarnos de Tlascala, porque supo que habíamos hecho las amistades que dicho tengo en el capítulo que dello habla, y para ser perfectas, habían dado sus hijas a Malinche; porque bien tuvieron entendido que no les podía venir bien ninguno de nuestras confederaciones, y a esta causa nos cebaba con oro y

presentes para que fuésemos a sus tierras, a lo menos porque saliésemos de Tlascala. Volvamos a decir de los embajadores, que los conocieron bien los de Tlascala, y dijeron a nuestro capitán que todos eran señores de pueblos y vasallos, con quien Moctezuma enviaba a tratar cosas de mucha importancia. Cortés les dio muchas gracias a los embajadores, con grandes caricias y señales de amor que les mostró, y les dio por respuesta que él iría muy presto a ver al señor Moctezuma, y les rogó que estuviesen algunos días allí con nosotros, que en aquella sazón acordó Cortés que fuesen dos de nuestros capitanes, personas señaladas, a ver y hablar al gran Moctezuma, e ver la gran ciudad de México y sus grandes fuerzas y fortalezas, e iban ya camino Pedro de Alvarado y Bernardino Vázquez de Tapia, y quedaron en rehenes cuatro de aquellos embajadores que habían traído el presente, y otros embajadores del gran Moctezuma de los que solían estar con nosotros fueron en su compañía: porque en aquel tiempo yo estaba mal herido y con calenturas, y harto tenía que curarme, no me acuerdo bien hasta dónde llegaron; mas de que supimos que Cortés había enviado así a la ventura a aquellos caballeros, y se lo tuvimos a mal consejo y le retrajimos, y le dijimos que cómo enviaba a México no más de para ver la ciudad y sus fuerzas; que no era buen acuerdo, y que luego los fuesen a llamar que no pasasen más adelante; y les escribió que se volviesen luego. Demás desto, el Bernardino Vázquez de Tapia ya había adolecido en el camino de calenturas, y como vieron las cartas, se volvieron; y los embajadores con quien iban dieron relación dello a su Moctezuma, y les preguntó que qué manera de rostros y proporción de cuerpos llevaban los dos teules que iban a México, y si eran capitanes; y parece ser que les dijeron que el Pedro de Alvarado era de muy linda gracia, así en el rostro como en

su persona, y que parecía como al sol y que era capitán; y demás desto, se lo llevaron figurado muy al natural su dibujo y cara, y desde entonces le pusieron nombre el Tonatio, que quiere decir el sol, hijo del sol, y así le llamaron de allí adelante; y el Bernardino Vázquez: de Tapia dijeron que era hombre robusto y de muy buena disposición, que también era capitán; y al Moctezuma le pesó porque se habían vuelto del camino. Y aquellos embajadores tuvieron razón de compararlos, así en los rostros como en el aspecto de las personas y cuerpos, como lo significaron a su señor Moctezuma; porque el Pedro de Alvarado era de muy buen cuerpo y ligero, y facciones y presencia, y así en el rostro como en el hablar en todo era agraciado, que parecía que estaba riendo, y el Bernardino Vázquez de Tapia era algo robusto, puesto que tenía buena presencia; y desque volvieron a nuestro real, nos holgamos con ellos, y les decíamos que no era cosa acertada lo que Cortés les mandaba. Y dejemos esta materia, pues no hace mucho a nuestra relación, y diré de los mensajeros que Cortés envió a Cholula, y la respuesta que enviaron.

Capítulo LXXXI

Cómo enviaron los de Cholula cuatro indios de poca valía a disculparse por no haber venido a Tlascala, y lo que sobre ello pasó

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo envió nuestro capitán mensajeros a Cholula para que nos viniesen a ver a Tlascala; e los caciques de aquella ciudad, como entendieron lo que Cortés les mandaba, parecióles que sería bien enviar cuatro indios de poca valía a disculparse e a decir que por estar malos no venían, y no trajeron bastimento ni otra cosa, sino así secamente dieron aquella respuesta; y cuando vinieron aquellos mensajeros estaban presentes los caciques de Tlascala, e dijeron a nuestro capitán que para hacer burla de él y de todos nosotros enviaban los de Cholula aquellos indios, que eran maceguales e de poca calidad. Por manera que Cortés les tornó a enviar luego con otros cuatro indios de Cempoal a decir que viniesen dentro de tres días hombres principales, pues estaban cuatro leguas de allí, e que si no venían, que los tendrían por rebeldes; y que cuando vengan, que les quiere decir cosas que les convienen para salvación de sus ánimas, y buena policía para su buen vivir, y tenerlos por amigos y hermanos, como son los de Tlascala, sus vecinos; y que si otra cosa acordaren, y no quieren nuestra amistad, que nosotros no por eso los procuraríamos de descomplacer ni enojarles. Y como oyeron aquella amorosa embajada, respondieron que no habían de venir a Tlascala, porque son sus enemigos, porque saben que han dicho dellos y de su señor Moctezuma muchos males, y que vayamos a su ciudad y salgamos de los términos de Tlascala; y si no hicieren lo que deben, que los tengamos por tales como les enviamos a decir. Y viendo nuestro capitán que la excusa

que decían era muy justa, acordamos de ir allá; y como los caciques de Tlascala vieron que determinadamente era nuestra ida por Cholula, dijeron a Cortés: «Pues que así quieres creer a los mexicanos, y no a nosotros, que somos tus amigos, ya te hemos dicho muchas veces que te guardes de los de Cholula y del poder de México; y para que mejor te puedas ayudar de nosotros, te tenemos aparejados diez mil hombres de guerra que vayan en vuestra compañía»; y Cortés dio muchas gracias por ello, e consultó con todos nosotros que no sería bueno que llevásemos tantos guerreros a tierra que habíamos de procurar amistades, e que sería bien que llevásemos dos mil, y éstos les demandó, y que los demás que se quedasen en sus casas. E dejemos esta plática, y diré de nuestro camino.

Capítulo LXXXII

Cómo fuimos a la ciudad de Cholula, y del gran recibimiento que nos hicieron

Una mañana comenzamos a marchar por nuestro camino para la ciudad de Cholula, e íbamos con el mayor concierto que podíamos; porque, como otras veces he dicho, adonde esperábamos haber revueltas o guerras nos apercibíamos muy mejor, e aquel día fuimos a dormir a un río que pasa obra de una legua chica de Cholula, adonde está hecha ahora una puente de piedra, e allí nos hicieron unas chozas e ranchos; y esa noche enviaron los caciques de Cholula mensajeros, hombres principales, a darnos el parabién venidos a sus tierras, y trajeron bastimentos de gallinas y pan de su maíz, e dijeron que en la mañana vendrían todos los caciques y papas a nos recibir e a que les perdonasen porque no habían salido luego; y Cortés les dijo con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar que se lo agradecía, así por el bastimento que traían como por la buena voluntad que mostraban; e allí dormimos aquella noche con buenas velas y escuchas y corredores del campo. Y como amaneció, comenzamos a caminar hacia la ciudad; e yendo por nuestro camino, ya cerca de la población nos salieron a recibir los caciques y papas y otros muchos indios, e todos los más traían vestidas unas ropas de algodón de hechura de marlotas, como las traían los indios zapotecas: y esto digo a quien las ha visto y ha estado en aquella provincia, porque en aquella ciudad así se usan; e venían muy de paz y de buena voluntad, y los papas traían braseros con incienso, con que zahumaron a nuestro capitán e a los soldados que cerca de él nos hallamos. E parece ser aquellos papas y principales, como vieron los indios tlascaltecas que

con nosotros venían, dijéronselo a doña Marina que se lo dijese a Cortés, que no era bien que de aquella manera entrasen sus enemigos con armas en su ciudad; y como nuestro capitán lo entendió, mandó a los capitanes y soldados y el fardaje que parásemos; y como nos vio juntos e que no caminaba ninguno, dijo: «Paréceme, señores, que antes que entremos en Cholula que demos un tiento con buenas palabras a estos caciques e papas, e veamos qué es su voluntad; porque vienen murmurando destos nuestros amigos de Tlascala, y tienen mucha razón en lo que dicen; e con buenas palabras les quiero dar a entender la causa por que venimos a su ciudad. Y porque ya, señores, habéis entendido lo que nos han dicho los tlascaltecas, que son bulliciosos, será bien que por bien den la obediencia a su majestad, y esto me parece que conviene»; y luego mandó a doña Marina que llamase a los caciques y papas allí donde estaba, a caballo, e todos nosotros juntos con Cortés; y luego vinieron tres principales y dos papas, y dijeron: «Malinche, perdonadnos porque no fuimos a Tlascala a te ver y llevar comida, y no por falta de voluntad, sino porque son nuestros enemigos Mase-Escaci y Xicotenga e toda Tlascala; e porque han dicho muchos males de nosotros e del gran Moctezuma, nuestro señor, que no basta lo que han dicho, sino que ahora tengan atrevimiento con vuestro favor de venir con armas a nuestra ciudad»; y que le piden por merced que les mande volver a sus tierras, o a lo menos que se queden en el campo, e que no entren de aquella manera en su ciudad, e que nosotros que vayamos mucho en buena hora. E como el capitán vio la razón que tenían, mandó luego a Pedro de Alvarado e al maestre de campo, que era Cristóbal de Olí, que rogasen a los tlascaltecas que allí en el campo hiciesen sus ranchos y chozas, e que no entrasen con nosotros sino los que llevaban la artillería y nuestros amigos

los de Cempoal, y les dijesen la causa por que se mandaba, porque todos aquellos caciques y papas se temen dellos; e que cuando hubiéremos de pasar de Cholula para México que los enviaría a llamar, e que no lo hayan por enojo. Y como los de Cholula vieron lo que Cortés mandó, parecía que estaban más sosegados; y les comenzó Cortés a hacer un parlamento, diciendo que nuestro rey y señor, cuyos vasallos somos, tiene grandes poderes y tiene debajo de su mando a muchos grandes príncipes y caciques: y que nos envió a estas tierras a les notificar y mandar que no adoren ídolos, ni sacrifiquen hombres ni coman de sus carnes, ni hagan sodomías ni otras torpedades; e que por ser el camino por allí para México, adonde vamos hablar al gran Moctezuma, y por no haber otro más cercano, venimos por su ciudad, y también para tenerlos por hermanos; e que pues otros grandes caciques han dado la obediencia a su majestad, que será bien que ellos la den, como los demás. E respondieron que aun no hemos entrado en su tierra e ya les mandamos dejar sus teules, que así llaman a sus ídolos, que no lo pueden hacer; y dar la obediencia a ese vuestro rey que decís, les place; y así, la dieron de palabra, y no ante escribano. Y esto hecho, luego comenzamos a marchar para la ciudad, y era tanta la gente que nos salía a ver, que las calles e azoteas estaban llenas; e no me maravillo dello, porque no habían visto hombres como nosotros, ni caballos; y nos llevaron a aposentar a unas grandes salas, en que estuvimos todos, e nuestros amigos los de Cempoal y los tlascaltecas que llevaron el fardaje, y nos dieron de comer aquel día e otro muy bien e abastadamente. E quedarse ha aquí, y diré lo que más pasamos.

Capítulo LXXXIII

Cómo tenían concertado en esta ciudad de Cholula de nos matar por mandato de Moctezuma, y lo que sobre ello pasó

Habiéndonos recibido tan solemnemente como habemos dicho, e ciertamente de buena voluntad, sino que, según después pareció, envió a mandar Moctezuma a sus embajadores que con nosotros estaban, que tratasen con los de Cholula que con un escuadrón de veinte mil hombres que envió Moctezuma, que estuviesen apercibidos para en entrando en aquella ciudad, que todos nos diesen guerra, y de noche y de día nos acapillasen, e los que pudiesen llevar atados de nosotros a México, que se los llevasen; e con grandes prometimientos que les mandó, y muchas joyas y ropa que entonces les envió, e un atambor de oro; e a los papas de aquella ciudad que habían de tomar veinte de nosotros para hacer sacrificios a sus ídolos; pues ya todo concertado, y los guerreros que luego Moctezuma envió estaban en unos ranchos e arcabuezos obra de media legua de Cholula, y otros estaban ya dentro en las casas, y todos puestos a punto con sus armas, hechos mamparos en las azoteas, y en las calles hoyos e albarradas para que no pudiesen correr los caballos, y aun tenían unas casas llenas de varas largas y colleras de cueros, e cordeles con que nos habían de atar e llevarnos a México. Mejor hizo nuestro señor Dios, que todo se les volvió al revés; e dejémoslo ahora, e volvamos a decir que, así como nos aposentaron como dicho hemos, e nos dieron muy bien de comer los días primeros, e puesto que los veíamos que estaban muy de paz, no dejábamos siempre de estar muy apercibidos, por la buena costumbre que en ello teníamos, e al tercero día ni nos daban de comer ni parecía cacique ni papa; e si algunos

indios nos venían a ver, estaban apartados, que no llegaban a nosotros, e riéndose como cosa de burla; e como aquello vio nuestro capitán, dijo a doña Marina e Aguilar, nuestras lenguas, que dijese a los embajadores del gran Moctezuma que allí estaban, que mandasen a los caciques traer de comer; e lo que traían era agua y leña y unos viejos que lo traían decían que no tenían maíz, e que en aquel día vinieron otros embajadores del Moctezuma, e se juntaron con los que estaban con nosotros, e dijeron muy desvergonzadamente e sin hacer acato que su señor les enviaba a decir que no fuésemos a su ciudad, porque no tenía qué darnos de comer, e que luego se querían volver a México con la respuesta; e como aquello vio Cortés, le pareció mal su plática, e con palabras blandas dijo a los embajadores que se maravillaba de tan gran señor como es Moctezuma, tener tantos acuerdos, e que les rogaba que no se fuesen, porque otro día se querían partir para verle e hacer lo que mandase, y aun me parece que les dio unos sartalejos de cuentas; y los embajadores dijeron que sí aguardarían; y hecho esto, nuestro capitán nos mandó juntar, y nos dijo: «Muy desconcertada veo esta gente, estemos muy alerta, que alguna maldad hay entre ellos»; e luego envió a llamar al cacique principal, que ya no se me acuerda cómo se llamaba, o que enviase algunos principales; e respondió que estaba malo e que no podía venir ni él ni ellos; y como aquello vio nuestro capitán, mandó que de un gran cu que estaba junto de nuestros aposentos le trajésemos dos papas con buenas razones, porque había muchos en él; trajimos dos dellos sin les hacer deshonor, y Cortés les mandó dar a cada uno un chalchihuite, que son muy estimados entre ellos, como esmeraldas, e les dijo con palabras amorosas, que por qué causa el cacique y principales e todos los demás papas están amedrentados,

que los ha enviado a llamar y no habían querido venir; parece ser que el uno de aquellos papas era hombre muy principal entre ellos, y tenía cargo o mando en todos los más cues de aquella ciudad, que debía de ser a manera de obispo entre ellos, y le tenían gran acato; e dijo que los que son papas que no tenían temor de nosotros, que si el cacique y principales no han querido venir, que él iría a les llamar, y que como él les hable, que tiene creído que no harán otra cosa y que vendrán; e luego Cortés dijo que fuese en buen hora, y quedase su compañero allí aguardando hasta que viniesen; e fue aquel papa e llamó al cacique e principales, e luego vinieron juntamente con él al aposento de Cortés, y les preguntó con nuestras lenguas doña Marina e Aguilar, que por qué habían miedo e por qué causa no nos daban de comer, y que si reciben pena de nuestra estada en la ciudad, que otro día por la mañana nos queríamos partir para México a ver e hablar al señor Moctezuma, e que le tengan aparejados tamemes para llevar el fordaje e tepuzques, que son las bombardas; e también, que luego traigan comida; y el cacique estaba tan cortado, que no acertaba a hablar, y dijo que la comida que la buscarían; mas que su señor Moctezuma les ha enviado a mandar que no la diesen, ni quería que pasásemos de allí adelante; y estando en estas pláticas vinieron tres indios de los de Cempoal, nuestros amigos, y secretamente dijeron a Cortés que habían hallado junto adonde estábamos aposentados hechos hoyos en las calles e cubiertos con madera e tierra, que no mirando mucho en ello no se podría ver, e que quitaron la tierra de encima de un hoyo, que estaba lleno de estacas muy agudas para matar los caballos que corriesen, e que las azoteas que las tienen llenas de piedras e mamparos de adobes; y que ciertamente no estaban de buen arte, porque también hallaron albarradas de maderos gruesos en otra calle; y en

aquel instante vinieron ocho indios tlascaltecas de los que dejamos en el campo, que no entraron en Cholula, y dijeron a Cortés: «Mira, Malinche, que esta ciudad está de mala manera, porque sabemos que esta noche han sacrificado a su ídolo, que es el de la guerra, siete personas, y los cinco dellos son niños, porque les de victoria contra vosotros; e también habemos visto que sacan todo el fardaje e mujeres e niños». Y como aquello oyó Cortés, luego los despachó para que fuesen a sus capitanes, los tlascaltecas: que estuviesen muy aparejados si los enviásemos a llamar, y tornó a hablar al cacique y papas y principales de Cholula que no tuviesen miedo ni anduviesen alterados, y que mirasen la obediencia que dieron, que no la quebrantasen, que les castigaría por ello; que ya les ha dicho que nos queremos ir por la mañana, que ha menester dos mil hombres de guerra de aquella ciudad que vayan con nosotros, como nos han dado los de Tlascala, porque en los caminos los habrá menester; e dijéronle que sí darían así los hombres de guerra como los del fardaje; e demandaron licencia para irse luego a los apercibir, y muy contentos se fueron, porque creyeron que con los guerreros que habían de dar e con las capitanías de Moctezuma que estaban en los arcabuezos y barrancas, que allí de muertos o presos no podríamos escapar, por causa que no podrían correr los caballos; y por ciertos mamparos y albarradas, que dieron luego por aviso a los que estaban en guarnición que hiciesen a manera de callejón que no pudiésemos pasar, y les avisaron que otro día habíamos de partir, e que estuviesen muy a punto todos, porque ellos darían dos mil hombres de guerra; e como fuésemos descuidados, que allí harían su presa los unos y los otros, e nos podían atar; e que esto que lo tuviesen por cierto, porque ya habían hecho sacrificios a sus ídolos de guerra y les habían prometido la victoria. Y dejemos de hablar en

ello, que pensaban que sería cierto; e volvamos a nuestro capitán, que quiso saber muy por extenso todo el concierto y lo que pasaba; y dijo a doña Marina que llevase más chalchihuites a los dos papas que había hablado primero, pues no tenía miedo, e con palabras amorosas les dijese que les quería tornar a hablar Malinche, e que los trajese consigo; y la doña Marina fue y les habló de tal manera, que lo sabía muy bien hacer, y con dádivas vinieron luego con ella; y Cortés les dijo que dijesen la verdad de lo que supiesen, pues eran sacerdotes de ídolos e principales, que no habían de mentir; e que lo que dijesen, que no sería descubierto por vía ninguna, pues que otro día nos habíamos de partir, e que les daría mucha ropa. E dijeron que la verdad es, que su señor Moctezuma supo que íbamos a aquella ciudad, e que cada día estaba en muchos acuerdos, e que no determinaba bien la cosa; e que unas veces les enviaba a mandar que si allá fuésemos que nos hiciesen mucha honra e nos encaminasen a su ciudad, e otras veces les enviaba a decir que ya no era su voluntad que fuésemos a México; e que ahora nuevamente le han aconsejado su Tezcatepuca y su Huichilobos, en quien ellos tienen gran devoción, que allí en Cholula los matasen, o llevasen atados a México. E que había enviado el día antes veinte mil hombres de guerra, y la mitad están ya aquí dentro desta ciudad e la otra mitad están cerca de aquí entre unas quebradas, e que ya tienen aviso que os habéis de ir mañana, y de las albarradas que se mandaron hacer y de los dos mil guerreros que os habemos de dar, e cómo tenían ya hechos conciertos que habían de quedar veinte de nosotros para sacrificar a los ídolos de Cholula. Y sabido todo esto, Cortés les mandó dar mantas muy labradas, y les rogó que no le dijesen, porque si lo descubrían, que a la vuelta que volviésemos de México los matarían; e que se querían ir

muy de mañana, e que hiciesen venir todos los caciques para hablarles, como dicho les tiene; y luego aquella noche tomó consejo Cortés de lo que habíamos de hacer, porque tenía muy extremados varones y de buenos consejos; y como en tales casos suele acaecer, unos decían que sería bien torcer el camino e irnos para Guaxocingo, otros decían que procurásemos haber paz por cualquier vía que pudiésemos, y que nos volviésemos a Tlascala; otros dimos parecer que si aquellas traiciones dejábamos pasar sin castigo, que en cualquiera parte nos tratarían otras peores, y pues que estábamos allí en aquel gran pueblo e habían hartos bastimentos, les diésemos guerra, porque más la sentirán en sus casas que no en el campo, y que luego apercibiésemos a los tlascaltecas que se hallasen en ello. Y a todos pareció bien este postrer acuerdo, y fue desta manera: que ya que les había dicho Cortés que nos habíamos de partir para otro día, que hiciésemos que liábamos nuestro hato, que era harto poco, y que en unos grandes patios que había donde posábamos, estaban con altas cercas, que diésemos en los indios de guerra, pues aquello era su merecido. Y que con los embajadores de Moctezuma disimulásemos, y les dijésemos que los malos de los cholultecas han querido hacer una traición y echar la culpa della a su señor Moctezuma, e a ellos mismos como sus embajadores; lo cual no creíamos que tal mandase hacer, y que les rogábamos que se estuvieran en el aposento de nuestro capitán, e no tuviesen más plática con los de aquella ciudad, porque no nos den que pensar que andan juntamente con ellos en las traiciones, y que se vayan con nosotros a México por guías; y respondieron que ellos ni su señor Moctezuma no saben cosa ninguna de lo que les dicen; y aunque no quisieron, les pusimos guardas porque no se fuesen sin licencia y porque no supiese Moctezuma que nosotros sabíamos que él era

quien lo había mandado hacer; e aquella noche estuvimos muy apercibidos y armados, y los caballos ensillados y enfrenados, con grandes velas y rondas, que esto siempre lo teníamos de costumbre, porque tuvimos por cierto que todas las capitanías, así de mexicanos como de cholultecas, que aquella noche habían de dar sobre nosotros; y una india vieja, mujer de un cacique, como sabía el concierto y trama que tenían ordenado, vino secretamente a doña Marina, nuestra lengua, y como la vio moza y de buen parecer y rica, le dijo y aconsejó que se fuese con ella a su casa si quería escapar con vida, porque ciertamente aquella noche o otro día nos habían de matar a todos, porque ya estaba así mandado y concertado por el gran Moctezuma, para que entre los de aquella ciudad y los mexicanos se juntasen, y no quedase ninguno de nosotros a vida, o nos llevasen atados a México; y porque sabe esto, y por mancilla que tenía de la doña Marina, se lo venía a decir, y que tomase todo su hato y se fuese con ella a su casa, y que allí la casaría con un su hijo, hermano de otro mozo que traía la vieja, que la acompañaba. E como lo entendió doña Marina, y en todo era muy avisada, le dijo: «¡Oh madre, qué mucho tengo que agradeceros eso que me decís! Yo me fuera ahora, sino que no tengo de quien fiarme para llevar mis mantas y joyas, que es mucho. Por vuestra vida, madre, que aguardéis un poco vos y vuestro hijo, y esta noche nos iremos; que ahora ya veis que estos teules están velando, y sentirnos han»; y la vieja creyó lo que la decía, y quedóse con ella platicando, y le preguntó que de qué manera nos había de matar, e cómo e cuándo se hizo el concierto; y la vieja se lo dijo ni más ni menos lo que habían dicho los dos papas; e respondió la doña Marina: «Pues ¿cómo siendo tan secreto ese negocio, lo alcanzastes vos a saber?» Dijo que su marido se lo había dicho, que es capitán de una parcialidad de aquella ciudad,

y como tal capitán está ahora con la gente de guerra que tiene a cargo, dando orden para que se junten en las barrancas con los escuadrones del gran Moctezuma, y que cree estarán juntos esperando para cuando fuésemos, y que allí nos matarían; y que esto del concierto que lo sabía tres días había, porque de México enviaron a su marido un atambor dorado, e a otras tres capitanías también les envió ricas mantas y joyas de oro, porque nos llevasen a todos a su señor Moctezuma; y la doña Marina, como lo oyó, disimuló con la vieja, y dijo: «¡Oh cuánto me huelgo en saber que vuestro hijo con quien me queréis casar es persona principal! Mucho hemos estado hablando; no querría que nos sintiesen: por eso, madre, aguardad aquí, comenzaré a traer mi hacienda, porque no lo podré sacar todo junto; e vos e vuestro hijo, mi hermano, lo guardaréis, y luego nos podremos ir»; y la vieja todo se lo creía, y sentóse de reposo la vieja, ella y su hijo; y la doña Marina entra de presto donde estaba el capitán Cortés, y le dice todo lo que pasó con la india; la cual luego la mandó traer ante él, y la tornó a preguntar sobre las traiciones y conciertos, y le dijo ni más ni menos que los papas; y le pusieron guardas porque no se fuese. Y cuando amaneció era cosa de ver la prisa que traían los caciques y papas con los indios de guerra, con muchas risadas y muy contentos, como si ya nos tuvieran metidos en el garlito e redes; e trajeron más indios de guerra que les pedimos, que no cupieron en los patios, por muy grandes que son, que aun todavía se están sin deshacer por memoria de lo pasado; e por bien de mañana que vinieron los cholultecas con la gente de guerra, ya todos nosotros estábamos muy a punto para lo que se había de hacer, y los soldados de espada y rodela puestos a la puerta del gran patio para no dejar salir a ningún indio de los que estaban con armas, y nuestro capitán también estaba a caballo,

acompañado de muchos soldados para su guarda; y cuando vio que tan de mañana habían venido los caciques y papas y gente de guerra, dijo: «¡Qué voluntad tienen estos traidores de vernos entre las barrancas para se hartar de nuestras carnes! Mejor lo hará nuestro señor»; y preguntó por los dos papas que habían descubierto el secreto, y le dijeron que estaban a la puerta del patio con otros caciques que querían entrar, y mandó Cortés a Aguilar, nuestra lengua, que les dijesen que se fuesen a sus casas, e que ahora no tenían necesidad dellos; y esto fue por causa que, pues nos hicieron buena obra, no recibiesen mal por ella, porque no los matasen. E como Cortés estaba a caballo, e doña Marina junto a él, comenzó a decir a los caciques e papas que, sin hacerles enojo ninguno, a qué causa nos querían matar la noche pasada. E que, si les hemos hecho o dicho cosa para que nos tratasen aquellas traiciones, más de amonestalles las cosas que a todos los más pueblos por donde hemos venido les decimos, que no sean malos ni sacrifiquen hombres, ni adoren sus ídolos ni coman las carnes de sus prójimos; que no sean sométicos e que tengan buena manera en su vivir, y decirles las cosas tocantes a nuestra santa fe, y esto sin apremialles en cosa ninguna; e a qué fin tienen ahora nuevamente aparejadas muchas varas largas y recias con colleras, y muchos cordeles en una casa junto al gran cu, e por qué han hecho de tres días acá albarradas en las calles e hoyos, e pertrechos en las azoteas, e por qué han sacado de su ciudad sus hijos e mujeres y hacienda; e que bien se ha parecido su mala voluntad y las traiciones, que no las pudieron encubrir, que aun de comer no nos daban, que por burla traían agua y leña, y decían que no había maíz; y que bien sabe que tienen cerca de allí en unas barrancas muchas capitanías de guerreros esperándonos, creyendo que habíamos de ir por aquel camino a México, para hacer la

traición que tienen acordada, con otra mucha gente de guerra que esta noche se ha juntado con ellos; que pues en pago de que los venían a tener por hermanos e decirles lo que Dios nuestro señor y el rey manda, nos querían matar en comer nuestras carnes, que ya tenían aparejadas las ollas con sal e ají e tomates; que si esto querían hacer, que fuera mejor nos dieran guerra como esforzados y buenos guerreros en los campos, como hicieron sus vecinos los tlascaltecas; e que sabe por muy cierto lo que tenían concertado en aquella ciudad y aun prometido a su ídolo abogado de la guerra, y que le habían de sacrificar veinte de nosotros delante del ídolo, y tres noches antes ya pasadas que le sacrificaron siete indios porque les diese victoria, la cual les prometió; e como es malo y falso, no tiene ni tuvo poder contra nosotros; y que todas estas maldades y traiciones que han tratado y puesto por la obra, han de caer sobre ellos; y esta razón se lo decía doña Marina, y se lo daban muy bien a entender. Y como lo oyeron los papas y caciques y capitanes, dijeron que así es verdad lo que les dice, y que dello no tienen culpa, porque los embajadores de Moctezuma lo ordenaron por mandado de su señor. Entonces les dijo Cortés que tales traiciones como aquellas, que mandaban las leyes reales que no queden sin castigo, e que por su delito que han de morir; e luego mandó soltar una escopeta, que era la señal que teníamos apercibida para aquel efecto, y se les dio una mano que se les acordará para siempre, porque matamos muchos dellos, y otros se quemaron vivos, que no les aprovechó las promesas de sus falsos dioses; y no tardaron dos horas que no llegaron allí nuestros amigos los tlascaltecas que dejamos en el campo, como ya he dicho otra vez, y peleaban muy fuertemente en las calles, donde los cholultecas tenían otras capitanías defendiéndolas porque no les entrásemos, y de presto fueron

desbaratadas, e iban por la ciudad robando y cautivando, que no los podíamos detener; y otro día vinieron otras capitanías de las poblaciones de Tlascala, y les hacían grandes daños, porque estaban muy mal con los de Cholula; y como aquello vimos, así Cortés como los demás capitanes y soldados, por mancilla que hubimos dellos, detuvimos a los tlascaltecas que no hiciesen más mal; y Cortés mandó a Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olí que le trajesen todas las capitanías de Tlascala para les hablar, y no tardaron de venir, y les mandó que recogiesen toda su gente y se estuviesen en el campo, y así lo hicieron, que no quedaron con nosotros sino los de Cempoal; y en aqueste instante vinieron ciertos caciques y papas cholultecas que eran de otros barrios, que no se hallaron en las traiciones, según ellos decían (que, como es gran ciudad, era bando y parcialidad por sí), y rogaron a Cortés y a todos nosotros que perdonásemos el enojo de las traiciones que nos tenían ordenadas, pues los traidores habían pagado con las vidas; y luego vinieron los dos papas amigos nuestros que nos descubrieron el secreto, y la vieja mujer del capitán que quería ser suegra de doña Marina (como ya he dicho otra vez), y todos rogaron a Cortés fuesen perdonados. Y Cortés cuando se lo decían mostró tener grande enojo, y mandó llamar a los embajadores de Moctezuma que estaban detenidos en nuestra compañía, y dijo que, puesto que toda aquella ciudad merecía ser asolada y que pagaran con las vidas, que teniendo respeto a su señor Moctezuma, cuyos vasallos son, los perdona, e que de allí adelante que sean buenos, e no les acontezca otra como la pasada, que morirán por ello. Y luego mandó llamar los caciques de Tlascala que estaban en el campo, e les dijo que volviesen los hombres y mujeres que habían cautivado, que bastaban los males que habían hecho. Y puesto que se les hacía de

mal devolverlo, e decían que de muchos más danos eran merecedores por los traiciones que siempre de aquella ciudad han recibido, por mandarlo Cortés volvieron muchas personas; mas ellos quedaron desta vez ricos, así de oro e mantas, e algodón y sal e esclavos. Y demás desto, Cortés los hizo amigos con los de Cholula, que a lo que después vi e entendí, jamás quebraron las amistades; e más les mandó a todos los papas e caciques cholultecas que poblasen su ciudad e que hiciesen tiangues e mercados, e que no hubiesen temor, que no se les haría enojo ninguno; y respondieron que dentro en cinco días harían poblar toda la ciudad, porque en aquella sazón todos los más vecinos estaban remontados, e dijeron que tenían necesidad que Cortés les nombrase cacique, porque el que solía mandar fue uno de los que murieron en el patio. E luego preguntó que a quién le venía cacicazgo, e dijeron que a un su hermano; al cual luego le señaló por gobernador, hasta que otra cosa fuese mandada. Y demás desto, desque vio la ciudad poblada y estaban seguros en sus mercados, mandó que se juntasen los papas y capitanes con los demás principales de aquella ciudad, y se les dio a entender muy claramente todas las cosas tocantes a nuestra santa fe, e que dejasen de adorar ídolos, y no sacrificasen ni comiesen carne humana, ni se robasen unos a otros, ni usasen las torpedades que solían usar, y que mirasen que sus ídolos los traen engañados, y que son malos y no dicen verdad, e que tuviesen memoria que cinco días había las mentiras que les prometieron que les darían victoria cuando sacrificaron las siete personas, e cómo cuanto dicen a los papas e a ellos es todo malo, e que les rogaba que luego los derrocasen e hiciesen pedazos, e si ellos no querían, que nosotros los quitaríamos, e que hiciesen encalar uno como humilladero, donde pusimos una cruz. Lo de la cruz luego lo hicieron, y

respondieron que quitarían los ídolos; y puesto que se lo mandó muchas veces que los quitasen, lo dilataban. Y entonces dijo el padre de la Merced a Cortés que era por demás a los principios quitarles sus ídolos, hasta que van entendiendo más las cosas, y ver en qué paraba nuestra entrada en México, y el tiempo nos diría lo que habíamos de hacer, que al presente bastaban las amonestaciones que se les habían hecho, y ponerles la cruz. Dejaré de hablar desto, y diré cómo aquella ciudad está asentada en un llano y en parte e sitio donde están muchas poblaciones cercanas, que es Tepeaca, Tlascala, Chalco, Tecamachalco, Guaxocingo e otros muchos pueblos, que por ser tantos, aquí no los nombro; y es tierra de maíz e otras legumbres, e de mucho ají, y toda llena de magüeyales, que es de lo que hacen el vino, e hacen en ella muy buena loza de barro colorado e prieto e blanco, de diversas pinturas, e se bastece della México y todas las provincias comercanas, digamos ahora como en Castilla lo de Talavera o Palencia. Tenía aquella ciudad en aquel tiempo sobre cien torres muy altas, que eran cues e adoratorios donde estaban sus ídolos, especial el cu mayor era de más altor que el de México, puesto que era muy suntuoso y alto el cu mexicano, y tenía otros cien patios para el servicio de los cues; y según entendimos, había allí un ídolo muy grande, el nombre de él no me acuerdo, mas entre ellos tenía gran devoción y venían de muchas partes a le sacrificar, en tener como a manera de novenas, y le presentaban de las haciendas que tenían. Acuérdome que cuando en aquella ciudad entramos, que cuando vimos tan altas torres y blanquear, nos pareció al propio Valladolid. Dejemos de hablar desta ciudad y todo lo acaecido en ella, y digamos cómo los escuadrones que había enviado el gran Moctezuma, que estaban ya puestos entre los arcabuezos que están cabe Cholula, y tenían hechos

mamparos y callejones para concertado, como ya otra vez he dicho; e como supieron lo acaecido, se vuelven más que de paso para México, y dan relación a su Moctezuma según y de la manera que todo pasó; y por presto que fueron, ya teníamos la nueva de dos principales que con nosotros estaban, que fueron en posta; y supimos muy de cierto que cuando lo supo Moctezuma que sintió gran dolor y enojo, e que luego sacrificó ciertos indios a su ídolo Huichilobos, que le tenían por dios de la guerra, porque les dijese en qué había de parar nuestra ida a México, o si nos dejaría entrar en su ciudad; y aun supimos que estuvo encerrado en sus devociones y sacrificios dos días, juntamente con diez papas los más principales, y hubo respuesta de aquellos ídolos que tenían por dioses, y fue que le aconsejaron que nos enviase mensajeros a disculpar de lo de Cholula, y que con muestras de paz nos deje entrar en México, y que estando dentro, con quitarnos la comida e agua, o alzar cualquiera de las puentes, nos mataría, y que en un día, si nos daba guerra, no quedaría ninguno de nosotros a vida, y que allí podría hacer sus sacrificios, así al Huichilobos, que les dio esta respuesta, como a Tezcatepuca, que tenían por dios del infierno, e tendrían hartazgos de nuestros muslos y piernas y brazos; y de las triplas y el cuerpo y todo lo demás hartarían las culebras y serpientes e tigres que tenían en unas casas de madera, como adelante diré en su tiempo y lugar. Dejemos de hablar de lo que Moctezuma sintió de lo sobredicho, y digamos cómo esta cosa o castigo de Cholula fue sabido en todas las provincias de la Nueva España. Y si de antes teníamos fama de esforzados, y habían sabido de la guerra de Potonchan y Tabasco y de Cingapacinga y lo de Tlascala, y nos llamaban teules, que es nombre como sus dioses o cosas malas, desde allí adelante nos tenían por adivinos, y decían que no se nos podría encubrir cosa

ninguna mala que contra nosotros tratasen, que no lo supiésemos, y a esta causa nos mostraban buena voluntad. Y creo que estarán hartos los curiosos lectores de oír esta relación de Cholula, e ya quisiera haberla acabado de escribir. Y no puedo dejar de traer aquí a la memoria las redes de maderos gruesos que en ella hallamos; las cuales tenían llenas de indios y muchachos a cebo, para sacrificar y comer sus carnes; las cuales redes quebramos, y los indios que en ellas estaban presos les mandó Cortés que se fuesen adonde eran naturales, y con amenazas mandó a los capitanes y papas de aquella ciudad que no tuviesen más indios de aquella manera ni comiesen carne humana, y así lo prometieron. Mas ¿qué aprovechaban aquellos prometimientos que no los cumplían? Pasemos ya adelante, y digamos que aquéstas fueron las grandes crueldades que escribe y nunca acaba de decir el señor obispo de Chiapa, don fray Bartolomé de las Casas; porque afirma y dice que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo y porque se nos antojó, se hizo aquel castillo; y aun dícelo de arte en su libro a quien no lo vio ni lo sabe, que les hará creer que es así aquello e otras crueldades que escribe siendo todo al revés, y no pasó como lo escribe. Y también quiero decir que unos buenos religiosos franciscanos, que fueron los primeros frailes que su majestad envió a esta Nueva España después de ganado México, según adelante diré, fueron a Cholula para saber y pesquisar e inquirir y de qué manera pasó aquel castigo, e por qué causa, e la pesquisa que hicieron fue con los mismos papas e viejos de aquella ciudad; y después de bien sabido dellos mismos, hallaron ser ni más ni menos que en esta mi relación escribo; y si no se hiciera aquel castigo, nuestras vidas estaban en harto peligro, según los escuadrones y capitanías tenían de guerreros mexicanos y de los naturales de Cholula, e

albarradas e pertrechos; que si allí por nuestra desdicha nos mataran, esta Nueva España no se ganara tan presto ni se atreviera a venir otra armada, e ya que viniera fuera con gran trabajo, porque les defendieran los puertos; y se estuvieran siempre en sus idolatrías. Yo he oído decir a un fraile francisco de buena vida, que se decía fray Toribio Motolinia, que si se pudiera excusar aquel castigo, y ellos no dieran causa a que se hiciese, que mejor fuera; mas ya que se hizo que fue bueno para que todos los indios de todas las provincias de la Nueva España viesen y conociesen que aquellos ídolos y todos los demás son malos y mentirosos, y que viendo que lo que les había prometido salió al revés, que perdieron la devoción que antes tenían con ellos, y que desde allí en adelante no le sacrificaban ni venían en romería de otras partes, como solían, y desde entonces no curaron más de él, y le quitaron del alto cu donde estaba, y lo escondieron o quebraron, que no pareció más, y en su lugar habían puesto otro ídolo. Dejémoslo ya, y diré lo que más adelante hicimos.

Capítulo LXXXIV

De ciertas pláticas e mensajeros que enviamos al gran Moctezuma

Como habían ya pasado catorce días que estábamos en Cholula, y no teníamos en que entender, y vimos que quedaba aquella ciudad muy poblada, e hacían mercados, e habíamos hecho amistades entre ellos y los de Tlascala, e les teníamos puesto una cruz e amonestádoles las cosas tocantes a nuestra santa fe, y veíamos que el gran Moctezuma enviaba a nuestro real espías encubiertamente a saber e inquirir qué era nuestra voluntad, e si habíamos de pasar adelante para ir a su ciudad, porque todo lo alcanzaba a saber muy enteramente por dos embajadores que estaban en nuestra compañía; acordó nuestro capitán de entrar en consejo con ciertos capitanes e algunos soldados que sabía que le tenían buena voluntad, y porque, además de ser muy esforzados, eran de buen consejo; porque ninguna cosa hacía sin primero tomar sobre ello nuestro parecer. Y fue acordado que blanda y amorosamente enviásemos a decir al gran Moctezuma que para cumplir con lo que nuestro rey y señor nos envió a estas partes, hemos pasado muchos mares e remotas tierras, solamente para le ver e decirle cosas que le serían muy provechosas cuando las haya entendido; que viniendo que veníamos camino de su ciudad, porque sus embajadores nos encaminaron por Cholula, que dijeron que eran sus vasallos; e que dos días, los primeros que en ella entramos, nos recibieron muy bien, e para otro día tenían ordenada una traición, con pensamiento de matarnos; y porque somos hombres que tenemos tal calidad, que no se nos puede encubrir cosa de trato ni traición ni maldad que contra nosotros quieran hacer, que luego no lo sepamos; e que por esta causa castigamos a algunos de los que querían

ponerlo por obra. E que porque supo que eran sus sujetos, teniendo respeto a su persona y a nuestra gran amistad, dejó de matar y asolar todos los que fueron en pensar en la traición. Y lo peor de todo es, que dijeron los papas e caciques que por consejo e mandado de él y de sus embajadores lo querían hacer; lo cual nunca creímos, que tan gran señor, como él es, tal mandase, especialmente habiéndose dado por nuestro amigo; y tenemos colegido de su persona que, ya que tan mal pensamiento sus ídolos le pusieron de darnos guerra, que sería en el campo; mas en tanto teníamos que pelease en campo como en poblado, que de día que de noche, porque los mataríamos a quien tal pensase hacer. Mas como lo tiene por grande amigo y le desea ver y hablar, luego nos partimos para su ciudad a darle cuenta muy por entero de lo que el rey nuestro señor nos mandó. Y como Moctezuma oyó esta embajada, y entendió que por lo de Cholula no le poníamos culpa, oímos decir que tomó a entrar con sus papas en ayunos e sacrificios que hicieron a sus ídolos, para que se tornase a ratificar que si nos dejaría entrar en su ciudad o no, y si se lo tornaba a mandar, como le había dicho otra vez. Y la respuesta que les tornó a dar fue como la primera, y que de hecho nos deje entrar, y que dentro nos mataría a su voluntad. Y más le aconsejaron sus capitanes y papas, que si ponía estorbo en la entrada, que le haríamos guerra en los pueblos sus sujetos, teniendo, como teníamos, por amigos a los tlascaltecas y todos los totonaques de la sierra, e otros pueblos que habían tomado nuestra amistad, y por excusar estos males que mejor y más sano consejo es el que les ha dado su Huichilobos. Dejemos de más decir de lo que Moctezuma tenía acordado, e diré lo que sobre ello hizo, y cómo acordamos de ir camino de México, y estando de partida llegaron mensajeros de Moctezuma con un presente,

y lo que envió a decir.

CAPÍTULO LXXXV

Cómo el gran Moctezuma envió un presente de oro, y lo que envió a decir, y cómo acordamos ir camino de México, y lo que más acaeció

Como el gran Moctezuma hubo tomado otra vez consejo con sus Huichilobos e papas e capitanes, y todos le aconsejaron que nos dejase entrar en su ciudad, e que allí nos matarían a su salvo. Y después que oyó las palabras que le enviamos a decir acerca de nuestra amistad, e también otras razones bravosas, como somos hombres que no se nos encubre traición que contra nosotros se trate, que no lo sepamos, y que en lo de la guerra, que eso se nos da que sea en el campo o en poblado, que de noche o de día, o de otra cualquier manera; e como había entendido las guerras de Tlascala, e había sabido lo de Potonchan e Tabasco e Cingapacinga, e ahora lo de Cholula, estaba asombrado y aun temeroso; y después de muchos acuerdos que tuvo, envió seis principales con un presente de oro y joyas de mucha diversidad de hechuras, que valdría, a lo que juzgaban, sobre dos mil pesos, y también envió ciertas cargas de mantas muy ricas de primeras labores; e cuando aquellos principales llegaron ante Cortés con el presente, besaron la tierra con la mano, y con gran acato, como entre ellos se usa, dijeron: «Malinche, nuestro señor el gran Moctezuma te envía este presente, y dice que lo recibas con el amor grande que te tiene e a todos vuestros hermanos, e que le pesa del enojo que les dieron los de Cholula, e quisiera que los castigara más en sus personas, que son malos y mentirosos, e que las maldades que ellos querían hacer, le echaban a él la culpa e a sus embajadores; e que tuviésemos que por muy cierto que era nuestro amigo, e que vayamos a su ciudad cuando quisiéremos, que puesto que él

nos quiere hacer mucho honra, como a personas tan esforzadas y mensajeros de tan alto rey como decís que es, e porque no tiene que nos dar de comer, que a la ciudad se lleva todo el bastimento de acarreo, por estar en la laguna poblados, no lo podía hacer tan cumplidamente; mas que él procurará de hacernos toda la más honra que pudiere, y que por los pueblos por donde habíamos de pasar, que él ha mandado que nos den lo que hubiéremos menester»; e dijo otros muchos cumplimientos de palabra. Y como Cortés lo entendió por nuestras lenguas, recibió aquel presente con muestras de amor, e abrazó a los mensajeros y les mandó dar ciertos diamantes torcidos; e todos nuestros capitanes e soldados nos alegramos con tan buenas nuevas, e mandarnos a que vayamos a su ciudad, porque de día en día lo estábamos deseando todos los más soldados, especial los que no dejábamos en la isla de Cuba bienes ningunos, e habíamos venido dos veces a descubrir primero que Cortés. Dejemos esto, y digamos cómo el capitán les dio buena respuesta y muy amorosa, y mandó que se quedasen tres mensajeros de los que vinieron con el presente, para que fuesen con nosotros por guías, y los otros tres volvieron con la respuesta a su señor, y le avisaron que ya íbamos camino. Y después que aquella nuestra partida entendieron los caciques mayores de Tlascala, que se decían Xicotenga el viejo e ciego, y Mase-Escaci, los cuales he nombrado otras veces, les pesó en el alma, e enviaron a decir a Cortés que ya le habían dicho muchas veces que mirase lo que hacía, e se guardase de entrar en tan grande ciudad, donde había tantas fuerzas y tanta multitud de guerreros; porque un día u otro nos darían guerra, e temían que no podríamos salir con las vidas; e por la buena voluntad que nos tienen, que ellos quieren enviar diez mil hombres con capitanes esforzados, que vayan con nosotros con bastimento para el

camino. Cortés les agradeció mucho su buena voluntad, y les dijo que no era justo entrar en México con tanta copia de guerreros, especialmente siendo tan contrarios los unos de los otros; que solamente había menester mil hombres para llevar los tepuzques e fardajes e para adobar algunos caminos. Ya he dicho otra vez que tepuzques en estas partes dicen por los tiros, que son de hierro, que llevábamos; y luego despacharon los mil indios muy apercibidos; e ya que estábamos muy a punto para caminar, vinieron a Cortés los caciques e todos los más principales guerreros de Cempoal que andaban en nuestra compañía, y nos sirvieron muy bien y lealmente, e dijeron que se querían volver a Cempoal, y que no pasarían de Cholula adelante para ir a México porque cierto tenían que si allá iban, que habían de morir ellos y nosotros, e que el gran Moctezuma los mandaría matar, porque eran personas muy principales de los de Cempoal, que fueron en quitarle la obediencia para que no se diese tributo, y en aprisionar sus recaudadores cuando hubo la rebelión ya por mí otra vez escrita en esta relación. Y como Cortés les vio que con tanta voluntad le demandaban aquella licencia, les respondió con doña Marina e Aguilar que no hubiesen temor ninguno de que recibirían mal ni daño, e que, pues iban en nuestra compañía, que ¿quién había de ser osado a los enojar a ellos ni a nosotros? E que les rogaba que mudasen su voluntad e que se quedasen con nosotros, y les prometió que les haría ricos; e por más que se lo rogó Cortes, e doña Marina se lo decía muy afectuosamente, nunca quisieron quedar, sino que se querían volver; e como aquello vio Cortés dijo: «Nunca Dios quiera que nosotros llevemos por fuerza a esos indios que tan bien nos han servido»; y mandó traer muchas cargas de mantas ricas, e se las repartió entre todos, e también envió al cacique gordo, nuestro amigo, señor de

Cempoal, dos cargas de mantas para él y para su sobrino Cuesco, que así se llamaba otro gran cacique, y escribió al teniente Juan de Escalante, que dejábamos por capitán, y era en aquella sazón alguacil mayor, todo lo que nos había acaecido, y como ya íbamos camino de México, e que mirase muy bien por todos los vecinos, e se velase, que siempre estuviese de día e de noche con gran cuidado; que acabase de hacer la fortaleza; e que a los naturales de aquellos pueblos que los favoreciese contra mexicanos, y no les hiciese agravio, ni ningún soldado de los que con él estaban; y escritas estas cartas, y partidos los de Cempoal, comenzamos de ir nuestro camino muy apercibidos.

Capítulo LXXXVI

Cómo comenzamos a caminar para la ciudad de México, y de lo que en el camino nos avino, y lo que Moctezuma envió a decir

Así como salimos de Cholula con gran concierto, como lo teníamos de costumbre, los corredores del campo a caballo descubriendo la tierra, y peones muy sueltos juntamente con ellos, para si algún paso malo o embarazo hubiese se ayudasen los unos a los otros, e nuestros tiros muy a punto, e escopetas e ballesteros, e los de a caballo de tres en tres para que se ayudasen, e todos los demás soldados en gran concierto. No sé yo para que lo traigo a la memoria, sino que en las cosas de la guerra por fuerza hemos de hacer relación dello, para que se vea cual andábamos la barba sobre el hombro. E así caminando, llegamos aquel día a unos ranchos que están en una como sierrezuela, que es población de Guaxocingo, que me parece que se dicen los ranchos de Iscalpan, cuatro leguas de Cholula; y allí vinieron luego los caciques y papas de los pueblos de Guaxocingo, que estaban cerca, e eran amigos e confederados de los de Tlascala, y también vinieron otros pueblezuelos que están poblados a las faldas del volcán, que confinan con ellos, y trajeron todos mucho bastimento y un presente de joyas de oro de poca valía, y dijeron a Cortés que recibiese aquello, y no mirase a lo poco que era, sino a la voluntad con que se lo daban; y le aconsejaron que no fuese a México, que era una ciudad muy fuerte y de muchos guerreros, y que corríamos mucho peligro; e que ya que íbamos, que subido aquel puerto, que había dos caminos muy anchos, y que uno iba a un pueblo que se dice Chalco, y el otro Tamanalco, que era otro pueblo, y entrambos sujetos a México, y que un camino estaba muy barrido y

limpio para que vayamos por él, y que el otro camino lo tienen ciego, y cortados muchos árboles muy gruesos y grandes pinos porque no puedan ir caballos ni pudiésemos pasar adelante; y que abajado un poco de la sierra, por el camino que tenían limpio, creyendo que habíamos de ir por él, que tenían cortado un pedazo de la sierra, y había allí mamparos e albarradas, e que han estado en el paso ciertos escuadrones de mexicanos para nos matar, e que nos aconsejaban que no fuésemos por el que estaba limpio, sino por donde estaban los árboles atravesados, e que ellos nos darán mucha gente que lo desembaracen. E pues que iban con nosotros los tlascaltecas, que todos quitarían los árboles, e que aquel camino salía a Tamanalco; e Cortés recibió el presente con mucho amor, y les dijo que les agradecía el aviso que le daban, y con el ayuda de Dios que no dejará de seguir su camino, e que irá por donde le aconsejaban. E luego otro día bien de mañana comenzamos a caminar; e ya era cerca de mediodía cuando llegamos en lo alto de la sierra, donde hallamos los caminos ni más ni menos que los de Guaxocingo dijeron; y allí reparamos un poco y aun nos dio que pensar en lo de los escuadrones mexicanos y en la sierra cortada donde estaban las albarradas de que nos avisaron. Y Cortés mandó llamar a los embajadores del gran Moctezuma, que iban en nuestra compañía, y les preguntó que cómo estaban aquellos dos caminos de aquella manera, el uno muy limpio y muy barrido, y el otro lleno de árboles cortados nuevamente. Y respondieron que porque vayamos por el limpio, que sale a una ciudad que se dice Chalco, donde nos harán buen recibimiento, que es de su señor Moctezuma; y que el otro camino, que le pusieron aquellos árboles y le cegaron porque no fuésemos por él, que hay malos pasos o se rodea algo para ir a México, que sale a otro pueblo que no es tan grande como Chalco;

entonces dijo Cortés que quería ir por el que estaba embarazado, e comenzamos a subir la sierra puestos en gran concierto, y nuestros amigos apartando los árboles muy grandes a gruesos, por donde pasamos con gran trabajo, y hasta hoy están algunos dellos fuera del camino; y subiendo a lo más alto, comenzó a nevar y se cuajó de nieve la tierra, e caminamos la sierra abajo, y fuimos a dormir a unas caserías que eran como a manera de aposentos o mesones, donde posaban indios mercaderes, e tuvimos bien de cenar, e con gran frío pusimos nuestras velas y rondas e escuchas y aun corredores del campo; e otro día comenzámos a caminar, e a hora de misas mayores llegamos a un pueblo que ya he dicho que se dice Tamanalco, y nos recibieron bien, e de comer no faltó; e como supieron de otros pueblos de nuestra llegada, luego vinieron los de Chalco, e se juntaron con los de Tamanalco, e Mecameca e Acacingo, donde están las canoas, que es puerto dellos, e otros pueblezuelos que ya no se me acuerda el nombre dellos; y todos juntos trajeron un presente de oro y dos cargas de mantas e ocho indias, que valdría el oro sobre ciento cincuenta pesos, e dijeron: «Malinche, recibe estos presentes que te damos, y tennos de aquí adelante por tus amigos»; y Cortés los recibió con grande amor, y se les ofreció que en todo lo que hubiesen menester los ayudaría; y cuando los vio juntos, dijo al padre de la Merced que les amonestase las cosas tocantes a nuestra santa fe e dejasen sus ídolos; y se les dijo todo lo que solíamos decir en los demás pueblos por donde habíamos venido; e a todo respondieron que bien dicho estaba e que lo verían adelante. También se les dio a entender el gran poder del emperador nuestro señor, y que veníamos a deshacer agravios y robos, e que para ello nos envió a estas partes; e como aquello oyeron todos aquellos pueblos que dicho tengo, secretamente, que no lo sintieron

los embajadores mexicanos, dieron tantas quejas de Moctezuma y de sus recaudadores, que les robaban cuanto tenían, e las mujeres e hijas si eran hermosas las forzaban delante dellos y de sus maridos, y se las tomaban, e que les hacían trabajar como si fueran esclavos, que les hacían llevar en canoas e por tierra madera de pinos, e piedra e leña e maíz, e otros muchos servicios de sembrar maizales; e les tomaban sus tierras para servicio de ídolos, e otras muchas quejas, que como ha ya muchos años que pasó, no me acuerdo. E Cortés les consoló con palabras amorosas, que se las sabía muy bien decir con doña Marina, e que ahora al presente no puede entender en hacerles justicia, e que se sufriesen, que él les quitaría aquel dominio; e secretamente les mandó que fuesen dos principales con otros cuatro amigos de Tlascala a ver el camino barrido que nos hubieron dicho los de Guaxocingo que no fuésemos por él, para que viesen qué albarradas e mamparos tenían, y si estaban allí algunos escuadrones de guerra; y los caciques respondieron: «Malinche, no hay necesidad de irlo a ver, porque todo está ahora muy llano e aderezado. E has de saber que habrá seis días que estaban a un mal paso, que tenían cortada la sierra porque no pudiésedes pasar, con mucha gente de guerra del gran Moctezuma. Y hemos sabido que su Huichilobos, que es el dios que tienen de la guerra, les aconsejó que os dejen pasar, e cuando hayáis entrado en México, que allí os matarán; por tanto, lo que nos parece es, que os estéis aquí con nosotros, y os daremos de lo que tuviéremos; e no vais a México, que sabemos cierto que, según es fuerte y de muchos guerreros, no os dejarán con las vidas»; y Cortés les dijo con buen semblante que no tenían los mexicanos ni otras ningunas naciones poder para nos matar, salvo nuestro señor Dios, en quien creemos. E que porque vean que al mismo Moctezuma y a

todos los caciques y papas les vamos a dar entender lo que nuestro Dios manda, que luego nos queríamos partir, e que le diesen veinte hombres principales que vayan en nuestra compañía, e que haría mucho por ellos, e les haría justicia cuando haya entrado en México, para que Moctezuma ni sus recaudadores no les hagan las demasías y fuerzas que han dicho que les hacen; y con alegre rostro todos los de aquellos pueblos por mí ya nombrados dieron buenas respuestas y nos trajeron los veinte indios; e ya que estábamos para partir, vinieron mensajeros del gran Moctezuma, y lo que dijeron diré adelante.

Capítulo LXXXVII

Cómo el gran Moctezuma nos envió otros embajadores con un presente de oro y mantas, y lo que dijeron a Cortés, y lo que les respondió

Ya, que estábamos de partida para ir nuestro camino a México, vinieron ante Cortés cuatro principales mexicanos que envió Moctezuma, y trajeron un presente de oro y mantas; y después de hecho su acato como lo tenían de costumbre, dijeron: «Malinche, este presente te envía nuestro señor el gran Moctezuma, y dice que le pesa mucho por el trabajo que habéis pasado en venir de tan lejos tierras a la ver y que ya te ha enviado a decir otra vez que te dará mucho oro y plata y chalchihuites en tributo para vuestro emperador y para vos y los demás teules que traéis, y que no vengas a México. Ahora nuevamente te pide por merced que no pases de aquí adelante, sino que te vuelvas por donde viniste; que él te promete de te enviar al puerto mucha cantidad de oro y plata y ricas piedras para ese vuestro rey, y para ti te dará cuatro cargas de oro, y para cada uno de tus hermanos una carga; porque ir a México, es excusada tu entrada dentro, que todos sus vasallos están puestos en armas para no os dejar entrar». Y demás desto, que no tenía camino, sino muy angosto, ni bastimentos que comiésemos; y dijo otras muchas razones e inconvenientes para que no pasásemos de allí: e Cortés con mucho amor abrazó a los mensajeros, puesto que le pesó de la embajada, y recibió el presente, que ya no se me acuerda que tanto valía; e a lo que yo vi y entendí, jamás dejó de enviar Moctezuma oro, poco o mucho, cuando nos enviaba mensajeros, como otra vez he dicho. Y volviendo a nuestra relación, Cortés les respondió que se maravillaba del señor Moctezuma, habiéndose dado por nuestro amigo y siendo

tan gran señor, tener tantas mudanzas, que unas veces dice uno y otras envía a mandar al contrario. Y que en cuanto a lo que dice que dará el oro para nuestro señor el emperador y para nosotros, que se lo tiene en merced, y por aquello que ahora le envía, que en buenas obras se lo pagará, el tiempo andando; y que se le parecerá bien que estando tan cerca de su ciudad, será bueno volvernos del camino sin hacer aquello que nuestro señor nos manda. Que si el señor Moctezuma hubiese enviado mensajeros y embajadores a algún gran señor, como él es, e ya que llegasen cerca de su casa aquellos mensajeros que enviaba se volviesen sin le hablar y decirle a lo que iban, cuando volviesen ante su presencia con aquel recaudo, ¿qué merced les haría, sino tenerlos por cobardes y de poca calidad? Que así haría el emperador nuestro señor con nosotros; y que de una manera u otra que habíamos de entrar en su ciudad, y desde allí adelante que no le enviase más excusas sobre aquel caso, porque le ha de ver y hablar y dar razón de todo el recaudo a que hemos venido, y ha de ser a su sola persona; y cuando lo haya entendido, si no le pareciere bien nuestra estada en su ciudad, que nos volveremos por donde vinimos. En cuanto a lo que dice, que no tiene comida sino muy poco, e que no nos podremos sustentar, que somos hombres que con poca cosa que comemos nos pasamos, e que ya vamos a su ciudad, que haya por bien nuestra ida. Y luego en despachando los mensajeros, comenzamos a caminar para México; y como nos habían dicho y avisado los de Guaxocingo y los de Chalco que Moctezuma había tenido pláticas con sus ídolos y papas que si nos dejaría entrar en México o si nos daría guerra, y todos sus papas le respondieron que decía su Huichilobos que nos dejase entrar, que allí nos podrá matar, según dicho tengo otras veces en el capítulo que dello habla; y como somos hombres

y temíamos la muerte, no dejábamos de pensar en ello; y como aquella tierra es muy poblada, íbamos siempre caminando muy chicas jornadas, y encomendándonos a Dios y a su bendita madre nuestra señora, y platicando cómo y de qué manera podíamos entrar, y pusimos en nuestros corazones con buna esperanza, que pues nuestro señor Jesucristo fue servido guardarnos de los peligros pasados, que también nos guardaría del poder de México; y fuimos a dormir a un pueblo que se dice Istapalatengo, que es la mitad de las casas en el agua y la mitad en tierra firme, donde está una sierrezuela, y ahora está una venta cabe él, y aquí tuvimos bien de cenar. Dejemos esto, y volvamos al gran Moctezuma, que como llegaron sus mensajeros e oyó la respuesta que Cortés le envió, luego acordó de enviar a su sobrino, que se decía Cacamatzin, señor de Tezcuco, con muy gran fausto a dar el bien venido a Cortés y a todos nosotros; y como siempre teníamos de costumbre tener velas y corredores del campo, vino uno de nuestros corredores a avisar que venía por el camino muy gran copia de mexicanos de paz, y que al parecer venían de ricas mantas vestidos; y entonces cuando esto pasó era muy de mañana, y queríamos caminar, y Cortés nos dijo que parásemos en nuestras posadas hasta ver qué cosa era; y en aquel instante vinieron cuatro principales, y hacen a Cortés gran reverencia, y le dicen que allí cerca viene Cacamatzin, grande señor de Tezcuco, sobrino del gran Moctezuma, y que nos pide por merced que aguardemos hasta que venga; y no tardó mucho, porque luego llegó con el mayor fausto y grandeza que ningún señor de los mexicanos habíamos visto traer, porque venía en andas muy ricas, labradas de plumas verdes, y mucha argentería y otras ricas piedras engastadas en ciertas arboledas de oro que en ellas traía hechas de oro, y traían las andas a cuestas ocho principales, y todos decían

que eran señores de pueblos; e ya que llegaron cerca del aposento donde estaba Cortés, le ayudaron a salir de las andas, y le barrieron el suelo, y le quitaban las pajas por donde había de pasar; y desque llegaron ante nuestro capitán, le hicieron grande acato, y el Cacamatzin le dijo: «Malinche, aquí venimos yo y estos señores a te servir, hacerte dar todo lo que hubieres menester para ti y tus compañeros, y meteros en vuestras casas, que es nuestra ciudad; porque así nos es mandado por vuestro señor el gran Moctezuma, y porque está mal dispuesto lo deja, y no por falta de muy buena voluntad que os tiene». Y cuando nuestro capitán y todos nosotros vimos tanto aparato y majestad como traían aquellos caciques, especialmente el sobrino de Moctezuma, lo tuvimos por muy gran cosa, y platicamos entre nosotros que cuando aquel cacique traía tanto triunfo, ¿qué haría el gran Moctezuma? Y como el Cacamatzin hubo dicho su razonamiento, Cortés le abrazó y le hizo muchas caricias a él y a todos los demás principales, y le dio tres piedras que se llaman margajitas, que tienen dentro de sí muchas pinturas de diversas colores, e a los demás principales se les dio diamantes azules, y les dijo que se lo tenía en merced, e ¿cuándo pagaría al señor Moctezuma las mercedes que cada día nos hace? Y acabada la plática, luego nos partimos; e como habían venido aquellos caciques que dicho tengo, traían mucha gente consigo y de otros muchos pueblos que están en aquella comarca, que salían a vernos, todos los caminos estaban llenos dellos; que no podíamos andar y los mismos caciques decían a sus vasallos que hiciesen lugar y que mirasen que éramos teules, que, si no hacían lugar, nos enojaríamos con ellos. Y por estas palabras que Les decían, nos desembarazaban el camino. E fuimos a dormir a otro pueblo que está poblado en la laguna, que me parece que se

dice Mezquique, que después se puso nombre Venezuela, y tenía tantas torres y grandes cues que blanqueaban; y el cacique de él y principales nos hicieron mucha honra y dieron a Cortés un presente de oro y mantas ricas, que valdría el oro cuatrocientos pesos. Y nuestro Cortés les dio muchas gracias por ello. Allí se les declaró muchas cosas tocantes a nuestra santa fe, como hacíamos en todos los pueblos por donde veníamos. Y, según pareció, aquellos de aquel pueblo estaban muy mal con Moctezuma de muchos agravios que les había hecho y se quejaron de él; y Cortés les dijo que presto se remediaría, y que ahora llegaríamos a México, si Dios fuese servido y entendería en ello; y otro día por la mañana llegamos a la calzada ancha, íbamos camino de Iztapalapa; y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas y encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues y edificios que tenían dentro en el agua, y todas de cal y canto; y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que aquí si era entre sueños. Y no es de maravillar que yo aquí lo escriba desta manera, porque hay que ponderar mucho en ello, que no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oídas ni vistas y aun soñadas, como vimos. Pues desque llegamos cerca de Iztapalapa, ver la grandeza de otros caciques que nos salieron a recibir, que fue el señor del pueblo, que se decía Coadlauaca, y el señor de Cuyoacan, que entrambos eran deudos muy cercanos del Moctezuma; y de cuando entramos en aquella villa de Iztapalapa de la manera de los palacios en que nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran, de cantería muy prima, y la madera de cedros y de otros buenos árboles olorosos, con grandes

patios e cuartos, cosas muy de ver, y entoldados con paramentos de algodón. Después de bien visto todo aquello, fuimos a la huerta y jardín, que fue cosa muy admirable verlo y pasarlo, que no me hartaba de mirarlo y ver la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce; y otras cosas de ver, que podrían entrar en el verjel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenía hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lucido de muchas maneras de piedras, y pinturas en ellas, que había harto que ponderar, y de las aves de muchas raleas y diversidades que entraban en el estanque. Digo otra vez que lo estuve mirando, y no creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como éstas; porque en aquel tiempo no había Perú ni memoria de él. Ahora toda esta villa está por el suelo perdida, que no hay cosa en pie. Pasemos adelante, y diré cómo trajeron un presente de oro los caciques de aquella ciudad y los de Cuyoacan, que valía sobre dos mil pesos, y Cortés les dio muchas gracias por ello y les mostró grande amor, y se les dijo con nuestras lenguas las cosas tocantes a nuestra santa fe, y se les declaró el gran poder de nuestro señor el emperador; e porque hubo otras muchas pláticas, lo dejaré de decir, y diré que en aquella sazón era muy gran pueblo, y que estaba poblada la mitad de las casas en tierra y la otra mitad en el agua; ahora en esta sazón está todo seco, y siembran donde solía ser laguna, y está de otra manera mudado, que si no lo hubiera de antes visto, dijera que no era posible, que aquello que estaba lleno de agua esté ahora sembrado de maizales. Dejémoslo aquí, y diré del solemnísimo recibimiento que nos hizo Moctezuma a Cortés y a todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de México.

Capítulo LXXXVIII

Del gran e solemne recibimiento que nos hizo el gran Moctezuma a Cortés y a todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de México

Luego otro día de mañana partimos de Iztapalapa muy acompañados de aquellos grandes caciques que atrás he dicho, íbamos por nuestra calzada delante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha a la ciudad de México, que me parece que no se tuerce poco ni mucho; e puesto que es bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes, que no cabían, unos que entraban en México y otros que salían, que nos venían a ver, que no nos podíamos rodear de tantos como vinieron, porque estaban llenas las torres y cues y en las canoas y de todas partes de la laguna; y no era cosa de maravillar, porque jamás habían visto caballos ni hombres como nosotros. Y de que vimos cosas tan admirables, no sabíamos qué nos decir, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, e veíamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México, y nosotros aun no llegábamos a cuatrocientos cincuenta soldados, y teníamos muy bien en la memoria las pláticas e avisos que nos dieron los de Guaxocingo e Tlascala y Tamanalco, y con otros muchos consejos que nos habían dado para que nos guardásemos de entrar en México, que nos habían de matar cuando dentro nos tuviesen. Miren los curiosos lectores esto que escribo, si había bien que ponderar en ello; ¿qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen? Pasemos adelante, y vamos por nuestra calzada. Ya que llegábamos donde se aparta otra calzadilla que iba a Cuyoacan, que es otra ciudad adonde estaban unas como

torres, que eran sus adoratorios, vinieron muchos principales y caciques con muy ricas mantas sobre sí, con galanía y libreas diferenciadas las de los unos caciques a los otros, y las calzadas llenas dellos, y aquellos grandes caciques enviaba el gran Moctezuma delante a recibirnos; y así como llegaban delante de Cortés decían en sus lenguas que fuésemos bien venidos, y en señal de paz tocaban con la mano en el suelo y besaban la tierra con la misma mano. Así que estuvimos detenidos un buen rato, y desde allí se adelantaron el Cacamatzín, señor de Tezcuco, y el señor de Iztapalapa y el señor de Tacuba y el señor de Cuyoacan a encontrarse con el gran Moctezuma, que venía cerca en ricas andas, acompañado de otros grandes señores, y caciques que tenían vasallos; e ya que llegábamos cerca de México, adonde estaban otras torrecillas, se apeó el gran Moctezuma de las andas, y traíanle del brazo aquellos grandes caciques debajo de un palio muy riquísimo a maravilla, y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chalchihuites, que colgaban de unas como bordaduras, que hubo mucho que mirar en ello; y el gran Moctezuma venía muy ricamente ataviado, según su usanza, y traía calzados unos como cotaras, que así se dice lo que se calzan, las suelas de oro, y muy preciada pedrería encima de ellas; e los cuatro señores que le traían del brazo venían con rica manera de vestidos a su usanza, que parece ser se los tenían aparejados en el camino para entrar con su señor, que no traían los vestidos con que nos fueron a recibir; y venían, sin aquellos grandes señores, otros grandes caciques, que traían el palio sobre sus cabezas, y otros muchos señores que venían delante del gran Moctezuma barriendo el suelo por donde había de pisar, y le ponían mantas porque no pisase la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento le miraban

a la cara, sino los ojos bajos e con mucho acato, excepto aquellos cuatro deudos y sobrinos suyos que le llevaban del brazo. E como Cortés vio y entendió e le dijeron que venía el gran Moctezuma, se apeó del caballo, y desque llegó cerca de Moctezuma, a una se hicieron grandes acatos; el Moctezuma le dio el bien venido, e nuestro Cortés le respondió con doña Marina que él fuese el muy bien estado. E paréceme que el Cortés con la lengua doña Marina, que iba junto a Cortés, le daba la mano derecha, y el Moctezuma no la quiso e se la dio a Cortés; y entonces sacó Cortés un collar que traía muy a mano de unas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dicen margajitas, que tienen dentro muchos colores e diversidad de labores, y venía ensartado en unos cordones de oro con almizcle porque diesen buen olor, y se le echó al cuello al gran Moctezuma; y cuando se lo puso le iba a abrazar, y aquellos grandes señores que iban con el Moctezuma detuvieron el brazo a Cortés que no le abrazase, porque lo tenían por menosprecio; y luego Cortés con la lengua doña Marina le dijo que holgaba ahora su corazón en haber visto un tan gran príncipe, y que le tenía en gran merced la venida de su persona a le recibir y las mercedes que le hace a la continua. E entonces el Moctezuma le dijo otras palabras de buen comedimiento, e mandó a dos de sus sobrinos de los que le traían del brazo, que era el señor de Tezcuco y el señor de Cuyoacan, que se fuesen con nosotros hasta aposentarnos; y el Moctezuma con los otros dos sus parientes, Coadlabaca y el señor de Tacuba, que le acompañaban, se volvió a la ciudad, y también se volvieron con él todas aquellas grandes compañías de caciques y principales que le habían venido a acompañar; e cuando se volvían con su señor estábamos mirando cómo iban todos, los ojos puestos en tierra, sin mirarles y muy arrimados a la pared, y con gran acato le

acompañaban; y así, tuvimos lugar nosotros de entrar por las calles de México sin tener tanto embarazo. ¿Quién podrá decir la multitud de hombres y mujeres y muchachos que estaban en las calles e azoteas y en canoas en aquellas acequias, que nos salían a mirar? Era cosa de notar, que ahora, que lo estoy escribiendo, se me respresenta todo delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto paso; y considerada la cosa y gran merced que nuestro señor Jesucristo nos hizo y fue servido de darnos gracias y esfuerzo para osar entrar en tal ciudad, e me haber guardado de muchos peligros de muerte, como adelante verán. Doyle muchas gracias por ello, que a tal tiempo me ha traído para poderlo escribir, e aunque no tan cumplidamente como convenía y se requiere; y dejemos palabras, pues las obras son buen testigo de lo que digo.

E volvamos a nuestra entrada en México, que nos llevaron a aposentar a unas grandes casas, donde había aposentos para todos nosotros, que habían sido de su padre del gran Moctezuma, que se decía Axayaca, adonde en aquella sazón tenía el gran Moctezuma sus grandes adoratorios de ídolos, e tenía una recámara muy secreta de piezas y joyas de oro, que era como tesoro de lo que había heredado de su padre Axayaca, que no tocaba en ello; y asimismo nos llevaron a aposentar a aquella casa por causa que como nos llamaban teules, e por tales nos tenían, que estuviésemos entre sus ídolos, como teules que allí tenía. Sea de una manera o de otra, allí nos llevaron, donde tenía hechos grandes estrados y salas muy entoldadas de paramentos de la tierra para nuestro capitán, y para cada uno de nosotros otras camas de esteras y unos toldillos encima, que no se da más cama por muy gran señor que sea, porque no las usan; y todos aquellos palacios muy

lucidos y encalados y barridos y enramados. Y como llegamos y entramos en un gran patio, luego tomó por la mano el gran Moctezuma a nuestro capitán, que allí lo estuvo esperando, y le metió en el aposento y sala donde había de posar, que la tenía muy ricamente aderazada para según su usanza, y tenía aparejado un muy rico collar de oro, de hechura de camarones, obra muy maravillosa; y el mismo Moctezuma se lo echó al cuello a nuestro capitán Cortés, que tuvieron bien que admirar sus capitanes del gran favor que le dio; y cuando se lo hubo puesto, Cortés le dio las gracias con nuestras lenguas; e dijo Moctezuma: «Malinche, en vuestra casa estáis vos y vuestros hermanos, descansad»; y luego se fue a sus palacios, que no estaban lejos; y nosotros repartimos nuestros aposentos por capitanías, e nuestra artillería asestada en parte conveniente, y muy platicada la orden que en todo hablamos de tener, y estar muy apercibidos, así los de a caballo como todos nuestros soldados; y nos tenían aparejada una muy suntuosa comida a su uso e costumbre, que luego comimos. Y fue esta nuestra venturosa e atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitlan, México, a 8 días del mes de noviembre, año de nuestro salvador Jesucristo de 1519 años. Gracias a nuestro señor Jesucristo por todo. E puesto que no vaya expresado otras cosas que había que decir, perdónenme, que no lo sé decir mejor por ahora hasta su tiempo. E dejemos de más pláticas, e volvamos a nuestra relación de lo que más nos avino; lo cual diré adelante.

Capítulo LXXXIX

Cómo el gran Moctezuma vino a nuestros aposentos con muchos caciques que le acompañaban, e la plática que tuvo con nuestro capitán

Como el gran Moctezuma hubo comido, y supo que nuestro capitán y todos nosotros asimismo había buen rato que habíamos hecho lo mismo, vino a nuestro aposento con gran copia de principales, e todos deudos suyos, e con gran pompa; e como a Cortés le dijeron que venía, le salió a la mitad de la sala a le recibir, y el Moctezuma le tomó por la mano, e trajeron unos como asentaderos hechos a su usanza e muy ricos, y labrados de muchas maneras con oro; y el Moctezuma dijo a nuestro capitán que se sentase, e se asentaron entrambos, cada uno en el suyo, y luego comenzó el Moctezuma un muy buen parlamento, e dijo que en gran manera se holgaba de tener en su casa y reino unos caballeros tan esforzados, como era el capitán Cortés y todos nosotros, e que había dos años que tuvo noticia de otro capitán que vino a lo de Champoton, e también el año pasado le trajeron nuevas de otro capitán que vino con cuatro navíos, e que siempre lo deseó ver, e que ahora que nos tiene ya consigo para servirnos y darnos de todo lo que tuviese. Y que verdaderamente debe de ser cierto que somos los que sus antepasados muchos tiempos antes habían dicho, que vendrían hombres de hacia donde sale el sol a señorear aquestas tierras, y que debemos de ser nosotros, pues tan valientemente peleamos en lo de Potonchan y Tabasco y con los tlascaltecas: porque todas las batallas se las trajeron pintadas al natural. Cortés le respondió con nuestras lenguas, que consigo siempre estaban, especial la doña Marina, y le dijo que no sabe con qué pagar él ni todos nosotros las grandes mercedes recibidas de cada día, e que

ciertamente veníamos de donde sale el sol, y somos vasallos y criados de un gran señor que se dice el emperador don Carlos, que tiene sujetos a sí muchos y grandes príncipes, e que teniendo noticia de él y de cuán gran señor es, nos envió a estas partes a le ver a rogar que sean cristianos, como es nuestro emperador e todos nosotros, e que salvarán sus ánimas él y todos sus vasallos, e que adelante le declarará más cómo y de qué manera ha de ser, y cómo adoramos a uno solo Dios verdadero, y quién es, y otras muchas cosas buenas que oirá, como les había dicho a sus embajadores Tendile e Pitalpitoque e Quintalvor cuando estábamos en los arenales. E acabado este parlamento, tenía apercibido el gran Moctezuma muy ricas joyas de oro y de muchas hechuras, que dio a nuestro capitán, e asimismo a cada uno de nuestros capitanes dio cositas de oro y tres cargas de mantas de labores ricas de pluma, y entre todos los soldados también nos dio a cada uno a dos cargas de mantas, con alegría, y en todo parecía gran señor. Y cuando lo hubo repartido, preguntó a Cortés que si éramos todos hermanos, y vasallos de nuestro gran emperador, e dijo que sí, que éramos hermanos en el amor y amistad, e personas muy principales e criados de nuestra gran rey y señor. Y porque pasaron otras pláticas de buenos comedimentos entre Moctezuma y Cortés, y por ser esta la primera vez que nos venía a visitar, y por no le ser pesado, cesaron los razonamientos. Y había mandado el Moctezuma a sus mayordomos que a nuestro modo y usanza estuviésemos proveídos, que es maíz, e piedras e indias para hacer pan, e gallinas y fruta, y mucha yerba para los caballos; y el gran Moctezuma se despidió con gran cortesía de nuestro capitán y de todos nosotros, y salimos con él hasta la calle; y Cortés nos mandó que al presente que no fuésemos muy lejos de los aposentos, hasta entender más lo que conviniese. E quedarse

ha aquí, e diré lo que adelante pasó.

Capítulo XC

Cómo luego otro día fue nuestro capitán a ver al gran Moctezuma y de ciertas pláticas que tuvieron

Otro día acordó Cortés de ir a los palacios de Moctezuma, e primero envió a saber qué hacía, y supiese cómo íbamos, y llevó consigo cuatro capitanes, que fue Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León y Diego de Ordás, e a Gonzalo de Sandoval, y también fuimos cinco soldados; y como el Moctezuma lo supo, salió a nos recibir a la mitad de la sala, muy acompañado de sus sobrinos, porque otros señores no entraban ni comunicaban donde Moctezuma estaba, si no era a negocios importantes; y con gran acato que hizo a Cortés, y Cortés a él, se tomaron por las manos, e adonde estaba su estrado le hizo sentar a la mano derecha; y asimismo nos mandé sentar a todos nosotros en asientos que allí mandó traer; e Cortés le comenzó a hacer un razonamiento con nuestras lenguas doña Marina e Aguilar; e dijo que ahora, que había venido a ver y hablar a un tan gran señor como era, estaba descansado, y todos nosotros, pues ha cumplido el viaje e mando que nuestro gran rey y señor le mandó; e lo que más le viene a decir de parte de nuestro señor Dios es, que ya su merced habrá entendido de sus embajadores Tendile e Pitalpitoque e Quintalvor, cuando nos hizo las mercedes de enviarnos la luna y el sol de oro en el arenal, cómo les dijimos que éramos cristianos e adoramos a un solo Dios verdadero, que se dice Jesucristo, el cual padeció muerte y pasión por nos salvar; y dijimos, cuando nos preguntaron que por qué adorábamos aquella cruz, que la adorábamos por otra que era señal donde nuestro señor fue crucificado por nuestra salvación, que aquesta muerte y pasión que

permitió que así fuese por salvar por ella todo el linaje humano, que estaba perdido; y que aqueste nuestro Dios resucitó al tercero día y está en los cielos, y es el que hizo el cielo y la tierra y la mar, y crió todas las cosas que hay en el mundo, y las aguas y rocíos, y ninguna cosa se hace sin su santa voluntad y que en él creemos y adoramos, y que aquellos que ellos tienen por dioses, que no lo son, sino diablos, que son cosas muy malas, y cuales tienen las figuras, que peores tienen los hechos; e que mirasen cuán malos son y de poca valía, que adonde tenemos puestas cruces, como las que vieron sus embajadores, con temor dellas no osan parecer delante, y que el tiempo andando lo verían. E lo que ahora le pide por merced es, que esté atento a las palabras que ahora le quiere decir. Y luego le dijo muy bien dado a entender de la creación del mundo, e cómo todos somos hermanos, hijos de un padre y de una madre, que se decían Adán y Eva; e como a tal hermano, nuestro gran emperador, doliéndose de la perdición de las ánimas, que son muchas las que aquellos sus ídolos llevan al infierno, donde arden en vivas llamas, nos envió para que esto que ha oído lo remedie, y no adoren aquellos ídolos ni les sacrifiquen más indios ni indias, pues todos somos hermanos; ni consientan sodomías ni robos; y más les dijo, que el tiempo andando enviaría nuestro rey y señor unos hombres que entre nosotros viven muy santamente, mejores que nosotros, para que se lo den a entender; porque al presente no veníamos a más de se lo notificar; e así, se lo pide por merced que lo haga y cumpla. E porque pareció que el Moctezuma quería responder, cesó Cortés la plática. E díjonos Cortés a todos nosotros que con él fuimos: «Con esto cumplimos, por ser el primer toque»; y el Moctezuma respondió: «Señor Malinche, muy bien entendido tengo vuestras pláticas y razonamientos, antes de ahora, que a mis

criados sobre vuestro Dios les dijistes en el arenal, y eso de la cruz y todas las cosas que en los pueblos por donde habéis venido habéis predicado, no os hemos respondido a cosa ninguna dellas porque desde abinicio acá adoramos nuestros dioses y los tenemos por buenos, e así deben ser los vuestros, e no curéis más al presente de nos hablar dellos; y en esto de la creación del mundo, así lo tenemos nosotros creído muchos tiempos pasados; e a esta causa tenemos por cierto que sois los que nuestros antecesores nos dijeron que vendrían de adonde sale el sol, e a ese vuestro gran rey yo le soy en cargo y le daré de lo que tuviere; porque, como dicho tengo otra vez, bien ha dos años tengo noticia de capitanes que vinieron con navíos por donde vosotros vinisteis, y decían que eran criados dese vuestro gran rey. Querría saber si sois todos unos»; e Cortés le dijo que sí, que todos éramos criados de nuestro emperador, e que aquellos vinieron a ver el camino e mares e puertos para lo saber muy bien, y venir nosotros como veníamos.

Y decíalo el Moctezuma por lo de Francisco Fernández de Córdoba e Grijalva, cuando venimos a descubrir la primera vez; y dijo que desde entonces tuvo pensamiento de haber algunos de aquellos hombres que venían, para tener en sus reinos e ciudades, para les honrar; e pues que sus dioses le habían cumplido sus buenos deseos, e ya estábamos en sus casas, las cuales se pueden llamar nuestras, que holgásemos y tuviésemos descanso; que allí seríamos servidos, e que si algunas veces nos enviaba a decir que no entrásemos en su ciudad, que no era de su voluntad, sino porque sus vasallos tenían temor, que les decían que echábamos rayos e relámpagos, e con los caballos matábamos muchos indios, e que éramos teules bravos, e otras cosas de niñerías. E que ahora, que ha visto nuestras

personas, e que somos de hueso y de carne y de mucha razón, e sabe que somos muy esforzados, por estas causas nos tiene en más estima que le habían dicho, e que nos daría de lo que tuviese. E Cortés e todos nosotros respondimos que se lo teníamos en grande merced tan sobrada voluntad; y luego el Moctezuma dijo riendo, porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor: «Malinche, bien sé que te han dicho esos de Tlascala, con quien tanta amistad habéis tomado, que yo: que soy como dios o teule, que cuanto hay en mis casas es todo oro e plata y piedras ricas; bien tengo conocido que como sois entendidos, y que no lo creíais y lo teníais por burla, lo que ahora, señor Malinche, veis: mi cuerpo de hueso y carne como los vuestros, mis casas y palacios de piedra y madera y cal; de ser yo gran rey, sí soy, y tener riquezas de mis antecesores, sí tengo; mas no las locuras y mentiras que de mí os han dicho; así que también lo tendréis por burla, como yo tengo lo de vuestros truenos y relámpagos». E Cortés le respondió también riendo, y dijo que los contrarios enemigos siempre dicen cosas malas e sin verdad de los que quieren mal; e que bien ha conocido que en estas partes otro señor más magnífico no le espera ver, e que no sin causa es tan nombrado delante de nuestro emperador. E estando en estas plácticas mandó secretamente Moctezuma a un gran cacique sobrino suyo, de los que estaban en su compañía, que mandase a sus mayordomos que trajesen ciertas piezas de oro, que parece ser debieran estar apartadas para dar a Cortés e diez cargas de ropa fina; lo cual repartió, el oro y mantas entre Cortés y los cuatro capitanes, e a nosotros los soldados nos dio a cada uno dos collares de oro, que valdría cada collar diez pesos, e dos cargas de mantas. Valía todo el oro que entonces dio sobre mil pesos, y esto daba con una alegría y semblante de grandes e valeroso señor; y porque pasaba la hora más de

mediodía, y por no le ser más importuno, le dijo Cortés: «El señor Moctezuma siempre tiene por costumbre de echarnos un cargo sobre otro, en hacernos cada día mercedes; ya es hora que vuestra merced coma»; y el Moctezuma dijo que antes por haberle ido a visitar le hicimos merced. E así, nos despedimos con grandes cortesías de él y nos fuimos a nuestros aposentos, e íbamos platicando de la buena manera e crianza que en todo tenía, e que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato, e con las gorras de armas colchadas quitadas cuando delante de él pasásemos; e así lo hacíamos. E dejémoslo aquí e pasemos adelante.

Capítulo XCI

De la manera e persona del gran Moctezuma y de cuán gran señor era

Sería el gran Moctezuma de edad de hasta cuarenta años, y de buena estatura y bien proporcionado, e cenceño e pocas carnes, y la color no muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, e pocas barbas, prietas y bien puestas e ralas, y el rostro algo largo e alegre, los ojos de buena manera, e mostraba en su persona en el mirar por un cabo amor, e cuando era menester gravedad. Era muy pulido y limpio, bañándose cada día una vez a la tarde; tenía muchas mujeres por amigas, e hijas de señores, puesto que tenía dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente, que no lo alcanzaban a saber sino alguno de los que le servían; era muy limpio de sodomías; las mantas y ropas que se ponía cada un día no se las ponía sino desde a cuatro días. Tenía sobre doscientos principales de su guarda en otras salas junto a la suya, y éstos no para que hablasen todos con él, sino cual o cual; y cuando le iban a hablar se habían de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valía, mas habían de ser limpias, y habían de entrar descalzos y los ojos bajos puestos en tierra, y no mirarle a la cara, y con tres reverencias que le hacían primero que a él llegasen, e le decían en ellas: «Señor, mi señor, gran señor»; y cuando le daban relación a lo que iban, con pocas palabras los despachaba; sin levantar el rostro al despedirse de él sino la cara e ojos bajos en tierra hacia donde estaba, e no vueltas las espaldas hasta que salían de la sala. E otra cosa vi, que cuando otros grandes señores venían de lejas tierras a pleitos o negocios, cuando llegaban a los aposentos del gran

Moctezuma habíanse de descalzar e venir con pobres mantas, y no habían de entrar derecho en los palacios, sino rodear un poco por el lado de la puerta del palacio; que entrar de rota batida teníanlo por descaro; en el comer tenían sus cocineros sobre treinta maneras de guisados hechos a su modo y usanza; y teníanlos puestos en braseros de barro, chicos, debajo, porque no se enfriasen. E de aquello que el gran Moctezuma había de comer guisaban más de trescientos platos, sino más de mil para la gente de guarda; y cuando habla de comer, salíase el Moctezuma algunas veces con sus principales y mayordomos, y le señalaban cuál quisado era mejor o de qué aves e cosas estaba guisado, y de la que decían, de aquello había de comer, e cuando salía a lo ver eran pocas veces, e como por pasatiempo; oí decir que le solían guisar carnes de muchachos de poca edad; y como tenía tantas diversidades de guisados y de tantas cosas, no lo echábamos de ver si era de carne humana y de otras cosas, porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña y palomas y liebres y conejos, y muchas maneras de aves e cosas de las que se crían en estas tierras, que son tantas, que no las acabaré de nombrar tan presto; y así, no miramos en ello. Lo que yo sé es, que desque nuestro capitán le reprendió el sacrificio y de comer carne humana, que desde entonces mandó que no le guisasen tal manjar. Dejemos de hablar en esto, y volvamos a la manera que tenía en su servicio al tiempo de comer, y es desta manera: que si hacía frío teníanle hecha mucha lumbre de ascuas de una leña de cortezas de árboles que no hacían humo; el olor de las cortezas de que hacían aquellas ascuas muy oloroso; y porque no le diesen más calor de lo que él quería, ponían delante una como tabla labrada con

oro y otras figuras de ídolos, y él sentado en un asentadero bajo, rico e blando, e la mesa también baja, hecha de la misma manera de los asentaderos, e allí le ponían sus manteles de mantas blancas y unos pañizuelos algo largos de lo mismo, y cuatro mujeres muy hermosas y limpias le daban aguamanos en unos como a manera de aguamaniles hondos, que llaman jicales, y le ponían debajo para recoger el agua otros a manera de platos, y le daban sus toallas, e otras dos mujeres le traían el pan de tortillas; e ya que comenzaba a comer, echábanle delante una como puerta de madera muy pintada de oro, porque no le viesen comer; y estaban apartadas las cuatro mujeres aparte, y allí se le ponían a sus lados cuatro grandes señores viejos y de edad, en pie, con quien el Moctezuma de cuando en cuando platicaba e preguntaba cosas, y por mucho favor daba a cada uno destos viejos un plato de lo que él comía; e decían que aquellos viejos eran sus deudos muy cercanos, e consejeros y jueces de pleitos, y el plato y manjar que les daba el Moctezuma comían en pie y con mucho acato, y todo sin mirarle a la cara. Servíase con barro de Cholula, uno colorado y otro prieto. Mientras que comía, ni por pensamiento habían de hacer alboroto ni hablar alto los de su guarda, que estaban en las salas cerca de la del Moctezuma. Traíanle frutas de todas cuantas había en la tierra, mas no comía sino muy poca, y de cuando en cuando traían unas copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao, que decían era para tener acceso con mujeres; y entonces no mirábamos en ello; mas lo que yo vi, que traían sobre cincuenta jarros grandes hechos de buen cacao con su espuma, y de lo que bebía; y las mujeres le servían al beber con gran acato, y algunas veces al tiempo del comer estaban unos indios corcovados, muy feos, porque eran chicos de cuerpo y quebrados por medio de los cuerpos, que

entre ellos eran chocarreros; y otros indios que debían de ser truhanes, que le decían gracias, e otros que le cantaban y bailaban, porque el Moctezuma era muy aficionado a placeres y cantares, e a aquéllos mandaban dar los relieves y jarros del cacao; y las mismas cuatro mujeres alzaban los manteles y le tornaban a dar agua a manos, y con mucho acato que le hacían; e hablaba Moctezuma a aquellos cuatro principales viejos en cosas que le convenían, y se despedían de él con gran acato que le tenían, y él se quedaba reposando; y cuando el gran Moctezuma había comido, luego comían todos los de su guarda e otros muchos de sus serviciales de casa, y me parecen que sacaban sobre mil platos de aquellos manjares que dicho tengo: pues jarros de cacao con su espuma, como entre mexicanos se hace, más de dos mil, y fruta infinita. Pues para sus mujeres y criadas, e panaderas e cacaguateras era gran cosa la que tenía. Dejemos de hablar de la costa y comida de su casa, y digamos de los mayordomos y tesoreros, e despensas y botillería, y de los que tenían cargo de las casas adonde tenían el maíz, digo que había tanto que escribir cada cosa por sí, que yo no sé por dónde comenzar, sino que esperábamos admirados del gran concierto e abasto que en todo había. Y más digo, que se me había olvidado, que es bien de tornarlo a recitar, y es, que le servían al Moctezuma estando a la mesa cuando comía, como dicho tengo, otras dos mujeres muy agraciadas; hacían tortillas amasadas con huevos y otras cosas sustanciosas, y eran las tortillas muy blancas, y traíanselas en unos platos cobijados con sus paños limpios, y también le traían otra manera de pan que son como bollos largos, hechos y amasados con otra manera de cosas sustanciales, y pan pachol, que en esta tierra así se dice, que es a manera de unas obleas. También le ponían en la mesa tres cañutos muy pintados y dorados, y dentro

traían liquidámbar revuelto con unas yerbas que se dice tabaco, y cuando acababa de comer, después que le habían cantado y bailado, y alzaba la mesa, tomaba el humo de uno de aquellos cañutos, y muy poco, y con ello se dormía. Dejemos ya de decir del servicio de su mesa, y volvamos a nuestra relación. Acuérdome que era en aquel tiempo su mayordomo mayor un gran cacique que le pusimos por nombre Tapia, y tenía cuenta de todas las rentas que le traían al Moctezuma, con sus libros hechos de su papel, que se dice amatl, y tenía destos libros una gran casa dellos. Dejemos de hablar de los libros y cuentas, pues va fuera de nuestra relación, y digamos cómo tenía Moctezuma dos casas llenas de todo género de armas, y muchas de ellas ricas con oro y pedrería, como eran rodelas grandes y chicas, y unas como macanas, y otras a manera de espadas de a dos manos, engastadas en ellas unas navajas de pedernal, que cortaban muy mejor que nuestras espadas, e otras lanzas más largas que no las nuestras, con una braza de cuchillas, y engastadas en ellas muchas navajas, que aunque den con ellas en un broquel o rodela no saltan, e cortan en fin como navajas, que se rapan con ellas las cabezas; y tenían muy buenos arcos y flechas, y varas de a dos gajos, y otras de a uno con sus tiraderas, y muchas hondas y piedras rollizas hechas a mano, y unos como paveses, que son de arte que los pueden arrollar arriba cuando no pelean porque no les estorbe, y al tiempo del pelear, cuando son menester, los dejan caer, e quedan cubiertos sus cuerpos de arriba abajo. También tenían muchas armas de algodón colchadas y ricamente labradas por defuera, de plumas de muchos colores a manera de divisas e invenciones, y tenían otros como capacetes y cascos de madera y de hueso, también muy labrados de pluma por defuera, y tenían otras armas de otras hechuras, que por excusar prolijidad las dejo de decir.

Y sus oficiales, que siempre labraban y entendían en ello, y mayordomos que tenían cargo de las casas de armas. Dejemos esto, y vamos a la casa de aves, y por fuerza me he de detener en contar cada género de qué calidad era. Digo que desde águilas reales y otras águilas más chicas, e otras muchas maneras de aves de grandes cuerpos, hasta pajaritos muy chicos, pintados de diversos colores. También donde hacen aquellos ricos plumajes que labran de plumas verdes; y las aves destas plumas es el cuerpo dellas a manera de las picazas que hay en nuestra España, llámanse en esta tierra quetzales; y otros pájaros que tienen la pluma de cinco colores, que es verde, colorado, blanco, amarillo y azul; éstos no sé como se llaman. Pues papagayos de otras diferenciadas colores tenía tantos, que no se me acuerda los nombres dellos. Dejemos patos de buena pluma y otros mayores que les quería parecer, y de todas estas aves pelábanles las plumas en tiempos que para ello era convenible, y tornaban a pelechar. Y todas las más aves que dicho tenga, criaban en aquella casa, y al tiempo del encoclar tenían cargo de les echar sus huevos ciertos indios e indias que miraban por todas las aves, e de limpiarles sus nidos y darles de comer; y esto a cada género e ralea de aves lo que era su mantenimiento. Y en aquella casa había un estanque grande de agua dulce, y tenía en él otra manera de aves muy altas de zancas, y colorado todo el cuerpo y alas y cola; no sé el nombre dellas, mas en la isla de Cuba las llamaban ipiris a otras como ellas. Y también en aquel estanque había otras raleas de aves que siempre estaban en el agua. Dejemos esto, y vamos a otra gran casa donde tenían muchos ídolos, y decían que eran sus dioses bravos; y con ellos muchos géneros de animales, de tigres y leones de dos maneras; unos que son de hechura de lobos, que en esta tierra se llaman adives, y zorros y otras alimañas chicas; y

todas estas carniceras se las mantenía con carne, y las más dellas criaban en aquella casa, y les daban de comer venados, gallinas, perrillos y otras cosas que cazaban, y aun oí decir que cuerpos de indios de los que sacrificaban. Y es desta manera que ya me habrán oído decir; que cuando sacrificaban a algún triste indio, que le aserraban con unos navajones de pedernal por los pechos, y bullendo le sacaban el corazón y sangre, y lo presentaban a sus ídolos, en cuyo nombre hacían aquel sacrificio; y luego les cortaban los muslos y brazos y la cabeza, y aquello comían en fiestas y banquetes; y la cabeza colgaban de unas vigas, y el cuerpo del indio sacrificado no llegaban a él para le comer, sino dábanlo a aquellos bravos animales; pues más tenían en aquella maldita casa muchas víboras y culebras emponzoñadas, que traen en las colas unos que suenan como cascabeles: éstas son las peores víboras que hay de todas, y teníanlas en unas tinajas y en cántaros grandes, y en ellos mucha pluma, y allí tenía sus huevos y criaban sus viboreznos; y les daban a comer de los cuerpos de los indios que sacrificaban y otras carnes de perros de los que ellos solían criar. Y aun tuvimos por cierto que cuando nos echaron de México y nos mataron sobre ochocientos y cincuenta de nuestros soldados e de los de Narváez, que de los muertos mantuvieron muchos días a aquellas fuertes alimañas y culebras, según diré en su tiempo y sazón; y aquestas culebras y bestias tenían ofrecidas a aquellos sus oídos bravos para que estuviesen en su compañía. Digamos ahora las cosas infernales que hacían cuando bramaban los tigres o leones y aullaban los adives y zorros y silbaban las sierpes: era grima oírlo, y parecía infierno. Pasemos adelante, y digamos de los grandes oficiales que tenía de cada género de oficio que entre ellos se usaba; y comencemos por los lapidarios y plateros de oro y plata y

todo vaciadizo, que en nuestra España los grandes plateros tienen qué mirar en ello; y destos tenía tantos y tan primos en un pueblo que se dice Escapuzalco, una legua de México; pues, labrar piedras finas y chalchihuites, que son como esmeraldas, otros muchos grandes maestros. Vamos adelante a los grandes oficiales de asentar de pluma y pintores y entalladores muy sublimados, que por lo que ahora hemos visto la obra que hacen, tendremos consideración en lo que entonces labraban; que tres indios hay en la ciudad de México, tan primos en su oficio de entalladores y pintores, que se dicen Marcos de Aquino y Juan de la Cruz y el Crespillo, que si fueran en tiempo de aquel antiguo e afamado Apeles, y de Miguel Ángel o Berruguete, que son de nuestros tiempos, les pusieran en el número dellos. Pasemos adelante, y vamos a las indias de tejedoras y labranderas, que se hacían tanta multitud de ropa fina como muy grandes labores de plumas; y de donde más cotidianamente le traían, era de unos pueblos y provincias que está en la costa del norte de cabe la Vera-Cruz que le decían Cotastán, muy cerca de San Juan de Ulúa, donde desembarcamos cuando veníamos con Cortés y; y en su casa del mismo Moctezuma todas las hijas de señores que tenía por amigas, siempre tejían cosas muy primas, e otras muchas hijas de mexicanos vecinos, que estaban como a manera de recogimiento, que querían parecer monjas, también tejían, y todo de pluma. Estas monjas tenían sus casas cerca del gran cu del Huichilobos, y por devoción suya o de otro ídolo de mujer, que decían que era su abogada para casamientos, las metían sus padres en aquella religión hasta que se casaban, y de allí las sacaban para las casar. Pasemos adelante, y digamos de la gran cantidad de bailadores que tenía el gran Moctezuma, y danzadores, e otros que traen un palo con los pies, y de

otros que vuelan cuando bailan por alto, y de otros que parecen como matachines; y éstos eran para darle placer. Digo que tenía un barrio que no entendían en otra cosa. Pasemos adelante, y digamos de los oficiales que tenía de canteros e albañiles, carpinteros, que todos entendían en las obras de sus casas: también digo que tenía tantos cuantos quería. No olvidemos las huertas de flores y árboles olorosos, y de muchos géneros que dellos tenía, y el concierto y paseaderos dellas, y de sus albercas, estanques de agua dulce, cómo viene una agua por un cabo y va por otro, e de los baños que dentro tenía, y de la diversidad de pajaritos chicos que en los árboles criaban; y que de yerbas medicinales y de Provecho que en ellas tenía, era cosa de ver; y para todo esto muchos hortelanos; y todo labrado de cantería, así baños como paseaderos y otros retretes y apartamientos, como cenadores, y también adonde bailaban e cantaban; e había tanto que mirar en esto de las huertas como en todo lo demás, que no nos hartábamos de ver su gran poder; e así por el consiguiente tenía maestros de todos cuantos oficios entre ellos se usaban, y de todos gran cantidad. Y porque yo estoy harto de escribir sobre esta materia, y más lo estarán los lectores, lo dejaré de decir, y diré cómo fue nuestro capitán Cortés con muchos de nuestros capitanes y soldados a ver el Tatelulco, que es la gran plaza de México, y subimos en el alto cu, donde estaban sus ídolos Tezcatepuca, y su Huichilobos; y ésta fue la primera vez que nuestro capitán salió a ver la ciudad de México, y lo que en ello pasó.

Capítulo XCII

Cómo nuestro capitán salió a ver la ciudad de México y el Tatelulco, que es la plaza mayor, y el gran cu de su Huichilobos, y lo que pasó

Como había ya cuatro días que estábamos en México, y no salía el capitán ni ninguno de nosotros de los aposentos, excepto a las casas y huertas, nos dijo Cortés que sería bien ir a la plaza mayor a ver el gran adoratorio de su Huichilobos, y que quería enviarle a decir al gran Moctezuma que lo tuviese por bien; y para ello envió por mensajero a Jerónimo de Aguilar y a doña Marina, e con ellos a un pajecillo de nuestro capitán, que entendía ya algo de la lengua, que se decía Orteguilla; y el Moctezuma, como lo supo, envió a decir que fuésemos mucho en buena hora, y por otra parte temió no le fuésemos a hacer algún deshonor a sus ídolos, y acordó de ir él en persona con muchos de sus principales, y en sus ricas andas salió de sus palacios hasta la mitad del camino, y cabe unos adoratorios se apeó de las andas, porque tenía por gran deshonor de sus ídolos ir hasta su casa e adoratorio de aquella manera, y no ir a pie, y llevábanle del brazo grandes principales, e iban delante del Moctezuma señores de vasallos, y llevaban dos bastones como cetros alzados en alto, que eran señal que iba allí el gran Moctezuma; y cuando iba en las andas llevaba una varita, la media de oro y media de palo, levantada como vara de justicia; y así se fue y subió en su gran cu, acompañado de muchos papas, y comenzó a zahumar y hacer otras ceremonias al Huichilobos. Dejemos al Moctezuma, que ya había ido adelante, como dicho tengo y volvamos a Cortés y a nuestros capitanes y soldados, como siempre teníamos por costumbre de noche y de día estar armados, y así nos veían estar el Moctezuma, y cuando lo

íbamos a ver, no lo teníamos por cosa nueva. Digo esto porque a caballo nuestro capitán, con todos los más que tenían caballos, y la más parte de nuestros soldados muy apercibidos, fuimos al Tatelulco, e iban muchos caciques que el Moctezuma envió para que nos acompañasen; y cuando llegamos a la gran plaza, que se dice el Tatelulco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían; y los principales que iban con nosotros nos lo iban mostrando: cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas, y plumas y mantas y cosas labradas, y otras mercaderías, esclavos y esclavas: digo que traían tantos a vender a aquella gran plaza como traen los portugueses los negros de Guinea, e traíanlos atados en unas varas largas, con collares a los pescuezos porque no se les huyesen, y otros dejaban sueltos. Luego estaban otros mercaderes que vendían ropa más basta, e algodón, e otras cosas de hilo torcido, y cacaguateros que vendían cacao; y desta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva-España, puestos por su concierto, de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías por sí, así estaban en esta gran plaza; y los que vendían mantas de henequén y sopas, y cotaras, que son los zapatos que calzan, y hacen de henequén y raíces muy dulces cocidas, y otras zarrabusterías que sacan del mismo árbol; todo estaba a una parte de la plaza en su lugar señalado; y cueros de tigres, de leones y de nutrias, y de venados y de otras alimañas, e tejones e gatos monteses, dellos adobados y otros sin adobar. Estaban en otra parte otros géneros de cosas e mercaderías. Pasemos adelante, y digamos de los que vendían frísoles y

chía y otras legumbres e yerbas, a otra parte. Vamos a los que vendían gallinas, gallos de papada, conejos, liebres, venados y anadones, perrillos y otras cosas desde arte, a su parte de la plaza. Digamos de las fruteras, de las que vendían cosas cocidas, mazamorreras y malcocinado; y también a su parte, puesto todo género de loza hecha de mil maneras, desde tinajas grandes y jarrillos chicos, que estaban por sí aparte; y también los que vendían miel y melcochas y otras golosinas que hacían, como nuégados. Pues los que vendían madera, tablas, cunas viejas e tajos e bancos, todo por sí. Vamos a los que vendían leña, ocote e otras cosas desta manera. ¿Qué quieren más que diga? Que hablando con acato, también vendían canoas llenas de hienda de hombres, que tenían en los esteros cerca de la plaza, y esto era para hacer o para curtir cueros, que sin ella decían que no se hacían buenos. Bien tengo entendido que algunos se reirán desto; pues digo que es así; y más digo, que tenían por costumbre, que en todos los caminos, que tenían hechos de cañas o paja o yerbas porque no los viesen los que pasasen por ellos, y allí se metían si tenían ganas de purgar los vientres porque no se les perdiese aquella suciedad. ¿Para qué gasto yo tantas palabras de lo que vendían en aquella gran plaza? Porque es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas, sino que papel, que en esta tierra llaman amatl, y unos cañutos de olores con liquidámbar, llenos de tabaco, y otros ungüentos amarillos, y cosas deste arte vendían por sí; e vendían mucha grana debajo de los portales que estaban en aquella gran plaza; e había muchos herbolarios y mercaderías de otra manera; y tenían allí sus casas, donde juzgaban tres jueces y otros como alguaciles ejecutores que miraban las mercaderías. Olvidádoseme había la sal y los que hacían navajas de pedernal, y de cómo las sacaban de la misma piedra. Pues

pescaderas y otros qué vendían unos panecillos que hacen de una como lama que cogen de aquella gran laguna, que se cuaja y hacen panes dello, que tienen un sabor a manera de queso; y vendían hachas de latón y cobre y estaño, y jícaras, y unos jarros muy pintados, de madera hechos. Ya querría haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendían, porque eran tantas y de tan diversas calidades, que para que lo acabáramos de ver e inquirir era necesario más espacio; que, como la gran plaza estaba llena de tanta gente y toda cercada de portales, que en un día no se podía ver todo. Y fuimos al gran cu, e ya que íbamos cerca de sus grandes patios, e antes de salir de la misma plaza estaban otros muchos mercaderes, que según dijeron, era que tenían a vender oro en granos como lo sacan de las minas, metido el oro en unos cañutillos delgados de los de ansarones de la tierra, e así blancos porque se pareciese el oro de por defuera, y por el largor y gordor de los cañutillos tenían entre ellos su cuenta qué tantas mantas o qué jiquipiles de cacao valía, o qué esclavos, o otra cualquiera cosa a que lo trocaban. E, así, dejamos la gran plaza sin más la ver, y llegamos a los grandes patios y cercas donde estaba el gran cu, y tenía antes de llegar a él un gran circuito de patios, que me parece que eran mayores que la plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas alrededor de cal y canto, y el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes de losas blancas y muy lisas, y adonde no había de aquellas piedras, estaba encalado y bruñido, y todo muy limpio, que no hallaran una paja ni polvo en todo él. Y cuando llegamos cerca del gran cu, antes que subiésemos ninguna grada de él, envió el gran Moctezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificios, seis papas y dos principales para que acompañasen a nuestro capitán Cortés, y al subir de las gradas, que eran ciento y catorce, le iban a tomar de los

brazos para le ayudar a subir, creyendo que se cansaría, como ayudaban a subir a su señor Moctezuma, y Cortés no quiso que se llegasen a él; y como subimos a lo alto del gran cu, en una placeta que arriba se hacía, adonde tenían un espacio como andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras adonde ponían los tristes indios para sacrificar, allí había un gran bulto como de dragón e otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día. E así como llegamos, salió el gran Moctezuma de un adoratorio donde estaban sus malditos ídolos, que era en lo alto del gran cu, y vinieron con él dos papas, y con mucho acato que hicieron a Cortés e a todos nosotros le dijo: «Cansado estaréis, señor Malinche, de subir a este nuestro gran templo».

Y Cortés le dijo con nuestras lenguas, que iban con nosotros, que él ni nosotros no nos cansábamos en cosa ninguna; y luego le tomó por la mano y le dijo que mirase su gran ciudad y todas las más ciudades que había dentro en el agua, e otros muchos pueblos en tierra alrededor de la misma laguna; y que si no había visto bien su gran plaza, que desde allí podría ver muy mejor; y así lo estuvimos mirando, porque aquel grande y maldito templo estaba tan alto, que todo lo señoreaba; y de allí vimos las tres calzadas que entran en México, que es la de Iztapalapa, que fue por la que entramos cuatro días había; y la de Tacuba, que fue por donde después de ahí a ocho meses salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, cuando Coadlabaca, nuevo señor, nos echó de la ciudad, como adelante diremos; y la de Tepeaquilla; y veíamos el agua dulce que venía de Chapultepeque, de que se proveía la ciudad; y en aquellas tres calzadas las puentes que tenían hechas de trecho a trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna de una parte a otra; e veíamos en aquella gran laguna tanta

multitud de canoas, unas que venían con bastimentos e otras que venían con cargas e mercaderías; y veíamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las demás ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o en canoas; y veíamos en aquellas ciudades cues e adoratorios a manera de torres e fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azoteas, y en las calzadas otras torrecillas e adoratorios que eran como fortaleza. Y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y el zumbido de las voces y palabras que allí había, sonaba más que de una legua; y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto, y tamaña y llena de tanta gente, no la habían visto. Dejemos esto, y volvamos a nuestro capitán, que dijo a fray Bartolomé de Olmedo, ya otras veces por mí nombrado, que allí se halló: «Paréceme, señor padre, que será bien que demos un tiento a Moctezuma sobre que nos deje hacer aquí nuestra iglesia»; y el padre dijo que sería bien si aprovechase, mas que le parecía que no era cosa convenible hablar en tal tiempo, que no veía al Moctezuma de arte que en tal cosa concediese; y luego nuestro Cortés dijo al Moctezuma, con doña Marina, la lengua: «Muy gran señor es vuestra merced, y de mucho más es merecedor; hemos holgado de ver vuestras ciudades. Lo que os pido por merced es, que pues estamos aquí en este vuestro templo, que nos mostréis vuestros dioses y teules». Y el Moctezuma dijo que primero hablaría con sus grandes papas; y luego que con ellos hubo

hablado, dijo que entrásemos en una torrecilla o apartamiento a manera de sala, donde estaban dos como altares con muy ricas tablazones encima del techo, e en cada altar estaban dos bultos como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos, y el primero que estaba a la mano derecha decían que era el de Huichilobos, su dios de la guerra, y tenía la cara y rostro muy ancho, y los ojos disformes y espantables, y en todo el cuerpo tanta de la pedrería e oro y perlas e aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como de raíces, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno dello, y ceñido al cuerpo unas a maneras de grandes culebras hechas de oro y pedrería, y en una mano tenía un arco y en otra unas flechas. E otro ídolo pequeño que allí cabe él estaba, que decían era su paje, le tenía una lanza no larga y una rodela muy rica de oro e pedrería, e tenía puestos al cuello el Huichilobos unas caras de indios y otros como corazones de los mismos indios, y estos de oro y dellos de plata, con mucha pedrería, azules; y estaban allí unos braseros con incienso, que es su copal, y con tres corazones de indios de aquel día sacrificados, e se quemaban, y con el humo y copal le habían hecho aquel sacrificio; y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañadas y negras de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente. Luego vimos a la otra parte de la mano izquierda estar el otro gran bulto del altor del Huichilobos, y tenía un rostro como de oso y unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice tezcat, y el cuerpo con ricas piedras pegadas según y de la manera del otro su Huichilobos; porque, según decían, entrambos eran hermanos y este Tezcatepuca era el dios de los infiernos, y tenía cargo de las ánimas de los mexicanos, y tenía ceñidas al cuerpo unas figuras como diablillos chicos, y las colas dellos como sierpes, y tenía en las paredes tantas

costras de sangre y el suelo bañado dello, que en los mataderos de Castilla no había tanto hedor; y allí le tenían presentado cinco corazones de aquel día sacrificados; y en lo más alto de todo el cu estaba otra concavidad muy ricamente labrada la madera della, y estaba otro bulto como de medio hombre y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas, y la mitad de él enmantado. Este decía que la mitad dél estaba lleno de todas las semillas que habían en toda la tierra, y decían que era el dios de las sementeras y frutas; no se me acuerda el nombre de él; y todo estaba lleno de sangre, así paredes como altar, y era tanto el hedor, que no veíamos la hora de salirnos afuera; y allí tenían un tambor muy grande en demasía, que cuando le tañían el sonido dél era tan triste y de tal manera, como dicen instrumentos de los infiernos, y más de dos leguas de allí se oía: y decían que los cueros de aquel atambor eran de sierpes muy grandes; y en aquella placeta tenían tantas cosas, muy diabólicas de ver, de bocinas y trompetillas y navajones, y muchos corazones de indios que habían quemado, con que zahumaban aquellos sus ídolos, y todo cuajado de sangre, y tenían tanto, que los doy a la maldición; y como todo hedía a carnicería, no veíamos la hora de quitarnos de tan mal hedor y peor vista; y nuestro capitán dijo a Moctezuma con nuestra lengua, como medio riendo: «Señor Moctezuma, no sé yo cómo un tan gran señor e sabio varón como vuestra merced es, no haya colegido en su pensamiento cómo no son estos vuestros ídolos dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos. Y para que vuestra merced lo conozca y todos sus papas lo vean claro, hacedme una merced, que hayáis por bien que en lo alto desta torre pongamos una cruz, y en una parte destos adoratorios, donde están vuestros Huichilobos y Tezcatepuca, haremos un apartado donde pongamos una imagen de nuestra señora; la cual

imagen ya el Moctezuma la había visto; y veréis el temor que dello tienen estos ídolos que os tienen engañados». Y el Moctezuma respondió medio enojado, y dos papas que con él estaban mostraron malas señales, y dijo: «Señor Malinche, si tal deshonor como has dicho creyera que habías de decir, no te mostrara mis dioses; aquellos tenemos por muy buenos, y ellos dan salud y aguas y buenas sementeras, temporales y victorias, y cuanto queremos, e tenérnoslos de adorar y sacrificar. Lo que os ruego es, que no se digan otras palabras en su deshonor»; y como aquello le oyó nuestro capitán, y tan alterado, no le replicó más en ello, y con cara alegre le dijo: «Hora es que vuestra merced y nosotros nos vamos»; y el Moctezuma respondió que era bien, e que porque él tenía que rezar e hacer ciertos sacrificios en recompensa del gran tlatlacol, que quiere decir pecado, que había hecho en dejarnos subir en su gran cu e ser causa de que nos dejase ver sus dioses, e del deshonor que les hicimos en decir mal dellos, que antes que se fuese que lo había de rezar e adorar.

Y Cortés le dijo: «Pues que así es, perdone, señor»; e luego nos bajamos las gradas abajo, y como eran ciento y catorce, e algunos de nuestros soldados estaban malos de bubas o humores, les dolieron los muslos de bajar. Y dejaré de hablar de su adoratorio, y diré lo que me parece del circuito y manera que tenía; y si no lo dijere tan al natural como era, no se maravillen, porque en aquel tiempo tenía otro pensamiento de entender en lo que traíamos entre manos, que era en lo militar y lo que mi capitán Cortés me mandaba, y no en hacer relaciones. Volvamos a nuestra materia. Paréceme que el circuito del gran cu sería de seis muy grandes solares de los que dan en esta tierra, y desde abajo hasta arriba, adonde estaba una torrecilla, e allí

estaban sus ídolos, va estrechando y en medio del alto cu hasta lo más alto de él van cinco concavidades a manera de barbacanas y descubiertas sin mamparos; y porque hay muchos cues pintados en reposteros de conquistadores, y en uno que yo tengo, que cualquiera dellos al que los ha visto, podrá colegir la manera que tenían por defuera; mas lo que yo vi y entendí, e dello hubo fama en aquellos tiempos que fundaron aquel gran cu, en el cimiento de él habían ofrecido de todos los vecinos de aquella gran ciudad oro e plata y aljófar e piedras ricas, e que le habían bañado con mucha sangre de indios que sacrificaron, que habían tomado en las guerras, y de toda manera de diversidad de semillas que había en toda la tierra, porque les diesen sus ídolos victorias e riquezas y muchos frutos. Dirán ahora algunos lectores muy curiosos que cómo pudimos alcanzar a saber que en el cimiento de aquel gran cu echaron oro y plata e piedras de chalchihuites ricas, y semillas, y lo rociaban con sangre humana de indios que sacrificaban, habiendo sobre mil años que se fabricó y se hizo. A esto doy por respuesta que desde que ganamos aquella fuerte y gran ciudad y se repartieron los solares, que luego propusimos que en aquel gran cu habíamos de hacer la iglesia de nuestro patrón e guiador señor Santiago, e cupo mucha parte de solar del alto cu para el solar de la santa iglesia, y cuando abrían los cimientos para hacerlos mas fijos, hallaron mucho oro y plata y chalchihuites, y perlas e aljófar y otras piedras. Y asimismo a un vecino de México que le cupo otra parte del mismo solar, halló lo mismo; y los oficiales de la hacienda de su majestad demandábanlo por de su majestad, que le venía de derecho, y sobre ello hubo pleito; e no se me acuerda lo que pasó, mas de que se informaron de los caciques y principales de México y de Guatemuz, que entonces era vivo, e dijeron que es verdad que todos los vecinos de México de aquel

tiempo echaron en los cimientos aquellas joyas e todo lo demás, e que así lo tenían por memoria en sus libros y pinturas de cosas antiguas, e por esta causa se quedó para la obra de la santa iglesia del señor Santiago. Dejemos esto, y digamos de los grandes y suntuosos patios que estaban delante del Huichilobos, adonde está ahora el señor Santiago, que se dice el Tatelulco, porque así se solía llamar. Ya he dicho que tenían dos cercas de cal y canto antes de entrar dentro, e que era empedrado de piedras blancas como losas, y muy encalado y bruñido y limpio, y sería de tanto compás y tan ancho como la plaza de Salamanca; y un poco apartado del gran cu estaba una torrecilla que también era casa de ídolos, o puro infierno, porque tenía a la boca de la una puerta una muy espantable boca de las que pintan, que dicen que es como la que está en los infiernos, con la boca abierta y grandes colmillos para tragar las ánimas. E asimismo estaban unos bultos de diablos y cuerpos de sierpes junto a la puerta, y tenían un poco apartado un sacrificadero, y todo ello muy ensangrentado y negro de humo e costras de sangre; y tenían muchas ollas grandes y cántaros e tinajas dentro de la casa llenas de agua, que era allí donde cocinaban la carne de los tristes indios que sacrificaban, que comían los papas, porque también tenían cabe el sacrificadero muchos navajones y unos tajos de madera como en los que cortan carne en las carnicerías. Y asimismo detrás de aquella maldita casa, bien apartado della, estaban unos grandes rimeros de leña, y no muy lejos una gran alberca de agua que se henchía y vaciaba, que le venía por su caño encubierto de la que entraba en la ciudad desde Chapultepeque. Yo siempre la llamaba a aquella casa, el infierno. Pasemos adelante del patio y vamos a otro cu, donde era enterramiento de grandes señores mexicanos, que también tenían otros ídolos, y todo lleno de sangre e humo,

y tenía otras puertas y figuras de infierno; y luego junto de aquel cu estaba otro lleno de calaveras e zancarrones puestos con gran concierto, que se podían ver, mas no se podían contar, porque eran muchos, y las calaveras por sí, y los zancarrones en otros rimeros; e allí había otros ídolos, y en cada casa o cu y adoratorio, que he dicho, estaban papas con sus vestiduras largas de mantas prietas y las capillas como de dominicos, que también tiraban un poco a las de los canónigos, y el cabello muy largo y hecho, que no se podía desparcir ni desenredar; y todos los más sacrificadas las orejas, y en los mismos cabellos mucha sangre. Pasemos adelante, que había otros cues apartados un poco de donde estaban las calaveras, que tenían otros ídolos y sacrificios de otras malas pinturas; e aquellos decían que eran abogados de los casamientos de los hombres. No quiero detenerme mas en contar de ídolos, sino solamente diré que en torno de aquel gran patio había muchas casas, e no altas, e eran adonde estaban y residían los papas e otros indios que tenían cargo de los ídolos; y también tenían otra muy mayor alberca o estanque de agua y muy limpia a una parte del gran cu, y era dedicada para solamente el servicio de Huichilobos e Tezcatepuca, y entraba el agua en aquella alberca por caños encubiertos que venían de Chalpultepeque; e allí cerca estaban otros grandes aposentos a manera de monasterio, adonde estaban recogidas muchas hijas de vecinos mexicanos, como monjas, hasta que se casaban; y allí estaban dos bultos de ídolos de mujeres, que eran abogadas de los casamientos de las mujeres, y a aquellas sacrificaban y hacían fiestas porque, les diesen buenos maridos. Mucho me he de, tenido en contar deste gran cu del Tatelulco y sus patios, pues digo era el mayor templo de sus ídolos de todo México, porque había tantos y muy suntuosos, que entre cuatro o cinco barrios tenían un

adoratorio y sus ídolos; y porque eran muchos, e yo no sé la cuenta de todos, pasaré adelante, y diré que en Cholula el gran adoratorio que en él tenían era de mayor altor que no el de México, porque tenía ciento y veinte gradas, y según dicen, el ídolo de Cholula teníanle por bueno, e iban a él en romería de todas partes de la Nueva-España a ganar perdones, y a esta causa le hicieron tan suntuoso cu, mas era de otra hechura que el mexicano, e asimismo los patios muy grandes e con dos cercas. También digo que el cu de la ciudad de Tezcuco era muy alto, de ciento diecisiete gradas, y los patios anchos y buenos, y hechos de otra manera que los demás. Y una cosa de reír es, que tenían en cada provincia sus ídolos, y los de la una provincia o ciudad no aprovechaban a los otros; e así, tenían infinitos ídolos y a todos sacrificaban. Y después que nuestro capitán y todos nosotros nos cansamos de andar y ver tantas diversidades de ídolos y sus sacrificios, nos volvimos a nuestros aposentos, y siempre muy acompañados de principales y caciques que Moctezuma enviaba con nosotros. Y quedarse ha aquí, y diré lo que más hicimos.

Capítulo XCIII

Cómo hicimos nuestra iglesia y altar en nuestro aposento, y una cruz fuera del aposento, y lo que más pasamos, y hallamos la sala y recámara del tesoro del padre de Moctezuma, y cómo se acordó prender al Moctezuma

Como nuestro capitán Cortés y el padre de la Merced vieron que Moctezuma no tenía voluntad que en el cu de su Huichilobos pusiésemos la cruz ni hiciésemos la iglesia; y porque desde que entramos en la ciudad de México, cuando se decía misa hacíamos un altar sobre mesas y tornábamos a quitarlo, acordóse que demandásemos a los mayordomos del gran Moctezuma albañiles para que en nuestro aposento hiciésemos una iglesia; y los mayordomos dijeron que se lo harían saber al Moctezuma, y nuestro capitán envió a decírselo con doña Marina y Aguilar, y con Orteguilla, su paje, que entendía ya algo la lengua, y luego dio licencia y mandó dar todo recaudo, y en tres días teníamos nuestra iglesia hecha, y la santa cruz puesta delante de los aposentos, e allí se decía misa cada día, hasta que se acabó el vino; que, como Cortés y otros capitanes y el fraile estuvieron malos cuando las guerras de Tlascala, dieron prisa al vino que teníamos para misas; y desde que se acabó, cada día estábamos en la iglesia rezando de rodillas delante del altar e imágenes, lo uno por lo que éramos obligados a cristianos y buena costumbre, y lo otro porque Moctezuma y todos sus capitanes lo viesen y se inclinasen a ello, y porque viesen el adoratorio, y vernos de rodillas delante de la cruz, especial cuando tañíamos a la Ave-María. Pues estando que estábamos en aquellos aposentos, como somos de tal calidad, e todo lo transcendemos e queremos saber, cuando miramos adonde mejor y en más convenible parte

habíamos de hacer el altar, dos de nuestros soldados, que uno dellos era carpintero de lo blanco, que se decía Alonso Yáñez, vio en una pared una como señal que había sido puerta, que estaba cerrada y muy bien encalada e bruñida; y como había fama e teníamos relación que en aquel aposento tenía Moctezuma el tesoro de su padre Axayaca, sospechóse que estaría en aquella sala, que estaba de pocos días cerrada y encalada; y el Yáñez le dijo a Juan Velázquez de León y Francisco de Lugo, que eran capitanes, y aun deudos míos: el Alonso Yáñez se allegaba a su compañía, como criado de aquellos capitanes, y se lo dijeron a Cortés, y secretamente se abrió la puerta; y cuando fue abierta, Cortés con ciertos capitanes entraron primero dentro, y vieron tanto número de joyas de oro e planchas, y tejuelos muchos, y piedras de chalchihuites y otras muy grandes riquezas, quedaron elevados y no supieron qué decir de tantas riquezas; y luego lo supimos entre todos los demás capitanes y soldados, y lo entramos a ver muy secretamente; y como yo lo vi, digo que me admiré, e como en aquel tiempo era mancebo y no había visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto que en el mundo no debiera haber otras tantas; e acordóse por todos nuestros capitanes e soldados que ni por pensamiento se tocase en cosa ninguna dellas, sino que la misma puerta se tornase luego a poner sus piedras y cerrase y encalase de la manera que la hallamos, y que no se hablase en ello, porque no lo alcanzase a saber Moctezuma, hasta haber otro tiempo. Dejemos esto desta riqueza, y digamos que, como teníamos tan esforzados capitanes y soldados, y de muchos buenos consejos y pareceres, y primeramente nuestro señor Jesucristo ponía su divina mano en todas nuestras cosas, y así lo teníamos por cierto, apartaron a Cortés cuatro de nuestros capitanes, y juntamente doce soldados de quien él se fiaba e

comunicaba, e yo era uno dellos, y le dijimos que mirase la red y garlito donde estábamos, y la fortaleza de aquella ciudad, y mirase las puentes y calzadas, y las palabras y avisos que en todos los pueblos por donde hemos venido nos han dado, que había aconsejado el Huichilobos a Moctezuma que nos dejase entrar en su ciudad, e que allí nos matarían; y que mirase que los corazones de los hombres son muy mudables, en especial en los indios, y que no tuviese confianza de la buena voluntad y amor de Moctezuma nos muestra porque de una hora a otra la mudaría, y cuando se le antojase darnos guerra, que con quitarnos la comida o el agua, o alzar cualquiera puente, que no nos podríamos valer; e que mire la gran multitud de indios que tiene de guerra en su guarda, e ¿qué podríamos nosotros hacer para ofenderlos o para defendernos? Porque todas las casas tienen en el agua; pues socorro de nuestros amigos los de Tlascala ¿por dónde han de entrar? Y pues es cosa de ponderar todo esto que le decíamos, que luego sin más dilación prendiésemos al Moctezuma si queríamos asegurar nuestras vidas, y que no se aguardase para otro día, y que mirase que con todo el oro que nos daba Moctezuma, ni el que habíamos visto en el tesoro de su padre Axayaca, ni con cuanta comida comíamos, que todo se nos hacía rejalgar en el cuerpo, e que ni de noche ni de día no dormíamos ni reposábamos, con aqueste pensamiento; e que si otra cosa algunos de nuestros soldados menos que esto que le decíamos sintiesen, que serían como bestias, que no tenían sentido, que se estaban al dulzor del oro, no viendo la muerte al ojo. Y como esto oyó Cortés, dijo: «No creáis, caballeros, que duermo ni estoy sin el mismo cuidado; que bien me lo habréis sentido; mas ¿qué poder tenemos nosotros para hacer tan grande atrevimiento como prender a tan gran señor en sus mismos palacios, teniendo

sus gentes de guarda y de guerra? ¿Qué manera o arte se puede tener en quererlo poner por efecto, que no apellide sus guerreros y luego nos acometan?» Y replicaron nuestros capitanes, que fue Juan Velázquez de León y Diego de Ordás e Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, que con buenas palabras sacarle de su sala y traerlo a nuestros aposentos y decirle que ha de estar preso; que si se alterase o diere voces, que lo pagará su persona; y que si Cortés no lo quiere hacer luego, que les de licencia, que ellos lo prenderán y lo pondrán por la obra; y que de dos grandes peligros en que estamos, que el mejor y el más a propósito es prenderle, que no aguardar que nos diesen guerra; y que si la comenzaba, ¿qué remedio podríamos tener? También le dijeron ciertos soldados que nos parecía que los mayordomos de Moctezuma que servían en darnos bastimentos se desvergonzaban y no lo traían cumplidamente, como los primeros días; y también dos indios tlascaltecas, nuestros amigos, dijeron secretamente a Jerónimo de Aguilar, nuestra lengua, que no les parecía bien la voluntad de los mexicanos de dos días atrás. Por manera que estuvimos platicando en este acuerdo bien una hora, si le prendiéramos o no, y que manera tendríamos; y a nuestro capitán bien se le encajó este postrer consejo, y dejábamoslo para otro día, que en todo caso lo habíamos de prender, y aun toda la noche estuvimos rogando a Dios que lo encaminase para su santo servicio. Después destas pláticas, otro día por la mañana vinieron dos indios de Tlascala muy secretamente con unas cartas de la Villa Rica, y lo que se contenía en ello decía que Juan de Escalante, que quedó por alguacil mayor, era muerto, y seis soldados juntamente con él, en una batalla que le dieron los mexicanos; y también le mataron el caballo y a nuestros indios totonaques, que llevó en su compañía, y que todos los pueblos de la sierra y

Cempoal y su sujeto están alterados y no les quieren dar comida ni servir en la fortaleza, y que no saben qué se hacer; y que como de antes los tenían por teules, que ahora, que han visto aquel desbarate, les hacen fieros, así los totonaques como los mexicanos, y que no les tienen en nada, ni saben qué remedio tomar. Y cuando oímos aquellas nuevas, sabe Dios cuánto pesar tuvimos todos. Aqueste fue el primer desbarate que tuvimos en la Nueva España; miren los curiosos lectores la adversa fortuna cómo vuelve rodando; ¡quién nos vio entrar en aquella ciudad con tan solemne recibimiento y triunfantes, y nos teníamos en posesión de ricos con lo que Moctezuma nos daba cada día, así al capitán como a nosotros; y haber visto la casa por mí nombrada llena de oro, y nos tenían por teules, que son ídolos, y que todas las batallas vencíamos; e ahora habernos venido tan grande desmán, que no nos tuviesen en aquella reputación que de antes, sino por hombres que podíamos ser vencidos, y haber sentido cómo se desvergonzaban contra nosotros! En fin de más razones, fue acordado que aquel mismo día de una manera y de otra se prendiese a Moctezuma o morir todos sobre ello. Y porque para que vean los lectores de la manera que fue esta batalla de Juan de Escalante, y cómo le mataron a él y a seis soldados, y el caballo y los amigos totonaques que llevaba consigo, lo quiero aquí declarar antes de la prisión de Moctezuma, por no dejarlo atrás, porque es menester darlo bien a entender.

Capítulo XCIV

Cómo fue la batalla que dieron los capitanes mexicanos a Juan de Escalante, y cómo le mataron a él y el caballo y a otros seis soldados, y muchos amigos indios totonaques que también allí murieron

Y es desta manera: que ya me habrán oído decir en el capítulo que dello habla, que cuando estábamos en un pueblo que se dice Quiahuistlan, que se juntaron muchos pueblos sus confederados, que eran amigos de los de Cempoal, y por consejo y convocación de nuestro capitán, que los atrajo a ello, quitó que no diesen tributo a Moctezuma; y se le rebelaron y fueron más de treinta pueblos: y esto fue cuando le prendimos sus recaudadores, según otras veces dicho tengo en el capítulo que dello habla; y cuando partimos de Cempoal para venir a México quedó en la Villa Rica por capitán y alguacil mayor de la Nueva España un Juan de Escalante, que era persona de mucho ser y amigo de Cortés, y le mandó que en todo lo que aquellos pueblos nuestros amigos hubiesen menester les favoreciese; y parece ser que, como el gran Moctezuma tenía muchas guarniciones y capitanes de gente de guerra en todas las provincias, que siempre estaban juntos a la raya dellos; porque una tenía en lo de Soconusco por guarda de Guatemala y Chiapa, y otra tenía en lo de Guazacualco, y otra capitanía en lo de Michoacan, y otra a la raya de Pánuco, entre Tuzapan y un pueblo que le pusimos por nombre Almería, que es en la costa del norte; y como aquella guarnición que tenía cerca de Tuzapan, pareció ser demandaron tributo de indios e indias y bastimentos para sus gentes a ciertos pueblos que estaban allí cerca, o confinaban con ellos, que eran amigos de Cempoal y servían a Juan de Escalante y a los vecinos que quedaron en la Villa

Rosa y entendían en hacer la fortaleza; y como les demandaban los mexicanos el tributo y servicio, dijeron que no se les querían dar, porque Malinche les mandó que no lo diesen, y que el gran Moctezuma lo ha tenido por bien; y los capitanes mexicanos respondieron que si no lo daban, que los vendrían a destruir sus pueblos y llevarlos cautivos, y que su señor Moctezuma se lo había mandado de poco tiempo acá. Y como aquellas amenazas vieron nuestros amigos los totonaques, vinieron al capitán Juan de Escalante, e quejáronse reciamente que los mexicanos les venían a robar y destruir sus tierras; y como el Escalante lo entendió, envió mensajeros a los mismos mexicanos para que no hiciesen enojo ni robasen aquellos pueblos, pues su señor Moctezuma lo había a bien, que somos todos grandes amigos; si no, que irá contra ellos y les dará guerra. A los mexicanos no se les dio nada por aquella respuesta ni fieros, y respondieron que en el campo los hallaría; y el Juan de Escalante, que era hombre muy bastante y de sangre en el ojo, apercibió todos los pueblos nuestros amigos de la sierra que viniesen con sus armas, que eran arcos, flechas, lanzas, rodelas, y asimismo apercibió los soldados más sueltos y sanos que tenía; porque ya he dicho otra vez que todos los más vecinos que quedaban en la Villa Rica estaban dolientes y eran hombres de la mar; y con dos tiros y un poco de pólvora, y tres ballestas y dos escopetas, y cuarenta soldados y sobre dos mil indios totonaques, fue adonde estaban las guarniciones de los mexicanos, que andaban ya robando un pueblo de nuestros amigos los totonaques, y en el campo se encontraron al cuarto del alba; y como los mexicanos eran doblados que nuestros amigos los totonaques, e como siempre estaban atemorizados dellos de las guerras pasadas, a la primera refriega de flechas y varas y piedras y gritas huyeron, y dejaron al Juan de Escalante

peleando con los mexicanos, y de tal manera, que llegó con sus pobres soldados hasta un pueblo que llaman Almería, y le puso fuego y le quemó las casas. Allí reposó un poco, porque estaba mal herido; y en aquellas refriegas y guerra le llevaron un soldado vivo que se decía Argüello, que era natural de León y tenía la cabeza muy grande y la barba prieta y crespa, y era muy robusto de gesto y mancebo de muchas fuerzas, y le hirieron muy malamente al Escalante y otros seis soldados, y mataron el caballo, y se volvió a la Villa Rica, y dende a tres días murió él y los soldados; y desta manera pasó lo que decimos «la de Almería», y no como lo cuenta el cronista Gómara, que dice en su Historia que iba Pedro de Ircio a poblar a Pánuco con ciertos soldados ¡y para bien velar no teníamos recaudo, cuanto más enviar a poblar a Pánuco! Y dice que iba por capitán el Pedro de Ircio, que ni aun en aquel tiempo no era capitán ni aun cuadrillero, ni se le daba cargo, y se quedó con nosotros en México. También dice el mismo cronista otras muchas cosas sobre la prisión de Moctezuma: había de mirar que cuando lo escribía en su Historia que había de haber vivos conquistadores de los de aquel tiempo, que le dirían cuando lo leyesen: «Esto pasa desta suerte». Y dejarlo he aquí, y volvamos a nuestra materia, y diré como los capitanes mexicanos, después de darle la batalla que dicho tengo al Juan de Escalante, se lo hicieron hacer al Moctezuma, y aún le llevaron presentada la cabeza de Argüello, que parece se murió en el camino de las heridas, que vivo le llevaban; y supimos que el Moctezuma cuando se lo mostraron, como era robusto y grande, y tenía grandes barbas y crespas, hubo pavor y temió de la ver, y mandó que no la ofreciesen a ningún cu de México, sino en otros ídolos de otros pueblos; y preguntó el Moctezuma que, siendo ellos muchos millares de guerreros, que cómo no vencieron a tan pocos teules. Y

respondieron que no aprovechaban nada sus varas y flechas ni buen pelear; que no les pudieron hacer retraer, porque una gran tecleciguata de Castilla venía delante dellos, y que aquella señora ponía a los mexicanos temor, y decía palabras a sus teules que los esforzaba; y el Moctezuma entonces creyó que aquella gran señora que era Santa María y la que le habíamos dicho que era nuestra abogada, que de antes dimos al gran Moctezuma con su precioso hijo en los brazos. Y porque esto yo no lo vi, porque estaba en México, sino lo que dijeron ciertos conquistadores que se hallaron en ello y pluguiese a Dios que así fuese. Y ciertamente todos los soldados que pasamos con Cortés tenemos muy creído, e así es verdad, que la misericordia divina y nuestra señora la virgen María siempre eran con nosotros; por lo cual le doy muchas gracias. Y dejarlo he aquí, y diré lo que pasó en la prisión del gran Moctezuma.

Capítulo XCV

De la prisión de Moctezuma, y lo que sobre ella se hizo

E como teníamos acordado el día antes de prender al Moctezuma, toda la noche estuvimos en oración rogando a Dios que fuese de tal modo que redundase para su santo servicio, y otro día de mañana fue acordado de la manera que había de ser. Llevó consigo Cortés cinco capitanes, que fueron Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval y Juan Velázquez de León y Francisco de Lugo y Alonso de Ávila, y con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar; y todos nosotros mandó que estuviésemos muy a punto y los caballos ensillados y enfrenados; y en lo de las armas no había necesidad de ponerlo yo aquí por memoria, porque siempre de día y de noche estábamos armados y calzados nuestros alpargates, que en aquella sazón era nuestro calzado; y cuando solíamos ir a hablar al Moctezuma siempre nos veía armados de aquella manera; y esto digo porque, puesto que Cortés con los cinco capitanes iban con todas sus armas para le prender, el Moctezuma no lo tendría por cosa nueva ni se alteraría dello. Ya puestos a punto todos, envióle nuestro capitán a hacerle saber cómo iba a su palacio, porque así lo tenía por costumbre, y no se alterase viéndole ir de sobresalto; y el Moctezuma bien entendió poco más o menos que iba enojado por lo de Almería y no lo tenía en una castaña, y mandó que fuese mucho en buena hora; y como entró Cortés, después de le haber hecho sus acatos acostumbrados, le dijo con nuestras lenguas: «Señor Moctezuma, muy maravillado estoy de vos, siendo tan valeroso príncipe y haberos dado por nuestro amigo, mandar a vuestros capitanes que teníais en la costa cerca de Tuzapan que tomasen armas contra mis españoles,

y tener atrevimiento de robar los pueblos que están en guarda y amparo de nuestro rey y señor, y demandarles indios e indias para sacrificar y matar un español hermano mío y un caballo»; no le quiso decir del capitán ni de los seis soldados que murieron luego que llegaron a la Villa Rica, porque el Moctezuma no lo alcanzó a saber, ni tampoco lo supieron los indios capitanes que les dieron guerra; y más le dijo Cortés, que teniéndole por tan su amigo, «mandé a mis capitanes que en todo lo que posible fuese os sirviesen y favoreciesen, y vuestra merced, por el contrario, no lo ha hecho. Y asimismo en lo de Cholula tuvieron vuestros capitanes gran copia de guerreros, ordenado por vuestro mandado, que nos matasen; helo disimulado lo de entonces por lo mucho que os quiero; y asimismo ahora vuestros vasallos y capitanes se han desvergonzado, y tienen pláticas secretas que nos queréis mandar matar; por estas causas no querría comenzar guerra ni destruir aquesta ciudad; conviene que para excusarlo todo, que luego callando y sin hacer ningún alboroto os vayáis con nosotros a nuestro aposento, que allí seréis servido y mirado muy bien como en vuestra propia casa»; y que si alboroto o voces daba, «que luego seréis muerto de aquestos mis capitanes, que no los traigo para otro efecto». Y cuando eso oyó el Moctezuma, estuvo muy espantado y sin sentido, y respondió que nunca tal mandó que tomasen armas contra nosotros, y que enviaría luego a llamar sus capitanes y sabría la verdad y los castigaría; y luego en aquel instante quitó de su brazo y muñeca el sello y señal de Huichilobos, que aquello era cuando mandaba alguna cosa grave e de peso para que se cumpliese, e luego se cumplía; y en lo de ir preso y salir de sus palacios contra su voluntad, que no era persona la suya para que tal le mandasen, e que no era su voluntad salir; y Cortés le replicó muy buenas razones, y el Moctezuma le

respondía muy mejores y que no había de salir de sus casas; por manera que estuvieron más de media hora en estas pláticas; y como Juan Velázquez de León y los demás capitanes vieron que se detenía con él, y no veían la hora de haberlo sacado de sus casas y tenerlo preso, hablaron a Cortés algo alterados, y dijeron: «¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras?» O le llevamos preso o le daremos de estocadas; por eso tornadle a decir que si da voces o hace alboroto, que le mataréis; porque más vale que desta vez aseguremos nuestras vidas o las perdamos. Y como el Juan Velázquez lo decía con voz algo alta y espantosa, porque así era su hablar, y el Moctezuma vio a nuestros capitanes como enojados, preguntó a doña Marina que qué decían con aquellas palabras altas; y como la doña Marina era muy entendida, le dijo: «Señor Moctezuma, lo que yo os aconsejo es que vayáis luego con ellos a su aposento sin ruido ninguno; que yo sé que os harán mucha honra, como gran señor que sois; y de otra manera, aquí quedaréis muerto; y en su aposento se sabrá la verdad»; y entonces el Moctezuma dijo a Cortés: «Señor Malinche, ya que eso queréis que sea, yo tengo un hijo y dos hijas legítimas; tomadlas en rehenes, y a mí no me hagáis esta afrenta; ¿qué dirán mis principales si me viesen llevar preso?» Tornó a decir Cortés que su persona había de ir con ellos, y no había de ser otra.

Y en fin de muchas más razones que pasaron, dijo que él iría de buena voluntad; y entonces nuestros capitanes le hicieron muchas caricias, y le dijeron que le pedían por merced que no hubiese enojo, y que dijese a sus capitanes y a los de su guarda que iba de su voluntad, porque había tenido plática de su ídolo Huichilobos y de los papas que le servían que convenía para su salud y guardar su vida estar

con nosotros; y luego le trajeron sus ricas andas en que solía salir, con todos sus capitanes que le acompañaron, y fue a nuestro aposento, donde le pusimos guardas y velas; y todos cuantos servicios y placeres le podíamos hacer, así Cortés como todos nosotros, tantos le hacíamos, y no se le echó prisiones ningunas; y luego le vinieron a ver todos los mayores principales mexicanos y sus sobrinos, a hablar con él y a saber la causa de su prisión y si mandaba que nos diesen guerra; y el Moctezuma les respondía que él holgaba de estar algunos días allí con nosotros de buena voluntad, y no por fuerza; y cuando él algo quisiese, que se lo diría, y que no se alborotasen ellos ni la ciudad ni tomasen pesar dello, porque aquesto que ha pasado de estar allí, que su Huichilobos lo tiene por bien, y se lo han dicho ciertos papas que lo saben, que hablaron con su ídolo sobre ello; y desta manera que he dicho fue la prisión del gran Moctezuma; y allí donde estaba tenía su servicio y mujeres y baños en que se bañaba, y siempre a la continua estaban en su compañía veinte grandes señores y consejeros y capitanes, y se hizo a estar preso sin mostrar pasión en ello; y allí venían con pleitos embajadores de lejas tierras y le traían sus tributos, y despachaba negocios de importancia. Acuérdome que cuando venían ante él grandes caciques de otras tierras sobre términos y pueblos u otras cosas de aquel arte, que por muy gran señor que fuese se quitaba las mantas ricas, y se ponía otras de henequén y de poca valía, y descalzo había de venir; y cuando llegaba a los aposentos no entraba derecho, sino por un lado dellos, y cuando parecían delante del gran Moctezuma, los ojos bajos en tierra; y antes que a él llegasen le hacían tres reverencias y le decían: «Señor, mi señor, mi gran señor»; y entonces le traían pintado e dibujado el pleito o negocio sobre que venían, en unos paños o mantas de henequén, y como unas

varitas muy delgadas y pulidas le señalaban la causa del pleito; y estaban allí junto al Moctezuma dos hombres viejos, grandes caciques, y cuando bien habían entendido el pleito aquellos jueces, le decían al Moctezuma la justicia que tenían, y con pocas palabras los despachaba y mandaba quién había de llevar las tierras o pueblos; y sin más réplica en ello, se salían los pleiteantes sin volver las espaldas, y con las tres reverencias se salían hasta la sala, y cuando se veían fuera de su presencia del Moctezuma se ponían otras mantas ricas y se paseaban por México. Y dejaré de decir al presente desta prisión, y digamos cómo los mensajeros que envió el Moctezuma con su señal y sello a llamar sus capitanes que mataron nuestros soldados, los trajeron ante él presos, y lo que con ellos habló yo no lo sé; mas que se los envió a Cortés para que hiciese justicia dellos; y tomada su confesión sin estar el Moctezuma delante, confesaron ser verdad lo atrás ya por mí dicho, e que su señor se lo había mandado que diesen guerra y cobrasen los tributos, y si algunos teules fuesen en su defensa, que también les diesen guerra o matasen. E vista esta confesión por Cortés, envióselo a decir al Moctezuma como le condenaban en aquella cosa, y él se disculpó cuanto pudo, y nuestro capitán lo envió a decir que él así lo creía; que puesto que merecía castigo, conforme a lo que nuestro rey manda, que la persona que manda matar a otros sin culpa o con culpa que muera por ello; mas que le quiere tanto y le desea todo bien, que ya que aquella culpa tuviese, que antes la pagaría el Cortés por su persona que vérsela pasar al Moctezuma; y con todo esto que le envió a decir estaba temeroso; y sin más gastar razones, Cortés sentenció a aquellos capitanes a muerte e que fuesen quemados delante de los palacios de Moctezuma, e así se ejecutó luego la sentencia; y porque no hubiese algún impedimento, entre tanto que se quemaban

mandó echar unos grillos al mismo Moctezuma; y cuando se los echaron él hacía bramuras, y si de antes estaba temeroso, entonces estuvo mucho más; y después de quemados, fue nuestro Cortés con cinco de nuestros capitanes a su aposento, y él mismo le quitó los grillos, y tales palabras le dijo, que no solamente lo tenía por hermano, sino en mucho más, e que como es señor y rey de tantos pueblos y provincias, que si él podía, el tiempo andando le haría que fuese señor de más tierras de las que no ha podido conquistar ni le obedecían; y que si quiere ir a sus palacios, que le da licencia para ello; y decírselo Cortés con nuestras lenguas, y cuando se lo estaba diciendo Cortés, parecía se le saltaban las lágrimas de los ojos al Moctezuma; y respondió con gran cortesía que se lo tenía en merced, porque bien entendió Moctezuma que todo eran palabras las de Cortés; e que ahora al presente que convenía estar allí preso, porque por ventura, como sus principales son muchos; y sus sobrinos e parientes le vienen cada día a decir que será bien darnos guerra y sacarlo de prisión, que cuando lo vean fuera que le atraerán a ello, e que no quería ver en su ciudad revueltas, e que si no hace su voluntad, por ventura querrán alzar a otro señor; y que él les quitaba de aquellos pensamientos con decirles que su dios Huichilobos se lo ha enviado a decir que esté preso. E a lo que entendimos e lo más cierto, Cortés había dicho a Aguilar, la lengua, que le dijese de secreto que aunque Malinche le mandase salir de la prisión, que los capitanes nuestros, e soldados, no querríamos. Y como aquello le oyó, el Cortés le echó los brazos encima, y le abrazó y dijo: «No en balde, señor Moctezuma, os quiero tanto como a mí mismo»; y luego el Moctezuma demandó a Cortés un paje español que le servía, que sabía ya la lengua, que se decía Orteguilla, y fue harto provechoso así para el Moctezuma como para

nosotros, porque de aquel paje inquiría y sabía muchas cosas de las de Castilla el Moctezuma, y nosotros de lo que decían sus capitanes; y verdaderamente le era tan buen servicial, que lo quería mucho el Moctezuma. Dejemos de hablar como ya estaba el Moctezuma contento con los grandes halagos y servicios y conversaciones que con todos nosotros tenía, porque siempre que ante él pasábamos, y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas o cascos, que siempre estábamos armados, y él nos hacía gran mesura y honra a todos; y digamos los nombres de aquellos capitanes de Moctezuma que se quemaron por justicia, que se decía el principal Quetzalpopoca, y los otros se decían el uno Coatl el otro Quiahuitle y el otro no me acuerdo el nombre, que poco va en saber sus nombres. Y digamos que como este castigo se supo en todas las provincias de la Nueva España, temieron, y los pueblos de la costa adonde mataron nuestros soldados volvieron a servir muy bien a los vecinos que quedaban en la Villa Rica. E han de considerar los curiosos que esto leyeren tan grandes hechos que entonces hicimos: dar con los navíos al través; lo otro osar entrar en tan fuerte ciudad, teniendo tantos avisos que allí nos habían de matar cuando dentro nos tuviesen; lo otro tener tanta osadía de prender al gran Moctezuma, que era rey de aquella tierra, dentro de su gran ciudad y en sus mismos palacios, teniendo tan gran número de guerreros de su guarda; y lo otro osar quemar sus capitanes delante de sus palacios y echarle grillos entre tanto que se hacía la justicia; que muchas veces, ahora que soy viejo, me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes, Y digo que nuestros hechos que no los hacíamos nosotros, sino que venían todos encaminados por Dios; porque ¿qué hombres ha habido en el mundo que osasen entrar cuatrocientos y cincuenta

soldados, y aun no llegábamos a ellos, en una tan fuerte ciudad como México, que es mayor que Venecia, estando tan apartados de nuestra Castilla sobre más de mil y quinientas leguas, y prender a un tan gran señor y hacer justicia de sus capitanes delante de él? Porque hay mucho que ponderar en ello, y diré cómo Cortés despachó luego otro capitán que estuviese en la Villa Rica como estaba el Juan Escalante que mataron.

Capítulo XCVI

Cómo nuestro Cortés envió a la Villa Rica por teniente y capitán a un hidalgo que se decía Alonso de Grado, en lugar del alguacil mayor Juan de Escalante, y el alguacilazgo mayor se lo dio a Gonzalo de Sandoval, y desde entonces fue alguacil mayor; y lo que después pasó diré adelante

Después de hecha justicia de Quezalpopoca y sus capitanes, e sosegado el gran Moctezuma, acordó de enviar nuestro capitán a la Villa Rica por teniente della a un soldado que se decía Alonso de Grado, porque era hombre muy entendido y de buena plática y presencia, y músico e gran escribano. Este Alonso de Grado era uno de los que siempre fue contrario de nuestro capitán Cortés porque no fuésemos a México y nos volviésemos a la Villa Rica, cuando hubo en lo de Tlascala ciertos corrillos, ya por mí dichos en el capítulo que dello habla; y el Alonso de Grado era el que lo muñía y hablaba; y si como era hombre de buenas gracias fuera hombre de guerra, bien le ayudara todo junto; esto digo porque cuando nuestro Cortés le dio el cargo, como conocía su condición, que no era hombre de afrenta, y Cortés era gracioso en lo que decía, le dijo: «Hé aquí, señor Alonso de Grado, vuestros deseos cumplidos, que iréis ahora a la Villa Rica, como deseabais, y entenderéis en la fortaleza; y mirad no vayáis a ninguna entrada, como hizo Juan de Escalante, y os maten»; y cuando se lo estaba diciendo guiñaba el ojo porque lo viésemos los soldados que allí nos hallábamos y sintiésemos a qué fin lo decía; porque sabía de él que aunque se lo mandara con pena no fuera. Pues dadas las provisiones e instrucciones de lo que había de hacer, el Alonso de Grado le suplicó a Cortés que le hiciese merced de la vara de alguacil mayor, como la tenía el Juan Escalante que

mataron los indios, y le dijo ya la había dado a Gonzalo de Sandoval, y que para él no le faltaría, el tiempo andando, otro oficio muy honroso, y que se fuese con Dios; y le encargó que mirase por los vecinos e los honrase, y a los indios amigos que no se les hiciese ningún agravio ni se les tomase cosa por fuerza, y que dos herreros que en aquella villa quedaban, y les había enviado a decir y mandar que luego hiciesen dos cadenas gruesas de hierro y anclas que sacaran de los navíos que dimos al través, que con brevedad las enviase, y que diese prisa a la fortaleza que se acabase de enmaderar y cubrir de teja. Y como el Alonso de Grado llegó a la villa, mostró mucha gravedad con los vecinos, y queríase hacer servir dellos como gran señor, e a los pueblos que estaban de paz, que fueron más de treinta, los enviaba a demandar joyas de oro e indias hermosas; y en la fortaleza no se le daba nada de entender en ella, y en lo que gastaba el tiempo era en bien comer y en jugar; y sobre todo esto, que fue peor que lo pasado, secretamente convocaba a sus amigos e a los que no lo eran para que si viniese a aquella tierra Diego Velázquez de Cuba o cualquier su capitán, de darle la tierra a hacerse con él; todo lo cual muy en posta se lo hicieron saber por cartas a Cortés a México; y como lo supo, hubo enojo consigo mismo por haber enviado a Alonso de Grado conociéndole sus malas entrañas e condición dañada; y como Cortés tenía siempre en el pensamiento que Diego Velázquez, gobernador de Cuba, por una parte o por otra había de alcanzar a saber cómo habíamos enviado a nuestros procuradores a su majestad, e que no le acudiríamos a cosa ninguna, e que por ventura enviaría armada y capitanes contra nosotros parecióle que sería bien poner hombre de quien fiar el puerto e la villa, y envió a Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor por muerte de Juan de Escalante, y llevó en su compañía a

Pedro de Ircio, aquel de quien cuenta el cronista Gómara que iba a poblar a Pánuco. Y entonces el Pedro de Ircio fue a la villa; y tomó tanta amistad Gonzalo de Sandoval con él, porque el Pedro de Ircio, como había sido mozo de espuelas en la casa del conde de Ureña y de don Pedro Girón, siempre contaba lo que les había acontecido: y como el Gonzalo de Sandoval era de buena voluntad y no nada malicioso, y le contaba aquellos cuentos, tomó amistad con él, como dicho tengo, y siempre le hizo subir hasta ser capitán; y si en este tiempo de ahora fuera, algunas palabras mal dichas decía el Pedro de Ircio en lugar de gracias, que se las reprendía harto Gonzalo de Sandoval, que le castigarían por ellas por el santo oficio. Dejemos de contar vidas ajenas, y volvamos a Gonzalo de Sandoval, que llegó a la Villa Rica, y luego envió preso a México con indios que lo guardasen a Alonso de Grado, porque así se lo mandó Cortés; y todos los vecinos querían mucho a Gonzalo de Sandoval, porque a los que halló que estaban enfermos los proveyó de comida lo mejor que podía y les mostró mucho amor, y a los pueblos de paz tenía en mucha justicia y los favorecía en todo lo que se les ofrecía, y en la fortaleza comenzó a enmaderar y tejar, y hacía todas las cosas como conviene hacer todo lo que los buenos capitanes son obligados; y fue harto provechoso a Cortés y a todos nosotros, como adelante verán en su tiempo e sazón. Dejemos a Sandoval en la Villa Rica, y volvamos a Alonso de Grado, que llegó preso a México, y quería ir a hablar a Cortés, y no le consintió que apareciese delante de él, antes le mandó echar preso en un cepo de madera que entonces hicieron nuevamente. Acuérdome que olía la madera de aquel cepo como a sabor de ajos y cebollas, y estuvo preso dos días. Y como el Alonso de Grado era muy plático y hombre de muchos medios, hizo grandes ofrecimientos a

Cortés que le sería muy servidor, y luego le soltó; y aun desde allí adelante vi que siempre privaba con Cortés, mas no para que le diese cargos de cosas de guerra, sino conforme a su condición; y aun el tiempo andando le dio la contaduría que solía tener Alonso de Ávila, porque en aquel tiempo envió al mismo Alonso de Ávila a la isla de Santo Domingo por procurador, según adelante diré en su coyuntura. No quiero dejar de traer aquí a la memoria cómo cuando Cortés envió a Gonzalo de Sandoval a la Villa Rica por teniente y capitán y alguacil mayor, le mandó que así como llegase le enviase dos herreros con todos sus aderezos de fuelles y herramientas, y mucho hierro de los navíos que dimos al través, y las dos cadenas grandes de hierro, que estaban ya hechas, y que enviase velas y jarcias y pez y estopa y una aguja de marear, y todo otro cualquier aparejo para hacer dos bergantines para andar en la laguna de México; lo cual luego se lo envió el Sandoval muy cumplidamente, según y de la manera que lo mandó.

Capítulo XCVII

Cómo estando el gran Moctezuma preso, siempre Cortés y todos nuestros soldados le festejábamos y regocijábamos, y aun se le dio licencia para ir a sus cues

Como nuestro capitán en todo era muy diligente, y vio que el Moctezuma estaba preso, y por temor no se congojase con estar encerrado y detenido, procuraba cada día, después de haber rezado, que entonces no teníamos vino para decir misa, de irle a tener palacio, e iban con él cuatro capitanes, especialmente Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León y Diego de Ordás, y preguntaban al Moctezuma con mucha cortesía, y que mirase lo que mandaba, que todo se haría, y que no tuviese congoja de su prisión; y le respondía que antes se holgaba de estar preso, y esto por que nuestros dioses nos daban poder para ello, o su Huichilobos lo permitía; y de plática en plática le dieron a entender por medio del fraile más por extenso las cosas de nuestra santa fe y el gran poder del emperador nuestro señor; y aun algunas veces jugaba el Moctezuma con Cortés al totoloque, que es un juego que ellos así le llaman, con unos bodoquillos chicos muy lisos que tenían hechos de oro para aquel juego, y tiraban con aquellos bodoquillos algo lejos a unos tejuelos que también eran de oro, e a cinco rayas ganaban o perdían ciertas piezas e joyas ricas que ponían. Acuérdome que tanteaba a Cortés Pedro de Alvarado, e al gran Moctezuma un sobrino suyo, gran señor; y el Pedro de Alvarado siempre tanteaba una raya de más de las que había Cortés, y el Moctezuma, como lo vio, decía con gracia y risa que no quería que le tantease a Cortés el Tonatio, que así llamaban al Pedro de Alvarado; porque hacía mucho ixixiol en lo que tanteaba, que quiere

decir en su lengua que mentía, que echaba siempre una raya de más; y Cortés y todos nosotros los soldados que aquella sazón hacíamos guarda no podíamos estar de risa por lo que dijo el gran Moctezuma. Dirían ahora que por qué nos reímos de aquella palabra: es porque el Pedro de Alvarado, puesto que era de gentil cuerpo y buena manera, era vicioso en el hablar demasiado, y como le conocimos su condición, por esto nos reímos tanto. E volvamos al juego: y si ganaba Cortés, daba las joyas a aquellos sus sobrinos y privados del Moctezuma que le servían; y si ganaba Moctezuma nos lo repartía a los soldados que le hacíamos guarda; y aun no contento por lo que nos daba del juego, no dejaba cada día de darnos presentes de oro y ropa, así a nosotros como al capitán de la guarda, que entonces era Juan Velázquez de León, y en todo se mostraba Juan Velázquez grande amigo e servidor de Moctezuma. También me acuerdo que era de la vela un soldado muy alto de cuerpo y bien dispuesto y de muy grandes fuerzas, que se decía fulano de Trujillo, y era hombre de la mar, y cuando le cabía el cuarto de la noche de la vela, era tan mal mirado, que hablando aquí con acato de los señores leyentes, daba unos traques, que le oyó el Moctezuma; e como era un rey destas tierras y tan valeroso, túvolo a mala crianza y desacato, que en parte que él lo oyose se hiciese tal cosa, sin tener respeto a su persona; y preguntó a su paje Orteguilla que quién era aquel mal criado e sucio, e dijo que era hombre que solía andar en la mar e que no sabe de policía e buena crianza, y también le dio a entender de la calidad de cada uno de los soldados que allí estábamos, cuál era caballero y cuál no, y le decía a la continua muchas cosas que el Moctezuma deseaba saber. Y volvamos a nuestro soldado Trujillo, que desque fue de día Moctezuma lo mandó llamar, y le dijo que por qué era de aquella condición, que sin tener miramiento a su persona,

no tenía aquel acato debido; que le rogaba que otra vez no lo hiciese; y mandóle dar una joya de oro que pesaba cien pesos: y al Trujillo no se le dio nada por lo que dijo, y otra noche adrede tiró otro traque, creyendo que le daría otra cosa; y el Moctezuma lo hizo saber a Juan Velázquez, capitán de la guarda, y mandó luego el capitán quitar a Trujillo que no velase más, y con palabras ásperas le reprendieron. También acaeció que otro soldado que se decía Pedro López, gran ballestero, y era hombre que no se le entendía mucho, y era bien dispuesto y velaba al Moctezuma, y sobre si era hora de tomar el cuarto o no tuvo palabras con un cuadrillero, y dijo: «Oh pesia tal con este perro, que por velarle a la continua estoy muy malo del estómago, para me morir»; y el Moctezuma oyó aquella palabra y pesóle en el alma, y cuando vino Cortés a tenerle palacio lo alcanzó a saber, y tomó tanto enojo de ello, que al Pedro López, con ser muy buen soldado, le mandó azotar dentro en nuestros aposentos; y desde allí adelante todos los soldados a quien cabía la vela, con mucho silencio y crianza estaban velando: puesto que no había menester mandarlo a mí, ni a otros soldados de nosotros que le velábamos, sobre este buen comedimiento que con aqueste gran cacique habíamos de tener; y él bien conocía a todos, y sabía nuestros nombres y aun cualidades; y era tan bueno, que a todos nos daba joyas, a todos mantas e indias hermosas. Y como en aquel tiempo era yo mancebo, y siempre que estaba en su guarda o pasaba delante dél con muy grande acato le quitaba mi bonete de armas, y aun le había dicho el paje Orteguilla que vine dos veces a descubrir esta Nueva-España primero que Cortés, e yo le había hablado al Orteguilla que le quería demandar a Moctezuma que me hiciese merced de una india hermosa; y como lo supo el Moctezuma, me mandó llamar y me dijo: «Bernal Díaz del

Castillo, hanme dicho que tenéis motolínea de oro y ropa; yo os mandaré dar hoy una buena moza; tratadla muy bien, que es hija de hombre principal; y también os darán oro y mantas». Yo le respondí con mucho acato que le besaba las manos por tan gran merced y que Dios nuestro señor le prosperase; y parece ser preguntó al paje que qué había respondido, y le declaró la respuesta; y díjole el Moctezuma: «De noble condición me parece Bernal Díaz»; porque a todos nos sabía nos nombres, como tengo dicho; e me mandó dar tres tejuelos de oro e dos cargas de mantas. Dejemos de hablar de esto, y digamos cómo por la mañana, cuando hacía sus oraciones y sacrificios a los ídolos, almorzaba poca cosa, e no era carne, sino ají, y estaba ocupado una hora en oír pleitos de muchas partes, de caciques que a él venían de lejas tierras. Ya he dicho otra vez en el capítulo que de ello habla, de la manera que entraban a negociar y el acato que le tenían, y cómo siempre estaban en su compañía en aquel tiempo para despachar negocios veinte hombres ancianos, que eran jueces; y porque está ya referido, no lo torno a referir; y entonces alcanzamos a saber que las muchas mujeres que tenía por amigas, casaba dellas con sus capitanes o personas principales muy privados, y aun dellas dió a nuestros soldados (y la que me dio a mí era una señora dellas, y bien se pareció en ella, que se dijo doña Francisca); y así se pasaba la vida, unas veces riendo y otras veces pensando en su prisión. Quiero aquí decir, puesto que no vaya a propósito de nuestra relación, porque me lo han preguntado algunas personas curiosas, que cómo, porque solamente el soldado por mí nombrado llamó perro al Moctezuma, aun no en su presencia, le mandó Cortés azotar, siendo tan pocos soldados como éramos, y que los indios tuviesen noticia dello. A esto digo que en aquel tiempo todos

nosotros, y aun el mismo Cortés, cuando pasábamos delante del gran Moctezuma le hacíamos reverencia con los bonetes de armas, que siempre traíamos quitados, y él era tan bueno y tan bien mirado, que a todos nos hacía mucha honra; que, demás de ser rey desta Nueva-España, su persona y condición lo merecía. Y demás de todo esto, si bien se considera la cosa en que estaban nuestras vidas, sino en solamente mandar a sus vasallos le sacasen de la prisión y darnos luego guerra, que en ver su presencia y real franqueza lo hicieran. Y como veíamos que tenía a la continua consigo muchos señores que le acompañaban, y venían de lejas tierras otros muchos más señores, y el gran palacio que le hacían y el gran número de gente que a la continua daba de comer y beber, ni más ni menos que cuando estaba sin prisión; todo esto considerándolo Cortés, hubo mucho enojo cuando lo supo que tal palabra le dijese, y como estaba airado dello, de repente le mandó castigar como dicho tengo; y fue bien empleado en él. Pasemos adelante y digamos que en aquel instante llegaron de la Villa-Rica indios cargados con las cadenas de hierro gruesas que Cortés había mandado hacer a los herreros. También trajeron todas las cosas pertenecientes para los bergantines, como dicho tengo; y así como fue traído se lo hizo saber al gran Moctezuma. Y dejarlo he aquí y diré lo que sobre ello pasó.

Capítulo XCVIII

Cómo Cortés mandó hacer dos bergantines de mucho sostén e veleros para andar en la laguna; y cómo el gran Moctezuma dijo a Cortés que le diese licencia para ir a hacer oración a sus templos, y lo que Cortés le dijo, y como te dio licencia

Pues como hubo llegado el aderezo necesario para hacer los bergantines, luego Cortés se lo fue a decir y a hacer saber a Moctezuma, que quería hacer dos navíos chicos para se andar holgando en la laguna; que mandase a sus carpinteros que fuesen a cortar la madera, y que irían con ellos nuestros maestros de hacer navíos, que se decían Martín López y un Alonso Núñez; y como la madera de roble está obra de cuatro leguas de allí, presto fue traída y dado el gálibo della; y como había muchos carpinteros de los indios, fueron de presto hechos y calafateados y breados, y puestas sus jarcias y velas a su tamaño y medida, y una tolda a cada uno; y salieron tan buenos y veleros como si estuvieran un mes en tomar los gálibos, porque el Martín López era muy extremado maestro, y éste fue el que hizo los trece bergantines para ayudar a ganar a México, como adelante diré, e fue un buen soldado para la guerra. Dejemos aparte esto, e diré cómo el Moctezuma dijo a Cortés que quería salir e ir a sus templos a hacer sacrificios e cumplir sus devociones, así para lo que a sus dioses era obligado como para que conozcan sus capitanes e principales, especial ciertos sobrinos suyos que cada día le vienen a decir le quieren soltar y darnos guerra, y que él les da por respuesta que él se huelga de estar con nosotros: porque crean que es como se lo han dicho, porque así se lo mandó su dios Huichilobos, como ya otra vez se lo ha hecho creer. Y cuanto a la licencia que le demandaba, Cortés le dijo que

mirase que no hiciese cosa con que perdiese la vida, y que para ver si había algún descomedimiento, o mandaba a sus capitanes o papas que le soltasen o nos diesen guerra, que para aquel efecto enviaba capitanes e soldados para que luego le matasen a estocadas en sintiendo alguna novedad de su persona; y que vaya mucho en buena hora, y que no sacrificase ningunas personas, que era gran pecado contra nuestro Dios verdadero, que es el que le hemos predicado, y que allí estaban nuestros altares e la imagen de nuestra señora, ante quien podría hacer oración sin ir a su templo.

Y el Moctezuma dijo que no sacrificaría ánima ninguna, e fue en sus muy ricas andas acompañado de grandes caciques con gran pompa, como solía, y llevaba delante sus insignias, que era como vara o bastón, que era la señal que iba allí su persona real, como hacen a los visorreyes desta Nueva-España; e con él iban para guardarle cuatro de nuestros capitanes, que se decían Juan Velázquez de León y Pedro de Alvarado e Alonso de Ávila y Francisco de Lugo, con ciento cincuenta soldados, e también iban con nosotros el padre de la Merced, para le retraer el sacrificio si le hiciese de hombres; e yendo como íbamos al cu de Huichilobos, ya que llegábamos cerca del maldito templo mandó que le sacasen de las andas, e fue arrimado a hombros de sus sobrinos y de otros caciques hasta que llegó al templo. Ya he dicho otras veces que por las calles por donde iba su persona todos los principales habían de llevar los ojos puestos en el suelo y no le miraban a la cara; y llegado a las gradas del adoratorio, estaban muchos papas aguardando para le ayudar a subir de los brazos, e ya le tenían sacrificados desde la noche anterior cuatro indios; y por más que nuestro capitán le decía, y se lo retraía el fraile de la Merced, no aprovechaba cosa ninguna, sino que había

de matar hombres y muchachos para sacrificar; y no podíamos en aquella sazón hacer otra cosa sino disimular con él porque estaba muy revuelto México y otras grandes ciudades con los sobrinos de Moctezuma, como delante diré; y cuando hubo hecho sus sacrificios, porque no tardó mucho en hacerlos, nos volvimos con él a nuestros aposentos; y estaba muy alegre, y a los soldados que con él fuimos luego nos hizo merced de joyas de oro. Dejémoslo aquí, y diré lo que más pasó.

Capítulo XCIX

Cómo echamos los dos bergantines al agua, y cómo el gran Moctezuma dijo que quería ir a cazar; y fue en los bergantines hasta un peñol donde había muchos venados y caza; que no entraba a cazar en él persona ninguna, con grave pena

Como los dos bergantines fueron acabados de hacer y echados al agua, y puestos y aderezados con sus jarcias y mástiles, con sus banderas reales e imperiales, y apercibidos hombres de la mar para los marear, fueron en ellos al remo y vela, y eran muy buenos veleros. Y como Moctezuma lo supo, dijo a Cortés que quería ir a caza en la laguna a un peñol que estaba acotado, que no osaban entrar en él a montear por muy principales que fuesen, so pena de muerte; y Cortés le dijo que fuese mucho en buen hora, y que mirase lo que de antes le había dicho cuando fue a sus ídolos, que no era más su vida de revolver alguna cosa, y que en aquellos bergantines iría, que era mejor navegación ir en ellos que en sus canoas y piraguas, por grandes que sean; y el Moctezuma se holgó de ir en el bergantín más velero y metió consigo muchos señores y principales, y el otro bergantín fue lleno de caciques y un hijo de Moctezuma, y apercibió sus monteros que fuesen en canoas y piraguas. Cortés mandó a Juan Velázquez de León, que era capitán de la guarda, y a Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olí fuese con él, y Alonso de Ávila con doscientos soldados, que llevasen gran advertencia del cargo que les daba, y mirasen por el gran Moctezuma; y como todos estos capitanes que he nombrado eran de sangre en el ojo, metieron todos los soldados que he dicho, y cuatro tiros de bronce con toda la pólvora que había, con nuestros artilleros, que se decían Mesa y Arvenga, y se hizo un toldo muy emparamentado,

según el tiempo; y allí entró Moctezuma con sus principales; y como en aquella sazón hizo el viento muy fresco, y los marineros se holgaban de contentar y agradar a Moctezuma, mareaban las velas de arte que iban volando, y las canoas en que iban sus monteros y principales quedaban atrás, por muchos remeros que llevaban. Holgábase el Moctezuma y decía que eran gran maestría la de las velas y remos todo junto; y llegó el peñol, que no era muy lejos, y mató toda la caza que quiso de venados y liebres y conejos, y volvió muy contento a la ciudad. Y cuando llegábamos cerca de México mandó Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León y los demás capitanes que disparasen el artillería, de que se holgó mucho Moctezuma, que, como le veíamos tan franco y bueno, le teníamos en el acato que se tienen los reyes destas partes, y él nos hacía lo mismo. Y si hubiese de contar las cosas y condición que él tenía de gran señor, y el acato y servicio que todos los señores de la Nueva-España y de otras provincias le hacían, es para nunca acabar, porque cosa ninguna que mandaba que le trajesen, aunque fuese volando, que luego no le era traído; y esto dígolo porque un día estábamos tres de nuestros capitanes y ciertos soldados con el gran Moctezuma, y acaso abatióse un gavilán en unas salas como corredores por una codorniz; que cerca de las casas y palacios donde estaba el Moctezuma preso, estaban unas palomas y codornices mansas, porque por grandeza las tenía allí para criar el indio mayordomo que tenía cargo de barrer los aposentos; y como el gavilán se abatió y llevó presa, viéronlo nuestros capitanes, y dijo uno dellos, que se decía Francisco de Acevedo «el pulido», que fue maestresala del almirante de Castilla: «¡Oh qué lindo gavilán, y qué presa hizo, y tan buen vuelo tiene!». Y respondimos los demás soldados que era muy bueno, y que había en estas tierras muchas buenas

aves de caza de volatería; y el Moctezuma estuvo mirando en lo que hablábamos, y preguntó a su paje Orteguilla sobre la plática, y le respondió que decíamos aquellos capitanes que el gavilán que entró a cazar era muy bueno, e que si tuviésemos otro como aquel que le mostrarían a venir a la mano, y que en el campo le echarían a cualquier ave, aunque fuese algo grande, y la mataría. Entonces dijo el Moctezuma: «Pues yo mandaré ahora que tomen aquel mismo gavilán, y veremos si lo amansan y cazan con él». Todos nosotros los que allí nos hallamos le quitamos las gorras de armas por la merced; y luego mandó llamar sus cazadores de volatería, y les dijo que le trajesen el mismo gavilán; y tal maña se dieron en le tomar, que a horas del Ave-María vienen con el mismo gavilán, y le dieron a Francisco de Saucedo, y le mostró al señuelo; y porque luego se nos ofrecieron cosas en que iba más que la caza, se dejará aquí de hablar de ello. Y helo dicho porque era tan gran príncipe, que no solamente le traían tributos de todas las más partes de la Nueva-España, y señoreaba tantas tierras, y en todas bien obedecido, que aun estando preso, sus vasallos temblaban de él, que hasta las aves que vuelan por el aire hacía tomar. Dejemos esto aparte, y digamos cómo la adversa fortuna vuelve de cuando en cuando su rueda. En aqueste tiempo tenían convocado entre los sobrinos y deudos del gran Moctezuma a otros muchos caciques y a toda la tierra para darnos guerra y soltar al Moctezuma, y alzarse algunos dellos por reyes de México; lo cual diré adelante.

Capítulo C

Cómo los sobrinos del grande Moctezuma andaban convocando e trayendo a sí las voluntades de otros señores para venir a México a sacar de la prisión al gran Moctezuma y echarnos de la ciudad

Como el Cacamatzin, señor de la ciudad de Tezcuco, que después de México era la mayor y más principal ciudad que hay en la Nueva-España, entendió que había muchos días que estaba preso su tío Moctezuma, e que en todo lo que nosotros podíamos nos íbamos señoreando, y aun alcanzó a saber que habíamos abierto la casa donde estaba el gran tesoro de su abuelo Axayaca, y que no habíamos tomado cosa ninguna dello; e antes que lo tomásemos acordó de convocar a todos los señores de Tezcuco, sus vasallos, e al señor de Cuyoacán, que era su primo, y sobrino del Moctezuma, e al señor de Tacuba e al señor de Iztapalapa, e a otro cacique muy grande, señor de Matalcingo, que era pariente muy cercano de Moctezuma, y aun decían que le venía de derecho el reino y señorío de México, y este cacique era muy valiente por su persona entre los indios; pues andando concertando con ellos y con otros señores mexicanos que para tal día viniesen con todos sus poderes y nos diesen guerra, parece ser que el cacique que he dicho que era valiente por su persona, que no le sé el nombre, dijo que si le daban a él el señorío de México, pues venía de derecho, que él con toda su parentela, y los de una provincia que se dice Matalcingo, serían los primeros que vendrían con sus armas a nos echar de México, o no quedaría ninguno de nosotros a vida. Y el Cacamatzin parece ser respondió que a él le venía el cacicazgo y él había de ser rey, pues era sobrino de Moctezuma, y que si no quería venir, que sin él ni su gente haría la guerra. Por

manera que ya tenía el Cacamatzin apercibidos los pueblos y señores por mí ya nombrados, y tenía concertado que para tal día viniesen sobre México, e con los señores que dentro estaban de su parte les darían lugar a la entrada; e andando en estos tratos, lo supo muy bien el Moctezuma por la parte de su gran deudo, que no quiso conceder en lo que Cacamatzin quería; y para mejor lo saber envió Moctezuma a llamar todos sus caciques y principales de aquella ciudad, y le dijeron cómo el Cacamatzin los andaba convocando a todos con palabras e dádivas para que le ayudasen a darnos guerra y soltar al tío. Y como Moctezuma era cuerdo y no quería ver su ciudad puesta en armas ni alborotos, se lo dijo a Cortés según y de la manera que pasaba, el cual alboroto sabía muy bien nuestro capitán y todos nosotros, mas no tan por entero como se lo dijo. Y el consejo que sobre ello tomó era, que nos diese de su gente mexicana e iríamos sobre Tezcuco, y que le prenderíamos o destruiríamos aquella ciudad e sus comarcas. E el Moctezuma no le cuadró este consejo; por manera que Cortés le envió a decir al Cacamatzin que se quitase de andar revolviendo guerra, que será causa de su perdición, e que le quiere tener por amigo, e que en todo lo que hubiese menester de su persona lo hará por él, e otros muchos cumplimientos. E como el Cacamatzin era mancebo, y halló otros muchos de su parecer que le acudirían en la guerra, envió a decir a Cortés que ya había entendido sus palabras de halagos, que no las quería más oír, sino cuando le viese venir, que entonces le hablaría lo que quisiese. Tornó otra vez Cortés a le enviar a decir que mirase que no hiciese deservicio a nuestro rey y señor, que lo pagaría su persona y le quitaría la vida por ello; y respondió que ni conocía a rey, ni quisiera haber conocido a Cortés, que con palabras blandas prendió a su tío. Como envió aquella respuesta, nuestro capitán rogó a

Moctezuma, pues era tan gran señor, y dentro en Tezcuco tenía grandes caciques y parientes por capitanes, y no estaban bien con el Cacamatzin, por ser muy soberbio y malquisto; y pues allí en México con Moctezuma estaba un hermano del mismo Cacamatzin, mancebo de buena disposición, que estaba huido del propio hermano porque no le matase, que después del Cacamatzin heredaba el reino de Tezcuco; que tuviese manera y concierto con todos los de Tezcuco que prendiesen al Cacamatzin, o que secretamente le enviase a llamar, y que si viniese, que le echase mano y le tuviese en su poder hasta que estuviese más sosegado; y que pues que aquel su sobrino estaba en su casa huido por temor del hermano, y le sirve, que le alce luego por señor, y le quite el señorío al Cacamatzin, que está en su deservicio y anda revolviendo todas las ciudades y caciques de la tierra por señorear su ciudad e reino. Y el Moctezuma dijo que le enviaría luego a llamar; mas que sentía dél que no querría venir, y que si no viniese, que se tendría concierto con sus capitanes y parientes que le prendan; y Cortés le dio muchas gracias por ello, y aun le dijo: «Señor Moctezuma, bien podéis creer que si os queréis ir a vuestros palacios, que en vuestra mano está; que desde que tengo entendido que me tenéis buena voluntad e yo os quiero tanto, que no fuera yo de tal condición, que luego no os fuera acompañando para que os fuerais con toda vuestra caballería a vuestros palacios; y si lo he dejado de hacer, es por estos mis capitanes que os fueron a Prender, porque no quieren que os suelte, y porque vuestra merced dice que quiere estar preso por excusar las revueltas que vuestros sobrinos traen por haber en su poder esta ciudad e quitaros el mando»; y el Moctezuma dijo que se lo tenía en merced, y como iba entendiendo las palabras halagüeñas de Cortés e veía que lo decía, no por soltarle, sino probar su voluntad, y también

Orteguilla, su paje, se lo había dicho a Moctezuma, que nuestros capitanes eran los que le aconsejaron que le prendiese, e que no creyese a Cortés, que sin ellos no le soltaría. Dijo el Moctezuma a Cortés que muy bien estaba preso hasta ver en qué paraban los tratos de sus sobrinos, y que luego quería enviar mensajeros a Cacamatzin rogándole que viniese ante él, que le quería hablar en amistades entre él y nosotros; y le envió a decir que de su prisión que no tenga él cuidado, que si se quisiese soltar, que muchos tiempos ha tenido para ello, y que Malinche le ha dicho dos veces que se vaya a sus palacios, y que él no quiere, por cumplir el mandado de sus dioses, que le han dicho que se esté preso, y que si no lo está, luego será muerto; y que esto que lo sabe muchos días ha de los papas que están en servicio de los ídolos; y que a esta causa será bien que tenga amistad con Malinche y sus hermanos. Y estas mismas palabras envió Moctezuma a decir a los capitanes de Tezcuco, cómo enviaba a llamar a su sobrino para hacer las amistades, y que mirase no le trastornase su seso aquel mancebo, para tomar armas contra nosotros. Y dejemos esta plática, que muy bien la entendió el Cacamatzin: y sus principales entraron en consejo sobre lo que harían, y el Cacamatzin comenzó a bravear y que nos había de matar dentro de cuatro días, e que al tío, que era una gallina, por no darnos guerra cuando se lo aconsejaba al abajar la sierra de Chalco cuando tuvo allí buen aparejo con sus guarniciones, y que nos metió él por su persona en su ciudad, como si tuviera conocido que íbamos para hacerle algún bien; y que cuanto oro le han traído de sus tributos nos daba, y que le habíamos escalado y abierto la casa donde está el tesoro de su abuelo Axayaca y que sobre todo esto le teníamos preso, e que ya le andábamos diciendo que quitasen los ídolos del gran Huichilobos, e que

queríamos poner los nuestros; e que porque esto no viniese más mal, y para castigar tales cosas e injurias, que les rogaba que le ayudasen, pues todo lo que ha dicho han visto por sus ojos, y cómo quemamos los mismos capitanes del Moctezuma, y que ya no se puede compadecer otra cosa sino que todos juntos a una nos diesen guerra; y allí les prometió el Cacamatzin que si quedaba con el señorío de México que les había de hacer grandes señores, y también les dio muchas joyas de oro y les dijo que ya tenía concertado con sus primos, los señores de Cuyoacan y de Iztapalapa y de Tacuba y otros deudos, que le ayudarían, e que en México tenía de su parte otras personas principales, que le darían entrada e ayuda a cualquiera hora que quisiese, y que unos por las calzadas, y todos los más en sus piraguas y canoas chicas por la laguna, podrían entrar, sin tener contrarios que se lo defendiesen, pues su tío estaba preso; y que no tuviesen miedo de nosotros, pues saben que pocos días habían pasado que en lo de Almería los mismos capitanes de su tío habían muerto muchos teules y un caballo, lo cual bien vieron la cabeza de un teule y el cuerpo del caballo; e que en una hora nos despacharían, e con nuestros cuerpos harían buenas fiestas y hartazgos. Y como hubo hecho aquel razonamiento, dicen miraban unos capitanes a otros para que hablasen los que solían hablar primero en cosas de guerra, e que cuatro o cinco capitanes le dijeron que ¿cómo habían de ir sin licencia de su gran señor Moctezuma y dar guerra en su propia casa y ciudad? Y que se lo envíen primero a hacer saber, e que si es consentidor, que irán con él de muy buena voluntad, e que de otra manera, que no le quieren ser traidores. Y pareció ser que el Cacamatzin se enojó con los capitanes que le dieron aquella respuesta, y mandó echar presos tres dellos; y como había allí en el consejo y junta que tenían otros sus

deudos y ganosos de bullicios, dijeron que le ayudarían hasta morir. E acordó de enviar a decir a su tío el gran Moctezuma que había de tener empacho enviarle a decir que venga a tener amistad con quien tanto mal y deshonra le ha hecho, teniéndole preso; e que no es posible sino que nosotros éramos hechiceros y con hechizos le teníamos quitado su gran corazón y fuerza, o que nuestros dioses y la gran mujer de Castilla que les dijimos que era nuestra abogada nos da aquel gran poder para hacer lo que hacíamos; e en esto que dijo a la postre no lo erraba, que ciertamente la gran misericordia de Dios y su bendita madre nuestra señora nos ayudaba. Y volvamos a nuestra plática, que en lo que se resumió, fue enviar a decir que él venía a pesar nuestro y de su tío a nos hablar y matar; y cuando el gran Moctezuma oyó aquella respuesta tan desvergonzada, recibió mucho enojo, y luego en aquella hora envió a llamar seis de sus capitanes de mucha cuenta, y les dio su sello, y aun les dio ciertas joyas de oro, y les mandó que luego fuesen a Tezcuco y que mostrasen secretamente aquel su sello a ciertos capitanes y parientes, que estaban muy mal con el Cacamatzin por ser muy soberbio, a que tuviesen tal orden y manera, que a él y a los que eran en su consejo los prendiesen y que luego se los trajesen delante. Y como fueron aquellos capitanes, y en Tezcuco entendieron lo que el Moctezuma mandaba, y el Cacamatzin era malquisto, en sus propios palacios le prendieron, que estaba platicando con aquellos sus confederados en cosas de la guerra, y también trajeron otros cinco presos con él. E como aquella ciudad está poblada junto a la gran laguna, aderezan una gran piragua con sus toldos y les meten en ella, y con gran copia de remeros los traen a México, y cuando hubo desembarcado le meten en sus ricas andas, como rey que era, y con gran acato le llevan ante Moctezuma; y parece ser

estuvo hablando con su tío, y desvergonzósele más de lo que antes estaba, y supo Moctezuma de los conciertos en que andaba, que era alzarse por señor; lo cual alcanzó a saber más por entero de los demás prisioneros que le trajeron, y si enojado estaba de antes del sobrino, muy más lo estuvo entonces. Y luego se lo envió a nuestro capitán para que lo echase preso, y a los demás prisioneros mandó soltar; e luego Cortés fué a los palacios e al aposento de Moctezuma y le dio las gracias por tan gran merced; y se dio orden que se alzase por rey de Tezcuco al mancebo que estaba en su compañía del Moctezuma, que también era su sobrino, hermano del Cacamatzin, que ya he dicho que por su temor estaba allí retraído al favor del tío porque no le matase, que era también heredero muy propincuo del reino de Tezcuco; y para lo hacer solemnemente y con acuerdo de toda la ciudad, mandó Moctezuma que viniesen ante él los más principales de toda aquella provincia, y después de muy bien platicada la cosa, le alzaron por rey y señor de aquella gran ciudad, y se llamó don Carlos. Ya todo esto hecho, como los caciques y reyezuelos sobrinos del gran Moctezuma, que eran el señor de Cuyoacan y el señor de Iztapalapa y el de Tacuba, vieron e oyeron las prisiones del Cacamatzin, y supieron que el Gran Moctezuma había sabido que ellos estaban en la conjuración para quitarle su reino y dárselo a Cacamatzin, temieron y no le venían a ver ni a hacer palacio como solían; e con acuerdo de Cortés, que le convocó e atrajo al Moctezuma para que los mandase prender, en ocho días todos estuvieron presos en la cadena gorda, que no poco se holgó nuestro capitán y todos nosotros. Miren los curiosos lectores en lo que andaban nuestras vidas, tratando de nos matar cada día y comer nuestras carnes, si la gran misericordia de Dios, que siempre era con nosotros, no nos socorría; e aquel buen Moctezuma

a todas nuestras cosas daba buen corte; e miren qué gran señor era, que estando preso así era tan obedecido. Pues ya todo apaciguado e aquellos señores presos, siempre nuestro Cortés con otros capitanes y el fraile de la Merced, estaban teniéndole palacio, e en todo lo que podían le daban mucho placer, y burlaban, no de manera de desacato, que digo que no se sentaban Cortés ni ningún capitán hasta que el Moctezuma les mandaba dar sus asentaderos ricos y les mandaba asentar; y en esto era tan bien mirado, que todos le queríamos con gran amor, porque verdaderamente era gran señor en todas las cosas que le veíamos hacer. Y volviendo a nuestra plática, unas veces le daban a entender las cosas tocantes a nuestra santa fe, y se lo decía el fraile con el paje Orteguilla, que parece que le entraban ya algunas buenas razones en el corazón, pues las escuchaba con atención mejor que al principio. También le daban a entender el gran poder del emperador nuestro señor, y cómo le daban vasallaje muchos grandes señores que le obedecían, y de lejas tierras; y decíanle otras muchas cosas que él se holgaba de les oír, y otras veces jugaba Cortés con él al totoloque; y él, como no era nada escaso, nos daba, cada día, cual joyas de oro o mantas. Y dejaré de hablar en ello, y pasaré adelante.

Capítulo CI

Cómo el gran Moctezuma con muchos caciques y principales de la comarca dieron la obediencia a su majestad, y de otras cosas que sobre ello pasaron

Como el capitán Cortés vio que ya estaban presos aquellos reyecillos por mí nombrados, y todas las ciudades pacíficas, dijo a Moctezuma que dos veces le había enviado a decir, antes que entrásemos en México, que quería dar tributo a su majestad, y que pues ya había entendido el gran poder de nuestro rey y señor, e que de muchas tierras le dan parias y tributos, y le son sujetos muy grandes reyes, que será bien que él y todos sus vasallos le den la obediencia, porque ansí se tiene por costumbre, que primero se da la obediencia que den las parias e tributo. Y el Moctezuma dijo que juntaría sus vasallos e hablaría sobre ello; y en diez días se juntaron todos los más caciques de aquella comarca, y no vino aquel cacique pariente muy cercano del Moctezuma, que ya hemos dicho que decían que era muy esforzado; y en la presencia y cuerpo y miembros se le parecía bien: era algo atronado, y en aquella sazón estaba en un pueblo suyo que se decía Tula; y a este cacique, según decían, le venía el reino de México después de Moctezuma. Y como le llamaron, envió a decir que no quería venir ni dar tributo; que aun con lo que tiene de sus provincias no se puede sustentar: de la cual respuesta hubo enojo Moctezuma, y luego envió ciertos capitanes para que le prendiesen; como era gran señor y muy emparentado, tuvo aviso dello y metióse en su provincia, donde no le pudo haber por entonces. Y dejarlo he aquí, y diré que en la plática que tuvo el Moctezuma con todos los caciques de toda la tierra que había enviado a llamar, que después que

les había hecho un parlamento sin estar Cortés ni ninguno de nosotros delante, salvo Orteguilla el paje, dicen que les dijo que mirasen que de muchos años pasados sabían por muy cierto, por lo que sus antepasados les habían dicho, e así lo tiene señalado en sus libros de cosas de memorias, que de donde sale el sol habían de venir gentes que habían de señorear estas tierras, y que se había de acabar en aquella sazón el señorío y reino de los mexicanos; y que él tiene entendido, por lo que sus dioses le han dicho, que somos nosotros; e que se lo han preguntado a su Huichilobos los papas que lo declaren, y sobre ello les hacen sacrificios y no quiere responderles como suele; y lo que más les da a entender el Huichilobos es, que lo que les ha dicho otras veces, aquello da ahora por respuesta, e que no le pregunten más; así, que bien da a entender que demos la obediencia al rey de Castilla, cuyos vasallos dicen estos teules que son; y porque al presente no va nada en ello, y el tiempo andando veremos si tenemos otra mejor respuesta de nuestros dioses, y como viéremos el tiempo, así haremos. Lo que yo os mando y ruego, que todos de buena voluntad al presente se la demos, y contribuyamos con alguna señal de vasallaje, que presto os diré lo que más nos convenga; y porque ahora soy importunado de Malinche a ello, ninguno lo rehúse; e mirad que en dieciocho años que ha que soy vuestro señor, siempre me habéis sido muy leales, e yo os he enriquecido, e ensanchado vuestras tierras, e os he dado mandos e hacienda; e si ahora al presente nuestros dioses permiten que yo esté aquí detenido, no lo estuviera, sino que ya os he dicho muchas veces que mi gran Huichilobos me lo ha mandado. Y desque oyeron este razonamiento, todos dieron por respuesta que harían lo que mandase, y con muchas lágrimas y suspiros, y el Moctezuma mucha más; y luego envió a decir con un principal que para otro día darían la

obediencia y vasallaje a su majestad. Después Moctezuma tornó a hablar con sus caciques sobre el caso, estando Cortés delante, e nuestros capitanes y muchos soldados, y Pedro Fernández, secretario de Cortés; e dieron la obediencia a su majestad, y con mucha tristeza que mostraron; y el Moctezuma no pudo sostener las lágrimas; e queríamoslo tanto e de buenas entrañas, que a nosotros de verle llorar se nos enternecieron los ojos, y soldado hubo que lloraba tanto como Moctezuma: tanto era el amor que le teníamos. Y dejarlo he aquí, y diré que siempre Cortés y el fraile de la Merced, que era bien entendido, estaban en los palacios de Moctezuma por alegrarle, atrayéndole a que dejase sus ídolos; y pasaré adelante.

CAPÍTULO CII

Cómo nuestro Cortés procuró de saber de las minas del oro, y de qué calidad eran, y asimismo en qué ríos estaban, y qué puertos para navíos desde lo de Pánuco hasta lo de Tabasco, especialmente el río grande de Guazacualco, y lo que sobre ello pasó

Estando Cortés e otros capitanes con el gran Moctezuma, teniéndole palacio, entre otras pláticas que le decía con nuestras lenguas doña Marina e Jerónimo de Aguilar e Orteguilla, le preguntó que a qué parte eran las minas y en qué ríos, e cómo y de qué manera cogían el oro que le traían en granos, porque quería enviar a verlo dos de nuestros soldados grandes mineros. Y el Moctezuma dijo que de tres partes, y que donde más oro se solía traer que era de una provincia que se dice Zacatula, que es a la banda del sur, que está de aquella ciudad andadura de diez o doce días, y que lo cogían con unas jícaras, en que lavan la tierra, e que allí quedan unos granos menudos después de lavado; e que ahora al presente se lo traen de otra provincia que se dice Tustepeque, cerca de donde desembarcamos, que es en la banda del norte, e que lo cogen de dos ríos; e que cerca de aquella provincia hay otras buenas minas, en parte que no son sujetos, que se dicen los chinantecas y zapotecas, y que no le obedecen; y que si quiere enviar sus soldados, que él daría principales que vayan con ellos; y Cortés le dio las gracias por ello, y luego despachó un piloto que se decía Gonzalo de Umbría, con otros dos soldados mineros, a lo de Zacatula. Aqueste Gonzalo de Umbría era al que Cortés mandó cortar los pies cuando ahorcó a Pedro Escudero e a Juan Cermeño y azotó los Peñates porque se alzaban en San Juan de Ulúa con el navío, según más largamente lo tengo escrito, en el capítulo que dello habla. Dejemos de contar

más en lo pasado, y digamos cómo fueron con el Umbría, y se les dio de plazo para ir e volver cuarenta días. E por la banda del norte despachó para ver las minas a un capitán que se decía Pizarro, mancebo de hasta veinte y cinco años; y a este Pizarro trataba Cortés como a pariente. En aquel tiempo no había fama del Perú ni se nombraban Pizarros en esta tierra; e con cuatro soldados mineros fue, y llevó de plazo otros cuarenta días para ir e volver, porque había desde México obra de ochenta leguas, e con cuatro principales mexicanos. Ya partidos para ver las minas, como dicho tengo, volvamos a decir cómo le dio el gran Moctezuma a nuestro capitán en un paño de henequén pintados y señalados muy al natural todos los ríos e ancones que había en la costa del norte desde Pánuco, hasta Tabasco, que son obra de ciento cuarenta leguas, y en ellos venía señalado el río de Guazacualco; e como ya sabíamos todos los puertos y ancones que señalaban en el paño que le dio Moctezuma, de cuando veníamos a descubrir con Grijalva, excepto el río de Guazacualco, que dijeron que era muy poderoso y hondo, acordó Cortés de enviar a ver qué era, y para hondar el puerto y la entrada. Y como uno de nuestros capitanes, que se decía Diego de Ordás, otras veces por mí nombrado, era hombre muy entendido y bien esforzado, dijo al capitán que él quería ir a ver aquel río y qué tierras había y qué manera de gente era, y que le diese hombres e indios principales que fuesen con él; y Cortés lo rehusaba, porque era hombre de buenos consejos y quería tenerlo en su compañía; y por no le descomplacer le dio licencia para que fuese; y el gran Moctezuma le dijo al Ordás que en lo de Guazacualco no llegaba su señorío, e que eran muy esforzados, e que parase a ver lo que hacía, y que si algo le aconteciese no le cargasen ni culpasen a él; y que antes de llegar a aquella provincia toparía con sus

guarniciones de gente de guerra, que tenía en frontera, y que si los hubiese menester, que los llevase consigo; y dijo otros muchos cumplimientos. Y Cortés y el Diego de Ordás le dieron las gracias; e así, partió con dos de nuestros soldados y con otros principales que el Moctezuma les dio. Aquí es donde dice el cronista Francisco López de Gómara que iba Juan Velázquez con cien soldados a poblar a Guazacualco, e que Pedro de Ircio había ido a poblar a Pánuco; e porque ya estoy harto de mirar en lo que el cronista va fuera de lo que pasó, lo dejaré de decir, y diré lo que cada uno de los capitanes que nuestro Cortés envió hizo, e vinieron con muestras de oro.

Capítulo CIII

Cómo volvieron los capitanes que nuestro capitán envió a ver las minas e a hondar el puerto e río de Guazacualco

El primero que volvió a la ciudad de México a dar razón de a lo que Cortés los envió, fue Gonzalo de Umbría y sus compañeros, y trajeron obra de trescientos pesos en granos, que sacaron delante de los indios de un pueblo que se dice Zacatula, que, según contaba el Umbría, los caciques de aquella provincia llevaron muchos indios a los ríos, y con unas como bateas chicas lavaban la tierra y cogían el oro, y era de dos ríos; y dijeron que si fuesen buenos mineros, y la lavasen como en la isla de Santo Domingo o como en la isla de Cuba, que serían ricas minas; y asimismo trajeron consigo dos principales que envió aquella provincia, y trajeron un presente de oro hecho en joyas, que valdría doscientos pesos, e a darse e ofrecerse por servidores de su majestad; y Cortés se holgó tanto con el oro como si fueran treinta mil pesos, en saber cierto que había buenas minas; e a los caciques que trajeron el presente les mostró mucho amor y les mandó dar cuentas verdes de Castilla, y con buenas palabras se volvieron a sus tierras muy contentos. Y decía el Umbría que no muy lejos de México había grandes poblaciones y otra provincia que se decía Matalcingo; y a lo que sentimos y vimos, el Umbría y sus compañeros vinieron ricos con mucho oro y bien aprovechados; que a este efecto le envió Cortés para hacer buen amigo de él por lo pasado que dicho tengo, que le mandó cortar los pies. Dejémosle, pues volvió con buen recaudo, y volvamos al capitán Diego de Ordás, que fue a ver el río de Guazacualco, que es sobre ciento y veinte leguas de México; y dijo que pasó por muy grandes pueblos; que allí los nombró, e que todos le hacían

honra; e que en el camino de Guazacualco topó a las guarniciones de Moctezuma que estaban en frontera, e que todas aquellas comarcas se quejaban dellos, así de robos que les hacían, y les tomaban sus mujeres y les demandaban otros tributos. Y el Ordás, con los principales mexicanos que llevaba, reprendió a los capitanes de Moctezuma que tenían cargo de aquellas gentes, y les amenazaron que si más robaban, que se lo harían saber a su señor Moctezuma, y que enviaría por ellos y los castigaría, como hizo a Quetzalpopoca y sus compañeros porque habían robado los pueblos de nuestros amigos; y con estas palabras les metió temor; e luego fué camino de Guazacualco, y no llevó más de un principal mexicano; y cuando el cacique de aquella provincia, que se decía Tochel, suyo que iba, envió sus principales a le recibir, y le mostraron mucha voluntad, porque aquellos de aquella provincia, y todos tenían relación y noticia de nuestras personas, de cuando venimos a descubrir con Juan de Grijalva, según largamente lo he escrito en el capítulo pasado que dello habla; y volvamos ahora a decir que, como los caciques de Guazacualeo entendieron a lo que iba, luego le dieron muchas grandes canoas, y el mismo cacique Tochel, y con él otros muchos principales sondearon la boca del río, e hallaron tres brazas largas, sin la de caída, en lo más bajo; y entrados en el río un poco arriba, podían nadar grandes navíos, e mientras más arriba más hondo. Y junto a un pueblo que en aquella sazón estaba poblado de indios pueden estar carracas; y como el Ordás lo hubo sondeado y se vino con los caciques al pueblo, le dieron ciertas joyas de oro y una india hermosa, y se ofrecieron por servidores de su majestad, y se le quejaron de Moctezuma y de su guarnición de gente de guerra, y que había poco tiempo que tuvieron una batalla con ellos, y que cerca de un pueblo de pocas casas mataron

los de aquella provincia a los mexicanos muchas de sus gentes, y por aquella causa llaman hoy en día, donde aquella guerra pasó, Cuilonemiqui, que en su lengua quiere decir «donde mataron los putos mexicanos»; y el Ordás les dio muchas gracias por la honra que había recibido, y les dio ciertas cuentas de Castilla que llevaba para aquel efecto, y se volvió a México, y fue alegremente recibido de Cortés y de todos nosotros; y decía que era buena tierra para ganados y granjerías, y el puerto a pique para las islas de Cuba y de Santo Domingo y de Jamaica, excepto que era lejos de México y había grandes ciénagas. Y a esta causa nunca tuvimos confianza del puerto para el descargo y trato de México. Dejemos al Ordás, y digamos del capitán Pizarro y sus compañeros, que fueron en lo de Tustepeque a buscar oro y ver las minas, que volvió el Pizarro con un soldado solo a dar cuentas a Cortés, y trajeron sobre mil pesos de granos de oro sacado de las minas, y dijeron que en la provincia de Tustepeque y Malinaltepeque y otros pueblos comarcanos fue a los ríos con mucha gente que le dieron, y cogieron la tercia parte del oro que allí traían, y que fueron en las sierras más arriba a otra provincia que se dice los chinantecas, y como llegaron a su tierra, que salieron muchos indios con armas, que son unas lanzas mayores que las nuestras, y arcos y flechas y pavesinas, y dijeron que ni un indio mexicano no les entrase en su tierra; si no, que los matarían, y que los teules que vayan mucho en buen hora; y así, fueron, y se quedaron los mexicanos que no pasaron adelante; y cuando los caciques de Chinanta entendieron a lo que iban, juntaron copia de sus gentes para lavar oro, y le llevaron a unos ríos, donde cogieron el demás oro que venía por su parte en granos crespillos, porque dijeron los mineros que aquello era de más duraderas minas, como de nacimiento; y también trajo el capitán Pizarro dos

caciques de aquella tierra, que vinieron a ofrecerse por vasallos de su majestad y tener nuestra amistad, y aun trajeron un presente de oro; y todos aquellos caciques a una decían mucho mal de los mexicanos, que eran tan aborrecidos de aquellas provincias por los robos que les harían, que no podían ver, ni aun mentar sus nombres. Cortés recibió bien al Pizarro y a los principales que traía, y tomó el presente que le dieron, y porque ha muchos años Ya pasados, no me acuerdo qué tanto era; y se ofreció con buenas palabras que le ayudaría y sería su amigo de los chinantecas, y les mandó que fuesen a su provincia; y porque no recibiesen algunas molestias en el camino, mandó a dos principales mexicanos que los pusiesen en sus tierras, y que no se quitasen dellos hasta que estuviesen en salvo; y fueron muy contentos. Volvamos a nuestra plática: que preguntó Cortés por los demás soldados que había llevado el Pizarro en su compañía, que se decían Barrientos y Heredia «el viejo» y Escalona «el mozo» y Cervantes «el chocarrero»; y dijo que porque les pareció muy bien aquella tierra y era rica de minas, y los pueblos por donde fuimos muy de paz, les mandó que hiciesen una gran estancia de cacaguatales y maizales y pusiesen muchas aves de la tierra y otras granjerías que había de algodón, y que desde allí fuesen catando todos los ríos y viesen qué minas había. Y puesto que Cortés calló por entonces, no se lo tuvo a bien a su pariente haber salido de su mandado, y supimos que en secreto riñó mucho con él sobre ello, y le dijo que era de poca calidad querer entender en cosas de criar aves e cacaguatales; y luego envió otro soldado que se decía Alonso Luis a llamar los demás que había dejado el Pizarro, y para que luego viniesen llevó un mandamiento; y lo que aquellos soldados hicieron diré adelante en su tiempo y lugar.

CAPÍTULO CIV

Cómo Cortés dijo al gran Moctezuma que mandase a todos los caciques que tributasen a su majestad, pues comúnmente sabían que tenían oro, y lo que sobre ellos se hizo

Pues como el capitán Diego de Ordás y los soldados por mí ya nombrados vinieron con muestras de oro y relación que toda la tierra era rica, Cortés, con consejo del Ordás y de otros capitanes y soldados, acordó de decir y demandar al Moctezuma que todos los caciques y pueblos de la tierra tributasen a su majestad, y que él mismo, como gran señor, también tributase e diese de sus tesoros; y respondió que él enviaría por todos los pueblos a demandar oro, mas que muchos dellos no lo alcanzaban, sino joyas de poca valía que habían habido de sus antepasados; y de presto envió principales a las partes donde había minas, y les mandó que diese cada uno tantos tejuelos de oro fino del tamaño y gordor de otros que le solían tributar, y llevaban para muestras dos tejuelos, y de otras partes no le traían sino joyezuelas de poca valía. También envió a la provincia donde era cacique y señor aquel su pariente muy cercano que no le quería obedecer, que estaba de México obra de doce leguas; y la respuesta que le trajeron los mensajeros fue, que decía que no quería dar ni oro ni obedecer al Moctezuma, y que también él era señor de México y le venía el señorío como al mismo Moctezuma que le enviaba a pedir tributo. Y como esto oyó el Moctezuma, tuvo tanto enojo, que de presto envió su señal y sello y con buenos capitanes para que se lo trajesen preso; y venido a su presencia el pariente, le habló muy desacatadamente y sin ningún temor, o de muy esforzado, o decían que tenía ramos de locura, porque era como atronado; todo lo cual

alcanzó a saber Cortés, y envió a pedir por merced al Moctezuma que se lo diese, que él lo quería guardar: porque, según le dijeron, le había mandado matar el Moctezuma; y traído ante Cortés, le habló muy amorosamente, y que no fuese loco contra su señor, y que lo quería soltar. Y Moctezuma cuando lo supo dijo que no lo soltase, sino que lo echasen en la cadena gorda, como a los otros reyezuelos por mí ya nombrados. Tornemos a decir que en obra de veinte días vinieron todos los principales que Moctezuma había enviado a cobrar los tributos del oro, que dicho tengo. Y así como vinieron, envió a llamar a Cortés y a nuestros capitanes y ciertos soldados que conocía que éramos de guarda, y dijo estas palabras formales, o otras como ellas: «Hágoos saber, señor Malinche y señores capitanes y soldados, que a vuestro gran rey yo le soy en cargo y le tengo buena voluntad, así por señor y tan gran señor; como por haber enviado de tan lejas tierras a saber de mí; y lo que más se me pone en el pensamiento es, que él ha de ser el que nos ha de señorear, según nuestros antepasados nos han dicho, y aun nuestros dioses nos dan a entender por las respuestas que dellos tenemos; toma ese oro que se ha recogido, y por ser de priesa no se trae más; y lo que yo tengo aparejado para el emperador es todo el tesoro que he habido de mi padre, que está en vuestro poder y aposento, que bien sé que luego que aquí vinistes, abristes la casa y lo vistes e miraste todo, y la tornastes a cerrar como de antes estaba; y cuando se lo enviaréis, decidle en vuestros amales y cartas: "Esto os envía vuestro buen vasallo Moctezuma"; y también yo os daré unas piedras muy ricas, que le enviéis en mi nombre, que son chalchihuites, que no son para dar a otras personas, sino para ese vuestro gran emperador, que vale cada una piedra dos cargas de oro. También le quiero enviar tres cerbatanas con sus esqueros y

bodoqueras, que tienen tales obras de pedrería, que se holgará de verlas; y también yo quiero dar lo que tuviere, aunque es poco, porque todo el más oro y joyas que tenía os he dado en veces». Y cuando le oyó Cortés y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Moctezuma, y con mucho acato le quitamos todos las gorras de armas, y le dijimos que se lo teníamos en merced, y con palabras de mucho amor le prometió Cortés que escribiríamos a su majestad de la magnificencia y franqueza del oro que nos dio en su real nombre. Y después que tuvimos otras pláticas de buenos comedimientos, luego en aquella hora envió Moctezuma sus mayordomos para entregar todo el tesoro de oro y riqueza que estaba en aquella sala encalada; y para verlo y quitarlo de sus bordaduras y donde estaba engastado tardamos tres días, y aun para lo quitar y deshacer vinieron los plateros de Moctezuma, de un pueblo que se dice Escapuzalco. Y digo que era tanto, que después de deshecho eran tres montones de oro; y pesado, hubo en ellos sobre seiscientos mil pesos, como adelante diré, sin la plata e otras muchas riquezas. Y no cuento con ello las planchas, y tejuelos de oro y el oro en grano de las minas; y se comenzó a fundir con los plateros indios que dicho tengo, naturales de Escapuzalco, e se hicieron unas barras muy anchas dello, como medida de tres dedos de la mano de anchor de cada una barra. Pues ya fundido y hecho barras, traen otro presente por sí de lo que el gran Moctezuma había dicho que daría, que fue cosa de admiración ver tanto oro y las riquezas de otras joyas que trajo. Pues las piedras chalchihuites, que eran tan ricas algunas dellas, que valían entre los mismos caciques mucha cantidad de oro; pues las tres cerbatanas con sus bodoqueros, los engantes que tenía de piedras y perlas, y las pinturas de pluma e de pajaritos llenos de aljófar, e otras

aves, todo era de gran valor. Dejamos de decir de penachos y plumas y otras muchas cosas ricas, que es para nunca acabar de traerlo aquí a la memoria; digamos ahora cómo se marcó todo el oro que dicho tengo, con una marca de hierro que mandó hacer Cortés, y los oficiales del rey proveídos por Cortés, y de acuerdo de todos nosotros, en nombre de su majestad, hasta que otra cosa mandase; y la marca fue las armas reales como de un real y del tamaño de un tostón de a cuatro; y esto sin las joyas ricas que nos pareció que no eran para deshacer; pues para pesar todas estas barras de oro y plata y las joyas que quedaron por deshacer no teníamos pesas de marcos ni balanza, y pareció a Cortés y a los mismos oficiales de la hacienda de su majestad que sería bien hacer de hierro unas pesas de hasta una arroba, y otras de media arroba, y de dos libras, y de una libra, y de media libra y de cuatro onzas; y esto no para que viniese muy justo, sino media onza más o menos en cada peso que pesaba. Y de cuanto pesó, dijeron los oficiales del rey que había en el oro, así en lo que estaba hecho arrobas como en los granos de las minas y en los tejuelos y joyas, más de seiscientos mil pesos, sin la plata e otras muchas joyas que se dejaron de evaluar; y algunos soldados decían más. Y como ya no había que hacer en ello sino sacar el real quinto y dar a cada capitán y soldado nuestras partes, e a los que quedaban en el puerto de la Villa-Rica también las suyas, parece ser Cortés procuraba de no lo repartir tan presto, hasta que hubiese más oro e hubiese buenas pesas y razón y cuenta de a cómo salían; y todos los más soldados y capitanes dijimos que luego se repartiese, porque habíamos visto que cuando se deshacían las piezas del tesoro de Moctezuma estaba en los montones que he dicho mucho más oro, y que faltaba la tercia parte dello, que lo tomaban y escondían, así por la parte de Cortés

como de los capitanes y otros que no se sabía, y se iba menoscabando; e a poder de muchas pláticas se pesó lo que quedaba y hallaron sobre seiscientos mil pesos, sin las joyas y tejuelos, y para otro día habían de dar las partes. E diré cómo lo repartieron, e todo lo más se quedó con ello el capitán Cortés e otras personas, y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

Capítulo CV

Cómo se repartió el oro que hubimos, así de lo que dio el gran Moctezuma como de lo que se recogió de los pueblos, y de lo que sobre ello acaeció a un soldado

Lo primero se sacó el real quinto, y luego Cortés dijo que le sacasen a él otro quinto como a su majestad, pues se lo prometimos en el arenal cuando le alzamos por capitán general y justicia mayor, como ya lo he dicho en el capítulo que dello habla. Luego tras esto dijo que había hecho cierta costa en la isla de Cuba que gastó en la armada, que lo sacasen de montón; y además desto, que se apartase del mismo montón la costa que había hecho Diego Velázquez en los navíos que dimos al través con ellos, pues todos fuimos en ello; y tras esto, para los procuradores que fueron a Castilla. Y demás desto, para los que quedaron en la Villa-Rica, que eran setenta vecinos, y para el caballo que se le murió y para la yegua de Juan Sedeño, que mataron en lo de Tlascala de una cuchillada; pues para el fraile de la Merced y el clérigo Juan Díaz y los capitanes y los que traían caballos, dobles partes; escopeteros y ballesteros por el consiguiente, e otras sacaliñas; de manera que quedaba muy poco de parte, y por ser tan poco muchos soldados hubo que no lo quisieron recibir; y con todo se quedaba Cortés, pues en aquel tiempo no podíamos hacer otra cosa sino callar, porque demandar justicia sobre ello era por demás; e otros soldados hubo que tomaron sus partes a cien pesos, y daban voces por lo demás; y Cortés secretamente daba a unos y a otros por vía que les hacía merced por contentarlos, y con buenas palabras que les decía, sufrían. Pues vamos a las partes que daban a los de VillaRica, que se lo mandó llevar a Tlascala para que allí se lo guardase; y

como ello fue mal repartido, en tal paró todo, como adelante diré en su tiempo. En aquella sazón muchos de nuestros capitanes mandaron hacer cadenas de oro muy grandes a los plateros del gran Moctezuma, que ya he dicho que tenía un gran pueblo dellos, media legua de México, que se dice Escapuzalco; y asimismo Cortés mandó hacer muchas joyas y gran servicio de vajilla y algunos de nuestros soldados que habían henchido las manos; por manera que ya andaban públicamente muchos tejuelos de oro marcado y por marcar, y joyas de muchas diversidades de hechuras, y el juego largo, con unos naipes que hacían de cuero de atambores, tan buenos e tan bien pintados como los de España; los cuales naipes hacía un Pedro Valenciano, y desta manera estábamos. Dejemos de hablar en el oro y de lo mal que se repartió y peor se gozó, y diré lo que a un soldado que se decía fulano de Cárdenas le acaeció. Parece ser que aquel soldado era piloto y hombre de la mar, natural de Triana y del Condado; el pobre tenía en su tierra mujer e hijos, y como a muchos nos acaece, debería de estar pobre, y vino a buscar la vida para volverse a su mujer e hijos; e como había visto tanta riqueza en oro en planchas y en granos de las minas e tejuelos y barras fundidas, y al repartir dello vio que no le daban sino cien pesos, cayó malo de pensamiento y tristeza; y un su amigo, como le veía cada día tan pensativo y malo, íbale a ver y decíale que de qué estaba de aquella manera y suspiraba tanto; y respondió el piloto Cárdenas: «¡Oh cuerpo de tal conmigo! ¡Yo no he de estar malo viendo que Cortés así se lleva todo el oro, y como rey lleva quinto, y ha sacado para el caballo que se le murió y para los navíos de Diego Velázquez y para otras muchas trancanillas, y que muera mi mujer e hijos de hambre, pudiéndolos socorrer cuando fueron los procuradores con nuestras cartas, y le enviamos todo el oro y plata que

habíamos habido en aquel tiempo!»

Y respondió aquel su amigo: «Pues ¿qué oro teníades vos para les enviar?» Y el Cárdenas dijo: «Si Cortés me diera mi parte de lo que me cabía, con ello se sostuviera mi mujer e hijos, y aun les sobraba; mas mirad qué embuste tuvo hacernos firmar que sirviésemos a su majestad con nuestras partes, y sacar del oro para su padre Martín Cortés seis mil pesos e lo que escondió; y yo y otros pobres que estamos de noche y de día batallando, como habéis visto en las guerras pasadas de Tabasco y Tlascala e lo de Cingapacinga e Cholula, y agora estar en tan grandes peligros como estamos, y cada día la muerte al ojo si se levantasen en esta ciudad: e que se alce con todo el oro e que lleve quinto como rey». E dijo otras palabras sobre ello, y que tal quinto no le habíamos de dejar sacar, ni tener tantos reyes, sino solamente a su majestad. Y replicó su compañero y dijo: «Pues ¿esos cuidados os matan, y ahora veis que todo lo que traen los caciques y Moctezuma se consume en él» uno en papo y otro en saco e otro so el sobaco, «y allá va todo donde quiere Cortés y estos nuestros capitanes, que hasta el bastimento todo lo llevan; por eso dejaos desos pensamientos, y rogad a Dios que en esta ciudad no perdamos las vidas»; y así, cesaron sus pláticas, las cuales alcanzó a saber Cortés; y como le decían que había muchos soldados descontentos por las partes del oro y de lo que habían hurtado del montón, acordó de hacer a todos un parlamento con palabras muy melifluas, y dijo que todo lo que tenía era para nosotros; que él no quería quinto, sino la parte que le cabe de capitán general, y cualquiera que hubiese menester algo que se lo daría; y aquel oro que habíamos habido que era un poco de aire; que mirásemos las grandes ciudades que hay e ricas minas, que todos

seríamos señores dellas, y muy prósperos e ricos; y dijo otras razones muy bien dichas, que las sabía bien proponer. Y demás desto, a ciertos soldados secretamente daba joyas de oro, y a otros hacía grandes promesas, y mandó que los bastimentos que traían los mayordomos de Moctezuma que lo repartiesen entre todos los soldados como a su persona; y además desto, llamó aparte al Cárdenas y con palabras le halagó, y le prometió que en los primeros navíos le enviaría a Castilla a su mujer e hijos, e le dio trescientos pesos, y así quedó contento. Y quedarse ha aquí, y diré cuando venga a coyuntura lo que al Cárdenas acaeció cuando fue a Castilla, y cómo le fue muy contrario a Cortés en los negocios que tuvo ante su majestad.

Capítulo CVI

Cómo hubieron palabras Juan Velázquez de León y el tesorero Gregorio Mejía sobre el oro que faltaba de los montones antes que se fundiese, y lo que Cortés hizo sobre ello

Como el oro comúnmente todos los hombres lo deseamos, y mientras unos más tienen más quieren, aconteció que, como faltaban muchas piezas de oro conocidas de los montones, ya otra vez por mí dicho, y Juan Velázquez de León en aquel tiempo hacía labrar a los indios de Escapuzalco, que eran todos plateros del gran Moctezuma, grandes cadenas de oro y otras piezas de vajillas para su servicio; y como Gonzalo Mejías, que era tesorero, le dijo secretamente que se las diese, pues no estaban quintadas y eran conocidamente de las que había dado el Moctezuma; y el Juan Velázquez de León, que era muy privado de Cortés, dijo que no le quería dar ninguna cosa, y que no había tomado de lo que estaba allegado ni de otra parte ninguna, salvo que Cortés se las había dado antes que se hiciesen barras; y el Gonzalo Mejía respondió que bastaba lo que Cortés había escondido y tomado a los compañeros, y todavía como tesoro demandaba mucho oro, que no se había pagado el real quinto, y de palabras en palabras se desmandaron y vinieron a echar mano a las espadas, y si de presto no los metiéramos en paz, entrambos a dos acabaran allí sus vidas, porque eran personas de mucho ser y valientes por las armas; y salieron heridos cada uno con dos heridas. Y como Cortés lo supo, los mandó echar presos cada uno en una cadena gruesa, y parece ser, según muchos soldados dijeron, que secretamente habló Cortés al Juan Velázquez de León como era mucho su amigo, que estuviese preso dos días en la misma cadena, y

que sacarían de la prisión al Gonzalo Mejía, como a tesorero; y esto lo hacía Cortés porque viésemos todos los capitanes y soldados que hacía justicia, que, con ser el Juan Velázquez uña y carne del mismo capitán, le tenía preso. Y porque pasaron otras cosas acerca del Gonzalo Mejía, que dijo a Cortés que tomaba escondido sobre él mucho oro que faltaba, y que se le quejaban dello todos los soldados porque no se lo demandaba al mismo capitán Cortés, pues era tesorero e estaba a su cargo; porque es larga relación, lo dejaré de decir. Y diré que, como el Juan Velázquez de León estaba preso en una sala cerca del Moctezuma y su aposento, en una cadena gorda, y como el Juan Velázquez era hombre de gran cuerpo y muy membrudo, y cuando se paseaba por la sala llevaba la cadena arrastrando y hacía gran sonido, que lo oía el Moctezuma, preguntó al paje Orteguilla que a quién tenía preso Cortés en las cadenas, y el paje le dijo que era a Juan Velázquez, el que solía tener guarda de su persona, porque ya en aquella sazón no lo era, sino Cristóbal de Olí; y preguntó que por qué causa, y el paje le dijo que por cierto oro que faltaba. Y aquel mismo día fué Cortés a tener palacio al Moctezuma, y después de las cortesías acostumbradas y de las palabras que entre ellos pasaron, preguntó el Moctezuma a Cortés que por qué tenía preso a Juan Velázquez, siendo buen capitán y muy esforzado; porque el Moctezuma, como he dicho otras veces, bien conocía a todos nosotros y aun nuestras calidades; y Cortés le dijo medio riendo que porque era tabanillo, que quiere decir loco, y que porque no le dan mucho oro quiere ir por sus pueblos y ciudades a demandarlo a los caciques, y porque no mate a alguno, por esta causa lo tiene preso; y el Moctezuma respondió que le pedía por merced que le soltase, y que él enviaría a buscar más oro y le daría de lo suyo; y Cortés hacía como que se le

hacía de mal el soltarlo, y dijo que sí haría por complacer al Moctezuma; y paréceme que lo sentenció en que fuese desterrado del real y fuese a un pueblo que se decía Cholula, con mensajero del Moctezuma, a demandar oro, y primero los hizo amigos al Gonzalo Mejía y al Juan Velázquez, e vi que dentro de seis días volvió de cumplir su destierro, y desde allí adelante el Gonzalo Mejía y Cortés no se llevaron bien, y el Juan Velázquez vino con más oro. He traído esto aquí a la memoria, aunque vaya fuera de nuestra relación, porque vean que Cortés, so color de hacer justicia porque todos le temiésemos, era con grandes mañas. Y dejarémoslo aquí.

Capítulo CVII

Cómo el gran Moctezuma dijo a Cortés que le quería dar una hija de las suyas para que se casase con ella, y lo que Cortés le respondió, y todavía la tomó, y la servían y honraban como hija de tal señor

Como otras muchas veces he dicho, siempre Cortés y todos nosotros procurábamos de agradar y servir a Moctezuma y tenerle palacio; y un día le dijo el Moctezuma: «Mirad, Malinche, qué tanto os amo, que os quiero dar una hija mía muy hermosa para que os caséis con ella y la tengáis por vuestra legítima mujer»; y Cortés se quitó la gorra por la merced, y dijo que era gran merced la que le hacía; mas que era casado y tenía mujer, e que entre nosotros no podemos tener más de una mujer, y que él la tenía en aquel agrado que hija de tan gran señor merece, y que primero quiere se vuelva cristiana, como son otras señoras hijas de señores; y Moctezuma lo hubo por bien, y siempre mostraba el gran Moctezuma su acostumbrada voluntad; e de un día en otro no cesaba Moctezuma sus sacrificios y de matar en ellos indios y Cortés se lo retraía, y no aprovechaba cosa ninguna, hasta que tomó consejo con nuestros capitanes qué haríamos en aquel caso, porque no se atrevía a poner remedio en ello por no revolver la ciudad e a los papas que estaban en el Huichilobos; y el consejo que sobre ello se dio por nuestros capitanes e soldados, que hiciese que quería ir a derrocar los ídolos del alto cu de Huichilobos, y si viésemos que se ponía en defenderlo o que se alborotaban, que le demandase licencia para hacer un altar en una parte del gran cu, e poner un crucifijo e una imagen de nuestra señora; y como esto se acordó, fué Cortés a los palacios adonde estaba preso Moctezuma, y llevó consigo siete capitanes y soldados, e dijo al Moctezuma:

«Señor, ya muchas veces he dicho a vuestra merced que no sacrifiquéis más ánimas a estos vuestros dioses, que os traen engañados, y no lo queréis hacer; hágoos, señor, saber que todos mis compañeros y estos capitanes que conmigo vienen, os vienen a pedir por merced que les deis licencia para los quitar de allí, y pondremos a nuestra señora Santa María y una cruz; y que si ahora no les dais licencia, que ellos irán a los quitar, y no querrían que matasen algún papa». Y cuando el Moctezuma oyó aquellas palabras y vio ir a los capitanes algo alterados, dijo: «¡Oh Malinche, y cómo nos queréis echar a perder a toda esta ciudad! Porque estarán muy enojados nuestros dioses contra nosotros, y aun vuestras vidas no sé en qué pararán. Lo que os ruego, que ahora al presente os sufráis, que yo enviaré a llamar a todos los papas y veré su respuesta». Y como aquello oyó Cortés, hizo un ademán que quería hablar muy en secreto al Moctezuma, e que no estuviesen presentes nuestros capitanes que llevaba en su compañía, a los cuales mandó que le dejasen solo, y los mandó salir; y como se salieron de la sala dijo al Moctezuma que porque no se hiciese alboroto, ni los papas lo tuviesen a mal derrocarle sus ídolos, que él trataría con los mismos nuestros capitanes que no se hiciese tal cosa, con tal que en un apartamiento del gran cu hiciésemos un altar para poner la imagen de nuestra señora e una cruz, e que el tiempo andando verían cuán buenos y provechosos son para sus ánimas y para darles la salud y buenas sementeras y prosperidades; y el Moctezuma, puesto que con suspiros y semblante muy triste, dijo que él lo trataría con los papas. Y en fin da muchas palabras que sobre ello hubo, se puso nuestro altar apartado de sus malditos ídolos, y la imagen de nuestra señora y una cruz, y con mucha devoción, y todos dando gracias a Dios, dijeron misa cantada el padre de la Merced, y ayudaba a la misa el

clérigo Juan Díaz y muchos de los nuestros soldados; y allí mandó poner nuestro capitán a un soldado viejo para que tuviese guarda en ello, y rogó al Moctezuma que mandase a los papas que no tocasen en ello, salvo para barrer y quemar incienso y poner candelas de cera ardiendo de noche y de día, y enramarlo y poner flores. Y dejarlo he aquí, y diré lo que sobre ello avino.

Capítulo CVIII

Cómo el gran Moctezuma dijo a nuestro capitán Cortés que se saliese de México con todos los soldados, porque se querían levantar todos los caciques y papas y darnos guerra hasta matarnos, porque así estaba acordado y dado consejo por sus ídolos; Y lo que Cortés sobre ello hizo

Como siempre a la continua nunca nos faltaban sobresaltos, y de tal calidad, que eran para acabar las vidas en ello si nuestro señor Dios no lo remediara, y fue que, como habíamos puesto en el gran cu en el altar que hicimos la imagen de nuestra señora y la cruz, y se dijo el santo evangelio y misa, parece ser que los Huichilobos y el Tezcatepuca hablaron con los papas, y les dijeron que se querían ir de su provincia, pues tan mal tratados eran de los teules, e que adonde están aquellas figuras y cruz que no quieren estar, e que ellos no estarían allí si no nos mataban, e que aquello les daban por respuesta, e que no curasen de tener otra; e que se lo dijesen a Moctezuma y a todos sus capitanes, que luego comenzasen la guerra y nos matasen; y les dijo el ídolo que mirasen que todo el oro que solían tener para honrarlos lo habíamos deshecho y hecho ladrillos, e que mirasen que nos íbamos señoreando de la tierra, y que teníamos presos a cinco grandes caciques, y les dijeron otras maldades para atraerlos a darnos guerra; y para que Cortés y todos nosotros lo supiésemos, el gran Moctezuma le envió a llamar porque le quería hablar en cosas que iba mucho en ellas; y vino el paje Orteguilla, y dijo que estaba muy alterado y triste Moctezuma, e que aquella noche e parte del día habían estado con él muchos papas y capitanes muy principales, y secretamente hablaban, que no lo pudo entender; y cuando Cortés lo oyó, fue de presto al palacio donde estaba el Moctezuma, y llevó consigo a Cristóbal de

Olí, que era capitán de la guardia, e a otros cuatro capitanes, e a doña Marina e a Jerónimo de Aguilar; y después que le hicieron mucho acato, dijo el Moctezuma: «¡Oh, señor Malinche y señores capitanes, cuánto me pesa de la respuesta y mandado que nuestros teules han dado a nuestros papas e a mí e a todos mis capitanes! Y es que os demos guerra y os matemos e os hagamos ir por la mar adelante; lo que he colegido dello y me parece, es que antes que comiencen la guerra, que luego salgáis desta ciudad y no quede ninguno de vosotros aquí; y esto, señor Malinche, os digo que hagáis en todas maneras, que os conviene; si no, mataros han, y mirad que os va las vidas». Y Cortés y nuestros capitanes sintieron pesar y aun se alteraron; y no era de maravillar de cosa tan nueva y determinada, que era poner nuestras vidas en gran peligro sobre ello en aquel instante, pues tan determinadamente nos lo avisaban; y Cortés le dijo que él se lo tenía en merced el aviso; que al presente de dos cosas le pesaban: no tener navíos en que se ir, que mandó quebrar los que trajo; y la otra, que por fuerza había de ir el Moctezuma con nosotros para que le vea nuestro gran emperador; y que le pide por merced que tenga por bien que hasta que se hagan tres navíos en el arenal que detenga a los papas y capitanes, porque para ellos es mejor partido; y que si comenzaren la guerra, que todos morirían en ella si la quisieren dar. E más dijo, que porque vea Moctezuma quiere luego hacer lo que le dice, que mande a sus capitanes que vayan con dos de nuestros soldados que son grandes maestros de hacer navíos a cortar la madera cerca del arenal. El Moctezuma estuvo muy más triste que de antes, como Cortés le dijo que había de ir con nosotros ante el emperador, y dijo que le daría carpinteros, y que luego despachase, y no hubiese más palabra, sino obras; y que entre tanto que él mandaría a los papas y a sus

capitanes que no curasen de alborotar la ciudad, e que a sus ídolos Huichilobos que mandaría aplacasen con sacrificios, e que no sería con muertes de hombres. Y con esta tan alborotada plática se despidió Cortés del Moctezuma, y estábamos todos con grande congoja, esperando cuándo habían de comenzar la guerra. Luego Cortés mandó llamar a Martín López y Andrés Núñez, y con los indios carpinteros que le dio el gran Moctezuma; y después de platicado el porte de que se podría labrar los tres navíos, le mandó que luego pusiese por la obra de los hacer e poner a punto, pues que en la VillaRica había todo aparejo de hierro y herreros, y jarcia y estopa, y calafates y brea; y así fueron y cortaron la madera en la costa de la Villa-Rica, y con toda la cuenta y gálibo della, y con buena priesa comenzó a labrar sus navíos. Lo que Cortés le dijo a Martín López sobre ello no lo sé; y esto digo porque dice el cronista Gómara en su Historia que le mandó que hiciese muestras, como cosa de burla, que los labraba, porque lo supiese el gran Moctezuma: remítome a lo que ellos dijeren, que gracias a Dios son vivos en este tiempo; mas muy secretamente me dijo el Martín López que de hecho y apriesa los labraba; y así, los dejó en astillero, tres navíos. Dejémoslos labrando los navíos; y digamos cuáles andábamos todos en aquella gran ciudad tan pensativos, temiendo que de una hora a otra nos habían de dar guerra; e nuestras naborias de Tlascala e doña Marina así lo decían al capitán, y el Orteguilla, el paje de Moctezuma, siempre estaba llorando, y todos nosotros muy a punto, y buenas guardas al Moctezuma. Digo, de nosotros estar a punto no había necesidad de decirlo tantas veces, porque de día y de noche no se nos quitaban las armas, gorjales y antiparas, y con ello dormíamos. Y dirán ahora dónde dormíamos: de qué eran nuestras camas, sino un poco de paja y una estera,

y el que tenía un toldillo, ponerlo debajo, y calzados y armados, y todo género de armas muy a punto, y los caballos enfrenados y ensillados todo el día; y todos tan prestos, que en tocando el arma, como si estuviéremos puestos e aguardando para aquel punto; pues de velar cada noche, no quedaba soldado que no velaba. Y otra cosa digo, y no por me jactanciar dello, que quedé yo tan acostumbrado de andar armado y dormir de la manera que he dicho, que después de conquistada la Nueva-España tenía por costumbre de me acostar vestido y sin cama, e que dormía mejor que en colchones duermo; e ahora cuando voy a los pueblos de mi encomienda no llevo cama, e si alguna vez la llevo no es por mi voluntad, sino por algunos caballeros que se hallan presentes, porque no vean que por falta de buena cama la dejo de llevar; mas en verdad que me echo vestido en ella. Y otra cosa digo, que no puedo dormir sino un rato de la noche, que me tengo de levantar a ver el cielo y estrellas, y me he de pasear un rato al sereno, y esto sin poner en la cabeza el bonete ni paño ni cosa ninguna, y gracias a Dios no me hace mal, por la costumbre que tenía; y esto he dicho porque sepan de qué arte andábamos los verdaderos conquistadores, y cómo estábamos tan acostumbrados a las armas y a velar. Y dejemos de hablar en ello, pues que salgo fuera de nuestra relación, y digamos cómo nuestro señor Jesucristo siempre nos hace muchas mercedes. Y es, que en la isla de Cuba Diego Velázquez dio mucha priesa en su armada, como adelante diré, y vino en aquel instante a la Nueva-España un capitán que se decía Pánfilo de Narváez.

Capítulo CIX

Cómo Diego de Velázquez, gobernador de Cuba, dio muy gran priesa en enviar su armada contra nosotros, y en ella por capitán general a Pánfilo de Narváez, y cómo vino en su compañía el licenciado Lucas Vázquez de Aillón, oidor de la real audiencia de Santo Domingo, y lo que sobre ello se hizo

Volvamos ahora a decir algo atrás de nuestra relación, para que bien se entienda lo que ahora diré. Ya he dicho en el CAPÍTULO que dello habla, que como Diego Velázquez, gobernador de Cuba, supo que habíamos enviado nuestros procuradores a su majestad con todo el oro que habíamos habido, y el sol y la luna y muchas diversidades de joyas, y oro en granos sacados de las minas, y otras muchas cosas de gran valor, que no le acudíamos con cosa ninguna; y asimismo supo cómo don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos e arzobispo de Rosano, que así se nombraba, y en aquella sazón era presidente de Indias y lo mandaba todo muy absolutamente, porque su majestad estaba en Flandes, y había tratado muy mal el obispo a nuestros procuradores; y dicen que le envió el obispo desde Castilla en aquella sazón muchos favores al Diego Velázquez, e avisó e mandó para que nos envíase a prender, y que él le daba desde Castilla todo favor para ello; el Diego Velázquez con aquel gran favor hizo una armada de diez y nueve navíos y con mil y cuatrocientos soldados, en que traían sobre veinte tiros y mucha pólvora y todo género de aparejos, de piedras y pelotas, y dos artilleros (que el capitán de la artillería se decía Rodrigo Martín) y traía ochenta de a caballo y noventa ballesteros y setenta escopeteros; y el mismo Diego Velázquez por su persona, aunque era bien gordo y pesado, andaba en Cuba de villa

en villa y de pueblo en pueblo proveyendo la armada y atrayendo los vecinos que tenían indios, y a parientes y amigos, que viniesen con Pánfilo de Narváez para que le llevasen preso a Cortés y a todos nosotros sus capitanes y soldados, o a lo menos no quedásemos con vidas, y andaba tan encendido de enojo y tan diligente, que vino hasta Guaniguanico, que es pasada la Habana mas de sesenta leguas.

Y andando desta manera, antes que saliese su armada pareció ser alcanzáronlo a saber la real audiencia de Santo Domingo y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores; el cual aviso y relación dellos les envió desde Cuba el licenciado Zuazo, que había venido a aquella isla a tomar residencia al mismo Diego Velázquez. Pues como lo supieron en la real audiencia, y tenían memorias de nuestros muy buenos y nobles servicios que hacíamos a Dios y a su majestad, y habíamos enviado nuestros procuradores con grandes presentes a nuestro rey y señor, y que el Diego Velázquez no tenía razón ni justicia para venir con armada a tomar venganza de nosotros, sino que por justicia lo demandase; y que si venía con la armada era gran estorbo para nuestra conquista, acordaron de enviar a un licenciado que se decía Lucas Vázquez de Aillón, que era oidor de la misma real audiencia, para que estorbase la armada al Diego Velázquez y no la dejase pasar, y que sobre ello pusiese grandes penas; e vino a Cuba el mismo oidor, e hizo sus diligencias y protestaciones, como le era mandado por la real audiencia para que no saliese con su intención el Velázquez; y por más penas y requerimientos que le hizo e puso, no aprovechó cosa ninguna; porque, como el Diego Velázquez era tan favorecido del obispo de Burgos, y había gastado cuanto tenía en hacer aquella gente de guerra

contra nosotros, no tuvo todos aquellos requerimientos que hicieron en una castañeta, antes se mostró más bravo. Y desque aquello vio el oidor, vínose con el mismo Narváez para poner paces y dar buenos conciertos entre Cortés y Narváez. Otros soldados dijeron que venía con intención de ayudarnos, y si no lo pudiese hacer, tomar la tierra en sí por su majestad, como oidor; y desta manera vino hasta el puerto de San Juan de Ulúa. Y quedarse ha aquí, y pasaré adelante y diré lo que sobre ello se hizo.

Capítulo CX

Cómo Pánfilo de Narváez llegó al puerto de San Juan de Ulúa, que se dice la Veracruz, con toda su armada, y lo que le sucedió

Viniendo el Pánfilo de Narváez con toda su flota, que eran diez y nueve navíos, por la mar, parece ser junto a las sierras de San Martín, que así se llaman, tuvo un viento de norte, y en aquella costa es travesía, y de noche se le perdió un navío de poco porte, que dio al través; venían en él por capitán un hidalgo que se decía Cristóbal de Morante, natural de Medina del Campo, y se ahogó cierta gente, y con toda la demás flota vino a San Juan de Ulúa; y como se supo de aquella grande armada, que para haberse hecho en la isla de Cuba, grande se puede llamar, tuvieron noticia della los soldados que había enviado Cortés a buscar las minas, y viénense a los navíos del Narváez los tres dellos, que se decían Cervantes «el chocarrero», y Escalona, y otro que se decía Alonso Hernández Carretero; y cuando se vieron dentro en los navíos y con el Narváez, dice que alzaban las manos a Dios, que los libró del poder de Cortés y de salir de la gran ciudad de México, donde cada día esperaban la muerte; y como comían con el Narváez y les mandaba dar a beber demasiado, estábanse diciendo los unos a los otros delante del mismo general: «Mirad sí es mejor estar aquí bebiendo buen vino que no cautivo en poder de Cortés, que nos traía de noche y de día tan avasallados, que no osábamos hablar, y aguardando de un día a otro la muerte al ojo»; y aun decía el Cervantes, como era truhán, so color de gracias: «Oh Narváez, Narváez, qué bienaventurado que eres e a qué tiempo has venido, que tiene ese traidor de Cortés allegados más de setecientos mil pesos de oro, y todos los soldados están muy mal con él

porque les ha tomado mucha parte de lo que les cabía del oro de parte, e no quieren recibir lo que les da». Por manera que aquellos soldados que se nos huyeron eran ruines y soeces, y decían al Narváez mucho más de lo que quería saber. Y también le dieron por aviso que ocho leguas de allí estaba poblada una villa que se dice Villa Rica de la Veracruz, y estaba en ella un Gonzalo de Sandoval con sesenta soldados, todos viejos y dolientes, y que si enviase a ellos gente de guarda, luego se darían, y le decían otras muchas cosas. Dejemos todas estas pláticas, y digamos cómo luego lo alcanzó a saber el gran Moctezuma cómo estaban allí surtos los navíos, y con muchos capitanes y soldados, y envió sus principales secretamente que no lo supo Cortés, y les mandó dar comida y oro y plata, y que de los pueblos más cercanos les proveyesen de bastimento; y el Narváez envió a decir al Moctezuma muchas malas palabras y descomedimientos contra Cortés y de todos nosotros que éramos unas gentes malas, ladrones, que veníamos huyendo de Castilla sin licencia de nuestro rey y señor; y que como tuvo noticia el rey nuestro señor, que estábamos en estas tierras, y de los males y robos que hacíamos, y teníamos preso al Moctezuma, para estorbar tantos daños, que le mandó al Narváez que luego viniese con todas aquellas naos y soldados y caballeros para que le suelten de las prisiones, y que a Cortés y a todos nosotros, como malos, nos prendiesen o matasen, y en las mismas naos nos enviasen a Castilla, y que cuando allá llegásemos nos mandaría matar; y le envió a decir otros muchos desatinos; y eran los intérpretes para dárselos a entender a los indios los tres soldados que se nos fueron, que ya sabían la lengua. Y además destas pláticas, les envió el Narváez ciertas cosas de Castilla. Y cuando Moctezuma lo supo, tuvo gran contento con aquellas nuevas; porque, como le decían que tenía

tantos navíos e caballos e tiros y escopetas y ballesteros, y eran mil y trescientos soldados y dende arriba, creyó que nos perdería. Y además desto, como sus principales vieron a nuestros tres soldados (que traidores bellacos se pueden llamar) con el Narváez y veían que decían mucho mal de Cortés, tuvo por cierto todo lo que el Narváez le envió a decir; y todo la armada se la llevaron pintada en dos paños al natural. Entonces el Moctezuma le envió mucho más oro y mantas, y mandó que todos los pueblos de la comarca le llevasen bien de comer, e ya había tres días que lo sabía el Moctezuma, y Cortés no sabía cosa ninguna. E un día yéndole a ver nuestro capitán y a tenerle palacio, después de las cortesías que entre ellos se tenían, pareció al capitán Cortés que estaba el Moctezuma muy alegre y de buen semblante, y le dijo: qué tal se sentía; y el Moctezuma respondió que mejor estaba; y también, como el Moctezuma le vio ir a visitar en un día dos veces, temió que Cortés sabía de los navíos, y por ganar por la mano y que no le tuviese por sospechoso le dijo: «Señor Malinche, ahora en este punto me han llegado mensajeros de cómo en el puerto donde desembarcasteis han venido diez y ocho navíos y mucha gente y caballos; e todo nos lo traen pintado en unas mantas; y como me visitasteis hoy dos veces, creí que me veníais a dar nuevas dello; así que no habréis menester hacer navío; y porque no me lo decíais, por una parte tenía enojo en vos de tenérmelo encubierto, y por otra me holgaba porque vienen vuestros hermanos, para que todos os vayáis a Castilla e no haya más palabras». Y cuando Cortés oyó lo de los navíos y vio la pintura del paño se holgó en gran manera, y dijo: «Gracias a Dios, que al mejor tiempo provee». Pues nosotros los soldados eran tanto el gozo, que no podíamos estar quedos, y de alegría escaramuzaron los caballos y tiramos tiros; e Cortés estuvo

muy pensativo, porque bien entendió que aquella armada que le enviaba el gobernador Velázquez contra él y contra todos nosotros. Y como supo que era, comunicó lo que sentía della con todos nosotros, capitanes y soldados, y con grandes dádivas y ofrecimientos que nos haría ricos a todos nos atraía para que tuviésemos con él. Y no sabía quién venía por capitán; y estábamos muy alegres con las nuevas y con el más oro que nos había dado Cortés por vía de mercedes, como que lo daba de su hacienda, y no de lo que nos cabía de parte, y viendo el gran socorro e ayuda que nuestro señor Jesucristo nos enviaba. E quedarse ha aquí, e diré lo que pasó en el real de Narváez.

Capítulo CXI

Cómo Pánfilo de Narváez envió con cinco personas de su armada a requerir a Gonzalo de Sandoval, que estaba por capitán en la Villa-Rica, que se diese luego con todos los vecinos, y lo que sobre ello pasó

Como aquellos tres malos de nuestros soldados por mí nombrados, que se le pasaron al Narváez y le daban aviso de todas las cosas que Cortés y todos nosotros habíamos hecho desde que entramos en la Nueva España, y le avisaron que el capitán Gonzalo de Sandoval estaba ocho o nueve leguas de allí en una villa que estaba poblada, que se decía la Villa-Rica de la Veracruz, e que tenía consigo sesenta vecinos, y todos los más viejos y dolientes, acordó de enviar a la villa a un clérigo que se decía Guevara, que, tenía buena expresiva, e a otro hombre de mucha cuenta que se decía Amaya, pariente del Diego Velázquez, y a un escribano que se decía Vergara, y tres testigos, los nombres dellos no me acuerdo; los cuales envió que notificasen a Gonzalo de Sandoval que luego se diesen al Narváez, y para ello dijeron que traían unos traslados de las provisiones, e dicen que ya el Gonzalo de Sandoval sabía de los navíos por nuevas de indios, y de la mucha gente que en ellos venía; y como era muy varón en sus cosas siempre estaba muy apercibido él, y sus soldados armados; y sospechando que aquella armada era de Diego Velázquez, y que enviaría a aquella villa de sus gentes para se apoderar della, y por estar más desembarazado de los soldados viejos y dolientes, los envió luego a un pueblo de indios que se dice Papalote, e quedó con los sanos; y el Sandoval tenía buenas velas en los caminos de Cempoal, que es por donde habían de venir a la villa; y estaba convocando el Sandoval y atrayendo a sus soldados que si viniese Diego de Velázquez u otra persona,

que no le diesen la villa; y todos los soldados dicen que le respondieron conforme a su voluntad, y mandó hacer una horca en un cerro. Pues estando sus espías en los caminos, vienen de presto y le dan noticia que vienen cerca de la villa donde estaban, seis españoles e indios de Cuba; y el Sandoval aguardó en su casa, que no les salió a recibir, y había mandado que ningún soldado saliese de sus casas, ni les hablasen. Y como el clérigo y los demás que traía en su compañía no topaba a ningún vecino español con quien hablar, sino eran indios que hacían la obra de la fortaleza; y como entraron en la villa, fuéronse a la iglesia a hacer oración, y luego se fueron a la casa de Sandoval, que les pareció que era la mayor de la villa; y el clérigo, después del «norabuena estéis», que así diz que dijo, y el Sandoval le respondió que en tal hora buena viniese; dicen que el clérigo Guevara (que así se llamaba) comenzó un razonamiento, diciendo que el señor Diego Velázquez, gobernador de Cuba, había gastado muchos dineros en la armada, e que Cortés e todos los demás que había traído en su compañía le habían sido traidores, y que les venía a notificar que luego fuesen a dar la obediencia al señor Pánfilo de Narváez, que venía por capitán general del Diego Velázquez. E como el Sandoval oyó aquellas palabras y descomedimientos que el padre Guevara dijo, se estaba carcomiendo de pesar de lo que oía, y le dijo: «Señor padre, muy mal habláis en decir esas palabras de traidores; aquí somos mejores servidores de su majestad que no Diego Velázquez ni ese vuestro capitán; y porque sois clérigos no os castigo conforme a vuestra mala crianza. Andad con Dios a México, que allá está Cortés, que es capitán general y justicia mayor de esta Nueva-España, y os responderá; aquí no tenéis más que hablar». Entonces el clérigo muy bravoso dijo a su escribano que con él venía, que se decía Vergara, que luego sacase las provisiones que

traía en el seno y las notificase al Sandoval y a los vecinos que con él estaban; y dijo Sandoval al escribano que no leyese ningunos papeles, que no sabía si eran provisiones u otras escrituras; y de plática en plática, ya el escribano comenzaba a sacar del seno las escrituras que traía, y el Sandoval dijo: «Mirad, Vergara, ya os he dicho que no leáis ningunos papeles aquí, sino id a México; yo os prometo que sí tal leyéredes, que yo os haga dar cien azotes, porque ni sabemos si sois escribano del rey o no; demostrad el título dello, y si le traéis, leedlos; y tampoco sabemos si son originales de las provisiones o traslados u otros papeles». Y el clérigo, que era muy soberbio, dijo muy enojado: «¿Qué hacéis con estos traidores? Sacad esas provisiones y notificádselas». Y como el Sandoval oyó aquella palabra, le dijo que mentía como ruin clérigo, y luego mandó a sus soldados que los llevasen presos a México; y no lo hubo bien dicho, cuando en hamaquillas de redes, como ánimas pecadoras, los arrebataron muchos indios de los que trabajaban en la fortaleza, que los llevaron a cuestas, y en cuatro días dan con ellos cerca de México, que de noche y de día con indios de remuda caminaban; e iban espantados de que veían tantas ciudades y pueblos grandes que les traían de comer, y unos los dejaban y otros los tomaban, y andar por su camino. Dicen que iban pensando si era encantamiento o sueño; y el Sandoval envió con ellos por alguacil, hasta que llegase a México, a Pedro de Solís, el yerno que fue de Orduña, que ahora llaman Solís de tras de la puerta. Y así como los envió presos, escribió muy en posta a Cortés quien era el capitán de la armada y todo lo acaecido; y como Cortés lo supo que venían presos y llegaban cerca de México, envióles gran banquete, e cabalgaduras para los tres más principales, y mandó que luego los soltasen de la prisión, y les escribió que le pesó de

que Gonzalo de Sandoval tal desacato tuviese, e que quisiera que les hiciera mucha honra; y como llegaron a México los salió a recibir, y los metió en la ciudad muy honradamente; y como el clérigo y los demás sus compañeros vieron a México ser tan grandísima ciudad, y la riqueza de oro que teníamos, e otras muchas ciudades en el agua de la laguna, e todos nuestros capitanes e soldados, y la gran franqueza de Cortés, estaban admirados; y a cabo de dos días que estuvieron con nosotros, Cortés les habló de tal manera con prometimientos y halagos, y aun les untó las manos de tejuelos y joyas de oro, y los tornó a enviar a su Narváez con bastimiento que les dio para el camino; que donde venían muy bravosos leones, volvieron muy mansos y se le ofrecieron por servidores. Y así como llegaron a Cempoal a dar relación a su capitán, comenzaron a convocar todo el real de Narváez que se pasasen con nosotros. Y dejarlo he aquí, y diré cómo Cortés escribió al Narváez, y lo que sobre ello pasó.

Capítulo CXII

Cómo Cortés, después de bien informado de quién era capitán, y quién y cuántos venían en la armada, y de los pertrechos de guerra que traía, y de los tres nuestros falsos soldados que a Narváez se pasaron, escribió al capitán e a otros sus amigos, especialmente a Andrés de Duero, secretario del Diego Velázquez; y también supo como Moctezuma enviaba oro y ropa al Narváez, y las palabras que le envió a decir el Narváez al Moctezuma, y de cómo venía en aquella armada el licenciado Lucas Vázquez de Aillón, oidor de la audiencia real de Santo Domingo, e la instrucción que traían

Como Cortés en todo tenía cuidado y advertencia, y cosa ninguna se le pasaba que no procuraba poner remedio, y como muchas veces he dicho antes de ahora, tenía tan acertados y buenos capitanes y soldados, que demás de ser muy esforzados, dábamos buenos consejos, acordóse por todos que se escribiese en posta con indios que llevasen las cartas al Narváez antes que llegase el clérigo Guevara, con muchas caricias y ofrecimientos que todos a una le hiciésemos, y que haríamos todo lo que su merced mandase; y que le pedíamos por merced que no alborotase la tierra, ni los indios viesen entre nosotros disensiones; y esto deste ofrecimiento fue por causa que, como éramos los de Cortés pocos soldados en comparación de los que el Narváez traía, porque nos tuviese buena voluntad y para ver lo que sucedía; y nos ofrecimos por sus servidores, y también debajo destas buenas palabras no dejamos de buscar amigos entre los capitanes de Narváez; porque el padre Guevara y el escribano Vergara dijeron a Cortés que Narváez no venía bienquisto con sus capitanes, y que les enviase algunos tejuelos y cadenas de oro, porque dádivas quebrantan peñas; y Cortés les escribió que se había holgado en gran

manera, él y todos nosotros sus compañeros, con su llegada a aquel puerto; y pues son amigos de tiempos pasados, que le pide por merced que no de causa a que el Moctezuma, que está preso, se suelte y la ciudad se levante, porque será para perderse él y su gente, y todos nosotros las vidas, por los grandes poderes que tiene; y esto, que lo dice porque el Moctezuma está muy alterado y toda la ciudad revuelta con las palabras que de allá le ha enviado a decir; e que cree y tiene por cierto que de un tan esforzado y sabio varón como él es no habían de salir de su boca cosas de tal arte dichas, ni en tal tiempo, sino que el Cervantes «el chocarrero» y los soldados que llevó consigo, como eran ruines, lo dirían.

Y demás de otras palabras que en la carta iban, se le ofreció con su persona y hacienda, y que en todo haría lo que mandase. Y también escribió Cortés al secretario Andrés de Duero y al oidor Lucas Vázquez de Aillón, y con las cartas envió ciertas joyas de oro para sus amigos; y después que hubo enviado esta carta secretamente, mandó dar al oidor cadenas y tejuelos, y rogó al padre de la Merced que luego tras la carta fuese al real de Narváez; y le dio otras cadenas de oro y tejuelos y joyas muy estimadas que diese allá a sus amigos. Y así como llegó la primera carta que dicho habemos que escribió Cortés con los indios antes que llegase el padre Guevara, que fue el que Narváez nos envió, andábala mostrando el Narváez a sus capitanes, haciendo burla della y aun de nosotros; y un capitán de los que traía el Narváez, que venía por veedor, que se decía Salvatierra, dicen que hacía bramuras desque la oyó, y decía al Narváez, reprendiéndole, que para qué leía la carta de un traidor como Cortés e los que con él estaban, e que luego se fuese contra nosotros, e que no quedase ninguno a vida; y juró que las orejas de Cortés que las había de asar, y comer la

una dellas; y decía otras liviandades. Por manera que no quiso responder a la carta ni nos tenía en una castañeta. Y en este instante llegó el clérigo Guevara y sus compañeros a su real, y hablan al Narváez que Cortés era muy buen caballero e gran servidor del rey, y le dice del gran poder de México, y de las muchas ciudades que vieron por donde pasaron, e que entendieron que Cortés que le será servidor y haría cuanto mandase; e que será bien que por paz y sin ruido haya entre los unos y los otros concierto, y que mire el señor Narváez a qué parte quiere ir de toda la Nueva-España con la gente que trae, que allí vaya, e que deje al Cortés en otras provincias; pues hay tierras hartas donde se pueden albergar. E como esto oyó el Narváez, dicen que se enojó de tal manera con el padre Guevara y con el Amaya, que no los quería después más ver ni escuchar; y desque los del real de Narváez los vieron ir tan ricos al padre Guevara y al escribano Vergara e a los demás, y les decían secretamente a todos los de Narváez tanto bien de Cortés e todos nosotros, e que habían visto tanta multitud de oro que en el real andaban en el juego de los naipes, muchos de los de Narváez deseaban estar ya en nuestro real. Y en este instante llegó nuestro padre de la Merced, como dicho tengo, al real de Narváez con los tejuelos que Cortés le dio y con cartas secretas, y fue a besar las manos al Narváez e a decirle cómo Cortés hará todo lo que mandare, e que tenga paz y amor; e como el Narváez era cabezudo y venía muy pujante, no lo quiso oír; antes dijo delante del mismo padre que Cortés y todos nosotros éramos unos traidores; e porque el fraile respondía que antes éramos muy leales servidores del rey, le trató mal de palabra; y muy secretamente repartió el fraile los tejuelos y cadenas de oro a quien Cortés le mandó, y convocaba y atraía a sí los más principales del real de Narváez. Y dejarlo he aquí, y diré lo que al oidor Lucas

Vázquez de Aillón y al Narváez les aconteció, y lo que sobre ello pasó.

Capítulo CXIII

Cómo hubieron palabras el capitán Pánfilo de Narváez y el oidor Lucas Vázquez de Aillón, y el Narváez le mandó prender y le envió en un navío preso a Cuba o a Castilla, y lo que sobre ello avino

Parece ser que, como el oidor Lucas Vázquez de Aillón venía a favorecer las cosas de Cortés y de todos nosotros, porque así se lo había mandado la real audiencia de Santo Domingo y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores, como sabían los muchos y buenos y leales servicios que hacíamos a Dios primeramente y a nuestro rey y señor, y del gran presente que enviamos a Castilla con nuestros procuradores; e demás de lo que la audiencia real le mandó, como el oidor vio los cartas de Cortés, y con ellas tejuelos de oro, si de antes decía que aquella armada que enviaba era injusta, y contra toda justicia que contra tan buenos servidores del rey como éramos era mal hecho venir: de allí adelante lo decía muy clara y abiertamente, y decía tanto bien de Cortés y de todos los que con él estábamos, que ya en el real de Narváez no se hablaba de otra cosa. Y además desto, como veían y conocían en el Narváez ser la pura miseria, y el oro y ropa que el Moctezuma les enviaba todo se lo guardaba, y no daba cosa dello a ningún capitán ni soldado; antes decía, con voz, que hablaba muy entonado, medio de bóveda, a su mayordomo: «Mirad que no falte ninguna manta, porque todas están puestas por memoria»; e como aquello conocían de él, e oían lo que dicho tengo del Cortés y los que con él estábamos de muy francos, todo su real estaba medio alborotado, y tuvo pensamiento el Narváez que el oidor entendía en ello, e poner zizaña. Y además desto, cuando Moctezuma les enviaba bastimento, que repartía el despensero o

mayordomo de Narváez, no tenía cuenta con el oidor ni con sus criados, como era razón, y sobre ello hubo ciertas cosquillas y ruido en el real; y también porque el consejo que daban al Narváez el Salvatierra, que dicho tengo que venía por veedor, y Juan Bono, vizcaíno, y un Gamarra, y sobre todo, los grandes favores que tenía de Castilla de don Juan Rodríguez, de Fonseca, obispo de Burgos, tuvo tan gran atrevimiento el Narváez, que prendió al oidor del Rey, a él y a su escribano y ciertos criados, y lo hizo embarcar en un navío, y los envió presos a Castilla o a la isla de Cuba. Y aun sobre todo esto, porque un hidalgo que se decía fulano de Oblanco y era letrado, decía al Narváez que Cortés era muy servidor del Rey, todos nosotros los que estábamos en su compañía éramos dignos de muchas mercedes, Y que parecía mal llamarnos traidores, y que era mucho más mal prender a un oidor de su majestad; y por esto que le dijo, le mandó echar preso; y como el Gonzalo de Oblanco era muy noble, de enojo murió dentro de cuatro días. También mandó echar presos a otros dos soldados de los que traía en su navío, que sabía que hablaban bien de Cortés, y entre ellos fue un Sancho de Barahona, vecino que fue de Guatemala. Tornemos a decir del oidor que llevaban preso a Castilla, que con palabras buenas e con temores que puso al capitán del navío y al maestre y al piloto que le llevaban a cargo, les dijo que, llegados a Castilla, que en lugar de paga de lo que hacen, su majestad les mandaría ahorcar; y como aquellas palabras oyeron, le dijeron que les pagase su trabajo y le llevarían a Santo Domingo; y así, mudaron la derrota que Narváez les había mandado que fuesen; y llegado a la isla de Santo Domingo y desembarcado, como la audiencia real que allí residía y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores oyeron al licenciado Lucas Vázquez, y vieron tan grande desacato e atrevimiento,

sintiéronlo mucho, y con tanto enojo, que luego lo escribieron a Castilla al real consejo de su majestad, y como el obispo de Burgos era presidente y lo mandaba todo, y su majestad no había venido de Flandes, no hubo lugar de se hacer cosa ninguna de justicia en nuestro favor; antes el don Juan Rodríguez de Fonseca diz que se holgó mucho, creyendo que el Narváez nos había ya prendido y desbaratado; y cuando su majestad, que estaba en Flandes, oyó a nuestros procuradores, y lo que el Diego Velázquez y el Narváez habían hecho en enviar la armada sin su real licencia, y haber prendido a su oidor, les hizo harto daño en los pleitos y demandas que después le pusieron a Cortés y a todos nosotros, como adelante diré, por más que decían que tenían licencia del obispo de Burgos, que era presidente, para hacer la armada que contra nosotros enviaron. Pues como ciertos soldados, parientes y amigos del oidor Lucas Vázquez, vieron que el Narváez le había preso, temieron no les acaeciese lo que hizo con el letrado Gonzalo de Oblanco, porque ya les traía sobre los ojos y estaba mal con ellos, acordaron de se ir desde los arenales huyendo a la villa donde estaba el capitán Sandoval con los dolientes; y cuando llegaron a le besar las manos, el Sandoval les hizo mucha honra, y supo dellos todo lo aquí por mi dicho, y cómo quería enviar el Narváez a aquella villa soldados a prenderle. Y lo que más pasó diré adelante.

Capítulo CXIV

Cómo Narváez con todo su ejército se vino a un pueblo que se dice Cempoal, e concierto que en el hizo, e lo que nosotros hicimos estando en la ciudad de México, e cómo acordamos de ir sobre Narváez

Pues como Narváez hubo preso al oidor de la audiencia real de Santo Domingo, luego se vino con todo su fardaje e pertrechos de guerra a asentar su real en un pueblo que se dice Cempoal, que en aquella sazón era muy poblado; e la primera cosa que hizo, tomó por fuerza al cacique gordo (que así le llamábamos) todas las mantas e ropa labrada e joyas de oro, e también le tomó las indias que nos habían dado los caciques de aquel pueblo, que se las dejamos en casa de sus padres e hermanos, porque eran hijas de señores, e para ir a la guerra, muy delicadas. Y el cacique gordo dijo muchas veces al Narváez que no le tomase cosa ninguna de las que Cortés dejó en su poder, así el oro como mantas e indias, porque estaría muy enojado, y le vendría a matar de México, así al Narváez como al mismo cacique porque se las dejaba tomar. E más, se le quejó el mismo cacique de los robos que le hacían sus soldados en aquel pueblo, e le dijo que cuando estaba allí Malinche, que así llamaban a Cortés, con sus gentes, que no les tomaban cosa ninguna, e que era muy bueno él e sus soldados los teules, porque teules nos llamaban; e como aquellas palabras le oía el Narváez, hacía burla de él, e un Salvatierra que venía por veedor, otras veces por mí nombrado, que era el que más bravezas e fieros hacía, dijo a Narváez e otros capitanes sus amigos: «¿No habeis visto qué miedo que tienen todos estos caciques desta nonada de Cortesillo?» Tengan atención los curiosos lectores cuán bueno fuera no decir mal de lo bueno; porque juro amén que cuando dimos sobre el

Narváez, uno de los más cobardes e para menos fue el Salvatierra, como adelante diré; e no porque no tenía buen cuerpo e membrudo, mas era mal engalibado, más no de lengua, y decían que era natural de tierra de Burgos. Dejemos de hablar del Salvatierra, e diré cómo el Narváez envió a requerir a nuestro capitán e a todos nosotros con unas provisiones, que decían que eran traslados de los originales, que traía para ser capitán por el Diego Velázquez; las cuales enviaba para que nos las notificase un escribano, que se decía Alonso de Mata, el cual después, el tiempo andando, fue vecino de la Puebla, que era ballestero; y enviaba con el Mata a otras tres personas de calidad. E dejarlo he aquí, así al Narváez como a su escribano, e volveré a Cortés, que como cada día tenía cartas e avisos, así de los del real de Narváez como del capitán Gonzalo de Sandoval, que quedaba en la Villa-Rica, e le hizo saber que tenía consigo cinco soldados, personas muy principales e amigos del licenciado Lucas Vázquez de Aillón, que es el que envió preso Narváez a Castilla o a la isla de Cuba; e la causa que daban por que se vinieron del real de Narváez fue, que pues el Narváez no tuvo respeto a un oidor del rey, que menos se lo tendría a ellos, que eran sus deudos; de los cuales soldados supo el Sandoval muy por entero todo lo que pasaba en el real de Narváez e la voluntad que tenía, porque decía que muy de hecho había de venir en nuestra busca a México para nos prender. Pasemos adelante, y diré que Cortés tomó luego consejo con nuestros capitanes e todos nosotros los que sabía que le habíamos de ser muy servidores, e solía llamar a consejo para en casos de calidad, como éstos; e por todos fue acordado que brevemente, sin más aguardar las cartas ni otras razones, fuésemos sobre el Narváez, e que Pedro de Alvarado quedase en México en guarda del Moctezuma con todos los soldados que no

tuviesen buena disposición para ir aquella jornada; e también para que quedasen allí las personas sospechosas que sentíamos que serían amigos del Diego Velázquez e de Narváez; y en aquella sazón, e antes que el Narváez viniese, había enviado Cortés a Tlascala por mucho maíz, porque había mala sementera en tierra de México por falta de aguas; porque teníamos muchos naborías e amigos del mismo Tlascala, habíamoslo menester para ellos; e trajeron el maíz que he dicho, e muchas gallinas e otros bastimentos, los cuales enviamos al Pedro de Alvarado, e aun le hicimos unas defensas a manera de mamparos e fortaleza con sacre o falconete, e cuatro tiros gruesos e toda la pólvora que teníamos, e diez ballesteros e catorce escopeteros e siete caballos, puesto que sabíamos que los caballos no se podrían aprovechar dellos en el patio donde estaban los aposentos; e quedaron por todos los soldados contados, de a caballo y escopeteros e ballesteros, ochenta e tres. Y como el gran Moctezuma vio y entendió que queríamos ir sobre el Narváez, e como Cortés le iba a ver cada día e a tenerle palacio, jamás quiso decir ni dar a entender cómo el Moctezuma ayudaba al Narváez e le enviaba oro e mantas e bastimentos. Y de una plática en otra, te preguntó el Moctezuma a Cortés que dónde quería ir, e para qué había hecho ahora de nuevo aquellos pertrechos e fortaleza, e que cómo andábamos todos rebotados; e lo que Cortés le respondió y en qué se resumió la plática diré adelante.

Capítulo CXV

Cómo el gran Moctezuma preguntó a Cortés que cómo quería ir sobre el Narváez, siendo los que traía doblados más que nosotros, y que le pesaría si nos viniese algún mal

Como estaba platicando Cortés con el gran Moctezuma, como lo tenían de costumbre, dijo el Moctezuma a Cortés: «Señor Malinche, a todos vuestros capitanes e compañeros os veo andar desasosegados, e también he visto que no me visitáis sino de cuando en cuando, e Orteguilla el paje me dice que queréis ir de guerra sobre esos vuestros hermanos que vienen en los navíos, e que queréis dejar aquí en mi guarda al Tonatio, hacedme merced que me lo declaréis, para que si yo en algo os pudiere servir e ayudar, que lo haré de muy buena voluntad. E también, señor Malinche, no querría que os viniese algún desmán, porque vos tenéis muy pocos teules, y esos que vienen son cinco veces más; e ellos dicen que son cristianos como vosotros e vasallos de ese vuestro emperador, e tienen imágenes y ponen cruz, e les dicen misa, e dicen e publican que sois gentes que vinisteis huyendo de Castilla de vuestro rey y señor, e que os vienen a prender o a matar; en verdad que yo no os entiendo. Por tanto, mirad primero lo que hacéis». Y Cortés le respondió con nuestras lenguas doña Marina e Jerónimo de Aguilar, con un semblante muy alegre, que si no le ha venido a dar relación dello, es como le quiere mucho y por no le dar pesar con nuestra partida, e que por esta causa no le he dejado, porque así tiene por cierto que Moctezuma le tiene buena voluntad. E que cuanto a lo que dice, que todos somos vasallos de nuestro gran emperador, que es verdad, e de ser cristianos como nosotros, que sí son; e a lo que dicen que venimos huyendo de nuestro rey y señor, que no es así,

sino que nuestro rey y señor nos envió para verle y para hablarle todo lo que en su real nombre le ha dicho e platicado; e a lo que dice que trae muchos soldados e noventa caballos e muchos tiros e pólvora, e que nosotros somos pocos, e que nos vienen a matar e prender, nuestro señor Jesucristo, en quien creemos e adoramos, e nuestra señora Santa María, su bendita madre, nos dará fuerzas, y más que no a ellos, pues que son malos e vienen de aquella manera. E que como nuestro emperador tiene muchos reinos y señoríos, hay en ellos mucha diversidad de gentes, unas muy esforzadas e otras mucho más, e que nosotros somos dentro de Castilla, que llaman Castilla la Vieja, e nos nombran por sobrenombre castellanos; e que el capitán que está ahora en Cempoal y la gente que trae que es de otra provincia que llaman Vizcaya, e que tienen la habla revesada, como a manera de decir como los otomís de tierra de México; e que él verá cuál se los traeríamos presos; e que no tuviese pesar por nuestra ida, que presto volveríamos con victoria. E lo que ahora le pide por merced, que mire que queda con él su hermano Tonatio, que así llamaban a Pedro de Alvarado, con ochenta soldados; que después que salgamos de aquella ciudad no haya algún alboroto, ni consienta a sus capitanes e papas hagan cosas que sean mal hechas, porque después que volvamos, si Dios quisiere, no tengan que pagar con las vidas los malos revolvedores; e que todo lo que hubiere menester de bastimentos, que se los diesen; e allí le abrazó Cortés dos veces al Moctezuma, e asimismo el Moctezuma a Cortés; e doña Marina, como era muy avisada, se lo decía de arte que ponía tristeza con nuestra partida. Allí le ofreció que haría todo lo que Cortés le encargaba, y aun prometió que enviaría en nuestra ayuda cinco mil hombres de guerra, e Cortés le dio gracias por ello, porque bien entendió que no los había de enviar; e les

dijo que no había menester su ayuda, sino era la de Dios nuestro señor, que es la ayuda verdadera, e la de sus compañeros que con él íbamos; e también le encargó que mirase que la imagen de nuestra señora e la cruz que siempre lo tuviesen muY enramado, e limpia la iglesia, e quemasen candelas de cera, que tuviesen siempre encendidas de noche y de día, e que no consintiesen a los papas que hiciesen otra cosa; porque en aquesto conocería muy mejor su buena voluntad e amistad verdadera. E después de tornados otra vez a abrazar, le dijo Cortés que le perdonase, que no podía estar más en plática con él, por entender en la partida; e luego habló a Pedro de Alvarado e a todos los soldados que con él quedaban, e les encargó que guardasen al Moctezuma con mucho cuidado no se soltase, e que obedeciesen al Pedro de Alvarado; y prometióles que, mediante Dios, que a todos les había de hacer ricos; e allí quedó con ellos el clérigo Juan Díaz, que no fue con nosotros, e otros soldados sospechosos, que aquí no declaro por sus nombres; e allí nos abrazamos los unos a los otros, e sin llevar indias ni servicio, sino a la ligera, tiramos por nuestras jornadas por la ciudad de Cholula, y en el camino envió Cortés a Tlascala a rogar a nuestros amigos Xicotenga y Mase-Escaci e a todos los demás caciques, que nos enviasen de presto cuatro mil hombres de guerra; y enviaron a decir que si fueran para pelear con indios como ellos, que sí hicieran, e aun muchos más de los que les demandaban, e que para contra teules como nosotros, e contra bombardas e caballos, que les perdonen, que no los quieren dar; e proveyeron de veinte cargas de gallinas; e luego Cortés escribió en posta a Sandoval que se juntase con todos sus soldados muy prestamente con nosotros, que íbamos a unos pueblos obra de doce leguas de Cempoal, que se dicen Tampanequita e Mitlanguita, que ahora son de

la encomienda de Pedro Moreno Medrano, que vive en la Puebla; e que mirase muy bien el Sandoval que Narváez no le prendiese, ni hubiese a las manos a él, ni a ninguno de sus soldados. Pues yendo que íbamos de la manera que he dicho, con mucho concierto para pelear si topásemos gentes de guerra de Narváez o al mismo Narváez, y nuestros corredores del campo descubriendo, e siempre una jornada adelante dos de nuestros soldados grandes peones, personas de mucha confianza, y estos no iban por camino derecho, sino por partes que no podían ir a caballo, para saber e inquirir, de indios, de la gente de Narváez. Pues yendo nuestros corredores del campo descubriendo, vieron venir a un Alonso de Mata, el que decían que era escribano, que venía a notificar los papeles o traslados de las provisiones, según dije atrás en el capítulo que dello habla, e a los cuatro españoles que con él venían por testigos, y luego vinieron los dos nuestros soldados de a caballo a dar mandado, y los otros dos corredores de campo se estuvieron en palabras con el Alonso de Mata e con los cuatro testigos; y en este instante nos dimos priesa en andar y alargamos el paso, y cuando llegaron cerca de nosotros, y Cortés se apeó del caballo y supo a lo que venían. Y como el Alonso de Mata quería notificar los despachos que traía, Cortés le dijo que si era escribano del rey, y dijo que sí; y mandóle que luego exhibiese el título, e que si le traía, que leyese los recados, e que haría lo que viese que era servicio de Dios e de su majestad; y si no le traía, que no leyese a aquellos papeles; e que también había de ver los originales de su majestad. Por manera que el Mata, medio cortado e medroso, porque no era escribano de su majestad, y los que con él venían no sabían qué se decir; y Cortés les mandó dar de comer, y porque comiesen reparamos allí; y les dijo Cortés que íbamos a unos pueblos cerca del real del señor Narváez, que

se decían Tampanequita, y que allí podía enviar a notificar lo que su capitán mandase; y tenía Cortés tanto sufrimiento, que nunca dijo palabra mala del Narváez, e apartadamente habló con ellos y les untó las manos con tejuelos de oro, y luego se volvieron a su Narváez diciendo bien de Cortés y de todos nosotros; y como muchos de nuestros soldados por gentileza en aquel instante llevábamos en las armas joyas de oro, y otros cadenas y collares al cuello, y aquellos que venían a notificar los papeles les vieron, dicen en Cempoal maravillarse de nosotros; y muchos había en el real de Narváez, personas principales, que querían venir a tratar paces con Cortés y su capitán Narváez, como a todos nos veían ir ricos. Por manera que llegamos a Tampanequita, e otro día llegó el capitán Sandoval con los soldados que tenía, que serían hasta sesenta; porque los demás, viejos y dolientes, los dejó en unos pueblos de indios nuestros amigos, que se decían Papalote, para que allí les diesen de comer; y también vinieron con él los cinco soldados parientes y amigos del licenciado Lucas Vázquez de Aillón, que se habían venido huyendo del real de Narváez, y venían a besar las manos a Cortés; a los cuales con mucha alegría recibió muy bien; y allí estuvo contando el Sandoval a Cortés de lo que les acaeció con el clérigo furioso Guevara y con el Vergara y con los demás, Y cómo los mandó llevar presos a México, según y de la manera que dicho tengo en el capítulo pasado. Y también dijo cómo desde la Villa-Rica envió dos soldados como indios, puestas mantillas o mantas, y eran como indios propios, al real de Narváez; e como eran morenos, dijo Sandoval que no parecían sino propios indios, Y cada uno llevó una carguilla de ciruelas a vender, que en aquella sazón era tiempo dellas, cuando estaba Narváez en los arenales, antes que se pasasen al pueblo de Cempoal; c que fueron al rancho del bravo Salvatierra, e que les dio por

las ciruelas un sartalejo de cuentas amarillas. E cuando hubieron vendido las ciruelas, el Salvatierra les mandó que le fuesen por yerba, creyendo que eran indios, allí junto a un riachuelo que está cerca de los ranchos, para su caballo, e fueron e cogieron unas carguillas dello: y esto era a hora del Ave-María cuando volvieron con la yerba; y se estuvieron en el rancho en cuclillas como indios hasta que anocheció, y tenían ojo y sentido en lo que decían ciertos soldados de Narváez que vinieron a tener palacio e compañía al Salvatierra. Diz que les decía el Salvatierra: «¡Oh, a qué tiempo hemos venido, que tiene allegado este traidor de Cortés más de setecientos mil pesos de oro, y todos seremos ricos; pues los capitanes y soldados que consigo trae, no será menos sino que tengan mucho oro!» Y decían por ahí otras palabras. Y desque fue bien escuro vienen los dos nuestros soldados que estaban hechos como indios, y callando salen del rancho, y van adonde tenía el caballo, y con el freno que estaba junto con la silla le enfrenan y ensillan, y cabalgan en él. Y viniéndose para la villa de camino, topan otro caballo maneado cabe el riachuelo, y también se lo trajeron. Y preguntó Cortés al Sandoval por los mismos caballos, y dijo que los dejó en el pueblo de Papalote, donde quedaban los dolientes; porque por donde él venía con sus compañeros no podían pasar caballos, porque era tierra muy fragosa y de grandes sierras, y que vino por allí por no topar con gente de Narváez; y cuando Cortés supo que era el un caballo de Salvatierra se holgó en gran manera, e dijo: «Ahora braveará más cuando lo halle menos». Volvamos a decir del Salvatierra, que cuando amaneció e no halló a los dos indios que le trajeron a vender las ciruelas, ni halló su caballo ni la silla y el freno, dijeron después muchos soldados de los del, mismo Narváez que decía cosas que los hacía reír; por que luego conoció que eran españoles de los de Cortés los que le

llevaron los caballos; y desde allí adelante se velaban. Volvamos a nuestra materia; y luego Cortés con todos nuestros capitanes y soldados estuvimos platicando cómo y de qué manera daríamos en el real de Narváez; e lo que se concertó antes que fuésemos sobre el Narváez diré adelante.

Capítulo CXVI

Cómo acordó Cortés con todos nuestros capitanes y soldados que tornásemos a enviar al real de Narváez al fraile de la Merced, que era muy sagaz y de buenos medios, y que se hiciese muy servidor del Narváez, e que se mostrase favorable a su parte mas que no a la de Cortés, e que secretamente convocase al artillero que se decía Rodrigo Martín e a otro artillero que se decía Usagre, e que hablase con Andrés de Duero para que viniese a verse con Cortés; e que otra carta que escribiésemos al Narváez que mirase que se la diese en sus manos, e lo que en tal caso convenía, e que tuviese mucha advertencia; y para esto llevó mucha cantidad de tejuelos e cadenas de oro para repartir

Pues como ya estábamos en el pueblo todos juntos, acordamos que con el padre de la Merced se escribiese otra carta al Narváez, que decían en ella así, o otras palabras formales como estas que diré: después de puesto su acato con gran cortesía; que nos habíamos holgado de su venida, e creíamos que con su generosa persona haríamos gran servicio a Dios nuestro señor y a su majestad; e que no nos ha querido responder cosa ninguna, antes nos llama de traidores, siendo muy leales servidores del rey; e ha revuelto toda la tierra con las palabras que envió a decir a Moctezuma; e que le envió Cortés a pedir por merced que escogiese la provincia en cualquiera parte que él quisiese quedar con la gente que tiene, o fuese adelante, e que nosotros iríamos a otras tierras e haríamos lo que a buenos servidores de su majestad somos obligados; e que le hemos pedido por merced que si trae provisiones de su majestad que envíe los originales para ver y entender si vienen con la real firma y ver lo que en ellas se contiene, para que luego que lo veamos, los pechos por tierra para obedecerla; e que no ha querido hacer lo uno ni lo otro, sino tratarnos mal de

palabra y revolver la tierra; que le pedimos y requerimos de parte de Dios y del rey nuestro señor que dentro en tres días envíe a notificar los despachos que trae con escribano de su majestad, e que cumpliremos como mandado del rey nuestro señor todo lo que en las reales provisiones mandare; que para aquel efecto nos hemos venido a aquel pueblo de Tampanequita, por estar más cerca de su real; e que si no trae las provisiones y se quisiese volver a Cuba, que se vuelva y no alborote más la tierra, con protestación que si otra cosa hace, que iremos contra él a le prender y enviarlo preso a nuestro rey y señor, pues sin su real licencia nos viene a dar guerra e desasosegar todas las ciudades; e que todos los males e muertes y fuegos y menoscabos que sobre esto acaecieren, que sea a su cargo, y no al nuestro; y esto se escribe ahora por carta misiva, porque no osa ningún escribano de su majestad írselo a notificar, por temor no le acaezca tan gran desacato como el que se tuvo con un oidor de su majestad, y que ¿dónde se vio tal atrevimiento de le enviar preso? Y que allende de lo que dicho tiene, por lo que es obligado a la honra y justicia de nuestro rey, que le conviene castigar aquel gran desacato y delito, como capitán general y justicia mayor que es de aquesta Nueva-España, le cita y emplaza para ello, y se lo demandará usando de justicia, pues es crimen laesae majestatis lo que ha tentado, e que hace a Dios testigo de lo que ahora dice; y también le enviamos a decir que luego volviese al cacique gordo las mantas y ropa y joyas de oro que le habían tomado por fuerza, y asimismo las hijas de señores que nos habían dado sus padres, y mandase a sus soldados que no robasen a los indios de aquel pueblo ni de otros. Y después de puesta su cortesía y firmada de Cortés y de nuestros capitanes y algunos soldados, iba allí mi firma; y entonces se fue con el mismo fraile un soldado que se decía Bartolomé de Usagre,

porque era hermano del artillero Usagre, que te nía cargo del artillería de Narváez; y llegados nuestros religiosos y el Usagre a Cempoal, adonde estaba el Narváez, diré lo que diz que pasó.

Capítulo CXVII

Cómo el fraile de la Merced fue a Cempoal, adonde estaba el Narváez e todos sus capitanes, y lo que pasó con ellos, y les dio la carta

Como el fraile de la Merced, llegó al real de Narváez, sin más gastar yo palabras en tornarlo a recitar, hizo lo que Cortés le mandó, que fue convocar a ciertos caballeros de los de Narváez y al artillero Rodrigo Martín, que así se llamaba, e al Usagre, que tenía también cargo de los tiros; y para mejor la atraer, fue un su hermano del Usagre con tejuelos de oro, que dio de secreto al hermano; y asimismo el fraile repartió todo el oro que Cortés le mandó, y habló al Andrés de Duero que luego se viniese a nuestro real con Cortés; y además desto, ya el fraile había ido a ver y hablar al Narváez y hacérsele muy gran servidor; y andando en estos pasos, tuvieron gran sospecha de lo en que andaba nuestro fraile, e aconsejaban al Narváez que luego le prendiese, e así lo querían hacer; y como lo supo Andrés de Duero, que era secretario del Diego Velázquez, y era de Tudela de Duero, y se tenían por deudos el Narváez y él, porque el Narváez también era de tierra de Valladolid o del mismo Valladolid, y en toda la armada era muy estimado e preeminente, el Andrés de Duero fue al Narváez y le dijo que le habían dicho que quería prender al fraile de la Merced, mensajero y embajador de Cortés; que mirase que ya que hubiese sospecha que el fraile hablaba algunas cosas en favor de Cortés, que no es bien prenderle, pues que claramente se ha visto cuánta honra e dádivas da Cortés a todos los suyos del Narváez que allá van; e que el fraile ha hablado con él después que allí ha venido e lo que siente de él es que desea que él y otros caballeros del real de Cortés le vengan a servir, e que todos fuesen amigos; e que mirase

cuánto bien dice Cortés a los mensajeros que envía; que no le sale por la boca a él ni a cuantos están con él, sino «el señor capitán Narváez», e que sería poquedad prender a un religioso; e que otro hombre que vino con él, que es hermano de Usagre el artillero, que le viene a ver: que convide al fraile a comer, y le saque del pecho la voluntad que todos los de Cortés tienen. Y con aquellas palabras, y otras sabrosas que le dijo, amansó al Narváez. Y luego desque esto pasó, se despidió Andrés de Duero del Narváez, y secretamente habló al padre lo que había pasado; y luego el Narváez envió a llamar al fraile, y como vino, le hizo mucho acato, y medio riendo (que era el fraile muy cuerdo y sagaz) le suplicó que se apartase en secreto, y el Narváez se fue con él paseando a un patio, y el fraile le dijo: «Bien entendido tengo que vuestra merced me quería mandar prender; pues hágole saber, señor, que no tiene mejor ni mayor servidor en su real que yo, y tengo por cierto que muchos caballeros y capitanes de los de Cortés le querrían ya ver en las manos de vuestra merced; y ansí, creo que vendremos todos; y para más le atraer a que se desconcierte, le han hecho escribir una carta de desvaríos, firmada de los soldados, que me dieron que diese a vuestra merced, que no la he querido mostrar hasta ahora, que vine a pláticas, que en un río la quise echar por las necedades que en ella trae; y eso hacen todos sus capitanes y soldados de Cortés por verle ya desconcertar». Y el Narváez dijo que se la diese, y el fraile le dijo que la dejó en su posada e que iría por ella; e ansí, se despidió para ir por la carta; y entre tanto vino al aposento del Narváez el bravoso Salvatierra; y de presto el fraile llamó a Duero que fuese luego en casa del Narváez para ver darle la carta; que bien sabía ya el Duero della, y aun otros capitanes de Narváez que se habían mostrado por Cortés, porque el fraile consigo la traía, sino porque tuviesen

juntos muchos de los de aquel real y le oyesen. E luego como vino el fraile con la carta, se la dio al mismo Narváez, y dijo: «No se maraville vuestra merced con ella, ya que Cortés anda desvariando; y sé cierto que si vuestra merced le habla con amor, que luego se le dará él y todos los que consigo trae». Dejémonos de razones del fraile, que las tenía muy buenas, y digamos que le dijeron a Narváez los soldados y capitanes que leyese la carta, y cuando la oyeron, dice que hacían bramuras el Narváez y el Salvatierra, y los demás se reían, como haciendo burla della; y entonces dijo el Andrés de Duero: «Ahora yo no sé cómo sea esto; yo no lo entiendo; porque este religioso me ha dicho que Cortés y todos se le darán a vuestra merced, y ¡escribir ahora estos desvarios!» Y luego de buena tinta también le ayudó a la plática al Duero un Agustín Bermúdez, que era capitán e alguacil del real de Narváez, e dijo: «Ciertamente, también he sabido de este fraile de la Merced muy en secreto que como enviase buenos terceros, que el mismo Cortés vendría a verse con vuestra merced para que se diese con sus soldados; y será bien que envíe a su real, pues no está muy lejos, al señor veedor Salvatierra e al señor Andrés de Duero, e yo iré con ellos»; y esto dijo adrede por ver qué diría el Salvatierra. Y respondió el Salvatierra que estaba mal dispuesto e que no iría a ver un traidor; y el fraile le dijo: «Señor veedor, bueno es tener templanza, pues está cierto que le tendréis preso antes de muchos días». Pues concertada la partida del Andrés de Duero, parece ser muy en secreto trató el Narváez con el mismo Duero y con tres capitanes que tuviesen modo con el Cortés cómo se viesen en unas estancas e casas de indios que estaban entre el real de Narváez y el nuestro, e que allí se darían conciertos donde habíamos de ir con Cortés a poblar y partir términos, y en las vistas le prendería; y para ello tenía ya hablado el

Narváez a veinte soldados de sus amigos; lo cual luego supo el fraile del Narváez e del Andrés de Duero, y avisaron a Cortés de todo. Dejemos al fraile en el real de Narváez, que ya se había hecho muy amigo y pariente del Salvatierra, siendo el fraile de Olmedo y el Salvatierra de Burgos, y comía con él cada día. E digamos de Andrés de Duero, que quedaba apercibiéndose para ir a nuestro real y llevar consigo a Bartolomé de Usagre, nuestro soldado, porque el Narváez no alcanzase a saber de él lo que pasaba; y diré lo que en nuestro real hicimos.

Capítulo CXVIII

Cómo en nuestro real hicimos alarde de los soldados que éramos, y cómo trajeron doscientas y cincuenta picas muy largas, con unos hierros de cobre cada una, que Cortés había mandado hacer en unos pueblos que se dicen los chinantecas, y nos imponíamos cómo habíamos de jugar dellas para derrocar la gente de a caballo que tenía Narváez, y otras cosas que en el real pasaron

Volvamos a decir algo atrás de lo dicho, y lo que más pasó. Así como Cortés tuvo noticia del armada que traía Narváez, luego despachó un soldado que había estado en Italia, bien diestro de todas armas, y más de jugar una pica, y le envió a una provincia que se dice los chinantecas, junto adonde estaban nuestros soldados los que fueron a buscar minas; porque aquellos de aquella provincia eran muy enemigos de los mexicanos e pocos días había que tomaron nuestra amistad, e usaban por armas muy grandes lanzas, mayores que las nuestras de Castilla, con dos brazas de pedernal e navajas; y envióles a rogar que luego le trajesen a do quiera que estuviesen trescientas dellas, e que les quitasen las navajas, e que pues tenían mucho cobre, que les hiciesen a cada una dos hierros, y llevó el soldado la manera cómo habían de ser los hierros; y como llegó, de presto buscaron las lanzas e hicieron los hierros; porque en toda la provincia a aquella sazón había cuatro o cinco pueblos, sin muchas estancias, y las recogieron, e hicieron los hierros muy más perfectamente que se los enviamos a mandar; y también mandó a nuestro soldado, que se decía Tovilla, que les demandase dos mil hombres de guerra, e que para el día de pascua del Espíritu Santo viniese con ellos al pueblo de Tampanequita, que ansí se decía, o que preguntase en qué parte estábamos, e que todos dos mil hombres trajesen

lanzas; por manera que el soldado se los demandó, e los caciques dijeron que ellos vendrían con la gente de guerra; y el soldado se vino luego con obra de doscientos indios, que trajeron las lanzas, y con los demás indios de guerra quedó para venir con ellos otro soldado de los nuestros, que se decía Barrientos; y este Barrientos estaba en la estancia y minas que descubrían, ya otra vez por mí nombradas, y allí se concertó que había de venir de la manera que está dicho a nuestro real; porque sería de andadura diez o doce leguas de lo uno a lo otro. Pues venido el nuestro soldado Tovilla con las lanzas, eran muy extremadas de buenas; y allí, se daba orden y nos imponía el soldado e nos mostraba a jugar con ellas, y cómo nos habíamos de haber con los de a caballo, e ya teníamos hecho nuestro alarde y copia y memoria de todos los soldados y capitanes de nuestro ejército, y hallamos doscientos y seis, contados atambor e pífano, sin el fraile, y con cinco de a caballo, y dos artilleros y pocos ballesteros y menos escopeteros; y a lo que tuvimos ojo, para pelear con Narváez eran las picas, y fueron muy buenas, como adelante verán. Y dejemos de platicar más en el alarde y lanzas, y diré cómo llegó Andrés de Duero, que envió Narváez a nuestro real, e trajo consigo a nuestro soldado Usagre y dos indios naborias de Cuba, y lo que dijeron y concertaron Cortés y Duero, según después alcanzamos a saber.

Capítulo CXIX

Cómo vino Andrés de Duero a nuestro real y el soldado Usagre y dos indios de Cuba, naborias del Duero, y quién era el Duero y a lo que venía, y lo que tuvimos por cierto y lo que se concertó

Y es desta manera, que tengo de volver muy atrás a recitar lo pasado. Ya he dicho en los capítulo s más adelante destos que cuando estábamos en Santiago de Cuba, que se concertó Cortés con Andrés de Duero y con un contador del rey, que se decía Amador de Lares, que eran grandes amigos del Diego Velázquez, y el Duero era su secretario, que tratase con el Diego Velázquez que le hiciesen a Cortés capitán general para venir en aquella armada, y que partiría con ellos todo el oro y plata y joyas que le cupiese de su parte de Cortés; y como el Andrés de Duero vio en aquel instante a Cortés, su compañero, tan rico y poderoso, y so color que venía a poner paces y a favorecer a Narváez, en lo que entendió era a demandar la parte de la compañía, porque ya el otro su compañero Amador de Lares era fallecido; y como Cortés era sagaz y manso, no solamente le prometió de darle gran tesoro, sino que también le daría mando en toda la armada, ni más ni menos que su propia persona, y que, después de conquistada la Nueva-España, le daría otros tantos pueblos como a él, con tal que tuviese concierto con Agustín Bermúdez, que era alguacil mayor del real de Narváez, y con otros caballeros que aquí no nombro, que estaban convocados para que en todo caso fuesen en desviar al Narváez para que no saliese con la vida e con honra y le desbaratase; y como a Narváez tuviese muerto o preso, y deshecha su armada, que ellos quedarían por señores y partirían el oro y pueblos de la Nueva-España; y para más le atraer y convocar a lo que dicho tengo, le cargó

de oro sus dos indios de Cuba; y según pareció, el Duero se lo prometió, y aun ya se lo tenía prometido el Agustín Bermúdez por firmas y cartas; y también envió Cortés al Bermúdez y a un clérigo que se decía Juan de León, y al clérigo Guevara, que fue el que primero envió Narváez, y otros sus amigos, muchos tejuelos y joyas de oro, y les escribió lo que le pareció que convenía, para que en todo le ayudasen; y estuvo el Andrés de Duero en nuestro real el día que llegó hasta otro día después de comer, que era día de pascua del Espíritu Santo, y comió con Cortés y estuvo hablando con él en secreto buen rato; y cuando hubieron comido se despidió el Duero de todos nosotros, así capitanes como soldados, y luego fue a caballo otra vez adonde Cortés estaba, y dijo: «¿Qué manda vuestra merced? que me quiero ir»; y respondióle: «Que vaya con Dios, y mire, señor Andrés de Duero, que haya buen concierto de lo que tenemos platicado; si no, en mi conciencia (que así juraba Cortés), que antes de tres días con todos mis compañeros seré allá en vuestro real, y al primero que le eche lanza será a vuestra merced si otra cosa siento al contrario de lo que tenemos hablado». Y el Duero se rió, y dijo: «No faltaré en cosa que sea contrario de servir a vuestra merced»; y luego se fue, y llegado a su real, diz que dijo al Narváez que Cortés y todos los que estábamos con él sentía estar de buena voluntad para pasarnos con el mismo Narváez. Dejemos de hablar desto del Duero, y diré cómo Cortés luego mandó llamar a un nuestro capitán, que se dice Juan Velázquez de León, persona de mucha cuenta y amigo de Cortés, y era pariente muy cercano del gobernador de Cuba Diego Velázquez; y a lo que siempre tuvimos creído, también le tenía Cortés convocado y atraído a sí con grandes dádivas y ofrecimientos que le daría mando en la Nueva-España y le haría su igual; porque el Juan Velázquez

siempre se mostró muy gran servidor y verdadero amigo, como adelante verán. Y cuando hubo venido delante de Cortés y hecho su acato, le dijo: «¿Qué manda vuestra merced?» Y Cortés, como hablaba algunas veces muy meloso y con la risa en la boca, le dijo medio riendo: «A lo que, señor Juan Velázquez, le hice llamar es, que me dijo Andrés de Duero que dice Narváez, y en todo su real hay fama, que si vuestra merced va allá, que luego yo soy deshecho y desbaratado, porque creen que se ha de hacer con Narváez; y a esta causa he acordado que por mi vida, si bien me quiere, que luego se vaya en su buena yegua rucia, y que lleve todo su oro y la fanfarrona (que era muy pesada cadena de oro), y otras cositas que yo le daré, que dé allá por mí a quien yo le dijere; y su fanfarrona de oro que pesa mucho, llevará al hombro, y otra cadena que pesa más que ella llevará con dos vueltas, y allá verá qué le quiere Narváez, y, en viniendo que se venga, luego irán allá el señor Diego de Ordás, que le desean ver en su real, como mayordomo que era del Diego Velázquez». Y el Juan Velázquez respondió que él haría lo que su merced mandaba, mas que su oro ni cadenas que no las llevaría consigo, salvo lo que le diese para dar a quien mandase; porque donde su persona estuviese, es para le siempre servir, más que cuanto oro ni piedras de diamantes puede haber: «Ansí lo tengo yo creído, dijo Cortés, y con esta confianza, señor, le envío; mas si no lleva todo su oro y joyas, como le mando, no quiero que vaya allá». Y el Juan Velázquez respondió: «Hágase lo que vuestra merced mandare»; y no quiso llevar las joyas. Y Cortés allí le habló secretamente, y luego se partió, y llevó en su compañía a un mozo de espuelas de Cortés para que le sirviese, que se decía Juan del Río. Y dejemos desta partida de Juan Velázquez, que dijeron que lo envió Cortés por descuidar a Narváez, y

volvamos a decir lo que en nuestro real pasó: que dende a dos horas que se partió el Juan Velázquez, mandó Cortés tocar el atambor a Canillas, que ansí se llamaba nuestro atambor, y a Benito de Veguer, nuestro pífano, que tocase su tamborino, y mandó a Gonzalo de Sandoval, que era capitán y alguacil mayor, que llamase a todos los soldados, y comenzásemos a marchar luego a paso largo camino de Cempoal; e yendo por nuestro camino se mataron dos puercos de la tierra, que tiene el ombligo en el espinazo, y dijimos muchos soldados que era señal de victoria; y dormimos en un repecho cerca de un riachuelo, y sendas piedras por almohadas, como lo teníamos de costumbre, y nuestros corredores del campo adelante y espías y rondas; y cuando amaneció, caminamos por nuestro camino derecho, y fuimos a hora de mediodía a un río, adonde está ahora poblada la Villa Rica de la Veracruz, donde desembarcan las barcas con mercaderías que vienen de Castilla; porque en aquel tiempo estaban pobladas junto al río unas casas de indios y arboledas; y como en aquella tierra hace grandísimo sol, reposamos allí, como dicho tengo, porque traíamos nuestras armas y picas. Y dejemos ahora de más caminar, y digamos lo que al Juan Velázquez de León le avino con Narváez y con un su capitán que también se decía Diego Velázquez, sobrino del Velázquez, gobernador de Cuba.

Capítulo CXX

Cómo llegó Juan Velázquez de León y el mozo de espuelas que se decía Juan del Río al real de Narváez, y lo que en él pasó

Ya he dicho cómo envió Cortés al Juan Velázquez de León y al mozo de espuelas para que le acompañase a Cempoal, y a ver lo que Narváez quería, que tanto deseo tenía de tenerlo en su compañía; por manera que ansí como partieron de nuestro real se dio tanta prisa en el camino, y fue amanecer a Cempoal; y se fue a apear el Juan Velázquez en casa del cacique gordo, porque el Juan del Río no tenía caballo, y desde allí se van a pie a la posada de Narváez. Pues como los indios de Cempoal le conocieron, holgaron de le ver y hablar, y decían a voces a unos soldados de Narváez que allí posaban en casa del cacique gordo, que aquel era Juan Velázquez de León, capitán de Malinche; y ansí como lo oyeron los soldados, fueron corriendo a demandar albricias a Narváez cómo había venido Juan Velázquez de León, y antes que el Juan Velázquez llegase a la posada del Narváez, que ya le iba a le hablar, como de repente supo el Narváez su venida, le salió a recibir a la calle, acompañado de ciertos soldados, donde se encontraron el Juan Velázquez y el Narváez, y se hicieron muy grande acatos, y el Narváez abrazó al Juan Velázquez, y le mandó sentar en una silla, que luego trajeron sillas, cerca de sí, y le dijo que por qué no se fue a apear a su posada; y mandó a sus criados que le fuesen luego por el caballo y fardaje, y le llevaba, porque en su casa y caballeriza y posada estaría; y Juan Velázquez dijo que luego se quería volver, que no venía sino a besarle las manos, y a todos los caballeros de su real, y para ver si podía dar concierto que su merced y Cortés tuviesen paz y

amistad. Entonces dicen que el Narváez apartó al Juan Velázquez, y le comenzó a decir airado: cómo que tales palabras le había de decir de tener amistad ni paz con un traidor que se alzó a su primo Diego Velázquez con la armada. Y el Juan Velázquez respondió que Cortés no era traidor, sino buen servidor de su majestad, y que ocurrir a nuestro rey y señor, como envió e ocurrió, no se le ha de atribuir a traición, y que le suplica que delante dél no se diga tal palabra. Y entonces el Narváez le comenzó a hacer grandes prometimientos que se quedase con él, y que concierte con los de Cortés que se le den y vengan luego a se meter en su obediencia, prometiéndole con juramento que sería en todo su real el mas preeminente capitán, y en el mando segunda persona; y el Juan Velázquez respondió que mayor traición haría él en dejar al capitán, que tiene jurado, en la guerra y desampararlo, conociendo que todo lo que ha hecho en la Nueva-España es en servicio de Dios nuestro señor y de su majestad; que no dejará de acudir a Cortés, como acudía a nuestro rey y señor, y que le suplica que no se hable más en ello. En aquella sazón habían venido a ver a Juan Velázquez todos los más principales capitanes del real de Narváez, y le abrazaban con gran cortesía, porque el Juan Velázquez era muy de palacio y de buen cuerpo, membrudo, y de buena presencia y rostro y la barba muy bien puesta, y llevaba una cadena muy grande de oro echada al hombro, que le daba vueltas debajo el brazo, y parecíale muy bien, como bravoso y buen capitán. Dejemos deste buen parecer de Juan Velázquez y cómo le estaban mirando todos los capitanes de Narváez, y aun nuestro fraile de la Merced también le vino a ver y en secreto hablar, y asimismo el Andrés de Duero y el alguacil mayor Bermúdez, y pareció ser que en aquel instante ciertos capitanes de Narváez, que se decían Gamarra y un Juan Juste, y un Juan

Bono de Quejo, vizcaíno, y Salvatierra el bravoso, aconsejaron al Narváez que luego prendiese al Juan Velázquez, porque les pareció que hablaba muy sueltamente en favor de Cortés; e ya que había mandado el Narváez secretamente a sus capitanes y alguaciles que le echasen preso, súpolo Agustín Bermúdez y el Andrés de Duero, y nuestro fraile de la Merced y un clérigo que se decía Juan de León, y otras personas que se habían dado por amigos de Cortés, y dicen al Narváez que se maravillan de su merced querer mandar prender al Juan Velázquez de León, que ¿qué puede hacer Cortés contra él, aunque tenga en su compañía otros cien Juan Velázquez? Y que mire la honra y acatos que hace Cortés a todos los que de su real han ido, que les sale a recibir y a todos les da oro y joyas, y vienen cargados como abejas a las colmenas, y de otras cosas de mantas y mosqueadores, y que a Andrés de Duero y al clérigo Guevara, y Amaya y a Vergara el escribano, y a Alonso de Mata y otros que han ido a su real, bien los pudiera prender y no lo hizo; antes, como dicho tienen, les hace mucha honra, y que será mejor que le torne a hablar al Juan Velázquez con mucha cortesía, y le convide a comer para otro día; por manera que al Narváez le pareció bien el consejo, y luego le tornó a hablar con palabras muy amorosas para que fuese tercero en que Cortés se le diese con todos nosotros, y le convidó para otro día a comer; y el Juan Velázquez respondió que él haría lo que pudiese en aquel caso; mas que tenía a Cortés por muy porfiado y cabezudo en aquel negocio, y que sería mejor que partiesen las provincias, y que escogiese la tierra que más SU merced quisiese; y desto decía el Juan Velázquez por le amansar. Y entre aquellas pláticas llegóse al oído de Narváez el fraile de la Merced, y le dijo, como su privado y consejero que va se le había hecho: «Mande vuestra merced hacer alarde de

toda su artillería y caballos y escopeteros y ballesteros y soldados, para que lo vea el Juan Velázquez de León y el mozo de espuelas Juan del Río, para que Cortés tema vuestro poder e gente, y se venga a vuestra merced aunque le pese»; y esto lo dijo el fraile como por vía de su muy gran servidor y amigo, y por hacerle que trabajasen todos los de a caballo y soldados en su real. Por manera que por el dicho de nuestro fraile hizo hacer alarde delante del Juan Velázquez de León y el Juan del Río, estando presente nuestro religioso; y cuando fue acabado de hacer dijo el Juan Velázquez al Narváez: «Gran pujanza trae vuestra merced; Dios se lo acreciente». Entonces dijo el Narváez: «Ahí verá vuestra merced que si quisiera haber ido contra Cortés le hubiera traído preso, y a cuantos estáis con él». Entonces respondió el Juan Velázquez y dijo: «Téngale vuestra merced por tal, y a los soldados que con él estamos, que sabremos muy bien defender nuestras personas»; y ansí cesaron las pláticas.

Y otro día llevóle convidado a comer al Juan Velázquez, y comía con el Narváez un sobrino del Diego Velázquez, gobernador de Cuba, que también era su capitán; y estando comiendo, tratóse plática de cómo Cortés no se daba al Narváez, y de la carta y requerimientos que le enviamos, y de unas palabras en otras, desmandóse el sobrino de Diego Velázquez, que también se decía Diego Velázquez como el tío, y dijo que Cortés y todos los que con él estábamos éramos traidores, pues no se venían a someter al Narváez; y el Juan Velázquez cuando lo oyó se levantó en pie de la silla en que estaba, y con mucho acato dijo: «Señor capitán Narváez, ya he suplicado a vuestra merced que no se consienta que se digan palabras tales como estas que dicen de Cortés ni de ninguno de los que con él estamos, porque

verdaderamente son mal dichas: decir mal de nosotros, que tan lealmente hemos servido a su majestad»; y el Diego Velázquez respondió que eran bien dichas, y pues volvía por un traidor, que traidor debía de ser y otro tal como él, y que no era de los Velázquez buenos; y el Juan Velázquez, echando mano a su espada, dijo que mentía, que era mejor caballero que no él, y de los buenos Velázquez, mejores que no él ni su tío, y que se lo haría conocer si el señor capitán Narváez les daba licencia; y como había allí muchos capitanes, ansí de los de Narváez y algunos de los de Cortés, se metieron en medio, que de hecho le iba a dar el Juan Velázquez una estocada; y aconsejaron al Narváez que luego le mandase salir de su real, ansí a él como al fraile e a Juan del Río; porque a lo que sentían, no hacían provecho ninguno, y luego sin más dilación les mandaron que se fuesen; y ellos, que no veían la hora de verse en nuestro real, lo pusieron por obra. E dicen que el Juan Velázquez yendo a caballo en una buena yegua y su cota puesta, que siempre andaba con ella y con su capacete y gran cadena de oro, se fue a despedir del Narváez, y estaba allí con el Narváez el mancebo Diego Velázquez, el de la brega, y dijo al Narváez: «¿Qué manda vuestra merced para nuestro real?» Y respondió el Narváez, muy enojado, que se fuese, e que valiera más que no hubiera venido; y dijo el mancebo Diego Velázquez palabras de amenaza e injuriosas a Juan Velázquez, y le respondió a ellas el Juan Velázquez de León que es grande su atrevimiento, y digno de castigo por aquellas palabras que le dijo; y echándose mano a la barba, le dijo: «Para éstas, que yo vea antes de muchos días si vuestro esfuerzo es tanto como vuestro hablar»; y como venían con el Juan Velázquez seis o siete de los del real de Narváez, que ya estaban convocados por Cortés, que le iban a despedir, dicen que trabaron dél como enojados, y le

dijeron: «Váyase ya y no cure de más hablar»; y así, se despidieron, y a buen andar de sus caballos se van para nuestro real, porque luego les avisaron a Juan Velázquez que el Narváez los quería prender y apercibía muchos de a caballo que fuesen tras ellos; e viniendo su camino, nos encontraron al río que dicho tengo, que está ahora cabe la Veracruz; y estando que estábamos en el río por mí ya nombrado, teniendo la siesta, porque en aquella tierra hace mucho calor y muy recio; porque, como caminábamos con todas nuestras armas a cuestas y cada uno con una pica, estábamos cansados; y en este instante vino uno de nuestros corredores del campo a dar mandado a Cortés que veían venir buen rato de allí dos o tres personas de a caballo, y luego presumimos que serían nuestros embajadores Juan Velázquez y el fraile y Juan del Río; y como llegaron adonde estábamos, ¡qué regocijo y alegrías tuvimos todos! Y Cortés ¡cuántas caricias y buenos comedimientos hizo al Juan Velázquez y a nuestro fraile! Y tenía mucha razón, porque le fueron muy servidores; y allí contó el Juan Velázquez paso por paso todo lo atrás por mí dicho que les acaeció con Narváez, y cómo envió secretamente a dar las cadenas y tejuelos de oro a las personas que Cortés mandó. Pues oír a nuestro fraile, como era muy regocijado, sabíalo muy bien representar, cómo se hizo muy servidor del Narváez, y que por hacer burla dél le aconsejó que hiciese el alarde y, sacase su artillería, y con qué astucia y mañas le dio la carta; pues cuando contaba lo que le acaeció con el Salvatierra y se le hizo muy pariente, siendo el fraile de Olmedo y el Salvatierra adelante de Burgos, y de los fieros que le decía el Salvatierra que había de hacer y aconteced en prendiendo a Cortés y a todos nosotros, y aun se le quejó de los soldados que le hurtaron su caballo y el de otro capitán; y todos nosotros nos holgamos de lo oír, como si

fuéramos a bodas y regocijo, y sabíamos que otro día habíamos de estar en batalla; y que habíamos de vencer o morir en ella, siendo como éramos, doscientos y sesenta y seis soldados, y los de Narváez cinco veces más que nosotros. Volvamos a nuestra relación, y es que luego caminamos todos para Cempoal, y fuimos a dormir a un riachuelo, adonde estaba en aquella sazón una puente, obra de una legua de Cempoal, adonde está ahora una estancia de vacas. Y dejarlo he aquí, y diré lo que se hizo en el real de Narváez después que vinieron el Juan Velázquez y el fraile y Juan del Río, y luego volveré a contar lo que hicimos en nuestro real, porque en un instante acontecen dos o tres cosas, y por fuerza he de dejar las unas por contar lo que más viene a propósito desta relación.

Capítulo CXXI

De lo que se hizo en el real de Narváez después que de allí salieron nuestros embajadores

Pareció ser que como se vinieron el Juan Velázquez y el fraile e Juan del Río, dijeron al Narváez sus capitanes que en su real sentían que Cortés había enviado muchas joyas de oro, y que tenía de su parte amigos en el mismo real, y que sería bien estar muy apercibido y avisar a todos sus soldados que estuviesen con sus armas y caballos prestos; y demás desto, el cacique gordo, otras veces por mí nombrado, temía mucho a Cortés, porque había consentido que Narváez tomase las mantas y oro e indias que le tomó; y siempre espiaba sobre nosotros en qué parte dormíamos, por qué camino veníamos, porque así se lo había mandado por fuerza el Narváez; y como supo que ya llegábamos cerca de Cempoal, le dijo al Narváez el cacique gordo: «¿Qué hacéis, que estáis muy descuidado? ¿Pensáis que Malinche y los teules que trae consigo que son así como vosotros? Pues yo os digo que cuando no os cataréis será aquí y os matará»; y aunque hacían burla de aquellas palabras que el cacique gordo les dijo, no dejaron de se apercibir, y la primer cosa que hicieron fue pregonar guerra contra nosotros a fuego y sangre y a toda ropa franca; lo cual supimos de un soldado que llamaban «el Galleguillo», que se vino huyendo aquella noche del real de Narváez, o le envió el Andrés de Duero, y dio aviso a Cortés de lo del pregón y de otras cosas que convino saber. Volvamos a Narváez, que luego mandó sacar toda su artillería y los de a caballo, escopeteros y ballesteros y soldados a un campo, obra de un cuarto de legua de Cempoal, para allí nos aguardar y no dejar ninguno de nosotros que no fuese muerto o preso; y como llovió mucho

aquel día, estaban ya los de Narváez hartos de estar aguardándonos al agua; y como no estaban acostumbrados a aguas ni trabajos, y no nos tenían en nada sus capitanes, le aconsejaron que se volviesen a los aposentos, y que era afrenta estar allí, como estaban, aguardando a dos, tres, y as que decían que éramos, y que asestase su artillería delante de sus aposentos, que era diez y ocho tiros gruesos, y que estuviesen toda la noche cuarenta de a caballo esperando en el camino por do habíamos de venir a Cempoal, y que tuviese al paso del río, que era por donde habíamos de pasar, sus espías, que fuesen buenos hombres de a caballo y peones ligeros para dar mandado; y que en los patios de los aposentos de Narváez anduviesen toda la noche veinte de a caballo; y este concierto que le dieron fue por hacerle volver a los aposentos; y más le decían sus capitanes: «Pues ¡cómo, Señor! ¿Por tal tiene a Cortés, que se ha de atrever con tres gatos que tiene a venir a este real; por el dicho deste indio gordo? No lo crea vuestra merced, sino que echa aquellas algaradas y muestras de venir porque vuestra merced venga a buen concierto con él»; por manera que así como dicho tengo se volvió Narváez a su real, y después de vuelto, públicamente prometió que quien matase a Cortés o a Gonzalo de Sandoval que le daría dos mil pesos; y luego puso espías al río a un Gonzalo Carrasco, que vive ahora en la Puebla, y al otro que se decía fulano Hurtado. El nombre y apellido y señal secreta que dio cuando batallasen contra nosotros en su real había de ser «Santa María, Santa María»; y demás deste concierto que tenían hecho, mandó Narváez que en su aposento durmiesen muchos soldados, así escopeteros como ballesteros, y otros con partesanas, y otros tantos mandó que estuviesen en el aposento del veedor Salvatierra, y Gamarra, y del Juan Bono. Ya he dicho el concierto que tenía Narváez en su real, y volveré a decir la

orden que se dio en el nuestro.

Capítulo CXXII

Del concierto y orden que se dio en nuestro real para ir contra Narváez, y el razonamiento que Cortés nos hizo, y lo que respondimos

Llegados que fuimos al riachuelo que ya he dicho, que estará obra de una legua de Cempoal, y había allí unos buenos prados, después de haber enviado nuestros corredores del campo, personas de confianza, nuestro capitán Cortés a caballo nos envió a llamar, así a capitanes como a todos los soldados, y de que nos vio juntos dijo que nos pedía por merced que callásemos; y luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo y plática, tan bien dichas (cierto, otras palabras más sabrosas y llenas de ofertas que yo aquí no sabré escribir); en que nos trajo a la memoria desde que salimos de la isla de Cuba, con todo lo acaecido por nosotros hasta aquella sazón, y nos dijo: «Bien saben vuestras mercedes que Diego Velázquez, gobernador de Cuba, me eligió por capitán general, no porque entre vuestras mercedes no había muchos caballeros que eran merecedores dello; y saben que creístes que veníamos a poblar, y así se publicaba y pregonó; y según han visto, enviaba a rescatar; y saben lo que pasamos sobre que me quería volver a la isla de Cuba a dar cuenta a Diego Velázquez del cargo que me dio, conforme a su instrucción; pues vuestras mercedes me mandasteis y requeristeis que poblásemos esta tierra en nombre de su majestad, como, gracias a nuestro señor, la tenemos poblada, y fue cosa cuerda; y demás desto, me hicisteis vuestro capitán general y justicia mayor della, hasta que su majestad otra cosa sea servido mandar. Como ya he dicho, entre algunos de vuestras mercedes hubo algunas pláticas de tornar a Cuba, que no lo quiero más declarar, pues a manera de decir, ayer

pasó, y fue muy santa y buena nuestra quedada, y hemos hecho a Dios y a su majestad gran servicio, que esto claro está; ya saben lo que prometimos en nuestras cartas a su majestad (después de le haber dado cuenta y relación de todos nuestros hechos) que punto no quedó, e que aquesta tierra es de la manera que hemos visto y conocido della, que es cuatro veces mayor que Castilla, y de grandes pueblos y muy rica de oro y minas, y tiene cerca otras provincias; y cómo enviamos a suplicar a su majestad que no la diese en gobernación ni de otra cualquiera manera a persona ninguna; y porque creíamos y teníamos por cierto que el obispo de Burgos don Juan Rodríguez de Fonseca, que era en aquella sazón presidente de Indias y tenía mucho mando, que la demandaría a su majestad para el Diego Velázquez o algún pariente o amigo del Obispo, porque esta tierra es tal y tan buena para dar a un infante o gran señor, que teníamos determinado de no darle a persona ninguna hasta que su majestad oyese a nuestros procuradores, y nosotros viésemos su real firma, e vista, que con lo que fuere servido mandar "los pechos por tierra"; y con las cartas ya sabían que enviamos y servimos a su majestad con todo el oro y plata, joyas e todo cuanto teníamos habido»; y más dijo: «Bien se les acordará, señores, cuántas veces hemos llegado a punto de muerte en las guerras y batallas que hemos habido. Pues no hay que traerlas a la memoria, que acostumbrados estamos de trabajos y aguas y vientos y algunas veces hambres, y siempre traer las armas a cuestas y dormir por los suelos, así nevando como lloviendo, que si miramos en ello, los cueros tenemos ya curtidos de los trabajos. No quiero decir más de cincuenta de nuestros compañeros que nos han muerto en las guerras, ni de todos vuestras mercedes como estáis entrajados y mancos de heridas que aun están por sanar; pues que les quería traer a

la memoria los trabajos que trajimos por la mar y las batallas de Tabasco, y los que se hallaron en lo de Almería y lo de Cingapacinga, y cuántas veces por las sierras y caminos nos procuraban quitar las vidas. Pues en las batallas de Tlascala en qué punto nos pusieron y cuáles nos traían; pues la de Cholula ya tenían puestas las ollas para comer nuestros cuerpos; pues a la subida de los puertos no se les había olvidado los poderes que tenía Moctezuma para no dejar ninguno de nosotros, y bien vieron los caminos todos llenos de pinos y árboles cortados; pues los peligros de la entrada y estada en la gran ciudad de México, cuántas veces teníamos la muerte al ojo, ¿quién los podrá ponderar? Pues vean los que han venido de vuestras mercedes dos veces primero que no yo, la una con Francisco Hernández de Córdoba y la otra con Juan de Grijalva, los trabajos, hambres y sedes, heridas y muertes de muchos soldados que en descubrir aquestas tierras pasasteis, y todo lo que en aquellos dos viajes habéis gastado de vuestras haciendas». Y dijo que no quería contar otras muchas cosas que tenía por decir por menudo, y no habría tiempo para acabarlo de platicar, porque era tarde y venía la noche; y más dijo: «Digamos ahora, señores: Pánfilo de Narváez viene contra nosotros con mucha rabia y deseo de nos haber a las manos, y no habían desembarcado, y nos llamaban de traidores y malos; y envió a decir al gran Moctezuma, no palabras de sabio capitán, sino de alborotador; y además desto, tuvo atrevimiento de prender a un oidor de su majestad, que por sólo este delito es digno de ser castigado. Ya habrán oído cómo han pregonado en su real, guerra contra nosotros a ropa franca, como si fuéramos moros». Y luego, después de haber dicho esto Cortés, comenzó a sublimar nuestras personas y esfuerzos en las guerras y batallas pasadas, «y que entonces peleábamos por salvar nuestras vidas, y que

ahora hemos de pelear con todo vigor por vida y honra, pues nos vienen a prender y echar de nuestras casas y robar nuestras haciendas: y demás desto, que nos sabemos si trae provisiones de nuestro rey y señor, salvo favores del obispo de Burgos, nuestro contrario; y si por ventura caemos debajo de sus manos de Narváez (lo cual Dios no permita), todos nuestros servicios, que hemos hecho a Dios primeramente y a su majestad, tornarán en deservicios, y harán procesos contra nosotros; y dirán que hemos muerto y robado y destruido la tierra; donde ellos son los robadores y alborotadores y deservidores de nuestro rey y señor, dirán que le han servido. Y pues vemos por los ojos todo lo que he dicho, y como buenos caballeros somos obligados a volver por la honra de su majestad y por las nuestras, y por nuestras casas y haciendas; y con esta intención salí de México, teniendo confianza en Dios y de nosotros; que todo lo ponía en las manos de Dios primeramente, y después en las nuestras: que veamos lo que nos parece». Entonces respondimos, y también juntamente con nosotros Juan Velázquez de León y Francisco dé Lugo y otros capitanes, que tuviese por cierto que, mediante Dios, habíamos de vencer o morir sobre ella, y que mirase no le convenciesen con partidos, porque si alguna cosa hacía fea, le daríamos de estocadas. Entonces, como vio nuestras voluntades, se holgó mucho, y dijo que con aquella confianza venía; y allí hizo muchas ofertas y prometimientos que seríamos todos muy ricos y valerosos. Hecho esto, tornó a decir que nos pedía por merced que callásemos, y que en las guerras y batallas es menester más prudencia y saber para bien vencer los contrarios, que no demasiada osadía; y que porque tenía conocido de nuestros grandes esfuerzos que por ganar honra cada uno de nosotros se quería adelantar de los primeros a encontrar con los enemigos, que fuésemos puestos en

ordenanza y capitanías; y para que la primera cosa que hiciésemos fuese tomarles el artillería, que eran diez y ocho tiros que tenían asestados delante de sus aposentos de Narváez, mandó que fuese por capitán un pariente suyo de Cortés que se decía Pizarro, que ya he dicho otras veces que en aquella sazón no había fama de Perú ni Pizarros, que no era descubierto; y era el Pizarro suelto mancebo, y le señaló sesenta soldados mancebos, y entre ellos me nombraron a mí; y mandó que, después de tomada el artillería, acudiésemos todos a los aposentos de Narváez, que estaba en un muy alto cu; y para prender a Narváez señaló por capitán a Gonzalo de Sandoval con otros sesenta compañeros; y como era alguacil mayor, le dio un mandamiento que decía así: «Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor desta Nueva-España por su majestad, yo os mando que prendáis el cuerpo de Pánfilo de Narváez, e si se os defendiere, matadle, que así conviene al servicio de Dios y del rey nuestro señor, por cuanto ha hecho muchas cosas en deservicio de Dios y de su majestad, y le prendió a un oidor. Dado en este real»; y la firma, Hernando Cortés, y refrendo de su secretario Pedro Hernández. Y después de dado el mandamiento, prometió que al primer soldado que le echase la mano le daría tres mil pesos, y al segundo dos mil, y al tercero mil; y dijo que aquello que prometía que era para guantes, que bien veíamos la riqueza que había entre nuestras manos; y luego nombré a Juan Velázquez de León para que prendiese a Diego Velázquez, con quien había tenido la brega, y le dio otros sesenta soldados; y asimismo nombró a Diego de Ordás para que prendiese al Salvatierra, y le dio otros sesenta soldados, que cada capitán de éstos estaba en su fortaleza e altos cues, y el mismo Cortés por sobresaliente con otros veinte soldados para acudir adonde más necesidad hubiese, y donde él tenía el pensamiento de

asistir era para prender a Narváez y a Salvatierra; pues ya dadas las copias a los capitanes, como dicho tengo, dijo: «Bien sé que los de Narváez son por todos cuatro veces más que nosotros; mas ellos no son acostumbrados a las armas, y como están la mayor parte dellos mal con su capitán, y muchos dolientes, les tomaremos de sobresalto; tengo pensamiento que Dios nos dará victoria, que no porfiarán mucho en su defensa, porque más bienes les haremos nosotros que no su Narváez; así, señores, pues nuestra vida y honra está, después de Dios, en vuestros esfuerzos y vigorosos brazos, no tengo más, que os pedir por merced mi traer a la memoria, sino que en esto está el toque de nuestras honras y famas para siempre jamás; y más vale morir por buenos que vivir afrentados»; y porque en aquella sazón llovía y era tarde no dijo más. Una cosa he pensado después acá, que jamás nos dijo tengo tal concierto en el real hecho, ni fulano ni zutano es en nuestro favor, ni cosa ninguna destas, sino que peleásemos como varones; y esto de no decirnos que tenía amigos en el real de Narváez fue muy de cuerdo capitán, que por aquel efecto no dejásemos de batallar como esforzados, y no tuviésemos esperanza en ellos, sino, después de Dios, en nuestros grandes ánimos. Dejemos desto, y digamos cómo cada uno de los capitanes por mí nombrados estaban con los soldados señalados cómo y de qué manera habíamos de pelear poniéndose esfuerzo unos a otros. Pues mi capitán Pizarro, con quien habíamos de tomar la artillería, que era la cosa de más peligro, y habíamos de ser los primeros que habíamos de romper hasta los tiros, también decía con mucho esfuerzo cómo habíamos de entrar y calar nuestras picas hasta tener la artillería en nuestro poder, y cuando se la hubiésemos tomado, que con ella misma mandó a nuestros artilleros, que se decían Mesa y el Siciliano y Usagre y Arbega, que con las pelotas que

estuviesen por descargar se diese guerra a los del aposento de Salvatierra. También quiero decir la gran necesidad que teníamos de armas, que por un peto o capacete o casco o babera de hierro diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello y todo cuanto habíamos ganado; y luego secretamente nos nombraron el apellido que habíamos de tener estando batallando, que era «Espíritu Santo, Espíritu Santo»; que esto se suele hacer secreto en las guerras porque se conozcan y apelliden por el nombre, que no lo sepan unos contrarios de otros; y los de Narváez tenían su apellido y voz «Santa María, Santa María». Ya hecho todo esto, como yo era gran amigo y servidor del capitán Sandoval, me dijo aquella noche que me pedía por merced que cuando hubiésemos tomado el artillería, si quedaba con la vida, siempre me hablase con él y le siguiese; e yo le prometí, e así lo hice, como adelante verán. Digamos ahora en qué se entendió un rato de la noche, sino en aderezar y pensar en lo que teníamos por delante, pues para cenar no teníamos cosa ninguna; y luego fueron nuestros corredores del campo, y se puso espías y velas a mí y a otros dos soldados, y no tardó mucho, cuando viene un corredor del campo a me preguntar que si he sentido algo, y yo dije que no; y luego, vino un cuadrillero, y dijo que el Galleguillo que había venido del real de Narváez no parecía, y que era espía echada del Narváez; e que mandaba Cortés que luego marchásemos camino de Cempoal, e oímos tocar nuestro pífano y atambor, y los capitanes apercibiendo sus soldados, y comenzamos a marchar, y al Galleguillo hallaron debajo de unas mantas durmiendo; que, como llovió y el pobre no era acostumbrado a estar al agua ni fríos, metióse allí a dormir. Pues yendo nuestro paso tendido, sin tocar pífano ni atambor, que luego mandó Cortés que no tocasen, y nuestros corredores del campo descubrieron la tierra,

llegamos al río, donde estaban las espías de Narváez, que ya he dicho que se decían Gonzalo Carrasco e Hurtado, y estaban descuidados, que tuvimos tiempo de prender al Carrasco, y el otro fue dando voces al real de Narváez y diciendo: «Al arma, al arma, que viene Cortés». Acuérdome que cuando pasábamos aquel río, como llovía venía un poco hondo, y las piedras resbalaban algo y, como llevábamos a cuestas las picas y armas, nos hacía mucho estorbo; y también me acuerdo cuando se prendió a Carrasco decía a Cortés a grandes voces: «Mira, señor Cortés, no vayas allá; que juró a tal que está Narváez esperándoos en el campo con todo su ejército»; y Cortés le dio en guarda a su secretario Pedro Hernández; y como vimos que el Hurtado fue a dar mandado, no nos detuvimos cosa, sino que el Hurtado iba dando voces y mandando dar alarma, y el Narváez llamando sus capitanes, y nosotros calando nuestras picas y cerrando con su artillería, todo fue uno, que no tuvieron tiempo sus artilleros de poner fuego sino a cuatro tiros, y las pelotas algunas dellas pasaron por alto, e una dellas mató a tres de nuestros compañeros. Pues en este instante llegaron todos nuestros capitanes, tocando alarma nuestro pífano y atambor; y como había muchos de los de Narváez a caballo, detuviéronse un poco con ellos, porque luego derrocaron seis o siete dellos. Pues nosotros los que tomamos el artillería no osábamos desampararla, porque el Narváez desde su aposento nos tiraba saetas y escopetas; y en aquel instante llegó el capitán Sandoval y sube de presto las gradas arriba, y por mucha resistencia que le ponía el Narváez y le tiraban saetas y escopetas y con partesanas y lanzas, todavía las subió él y sus soldados; y luego como vimos los soldados que ganamos el artillería que no había quien nos la defendiese, se la dimos a nuestros artilleros por mí nombrados, y fuimos muchos de nosotros y el capitán

Pizarro a ayudar al Sandoval, que les hacían los de Narváez venir seis o siete grados abajo retrayéndose, y con nuestra llegada tornó a las subir, y estuvimos buen rato peleando con nuestras picas, que eran grandes; y cuando no me cato oímos voces del Narváez, que decía: «Santa María, valeme; que muerto me han y quebrado un ojo»; y cuando aquello oímos, luego dimos voces: «Victoria, victoria por los del nombre del Espíritu Santo; que muerto es Narváez»; y con todo esto no les pudimos entrar en el cu donde estaban hasta que un Martín López, el de los bergantines, como era alto de cuerpo, puso fuego a las pajas del alto cu, y vinieron todos los de Narváez rodando las gradas abajo; entonces prendimos a Narváez, y el primero que le echó mano fue un Pero Sánchez Farfán e yo se lo di al Sandoval, y a otros capitanes del mismo Narváez que con él estaban todavía dando voces y apellidando: «Viva el rey, viva el rey, y en su real nombre Cortés; victoria, victoria; que muerto es Narváez». Dejemos este combate, e vamos a Cortés y a los demás capitanes que todavía estaban batallando cada uno con los capitanes del Narváez que aún no se habían dado, porque estaban en muy altos cúes, y con los tiros que les tiraban nuestros artilleros y con nuestras voces de muerte del Narváez, como Cortés era muy avisado, mandó de presto pregonar que todos los de Narváez se vengan luego a someter debajo de la bandera de su majestad, y de Cortés en su real nombre, so pena de muerte; y aun con todo esto no se daban los de Diego Velázquez el mozo ni los de Salvatierra, porque estaban en muy altos cues y no los podían entrar; hasta que Gonzalo de Sandoval fue con la mitad de nosotros los que con él estábamos, y con los tiros y con los pregones les entramos, y se prendieron así al Salvatierra como los que con él estaban, y al Diego Velázquez el mozo; y luego Sandoval vino con todos

nosotros los que fuimos en prender al Narváez a ponerle más en cobro, puesto que le habíamos echado dos pares de grillos, y cuando Cortés y el Juan Velázquez y el Ordás tuvieron presos a Salvatierra y al Diego Velázquez el mozo y a Gamarra y a Juan Yuste y a Juan Bono, vizcaíno, y a otras personas principales, vino Cortés desconocido, acompañado de nuestros capitanes, adonde teníamos a Narváez, y con el calor que hacía grande, y como estaba cargado con las armas e andaba de una parte a otra apellidando a nuestros soldados y haciendo dar pregones, venía muy sudando y cansado, y tal, que no le alcanzaban un huelgo a otro, e dijo a Sandoval dos veces, que no le acertaba a decir del trabajo que traía, e dijo: «¿Qué es de Narváez? ¿Qué es de Narváez?» E dijo Sandoval: «Aquí está, aquí está, e a muy buen recaudo»; y tornó Cortés a decir muy sin huelgo: «Mirad, hijo Sandoval, que no os quitéis dél vos y vuestros compañeros, no se os suelte mientras yo voy a entender en otras cosas; e mirad estos capitanes que con él tenéis presos que en todo haya recaudo»; y luego se fue, y mandó dar otros pregones que, so pena de muerte, que todos los de Narváez luego en aquel punto se vengan a someter debajo de la bandera de su majestad, y en su real nombre de Hernando Cortés, su capitán general y justicia mayor, e que ninguno trajese ningunas armas, sino que todos las diesen y entregasen a nuestros alguaciles; y todo esto era de noche, que no amanecía, y aún llovía de rato en rato, y entonces salía la luna, que cuando allí llegamos hacía muy oscuro y llovía, y también la oscuridad ayudó; que, como hacía tan oscuro, había muchos cucuyos (así los llaman en Cuba), que relumbraban de noche, e los de Narváez creyeron que eran mechas de las escopetas. Dejemos esto, y pasemos adelante: que, como el Narváez estaba muy mal herido y quebrado el

ojo, demandó licencia a Sandoval para que un cirujano que traía en su armada, que se decía maestre Juan, le curase el ojo a él, y otros capitanes que estaban heridos, y se la dio; y estándole curando llegó allí cerca Cortés disimulando, que no le conociesen, a la ver curar; dijéronle al Narváez que estaba allí Cortés, y como se lo dijeron, dijo el Narváez: «Señor capitán Cortés, tened en mucho esta victoria que de mí habéis habido y en tener presa mi persona»; y Cortés le respondió que daba muchas gracias a Dios, que se la dio, y por los esforzados caballeros y compañeros que tenía, que fueron parte para ello. E que una de las menores cosas que en la Nueva-España ha hecho es prenderle y desbaratarle; y que si le ha parecido bien tener atrevimiento de prender a un oidor de su majestad. Y cuando hubo dicho esto se fue de allí, que no le hablé más, y mandó a Sandoval que le pusiese buenas guardas, y que no se quitase dél con personas de recaudo; ya le teníamos echado dos pares de grillos y le llevábamos a un aposento, y puestos soldados que le habíamos de guardar, y a mí me señaló Sandoval por uno dellos, y secretamente me mandó que no dejase hablar con él a ninguno de los de Narváez hasta que amaneciese, que Cortés le pusiese más en cobro. Dejemos desto, y digamos cómo Narváez había enviado cuarenta de a caballo para que nos estuviesen aguardando en el paso del río cuando viniésemos a su real, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y supimos que andaban todavía en el campo; tuvimos temor no nos viniesen a acometer para nos quitar sus capitanes, e al mismo Narváez, que teníamos presos, y estábamos muy apercibidos; y acordó Cortés de les enviar a pedir por merced que se viniesen al real, con grandes ofrecimientos que a todos prometió: y para los traer envió a Cristóbal de Olí, que era nuestro maestre de campo, e a Diego de Ordás, y fueron en unos caballos que tomaron de

los de Narváez, que de todos los nuestros no trajimos ningunos, que atados quedaron en un montecillo junto a Cempoal; que no trajimos sino picas, espadas y rodelas y puñales; y fueron al campo con un soldado de los de Narváez, que les mostró el rastro por donde habían ido, y se toparon con ellos; y en fin, tantas palabras de ofertas y ofrecimientos les dijeron, por parte de Cortés que los trajeron. Y antes que llegasen a nuestro real ya era de día claro; y sin decir cosa ninguna Cortés ni ninguno de nosotros a los atabaleros que el Narváez traía, comenzaron a tocar los atabales y a tañer sus pífanos y tambores, y decían: «Viva, viva la gala de los romanos, que siendo tan pocos han vencido a Narváez y a sus soldados»; e un negro que se decía Guidela, que fue muy gracioso y truhan, que traía el Narváez, daba voces que decía: «Mirad que los romanos no han hecho tal hazaña»; y por más que les decíamos que callasen y no tañesen sus atabales, no querían, hasta que Cortés mandó que prendiesen al atabalero, que era medio loco, que se decía Tapia; y en este instante vino Cristóbal de Olí y Diego de Ordás, y trajeron a los de a caballo que dicho tengo, y entre ellos venía Andrés de Duero y Agustín Bermúdez, y muchos amigos de nuestro capitán; y así como venían, iban a besar las manos a Cortés, que estaba sentado en una silla de caderas, con una ropa larga de color como anaranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaba y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que les decía; era cosa de ver qué alegre estaba; y tenía mucha razón de verse en aquel punto tan señor y pujante; y así como le besaban la mano se fueron cada uno a su posada. Digamos ahora de los muertos y heridos que hubo aquella noche. Murió el alférez de Narváez que se decía fulano de Fuentes, que era un hidalgo de Sevilla; murió otro

capitán de Narváez que se decía Rojas, natural de Castilla la Vieja; murieron otros dos de Narváez; murió uno de los tres soldados que se le habían pasado, que habían sido de los nuestros, que llamábamos Alonso García «el carretero», y heridos de los de Narváez hubo muchos; y también murieron de los nuestros otros cuatro, y hubo más heridos; y el cacique gordo también salió herido: porque, como supo que veníamos cerca de Cempoal, se acogió al aposento de Narváez, y allí le hirieron, y luego Cortés le mandó curar muy bien y le puso en su casa, y que no se le hiciese enojo. Pues Cervantes «el loco» y Escalonilla, que son los que se pasaron al Narváez que habían sido de los nuestros, tampoco libraron bien, que Escalona salió bien herido, y el Cervantes bien apaleado, e ya he dicho que murió «el carretero». Vamos a los del aposento del Salvatierra, el muy fiero, que dijeron sus soldados que en toda su vida vieron hombres para menos ni tan cortado de muerte cuando nos oyó tocar al arma y cuando decíamos: «Victoria, victoria; que muerto es Narváez». Dicen que luego dijo que estaba muy malo del estómago, e que no fue para cosa ninguna. Esto lo he dicho por sus fieros y bravear; y de los de su compañía también hubo heridos. Digamos del aposento del Diego Velázquez y otros capitanes que estaban con él, que también hubo heridos, y nuestro capitán Juan Velázquez de León prendió al Diego Velázquez, aquel con quien tuvo las bregas estando comiendo con el Narváez, y le llevó a su aposento y le mandó curar y hacer mucha honra. Pues ya he dado cuenta de todo lo acaecido en nuestra batalla, digamos ahora lo que más se hizo.

Capítulo CXXIII

Cómo después de desbaratado Narváez según y de la manera que he dicho, vinieron los indios de Chinanta que Cortés había enviado a llamar, y de otras cosas que pasaron

Ya he dicho en el capítulo que dello habla, que Cortés envió a decir a los pueblos de Chinanta, donde trajeron las lanzas e picas, que viniesen dos mil indios dellos con sus lanzas, que son mucho más largas que no las nuestras, para nos ayudar, e vinieron aquel mismo día y algo tarde, después de preso Narváez, y venían por capitanes los caciques de los mismos pueblos e uno de nuestros soldados, que se decía Barrientos, que había quedado en Chinanta para aquel efecto; y entraron en Cempoal con muy gran ordenanza, de dos en dos; y como traían las lanzas muy grandes y de buen cuerpo, y tienen en ellas unas braza de cuchilla de pedernales, que cortan tanto como navajas, según ya otras veces he dicho, y traía cada indio una rodela como pavesina, y con sus banderas tendidas, y con muchos plumajes y atambores y trompetillas, y entre cada lancero e lancero un flechero, y dando gritos y silbos decían: «Viva el rey, viva el rey, y Hernando Cortés en su real nombre»; y entraron bravosos, que era cosa de notar; y serían mil y quinientos, que parecían, de la manera y concierto que venían, que eran tres mil; y cuando los de Narváez los vieron se admiraron, e dicen que dijeron unos a otros que si aquella gente les tomara en medio o entraran con nosotros, qué tal que les pararan; y Cortés habló a los indios capitanes muy amorosamente, agradeciéndoles su venida y les dio cuentas de Castilla, y les mandó que luego se volviesen a sus pueblos, y que por el camino no hiciesen daño a otros pueblos, y tornó a enviar con ellos al mismo Barrientos. Y

quedarse ha aquí, y diré lo que más Cortés hizo.

Capítulo CXXIV

Como Cortés envió al puerto al capitán Francisco de Lugo y en su compañía dos soldados que habían sido maestres de hacer navíos, para que luego trajese allí a Cempoal todos los maestres y pilotos de los navíos y flota de Narváez, y que les sacasen las velas y timones e agujas, porque no fuesen a dar mandado a la isla de Cuba a Diego Velázquez de lo acaecido, y cómo puso almirante de la mar

Pues acabado de desbaratar al Pánfilo de Narváez, e presos él y sus capitanes, e a todos los demás tomando sus armas, mandó Cortés al capitán Francisco de Lugo que fuese al puerto donde estaba la flota de Narváez, que eran diez y ocho navíos, y mandase venir allí a Cempoal a todos los pilotos y maestres de los navíos, y que les sacasen velas y timones e agujas, porque no fuesen a dar mandado a Cuba a Diego Velázquez; e que si no le quisiesen obedecer, que les echase presos; y llevó consigo el Francisco de Lugo dos de nuestros soldados, que habían sido hombres de la mar, para que le ayudasen; y también mandó Cortés que luego le enviasen a un Sancho de Barahona, que le tenía preso el Narváez con otros soldados. Este Barahona fue vecino de Guatemala, hombre rico; y acuérdome que cuando llegó ante Cortés, que venía muy doliente y flaco, y le mandó hacer honra. Volvamos a los maestres y pilotos, que luego vinieron a besar las manos al capitán Cortés, a los cuales tomó juramento que no saldrían de su mandado, e que le obedecerían en todo lo que les mandase; y luego les puso por almirante y capitán de la mar a un Pedro Caballero, que había sido maestre de un navío de los de Narváez; persona de quien Cortés se fió mucho, al cual dicen que le dio primero buenos tejuelos de oro; y a éste mandó que no dejase ir de aquel puerto ningún navío a parte ninguna, y

mandó a todos los maestres y pilotos y marineros que todos le obedeciesen, y que si de Cuba enviase Diego Velázquez más navíos (porque tuvo aviso Cortés que estaban dos navíos para venir) que tuviese modo que a los capitanes que en él viniesen les echase presos, y les sacase el timón e velas y agujas, hasta que otra cosa en ello Cortés mandase. Lo cual así lo hizo Pedro Caballero, como adelante diré. Y dejemos ya los navíos y el puerto seguro, y digamos lo que se concertó en nuestro real e los de Narváez; y es que luego se dio orden, que fuese a conquistar y poblar: a Juan Velázquez de León a lo de Pánuco; y para ello Cortés le señaló ciento y veinte soldados, los ciento habían de ser los de Narváez, y los veinte de los nuestros entremetidos porque tenían más experiencia en la guerra; y también a Diego de Ordás dio otra capitanía de otros ciento y veinte soldados para ir a poblar a lo de Guazacualco, y los ciento habían de ser de los de Narváez y los veinte de los nuevos, según y de la manera que a Juan Velázquez de León; y había de llevar otros dos navíos para desde el río de Guazacualco enviar a la isla de Jamaica por ganados de yeguas y becerros, puercos y ovejas, y gallinas de Castilla y cabras, para multiplicar la tierra, porque la provincia de Guazacualco era buena para ello. Pues para ir aquellos capitanes con sus soldados y llevar todas sus armas, Cortés se las mandó dar, y soltar todos los prisioneros capitanes de Narváez, excepto el Narváez y el Salvatierra, que decía que estaba malo del estómago. Pues para darles todas las armas, algunos de nuestros soldados les teníamos ya tomado caballos y espadas y otras cosas, y mandó Cortés que luego se las volviésemos, y sobre no dárselas hubo ciertas pláticas enojosas: y fueron, que dijimos los soldados, que las teníamos, muy claramente, que no se las queríamos dar, pues que en el real de Narváez pregonaron guerra contra nosotros a ropa franca, y con

aquella intención venían a nos prender y tomar lo que teníamos, e que siendo nosotros tan grandes servidores de su majestad, nos llamaban traidores, e que no se las queríamos dar; y Cortés todavía porfiaba a que se las diésemos, e como era capitán general, húbose de hacer lo que mandó, que yo les di un caballo que tenía ya escondido, ensillado y enfrenado, y dos espadas y tres puñales y una adarga, y otros muchos de nuestros soldados dieron también otros caballos y armas; y como Alonso de Ávila era capitán y persona que osaba decir a Cortés qué cosas convenían, e juntamente con él el padre de la Merced, hablaron aparte a Cortés, y le dijeron que parecía que quería remedar a Alejandro Macedonio, que después que con sus soldados había hecho alguna gran hazaña, que más procuraba de honrar y hacer mercedes a los que vencía que no a sus capitanes y soldados, que eran los que lo vencían; y esto, que lo decían porque lo han visto en aquellos días que allí estábamos después de preso Narváez, que todas las joyas de oro que le presentaban los indios de aquellas comarcas y bastimentos daba a los capitanes de Narváez, e como si no nos conociera, así nos olvidaba; y que no era bien hecho, sino muy grande ingratitud, hubiéndole puesto en el estado en que estaba. A esto respondió Cortés que todo cuanto tenía, ansí persona como bienes, era para nosotros, e que al presente no podía más sino con dádivas y palabras y ofrecimientos honrar a los de Narváez; porque, como son muchos, y nosotros pocos, no se levanten contra él y contra nosotros, y le matasen. A esto respondió el Alonso de Ávila, y le dijo ciertas palabras algo soberbias, de tal manera, que Cortés le dijo que quien no le quisiese seguir, que las mujeres han parido y paren en Castilla soldados; y el Alonso de Ávila dijo con palabras muy soberbias y sin acato que así era verdad: que soldados y capitanes e gobernadores, e que

aquello merecíamos que dijese. Y como en aquella sazón estaba la cosa de arte que Cortés no podía hacer otra cosa sino callar, y con dádivas y ofertas le atrajo a sí; y como conoció de él ser muy atrevido, y tuvo siempre Cortés temor que por ventura un día o otro no hiciese alguna cosa en su daño, disimuló; y dende allí adelante siempre le enviaba a negocios de importancia, como fue a la isla de Santo Domingo, y después a España cuando enviamos la recámara y tesoro del gran Moctezuma, que robó Juan Florin, gran corsario francés; lo cual diré en su tiempo y lugar. Y volvamos ahora al Narváez y a un negro que traía lleno de viruelas, que harto negro fue en la Nueva-España, que fue causa que se pegase e hinchiese toda la tierra dellas, de lo cual hubo gran mortandad; que, según decían los indios, jamás tal enfermedad tuvieron, y como no la conocían, lavábanse muchas veces, y a esta causa se murieron gran cantidad dellos. Por manera que negra la ventura de Narváez, y más prieta la muerte de tanta gente sin ser cristianos. Dejemos ahora todo esto, y digamos cómo los vecinos de la Villa-Rica que habían quedado poblados, que no fueron a México, demandaron a Cortés las partes del oro que les cabía, y dijeron a Cortés que, puesto que allí les mandó quedar en aquel puerto y villa, que tan bien servían allí a Dios y al rey como los que fuimos a México, pues entendían en guardar la tierra y hacer la fortaleza, y algunos dellos se hallaron en lo de Almería, que aún no tenían sanas las heridas, y que todos los más se hallaron en la prisión de Narváez, y que les diesen sus partes; y viendo Cortés que era muy justo lo que decían, dijo que fuesen dos hombres principales vecinos de aquella villa con poder de todos, y que lo tenía apartado, y que se lo darían; y paréceme que les dijo que en Tlascala estaba guardado, que esto no me acuerdo bien; e así, luego despacharon de

aquella villa dos vecinos por el oro y sus partes, y el principal se decía Juan de Alcántara «el viejo». Y dejemos de platicar en ello, y después diremos lo que sucedió al Alcántara y al otro; y digamos cómo la adversa fortuna vuelve de presto su rueda, que a grandes bonanzas y placeres siguen las tristezas; y es que en este instante vienen nuevas que México estaba alzado, y que Pedro de Alvarado está cercado en su fortaleza y aposento, y que le ponían fuego por todas partes en la misma fortaleza, y que le han muerto siete soldados, y que estaban otros muchos heridos; y enviaba a demandar socorros con mucha instancia y prisa; y esta nueva trajeron dos tlascaltecas sin carta ninguna, y luego vino una carta con otros tlascaltecas que envió el Pedro de Alvarado, en que decía lo mismo. Y cuando aquella tan mala nueva oímos, sabe Dios cuánto nos pesó, y a grandes jornadas comenzamos a caminar para México, y quedó preso en la Villa-Rica el Narváez y el Salvatierra, y por teniente y capitán paréceme que quedó Rodrigo Rangel, que tuviese cargo de guardar al Narváez y de recoger muchos de los de Narváez que estaban enfermos. Y también en este instante, ya que queríamos partir, vinieron cuatro grandes principales que envió el gran Moctezuma ante Cortés a quejarse del Pedro de Alvarado, y lo que dijeron llorando con muchas lágrimas de sus ojos fue, que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y sin causa ninguna dio en sus principales y caciques, que estaban bailando y haciendo fiesta a sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, con licencia que para ellos les dio el Pedro de Alvarado, e que mató e hirió muchos dellos, y que por se defender le mataron seis de sus soldados. Por manera que daban muchas quejas del Pedro de Alvarado; y Cortés les respondió a los mensajeros algo desabrido, e que él iría a México y pondría remedio en

todo; y así, fueron con aquella respuesta a su gran Moctezuma, y dicen la sintió por muy mala y hubo enojo della. Y asimismo luego despachó Cortés cartas para Pedro de Alvarado, en que le envió a decir que mirase que el Moctezuma no se soltase, e que íbamos a grandes jornadas; y le hizo saber de la victoria que habíamos habido contra Narváez; lo cual ya sabía el gran Moctezuma. Y dejarlo he aquí, y diré lo que más adelante pasó.

Capítulo CXXV

Cómo fuimos a grandes jornadas, así Cortés con todos sus capitanes como todos los de Narváez, excepto Pánfilo de Narváez y Salvatierra, que quedaban presos

Como llegó la nueva referida cómo Pedro de Alvarado estaba cercado y México rebelado, cesaron las capitanías que habían de ir a poblar a Pánuco y a Guazacualco, que habían dado a Juan Velázquez de León y a Diego de Ordás, que no fue ninguno dellos, que todos fueron con nosotros; y Cortés habló a los de Narváez, que sintió que no irían con nosotros de buena voluntad a hacer aquel socorro, y les rogó que dejasen atrás enemistades pasadas por lo de Narváez, ofreciéndoles de hacerlos ricos y darles cargos; y pues venían a buscar la vida, y estaban en tierra, y enriquecerse, que ahora les venía lance; y tantas palabras les dijo, que todos a una se le ofrecieron que irían con nosotros; y si supieran las fuerzas de México, cierto está que no fuera ninguno. Y luego caminamos a muy grandes jornadas hasta llegar a Tlascala, donde supimos que hasta que Moctezuma y sus capitanes habían sabido cómo habíamos desbaratado a Narváez, no dejaron de darle guerra a Pedro de Alvarado, y le habían ya muerto siete soldados y le quemaron los aposentos; y cuando supieron nuestra victoria cesaron de darle guerra; mas dijeron que estaban muy fatigados por falta de agua y bastimento, lo cual nunca se lo había mandado dar Moctezuma; y esta nueva trajeron indios de Tlascala en aquella misma hora que hubimos llegado. Y luego Cortés mandó hacer alarde de la gente que llevaba, y halló sobre mil y trescientos soldados, así de los nuestros como de los de Narváez, y sobre noventa y seis caballos y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros; con los cuales

le pareció a Cortés que llevaba gente para poder entrar muy a su salvo en México; y demás desto, en Tlascala nos dieron los caciques dos mil hombres, indios de guerra; y luego fuimos a grandes jornadas hasta Tezcuco, que es una gran ciudad, y no se nos hizo honra ninguna en ella ni pareció ningún señor, sino todo muy remontado y de mal arte; y llegamos a México día de señor San Juan de junio de 1520 años, y no parecía por las calles caciques ni capitanes ni indios conocidos, sino todas las casas despobladas. Y como llegamos a los aposentos en que solíamos posar, el gran Moctezuma salió al patio para hablar y abrazar a Cortés y darle el bien venido, y de la victoria con Narváez; y Cortés, como venía victorioso, no le quiso oír, y el Moctezuma se entró en su aposento muy triste y pensativo. Pues ya aposentados cada uno de nosotros donde solíamos estar antes que saliésemos de México para ir a lo de Narváez, y los de Narváez en otros aposentos, e ya habíamos visto e hablado con el Pedro de Alvarado y los soldados que con él quedaron, y ellos nos daban cuenta de las guerras que los mexicanos les daban y trabajo en que les tenían puestos, y nosotros les dábamos relación de la victoria contra Narváez. Y dejaré esto, y diré cómo Cortés procuró saber qué fue la causa de se levantar México, porque bien entendido teníamos que a Moctezuma le pesó dello, que si le pluguiera o fuera por su consejo, dijeron muchos soldados de los que se quedaron con Pedro de Alvarado en aquellos trances, que si Moctezuma fuera en ello que a todos les mataran; y que el Moctezuma los aplacaba que cesasen la guerra; y lo que contaba el Pedro de Alvarado a Cortés sobre el caso era, que por libertar los mexicanos al Moctezuma, e porque su Huichilobos se lo mandó porque pusimos en su casa la imagen de nuestra señora la virgen santa María y la cruz. Y mas dijo, que habían llegado muchos indios a quitar la santa

imagen del altar donde la pusimos, y que no pudieron quitarla, y que los indios lo tuvieron a gran milagro, y que se lo dijeron al Moctezuma, e que les mandó que la dejasen en el mismo lugar y altar, y que no curasen de hacer otra cosa; y así, la dejaron. Y más dijo el Pedro de Alvarado, que por lo que el Narváez les había enviado a decir al Moctezuma, que le venía a soltar de las prisiones y a prendernos, y no salió verdad; y como Cortés había dicho al Moctezuma que en teniendo navíos nos habíamos de ir a embarcar y salir de toda la tierra; e que no nos íbamos e que todo eran palabras, e que ahora habían visto venir muchos más teules; antes que todos los de Narváez y los nuestros tornásemos a entrar en México, que sería bien matar al Pedro de Alvarado y a sus soldados, y soltar al gran Moctezuma, y después no quedar a vida ninguno de los nuestros e de los de Narváez, cuanto más que tuvieron por cierto que nos venciera el Narváez. Estas pláticas y descargo dio el Pedro de Alvarado a Cortés, y le tornó a decir Cortés que a qué causa les fue a dar guerra estando bailando y haciendo sus fiestas y bailes y sacrificios que hacían a su Huichilobos y a Tezcatepuca; y el Pedro de Alvarado dijo que luego le habían de venir a dar guerra, según el concierto que tenían entre ellos hecho; y todo lo demás que lo supo de un papa y de dos principales y de otros mexicanos; y Cortés le dijo: «Pues hanme dicho que os demandaron licencia para hacer el areito y bailes»; e dijo que así era verdad, e que fue por tomarles descuidados; e que porque temiesen y no viniesen a darle guerra, que por esto se adelantó a dar en ellos; y como aquello Cortés le oyó le dijo, muy enojado, que era muy mal hecho, y grande desatino y poca verdad; e que plugiera a Dios que el Moctezuma se hubiera soltado, e que tal cosa no la oyera a sus oídos; y así le dejó, que no le habló más en ello. También yo quiero decir que decía el Pedro de Alvarado

que, cuando peleaban los indios mexicanos con él, que dijeron muchos de ellos que una gran tecleciguata, que es gran señora, que era otra como la que estaba en su gran cu, les echaba tierra en los ojos y les cegaba, y que un gran teule que andaba en un caballo blanco, les hacía mucho más daño, y que, si por ellos no fuera, que les mataran a todos; e que aquello diz que se lo dijeron al gran Moctezuma sus principales: y si aquello fue así grandísimos milagros son y de continuo hemos de dar gracias a Dios y a la virgen Santa María nuestra señora, su bendita madre, que en todo nos socorre y al bienaventurado señor Santiago. También dijo el mismo Pedro de Alvarado que cuando andaba con ellos en aquella guerra, que mandó poner a un tiro, que estaba cebado, fuego, el cual tenía una pelota y muchos perdigones, e que como venían muchos escuadrones de indios a le quemar los aposentos, que salió a pelear con ellos, e que mandó poner fuego al tiro, e que no salió, y que hizo una arremetida contra los escuadrones que le daban guerra, y cargaban muchos indios sobre él, e que venía retrayéndose a la fuerza y aposento, e que entonces sin poner fuego al tiro salió la pelota y los perdigones y mató muchos indios; y que si aquello no acaeciera, que los enemigos los mataran a todos, como en aquella vez le llevaron dos de sus soldados vivos. Otra cosa dijo el Pedro de Alvarado, y esta sola cosa la dijeron otros soldados, que las demás pláticas solo el Pedro de Alvarado lo contaba; y es, que no tenía agua para beber, y cavaron en el patio, e hicieron un pozo y sacaron agua dulce, siendo todo salado también. Todo fue muchos bienes que nuestro señor Dios nos hacía. E a esto del agua digo yo que en México estaba una fuente que muchas veces y todas las más manaba agua algo dulce; que lo demás que dicen algunas personas, que el Pedro de Alvarado, por codicia de haber mucho oro y joyas

de gran valor con que bailaban los indios, te fue a dar guerra, yo no lo creo ni nunca tal oí, ni es de creer que tal hiciese, puesto que lo dice el obispo fray Bartolomé de las Casas aquello y otras cosas que nunca pasaron; sino que verdaderamente dio en ellos por meterle temor, e que con aquellos males que les hizo tuviesen harto que curar y llorar en ellos, porque no le viniesen a dar guerra; y como dicen que quien acomete vence, y fue muy peor, según pareció. Y también supimos de mucha verdad que tal guerra nunca el Moctezuma mandó dar, e que cuando combatían al Pedro de Alvarado, que el Moctezuma les mandaba a los suyos que no lo hiciesen, y que le respondían que ya no era cosa de sufrir tenerle preso, y estando bailando irles a matar, como fueron; y que te habían de sacar de allí y matar a todos los teules que te defendían Estas cosas y otras sé decir que lo oí a personas de fe y que se hallaron con el Pedro de Alvarado cuando aquello pasé. Y dejarlo he aquí, y diré la gran guerra que luego nos dieron, y es desta manera.

Capítulo CXXVI

Cómo nos dieron guerra en México, y los combates que nos daban, y otras cosas que pasamos

Como Cortés vio que en Tezcuco no nos habían hecho ningún recibimiento, ni aun dado de comer, sino mal y por mal cabo, y que no hallamos principales con quien hablar, y lo vio todo rematado y de mal arte, y venido a México lo mismo; y vio que no hacían tianguez, sino todo levantado, e oyó al Pedro de Alvarado de la manera y desconcierto con que les fue a dar guerra; y parece ser había dicho Cortés en el camino a los capitanes, alabándose de sí mismo, el gran acato y mando que tenía, e que por los pueblos e caminos le saldrían a recibir y hacer fiestas, y que en México mandaba tan absolutamente, así al gran Moctezuma como a todos sus capitanes, e que le darían presentes de oro como solían; y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos, que aun de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la mucha gente de españoles que traía, y muy triste y mohino; y en este instante envió el gran Moctezuma dos de sus principales a rogar a nuestro Cortés que le fuese a ver, que le quería hablar, y la respuesta que le dio fue: «Vaya para perro, que aun tianguez no quiere hacer ni de comer nos manda dar»; y entonces, como aquello le oyeron a Cortés nuestros capitanes, que fue Juan Velázquez de León y Cristóbal de Olí y Alfonso de Ávila y Francisco de Lugo, dijeron: «Señor, temple su ira, y mire cuánto bien y honra nos ha hecho este rey destas tierras, que es tan bueno, que si por él no fuese ya fuéramos muertos y nos habrían comido, e mire que hasta las hijas le han dado». Y como esto oyó Cortés, se indignó más de las palabras que le dijeron, como parecían de reprensión, e dijo: «¿Qué

cumplimiento tengo yo de tener con un perro que se hacía con Narváez secretamente, e ahora veis que aun de comer no nos da?» Y dijeron nuestros capitanes: «Esto nos parece que debe hacer, y es buen consejo». Y como Cortés tenía allí en México tantos españoles, así de los nuestros como de los de Narváez, no se le daba nada por cosa ninguna, e hablaba tan airado y descomedido. Por manera que tornó a hablar a los principales que dijesen a su señor Moctezuma que luego mandase hacer tianguez y mercados; si no, que hará e que acontecerá; y los principales bien entendieron las palabras injuriosas que Cortés dijo de su señor, y aun también la reprensión que nuestros capitanes dieron a Cortés sobre ello; porque bien los conocían, que habían sido los que solían tener en guarda a su señor, y sabían que eran grandes servidores de su Moctezuma, y según y de la manera que lo entendieron, se lo dijeron al Moctezuma; y de enojo, o porque ya estaba concertado que nos diesen guerra, no tardó un cuarto de hora que vino un soldado a gran priesa muy mal herido, que venía de un pueblo que está junto a México, que se dice Tacuba, y traía unas indias que eran de Cortés, e la una hija de Moctezuma, que parece ser las dejó a guardar allí al señor de Tacuba, que eran sus parientes del mismo señor, cuando fuimos a lo de Narváez. Y dijo aquel soldado que estaba toda la ciudad y camino por donde venía lleno de gente de guerra con todo género de armas, y que le quitaron las indias que traía y le dieron dos heridas, e que si no se les soltara, que le tenían ya asido para le meter en una canoa y llevarle a sacrificar, y habían deshecho una puente. Y desque aquello oyó Cortés y algunos de nosotros, ciertamente nos pesó mucho; porque bien entendido teníamos los que solíamos batallar con indios, la mucha multitud que de ellos se suelen juntar, que por bien que peleásemos, y aunque más soldados trajésemos

ahora, que habíamos de pasar gran riesgo de nuestras vidas, y hambres y trabajos, especialmente estando en tan fuerte ciudad. Pasemos adelante, y digamos que luego mandó a un capitán que se decía Diego de Ordás, que fuese con cuatrocientos soldados, y entre ellos, los más ballesteros y escopeteros y algunos de a caballo, e que mirase qué era aquello que decía el soldado que había venido herido y trajo las nuevas; e que si viese que sin guerra y ruido se pudiese apaciguar, lo pascificase; y como fue el Diego de Ordás de la manera que le fue mandado, con sus cuatrocientos soldados, aun no hubo bien llegado a media calle por donde iba, cuando le salen tantos escuadrones mexicanos de guerra y otros muchos que estaban en las azoteas, y les dieron tan grandes combates, que le mataron a las primeras arremetidas ocho soldados, y a todos los más hirieron, y al mismo Diego de Ordás le dieron tres heridas. Por manera que no pudo pasar un paso adelante, sino volverse poco a poco al aposento; y al retraer le mataron otro buen soldado, que se decía Lezcano, que con un montante había hecho cosas de muy esforzado varón; y en aquel instante si muchos escuadrones salieron al Diego de Ordás, muchos más vinieron a nuestros aposentos, y tiran tanta vara y piedra con hondas y flechas, que nos hirieron de aquella vez sobre cuarenta y seis de los nuestros, y doce murieron de las heridas. Y estaban tantos guerreros sobre nosotros, que el Diego de Ordás, que se venía retrayendo, no podía llegar a los aposentos por la mucha guerra que le daban, unos por detrás y otros por delante y otros desde las azoteas. Pues quizá aprovechaban mucho nuestros tiros y escopetas, ni ballestas ni lanzas, ni estocadas que les dábamos, ni nuestro buen pelear; que, aunque les matábamos y heríamos muchos dellos, por las puntas de las picas y lanzas se nos metían; con todo esto, cerraban sus escuadrones y no

perdían punto de su buen pelear, ni les podíamos apartar de nosotros. Y en fin, con los tiros y escopetas y ballestas, y el mal que les hacíamos de estocadas, tuvo lugar el Ordás de entrar en el aposento; que hasta entonces, aunque quería, no podía pasar, y con sus soldados bien heridos y veinte y tres menos, y todavía no cesaban muchos escuadrones de nos dar guerra y decirnos que éramos como mujeres, y nos llamaban bellacos y otros vituperios. Y aun no ha sido nada todo el daño que nos han hecho hasta ahora, a lo que después hicieron. Y es, que tuvieron tanto atrevimiento, que, unos dándonos guerra por una parte y otros por otra, entraron a ponernos fuego en nuestros aposentos, que no nos podíamos valer con el humo y fuego, hasta que se puso remedio en derrocar sobre él mucha tierra y atajar otras salas por donde venía el fuego, que verdaderamente allí dentro creyeron de nos quemar vivos; y duraron estos combates todo el día y aun la noche, y aun de noche estaban sobre nosotros tantos escuadrones, y tiraban varas y piedras y flechas a bulto y piedra perdida, que entonces estaban todos aquellos patios y suelos hechos parvas dellos. Pues nosotros aquella noche en curar heridos, y en poner remedio en los portillos que habían hecho y en apercibirnos para otro día, en esto se pasó. Pues desque amaneció, acordó nuestro capitán que con todos los nuestros y los de Narváez saliésemos a pelear con ellos, y que llevásemos tiros y escopetas y ballestas, y procurásemos de los vencer, a lo menos que sintiesen más nuestras fuerzas y esfuerzo mejor que el día pasado. Y digo que si nosotros teníamos hecho aquel concierto, que los mexicanos tenían concertado lo mismo, y peleábamos muy bien; mas ellos estaban tan fuertes y tenían tantos escuadrones, que se mudaban de rato en rato, que aunque estuvieren allí diez mil Hectores troyanos y otros tantos Roldanes, no les pudieran matar.

Porque saberlo ahora yo aquí decir cómo pasó, y vimos este tesón en el pelear, digo que no lo sé escribir; porque ni aprovechaban tiros ni escopetas ni ballestas, ni apechugar con ellos, ni matarles treinta ni cuarenta de cada vez que arremetíamos; que tan enteros y con más vigor, peleaban que al principio; y si algunas veces les íbamos ganando alguna poca de tierra o parte de calle, y hacían que se retraían, era para que les siguiésemos, por apartarnos de nuestra fuerza y aposento, para dar más a su salvo en nosotros, creyendo que no volveríamos con las vidas a los aposentos; porque al retraernos nos hacían mucho mal. Pues para pasar a quemarles las casas, ya he dicho en el CAPÍTULO que dello habla, que de casa a casa tenían una puente de madera elevadiza, alzábanla, y no podíamos pasar sino por agua muy honda. Pues desde las azoteas, los cantos y piedras y varas no lo podíamos sufrir. Por manera que nos maltrataban y herían muchos de los nuestros, e no sé yo para qué lo escribo así tan tibiamente; porque unos tres o cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces a Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas que se habían hallado entre cristianos, y contra la artillería del rey de Francia ni del Gran Turco, ni gente como aquellos indios con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron; y porque decían otras muchas cosas y causas que daban a ello, como adelante verán. Y quedarse ha aquí, y diré cómo con harto trabajo nos retrajimos a nuestros aposentos, y todavía muchos escuadrones de guerreros sobre nosotros con grandes gritos e silbos, y trompetillas y atambores, llamándonos de bellacos y para poco, que no sabíamos atenderles todo el día en batalla, sino volvernos retrayendo. Aquel día mataron diez o doce soldados, y todos volvimos bien heridos; y lo que pasó de la noche fue en concertar

para que de ahí a dos días saliésemos todos los soldados cuantos sanos había en todo el real, y con cuatro ingenios a manera de torres, que se hicieron de madera bien recios, en que pudiesen ir debajo de cualquiera dellos veinte y cinco hombres; y llevaban sus ventanillas en ellos para ir los tiros, y también iban escopeteros y ballesteros; y junto con ellos habíamos de ir otros soldados escopeteros y ballesteros, y todos los demás de a caballo hacer algunas arremetidas. Y hecho este concierto, como estuvimos aquel día que entendíamos en la obra y fortalecer muchos portillos que nos tenían hechos, no salimos a pelear aquel día; no sé cómo lo diga, los grandes escuadrones de guerreros que nos vinieron a los aposentos a dar guerra, no solamente por diez o doce partes, sino por más de veinte; porque en todo estábamos repartidos, y otros en muchas partes; y entre tanto que los adobábamos y fortalecíamos, como dicho tengo, otros muchos escuadrones procuraron entrarnos los aposentos a escala vista, que por tiros ni ballestas ni escopetas, ni por muchas arremetidas y estocadas les podían retraer. Pues lo que decían, que en aquel día no había de quedar ninguno de nosotros, y que habían de sacrificar a sus dioses nuestros corazones y sangre, y con las piernas y brazos, que bien tendrían para hacer hartazgas y fiestas; y que los cuerpos echarían a los tigres y leones y víboras y culebras que tienen encerrados, que se harten dellos: e que a aquel efecto ha dos días que mandaron que no les diesen de comer; y que el oro que teníamos, que habríamos mal gozo dél y de todas las mantas; y a los de Tlascala que con nosotros estaban les decían que les meterían en jaulas a engordar, y que poco a poco harían sus sacrificios con sus cuerpos. Y muy afectuosamente decían que les diésemos su gran señor Moctezuma, y decían otras cosas; y de noche asimismo siempre silbos y voces, y rociadas de vara y piedra

y flecha; y cuando amaneció, después de nos encomendar a Dios, salimos de nuestros aposentos con nuestras torres, que me parece a mí que en otras partes donde me he hallado en guerras en cosas que han sido menester, las llaman burros y mantas; y con los tiros y escopetas y ballestas delante, y los de a caballo haciendo algunas arremetidas; e como he dicho, aunque les matábamos muchos dellos, no aprovechaba cosa para les hacer volver las espaldas, sino que si siempre muy bravamente habían peleado los doce días pasados, muy más fuertes con mayores fuerzas y escuadrones estaban este día; y todavía determinamos que, aunque a todos costase la vida, de ir con nuestras torres e ingenios hasta el gran cu del Huichilobos. No digo por extenso los grandes combates que en una casa fuerte nos dieron, ni diré cómo a los caballos los herían ni nos aprovechábamos dellos; porque, aunque arremetían a los escuadrones para romperlos, tirábanles tanta flecha y vara y piedra, que no se podían valer, por bien armados que estaban; y si los iban alcanzando, luego se dejaban caer los mexicanos a su salvo en las acequias y laguna, donde tenían hechos otros reparos para los de a caballo; y estaban otros muchos indios con sus lanzas muy largas para acabar de matarlos; así que no aprovechaba cosa ningún dellos. Pues apartarnos a quemar ni deshacer ninguna casa, era por demás; porque, como he dicho, están todas en el agua, y de casa a casa una puente levadiza; pasarla a nado era cosa muy peligrosa, porque desde las azoteas tiraban tanta piedra y cantos, que era cosa perdida ponernos en ello. Y demás desto, en algunas casas que les poníamos fuego tardaba una casa en se quemar un día entero, y no se podía pegar el fuego de una casa a otra, lo uno por estar apartadas la una de otra, el agua en medio, y lo otro por ser de azoteas; así que eran por demás nuestros trabajos en aventurar nuestras

personas en aquello. Por manera que fuimos al gran cu de sus ídolos, y luego de repente suben en él más de cuatro mil mexicanos, sin otras capitanías que en ellos estaban, con grandes lanzas y piedra y vara, y se ponen en defensa, y nos resistieron la subida un buen rato, que no bastaban las torres ni los tiros ni ballestas ni escopetas, ni los de a caballo; porque, aunque querían arremeter los caballos, había unas losas muy grandes, empedrado todo el patio, que se iban a los caballos los pies y manos; y eran tan lisas, que caían; e como desde las gradas del alto cu nos defendían el paso, e a un lado e otro teníamos tantos contrarios, aunque nuestros tiros llevaban diez o quince dellos, e a estocadas y arremetidas matábamos otros muchos, cargaba tanta gente, que no les podíamos subir al alto cu, y con gran concierto tornamos a porfiar sin llevar las torres, porque ya estaban desbaratadas, y les subimos arriba. Aquí se mostró Cortés muy varón, como siempre lo fue. ¡Oh qué pelear y fuerte batalla que aquí tuvimos! Era cosa de notar vernos a todos corriendo sangre y llenos de heridas, e más de cuarenta soldados muertos. E quiso nuestro señor que llegamos adonde solíamos tener la imagen de nuestra señora, y no la hallamos; que pareció, según supimos, que el gran Moctezuma tenía o devoción en ella o miedo, y la mandó guardar, y pusimos fuego a sus ídolos, y se quemó un pedazo de la sala con los ídolos Huichilobos y Tezcatepuca. Entonces nos ayudaron muy bien los tlascaltecas. Pues ya hecho esto, estando que estábamos unos peleando y otros poniendo fuego, como dicho tengo, ver los papas que estaban en este gran cu y sobre tres o cuatro mil indios, todos principales; ya que nos bajábamos, cuál nos hacían venir rodando seis gradas y aun diez abajo, y hay tanto que decir de otros escuadrones que estaban en los pretiles y concavidades del gran cu, tirándonos tantas varas y flechas,

que así a unos escuadrones como a los otros no podíamos hacer cara ni sustentarnos; acordamos, con mucho trabajo y riesgo de nuestras personas, de nos volver a nuestros aposentos, los castillos deshechos y todos heridos, y muertos cuarenta y seis, y los indios siempre apretándonos, y otros escuadrones por las espaldas, que a quien no nos vio, aunque aquí más claro lo diga, yo no lo sé significar; pues aún no digo lo que hicieron las escuadrones mexicanos, que estaban dando guerra en los aposentos en tanto que andábamo; fuera, y la gran porfía y tesón que ponían de les entrar a quemarlos. En esta batalla prendimos dos papas principales, que Cortés nos mandó que los llevasen a buen recaudo. Muchas veces he visto pintada entre los mexicanos y tlascaltecas esta batalla y subida que hicimos en este gran cu; y tiénenlo por cosa muy heroica, que aunque nos pintan a todos nosotros muy heridos corriendo sangre, y muchos muertos en retratos que tienen dello hechos, en mucho lo tienen esto de poner fuego al cu y estar tanto guerrero guardándolo en los pretiles y concavidades, y otros muchos indios abajo en el suelo y patios llenos, y en los lados y otros muchos, y deshechas nuestras torres, cómo fue posible subirle. Dejemos de hablar dello, y digamos cómo con gran trabajo tornamos a los aposentos; y si mucha gente nos fueron siguiendo, y dando guerra, otros muchos estaban en los aposentos que ya les tenían derrocadas unas paredes para entrarles; y con nuestra llegada cesaron, mas no de manera que en todo lo que quedó del día dejaban de tirar vara y piedra y flecha, y en la noche grita y piedra y vara. Dejemos de su gran tesón y porfía que siempre a la continua tenían de estar sobre nosotros, como he dicho; e digamos que aquella noche se nos fue en curar heridos y enterrar los muertos, y en aderezar para salir otro día a pelear, y en poner fuerzas y mamparos a las paredes que habían

derrocado e a otros portillos que habían hecho, y tomar consejo cómo y de qué manera podríamos pelear sin que recibiésemos tantos daños ni muertas; y en todo lo que platicamos no hallábamos remedio ninguno. Pues también quiero decir las maldiciones que los de Narváez echaban a Cortés, y las palabras que decían, que renegaban dél y de la tierra, y aun de Diego Velázquez, que acá les envió; que bien pacíficos estaban en sus casas de la isla de Cuba; y estaban embelesados y sin sentido. Volvamos a nuestra plática, que fue acordado de demandarles paces para salir de México; y desque amaneció vienen muchos más escuadrones de guerreros, y muy de hecho nos cercan por todas partes los aposentos; y si mucha piedra y flecha tiraban de antes, mucho más espesas y con mayores alaridos y silbos vinieron este día; y otros escuadrones por otras partes procuraban de nos entrar, que no aprovechaban tiros ni escopetas, aunque les hacían harto mal. Y viendo todo esto, acordó Cortés que el gran Moctezuma les hablase desde una azotea, y les dijesen que cesasen las guerras y que nos queríamos ir de su ciudad; y cuando al gran Moctezuma se lo fueron a decir de parte de Cortés, dicen que dijo con gran dolor: «¿Qué quiere de mí ya Malinche? Que yo no deseo vivir ni oírle, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído». Y no quiso venir; y aun dicen que dijo que ya no le querían ver ni oír a él ni a sus falsas palabras ni promesas ni mentiras; y fue el padre de la Merced y Cristóbal de Olí, y le hablaron con mucho acato y palabras muy amorosas. Y díjoles el Moctezuma: «Yo tengo creído que no aprovecharé cosa ninguna para que cese la guerra, porque ya tienen alzado otro señor, y han propuesto de no os dejar salir de aquí con la vida; y así, creo que todos vosotros habéis de morir en esta ciudad». Y volvamos a decir de los grandes combates que nos daban, que

Moctezuma se puso a un pretil de una azotea con muchos de nuestros soldados que le guardaban, y les comenzó a hablar a los suyos con palabras muy amorosas, que dejasen la guerra, que nos iríamos de México; y muchos principales mexicanos y capitanes bien le conocieron, y luego mandaron que callasen sus gentes y no tirasen varas ni piedras ni flechas, y cuatro dellos se allegaron en parte que Moctezuma les podía hablar, y ellos a él, y llorando le dijeron: «¡Oh señor, e nuestro gran señor, y como nos pesa de todo vuestro mal y daño, y de vuestros hijos y parientes! Hacémoos saber que ya hemos levantado a un vuestro primo por señor»; y allí le nombró cómo se llamaba, que se decía Coadlabaca, señor de Iztapalapa; que no fue Guatemuz, el cual desde a dos meses fue señor. Y más dijeron, que la guerra que la habían de acabar, y que tenían prometido a sus ídolos de no lo dejar hasta que todos nosotros muriésemos; y que rogaban cada día a su Huichilobos y a Tezcatepuca que le guardase libre y sano de nuestro poder, e como saliese, como deseaban, que no lo dejarían de tener muy mejor que de antes por señor, y que les perdonase. Y no hubieron bien acabado el razonamiento, cuando en aquella sazón tiran tanta piedra y vara, que los nuestros le arrodelaban; y como vieron que entre tanto que hablaba con ellos no daban guerra, se descuidaron un momento del rodelar, y le dieron tres pedradas e un flechazo, una en la cabeza y otra en un brazo y otra en una pierna; y puesto que le rogaban que se curase y comiese, y le decían sobre ello buenas palabras, no quiso; antes cuando no nos catamos, vinieron a decir que era muerto. Y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados; e hombres hubo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, que tan llorado fue como si fuera nuestro padre; y no nos hemos de maravillar dello viendo

que tan bueno era; y decían que había diez y siete años que reinaba, y que fue el mejor rey que en México había habido, y que por su persona había vencido tres desafíos que tuvo sobre las tierras que sojuzgó.

Capítulo CXXVII

Desque fue muerto el gran Moctezuma, acordó Cortés de hacerlo saber a sus capitanes y principales que nos daban guerra, y lo que más sobre ello pasó

Pues como vimos a Moctezuma que se había muerto, ya he dicho la tristeza que todos nosotros hubimos por ello, y aun al fraile de la Merced, que siempre estaba con él, se lo tuvimos a mal no le atraer a que se volviese cristiano; y él dio por descargo que no creyó que de aquellas heridas muriese, salvo que él debía de mandar que le pusiesen alguna cosa con que se pasmó. En fin de más razones, mandó Cortés a un papa e a un principal de los que estaban presos, que soltamos para que fuesen a decir al cacique que alzaron por señor, que se decía Coadlabaca, y a sus capitanes, cómo el gran Moctezuma era muerto, y que ellos lo vieron morir, y de la manera que murió, y heridas que le dieron los suyos, y dijesen cómo a todos nos pesaba dello, y que lo enterrasen como gran rey que era, y que alzasen a su primo del Moctezuma que con nosotros estaba, por rey, pues le pertenecía heredar, o a otros sus hijos; e que al que habían alzado por señor que no le venía de derecho, e que tratasen paces para salirnos de México: que si no lo hacían ahora que era muerto Moctezuma, a quien teníamos respeto, y que por su causa no les destruíamos su ciudad, que saldríamos a darles guerra y quemarles todas las casas, y les haríamos mucho mal; y porque lo viesen cómo era muerto el Moctezuma, mandó a seis mexicanos muy principales y los más papas que teníamos presos que lo sacasen a cuestas y lo entregasen a los capitanes mexicanos, y les dijesen lo que Moctezuma mandó al tiempo que se quería morir, que aquellos que llevaron a cuestas se hallaron

presentes a su muerte; y dijeron al Coadlabaca toda la verdad, cómo ellos propios le mataron de tres pedradas y un flechazo; y cuando así le vieron muerto, vimos que hicieron muy gran llanto, que bien oímos las gritas y aullidos que por él daban; y aun con todo esto no cesó la gran batería, que siempre nos daban, que era sobre nosotros, de vara y piedra y flecha, y luego la comenzaron muy mayor, y con gran braveza nos decían: «Ahora pagaréis muy de verdad la muerte de nuestro rey y el deshonor de nuestros ídolos; y las paces que nos enviáis a pedir, salid acá, y concertaremos cómo y de qué manera han de ser»; y decían tantas palabras sobre ello, y de otras cosas que ya no se me acuerda, y las dejaré aquí de decir y que ya tenían elegido buen rey, y que no era de corazón tan flaco, que le podáis engañar con palabras falsas, como fue al buen Moctezuma; y del enterramiento, que no tuviesen cuidado, sino de nuestras vidas, que en dos días no quedarían ningunos de nosotros, para que tales cosas enviemos a decir; y con estas pláticas, muy grandes gritas y silbos, y rociadas de piedra, vara y flecha, y otros muchos escuadrones todavía procurando de poner fuego a muchas partes de nuestros aposentos; y como aquello vio Cortés y todos nosotros, acordamos que para otro día saliésemos del real, y diésemos guerra por otra parte, adonde había muchas cosas en tierra firme, y que hiciésemos todo el mal que pudiésemos, y fuésemos hacia la calzada, y que todos los de a caballo rompiesen con los escuadrones y los alanceasen o echasen en la laguna, y aunque les matasen los caballos; y esto se ordenó para ver si por ventura con el daño y muerte que les hiciésemos cesaría la guerra y se trataría alguna manera de paz para salir libres sin más muertes y daños. Y puesto que otro día lo hicimos todos muy varonilmente, y matamos muchos contrarios y se quemaron obra de veinte casas, y fuimos hasta cerca de

tierra firme, todo fue nonada para el gran daño y muertes de más de veinte soldados, y heridas que nos hicieron; y no pudimos ganarles ninguna puente, porque todas estaban medio quebradas, y cargaron muchos mexicanos sobre nosotros, y tenían puestas albarradas y mamparos en parte adonde conocían que podían alcanzar los caballos. Por manera que, si muchos trabajos teníamos hasta allí, muchos mayores tuvimos adelante. Y dejarlo he aquí, y volvamos a decir cómo acordamos de salir de México. En esta entrada y salida que hicimos con los de a caballo, que era un jueves, acuérdome que iba allí Sandoval y Lares el buen jinete, y Gonzalo Domínguez, Juan Velázquez de León y Francisco de Morla, y otros buenos hombres de a caballo de los nuestros; y de los de Narváez, asimismo iban otros buenos jinetes; mas estaban espantados y temerosos los de Narváez, como no se habían hallado en guerras de indios, como nosotros los de Cortés.

Capítulo CXXVIII

Cómo acordamos de nos ir huyendo de México, y lo que sobre ello se hizo

Como vimos que cada día iban menguando nuestras fuerzas, y las de los mexicanos crecían, y veíamos muchos de los nuestros muertos, y todos los más heridos; e que aunque peleábamos muy como varones, no los podíamos hacer retirar ni que se apartasen los muchos escuadrones que de día y de noche nos daban guerra, y la pólvora apocada, y la comida y agua por el consiguiente, y el gran Montezuma muerto, las paces que les enviamos a demandar no las quisieron aceptar; en fin, veíamos nuestras muertes a los ojos, y las puentes que estaban alzadas; y fue acordado por Cortés y por todos nuestros capitanes y soldados que de noche nos fuésemos, cuando viésemos que los escuadrones guerreros estuviesen más descuidados; y para más les descuidar, aquella tarde les enviamos a decir con un papa de los que estaban presos, que era muy principal entre ellos, y con otros prisioneros, que nos dejen ir en paz de ahí a ocho días, y que les daríamos todo el oro; y esto por descuidarlos y salirnos aquella noche. Y demás desto, estaba con nosotros un soldado que se decía Botello, al parecer muy hombre de bien y latino, y había estado en Roma, y decían que era nigromántico, otros decían que tenía «familiar», algunos le llamaban astrólogo; y este Botello había dicho cuatro días había que hallaba por sus suertes y astrologías que si aquella noche que venía no salíamos de México, y si más aguardábamos, que ningún soldado podría salir con la vida; y aun había dicho otras veces que Cortés había de tener muchos trabajos y había de ser desposeído de su ser y honra, y que después había dé volver a ser gran

señor y de mucha renta; y decía muchas cosas deste arte. Dejemos al Botello, que después tornaré hablar en él, y diré cómo se dio luego orden que se hiciese de maderos y tablas muy recias una puente que llevásemos para poner en las puentes que tenían quebradas; y para ponerla y llevarla, y guardar el paso hasta que pasase todo el fardaje y los de a caballo y todo nuestro ejército, señalaron y mandaron a cuatrocientos indios tlascaltecas y ciento y cincuenta soldados; y para llevar el artillería señalaron doscientos y cincuenta indios tlascaltecas y cincuenta soldados; y para que fuesen en la delantera peleando señalaron a Gonzalo de Sandoval y a Francisco de Saucedo, el pulido, y a Francisco de Lugo y a Diego de Ordás e Andrés de Tapia; y todos estos capitanes, y otros ocho o nueve de los de Narváez, que aquí no nombro, y con ellos, para que les ayudasen, cien soldados mancebos sueltos; y para que fuesen entre medias del fardaje y naborías y prisioneros, y acudiesen a la parte que más conviniese de pelear, señalaron al mismo Cortés y a Alonso de Ávila, y a Cristóbal de Olí e a Bernardino Vázquez de Tapia, y a otros capitanes de los nuestros, que no me acuerdo ya sus nombres, con otros cincuenta soldados; y para la retaguardia señalaron a Juan Velázquez de León y a Pedro de Alvarado, con otros muchos de a caballo y más de cien soldados, y todos los más de los de Narváez; y para que llevasen a cargo los prisioneros y a doña Marina y a doña Luisa señalaron trescientos tlascaltecas y treinta soldados. Pues hecho este concierto, ya era noche, y para sacar el oro y llevarlo y repartirlo, mandó Cortés a su camarero, que se decía Cristóbal de Guzmán, y a otros sus criados, que todo el oro y plata y joyas lo sacasen de su aposento a la sala con muchos indios de Tlascala, y mandó a los oficiales del rey, que eran en aquel tiempo Alonso de Ávila y Gonzalo Mejía, que pusiesen en cobro

todo el oro de su majestad, y para que lo llevasen les dio siete caballos heridos y cojos y una yegua, y muchos indios tlascaltecas, que, según dijeron, fueron más de ochenta, y cargaron dello lo que más pudieron llevar, que estaba hecho todo lo más dello en barras muy anchas y grandes, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y quedaba mucho más oro en la sala hecho montones. Entonces Cortés llamó su secretario, que se decía Pedro Hernández, y a otros escribanos del rey, y dijo: «Dadme por testimonio que no puedo más hacer sobre guardar este oro. Aquí tenemos en esta casa y sala sobre setecientos mil pesos por todo, y veis que no lo podemos pasar ni poner cobro más de lo puesto; los soldados que quisieren sacar dello, desde aquí se lo doy, como se ha de quedar aquí perdido entre estos perros»; y desque aquello oyeron, muchos soldados de los de Narváez y aun algunos de los nuestros cargaron dello. Yo digo que nunca tuve codicia del oro, sino procurar salvar la vida (porque la teníamos en gran peligro); mas no dejé de apañar de una petaquilla que allí estaba cuatro chalchihuites, que son piedras muy preciadas entre los indios, que de presto me eché entre los pechos entre las armas; y aun entonces Cortés mandó tomar la petaquilla con los chalchihuites que quedaban, para que la guardase su mayordomo; y aun los cuatro chalchihuites que yo tomé, si no me los hubiera echado entre los pechos, me los demandara Cortés; los cuales me fueron muy buenos para curar mis heridas y comer del valor dellos. Volvamos a nuestro cuento: que desque supimos el concierto que Cortés había hecho de la manera que habíamos de salir y llevar la madera para las puentes, y como hacía algo escuro, que había neblina e llovizna, y era antes de media noche, comenzaron a traer la madera e puente, y ponerla en el lugar que había de estar, y a caminar el fardaje y artillería y muchos de a caballo, y los

indios tlascaltecas con el oro; y después que se puso en la puente, y pasaron todos así como venían, y pasó Sandoval e muchos de a caballo, también pasó Cortés con sus compañeros de a caballo tras de los primeros, y otros muchos soldados. Y estando en esto, suenan los cornetas y gritas y silbos de los mexicanos, y decían en su lengua: «Taltelulco, Taltelulco, salid presto con vuestras canoas, que se van los teules; atajadlos en las puentes»; y cuando no me cato, vimos tantos escuadrones de guerreros sobre nosotros, y toda la laguna cuajada de canoas, que no nos podíamos valer, y muchos de nuestros soldados ya habían pasado. Y estando desta manera, carga tanta multitud de mexicanos a quitar la puente y a herir y matar a los nuestros que no se daban a manos unos a otros; y como la desdicha es mala, y en tales tiempos ocurre un mal sobre otro, como llovía, resbalaron dos caballos y se espantaron, y caen en la laguna, y la puente caída y quitada; y carga tanto guerrero mexicano para acabarla de quitar, que por bien que peleábamos, y matábamos muchos dellos, no se pudo aprovechar della. Por manera que aquel paso y abertura de agua presto se hinchó de caballos muertos y de los caballeros cuyos eran (que no podían nadar, y mataban muchos dellos) y de los indios tlascaltecas e indias y naborías, y fardaje y petacas y artillería; y de otros muchos soldados que allí en el agua mataban y metían en las canoas, que era muy gran lástima de lo ver y oír, pues la grita y lloros y lástima que decían demandando socorro: «Ayúdame, que me ahoga»; otros, «Socorredme, que me matan»; otros demandando ayuda a nuestra señora Santa María y al señor Santiago; otros demandaban ayuda para subir al puente, y éstos eran ya que escapaban nadando, y asidos a muertos y a petacas para subir arriba, adonde estaba la puente; y algunos que habían subido, y pensaban

que estaban libres de aquel peligro, había en las calzadas grandes escuadrones guerreros que los apañaban e amorrinaban con unas macanas, y otros que les flechaban y alanceaban. Pues quizá había algún concierto en la salida, como lo habíamos concertado, ¡maldito aquel!, porque Cortés y los capitanes y soldados que pasaron primero a caballo, por salvar sus vidas y llegar a tierra firme, aguijaron por las puentes y calzadas adelante, y no aguardaron unos a otros; y no lo erraron, porque los de a caballo no podían pelear en las calzadas; porque yendo por la calzada, ya que arremetían a los escuadrones mexicanos, echábanseles al agua, y de la una parte la laguna y de la otra azoteas, y por tierra les tiraban tanta flecha y vara y piedra, y con lanzas muy largas que habían hecho de las espadas que nos tomaron, como partesanas, mataban los caballos con ellas; y si arremetía alguno de a caballo y mataban algún indio, luego le mataban el caballo; y así, no se atrevían a correr por la calzada. Pues vista cosa es que no podían pelear en el agua; y puestos sin escopetas ni ballestas y de noche, ¿qué podíamos hacer sino lo que hacíamos? Qué era que arremetiésemos treinta y cuarenta soldados que nos juntábamos, y dar algunas cuchilladas a los que nos venían a echar mano, y andar y pasar adelante, hasta salir de las calzadas; porque si aguardábamos los unos a los otros, no saliéramos ninguno con la vida, y si fuera de día, peor fuera; y aun los que escapamos fue que nuestro señor Dios fue servido darnos esfuerzos para ello; y para quien no lo vio aquella noche la multitud de guerreros que sobre nosotros estaban, y las canoas que de los nuestros arrebataban y llevaban a sacrificar, era cosa de espanto. Pues yendo que íbamos cincuenta soldados de los de Cortés y algunos de Narváez por nuestra calzada adelante, de cuando en cuando salían escuadrones mexicanos a nos echar manos.

Acuérdome que nos decían: «¡Oh, oh, oh cuilones!», que quiere decir: Oh putos, ¿aún aquí quedáis vivos, que no os han muerto los tiacahuanes? Y como les acudimos con cuchilladas y estocadas, pasamos adelante; e yendo por la calzada cerca de tierra firme, cabe el pueblo de Tacuba, donde ya habían llegado Gonzalo de Sandoval y Cristóbal de Olí y Francisco de Saucedo «el pulido», y Gonzalo Domínguez, y Lares, y otros muchos de a caballo, y soldados de los que pasaron adelante antes que desamparasen la puente, según y de la manera que dicho tenga; e ya que llegábamos cerca oíamos voces que daba Cristóbal de Olí y Gonzalo de Sandoval y Francisco de Morla, y decían a Cortés, que iba adelante de todos: «Aguardad, señor capitán; que dicen estos soldados que vamos huyendo, y los dejamos morir en las puentes y calzadas a todos los que quedan atrás; tornémoslos a amparar y recoger; porque vienen algunos soldados muy heridos y dicen que los demás quedan todos muertos, y no salen ni vienen ningunos». Y la respuesta que dio Cortés, que los que habíamos salido de las calzadas era milagro; que si a las puentes volviesen, pocos escaparían con las vidas, ellos y los caballos; y todavía volvió el mismo Cortés y Cristóbal de Olí, y Alonso de Ávila y Gonzalo de Sandoval, y Francisco de Morla y Gonzalo Domínguez, con otros seis o siete de a caballo, y algunos soldados que no estaban heridos; mas no fueron mucho trecho, porque luego encontraron con Pedro de Alvarado bien herido, con una lanza en la mano, a pie, que la yegua alzana ya se la habían muerto, y traía consigo siete soldados, los tres de los nuestros y los cuatro de Narváez, también muy heridos, y ocho tlascaltecas, todos corriendo sangre de muchas heridas; y entre tanto volvió Cortés por la calzada con los capitanes y soldados que dicho tengo, reparamos en los patios junto a

Tacuba, y ya habían venido a México, como está cerca, dando voces, y a dar mandado a Tacuba y a Escapuzalco y a Tenayuca para que nos saliesen al encuentro. Por manera que nos comenzaron a tirar vara y piedra y flecha, y con sus lanzas grandes, engastonadas en ellas de nuestras espadas que nos tomaron en este desbarate; y hacíamos algunas arremetidas, en que nos defendíamos dellos y les ofendíamos. Volvamos a Pedro de Alvarado, que, como Cortés y los demás capitanes y soldados le encontraron de aquella manera que he dicho, y como supieron que no venían más soldados, se les saltaron las lágrimas de los ojos; porque el Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León, con otros más de a caballo y más de cien soldados, habían quedado en la retaguardia; y preguntando Cortés por los demás, dijo que todos quedaban muertos, y con ellos el capitán Juan Velázquez de León y todos los más de a caballo que traía, así de los nuestros como de los de Narváez, y más de ciento y cincuenta soldados que traía; y dijo el Pedro que después que les mataron los caballos y la yegua, que se juntaron para se amparar obra de ochenta soldados, y que sobre los muertos y petacas y caballos que se ahogaron, pasaron la primera puente; en esto no se me acuerda bien si dijo que pasó sobre los muertos, y entonces no miramos lo que sobre ello dijo a Cortés, sino que allí en aquella puente le mataron a Juan Velázquez y más de doscientos compañeros que traía, que no les pudieron valer. Y asimismo a esta otra puente, que les hizo Dios mucha merced en escapar con las vidas; y decía que todas las puentes y calzadas estaban llenas de guerreros. Dejemos esto, y diré que en la triste puente que dicen ahora que fue el salto del Alvarado, yo digo que en aquel tiempo ningún soldado se paró a verlo, si saltaba poco o mucho, que harto teníamos en mirar y salvar nuestras vidas, porque eran

muchos los mexicanos que contra nosotros había; porque en aquella coyuntura no lo podíamos ver ni tener sentido en salto, si saltaba o pasaba poco o mucho; y así sería cuando el Pedro de Alvarado llegó a la puente, como él dijo a Cortés, que había pasado asido a petacas y caballos y cuerpos muertos, porque ya que quisiera saltar y sustentarse en la lanza en el agua, era muy honda, y no pudiera allegar al suelo con ella para poderse sustentar sobre ella; y demás desto, la abertura muy ancha y alta, que no la podría saltar por muy más suelto que era. También digo que no la podía saltar ni sobre la lanza ni de otra manera; porque después desde cerca de un año que volvimos a poner cerco, a México y la ganamos, me hallé muchas veces en aquella puente peleando con escuadrones mexicanos, y tenían allí hechos reamparos y albarradas, que se llama ahora la puente del salto de Alvarado; y platicábamos muchos soldados sobre ello, y no hallábamos razón, ni soltura de un hombre que tal saltase. Dejemos este salto, y digamos que, como vieron nuestros capitanes que no acudían más soldados, y el Pedro de Alvarado dijo que todo quedaba lleno de guerreros, y es que ya que algunos quedasen rezagados, que en las puentes los matarían, volvamos a decir desto del salto de Alvarado: digo que para qué porfían algunas personas que no lo saben ni lo vieron, que fue cierto que la saltó el Pedro de Alvarado la noche que salimos huyendo, aquella puente y abertura del agua; otra vez digo que no la pudo saltar en ninguna manera; y para que claro se vea, hoy día está la puente; y la manera del altor del agua que solía venir y qué tan alta estaba la puente, y el agua muy honda, que no podía llegar al suelo con la lanza. Y porque los lectores sepan que en México hubo un soldado que se decía fulano de Ocampo, que fue de los que vinieron con Garay, hombre muy plático, y se preciaba de hacer

libelos infamatorios y otras cosas a manera de masepasquines; y puso en ciertos libelos a muchos de nuestros capitanes cosas feas que no son de decir no siendo verdad; y entre ellos, demás de otras cosas que dijo de Pedro de Alvarado, que había dejado morir a su compañero Juan Velázquez de León con más de doscientos soldados y los de a caballo que les dejamos en la retaguardia, y se escapó él, y por escaparse dio aquel gran salto, como suele decir el refrán: «Saltó, y escapó la vida». Volvamos a nuestra materia: e porque los que estábamos ya en salvo en lo de Tacuba no nos acabásemos del todo de perder, e porque habían venido muchos mexicanos y los de Tacuba y Escapuzalco y Tenayuca y de otros pueblos comarcanos sobre nosotros, que a todos enviaron mensajeros desde México para que nos saliesen al encuentro en las puentes y calzadas, y desde los maizales nos hacían mucho daño, y mataron tres soldados que ya estaban heridos; acordamos lo más presto que pudiésemos salir de aquel pueblo y sus maizales, y con seis o siete tlascaltecas que sabían o atinaban el camino de Tlascala, sin ir por camino derecho nos guiaban con mucho concierto hasta que saliésemos a unas caserías que en un cerro estaban, y allí junto a un cu e adoratorio y como fortaleza, adonde reparamos; que quiero tornar a decir: que seguidos que íbamos de los mexicanos, y de las flechas y varas y piedras con sus hondas nos tiraban; y cómo nos cercaban, dando siempre en nosotros, es cosa de espantar; y como lo he dicho muchas veces, estoy harto de decirlo, los lectores no lo tengan por cosa de prolijidad, por causa que cada vez o cada rato que nos apretaban y herían y daban recia guerra, por fuerza tengo que tomar a decir de los escuadrones que nos seguían, y mataban muchos de nosotros. Dejémoslo ya de traer tanto a la memoria, y digamos como nos defendíamos; en aquel cu y fortaleza nos

albergamos, y se curaron los heridos, y con muchas lumbres que hicimos. Pues de comer no lo había, y en aquel cu y adoratorio, después de ganada la gran ciudad de México, hicimos una iglesia, que se dice nuestra señora de los Remedios, muy devota, e van ahora allí en romería y a tener novenas muchos vecinos y señoras de México. Dejemos esto, y volvamos a decir qué lástima era de ver curar y apretar con algunos paños de mantas nuestras heridas; y como se habían resfriado y estaban hinchadas, dolían. Pues más de llorar fue los caballos y esforzados soldados que faltaban; ¿qué es de Juan Velázquez de León, Francisco de Saucedo y Francisco de Morla, y un Lares el buen jinete, y otros muchos de los nuestros de Cortés? ¿Para qué cuento yo estos pocos? Porque para escribir los nombres de los muchos que de los nuestros faltaron, es no acabar tan presto. Pues de los de Narváez, todos los más en las puentes quedaron cargados de oro. Digamos ahora, ¿qué es de muchos tlascaltecas que iban cargados de barras de oro, y otros que nos ayudaban? Pues al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que también allí murió con su caballo. Pasemos adelante y diré como se hallaron en una petaca deste Botello, después que estuvimos en salvo, unos papeles como libro, con cifras y rayas y apuntamientos y señales, que decía en ellas: ¿Si me he de morir aquí en esta triste guerra en poder de estos perros indios? Y decía en otras rayas y cifras más adelante: No morirás. Y tornaba a decir en otras cifras y rayas y apuntamientos: Sí morirás. Y respondía la otra raya: No morirás. Y decía en otra parte: Si me han de matar también mi caballo. Decía adelante: Sí matarán. Y de esta manera tenía otras como cifras y a manera de suertes que hablaban unas letras contra otras en aquellos papeles, que era como libro chico. Y también se halló en la petaca una natura como de hombre, de obra de

un jeme hecha de baldres, ni más ni menos, al parecer, de natura de hombre, y tenía dentro como una borra de lana de tundidor. Volvamos a decir cómo quedaron muertos, así los hijos de Moctezuma como los prisioneros que traíamos, y el Cacamatzin y otros reyezuelos. Dejemos ya de contar tantos trabajos, y digamos cómo estábamos pensando en lo que por delante teníamos, y era que todos estábamos heridos, y no escaparon sino veinte y tres caballos. Pues los tiros y artillería y pólvora no sacamos ninguna; las ballestas fueron pocas, y ésas se remediaron luego, e hicimos saetas. Pues lo peor de todo era que no sabíamos la voluntad que habíamos de hallar en nuestros amigos los de Tlascala. Y demás desto, aquella noche (siempre cercados de mexicanos, y grita y vara y flecha, con hondas sobre nosotros) acordamos de nos salir de allí a media noche, y con los tlascaltecas, nuestros guías, por delante con muy gran concierto; llevábamos los muy heridos en el camino en medio, y los cojos con bordones, y algunos que no podían andar y estaban muy malos a ancas de caballos de los que iban cojos, que no eran para batallar, y los de a caballo sanos delante, y a un lado y a otro repartidos; y por este arte todos nosotros los que más sanos estábamos haciendo rostro y cara a los mexicanos, y los tlascaltecas que estaban heridos iban dentro en el cuerpo de nuestro escuadrón, y los demás que estaban sanos hacían cara juntamente con nosotros; porque los mexicanos nos iban siempre picando con grandes voces y gritos y silbos, diciendo: «Allá iréis donde no quede ninguno de vosotros a vida»; y no entendíamos a qué fin lo decían, según adelante verán. Olvidado me he de escribir el contento que recibimos de ver viva a nuestra doña Marina y a doña Luisa, hija de Xicotenga, que las escaparon en las puentes unos tlascaltecas; y también a una mujer que se decía María de Estrada, que no teníamos otra mujer de

Castilla, sino aquella, y los que las escaparon, y salieron primero de las puentes, fueron unos hijos de Xicotenga hermanos de la doña Luisa, y quedaron muertas todas las más naborías, que nos habían dado en Tlascala y en México. Y volvamos a decir cómo llegamos aquel día a un pueblo grande que se dice Gualtitán, el cual pueblo fue de Alonso de Ávila; y aunque nos daban grita y voces y tiraban piedra y vara y flecha, todo lo soportábamos. Y desde allí fuimos por unas caserías y pueblezuelos, y siempre los mexicanos siguiéndonos, y como se juntaban muchos, procuraban de nos matar, y nos comenzaban a cercar, y tiraban tanta piedra con hondas, y vara y flecha, que mataron a dos de nuestros soldados en un paso malo, que iban mancos, y también un caballo, e hirieron a muchos de los nuestros; y también nosotros a estocadas les matamos a algunos dellos, y los de a caballo a lanzadas les mataban, aunque pocos; y así, dormimos en aquellas casas, y allí comimos el caballo que mataron. Y otro día muy de mañana comenzamos a caminar con el concierto de antes, y aun mejor, y siempre la mitad de los de a caballo delante; y poco más de una legua, en un llano, ya que creímos ir en salvo, vuelven tres de los nuestros de a caballo, y dicen que están los campos llenos de guerreros mexicanos aguardándonos; y cuando lo oímos, bien que tuvimos temor, e grande, mas no para desmayar del todo, ni dejar de encontrarnos con ellos y pelear hasta morir; y allí reparamos un poco, y se dio orden cómo habían de entrar y salir los de a caballo a media rienda, y que no se parasen alancear, sino las lanzas por los rostros hasta romper sus escuadrones, y que todos los soldados, las estocadas que diésemos, que les pasásemos las entrañas, y que todos hiciésemos de manera que vengásemos muy bien nuestras muertes y heridas: por manera que, si Dios fuese servido, escapásemos con las

vidas; y después de nos encomendar a Dios y a Santa María muy de corazón, e invocando el nombre de señor Santiago, desque vimos que nos comenzaban a cercar, de cinco en cinco de a caballo rompieron por ellos, y todos nosotros juntamente. ¡Oh qué cosa de ver era esta tan temerosa y rompida batalla, cómo andábamos pie con pie, y con qué furia los perros peleaban, y qué herir y matar hacían en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos! Y los de a caballo, como era el campo llano, cómo alanceaban a su placer, entrando y saliendo a media rienda; y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dejaban de batallar muy como varones esforzados. Pues todos nosotros los que no teníamos caballos, parece ser que a todos se nos ponía esfuerzo doblado, que aunque estábamos heridos, y de refresco teníamos más heridas, no curábamos de las apretar, por no nos parar a ello, que no había lugar, sino con grandes ánimos apechugábamos a les dar de estocadas. Pues quiero decir cómo Cortés y Cristóbal de Olí, y Pedro de Alvarado, que tomó otro caballo de los de Narváez, porque su yegua se la habían muerto, como dicho tengo; y Gonzalo de Sandoval, cuál andaban de una parte a otra rompiendo escuadrones, aunque bien heridos; y las palabras que Cortés decía a los que andábamos envueltos con ellos, que la estocada y cuchillada que diésemos fuese en señores señalados; porque todos traían grandes penachos con oro y ricas armas y divisas. Pues oír cómo nos esforzaba el valiente y animoso Sandoval, y decía: «Ea, señores, que hoy es el día que hemos de vencer; tened esperanza en Dios que saldremos de aquí vivos; para algún buen fin nos guarda Dios». Y tornaré a decir los muchos de nuestros soldados que nos mataban y herían. Y dejemos esto, y volvamos a Cortés y Cristóbal de Olí y Sandoval, y Pedro de Alvarado y Gonzalo Domínguez, y otros muchos que aquí no nombro;

y todos los soldados poníamos grande ánimo para pelear; y esto, nuestro señor Jesucristo y nuestra señora la virgen Santa María nos lo ponía, y señor Santiago, que ciertamente nos ayudaba; y así lo certificó un capitán de Guatemuz, de los que se hallaron en la batalla. Y quiso Dios que allegó Cortés con los capitanes por mí nombrados en parte donde andaba el capitán general de los mexicanos con su bandera tendida, con ricas armas de oro y grandes penachos de argentería; y como lo vio Cortés al que llevaba la bandera, con otros muchos mexicanos, que todos traían grandes penachos de oro, dijo a Pedro de Alvarado y a Gonzalo de Sandoval y a Cristóbal de Olí y a los demás capitanes: «Ea, señores, rompamos con ellos». Y encomendándose a Dios, arremetió Cortés y Cristóbal de Olí, y Sandoval y Alonso de Ávila y otros caballeros, y Cortés dio un encuentro con el caballo al capitán mexicano, que le hizo abatir su bandera, y los demás nuestros capitanes acabaron de romper el escuadrón, que eran muchos indios; y quien siguió al capitán que traía la bandera, que aun no había caído del encuentro que Cortés le dio, fue un Juan de Salamanca, natural de Ontiveros, con una buena yegua overa, que le acabó de matar y le quitó el rico penacho que traía, y se le dio a Cortés, diciendo que, pues él le encontró primero y le hizo abatir la bandera e hizo perder el brío, le daba el plumaje; mas dende a ciertos años su majestad se le dio por armas al Salamanca, y así las tienen en sus reposteros sus descendientes. Volvamos a nuestra batalla, que nuestro señor Dios fue servido que, muerto aquel capitán que traía la bandera mexicana y otros muchos que allí murieron, aflojó su batallar de arte, que se iban retrayendo, y todos los de a caballo siguiéndoles y alcanzándoles. Pues a nosotros no nos dolían las heridas ni teníamos hambre ni sed, sino que parecía que no habíamos habido ni pasado ningún mal

trabajo. Seguimos la victoria matando e hiriendo. Pues nuestros amigos los de Tlascala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hacíanlo muy bien y esforzadamente. Ya vueltos los de a caballo de seguir la victoria, todos dimos muchas gracias a Dios, que escapamos de tan gran multitud de gente; porque no se había visto ni hallado en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan gran número de guerreros juntos; porque allí estaba la flor de México y de Tezcuco y Saltocan, ya con pensamiento que de aquella vez no quedara roso ni velloso de nosotros. Pues qué armas tan ricas que traían, con tanto oro y penachos y divisas, y todos los más capitanes y personas principales, y allí junto donde fue esta reñida y nombrada y temerosa batalla para en estas partes (así se puede decir, pues Dios nos escapó con las vidas), había cerca un pueblo que se dice Otumba: la cual batalla tienen muy bien pintada, y en retratos entallada los mexicanos y tlascaltecas, entre otras muchas batallas que con los mexicanos hubimos hasta que ganamos a México. Y tengan atención los curiosos lectores que esto leyeren, que quiero traer aquí a la memoria que cuando entramos al socorro de Pedro de Alvarado en México fuimos por todos sobre más de mil y trescientos soldados, con los de a caballo, que fueron noventa y siete, y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros, y más de dos mil tlascaltecas, y metimos mucha artillería; y fue nuestra entrada en México día de señor San Juan de junio de 1520 años, y fue nuestra salida huyendo a 10 del mes de julio del año siguiente, y fue esta nombrada batalla de Otumba a 14 del mes de julio. Digamos ahora, ya que escapamos de todos los trances por mí atrás dichos, quiero dar otra cuenta que tantos mataron, así en México, en puentes y calzadas, como en todos los reencuentros, y en esta de Otumba, y los que mataron por

los caminos. Digo que en obra de cinco días fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y setenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tustepeque, y a cinco mujeres de Castilla; y estos que mataron en Tustepeque eran de los de Narváez, y mataron sobre mil y doscientos tlascaltecas. También quiero decir cómo en aquella sazón mataron a un Juan de Alcántara «el Viejo», con otros tres vecinos de la Villa-Rica, que venían por las partes del oro que les cabía; de lo cual tengo hecha relación en el capítulo que dello trata. Por manera que también perdieron las vidas y aun el oro; y si miramos en ello, todos comúnmente hubimos mal gozo de las partes del oro que nos dieron; y si de los de Narváez murieron muchos más que de los de Cortés en las puentes, fue por salir cargados de oro, que con el peso dello no podían salir ni andar. Dejemos de hablar en esta materia, y digamos cómo íbamos muy alegres y comiendo unas calabazas que llaman ayotes, y comiendo y caminando hacia Tlascala; que por salir de aquellas poblaciones, por temor no se tornasen a juntar escuadrones mexicanos, que aun todavía nos daban grita en parte, que no podíamos ser señores dellos, y nos tiraban mucha piedra con hondas, y vara y flecha, hasta que fuimos a otras caserías y pueblo chico; porque estaba todo poblado de mexicanos, y allí estaba un buen cu y casa fuerte, donde reparamos aquella noche y nos curamos nuestras heridas, y estuvimos con más reposo; y aunque siempre teníamos escuadrones de mexicanos que nos seguían, mas ya no se osaban llegar; y aquellos que venían era como quien decía: «Allá iréis fuera de nuestra tierra». Y desde aquella población y casi donde dormimos se parecían las sierrezuelas que están cabe Tlascala, y como las vimos, nos alegramos como si fueran nuestras casas. Pues: quizá sabíamos cierto que nos habían de ser leales o qué voluntad

tendrían, o qué había acontecido a los que estaban poblados en la Villa-Rica, si eran muertos o vivos. Y Cortés nos dijo que, pues éramos pocos, que no quedamos sino cuatrocientos y cuarenta, con veinte caballos y doce ballesteros y siete escopeteros, y no teníamos pólvora, y todos heridos y cojos y mancos, que mirásemos bien cómo nuestro señor Jesucristo fue servido escaparnos con las vidas; por lo cual siempre le hemos de dar muchas gracias y loores, y que volvimos otra vez a disminuirnos en el número y copia de los soldados que con él pasamos desde Cuba, y que primero entramos en México, cuatrocientos y cincuenta soldados; y que nos rogaba que en Tlascala no les hiciésemos enojo, ni se les tomase ninguna cosa; y esto dio a entender a los de Narváez, porque no estaban acostumbrados a ser sujetos a capitanes en las guerras, como nosotros; y más dijo, que tenía esperanza en Dios que los hallaríamos buenos y leales; e que si otra cosa fuese, lo que Dios no permita, que nos han de tornar a andar los puños con corazones fuertes y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercibidos, y nuestros corredores del campo adelante. Llegamos a una fuente que estaba en una ladera, y allí estaban unas como cercas y reamparos de tiempos viejos, y dijeron nuestros amigos los tlascaltecas que allí partían términos entre los mexicanos y ellos; y de buen reposo nos paramos a lavar y a comer de la miseria que habíamos habido, y luego comenzamos a marchar, y fuimos a un pueblo de los tlascaltecas, que se dice Gualipar, donde nos recibieron y nos daban de comer; mas no tanto, que si no se lo pagábamos con algunas piecezuelas de oro y chalchihuites que llevábamos algunos de nosotros, no nos lo daban de balde; y allí estuvimos un día reposando, curando nuestras heridas, y ansimismo curamos los caballos. Pues cuando lo supieron en la cabecera de Tlascala, luego vino

Mase-Escaci y principales, y todos los más sus vecinos, y Xicotenga el viejo, y Chichimecatecle y los de Guaxocingo; y como llegaron a aquel pueblo donde estábamos, fueron a abrazar a Cortés y a todos nuestros capitanes y soldados; y llorando algunos dellos, especial el Mase-Escaci y Xicotenga, y Chichimecatecle y Tecapaneca, dijeron a Cortés: «¡Oh Malinche, Malinche!, y cómo nos pesa de vuestro mal y de todos vuestros hermanos, y de los muchos de los nuestros que con vosotros han muerto; ya os lo habíamos dicho muchas veces, que no os fiaseis de gente mexicana, porque de un día a otro os habían de dar guerra; no me quisisteis creer: ya es hecho, al presente no se puede hacer más de curaros y daros de comer; en vuestras casas estáis, descansad, e iremos luego a nuestro pueblo y os aposentaremos; y no pienses Malinche, que habéis hecho poco en escapar con las vidas de aquella tan fuerte ciudad y sus puentes; e yo digo que si de antes os teníamos por muy esforzados, ahora os tenemos en mucho más. Bien sé que lloran muchas mujeres e indios destos nuestros pueblos las muertes de sus hijos y maridos y hermanos y parientes; no te congojes por ello, y mucho debes a tus dioses, que te han aportado aquí, y salido de entre tanta multitud de guerreros que os esperaban para os matar. Yo quería ir en vuestra busca con treinta mil guerreros de los nuestros, y no pude salir, a causa que no estábamos juntos y los andaba juntando». Cortés y todos nuestros capitanes y soldados los abrazamos, y les dijimos que se lo teníamos en merced, y Cortés les dio a todos los principales joyas de oro y piedras (que todavía se escaparon, cada cual soldado lo que pudo) y asimismo dimos algunos de nosotros a nuestros conocidos de lo que teníamos. Pues qué fiesta y alegría mostraron con doña Luisa y con doña Marina cuando las vieron en salvamento, y qué llorar, y qué tristeza tenían por los demás

indios que no venían, que se quedaron muertos, en especial el Mase-Escaci por su hija doña Elvira, y lloraba la muerte de Juan Velázquez de León, a quien la dio. Y desta manera fuimos a la cabecera de Tlascala con todos los caciques, y a Cortés aposentaron en las casas de Mase-Escaci, y Xicotenga dio sus aposentos a Pedro de Alvarado, y allí nos curamos y tornamos a convalecer, y aun se murieron cuatro soldados de las heridas, y a otros soldados no se les habían sanado. Y dejarlo he aquí, y diré lo que más pasó.

CAPÍTULO CXXIX

Cómo fuimos a la cabecera y mayor pueblo de Tlascala, y lo que allí pasamos

Pues como había un día que estábamos en el pueblezuelo de Gualipar, y los caciques de Tlascala por mí nombrados nos hicieron aquellos ofrecimientos, que son dignos de no olvidar y de ser gratificados, y hechos en tal tiempo y coyuntura; y después que fuimos a la cabecera y pueblo mayor de Tlascala, nos aposentaron, como dicho tengo, parece ser que Cortés preguntó por el oro que habían traído allí, que eran cuarenta mil pesos; el cual oro fueron las partes de los vecinos que quedaban en la Villa-Rica; y dijo Mase-Escaci y Xicotenga «el Viejo» y un soldado de los nuestros (que se había allí quedado doliente, que no se halló en lo de México cuando nos desbarataron) que habían venido de la VillaRica un Juan de Alcántara y otros dos vecinos, e que le llevaron todo porque traían cartas de Cortés para que se lo diesen; la cual carta mostró el soldado, que había dejado en poder del Mase-Escaci cuando le dieron el oro; y preguntando cómo y cuándo y en qué tiempo lo llevó, y sabido que fue, por la cuenta de los días, cuando nos daban guerra los mexicanos, luego entendimos cómo en el camino habían muerto y tomado el oro, y Cortés hizo sentimiento por ello; y también estábamos con pena por no saber de los de la Villa-Rica, no hubiesen corrido algún desmán; y luego y en posta escribió con tres tlascaltecas, en que les hizo saber los grandes peligros que en México nos habíamos visto, y cómo y de qué manera escapamos con las vidas, y no se les dio relación de cuántos faltaban de los nuestros; y que mirasen que siempre estuviesen muy alerta y se velasen; y que si hubiese algunos

soldados sanos se los enviasen (y que guardasen muy bien al Narváez y al Salvatierra), y si hubiese pólvora o ballestas: porque quería tornar a correr los rededores de México; y también escribió al capitán que quedó por guarda y capitán de la mar, que se decía Caballero, y que mirase no fuese ningún navío a Cuba ni Narváez se soltase; y que si viese que dos navíos de los de Narváez, que quedaban en el puerto, no estaban para navegar, que diese con ellos al través, y le enviase los marineros con todas las armas que tuviesen; y en posta fueron y volvieron los mensajeros, y trajeron cartas que no habían tenido guerras; que un Juan de Alcántara y los dos vecinos que enviaron por el oro, que los deben de haber muerto en el camino; y que bien supieron la guerra que en México nos dieron, porque «el cacique gordo» de Cempoal se lo había dicho; y asimismo escribió el almirante de la mar, que se decía Pedro Caballero, y dijeron que harían lo que Cortés les mandaba, e enviaría los soldados, e que el un navío estaba bueno, y que al otro daría al través y enviaría la gente, e que había pocos marineros, porque habían adolescido y se habían muerto, y que ahora escribían las respuestas de las cartas, y luego vinieron con el socorro que enviaban de la Villa-Rica, que fueron cuatro hombres con tres de la mar, que todos fueron siete, y venía por capitán dellos un soldado que se decía Lencero, cuya fue la venta que ahora dicen de Lencero. Y cuando llegaron a Tlascala, como venían dolientes y flacos, muchas veces por nuestro pasatiempo y burlar ellos decíamos: «el socorro del Lencero»: que venían siete soldados, y los cinco llenos de bubas y los dos hinchados, con grandes barrigas. Dejemos burlas, y digamos lo que allí en Tlascala nos aconteció con Xicotenga «el mozo», y de su mala voluntad, el cual había sido capitán de toda Tlascala cuando nos dieron las guerras por mí otras

veces dichas en el capítulo que dello habla. Y es el caso que, como se supo en aquella su ciudad que salimos huyendo de México y que nos habían muerto mucha copia de soldados, ansí de los nuestros como de los indios tlascaltecas que habían ido de Tlascala en nuestra compañía, y que veníamos a nos socorrer e amparar en aquella provincia, el Xicotenga «el mozo» andaba convocando a todos sus parientes y amigos, y a otros que sentía que eran de su parcialidad, y les decía que en una noche, o de día, cuando más aparejado tiempo viesen, que nos matasen, y que haría amistades con el señor de México (que en aquella sazón habían alzado por rey a uno que se decía Coadlabaca); y que demás desto, que en las mantas y ropa que habíamos dejado en Tlascala a guardar y el oro que ahora sacábamos de México tendrían que robar, y quedarían todos ricos con ello; lo cual alcanzó a saber el viejo Xicotenga, su padre, y se lo riñó, y le dijo que no le pasase tal por el pensamiento, que era mal hecho; y que si lo alcanzase a saber Mase-Escaci y Chichimecatecle, que por ventura le matarían, y al que en tal concierto fuese; y por más que el padre se lo riñó, no curaba de lo que le decía, y todavía entendía en su mal propósito; y vino a oídos de Chichimecatecle, que era su enemigo mortal del mozo Xicotenga, y lo dijo a Mase-Escaci, y acordaron entrar en acuerdo y como cabildo; sobre ello llamaron al Xicotenga «el viejo» y los caciques de Guaxocingo, y mandaron traer preso ante sí a Xicotenga «el mozo», y Mase-Escaci propuso un razonamiento delante de todos, y dijo que si se les acordaba o habían oído decir de más de cien años hasta entonces que en toda Tlascala habían estado tan prósperos y ricos como después que los teules vinieron a sus tierras, ni en todas sus provincias habían sido en tanto tenidos, y que tenían mucha ropa de algodón y oro, y comían sal, la que hasta allí no solían

comer; y por do quiera que iban de sus tlascaltecas con los teules les hacían honra por su respeto, puesto que ahora les habían muerto en México muchos dellos; y que tengan en la memoria lo que sus antepasados les habían dicho muchos años atrás, que de adonde sale el sol habían de venir hombres que les habían de señorear; e que ¿a qué causa ahora andaba Xicotenga en aquellas traiciones y maldades, concertando de nos dar guerra y matarnos? Que era mal hecho, e que no podía dar ninguna disculpa de sus bellaquerías y maldades, que siempre tenía encerradas en su pecho; y ahora, que los veía venir de aquella manera desbaratados, que nos había de ayudar para en estando sanos volver sobre los pueblos de México sus enemigos, quería hacer aquella traición. Y a estas palabras que el Mase-Escaci y su padre Xicotenga «el ciego» le dijeron, el Xicotenga «el mozo» respondió que era muy bien acordado lo que decía por tener paces con mexicanos, y dijo otras cosas que no pudieron sufrir; y luego se levantó el Mase-Escaci y el Chichimecatecle y el viejo de su padre, ciego como estaba, y tomaron al Xicotenga el mozo por los cabezones y de las mantas, y se las rompieron, y a empujones y con palabras injuriosas que le dijeron, le echaron de las gradas abajo donde estaba, y las mantas todas rompidas; y aun si por el padre no fuera, le querían matar, y a los demás que habían sido en su consejo echaron presos; y como estábamos allí retraídos, y no era tiempo de le castigar, no osó Cortés hablar más en ello. He traído esto aquí a la memoria para que vean de cuánta lealtad y buenos fueron los de Tlascala, y cuántos les debemos, y aun al buen viejo Xicotenga, que a su hijo dicen que le había mandado matar luego que supo sus tramas y traición. Dejemos esto, y digamos cómo había veinte y dos días que estábamos en aquel pueblo curándonos nuestras heridas y convaleciendo,

y acordó Cortés que fuésemos a la provincia de Tepeaca, que estaba cerca, porque allí habían muerto muchos de nuestros soldados y de los de Narváez, que se venían a México, y en otros pueblos que están junto de Tepeaca, que se dice Cachula; y como Cortés lo dijo a nuestros capitanes, y apercibían a los soldados de Narváez para ir a la guerra, y como no eran tan acostumbrados a guerras y habían escapado de la rota de México y puentes y lo de Otumba, y no veían la hora de se volver a la isla de Cuba a sus indios e minas de oro, renegaban de Cortés y de sus conquistas, especial el Andrés de Duero, compañero de nuestro Cortés, (porque ya lo habrán entendido los curiosos lectores en dos veces que lo he declarado en los capítulo s pasados, cómo y de qué manera fue la compañía) maldecían el oro que le había dado a él y a los demás capitanes, que todo se había perdido en las puentes, como habían visto las grandes guerras que nos daban, y con haber escapado con las vidas estaban muy contentos; y acordaron de decir a Cortés que no querían ir a Tepeaca ni a guerra ninguna, sino que se querían volver a sus casas; que bastaba lo que habían perdido en haber venido de Cuba; y Cortés les habló muy mansa y amorosamente, creyendo de los atraer para que fuesen con nosotros a lo de Tepeaca; y por más pláticas y reprensiones que les dio, no querían; y como vieron los de Narváez que con Cortés no aprovechaban sus palabras, le hicieron requerimiento en forma delante de un escribano del rey para que luego se fuese a la Villa-Rica, poniéndole por delante que no teníamos caballos ni escopetas ni ballestas ni pólvora, ni hilo para hacer cuerdas, ni almacén; que estábamos heridos, y que no habían quedado por todos nuestros soldados y los de Narváez sino cuatrocientos y cuarenta soldados; que los mexicanos nos tomarían todos los puertos y sierras y pasos; e que los navíos, si más

aguardaban, se comerían de broma; y dijeron en el requerimiento otras muchas cosas. Y cuando se le hubieron dado y leído el requerimiento a Cortés, si muchas palabras decían en él, muy muchas más contrariedades respondió; y además desto, todos los más de nosotros de los que habíamos pasado con Cortés le dijimos que mirase que no diese licencia a ninguno de los de Narváez ni a otras personas para volver a Cuba, sino que procurásemos todos de servir a Dios e al rey; e que esto era lo bueno, y no volverse a Cuba. Cuando Cortés hubo respondido al requerimiento, como vieron las personas que le estaban requiriendo que muchos de nosotros ayudábamos el intento de Cortés y que les estorbábamos sus grandes importunaciones que sobre ello le hablaban y requerían, con no más de que decíamos que no es servicio de Dios ni de su majestad que dejen desamparado su capitán en las guerras. En fin de muchas razones que pasaron, obedecieron para ir con nosotros a las entradas que se ofreciesen; mas fue que les prometió Cortés que en habiendo coyuntura los dejaría volver a su isla de Cuba; y no por aquesto dejaron de murmurar dél y de su conquista, que tan caro les había costado en dejar sus casas y reposo y haberse venido a meter adonde no estaban seguros de las vidas; y más decían, que si en otra guerra entrásemos con el poder de México, que no se podría excusar tarde o temprano de tenerla, que creían e tenían por cierto que no nos podríamos sustentar contra ellos en las batallas, según habían visto lo de México y puentes, y en la nombrada de Otumba; y más decían, que nuestro Cortés por mandar y siempre ser señor, Y nosotros los que con él pasábamos no tener que perder sino nuestras personas, asistíamos con él; y decían otros muchos desatinos, y todo se les disimulaba por el tiempo en que lo decían; mas no tardaron muchos meses que no les dio licencia para que

se volviesen a sus casas; lo cual diré en su tiempo y sazón. Y dejémoslo de repetir, y digamos de lo que dice el cronista Gómara, que yo estoy muy harto de declarar sus borrones, que dice que le informaron: las cuales informaciones no son así como él lo escribe; y por no me detener en todos los capítulo s a tornarlos a recitar y traer a la memoria cómo y de qué manera pasó, lo he dejado de escribir; y ahora pareciéndome que en esto de este requerimiento que escribe que hicieron a Cortés no dice quiénes fueron los que lo hicieron, si eran de los nuestros o de los de Narváez, y en esto que escribe es por sublimar a Cortés y abatir a nosotros los que con él pasamos; y sepan que hemos tenido por cierto los conquistadores verdaderos que esto vemos escrito, que le debieron de granjear al Gómara con dádivas porque lo escribiese desta manera, porque en todas las batallas y reencuentros éramos los que sosteníamos a Cortés, y ahora nos aniquila en lo que dice este cronista que le requeríamos. También dice que decía Cortés en las respuestas del mismo requerimiento que para animarnos y esforzarnos que enviará a llamar a Juan Velázquez de León y al Diego de Ordás, que el uno dellos dijo estaba poblando en lo de Pánuco con trescientos soldados, y el otro en lo de Guazacualco con otros soldados, y no es ansí; porque luego que fuimos sobre México al socorro de Pedro de Alvarado, cesaron los conciertos que estaban hechos, que Juan Velázquez de León había de ir a lo de Pánuco y el Diego de Ordás a lo de Guazacualco, según más largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado que sobre ello tengo hecha relación; porque estos dos capitanes fueron a México con nosotros al socorro de Pedro de Alvarado, y en aquella derrota el Juan Velázquez de León quedó muerto en las puentes, y el Diego de Ordás salió muy mal herido de tres heridas que le dieron en México, según ya lo tengo escrito

cómo y cuándo y de qué arte pasó. Por manera que el cronista Gómara, si como tiene buena retórica en lo que escribe, acertara a decir lo que pasó, muy bien fuera. También he estado mirando cuando dice en lo de la batalla de Otumba, que dice que si no fuera por la persona de Cortés que todos fuéramos vencidos, y que él solo fue el que la venció en el dar, como dio el encuentro al que traía el estandarte y seña de México. Ya he dicho, y lo torno ahora a decir, que a Cortés toda la honra se le debe, como bueno y esforzado capitán; mas sobre todo hemos de dar gracias a Dios, que él fue servido poner su divina misericordia, con que siempre nos ayudaba y sustentaba; y Cortés en tener tan esforzados y valerosos capitanes y valientes soldados como tenía; e después de Dios, nosotros le dábamos esfuerzo y rompíamos los escuadrones y le sustentábamos, para que con nuestra ayuda y de nuestros capitanes guerreasen de la manera que guerreamos, como en los capítulo s pasados sobre ello dicho tengo; porque siempre andaban juntos con Cortés todos los capitanes por mí nombrados, y aun ahora los torno a nombrar, que fueron Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olí, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Morla, Luis Marín, Francisco de Lugo y Gonzalo Domínguez, y otros muy buenos y valientes soldados que no alcanzábamos caballos; porque en aquel tiempo diez y seis caballos y yeguas fueron los que pasaron desde la isla de Cuba con Cortés, y no los había, aunque nos costaran a mil pesos; ¿y cómo el Gómara dice en su Historia que sólo la persona de Cortés fue el que venció lo de Otumba?, ¿por qué no declaró los heroicos hechos que estos nuestros capitanes y valerosos soldados hicimos en esta batalla? Así que, por estas causas tenemos por cierto que por ensalzar a Cortés le debieron de untar las manos, porque de nosotros no hace mención; si no, pregúnteselo a aquel muy esforzado soldado

que se decía Cristóbal de Olea, cuántas veces se halló en ayudar a salvar la vida a Cortés, hasta que en las puentes cuando volvimos sobre México perdió la vida él y otros muchos soldados por le salvar. Olvidádoseme había de otra vez que le salvó en lo de Suchimilco, que quedó mal herido el Olea; e para que bien se entienda esto que digo, uno fue Cristóbal de Olea y otro Cristóbal de Olí. También lo que dice el cronista en lo del encuentro con el caballo que dio al capitán mexicano y le hizo abatir la bandera, ansí es verdad; mas ya he dicho otra vez que un Juan de Salamanca, natural de la villa de Ontiveros, que después de ganado México fue alcalde mayor de Guazacualco, es el que le dio una lanzada y le mató y quitó el rico penacho que llevaba, y se le dio el Salamanca a Cortés; y su majestad, el tiempo andando, lo dio por armas al Salamanca; y esto he traído aquí a la memoria, no por dejar de ensalzar y tenerle en mucha estima a nuestro capitán Cortés; y débesele todo honor y prez e honra de todas las batallas e vencimientos hasta que ganamos esta Nueva-España, como se suele dar en Castilla a los muy nombrados capitanes, y como los romanos daban triunfos a Pompeyo y Julio César y a los Cipiones; más digno de loores es nuestro Cortés que no los romanos. También dice el mismo Gómara que Cortés mandó matar secretamente a Xicotenga «el mozo» en Tlascala por las traiciones que andaba concertando para nos matar, como antes he dicho. No pasa ansí como dice; que donde le mandó ahorcar fue en un pueblo junto a Tezcuco, como adelante diré sobre qué fue; y también dice este cronista que iban tantos millares de indios con nosotros a las entradas, que no tiene cuenta ni razón en tantos como pone; y también dice de las ciudades y pueblos y poblaciones que eran tantos millares de casas, no siendo la quinta parte; que si se suma todo lo que pone en su Historia, son más millones

de hombres que en toda Castilla están poblados, y eso se le da poner mil que ochenta mil, y en esto se jacta, creyendo que va muy apacible su historia a los oyentes no diciendo lo que pasó; miren los curiosos lectores cuánto va de su historia a esta mi relación, en decir letra por letra lo acaecido, y no miren la retórica ni ornato; que ya cosa vista es que es más apacible que no ésta tan grosera mía; mas suple la verdad la falta de plática y corta retórica. Dejemos ya de contar ni de traer a la memoria los borrones declarados, y cómo yo soy más obligado a decir la verdad de todo lo que pasa que no a lisonjas; y demás del daño que hizo con no ser bien informado, ha dado ocasión que el doctor Illescas y Pablo Jobio se sigan por sus palabras. Volvamos a nuestra historia, y digamos cómo acordamos ir sobre Tepeaca; y lo que pasó en la entrada diré adelante.

Capítulo CXXX

Cómo fuimos a la provincia de Tepeaca, y lo que en ella hicimos; y otras cosas que pasaron

Como Cortés había pedido a los caciques de Tlascala, ya otras veces por mí nombrados, cinco mil hombres de guerra para ir a correr y castigar los pueblos adonde habían muerto españoles, que era a Tepeaca y Cachula y Tecamachalco, que estaría de Tlascala seis o siete leguas, de muy entera voluntad tenían aparejados hasta cuatro mil indios; porque, si mucha voluntad teníamos nosotros de ir a aquellos pueblos, mucha más gana tenían el Mase. Escaci y Xicotenga, el viejo, porque les habían venido a robar unas estancias y tenían voluntad de enviar gente de guerra sobre ellos; y la causa fue esta: porque, como los mexicanos nos echaron de México, según y de la manera que dicho tengo en los capítulo s pasados que sobre ello hablan, y supieron que en Tlascala nos habíamos recogido, y tuvieron por cierto que en estando sanos que habíamos de venir con el poder de Tlascala a correrles las tierras de los pueblos que más cercanos confinan con Tlascala; a este efecto enviaron a todas las provincias adonde sentían que habíamos de ir muchos escuadrones mexicanos de guerreros que estuviesen en guarda y guarniciones, y en Tepeaca estaba la mayor guarnición dellos. Lo cual supo el Mase-Escaci y el Xicotenga, y aun se temían dellos. Pues ya que todos estábamos a punto, comenzamos a caminar; y en aquella jornada no llevamos artillería ni escopetas, porque todo quedó en las puentes; e ya que algunas escopetas escaparon, no teníamos pólvora; y fuimos con diez y siete de a caballo y seis ballestas y cuatrocientos y veinte soldados, los más de espada y rodela, y con obra de cuatro mil amigos de

Tlascala y el bastimento para un día, porque las tierras adonde íbamos era muy poblado y bien abastecido de maíz y gallinas y perrillos de la tierra; y como lo teníamos de costumbre, nuestros corredores del campo adelante; y con muy buen concierto fuimos a dormir a obra de tres leguas de Tepeaca. E ya tenían alzado todo el fardaje de las estancias y población por donde pasamos, porque muy bien tuvieron noticia cómo íbamos a su pueblo; e porque ninguna cosa hiciésemos sino por buena orden y justificadamente, Cortés les envió a decir con seis indios de su pueblo de Tepeaca, que habíamos tomado en aquella estancia, que para aquel efecto los prendimos, e con cuatro de sus mujeres, cómo íbamos a su pueblo a saber e inquirir quién y cuántos se hallaron en la muerte de más de diez y ocho españoles que mataron sin causa ninguna, viniendo camino para México; y también veníamos a saber a qué causa tenían ahora nuevamente muchos escuadrones mexicanos, que con ellos habían ido a robar y saltear unas estancias de Tlascala, nuestros amigos; que les ruega que luego vengan de paz adonde estábamos para ser nuestros amigos, y que despidan de su pueblo a los mexicanos; si no, que iremos contra ellos como rebeldes y matadores y salteadores de caminos, y les castigaría a fuego y sangre y los daría por esclavos; y como fueron aquellos seis indios y cuatro mujeres del mismo pueblo, si muy fieras palabras les enviaron a decir, mucho más bravosa nos dieron la respuesta con los mismos seis indios y dos mexicanos que venían con ellos; porque muy bien conocido tenían de nosotros que a ningunos mensajeros que nos enviaban hacíamos ninguna demasía, sino antes darles algunas cuentas para atraerlos; y con estos que nos enviaron los de Tepeaca, fueron las palabras bravosas dichas por los capitanes mexicanos, como estaban victoriosos de lo de las

puentes de México; y Cortés les mandó dar a cada mensajero una manta, y con ellos les tornó a requerir que viniesen a le ver y hablar y que no hubiesen miedo; e que pues ya los españoles que habían muerto no los podían dar vivos, que vengan ellos de paz y se les perdonará todos los muertos que mataron; y sobre ello se les escribió una carta; y aunque sabíamos que no la habían de entender, sino como veían papel de Castilla tenían por muy cierto que era cosa de mandamiento; y rogó a los dos mexicanos que venían con los de Tepeaca como mensajeros, que volviesen a traer la respuesta, y volvieron; y lo que dijeron era, que no pasásemos adelante y que nos volviésemos por donde veníamos, si no que otro día pensaban tener buenas hartazgas con nuestros cuerpos, mayores que las de México y sus puentes y la de Otumba; y como aquello vio Cortés comunicólo con todos nuestros capitanes y soldados, y fue acordado que se hiciese un auto por ante escribano que diese fe de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos a todos los aliados de México que hubiesen muerto españoles, porque habiendo dado la obediencia a su majestad, se levantaron, y mataron sobre ochocientos y sesenta de los nuestros y sesenta caballos, y a los demás pueblos por salteadores de caminos y matadores de hombres; e hecho este auto, envióseles a hacer saber, amonestándolos y requiriendo con la paz; y ellos tornaron a decir que si luego no nos volvíamos, que saldrían a nos matar; y se apercibieron para ello, y nosotros lo mismo. Otro día tuvimos en un llano una buena batalla con los mexicanos y tepeaqueños; y como el campo era labranzas de maíz e magüeyales, puesto que peleaban valerosamente los mexicanos, presto fueron desbaratados por los de a caballo, y los que no los teníamos no estábamos de espacio ¡pues ver a nuestros amigos de Tlascala tan animosos cómo peleaban

con ellos y les siguieron el alcance! Allí hubo muertos de los mexicanos y de Tepeaca muchos, y de nuestros amigos de Tlascala tres, e hirieron dos caballos, el uno se murió, y también hirieron doce de nuestros soldados, mas no de suerte que peligró ninguno. Pues seguida la victoria, allegáronse muchas indias y muchachos que se tomaron por los campos y casas; que hombres no curábamos dellos, que los tlascaltecas los llevaban por esclavos. Pues como los de Tepeaca vieron que con el bravear que hacían los mexicanos que tenían en su pueblo y guarnición eran desbaratados, y ellos juntamente con ellos, acordaron que sin decirles cosa ninguna viniesen adonde estábamos; y los recibimos de paz y dieron la obediencia a su majestad, y echaron los mexicanos de sus casas, y nos fuimos nosotros al pueblo de Tepeaca, adonde se fundó una villa que se nombró la villa de Segura de la Frontera, porque estaba en el camino de la Villa-Rica, en una buena comarca de buenos pueblos sujetos a México, y había mucho maíz, y guardaban la raya nuestros amigos los de Tlascala; y allí se nombraron alcaldes y regidores, y se dio orden en cómo se corriese los rededores sujetos a México, en especial los pueblos adonde habían muerto españoles; y allí hicieron hacer el hierro con que se habían de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una G. que quiere decir guerra. Y desde la villa de Segura de la Frontera corrimos todos los rededores, que fue Cachula y Tecamachalco y el pueblo de las Guayaguas, y otros pueblos que no se me acuerda el nombre; y en lo de Cachula fue adonde habían muerto en los aposentos quince españoles; y en este de Cachula hubimos muchos esclavos: de manera que en obra de cuarenta días tuvimos aquellos pueblos pacíficos y castigados. Ya en aquella sazón habían alzado en México otro señor por rey, porque el señor que nos echó de México

era fallecido de viruelas, y aquel señor que hicieron rey era un sobrino o pariente muy cercano del gran Moctezuma, que se decía Guatemuz, mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado; y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban dél; y estaba casado con una hija de Moctezuma, bien hermosa mujer para ser india; y como este Guatemuz, señor de México, supo cómo habíamos desbaratado los escuadrones de mexicanos que estaban en Tepeaca, y que habían dado la obediencia a su majestad del emperador Carlos V, y nos servían y daban de comer, y estábamos allí poblados; y temió que les correríamos lo de Guaxaca y otras provincias, y que a todos les atraeríamos a nuestra amistad, envió a sus mensajeros por todos los pueblos para que estuviesen muy alerta con todas sus armas, y a los caciques les daba joyas de oro, y a otros perdonaba los tributos; y sobre todo, mandaba ir muy grandes capitanes y guarniciones de gente de guerra para que mirasen no les entrásemos en sus tierras; y les enviaba a decir que peleasen muy reciamente con nosotros, no les acaeciese como en lo de Tepeaca e Cachula e Tecamachalco, que todos les habíamos hecho esclavos. Y adonde más gente de guerra envió fue a Guacachula e Ozúcar que está de Tepeaca a donde estaba nuestra villa doce leguas. Para que bien se entiendan los hombres destos pueblos, un nombre es Cachula, otro nombre es Guacachula. Y dejaré de contar lo que en Guacachula se hizo, hasta su tiempo y lugar; y diré cómo en aquel tiempo e instante vinieron de la Villa-Rica mensajeros cómo había venido un navío de Cuba, y ciertos soldados en él.

Capítulo CXXXI

Cómo vino un navío de Cuba que enviaba Diego Velázquez, e venía en él por capitán Pedro Barba, y la manera que el almirante que dejó nuestro Cortés por guarda de la mar tenía para los prender, y es desta manera

Pues como andábamos en aquella provincia de Tepeaca, castigando a los que fueron en la muerte de nuestros compañeros, que fueron diez y ocho los que mataron en aquellos pueblos, y atrayéndolos de paz, y de todos daban la obediencia a su majestad; vinieron cartas de la Villa-Rica cómo había venido un navío al puerto, y vino con él por capitán un hidalgo que se decía Pedro Barba, que era muy amigo de Cortés; y este Pedro Barba había estado por teniente del Diego Velázquez en la Habana, y traía trece soldados y un caballo y una yegua, porque el navío que traía era muy chico; y traía cartas para Pánfilo de Narváez, el capitán que Diego Velázquez había enviado contra nosotros, creyendo que estaba por él la Nueva-España, en que le enviaba a decir el Diego Velázquez que si acaso no había muerto a Cortés, que luego se le enviase preso a Cuba, para enviarle a Castilla: que así lo mandaba don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, presidente de Indias, que luego fuese preso con otros de nuestros capitanes; porque el Diego Velázquez tenía por cierto que éramos desbaratados, o a lo menos que Narváez señoreaba la Nueva-España. Pues como el Pedro Barba llegó al puerto con su navío y echó anclas, luego le fue a visitar y dar el bien venido el almirante de la mar que puso Cortés, el cual se decía Pedro Caballero o Juan Caballero, otras veces por mí nombrado, con un batel bien esquifado de marineros y armas encubiertas, y fue al navío

de Pedro Barba; y después de hablar palabras de buen comedimiento: «qué tal viene vuestra merced», y quitar las gorras y abrazarse unos a otros, como se suele hacer, preguntó el Pedro Caballero por el señor Diego Velázquez, gobernador de Cuba, qué tal queda, y responde el Pedro Barba que bueno; y el Pedro Barba y los demás que consigo traían preguntan por el señor Pánfilo de Narváez, y cómo le va con Cortés; y responden que muy bien, e que Cortés anda huyendo y alzado con veinte de sus compañeros, e que Narváez está muy próspero e rico, y que la tierra es muy buena; y de plática en plática le dicen al Pedro Barba que allí junto estaba un pueblo, que desembarque e que se vayan a dormir y estar en él, que les traerán comida y lo que hubieren menester, que para solo aquello estaba señalado aquel pueblo; y tantas palabras les dicen, que en el batel y en otros que luego allí venían de los otros navíos que estaban surtos les sacaron en tierra, y cuando los vieron fuera del navío, y tenían copia de marineros junto con el almirante Pedro Caballero, dijeron al Pedro Barba: «Sed preso por el señor capitán Cortés, mi señor»; y así los prendieron, y quedaban espantados, y luego les sacaban del navío las velas y timón y agujas, y los enviaban adonde estábamos con Cortés en Tepeaca; por los cuales habíamos gran placer, con el socorro que venía en el mejor tiempo que podía ser; porque en aquellas entradas que he dicho que hacíamos, no eran tan en salvo, que muchos de nuestros soldados no quedábamos heridos, y otros adolecían del trabajo; porque, de sangre y polvo que estaba cuajado en las entrañas, no echábamos otra cosa del cuerpo y por la boca; como traíamos siempre las armas a cuestas, y no parar noches ni días; por manera que ya se habían muerto cinco de nuestros soldados de dolor de costado en obra de quince días. También quiero decir que con este Pedro Barba vino

un Francisco López, vecino y regidor que fue de Guatemala, y Cortés hacía mucha honra al Pedro Barba, y le hizo capitán de ballesteros, y dio nuevas que estaba otro navío chico en Cuba, que le quería enviar el Diego Velázquez con cazabe y bastimentos; el cual vino dende a ocho días, y venía en él por capitán un hidalgo natural de Medina del Campo, que se decía Rodrigo Morejón de Lobera, y traía consigo ocho soldados y seis ballestas y mucho hilo para cuerdas, e una yegua; y ni más ni menos que habían prendido al Pedro Barba, así hicieron a este Rodrigo de Morejón, y luego fueron a Segura de la Frontera, y con todos ellos nos alegramos, y Cortés les hacía mucha honra y les daba cargos; y gracias a Dios, ya nos íbamos fortaleciendo con soldados y ballestas y dos o tres caballos más. Y dejarlo he aquí, y volveré a decir lo que en Guacachula hacían los ejércitos mexicanos que estaban en frontera, y cómo los caciques de aquel pueblo vinieron secretamente a demandar favor a Cortés para echarlos de allí.

Capítulo CXXXII

Cómo los de Guacachula vinieron a demandar favor a Cortés sobre que los ejércitos mexicanos los trataban mal y los robaban, y lo que sobre ello se hizo

Ya he dicho que Guatemuz, señor que nuevamente era alzado por rey de México, enviaba grandes guarniciones a sus fronteras; en especial envió una muy poderosa y de mucha copia de guerreros a Guacachula, y otra a Ozúcar, que estaba dos o tres lenguas de Guacachula; porque bien temió que por allí le habíamos de correr las tierras y pueblos sujetos a México; y parece ser que, como envió tanta multitud de guerreros y como tenían nuevo señor, hacían muchos robos y fuerzas a los naturales de aquellos pueblos adonde estaban aposentados, y tantas, que no les podían sufrir los de aquella provincia, porque decían que les robaban las mantas y maíz y gallinas y joyas de oro, y sobre todo, las hijas y mujeres si eran hermosas, y que las forzaban delante de sus maridos y padres y parientes. Como oyeron decir que los del pueblo de Cholula estaban todos muy de paz y sosegados después que los mexicanos no estaban en él, y ahora asimismo en lo de Tepeaca y Tecamachalco y Cachula, a esta causa vinieron cuatro principales muy secretamente de aquel pueblo, por mí otras veces nombrado, y dicen a Cortés que envíe teules y caballos a quitar aquellos robos y agravios que les hacían los mexicanos, e que todos los de aquel pueblo y otros comarcanos nos ayudarían para que matásemos a los escuadrones mexicanos; y de que Cortés lo oyó, luego propuso que fuese por capitán Cristóbal de Olí con todos los más de a caballo y ballesteros y con gran copia de tlascaltecas; porque con la ganancia que los de Tlascala

habían llevado de Tepeaca, habían venido a nuestro real e villa muchos tlascaltecas; y nombró Cortés para ir con el Cristóbal de Olí a ciertos capitanes de los que habían venido con Narváez; por manera que llevaba en su compañía sobre trescientos soldados y todos los mejores caballos que teníamos. E yendo que iba con todos sus compañeros camino de aquella provincia, pareció ser que en el camino dijeron ciertos indios a los de Narváez cómo estaban todos los campos y casas llenas de gente de guerra de mexicanos, mucho más que los de Otumba, y que estaba allí con ellos el Guatemuz, señor de México; y tantas cosas dicen que les dijeron, que atemorizaron a los de Narváez; y como no tenían buena voluntad de ir a entradas ni ver guerras, sino volverse a su isla de Cuba, y como habían escapado de la de México y calzadas y puentes y la de Otumba, no se querían ver en otra como lo pasado; y sobre ello dijeron los de Narváez tantas cosas al Cristóbal de Olí, que no pasase adelante, sino que se volviese, y que mirase no fuese peor esta guerra que las pasadas, donde perdiesen las vidas; y tantos inconvenientes le dijeron, y dábanle a entender que si el Cristóbal de Olí quería ir, que fuese en buen hora, que muchos dellos no querían pasar adelante; de modo que, por muy esforzado que era el capitán que llevaban, aunque les decía que no era cosa volver, sino ir adelante, que buenos caballos llevaban y mucha gente, y que si volviesen un paso atrás que los indios los tendrían en poco, e que en tierra llana era, y que no quería volver, sino ir adelante; y para ello, de nuestros soldados de Cortés le ayudaban a decir que se volviese, y que en otras entradas y guerras peligrosas se habían visto, e que, gracias a Dios, habían tenido victoria, no aprovechó cosa ninguna con cuanto les decían; sino por vía de ruegos le trastornaron su seso, que volviesen y que desde Cholula escribiesen a Cortés sobre el caso; y así, se

volvió; y de que Cortés lo supo, se enojó, y envió a Cristóbal de Olí otros dos ballesteros, y les escribió que se maravillaba de su buen esfuerzo y valentía, que por palabras de ninguno dejase de ir a una cosa señalada como aquella; y de que el Cristóbal de Olí vio la carta, hacía bramuras de enojo, y dijo a los que tal le aconsejaron que por su causa había caído en falta. Y luego, sin más determinación, les mandó fuesen con él, e que el que no quisiese ir, que se volviese al real por cobarde, que Cortés le castigaría en llegando; y como iba hecho un bravo león de enojo con su gente camino de Guacachula, antes que llegasen con una legua, le salieron a decir los caciques de aquel pueblo la manera y arte que estaban los de Culúa, y cómo había de dar en ellos, y de qué manera había de ser ayudado; y como lo hubieron entendido, apercibió los de a caballo y ballesteros y soldados y, según y de la manera que tenían en el concierto, da en los de Culúa; y puesto que pelearon muy bien por un buen rato, y le hirieron ciertos soldados y mataron dos caballos e hirieron otros ocho en unas fuerzas y albarradas que estaban en aquel pueblo; en obra de una hora estaban ya puestos en huida todos los mexicanos; y dicen que nuestros tlascaltecas que lo hicieron muy varonilmente, que mataban y prendían muchos dellos, y como les ayudaban todos los de aquel pueblo y provincia, hicieron muy grande estrago en los mexicanos, que presto procuraron retraerse e hacerse fuertes en otro gran pueblo que se dice Ozúcar, donde estaban otras muy grandes guarniciones de mexicanos, y estaban en gran fortaleza; y quebraron una puente porque no pudiesen pasar caballos. Ni el Cristóbal de Olí; porque, como he dicho, andaba enojado, hecho un tigre, y no tardó mucho en aquel pueblo; que luego se fue a Ozúcar con todos los que le pudieron seguir, y con los amigos de Guacachula pasé el río y dio en los escuadrones mexicanos,

que de presto los venció, y allí le mataron dos caballos, y a él le dieron dos heridas, y una en el muslo, y el caballo muy bien herido, y estuvo en Ozúcar dos días. Y como todos los mexicanos fueron desbaratados, luego vinieron los caciques y señores de aquel pueblo y de otros comarcanos a demandar paz, y se dieron por vasallos de nuestro rey y señor; y como todo fue pacifico, se fue con todos sus soldados a nuestra villa de la Frontera. Y porque yo no fui en esta entrada, digo en esta relación que «dicen que pasó lo que he dicho»; y nuestro Cortés le salió a recibir, y todos nosotros, y hubimos mucho placer, y reíamos de cómo le habían convocado a que se volviese, y el Cristóbal de Olí también reía, y decía que mucho más cuidado tenían algunos de sus minas y de Cuba que no de las armas, y que juraba a Dios que no le acaeciese llevar consigo, si a otra entrada fuese, sino de los pobres soldados de los de Cortés, y no de los ricos que venían de Narváez, que querían mandar más que no él. Dejemos de platicar más desto, y digamos cómo el cronista Gómara dice en su Historia que por no entender bien el Cristóbal de Olí a los naguatatos e intérpretes se volvían del camino de Guacachula, creyendo que era trato doble contra nosotros; y no fue ansí como dice, sino que los más principales capitanes de los de Narváez, como les decían otros indios que estaban grandes escuadrones de mexicanos juntos y más que en lo de México y Otumba, y que con ellos estaba el señor de México, que se decía Guatemuz, que entonces le habían alzado por rey, y habían escapado de la Mazagatos, como dice el refrán, tuvieron gran temor de entrar en aquellas batallas, y por esta causa convocaron al Cristóbal de Olí que se volviese, y aunque todavía porfiaba de ir adelante, esta es la verdad. Y también dice que fue el mismo Cortés a aquella guerra cuando el Cristóbal de Olí volvía; no fue ansí, que el mismo

Cristóbal de Olí, maestre de campo, es el que fue, como dicho tengo. También dice dos veces que los que informaron a los de Narváez cómo estaban los muchos millares de indios juntos, que fueron los de Guaxocingo, cuando pasaban por aquel pueblo. También digo que se engañó, porque claro está que para ir desde Tepeaca a Cachula no habían de volver atrás por Guaxocingo, que era ir, como si estuviésemos ahora en Medina del Campo, y para ir a Salamanca tomar el camino por Valladolid; no es más lo uno en comparación de lo otro, así que muy desatinado anda el cronista. Y si todo lo que escribe de otras crónicas de España es de esta manera, yo las maldigo como cosa de patrañas y mentiras, puesto que por más lindo estilo lo diga. Y dejemos ya esta materia, y digamos lo que más en aquel instante aconteció, e fue que vino un navío al puerto del peñol del nombre feo, que se decía el tal de Bernal, junto a la Villa-Rica, que venía de lo de Pánuco, que era de los que enviaba Garay, y venía en él por capitán uno que se decía Camargo, y lo que pasó adelante diré.

Capítulo CXXXIII

Cómo aportó al peñol y puerto que está junto a la Villa-Rica un navío de los de Francisco Garay, que había enviado a poblar el río Pánuco, y lo que sobre ello más pasó

Estando que estábamos en Segura de la Frontera, de la manera que en mi relación habrán oído, vinieron cartas a Cortés cómo había aportado un navío de los que el Francisco de Garay había enviado a poblar a Pánuco, e que venía por capitán uno que se decía fulano Camargo, y traía sobre sesenta soldados, y todos dolientes y muy amarillos e hinchadas las barrigas, y que habían dicho que otro capitán que el Garay había enviado a poblar a Pánuco, que se decía fulano Álvarez Pinedo, que los indios del Pánuco lo habían muerto, y a todos los soldados y caballos que había enviado a aquella provincia, y que los navíos se los habían quemado; y que este Camargo, viendo el mal suceso, se embarcó con los soldados que dicho tengo, y se vino a socorrer a aquel puerto, porque bien tenía noticia que estábamos poblados allí, y a causa que por sustentar las guerras con los indios no tenían qué comer, y venían muy flacos y amarillos e hinchados; y más dijeron, que el capitán Camargo había sido fraile dominico, e que había hecho profesión; los cuales soldados, con su capitán, se fueron luego su poco a poco a la villa de la Frontera, porque no podían andar a pie de flacos; y cuando Cortés los vio tan hinchados y amarillos, que no eran para pelear, harto teníamos que curar en ellos; al Carmargo hizo mucha honra y a todos los soldados, y tengo que el Camargo murió luego, que no me acuerdo bien qué se hizo, y también se murieron muchos soldados; y entonces por burlar les llamamos y pusimos por nombre los panciverdes, porque traían las colores de muertos y las

barrigas muy hinchadas; y por no me detener en contar cada cosa en qué tiempo y lugar acontecían, pues eran todos los navíos que en aquel tiempo venían a la Villa-Rica del Garay, y puesto que se vinieron los unos de los otros un mes delanteros, hagamos cuenta que todos aportaron a aquel puerto, ahora sea un mes antes los unos que los otros; y esto digo Porque vino un Miguel Díaz de Auz, aragonés, por capitán de Francisco de Garay, el cual le enviaba para socorro al capitán fulano Álvarez Pinedo, que creía que estaba en Pánuco; y como llegó al puerto del Pánuco, y no halló ni pelo de la armada de Garay, luego entendió por lo que vido que le habían muerto; porque al Miguel Díaz le dieron guerra, luego que llegó con un navío, los indios de aquella provincia, y por aquel efecto vino a aquel nuestro puerto y desembarcó sus soldados que eran más de cincuenta, y más siete caballos, y se fue luego para donde estábamos con Cortés; y este fue el mejor socorro y al mejor tiempo que le habíamos menester. Y para que bien sepan quién fue este Miguel Díaz de Auz, digo yo que sirvió muy bien a su majestad en todo lo que se ofreció en las guerras y conquistas de la Nueva-España, y este fue el que trajo pleito, después de ganada la Nueva-España, con un cuñado de Cortés, que se decía Andrés de Barrios, natural de Sevilla que llamábamos «el danzador», sobre el pleito de la mitad de Mestitán. Y este Miguel de Auz fue el que en el real consejo de Indias, en el año de mil y quinientos y cuarenta y uno, dijo que unos daba favor e indios, por bien bailar y danzar, y otros les quitaba sus haciendas, porque habían bien servido a su majestad peleando; aqueste es el que dijo que por ser cuñado de Cortés le dio los indios que no merecía, estando comiendo en Sevilla buñuelos, y los dejaba de dar a quien su majestad mandaba; aqueste es el que claramente dijo otras cosas acerca de que no hacían justicia

ni lo que su majestad los manda; e más dijo otras cosas que querían remedar al villano de nombre Abubio, de que se iban enojando los señores que mandaban en el real consejo de Indias, que era presidente el reverendísimo fray García de Loaysa, arzobispo que fue de Sevilla, e oidores el obispo de Lugo y el licenciado Gutierre Velázquez y el doctor Bernal Díaz de Luco y el doctor Beltrán. Volvamos a nuestro cuento: y entonces el Miguel Díaz de Auz, desque hubo hablado lo que quiso, tendió la capa en el suelo y puso la daga sobre el pecho, estando tendido en ella de espaldas, e dijo, vuestra alteza me mande degollar con esta daga, si no es verdad lo que digo; e si es verdad haced recta justicia. Entonces el presidente le mandó levantar y dijo que no estaban allí para matar a ninguno, sino para hacer justicia, e que fue mal mirado en lo que dijo, y que se saliese fuera y que no dijese más desacatos, si no que le castigaría. Y lo que proveyeron sobre su pleito de Mestitán, que le den a parte de lo que rentare, que son más de dos mil y quinientos pesos de su parte, con tal que no entre en el pueblo por dos años, porque en lo que le acusaban era que había muerto ciertos indios en aquel pueblo y en otros que había tenido. Dejemos de hablar desto, y digamos que desde a pocos días que Miguel Díaz de Auz había venido a aquel puerto de la manera que dicho tengo, aportó luego otro navío que enviaba el mismo Garay en ayuda y socorro de su armada, creyendo que todos estaban buenos y sanos en el río de Pánuco, y venía en él por capitán un viejo que se decía Ramírez, e ya era hombre anciano, y a esta causa le llamamos Ramírez «el viejo», porque había en nuestro real dos Ramírez, y traía sobre cuarenta soldados y diez caballos e yeguas, y ballesteros y otras armas; y el Francisco de Garay no hacía sino echar un virote sobre otro en socorro de su armada, y en todo le socorría la buena fortuna a

Cortés, y a nosotros era de gran ayuda; y todos estos de Garay que dicho tengo fueron a Tepeaca, adonde estábamos; y porque los soldados que traía Miguel Díaz de Auz venían muy recios y gordos, les pusimos por nombre «los de los lomos recios», y los que traía el viejo Ramírez traían unas armas de algodón de tanto gordor, que no las pasara ninguna flecha, y pensaban mucho, y pusímosles por nombre «los de las albardillas»; y cuando fueron los capitanes que dicho tengo delante de Cortés les hizo mucha honra. Dejemos de contar de los socorros que teníamos de Garay, que fueron buenos, y digamos cómo Cortés envió a Gonzalo de Sandoval a una entrada a unos pueblos que se dizen Xalacingo y Zacatami.

Capítulo CXXXIV

Cómo envió Cortés a Gonzalo de Sandoval a pacificar los pueblos de Xalacingo y Zacatami, y llevó doscientos soldados y veinte de a caballo y doce ballesteros, y para que supiese que españoles mataron en ellos, y que mirase qué armas les habían tomado y qué tierra era, y les demandase el oro que robaron, y de lo que más en ello pasó

Como ya Cortés tenía copia de soldados y caballos y ballestas, e se iba fortaleciendo con los dos navichuelos que envió Diego Velázquez, y envió en ellos por capitanes a Pedro Barba y Rodrigo de Morejón de Lobera, y trajeron en ellos sobre veinte y cinco soldados, y dos caballos y una yegua, y luego vinieron los tres navíos de los de Garay, que fue el primero capitán que vino, Camargo, y el segundo Miguel Díaz de Auz, y el postrero Ramírez el viejo, y traían, entre todos estos capitanes que he nombrado, sobre ciento y veinte soldados, y diez y siete caballos e yeguas, e las yeguas eran de juego y de carrera.

Y Cortés tuvo noticia de que en unos pueblos que se dicen Zacatami y Xalacingo, y en otros sus comarcanos, habían muerto muchos soldados de los de Narváez que venían camino de México, e asimismo que en aquellos pueblos habían muerto y robado el oro a un Juan de Alcántara e a otros dos vecinos de la Villa-Rica, que era lo que les había cabido de las partes a todos los vecinos que quedaban en la misma villa, según más largo lo he escrito en el capítulo que dello trata; y envió Cortés para hacer aquella entrada por capitán a Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y muy esforzado y de buenos consejos, y llevó consigo doscientos soldados, todos los más de los nuestros de Cortés, y veinte de a caballo e doce ballesteros y buena copia de tlascaltecas; y antes que llegase a aquellos

pueblos supo que estaban todos puestos en armas, y juntamente tenían consigo guarniciones de mexicanos, e que se habían muy bien fortalecido con albarradas y pertrechos: porque bien habían entendido que por las muertes de los españoles que habían muerto, que luego habíamos de ser contra ellos para los castigar, como a los de Tepeaca y Cachula y Tecamachalco; y Sandoval ordenó muy bien sus escuadrones y ballesteros, y mandó a los de a caballo como y de qué manera habían de ir y romper; y primero que entrasen en su tierra les envió mensajeros a decirles que viniesen de paz y que diesen el oro y armas que habían robado, e que la muerte de los españoles se les perdonaría. Y a esto de les enviar mensajeros a decirles que viniesen de paz fueron tres o cuatro veces, y la respuesta que les enviaban: era que si allá iban, que como habían muerto e comido los teules que les demandaban, que ansí harían al capitán y a todos los que llevaba; por manera que no aprovechaban mensajes; y otra vez les tornó a enviar a decir que él les haría esclavos por traidores y salteadores de caminos y que se aparejasen a defender; y fue Sandoval con sus compañeros y les entró por dos partes; que puesto que peleaban muy bien todos los mexicanos y los naturales de aquellos pueblos, sin más referir lo que allí en aquellas batallas pasó, los desbarató; y fueron huyendo todos los mexicanos y caciques de aquellos pueblos, y siguió el alcance y se prendieron muchas gentes menudas; que de los indios no se curaban, por no tener qué guardar; y hallaron en unos cues de aquel pueblo muchos vestidos y armas y frenos de caballos y dos sillas, y otras muchas cosas de la jineta, que habían presentado a sus ídolos. Y acordó Sandoval de estar allí tres días, y vinieron los caciques de aquellos pueblos a pedir perdón y a dar la obediencia a su majestad cesárea; y Sandoval les dijo que diesen el oro que

habían robado a los españoles que mataron e que luego les perdonaría; y respondieron que el oro, que los mexicanos lo hubieron y que lo enviaron al señor de México que entonces habían alzado por rey, y que no tenían ninguno; por manera que en cuanto el perdón, que fuesen adonde estaba el Malinche, e que él les hablaría e perdonaría; y ansí, se volvió con una buena presa de mujeres y muchachos, que echaron el hierro por esclavos. Y Cortés se holgó mucho cuando le vio venir bueno y sano, puesto que traía cosa de ocho soldados mal heridos y tres caballos menos, y aun el Sandoval traía un flechazo. E yo no fui en esta entrada, que estaba muy malo de calenturas y echaba sangre por la boca; e gracias a Dios, estuve bueno porque me sangraron muchas veces. E como Gonzalo de Sandoval había dicho a los caciques de Xalacingo e Zacatami que viniesen a Cortés a demandar paces, no solamente vinieron aquellos pueblos solos, sino también otros muchos de la comarca, y todos dieron la obediencia a su majestad, y traían de comer a aquella villa adonde estábamos. E fue aquella entrada que hizo de mucho provecho, y se pacificó toda la tierra; y dende en adelante tenía Cortés tanta fama en todos los pueblos de la Nueva-España, lo uno de muy justificado y lo otro de muy esforzado, que a todos ponía temor, y muy mayor a Guatemuz, el señor y rey nuevamente alzado en México. Y tanta era la autoridad, ser y mando que había cobrado nuestro Cortés, que venían ante él pleitos de indios de lejas tierras, en especial sobre cosas de cacicazgos y señoríos; que, como en aquel tiempo anduvo la viruela tan común en la Nueva-España, fallecían muchos caciques; y sobre a quién le pertenecía el cacicazgo, y ser señor; y partir tierras o vasallos o bienes venían a nuestro Cortés, como a señor absoluto de toda la tierra, para que por su mano e autoridad alzase por señor a quien le pertenecía. Y en aquel

tiempo vinieron del pueblo de Ozúcar y Guacachula, otras veces ya por mí nombrado; porque en Ozúcar estaba casada una parienta muy cercana de Moctezuma con el señor de aquel pueblo, y tenían un hijo que decían era sobrino del Moctezuma, e según parece, heredaba el señorío, e otros decían que le pertenecía a otro señor, y sobre ello tuvieron muy grandes diferencias, y vinieron a Cortés, y mandó que le heredase el pariente de Moctezuma, y luego cumplieron su mandato; e ansí vinieron de otros muchos pueblos de a la redonda sobre pleitos, y a cada uno mandaba dar sus tierras y vasallos, según sentía por derecho que les pertenecía. Y en aquella sazón también tuvo noticia Cortés que en un pueblo que estaba de allí seis leguas, que se decía Zocotlan, y le pusimos por nombre Castilblanco (como ya otras veces he dicho, dando la causa por qué se le puso este nombre), habían muerto nueve españoles, envió al mismo Gonzalo de Sandoval para que los castigase y los trajese de paz, y fue allá con treinta y cinco escopeteros, y muchos tlascaltecas, que siempre se mostraron muy aficionados y eran buenos guerreros. Y después de hechos sus requerimientos y protestaciones, que hubieron y les enviaron a decir otras muchas cosas de cumplimientos con cinco indios principales de Tepeaca, y si no venían que les daría guerra y haría esclavos. Y pareció ser estaban en aquel pueblo otros escuadrones de mexicanos en su guarda y amparo, y respondieron que señor tenían, que era Guatemuz; que no habían menester ni venir ni ir a llamado de otro señor; que si allá fuesen, que en el camino les hallarían, que no se les habían ahora fallecido las fuerzas menos que las tenían en México y puentes y calzadas, e que ya sabían a que tanto llegaban nuestras valentías.

Y cuando aquello oyó Sandoval, puesta muy en orden

su gente cómo había de pelear, y los de a caballo y escopeteros y ballesteros, mandó a los tlascaltecas que no se metiesen en los enemigos al principio, porque no estorbasen a los caballos y porque no corriesen peligro, o hiriesen algunos dellos con las ballestas y escopetas o los atropellasen con los caballos, hasta haber rompido los escuadrones, y cuando los hubiesen desbaratado, que prendiesen a los mexicanos y siguiesen el alcance; y luego comenzó a caminar hacia el pueblo, y salen al camino y encuentro dos escuadrones de guerreros junto a unas fuerzas y barrancas, y allí estuvieron fuertes un rato; y con las ballestas y escopetas les hacían mucho mal, por manera que tuvo Sandoval lugar de pasar aquella fuerza e albarradas con los caballos; y aunque le hirieron nueve caballos, y uno murió, y también le hirieron cuatro soldados, como se vio fuera del mal paso e tuvo lugar por donde corriesen los caballos, y aunque no era buena tierra ni llano, que había muchas piedras, da tras los escuadrones, rompiendo por ellos, que los llevó hasta el mismo pueblo, adonde estaba un gran patio, y allí tenían otra fuerza y unos cues, adonde se tornaron a hacer fuertes; y puesto que peleaban muy bravosamente, todavía los venció, y mató hasta siete indios, porque estaban en malos pasos; y los tlascaltecas no habían menester mandarles que siguiesen el alcance, que con la ganancia, como eran guerreros, ellos tenían el cargo, especialmente como sus tierras no estaban lejos de aquel pueblo. Allí se hubieron muchas mujeres y gente menuda, y estuvo allí el Gonzalo de Sandoval dos días, y envió a llamar los caciques de aquel pueblo con unos principales de Tepeaca que iban en su compañía, y vinieron, y demandaron perdón de la muerte de los españoles; y Sandoval les dijo que si daban las ropas y hacienda que robaron de los que mataron, que se les perdonaría, y respondieron que todo lo habían quemado y

que no tenían ninguna cosa, y que los que mataron, que los más dellos habían ya comido, y que cinco teules enviaron vivos a Guatemuz, su señor, y que ya habían pagado la pena con los que ahora les habían muerto en el campo y en el pueblo; que les perdonase, que llevarían muy bien de comer y abastecerían la villa donde estaba Malinche. Y como el Gonzalo de Sandoval vio que no se podía hacer más, les perdonó, y allí se ofrecieron de servir bien en lo que les mandasen; y con este recaudo se fue a la villa, y fue bien recibido de Cortés y de todos los del real. Donde dejaré de hablar más en ello, y digamos cómo se herraron todos los esclavos que se habían habido en aquellos pueblos y provincia, y lo que sobre ello se hizo.

Capítulo CXXXV

Cómo se recogieron todas las mujeres y esclavos de todo nuestro real que habíamos habido en aquello de Tepeaca y Cachula, Tecamachalco y en Castilblanco y en sus tierras, para que se herrasen con el hierro en nombre de su majestad, y lo que sobre ello pasó

Como Gonzalo de Sandoval hubo llegado a la villa de Segura de la Frontera, de hacer aquellas entradas que ya he dicho, y en aquella provincia todos los teníamos ya pacíficos, y no teníamos por entonces dónde ir a entrar, porque todos los pueblos de los rededores habían dado la obediencia a su majestad, acordó Cortés, con los oficiales del rey, que se herrasen las piezas y esclavos que se habían habido, para sacar su quinto, después que se hubiese primero sacado el de su majestad, y para ello mandé dar pregones en el real e villa que todos los soldados llevásemos a una casa que estaba señalada para aquel efecto a herrar todas las piezas que tuviesen recogidas, y dieron de plazo aquel día que se pregonó y otro; y todos ocurrimos con todas las indias, muchachas y muchachos que habíamos habido; que de hombres de edad no nos curábamos dello, que eran malos de guardar, y no habíamos menester su servicio, teniendo a nuestros amigos los tlascaltecas. Pues ya juntas todas las piezas, y hecho el hierro, que era una G como ésta, que quería decir guerra, cuando no nos catamos, apartan el real quinto, y luego sacan otro quinto para Cortés; y demás desto, la noche antes, cuando metimos las piezas, como he dicho, en aquella casa, habían ya escondido y tomado las mejores indias, que no pareció allí ninguna buena, y al tiempo del repartir dábannos las viejas y ruines; y sobre esto hubo muy grandes murmuraciones contra Cortés y de los que mandaban hurtar y esconder las buenas

indias; y de tal manera se lo dijeron al mismo Cortés soldados de los de Narváez, que juraban a Dios que no habían visto tal, haber dos reyes en la tierra de nuestro rey y señor y sacar dos quintos; y uno de los soldados que se lo dijeron fue un Juan Bono de Quejo; y más dijo, que no estarían en tal tierra, y que lo harían saber en Castilla a su majestad y a los de su real consejo de Indias. Y también dijo a Cortés otro soldado muy claramente que no bastó repartir el oro que se había habido en México de la manera que lo repartió, y que cuando estaba repartiendo las partes decía que eran trescientos mil pesos los que se habían allegado, y que cuando salimos huyendo de México mandó tomar por testimonio que quedaban más de setecientos mil, y que ahora el pobre soldado que había echado los bofes y estaba lleno de heridas por haber una buena india, y les habían dado enaguas y camisas, había tomado y escondido las tales indias, y que cuando dieron el pregón para que se llevasen a herrar, que creyeron que a cada soldado volverían sus piezas y que apreciarían qué tantos pesos valían, y que como las apreciasen pagasen el quinto a su majestad, y que no habría más quinto para Cortés; y decían otras murmuraciones peores que estas. Y como Cortés aquello vio, con palabras algo blandas dijo que juraba en su conciencia, (que aquesto tenía costumbre de jurar) que de allí adelante no sería ni se haría de aquella manera, sino que buenas o malas indias, sacarlas al almoneda, y la buena que se vendería por tal, y la que no lo fuese por menos precio, y de aquella manera no tendrían que reñir con él. Y puesto que allí en Tepeaca no se hicieron más esclavos, mas después en lo de Tezcuco casi fue desta manera, como adelante diré. Y dejaré de hablar en esta materia, y digamos otra cosa casi peor que esto de los esclavos, y es que ya he dicho en el capítulo que dello habla, cuando la triste noche

que salimos de México huyendo, como quedaban en la sala donde posaba Cortés muchas barras de oro perdido, que no lo podían sacar, más de lo que cargaron en la yegua y caballos y muchos tlascaltecas, y lo que hurtaron los amigos y otros soldados que cargaron dello; y como lo demás se quedaba perdido en poder de los mexicanos, Cortés dijo delante de un escribano del rey que cualquiera que quisiese sacar oro de lo que allí quedaba, que se lo llevase mucho en buena hora por suyo, como se había de perder; y muchos soldados de los de Narváez cargaron dello, y asimismo algunos de los nuestros, y por sacarlo perdieron muchos dellos las vidas, y los que escaparon con la presa que traían, habían estado en gran riesgo de morir y salieron llenos de heridas. Y como en nuestro real y villa de Segura de la Frontera, que así se llamaba, alcanzó Cortés a saber que había muchas barras de oro, y que andaban en el juego, y como dice el refrán que «el oro y amores son malos de encubrir», mandó dar un pregón, so graves penas, que traigan a manifestar el oro que sacaron, y que les dará la tercia parte dello, y si no lo traen, que se lo tomará todo; y muchos soldados de los que lo tenían no lo quisieron dar, y a algunos se lo tomó Cortés como prestado, y más por fuerza que por grado; y como todos los más capitanes tenían oro, y aun los oficiales del rey muy mejor, que hicieron sacos dello, se calló lo del pregón, que no se habló en ello; mas pareció muy mal esto que mandó Cortés. Dejémoslo ya de más declarar, y digamos cómo todos los más capitanes y personas principales de los que pasaron con Narváez demandaron licencia a Cortés para se volver a Cuba, y Cortés se la dio, y lo que más acaeció.

Capítulo CXXXVI

Cómo demandaron licencia a Cortés los capitanes y personas más principales de los que Narváez había traído en su compañía para se volver a la isla de Cuba, y Cortés se la dio y se fueron. Y de cómo despachó Cortés embajadores para Castilla y para Santo Domingo y Jamaica, y lo que sobre cada cosa acaeció

Como vieron los capitanes de Narváez que ya teníamos socorros, así de los que vinieron de Cuba como los de Jamaica que había enviado Francisco de Garay para su armada, según lo tengo declarado en el capítulo que dello habla, y vieron que los pueblos de la provincia de Tepeaca estaban pacíficos, después de muchas palabras que a Cortés dijeron, con grandes ofertas y ruegos le suplicaron que les diese licencia para se volver a la isla de Cuba, pues se lo había prometido, y luego Cortés se la dio, y les prometió que si volvía a ganar la Nueva-España y ciudad de México, que al Andrés de Duero, su compañero, que le daría mucho más oro que le había de antes dado; y así hizo otras ofertas a los demás capitanes, en especial a Agustín Bermúdez, y les mandó dar matalotaje que en aquella sazón había, que era maíz y perrillos salados y algunas gallinas, y un navío de los mejores, y escribió Cortés a su mujer Catalina Juárez la Marcaida y a Juan Núñez, su cuñado, que en aquella sazón vivía en la isla de Cuba, y les envió ciertas barras y joyas de oro, y les hizo saber todas las desgracias y trabajos que nos habían acaecido, y cómo nos echaron de México. Dejemos esto, y digamos las personas que pidieron la licencia para se volver a Cuba, que todavía iban ricos, y fueron Andrés de Duero y Agustín Bermúdez, y Juan Bono de Quejo y Bernardino de Quesada, y Francisco Velázquez «el corcovado», pariente del Diego Velázquez el gobernador de

Cuba, y Gonzalo Carrasco el que vive en la Puebla, que después se volvió a esta Nueva-España, y un Melchor de Velasco, que fue vecino de Guatemala, y un Jiménez que vive en Guajaca, que fue por sus hijos, y el comendador León de Cervantes, que fue por sus hijas, que después de ganado México las casó muy honradamente: y se fue uno que se decía Maldonado, natural de Medellín, que estaba doliente; no digo Maldonado el que fue marido de doña María del Rincón, ni por Maldonado «el ancho», ni otro Maldonado que se decía álvaro Maldonado «el fiero», que fue casado con una señora que se decía María Arias; y también se fue un Vargas, vecino de la Trinidad, que le llamaban en Cuba, Vargas «el galán»; no digo el Vargas que fue suegro de Cristóbal Lobo, vecino que fue de Guatemala; y se fue un soldado de los de Cortés, que se decía Cárdenas, piloto; aquel Cárdenas fue el que dijo a un su compañero, ¿qué cómo podíamos reposar los soldados teniendo dos reyes en esta Nueva-España? Este fue a quien Cortés dio trescientos pesos para que se fuese con su mujer e hijos. Y por excusar prolijidad de ponerlos todos por memoria, se fueron otros muchos que no me acuerdo bien sus nombres; y cuando Cortés les dio la licencia, dijimos que para qué se la daba, pues que éramos pocos los que quedábamos; y respondió que por excusar escándalos e importunaciones, y que ya veíamos que para la guerra algunos de los que se volvían a Cuba no lo eran, y que «valía más estar solos que mal acompañados», y para los despachar del puerto envió Cortés a Pedro de Alvarado; y en habiéndolos embarcado, le mandó que se volviese luego a la villa. Y digamos ahora que también envió a Castilla a Diego de Ordás y a Alonso de Mendoza, natural de Medellín o de Cáceres, con ciertos recaudos de Cortés, que yo no sé otros que se llevase nuestros, ni nos dio parte de

cosa de los negocios que enviaba a tratar con su majestad, ni lo que pasó en Castilla yo no lo alcancé a saber, salvo que a boca llena decía el obispo de Burgos delante del Diego de Ordás que así Cortés como todos los soldados que pasamos con él éramos malos y traidores, puesto que el Ordás sé cierto respondía muy bien por todos nosotros; y entonces le dieron al Ordás una encomienda de señor Santiago, y por armas el volcán que está entre Guaxocingo y cerca de Cholula; y lo que negoció adelante lo diré, según lo supimos por carta. Dejemos esto aparte, y diré cómo Cortés envió a Alonso de Ávila, que era capitán y contador desta Nueva-España, y juntamente con él envió otro hidalgo que se decía Francisco álvarez Chico, que era hombre que entendía de negocios; y mandó que fuesen con otro navío para la isla de Santo Domingo, a hacer relación de todo lo acaecido a la real audiencia que en ella residía, y a los frailes jerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas, que tuviesen por bueno lo que habíamos hecho en las conquistas y el desbarate de Narváez, y cómo había hecho esclavos en los pueblos que habían muerto españoles y se habían quitado de la obediencia que habían dado a nuestro rey y señor, y que así se entendía hacer en todos los demás pueblos que fueron de la liga y nombre de mexicanos; y que suplicaba que hiciese relación dello en Castilla a nuestro gran emperador, y tuviese en la memoria los grandes servicios que siempre le hacíamos, y que por su intercesión y de la real audiencia fuésemos favorecidos con justicia contra la mala voluntad y obras que contra nosotros trataba el obispo de Burgos y arzobispo de Rosano; y también envió otro navío a la isla de Jamaica por caballos e yeguas, y el capitán que con él fue se decía fulano de Solís, que después de ganado México le llamamos Solís «el de la huerta», yerno de uno que se decía el bachiller Ortega. Bien sé que dirán

algunos curiosos lectores que sin dineros cómo enviaba al Diego de Ordás a negocios a Castilla; pues está claro que para Castilla y para otras partes son menester dineros; y que asimismo envió a Alonso de Ávila y a Francisco álvarez Chico a Santo Domingo a negocios, y a la isla de Jamaica por caballos e yeguas. A esto digo que, como al salir de México salimos huyendo la noche por mí muchas veces referida, que, como quedaban en la sala muchas barras de oro perdido en un montón, que todos los más soldados apañaban dello, en especial los de a caballo, y los de Narváez mucho mejor, y los oficiales de su majestad que lo tenían en poder y cargo llevaron los fardos hechos. Y demás desto, cuando se cargaron de oro más de ochenta indios tlascaltecas por mandado de Cortés, y fueron los primeros que salieron en las puentes, vista cosa era que salvarían muchas cargas dello, que no se perdería todo en la calzada; y como nosotros los pobres soldados que no teníamos mando, sino ser mandados, en aquella sazón procurábamos de salvar nuestras vidas, y después, de curar nuestras heridas, a esta causa no mirábamos en el oro, si salieron muchas cargas dello en las puentes o no, ni se nos daba mucho por ello; y Cortés con algunos de nuestros capitanes lo procuraron de haber de algunos de los tlascaltecas que lo sacaron, y tuvimos sospecha que los cuarenta mil pesos de las partes de los de la Villa-Rica, que también lo hubo y hechó fama que lo habían robado; y con ello envió a Castilla a los negocios de su persona y a comprar caballos, y a la isla de Santo Domingo a la audiencia real: porque en aquel tiempo todos se callaban con las barras de oro que tenían, aunque más pregones habían dado. Dejemos esto, y digamos como ya estaban de paz todos los pueblos comarcanos de Tepeaca, acordó Cortés que quedase en una villa de Segura de la Frontera por capitán un Francisco de

Orozco con obra de veinte soldados que estaban heridos y dolientes; y con todos los más de nuestro ejército fuimos a Tlascala, y se dio orden que se cortase madera para hacer trece bergantines para ir otra vez sobre México; porque hallábamos por muy cierto que para la laguna, sin bergantines no la podíamos señorear ni podíamos dar guerra, ni entrar otra vez por las calzadas en aquella gran ciudad sino con gran riesgo de nuestras vidas. Y el que fue maestro de cortar la madera y dar el gálibo y cuenta y razón cómo habían de ser veleros y ligeros para aquel efecto, y los hizo, fue un Martín López, que ciertamente, además de ser un buen soldado, en todas las guerras sirvió muy bien a su majestad; en esto de los bergantines trabajó en ellos como fuerte varón; y me parece que si por dicha no viniera en nuestra compañía de los primeros, como vino, que hasta enviar por otro maestro a Castilla se pasara mucho tiempo, o no viniera ninguno, según el estorbo que nos ponía el obispo de Burgos. Volveré a nuestra materia, e digamos ahora que cuando llegamos a Tlascala ya era fallecido de viruelas nuestro gran amigo y muy leal vasallo de su majestad Mase-Escaci, de la cual muerte nos pesó a todos; y Cortés lo sintió tanto, como él decía, como si fuera su padre, y se puso luto de mantas negras, y asimismo muchos de nuestros capitanes y soldados; y a sus hijos y parientes del Mase-Escaci Cortés y todos nosotros les hacíamos mucha honra; y porque en Tlascala había diferencias sobre el mando y cacicazgo, señaló y mandó que lo fuese un su hijo legítimo del Mase-Escaci, porque así se lo había mandado su padre antes que muriese; y aun dijo a sus hijos y parientes que mirasen que no saliesen del mandado de Malinche y de sus hermanos, porque ciertamente éramos los que habíamos de señorear estas tierras, y les dio otros muchos buenos consejos. Dejemos ya de contar del Mase-Escaci, pues ya es

muerto, y digamos de Xicotenga «el viejo» y de Chichimecatecle y de todos los demás caciques de Tlascala, que se ofrecieron de servir a Cortés, así en cortar la madera para los bergantines como para todo lo demás que les quisiesen mandar en la guerra contra mexicanos, e Cortés los abrazó con mucho amor y les dio gracias por ello, especialmente a Xicotenga «el viejo» y a Chichimecatecle; y luego procuró que se volviese cristiano, y el buen viejo de Xicotenga de buena voluntad dijo que lo quería ser, y con la mayor fiesta que en aquella sazón se pudo hacer, en Tlascala le bautizó el padre de la Merced, y le puso nombre de Lorenzo de Vargas. Volvamos a decir de nuestros bergantines, que el Martín López se dio tanta priesa en cortar la madera, con la gran ayuda de los indios que le ayudaban, que en pocos días la tenía ya cortada toda, y señalada su cuenta en cada madero para qué parte y lugar había de ser, según tienen sus señales los oficiales, maestros y carpinteros de ribera; y también le ayudaba otro buen soldado que se decía Andrés Núñez, e un viejo carpintero que estaba cojo de una herida, que se decía Ramírez «el viejo»; y luego despachó Cortés a la Villa-Rica por mucho hierro y clavazón de los navíos que dimos al través, y por áncoras y velas e jarcias y cables y estopa, y por todo aparejo de hacer navíos, y mandó venir todos los herreros que había, y a un Hernando de Aguilar, que era medio herrero, que ayudaba a machar; y porque en aquel tiempo había en nuestro real tres hombres que se decían Aguilar, llamamos a este Hernando de Aguilar «maja-hierro»; y envió por capitán a la Villa-Rica, por los aparejos que he dicho, para mandarlo traer, a un Santa Cruz, burgalés, regidor que después fue de México, persona muy buen soldado y diligente; y hasta las calderas para hacer brea, y todo cuanto de antes habían sacado de los navíos, trajo con

más de mil indios, que todos los pueblos de aquellas provincias, enemigos de mexicanos, luego se los daban para traer las cargas. Pues como no teníamos pez para brear, ni aun los indios lo sabían hacer, mandó Cortés a cuatro hombres de la mar, que sabían de aquel oficio, que en unos pinares cerca de Guaxocingo, que los hay buenos, fuesen hacer la pez. Pasemos adelante, puesto que no va muy a propósito de la materia en que estaba hablando, que me han preguntado ciertos caballeros curiosos, que conocían muy bien a Alonso de Ávila, que cómo, siendo capitán y muy esforzado, y era contador de la Nueva-España, y siendo belicoso y de su inclinación más para guerra que no ir a solicitar negocios con los frailes jerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas, ¿por qué causa le envió Cortés, teniendo otros hombres que estaban más acostumbrados a negocios, como era un Alonso de Grado o un Juan de Cáceres «el rico», y otros que me nombraron? A esto digo que Cortés le envió al Alonso de Ávila porque sintió dél ser muy varón, y porque osaría responder por nosotros conforme a justicia; y también le envió por causa que, como el Alonso de Ávila había tenido diferencias con otros capitanes, y tenía gran atrevimiento de decir a Cortés cualquiera cosa que vela que convenía decirle, y por excusar ruidos y por dar la capitanía que tenía a Andrés de Tapia, y la contaduría a Alonso de Grado, como luego se la dio, por estas razones le envié. Volvamos a nuestra relación: pues viendo Cortés que ya era cortada la madera para los bergantines, y se habían ido a Cuba las personas por mí nombradas, que eran de los de Narváez, que los teníamos por sobrehuesos, especialmente poniendo temores que siempre nos ponían, que no seríamos bastantes para resistir el gran poder de mexicanos, cuando oían que decíamos que habíamos de ir a poner cerco sobre México. Y libre de

aquellos temores, acordó Cortés que fuésemos con todos nuestros soldados a Tezcuco, sobre ello hubo grandes y muchos acuerdos; porque unos soldados decían que era mejor sitio y acequias y zanjas para hacer los bergantines, en Ayocingo, junto a Chalco, que no en la zanja y estero de Tezcuco; y otros porfiaban que mejor sería en Tezcuco, por estar en parte y sitio y cerca de muchos pueblos; y que teniendo aquella ciudad por nosotros, desde allí haríamos entradas en las tierras comarcanas de México; y puestos en aquella ciudad, tomaríamos el mejor parecer como sucediesen las cosas. Pues ya que estaba acordado lo por mí dicho, viene nueva y cartas, que trajeron tres soldados, de cómo había venido a la Villa-Rica un navío de Castilla y de las islas de Canaria, de buen porte, cargado de muchas ballestas y tres caballos, e muchas mercaderías, escopetas, pólvora e hilo de ballestas, y otras armas; y venía por señor de la mercadería y navío un Juan de Burgos, y por maestre un Francisco Medel, y venían trece soldados; y con aquella nueva nos alegramos en gran manera, y si de antes que supiésemos del navío nos dábamos priesa en la partida para Tezcuco, mucho más nos dimos entonces, porque luego le envió Cortés a comprar todas las armas y pólvora y todo lo más que traía, y aun el mismo Juan de Burgos y el Medel y todos los pasajeros que traía se vinieron luego para donde estábamos; con los cuales recibimos contento, viendo tan buen socorro y en tal tiempo. Acuérdome que entonces vino un Juan del Espinar, vecino que fue de Guatemala, persona que fue muy rico; y también vino un Sagredo, tío de una mujer que se decía «la Sagreda», que estaba en Cuba, naturales de la villa de Medellín; también vino un vizcaíno que se decía Monjaraz, tío que decía ser de Andrés de Monjaraz y Gregorio de Monjaraz, soldados que estaban con nosotros, y padre de una mujer que después vino a

México, que se decía «la Monjaraza», muy hermosa mujer. He traído aquí esto a la memoria por lo que adelante diré, y es que jamás fue el Monjaraz a guerra ninguna ni entrada con nosotros, porque andaba doliente en aquel tiempo; e ya que estaba muy bueno y sano, e presumía de muy valiente soldado, cuando teníamos puesto cerco a México, dijo el Monjaraz que quería ir a ver cómo batallábamos con los mexicanos; porque no tenía a los mexicanos ni a otros indios por valientes; y fue, y se subió en un alto cu, como torrecilla, y nunca supimos cómo ni de qué manera le mataron indios en aquel mismo día. Y muchas personas dijeron, que le habían conocido en la isla de Santo Domingo, que fue permisión divina que muriese aquella muerte, porque había muerto a su mujer, muy honrada y buena y hermosa, sin culpa ninguna, y que buscó testigos falsos que juraron que le hacían maleficio. Quiero dejar ya de contar cosas pasadas, y digamos cómo fuimos a la ciudad de Tezcuco, y lo que más pasó.

Capítulo CXXXVII

Cómo caminamos con todo nuestro ejército camino de la ciudad de Tezcuco, y lo que en el camino nos avino, y otras cosas que pasaron

Como Cortés vio tan buena prevención, así de escopetas y pólvora y ballestas y caballos, y conoció de todos nosotros, así capitanes como soldados, el gran deseo que teníamos de estar ya sobre la gran ciudad de México, acordó de hablar a los caciques de Tlascala para que le diesen diez mil indios de guerra que fuesen con nostros aquella jornada hasta Tezcuco, que es una de las mayores ciudades que hay en toda la Nueva-España, después de México; y como se lo demandó y les hizo un buen parlamento sobre ello, luego Xicotenga, el viejo (que en aquella sazón se había vuelto cristiano y se llamó don Lorenzo de Vargas, como dicho tengo) dijo que le placía de buena voluntad, no solamente diez mil hombres, sino muchos más si los quería llevar, y que iría por capitán dellos otro cacique muy esforzado e nuestro gran amigo que se decía Chichimecatecle, y Cortés le dio las gracias por ello; y después de hecho nuestro alarde, que ya no me acuerdo bien qué tanta copia éramos, así de soldados como de los demás, un día después de la pascua de Navidad del año 1520 años comenzamos a caminar con mucho concierto, como lo teníamos de costumbre; fuimos a dormir a un pueblo sujeto de Tezcuco, y los del mismo pueblo nos dieron lo que habíamos menester; de allí adelante, era tierra de mexicanos, e íbamos más recatados, nuestra artillería puesta en mucho concierto, y ballesteros y escopeteros, y siempre cuatro corredores del campo a caballo, y otros cuatro soldados de espada y rodela muy sueltos, juntamente con los de a caballo para ver los pasos si estaban para pasar caballos, porque en el camino tuvimos

aviso que estaba embarazado de aquel día un mal paso, y la sierra con árboles cortados, porque bien tuvieron noticia en México y en Tezcuco cómo caminábamos hacia su ciudad, y aquel día no hallamos estorbo ninguno y fuimos a dormir al pie de la sierra, que serían tres leguas, y aquella noche tuvimos buen frío, y con nuestras rondas y espías y velas y corredores del campo la pasamos; y cuando amaneció comenzamos a subir un puertezuelo y unos malos pasos como barrancas, y estaba cortada la sierra, por donde no podíamos pasar, y puesta mucha madera y pinos en el camino; y como llevábamos tantos amigos tlascaltecas, de presto se desembarazó; y con mucho concierto caminamos con una capitanía de escopetas y ballestas delante, y con nuestros amigos cortando y apartando árboles para poder pasar los caballos, hasta que subimos la sierra, y aun bajamos un poco abajo adonde se descubría la laguna de México y sus grandes ciudades pobladas en el agua; y cuando la vimos dimos muchas gracias a Dios, que nos la tornó a dejar ver. Entonces nos acordamos de nuestro desbarate pasado, de cuando nos echaron de México, y prometimos, si Dios fuese servido de darnos mejor suceso en esta guerra, de ser otros hombres en el trato y modo de cercarla; y luego bajamos la sierra, donde vimos grandes ahumadas que hacían, así lo de Tezcuco como los de los pueblos sujetos; e andando más adelante, topamos con un buen escuadrón de gente, guerreros de México y de Tezcuco, que nos aguardaban a un mal paso, que era un arcabuezo como quebrada algo honda, donde estaba una puente de madera, y corría un buen golpe de agua; mas luego desbaratamos los escuadrones y pasamos muy a nuestro salvo. Pues oír la grita que nos daban desde las estancias y barrancas, no hacían otra cosa, y era en parte que no podían correr caballos, y nuestros amigos los

tlascaltecas les apañaban gallinas, y lo que podían robarles no les dejaban, puesto que Cortés les mandaba que si no diesen guerra, que no se la diesen; y los tlascaltecas decían que si estuvieran de buenos corazones y de paz, que no salieran al camino a darnos guerra, como estaban al paso de las barrancas y puente para no nos dejar pasar. Volvamos a nuestra materia, y digamos cómo fuimos a dormir a un pueblo sujeto de Tezcuco, y estaba despoblado, y puestas nuestras velas y rondas y escuchas y corredores del campo, y estuvimos aquella noche con cuidado no diesen en nosotros muchos escuadrones de mexicanos guerreros que estaban aguardándonos en unos malos pasos; de lo cual tuvimos aviso porque se prendieron cinco mexicanos en la puente primera que dicho tengo, y aquellos dijeron lo que pasaba de los escuadrones, y según después supimos, no se atrevieron a darnos guerra ni a más aguardar; porque, según pareció, entre los mexicanos y los de Tezcuco tuvieron diferencias y bandos; y también, como aun no estaban muy sanos de las viruelas, que fue dolencia que en toda la tierra dio y cundió, y como habían sabido cómo en lo de Guachadla e Ozúcar, y en Tepeaca y Xalacingo y Castilblanco todas las guarniciones mexicanas habíamos desbaratado; y asimismo corría fama, y así lo creían, que iban con nosotros en nuestra compañía todo el poder de Tlascala y Guaxocingo, acordaron de no nos aguardar; y todo esto nuestro señor Jesucristo lo encaminaba. Y desque amaneció, puestos todos nosotros en gran concierto, así artillería como escopetas y ballestas, y los corredores del campo adelante descubriendo tierra, comenzamos a caminar hacia Tezcuco, que sería de allí de donde dormimos obra de dos leguas; e aun no habíamos andado media legua cuando vimos volver nuestros corredores del campo muy alegres, y dijeron a Cortés que venían hasta

diez indios, y que traían unas señas y veletas de oro, y que no traían armas ningunas, y que en todas las caserías y estancias por donde pasaban no les daban grita ni voces como habían dado el día antes: antes, al parecer, todo estaba de paz; y Cortés y todos nuestros capitanes y soldados nos alegramos, y luego mandó Cortés reparar, hasta que llegaron siete indios principales, naturales de Tezcuco, y traían una bandera de oro en una lanza larga, y antes que llegasen abajaron su bandera y se humillaron, que es señal de paz; y cuando llegaron ante Cortés, estando doña Marina e Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, delante, dijeron: «Malinche, Cocoyoacin, nuestro señor y señor de Tezcuco, te envía a rogar que le quieras recibir a tu amistad, y te está esperando de paz en su ciudad de Tezcuco, y en señal dello recibe esta bandera de oro; y que te pide por merced que mandes a todos los tlascaltecas y a tus hermanos que no les hagan mal en su tierra, y que te vayas a aposentar en su ciudad, y él te dará lo que hubieres menester»; y más dijeron, que los escuadrones que allí estaban en las barrancas y pasos malos, que no eran de Tezcuco, sino mexicanos, que los enviaba Guatemuz. Y cuando Cortés oyó aquellas paces holgó mucho dellas, y asimismo todos nosotros, e abrazó a los mensajeros, en especial a tres dellos, que eran parientes del buen Moctezuma, y los conocíamos todos los más soldados, que habían sido sus capitanes; y considerada la embajada, luego mandó Cortés llamar los capitanes tlascaltecas, y les mandó muy afectuosamente que no hiciesen mal ninguno ni les tomasen cosa ninguna en toda la tierra, porque estaban de paz: y así lo hacían como se lo mandé; mas comida no se les defendía si era solamente maíz e frísoles, y aun gallinas y perrillos, que había muchos en todas las casas, llenas dello; y entonces Cortés tomó consejo con nuestros capitanes, y a

todos les pareció que aquel pedir de paz y de aquella manera que era fingido: porque si fueran verdaderas no vinieran tan arrebatadamente, y aun trajeran bastimento; y con todo esto, recibió Cortés la bandera, que valía hasta ochenta pesos, y dio muchas gracias a los mensajeros; y les dijo que no tenían por costumbre de hacer mal ni daño a ningunos vasallos de su majestad: antes les favorecía y miraba por ellos; y que si guardaban las paces que decían, que les favorecería contra los mexicanos, y que ya había mandado a los tlascaltecas que no hiciesen daño en su tierra, como habían visto, y que así lo cumplirían; y que bien sabía que en aquella ciudad mataron sobre cuarenta españoles nuestros hermanos cuando salimos de México, y sobre doscientos tlascaltecas, y que robaron muchas cargas de oro y otros despojos que dellos hubieron; que ruega a su señor Cocoyoacin e a todos los demás caciques y capitanes de Tezcuco que le den el oro y ropa; y que la muerte de los españoles, que pues ya no tenía remedio, que no se les pediría. Y respondieron aquellos mensajeros que ellos lo dirían a su señor así como se lo mandaba; mas que el que los mandó matar fue el que en aquel tiempo alzaron en México por señor después de muerto Moctezuma, que se decía Coadlabaca, e hubo todo el despojo, y le llevaron a México todos los más teules, y que luego los sacrificaron a su Huichilobos; y como Cortés vio aquella respuesta, por no los resabiar ni atemorizar, no les replicó en ello sino que fuesen con Dios, y quedó uno dellos en nuestra compañía; y luego nos fuimos a unos arrabales de Tezcuco, que se decían Guatinchan o Guaxultlan, que ya se me olvidó el nombre, y allí nos dieron bien de comer y todo lo que hubimos menester, y aun derribamos unos ídolos que estaban en unos aposentos donde posábamos, y otro día de mañana fuimos a la ciudad de Tezcuco, y en todas las calles ni casas

no veíamos mujeres ni muchachos ni niños, sino todos los indios como asombrados y como gente que estaba de guerra, y fuímonos a aposentar a unos aposentos y salas grandes, y luego mandó Cortés llamar a nuestros capitanes y todos los más soldados, y nos dijo que no saliésemos de unos patios grandes que allí había, y que estuviésemos muy apercibidos, porque no le parecía que estaba aquella ciudad pacífica, hasta ver cómo y de qué manera estaba, y mandó al Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olí e a otros soldados, y a mí con ellos, que subiésemos al gran cu, que era bien alto, y llevásemos hasta veinte escopeteros para nuestra guarda, y que mirásemos desde el alto cu la laguna y la ciudad, porque bien se parecía toda; y vimos que todos los moradores de aquellas poblaciones se iban con sus haciendas y hatos e hijos y mujeres, unos a los montes y otros a los carrizales que hay en la laguna, que toda iba cuajada de canoas, dellas grandes y otras chicas; y como Cortés lo supo, quiso prender al señor de Tezcuco que envió la bandera de oro, y cuando le fueron a llamar ciertos papas que envió Cortés por mensajeros, ya estaba puesto en cobro, que él fue el primero que se fue huyendo a México, y fueron con él otros muchos principales. Y así se pasó aquella noche, que tuvimos grande recaudo de velas y rondas y espías, y otro día muy de mañana mandó llamar Cortés a todos los más principales indios que había en Tezcuco; porque, como es gran ciudad, había otros muchos señores, partes contrarias del cacique que se fue huyendo, con quien tenían debates y diferencias sobre el mando y reino de aquella ciudad; y venidos ante Cortés, informando dellos cómo y de qué manera y desde qué tiempo acá señoreaba el Cocoyoacin, dijeron que por codicia de reinar había muerto malamente a su hermano mayor, que se decía Cuxcuxca, con favor que para ello le dio el señor de México, que ya he

dicho se decía Coadlabaca, el cual fue el que nos dio la guerra cuando salimos huyendo después de muerto Moctezuma; e que allí había otros señores (a quien venía el reino de Tezcuco más justamente que no al que lo tenía), que era un mancebo que luego en aquella sazón se volvió cristiano con mucha solemnidad, y se llamó don Hernando Cortés, porque fue su padrino nuestro capitán. E aqueste mancebo dijeron que era hijo legítimo del señor y rey de Tezcuco, que se decía su padre Nezabalpintzintli; y luego sin más dilaciones, con grandes fiestas y regocijos de todo Tezcuco, le alzaron por rey y señor natural, con todas las ceremonias que a los tales reyes solían hacer, e con mucha paz y en amor de todos sus vasallos y otros pueblos comarcanos, e mandaba muy absolutamente y era obedecido; y para mejor le industriar en las cosas de nuestra santa fe y ponerle en toda policía, y para que deprendiese nuestra lengua, mandó Cortés que tuviese por ayos a Antonio de Villareal, marido que fue de una señora hermosa que se dijo Isabel de Ojeda, e a un bachiller que se decía Escobar; y puso por capitán de Tezcuco, para que viese y defendiese que no contrastase con el don Fernando ningún mexicano, a un buen soldado que se decía Pedro Sánchez Farfán, marido que fue de la buena y honrada mujer María de Estrada. Dejemos de contar su gran servicio de aqueste cacique, y digamos cuán amado y obedecido fue de los suyos, y digamos cómo Cortés le demandó que diese mucha copia de indios trabajadores para ensanchar y abrir más las acequias y zanjas por donde habíamos de sacar los bergantines a la laguna de que estuviesen acabados y puestos a punto para ir a la vela; y se le dio a entender al mismo don Fernando y a otros sus principales a qué fin y efecto se habían de hacer, y cómo y de qué manera habíamos de poner cerco a México, y para todo ello se

ofreció con todo su poder y vasallos, que no solamente aquello que le mandaba, sino que enviaría mensajeros a otros pueblos comarcanos para que se diesen por vasallos de su majestad y tomasen nuestra amistad y voz contra México. Y todo esto concertado, después de nos haber aposentado muy bien, y cada capitanía por sí, y señalados los puestos y lugares donde habíamos de acudir si hubiese rebato de mexicanos: porque estábamos a guarda la raya de su laguna, porque de cuando en cuando enviaba Guatemuz grandes piraguas y canoas con muchos guerreros, y venían a ver si nos tomaban descuidados; y en aquella sazón vinieron de paz ciertos pueblos sujetos a Tezcuco, a demandar perdón y paz si en algo habían errado en las guerras pasadas, y habían sido en la muerte de los españoles; los cuales se decían Guatinchan; y Cortés les habló a todos muy amorosamente y les perdonó. Quiero decir que no había día ninguno que dejasen de andar en la obra y zanja y acequia de siete a ocho mil indios, y la abrían y ensanchaban muy bien, que podían nadar por ella navíos de gran porte. Y en aquella sazón, como teníamos en nuestra compañía sobre siete mil tlascaltecas, y estaban deseos de ganar honra y de guerrear contra mexicanos, acordó Cortés, pues que tan fieles compañeros teníamos, que fuésemos a entrar y dar una vista a un pueblo que se dice Iztapalapa, el cual pueblo fue por donde habíamos pasado la primera vez que vinimos para México, y el señor dél fue el que alzaron por rey en México después de la muerte del gran Moctezuma, que ya he dicho otras veces que se decía Coadlabaca; y de aqueste pueblo, según supimos, recibíamos mucho daño, porque eran muy contrarios contra Chalco y Tamanalco y Mecameca y Chimaloacan, que querían venir a tener nuestra amistad, y ellos lo estorbaban; y como había ya doce días que estábamos en Tezcuco sin hacer cosa que de contar

sea, fuimos a aquella entrada de Iztapalapa.

CAPÍTULO CXXXVIII

Cómo fuimos a Iztapalapa con Cortés, y llevó en su compañía a Cristóbal de Olí y a Pedro de Alvarado, y quedó Gonzalo de Sandoval por guarda de Tezcuco, y lo que nos acaeció en la toma de aquel pueblo

Pues como había doce días que estábamos en Tezcuco, y teníamos los tlascaltecas, por mí ya otra vez nombrados, que estaban con nosotros, y porque tuviesen qué comer, porque para tantos como eran no se lo podían dar abastadamente los de Tezcuco, y porque no recibiesen pesadumbre dello; y también porque estaban deseosos de guerrear con mexicanos, y se vengar por los muchos tlascaltecas que en las derrotas pasadas les habían muerto y sacrificado, acordó Cortés que él por capitán general, y con Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olí, y con trece de a caballo y veinte ballesteros y seis escopeteros y doscientos y veinte soldados, y con nuestros amigos de Tlascala y con otros veinte principales de Tezcuco que nos dio don Hernando, cacique mayor de Tezcuco, y estos sabíamos que eran sus primos y parientes del mismo cacique y enemigos de Guatemuz, que ya le habían alzado por rey en México; fuésemos camino de Iztapalapa, que estará de Tezcuco obra de cuatro leguas (ya he dicho otra vez, en el capítulo que dello trata, que estaban más de la mitad de las casas edificadas en el agua y la mitad en tierra firme); e yendo nuestro camino con mucho concierto, como lo teníamos de costumbre, como los mexicanos siempre tenían velas y guarniciones y guerreros contra nosotros, que sabían que íbamos a dar guerra a algunos de sus pueblos para luego les socorrer, así lo hicieron saber a los de Iztapalapa para que se apercibiesen, y les enviaron sobre ocho mil mexicanos de socorro. Por manera que en tierra firme aguardaron como

buenos guerreros, así los mexicanos que fueron en su ayuda como los pueblos de Iztapalapa, y pelearon un buen rato muy valerosamente con nosotros; mas los de a caballo rompieron por ellos, y con las ballestas y escopetas y todos nuestros amigos los tlascaltecas, que se metían en ellos como perros rabiosos, de presto dejaron el campo y se metieron en su Pueblo; y esto fue sobre cosa pensada y con un ardid que entre ellos tenían acordado, que fuera harto dañoso para nosotros si de presto no saliéramos de aquel pueblo; y fue desta manera, que hicieron que huyeron, y se metieron en canoas en el agua y en las casas que estaban en el agua, y dellos en unos carrizales; y como ya era noche oscura, nos dejan aposentar en tierra firme sin hacer ruido ni muestra de guerra; y con el despojo que habíamos habido e la victoria estábamos contentos; y estando de aquella manera, puesto que teníamos velas, espías y rondas, y aun corredores del campo en tierra firme; cuando no nos catamos vino tanta agua por todo el pueblo, que si los principales que llevábamos de Tezcuco no dieran voces, y nos avisaran que saliésemos presto de las casas, todos quedáramos ahogados; porque soltaron dos acequias de agua y abrieron una calzada, con que de presto se hinchó todo de agua. Y los tlascaltecas nuestros amigos, como no son acostumbrados a ríos caudalosos ni sabían nadar, quedaron muertos dos dellos; y nosotros, con gran riesgo de nuestras personas, todos bien mojados, y la pólvora perdida, salimos sin hato; y como estábamos de aquella manera y con mucho frío, y sin cenar, pasamos mala noche; y lo peor de todo era la burla y grita que nos daban los de Iztapalapa y los mexicanos desde sus casas y canoas. Pues otra cosa peor nos avino, que como en México sabían el concierto que tenían hecho de nos anegar con haber rompido la calzada y acequias, estaban esperando en tierra y en la laguna muchos batallones de

guerreros, y cuando amaneció nos dan tanta guerra, que harto teníamos que nos sustentar contra ellos, no nos desbaratasen; e mataron dos soldados y un caballo, e hirieron otros muchos, así de nuestros soldados como tlascaltecas, y poco a poco aflojaron en la guerra, y nos volvimos a Tezcuco medio afrentados de la burla y ardid de echarnos el agua; y también como no ganamos mucha reputación en la batalla postrera que nos dieron, porque no había pólvora; mas todavía quedaron temerosos, y tuvimos bien en qué entender en enterrar e quemar muertos y curar heridos y en reparar sus casas. Donde lo dejaré, y diré cómo vinieron de paz a Tezcuco otros pueblos, y lo que más se hizo.

Capítulo CXXXIX

Cómo vinieron tres pueblos comarcanos a Tezcuco a demandar paces y perdón de las guerras pasadas y muertes de españoles, y los descargos que daban sobre ello, y cómo fue Gonzalo de Sandoval a Chalco y Tamanalco en su socorro contra mexicanos, y lo que más pasó

Habiendo dos días que estábamos en Tezcuco de vuelta de la entrada de Iztapalapa, vinieron a Cortés tres pueblos de paz a demandar perdón de las guerras pasadas y de muertes de españoles que mataron, y los descargos que daban era que el señor de México que alzaron después de la muerte del gran Moctezuma, el cual se decía Coadlabaca, que por su mandato salieron a dar guerra con los demás de sus vasallos; y que si algunos teules mataron y prendieron y robaron, que el mismo señor les mandó que así lo hiciesen; y los teules, que se los llevaron a México para sacrificar, y también les llevaron el oro y caballos y ropa; y que ahora, que piden perdón por ello, y que por esta causa que no tienen culpa ninguna, por ser mandados y apremiados por fuerza para que lo hiciesen; y los pueblos que digo que en aquella sazón vinieron se decían Tepetezcuco y Otumba: el nombre del otro pueblo no me acuerdo; mas sé decir que en este de Otumba fue la nombrada batalla que nos dieron cuando salimos huyendo de México, adonde estuvieron juntos los mayores escuadrones de guerreros que ha habido en toda la Nueva-España contra nosotros, adonde creyeron que no escapáramos con las vidas, según más largo lo tengo escrito en los capítulo s pasados que dello hablan; y como aquellos pueblos se hallaban culpados y habían visto que habíamos ido a lo de Iztapalapa, y no les fue muy bien con nuestra ida, y aunque nos quisieron anegar con el agua y esperaron dos batallas campales con muchos escuadrones

mexicanos; en fin, por no se hallar en otras como las pasadas, vinieron a demandar paces antes que fuésemos a sus pueblos a castigarlos; y Cortés, viendo que no estaba en tiempo de hacer otra cosa, les perdonó, puesto que les dio grandes reprensiones sobre ello, y se obligaron con palabras de muchos ofrecimientos de siempre ser contra mexicanos y de ser vasallos de su majestad y de nos servir: y así lo hicieron. Dejemos de hablar destos pueblos, y digamos cómo vinieron luego en aquella sazón a demandar paces y nuestra amistad los de un pueblo que está en la laguna, que se dice Mezquique, que por otra parte le llamábamos Venezuela; y estos, según pareció, jamás estuvieron bien con mexicanos, y los querían mal de corazón; y Cortés y todos nosotros tuvimos en mucho la venida deste pueblo, por estar dentro en la laguna, por tenerlos por amigos, y con ellos creíamos que habían de convocar a sus comarcanos que también estaban poblados en la laguna, y Cortés se lo agradeció mucho, y con ofrecimientos y palabras blandas los despidió. Pues estando que estábamos desta manera, vinieron a decir a Cortés cómo venían grandes escuadrones de mexicanos sobre los cuatro pueblos que primero habían venido a nuestra amistad, que se decían Gautinchan o Huaxultlan; de los otros dos pueblos no se me acuerda el nombre; y dijeron a Cortés que no osarían esperar en sus casas, e que se querían ir a los montes, o venirse a Tezcuco, adonde estábamos; y tantas cosas le dijeron a Cortés para que les fuese a socorrer, que luego apercibió veinte de a caballo y doscientos soldados y trece ballesteros y diez escopeteros, y llevó en su compañía a Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olí, que era maese de campo, y fuimos a los pueblos que vinieron a Cortés a dar tantas quejas (como dicho tengo, que estarían de Tezcuco obra de dos leguas); y según pareció, era verdad que los mexicanos los enviaban a

amenazar que les habían de destruir y darles guerra porque habían tomado nuestra amistad; mas sobre lo que más los amenazaban y tenían contiendas, era por unas grandes labores de tierras de maizales que estaban ya para coger, cerca de la laguna, donde los de Tezcuco y aquellos pueblos abastecían nuestro real: y los mexicanos por tomarles el maíz, porque decían que era suyo: y aquella vega de los maizales tenían por costumbre aquellos cuatro pueblos de los sembrar y beneficiar para los papas de los ídolos mexicanos: y sobre esto destos maizales se habían muerto los unos a los otros muchos indios; y como aquello entendió Cortés, después de les decir que no hubiesen miedo y que se estuviesen en sus casas, les mandó que cuando hubiesen de ir a coger el maíz, así para su mantenimiento como para abastecer nuestro real, que enviaría para ello un capitán con muchos de a caballo y soldados para en guarda de los que fuesen a traer el maíz; y con aquello que Cortés les dijo quedaron muy contentos, y nos volvimos a Tezcuco. Y dende en adelante, cuando había necesidad en nuestro real de maíz, apercibíamos a los tamemes de todos aquellos pueblos, e con nuestros amigos los de Tlascala y con diez de a caballo y cien soldados, con algunos ballesteros y escopeteros, íbamos por el maíz. Y esto digo porque yo fui dos veces por ello, y la una tuvimos una buena escaramuza con grandes escuadrones de mexicanos que habían venido en más de mil canoas aguardándonos en los maizales, y como llevábamos amigos, puesto que los mexicanos pelearon muy como varones, los hicimos embarcar en sus canoas, y allí mataron unos de nuestros soldados e hirieron doce; y asimismo hirieron muchos tlascaltecas, y ellos no se fueron alabando, que allí quedaron tendidos quince o veinte, y otros cinco que llevamos presos. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo otro día tuvimos nueva cómo

querían venir de paz los de Chalco y Tamanalco y sus sujetos, y por causa de las guarniciones mexicanas que estaban en sus pueblos, no les daban lugar a ello, y les hacían mucho daño en su tierra, y les tomaban las mujeres, y más si eran hermosas, y delante de sus padres o madres o maridos tenían acceso con ellas; y asimismo, como estaba en Tlascala cortada la madera y puesta a punto para hacer los bergantines, y se pasaba el tiempo sin la traer a Tezcuco, sentíamos mucha pena dello todos los más soldados. Y demás desto, vienen del pueblo de Venezuela, que se decía Mesquique, y de otros pueblos nuestros amigos a decir a Cortés que los mexicanos les daban guerra porque han tomado nuestra amistad; y también nuestros amigos los tlascaltecas, como tenían ya junta cierta ropilla y sal, y otras cosas de despojos e oro, y querían algunos dellos volverse a su tierra, no osaban, por no tener camino seguro. Pues viendo Cortés que para socorrer a unos pueblos de los que le demandaban socorro, e ir a ayudar a los de Chalco para que viniesen a nuestra amistad, no podía dar recaudo a unos ni a otros, porque allí en Tezcuco había menester «estar siempre la barba sobre el hombro» y muy alerta, lo que acordó fue, que todo se dejase atrás, y la primera cosa que se hiciese fuese ir a Chalco y Tamanalco, y para ello envió a Gonzalo Sandoval y a Francisco de Lugo, con quince de a caballo y doscientos soldados, y con escopeteros y ballesteros y nuestros amigos de Tlascala, e que procurase de romper y deshacer en todas maneras a las guarniciones mexicanas, y que se fuesen de Chalco y Tamanalco, porque estuviese el camino de Tlascala muy desembarazado y pudiesen ir y venir a la Villa-Rica sin tener contradicción de los guerreros mexicanos. Y luego como esto fue concertado, muy secretamente con indios de Tezcuco se lo hizo saber a los de Chalco para que estuviesen muy apercibidos, para dar de

día y de noche en las guarniciones de mexicanos; y los de Chalco, que no esperaban otra cosa, se apercibieron muy bien; y como el Gonzalo de Sandoval iba con su ejército, parecióle que era bien dejar en la retaguardia cinco de a caballo y otros tantos ballesteros, con todos los demás tlascaltecas que iban cargados de los despojos que habían habido; y como los mexicanos siempre tenían puestas velas y espías, y sabían cómo los nuestros iban camino de Chalco, tenían aparejados nuevamente, sin los que estaban en Chalco en guarnición, muchos escuadrones de guerreros que dieron en la rezaga, donde iban los tlascaltecas con su hato, y los trataron mal, que no los pudieron resistir los cinco de a caballo y ballesteros, porque los dos ballesteros quedaron muertos y los demás heridos. De manera que, aunque el Gonzalo de Sandoval muy presto volvió sobre ellos y los desbarató, y mató siete mexicanos, como estaba la laguna cerca, se le acogieron a las canoas en que habían venido, porque todas aquellas tierras están muy pobladas de los sujetos de México. Y cuando los hubo puesto en huida, e vio que los cinco de a caballo que había dejado con los ballesteros y escopeteros en la retaguardia, eran dos de los ballesteros muertos, y estaban los demás heridos, ellos y sus caballos; y aun con haber visto todo esto, nos dejó de decirles a los demás que dejaron en su defensa que habían sido para poco en no haber podido resistir a los enemigos, y defender sus personas y de nuestros amigos, y estaba muy enojado dellos, porque eran de los nuevamente venidos de Castilla, y les dijo que bien le parecía que no sabían que cosa era guerra; y luego puso en salvo todos los indios que Tlascala con su ropa; y también despachó unas cartas que envió Cortés a la VillaRica, en que en ellas envió a decir al capitán que en ella quedó todo lo acaecido acerca de nuestras conquistas y el pensamiento que tenía de poner

cerco a México y que siempre estuviesen con mucho cuidado velándose; y que si había algunos soldados que estuviesen en disposición para tomar armas, que se los enviase a Tlascala, y que allí no pasasen hasta estar los caminos más seguros, porque corrían riesgo; y despachados los mensajeros, y los tlascaltecas puestos en su tierra, volvió Sandoval para Chalco, que era muy cerca de allí, y con gran concierto sus corredores del campo adelante; porque bien entendió que en todos aquellos pueblos y caserías por donde iba, que había de tener rebato de mexicanos; e yendo por su camino, cerca de Chalco vio venir muchos escuadrones mexicanos contra él, y en un campo llano, puesto que había grandes labranzas de maizales y megüeyes, que es de donde sacan el vino que ellas beben, le dieron una buena refriega de vara y flecha, y piedras con hondas, y con lanzas largas para matar a los caballos. De manera que Sandoval cunda vio tanto guerrero contra sí, esforzando a los suyos, rompió por ellos dos veces, y con las escopetas y ballestas y con pocos amigos que le habían quedado los desbarató; y puesto que le hirieron cinco soldados y seis caballos y muchos amigos, mas tal priesa les dio, y con tanta furia, que le pagaron muy bien el mal que primero le habían hecho; y como lo supieron los de Chalco, que estaba cerca, le salieron a recibir a Sandoval al camino, y le hicieron mucha honra y fiesta; y en aquella derrota se prendieron ocho mexicanos, y los tres personas muy principales. Pues hecho esto, otro día dijo el Sandoval que se quería volver a Tezcuco, y los de Chalco le dijeron que querían ir con él para ver y hablar a Malinche, y llevar consigo dos hijos del señor de aquella provincia, que había pocos días que era fallecido de viruelas, y que antes que muriese, que había encomendado a todos sus principales y viejos que llevasen sus hijos para verse con el capitán, y que por su mano fuesen señores de Chalco; y

que todos procurasen de ser sujetos al gran rey de los teules, porque ciertamente sus antepasados les habían dicho que habían de señorear aquellas tierras hombres que venían con barbas de hacia donde sale el sol, y que por las cosas que han visto éramos nosotros; y luego se fue el Sandoval con todo su ejército a Tezcuco, y llevó en su compañía los hijos del señor y los demás principales y los ocho prisioneros mexicanos, y cuando Cortés supo su venida se alegró en gran manera; y después de le haber dado cuenta el Sandoval de su viaje y cómo venían aquellos señores de Chalco, se fue a su aposento; y los caciques se fueron luego ante Cortés, y después de haber hecho grande acato, le dijeron la voluntad que traían de ser vasallos de su majestad y según y de la manera que el padre de aquellos mancebos se lo había mandado, y para que por su mano les hiciese señores; y cuando hubieron dicho su razonamiento, le presentaron en joyas ricas obra de doscientos pesos de oro. Y como el capitán Cortés lo hubo muy bien entendido por nuestras lenguas doña Marina e Jerónimo de Aguilar, les mostró mucho amor y les abrazó, y dio por su mano el señorío de Chalco al hermano mayor, con más de la mitad de los pueblos sus sujetos; y todo lo de Tamanalco y Chimaloacan dio al hermano menor, con Ayocinco y otros pueblos sujetos. Y después de haber pasado otras muchas razones de Cortés a los principales viejos y con los caciques nuevamente elegidos, le dijeron que se querían volver a su tierra, y que en todo servirían a su majestad, y a nosotros en su real nombre, contra mexicanos, e que con aquella voluntad habían estado siempre, e que por causa de las guarniciones mexicanas que habían estado en su provincia no han venido antes de ahora a dar la obediencia; y también dieron nuevas a Cortés que dos españoles que había enviado a aquella provincia por maíz antes que nos echasen de

México, que porque los culúas no los matasen, que los pusieron en salvo una noche en Guaxocingo nuestros amigos, y que allí salvaron las vidas, lo cual ya lo sabíamos días había, porque el uno dellos era el que se fue a Tlascala; y Cortés se lo agradeció mucho, y les rogó que esperasen allí dos días, porque había de enviar un capitán por la madera y tablazón a Tlascala, y los llevaría en su compañía y les pondría en su tierra, porque los mexicanos no les saliesen al camino; y ellos fueron muy contentos y se lo agradecieron mucho. Y dejemos de hablar en esto, y diré cómo Cortés acordó de enviar a México aquellos ocho prisioneros que prendió Sandoval en aquella derrota de Chalco, a decir al señor que entonces habían alzado por rey, que se decía Guatemuz, que deseaba mucho que no fuesen causa de su perdición ni de aquella tan gran ciudad, y que viniesen de paz, y que les perdonaría la muerte y daños que en ella nos hicieron, y que no se les demandaría cosa ninguna; y que las guerras, que a los principios son buenas de comenzar, y que al cabo se destruirían; y que bien sabíamos de las albarradas e pertrechos, almacenes de varas y flechas y lanzas y macanas e piedras rollizas, y todos los géneros de guerra que a la continua están haciendo y aparejando, que para qué es gastar el tiempo en balde en hacerlo, y que para qué quiere que mueran todos los suyos y la ciudad se destruya; y que mire el gran poder de nuestro señor Dios, que es en el que creemos y adoramos, que él siempre nos ayuda; e que también mire que todos los pueblos sus comarcanos tenemos de nuestro bando, pues los tlascaltecas no desean sino la misma guerra por vengarse de las traiciones y muertes de sus naturales que les han hecho, y que dejen las armas y vengan de paz, y les prometió de hacer siempre mucho honra; y les dijo doña Marina e Aguilar otras muchas buenas razones y consejos sobre el caso; y fueron ante el

Guatemuz aquellos ocho indios nuestros mensajeros; mas no quiso hacer cuenta dellos el Guatemuz ni enviar respuesta ninguna, sino hacer albarradas y pertrechos, y enviar por todas sus provincias que si algunos de nosotros tomasen desmandados que se los trajesen a México para sacrificar, y que cuando los enviase a llamar, que luego viniesen con sus armas; y les envió a quitar y perdonar muchos tributos y aun a prometer grandes promesas. Dejemos de hablar en los aderezos de guerra que en México se hacían, y digamos cómo volvieron otra vez muchos indios de los pueblos de Guatinchan o Guaxutlan descalabrados de los mexicanos porque habían tomado nuestra amistad, y por la contienda de los maizales que solían sembrar para los papas mexicanos en el tiempo que les servían, como otras veces he dicho en el capítulo que dello habla; y como estaban cerca de la laguna de México, cada semana les venían a dar guerra, y aun llevaron ciertos indios presos México; y como aquello vio Cortés, acordó de ir otra vez por su persona y con cien soldados y veinte de a caballo y doce escopeteros y ballesteros; y tuvo buenas espías, para cuando sintiesen venir los escuadrones mexicanos, que se lo viniesen a decir; y como estaba de Tezcuco aun no dos leguas, un miércoles por la mañana amaneció adonde estaban los escuadrones mexicanos, y pelearon ellos de manera que presto los rompió, y se metieron en la laguna en sus canoas, y allí se mataron cuatro mexicanos y se prendieron otros tres, y se volvió Cortés con su gente a Tezcuco; y dende en adelante no vinieron más los culúas sobre aquellos pueblos. Y dejemos esto, y digamos cómo Cortés envió a Gonzalo de Sandoval a Tlascala por la madera y tablazón de los bergantines, y lo que más en el camino hizo.

Capítulo CXL

Cómo fue Gonzalo de Sandoval a Tlascala por la madera de los bergantines, y lo que más en el camino hizo en un pueblo que le pusimos por nombre el Pueblo-Morisco

Como siempre estábamos en grande deseo de tener ya los bergantines acabados y vernos ya en el cerco de México, y no perder ningún tiempo en balde, mandó nuestro capitán Cortés que luego fuese Gonzalo de Sandoval por la madera, y que llevase consigo doscientos soldados y veinte escopeteros y ballesteros y quince de a caballo, y buena copia de tlascaltecas y veinte principales de Tezcuco, y llevase en su compañía a los mancebos de Chalco y a los viejos, y los pusiesen en salvo en sus pueblos; e antes que partiesen hizo amistades entre los tlascaltecas y los de Chalco; porque, como los de Chalco solían ser del bando y confederados de los mexicanos, y cuando iban a la guerra los mexicanos sobre Tlascala llevaban en su compañía a los de la provincia de Chalco para que les ayudasen, por estar en aquella comarca, desde entonces se tenían mala voluntad y se trataban como enemigos; mas como he dicho, Cortés los hizo amigos allí en Tezcuco, de manera que siempre entre ellos hubo gran amistad, y se favorecieron de allí adelante los unos de los otros. Y también mandó Cortés a Gonzalo de Sandoval que cuando tuviesen puestos en su tierra los de Chalco, que fuesen a un pueblo que allí cerca estaba en el camino, que en nuestra lengua le pusimos por nombre el Pueblo-Morisco, que era sujeto a Tezcuco; porque en aquel pueblo habían muerto cuarenta y tantos soldados de los de Narváez y aun de los nuestros y muchos tlascaltecas, y robado tres cargas de oro cuando nos echaron de México; y los soldados que mataron eran que venían de

la Veracruz a México cuando íbamos en el socorro de Pedro de Alvarado; y Cortés le encargó al Sandoval que no dejase aquel pueblo sin buen castigo, puesto que más merecían los de Tezcuco, porque ellos fueron los agresores y capitanes de aquel daño, como en aquel tiempo eran muy hermanos en armas con la gran ciudad de México; y porque en aquella sazón no se podía hacer otra cosa, se dejó de castigar en Tezcuco. Y volvamos a nuestra plática, y es que Gonzalo de Sandoval hizo lo que el capitán le mandó, así en ir a la provincia de Chalco, que poco se rodeaba, y dejar allí a los dos mancebos señores della, y fue al, Pueblo-Morisco, y antes que llegasen los nuestros ya sabían por sus espías cómo iban sobre ellos, y desamparan el pueblo y se van huyendo a los montes, y el Sandoval los siguió, y mató tres o cuatro porque hubo mancilla dellos; mas hubiéronse mujeres y mozas, e prendió cuatro principales, y el Sandoval los halagó a los cuatro que prendió, y les dijo que cómo habían muerto tantos españoles. Y dijeron que los de Tezcuco y de México los mataron en una celada que les pusieron en una cuesta por donde no podían pasar sino uno a uno, porque era muy angosto el camino; y que allí cargaron sobre ellos gran copia de mexicanos y de Tezcuco, y que entonces los prendieron y mataron, y que los de Tezcuco los llevaron a su ciudad, y los repartieron con los mexicanos (y esto que les fue mandado, y que no pudieron hacer otra cosa); y que aquello que hicieron, que fue en venganza del señor de Tezcuco, que se decía Cacamatzin, que Cortés tuvo preso y se había muerto en las puentes. Hallóse allí en aquel pueblo mucha sangre de los españoles que mataron, por las paredes, que habían rociado con ella a sus ídolos; y también se halló dos caras que habían desollado, y adobado los cueros como pellejos de guantes, y las tenían con sus barbas puestas y ofrecidas en unos de sus altares; y asimismo se

halló cuatro cueros de caballos curtidos, muy bien aderezados, que tenían sus pelos y con sus herraduras, colgados y ofrecidos a sus ídolos en el su cu mayor; y halláronse muchos vestidos de los españoles que habían muerto, colgados y ofrecidos a los mismos ídolos; y también se halló en un mármol de una casa, adonde los tuvieron presos, escrito con carbones: «Aquí estuvo preso en sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traía en mi compañía». Este Juan Yuste era un hidalgo de los de a caballo que allí mataron, y de las personas de calidad que Narváez había traído; de todo lo cual el Sandoval y todos sus soldados hubieron mancilla y les pesó; mas ¿qué remedio había ya que hacer sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fueron huyendo y no aguardaron, y llevaron sus mujeres e hijos, y algunas mujeres que se prendían lloraban por sus maridos y padres? Y viendo esto el Sandoval, a cuatro principales que prendió y a todas las mujeres las soltó, y envió a llamar a los del pueblo, los cuales vinieron y le demandaron perdón, y dieron la obediencia a su majestad y prometieron de ser siempre contra mexicanos y servirnos muy bien; y preguntados por el oro que robaron a los tlascaltecas cuando por allí pasaron, dijeron que otros habían tomado las cargas dello, y que los mexicanos y los señores de Tezcuco se lo llevaron, porque dijeron que aquel oro había ido de Moctezuma, y que lo había tomado de sus templos y se lo dio a Malinche, que lo tenía preso. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo fue Sandoval camino de Tlascala, y junto a la cabecera del pueblo mayor, donde residían los caciques, topó con toda la madera y tablazón de los bergantines, que la traían a cuestas sobre ocho mil indios, y venían otros tantos a la retaguardia dellos con sus armas y penachos, y otros dos mil para remudar las cargas que traían el bastimento; y venían por capitanes de todos los

tlascaltecas Chichimecatecle, que ya he dicho otras veces en los capítulos pasados que dello hablan, que era indio muy principal y esforzado; y también venían otros dos principales, que se decían Teulepile y Teutical, y otros caciques y principales, y a todos los traía a cargo Martín López, que era el maestro que cortó la madera y dio la cuenta para las tablazones, y venían otros españoles que no me acuerdo sus nombres; y cuando Sandoval los vio venir de aquella manera hubo mucho placer por ver que le habían quitado aquel cuidado, porque creyó que estuviera en Tlascala algunos días detenido, esperando a salir con toda la madera y tablazón; y así como venían, con el mismo concierto fueron dos días caminando, hasta que entraron en tierra de mexicanos, y les daban gritos desde las estancias y barrancas, y en partes que no les podían hacer mal ninguno los nuestros con caballos ni escopetas; entonces dijo el Martín López, que lo traía todo a cargo que sería bien que fuesen con otro recaudo que hasta entonces venían, porque los tlascaltecas le habían dicho que temían aquellos caminos no saliesen de repente los grandes poderes de México y les desbaratasen, como iban cargados y embarazados con la madera y bastimentos; y luego mandó Sandoval repartir los de a caballo y ballesteros y escopeteros, que fuesen unos en la delantera y los demás en los lados; y mandó a Chichimecatecle que iba por capitán delante de todos los tlascaltecas, que se quedase detrás para ir en la retaguardia juntamente con el Gonzalo de Sandoval, de lo cual se afrentó aquel cacique, creyendo que no le tenían por esforzado; y tantas cosas le dijeron sobre aquel caso, que lo hubo por bueno viendo que el Sandoval quedaba juntamente con él, y le dieron a entender que siempre los mexicanos daban en el fardaje, que quedaba atrás; y como lo hubo bien entendido, abrazó al Sandoval y dijo que le

hacían honra en aquello. Dejemos de hablar en esto, y digamos que en otros dos días de camino llegaron a Tezcuco, y antes que entrasen en aquella ciudad se pusieron muy buenas mantas y penachos, y con atambores y cornetas, puestos en ordenanza, caminaron, y no quebraron el hilo en más de medio día que iban entrando y dando voces y silbos y diciendo: «Viva, viva el emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla, y Tlascala, Tlascala». Y llegaron a Tezcuco, y Cortés y ciertos capitanes les salieron a recibir, con grandes ofrecimientos que Cortés hizo a Chichimecatecle y a todos los capitanes que traía; e las piezas de maderos y tablazones y todo lo demás perteneciente a los bergantines se puso cerca de las zanjas y esteros donde se habían de labrar; y desde allí adelante tanta priesa se daba en hacer trece bergantines el Martín López, que fue el maestro de los hacer, con otros españoles que les ayudaban, que se decían Andrés Núñez y un viejo que se decía Ramírez, que estaba cojo de una herida, y un Diego Hernández, aserrador, y ciertos carpinteros y dos herreros con sus fraguas, y un Hernando de Aguilar, que les ayudaba a machar; todos se dieron gran priesa hasta que los bergantines estuvieron armados y no faltó sino calafetearlos y ponerles los mástiles y jarcias y velas. Pues ya hecho esto, quiero decir el gran recaudo que teníamos en nuestro real de espías y escuchas y guarda para los bergantines, porque estaban junto a la laguna, y los mexicanos procuraron tres veces de les poner fuego, y aun prendimos quince indios de los que lo venían a poner, de quien se supo muy largamente todo lo que en México hacían y concertaba Guatemuz; y era, que por vía ninguna habían de hacer paces, sino morir todos peleando o quitarnos a todos las vidas. Quiero tornar a decir los llamamientos y mensajeros en todos los pueblos sujetos a México, y cómo les perdonaba el tributo y el

trabajar, que de día y de noche trabajaban de hacer cavas y ahondar los pasos de las puentes y hacer albarradas muy fuertes, y poner a punto sus varas y toraderas, y hacer unas lanzas muy largas para montar los caballos, engastadas en ellas de las espadas que nos tomaron la noche del desbarate, y poner a punto sus hondas con piedras rollizas, y espadas de a dos manos, y otras mayores que espadas, como macanas, y todo género de guerra. Dejemos esta materia, y volvamos a decir de nuestra zanja y acequia, por donde habían de salir los bergantines a la gran laguna, que estaba ya muy ancha y honda, que podían nadar por ella navíos de razonable porte; porque, como otras veces he dicho, siempre andaban en la obra ocho mil indios trabajadores. Dejemos esto, y digamos cómo nuestro Cortés fue a una entrada de Saltocan.

CXLI

Cómo nuestro capitán Cortés fue a una entrada al pueblo de Saltocan, que está en la ciudad de México obra de seis leguas, puesto y poblado en la laguna, y dende allí a otros pueblos; y lo que en el camino pasó diré adelante

Como habían venido allá a Tezcuco sobre quince mil tlasclatecas con la madera de los bergantines, y había cinco días que estaban en aquella ciudad sin hacer cosa que de contar sea, y no tenían mantenimientos, antes les faltaban; y como el capitán de los tlascaltecas era muy esforzado y orgulloso, que ya he dicho otras veces que se decía Chichimecatecle, dijo a Cortés que quería ir a hacer algún servicio a nuestro gran emperador y batallar contra mexicanos, ansí por mostrar sus fuerzas y buena voluntad para con nosotros, como para vengarse de las muertes y robos que habían hecho a sus hermanos y vasallos, ansí en México como en sus tierras; y que le pedía por merced que ordenase y mandase a qué parte podrían ir que fuesen nuestros enemigos; y Cortés les dijo que les tenía en mucho su buen deseo, y que otro día quería ir a un pueblo que se dice Saltocan, que está de aquella ciudad cinco leguas, mas que están fundadas las casas en el agua de la laguna, e que había entrada para él por tierra; el cual pueblo había enviado a llamar de paz días había tres veces, y no quiso venir, y que les tornó a enviar mensajeros nuevamente con los de Tepetezcuco y de Otumba, que eran sus vecinos, y que en lugar de venir de paz, no quisieron, antes trataron mal a los mensajeros y descalabraron dellos, y la respuesta que dieron fue, que si allá íbamos, que no tenían menos fuerza y fortaleza que México; que fuesen cuando quisiesen, que en el campo les hallaríamos; e que habían tenido

aquella respuesta de sus ídolos que allí nos matarían, y que les aconsejaron los ídolos que esta respuesta diesen; y a esta causa Cortés se apercibió para ir él en persona a aquella entrada, y mandó a doscientos y cincuenta soldados que fuesen en su compañía, y treinta de a caballo, y llevó consigo a Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olí y muchos ballesteros y escopeteros, y a todos los tlascaltecas, y una capitanía de hombres de guerra de Tezcuco, y los más dellos principales; y dejó en guardia de Tezcuco a Gonzalo de Sandoval, para que mirase mucho por los bergantines y real, no diesen una noche en él; porque ya he dicho que siempre habíamos de «estar la barba sobre el hombro», lo uno por estar tan a la raya de México, y lo otro por estar en tan gran ciudad como era Tezcuco, y todos los vecinos de aquella ciudad eran parientes y amigos de mexicanos; y mandó al Sandoval y a Martín López, maestro de hacer los bergantines, que dentro de quince días los tuviesen muy a punto para echar al agua y navegar en ellos, y se partió de Tezcuco para hacer aquella entrada. Después de haber oído misa, salió con su ejército, e yendo su camino, no muy lejos de Saltocan encontró con unos grandes escuadrones de mexicanos, que le estaban aguardando en parte porque creyeron aprovecharse de nuestros españoles y matar los caballos; mas Cortés marchó con los de a caballo, y él juntamente con ellos; y después de haber disparado las escopetas y ballestas, rompieron por ellos y mataron algunos de los mexicanos, porque luego se acogieron a los montes y a partes que los de a caballo no los pudieron seguir; mas nuestros amigos los tlascaltecas prendieron y mataron obra de treinta; y aquella noche fue Cortés a dormir a unas caserías, y estuvo muy sobre aviso con sus corredores de campo y velas y rondas y espías, porque estaba entre grandes poblaciones; y supo que Guatemuz, señor de

México, había enviado muchos escuadrones de gente de guerra a Saltocan para les ayudar, los cuales fueron en canoas por unos hondos esteros; y otro día de mañana junto al pueblo comenzaron los mexicanos y los de Saltocan a pelear con los nuestros, y tirábanles mucha vara y flecha, y piedras con hondas desde las acequias donde estaban, e hirieron a diez de nuestros soldados y muchos de los amigos tlascaltecas, y ningún mal les podían hacer los de a caballo, porque no podían correr ni pasar los esteros, que estaban todos llenos de agua, y el camino y calzada que solían tener, por donde entraban por tierra en el pueblo, de pocos días le habían deshecho y le abrieron a mano, y la ahondaron de manera que estaba hecho acequia y lleno de agua, y por esta causa los nuestros no podían en ninguna manera entrarles en el pueblo ni hacer daño ninguno; y puesto que los escopeteros y ballesteros tiraban a los que andaban en canoas, traíanlas tan bien armadas de talabardones de madera, e detrás de los talabardones, guardábanse bien; y nuestros soldados, viendo que no aprovechaba cosa ninguna y no podían atinar el camino y calzada que de antes tenían en el pueblo, porque todo lo hallaban lleno de agua, renegaban del pueblo y aun de la venida sin provecho, y aun medio corridos de cómo los mexicanos y los del pueblo les daban grande grita y les llamaban de mujeres, e que Malinche era otra mujer, y que no era esforzado sino para engañarlos con palabras y mentiras; y en este instante dos indios de los que allí venían con los nuestros, que eran de Tepetezcuco, que estaban muy mal con los de Saltocan, dijeron a un nuestro soldado, que había tres días que vieron, cómo abrían la calzada y la cavaron y la hicieron zanja, y echaron de otra acequia el agua por ella, y que no muy lejos adelante está por abrir e iba camino al pueblo. Y cuando nuestros soldados lo hubieron entendido, y por donde los

indios les señalaron, se ponen en gran concierto los ballesteros y escopeteros, unos armando y otros soltando, y esto poco a poco, y no todos a la par, y el agua a vuelapié, y a otras partes a más de la cinta, pasan todos nuestros soldados, y muchos amigos siguiéndolos, y Cortés con los de a caballo aguardándolos en tierra firme, haciéndoles espaldas, porque temió no viniesen otra vez los escuadrones de México y diesen en la rezaga; y cuando pasaban las acequias los nuestros, como dicho tengo, los contrarios daban en ellos como a terrero, y hirieron muchos; mas, como iban deseosos de llegar a la calzada que estaba por abrir, todavía pasan adelante, hasta que dieron en ella por tierra sin agua, y vanse al pueblo; y en fin de más razones, tal mano les dieron, que les mataron muchos mexicanos, y lo pagaron muy bien, e la burla que dellos hacían; donde hubieron mucha ropa de algodón y oro y otros despojos; y como estaban poblados en la laguna, de presto se meten los mexicanos y los naturales del pueblo en sus canoas con todo el hato que pudieron llevar, y se van a México; y los nuestros, de que los vieron despoblados, quemaron algunas casas, y no osaron dormir en él por estar en el agua, y se vinieron donde estaba el capitán Cortés aguardándolos; y allí en aquel pueblo se hubieron muy buenas indias, y los tlascaltecas salieron ricos con mantas, sal y oro y otros despojos, y luego se fueron a dormir a unas caserías que serían una legua de Saltocan, y allí se curaron, y un soldado murió dende a pocos días de un flechazo que Q dieron por la garganta; y luego se pusieron velas y corredores del campo, y hubo buen recaudo, porque todas aquellas tierras estaban muy pobladas de culúas; y otro día fueron camino de un gran pueblo que se dice Gualtitan, e yendo por el camino, los de aquellas poblaciones y otros muchos mexicanos que con ellos se juntaban, les daban muy grande

grita y voces, diciéndoles vituperios, y era en parte que no podían correr los caballos ni se les podía hacer ningún daño, porque estaban entre acequias; y desta manera llegaron a aquella población, y estaba despoblado de aquel mismo día y alzado el hato, y en aquella noche durmieron allí con grandes velas y rondas; y otro día fueron camino de un gran pueblo que se dice Tenayuca, y este pueblo le solíamos llamar la primera vez que entramos en México el pueblo «de las Sierpes», porque en el adoratorio mayor que tenían hallamos dos grandes bultos de sierpes de malas figuras, que eran sus ídolos en quien adoraban. Dejemos esto, y digamos del camino y es que este pueblo hallaron despoblado como el pasado, que todos los indios naturales dellos se habían juntado en otro pueblo que estaba más adelante; y desde allí fue a otro pueblo que se dice Escapuzalco, que sería del uno al otro una legua, y asimismo estaba despoblado. Este Escapuzalco era donde labraban el oro e plata al gran Moctezuma, y solíamosle llamar el pueblo «de los Plateros»; y desde aquel pueblo fue a otro, que ya he dicho que se dice Tacuba, que es obra de media legua el uno del otro. En este pueblo fue donde reparamos la triste noche cuando salimos de México desbaratados, y en él nos mataron ciertos soldados, según dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla; y tornemos a nuestra plática; que antes que nuestro ejército llegase al pueblo, estaban en campo aguardando a Cortés muchos escuadrones de todos aquellos pueblos por donde había pasado, y los de Tacuba y de mexicanos, porque México está muy cerca dél, y todos juntos comenzaron a dar en los nuestros, de manera que tuvo harto nuestro capitán de romper en ellos con los de a caballo; y andaban tan juntos los unos con los otros, que nuestros soldados a buenas cuchilladas los hicieron retraer; y como era noche, durmieron en el pueblo con buenas velas y

escuchas; y otro día de mañana, si muchos mexicanos habían estado juntos, muchos más se juntaron aquel día, y con gran concierto venían a darnos guerra, de tal manera, que herían algunos soldados; mas todavía los nuestros los hicieron retraer en sus casas y fortaleza, de manera que tuvieron tiempo de les entrar en Tacuba y quemarles muchas casas y meterles a sacomano; y como aquello supieron en México, ordenaron de salir más escuadrones de su ciudad a pelear con Cortés, y concertaron que cuando peleasen con él, que hiciesen que volvían huyendo hacia México, y que poco a poco metiesen a nuestro ejército en su calzada, y que cuando los tuviesen dentro, haciendo como que se retraían de miedo; e ansí como lo concertaron lo hicieron, y Cortés, creyendo que llevaba victoria, los mandó seguir hasta una puente; y cuando los mexicanos sintieron que tenían ya metido a Cortés en el garlito pasada la puente, vuelve sobre él tanta multitud de indios, que unos por tierra, otros con canoas y otros en las azoteas, le dan tal mano, que le ponen en tan gran aprieto, que estuvo la cosa de arte, que creyó ser perdido e desbaratado; porque a una puente donde había llegado cargaron tan de golpe sobre él, que ni poco ni mucho se podía valer; e un alférez que llevaba una bandera, por sostener el gran ímpetu de los contrarios le hirieron muy malamente y cayó con su bandera desde la puente abajo en el agua, y estuvo en ventura de no se ahogar, y aun le tenían ya asido los mexicanos para le meter en unas canoas, y él fue tan esforzado, que se escapó con su bandera; y en aquella refriega mataron cinco soldados, e hirieron muchos de los nuestros; y Cortés, viendo el gran atrevimiento y mala consideración que había hecho en haber entrado en la calzada de la manera que he dicho, y sintió cómo los mexicanos le habían cebado, luego mandó que todos se

retrajesen; y con el mejor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas, sino los rostros a los contrarios, pie contra pie, como quien hace represas, y los ballesteros y escopeteros unos armados y otros tirando, y los de a caballo haciendo algunas arremetidas, mas eran muy pocas, porque luego les herían los caballos; y desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de México, y cuando se vio en tierra firme dio muchas gracias a Dios. Allí en aquella calzada y puente fue donde un Pedro de Ircio, muchas veces por mí nombrado, dijo al alférez que cayó con la bandera en la laguna, que se decía Juan Volante, por le afrentar (que no estaba bien con él por amores de una mujer que vino de cuando lo de Narváez) le dijo que había crucificado al hijo y quería ahogar la madre, porque la bandera que traía el Volante era figurada la imagen de nuestra señora la virgen Santa María. Y no tuvo razón de decir aquella palabra porque el alférez era un hidalgo y hombre muy esforzado, y como tal se mostró aquella vez y otras muchas; y al Pedro de Ircio no le fue muy bien de su mala voluntad que tenía contra Juan Volante, el tiempo andando. Dejemos a Pedro de Ircio, y digamos que en cinco días que allí en lo de Tacuba estuvo Cortés tuvo batalla y reencuentros con los mexicanos y sus aliados; y desde allí dio la vuelta para Tezcuco, y por el camino que había venido se volvió, y le daban grita los mexicanos, creyendo que volvía huyendo, y una sospecharon lo cierto, que con gran temor volvió; y les esperaban en partes que querían ganar honra con él y matarle los caballos, y le echaban celadas; y como aquello vio, les echó una en que les mató e hirió muchos de los contrarios, e a Cortés entonces le mataron dos caballos e un soldado, y con esto no le siguieron más; e a buenas jornadas llegó a un pueblo sujeto a Tezcuco, que se dice Aculman, que estará de Tezcuco dos leguas y media; y como lo

supimos cómo había allí llegado, salimos con Gonzalo de Sandoval a le ver y recibir, acompañado de muchos caballeros y soldados y de los caciques de Tezcuco, especial de don Hernando, principal de aquella ciudad; y en las vistas nos alegramos mucho, porque había más de quince días que no habíamos sabido de Cortés ni de cosa que le hubiese acaecido; y después de haber dado el bien venido y haberle hablado algunas cosas que convenían sobre lo militar, nos volvimos a Tezcuco aquella tarde, porque no osábamos dejar el real sin buen recaudo; y nuestro Cortés se quedó en aquel pueblo hasta otro día, que llegó a Tezcuco; y los tlascaltecas, como ya estaban ricos y venían cargados de despojos, demandaron licencia para irse a su tierra, y Cortés se la dio; y fueron por parte que los mexicanos no tuvieron espías sobre ellos, y salvaron sus haciendas. Y a cabo de cuatro días que nuestro capitán reposaba y estaba dando priesa en hacer los bergantines, vinieron unos pueblos de la costa del norte a demandar paces y darse por vasallos de su majestad; los cuales pueblos se llaman Tuzapan y Mascalcingo e Nautlan, y otros pueblezuelos de aquellas comarcas, y trajeron un presente de oro y ropa de algodón; y cuando llegaron delante de Cortés, con gran acato, después de haber dado su presente, dijeron que le pedían por merced que les admitiese su amistad, y que querían ser vasallos del rey de Castilla, y dijeron que cuando los mexicanos mataron sus teules en lo de Almería, y era capitán dellos Quezalpopoca, que ya habíamos quemado por justicia, que todos aquellos pueblos que allí venían fueron e ayudar a los teules; y después que Cortés les hubo oído, puesto que entendía que habían sido con los mexicanos en la muerte de Juan de Escalante y los seis soldados que le mataron en lo de Almería, según he dicho en el capítulo que dello habla, les mostró mucha voluntad, y

recibió el presente, y por vasallos del emperador nuestro señor, y no les demandó cuenta sobre lo acaecido ni se lo trajo a la memoria, porque no estaba en tiempo de hacer otra cosa; y con buenas palabras y ofrecimientos los despachó. Y en este instante vinieron a Cortés otros pueblos de los que se habían dado por nuestros amigos a demandar favor contra mexicanos, y decían que les fuésemos a ayudar, porque venían contra ellos grandes escuadrones, y les habían entrado en su tierra y llevado presos muchos de sus indios, y a otros habían descalabrado.

Y también en aquella sazón vinieron los de Chalco y Tamanalco, y dijeron que si luego no les socorrían que serían perdidos, porque estaban sobre ellos muchas guarniciones de sus enemigos; y tantas lástimas decían, que traían en un paño de manta de henequén pintado al natural los escuadrones que sobre ellos venían, que Cortés no sabía qué se decir ni qué responderles, ni dar remedio a los unos ni a los otros; porque había visto que estábamos muchos de nuestros soldados heridos y dolientes, y se habían muerto ocho de dolor de costado y de echar sangre cuajada, revuelta con lodo, por la boca y narices; y era del quebrantamiento de las armas que siempre traíamos a cuestas, e de que a la continua íbamos a las entradas, y de polvo que en ellas tragábamos; y demás desto, viendo que se habían muerto tres o cuatro soldados de heridas, que nunca parábamos de ir a entrar, unos venidos y otros vueltos. La respuesta que les dio a los primeros pueblos fue que les halagó y dijo que iría presto a les ayudar, y que entre tanto que iba, que se ayudasen de otros pueblos sus vecinos, y que esperasen en campo a los mexicanos, y que todos juntos les diesen guerra, e que si los mexicanos viesen que les mostraban cara y ponían fuerzas contra ellos, que temerían,

e que ya no tenían tantos poderes los mexicanos para les dar guerra como solían, porque tenían muchos contrarios; y tantas palabras les dijo con nuestras lenguas, e les esforzó, que reposaron algo sus corazones, y no tanto, que luego demandaron cartas para dos pueblos sus comarcanos, nuestros amigos, para que les fuesen a ayudar. Las cartas en aquel tiempo no las entendían; más bien sabían que entre nosotros se tenía por cosa cierta que cuando se enviaban eran como mandamientos o señales que les mandaban algunas cosas de calidad; e con ellas se fueron muy contentos, y las mostraron a sus amigos y los llamaron; y como nuestro Cortés se lo mandó, aguardaron en el campo a los mexicanos y tuvieron con ellos una batalla, y con ayuda de nuestros amigos sus vecinos, a quienes dieron la carta, no les fue mal en la pelea. Volvamos a los de Chalco: que viendo nuestro Cortés que era cosa muy importante para nosotros que aquella provincia estuviese desembarazada de gentes de Culúa; porque, como he dicho otra vez, por allí habían de ir y venir a la Villa-Rica de la Veracruz e a Tlascala, y habíamos de mantener nuestro real de ella, porque es tierra de mucho maíz, luego mandó a Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, que se aparejase para otro día de mañana ir a Chalco, y le mandó dar veinte de a caballo y doscientos soldados, y doce ballesteros y diez escopeteros, y los tlascaltecas que había en nuestro real, que eran muy pocos, porque, como dicho habemos en este capítulo, todos los más se habían ido a su tierra cargados de despojos, y también llevó una capitanía de los de Tezcuco, y en su compañía al capitán Luis Marín, que era su muy íntimo amigo; y quedamos en guarda de aquella ciudad y bergantines Cortés e Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olí con los demás soldados. Y antes que Gonzalo Sandoval vaya para Chalco, como está acordado,

quiero aquí decir cómo, estando escribiendo en esta relación todo lo acaecido a Cortés desta entrada en Saltocan, acaso estaban presentes dos hidalgos muy curiosos que habían leído la Historia de Gómara, y me dijeron que tres cosas se me olvidaban de escribir, que tenía escrito el cronista Gómara de la misma entrada que hizo Cortés; y la una era que dio Cortés vista a México con trece bergantines, y peleó muy bien con el gran poder de Guatemuz, con sus grandes canoas y piraguas en la laguna; la otra era que cuando Cortes entró en la calzada de México que tuvo plática con los señores y caciques mexicanos, y les dijo que les quitaría el bastimento y se morirían de hambre; y la otra fue que Cortés no quiso decir a los de Tezcuco que había de ir a Saltocan, porque no le diesen aviso. Yo respondí a los mismos hidalgos que me lo dijeron, que en aquella sazón los bergantines no estaban acabados de hacer, e que ¿cómo podía llevar por tierra bergantines ni por la laguna los caballos ni tanta gente? Que es cosa de reír ver lo que escribe; y que cuando entró en la calzada de Tacuba, como dicho habemos, que harto tuvo Cortés en escapar él y su ejército, que estuvo medio desbaratado; y en aquella sazón no habíamos puesto cerco a México, para vedarles los mantenimientos, ni tenían hambre, y eran señores de todos sus vasallos; y lo que pasó muchos días adelante, cuando los teníamos en grande aprieto, pone ahora el Gómara; y en lo que se dice que se apartó Cortés por otro camino para ir a Saltocan, no lo supiesen los de Tezcuco, digo que por fuerza fueron por sus pueblos y tierras de Tezcuco porque por allí era el camino, y no otro; y en lo que escribe va muy errado, y a lo que yo he sentido, no tiene él la culpa, sino el que le informó, que por sublimar mucho más le dio tal relación de lo que escribe para ensalzar a quien por ventura le dio dineros por ello, y ensalzó sus cosas, y no se declaren

nuestros heroicos hechos, le daban aquellas relaciones; y esta era la verdad; y como lo hubieron bien entendido los mismos que me lo dijeron, y vieron claro lo que les dije ser así, se convencieron. Y dejemos esta plática, y tornemos al capitán Gonzalo de Sandoval, que partió de Tezcuco después de haber oído misa, y fue a amanecer cerca de Chalco; y lo que pasó diré adelante.

Capítulo CXLII

Cómo el capitán Gonzalo de Sandoval fue a Chalco e a Tamanalco con todo su ejército; y lo que en aquella jornada pasó diré adelante

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo los pueblos de Chalco y Tamanalco vinieron a decir a Cortés que les enviase socorro, porque estaban grandes guarniciones juntas para les venir a dar guerra; e tantas lástimas le dijeron, que mandó a Gonzalo de Sandoval que fuese allá con doscientos soldados y veinte de a caballo, e diez o doce ballesteros y otros tantos escopeteros, y nuestros amigos los de Tlascala y otra capitanía de los de Tezcuco, y llevó al capitán Luis Marín por compañero, porque era su muy grande amigo; y después de haber oído misa, en 12 días del mes de marzo de 1521 años, fue a dormir a unas estancias del mismo Chalco, y otro día llegó por la mañana a Tamanalco, y los caciques y capitanes le hicieron buen recibimiento y le dieron de comer, y le dije, ron que luego fuese hacia un gran pueblo que se dice Guaztepeque, porque hallaría juntos todos los poderes de México en el mismo Guaztepeque o en el camino antes de llegar a él, e que todos los de aquella provincia de Chalco irían con él; y al Gonzalo de Sandoval parecióle que sería muy bien ir muy a punto; y puesto en concierto, fue a dormir a otro pueblo sujeto del mismo Chalco, Chimalhuacan, porque las espías que los de Chalco tenían puestas sobre los culúas vinieron a avisar cómo estaban en el campo no muy lejos de allí la gente de guerra sus enemigos, e que había algunas quebradas e arcabuezos, adonde esperaban; y como el Sandoval era muy avisado y de buen consejo, puso los escopeteros y ballesteros por delante, y los de a caballo mandó que de tres en tres se hermanasen, y cuando hubiesen gastado los ballesteros y

escopeteros algunos tiros, que todos juntos los de a caballo rompiesen por ellos a media rienda y las lanzas terciadas, y que no curasen alancear, sino por los otros, hasta ponerlos en huida, y que no se deshermanasen; y mandó a los soldados de a pie que siempre estuviesen hechos un cuerpo, y no se metiesen entre los contrarios hasta que se lo mandase; porque, como le decían que eran muchos los enemigos (y así fue verdad), y estaban entre aquellos malos pasos, y no sabían si tenían hechos hoyos o algunas albarradas, quería tener sus soldados enteros, no le viniese algún desmán; e yendo por su camino, vio venir por tres partes repartidos los escuadrones de mexicanos dando gritas y tañendo trompetillas y atabales, con todo género de armas, según lo suelen traer, y se vinieron como leones bravos a encontrar con los nuestros; y cuando el Sandoval los vio tan denodados, no guardó a la orden que había dado, y dijo a los de a caballo que antes que se juntasen con los nuestros que luego rompiesen, y el Sandoval delante animando a los suyos dijo: «Santiago, y a ellos»; y de aquel tropel fueron algunos de los escuadrones mexicanos medio desbaratados, mas no del todo, que se juntaron todos e hicieron rostro, porque se ayudaban con los malos pasos e quebradas, porque los de a caballo, por ser los pasos muy agrios, no podían correr, y se estuvieron sin ir tras ellos; a esta causa les tornó a mandar Sandoval a todos los soldados que con buen concierto les entrasen, los ballesteros y escopeteros delante, y los rodeleros que les fuesen a los lados, y cuando viesen que les iban hiriendo y haciendo mala obra, y oyesen un tiro desta otra parte de la barranca, que sería señal que todos los de a caballo a una arremetiesen a les echar de aquel sitio, creyendo que les meterían en tierra llana que había allí cerca; y apercibió a los amigos que ellos ansimismo acudiesen con los españoles, y así se hizo

como lo mandó; y en aquel tropel recibieron los nuestros muchas heridas, porque eran muchos los contrarios que sobre ello cargaron; y en fin de más pláticas, les hicieron ir retrayendo, mas fue hacia otros malos pasos; y Sandoval con los de a caballo los fue siguiendo, y no alcanzó sino tres o cuatro; y uno de los nuestros de a caballo que iba en el alcance, que se decía Gonzalo Domínguez, como era mal camino, rodó el caballo y toméle debajo, y dende a pocos días murió de aquella mala caída. He traído esto aquí a la memoria deste soldado, porque este Gonzalo Domínguez era uno de los mejores jinetes y esforzado que Cortés había traído en nuestra compañía; y teníamosle en tanto en las guerras, por su esfuerzo, como al Cristóbal de Olí y a Gonzalo de Sandoval; por la cual muerte hubo mucho sentimiento entre todos nosotros. Volvamos a Sandoval y a todo su ejército, que los fue siguiendo hasta cerca del pueblo que se dice Guaztepeque, y antes de llegar, a él le salen al encuentro sobre quince mil mexicanos, y le comenzaban a cercar y le hirieron muchos soldados y cinco caballos; mas como la tierra era en parte llana, con el gran concierto que llevaba rompe los dos escuadrones con los de a caballo, y los demás escuadrones vuelven las espaldas hacia el pueblo para tornar a aguardar a unos mamparos que tenían hechos; mas nuestros soldados y los amigos les siguieron de manera, que no tuvieron tiempo de aguardar, y los de a caballo siempre fueron en el alcance por otras partes, hasta que se encerraron en el mismo pueblo en partes que no se pudieron haber; y creyendo que no volverían más a pelear aquel día, mandó Sandoval reposar su gente, y se curaron los heridos y comenzaron a comer, que se había habido mucho despojo; y estando comiendo vinieron dos de a caballo y otros dos soldados que había puesto antes que comenzase a comer, los unos para corredores del campo y

los otros por espías; y vinieron diciendo: «Al arma, al arma; que vienen muchos escuadrones de mexicanos»; y como siempre estaban acostumbrados a tener las armas muy a punto, de presto cabalgan y salen a una gran plaza, y en aquel instante vinieron los contrarios, y allí hubo otra buena batalla; y después que estuvieron buen rato haciendo cara en unos mamparos, desde allí hirieron algunos de los nuestros, y tal priesa les dio el Gonzalo de Sandoval con los de a caballo, y con las escopetas y ballestas y cuchilladas los soldados, que les hicieron huir del pueblo por otras barrancas, y por aquel día no volvieron más. Y cuando el capitán Sandoval se vio libre desta refriega dio muchas gracias a Dios, y se fue a reposar y dormir a una huerta que había en aquel pueblo, la más hermosa y de mayores edificios y cosa mucho de mirar que se había visto en la Nueva-España así del gran concierto de la diversidad de árboles de todo género de frutas de la tierra y otras muchas rosas y olores; pues los conciertos que en él había por donde venía el agua de un río que en ella entraba; pues los ricos aposentos y las labores de ellos y la madera tan olorosa de cedros y otros árboles preciados: galas y cenadores y baños y muchas casas que en ella había; pues los paseadores y el entretejer de unas ramas con otras, e aparte las yerbas medicinales y otras legumbres que entre ellos son buenas de comer, y tenía tantas cosas de mirar que era muy admirable, y ciertamente era huerta para un gran príncipe, y aun no se acabó de andar por entonces toda, porque tenía más de un cuarto de legua de largo. Y dejemos de hablar de la huerta, y digamos que yo no vine en esta entrada, ni en este tiempo que digo anduve esta huerta, sino de ahí a obra de veinte días, que vine con Cortés cuando rodeamos los grandes pueblos de la laguna, como adelante diré; y la causa por que no vine en aquella sazón es porque estaba muy mal herido

de un bote de lanza que me dieron en la garganta junto al gaznate, que estuve della a peligro de muerte, de que ahora tengo una señal, y diéronmela en lo de Iztapalapa, cuando nos apretaron tanto; y como yo no fui en esta entrada, por eso diga en esta mi relación: «Fueron y esto hicieron y tal les acaeció»; y no digo: «Hicimos ni hice, ni en ello me hallé»; mas todo lo que escribe acerca dello pasó al pie de la letra; porque luego se sabe en el real de la manera que en las entradas acaece; y ansí, no se puede quitar ni alargar más de lo que pasó. Y dejaré de hablar en esto, y volveré al capitán Gonzalo de Sandoval, que otro día de mañana, viendo que no había más bullicio de guerreros mexicanos, envió a llamar a los caciques de aquel pueblo con cinco indios naturales de los que habían prendido en las batallas pasadas, y los dos de ellos eran principales, y les envió a decir que no hubiesen miedo y que vengan de paz, y que lo pasado se lo perdona, y les dijo otras buenas razones, y los mensajeros que fueron, trataron las paces, mas no osaron venir los caciques por miedo de los mexicanos; y en aquel mismo día también envió a decir a otro gran pueblo que estaba de Guaztepeque obra de dos leguas, que se dice Acapistla, que mirasen que son buenas las paces, que no querían guerra, y que miren y tengan en la memoria en qué han parado los escuadrones de culúas que estaban en aquel pueblo de Guaztepeque, sino que todos han sido desbaratados; que vengan de paz, y que los mexicanos que tienen en guarnición que les echen fuera de su tierra, y que si no lo hacen, que irá allá de guerra y los castigará; y la respuesta fuera que vayan cuando quisieren, que bien quisieren, que bien piensan tener con sus carnes buenas hartazgas, y sus ídolos sacrificios; y como aquella respuesta le dieron, y los caciques de Chalco que con Sandoval estaban, que sabían que en aquel pueblo de Acapistla estaban muchos más

mexicanos en guarnición para les ir a Chalco a dar guerra cuando viesen vuelto al Sandoval, a esta causa le rogaron que fuese allá y los echase de allí, y el Sandoval estaba para no ir, lo uno porque estaba herido y tenía muchos soldados y caballos heridos, y lo otro, como había tenido tres batallas, no se quisiera meter por entonces en hacer más de lo que Cortés le mandaba; y también algunos caballeros de los que llevaba en su compañía, que eran de los de Narváez, le dijeron que se volviese a Tezcuco y que no fuese a Acapistla, porque estaba en gran fortaleza, no le acaeciese algún desmán; y el capitán Luis Marín le aconsejó que no dejase de ir a aquella fuerza y hacer lo que pudiese; porque los caciques de Chalco decían que si desde allí se volvían sin deshacer el poder que estaba junto en aquella fortaleza, que ansí como vean o sepan que Sandoval vuelve a Tezcuco, que luego son sus enemigos en Chalco; y como era el camino de un pueblo a otro obra de dos leguas, acordó de ir, y apercibió sus soldados y fue allá; y luego como llegó a vista del pueblo, antes de llegar a él le salen muchos guerreros, y le comenzaron a tirar vara y flecha y piedra con hondas, y fue tanta como granizo, que le hirieron tres caballos y muchos soldados, sin poderles hacer cosa ni daño ninguno; y hecho esto, luego se suben entre sus riscos y fortalezas, y desde allí les daban voces y gritas y tañían sus caracolas y atables; y como el Sandoval así vio la cosa, acordó de mandar a algunos de a caballo que se apeasen y a los demás de a caballo que se estuviesen en el campo en lo llano a punto, mirando no viniesen algunos socorros mexicanos a los de Acapistla entre tanto que combatían aquel pueblo; y como vio que los caciques de Chalco y sus capitanes y muchos de sus indios de guerra que allí estaban remolinando y no osaban pelear con los contrarios, adrede para probarlos y ver lo que decían, les dijo Sandoval: «¿Qué

hacéis ahí? ¿Por qué no les comenzáis a combatir? Y entrad en este pueblo y fortaleza; que aquí estamos, que os defenderemos»; y ellos respondieron que no se atrevían, porque era gran fortaleza, y que por esta causa venía el Sandoval y sus hermanos los teules con ellos, y con su mamparo y esfuerzo venían los de Chalco a les echar de allí. Por manera que se apercibe el Sandoval de arte que él y todos sus soldados y escopeteros y ballesteros les comenzaron de entrar y subir; y puesto que recibieron en aquella subida muchas heridas, y al mismo capitán le descalabraron otra vez y le hirieron muchos de los amigos, todavía les entró en el pueblo, donde se les hizo mucho daño; y todos los que más daño les hicieron fueron los indios de Chalco y los demás amigos tlascaltecas; porque nuestros soldados, si no fue hasta romperlos y ponerlos en huida, no curaron de dar cuchilladas a ningún indio, porque les parecía crueldad; y en lo que más se empleaban era en buscar una buena india o haber algún despojo; y lo que comúnmente hacían era reñir a los amigos porque eran tan crueles y por quitarles algunos indios o indias porque no los matasen. Dejemos de hablar desto, y digamos que aquellos guerreros mexicanos que allí estaban, por se defender se vinieron por unos riscos abajo cerca del pueblo, y como había muchos dellos heridos de los que se venían a esconder en aquella quebrada y arroyo, y se desangraban, venía el agua algo turbia de sangre, y no duró aquella turbieza un Ave-Maria. E aquí dice el cronista Gómara en su Historia que por venir el río tinto en sangre los nuestros pasaron sed por causa de la sangre. A esto digo que había fuentes de agua clara abajo en el mismo pueblo, que no tenían necesidad de otra agua. Volvamos a decir que luego que aquello fue hecho se volvió el Sandoval con todo su ejército a Tezcuco, y con buen despojo, en especial con muy buenas

piezas de indias. Digamos ahora cómo el señor de México, que se decía Guatemuz, lo supo, y el desbarate de sus ejércitos, dicen que mostró mucho sentimiento dello, y más de que los de Chalco tenía tanto atrevimiento, siendo sus súbditos y vasallos, de osar tomar armas tres veces contra ellos; y estando tan enojado, acordó que entre tanto que el Sandoval volvía al real de Tezcuco, de enviar grandes Poderes de guerreros, que presto juntó en la ciudad de México con otros que estaban junto a la laguna, y en más de dos mil canoas grandes, con todo género de armas, salen sobre veinte mil mexicanos, y vienen de repente en la tierra de Chalco por hacerles todo el mal que pudiesen; y fue de tal arte y tan presto, que aun no hubo bien llegado el Sandoval a Tezcuco ni hablado a Cortés, cuando estaban otra vez mensajeros de Chalco en canoas por la laguna demandando favor a Cortés, porque le dijeron que habían venido sobre dos mil canoas, y en ellas veinte mil mexicanos, y que fuesen presto a los socorrer; y cuando Cortés lo oyó, y Sandoval que entonces en aquel instante llegaba a hablarle y a darle cuenta de lo que había hecho en la entrada donde venía, el Cortés no le quiso escuchar a Sandoval, de enojo, creyendo que por su culpa o descuido recibían mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin mas dilación ni le oír le mandó volver y que dejase allí en el real todos los heridos que traía, y con los sanos luego fue muy en posta; y destas palabras que Cortés le dijo recibió mucha pena el Sandoval, y porque no le quiso escuchar, y luego partió para Chalco; y cuando llegó con todo su ejército bien cansado de las armas y largo camino, pareció ser que los de Chalco, luego como lo supieron por sus espías que los mexicanos venían tan de repente sobre ellos, y cómo había tenido Guatemuz aquella cosa concertada que diesen sobre ellos, como dicho tengo, sin más aguardar socorro de

nosotros, enviaron a llamar a los de la provincia de Guaxocingo e Tlascala, que estaban cerca, los cuales vinieron aquella noche misma, muy aparejados con sus armas, y se juntaron con los de Chaco, que serían por todos más de veinte mil dellos, e ya les habían perdido el temor a los mexicanos, y gentilmente los aguardaron en el campo y pelearon como muy varones; puesto que los mexicanos mataron y prendieron muchos de ellos, los de Chalco les mataron muchos más y les prendieron hasta quince capitanes y hombres principales, y de otra gente de guerra de no tanta cuenta se prendieron otros muchos; y túvose esta batalla entre los mexicanos por grande deshonra suya, viendo que los de Chalco los vencieron, y, en mucho más que los desbaratáramos nosotros; y como llegó Sandoval a Chalco, y vio que no tenía qué hacer ni qué se temer, que ya no volverían otra vez los mexicanos sobre Chalco, da vuelta a Tezcuco y llevó los presos mexicanos, con lo cual se holgó mucho Cortés; y Sandoval mostró grande enojo de nuestro capitán por lo pasado, y no le fue a ver ni hablar, puesto que Cortés le envió a decir que le había entendido de otra manera, y que creyó que por descuido del Sandoval no se había remediado, pues que iba con mucha gente de a caballo y soldados, y sin haber desbaratado los mexicanos se volvía. Dejemos de hablar desta materia, porque luego tornaron a ser amigos Cortés y Sandoval, y no sabía Cortés placer que hacer al Sandoval por tenerle contento, que no le hacía. Dejarlo he aquí y diré cómo acordamos de herrar todos las piezas, esclavas y esclavos que se habían habido, que fueron muchas, y de cómo vino en aquel instante un navío de Castilla, y lo que más pasó.

Capítulo CXLIII

Cómo se herraron los esclavos en Tezcuco, y cómo vino nueva que había venido al puerto de la Villa-Rica un navío, y los pasajeros que en él vinieron; y otras cosas que pasaron iré adelante

Como hubo llegado Gonzalo de Sandoval con gran presa de esclavos, y otros muchos que se habían habido en las entradas pasadas, fue acordado que luego se herrasen; y de que se hubo pregonado que se llevasen a herrar a una casa señalada, todos los más soldados llevamos las piezas que habíamos habido, para echar el hierro de su majestad, que era una G, que quiere decir guerra, según y de la manera que lo teníamos de antes concertado con Cortés, según he dicho en el capítulo que dello habla, creyendo que se nos había de volver después de pagado el real quinto, que las apreciasen cuánto podía valer cada pieza; y no fue así, porque si en lo de Tepeaca se hizo muy malamente, según otra vez dicho tengo, muy peor se hizo en esto de Tezcuco, que después que sacaban el real quinto, era otro quinto para Cortés y otra parte para los capitanes; y en la noche antes cuando las tenían juntas nos desaparecieron las mejores indias. Pues como Cortés nos había dicho y prometido que las buenas piezas se habían de vender en el almoneda por lo que valiesen, y las que no fuesen tales por menos precio, tampoco hubo buen concierto en ello, porque los oficiales del rey que tenían cargo dellas hacían lo que querían; por manera que si mal se hizo una vez, esta vez peor; y desde allí adelante muchos soldados que tomábamos algunas buenas indias, porque no nos la tomasen, como las pasadas, las escondíamos y no las llevábamos a herrar, y decíamos que habían huido; y si era privado de Cortés, secretamente la llevaban de noche a herrar y las apreciaban en lo que

valían y les echaban el hierro y pagaban el quinto; y otras muchas se quedaban en nuestros aposentos, y decíamos que eran naborías que habían venido de paz de los pueblos comarcanos y de Tlascala. También quiero decir que como ya había dos o tres meses pasados que algunas de las esclavas que estaban en nuestra compañía y en todo el real conocían a los soldados cuál era bueno e cuál malo; y cuál trataba bien a las indias naborías que tenía o cuál las trataba mal, y tenían fama de caballeros, y de otra manera; cuando las vendían en el almoneda, si las sacaban algunos soldados que las tales indias o indios no les contentaban o las habían tratado mal, de presto se les desaparecían que no las veían más; y preguntar por ellas era como quien dice: buscar a Mahoma en Granada, o a «mi hijo el bachiller» en Salamanca; y en fin, todo se quedaba en deuda en los libros del rey; así en lo de las almonedas, y los quintos, y al dar las partes del oro se consumió: que ninguno o muy pocos soldados llevaron partes, porque ya lo debían, y aun muchos más pesos de oro que después cobraron los oficiales del rey. Dejemos esto, y digamos cómo en aquella sazón vino un navío de Castilla, en el cual vino por tesorero de su majestad un Julián de Alderete, vecino de Tordesillas, y vino un Orduña el viejo, vecino que fue de la Puebla, que después de ganado México trajo cuatro o cinco hijas, que casó muy honradamente; era natural de Tordesillas; y vino un fraile de san Francisco que se decía fray Pedro Melgarejo de Urrea, natural de Sevilla, que trajo unas bulas de señor san Pedro, y con ellas nos componían si algo éramos en cargo en las guerras en que andábamos; por manera que en pocos meses el fraile fue rico y compuesto a Castilla; trajo entonces por comisario y quien tenía cargo de las bulas a Jerónimo López, que después fue secretario en México; vinieron un Antonio Carvajal, que ahora vive en México, ya muy viejo,

capitán que fue de un bergantín; y vino Jerónimo Ruiz de la Mota, yerno que fue, después de ganado México, del Orduña, que asimismo fue capitán de un bergantín, natural de Burgos; y vino un Briones, natural de Salamanca: a este Briones ahorcaron en esta provincia de Guatemala por amotinador de ejércitos, desde a cuatro años que se vino huyendo de lo de Honduras; y vinieron otros muchos que ya no me acuerdo, y también vino un Alonso Díaz de Reguera, vecino que fue de Guatemala, que ahora vive en Valladolid; y trajeron en este navío muchas armas y pólvora, y en fin como navío que venía de Castilla, e vino cargado de muchas cosas, y con él nos alegramos. Y de las nuevas que de Castilla trajeron no me acuerdo bien; mas paréceme que dijeron que el obispo de Burgos ya no tenía mano en el gobierno, que no estaba su majestad bien con él desque alcanzó a saber de nuestros muy buenos e notables servicios, y cómo el obispo escribía a Flandes al contrario de lo que pasaba y en favor de Diego Velázquez: y halló muy claramente su majestad ser verdad todo lo que nuestros procuradores de nuestra parte le fueron a informar, y a esta causa no le oía cosa que dijese Dejemos esto, y volvamos a decir que como Cortés vio los bergantines que estaban acabados de hacer, y la gran voluntad que todos los soldados teníamos de estar ya puestos en el cerco de México, y en aquella sazón volvieron los de Chalco a decir que los mexicanos venían sobre ellos, y que les enviasen socorro, y Cortés les envió a decir que él quería ir en persona a sus pueblos y tierra, y no se volver hasta que a todos los contrarios echase de aquellas comarcas; y mandó apercibir trescientos soldados y treinta a caballo, y todos los más escopeteros y ballesteros que había, y gente de Tezcuco; y fue en su compañía Pedro de Alvarado y Andrés de Tapia y Cristóbal de Olí, y asimismo fue el tesorero

Julián de Alderete, y el fraile fray Pedro Melgarejo, que ya en aquella sazón había llegado a nuestro real; e yo fui entonces con el mismo Cortés, porque me mandó que fuese con él; y lo que pasamos en aquella entrada diré adelante.

Capítulo CXLIV

Cómo nuestro capitán Cortés fue a una entrada y se rodeó la laguna, y todas las ciudades y grandes pueblos que alrededor hallamos, y lo que más nos pasó en aquella entrada

Como Cortés había dicho a los de Chalco que les había de ir a socorrer porque los mexicanos no viniesen y les diesen guerra (porque harto teníamos cada semana de ir y venir a les favorecer), mandó apercibir todos los soldados y ejército, que fueron trescientos soldados y treinta de a caballo, y veinte ballesteros y quince escopeteros, y el tesorero Julián de Alderete y Pedro de Alvarado y Andrés de Tapia y Cristóbal de Olí, y fue también el fraile fray Pedro Melgarejo, y a mí me mandó que fuese con él, y muchos tlascaltecas y amigos de Tezcuco; y dejó en guarda de Tezcuco y bergantines a Gonzalo Sandoval con buena copia de soldados y de a caballo. Y una mañana, después de haber oído misa, que fue viernes 5 días del mes de abril de 1521 años, fuimos a dormir a Talmanalco, y allí nos recibieron muy bien; y el otro día fuimos a Chalco, que estaba muy cerca el uno del otro: allí mandó Cortés llamar a todos los caciques de aquella provincia, y se les hizo un parlamento con nuestras lenguas doña Marina e Jerónimo de Aguilar, en que se les dio a entender como ahora al presente íbamos a ver si podría traer de paz a algunos de los pueblos que estaban más cerca de la laguna, y también para ver la tierra y sitio para poner cerco a la gran ciudad de México, y que por la laguna habían de echar los bergantines, que eran trece, y que les rogaba a todos que para otro día que estuviesen aparejadas todas sus gentes de guerra para ir con nosotros; y cuando lo hubieron entendido, todos a una de muy buena voluntad dijeron que sí lo harían; y otro día

fuimos a dormir a otro pueblo que estaba sujeto al mismo Chalco, que se dice Chimalhuacan, y allí vinieron más de veinte mil amigos, así de Chalco y de Tezcuco y Guaxocingo, y los tlascaltecas y otros pueblos; y vinieron tantos que en todas las entradas que yo había ido, después que en la Nueva-España entré, nunca vi tanta gente de guerra de nuestros amigos como ahora fueron en nuestra compañía. Ya he dicho otra vez que iba tanta multitud dellos a causa de los despojos que habían de haber, y lo más cierto, por hartarse de carne humana si hubiese batallas, porque bien sabían que las había de haber; y son a manera de decir como cuando en Italia salía un ejército de una parte a otra, y les seguían cuervos y milanos y otras aves de rapiña, que se mantenían de los cuerpos muertos que quedaban en el campo cuando se daba alguna muy sangrienta batalla; así he juzgado que nos seguían tantos millares de indios. Dejemos desta plática, y volvamos a nuestra relación: que en aquella sazón se tuvo nueva que estaban en un llano cerca de allí aguardando muchos escuadrones y capitanías de mexicanos e sus aliados, todos los de aquellas comarcas, para pelear con nosotros; y Cortés nos apercibió que fuésemos muy alerta y saliéramos de aquel pueblo donde dormimos, que se dice Chimalhuacan, después de haber oído misa, que fue bien de mañana; y con mucho concierto fuimos caminando entre unos peñascos y por medio de dos sierrezuelas, que en ellas había fortalezas y mamparos, donde había muchos indios e indias recogidos e hechos fuertes; y desde su fortaleza nos daban gritos e voces y alaridos, y nosotros no curamos de pelear con ellos, sino callar y caminar y pasar adelante hasta un pueblo grande que estaba despoblado, que se dice Yautepeque, y también pasamos de largo; y llegamos a un llano donde habían unas fuentes de muy poca agua, e a una parte estaba un gran

peñol con una fuerza muy mala de ganar, según luego pareció por la obra; y como llegamos en el paraje del peñol, porque vimos que estaba lleno de guerreros, y de lo alto de él nos daban gritos y tiraban piedras e varas y flechas, e hirieron tres soldados de los nuestros, entonces mandó Cortés que reparásemos allí, e dijo: «Parece que todos estos mexicanos se ponen en fortalezas y hacen burla de nosotros de que no les acometemos»; y esto dijo por los que dejábamos atrás en las sierrezuelas; y luego mandó a unos de a caballo y a ciertos ballesteros que diesen una vuelta a una parte del peñol, y que mirasen si había otra subida más conveniente de buena entrada para les poder combatir, y fueron, y dijeron que lo mejor de todo era donde estábamos, porque en todo lo demás no había subida ninguna, que era toda peña tajada; y luego Cortés mandó que les fuésemos entrando y subiendo. El alférez Cristóbal de Corral delante, y otras banderas, y todos nosotros siguiéndolas, y Cortés con los de a caballo aguardando en lo llano por guarda de otros escuadrones de mexicanos, no viniesen a dar en nuestro fardaje o en nosotros entre tanto que combatíamos aquella fuerza; y como comenzamos a subir por el peñol arriba, echan los indios guerreros que en él estaban tantas piedras muy grandes y peñascos, que fue cosa espantosa, como se venían despeñando y saltando, cómo no nos mataron a todos; y fue cosa inconsiderada y no de cuerdo capitán mandarnos subir; y luego a mis pies murió un soldado que se decía fulano Martínez, valenciano, que había sido maestresala de un señor de salva en Castilla, y éste llevaba una celada, y no dijo ni habló palabra; y todavía subíamos, y como venían las galgas (que ansí llamábamos a las grandes piedras que venían despeñadas), rodando y despeñándose y dando saltos; luego mataron a otros dos soldados, que se decían Gaspar Sánchez, sobrino del tesorero de Cuba, y a

un fulano Bravo; y todavía subíamos, y luego mataron a otro soldado muy esforzado que se decía Alonso Rodríguez, y a otros dos descalabrados, y en las piernas golpes todos los más de nosotros, y todavía porfiar e ir adelante; e yo, como en aquel tiempo era suelto, no dejaba de seguir al alférez Corral; e íbamos debajo de unas como socarreñas e concavidades que se hacían en el peñol de trecho a trecho, a ventura de si me encontraban algunos peñascos entre tanto que subía de socarreña a socarreña, que fue muy gran ventura; y estaba el alférez Cristóbal Corral amparándose detrás de unos árboles gruesos que tenían muchas espinas, que nacen en aquellas concavidades, y estaba descalabrado y el rostro todo lleno de sangre e la bandera rota, y me dijo: «Oh señor Bernal Díaz del Castillo, que no es cosa el pasar más adelante, y mirá no os cojan algunas lanchas o galgas; estése al reparo de aquesa concavidad»; porque ya no nos podíamos tener aun con las manos, cuanto más poderles subir. En este tiempo vi que de la misma manera que Corral e yo habíamos subido de socarreña en socarreña venía Pedro Barba, que era capitán de ballesteros, con otros dos soldados; e yo le dije desde arriba: «Oh señor capitán, no suba más adelante, que no se podrá tener con pies y manos, no vuelva rodando»; y cuando se lo dije, me respondió como muy esforzado, o por dar aquella respuesta como gran señor, dijo: «Y eso había de decir, sino ir adelante»; e yo recibí de aquella palabra remordimiento de mi persona, y le respondí: «Pues veamos cómo sube donde yo estoy»; y todavía pasé bien arriba; y en aquel instante vienen tantas piedras muy grandes que echaron de lo alto, que tenían represadas para aquel efecto, que hirieron a Pedro Barba y le mataron un soldado, y no pasaron más un paso de allí donde estaban; y entonces el alférez Corral dio voces para que dijesen a Cortés de mano en mano que no se podía

subir más arriba, e que al retraer también era muy peligroso; y como Cortés lo entendió, porque allá abajo donde estaba en tierra llana le habían muerto tres soldados y herido siete del gran ímpetu de las galgas que iban despeñándose (y aun tuvo por cierto Cortés que todos los más de los que habíamos subido arriba estábamos muertos o bien heridos, porque donde él estaba no podía ver las vueltas que daba aquel peñol), y luego por señas y por voces y por unas escopetas que soltaron, tuvimos arriba nuestras senas que nos mandaban retraer; y con buen concierto, de socarreña en socarreña bajamos abajo todos descalabrados y corriendo sangre, y las banderas rotas, y ocho muertos y desque Cortés así nos vio, dio muchas gracias a Dios; y luego le dijeron lo que habíamos pasado yo y el Pedro Barba, porque se lo dijo el mismo Pedro Barba y el alférez Corral estando platicando de la gran fuerza, e que fue maravilla cómo no nos llevaron las galgas de vuelo, según eran muchas; y aun lo supieron luego en todo el real. Dejemos todo esto, y digamos cómo estaban muchas capitanías de mexicanos aguardando en partes que no les podíamos ver ni saber dellos, y estaban esperando para socorrer y ayudar a los del peñol; y bien entendieron lo que fue, que no podríamos subirles en la fuerza, y que entre tanto que estábamos peleando tenían concertado que los del peñol por una parte y ellos por la otra darían en nosotros; y como lo tenían acordado, así vinieron a les ayudar a los del peñol; y cuando Cortés lo supo que venían mandó luego a los de a caballo y a todos nosotros que fuésemos a encontrar con ellos, y así se hizo; y aquella tierra era llana, y a partes había unas como vegas que estaban entre otros serrejones; y seguimos a los contrarios hasta que llegamos a otro muy fuerte peñol, y en el alcance se mataron muy pocos indios, porque se acogían en partes que no se podían haber. Pues

vueltos a la fuerza que probábamos a subir, e viendo que allí no había agua ni la habíamos bebido en todo el día, ni aun los caballos, porque las fuentes que dicho tengo que allí estaban no la tenían, sino lodo; que, como teníamos tantos enemigos, estaban sobre ellas y no las dejaban manar, y a esta causa mudamos nuestro real y fuimos por una vega abajo cerca de otro peñol, que sería del uno al otro obra de legua y media poco más o menos, creyendo que hallaríamos agua, y no la había sino muy poca; y cerca de aquel peñol había unos árboles de morales de la tierra, y allí nos paramos, y estaban obra de doce o trece casas al pie de la sierra y fuerza; y así que nosotros llegamos nos comenzaron a dar grita y tirar galgas y varas y flechas desde lo alto; y estaba en esta fuerza mucha más gente que en el primero peñol, y aun era muy mas fuertes, según después vimos; y nuestros escopeteros y ballesteros les tiraban, mas estaban tan altos y tenían tantos mamparos, que no se les podía hacer mal ninguno; pues entrarles o subirles no había remedio, y aunque probamos dos veces, que por las casas que allí estaban había unos pasos, hasta dos vueltas podíamos ir, mas desde allí adelante, ya he dicho, peor que el primero; de manera que así en esta fuerza como en la primera no ganamos ninguna reputación, antes los mexicanos y sus confederados tenían victoria; e aquella noche dormimos en aquellos morales bien muertos de sed, y se acordó para otro día que desde otro peñol que estaba cerca dél fuesen todos los ballesteros y escopeteros, y que subiesen en él, que había subida, aunque no buena: porque desde aquel alcanzarían las ballestas y escopetas el otro peñol fuerte y podíanle combatir; y mandó Cortés a Francisco Verdugo y al tesorero Julián de Alderete que se preciaban de buenos ballesteros, y a Pedro Barba, que era capitán, que fuesen por caudillos; y que todos los más

soldados hiciésemos acometimiento por los pasos y subidas de las casas que dicho tengo que les queríamos subir, y así los comenzamos a entrar; mas echaban tanta piedra grande y menuda, que hirieron a muchos soldados; y además desto, no les subíamos de hecho, porque era por demás, que aun tenernos con las manos y pies no podíamos; y entre tanto que nosotros estábamos de aquella manera, los ballesteros y escopeteros desde el peñol que he dicho les alcanzaban con las ballestas y escopetas, y aunque no muy bien, mataban algunos y herían otros; de manera que estuvimos dándoles combates obra de media hora; y quiso nuestro señor Dios que acordaron de se dar de paz, y fue por causa que no tenían agua ninguna, que estaba mucha gente arriba en el peñol, en un llano que se hacía arriba, e habíase acogido a él de todas aquellas comarcas así hombres como mujeres y niños e gente menuda; y para que entendiésemos abajo que querían paces, desde el peñol las mujeres meneaban unas mantas hacia abajo, y con las palmas daban unas con otras, señalando que nos harían pan y tortillas, y los guerreros no nos tiraban vara ni piedra ni flecha, y cuando Cortés lo entendió, mandó que no se les hiciese mal ninguno, y por señas se les dio a entender que bajasen cinco principales a entender en las paces; los cuales bajaron, y con grande acato dijeron a Cortés que les perdonase, que por favorecerse y defenderse se habían subido en aquellas fuerzas; y Cortés les dijo con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar, algo enojado, que eran dignos de muerte por haber empezado la guerra; mas que pues han venido, que vayan luego al otro peñol e llamen los caciques e hombres principales que en él están, e traigan los muertos, e que lo pasado se les perdonará; y que vengan de paz, si no, que habíamos de ir sobre ellos y ponerles cerco hasta que se mueran de sed; porque bien sabíamos que no tenían agua, porque en toda

aquella tierra no hay sino muy poca; y luego fueron a llamarlos así como se lo mandó. Dejemos de hablar en ello hasta que vuelvan con la respuesta; y digamos cómo estando platicando Cortés con el fraile Melgarejo y el tesorero Alderete sobre las guerras pasadas que habíamos habido antes que viniesen a la Nueva-España, y en la del peñol, y el gran poder de los mexicanos, y las grandes ciudades que habían visto después que vinieron de Castilla; y decían que si al emperador nuestro señor le informara de la verdad el obispo de Burgos, como le escribía el contrario, que nos enviaría a hacer grandes mercedes; que no se acuerdan que otros mayores servicios haya recibido ningún rey en el mundo que el que nosotros le habíamos hecho en ganar tantas ciudades, sin ser sabidor su majestad de cosa ninguna. Dejemos otras muchas pláticas que pasaron, y digamos cómo mandó nuestro capitán Cortés al alférez Corral y a otros dos capitanes, que fueron Juan Jaramillo y a Pedro de Ircio, y a mí, que me hallé allí con ellos, que subiésemos al peñol y viésemos la fortaleza qué tal era, e que si estaban muchos indios heridos o muertos de saetas y escopetas, e qué gente estaba recogida; e cuando esto nos mandó dijo: «Mirad señores, que no les toméis ni un grano de maíz»; y según yo entendí, quisiera que nos aprovecháramos; y subimos al peñol por unos malos pasos, digo que era más fuerte que el primero, porque era peña tajada; e ya que estábamos arriba, para entrar en la fuerza era como quien entra por una abertura no más ancha que dos bocas de silos o de horno; e ya puestos en lo más alto e llano, estaban grandes anchuras de prados, y todo lleno de gente, así de guerra como de muchas mujeres e niños, e hallamos hasta veinte muertos y muchos heridos, y no tenían gota de agua que beber, y tenían todo su hato y su hacienda hechos fardajes, y otros muchos líos de mantas, que eran de tributo

que daban a Guatemuz; e como yo así vi tantas cargas de ropa y supe que eran del tributo, comencé a cargar cuatro tlascaltecas, mis naborías que llevé conmigo, y también eché a cuestas de otros cuatro indios de los que la guardaban otros cuatro fardos, y a cada uno eché una carga; e como Pedro de Ircio lo vio, dijo que no lo llevase, e yo porfiaba que sí; y como era capitán, hízose lo que mandó, porque me amenazó que se lo diría a Cortés; y me dijo el Pedro de Ircio que bien había visto que dijo Cortés que no les tomásemos un grano de maíz, e yo dije que así era verdad, que por esa palabra misma quería llevar de aquella ropa: por manera que no me dejó llevar cosa ninguna; y bajamos a dar cuenta a Cortés de lo que habíamos visto e a lo que nos envió; y dijo el Pedro de Ircio a Cortés, por me revolver con él, lo pasado, pensando que le contentaba mucho; después de le dar cuenta de lo que había, dijo: «No se les tomó cosa ninguna; que ya había cargado Bernal Díaz del Castillo de ropa a ocho indios, e si no se lo estorbaba yo, ya los traería cargados»; entonces dijo Cortés medio enojado: «Pues ¿por qué no lo trajo? Y también os habíais de quedar allá vos con la ropa e indios con los de arriba»; e dijo: «Mirad cómo no entendieron que los envié porque se aprovechasen, y a Bernal Díaz, que me entendió, quitaron el despojo que traía destos perros, que se quedarán riendo con los que nos han muerto y herido»; e cuando aquello oyó el Pedro Ircio dijo que quería tornar a subir a la fuerza; y entonces le dijo que ya no había coyuntura para ello, y que no fuese allá de ninguna manera. Dejemos esta plática, y digamos cómo vinieron los del otro peñol, y en fin de muchas razones que pasaron sobre que les perdonasen, todos dieron la obediencia a su majestad; y como no había agua en aquel paraje, nos fuimos luego camino de un pueblo ya nombrado en el capítulo pasado, que se dice Guaztepeque, adonde

estaba la huerta que he dicho que es la mejor que había visto en toda mi vida, y así lo torno a decir; que el tesorero Alderete y el fraile fray Pedro Melgarejo, y nuestro Cortés desque entonces la vieron y pasearon algo della, se admiraron y dijeron que mejor cosa de huerta no habían visto en Castilla. Y digamos cómo en aquella noche nos aposentamos todos en ella; y los caciques de aquel pueblo vinieron de paz a hablar y servir a Cortés, porque Gonzalo de Sandoval los había recibido ya de paz cuando entró en aquel pueblo, según más largamente he escrito en el capítulo pasado que dello habla; y aquella noche reposamos allí, y a otro día muy de mañana nos partimos para Cuernavaca y hallamos unos escuadrones de guerreros mexicanos que de aquel pueblo habían salido, y los de a caballo les siguieron más de legua y media hasta encerrarlos en otro gran pueblo que se dice Tepuztlan; y estaban tan descuidados los moradores dél, que dimos en ellos antes que sus espías que tenían sobre nosotros llegasen. Aquí se hubieron muy buenas indias e despojos, y no aguardaron ningunos mexicanos ni los naturales en el pueblo; y nuestro Cortés envió a llamar a los caciques por tres o cuatro veces que viniesen todos de paz: y que si no venían, que les quemaría el pueblo y los iríamos a buscar; y la respuesta fue que no querían venir; e porque otros pueblos tuviesen temor dello, mandó poner fuego a la mitad de las casas que allí cerca estaban, y en aquel instante vinieron los caciques del pueblo por donde aquel día pasamos, que ya he dicho que se dice Yautepeque, y dieron la obediencia a su majestad; y otro día fuimos camino de otro mejor y mayor pueblo, que se dice: Coadlabaca (y comúnmente corrompimos ahora aquel vocablo y le llamamos Cuernabaca) y había dentro de él mucha gente de guerra, así de mexicanos como de los naturales, y estaba muy fuerte por unas cavas y riachuelos

que están en las barrancas por donde corre el agua, muy hondas, de más de ocho estados abajo, puesto que no llevaban mucha agua, y es fortaleza para ellos; y también no había entrada para caballos sino por unas dos puentes, y teníanlas quebradas; y desta manera estaban tan fuertes, que no los podíamos llegar, puesto que nos llegábamos a pelear con ellos desta parte de sus cavas y riachuelos en medio, y ellos nos tiraban mucha vara y flechas e piedras con hondas; y estando desta manera avisaron a Cortés que más adelante, obra de media legua, había entrada para los caballos, y luego fue allá con los de a caballo, y todos nosotros estábamos buscando paso, y vimos que desde unos árboles que estaban junto con la cava se podía pasar a la otra parte de aquella honda cava, y puesto que cayeron tres soldados desde los árboles abajo en el agua, y aun el uno se quebró la pierna, todavía pasamos, aunque con harto peligro; porque de mí digo que verdaderamente cuando pasaba que lo vi muy peligroso e malo de pasar, y se me desvanecía la cabeza, y todavía pasé yo y otros veinte o treinta soldados y muchos tlascaltecas, y comenzamos a dar por las espaldas de los mexicanos, que estaban tirando vara y flecha a los nuestros; y cuando lo vieron, que lo tenían por cosa imposible, creyeron que éramos muchos más; y en este instante llegaron Cristóbal de Olí e Pedro de Alvarado y Andrés de Tapia, con otros de a caballo, que habían pasado con mucho riesgo de sus personas por una puente quebrada, y damos en los contrarios; por manera que volvieron las espaldas y se fueron huyendo a los montes y a otras partes de aquella honda cava, donde no se pudieron haber; e dende a poco rato también llegó Cortés con todos los demás de a caballo. En este pueblo se hubo gran despojo, así de mantas muy grandes como de buenas indias, e allí mandó Cortés que estuviésemos aquel día, y en una huerta del

señor de aquel pueblo nos aposentamos todos, y era muy buena. Que quiera decir el gran recaudo de velas y escuchas y corredores del campo que do quiera que estábamos, o por los caminos llevábamos, es prolijidad recitarlo tantas veces; y por esta causa pasaré adelante, y diré que vinieron nuestros corredores del campo a decir a Cortés que venían hasta veinte indios, y a lo que parecía en sus meneos y semblantes eran caciques y hombres principales que le traían mensajes o a demandar paces, y eran los caciques de aquel pueblo; y cuando llegaron adonde Cortés estaba le hicieron mucho acato y le presentaron ciertas joyas de oro, y le dijeron que les perdonase porque no salieron de paz, que el señor de México les enviaba a mandar que, pues estaban en fortaleza, que desde allí nos diesen guerra, y les envió un buen escuadrón de mexicanos para que les ayudasen; e que a lo que ahora han visto, que no habrá cosa, por fuerte que sea, que no la combatamos y señoreemos, y que le piden por merced que los reciba de paz; y Cortés les mostró buena cara y dijo que somos vasallos de un gran señor, que es el emperador don Carlos, que a los que le quisieren servir que a todos les hace mercedes, y que a ellos en su real nombre los recibe de paz: y allí dieron la obediencia a su majestad; y acuérdome que dijeron aquellos caciques que en pago de no haber venido de paz hasta entonces permitieron nuestros dioses a los suyos que les hiciese castigo en sus personas y haciendas. Donde los dejaré ahora; y digamos cómo otro día de mañana caminamos para otra gran población que se dice Suchimilco; y lo que pasamos en el camino y en la ciudad y reencuentros de guerra que nos dieron diré adelante, hasta que volvimos a Tezcuco, y lo que más pasamos.

Capítulo CXLV

De la gran sed que hubo en este camino y del peligro en que nos vimos en Suchimilco con muchas batallas y reencuentros que con los mexicanos y con los naturales de aquella ciudad tuvimos, y de otros muchos reencuentros de guerras que hasta volver a Tezcuco pasamos

Pues como caminamos para Suchimilco, que es una gran ciudad, y en toda la más della están fundadas las casas en la laguna de agua dulce, y estará de México obra de dos leguas y media; pues yendo por nuestro camino con gran concierto y ordenanza, como lo teníamos de costumbre, fuimos por unos pinares, y no había agua en todo el camino; y como íbamos con nuestras armas a cuestas y era ya tarde y hacía gran sol, aquejábanos mucho la sed, y no sabíamos si había agua adelante, y habíamos andado ciertas leguas, ni tampoco teníamos certeza qué tanto estaba de allí un pozo que nos decían que había en el camino; y como Cortés así vio todo nuestro ejército cansado, y los amigos tlascaltecas se desmayaron y se murió uno de sed, y un soldado de los nuestros que era viejo y estaba doliente, me parece que también se murió de sed, acordó Cortés de parar a la sombra de unos pinares, y mandó a seis de a caballo que fuesen adelante, camino de Suchimilco, e que viesen que tanto allí había población o estancias, o el pozo que tuvimos noticias que estaba cerca, para ir a dormir a él; y cuando fueron los de a caballo, que era Cristóbal de Olí y un Valdenebro y Pedro González de Trujillo, y otros muy esforzados varones, acordé yo de apartar en parte que no me viese Cortés ni los de a caballo, y llevé tres naborías míos tlascaltecas, bien esforzados e sueltos indios, y fui tras ellos hasta que me vieron ir, y me aguardaron para me hacer volver, no hubiese algún rebato de guerreros mexicanos

donde no me pudiese valer, e yo todavía porfiaba a ir con ellos; y el Cristóbal de Olí, como era yo su amigo, me dijo que fuese y que aparejase los puños a pelear con las manos y los pies a ponerme en salvo; y era tanta la sed que tenía, que aventuraba mi vida por me hartar de agua; y pasando obra de media legua adelante, había muchas estancias y caserías de los de Suchimilco en unas laderas de unas sierrezuelas; entonces los de a caballo que he dicho se apartaron para buscar agua en las casas, y la hallaron y se hartaron della, y uno de mis tlascaltecas me sacó de una casa un gran cántaro de agua, que así los hay grandes cántaros en aquella tierra, de que me harté yo y ellos; y entonces acordé desde allí de me volver donde estaba Cortés reposando, porque los moradores de aquellas estancias ya comenzaban a se apellidar y nos daban grita, y traje el cántaro lleno de agua con los tlascaltecas, y hallé a Cortés que ya comenzaba a caminar con todo su ejército; y como le dije que había agua en unas estancias muy cerca de allí y que había bebido y que traía agua en el cántaro, la cual traían los tlascaltecas muy escondida porque no me la tomasen, porque «a la sed no hay ley»; de la cual bebió Cortés y otros caballeros, y se holgó mucho, y todos se alegraron y se dieron priesa a caminar, y llegamos a las estancias antes de se poner el sol, y por las casas hallaron agua, aunque no mucha, y con la sed que traían algunos soldados, comían unos como cardos, y a algunos se les dañaron las bocas y lenguas; y en este instante vinieron los de a caballo e dijeron que: el pozo que estaba lejos, y que ya estaba toda la tierra apellidando guerra, e que era bien dormir allí; y luego pusieron velas y espías corredores del campo, e yo fui uno de los que pusieran por velas, y paréceme que llovió aquella noche un poco o que hizo mucho viento; y otro día muy de mañana comenzamos a caminar, e obra de las ocho llegamos a Suchimilco. Saber

yo ahora decir la multitud de guerreros que nos estaban esperando, unos por tierra e otros en un paso de una puente que tenían quebrada, e los muchos mamparos y albarradas que tenían hecho en ellas, e las lanzas que traían hechas, como dalles, de las espadas que hubieron cuando la gran matanza que hicieron de los nuestros en lo de las puentes de México, y otros muchos indios capitanes que todos traían espadas de las nuestras muy relucientes; pues flecheros y varas de a dos gajos, y piedra con hondas, y espadas de a dos manos como contantes, hechas de a dos manos de navajas. Digo que estaba toda la tierra firme y al pasar de aquella puente estuvieron peleando con nosotros cerca de media hora, que no les podíamos entrar, que ni bastaban ballestas ni escopetas ni grandes arremetidas que hacíamos, y lo peor de todo era que ya venían otros escuadrones dellos por las espaldas dándonos guerra; y cuando aquello vimos, rompimos por el agua y puente medio nadando, y otros a vuelapié, y allí hubo algunos de nuestros soldados que bebieron tanta agua por fuerza, que se les hincharon las barrigas dello. Y volvamos a nuestra batalla: que al pasar de la puente hirieron a muchos de los nuestros e mataron dos soldados y luego les llevamos a buenas cuchilladas por unas calles donde había tierra firme adelante, y los de a caballo, juntamente con Cortés, salen por otras partes a tierra firme adonde toparon sobre más de diez mil indios, todos mexicanos, que venían de refresco para ayudar a los de aquel pueblo; y peleaban de tal manera con los nuestros, que les aguardaban con las lanzas a los de a caballo, e hirieron a cuatro dellos; y Cortés, que se halló en aquella gran priesa, y el caballo en que iba, que era muy bueno castaño oscuro, que le llamaban el Romo, o de muy gordo, o de cansado, como estaba holgado, desmayó el caballo y los contrarios mexicanos, como eran muchos, echaron

mano a Cortés y le derribaron del caballo; otros dijeron que por fuerza le derrocaron; ahora sea por lo uno o por lo otro, en aquel instante llegaron muchos más guerreros mexicanos para si pudieran apañarle vivo a Cortés; y como aquello vieron unos tlascaltecas y un soldado muy esforzado, que se decía Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja, de tierra de Medina del Campo, de presto llegaron, y a buenas cuchilladas y estocadas hicieron lugar, y tornó Cortés a cabalgar, aunque bien herido en la cabeza, y quedó el Olea muy malamente herido de tres cuchilladas; y en aquel tiempo acudimos todos los más soldados que más cerca dél nos hallamos; porque en aquella sazón, como en aquella ciudad había en cada calle muchos escuadrones de guerreros y por fuerza habíamos de seguir las banderas, no podíamos estar todos juntos, sino pelear unos a unas partes y otros a otras, como nos fue mandado por Cortés; mas bien entendimos que donde andaba Cortés y los de a caballo que había mucho que hacer, por las muchas gritas y voces y alaridos que oíamos. Y en fin de más razones, puesto que había adonde andábamos muchos guerreros, fuimos con gran riesgo de nuestras personas adonde estaba Cortés, que ya se le habían juntado hasta quince de a caballo y estaban peleando con los enemigos junto a unas acequias, adonde se amparaban y había albarradas; y como llegamos, les pusimos en huida, aunque no del todo volvían las espaldas; y porque el soldado Olea que acudió a nuestro Cortés estaba muy mal herido de tres cuchilladas y se desangraba, y las calles de aquella ciudad estaban llenas de guerreros, dijimos a Cortés que se volviese a unos mamparos y se curase el Cortés y el Olea; y así, volvimos, y no muy sin zozobra de vara y piedra y flecha, que nos tiraban de muchas partes donde tenían mamparos y albarradas, creyendo los mexicanos que volvíamos retrayéndonos, e nos

seguían con gran furia; y en este instante viene Pedro de Alvarado e Andrés de Tapia y Cristóbal de Olí y todos los mas de a caballo que fueron con ellos a otras partes, el Olí corriendo sangre de la cara y el Pedro de Alvarado herido, y el caballo y todos los demás cada cual con su herida, y dijeron que habían peleado con tanto mexicano en el campo, que no se podían valer; y porque cuando pasamos la puente que dicho tengo, parece ser Cortés los repartió que la mitad de a caballo fuesen por una parte y la otra mitad por otra; y así, fueron siguiendo tras unos escuadrones, y la otra mitad tras los otros. Pues ya que estábamos curando los heridos con quemarles con aceite e apretarles con mantas, suenan tantas voces y trompetillas e caracoles por unas calles en tierra firme, y por ellas vienen tantos mexicanos a un patio donde estábamos curando los heridos, e tírannos tanta vara y piedra, que hirieron de repente a muchos soldados; mas no les fue muy bien en aquella cabalgada, que presto arremetimos con ellos, y a buenas cuchilladas y estocadas quedaron hartos dellos tendidos. Pues los de a caballo no tardaron en salirles al encuentro, que mataron muchos; puesto que entonces hirieron dos caballos e mataron un soldado, de aquella vez los echamos de aquel sitio; y cuando Cortés vio que no había más contrarios, nos fuimos a reposar a otro grande patio, adonde estaban los grandes adoratorios de aquella ciudad, y muchos de nuestros soldados subieron en el cu más alto, adonde tenían sus ídolos, y desde allí vieron la gran ciudad de México y toda la laguna, porque bien se señoreaba todo; y vieron venir sobre dos mil canoas que venían de México llenas de guerreros, y venían derechos adonde estábamos; porque, según otro día supimos, el señor de México, que se decía Guatemuz, les enviaba para que aquella noche o día diesen en nosotros; y juntamente envió por tierra sobre otros diez

mil guerreros para que, unos por una parte y otros por otra, tuviesen manera que no saliésemos de aquella ciudad con las vidas ninguno de nosotros. También había apercibido otros diez mil hombres para les enviar de refresco cuando estuviesen dándonos guerra, y esto se supo otro día de cinco capitanes mexicanos que en las batallas prendimos; y mejor lo ordenó nuestro señor Jesucristo; porque así como vino aquella gran flota de canoas, luego se entendió que venían contra nosotros y acordóse que hubiese muy buena vela en todo nuestro real, repartido a los puertos y acequias por donde habían de venir a desembarcar, y los de a caballo muy a punto toda la noche, ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los capitanes, y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche, a mí e a otros diez soldados nos pusieron por velas sobre unas paredes de cal y canto, y tuvimos muchas piedras e ballestas y escopetas y lanzas grandes adonde estábamos, para que si por allí, en unas acequias que era desembarcadero, llegasen canoas, que los resistiésemos e hiciésemos volver, e a otros soldados pusieron en guarda en otras acequias. Pues estando velando yo y mis compañeros, sentimos el rumor de muchas canoas que venían a remo callado a desembarcar a aquel puesto donde estábamos, y a buenas pedradas y con las lanzas les resistimos, que no osaron desembarcar, y a uno de nuestros compañeros enviamos que fuese a dar aviso a Cortés; y estando en esto, volvieron otra vez muchas canoas cargadas de guerreros, y nos comenzaron a tirar mucha vara y piedra y flecha, y los tornamos a resistir, y entonces descalabraron a dos de nuestros soldados; y como era de noche y muy oscuro, se fueron a juntar las canoas con sus capitanes de la flota de canoas, y todas juntas fueron a desembarcar a otro portezuelo o acequias hondas; y como no son

acostumbrados a pelear de noche, se juntaron todos con los escuadrones que Guatemuz enviaba por tierra, que eran ya dellos más de quince mil indios. También quiero decir, y esto no por me jactanciar, que como nuestro compañero fue a dar aviso a Cortés cómo habían llegado allí en el puerto donde velábamos muchas canoas de guerreros, según dicho tengo, luego vino a hablar con nosotros el mismo Cortés, acompañado de diez de a caballo, y cuando llegó cerca sin nos hablar, dimos voces yo y un Gonzalo Sánchez, que era del Algarbe portugués, y dijimos: «¿Quién viene ahí? ¿No podéis hablar?» Y le tiramos tres o cuatro pedradas; y como me conoció Cortés en la voz a mí y a mi compañero, dijo Cortés al tesorero Julián de Alderete y a fray Pedro Melgarejo y al maestre de campo, que era Cristóbal de Olí, que le acompañaban a rondar: «No es menester poner aquí más recaudo, que dos hombres están aquí puestos entre los que velan, que son de los que pasaron conmigo de los primeros, que bien podemos fiar dellos esta vela, y aunque sea otra cosa de mayor afrenta»; y desque nos hablaron, dijo Cortés que mirásemos el peligro en que estábamos; se fueron a requerir a otros puestos, y cuando no me cato, sin más nos hablar, oímos cómo traían a un soldado azotando por la vela, y era de los de Narváez. Pues otra cosa quiero traer a la memoria, y es, que ya nuestros escopeteros no tenían pólvora ni los ballesteros saetas; que el día antes se dieron tal priesa, que lo habían gastado; y aquella misma noche mandó Cortés a todos los ballesteros que alistasen todas las saetas que tuviesen y las emplumasen y pusiesen sus casquillos, porque siempre traíamos en las entradas muchas cargas de almacén de saetas, y sobre cinco cargas de casquillos hechos de cobre, y todo aparejo para donde quiera que llegásemos tener saetas; y toda la noche estuvieron emplumando y poniendo casquillos todos los

ballesteros, y Pedro Barba, que era su capitán, no se quitaba de encima de la obra, y Cortés, que de cuando en cuando acudía. Dejemos esto, y digamos ya que fue de día claro cuál nos vinieron a cercar todos los escuadrones mexicanos en el patio donde estábamos; y como nunca nos cogían descuidados, los de a caballo por una parte, como era tierra firme, y nosotros por otra, y nuestros amigos los tlascaltecas, que nos ayudaban, rompimos por ellos y se mataron y hirieron tres de sus capitanes, sin otros muchos que luego otro día se murieron; y nuestros amigos hicieron buena presa, y se prendieron cinco principales, de los cuales supimos los escuadrones que Guatemuz había enviado; y en aquella batalla quedaron muchos de nuestros soldados heridos, e uno murió luego. Pues no se acabó en esta refriega; que yendo los de a caballo siguiendo el alcance, se encuentran con los diez mil guerreros que el Guatemuz enviaba en ayuda e socorro de refresco de los que de antes había enviado, y los capitanes mexicanos que con ellos venían traían espadas de las nuestras, haciendo muchas muestras con ellas de esforzados, y decían que con nuestras armas nos habían de matar; y cuando los nuestros de a caballo se hallaron cerca dellos, como eran pocos, y eran muchos escuadrones, temieron; e a esta causa se pusieron en parte para no se encontrar luego con ellos hasta que Cortés y todos nosotros fuésemos en su ayuda; e como lo supimos, en aquel instante cabalgaban todos los de a caballo que quedaban en el real, aunque estaban heridos ellos y sus caballos, y salimos todos los soldados y ballesteros, y con nuestros amigos los tlascaltecas, y arremetimos de manera, que rompimos y tuvimos lugar de nos juntar con ellos pie con pie, y a buenas estocadas y cuchilladas se fueron con la mala ventura, y nos dejaron de aquella vez el campo. Dejemos esto, y tornaremos a decir que allí se prendieron

otros principales, y se supo dellos que tenía Guatemuz ordenado de enviar otra gran flota de canoas y muchos más guerreros por tierra; y dijo a sus guerreros que cuando estuviésemos cansados, y muchos heridos y muertos de los reencuentros pasados, que estaríamos descuidados con pensar que no enviaría más escuadrones contra nosotros, e que con los muchos que entonces enviaría nos podría desbaratar; y como aquello se supo, si muy apercibidos estábamos de antes, mucho más lo estuvimos entonces, y fue acordado que para otro día saliésemos de aquella ciudad y no aguardásemos más batallas; y aquel día se nos fue en curar heridos y en adobar armas y hacer saetas; y estando de aquella manera, pareció ser que, como en aquella ciudad eran ricos y tenían unas casas muy grandes llenas de mantas y ropa y camisas de mujeres de algodón, y había en ella oro y otras muchas cosas y plumajes, alcanzáronlo saber los tlascaltecas y ciertos soldados en qué parte paraje estaban las casas, y se las fueron a mostrar unos prisioneros de Suchimilco, y estaban en la laguna dulce y podían pasar a ellas por una calzada, puesto que había dos o tres puentes chicas en la calzada, que pasaban a ellas de unas acequias hondas a otras; y como nuestros soldados fueron a las casas y las hallaron llenas de ropa, y no había guarda, cárganse ellos y muchos tlascaltecas de ropa y otras cosas de oro, y se vienen con ello al real; y como lo vieron otros soldados, van a las mismas casas, y estando dentro sacando ropa de unas cajas muy grandes de madera, vino en aquel instante una gran flota de canoas de guerreros de México y dan sobre ellos e hirieron muchos soldados, y apañan a cuatro soldados vivos e los llevaron a México, e los demás se escaparon de buena; y llamábanse los que llevaron Juan de Lara, y el otro Alonso Hernández, y de los demás no me acuerdo sus nombres, mas sé que eran de la capitanía de

Andrés de Monjaraz. Pues como le llevaron a Guatemuz estos cuatro soldados, alcanzó a saber cómo éramos muy pocos los que veníamos con Cortés y que muchos estaban heridos, y tanto como quiso saber de nuestro viaje, tanto supo; y como fue bien informado, manda cortar pies y brazos a los tristes nuestros compañeros, y los envía por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habían venido de paz, y les envía a decir que antes que volvamos a Tezcuco piensa no quedará ninguno de nosotros a vida; y con los corazones y sangre hizo sacrificio a sus ídolos. Dejemos esto, y digamos cómo luego tornó a enviar muchas flotas de canoas llenas de guerreros, y otras capitanías por tierra, y les mandó que procurasen que no saliésemos de Suchimilco con las vidas. Y porque ya estoy harto de escribir de los muchos reencuentros y batallas que en estos cuatro días tuvimos con mexicanos, e no puedo dejar otra vez de hablar en ellas, digo que cuando amaneció vinieron desta vez tantos culúas mexicanos por los esteros, y otros por las calzadas y tierra firme, que tuvimos harto que romper en ellos; y luego nos salimos de aquella ciudad a una larga plaza que estaba algo apartada del pueblo, donde solían hacer sus mercados; y allí, puestos con todo nuestro fardaje para caminar, Cortés comenzó a hacer un parlamento acerca del peligro en que estábamos, porque sabíamos cierto que en los caminos e pasos malos nos estaba aguardando todo el poder de México y otros muchos guerreros puestos en esteros y acequias; e nos dijo que sería bien, e así nos lo mandaba de hecho, que fuésemos desembarazados y dejásemos el fardaje e hato, porque no nos estorbase para el tiempo de pelear. Y cuando aquello le oímos, todos a una le respondimos que, mediante Dios, que hombres éramos para defender nuestra hacienda y personas e la suya, y que sería gran poquedad si tal hiciésemos; y desque vio nuestra

voluntad y respuesta, dijo que a la mano de Dios lo encomendaba; y luego se puso en concierto cómo habíamos de ir, el fardaje y los heridos en medio, y los de a caballo repartidos, la mitad dellos delante y la otra mitad en la retaguardia, y los ballesteros también con todos nuestros amigos, e allí poníamos más recaudo, porque siempre los mexicanos tenían por costumbre que daban en el fardaje; de los escopeteros no nos aprovechábamos, porque no tenían pólvora ninguna; y desta manera comenzamos a caminar. Y cuando los escuadrones mexicanos que había enviado Guatemuz aquel día vieron que nos íbamos retrayendo de Suchimilco creyeron que de miedo no los osábamos esperar, como ello fue verdad, y salen de repente tantos dellos y se vienen derechos a nosotros, e hirieron ocho soldados, e dos murieron de ahí a ocho días, e quisieron romper y desbaratar por el fardaje; mas, como íbamos con el concierto que he dicho, no tuvieron lugar, y en todo el camino hasta que llegamos a un gran pueblo que se dice Cuyoacoan, que está obra de dos leguas de Suchimilco, nunca nos faltaron rebatos de guerreros que nos salían en partes que no nos podíamos aprovechar dellos, y ellos sí de nosotros, de mucha vara y piedra y flecha; y como tenían cerca los esteros y zanjas, poníanse en salvo. Pues llegados a Cuyoacoan a obra de las diez del día, hallámosla despoblada. Quiero ahora decir que están muchas ciudades las unas de las otras, cerca de la gran ciudad de México, obra de dos leguas, porque Suchimilco y Cuyoacoan y Huichilobusco e Iztapalapa y Coadlabaca y Mezquique, y otros tres o cuatro pueblos que están a legua y media o a dos leguas los unos de los otros, y de todos ellos se habían juntado allí en Suchimilco muchos indios guerreros contra nosotros. Pues volvamos a decir que como llegamos a aquel gran pueblo y estaba despoblado, y está en tierra llana,

acordamos de reposar aquel día que llegamos e otro, porque se curasen los heridos y hacer saetas: porque bien entendido teníamos que habíamos de haber más batallas antes de volver a nuestro real, que era Tezcuco; e otro día muy de mañana comenzamos a caminar, con el mismo concierto que solíamos llevar, camino de Tacuba, que está de donde salimos obra de dos leguas, y en el camino salieron en tres partes muchos escuadrones de guerreros, y todas tres resistimos, y los de a caballo los seguían por tierra llana hasta que se acogían a los esteros e acequias; e yendo por nuestro camino de la manera que he dicho, apartóse Cortés con diez de a caballo a echar una celada a los mexicanos que salían de aquellos esteros y salían a dar guerra a los nuestros, y llevó consigo cuatro mozos de espuelas, y los mexicanos hacían que iban huyendo, y Cortés con los de a caballo y sus criados siguiéndoles; y cuando miró por sí, estaba una gran capitanía de contrarios puestos en celada, y dan en Cortés y los de a caballo, que les hirieron los caballos, y si no dieran vuelta de presto, allí quedaran muertos o presos. Por manera que apañaron los mexicanos dos de los soldados mozos de espuelas de Cortés, de los cuatro que llevaba, y vivos los llevaron a Guatemuz e los sacrificaron. Dejemos de hablar deste desmán por causa de Cortés, y digamos como habíamos ya llegado a Tacuba con nuestras banderas tendidas, con todo nuestro ejército y fardaje, y todos los más de a caballo habían llegado, y también Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olí; y Cortés no venía con los diez de a caballo que llevó en su compañía, tuvimos mala sospecha no les hubiese acaecido algún desmán. Y luego fuimos con Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olí e Andrés de Tapia en su busca, con otros de a caballo, hacia los esteros donde le vimos apartar, y en aquel instante vinieron los otros dos mozos de espuelas que habían

ido con Cortés, que se escaparon, e se decía el uno Monroy y el otro Tomás de Rijoles, y dijeron que ellos por ser ligeros escaparon, e que Cortés y los demás se vienen poco a poco porque traen los caballos heridos; y estando en esto viene Cortés, con el cual nos alegramos, puesto que él venía muy triste y como lloroso; llamábanse los mozos de espuelas que llevaron a México a sacrificar, el uno Francisco Martín «vendabal» y este nombre de Vendabal se le puso por ser algo loco, y el otro se decía Pedro Gallego. Pues como allí llegó Cortés a Tacuba, llovía mucho, y reparamos cerca de dos horas en unos grandes patios; y Cortés con otros capitanes y el tesorero Alderete, que venía ya malo, y el fraile Melgarejo y otros muchos soldados subimos en el gran cu de aquel pueblo, que desde él se señoreaba muy bien la ciudad de México, que está muy cerca, y toda la laguna y las más ciudades que están en el agua pobladas; y cuando el fraile y el tesorero Alderete vieron tantas ciudades y tan grandes, y todas asentadas en el agua, estaban admirados. Pues cuando vieron la gran ciudad de México y la laguna y tanta multitud de canoas, que unas iban cargadas con bastimentos y otras iban a pescar y otras baldías, mucho más se espantaron, porque no las habían visto hasta en aquella sazón; y dijeron que nuestra venida en esta Nueva-España que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era quien nos sostenía; e que otras veces han dicho que no se acuerdan haber leído en ninguna escritura que hayan hecho ningunos vasallos tan grandes servicios a su rey como son los nuestros, e que ahora lo dicen muy mejor, y que dello harían relación a su majestad. Dejemos de otras muchas pláticas que allí pasaron, y cómo consolaba el fraile a Cortés por la pérdida de sus mozos de espuelas, que estaba muy triste por ellos; y digamos cómo Cortés y todos nosotros estábamos mirando desde Tacuba el

gran cu del ídolo Huichilobos y el Tatelulco y los aposentos donde solíamos estar, y mirábamos toda la ciudad, y las puentes y calzada por donde salimos huyendo; y en este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que antes traía, por los hombres que le mataron antes que en el alto cu subiese; y desde entonces dijeron un cantar o romance:

En Tacuba está Cortés Con su escuadrón esforzado,

Triste estaba y muy penoso,

Triste y con gran cuidado,

La una mano en la mejilla,

Y la otra en el costado, etc.

Acuérdome que entonces le dijo un soldado que se decía el bachiller Alonso Pérez, que después de ganada la Nueva-España fue fiscal e vecino en México: «Señor capitán, no esté vuestra merced tan triste; que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no se dirá por vuestra merced:

Mira Nero, de Tarpeya,

A Roma cómo se ardía».

Y Cortés le dijo que ya veía cuántas veces había enviado a México a rogarles con la paz, y que la tristeza no la tenía por una sola cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos habíamos de ver hasta tornarla a señorear, y que con la ayuda de Dios presto lo pondríamos por la obra. Dejemos estas pláticas y romances, pues no estábamos en tiempo dellos, y digamos cómo se tomó parecer entre nuestros capitanes y soldados si daríamos una vista a la calzada, pues estaba tan cerca de Tacuba, donde estábamos; y como no había pólvora ni muchas saetas, y todos los más soldados de nuestro ejército heridos, acordándosenos que

otra vez, poco más había de un mes, que Cortés les probó a entrar en la calzada con muchos soldados que llevaba, y estuvo en gran peligro, porque temió ser desbaratado, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla; y fue acordado que luego nos fuésemos nuestro camino, por temor no tuviésemos en ese día o en la noche alguna refriega con los mexicanos; porque Tacuba está muy cerca de la gran ciudad de México, y con la llevada que entonces llevaron vivos de los soldados no enviase Guatemuz sus grandes poderes contra nosotros; y comenzamos a caminar, y pasamos por Escapuzalco y hallámosle despoblado, y luego fuimos a Tenayuca, que era gran pueblo «de las Sierpes». Ya he dicho otra vez, en el capítulo que dello habla, que tenían tres sierpes en el adoratorio mayor en que adoraban, y las tenían por sus ídolos, y también estaban despoblados; y desde allí fuimos a Gualtitlán, y en todo este día no dejó de llover muy grandes aguaceros, y como íbamos con nuestras armas a cuestas, que jamás las quitábamos de día ni de noche, y con la mucha agua y del peso dellas íbamos quebrantados, y llegamos ya que anochecía a aquel gran pueblo, y también estaba despoblado, y en toda la noche no dejó de llover, y había grandes Iodos, y los naturales dél y otros escuadrones mexicanos nos daban tanta grita de noche desde unas acequias y partes que no les podíamos hacer mal; y como hacía muy oscuro y llovía, no se podían poner velas ni rondas, y no hubo concierto ninguno ni acertábamos con los puestos; y esto digo porque a mí me pusieron para velar la prima, y jamás acudió a mi puesto ni cuadrillero ni rondas, y así se hizo en todo el real. Dejemos deste descuido, y tornemos a decir que otro día fuimos camino de otra gran población, que no me acuerdo el nombre, y había grandes Iodos en él, y hallámosla despoblada; y otro día pasamos

por otros pueblos y también estaban despoblados; y otro día llegamos a un pueblo que se dice Aculman, sujeto de Tezcuco; y como supieron en Tezcuco cómo íbamos, salieron a recibir a Cortés buen recibimiento, así de los nuestros como de los recién venidos de Castilla, y mucho más de los naturales de los pueblos comarcales; pues trajeron de comer, y luego esa noche se volvió Sandoval a Tezcuco con todos sus soldados a poner en cobro su real. Y otro día por la mañana fue Cortés con todos nosotros camino de Tezcuco; y como íbamos cansados y heridos, y dejábamos muertos nuestros soldados y compañeros, y sacrificados en poder de los mexicanos, en lugar de descansar y curar nuestras heridas, tenían ordenada una conjuración ciertas personas de calidad, de la parcialidad de Narváez, de matar a Cortés y a Gonzalo de Sandoval e a Pedro de Alvarado e Andrés de Tapia. Y lo que más pasó diré adelante.

Capítulo CXLVI

Cómo desque llegamos con Cortés a Tezcuco, con todo nuestro ejército y soldados, de la entrada de rodear los pueblos de la laguna, tenían concertado entre ciertas personas de los que habían pasado con Narváez, de matar a Cortés y a todos los que fuésemos en su defensa; y quien fue primero autor de aquella chirinola fue uno que había sido amigo de Diego Velázquez, gobernador de Cuba; al cual soldado Cortés le mandó ahorcar por sentencia; y cómo se herraron los esclavos y se apercibió todo el real y los pueblos nuestros amigas, y se hizo alarde y ordenanzas, y otras cosas que más pasaron

Ya he dicho como veníamos tan destrozados y heridos, de la entrada por mí nombrada, pareció ser que un gran amigo del gobernador de Cuba, que se decía Antonio de Villafaña, natural de Zamora o de Toro, se concertó con otros soldados de los de Narváez, los cuales no nombro sus nombres por su honor, que así como viniese Cortés de aquella entrada, que le matasen, y había de ser desta manera: que, como en aquella sazón había venido un navío de Castilla, que cuando Cortés estuviese sentado a la mesa comiendo con sus capitanes e soldados, que entre aquellas personas que tenían hecho el concierto, que trajesen una carta muy cerrada y sellada, como que venía de Castilla, y que dijesen que era de su padre Martín Cortés, y que cuando la estuviese leyendo le diesen de puñaladas, así al Cortés como a todos los capitanes y soldados que cerca de Cortés nos hallásemos en su defensa. Pues ya hecho y consultado todo lo por mí dicho, los que lo tenían concertado, quiso nuestro señor que dieron parte del negocio a dos personas principales, que aquí tampoco quiero nombrar, que habían ido en la entrada con nosotros, y aun a uno dellos, en el concierto que tenían, le habían

nombrado por uno de los capitanes generales después que hubiesen muerto a Cortés; y asimismo a otros soldados de los de Narváez hacían alguacil mayor e alférez, y alcaldes y regidores, y contador y tesorero y veedor, y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos; y este concierto estuvo encubierto dos días después que llegamos a Tezcuco; y nuestro señor Dios fue servido que tal cosa no pasase, porque era perderse la Nueva-España, y todos nosotros muriéramos, porque luego se levantaran bandos y chirinolas. Pareció ser que un soldado lo descubrió a Cortés, que luego pusiese remedio en ello antes que más fuego sobre aquel caso se encendiese; porque le certificó aquel buen soldado que eran muchas personas de calidad en ello; y como Cortés lo supo, después de hacer grandes ofrecimientos y dádivas que le dio a quien se lo descubrió, muy presto, secretamente lo hace saber a todos nuestros capitanes, que fueron Pedro de Alvarado e Francisco de Lugo, y a Cristóbal de Olí y a Gonzalo de Sandoval, e Andrés de Tapia e a mí, y a dos alcaldes ordinarios que eran de aquel año, que se decían Luis Marín y Pedro de Ircio, y a todos nosotros los que éramos de la parte de Cortés; y así como lo supimos, nos apercibimos, y sin más tardar fuimos con Cortés a la posada de Antonio de Villafaña, y estaban con él muchos de los que eran en la conjuración, y de presto le echamos mano al Villafaña con cuatro alguaciles que Cortés llevaba, y los capitanes y soldados que con el Villafaña estaban comenzaron a huir, y Cortés les mandó detener y prender algunos dellos; y cuando tuvimos preso al Villafaña, Cortés le sacó del seno el memorial que tenía con las firmas de los que fueron en el concierto que dicho tengo; y como lo hubo leído, y vio que eran muchas personas en ello de calidad, e por no infamarlos, echó fama que comió el memorial el Villafaña, y que no le había visto ni leído. E

luego hizo proceso contra él, y tomada la confesión, dijo la verdad, e con muchos testigos que había de fe y de creer, que tomaron sobre el caso, por sentencia que dieron los alcaldes ordinarios, juntamente con Cortés y el maestre de campo Cristóbal de Olí, y después que se confesó con el padre Juan Díaz, le ahorcaron de una ventana del aposento donde posaba el Villafaña; y no quiso Cortés que otro ninguno fuese infamado en aquel mal caso, puesto que en aquella sazón echaron presos a muchos por poner temores y hacer señal que quería hacer justicia de otros: y como el tiempo no daba lugar a ello, se disimuló; y luego acordó Cortés de tener guarda para su persona, y fue su capitán un hidalgo que se decía Antonio de Quiñones, natural de Zamora, con doce soldados, buenos hombres y esforzados, y le velaban de día y de noche, y a nosotros de los que sentía que éramos de su banda, nos rogaba que mirásemos por su persona. Y desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad a las personas que eran en la conjuración, siempre se recelaba dellos. Dejemos esta materia, y digamos cómo luego se mandó pregonar que todos los indios e indias que habíamos habido en aquellas entradas los llevasen a herrar dentro de dos días a una casa que estaba señalada para ello; y por no gastar más palabras en esta relación sobre la manera que se vendían en la almoneda, más de las que otras veces tengo dichas en las dos veces que se herraron, si mal lo habían hecho de antes, muy peor se hizo esta vez, que, después de sacado el real quinto, sacaba Cortés el suyo, y otras treinta sacaliñas para capitanes; y si eran hermosas y buenas indias las que metíamos a herrar, las hurtaban de noche del montón, que no parecían hasta de ahí a buenos días; y por esta causa se dejaban de herrar muchas piezas, que después teníamos por naborías. Dejemos de hablar en esto, y digamos lo que después en nuestro real se ordenó.

Capítulo CXLVII

Cómo Cortés mandó a todos los pueblos nuestros amigos que estaban cercanos de Tezcuco, que hiciesen almacén de saetas e casquillos de cobre, y lo que en nuestro real más pasó

Como se hubo hecho justicia del Antonio de Villafaña, y estaban ya pacíficos los que eran juntamente con él conjurados de matar a Cortés y a Pedro de Alvarado y al Sandoval y a los que fuésemos en su defensa, según más largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado; e viendo Cortés que ya los bergantines estaban hechos, y puestas sus jarcias y velas y remos muy buenos, y más remos de los que habían menester para cada bergantín, y la zanja de agua por donde había de salir a la laguna muy ancha e hondable, envió a decir a todos los pueblos nuestros amigos que estaban cerca de Tezcuco, que en cada pueblo hiciesen ocho mil casquillos de cobre, que fuesen según otros que les llevaron por muestra, que eran de Castilla; y asimismo les mandó que en cada pueblo labrasen y desbastasen otras ocho mil saetas de una madera muy buena, que también les llevaron muestra, y les dio de plazo ocho días para que trajesen las saetas y casquillos a nuestro real; lo cual trajeron para el tiempo que se les mandó, que fueron más de cincuenta mil casquillos y otras tantas saetas, y los casquillos fueron mejores que los de Castilla; y luego mandó Cortés a Pedro Barba, que en aquella sazón era capitán de ballesteros, que los repartiese, así saetas como casquillos, entre todos los ballesteros, e que les mandase que siempre desbastasen el almacén, y las emplumasen con engrudo, que pega mejor que lo de Castilla, que se hace de unas como raíces que se dice zacotle; y asimismo mandó al Pedro Barba que cada ballestero tuviese dos cuerdas bien pulidas y

aderezadas para sus ballestas, y otras tantas nueces, para que si se quebrase alguna cuerda o saltase la nuez, que luego se pusiese otra, e que siempre tirasen a terrero y viesen a qué pasos llegaba la fuga de sus ballestas, y para ello se les dio mucho hilo de Valencia para las cuerdas; porque en el navío que he dicho que vino pocos días había de Castilla, que era de Juan de Burgos, trajo mucho hilo y gran cantidad de pólvora y ballestas y otras muchas armas, y herrajes y escopetas. Y también mandó Cortés a los de a caballo que tuviesen sus caballos herrados y las lanzas puestas a punto, e que cada día cabalgasen y corriesen y les mostrasen muy bien a revolver y escaramuzar; y hecho esto, envió mensajeros y cartas a nuestro amigo Xicotenga «el viejo», que como ya he dicho otras veces, era vuelto cristiano y se llamaba don Lorenzo de Vargas, y su hijo Xicotenga «el mozo», y a sus hermanos y al Chichimecatecle, haciéndoles saber que en pasando el día de Corpus Christi habíamos de partir de aquella ciudad para ir sobre México a ponerle cerco, y que le enviase veinte mil guerreros de los suyos de Tlascala y los de Guaxocingo y Cholula, pues todos eran amigos y hermanos en armas; e ya lo sabían los tlascaltecas de sus mismos indios el plazo y concierto, como siempre iban de nuestro real cargados de despojos de las entradas que hacíamos. También apercibió a los de Chalco y Tamanalco y sus sujetos que se apercibiesen para cuando los enviásemos a llamar; y se les hizo saber cómo era para poner cerco a México, y en qué tiempo habíamos de ir; y también se les dijo a don Hernando, señor de Tezcuco, y a sus principales y a todos sus sujetos, y a todos los demás pueblos nuestros amigos; y todos a una respondieron que lo harían muy cumplidamente lo que Cortés les enviaba a mandar, e que vendrían, y los de Tlascala vinieron pasada la pascua del Espíritu Santo.

Hecho esto, se acordó de hacer alarde un día de pascua; lo cual diré adelante el concierto que se dio.

Capítulo CXLVIII

Cómo se hizo alarde en la ciudad de Tezcuco en los patios mayores de aquella ciudad, y los de a caballo, ballesteros y escopeteros y soldados que se hallaron, y las ordenanzas que se pregonaron, y otras cosas que se hicieron

Después que se dio la orden, así como antes he dicho, y se enviaron mensajeros y cartas a nuestros amigos los de Tlascala y los de Chalco, y se dio aviso a los demás pueblos, acordó Cortés con nuestros capitanes y soldados que para el segundo día del Espíritu Santo, que fue el año de 1521 años, se hiciese alarde; el cual alarde se hizo en los patios mayores de Tezcuco, y halláronse ochenta y cuatro de a caballo y seiscientos cincuenta soldados de espada y de rodela; e muchos de lanzas, e ciento y noventa y cuatro ballesteros y escopeteros; y destos se sacaron para los trece bergantines los que ahora diré: para cada bergantín doce ballesteros y escopeteros, estos no habían de remar; y demás desto, también se sacaron otros doce remeros para cada bergantín, a seis por banda, que son los doce que he dicho, y además desto, un capitán por cada bergantín. Por manera que sale a cada bergantín a veinte y cinco soldados con el capitán, e trece bergantines que eran, a veinte y cinco soldados, son doscientos y ochenta y ocho, y con los artilleros que les dieron, demás de los veinte soldados, fueron en todos los bergantines trescientos soldados por la cuenta que he dicho; y también les repartió los tiros de fuslera e falconetes que teníamos y la pólvora que les parecía que habían menester; y esto hecho, mandó pregonar las ordenanzas que todos habíamos de guardar.

Lo primero, que ninguna persona fuese osada de blasfemar de nuestro señor Jesucristo ni de nuestra señora su

bendita madre, ni de los santos apóstoles ni otros santos, so graves penas.

Lo segundo, que ningún soldado tratase mal a nuestros amigos, pues iban para nos ayudar, ni les tomasen cosa ninguna, aunque fuesen de las cosas que ellos habían adquirido en la guerra, ni plata ni chalchiuites.

Lo tercero, que ningún soldado fuese osado de salir ni de día ni de noche de nuestro real para ir a ningún pueblo de nuestros amigos ni a otra parte a traer de comer ni a otra cualquier cosa, so graves penas.

Lo cuarto, que todos los soldados llevasen muy buenas armas y bien colchadas, y gorjal y papahigos y antiparas y rodela; que, como sabíamos, que era tanta la multitud de vara y piedra y flecha y lanza, para todo era menester llevar las armas que decía el pregón. Lo quinto, que ninguna persona jugase caballo ni armas por vía ninguna, con gran pena que se les puso.

Lo sexto y último, que ningún soldado ni hombre de a caballo ni ballestero ni escopetero duerma sin estar con todas sus armas vestidas y con alpargates calzados, excepto si no fuese con gran necesidad de heridas o estar doliente, porque estuviésemos muy bien aparejados para cualquier tiempo que los mexicanos viniesen a nos dar guerra. Y demás desto, se pregonaron las leyes que se mandan guardar en lo militar, que es al que se duerme en la vela o se va del puesto que le ponen, pena de muerte; y se pregonó que ningún soldado vaya de un real a otro sin licencia de su capitán, so pena de muerte. Más se pregonó, que el soldado que dejare su capitán en la guerra o batalla e se huya, pena de muerte. Esto pregonado, diré en lo que más se entendió.

Capítulo CXLIX

Cómo Cortés buscó a los marineros que eran menester para remar en los bergantines, y se les señaló capitanes que habían de ir en ellos, y de otras cosas que se hicieron

Después de hecho el alarde ya otras veces dicho, como vio Cortés que para remar los bergantines no hallaban tantos hombres del mar que supiesen remar, puesto que bien se conocían los que habíamos traído en nuestros navíos que dimos al través con ellos cuando venimos con Cortés, e asimismo se conocían los marineros de los navíos que dimos al través con ellos cuando venimos con puestos por memoria y los habían apercibido porque habían de remar, y aun con todos ellos no había recaudo para todos trece bergantines, y muchos dellos rehusaban y aun decían que no habían de remar; y Cortés hizo pesquisa para saber los que eran marineros o habían visto que iban a pescar, o si eran de Palos o Moguer o del Puerto o de otro cualquier puerto o parte donde hay marineros, les mandaba, so graves penas, que entrasen en los bergantines, y aunque más hidalgos dijesen que eran, les hizo ir a remar, y desta manera juntó ciento y cincuenta hombres para remar: y ellos fueron los mejor librados que nosotros los que estábamos en las calzadas batallando, y quedaron ricos de despojos, como adelante diré y desque Cortés les hubo mandado que anduviesen en los bergantines, y les repartió los ballesteros y escopeteros y pólvora y tiros e saetas y todo lo demás que era menester, y les mandó poner en cada bergantín las banderas reales y otras banderas del nombre que se decía ser el bergantín, y otras cosas que convenían; nombró por capitanes para cada uno dellos a los que ahora aquí diré: a Garci-Holguin, Pedro Barba, Juan de Limpias Carvajal, «el

sordo», Juan Jaramillo, Jerónimo Ruiz de la Mota, Carvajal, su compañero, que ahora es muy viejo y vive en la calle de San Francisco; e a un Portillo, que entonces vino de Castilla, buen soldado, que tenía una mujer hermosa; e a un Zamora, que fue maestre de navíos, que vivía ahora en Guaxaca; e a un Colmenero, que era marinero, buen soldado; e a, un Lerma e a Ginés Nortes e a Briones, natural de Salamanca; el otro capitán no me acuerdo su nombre; e Miguel Díaz de Auz; e cuando los hubo nombrado, mandó a todos los ballesteros y escopeteros e a los demás soldados que habían de remar, que obedeciesen a los capitanes que les ponía y no saliesen de su mandado, so graves penas; y les dio las instrucciones que cada capitán había de hacer y en qué puesto habían de ir de las calzadas e con qué capitanes de los de tierra. Acabado de poner en concierto todo lo que he dicho, viniéronle a decir a Cortés que venían los capitanes de Tlascala con gran copia de guerreros, y venía en ellos por capitán general Xicotenga, «el mozo», el que fue capitán cuando las guerras de Tlascala, y este fue el que nos trataba la traición en Tlascala cuando salimos huyendo de México, según otras muchas veces lo he referido; e que traía en su compañía otros dos hermanos, hijos del buen viejo don Lorenzo de Vargas, e que traía gran copia de tlascaltecas y de Guaxocingo, y otro capitán de cholultecas; y aunque eran pocos, porque, a lo que siempre vi, después que en Cholula se les hizo el castigo, ya otra vez por mí dicho en el capítulo que dello habla, después acá jamás fueron con los mexicanos ni aun con nosotros, sino que se estaban a la mira, que aun cuando nos echaron de México no se hallaron ser nuestros contrarios. Dejemos esto, y volvamos a nuestra relación: que como Cortés supo que venía Xicotenga y sus hermanos y otros capitanes, e vinieron un día primero del plazo que les enviaron a decir

que viniesen, salió a les recibir Cortés un cuarto de legua de Tezcuco, con Pedro de Alvarado y otros nuestros capitanes; y como encontraron con el Xicotegan y sus hermanos, les hizo Cortés mucho acato y les abrazó, y a todos los demás capitanes, y venían en gran ordenanza y todos muy lucidos, con grandes divisas cada capitanía por sí, y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas, que parece águila con sus alas tendidas; traían sus alféreces revolando sus banderas y estandartes, y todos con sus arcos y flechas y espadas de a dos manos y varas con tiraderas, e otros macanas y lanzas grandes e otras chicas e sus penachos, y puestos en concierto y dando voces y gritos e silbos, diciendo: «¡Viva el emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla, Tlascala, Tlascala!» Y tardaron en entrar en Tezcuco mas de tres horas, y Cortés los mandó aposentar en unos buenos aposentos, y los mandó dar de comer de todo lo que en nuestro real había; e después de muchos abrazos y ofrecimientos que los haría ricos, se despidió dellos y les dijo que otro día les diría lo que habían de hacer, e que ahora venían cansados, que reposasen; y en aquel instante que llegaron aquellos caciques de Tlascala que dicho tengo, entraron en nuestro real cartas que enviaba un soldado que se decía Hernando de Barrientos, desde un pueblo que se dice Chinanta, que estará de México obra de noventa leguas; y lo que en ella se contenía era que habían muerto los mexicanos en el tiempo que nos echaron de México a tres compañeros suyos cuando estaban en las estancias y minas donde los dejó el capitán Pizarro, que así se llamaba, para que buscasen y descubriesen todas aquellas comarcas si había minas ricas de oro, según dicho tengo en el capítulo que dello habla y que el Barrientos que se acogió a aquel pueblo de Chinanta, adonde estaba, y que son enemigos de mexicanos. Este pueblo fue donde trajeron las picas cuando

fuimos sobre Narváez. Y porque no hacen al caso a nuestra relación otras particularidades que decía en la carta, se dejará de decir; y Cortés sobre ella le escribió en respuesta dándole relación de la manera que íbamos de camino para poner cerco a México, y que a todos los caciques de aquellas provincias les diese sus encomiendas, y que mirase que no se viniese de aquella tierra hasta tener carta suya, porque en el camino no le matasen los mexicanos. Dejemos esto, y digamos cómo Cortés ordenó de la manera que habíamos de ir a poner cerco a México, y quiénes fueron los capitanes, y lo que más en el cerco sucedió.

CAPÍTULO CL

Cómo Cortés mandó que fuesen tres guarniciones de soldados y de a caballo y ballesteros y escopeteros por tierra a poner cerco a la gran ciudad de México, y los capitanes que nombró para cada guarnición, y los soldados y de a caballo y ballesteros y escopeteros que les repartió, y los sitios y ciudades donde habíamos de asentar nuestros reales

Mandó que Pedro de Alvarado fuese por capitán de ciento y cincuenta soldados de espada y rodela, y muchos llevaban lanzas, y les dio treinta de a caballo y diez y ocho escopeteros y ballesteros, y nombró que fuesen juntamente con él a Jorge de Alvarado, su hermano, y a Gutierre de Badajoz y a Andrés de Monjaraz, y estos mandó que fuesen capitanes de cada cincuenta soldados, y que repartiesen entre todos tres los escopeteros y ballesteros, tanto a una capitanía como a otra; y que el Pedro de Alvarado fuese capitán de los de a caballo y general de las tres capitanías, y le dio ocho mil tlascaltecas con sus capitanes, y a mí me señaló y mandó que fuese con el Pedro de Alvarado, y que fuésemos a poner sitio en la ciudad de Tacuba; y mandó que las armas que llevásemos fuesen muy buenas, y papahigos y gorjales y antiparas, porque era mucha la vara y piedra como granizo, y flechas y lanzas y macanas y otras armas de espada de a dos manos con que los mexicanos peleaban con nosotros, y para tener defensa con ir bien armados; y aun con todo esto, cada día que batallábamos había muertos y heridos, según adelante diré. Pasemos a otra capitanía.

Dio a Cristóbal de Olí, que era maestre de campo, otros treinta de a caballo y ciento y setenta y cinco soldados y veinte escopeteros y ballesteros, y todos con sus armas según y de la manera que los dio a Pedro de Alvarado; y le

nombró otros tres capitanes, que fueron Andrés de Tapia y Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, y entre todos tres capitanes repartiesen los soldados y escopeteros y ballesteros; y que el Cristóbal de Olí fuese capitán general de las tres capitanías y de los de a caballo, y le dio otros ocho mil tlascaltecas, y le mandó que fuese a asentar su real en la ciudad de Cuyoacoan, que estará de Tacuba dos leguas.

De otra guarnición de soldados hizo capitán a Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y le dio veinte y cuatro de a caballo y catorce escopeteros y ballesteros y ciento y cincuenta soldados de espada y rodela y lanza, y más de ocho mil indios de guerra de los de Chalco y Guaxocingo y de otros pueblos por donde el Sandoval había de ir, que eran nuestros amigos, y le dio por compañeros y capitanes a Luis Marín y a Pedro de Ircio, que eran amigos de Sandoval; y les mandó que entre los dos capitanes repartiesen los soldados y ballesteros y escopeteros, y que el Sandoval tuviese a su cargo los de a caballo y que fuese general de todos, y que sentase su real junto a Iztapalapa, e que le diese guerra y le hiciese todo el mal que pudiese hasta que otra cosa le fuese mandado; y no partió Sandoval de Tezcuco hasta que Cortés, que era capitán de los bergantines, estaba muy a punto para salir con los trece bergantines por la laguna; en los cuales llevaba trescientos soldados, con ballesteros y escopeteros, porque así estaba ordenado. Por manera que Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olí habíamos de ir por una parte y Sandoval por otra. Digamos ahora que los unos a mano derecha y los otros desviados por otro camino; y esto es así, porque los que no saben aquellas ciudades y la laguna lo entiendan, porque se tornaban casi que a juntar. Dejemos de hablar más en ello,

y digamos que a cada capitán se le dio las instrucciones de lo que les era mandado; y como nos habíamos de partir para otro día por la mañana, y porque no tuviésemos tantos embarazos en el camino, enviamos adelante todas las capitanías de Tlascala hasta llegar a tierra de mexicanos. Y yendo que iban los tlascaltecas descuidados con su capitán Chichimecatecle, e otros capitanes con sus gentes, no vieron que iba Xicotenga «el mozo», que era el capitán general dellos; y preguntando y pesquisando el Chichimecatecle qué se había hecho o adónde se había quedado, alcanzaron a saber que se había vuelto aquella noche encubiertamente para Tlascala, y que iba a tomar por fuerza el cacicazgo e vasallos y tierra del mismo Chichimecatecle; y las causas que para ello decían los tlascaltecas eran, que como el Xicotenga «el mozo» vio ir los capitanes de Tlascala a la guerra, especialmente a Chichimecatecle, que no tendría contradictores, porque no tenía temor de su padre Xicotenga «el ciego», que como padre le ayudaría, y nuestro amigo Mase-Escaci, que ya era muerto; e a quien temía era el Chichimecatecle. Y también dijeron que siempre conocieron del Xicotenga no tener voluntad de ir a la guerra de México, porque le oían decir muchas veces que todos nosotros y ellos habían de morir en ella. Pues después que aquello vio y entendió el Chichimecatecle, cuyas eran las tierras y vasallos que iba a tomar, vuelve del camino más que de paso, e viene a Tezcuco a hacérselo saber a Cortés; e como Cortés lo supo, mandó que con brevedad fuesen cinco principales de Tezcuco y otros dos de Tlascala, amigos del Xicotenga, a hacerle volver del camino, y le dijesen que Cortés les rogaba que luego se volviese para ir contra sus enemigos los mexicanos, y que mire que su padre don Lorenzo de Vargas, si no fuera viejo y ciego, como estaba, viniera sobre México; y que pues toda Tlascala fueron y son

muy leales servidores de su majestad, que no quiera él infamarlos con lo que ahora hace, y le envió a hacer muchos prometimientos y promesas, y que le darla oro y mantas porque volviese. Y la respuesta que le envió a decir fue, que si el viejo de su padre y Mase-Escaci le hubieran creído, que no se hubieran señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere; y por no gastar más palabras, dijo que no quería venir. Y como Cortés supo aquella respuesta, de presto dio un mandamiento a un alguacil, y con cuatro de a caballo y cinco indios principales de Tezcuco que fuesen muy en posta, y donde quiera que le alcanzasen le ahorcasen; e dijo: «Ya en este cacique no hay enmienda, sino que siempre nos ha de ser traidor y malo y de malos consejos»; y que no era tiempo para más le sufrir, que bastaba lo pasado y presente. Y como Pedro de Alvarado lo supo rogó mucho por él, y Cortés o le dio buena respuesta o secretamente mandó al alguacil e a los de a caballo que no le dejasen con la vida; y así se hizo, que en un pueblo sujeto a Tezcuco le ahorcaron, y en esto le hubieron de parar sus traiciones. Algunos tlascaltecas hubo que dijeron que su padre don Lorenzo de Vargas envió a decir a Cortés que aquel su hijo era malo y que no se confiase dél, y que procurase de le matar. Dejemos esta plática así, y diré que por esta causa nos detuvimos aquel día sin salir de Tezcuco; y otro día, que fueron 13 de mayo de 1521 años, salimos entrambas capitanías juntas; porque así Cristóbal de Olí como Pedro de Alvarado habíamos de llevar un camino, y fuimos a dormir a un pueblo sujeto de Tezcuco, que se dice Aculma; y pareció ser que el Cristóbal de Olí envió adelante a aquel pueblo a tomar posada, y tenía puesto en cada casa por señal ramos verdes encima de las azoteas; y cuando llegamos con Pedro de Alvarado no hallamos donde posar, y sobre ello ya habíamos echado mano a las armas los de

nuestra capitanía contra los de Cristóbal de Olí, y aun los capitanes desafiados, y no faltaron caballeros de entrambas partes que se metieron entre nosotros, y se pacificó algo el ruido, y no tanto, que todavía estábamos todos resabiados; y desde allí lo hicieron saber a Cortés, y luego envió en posta a fray Pedro Melgarejo y el capitán Luis Marín, y escribió a los capitanes y a todos nosotros, reprendiéndonos por la cuestión y persuadiéndonos la paz; y como llegaron nos hicieron amigos; mas desde allí adelante no se llevaron bien los capitanes, que fue Pedro de Alvarado y el Cristóbal de Olí; y otro día fuimos caminando entrambas las capitanías juntas, y fuímonos a dormir a un gran pueblo que estaba despoblado, porque ya era tierra de mexicanos; y otro día fuimos nuestro camino también a dormir a otro gran pueblo que se decía Gualtitan, que otras veces he nombrado, y también estaba sin gente; e otro día pasamos por otros dos pueblos, que se decían Tenayuca y Escapuzalco, y también estaban despoblados; y llegamos a hora de vísperas a Tacuba, y luego nos aposentamos en unas grandes casas y aposentos, porque también estaba despoblado y asimismo se aposentaron todos nuestros amigos los tlascaltecas, y aun aquella tarde fueron por las estancias de aquellas poblaciones y trajeron de comer, y con buenas velas y escuchas y corredores del campo, como siempre teníamos para que no nos cogiesen desapercibidos, dormimos aquella noche; porque ya he dicho otras, veces que la ciudad de México está junto a Tacuba; e ya que anochecía oímos grandes gritas que nos daban desde la laguna, diciéndonos muchos vituperios y que no éramos hombres para salir a pelear con ellos; y tenían tantas de las canoas llenas de gente de guerra, y las calzadas así mismo llenas de guerreros, y aquellas palabras que nos decían eran con pensamiento de nos indignar para que saliésemos aquella noche a guerrear,

y herirnos más a su salvo; y como estábamos escarmentados de las calzadas y puentes, muchas veces por mí nombradas, no quisimos salir hasta otro día, que fue domingo, después de haber oído misa, que nos la dijo el padre Juan Díaz; y después de nos encomendar a Dios, acordamos que entrambas capitanías juntas fuésemos a quebrar el agua de Chalputepeque, de que se proveía la ciudad, que estaba desde allí de Tacuba aun no media legua. Y lendo a les quebrar los caños, topamos muchos guerreros, que nos esperaban en el camino; porque bien entendido tenían que aquello había de ser lo primero en que los podríamos dañar; y así como nos encontraron cerca de unos pasos malos, comenzaron a nos flechar y tirar vara y piedra con hondas, e nos hirieron a tres soldados; mas de presto les hicimos volver las espaldas, y nuestros amigos los de Tlascala los siguieron, de manera que mataron veinte y prendieron siete u ocho dellos; y como aquellos grandes escuadrones estuvieron puestos en huida, les quebramos los caños por donde iba el agua a su ciudad, y desde entonces nunca fue a México entre tanto que duró la guerra. Y como aquello hubimos hecho, acordaron nuestros capitanes que luego fuésemos a dar una vista y entrar por la calzada de Tacuba y hacer lo que pudiésemos para les ganar una puente; y llegados que fuimos a la calzada, eran tantas las canoas que en la laguna estaban llenas de guerreros y en las mismas canoas e calzadas, que nos admirábamos dello; y tiraron tanta de vara y piedra con hondas que en la primera refriega hirieron treinta de nuestros soldados e murieron tres; y anque nos hacían tanto daño, todavía les fuimos entrando por la calzada adelante hasta una puente, y a lo que yo entendí, ellos nos daban lugar a ello, por meternos de la parte de la puente; y como allí nos tuvieron, digo que cargaron tanta multitud de guerreros sobre nosotros que no

nos podíamos valer; porque por la calzada dicha, que son ocho pasos de ancho, ¿qué podíamos hacer a tan gran poderío que estaban de la una parte y de la otra de la calzada y daban en nosotros como a terrero? Porque ya que nuestros escopeteros y ballesteros no hacían sino armar y tirar a las canoas, no les hacíamos daño, sino muy poco, porque las traían muy bien armadas de talabardones de madera. Pues cuando arremetíamos a los escuadrones que peleaban en la misma calzada luego se echaban al agua, y había tantos dellos, que no nos podíamos valer, pues los de a caballo no aprovechaban cosa ninguna, porque les herían los caballos de la una parte y de la otra desde el agua; y ya que arremetían tras los escuadrones, echábanse al agua, y tenían hechos unos mamparos, donde estaban otros guerreros aguardando con unas lanzas largas que habían hecho con las armas que nos tomaron cuando nos echaron de México e salimos huyendo; y desta manera estuvimos peleando con ellos obra de una hora, y tanta prisa nos daban, que no nos podíamos sustentar contra ellos; y aun vimos que venía por otras partes una gran flota de canoas a atajamos los pasos para tomarnos las espaldas; y conociendo esto nuestros capitanes y todos nuestros soldados, apercibimos que los amigos tlascaltecas que llevábamos, nos embarazaban mucho la calzada, que se saliesen fuera, porque en el agua vista cosa es que no pueden pelear; y acordamos que con buen concierto retraernos y no pasar más adelante. Pues cuando los mexicanos nos vieron retraer y echar fuera los tlascaltecas, ¡qué grita y alaridos nos daban! Y como se venían a juntar con nosotros pie con pie, digo que yo no lo sé escribir, porque toda la calzada hincheron de vara y flecha e piedra de las que nos tiraban, pues las que caían en el agua muchas más serían; y como nos vimos en tierra firme, dimos gracias a Dios por nos

haber librado de aquella batalla, y ocho de nuestros soldados quedaron aquella vez muertos y más de cincuenta heridos; y aun con todo esto nos daban grita y decían vituperios desde las canoas, y nuestros amigos los tlascaltecas les decían que saliesen a tierra y que fuesen doblados los contrarios, y pelearían con ellos. Esta fue la primera cosa que hicimos, quitarles el agua y darle vista a la laguna, aunque no ganamos honra con ellos; y aquella noche nos estuvimos en nuestro real y se curaron los heridos, y aun se murió un caballo, y pusimos buen cobro de velas y escuchas; y otro día de mañana dijo el capitán Cristóbal de Olí que se quería ir a su puesto, que era a Cuyoacan, que estaba de allí legua y media; e por más que le rogó Pedro de Alvarado y otros caballeros que no se apartasen aquellas dos capitanías, sino que se estuviesen juntas, jamás quiso; porque como era el Cristóbal muy esforzado, y en la vista que el día antes dimos a la laguna no nos sucedió bien, decía el Cristóbal de Olí que por culpa de Pedro de Alvarado habíamos entrado inconsideradamente; por manera que jamás quiso quedar, y se fue adonde Cortés le mandó, que es Cuyoacan, y nosotros nos quedamos en nuestro real; y no fue bien apartarse una capitanía de otra en aquella sazón, porque si los mexicanos tuvieran aviso que éramos pocos soldados, en cuatro o cinco días que allí estuvimos apartados antes que los bergantines viniesen, y dieran sobre nosotros y en los de Cristóbal de Olí, corriéramos harto trabajo o hicieren grande daño. Y de aquesta manera estuvimos en Tacuba, y el Cristóbal de Olí en su real, sin osar dar más vista ni entrar por las calzadas, y cada día teníamos en tierra rebatos de muchos mexicanos que salían a tierra firme a pelear con nosotros, y aun nos desafiaban para meternos en parte donde fuesen señores de nosotros y no les pudiésemos hacer ningún daño. Y dejarlo

he aquí, y diré cómo Gonzalo de Sandoval salió de Tezcuco cuatro días después de la fiesta de Corpus Christi, y se vino a Iztapalapa, que casi todo el camino era de amigos y sujetos de Tezcuco; y como llegó a la población de Iztapalapa, luego les comenzó a dar guerra y a quemar muchas casas de las que estaban en tierra firme, porque las demás casas todas estaban en la laguna; mas no tardó muchas horas, que luego vinieron en socorro de aquella ciudad grandes escuadrones de mexicanos, y tuvo Sandoval con ellos una buena batalla y grandes reencuentros cuando peleaban en tierra; y después de acogidos a las canoas, les tiraban mucha vara y flecha y piedra, y herían algunos soldados. Y estando desta manera peleando, vieron que en una sierrezuela que está allí junto a Iztapalapa en tierra firme hacían grandes ahumadas, y que les respondían con otras ahumadas de otros pueblos que están poblados en la laguna, y era señal que se apellidaban todas las canoas de México y de todos los pueblos de alrededor de la laguna, porque vieron a Cortés que ya había salido de Tezcuco con los trece bergantines, porque luego que se vino el Sandoval de Tezcuco no aguardó allí más Cortés; y la primera cosa que hizo en entrando en la laguna fue combatir a un peñol que estaba en una isleta junto a México, donde estaban recogidos muchos mexicanos, así de los naturales de aquella ciudad como de los forasteros que se habían ido a hacer fuertes; y salió a la laguna contra Cortés todo el número de canoas que había en todo México y en todos los pueblos que están poblados en el agua o cerca della, que son Suchimilco, Cuyoacan, Iztapalapa e Huichilobusco y Mexicalcingo, e otros pueblos que por no me detener no nombro, y todos juntamente fueron contra Cortés, y a esta causa aflojaron algo los que daban guerra en Iztapalapa a Sandoval; y como todos los más de aquella ciudad en aquel tiempo estaban

poblados en el agua, no les podía hacer mal ninguno, puesto que a los principios mató muchos de los contrarios; y como llevaba muy gran copia de amigos, con ellos cautivó y prendió mucha gente de aquellas poblaciones. Dejemos al Sandoval, que quedó aislado en Iztapalapa, que no podía venir con su gente a Cuyoacan, si no era por una calzada que atravesaba por mitad de la laguna, y si por ella viniera, no hubiera bien entrado cuando le desbarataran los contrarios, por causa que por entrambas a dos partes del agua le habían de guerrear; y él no había de ser señor de poderse defender, y a esta causa se estuvo quedo. Dejemos al Sandoval, y digamos que como Cortés vio que se juntaban tantas flotas de canoas contra sus trece bergantines, las temió en gran manera, y eran de temer, porque eran más de cuatro mil canoas; y dejó el combate del peñol y se puso en parte de la laguna, para si se viese en aprieto poder salir con sus bergantines a lo largo y correr a la parte que quisiese, y mandó a sus capitanes que en ellos venían que no curasen de embestir ni apretar contra canoas ningunas hasta que refrescase más el viento de tierra, porque en aquel instante comenzaba a ventear; y como las canoas vieron que los bergantines reparaban, creían que de temor dellos lo hacían, y era verdad como lo pensaron, y entonces les daban mucha prisa los capitanes mexicanos, y mandaban a todas sus gentes que luego fuesen a embestir con nuestros bergantines; y en aquel instante vino un viento muy recio y muy bueno, y con buena priesa que se dieron nuestros remeros y el tiempo aparejado, mandó Cortés embestir con la flota de canoas, y trastornaron muchas dellas y prendieron y mataron muchos indios, y las demás canoas se fueron a recoger entre las casas que están en la laguna, en parte que no podían llegar a ellas nuestros bergantines; por manera que este fue el primer combate que

se hubo por la laguna, e Cortés tuvo victoria, gracias a Dios por todo, amen. Y como aquello fue hecho, se fue con los bergantines hacia Cuyoacan, adonde estaba asentado el real de Cristóbal de Olí, y peleó con muchos escuadrones mexicanos que le esperaban en partes peligrosas creyendo de tomarle los bergantines; y como le daban mucha guerra desde las canoas que estaban en la laguna y desde unas torres de ídolos, mandó sacar de los bergantines cuatro tiros, y con ellos daba guerra, y mataba y hería muchos indios; y tanta prisa tenían los artilleros, que por descuido se les quemó la pólvora, y aun se chamuscaron algunos dellos las caras y manos; y luego despachó Cortés un bergantín muy ligero a Iztapalapa la real de Sandoval para que trajesen toda la pólvora que tenía, y le escribió que desde allí donde estaba no se mudase. Dejemos a Cortés, que siempre tenla rebatos de mexicanos, hasta que se juntó en el real de Cristóbal de Olí, y en dos días que allí estuvo siempre le combatían muchos contrarios; y porque yo en aquella sazón estaba en lo de Tacuba con Pedro de Alvarado, diré lo que hicimos en nuestro real; y es que, como sentimos que Cortés andaba por la laguna, entramos por nuestra calzada adelante y con gran concierto, y no como la primera vez, y les llegamos a la puente, y los ballesteros y escopeteros con mucho concierto, tirando unos y armando otros, y a los de a caballo les mandó Pedro de Alvarado que no entrasen con nosotros sino que se quedasen en tierra firme haciendo espaldas por temor de los pueblos, por mí memorados, por donde vinimos, no nos diesen entre las calzadas; y desta manera estuvimos, unas veces peleando y otras poniendo resistencia no entrasen por tierra, porque cada día teníamos refriegas, y en ellas nos mataron tres soldados; y también entendíamos en adobar los malos pasos. Dejemos esto, y digamos cómo Gonzalo de Sandoval, que estaba en

Iztapalapa, viendo que no les podía hacer mal a los de Iztapalapa, porque estaban en el agua, y ellos a él le herían sus soldados, acordó de se venir a unas casas e población que estaban en el agua, que podían entrar en ellas, y les comenzó a combatir; y estándoles dando guerra, envió Guatemuz, gran señor de México, a muchos guerreros a les ayudar y deshacer y abrir la calzada por donde había entrado el Sandoval, para tomarles dentro y que no tuviesen por donde salir; y envió por otra parte mucha más gente de guerra; como Cortés estaba con Cristóbal de Olí, e vieron salir gran copia de canoas hacia Iztapalapa, acordó de ir con los bergantines y con toda la capitanía de Cristóbal de Olí hacia Iztapalapa en busca de Sandoval; e yendo por la laguna con los bergantines y el Cristóbal de Olí por la calzada, vieron que estaban abriendo la calzada muchos mexicanos y tuvieron por cierto que estaba allí en aquellas casas el Sandoval, y fueron con los bergantines e le hallaron peleando con el escuadrón de guerreros que envió el Guatemuz, y cesó algo la pelea; y luego mandó Cortés a Gonzalo de Sandoval que dejase aquello de Iztapalapa e fuese por tierra a poner cerco a otra calzada que va desde México a un pueblo que se dice Tepeaquilla, adonde ahora llaman Nuestra Señora de Guadalupe, donde hace y ha hecho muchos y admirables milagros. E digamos cómo Cortés repartió los bergantines, y lo que más se hizo.

Capítulo CLI

Cómo Cortés mandó repartir los doce bergantines, y mandó que se sacase la gente del más pequeño bergantín, que se decía Busca-Ruido, y de lo demás que pasó

Como Cortés y todos nuestros capitanes y soldados entendimos que sin los bergantines no podríamos entrar por las calzadas para combatir a México, envió cuatro dellos a Pedro de Alvarado, y en su real, que era el de Cristóbal de Olí, dejó seis bergantines, y a Gonzalo de Sandoval, en la calzada de Tepeaquilla, envió dos; y mandó que el bergantín más pequeño que no anduviese más en el agua, porque no le trastornasen las canoas, que no era de sustento, y la gente y marineros que en él andaban mandó repartir en esotros doce, porque ya estaban muy mal heridos veinte hombres de los que en ellos andaban.

Pues desque nos vimos en nuestro real de Tacuba con aquella ayuda de los bergantines, mandó Pedro de Alvarado que los dos dellos anduviesen por la una parte de la calzada y los otros dos de la otra parte, e comenzamos a pelear muy de hecho, porque las canoas que nos solían dar guerra desde el agua, los bergantines las desabarataban; y así, teníamos lugar de les ganar algunas puentes y albarradas; y cuando con ellos estábamos peleando, era tanta la piedra con hondas y vara y flecha que nos tiraban, que por bien que íbamos armados, todos los más soldados nos descalabraban, y quedábamos heridos, y hasta que la noche nos despartía no dejábamos la pelea y combate. Pues quiero decir el mudarse de escuadrones con sus divisas e insignias de las armas, que de los mexicanos se remudaban de rato en rato, pues a los bergantines cuál los paraban de las azoteas, que los cargaban de vara y flecha y piedra, porque era más que

granizo, y no lo sé aquí decir ni habrá quien lo pueda comprender, sino los que en ello nos hallamos, que venía tanta multitud dellas más que granizo; e de presto cubrían la calzada; pues ya que con tantos trabajos les ganábamos alguna puente o albarrada y la dejábamos sin guarda, aquella misma noche la habían de tornar a ahondar, y ponían muy mejores defensas, y aun hacían hoyos encubiertos en el agua, para que otro día cuando peleásemos, al tiempo de retraer, nos embarazásemos y cayésemos en los hoyos, y pudiesen en sus canoas desbaratarnos; porque asimismo tenían aparejadas muchas canoas para ello, puestas en partes que no las viesen nuestros bergantines, para cuando nos tuviesen en aprieto en los hoyos, los unos por tierra y los otros por agua dar en nosotros; y para que nuestros bergantines no nos pudiesen venir a ayudar tenían hechas muchas estacadas en el agua, encubiertas en partes que en ellas zabordasen, y desta manera peleábamos cada día. Ya he dicho otras veces que los caballos muy poco aprovechaban en las calzadas, porque si arremetían o daban alcance a los escuadrones que con nosotros peleaban, luego se les arrojaban en el agua, y a unos mamparos que tenían hechos en las calzadas, donde estaban otros escuadrones de guerreros aguardando con lanzas largas de las nuestras, o dalles que habían hecho, muy más largas de las armas que tomaron cuando el gran desbarate que nos dieron en México; y con aquellas lanzas y grandes rociadas de flecha y de vara e piedra que tiraban de la laguna, herían y mataban los caballos antes que se les hiciese a los contrarios daño; y además desto, los caballeros cuyos eran no los querían aventurar, porque costaba en aquella sazón un caballo ochocientos pesos, y aun algunos costaban a más de mil, y no los había, especialmente pudiendo alancear por las calzadas sino muy pocos

contrarios. Dejemos esto, y digamos que cuando la noche nos departía curábamos nuestros heridos con aceite, e un soldado que se decía Juan Catalán, que nos las santiguaba y ensalmaba, y verdaderamente digo que hallábamos que nuestro señor Jesucristo era servido de darnos esfuerzo, demás de las muchas mercedes que cada día nos hacía, y de presto sanaban; y así heridos y entrapajados habíamos de pelear desde la mañana hasta la noche, que si los heridos se quedaran en el real sin salir a los combates, no hubiera de cada capitanía veinte hombres sanos para salir. Pues nuestros amigos los de Tlascala, como veían que aquel hombre que dicho tengo nos santiguaba, todos los heridos y descalabrados venían a él, y eran tantos, que en todo el día harto tenía que curar. Pues quiero decir de nuestros capitanes y alféreces y compañeros de bandera, que salíamos llenos de heridas y las banderas rotas, y digo que cada día habíamos menester un alférez, porque salíamos tales, que no podían tornar a entrar a pelear y llevar las banderas; pues con todo esto, ¡por ventura teníamos que comer, no digo de falta de tortillas de maíz, que hartas teníamos, sino algún refrigerio para los heridos, maldito aquel! Lo que nos daba la vida era unos quilites, que son unas yerbas que comen los indios, y cerezas de la tierra mientras las había, y después tunas, que en aquella sazón vino el tiempo dellas; y otro tanto como hacíamos en nuestro real, hacían en el real donde estaba Cortés y en el de Sandoval, que jamás día alguno faltaban capitanías de mexicanos, que siempre les iban a dar guerra, ya he dicho otras veces que desde que amanecía hasta la noche; porque para ello tenía Guatemuz señalados los capitanes y escuadrones que a cada calzada habían de acudir, y el Taltelulco e los pueblos de la laguna, ya otra vez por mí nombrados, tenían señaladas, para que en viendo una señal

en el cu mayor de Taltelulco, acudiesen unos en canoas y otros por tierra, y para ello tenían los capitanes mexicanos señalados y con gran concierto cómo y cuándo y a qué partes habían de acudir. Dejemos esto, y digamos cómo nosotros mudamos otra orden y manera de pelear, y es esta que diré: que, como veíamos que cuantas obras de agua ganábamos de día, y sobre lo ganar mataban de nuestros soldados, y todos los más estábamos heridos, lo tornaban a cegar los mexicanos, acordamos que todos nos fuésemos a meter en la calzada, en una placeta donde estaban unas torres de ídolos que las habíamos ya ganado, y había espacio para hacer nuestros ranchos, aunque eran muy malos, que en lloviendo todos nos mojábamos, e no eran para más de cubrirnos del sereno e del sol; y dejamos en Tacuba las indias que nos hacían pan, y quedaron en su guarda todos los de a caballo y nuestros amigos los de Tlascala, para que mirasen y guardasen los pasos, no viniesen de los pueblos comarcanos a darnos en la rezaga en las calzadas mientras que estábamos peleando; y desque hubimos asentado nuestros ranchos adonde dicho tengo, desde allí adelante procuramos que luego las casas o barrios o aberturas de agua que les ganásemos, que luego lo cegásemos, y que las casas diésemos con ellas en tierra y las deshiciésemos, porque ponerlas fuego, tardaban mucho en se quemar, y desde unas casas a otras no se podían encender, porque, como ya otras veces he dicho, cada casa estaba en el agua, y sin pasar en puentes o en canoas no pueden ir de una parte a otra; porque si queríamos ir por el agua nadando, desde las azoteas que tenían nos hacían mucho mal, y derrocándose las casas estábamos muy más seguros, y cuando les ganábamos alguna albarrada o puente o paso malo donde ponían mucha resistencia, procurábamos de la guardar de día y de noche, y es desta manera: que todas

nuestras capitanías velábamos las noches juntas, y el concierto que para ello se dio fue: que tomaba la vela desde que anochecía hasta media noche la primera capitanía, y eran sobre cuarenta soldados, y dende media noche hasta dos horas antes que amaneciese tomaba la vela otra capitanía de otros cuarenta hombres, y no se iban del puesto los primeros, que allí en el suelo dormíamos, y este cuarto es el de la modorra; y luego venían otros cuarenta y tantos soldados, y velaban el alba, que eran aquellas dos horas que había hasta el día, y tampoco se habían de ir los que velaban la modorra, que allí habían de estar; por manera que cuando amanecía nos hallábamos velando sobre ciento y veinte soldados todos juntos, y aun algunas noches, cuando sentíamos mucho peligro, desde que anochecía hasta que amanecía todos los del real estábamos juntos aguardando el gran ímpetu de los mexicanos, por temor no nos rompiesen, porque teníamos aviso de unos capitanes mexicanos que en las batallas prendimos, que el Guatemuz tenía pensamiento y puesto en plática con sus capitanes que procurasen en una noche o de día romper por nosotros en nuestra calzada, e que venciéndonos por aquella nuestra parte, que luego eran vencidas y desbaratadas las dos calzadas, donde estaba Cortés, y en la donde estaba Gonzalo de Sandoval; y también tenía concertado que los nueve pueblos de la laguna, y el mismo Tacuba y Escapuzalco y Tenayuca, que se juntasen, que para el día que ellos quisiesen, romper y dar en nosotros, que se diese en las espaldas en la calzada, e que las indias que nos hacían pan, que teníamos en Tacuba, y fardaje, que las llevasen de vuelo una noche. Y como esto alcanzamos a saber, apercibimos a los de a caballo, que estaban en Tacuba, que toda la noche velasen y estuviesen alerta, y también a nuestros amigos los tlascaltecas; y así como el Guatemuz lo tenía concertado lo puso por obra,

que vinieron muy grandes escuadrones, y unas noches nos venían a romper y dar guerra a media noche, y otras a la modorra, y otras al cuarto del alba, e venían algunas veces sin hacer rumor, y otras con grandes alaridos, de suerte que no nos daban un punto de quietud; y cuando llegaban a donde estábamos velando, la vara, piedra y flecha que tiraban, e otros muchos con lanzas, era cosa de ver; y puesto que herían algunos de nosotros, como los resistíamos, volvían muchos heridos, e otros muchos guerreros vinieron a dar en nuestro fardaje, e los de a caballo e tlascaltecas los desbarataron diferentes veces; porque, como era de noche, no aguardaban mucho; y desta manera que he dicho velábamos, que ni porque lloviese, ni vientos ni fríos, y aunque estábamos metidos en medio de grandes Iodos, y heridos, allí habíamos de estar; y aun esta miseria de tortillas e yerbas que habíamos de comer, o tunas: sobre la obra del batallar, como dicen los oficiales, había de ser; pues con todos estos recaudos que poníamos con tanto trabajo, heridas y muertes de los nuestros, nos tornaban abrir la puente o calzada que les habíamos ganado, que no se les podía defender de noche que no lo hiciesen, e otro día se la tornábamos a ganar y a cegar, y ellos a la tornar a abrir e hacer más fuerte con mamparos, hasta que los mexicanos mudaron otra manera de pelear, la cual diré en su coyuntura. Y dejemos de hablar de tantas batallas como cada día teníamos, y otro tanto en el real de Cortés y en el de Sandoval, y digamos que qué aprovechaba haberles quitado el agua de Chapultepeque, ni menos aprovechaba haberles vedado que por las tres calzadas no les entrase bastimento ni agua. Ni tampoco aprovechaban nuestros bergantines estándose en nuestros reales, no sirviendo de más de cuando peleábamos poder hacernos espaldas de los guerreros de las canoas y de los que peleaban de las azoteas;

porque los mexicanos metían mucha agua y bastimentos de los nueve pueblos que estaban poblados en el agua; porque en canoas les proveían de noche, o de otros pueblos sus amigos, de maíz e gallinas y todo lo que querían. E para otro día evitar que no les entrase aquesto, fue acordado por todos los tres reales que dos bergantines anduviesen de noche por la laguna a dar caza a las canoas que venían cargadas con bastimentos e agua, e todas las canoas que se les pudiesen quebrar o traer a nuestros reales, que se las tomasen; y hecho este concierto, fue bueno, puesto que para pelear y guardarnos hacían falta de noche los dos bergantines, mas hicieron mucho provecho en quitar que no les entrasen bastimentos e agua; y aun con todo esto no dejaban de ir muchas canoas cargadas de lleno; y como los mexicanos andaban descuidados en sus canoas metiendo bastimentos, no había día que no traían los bergantines que andaban en su busca presa de canoas y muchos indios colgados de las entenas. Dejemos esto, y digamos el ardid que los mexicanos tuvieron para tomar nuestros bergantines y matar los que en ellos andaban, y es desta manera, que como he dicho, cada noche y en las mañanas, iban a buscar por la laguna sus canoas y las trastornaban con los bergantines, y prendían muchas dellas, acordaron de armar treinta piraguas, que son canoas muy grandes, con muy buenos remeros y guerreros; y de noche se metieron todas treinta entre unos carrizales en parte que los bergantines no las pudiesen ver, y cubiertas de ramas echaban de antenoche dos o tres canoas, como que llevaban bastimentos o metían agua, y con buenos remeros, y en parte que les parecía a los mexicanos que los bergantines habían de correr cuando con ellos peleasen, habían hincado muchos maderos gruesos, hechos estacadas, para que en ellos zabordasen; pues como iban las canoas por la laguna

mostrando señal de temerosas, arrimadas algo a los carrizales, salen dos de nuestros bergantines tras ellas, y las dos canoas hacen que se van retrayendo a tierra a la parte que estaban las treinta piraguas en celada, y los bergantines siguiéndolas, e ya que llegaban a la celada salen todas las piraguas juntas y dan tras nuestros bergantines, e de presto hirieron a todos los soldados e remeros y capitanes, y no podían ir a una parte ni a otra, por las estacadas que les tenían puestas; por manera que mataron al un capitán, que se decía fulano de Portillo, gentil soldado que había sido en Italia, e hirieron a Pedro Barba, que fue otro muy buen capitán, y desde a tres días murió de las heridas; y tomaron el bergantín. Estos dos bergantines eran del real de Cortés, de lo cual recibió muy gran pesar; mas dende a pocos días se lo pagaron muy bien con otras celadas que echaron; lo cual diré a su tiempo. Y dejemos ahora de hablar dellos, y digamos cómo en el real de Cortés y en el de Gonzalo de Sandoval siempre tenían muy grandes combates, y muy mayores en el de Cortés, porque mandaba quemar y derrocar casas y cegar puentes, y todo lo que ganaba cada día lo cegaba, y enviaba a mandar a Pedro de Alvarado que mirase que no pasásemos puente ni abertura de la calzada sin que primero la tuviésemos ciega, e que no quedase casa que no se derrocase y se pusiese fuego; y con los adobes y madera de las casas que derrocábamos, cegábamos los pasos y aberturas de las puentes; y nuestros amigos los de Tlascala nos ayudaban en toda la guerra muy como varones. Dejemos desto, y digamos, cómo los mexicanos vieron que todas las casas las allanábamos por el suelo, e que las puentes y aberturas las cegábamos, acordaron de pelear de otra manera, y fue, que abrieron una puente y zanja muy ancha y honda, que cuando la pasábamos en partes no hallábamos pie, e tenían en ellas hechos muchos hoyos, que

no los podíamos ver dentro en el agua, e unos mamparos e albarradas, así de la una parte como de la otra de aquella abertura, e tenían hechas muchas estacadas con maderos gruesos en partes que nuestros bergantines zabordasen si nos viniesen a socorrer cuando estuviésemos peleando sobre tomarles aquella fuerza; porque bien entendían que la primera cosa que habíamos de hacer era deshacerles el albarrada y pasar aquella abertura de agua para entrarles en la ciudad; y asimismo tenían aparejados en partes escondidas muchas canoas, bien armadas de guerreros, y buenos remeros; y un domingo de mañana comenzaron a venir por tres partes grandes escuadrones de guerreros, y nos acometen de tal manera, que tuvimos bien que hacer en sustentarnos, no nos desbaratasen; e ya en aquella sazón había mandado Pedro de Alvarado que la mitad de los de a caballo, que solían estar en Tacuba, durmiese en la calzada, porque no tenían tanto riesgo como al principio, porque ya no había azoteas, y todas las más casas estaban derrocadas, y podían correr por algunas partes de las calzadas sin que de las canoas ni azoteas les pudiesen herir los caballos. Y volvamos a nuestro propósito, y es, que de aquellos tres escuadrones que vinieron muy bravosos, los unos por una parte donde estaba la gran abertura en el agua, y los otros por unas casas de las que les habíamos derrocado, y el otro escuadrón nos había tomado las espaldas de la parte de Tacuba, y estábamos como cercados; los de a caballo, con nuestros amigos los de Tlascala, rompieron por los escuadrones que nos habían tomado las espaldas, y todos nosotros estuvimos peleando muy valerosamente con los otros dos escuadrones hasta les hacer retraer; mas era fingida aquella muestra que hacían que huían, y les ganamos la primera albarrada, y la otra albarrada donde se hicieron fuertes también la desampararon; y nosotros,

creyendo que llevábamos victoria, pasamos aquella agua a vuelapié, y por donde la pasamos no había ningunos hoyos, e vamos siguiendo el alcance entre unas grandes casas y torres de adoratorios, y los contrarios hacían que todavía huían e se retraían, e no dejaban de tirar vara y piedra con hondas, y muchas flechas; y cuando no nos catamos, tenían encubiertos en partes que no los podíamos ver tanta multitud de guerreros que nos salen al encuentro, y otros muchos desde las azoteas e desde las casas; y los que primero hacían que se iban retrayendo, vuelven sobre nosotros todos a una, y nos dan tal mano, que no les podíamos sustentar; y acordamos de nos volver retrayendo con gran concierto; y tenían aparejadas en el agua y abertura que les teníamos ganada, tanta flota de canoas en la parte por donde primero habíamos pasado, donde no había hoyos, porque no pudiésemos pasar por aquel paso, que nos hicieron ir a pasar por otra parte adonde he dicho que estaba muy más honda el agua y tenían hechos muchos hoyos; y como venían contra nosotros tanta multitud de guerreros y nos veníamos retrayendo, pasábamos el agua a nado e a vuelapié, e caíamos todos los más soldados en los hoyos, entonces acudieron todas las canoas sobre nosotros, y allí apañaron los mexicanos cinco de nuestros soldados y los llevaron a Guatemuz, e hirieron a todos los más, pues los bergantines que aguardábamos para nuestra ayuda no podían venir, porque todos estaban zabordados en las estacadas que les tenían puestas, y con las canoas y azoteas les dieron buena mano de vara y flecha, y mataron dos soldados remeros e hirieron a muchos de los nuestros. E volvamos a los hoyos e aberturas: digo que fue maravilla cómo no nos mataron a todos en ellos; de mí digo que ya me habían echado mano muchos indios, y tuve manera para desembarazar el brazo, y nuestro señor Jesucristo me dio

esfuerzo para que a buenas estocadas que les di, me salvase, y bien herido en un brazo; y como me vi fuera de aquella agua en parte segura, me quedé sin sentido, sin me poder sostener en mis pies e sin huelgo ninguno; y esto causó la gran fuerza que puse para me descabullir de aquella gentecilla, e de la mucha sangre que me salió; e digo que cuando me tenían engarrafado, que en el pensamiento yo me encomendaba a nuestro señor Dios e a nuestra señora su bendita madre, y ponía la fuerza que he dicho, por donde me salvé; gracias a Dios por las mercedes que me hace. Otra cosa quiero decir, que Pedro de Alvarado y los de a caballo, como tuvieron harto en romper los escuadrones que nos venían por las espaldas de la parte de Tacuba, no pasó ninguno dellos aquella agua ni albarradas, sino fue uno solo de a caballo que había venido poco había de Castilla, y allí le mataron a él y al caballo; y como vio el Pedro de Alvarado que nos veníamos retrayendo, nos iba ya a socorrer con otros de a caballo, y si allá pasara, por fuerza habíamos de volver sobre los indios; y si volviera, no quedara ninguno dellos ni de los caballos ni de nosotros a vida, porque la cosa estaba de arte que cayeran en los hoyos, y había tantos guerreros, que les mataran los caballos con lanzas que para ello tenían largas, y dende las muchas azoteas que había, porque esto que pasó era en el cuerpo de la ciudad; y con aquella victoria que tenían los mexicanos, todo aquel día, que era domingo, como dicho tengo, tornaron a venir a nuestro real otra tanta multitud de guerreros, que no nos dejaban ni nos podíamos valer, que ciertamente creyeron de nos desbaratar; y nosotros con unos tiros de bronce y buen pelear nos sostuvimos contra ellos, y con velar todas las capitanías juntas cada noche. Dejemos desto, y digamos, como Cortés lo supo, del gran enojo que tenía, escribió luego en un bergantín a Pedro de Alvarado

que mirase que en bueno ni en malo dejase un paso por cegar, y que todos los de a caballo durmiesen en las calzadas, y en toda la noche estuviesen ensillados y enfrenados, y que no curásemos de pasar más adelante hasta haber cegado con adobes y madera aquella gran abertura, y que tuviesen buen recaudo en el real. Pues como vimos que por nosotros había acaecido aquel desmán, desde allí adelante procurábamos de tapar y cegar aquella abertura; y aunque fue con harto trabajo y heridas que sobre ella nos daban los contrarios, e muerte de seis soldados, en cuatro días la tuvimos cegada, y en las noches sobre ella misma velábamos todas las tres capitanías, según la orden que dicho tengo y quiero decir que entonces, como los mexicanos estaban junto a nosotros cuando velábamos, que también ellos tenían sus velas, y por cuartos se mudaban, y era desta manera: que hacían grande lumbre, que ardía toda la noche, y los que velaban estaban apartados de la lumbre, y desde lejos no les podíamos ver, porque con la claridad de la leña, que siempre ardía, no podíamos ver los indios que velaban; mas bien sentíamos cuando se remudaban y cuando venían a atizar su leña; y muchas noches había que, como llovía aquella sazón mucho, les apagaba la lumbre, y la tornaban a encender, y sin hacer rumor ni hablar entre ellos palabra, se entendían con unos silbos, que daban. También quiero decir que nuestros escopeteros y ballesteros, muchas veces cuando sentíamos que se venían a trocar las velas, les tiraban a bulto, e piedras y saetas perdidas, y no les hacíamos mal, porque estaban en parte que, aunque de noche quisiéramos ir a ellos, no podíamos, con otra gran abertura de zanja bien honda que habían abierto a mano, e albarradas y mamparos que tenían; e también ellos nos tiraban a bulto mucha piedra e vara y flecha. Dejemos de hablar destas velas, e digamos

cómo cada día íbamos por nuestra calzada adelante, peleando con muy buen concierto, y les ganamos la abertura que he dicho donde velaban; y era tanta la multitud de los contrarios que contra nosotros cada día venían, y la vara, flecha y piedra que tiraban, que nos herían a todos, aunque íbamos con gran concierto y bien armados. Pues ya que se había pasado todo el día batallando, y se venía la tarde, y no era coyuntura para pasar más adelante, sino volvernos retrayendo, en aquel tiempo tenían ellos muchos escuadrones aparejados, creyendo que con la gran priesa que nos diesen al tiempo del retraer nos desbaratarían, porque venían tan bravosos como tigres, y pie con pie se juntaban con nosotros; y como aquello conocíamos dellos, la manera que teníamos para retraer era esta: que la primera cosa que hacíamos era echar de la calzada a nuestros amigos los tlascaltecas: porque, como eran muchos, con nuestro favor querían llegar a pelear con los mexicanos; y como los mexicanos eran mañosos, que no deseaban otra cosa sino vernos embarazados con los amigos, y con grandes arremetidas que hacían por todas tres partes para nos poder tomar en medio o atajar algunos de nosotros y con los muchos tlascaltecas que embarazaban, no podíamos pelear a todas partes, e por esta causa los echábamos fuera de la calzada, en parte que los poníamos en salvo; y cuando nos veíamos que no teníamos embarazo dellos, nos retraíamos al real, no vueltas las espaldas, sino haciéndoles rostro, unos ballesteros y escopeteros soltando y otros armando; y nuestros cuatro bergantines cada dos de los dos lados de las calzadas por la laguna, defendiéndonos por las flotas de las canoas, y de las muchas piedras de las azoteas y casas que estaban por derrocar; y aun con todo este concierto teníamos harto riesgo de nuestras personas hasta volvernos a los ranchos, y

luego nos quemábamos con aceite nuestras heridas y apretarlas con mantas de la tierra, y cenar de las tortillas que nos traían de Tacuba, e yerbas y tunas quien lo tenía; y luego íbamos a velar a la abertura del agua, como dicho tengo, y luego a otro día por la mañana: sus ¡a pelear! porque no podíamos hacer otra cosa, porque por muy de mañana que fuese, ya estaban sobre nosotros los batallones contrarios, y aun llegaban a nuestro real y nos decían vituperios; y desta manera pasábamos nuestros trabajos. Dejemos por ahora de contar de nuestro real, que es de Pedro de Alvarado, y volvamos al de Cortés, que siempre de noche y de día le daban combates, y le mataban y herían muchos soldados, y era de la manera que a nosotros los del real de Tacuba; y siempre traía dos bergantines a dar caza de noche a las canoas que entraban en México con bastimentos e agua; e parece ser que el un bergantín prendió a dos principales que venían en una de las muchas canoas que venían con bastimento, y dellos supo Cortés que tenían en celada entre unos matorrales cuarenta piraguas y otras tantas canoas para tomar a alguno de nuestros bergantines, como hicieron la otra vez; y aquellos dos principales que se prendieron, Cortés les halagó y dio mantas, y con muchos prometimientos que en ganando a México les daría tierras, y con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar les preguntó que a qué parte estaban las piraguas (porque no se pusieron donde la otra vez) y ellos señalaron en el puesto y paraje que estaban, y aun avisaron que habían hincado muchas estacas de maderos gruesos en partes, para que si los bergantines fuesen huyendo de sus piraguas, zabordasen, y allí los apañasen y matasen a los que iban en ellos. Y como Cortés tuvo aquel aviso, apercibió seis bergantines que aquella noche se fuesen a meter a unos carrizales apartados obra de un cuarto de legua, donde

estaban las piraguas, y que se cubriesen con mucha rama; y fueron a remo callado, y estuvieron toda la noche aguardando, y otro día muy de mañana mandó Cortés que fuese un bergantín como que iba a dar caza a las canoas que entraban con bastimentos, y mandó que fuesen los dos indios principales que se prendieron dentro del bergantín, porque mostrasen en qué parte estaban las piraguas, porque el bergantín fuese hacia allá; y asimismo los mexicanos nuestros contrarios concertaron de echar dos canoas echadizas, como la otra vez, adonde estaba su celada, como que traían bastimento, para que se cebase el bergantín en ir tras ellas; por manera que ellos tenían un pensamiento y nosotros otro como el suyo de la misma manera; y como el bergantín que echó Cortés vio a las canoas que echaron los indios para cebarle, iba tras ellas, y las dos canoas hacían que se iban huyendo a tierra adonde estaba su celada de sus piraguas, y luego nuestro bergantín hizo semblante que no osaba llegar a tierra, y que se volvía retrayendo; y cuando las piraguas y otras muchas canoas le vieron que se volvía, salen tras él con gran furia y remar todo lo que podían, y le iban siguiendo; y el bergantín se iba como huyendo donde estaban los otros seis bergantines en celada, y todavía las piraguas siguiéndole; y en aquel instante soltaron unas escopetas, que era la señal de cuando habían de salir nuestros bergantines; y cuando oyeron la señal, salen con grande ímpetu y dieron sobre las piraguas y canoas, que trastornaron, y mataron y prendieron muchos guerreros, y también el bergantín que echaron para en celada, que iba ya a lo largo, vuelve a ayudar a sus compañeros; por manera que se llevó buena presa de prisioneros y canoas; y dende allí adelante no osaban los mexicanos echar más celadas, ni se atrevían a meter bastimentos ni agua tan a ojos vistas como solían; y desta manera pasaba la guerra de los

bergantines en la laguna y nuestras batallas en las calzadas. Y digamos ahora, como vieron los pueblos que estaban en la laguna poblados, que ya los he nombrado otras veces, que cada día teníamos victoria, ansí por el agua como por tierra, y vieron venir a nuestra amistad muchos amigos, ansí los de Chalco como los de Tezcuco e Tlascala e otras poblaciones, y con todos les hacían mucho mal y daño en sus pueblos, y les cautivaban muchos indios e indias; parece ser se juntaron todos, e acordaron de venir de paz ante Cortés, y con mucha humildad le demandaron perdón si en algo nos habían enojado, y dijeron que eran mandados, que no Podían hacer otra cosa; y Cortés holgó mucho de los ver venir de paz de aquella manera, y aun cuando lo supimos en nuestro real de Pedro de Alvarado y en el de Gonzalo de Sandoval, nos alegramos todos los soldados. Y volviendo a nuestra plática: Cortés con buen semblante y con muchos halagos les perdonó, y les dijo que eran dignos de gran castigo por haber ayudado a los mexicanos; y los pueblos que vinieron fueron Iztapalapa, Huichilobusco e Cuyoacan e Mezquique, y todos los de la laguna y agua dulce; y les dijo Cortés que no habíamos de alzar real hasta que los mexicanos viniesen de paz, o por guerra los acabase; y les mandó que en todo nos ayudasen con todas las canoas que tuviesen para combatir a México, e que viniesen a hacer sus ranchos e trajesen comida, lo cual dijeron que así lo harían; e hicieron los ranchos de Cortés, y no traían comida, sino muy poca y de mala gana. Nuestros ranchos, donde estaba Pedro de Alvarado nunca se hicieron, que así nos estábamos al agua, porque ya saben los que en esta tierra han estado que por junio, julio y agosto son en estas partes cotidianamente las aguas. Dejemos esto, y volvamos a nuestra calzada y a los combates que cada día dábamos a los mexicanos, y cómo les íbamos ganando muchas torres de

ídolos y casas y otras aberturas de zanjas y puentes que de casa a casa tenían hechas, y todo lo cegábamos con adobes y la madera de las casas que deshacíamos y derrocábamos, y aun sobre ellas velábamos; y aun con toda esta diligencia que poníamos, lo tornaban a hondar y ensanchar, y ponían más albarradas, y porque entre todas tres nuestras capitanías teníamos por deshonra que unos batallásemos e hiciésemos rostro a los escuadrones mexicanos, y otros estuviesen cegando los pasos y aberturas y puentes; y por excusar diferencias sobre los que habíamos de batallar o cegar aberturas, mandó Pedro de Alvarado que una capitanía tuviese cargo de cegar y entender en la obra un día, y las dos capitanías batallasen e hiciesen rostro contra los enemigos, y esto había de ser por rueda, un día una y luego otro día otra capitanía, hasta que por todas tres volviese la andana y rueda; y con esta orden no quedaba cosa que les ganábamos que no dábamos con ella en el suelo, y nuestros amigos los tlascaltecas, que nos ayudaban; y ansí les íbamos entrando en su ciudad; mas al tiempo de retraer todas tres capitanías habíamos de pelear juntos, porque entonces era donde corríamos mucho peligro; y como otra vez he dicho, primero hacíamos salir de las calzadas todos los tlascaltecas, porque cierto era demasiado embarazo para cuando peleábamos. Dejemos de hablar de nuestro real, y volvamos al de Cortés y al de Gonzalo de Sandoval, que a la continua, ansí de día como de noche, tenían sobre sí muchos contrarios por tierra y flotas de canoas por la laguna, y siempre les daban guerra, y no les podían apartar de sí. Pues en lo de Cortés, por les ganar una puente y obra muy honda, que era mala de ganar, en ella tenían los mexicanos muchos mamparos y albarradas, que no se podían pasar sino a nado, e ya que se pusiesen a pasarla, estábanles aguardando muchos guerreros con

flechas y piedras con honda, y vara y macanas y espadas de a dos manos, y lanzas como dalles, y engastadas las espadas que nos tomaron, acudiendo siempre gran multitud de guerreros, y la laguna llena de canoas de guerra; y había junto a las albarradas muchas azoteas, y dellas les tiraban muchas piedras, de que con gran dificultad se podían defender; y los herían muchos, y algunos mataban, y los bergantines no les podían ayudar, por las estacadas que tenían puestas, en que se embarazaban los bergantines; y sobre ganarles esta fuerza y puente y abertura pasaron los de Cortés mucho trabajo, y estuvieron muchas veces a punto de perderse, e le mataron cuatro soldados en el combate y le hirieron sobre treinta; y como era ya tarde cuando la acabaron de ganar, no tuvieron tiempo de la cegar, y se volvieron retrayendo con muy grande trabajo y peligro, y con más de treinta soldados heridos y muchos tlascaltecas descalabrados, aunque peleaban bravosamente. Dejemos esto, y digamos otra manera con que Guatemuz mandó pelear a sus capitanes, haciendo apercibir todos sus poderes para que nos diesen guerra continuamente; y es que, como para otro día era fiesta de señor San Juan de junio, que entonces se cumplía un año puntualmente que habíamos entrado en México, cuando el socorro del capitán Pedro de Alvarado, y nos desbarataron, según dicho tengo en el capítulo que dello habla, parece ser tenía cuenta en ello el Guatemuz, y mandó que en todos tres reales nos diesen toda la guerra y con la mayor fuerza que pudiesen con todos sus poderes, así por tierra como con las canoas por el agua, para acabarnos de una vez, como decían se lo tenía mandado su Huichilobos, y mandó que fuese de noche al cuarto de la modorra; y porque los bergantines no nos pudiesen ayudar, en todas las más partes de la laguna tenían hechas unas estacadas para que en ellas zabordasen; y

vinieron con esta furia e ímpetu, que si no fuera por los que velábamos juntos, que éramos sobre ciento y veinte soldados, y todos muy acostumbrados a pelear, nos entraran en el real y corríamos harto peligro, y con muy grande concierto les resistimos, y allí hirieron a quince de los nuestros, y dos murieron de ahí a ocho días de las heridas. Pues en el real de Cortés también les pusieron en grande aprieto e trabajo, e hubo muchos muertos y heridos, y en lo de Sandoval por el consiguiente, y desta manera vinieron dos noches arreo; y también en aquellos reencuentros quedaron muchos mexicanos muertos y muchos heridos; y como Guatemuz y sus capitanes y papas vieron que no aprovechaba nada la guerra que dieron aquellas noches, acordaron que con todos sus poderes juntos viniesen al cuarto del alba y diesen en nuestro real, que se dice el de Tacuba; y vinieron tan bravosos, que nos cercaron por todas partes, y aun nos tenían medio desbaratados y atajados; y quiso Dios darnos esfuerzo, que nos tornamos a hacer un cuerpo y nos amparamos algo con los bergantines, y a buenas estocadas y cuchilladas, que andábamos pie con pie, los apartamos algo de nosotros, y los de a caballo no estaban holgando; pues los ballesteros y escopeteros hacían lo que podían, que harto tuvieron que romper en otros escuadrones que nos tenían tomadas las espaldas; y en aquella batalla mataron a ocho e hirieron a muchos de nuestros soldados, y a Pedro de Alvarado le descalabraron, y si nuestros amigos les tlascaltecas durmieran aquella noche en la calzada, corríamos gran riesgo con el embarazo que ellos nos pusieran, como eran muchos; mas la experiencia de lo pasado nos hacía que luego los echásemos fuera de la calzada y se fuesen a Tacuba, y quedábamos sin cuidado. Tornemos a nuestra batalla, que matamos muchos mexicanos, y se prendieron cuatro personas principales.

Bien tengo entendido que los curiosos lectores se hartarán ya de ver cada día combates, y no se puede hacer menos, porque noventa y tres días estuvimos sobre esta tan fuerte ciudad, cada día e de noche teníamos guerras, y combates, y por esta causa los hemos de decir muchas veces, de cómo e cuándo e de qué manera e arte pasaba; e no lo pongo aquí por capítulos lo que cada día hacíamos, porque me parece que sería gran prolijidad o sería cosa para nunca acabar, y parecería a los libros de Amadís e de otros de caballería; e porque de aquí adelante no me quiero detener en contar tantas batallas e reencuentros que cada día e de noche teníamos, si posible fuere, lo diré lo más breve que pueda, hasta el día de San Hipólito, que, gracias a nuestro señor Jesucristo, nos apoderamos desta tan gran ciudad y prendimos al rey della, que se decía Guatemuz, e a sus capitanes; puesto que antes que le prendiésemos tuvimos muy grandes desmanes, e casi que estuvimos en gran ventura de nos perder en todos nuestros reales, especialmente en el real de Cortés por descuido de sus capitanes, como adelante verán.

Capítulo CLII

Cómo desbarataron los indios mexicanos a Cortés, e le llevaron vivos para sacrificar sesenta y dos soldados, e le hirieron en una pierna, y el gran peligro en que nos vimos por su causa

Como Cortés vio que no se podían cegar todas las aberturas y puentes e zanjas de agua que ganábamos cada día, porque de noche las tornaban a abrir los mexicanos y hacían más fuertes albarradas que de antes tenían hechas, e que era gran trabajo pelear y cegar puentes y velar todos juntos; en demás como estábamos heridos y le habían muerto veinte, acordó de poner en pláticas con los capitanes y soldados que tenía en su real, que se decían Cristóbal de Olí y Francisco Verdugo y Andrés de Tapia, y el alférez Corral y Francisco de Lugo, y también nos escribió al real de Pedro de Alvarado y al de Gonzalo de Sandoval, para tomar parecer de todos los capitanes y soldados; y el caso que propuso fue, que si nos parecía que fuésemos entrando de golpe en la ciudad hasta entrar y llegar al Taltelulco, que es la plaza mayor de México, que es muy más ancha y grande que no la de Salamanca; e que llegados que llegásemos, que sería bien asentar en él todos tres reales, que desde allí podíamos batallar por las calles de México, y sin tener tantos trabajos e riesgo al retraer, ni tener tanto que cegar ni velar las puentes. Y como en tales pláticas y consejos suele acaecer, hubo en ellas muchos pareceres, porque tos unos decían que no era buen consejo ni acuerdo meternos tan de hecho en el cuerpo de la ciudad, sino que nos estuviésemos como estábamos batallando y derrocando y abrasando casas; y las causas más evidentes que dimos los que éramos en este parecer fue, que sí nos metíamos en el Taltelulco y dejábamos todas las calzadas y puentes sin

guarda y desamparadas, que como los mexicanos son muchos y guerreros, y con las muchas canoas que tienen nos tornarían a abrir las puentes y calzadas, y no seríamos señores dellas, e que con sus grandes poderes nos darían guerra de noche y de día; e que, como siempre tienen hechas muchas estacadas, nuestros bergantines no nos podrían ayudar, y de aquella manera que Cortés decía, seríamos nosotros los cercados, y ellos tendrían por sí la tierra, campo y laguna; y le escribimos sobre el caso, para que no nos aconteciese como la pasada que dicen en el refrán de Mazagatos, cuando salimos huyendo de México; y cuando Cortés hubo visto el parecer de todos, y vio las buenas razones que sobre ello le dábamos, en lo que se resumió en todo lo platicado fue, que para otro día saliésemos de todos tres reales con toda la mayor pujanza, así los de a caballo como los ballesteros, escopeteros y soldados, e que los fuésemos ganando hasta la plaza mayor, que es el Taltelulco, apercibidos los tres reales y los tlascaltecas y de Tezcuco y los pueblos de la laguna que nuevamente habían dado la obediencia a su majestad, para que con todas sus canoas se viniesen a ayudar a todos nuestros bergantines. Una mañana, después de haber oído misa y nos encomendar a Dios, salimos de nuestro real con el capitán Pedro de Alvarado, y también salió Cortés del suyo, y Gonzalo de Sandoval con todos sus capitanes, y con grande pujanza iba ganando puentes y albarradas, y los contrarios peleaban como fuertes guerreros, y Cortés por su parte llevaba victoria, y asimismo Gonzalo de Sandoval por la suya, pues por nuestro real ya les habíamos ganado otra albarrada y una puente, y esto fue con mucho trabajo, porque había muy grandísimos poderes del Guatemuz, y la estaban guardando, y salimos della muchos de nuestros soldados muy mal heridos, e uno murió luego de las heridas,

y nuestros amigos los tlascaltecas salieron más de mil dellos maltratados y descalabrados, y todavía íbamos siguiendo la victoria muy ufanos. Volvamos a decir de Cortés y de todo su ejército, que ganaron una abertura de agua muy honda, y estaba en ella una calzadilla muy angosta, que los mexicanos con maña y ardid la habían hecho de aquella manera, porque tenían pensado entre si lo que ahora a nuestro general Cortés le aconteció; y es que, como llevaba victoria él y todos sus capitanes y soldados, y la calzada llena de nuestros amigos, e iban siguiendo a los contrarios, y puesto que decían que huían, no dejaban de tirarnos piedra, vara y flecha, y hacían algunas paradillas como que resistían a Cortés, hasta que le fueron cebando para que fuese tras ellos, y desque vieron que de hecho iba tras ellos siguiendo la victoria, hacían que iban huyendo dél. Por manera que la adversa fortuna vuelve su rueda, y a las mayores prosperidades acuden muchas tristezas. Y como nuestro Cortés iba victorioso y en el alcance de los contrarios, por su descuido e porque nuestro señor Jesucristo lo permitió, él y sus capitanes y soldados dejaron de cegar el abertura de agua que habían ganado; y como la calzadilla por donde iban con maña la habían hecho angosta, y aun entraba en ella agua por algunas partes, y había mucho lodo y cieno, como los mexicanos le vieron pasar aquel paso sin cegar, que no deseaban otra cosa, y aun para aquel, efecto tenían apercibidos muchos escuadrones de guerreros mexicanos con esforzados capitanes, y muchas canoas en la laguna, en parte que nuestros bergantines no les podían hacer daño ninguno con las grandes estacadas que les tenían puestas en que zabordasen, vuelven sobre nuestro Cortés y contra todos sus soldados con tan grande furia de escuadrones y con tales alaridos y gritos, que los nuestros no les pudieron defender su gran ímpetu y fortaleza con que vinieron a

pelear, y acordaron todos los soldados con sus capitanes y banderas de se volver retrayendo con gran concierto; más, como venían contra ellos tan rabiosos contrarios, hasta que les metieron en aquel mal paso se desconcertaron de suerte, que vuelven huyendo sin hacer resistencia; y nuestro Cortés, desde que así los vio venir desbaratados, los esforzaba y decía: «Tened, tened, señores, tened recio; ¿qué es esto, que así habéis de volver las espaldas?» Y no les pudo detener ni resistir; y en aquel paso que dejaron de cegar, y en la calzadilla, que era angosta y mala, y con las canoas le desbarataron e hirieron en una pierna y le llevaron vivo sobre sesenta y tantos soldados, y le mataron seis caballos e yeguas; y a Cortés ya le tenían muy engarrafado seis o siete capitanes mexicanos, e quiso Dios nuestro señor ponerle esfuerzo para que se defendiese y se librase dellos, puesto que estaba herido en una pierna; porque en aquel instante luego llegó allí un muy esforzado soldado, que se decía Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja; no lo digo por Cristóbal de Olí; y desque allí le vio asido de tantos indios, peleo luego tan bravosamente, que mató a estocadas cuatro de aquellos capitanes que tenían engarrafado a Cortés, y también le ayudó otro muy valiente soldado que se decía Lerma, y les hicieron que dejasen a Cortés, y por le defender allí perdió la vida el Olea, y el Lerma estuvo a punto de muerte, y luego acudieron allí muchos soldados, aunque bien heridos, y echan mano a Cortés y le ayudan a salir de aquel peligro; y entonces también vino con mucha presteza su capitán de la guardia, que se decía Antonio de Quiñones, natural de Zamora, y le tomaron por los brazos y le ayudaron a salir del agua, y luego le trajeron caballo, en que se escapó de la muerte; y en aquel instante también venía un su camarero o mayordomo que se decía Cristóbal de Guzmán, y le traía otro caballo; y desde las azoteas los

guerreros mexicanos, que andaban muy bravos y victoriosos, prendieron al Cristóbal de Guzmán, e vivo le llevaron a Guatemuz; y todavía los mexicanos iban siguiendo a Cortés y a todos sus soldados hasta que llegaron a su real. Pues ya aquel desastre acaecido, y se hallaron en salvo los españoles, los escuadrones mexicanos no dejaban de seguirles, dándoles caza y grita y diciéndoles vituperios y llamándoles de cobardes. Dejemos de hablar de Cortés y de su desbarate, y volvamos a nuestro ejército, que es el de Pedro de Alvarado: como íbamos muy victoriosos, y cuando no nos catamos vimos venir contra nosotros tantos escuadrones de mexicanos, y con grandes gritas y hermosas divisas y penacho, y nos echaron delante de nosotros cinco cabezas que entonces habían cortado de los que habían tomado a Cortés, y venían corriendo sangre, y decían: «Así os mataremos, como hemos muerto a Malinche y a Sandoval y a los que consigo traían, y esas son sus cabezas; por eso conocedlas bien»; y diciéndonos estas palabras se venían a cerrar con nosotros hasta nos echar mano; que no aprovechaban cuchilladas ni estocadas, ni ballesteros ni escopeteros, y no hacían sino dar en nosotros como a terrero; y con todo eso, no perdíamos punto en nuestra ordenanza al retraer, porque luego mandamos a nuestros amigos los tlascaltecas que prestamente nos desembarazasen las calzadas y pasos malos; y en este tiempo ellos se lo tuvieron bien en cargo, que como vieron las cinco cabezas corriendo sangre, y decían que habían muerto a Malinche y a Sandoval y a todos los teules que consigo traían, e que así habían de hacer a nosotros, y a los tlascaltecas, temieron en gran manera, porque creyeron que era verdad; y por esto digo que desembarazaron la calzada muy de veras. Volvamos a decir, como nos íbamos retrayendo oímos tañer del cu mayor, donde estaban sus ídolos Huichilobos y

Tezcatepuca, que señorea, el altor de él a toda la gran ciudad, tañían un atambor de muy triste sonido, en fin como instrumento de demonios, y retumbaba tanto, que se oía dos o tres leguas, y juntamente con él muchos atabalejos; entonces, según después supimos, estaban ofreciendo diez corazones y mucha sangre a los ídolos, que dicho tengo, de nuestros compañeros. Dejemos el sacrificio, y volvamos al retraer que nos retraíamos, y a la gran guerra que nos daban, así de la calzada como de las azoteas y lagunas con las canoas; y en aquel instante vienen mas escuadrones a nosotros, que de nuevo enviaba Guatemuz, y manda tocar su corneta, que era una señal que cuando aquella se tocase era que habían de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa o morir sobre ello, y retumbaba el sonido que se metía en los oídos; y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes, saber yo aquí decir ahora con qué rabia y esfuerzo se metían entre nosotros a nos echar mano, es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir; que ahora que me pongo a pensar en ello, es como si visiblemente lo viese; mas vuelvo a decir, y así es verdad, que si Dios no nos diera esfuerzo, según estábamos todos heridos, él nos salvó, que de otra manera no nos podíamos llegar a nuestros ranchos; y le doy muchas gracias y loores por ello, que me escapó aquella vez y otras muchas de poder de los mexicanos. Y volviendo a nuestra plática: allí los de a caballo hacían arremetidas; y con dos tiros gruesos que pusimos junto a nuestros ranchos, unos tirando y otros cebando, nos sosteníamos, porque la calzada estaba llena de bote en bote de contrarios y nos venían hasta las casas, como cosa vencida, a echarnos vara y piedra; y como he dicho, con aquellos tiros matábamos muchos dellos; y quien bien ayudó aquel día fue un hidalgo que se dice Pedro Moreno Medrano, que vive ahora en la Puebla, porque él

fue el artillero, que los artilleros que solíamos tener se habían muerto, y dellos estaban muy malamente heridos. Volvamos al Pedro Moreno Medrano, que, además de siempre haber sido un muy esforzado soldado, aquel día fue de muy grandísima ayuda para nosotros; y estando que estábamos de aquella manera, bien angustiados y heridos, y no sabíamos de Cortés ni de Sandoval ni de sus ejércitos si les habían muerto o desbaratado, como los mexicanos nos decían cuando nos arrojaron las cinco cabezas que tenían asidas por los cabellos y de las barbas, y decían que ya habían muerto a Malinche y también a Sandoval e a todos los teules, que así nos habían de matar a nosotros aquel mismo día; y no podíamos saber dellos, porque batallábamos los unos de los otros cerca de media legua, y adonde desbarataron a Cortés era mas lejos; y a esta causa estábamos muy penosos, así heridos como sanos, y hechos un cuerpo estuvimos sosteniendo el gran ímpetu de los mexicanos que sobre nosotros estaban, creyendo que en aquel día no quedara roso ni velloso de nosotros, según la guerra que nos daban. Pues de nuestros bergantines ya habían tomado uno e muerto tres soldados y herido el capitán y todos los más soldados que en ellos venían, y fue socorrido de otro bergantín, donde andaba por capitán Juan Jaramillo, y también tenían zalabordado en otra parte otro que no podía salir, de que era capitán Juan de Limpias Carvajal, que en aquella sazón ensordeció de coraje, que ahora vive en la Puebla; y peleó por su persona tan valerosamente, y esforzó a todos los soldados que en el bergantín remaban, que rompieron las estacadas, y salieron todos muy mal heridos, y salvó su bergantín: aqueste fue el primero que rompió estacadas. Volvamos a Cortés, que, como estaba él y toda su gente los más muertos, y otras heridos, se iban todos los escuadrones mexicanos hasta su

real a darle guerra, y aun le echaron delante de sus soldados, que resistían a los mexicanos cuando peleaban, otras cuatro cabezas corriendo sangre de aquellos soldados que habían llevado vivos a Cortés, y les decían que eran del Tonatio, que es Pedro de Alvarado, y de Gonzalo de Sandoval y de otros teules, e que ya nos habían muerto a todos. Entonces dicen que desmayó Cortés mucho más de lo que antes estaba él y los que consigo traía, mas no de manera que sintiesen en él mucha flaqueza; y luego mandó al maestre de campo Cristóbal de Olí y a sus capitanes que mirasen no les rompiesen los muchos mexicanos que estaban sobre ellos, e que todos juntos hiciesen cuerpo, así heridos como sanos; y mandó a Andrés de Tapia que con tres de a caballo viniese a Tacuba por tierra, que es nuestro real, que mirase qué había sido de nosotros, y que si no éramos desbaratados, que nos contase lo por él pasado, y que nos dijese que tuviésemos muy buen recaudo en el real, que todos juntos hiciésemos cuerpo, así de día como de noche, en la vela; y esto que nos enviaba a mandar, ya lo teníamos todos por costumbre. Y el capitán Andrés de Tapia y los tres de a caballo que con él venían se dieron muy buena prisa, aunque tuvieron en el camino una refriega de vara y flecha que les dieron en un paso los mexicanos que ya había puesto Guatemuz en los caminos muchos indios guerreros porque no supiésemos los unos de los otros los desmanes, y aun venía herido el Andrés de Tapia, y dos de los que traía en su compañía que se decían Guillén de la Loa, y el otro se decía Valde-Nebro, y a un Juan de Cuellar, hombres muy esforzados; y de que llegaron a nuestro real y nos hallaron batallando con el poder de México, que todo estaba junto contra nosotros, se holgaron en el alma, y nos contaron lo acaecido del desbarate de Cortés, y lo que nos enviaba a decir, y no nos quisieron declarar qué tantos eran

los muertos, y decían que hasta veinte y cinco, y que todos los demás estaban buenos. Dejemos de hablar ahora en esto, y volvamos al Gonzalo de Sandoval, y a sus capitanes y soldados, que andaban victoriosos en la parte y calles de su conquista; y cuando los mexicanos hubieron desbaratado a Cortés, cargaron sobre el Gonzalo de Sandoval y su ejército y capitanes, de arte que no se pudo valer, y le mataron dos soldados y le hirieron a todos los que traía, y a él le dieron tres heridas, la una en el muslo y la otra en la cabeza y la otra en un brazo; y estando batallando con los contrarios le ponen delante seis cabezas de los de Cortés, y le dicen que aquellas cabezas eran de Malinche y del Tonatio y de otros capitanes, y que así habían de hacer al Gonzalo de Sandoval y a los que con él estaban, y le dieron muy fuertes combates; y de que aquello vio el buen capitán Sandoval, mandó a sus capitanes y soldados que todos tuviesen mucho ánimo, más que de antes, e que no desmayasen, e que mirasen al retraer no hubiese algún desmán o desconcierto en la calzada, porque es angosta; y lo primero que hizo fue mandar salir de la calzada a los amigos tlascaltecas, que tenía muchos, y porque no les estorbasen, al retraer; y con sus dos bergantines y sus ballesteros y escopeteros _con mucho trabajo se retrajo a su estancia, y con toda su gente bien herida y aun desmayada, y dos soldados menos; y como se vio fuera de la calzada, puesto que estaban cercados de mexicanos, esforzó su gente y capitanes, y les encomendó mucho que todos juntos hiciesen cuerpo, así de día como de noche, e que guardasen el real no le desbaratasen; y como conocía del capitán Luis Marín que lo haría bien, así herido y entrapajado como estaba el Sandoval, tomó consigo otros de a caballo, y aun en el camino tuvo su salmorejo de piedra y vara y flecha; porque, como ya otra vez he dicho, en todos los caminos tenía Guatemuz indios mexicanos guerreros

para no dejar pasar de un real a otro con nuevas ningunas, para que así nos vencieran más fácilmente; y cuando el Sandoval vio a Cortés, le dijo: «Oh señor capitán, y ¿qué es esto? ¿Aquestos son los grandes consejos y ardides de guerra que siempre nos daba? ¿Cómo ha sido este desmán?» Y Cortés le respondió, saltándoseles las lágrimas de los ojos: «Oh hijo Sandoval, que mis pecados lo han permitido, que no soy tan culpante en el negocio como me hacen, sino es el tesorero Julián de Alderete, a quien te encargué que cegase aquel mal paso donde nos desbarataron, y no lo hizo, como no es acostumbrado a guerras ni a ser mandado de capitanes»; y entonces respondió el mismo tesorero, que se halló junto a Cortés, que vino a ver y hablar al Sandoval y a saber de su ejército si eran muertos o desbaratados, e dijo que el mismo Cortés tenía la culpa, y no él; y la causa que dio fue que, como Cortés iba con victoria, por seguirla muy mejor decía: «Adelante, caballeros»; e que no les mandó cegar puentes ni pasos malos, e que si se lo mandara, que con su capitanía y con sus amigos lo hiciera; y también culpaban mucho a Cortés en no haber mandado con tiempo salir de las calzadas a los muchos amigos que llevaba; e porque hubo otras muchas pláticas y respuestas al tesorero, que iban dichas con enojo, se dejarán de decir; e diré cómo en aquel instante llegaron dos bergantines de los que antes tenía Cortés en su compañía y calzada, que no sabían dellos después del desbarate, y según pareció, habían estado detenidos, porque estuvieron zabordados en unas estacadas, y según dijeron los capitanes, habían estado cercados de unas canoas que les daban guerra, y venían todos heridos, y dijeron que Dios primeramente les ayudó, y con su viento y con grandes fuerzas que pusieron al remar rompieron las estacadas y se salvaron; de lo cual hubo mucho placer Cortés, porque hasta entonces, aunque no lo publicaba por

no desmayar a los soldados, como no sabían dellos, les tenían por perdidos. Dejemos esto, y volvamos a Cortés, que luego encomendó a Sandoval mucho que fuese en posta a nuestro real, que se dice Tacuba, y mirase si éramos desbaratados o de qué manera estábamos, e que si éramos vivos, que nos ayudase a poner resistencia en el real, no nos rompiesen; y dijo a Francisco de Lugo que fuese en compañía de Sandoval, porque bien entendido tenía que había escuadrones de guerreros mexicanos en el camino, y le dijo que ya había enviado a saber de nosotros a Andrés de Tapia con tres de a caballo, y temía no le hubiesen muerto en el camino; y cuando se lo dijo y se despidió fue a abrazar a Gonzalo de Sandoval, y le dijo: «Mirad, pues veis que yo no puedo ir a todas partes, a vos os encomiendo estos trabajos, pues veis que estoy herido y cojo; ruégoos pongáis cobro en estos tres reales: bien sé que Pedro de Alvarado y sus capitanes y soldados habrán batallado y hecho como caballeros, mas temo el gran poder destos perros, no les hayan desbaratado; pues de mí y de mi ejército ya veis de la manera que estoy»; y en posta vino el Sandoval y el Francisco de Lugo donde estábamos, y cuando llegó sería hora de vísperas, y porque, según pareció, e supimos, el desbarate de Cortés fue antes de misa mayor; y cuando llegó Sandoval nos halló batallando con los mexicanos, que nos querían entrar en el real por unas casas que habíamos derrocado, y otros por la calzada, y otros en canoas por la laguna, y tenían ya un bergantín zabordado en unas estacadas, y de los soldados que en ellos iban, habían muerto los dos, y los demás heridos; y como Sandoval nos vio a mí y a otros soldados en el agua metidos a más de la cinta, ayudando al bergantín a echarle en lo hondo, y estaban sobre nosotros muchos indios con espadas de las nuestras que habían tomado en el desbarate de Cortés, y

otros con montantes de navajas dándonos cuchilladas, y a mí me dieron un flechazo, y ya le querían llevar con sus canoas, según la fuerza que ponían, y le tenían atadas muchas sogas para llevársele y meterle dentro de la ciudad; y como el Sandoval nos vio de aquella manera, dijo: «Oh hermanos, poned fuerza en que no lleven el bergantín»; y tomamos tanto esfuerzo que luego le sacamos en salvo, puesto que, como he dicho, todos los marineros salieron heridos y dos soldados muertos. En aquella sazón vinieron a la calzada muchas capitanías de mexicanos, y nos herían así a los de a caballo y a todos nosotros, y aun al Sandoval le dieron una buena pedrada en la cara; y entonces Pedro de Alvarado le socorrió con otros de a caballo, y como venían tantos escuadrones, e yo y otros soldados les hacíamos cara, Sandoval nos mandó que poco a poco nos retrajésemos porque no les matasen los caballos; e porque no nos retraíamos de presto como quisiera, dijo: «¿Queréis que por amor de vosotros me maten a mí y a todos aquestos caballeros? Por amor de Dios, hermanos, que os retraigáis»; y entonces le tornaron a herir a él y a su caballo; y en aquella sazón echamos a los amigos fuera de la calzada, y poco a poco, haciendo cara, y no vueltas las espaldas, como quien va haciendo represas, unos ballesteros y escopeteros tirando y otros armando y otros cebando sus escopetas, y no soltaban todos a la par; y los de a caballo que hacían algunas arremetidas, y el Pedro Moreno Medrano con sus tiros en armar y tirar; y por más mexicanos que llevaban las pelotas, no les podían apartar, sino que todavía nos iban siguiendo, con pensamiento que aquella noche nos habían de llevar a sacrificar. Pues ya que estábamos en salvo cerca de nuestros aposentos, pasada ya una grande abra donde había mucha agua e muy honda, y no nos podían alcanzar las piedras ni varas ni flecha, y estando el Sandoval y el

Francisco de Lugo y Andrés de Tapia con Pedro de Alvarado, contando cada uno lo que le había acaecido y lo que Cortés mandaba, tornó a sonar el atambor de Huichilobos y otros muchos atabalejos, y caracoles y cornetas y otras como trompas, y todo el sonido dellas espantable y triste; y miramos arriba al alto cu, donde los tañían, y vimos que llevaban por fuerza las gradas arriba a rempujones y bofetadas y palos a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, que los llevaban a sacrificar; y de que ya los tenían arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos dellos les ponían plumajes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacían bailar delante de Huichilobos, y cuando habían bailado, luego les ponían de espaldas encima de unas piedras que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de perdernal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecían a sus ídolos que allí presentes tenían, y a los cuerpos dábanles con los pies por las gradas abajo; y estaban aguardando otros indios carniceros, que les cortaban brazos y pies, y las caras desollaban y las adobaban como cueros de guantes, y, con sus barbas, las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con chilmole; y desta manera sacrificaron a todos los demás, y les comieron piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecían a sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos, que eran las barrigas e tripas, echaban a los tigres y leones y sierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, que atrás dello he platicado. Pues desque aquellas crueldades vimos todos los de nuestro real y Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval y todos los demás capitanes: ¡miren los curiosos

lectores que esto leyeren, qué lástima tendríamos dellos! Y decíamos entre nosotros: «¡Oh gracias a Dios, que no me llevaron a mí hoy a sacrificar!» Y también tengan atención que no estábamos lejos dellos y no les podíamos remediar, y antes rogábamos a Dios que fuese servido de nos guardar de tan cruelísima muerte. Pues en aquel instante que hacían aquel sacrificio, vinieron sobre nosotros grandes escuadrones de guerreros, y nos daban por todas partes bien que hacer, que ni nos podíamos valer, de una manera ni de otra, contra ellos, y nos decían: «Mirad que desta manera habéis de morir todos, que nuestros dioses nos lo han prometido muchas veces». Pues las palabras de amenazas que decían a nuestros amigos los tlascaltecas eran tan lastimosas y malas, que los hacían desmayar, y les echaban piernas de indios asadas y brazos de nuestros soldados, y les decían: «Comed de las carnes destos teules y de vuestros hermanos, que ya bien hartos estamos dellos, y desto que nos sobra bien os podéis hartar; y mirad que las casas que habéis derrocado, que os hemos de traer para que las tornéis a hacer muy mejores, y con piedras blancas y cal y canto, y labradas; por eso ayudad muy bien a estos teules, que a todos los veréis sacrificados». Pues otra cosa mandó hacer Guatemuz, que, como hubo aquella victoria de Cortés, envió a todos los pueblos nuestros confederados y amigos, y a sus parientes, pies y manos de nuestros soldados, y caras desolladas con sus barbas, y las cabezas de los caballos que mataron; y les envió a decir que éramos muertos más de la mitad de nosotros e que presto nos acabarían, e que dejasen nuestra amistad y se viniesen a México, y que si luego no la dejaban, que les enviaría a destruir; y les envió a decir otras muchas cosas para que se fuesen de nuestro real y nos dejasen, pues habíamos de ser presto muertos de su mano; y a la continua dándonos guerra, así de día como de noche; y

como velábamos todos los del real juntos, y Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado y los demás capitanes haciéndonos compañía de guerreros, los resistíamos. Pues los de a caballo todo el día y la noche estaban la mitad dellos en lo de Tacuba y la otra mitad en las calzadas. Pues otro mayor mal nos hicieron, que cuanto habíamos cegado desde que en la calzada entramos, todo lo tornaron a abrir, e hicieron albarradas muy más fuertes que de antes, pues los amigos de las ciudades de la laguna que nuevamente habían tomado nuestra amistad y nos vinieron a ayudar con las canoas, creyeron llevar lana y volvieron trasquilados, porque perdieron muchos las vidas y más de la mitad de las canoas que traían, y otros muchos volvieron heridos; y aun con todo esto, desde allí adelante no ayudaron a los mexicanos, porque estaban mal con ellos; salvo estarse a la mira. Dejemos de hablar más en contar lástimas, volvamos a decir el recaudo y manera que teníamos, y cómo Sandoval y Francisco de Lugo, y Andrés de Tapia y los demás caballeros que habían venido a nuestro real, les pareció que era bien volverse a sus puestos y dar relación a Cortés cómo y de qué manera estábamos. Y se fueron en posta, y dijeron a Cortés cómo Pedro de Alvarado y todos sus soldados teníamos muy buen recaudo, así en el batallar como en el velar; y aun el Sandoval, como me tenía por amigo, dijo a Cortés cómo me halló a mí ya otros soldados batallando en el agua a más de la cinta defendiendo un bergantín que estaba zabordado en unas estacadas, e que si por nuestras personas no fuera, que mataran a todos los soldados y al capitán que dentro venía; e porque dijo de mi persona otras loas que yo aquí no tengo de decir, porque otras personas lo dijeron y se supo en todo el real, no quiero aquí recitarlo. Y cuando Cortés lo hubo bien entendido del buen recaudo que teníamos en nuestro real, con ello descansó su corazón,

y desde allí adelante mandó a todos tres reales que no batallásemos poco ni mucho con los mexicanos; entiéndase que no curásemos de tomar ninguna puente ni albarrada, salvo defender nuestros reales no nos los rompiesen: y que de batallar con ellos, no había bien esclarecido el día, cuando estaban sobre nuestro real tirando muchas piedras con hondas, y varas y flechas, y diciéndonos muchos vituperios feos; y como teníamos junto a nuestro real una abra de agua muy ancha y honda, estuvimos cuatro días arreo que no la pasamos, y otro tanto se estuvo Cortés en el suyo, y Sandoval en el suyo; y esto de no salir a batallar y procurar de ganar las albarradas que habían tornado a abrir y hacer fuertes, era por causa que todos estábamos muy heridos y trabajados, así de velas como de las armas, y sin comer cosa de sustancia; y como faltaban del día antes sobre sesenta y tantos soldados de todos tres reales, y siete caballos, porque recibiéramos algún alivio, y para tomar maduro consejo de lo que habíamos de hacer de allí adelante, mandó Cortés que estuviésemos quedos, como dicho tengo. Y dejarlo he aquí, y diré cómo y de qué manera peleábamos, y todo lo que en nuestro real pasó.

Capítulo CLIII

De la manera que peleábamos e se nos fueron todos los amigos a sus pueblos

La manera que teníamos en todos tres reales de pelear es ésta: que velábamos de noche todos los soldados juntos en las calzadas, y nuestros bergantines a nuestras lados, también en las calzadas, y los de a caballo rondando la mitad dellos en lo de Tacuba, adonde nos hacían pan y teníamos nuestro fardaje, y la otra mitad en las puentes y calzadas, y muy de mañana aparejábamos los puños para pelear y batallar con los contrarios, que nos venían a entrar en nuestro real y procuraban de nos desbaratar; y otro tanto hacían en el real de Cortés y en el de Sandoval, y esto no fue sino cinco días, porque luego tomamos otra orden, lo cual diré adelante; y digamos cómo los mexicanos hacían cada día grandes sacrificios y fiestas en el cu mayor de Tatelulco, y tañían su maldito atambor y otras trompas y atabales y caracoles, y daban muchos gritos y alaridos, y tenían cada noche grandes luminarias de mucha leña encendida, y entonces sacrificaban de nuestros compañeros a sus malditos ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, y hablaban con ellos; y según ellos decían, que en la mañana o en aquella misma noche nos habían de matar. Parece ser que, como sus ídolos son perversos y malos, por engañarlos para que no viniesen de paz, les hacían en creyente que a todos nosotros nos habían de matar, y a los tlascaltecas y a todos los demás que fuesen en nuestra ayuda; y como nuestros amigos lo oían, teníanlo por muy cierto, porque nos veían desbaratados. Dejemos destas pláticas, que eran de sus malos ídolos, y digamos cómo en la mañana venían muchas capitanías juntas a nos cercar y dar guerra, y se remudaban de rato en

rato, unos de unas divisas y señales, y venían otros de otras libreas; y entonces cuando estábamos peleando con ellos nos decían muchas palabras, diciéndonos de apocados y que no éramos buenos para cosa ninguna, ni para hacer casas ni maizales, y que no éramos sino para venirles a robar su ciudad, como gente mala que habíamos venido huyendo de nuestra tierra y de nuestro rey y señor; y esto decían por lo que Narváez les había enviado a decir, que veníamos sin licencia de nuestro rey, como dicho tengo; y nos decían que de allí a ocho días no había de quedar ninguno de nosotros a vida, porque así lo habían prometido la noche antes sus dioses; y desta manera nos decían otras cosas malas, y a la postre decían: «Mirad cuán malos y bellacos sois, que aun vuestras carnes son malas para comer, que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargor», y parece ser, como aquellos días se habían hartado de nuestros soldados y compañeros, quiso nuestro señor que les amargasen las carnes: Pues a nuestros amigos los tlascaltecas, si muchos vituperios nos de, cían a nosotros, más les decían a ellos, e que les tendrían por esclavos para sacrificar y hacer sus sementeras, y tornar a edificar las casas que les habíamos derrocado, e que las habían de hacer de cal y canto labradas, que su Huichilobos se lo había prometido; y diciendo esto, luego el bravoso pelear, y se venían por unas casas derrocadas, y con las muchas canoas que tenían nos tomaban las espaldas, y aun nos tenían algunas veces atajados en las calzadas; y nuestro señor Jesucristo nos sustentaba cada día, que nuestras fuerzas no bastaban; mas todavía les hacíamos volver muchos dellos heridos, y muchos quedaban muertos. Dejemos de hablar de los grandes combates que nos daban, y digamos cómo nuestros amigos los de Tlascala y de Cholula y Guaxocingo, y aun los de Tezcuco, acordaron de se ir a sus tierras, y sin

lo saber Cortés ni Pedro de Alvarado ni Sandoval, se fueron todos los más; que no quedó en el real de Cortés sino Estesuchel, que después que se bautizó se llamó don Carlos, y era hermano de don Fernando, señor de Tezcuco, y era muy esforzado hombre; y quedaron con él otros sus parientes y amigos, que serían hasta cuarenta; y en el real de Sandoval quedó otro cacique de Guaxocingo con obra de cincuenta hombres; y en nuestro real quedaron dos hijos de nuestro amigo don Lorenzo de Vargas, y el esforzado de Chichimecatecle con obra de ochenta tlascaltecas, parientes y vasallos; por manera que de más de veinte y cuatro mil amigos que traíamos no quedaron en todos tres reales, sino obra de doscientos amigos, que todos se fueron a sus pueblos; y como nos hallamos solos y con tan pocos amigos, recibimos pena; y Cortés y Sandoval y cada uno en su real preguntaban a los amigos que les quedaban que por qué se habían ido de aquella manera los demás sus hermanos, y decían que, como veían que los mexicanos hablaban de noche con sus ídolos, e prometían que nos habían de matar a nosotros y a ellos, que creían que debía de ser verdad, y del miedo se iban; y lo que les daba más crédito a ello era vernos a todos heridos y nos habían muerto a muchos de nosotros, e que dellos mismos faltaban más de mil y doscientos, y que temieron no matasen a todos; y también porque Xicotenga «el mozo», que mandó ahorcar Cortés en Tezcuco, siempre les decía que sabía por sus adivinanzas que a todos nos habían de matar, e que no había de quedar ninguno de nosotros a vida; y por esta causa se fueron. E puesto que Cortés en lo secreto sintió pesar della, mas con rostro alegre les dijo que no tuviesen miedo, e que lo que aquellos mexicanos les decían que era mentira y por desmayarlos; y tantas palabras de prometimientos les dijo, y con palabras amorosas los esforzó a estar con él, y otro tanto

dijimos al Chichimecatecle y a los dos Xicotengas. Y en aquellas pláticas que en aquella sazón decía Cortés a Estesuchel, que ya he dicho que se dijo don Carlos, como era de suyo señor y esforzado, dijo a Cortés: «Señor Malinche, no recibas penas por no batallar cada día con los mexicanos: sana de tu pierna; toma mi consejo y es que te estés algunos días en tu real, y otro tanto manda al Tonatio, que era Pedro de Alvarado, que así lo llamaban, que se esté en el suyo, y Sandoval en Tepeaquilla, y con los bergantines anden cada día a quitar y defender que no les entren bastimentos ni agua, porque están aquí dentro en esta gran ciudad tantos mil xiquipiles de guerreros, que por fuerza, siendo tantos, se les ha de acabar el bastimento que tienen, y el agua que ahora beben es medio salobre, que toman de unos hoyos que tienen hechos, y como llueve de día y de noche, recogen el agua para beber y dello se sustentan; mas ¿qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, sino que es más que guerra la que tendrán con la hambre y sed?» Como Cortés aquello entendió, le echó los brazos encima y le dio gracias por ello, con prometimientos que le daría pueblos; y aqueste consejo le habíamos puesto en plática muchos soldados a Cortés; mas somos de tal calidad, que no quisiéramos aguardar tanto tiempo, sino entrarles luego la ciudad. Y cuando Cortés hubo bien considerado lo que nosotros también le habíamos dicho, y sus capitanes y soldados se lo decían, mandó a dos bergantines que fuesen a nuestro real y al de Sandoval a nos decir que estuviésemos otros tres días sin les ir entrando en la ciudad; y como en aquella sazón los mexicanos estaban victoriosos, no osábamos enviar un bergantín solo, y por esta causa envió dos; y una cosa nos ayudó mucho, y es que ya osaban nuestros bergantines romper las estacadas que los mexicanos les habían hecho en la laguna para que zabordasen; y es

desta manera: que remaban con gran fuerza, y para que más furia trajesen tomaban de algo atrás, y si hacía algún viento, a todas velas, y con los remos muy mejor; y así, eran señores de la laguna y aun de muchas partes de las casas que estaban apartadas de la ciudad; y los mexicanos, como aquello vieron, se les quebró algo su braveza. Dejemos esto, y volvamos a nuestras batallas; y es que, aunque no teníamos amigos, comenzamos a cegar y a tapar la gran abertura que he dicho otras veces que estaba junto a nuestro real; con la primera capitanía, que venía la rueda de acarrear adobes y madera y cegar, lo poníamos muy por la obra y con grandes trabajos, y las otras dos capitanías batallábamos. Ya he dicho otras veces que así lo teníamos concertado, y había de andar por rueda; y en cuatro días que todos trabajábamos en ella la teníamos cegada y allanada; y otro tanto hacía Cortés en su real con el mismo concierto, y aun él en persona llevaba adobes y madera hasta que quedaban seguras las puentes y calzadas y aberturas, por tenerlo seguro al retraer; y Sandoval ni más ni menos en el suyo, y en nuestros bergantines junto a nosotros, sin temer estacadas; y desta manera les fuimos entrando poco a poco. Volvamos a los grandes escuadrones que a la continua nos daban guerra, que muy bravosos y victoriosos se venían a juntar pie con pie con nosotros, y de cuando en cuando, como se mudaban unos escuadrones, venían otros. Pues digamos el ruido y alarido que traían, y en aquel instante el resonido de la corneta de Guatemuz, y entonces apechugaban de tal arte con nosotros, que no nos aprovechaban cuchilladas ni estocadas que les dábamos, y nos venían a echar mano; y como, después de Dios, nuestro buen pelear nos había de valer, teníamos muy reciamente contra ellos, hasta, que con las escopetas y ballestas y arremetidas de los de a caballo, que estaban a la continua

con nosotros la mitad dellos, y con nuestros bergantines, que no temían ya las estacadas, les hacíamos estar a raya, y poco a poco les fuimos entrando; y desta manera batallábamos hasta cerca de la noche, que era hora de retraer. Pues ya que nos retraíamos, ya he dicho otras veces que había de ser con gran concierto, porque entonces procuraban de nos atajar en la calzada y pasos malos; y si de antes lo procuraban, en estos días, con la victoria que habían alcanzado, lo ponían muy por la obra; y digo que por tres partes nos tenían tomados en medio en este día; mas quiso nuestro señor Dios que, puesto que hirieron muchos de nosotros, nos tornamos a juntar, y matamos y prendimos muchos contrarios; y como no teníamos amigos que echar fuera de las calzadas, y los de a caballo nos ayudaban valientemente, puesto que en aquella refriega y combate les hirieron dos caballos, y volvimos a nuestro real bien heridos, donde nos curamos con aceite y apretar nuestras heridas con mantas, y comer nuestras tortillas con ají y yerbas y tunas, y luego puestos todos en la vela. Digamos ahora lo que los mexicanos hacían de noche en sus grandes y altos cues, y es que tañían su maldito atambor, que dije otra vez que era el de más maldito sonido y más triste que se podían inventar, y sonaba muy lejos, y tañían otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas, y tenían grandes lumbres y daban grandísimos gritos y silbos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros de los que tomaron a Cortés, que supimos que sacrificaron diez días arreo hasta que los acabaron, y el postrero dejaron a Cristóbal de Guzmán, que vivo le tuvieron diez y ocho días, según dijeron tres capitanes mexicanos que prendimos; y cuando les sacrificaban, entonces hablaba su Huichilobos con ellos y les prometía victoria e que habíamos de ser muertos a sus manos antes de ocho días, e que nos diesen

buenas guerras aunque en ellas muriesen muchos; y desta manera les traían engañados. Dejemos ahora de sus sacrificios, y volvamos a decir que cuando otro día amanecía ya estaban sobre nosotros todos los mayores poderes que Guatemuz podía juntar, y como teníamos cegada la abertura y calzada y puentes, y la podían pasar en seco ¡mi fe! ellos tenían atrevimiento a nos venir a nuestros ranchos y tirar vara y piedra y flechas, si no fuera por los tiros con que siempre les hacíamos apartar, porque Pedro Moreno Medrano, que tenía cargo dellos, les hacía mucho daño; y quiero decir que nos tiraban saetas de las nuestras con ballestas, cuando tenían vivos a cinco ballesteros, y al Cristóbal de Guzmán con ellos, y les hacían que les armasen las ballestas y les mostrasen cómo habían de tirar, y ellos y los mexicanos tiraban aquellos tiros como cosa pensada, y no nos hacían mal; y también batallaban reciamente Cortés y Sandoval, y les tiraban saetas con ballestas; y esto sabíamoslo por Sandoval y los bergantines que iban de nuestro real al de Cortés y del de Cortés al nuestro y al de Sandoval, y siempre nos escribía de la manera que habíamos de batallar y todo lo que habíamos de hacer, y encomendándonos la vela, y que siempre estuviesen la mitad de los de a caballo en Tacuba guardando el fardaje y las indias que nos hacían pan, y que parásemos mientes no rompiesen por nosotros una noche, porque unos prisioneros que en aquel real de Cortés se prendieron le dijeron que Guatemuz decía muchas veces que diesen en nuestro real de noche, pues no había tlascaltecas que nos ayudasen; porque bien sabían que se nos habían ido ya todos los amigos. Ya he dicho otra vez que poníamos gran diligencia en velar. Dejemos esto, y digamos que cada día teníamos muy recios rebatos, y no dejábamos de les ir ganando albarradas y puentes y aberturas de agua; y como nuestros bergantines

osaban ir por do quiera de la laguna y no temían a las estacadas, ayudábannos muy bien. Y digamos como siempre andaban dos bergantines de los que tenía Cortés en su real a dar caza a las canoas que metían agua y bastimentos, y cogían en la laguna uno como medio lama, que después de seco tenía un sabor como de queso, y traían en los bergantines muchos indios presos. Tornemos al real de Cortés y de Gonzalo de Sandoval, que cada día iba conquistando y ganando albarradas y puentes y aberturas de agua; y en aquestos trances y batallas se habían pasado, desde el desbarate de Cortés, doce o trece días y como Estesuchel, hermano de don Hernando, señor de Tezcuco, vio que volvíamos muy de hecho en nosotros, y no era verdad lo que los mexicanos decían, que dentro de diez días nos habían de matar, porque así se lo había prometido su Huichilobos, envió a decir a su hermano don Hernando que luego enviase a Cortés todo el poder de guerreros que pudiese sacar de Tezcuco, y vinieron dentro en dos días que él se lo envió a decir más de dos mil hombres. Acuérdome que vinieron con ellos Pedro Sánchez Farfán y Antonio de Villarroel, marido que fue de la Ojeda, porque aquestos dos soldados había dejado Cortés en aquella ciudad, y el Pedro Sánchez Farfán era capitán y el Antonio Villarroel era ayo de don Fernando; y cuando Cortés vido tan buen socorro se holgó mucho y le dijo palabras halagüeñas, y asimismo en aquella sazón volvieron muchos tlascaltecas con sus capitanes, y venía por capitán dellos un cacique de Topeyanco que se decía Tecapaneca, y también vinieron otros muchos indios de Guaxocingo y pocos de Cholula; y como Cortés supo que habían vuelto, mandó que todos fuesen a su real para les hablar, y primero que viniesen les mandó poner guardas en el camino para defenderlos por si saliesen mexicanos; y cuando parecieron delante, Cortés les

hizo un parlamento con doña Marina y Jerónimo de Aguilar, y les dijo que bien habían creído y tenido por cierto la buena voluntad que siempre les ha tenido y tiene, así por haber servido a su majestad como por las buenas obras que dellos hemos recibido, y que si les mandó desde que vinimos a aquella ciudad venir con nosotros a destruir a los mexicanos, que su intento fue porque se aprovechasen y volviesen ricos a sus tierras y se vengasen de sus enemigos; que no para que por su sola mano hubiésemos de ganar aquella gran ciudad; y puesto que siempre les ha hallado buenos y en todo nos han ayudado, que bien habrán visto que cada día les mandábamos salir de las calzadas, porque nosotros estuviésemos más desembarazados sin ellos para pelear, e que ya les habían dicho y amonestado otras veces que el que nos da victoria y en todo nos ayuda es nuestro señor Jesucristo, en quien creemos y adoramos; y porque se fueron al mejor tiempo de la guerra eran dignos de muerte, por dejar sus capitanes peleando y desampararlos, e que porque ellos no saben nuestras leyes y ordenanzas que es de perdonar; e que porque mejor lo entiendan, que mirasen que estando sin ellos íbamos derrocando y ganando albarradas; e que desde allí adelante les mandaba que no maten a ningunos mexicanos, porque les quiere tomar de paz. Y después que les hubo dicho este razonamiento, abrazó a Chichimecatecle y a los dos mancebos Xicotengas y a Estesuchel hermano de don Hernando, y les prometió que les daría tierras y vasallos más de los que tenían, teniéndoles en mucho a los que quedaron en nuestro real; y asimismo habló muy bien a Tecapaneca, señor de Topeyanco, y a los caciques de Guaxocingo y Cholula, que estaban en el real de Sandoval. Y como les hubo platicado lo que dicho tengo, cada uno se fue a su real. Dejemos desto, y volvamos a nuestras grandes guerras y combates

que siempre teníamos y nos daban, y porque siempre de día y de noche no hacíamos sino batallar, y a las tardes al retraer siempre herían a muchos de nuestros soldados, dejaré de contar muy por extenso lo que pasaba; y quiero decir, como en aquellos días llovía en las tardes, que nos holgábamos que viniese el aguacero temprano, porque, como se mojaban los contrarios, no peleaban tan bravosamente y nos dejaban retraer en salvo, y desta manera teníamos algún descanso. Y porque ya estoy harto de escribir batallas, y más cansado y herido estaba de me hallar en ellas, y a los lectores les parecerá prolijidad recitarlas tantas veces: ya he dicho que no puede ser menos, porque en noventa y tres días siempre batallábamos a la continua; mas desde aquí adelante, si lo pudiese excusar, no lo traería tanto a la memoria en esta relación. Volvamos a nuestro cuento: y como en todos tres reales les íbamos entrando en su ciudad, Cortés por la suya, y Sandoval también por su parte, y Pedro de Alvarado por la nuestra, llegamos a donde tenían la fuente, que ya he dicho otra vez que bebían agua salobre; la cual quebramos y deshicimos porque no se aprovechasen della, y estaban guardándola algunos mexicanos, y tuvimos buena refriega de vara y piedra y flecha, y muchas lanzas largas con que aguardaban a los de a caballo, porque por todas partes de las calles que les habíamos ganado andaban ya, porque ya estaba llano y sin agua y podían correr muy gentilmente. Dejemos de hablar en esto, y digamos cómo Cortés envió a Guatemuz mensajeros rogándole con la paz, y fue de la manera que diré adelante.

Capítulo CLIV

Cómo Cortés envió a Guatemuz a rogarle que tengamos paz

Después que Cortés vio que íbamos en la ciudad ganando muchos puentes y calzadas y albarradas y derrocando casas, como teníamos presos tres principales personas que eran capitanes de México, les mandó que fuesen a hablar a Guatemuz para que tuviesen paces con nosotros; y los principales dijeron que no osaban ir con tal mensaje, porque su señor Guatemuz les mandaría matar. En fin de pláticas, tanto se lo rogó Cortés y con promesas que les hizo y mantas que les dio, que fueron: y lo que les mandó que dijesen al Guatemuz es, que porque los quiere bien, por ser deudo tan cercano del gran Montezuma, su amigo, y casado con su hija, y porque ha mancilla que aquella gran ciudad no se acabe de destruir, y por excusar la gran matanza que cada día hacíamos en sus vecinos y forasteros, que le ruega que venga de paz, y en nombre de su majestad les perdonará todas las muertes y daños que nos han hecho, y les hará muchas mercedes; e que tenga consideración que se lo ha enviado a decir tres o cuatro veces, e que él por ser mancebo o por sus consejeros, y la principal causa por sus malditos ídolos o papas, que le aconsejan mal, no ha querido venir, sino darnos guerra; e pues que ya ha visto tantas muertes como en las batallas que nos dan les han sucedido, y que tenemos de nuestra parte todas las ciudades y pueblos de toda aquella comarca, y cada día nuevamente vienen más contra ellos, que se compadezca de tal perdimiento de sus vasallos y ciudad. También les envió a decir que se les habían acabado los mantenimientos, e que ya Cortés lo sabía, e que también agua no la tenían; y les envió a decir otras palabras bien

dichas, que los tres principales las entendieron muy bien por nuestras lenguas, y demandaron a Cortés una carta, y ésta no porque la entendían, sino porque sabían claramente que cuando enviávamos alguna mensajería o cosas que les mandábamos, era un papel de aquellos que llaman amales, señal como mandamiento. Y cuando los tres mensajeros parecieron ante su señor Guatemuz, con grandes lágrimas y sollozando le dijeron lo que Cortés les mandó; y el Guatemuz desque lo oyó, y sus capitanes que juntamente con él estaban, pareció ser que al principio recibió pasión de que fuesen atrevidos aquellos capitanes de irles con tales embajadas; mas, como el Guatemuz era mancebo y muy gentil hombre de buena disposición y rostro alegre, y aun la color tenía algo más que tiraba a blanco que a matiz de indios, que era de obra de veinte y tres años y era casado con una muy hermosa mujer, hija del gran Montezuma, su tío; y según después alcanzamos a saber, tenía voluntad de hacer paces, y para platicarlo mandó juntar todos sus capitanes y principales y papas de los ídolos, y les dijo que tenía voluntad de no tener guerra con Malinche ni todos nosotros; y la plática que sobre ellos les puso fue, que ya habían probado todo lo que se puede hacer sobre la guerra y mudado muchas maneras de pelear, y que somos de tal manera, que cuando pensaban que nos tenían vencidos, que entonces volvíamos muy más reciamente sobre ellos; y que al presente sabía los grandes poderes de amigos que nuevamente nos habían venido, y que todas las ciudades eran contra ellos, que ya los bergantines les habían rompido sus estacadas y que los caballos corrían a rienda suelta por las calles de su ciudad; y les puso por delante otras muchas desventuras que tenían sobre los mantenimientos y agua; que les rogaba y mandaba que cada uno dellos diese sobre ello su parecer, y los papas también dijesen el suyo y lo que

a sus dioses Huichilobos y Tezcatepuca les han oído hablar, y que ninguno tuviese temor de hablar y decir la verdad de lo que sentía. Y según pareció, le dijeron: «Señor y nuestro gran señor, ya tenemos a ti por nuestro rey y señor, y es muy bien empleado en ti el reinado pues en todas tus cosas te has mostrado varón y te viene de derecho el reino. Las paces que dices, buenas son; mas mira y piensa en ello, que cuando estos teules entraron en estas tierras y en esta ciudad, cuál nos ha ido de mal en peor; mirad los servicios y dádivas que les hizo y dio nuestro señor, vuestro tío, el gran Montezuma, en qué paró. Pues vuestro primo Cacamatzin, rey de Tezcuco, por el consiguiente. Pues vuestros parientes los señores de Iztapalapa e Cuyoacan y Tacuba y de Talatzingo, ¿qué se hicieron? Pues los hijos de nuestro gran señor Montezuma todos murieron. Pues oro y riquezas desta ciudad, todo se ha consumido. Pues ya ves que a todos tus súbditos y vasallos de Tepeaca y Chalco, y aun de Tezcuco, y aun de todas estas vuestras ciudades y pueblos, les ha hecho esclavos y señalado las caras. Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido: toma buen consejo sobre ello y no te fíes de Malinche ni de sus palabras; que más vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quienes nos harían esclavos y nos atormentarán». Y los papas en aquel tiempo le dijeron que sus dioses les habían prometido victoria tres noches arreo cuando les sacrificaban; y entonces el Guatemuz, medio enojado, les dijo: «Pues así queréis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; y desde aquí adelante ninguno sea osado a me demandar paces, si no, yo le mataré»; y allí todos prometieron de pelear noches y días y morir en la defensa de su ciudad. Pues ya esto acabado, tuvieron trato con los de Suchimilco y otros pueblos que les metiesen agua en canoas

de noche, y abrieron otras fuentes en partes que tenían agua, aunque salobre. Dejemos ya de hablar en este su concierto y digamos de Cortés y de todos nosotros, que estuvimos dos días sin entrarles en su ciudad esperando la respuesta, y cuando no nos catamos, vienen tantos escuadrones de guerreros mexicanos en todos tres reales y nos dan tan recia guerra, que como leones muy bravosos venían a encontrar con nosotros, que en todo su seso creyeron de llevarnos de vencida. Esto que digo fue por nuestra parte del real de Pedro de Alvarado, que en lo de Cortés y Sandoval también dijeron que les habían llegado a sus reales, que no les podían defender, aunque más les mataban y herían; y cuando peleaban tocaban la corneta de Guatemuz, y entonces habíamos de tener orden que no nos desbaratasen, porque ya he dicho otras veces que entonces se metían por las espadas y lanzas para nos echar mano; e como ya estábamos acostumbrados a los reencuentros, puesto que cada día harían y mataban de nosotros, teníamos con ellos pie con pie, y desta manera pelearon seis o siete días arreo, y nosotros les matábamos y heríamos muchos dellos, y con todo esto no se les daba nada por morir. Acuérdome que decían: «¿En qué se anda Malinche con nosotros, cada día demandándonos paces? Que nuestros ídolos nos han prometido victoria, y tenemos hartos bastimentos y agua, y a ninguno de vosotros hemos de dejar a vida; por eso no tornen a hablar sobre las paces, pues las palabras son para las mujeres y las armas para los hombres»; y diciendo esto, se vienen a nosotros como perros dañados y hablando y peleando todo era uno, y hasta que la noche nos despartía estábamos peleando, y luego, como dicho tengo, al retraer con gran concierto, porque nos venían siguiendo con grandes capitanías y escuadrones dellos, y echábamos a los amigos fuera de la calzada, porque

ya habían venido muchos más que de antes, y nos volvíamos a nuestras chozas, y luego ir y velar todos juntos, y en la vela cenábamos nuestra mala ventura, como dicho tengo otras veces; y bien de madrugada, pelear, porque no nos daban más espacio; y desta manera estuvimos muchos días; y estando desta manera tuvimos otro combate, y es que se juntaban de tres provincias, que se dicen Mataltzingo y Malinalco, y otros pueblos que no se me acuerda de sus nombres, que estaban obra de ocho leguas de México, para venir sobre nosotros, y mientras estuviésemos batallando con los mexicanos darnos en las espaldas y en nuestros reales, y que entonces saldrían los poderes mexicanos, y los unos por una parte y los otros por otra, tenían pensamientos de nos desbaratar; y porque hubo otras pláticas, lo que sobre ello se hizo diré adelante.

Capítulo CLV

Cómo fue Gonzalo de Sandoval contra las provincias que venían a ayudar a Guatemuz

Y para que esto se entienda bien, es menester volver algo atrás a decir, desde que a Cortés desbarataron y se llevaron a sacrificar sesenta y tantos soldados, y aun puedo decir sesenta y dos, porque tantos fueron, después que bien se contaron. Y también he dicho que Guatemuz envió las cabezas de los caballos y caras que habían desollado, y pies y manos de nuestros soldados que habían sacrificado, a muchos pueblos y a Mataltzingo y Malinalco, y les envió a hacer saber que ya había muerto la mitad de nuestras gentes, y que les rogaba que para que nos acabasen de matar, que le viniesen a ayudar, e que darían guerra en nuestros reales de día y de noche, y que por fuerza habíamos de pelear con ellos por defenderse; e que cuando estuviésemos peleando, saldrían ellos de México y nos darían guerra por otra parte, de manera que nos vencerían, y tenían que sacrificar muchos de nosotros a sus ídolos, y harían hartazga con nuestros cuerpos. De tal manera se lo envió a decir, que lo creyeron y tuvieron por cierto; y demás desto, en Mataltzingo, tenía el Guatemuz muchos parientes por parte de la madre, y como vieron las caras y cabezas que dicho tengo, y lo que les envió a decir, luego pusieron por la obra de se juntar con todos sus poderes que tenían, y de venir en socorro de México y de su pariente Guatemuz, y venían ya de hecho contra nosotros, y por el camino por donde pasaron estaban tres pueblos, y les comenzaron a dar guerra y robaron las estancias, y robaron niños para sacrificar; los cuales pueblos enviaron a se lo hacer saber a Cortés para que les enviase ayuda y socorro; y como lo

supo, de presto mandó a Andrés de Tapia, y con veinte de a caballo y cien soldados y muchos amigos les socorrió muy bien y les hizo retraer a sus pueblos, con mucho daño que les hizo, y se volvió al real; de que Cortés hubo mucho placer y contentamiento; y después desto, en aquel instante vinieron mensajeros de los pueblos de Cuernabaca a demandar socorro, que los mismos de Mataltzingo, de Malinalco, y otras provincias venían sobre ellos, e que enviase socorro; y para ello envió a Gonzalo de Sandoval con veinte de a caballo y ochenta soldados, los más sanos que había en todos tres reales, y muchos amigos; y sabe Dios cuáles quedábamos con gran riesgo de nuestras personas, porque todos los más estábamos heridos muy malamente y no teníamos refrigerio ninguno. Y porque hay mucho que decir en lo que Sandoval hizo en el desbarate de los contrarios, se dejará de decir, mas de que se vino muy de presto por socorrer a su real, y trajo dos principales de Mataltzingo consigo, y los dejó más de paz que de guerra; y fue muy provechosa aquella entrada que hizo, lo uno por evitar que a nuestros amigos no se les hiciese ni recibiesen más daño, y lo otro porque no viniesen a nuestros reales, como venían de hecho, y porque viese Guatemuz y sus capitanes que no tenían ya ayuda ni favor de aquellas provincias; y también cuando con ellos estábamos peleando nos decían que nos habían de matar con ayuda de Mataltzingo y de otras provincias, e que sus dioses se lo habían prometido así. Dejemos ya de decir de la ida y socorro que hizo Sandoval, y volvamos a decir de cómo Cortés envió a rogar a Guatemuz que viniese de paz e que le perdonaría todo lo pasado; y le envió a decir que el rey nuestro señor le envió a decir ahora nuevamente que no le destruyese más aquella ciudad y tierras, y que por esta causa los cinco días pasados no le había dado guerra ni entrado

batallando; y que mire que ya no tienen bastimentos ni agua, y más de las dos partes de su ciudad por el suelo, e que de los socorros que esperaba de Mataltzingo, que se informe de aquellos dos principales que entonces les envió, y digan cómo les ha ido en su venida; y le envió a decir otras cosas de muchos ofrecimientos, que fueron con estos mensajeros los dos indios de Mataltzingo, y le dijeron lo que había pasado; y no les quiso responder cosa ninguna, sino solamente les mandó que se volviesen a sus pueblos, y luego les mandó salir de México. Dejemos a los mensajeros, que luego salieron los mexicanos por tres partes con la mayor furia que hasta allí habíamos visto, y se vienen a nosotros, y en todos tres reales nos dieron muy recia guerra; y puesto que les heríamos y matábamos muchos dellos, paréceme que deseaban morir peleando, y entonces cuando más recios andaban con nosotros pie con pie peleando, nos decían: «lenticoa rey Castilla, lenticoa»; que quiere decir en su lengua: «¿Qué dirá el rey de Castilla? ¿qué dirá ahora?» Y con estas palabras tirar vara y piedra y flecha, que cubrían el suelo y calzada. Dejemos esto, que ya les íbamos ganando gran parte de la ciudad, y en ellos sentíamos que, puesto que peleaban muy como varones, no se remudaban ya tantos escuadrones como solían, ni abrían zanjas ni calzadas; mas otra cosa tenían muy cierta, que al tiempo que nos retraíamos nos venían siguiendo hasta nos echar mano. Y también se nos había acabado ya la pólvora en todos tres reales, y en aquel instante había venido a la Villa-Rica un navío que era de una armada de un licenciado Lucas Vázquez de Aillón, que se perdió y desbarataron en las islas de la Florida, y el navío aportó a aquel puerto, como dicho tengo, y venían en él ciertos soldados y pólvora y ballestas y otras cosas; y el teniente que estaba en la Villa-Rica, que se decía Rodrigo Rangel, que tenía en guarda a Narváez,

envió luego a Cortés pólvora y ballestas y soldados. Y volvamos a nuestra conquista, por abreviar: que mandó y acordó Cortés con todos los demás capitanes y soldados que les entrásemos todo cuanto pudiésemos hasta llegarles al Tatelulco, que es la plaza mayor, adonde estaban sus altos cues y adoratorios; y Cortés por su parte y Sandoval por la suya, y nosotros por la nuestra, les íbamos ganando puentes y albarradas, y Cortés les entró hasta una plazuela donde tenían otros adoratorios. En aquellos cues estaban unas vigas, y en ellas muchas cabezas de nuestros soldados que habían muerto y desbaratado en las batallas pasadas, y tenían los cabellos y barbas muy crecidas, más que cuando eran vivos; y no lo había yo creído si no lo viera dende a tres días, que como fuimos ganando por nuestra parte dos aberturas y puentes, tuvimos lugar de las ver, e yo conocía tres soldados mis compañeros; y cuando las vimos de aquella manera se nos saltaron las lágrimas de los ojos; y en aquella sazón se quedaron allí donde estaban, mas desde a doce días se quitaron, y las pusimos aquellas y otras cabezas que tenían ofrecidas a otros ídolos, y las enterramos en una iglesia que se dice ahora los Mártires, que nosotros hicimos. Dejemos desto, y digamos cómo fuimos batallando por la parte de Pedro de Alvarado y llegamos al Tatelulco, y había tantos mexicanos en guarda de sus ídolos y altos cues, y tenían tantas albarradas, que estuvimos bien dos horas que no se lo pudimos tomar; y como podían ya correr caballos, puesto que les hirieron a los más; mas nos ayudaron muy bien y alancearon muchos mexicanos; y como había tantos contrarios en tres partes, fuimos las tres capitanías a batallar con ellos; y a la una capitanía, que era de un Gutierre de Badajoz, mandó Pedro de Alvarado que subiese en el alto cu de Huichilobos, y peleó muy bien con los contrarios y muchos papas que en las casas de los adoratorios estaban, y

de tal manera le daban guerra los contrarios, que le hacían venir las gradas abajo; y luego Pedro de Alvarado nos mandó que le fuésemos a socorrer y dejásemos el combate en que estábamos; e yendo que íbamos, nos siguieron los escuadrones con quienes peleábamos, y todavía les subíamos sus gradas arriba. Aquí había bien que decir en qué trabajo nos vimos los unos y los otros en ganarles aquellas fortalezas, que ya he dicho otras veces que eran muy altas; y en aquellas batallas nos tornaron a herir a todos muy malamente, y todavía les pusimos fuego a los ídolos, y levantamos nuestras banderas, y estuvimos batallando en lo llano, después de le haber puesto fuego, hasta la noche, que no nos podíamos valer con tanto guerrero. Dejemos de hablar en ello, y digamos que como Cortés y sus capitanes vinieron en aquella sazón desde sus barrios y calles donde andavan peleando en sus partes lejos del alto cu, y las llamaradas en que el cu mayor ardía, y nuestras banderas encima, se holgó, y se quisieran hallar en él; mas no podían, porque había un cuarto de legua de la una parte a la otra, y tenían muchas puentes y aberturas de agua por ganar, y por donde andaba le daban recia guerra, y no podían entrar tan presto como quisieran, en el cuerpo de la ciudad; mas dende a cuatro días se juntó con nosotros, así Cortés como Sandoval, e podíamos ir desde un real a otro por las calles y casas derrocadas y puentes y albarradas deshechas y aberturas de agua, todo ciego; y en este instante se iban retrayendo Guatemuz con todos sus guerreros en una parte de la ciudad dentro de la laguna, porque las casas y palacios en que vivía ya estaban por el suelo; y con todo esto, no dejaban cada día de salir a nos dar guerra, y al tiempo de retraer nos iban siguiendo muy mejor que de antes; e viendo esto Cortés, que se pasaban muchos días, y no venían de paz ni tal pensamiento tenían, acordó con todos nuestros

capitanes que les echásemos celadas; y fue desta manera: que de todos tres reales se juntaron hasta treinta de a caballo y cien soldados los más sueltos y guerreros que conocía Cortés, y envió llamar de todos tres reales mil tlascaltecas, y los metieron en unas casas grandes que habían sido de un señor de México, y esto fue muy de mañana, y Cortés iba entrando con los demás de a caballo que le quedaban y sus soldados y ballesteros y escopeteros por las calles y calzadas como solía; y ya llegaba Cortés a una abertura y puente de agua, y entonces estaban peleando con él los escuadrones de mexicanos que para ello estaban aparejados, y aun muchos más que Guatemuz enviaba para guardar la puente; y como Cortés vio que había gran número de contrarios, hizo que se retraían y mandaba echar los amigos fuera de la calzada, porque creyesen que de hecho se iban retrayendo; y le iban siguiendo al principio poco a poco, y cuando vieron que de hecho hacía que iba huyendo, van tras él todos los poderes que en aquella calzada le daban guerra; y como Cortés vio que había pasado algo adelante de las casas adonde estaba la celada, tiraron dos tiros juntos, que era señal de cuándo habíamos de salir de la celada, y salen los de a caballo primero, y salimos todos los soldados y dimos en ellos a placer; pues luego volvió Cortés con los suyos y nuestros amigos los tlascaltecas, e hicieron gran matanza. Por manera que se hirieron y mataron muchos, y desde allí adelante no nos seguían al tiempo del retraer; y también en el real de Pedro de Alvarado les echó una celada, mas no tan buena como esta; y en aquel día no me hallé yo en nuestro real con Pedro de Alvarado por causa que Cortés me mandó que para la celada quedase con él. Dejemos desto, y digamos cómo estábamos ya en el Tatelulco, y Cortés nos mandó que pasásemos todas las capitanías a estar en él, e que allí

velásemos, por causa que veníamos más de media legua desde el real a batallar con los mexicanos; y estuvimos allí tres días sin hacer cosa que de contar sea, porque nos mandó que no les entrásemos más en la ciudad ni les derrocásemos más casas, porque les quería tornar a requerir con las paces; y en aquellos días que allí estuvimos en el Tatelulco envió Cortés a Guatemuz rogándole que se diese y no hubiese miedo, y con grandes ofrecimientos: que le prometía que su persona sería muy acatada y honrada de él, y que mandaría a México y a todas sus tierras y ciudades como solía; y les envió bastimentos y regalos, que eran tortillas y gallinas y cerezas y tunas y caza, que no tenía otra cosa; y el Guatemuz entró en consejo con sus capitanes, y lo que le aconsejaron fue, que dijese que quería paz, e que aguardarían tres días, e que al cabo de los tres días se verían el Guatemuz y Cortés, y se darían los conciertos de las paces; y en aquellos tres días tenían tiempo de aderezar puentes y abrir calzadas y adobar piedra y vara y flecha y hacer albarradas: y envió Guatemuz cuatro mexicanos principales con aquella respuesta; e creíamos que eran verdaderas las paces, y Cortés les mandó dar muy bien de comer y beber, y les tornó a enviar a Guatemuz, y con ellos les envió más refresco como de antes; y el Guatemuz tornó a enviar a Cortés otros mensajeros, y con ellos dos mantas ricas, y dijeron que Guatemuz vendría para cuando estaba acordado; y por no gastar más razones sobre el caso, el nunca quiso venir, porque le aconsejaron que no creyese a Cortés, y poniéndole por delante el fin de su tío el gran Montezuma y sus parientes y la destrucción de todo el linaje noble de los mexicanos, e que dijese que estaba malo, e que saliesen todos de guerra, e que placería a sus dioses, que les darían victoria contra nosotros, pues tantas veces se la había prometido. Pues como estábamos aguardando al Guatemuz,

y no venía, vimos luego la burla que de nosotros hacía; y en aquel instante salían tantos batallones de mexicanos con sus divisas, y dan a Cortés tanta guerra, que no se podía valer; y otro tanto fue por nuestra parte de nuestro real; pues en el de Sandoval lo mismo; y era de tal manera, que parecía que entonces comenzaban de nuevo a batallar; y como estábamos algo descuidados, creyendo que estaban ya de paz, hirieron a muchos de nuestros soldados, y tres fueron heridos muy malamente, y el uno dellos murió, y mataron dos caballos y hirieron otros más; e ellos no se fueron mucho alabando, que muy bien lo pagaron. Y como esto vio Cortés, mandó que luego les tornásemos a dar guerra y les entrásemos en su ciudad a la parte donde se habían recogido; y cómo vieron que les íbamos ganando toda la ciudad, envió Guatemuz a decir a Cortés que quería hablar con él desde una gran abertura de agua, y había de ser Cortés de la una parte y el Guatemuz de la otra, y señalaron el tiempo para otro día de mañana; y fue Cortés para hablar con él, y no quiso Guatemuz venir al puesto, sino envió a muchos principales, los cuales dijeron que su señor Guatemuz no osaba venir por temor que cuando estuviese hablando le tirarían escopetas y ballestas y le matarían; y entonces Cortés les prometió con juramento que no les enojaría en cosa ninguna, y no aprovechó, que no le creyeron. En aquella sazón dos principales de los que hablaban con Cortés sacaron de un fardalejo que traían tortillas e una pierna de gallina y cerezas, y sentáronse muy de espacio a comer, porque Cortés los viese y entendiese que no tenían hambre; y desde allí le envió a decir a Guatemuz, que pues no quería venir, que no se le daba nada y que presto les entraría en todas sus casas, y vería si tenía maíz, cuanto más gallinas; y desta manera se estuvieron otros cuatro o cinco días que no les dábamos

guerra; y en este instante se salían de noche muchos pobres indios que no tenían qué comer, y se venían al real de Cortés y al nuestro, como aburridos de hambre; y cuando aquello vio Cortés, mandó que en bueno ni en malo no les diésemos guerra, e que quizá se les mudaría la voluntad para venir de paz, y no venían. Y en el real de Cortés estaba un soldado que decía él mismo que él había estado en Italia en compañía del Gran Capitán, y se halló en la chirinola de Garellano y en otras grandes batallas, y se decía muchas cosas de ingenios de la guerra, e que haría un trabuco en el Tatelulco, con que en dos días que con él tirase a la parte y casas de la ciudad adonde el Guatemuz se había retraído, que les haría que luego se diesen de paz; y tantas cosas dijo a Cortés sobre ello, que luego puso en obra hacer el trabuco, y trajeron piedra, cal y madera de la que él demandó, y carpinteros y clavazón, y todo lo perteneciente para hacer el trabuco, e hicieron dos hondas de recias sogas, y trajeron grandes piedras, y mayores que botijas de arroba; e ya que estaba armado el trabuco según y de la manera que el soldado dio la orden, y dijo que estaba bueno para tirar, y pusieron en la honda una piedra hechiza, lo que con ella se hizo es, que no pasó adelante del trabuco, porque fue por alto y luego cayó allí donde estaba armado. Y desque aquello vio Cortés hubo mucho enojo del soldado que le dio la orden para que lo hiciese, y tenía pesar en sí mismo, porque él creído tenía que no era para en la guerra ni para en cosa de afrenta, y no era más de hablar que se había hallado de la manera que he dicho; y según el mismo soldado decía: que se decía fulano de Sotelo, natural de Sevilla; y luego Cortés mandó deshacer el trabuco. Dejemos desto, y digamos que como vio que el trabuco era cosa de burla, acordó que con todos doce bergantines fuese en ellos Gonzalo de Sandoval por capitán general y entrase en el

rincón de la ciudad adonde se había retraído Guatemuz, el cual estaba en parte que no podían entrar en sus palacios y casas sino por el agua; y luego Sandoval apercibió a todos los capitanes de los bergantines; y lo que hizo diré adelante cómo y de qué manera pasó.

Capítulo CLVI

Cómo se prendió Guatemuz

Pues como Cortés vio que el trabuco no aprovechó cosa ninguna, antes hubo enojo con el soldado que le aconsejó que lo hiciese, y viendo que no quería paces ningunas Guatemuz y sus capitanes, mandó a Gonzalo de Sandoval que entrase con los bergantines en el sitio y rincón de la ciudad adonde estaban retraídos el Guatemuz con toda la flor de sus capitanes y personas más nobles que en México había, y le mandó que no matase ni hiriese a ningunos indios, salvo si no le diesen guerra, e que aunque se la diesen, que solamente se defendiese, y no les hiciese otro mal, y que les derrocase las casas y muchas barbacanas que habían hecho en la laguna; y Cortés se subió luego en el cu mayor del Tatelulco para ver cómo entraba Sandoval con los bergantines, y le fueron acompañando Pedro de Alvarado y Luis Marín, y Francisco de Lugo y otros soldados; y como el Sandoval entró con los bergantines en aquel paraje donde estaban las casas del Guatemuz, cuando se vio cercado el Guatemuz, tuvo temor no le prendiesen o le matasen, y tenía aparejadas cincuenta grandes piraguas para si se viese en aprieto salvarse en ellas y meterse en unos carrizales, e ir desde allí a tierra, y esconderse en unos pueblos de sus amigos; y asimismo tenía mandado a los príncipes y gente de más cuenta que allí en aquel rincón tenía, y a sus capitanes, que hiciesen lo mismo; y como vieron que les entraban en las casas, se embarcaban en las canoas, e ya tenían metida su hacienda de oro y joyas y toda su familia, y se mete en ellas, y tira la laguna adelante, acompañado de muchos capitanes y como en aquel instante iba la laguna llena de canoas, y Sandoval luego tuvo noticia

que Guatemuz con toda la gente principal se iba huyendo, mandó a los bergantines que dejasen de derrocar casas y siguiesen el alcance de las canoas, e que mirasen que tuviesen tino e ojo a qué parte iba el Guatemuz, y que no le ofendiesen ni le hiciesen enojo ninguno, sino que buenamente procurasen de le prender; y como un Garci-Holguín, que era capitán de un bergantín, amigo del Sandoval, y era muy gran velero su bergantín, y llevaba buenos remeros, le mandó que siguiese hacia la parte que le habían dicho que iba el Guatemuz y sus principales y las grandes piraguas, y le mandó que si le alcanzase, que no le hiciese mal ninguno más de prenderle, y el Sandoval siguió por otra parte con otros bergantines que le acompañaban; e quiso Dios nuestro señor que el Garci-Holguín alcanzó a las canoas e grandes piraguas en que iba el Guatemuz, y en el arte de él y de los toldos e piraguas, y aderezo de la canoa, le conoció el Holguín, y supo que era el grande señor de México, y dijo por señas que aguardasen, y no querían, y él hizo como que les quería tirar con las escopetas y ballestas, y hubo el Guatemuz miedo de ver aquello, y dijo: «No me tiren, que yo soy el rey de México y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues a mi mujer ni a mis hijos, ni a ninguna mujer ni a ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes a mí y me lleves a Malinche». Y como el Holguín le oyó, se gozó en gran manera y le abrazó, y le metió en el bergantín con mucho acato, a él, a su mujer y a veinte principales que con él iban, y les hizo asentar en la popa en unos petates y mantas, y les dio de lo que traía para comer, y a las canoas en que iba su hacienda no les tocó en cosa ninguna, sino que juntamente las llevó con su bergantín; y en aquella sazón el Gonzalo de Sandoval se puso a una parte para ver los bergantines, y mandó que todos se recogiesen a él, y luego supo que Garci-Holguín

había prendido al Guatemuz, y que llevaba a Cortés; y como el Sandoval lo supo, mandó a los remeros que llevaba en su bergantín que remasen a la mayor priesa que pudiesen, y cuando alcanzó a Holguín le dijo que le diese el prisionero, y el Holguín no se lo quiso dar, porque dijo que él lo había prendido, y no el Sandoval; y el Sandoval dijo que así era verdad, y que él era general de los bergantines, y que el Holguín venía debajo de su dominio e mando, y que por ser su amigo se lo había mandado, y también porque era su bergantín muy ligero, más que los otros; e mandó que le siguiese y le prendiesen: y que al Sandoval, como a su general, le había de dar el prisionero; y el Holguín todavía porfiaba que no quería. Y en aquel instante fue otro bergantín a gran priesa a Cortés a demandarle albricias, que, como dicho tengo, estaba muy cerca, en el Tatelulco, mirando desde el cu mayor cómo entraba el Sandoval; y entonces le contaron la diferencia que traía Sandoval con el Holguín sobre tomarle el prisionero; y cuando Cortés lo supo, luego despachó al capitán Luis Martín y a Francisco de Lugo para que luego hiciesen venir al Gonzalo de Sandoval y al Holguín, sin mas debatir, e que trajese al Guatemuz y a la mujer y familia con mucho acato, porque él determinaría cúyo era el prisionero y a quién se había de dar la honra dello; y entre tanto que le fueron a llamar, hizo aderezar Cortés un estrado lo mejor que pudo con petates y mantas y otros asientos, y mucha comida de lo que Cortés tenía para sí, y luego vino el Sandoval y Holguín con el Guatemuz, y le llevaron ante Cortés; y cuando se vio delante de él le hizo mucho acato, y Cortés con alegría le abrazó y le mostró mucho amor a él y a sus capitanes; y entonces el Guatemuz dijo a Cortés: «Señor Malinche, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más; y pues vengo por fuerza y preso

ante tu persona y poder, toma luego ese puñal que traes en la cintura y mátame luego con él». Y esto cuando se lo decía lloraba muchas lágrimas con sollozos, y también lloraban otros grandes señores que consigo traía; y Cortés le respondió con doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, y dijo muy amorosamente que por haber sido tan valiente y haber vuelto por su ciudad se lo tenía en mucho y tenía en más a su persona, y que no es digno de culpa, e que antes se lo ha de tener a bien que a mal; e que lo que Cortés quisiera, fue que, cuando iban de vencida, que porque no hubiera más destrucción ni muerte en sus mexicanos, que vinieran de paz y de su voluntad; e que pues ya es pasado lo uno y lo otro, y no hay remedio ni enmienda en ello, que descanse su corazón y de sus capitanes, e que mandará a México y a sus provincias como de antes lo solían hacer; y Guatemuz y sus capitanes dijeron que se lo tenían en merced; y Cortés preguntó por la mujer y por otras grandes señoras mujeres de otros capitanes, que le habían dicho que venían con Guatemuz; y el mismo Guatemuz respondió y dijo que había rogado a Gonzalo de Sandoval y a Garci-Holguín que les dejase estar en las canoas en que estaban, hasta ver lo que el Malinche ordenaba; y luego Cortés envió por ellas, y les mandó dar de comer de lo que había lo mejor que pudo en aquella sazón; y luego, porque era tarde y quería llover, mandó Cortés a Gonzalo de Sandoval que se fuese a Cuyoacan, y llevase consigo a Guatemuz y a su mujer y familia y a los principales que con él estaban; y luego mandó a Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olí que cada uno se fuese a sus estancias y reales, y luego nosotros nos fuimos a Tacuba, y Sandoval dejó a Guatemuz en poder de Cortés en Cuyoacan, y se volvió a Tepeaquilla, que era su puesto y real. Prendióse Guatemuz y sus capitanes en 13 de agosto, a hora de vísperas, día de señor

San Hipólito, año de 1521, gracias a nuestro señor Jesucristo y a nuestra señora la virgen santa María, su bendita madre, amén. Llovió y tronó y relampagueó aquella noche, y hasta media noche mucho más que otras veces. Y como se hubo preso Guatemuz, quedamos tan sordos todos los soldados, como si de antes estuviera uno puesto encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de las tañer; y esto digo al propósito, porque todos los noventa y tres días que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces e silbos unos capitanes mexicanos apercibiendo los escuadrones y guerreros que habían de batallar en la calzada, e otros llamando las canoas que habían de guerrear con los bergantines y con nosotros en las puentes, y otros apercibiendo a los que habían de hincar palizadas y abrir y ahondar las calzadas y aberturas y puentes, y en hacer albarradas, y otros en aderezar piedra y vara y flecha, y las mujeres en hacer piedra rolliza para tirar con las hondas; pues desde los adoratorios y casas malditas de aquellos malditos ídolos, los atambores y cornetas, y el atambor grande y otras bocinas dolorosas, que de continuo no dejaban de se tocar; y desta manera, de noche y de día no dejábamos de tener gran ruido, y tal, que no nos oíamos los unos a los otros; y después de preso el Guatemuz cesaron las voces y el ruido, y por esta causa he dicho cómo si de antes estuviéramos en campanario. Dejemos desto, y digamos cómo Guatemuz era de muy gentil disposición, así de cuerpo como de facciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos más parecían que cuando miraba que eran con gravedad y halagüeños, y no había falta en ellos, y era de edad de veinte y tres o veinte y cuatro años, y el color tiraba más a blanco que al color y matiz de esotros indios morenos, y decían que su mujer era sobrina de Montezuma, su tío,

muy hermosa mujer y moza. Y antes que más pasemos adelante, digamos en que paró el pleito del Sandoval y del Garci-Holguín sobre la prisión de Guatemuz; y es, que Cortés le dijo que los romanos tuvieron otra contienda de la misma manera que esta, entre Mario y Lucio Cornelio Sila, y esto fue cuando Sila trajo preso a Yugurta, que estaba con su suegro el rey Ibocos; y cuando entraba en Roma triunfando de los hechos y hazañas heroicos, pareció ser que Sila metió en su triunfo a Yugurta con una cadena de hierro al pescuezo, y Mario dijo que no le había de meter Sila, sino él; e ya que le metía, que había de declarar que el Mario le dio aquella facultad y le envió por él para que en su nombre le llevase preso; y se le dio el rey Ibocos: pues que el Mario era capitán general y debajo de su mano y bandera militaba, y el Sila, como era de los patricios de Roma, tenía mucho favor; y como Mario era de una villa cerca de Roma, que se decía Arpino, y advenedizo, puesto que había sido siete veces cónsul, no tuvo el favor que el Sila, y sobre ello hubo las guerras civiles entre Mario y el Sila, y nunca se determinó a quien se había de dar la honra de la prisión de Yugurta. Volvamos a nuestro propósito, y es, que Cortés dijo que haría relación dello a su majestad, y a quien fuese servido de hacer merced se le daría por armas, que de Castilla traerían sobre ello la determinación; y desde a dos años vino mandado por su majestad que Cortés tuviese por armas en sus reposteros ciertos reyes, que fueron Montezuma, gran señor de México; Cacamatzin, señor de Tezcuco, y los señores de Iztapalapa y de Cuyoacan y Tacuba, y otro gran señor que decían que era pariente muy cercano del gran Montezuma, a quien decían que de derecho le venía el reino y señoría de México, que era señor de Mataltzingo y de otras provincias; y a este Guatemuz, sobre que fue este pleito. Dejemos desto, y digamos de los

cuerpos muertos y cabezas que estaban en aquellas casas adonde se había retraído Guatemuz; y es verdad, y juro ¡amén!, que toda la laguna y casas y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba. Pues en las calles y en los mismos patios del Tatelulco no había otras cosas, y no podíamos andar, sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destrucción de Jerusalén; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta yo no lo sé; porque faltaron en esta ciudad gran multitud de indios guerreros, y de todas las provincias y pueblos sujetos a México que allí se habían acogido, todos los más murieron; que, como he dicho, así, el suelo y la laguna y barbacoas, todo estaba lleno de cuerpos muertos, y hedía tanto, que no había hombre sufrirlo pudiese; y a esta causa, así como se prendió Guatemuz, cada uno de los capitanes se fueron a sus reales, como dicho tengo, y aun Cortés estuvo malo del hedor que se le entró por las narices en aquellos días que estuvo allí en el Tatelulco. Dejemos desto, y pasemos adelante, y digamos cómo los soldados que andaban en los bergantines fueron los mejor librados e hubieron buen despojo, a causa que podían ir a ciertas casas que estaban en los barrios de la laguna, que sentían que habría oro, ropa y otras riquezas, y también lo iban a buscar a los carrizales, donde lo iban a esconder los indios mexicanos cuando les ganábamos algún barrio y casa; y también porque, so color que iban a dar caza a las canoas que metían bastimentos y agua, si topaban algunas en que iban algunos principales huyendo a tierra firme para se ir entre los otomíes, que estaban comarcanos, les despojaban de lo que llevaban. Quiero decir que nosotros los soldados que militábamos en las calzadas y por tierra firme no podíamos haber provecho ninguno, sino muchos flechazos y lanzadas y heridas de vara y piedra, a

causa que cuando íbamos ganando alguna casa o casas, ya los moradores dellas habían salido y sacado toda la hacienda que tenían, y no podíamos ir por agua sin que primero cegásemos las aberturas y puentes; y a esta causa he dicho en el capítulo que dello habla, que cuando Cortés buscaba los marineros que habían de andar en los bergantines, que fueron mejor librados que no los que batallábamos por tierra; y así pareció claro, porque los capitanes mexicanos, y aun el Guatemuz, dijeron a Cortés, cuando les demandaba el tesoro del gran Montezuma, que los que andaban en los bergantines habían robado mucha parte dello. Dejemos de hablar más en esto hasta más adelante, y digamos que, como había tanta hedentina en aquella ciudad, que Guatemuz le rogó a Cortés que diese licencia para que se saliese todo el poder de México a aquellos pueblos comarcanos, y luego les mandó que así lo hiciesen. Digo que en tres días con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios e indias y muchachos, llenos de bote en bote, que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios e amarillos e hediondos, que era lástima de los ver; y después que la hubieron desembarazado, envió Cortés a ver la ciudad, y estaba, como dicho tengo, todas las casas llenas de indios muertos, y aun algunos pobres mexicanos entre ellos, que no podían salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba; y hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raíces de las yerbas que habían comido cocidas: hasta las cortezas de los árboles también las habían comido. De manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada. También quiero decir que no comían las carnes de sus mexicanos, sino eran de los enemigos tlascaltecas y las nuestras que apañaban; y no se ha hallado generación en el mundo que tanto sufriese la hambre y sed y continuas

guerras como ésta. Dejemos de hablar en esto, y pasemos adelante: que mandó Cortés que todos los bergantines se juntasen en unas atarazanas que después se hicieron. Volvamos a nuestras pláticas: que después que se ganó esta grande y populosa ciudad, y tan nombrada en el universo, después de haber dado muchas gracias a nuestro señor y a su bendita madre, ofreciendo ciertas promesas a Dios nuestro señor, Cortés mandó hacer un banquete en Cuyoacan, en señal de alegrías de la haber ganado, y para ello tenían ya mucho vino de un navío que había venido al puerto de la Villa-Rica, y tenía puercos que le trajeron de Cuba; y para hacer la fiesta mandó convidar a todos los capitanes y soldados que le pareció que era bien tener cuenta con ellos en todos tres reales; y cuando fuimos al banquete no había mesas puestas, ni aun asientos, para la tercia parte de los capitanes y soldados que fuimos, y hubo mucho desconcierto, y valiera más que no se hiciera, por muchas cosas no muy buenas que en él acaecieron, y también porque esta planta de Noé hizo a algunos hacer desatinos, y hombres hubo en él que no acertaban a salir al patio; otros decían que habían de comprar caballos con sillas de oro, y ballesteros hubo que decían que todas las saetas que tuviesen en su aliaba que habían de ser de oro, de las partes que les habían de dar; y otros iban por las gradas abajo rodando. Pues ya que habían alzado las mesas, salieron a danzar las damas que había, con los galanes cargados con sus armas, que era para reír, y fueron las damas que aquí nombraré, que no había otras en todos los reales ni en la Nueva-España; primeramente la vieja María de Estrada, que después casó con Pedro Sánchez Farfán, y Francisca de Ordaz, que se casó con un hidalgo que se decía Juan González de León; la Bermuda, que se casó con Olmos de Portillo, el de México; otra señora mujer del

capitán Portillo, que murió en los bergantines, y ésta por estar viuda, no la sacaron a la fiesta; e una fulana Gómez, mujer que fue de Benito de Vegel; y otra señora hermosa que se casó con un Hernán Martín, que vino a vivir a Oaxaca; y otra vieja que se decía Isabel Rodríguez, mujer que en aquella sazón era de un fulano de Guadalupe; y otra mujer algo anciana que se decía Mari Hernández, mujer que fue de Juan de Cáceres, el rico; de otras ya no me acuerdo que las hubiese en la Nueva España. Dejemos el banquete y bailes y danzas, que para otro día hubo sátira, e asimismo valiera más que no la hubiera, sino que todo se empleara en cosas santas y buenas. Y dejemos de más hablar en esto, y quiero decir otras cosas que pasaron que se me olvidaba, y aunque no vengan ahora dichas sino algo atrás, sin propósito; y es, que nuestros amigos Chichimecatecle y los dos mancebos Xicotengas, hijos de don Lorenzo de Vargas, que se solía llamar Xicotenga «el viejo y ciego» guerrearon muy valientemente contra el poder de México, y nos ayudaron muy esforzada y extraordinariamente de bien; y asimismo un hermano del señor de Tezcuco don Hernando, que se decía Estesuchel, que después se llamó don Carlos; este hizo cosas de muy esforzado y valiente varón; y otro capitán natural de una ciudad de la laguna, que no se me acuerda su propio nombre; también hacían maravillas, y otros muchos capitanes de pueblos que nos ayudaban, todos guerreaban muy poderosamente; y Cortés les habló y les dio muchas gracias y loores porque nos habían ayudado, con muchas buenas palabras y promesas de que el tiempo andando les daría tierras y vasallos y les haría grandes señores, y les despidió; y como estaban ricos de ropa de algodón y oro, otras muchas cosas ricas de despojos, se fueron alegres a sus tierras, y aun llevaron hartas cargas de tasajos cecinados de

indios mexicanos, que repartieron entre sus parientes y amigos, y como cosas de sus enemigos, la comieron por fiestas Ahora, que estoy fuera de los recios combates y batallas de los mexicanos, que con nosotros, y nosotros con ellos teníamos de noche y de día, porque doy muchas gracias a Dios, que dellas me libro; quiero contar una cosa muy temeraria que me acaeció, y es, que después que vi abrir por los pechos y sacar los corazones y sacrificar a aquellos sesenta y dos soldados que dicho tengo que llevaron vivos de los de Cortés y ofrecerles los corazones a los ídolos, y esto que ahora diré, les parece a algunas personas que es por falta de no tener muy grande ánimo; y si bien lo consideran, es por el demasiado ánimo con que en aquellos días habla de poner mi persona en lo más recio de las batallas, porque en aquella sazón presumía de buen soldado y era tenido en esta reputación, y había de hacer lo que los más osados y atrevidos soldados suelen hacer, y en aquella sazón yo hacía delante de mis capitanes; y como de cada día veía llevar a nuestros compañeros a sacrificar, y había visto, como dicho tengo, que les aserraban por los pechos y sacarles los corazones bullendo, y cortarles pies y brazos y se los comieron a los sesenta y dos que dicho tengo; temía yo que un día que otro habían de hacer de mí lo mismo, porque ya me habían llevado asido dos veces, y quiso Dios que me escapé; y acordóseme de aquellas feísimas muertes, y como dice el refrán que «cantarillo que muchas veces va a la fuente», etc.; y a este efecto siempre desde entonces temía la muerte más que nunca. Y, esto he dicho porque antes de entrar en las batallas se me ponía una como grima y tristeza en el corazón, y orinaba una vez o dos, y encomendábame a Dios y a su bendita madre nuestra señora, y entrar en las batallas, todo era uno, y luego se me quitaba aquel temor. Y también quiero decir qué cosa tan nueva era ahora tener yo

aquel temor no acostumbrado, habiéndome hallado en muchos reencuentros muy peligrosos, ya había de estar curtido el corazón y esfuerzo y ánimo en mi persona ahora a la postre más arraigado que nunca; porque, si bien lo sé contar y traer a la memoria, desde que vine a descubrir con Francisco Hernández de Córdoba y con Grijalva, y volví con Cortés, y me hallé en lo de la punta de Cotoche y en lo de Lázaro, que por otro nombre se dice Campeche, y en Potonchan y en la Florida, según que más largamente lo tengo escrito cuando vine a descubrir con Francisco Hernández de Córdoba. Dejemos desto, y volvamos a hablar en lo de Grijalva y en la misma de Potonchan, y con Cortés en lo de Tabasco y la de Cingapacinga, y en todas las guerras y reencuentros de Tlascala y en lo de Cholula, y cuando desbaratamos a Narváez me señalaron para que les fuésemos a tomar la artillería, que eran dieciocho tiros que tenían cebados y cargados con sus pelotas de piedra, los cuales les tomamos, y este trance fue de mucho peligro; y me hallé en el primer desbarate cuando los mexicanos nos echaron de México, o por mejor decir, salimos huyendo: cuando nos mataron en obra de ocho días ochocientos y cincuenta soldados; y me hallé en las entradas de Tepeaca y Cachula y sus rededores, y en otros reencuentros que tuvimos con los mexicanos cuando estábamos en Tezcuco sobre coger las milpas de maíz, y en lo de Iztapalapa cuando nos quisieron anegar, y me hallé cuando subimos en los peñoles, y ahora los llaman «las fuerzas o fortaleza que ganó Cortés»; y en lo de Suchimilco, e otros muchos reencuentros; y entré con Pedro de Alvarado con los primeros a poner cerco a México, y les quebramos el agua de Chapultepeque, y en la primera entrada que entramos en la calzada con el mismo Pedro de Alvarado; y después desto, cuando desbaratamos por la misma nuestra parte y llevaron

seis soldados vivos, y a mí me llevaban, e ya se hacía cuenta que eran siete conmigo, según me llevaban engarrafado a sacrificar; y me hallé en todas las demás batallas ya por mí memoradas, que cada día y de noche teníamos, hasta que vi, como dicho tengo, las crueles muertes que dieron delante de mis ojos a aquellos sesenta y dos soldados nuestros compañeros; ya he dicho que ahora que por mí habían pasado todas estas batallas y peligros de muerte, que no lo había de temer como lo temía ahora a la postre. Digan ahora todos aquellos caballeros que desto del militar entienden, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, a qué fin echarán mi temor, si es a mucha flaqueza de ánimo o a mucho esfuerzo; porque, como he dicho, sentía yo en mi pensamiento que habla de poner mi persona, batallando, en parte que por fuerza había temer la muerte más que otras veces, y por esto me temblaba el corazón y temía la muerte; y todas aquestas batallas que aquí he dicho donde me había hallado, verán en mi relación en qué tiempo y cómo y cuándo y dónde y de qué manera. Otras muchas entradas y reencuentros tuvo Cortés y muchos de nuestros capitanes, sin estos que aquí tengo dichos que no me hallé yo en ellos, porque eran de cada día tantos, que aunque fuera de hierro mi cuerpo, no lo pudiera sufrir, en especial que siempre andaba herido y pocas veces estaba sano, por esta causa no podía ir a todas las entradas; pues aun no han sido nada los trabajos y peligros y reencuentros de muerte que de mi persona he recontado, que después que ganamos esta fuerte y gran ciudad pasé otros muchos, como adelante verán cuando venga a coyuntura. Y dejemos ya, y diré y declararé por qué he dicho en todas estas guerras mexicanas cuando nos mataron nuestros compañeros, digo «lleváronlos», y no digo «matáronlos», y la causa es esta: porque los guerreros que con nosotros

peleaban, aunque pudieran matar luego a los que llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanles heridas peligrosas porque no se defendiesen, y vivos los llevaban a sacrificar a sus ídolos, y aun primero les hacían bailar delante de Huichilobos que era su ídolo de la guerra; y esta es la causa por qué he dicho: «los llevaron». Y dejemos esta materia, y digamos lo que Cortés hizo después de ganado México.

Capítulo CLVII

Cómo mandó Cortés adobar los caños de Chapultepeque, e otras muchas cosas

La primera cosa que mandó Cortés a Guatemuz fue que adobasen los caños del agua de Chapultepeque, según y de la manera que solían estar antes de la guerra, e que luego fuese el agua por sus caños a entrar en aquella ciudad de México, e que luego con mucha diligencia limpiasen todas las calles de México de todas aquellas cabezas y cuerpos de muertos, que todas las enterrasen, para que quedasen limpias y sin que hubiese hedor ninguno en toda aquella ciudad; y que todas las calzadas y puentes que las tuviesen tan bien aderezadas como de antes estaban, y que los palacios y casas que las hiciesen nuevamente, y que dentro de dos meses se volviesen a vivir en ellas; y luego les señaló Cortés en qué parte habían de poblar, y la parte que habían de dejar desembarazada para en que poblásemos nosotros. Dejémonos ahora destos mandados y de otros que ya no me acuerdo, y digamos cómo el Guatemuz y todos sus capitanes dijeron a nuestro capitán Cortés que muchos capitanes y soldados que andaban en los bergantines, y de los que andábamos en las calzadas batallando, les habíamos tomado muchas hijas y mujeres de algunos principales; que les pedían por merced que se las hiciese volver; y Cortés les respondió que serían muy malas de las haber de poder de los compañeros que las tenían, y puso alguna dificultad en ello; pero que las buscasen y trajesen ante él, e que vería si eran cristianas o si querían volver a casa de sus padres y de sus maridos, y que luego se las mandaría dar; y dióles licencia para que las buscasen en todos tres reales, e un mandamiento para que el soldado que las tuviese luego se

las diese si las indias se querían volver de buena voluntad con ellos; y andaban muchos principales en busca dellas de casa en casa, y eran tan solícitos, que las hallaron, y las más dellas no quisieron ir con sus padres ni madres ni maridos, sino estarse con los soldados con quienes estaban, y otras se escondían, y otras decían que no querían volver a idolatrar, y aun algunas dellas estaban ya preñadas; y desta manera, no llevaron sino tres, que Cortés mandó expresamente que las diesen. Dejemos desto, y digamos que luego mandó hacer unas atarazanas y fortaleza en que estuviesen los bergantines, y nombró alcaide que estuviese en ellas, y paréceme que fue a Pedro de Alvarado, hasta que vino de Castilla un Salazar, que se decía de la Pedrada, Digamos de otra materia: como se recogió todo el oro y plata y joyas que se hubieron en México, e fue muy poco, según pareció, porque todo lo demás hubo fama que lo mandó echar Guatemuz en la laguna cuatro días antes que se prendiese; e que demás desto, que lo habían robado los tlascaltecas y los de Tezcuco y Guaxocingo y Cholula, y todos los demás de nuestros amigos que estaban en la guerra; y demás desto, que los que andaban en los bergantines robaron su parte; por manera que los oficiales del rey decían y publicaban que Guatemuz lo tenía escondido, y Cortés holgaba dello de que no lo diese, por haberlo él todo para sí; y por estas causas acordaron de dar tormento a Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo y gran privado; y ciertamente le pesó mucho a Cortés, porque a un señor como Guatemuz, rey de tal tierra, que es tres veces más que Castilla, le atormentasen por codicia del oro, que ya habían hecho pesquisas sobre ello, y todos los mayordomos de Guatemuz decían que no había más de lo que los oficiales del rey tenían en su poder, y eran hasta trescientos y ochenta mil pesos de oro, porque ya lo habían fundido y hecho barras; y

de allí se sacó el real quinto, e otro quinto para Cortés; y como los conquistadores que no estaban bien con Cortés vieron tan poco oro, y al tesorero Julián de Alderete le decían algunos dellos que tenían sospecha que por quedarse Cortés con el oro no quería que prendiesen al Guatemuz ni le diesen tormento; y porque no le echasen a Cortés algo sobre ello, y no lo pudo excusar, le atormentaron, en que le quemaron los pies con aceite, y al señor de Tacuba; y lo que confesaron fue, que cuatro días antes que le prendiesen lo echaron en la laguna, así el oro como los tiros y escopetas y ballestas y otras muchas cosas de guerra que de nosotros tenían de cuando nos echaron de México y cuando desbarataron ahora a la postre a Cortés; y fueron a donde Guatemuz había señalado, y entraron buenos nadadores y no hallaron cosa ninguna; y lo que yo vi, que fuimos con el Guatemuz a las casas donde solía vivir, y estaba una como alberca grande de agua honda, y de aquella alberca sacamos un sol de oro como el que nos hubo dado el gran Montezuma, y muchas joyas y piezas de poco valor, que eran del mismo Guatemuz; y el señor de Tacuba dijo que él tenía en unas casas suyas grandes, que estaban de Tacuba obra de cuatro leguas, ciertas cosas de oro, e que le llevasen allá y diría adonde estaba enterrado, y lo diría; y fue Pedro de Alvarado y seis soldados con él, e yo fui en su compañía; y cuando allegamos dijo que por morirse en el camino había dicho aquello, e que le matasen, que no tenía oro ni joyas ningunas; y así, nos volvimos sin ello, y así se quedó, que no hubimos más oro que fundir; verdad es que a la recámara del Montezuma, que después poseyó el Guatemuz, no se había allegado a muchas joyas y piezas de oro, que todo ello se tomó para que con ello sirviéramos a su majestad; y porque había muchas joyas de diversas hechuras y primas labores, y si me parase a escribir cada cosa y hechura dello

por sí, sería y es gran prolijidad, lo dejaré de decir en esta relación; mas dijeron allí muchas personas, e yo digo de verdad, que valía dos veces más, que la que había sacado para repartir, el real quinto de su majestad; todo lo cual enviamos al emperador nuestro señor con Alonso de Ávila, que en aquel tiempo vino de la isla a Santo Domingo, y con Antonio de Quiñones; lo cual diré adelante cómo y dónde, en qué manera y cuándo fueron. Y dejemos de hablar dello, y volvamos a decir que en la laguna, donde decía Guatemuz que había echado el oro, entré yo y otros soldados a zambullidas, y siempre sacábamos pecezuelos de poco precio, lo cual luego nos lo demandó Cortés y el tesorero Julián de Alderete; y ellos mismos fueron con nosotros a donde lo habíamos sacado, y llevaron consigo buenos nadadores, y sacaron obra de noventa o cien pesos de sartalejos de cuentas y ánades y perrillos y pinjantes y collarejos y otras cosas de nonada, que así se puede decir, según había la fama en la laguna del oro que de antes había echado. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo todos los capitanes y soldados estaban algo pensativos de ver el poco oro que parecía y las partecillas que dello nos daban; y el fraile de la Merced, y Alonso de Ávila, que entonces había vuelto de la isla de Santo Domingo de cuando le enviaron por procurador, y Pedro de Alvarado y otros caballeros y capitanes dijeron a Cortés que, pues que había poco oro, que las partes que habían de caber a todos que las diesen y repartiesen a los que quedaron mancos y cojos y ciegos y tuertos y sordos, y a otros que se habían quemado con pólvora, y a otros que estaban dolientes de dolor de costado; que aquellos les diese todo el oro, y que para aquellos sería bien dárselo, e que todos los demás que estábamos sanos lo habríamos por bien; y si esto le dijeron a Cortés, fue sobre cosa pensada, creyendo que nos darían más que las partes

que nos venían, porque había mucha sorpresa que lo tenía escondido todo, y lo que respondió fue, que vería las partes que cabían, e que visto, en todo pondría remedio; y como todos los capitanes y soldados queríamos ver lo que nos cabía de parte, dábamos priesa para que se echase la cuenta y se declarase a qué tantos pesos salíamos; y después que lo hubieron tanteado, dijeron que cabían los de a caballo a cien pesos, y a los ballesteros y escopeteros y rodeleros qué no se me acuerda bien; y de que aquellas partes que nos señalaron, ningún soldado lo quiso tomar; y entonces murmuramos de Cortés y del tesorero Alderete, y el tesorero por descargarse decía que no podía haber más, porque Cortés sacaba otro quinto del montón, como el de su majestad, para él, y se pagaban muchas costas de los caballos que se habían muerto, y también dejaban de meter en el montón otras muchas piezas que habíamos de enviar a su majestad; y que riñésemos con Cortés, y no con él; y como en todos tres reales había soldados que habían sido amigos y paniaguados del Diego Velázquez, gobernador de Cuba, de los que habían pasado con Narváez, que no estaban bien con Cortés, como vieron que no les daban las partes del oro que ellos quisieran, no lo quisieron recibir lo que les daban; y como Cortés estaba en Cuyoacan y posaba en unos grandes palacios que estaban blanqueados y encaladas las paredes, donde buenamente se podía escribir con carbón y con otras tintas, amanecían cada mañana escritos motes, unos en prosa y otros en versos, algo maliciosos, a manera como mase-pasquines e libelos; y unos decían que el sol y la luna y el cielo y estrellas y la mar y la tierra tienen sus cursos, e que si algunas veces salen más de la inclinación para que fueron criados más de sus medidas, que vuelven a su ser, y que así había de ser la ambición de Cortés en el mandar; y otros decían que más conquistados

nos traía que la misma conquista que dimos a México, y que no nos nombrásemos conquistadores de Nueva-España, sino conquistados de Hernando Cortés; y otros decían que no bastaba tomar buena parte del oro como general, sino tomar parte de quinto como rey, sin otros aprovechamientos que tenía; y otros decían: «¡Oh, qué triste está el anima mea hasta que la parte vea!» Otros decían que Diego Velázquez gastó su hacienda e descubrió toda la costa hasta Pánuco, y la vino Cortés a gozar; y decían otras cosas como estas, y aun decían palabras que no son para decir en esta relación. Y como Cortés salía cada mañana y lo leía, y como estaban unas chanzonetas en prosa y otras en metro, y por muy gentil estilo y consonancia cada mote y copla a lo que iba inclinada y a fin que tiraba su dicho, y no como yo aquí lo digo; y como Cortés era algo poeta, y se preciaba de dar res, puestas inclinadas a loas de sus heroicos hechos, y deshaciendo los del Diego Velázquez y Grijalba y Narváez, respondía también por buenos consonantes y muy a propósito en todo lo que escribía; y de cada día iban más desvergonzados los metros, hasta que Cortés escribió: «Pared blanca, papel de necios». Y amanecía más adelante: «Y aun de sabios y verdades». Y aun bien supo Cortés quién lo escribía, y fue un fulano Tirado, amigo de Diego Velázquez, yerno que fue de Ramírez «el viejo» que vivía en la Puebla, y un Villalobos, que fue a Castilla, y otro que se decía Mansilla, y otros que ayudaban de buena para que Cortés sintiese a los puntos que le tiraban. Y Cortés se enojó y dijo públicamente que no pusiesen malicias, que castigaría a los ruines desvergonzados. Dejemos desto, y digamos que, como había muchas deudas entre nosotros, que debíamos de ballestas a cuarenta y a cincuenta pesos, y de una escopeta ciento, y de un caballo ochocientos, y mil, y a veces más, y una espada cincuenta, y desta manera eran tan caras

las cosas que hablamos comprado; pues un cirujano que se llamaba maestre Juan, que curaba algunas malas heridas y se igualaba por la cura a excesivos precios, y también un médico que se decía Murcia, que era boticario y barbero, también curaba; y otras treinta trampas y zarrabusterías que debíamos, demandaban que les pagásemos de las partes que nos daban; y el remedio que Cortés dio fue, que puso dos personas de buena conciencia, y que sabían de mercaderías, que apreciasen qué podrían valer las mercaderías y cosas de las que habíamos tomado fiado, y que lo apreciasen; llamábanse los apreciadores el uno Santa Clara, persona muy honrada, y el otro se decía fulano de Llerena; y se mandó que todo aquello que aquellos apreciadores dijesen que valía cada cosa de las que nos habían vendido, y las curas que nos habían hecho los cirujanos que pasasen por ello; e que si no teníamos dineros, que aguardasen por ello tiempo de dos años. Otra cosa también se hizo: que todo el oro que se fundió echaron tres quilates más de lo que tenía de ley, porque ayudasen a las pagas, y también porque en aquel tiempo habían venido mercaderes y navíos a la Villa-Rica y creyendo, que en echarle los tres quilates más, que ayudasen a la tierra y a los conquistadores; y no nos ayudó en cosa alguna, antes fue en nuestro perjuicio; porque los mercaderes, porque aquellos tres quilates saliesen a la cabal de sus ganancias, cargaban en las mercaderías y cosas que vendían cinco quilates, y así anduvo el oro de tres quilates más, cinco o seis años, y a este respecto se nombraba el oro de quilates tepuzque, que quiere decir en la lengua de indios cobre; y así ahora tenemos aquel modo de hablar, que nombramos a algunas personas que son preeminentes y de merecimiento el señor don fulano de tal nombre, Juan o Martín o Alonso, y otras personas que no son de tanta calidad les decimos no más de su nombre; y por haber

diferencia de los unos a los otros, decimos a fulano de tal nombre «tepuzque». Volvamos a nuestra plática: que viendo que no era justo que el oro anduviese de aquella manera, se envió a hacer saber a su majestad para que se quitase y no anduviese en la Nueva-España, y su majestad fue servido mandar que no anduviese más, e que todo lo que se le hubiese de pagar en almojarifazgo y penas de cámara que se le pagase de aquel oro malo hasta que se acabase y no hubiese memoria dello, y desta manera se llevó todo a Castilla. Y quiero decir que en aquella sazón que esto pasó ahorcaron dos plateros que falseaban las marcas y las echaban a cobre puro. Mucho me he detenido en contar cosas viejas y salir fuera de mi relación. Volvamos a ella, y diré que, como Cortés vio que muchos soldados se le desvergonzaban y le pedían más partes, y le decían que se lo tomaba todo para sí, y le pedían prestados dineros, acordó de quitar de sobre sí aquel dominio y de enviar a poblar a todas las provincias que le pareció que convenía que se poblasen. A Gonzalo de Sandoval mandó que fuese a poblar a Tustepeque, e que castigase unas guarniciones mexicanas que mataron cuando salimos de México sesenta personas, y entre ellas seis mujeres de Castilla que allí habían quedado de los de Narváez, e que poblase Medellín; e que pasase a Guazacualco e que poblase aquel puerto; y también mandó que fuesen a conquistar la provincia de Pánuco; y a Rodrigo Rangel que se estuviese en la Villa-Rica, y en su compañía Pedro de Ircio; y Juan Velázquez Chico mandó que fuese a Colima, y a un Villa-Fuerte a Zacatula, y a Cristóbal de Olí que fuese a Michoacán: ya en este tiempo se había casado Cristóbal de Olí con una señora portuguesa, que se decía doña Filipa de Araujo; y envió a Francisco de Horozco a poblar a Guaxaca. Porque en aquellos días que habíamos ganado a México, como lo supieron en todas estas

provincias, que he nombrado, que México estaba destruida, no lo podían creer los caciques y señores dellas, como estaban lejos, y enviaban principales a dar a Cortés el parabién de las victorias, y a darse y ofrecerse por vasallos de su majestad, y a ver cosa tan temida como dellos fue México si era verdad que estaba por el suelo; y todos traían consigo a sus hijos pequeños, y les mostraban a México, y como solemos decir: «Aquí fue Troya»; y se lo declaraban. Dejemos desto, y digamos una plática que es bien que se declare; porque me dicen muchos curiosos lectores que ¿qué es la causa que los verdaderos conquistadores que ganamos la Nueva-España y la grande y fuerte ciudad de México, por qué no nos quedamos en ella a poblar y nos veníamos a otras provincias? Tienen razón de lo preguntar; quiero decir la causa por qué, y es esto que diré. En los libros de la renta de Montezuma mirábamos de qué parte le traían el oro, y dónde había minas y cacao y ropa de mantas; y de aquellas partes que veíamos en los libros que traían los tributos del oro para el gran Montezuma, queríamos ir allá, en especial viendo que salían de México un capitán principal y amigo de Cortés, como era Sandoval; y también como veíamos que en todos los pueblos de la redonda de México no tenían minas de oro ni algodón ni cacao, sino mucho maíz y magüeyales, de donde sacaban el vino, y a esta causa la teníamos por tierra pobre, y nos fuimos a otras provincias a poblar, y en todas fuimos muy engañados. Acuérdome que fui a hablar a Cortés que me diese licencia para que fuese con Sandoval, y me dijo: «En mi conciencia, hermano Bernal Díaz del Castillo, que vivís engañado; que yo quisiera que quedárais aquí conmigo; mas si es vuestra voluntad ir con vuestro amigo Gonzalo de Sandoval, id en buena hora, e yo tendré siempre cuidado de lo que se ofreciere; mas bien sé que os arrepentiréis por me dejar».

Volvamos a decir de las partes del oro, que todo se quedó en poder de los oficiales del rey, por las esclavas que habíamos sacado en las almonedas. No quiero poner aquí por memoria qué tantos de a caballo ni ballesteros, ni escopeteros, ni soldados, ni en cuántos días de tal mes despachó Cortés a los capitanes para que fuesen a poblar las provincias por mí arriba dichas, porque sería larga relación; basta que diga pocos días después de ganado México e preso Guatemuz, e de ahí a otros dos meses envió a otro capitán a otras provincias. Dejemos ahora de hablar de Cortés, y diré que en aquel instante vino al puerto de la Villa-Rica, con dos navíos, un Cristóbal de Tapia, veedor de las fundiciones que se hacían en Santo Domingo, y otros decían que era alcaide de aquella fortaleza que está en la isla de Santo Domingo, y traía provisiones y cartas misivas de don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, e se nombraba arzobispo de Rosano, para que le diésemos la gobernación de Nueva-España al Tapia; e lo que sobre ello pasó diré adelante.

Capítulo CLVIII

Cómo llegó al puerto de la Villa-Rica un Cristóbal de Tapia que venía para ser gobernador

Pues como Cortés hubo despachado los capitanes y soldados por mí ya dichos a pacificar y poblar provincias, en aquella sazón vino un Cristóbal de Tapia, veedor de la isla de Santo Domingo, con provisiones de su majestad, guiadas y encaminadas por don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, porque así se llamaba, para que le admitiesen a la gobernación de la Nueva-España; y demás de las provisiones, traía muchas cartas misivas del mismo obispo para Cortés y para otros muchos conquistadores y capitanes de los que habían venido con Narváez, para que favoreciesen al Cristóbal de Tapia; y demás de las cartas que traía cerradas y selladas del obispo, traía otras en blanco para que el Tapia en la Nueva-España pusiese todo lo que quisiese y le pareciese, y en todas ellas traía grandes prometimientos que nos haría muchas mercedes si dábamos la gobernación al Tapia, y por otra parte muchas amenazas, y decía que su majestad nos enviaría a castigar. Dejemos desto; que Tapia presentó sus provisiones en la Villa-Rica de la Veracruz delante de Gonzalo de Alvarado, hermano de Pedro de Alvarado, que estaba en aquella sazón por teniente de Cortés, porque un Rodrigo Rangel, que solía estar allí por alcalde mayor, no sé qué desatinos había hecho cuando allí estaba, y le quitó Cortés el cargo; y presentadas las provisiones, el Gonzalo de Alvarado las obedeció y puso sobre su cabeza como provisiones y mando de su rey y señor; e que en cuanto al cumplimiento, que se juntarían los alcaldes y regidores de aquella villa e que platicarían e verían cómo y de qué

manera eran ganadas y habidas aquellas provisiones, e que todos juntos las obedecerían, porque él solo era una persona, y también porque querían ver si su majestad era sabidor que tales provisiones se enviasen; y esta respuesta no le cuadró bien al Tapia, y aconsejáronle que se fuese luego a México, adonde estaban Cortés con todos los demás capitanes y soldados, y que allí las obedecerían; y demás de presentar las provisiones, como dicho tengo, escribió a Cortés de la manera que venía por gobernador; y como Cortés era muy avisado, si muy buenas cartas le escribió el Tapia, y vio las ofertas y ofrecimientos del obispo de Burgos, y por otra parte las amenazas; si muy buenas palabras y muy llenas de cumplimientos venían ellas, él le escribió otras muy mejores y más halagüeñas, y blandosamente, y amorosas y llenas de cumplimientos le escribió Cortés en respuesta; y luego Cortés rogó y mandó a ciertos de nuestros capitanes que se fuesen a ver con el Tapia, los cuales fueron Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval y Diego de Soto el de Toro y un Valdenebro y el capitán Andrés de Tapia, a los cuales envió a llamar por la posta que dejasen de poblar por entonces las provincias en que estaban y que fuesen a la Villa-Rica, donde estaba el Cristóbal de Tapia, y con ellos mandó que fuese un fraile que se decía Pedro Melgarejo de Urrea. Ya que el Tapia iba camino de México a se ver con Cortés, encontró con nuestros capitanes y con el fraile por mí nombrado, y con palabras y ofrecimientos que le hicieron, volvió del camino para un pueblo que se decía Cempoal, y allí le demandaron que mostrase otra vez las provisiones, y que verían cómo y de qué manera lo mandaba su majestad, y si venía en ellas su real firma o era sabidor dello, e que los pechos por tierra las obedecerían en nombre de Hernando Cortés y de toda la Nueva-España, porque traían poder para ello; y el Tapia les tornó a

notificar y mostrar las provisiones, y todos aquellos capitanes a una las obedecieron y pusieron sobre sus cabezas como provisiones de nuestro rey y señor, e que en cuanto al cumplimiento, que suplicaban dellas para ante el emperador nuestro señor; y dijeron que no era sabidor dellas ni de cosa ninguna, e que el Cristóbal de Tapia no era suficiente para ser gobernador, e que el obispo de Burgos era contra todos los conquistadores que servíamos a su majestad, y andaba ordenando aquellas cosas sin dar verdadera relación a su majestad, y por favorecer al Diego Velázquez, y al Tapia: por casar con uno dellos a una doña fulana de Fonseca, sobrina del mismo obispo; y luego que el Tapia vio que no aprovechaban palabras ni provisiones ni cartas de ofertas ni otros cumplimientos, adoleció de enojo; y aquellos nuestros capitanes le escribían a Cortés todo lo que pasaba, y le avisaron que enviase tejuelos de oro y barras, e que con ellos amansaría la furia del Tapia; lo cual luego vino en posta, y le compraron unos negros y tres caballos y el un navío, y se volvió a embarcar en el otro navío y se fue a la isla de Santo Domingo, de donde había salido; e cuando allá llegó, la audiencia real que en ella residía y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores notaron muy bien su vuelta de aquella manera, y se enojaron con él porque antes que saliese de la isla para ir a la Nueva-España le habían mandado expresamente que en aquella sazón no curase de venir, porque sería causa de quebrar el hilo y conquistas de México, y no les quiso obedecer; antes, con favor del obispo de Burgos don Juan Rodríguez de Fonseca, se resolvió; que no osaban hacer otra cosa los oidores sino lo que el obispo de Burgos mandaba, porque era presidente de Indias, porque su majestad estaba en aquella sazón en Flandes, que no había venido a Castilla. Dejemos esto del Tapia, y digamos cómo luego envió Cortés

a Pedro de Alvarado a poblar a Tututepeque, que era tierra rica de oro. Y para que bien lo entiendan los que no saben los nombres destos pueblos, uno es Tutepeque, adonde fue Gonzalo de Sandoval, y otro es Tututepeque, adonde en esta sazón va Pedro de Alvarado; y esto declaro porque no me culpen que digo que dos capitanes fueron a poblar una provincia de un nombre, y son dos provincias; y también había enviado a poblar el río de Pánuco, porque Cortés tuvo noticia de un Francisco de Garay hacía grande armada para venirla a poblar; porque, según pareció, se lo había dado su majestad al Garay por gobernación y conquista, según más largamente lo he dicho y declarado en los capítulos pasados cuando hablaba de todos los navíos que envió adelante Garay, que desbarataron los indios de la misma provincia de Pánuco; e hízolo Cortés porque si viniese el Garay la hallase por Cortés poblada. Dejemos desto, y digamos cómo Cortés envió otra vez a Rodrigo Rangel por teniente de Villa-Rica, y quitó al Gonzalo de Alvarado, y le mandó que luego le enviase a Pánfilo de Narváez donde estaba poblando Cortés en Cuyoacan, que aun no había entrado a poblar a México hasta que se edificasen todas las casas y palacios adonde había de vivir; y envió por el Pánfilo de Narváez porque, según le dijeron, que cuando el Cristóbal de Tapia llegó a la Villa-Rica con las provisiones que dicho tengo, el Narváez habló con él, y en pocas palabras le dijo: «Señor Tapia, paréceme que tan buen recaudo traéis y tal le llevaréis como yo; mirad en lo que yo he parado trayendo tan buena armada, y mirad por vuestra persona, no os maten, y no os curéis de perder tiempo; que la ventura de Cortés e sus soldados no es acabada; entended en que os den algún oro por esas cosas que traéis; e idos a Castilla ante su majestad, que allá no faltará quien os ayude, y diréis lo que pasa, en especial

teniendo, como tenéis, al señor obispo de Burgos; y esto es mejor consejo». Dejémonos desta plática, y diré cómo

Narváez fue su camino a México, y vio aquellas grandes ciudades y poblaciones; y cuando llegó a Tezcuco se admiró, y cuando vio a Cuyoacan mucho más, y desque vio la gran laguna y ciudades que en ella están pobladas, y después la gran ciudad de México; y como Cortés supo que venía, le mandó hacer mucha honra; y llegado ante él, se hincó de rodillas y le fue a besar las manos, y Cortés no lo consintió y le hizo levantar, y le abrazó y le mostró mucho amor, y le hizo asentar cabe sí, y entonces el Narváez le habló y le dijo: «Señor capitán, ahora digo de verdad que la menor cosa que hizo vuestra merced y sus valerosos soldados en esta Nueva-España fue desbaratarme a mí y prenderme, y aunque trajera mayor poder del que traje, pues he visto tantas ciudades y tierras que ha domado y sujetado al servicio de Dios nuestro señor y del emperador Carlos V; y puédese vuestra merced alabar y tener en tanta estima, que yo así lo digo, y dirán todos los capitanes muy nombrados que el día de hoy son vivos, que en el universo se puede anteponer a los muy afamados e ilustres varones que ha habido; y otra tan fuerte ciudad como México no la hay; y vuestra merced y sus muy esforzados soldados son dignos que su majestad les haga muy crecidas mercedes», y le dijo otras muchas alabanzas; y Cortés le respondió que nosotros no éramos bastante para hacer lo que estaba hecho, sino la gran misericordia de Dios nuestro señor, que siempre nos ayudaba, y la buena ventura de nuestro gran César. Dejémonos desta plática y de las ofertas que hizo Narváez a Cortés que le sería servidor, y diré cómo en aquella sazón se pasó Cortés a poblar la insigne y gran ciudad de México, y repartió solares para las iglesias y

monasterios y casas reales y plazas, y a todos los vecinos les dio solares; y por no gastar más tiempo en escribir: según y de la manera que ahora está poblada, que, según dicen muchas personas que se han hallado en muchas partes de la cristiandad, otra más populosa y mayor ciudad y de mejores casas y muy bien pobladas de caballeros no se ha visto. Pues estando dando la orden que dicho tengo, al mejor tiempo que estaba Cortés algo descansando, le vinieron cartas del Pánuco que toda la provincia estaba levantada e puesta en armas, y que era gente muy belicosa y de muchos guerreros, porque habían muerto muchos soldados que había enviado Cortés a poblar, y que con brevedad enviase el mayor socorro que pudiese; y luego acordó Cortés de ir él mismo en persona, porque todos los capitanes habían ido a sus conquistas; y llevó todos los más soldados que pudo y hombres de a caballo y ballesteros y escopeteros, porque ya habían llegado a México muchas personas de las que el veedor Tapia traía consigo, y otros que allí estaban de los de Lucas Vázquez de Aillón, que habían ido con él a la Florida, y otros que habían venido de las islas en aquel tiempo; y dejando en México buen recaudo, y por capitán de él a Diego de Soto, natural de Toro, salió Cortés de México; y en aquella sazón no había herraje, sino muy poco, para los muchos caballos que llevaba, porque pasaban de ciento y treinta de a caballo y doscientos y cincuenta soldados, y contados entre ellos ballesteros y escopeteros y de a caballo, y también llevó diez mil mexicanos; y en aquella sazón ya había vuelto de Michoacan Cristóbal de Olí, porque dejó aquella provincia de paz y trajo consigo muchos caciques y al hijo del cacique Cazonci, que así se llamaba, y era el mayor señor de todas aquellas provincias, y trajo mucho oro bajo, que lo tenían revuelto con plata y cobre; y gastó Cortés en aquella ida que fue a Pánuco mucha cantidad de

pesos de oro, que después demandaba a su majestad que le pagase aquella costa; y los oficiales de la real hacienda no se los quisieron recibir en cuenta ni le quisieron pagar cosa dello, porque respondieron que si había hecho aquel gasto en la conquista de aquella provincia, que lo hizo por se apoderar della, porque Francisco de Garay, que venía por gobernador, no la hubiese, porque ya tenía noticia que venía de la isla de Jamaica con gran pujanza y armada. Volvamos a nuestra relación, y diré cómo Cortés llegó con todo su ejército a la provincia de Pánuco y los halló de guerra, y los envió a llamar de paz muchas veces, mas no quisieron venir; e tuvo con ellos en algunos días muchos reencuentros de guerra, y en dos batallas que le aguardaron le mataron tres soldados y le hirieron más de treinta, y mataron cuatro caballos y hubo muchos heridos, y murieron de los mexixanos sobre ciento, sin otros más de doscientos que quedaron heridos; porque fueron los guastecas, que así se llaman en aquellas provincias, sobre más de sesenta mil hombres guerreros cuando aguardaron a nuestro capitán Cortés; mas quiso nuestro señor que fueron desbaratados, y todo el campo adonde fueron estas batallas quedó lleno de muertos y heridos de los guastecas naturales de aquellas provincias; por manera que no se tornaron más a juntar por entonces para dar guerra; y Cortés estuvo ocho días en un pueblo que estaba allí cerca, donde habían sido aquellas reñidas batallas, por causa de que se curasen los heridos y se enterrasen los muertos, y había muchos bastimentos; y para tornarles a llamar de paz envió diez caciques, personas principales, de los que se habían prendido en aquellas batallas, y doña Marina y Jerónimo de Aguilar, que siempre Cortés los llevaba consigo, les hizo un parlamento muy discreto, y les dijo que «¿cómo se podían defender todos los de aquellas provincias de no se dar por vasallos de su

majestad, pues han visto y tenido nueva que con el poder de México, siendo tan fuertes guerreros, estaba asolada la ciudad y puesta por el suelo? E que vengan luego de paz y no hayan miedo, e que lo pasado de las muertes, que Cortés, en nombre de su majestad, se lo perdonaría»; y tales palabras les dijo con amor, y otras llenas de amenazas, que, como estaban hostigados y habían visto muertos muchos de los suyos, y abrasados y asolados todos sus pueblos, vinieron de paz, y todos trajeron joyas de oro, aunque no de mucho precio, que presentaron a Cortés, y él con halagos y mucho amor les recibió de paz; y desde allí se fue Cortés con la mitad de sus soldados a un río que se dice Chila, que está de la mar obra de cinco leguas, y volvió a enviar mensajeros a todos los pueblos de la otra parte del río a llamarles de paz, y no quisieron venir; porque, como estaban encarnizados de los muchos soldados que habían muerto, en obra de dos años que habían pasado de los capitanes que Garay envió a poblar aquel río, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, así creyeron que harían a nuestro Cortés; y como estaban entre grandes lagunas y ríos y ciénagas, que es muy grande fortaleza para ellos; y la respuesta que dieron fue matar a los mensajeros que Cortés les había enviado a hablar sobre las paces, y a estos de ahora tuvieron presos ciertos días, y estuvo Cortés aguardando para ver si podría acabar con ellos que mudasen su mal propósito; y como no vinieron, mandó buscar todas las canoas que en el río pudo haber, y con ellas y unas barcas que se hicieron de madera de navíos viejos de los de Garay, y pasaron de noche de la otra parte del río ciento y cincuenta soldados, y los más dellos ballesteros y escopeteros, y cincuenta de a caballo; y como los principales de aquellas provincias velaban sus pasos y ríos, como los vieron, dejáronlos pasar, y estaban aguardando de la otra parte; y si muchos guastecas se

habían juntado en las primeras batallas que dieron a Cortés, muchos mas estaban juntos esta vez, y vienen como leones rabiosos a se encontrar con los nuestros; y a los primeros encuentros mataron dos soldados e hirieron sobre treinta, y también mataron tres caballos e hirieron otros quince, y muchos mexicanos; mas tal priesa les dieron los nuestros, que no pararon en el campo, e luego se fueron huyendo, y quedaron dellos muertos y heridos gran cantidad; y después que pasó aquella batalla, los nuestros se fueron a dormir a un pueblo que estaba despoblado, que se habían huido los moradores de él, y con buenas velas y escuchas y rondas y corredores del campo estuvieron, y de cenar no les faltó; y cuando amaneció, andando por el pueblo, vieron estar en un cu e adoratorio de ídolos, colgados muchos vestidos y caras desolladas y adobadas como cueros de guantes, y con sus barbas y cabellos, que eran de los soldados que habían muerto a los capitanes que había enviado Garay a poblar el río de Pánuco, y muchas dellas fueron conocidas de otros soldados, que decían que eran sus amigos, y a todos se les quebró los corazones de lástima de las ver de aquella manera, y luego las quitaron de donde estaban y las llevaron para enterrar; y desde aquel pueblo se pasaron a otro lugar, y como conocían que toda la gente de aquella provincia era muy belicosa, siempre iban muy recatados y puestos en ordenanza para pelear, no les tomasen descuidados y desaparecidos; y los descubridores de todo aquel campo dieron con unos grandes escuadrones de indios que estaban en celada, para que cuando estuviesen los nuestros en las casas apeados dar en los caballos y en ellos; y como fueron sentidos, no tuvieron lugar de hacer lo que querían; mas todavía salieron muy denodadamente y pelearon con los nuestros como valientes guerreros, y estuvieron más de media hora que los de a caballo y los escopeteros no les

podían hacer retraer ni apartar de sí, y mataron dos caballos y hirieron otros siete, y también hirieron quince soldados y murieron tres de las heridas. Una cosa tenían estos indios: que ya que los llevaban de vencida, se tornaban a rehacer, y aguardaron tres veces en la pelea, lo cual pocas veces se ha visto acaecer entre estas gentes; y viendo que los nuestros les herían y mataban, se acogieron a un río caudaloso e corriente, y los de a caballo y peones sueltos fueron en pos dellos e hirieron muchos; e otro día acordaron de correrles el campo e ir a otros pueblos que estaban despoblados, y en ellos hallaron muchas tinajas de vino de la tierra puertas en unos soterranos a manera de bodegas; y estuvieron en estas poblaciones cinco días corriéndoles las tierras, y como todo estaba sin gentes y despoblados, se volvieron al río de Chila; y Cortés tornó luego a enviar a llamar de paz a todos los mismos pueblos que estaban de guerra de aquella parte del río, y como les habían muerto mucha gente, temieron que volverían otra vez sobre ellos, y a esta causa enviaron a decir que vendrían de ahí a cuatro días, que buscaban joyas de oro para le presentar; y Cortés aguardó todos los cuatro días que habían dicho que vendrían, y no vinieron por entonces; y luego mandó a un pueblo muy grande que estaba cabe una laguna, que era muy fuerte por sus ciénagas y ríos, que de noche obscuro y medio lloviznando, que en muchas canoas que luego mandó buscar, atadas de dos en dos, y otras sueltas, y en las balsas bien hechas, pasasen aquella laguna a una parte del pueblo en parte y paraje que no fuesen vistos ni sentidos de los de aquella población, y pasaron muchos amigos mexicanos, y sin ser vistos, dan en el pueblo, el cual pueblo destruyeron, y hubo muy gran despojo y estrago en él; allí cargaron los amigos de todas las haciendas que los naturales de él tenían; y desque aquello vieron, todos los más pueblos comarcados dende a cinco

días acordaron de venir de paz, excepto otras poblaciones que estaban muy a trasmano, que los nuestros no pudieron ir a ellos en aquella sazón; y por no me detener en gastar más palabras en esta relación de muchas cosas que pasaron, las dejaré de decir, sino que entonces pobló Cortés una villa con ciento y treinta vecinos, y entre ellos dejó veinte y siete de a caballo y treinta y seis escopeteros y ballesteros, por manera que todos fueron los ciento y treinta; llamábase esta villa Sant-Esteban del Puerto, y está obra de una legua de Chila; y en los vecinos que en aquella villa poblaron repartió y dio por encomienda todos los pueblos que habían venido de paz, y dejó por capitán dellos y por su teniente a un Pedro Vallejo; y estando en aquella villa de partida para México, supo por cosa muy cierta que tres pueblos que fueron cabeceras para la rebelión de aquella provincia, y fueron en la muerte de muchos españoles, andaban de nuevo, después de haber ya dado la obediencia a su majestad y haber venido de paz, convocando y atrayendo a los demás pueblos sus comarcanos, y decían que después que Cortés se fuese a México con los de a caballo y soldados, que a los que quedaban poblados que diesen un día o noche en ellos y que tendrían buenas hartazgas con ellos; y sabida por Cortés la verdad muy de raíz, les mandó quemar las casas; mas luego se tornaron a poblar. Digamos que Cortés había mandado antes que partiese de México para ir a aquella entrada, que desde la Veracruz le enviase un barco cargado con Vino y vituallas y conservas y bizcochos y herraje, porque en aquella sazón no había trigo en México para hacer pan; e yendo que iba el barco su viaje a la derrota de Pánuco, cargado de lo que fue mandado, parece ser que hubo muy recios nortes y dio con él en parte que se perdió, que no se salvaron sino tres personas, que aportaron en unas tablas a una isleta donde había unos muy

grandes arenales, sería tres o cuatro leguas de tierra, donde había muchos lobos marinos, que salían de noche a dormir a los arenales, y mataron de los lobos, y con lumbre que sacaron con unos palillos como la sacan en todas las Indias las personas que saben cómo se ha de sacar, tuvieron lugar de asar la carne de los lobos, y cavaron en mitad de la isla e hicieron unos como pozos y sacaron agua algo salobre, y también había una fruta que parecían higos, y con la carne de los lobos marinos y la fruta y agua salobre se mantuvieron más de dos meses; y como aguardaban en la villa de Sant-Esteban el refresco y bastimento y herraje, escribió Cortés a sus mayordomos a México que cómo no enviaban el refresco; y cuando vieron la carta de Cortés, tuvieron por muy cierto que se había perdido el barco, y enviaron luego los mayordomos de Cortés un navío chico de poco porte en busca del barco que se perdió, y quiso Dios que se toparon en la isleta donde estaban los tres españoles de los que se perdieron, con ahumadas que hacían de noche e de día; e desque vieron el barco, se alegraron, y embarcados, vinieron a la villa, y llamábase el uno dellos fulano Ceciliano, vecino que fue de México. Dejémonos desto, y digamos, cómo en aquella sazón nuestro capitán Cortés se venía ya para México, tuvo noticia que en unos pueblos que estaban en unas sierras que eran muy agrias se habían rebelado y hacían grande guerra a otros pueblos que estaban de paz, y acordó de ir allá antes que entrase en México; e yendo por su camino, los de aquella provincia lo supieron e aguardaron en un paso malo, y dieron en la rezaga del fardaje y le mataron ciertos tamemes y robaron lo que llevaban; y como era el camino malo, por defender el fardaje los de a caballo que los iban a socorrer reventaron dos caballos; y llegados a las poblaciones, muy bien se lo pagaron; que, como iban muchos mexicanos nuestros

amigos, por se vengar de lo que les robaron en el puerto y camino malo, como dicho tengo, mataron y cautivaron muchos indios, y aun el cacique y su capitán murieron ahorcados después que hubieron vuelto lo que habían robado; y esto hecho, Cortés mandó a los mexicanos que no hiciesen más daño, y luego envió a llamar de paz a todos los principales y papas de aquella población, los cuales vinieron y dieron la obediencia a su majestad; y el cacicazgo mandó que lo tuviese un hermano del cacique que habían ahorcado y los dejó en sus casas pacíficos y muy bien castigados: y entonces se volvió a México. Y antes que pase adelante, quiero decir que en todas las provincias de la Nueva-España otra gente más sucia y mala y de peores costumbres no la hubo como esta de la provincia de Pánuco porque todos eran someticos y se embudaban por las partes traseras, torpedad nunca en el mundo oída y sacrificadores y crueles en demasía, y borrachos y sucios y malos, y tenían otras treinta torpezas; y si miramos en ello, fueron castigados a fuego y a sangre dos o tres veces, y otros mayores males les vino en tener por gobernador a Nuño de Guzmán, que desque le dieron la gobernación, los hizo casi a todos esclavos y los envió a vender a, las islas, según más largamente lo diré en su tiempo y lugar. Volvamos a nuestra relación, y diré, después que Cortés volvió a México, en lo que entendió e hizo.

Capítulo CLIX

Cómo Cortés, y todos los oficiales del rey acordaron de enviar a su majestad todo el oro que le había cabido de su real quinto de todos los despojos de México, y cómo se envió de por sí la recámara del oro y todas las joyas que fueron de Montezuma y de Guatemuz, y lo que sobre ello acaeció

Como Cortés volvió a México de la entrada de Pánuco, anduvo entendiendo en la población y edificación de aquella ciudad; y viendo que Alonso de Ávila, ya otra vez por mí nombrado en los capítulos pasados, había vuelto en aquella sazón de la isla de Santo Domingo, y trajo recaudo de lo que le habían enviado a negociar con la audiencia real e frailes jerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas: e los recaudos que entonces trajo fue, que nos daban licencia para poder conquistar toda la Nueva-España y herrar los esclavos, según y de la manera que llevaron en una relación, y repartir y encomendar los indios como en las islas Española e Cuba e Jamaica se tenía por costumbre; y esta licencia que dieron fue hasta en tanto que su majestad fuese sabidor dello o fuese servido mandar otra cosa; de lo cual luego le hicieron relación los mismos frailes jerónimos, y enviaron un navío por la posta a Castilla, y entonces su majestad estaba en Flandes, que era mancebo, y allá supo los recaudos que los frailes jerónimos le enviaban; porque al obispo de Burgos, puesto que estaba por presidente de Indias, como conocían de él que nos era muy contrario, no le daban cuenta dello ni trataban con él otras muchas cosas de importancia, porque estaban muy mal con sus cosas. Dejemos esto del obispo, y volvamos a decir que, como Cortés tenía a Alonso de Ávila por hombre atrevido y no estaba muy bien con él, siempre le quería tener muy lejos de

sí, porque verdaderamente si cuando vino el Cristóbal de Tapia con las provisiones el Alonso de Ávila se hallara en México, porque entonces estaba en la isla de Santo Domingo, y como el Alonso de Ávila era servidor del obispo de Burgos e había sido su criado, y le traían cartas para él, fuera gran contradictor de Cortés y de sus cosas, y a esta causa siempre procuraba Cortés de tenerlo apartado de su persona; y cuando vino deste viaje que dicho tengo, por le contentar y agradar, le encomendó en aquella sazón el pueblo de Gualtitlán, y le dio ciertos pesos de oro, y con palabras y ofrecimientos y con el depósito del pueblo por mí nombrado, que es muy bueno y de mucha renta, le hizo tan su amigo y servidor, que le envió después a Castilla, y juntamente con él a su capitán de la guarda, que se decía Antonio de Quiñones, los cuales fueron por procuradores de Nueva-España y de Cortés, y llevaron dos navíos, y en ellos ochenta y ocho mil castellanos en barras de oro; y llevaron la recámara que llamábamos del Gran Montezuma, que tenía en su poder Guatemuz: y fue un gran presente, en fin para nuestro gran César, porque fueron muchas joyas muy ricas y perlas tamañas algunas dellas como avellanas, y muchos chalchiuites, que son piedras finas como esmeraldas, y aun una de ellas era tan ancha como la palma de la mano, y otras muchas joyas que por ser tantas y no me detener en escribirlas, lo dejaré de decir y traer a la memoria; y también enviamos unos pedazos de huesos de gigantes que se hallaron en un cu e adoratorio en Cuyoacan, que eran según y de la manera de otros grandes zancarrones que nos dieron en Tlascala, los cuales habíamos enviado la primera vez, y eran muy grandes en demasía; y le llevaron tres tigres, y otras cosas que ya no me acuerdo; y con estos procuradores escribió el cabildo de México a su majestad, y asimismo todos los más conquistadores

escribimos juntamente con Cortés y fray Pedro Melgarejo y el tesorero Julián de Alderete; y todos a una decíamos de los muchos y buenos e leales servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores le habíamos hecho y a la continua hacíamos, y todo lo por nosotros sucedido desde que entramos a ganar la ciudad de México, y cómo estaba descubierta la mar del Sur y se tenía por cierto que era cosa muy rica; y suplicamos a su majestad que nos enviase obispos y religiosos de todas órdenes, que fuesen de buena vida y doctrina, para que nos ayudasen a plantar más por entero en estas partes nuestra santa fe católica; y le suplicamos todos a una que la gobernación desta Nueva-España que le hiciese merced della a Cortés, pues tan bueno y leal servidor le era, y a todos nosotros los conquistadores nos hiciese merced para nosotros y para nuestros hijos que todos los oficios reales, así de tesorero, contador y factor, y escribanías públicas e fieles executores y alcaidías de fortalezas, que no hiciese merced dellas a otras personas, sino que entre nosotros se nos quedase; y le suplicamos que no enviase letrados, porque en entrando en la tierra la pondrían en revuelta con sus libros, e habría pleitos y disensiones; y se le hizo saber lo de Cristóbal de Tapia, cómo venía guiado por don Juan Rodríguez de Fonseca, Obispo de Burgos, y que no era suficiente para gobernar, y que se perdiera esta Nueva-España si él quedara por gobernador; y que tuviese por bien de saber claramente qué se habían hecho las cartas y relaciones que le habíamos escrito dando cuenta de todo lo que había acaecido en esta Nueva-España, porque teníamos por muy cierto que el mismo obispo no se las enviaba, y antes le escribía al contrario de lo que pasaba, en favor de Diego Velázquez, su amigo, y de Cristóbal de Tapia, por casarle con una parienta suya que se decía doña Petronila de Fonseca; y

cómo presentó ciertas provisiones que venían firmadas e guiadas por el dicho obispo de Burgos, y que todos estábamos los pechos por tierra para las obedecer, como se obedecieron; mas viendo que el Tapia no era hombre para guerra, ni tenía aquel ser ni cordura para ser gobernador, que suplicaron de todas las provisiones hasta informar a su real persona de todo lo acaecido, como ahora le informamos y le hacíamos sabidor, como sus leales vasallos, que somos, obligados a nuestro rey y señor; y que ahora, que de lo que más fuere servido mandar, que aquí estamos los pechos por tierra para cumplir su real mando; y también le suplicamos que fuese servido de enviar a mandar al obispo de Burgos que no se entremetiese en cosas ningunas de Cortés ni de todos nosotros, porque sería quebrar el hilo a muchas cosas de conquistas que en esta Nueva-España nosotros entendíamos, y en pacificar provincias, porque había mandado el mismo obispo de Burgos a los oficiales que estaban en la casa de la contratación de Sevilla, que se decían Pedro de Isasaga y Juan López de Recalde, que no dejasen pasar ningún recaudo de armas ni soldados ni favor para Cortés ni para los soldados que con él estaban; y también se le hizo relación cómo Cortés había ido a pacificar la provincia de Pánuco y la dejó de paz, y las muy recias y fuertes batallas que con los naturales della tuvo, y cómo era gente muy belicosa y guerrera, y cómo habían muerto los de aquella provincia a los capitanes que había enviado Francisco de Garay, y a todos sus soldados, por no se saber dar maña en las guerras; y que había gastado Cortés en la entrada sobre sesenta mil pesos, y que los demandaba a los oficiales de su real hacienda y no se los quisieron pagar. También se le hizo sabidor cómo ahora hacía el Garay una armada en la isla de Jamaica, y que venían a poblar el río del Pánuco; y porque no le acaeciese

como a sus capitanes, que se los mataron, que suplicábamos a su majestad que le enviase a mandar que no salga de la isla hasta que esté muy de paz aquella provincia, porque nosotros se la conquistaremos y se la entregaremos; porque si en aquella sazón viniese, viendo los naturales de aquestas tierras dos capitanes que manden, tendrán divisiones y levantamientos, especial los mexicanos; y escribiósele otras muchas cosas. Pues Cortés por su parte no se le quedó nada en el tintero, y aun de manera hizo relación en su carta de todo lo acaecido, que fueron veinte y una plana; e porque yo las leí todas, e lo entendí muy bien, lo declaro aquí como dicho tengo. Y demás desto, enviaba Cortés a suplicar a su majestad que le diese licencia para ir a la isla de Cuba a prender al gobernador della, que se decía Diego Velázquez, para enviársele a Castilla, para que allá su majestad le mandase castigar, porque no le desbaratase más ni revolviese la Nueva-España, porque enviaba desde la isla de Cuba a mandar que matasen a Cortés. Dejémonos de las cartas, y digamos de su buen viaje que llevaron nuestros procuradores después que partieron del puerto de la Veracruz, que fue en 20 días del mes de diciembre de 1552 años, y con buen viaje desembarcaron por la canal de Bahama, y en el camino se les soltaron dos tigres de los tres que llevaban, e hirieron a unos marineros; y acordaron de matar al que quedaba, porque era muy bravo y no se podían valer con él; y fueron su viaje hasta la isla que llaman de la Tercera; y como el Antonio de Quiñones era capitán y se preciaba de muy valiente y enamorado, parece ser que se revolvió en aquella isla con una mujer e hubo sobre ella cierta cuestión, y diéronle una cuchillada en la cabeza, de que al cabo de algunos días murió, y quedó solo Alonso de Ávila por capitán. E ya que iba el Alonso de Ávila con los dos navíos camino de España, no muy lejos de aquella isla

topa con ellos Juan Florín, francés corsario, y toma todo el oro y navíos, y prende al Alonso de Ávila y llévanle preso a Francia. Y también en aquella sazón robó el Juan Florín otro navío que venía de la isla de Santo Domingo, y le tomó sobre veinte mil pesos de oro y muy gran cantidad de perlas y azúcar y cueros de vacas, y con todo esto se volvió a Francia muy rico, e hizo grandes presentes a su rey e al almirante de Francia de las cosas e piezas de oro que llevaba de la Nueva-España que toda Francia estaba maravillada de las riquezas que enviábamos a nuestro gran emperador, y aun al mismo rey de Francia le tomaba codicia de tener parte en las islas de la Nueva-España; y entonces es cuando dijo que solamente con el oro que le iba a nuestro César destas tierras le podía dar guerra a su Francia; y aun en aquella sazón no era ganado ni había nueva del Perú, sino, como dicho tengo, lo de la Nueva-España y las islas de Santo Domingo y San Juan y Cuba y Jamaica; y entonces dice que dijo el rey de Francia, o se lo envió a decir a nuestro gran emperador, que ¿cómo habían partido entre él y el rey de Portugal el mundo, sin darle parte a él? Que mostrasen el testamento de nuestro padre Adán, si les dejó a ellos solamente por herederos y señores de aquellas tierras que habían tomado entre ellos dos, sin darle a él ninguna dellas, e que por esta causa era lícito robar y tomar todo lo que pudiese por la mar; y luego tornó a mandar a Juan Florín que volviese con otra armada a buscar la vida por la mar; y de aquel viaje que volvió, ya que llevaba otra gran presa de todas ropas entre Castilla y las islas de Canaria, dio con tres o cuatro navíos recios y de armada, vizcaínos, y los unos por una parte y los otros por otra embisten con el Juan Florín, y le rompen y desbaratan, y préndenle a él y a otros muchos franceses, y les tomaron sus navíos y ropa, y a Juan Florín y a otros capitanes llevaron presos a Sevilla a la casa

de la contratación, y los enviaron presos a su majestad; y después que lo supo, mandó que en el camino hiciesen justicia dellos, y en el puerto del Pico los ahorcaron; y en esto paró nuestro oro y capitanes que lo llevaban, y el Juan Florín que lo robó. Pires volvamos a nuestra relación, y es, que llevaron a Francia preso a Alonso de Ávila, y le metieron en una fortaleza, creyendo haber de él gran rescate, porque, como llevaba tanto oro a su cargo, guardábanle bien; y el Alonso de Ávila tuvo tales maneras y concierto con el caballero francés que lo tenía a su cargo o le tenía por prisionero, que para que en Castilla supiesen de la manera que estaba preso y le viniesen a rescatar, dijo que fuesen en posta todas las cartas y poderes que llevaba de la Nueva-España, y que todas se diesen en la corte de su majestad al licenciado Núñez, primo de Cortés, que era relator del real consejo, o a Martín Cortés, padre del mismo Cortés, que vivía en Medellín, o a Diego de Ordás, que estaba en la corte; y fueron a todo buen recaudo, que las hubieron a su poder, y luego las despacharon para Flandes a su majestad, porque al obispo de Burgos no le dieron cuenta ni relación dello, y todavía lo alcanzó a saber el obispo de Burgos, y dijo que se holgaba que se hubiese perdido y robado todo el oro; y dijeron que había dicho: «en esto habían de parar las cosas deste traidor de Cortés»; y dijo otras palabras muy feas. Dejemos al obispo, y vamos a su majestad, que, como luego lo supo, dijeron, quien lo vio y entendió, que hubo algún sentimiento de la pérdida del oro, y de otra parte se alegró viendo que tanta riqueza le enviaban, e que sintiese el rey de Francia que con aquellos presentes que le enviábamos que le podría dar guerra; y luego envió a mandar al obispo de Burgos que en lo que tocaba a Cortés e a la Nueva-España, que en todo le diese favor y ayuda, y que presto vendría a Castilla y entendería

en ver la justicia de los pleitos y contiendas de Diego Velázquez y Cortés. Y dejemos esto, y digamos cómo luego supimos en la Nueva-España la pérdida del oro y riquezas de la recámara, y prisión de Alonso de Ávila, y todo lo demás aquí por mí memorado, y tuvimos dello gran sentimiento; y luego Cortés con brevedad procuró de haber e llegar todo el más oro que pudo recoger, y de hacer un tiro de oro bajo y de plata de lo que habían traído de Michoacan, para enviar a su majestad, y llamóse el tiro «Fénix». Y también quiero decir que siempre estuvo el pueblo de Gualtitlán, que dio Cortés a Alonso de Ávila, por el mismo Alonso de Ávila, porque en aquella sazón no le tuvo su hermano Gil González de Benavides, hasta más de tres años adelante, que el Gil González vino de la isla de Cuba, e ya el Alonso de Ávila estaba suelto de la prisión de Francia y había venido a Yucatán por contador; y entonces dio poder al hermano para que se sirviese dél, porque jamás se le quiso traspasar. Dejémonos de cuentos viejos, que no hacen a nuestra relación, y digamos todo lo que acaeció a Gonzalo de Sandoval, y a los demás capitanes que Cortés había enviado a poblar las provincias por mí ya nombradas, y entre tanto acabó Cortés de mandar forjar el tiro e allegar el otro para enviar a su majestad. Bien sé que dirán algunos curiosos lectores que por qué, cuando envió Cortés a Pedro de Alvarado y a Gonzalo de Sandoval y los demás capitanes a las conquistas y pacificaciones ya por mí nombradas, no concluí con ellos, en esta mi relación, lo que habían hecho en ellas, y en lo que en las jornadas a cada uno ha acaecido, y lo vuelvo ahora a recitar, que es volver muy atrás de nuestra relación. Y las causas que ahora doy a ello es que, como iban camino de sus provincias a las conquistas, y en aquel instante llegó al puerto de la Villa-Rica el Cristóbal de Tapia, otras muchas veces por mí nombrado, que venía

para ser gobernador de la Nueva-España; y para consultar Cortés lo que sobre el caso se podría hacer, e tener ayuda y favor dellos, como Pedro de Alvarado e Gonzalo de Sandoval eran tan experimentados capitanes y de buenos consejos, envió por la posta a los llamar, y dejaron sus conquistas e pacificaciones suspensas, e como he dicho, vinieron al negocio de Cristóbal de Tapia, que era más importante para el servicio de su majestad, porque se tuvo por cierto que si el Tapia se quedara para gobernar, que la Nueva-España y México se levantaran otra vez; y en aquel instante también vino Cristóbal de Olí de Michoacan, como era cerca de México, y las halló de paz, y le dieron mucho oro y plata; y como era recién casado, y la mujer moza y hermosa, apresuró su venida. Y luego, tras esto de Tapia, aconteció el levantamiento de Pánuco, y fue Cortés a lo pacificar, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y también para escribir a su majestad, como escribimos, y enviar el oro y dar poder a nuestros capitanes y procuradores por mi ya nombrados; y por estos estorbos, que fueron los unos tras los otros, lo torno aquí a traer a la memoria, y es desta manera que diré.

Capítulo CLX

Cómo Gonzalo de Sandoval llegó con su ejército a un pueblo que se dice Tustepeque, y lo que allí hizo, y después pasó a Guazacualco, y todo lo más que le avino

Llegado Gonzalo de Sandoval a un pueblo que se dice Tustepeque, toda la provincia le vino de paz, excepto unos capitanes mexicanos que fueron en la muerte de sesenta españoles y mujeres de Castilla que se habían quedado malos en aquel pueblo cuando vino Narváez, y era en el tiempo que en México nos desbarataron; entonces los mataron en el mismo pueblo; e dende obra de dos meses que hubieron muerto los por mí dichos, porque entonces fui con Sandoval, yo pasé en una como torrecilla, que era adoratorio de ídolos, adonde se habían hecho fuertes cuando les daban guerra, y allí los cercaron, y de hambre y de sed y de heridas les acabaron las vidas; y digo que posé en aquella torrecilla a causa que había en aquel pueblo de Tustepeque muchos mosquitos de día, e como está muy alto e con el aire no había tantos mosquitos como abajo, y también por estar cerca del aposento donde posaba el Sandoval. Y volviendo a nuestra plática, procuró el Sandoval de prender a los capitanes mexicanos que les dieron la guerra y les mataron los sesenta soldados que dicho tengo, y prendió el más principal dellos e hizo justicia, y por justicia lo mandó quemar; otros muchos había juntamente con él que merecían pena de muerte, y disimuló con ellos, y aquel pagó por todos. Y cuando fue hecho envió a llamar de paz unos pueblos zapotecas, que es otra provincia que estará obra de diez leguas de aquel pueblo de Tustepeque, y no quisieron venir, y envió a ellos para los traer de paz a un capitán que se decía Briones (otras muchas

veces ya lo he nombrado), que fue capitán de bergantines y había sido buen soldado en Italia, según él decía, y le dio sobre cien soldados, y entre ellos treinta ballesteros y escopeteros y más de cien amigos de los pueblos que habían venido de paz; e yendo que iba el Briones con sus soldados y con buen concierto, pareció ser los zapotecas supieron que iba a sus pueblos, y échanle una celada en el camino, que le hicieron volver más que de paso rodando unas cuestas y laderas abajo, y le hirieron más de la tercia parte de los soldados que llevaba, e murió uno de las heridas, porque aquellas sierras donde están poblados aquellos zapotecas son tan agrias y malas, que no pueden ir por ellas caballos, y los soldados habían de ir a pie por unas sendas muy angostas, por contadero uno a uno y siempre hay neblinas y rocíos y resbalaban en los caminos; y tienen por armas unas lanzas muy largas, mayores que las nuestras, con una braza de cuchilla de navajas de pedernal, que cortan más que nuestras espadas, e unas pavesinas, que se cubren con ellas todo el cuerpo, y mucha flecha y varas y piedra, y los naturales muy sueltos y cenceños a maravilla, y con un silbo o voz que dan entre aquellas sierras resuena y retumba la voz por un buen rato, digamos ahora como ecos. Por manera que se volvió el capitán Briones con su gente herida, y aun él también trajo un flechazo; llámase aquel pueblo que le desbarató Tiltepeque; y después que vino de paz, el mismo pueblo se dio en encomienda a un soldado que se dice Ojeda, el tuerto, que ahora vive en la villa de San Ildefonso. Pues cuando el Briones volvió a dar cuenta al Sandoval de lo que le había acaecido, y se lo contaba cómo eran grandes guerreros, y el Sandoval, como era de buena condición, y el Briones se tenía por muy valiente, y solía decir que en Italia había muerto y herido y hendido cabezas y cuerpos de hombres, le decía el Sandoval: «¿Parécele,

señor Capitán, que son estas tierras otras que las donde anduvo militando?» Y el Briones respondió medio enojado, y dijo que juraba a tal que más quisiera batallar contra tiros y grandes ejércitos de contrarios, así de turcos como de moros, que no con aquellos zapotecas, y daba razones para ello que parecía que cuadraban; y todavía el Sandoval le dijo que no quisiera haberle enviado, pues así fue desbaratado, que creyó que pusiera otras fuerzas: como él se alababa que había hecho en Italia, porque este Briones había poco tiempo que vino de Castilla; y le dijo el Sandoval: «¿Qué dirán ahora los zapotecas, que no somos tan varones como creían que éramos?» Dejemos desta entrada, pues no aprovechó, antes dañó, y digamos Cómo el mismo Gonzalo de Sandoval envió a llamar de paz a otra provincia que se dice Xaltepeque, que también eran zapotecas, que confinan con otras provincias y pueblos, que se decían los minxes, gentes muy sueltas y guerreros, que tenían diferencias con los de Xaltepeque, que ahora, como digo, son los que enviaba a llamar: y vinieron de paz obra de veinte caciques y principales, y trajeron un presente de oro en grano, que entonces habían sacado de las minas en diez cañutillos, y joyas de muchas hechuras, y traían vestidas aquellos principales unas ropas de algodón muy largas que les daban hasta los pies, con muchas labores en ellas labradas, y eran digamos ahora a la manera de albornoces moriscos; y como vinieron delante el Sandoval, con mucho acato se lo presentaron, y lo recibió con alegría, y les mandó dar cuentas de Castilla, y les hizo honra y halagos, y demandaron al Sandoval que les diese algunos teules, que en su lengua así nos llamaban a los españoles, para ir juntamente con ellos contra los pueblos de los minxes, sus contrarios, que les daban guerra; y el Sandoval, como no tenía soldados en aquella sazón para les dar ayuda, como la

demandaban, porque los que llevó el Briones estaban todos heridos, y otros habían adolecido, e cuatro muertos, por ser la tierra muy calurosa e doliente, con buenas palabras le dijo que él enviaría a México a decir a Malinche, que así decían a Cortés, que les enviase muchos teules, e que se reportasen hasta que viniesen, y que entre tanto, que irían con ellos diez de sus compañeros para ver los pasos y tierra, para ir a dar guerra a sus contrarios los minxes; y esto no lo decía el Sandoval sino para que viésemos los pueblos y minas donde sacaban el oro que trajeron; y desta manera los despidió, excepto a tres dellos, que mandó que quedasen para ir con nosotros; y luego despachó para ir a ver los pueblos y minas, como he dicho, a un soldado que se decía Alonso del Castillo, «el de lo pensado»; y me mandó el Sandoval que yo fuese con él, y otros seis soldados, y que mirásemos muy bien las minas y la manera de los pueblos. Quiero decir por qué se llamaba, aquel capitán que iba con nosotros por caudillo, Castillo «el de lo pensado», y es por esta causa que diré: en la Capitanía del Sandoval había tres soldados que tenían por renombre Castillos: el uno dellos era muy galán, y preciábase dello en aquella sazón, que era yo, y a esta su causa me llamaban Castillo, el galán; los otros dos Castillos, el uno dellos era de tal calidad, que siempre estaba pensativo, y cuando hablaban con él se paraba mucho más a pensar lo que había de decir, y cuando respondía o hablaba era una necedad o cosas que teníamos que reír, y por esto le llamábamos Castillo «de los pensamientos»; y el otro era Alonso del Castillo, que ahora iba con nosotros, que de repente decía cualquiera cosa, y respondía muy a propósito de lo que preguntaban, y se decía Castillo, «el de lo pensado». Dejemos de contar donaires, y volvamos a decir cómo fuimos a aquella provincia a ver las minas, y llevamos muchos indios de los de aquellos pueblos, y con

unas como hechuras de bateas lavaron en tres ríos delante de nosotros, y en todos tres sacaron oro, e hincheron cuatro cañutillos dello, que era cada uno del tamaño de un dedo de la mano (el de en medio), y eran poco menos que cañones de patos de Castilla: y con aquella muestra de oro volvimos donde estaba el Gonzalo de Sandoval, y se holgó, creyendo que la tierra era rica; y luego entendió en hacer los repartimientos de aquellos pueblos y provincias a los vecinos que habían de quedar allí poblados; y tomó para sí unos pueblos que se dicen Guazpaltepeque, que en aquel tiempo era la mejor cosa que había en aquella provincia muy cerca de las minas, y aun le dieron luego sobre quince mil pesos de oro, creyendo que tomaba una muy buena cosa; y la provincia de Xaltepeque, donde trajimos el oro, depositó en el capitán Luis Marín, pensaba que le daba un condado, y todos salieron muy malos repartimientos, así de lo que tomó el Sandoval como lo que dio a Luis Marín; y aun a mí me mandaba quedar en aquella provincia, y me daba muy buenos indios y de mucha renta, que pluguiera a Dios que los tomara, que se dice Matlatan y Orizaba, donde está ahora el ingenio «del virrey», y otro pueblo que se dize Ozotequipa, y no los quise, por parecerme que si no iba en compañía del Sandoval, teniéndole por amigo, que no hacía lo que convenía a la calidad de mi persona (y el Sandoval verdaderamente conoció mi voluntad); y por hallarme con él en las guerras, si las hubiese adelante, lo hice. Dejemos desto, y digamos que nombró a la villa que pobló Medellín, porque así le fue mandado por Cortés, porque el Cortés nació en Medellín de Extremadura; y era en aquella sazón el puerto un río que se dice Chalchocueca, que es el que hubimos puesto por nombre río de Banderas, donde se rescataron los dieciséis mil pesos; y por aquel río venían las barcas con la mercancía que venía de Castilla hasta que se

mudó a la Veracruz. Dejemos desto, e vamos camino de Guazacualco, que será de la villa de la Veracruz, que dejamos poblada, obra de sesenta leguas, y entramos en la provincia que se dice Citla, la más fresca y llena de bastimentos y bien poblada que habíamos visto, y luego vino de paz; y es aquella provincia que he dicho de doce leguas de largo y otras tantas de ancho, muy poblado todo. Y llegamos al gran río de Guazacualco, y enviamos a llamar los caciques de aquellos pueblos, que era cabecera de aquellas provincias, y estuvieron tres días que no vinieron ni enviaban respuesta; por lo cual creímos que estaban de guerra, y aun así lo tenían consultado, que no nos dejasen pasar el río; y después tomaron acuerdo de venir de ahí a cinco días, y trajeron de comer y unas joyas de oro muy fino, y dijeron que cuando quisiésemos pasar, que ellos traerían muchas canoas grandes; y Sandoval se lo agradeció mucho, y tomó consejo con algunos de nosotros si nos atreveríamos a pasar todos juntos de una vez en todas las canoas; y lo que nos pareció y aconsejamos, que primero pasasen cuatro soldados y viesen la manera que había en un pueblezuelo que estaba junto al río, y que mirasen y procurasen de inquirir y saber si estaban de guerra, y antes que pasásemos tuviésemos con nosotros el cacique mayor, que se dice Tochel; y así, fueron los cuatro soldados y vieron todo a lo que les enviábamos, y se volvieron con relación a Sandoval cómo todo estaba de paz, y aun vino con ellos el hijo del mismo cacique Tochel, que así se decía, y trajo otro presente de oro, aunque no de mucha valía. Entonces le halagó el Sandoval, y le mandó que trajesen cien canoas atadas de dos en dos, y pasamos los caballos un día después de pascua de Espíritu Santo; y por acortar de palabras, poblamos en el pueblo que estaba junto al río, y era muy bueno para el trato de la mar, porque está el puerto de allí

cuatro leguas e pusimos aquel sublimado nombre, lo uno, que en pascua de Espíritu Santo desbaratamos a Narváez, y lo otro, porque aquel santo nombre fue nuestro apellido cuando le prendimos y desbaratamos; lo otro por pasar aquel río este mismo día, y porque todas aquellas tierras vinieron de paz sin dar guerra; y allí poblamos toda la flor de los caballeros y soldados que habíamos salido de México a poblar con el Sandoval, y el mismo Sandoval, y Luis Marín, y un Diego de Godoy, y el capitán Francisco de Medina, y Francisco Marmolejo, y Francisco de Lugo, y Juan López de Aguirre, y Hernando de Montes de Oca, y Juan de Salamanca, y Diego de Azamar, y un Mantilla, y otro soldado que se decía Mejía «rapapelo», y Alonso de Grado, y el licenciado Ledesma, y Luis de Bustamante, y Pedro Castellar, y el capitán Briones, e yo y otros muchos caballeros e personas de calidad, que si los hubiese aquí de nombrar a todos, es no acabar tan presto; mas tengo por cierto que solíamos salir a la plaza a un regocijo e alarde sobre ochenta de a caballo, que eran más entonces aquellos ochenta que ahora quinientos; y la causa es esta, que no habían caballos en la Nueva-España, sino pocos y caros, y no los alcanzaban a comprar sino cual o cual. Dejemos desto, y diré cómo repartió Sandoval aquellas provincias y pueblos en nosotros, después de las haber enviado a visitar e hacer la división de la tierra y ver las calidades de todas las poblaciones; y fueron las provincias que repartió lo que ahora diré. Primeramente a Guazacualco, Guazpaltepeque e Tepeca e Chinanta e los zapotecas; e de la otra parte del río la provincia de Copilco e Cimatan y Tabasco y las sierras de Cachula, todos los zoques hasta Chiapa e Cinacatan e todos los quilenes, y Papanaguasta: y estos pueblos que he dicho teníamos todos los vecinos que en aquella villa quedamos poblados en repartimiento; que

valiera más que allí yo no me quedara, según después sucedió, la tierra pobre y muchos pleitos que trajimos con tres villas que después se poblaron: la una fue la Villa-Rica de la Veracruz, sobre Guazpaltepeque y Chinanta y Tepeca; la otra con la villa de Tabasco, sobre Cimatan y Copilco; la otra con Chiapa, sobre los quilenes y zoques; la otra con Santo Ildefonso, sobre los zapotecas; porque todas estas villas se poblaron después que nosotros poblamos a Guazacualco, y a nos dejar todos los términos que teníamos, fuéramos ricos; y la causa por que se poblaron estas villas que he dicho fue, que envió a mandar su majestad que todos los pueblos de indios más cercanos y en comarca de cada villa le señaló por términos; por manera que de todas partes nos cortaron las aldas, y nos quedamos en blanco, y a esta causa el tiempo andando, se fue despoblando Guazacualco y con haber sido la mejor población y de generosos conquistadores que hubo en la Nueva-España, es ahora una villa de pocos vecinos. Volvamos a nuestra relación; y es, que estando Sandoval entendiendo en la población de aquella villa y llamando otras provincias de paz, le vinieron con cartas cómo había entrado un navío en el río de Ayagualulco, que es puerto, aunque no bueno, que estaba de allí quince leguas, y en él venía de la isla de Cuba la señora doña Catalina Xuárez «la Marcaida», que así tenía el sobrenombre, mujer que fue de Cortés, y la traía un su hermano Juan Xuárez, el vecino que fue, el tiempo andando, de México, y venía otra señora, su hermana, y Villegas el de México, y su mujer la Zambrana, y sus hijas, y aun la abuela, y otras muchas señoras casadas; y aun me parece que entonces vino Elvira López «la Larga», mujer que entonces era de Juan de Palma; el cual Palma vino con nosotros, que murió ahorcado, que después esta Elvira fue mujer de un Argueta; y también vino Antonio Diosdado, el

vecino que fue de Guatemala, y vinieron otros muchos que ya no se me acuerdan sus nombres. Y como el Gonzalo de Sandoval lo alcanzó a saber, él en persona, con todos los más capitanes y soldados, fuimos por aquellas señoras y por todas las más que traía en su compañía. E acuérdome que en aquella sazón llovió tanto, que no podíamos ir por los caminos ni pasar ríos ni arroyos, porque venían muy crecidos, que salieron de madre; y había hecho grandes nortes, y con el mal tiempo, por no andar al través, entraron con el navío en aquel puerto de Ayagualulco, y la señora doña Catalina Xuárez «la Marcaida» y toda su compañía se holgaron con nosotros; luego las trajimos a todas aquellas señoras y su compañía a nuestra villa de Guazacualco, y lo hizo saber el Sandoval muy en posta a Cortés de su venida, y las llevó luego camino de México, y fueron acompañándolas el mismo Sandoval y Briones y Francisco de Lugo y otros caballeros. Y cuando Cortés lo supo, dijeron que le había pesado mucho de su venida, puesto que no lo demostró y les mandó salir a recibir; y en todos los pueblos les hacían mucha honra hasta que llegaron a México, y en aquella ciudad hubo regocijos y juegos de cañas; y dende a obra de tres meses que hubieron llegado olmos decir que esta señora murió de asma; y que habían tenido un banquete el día antes, y en la noche, y muy gran fiesta; y porque yo no sé más desto que he dicho no tocaré más en esta tecla. Dejemos hablar desto, pues ya pasó. Y digamos de lo que le acaeció a Villafuerte, el que fue a poblar a Zacatula, y a un Juan álvarez Chico, que también fue a Colima; y al Villafuerte le dieron mucha guerra y le mataron ciertos soldados, y estaba la tierra levantada, que no les quería obedecer ni dar tributos, y al Juan álvarez Chico ni más ni menos; y como lo supo Cortés, le pesó dello; y como Cristóbal de Olí había venido de lo de

Michoacan, y venía rico y la había dejado de paz, y le pareció a Cortés que tenía buena mano para ir a asegurar y pacificar aquellas dos provincias de Zacatula y Colima, acordó de le enviar por capitán, y le dio quince de a caballo y treinta escopeteros y ballesteros; e yendo por su camino, ya que llegaba cabe Zacatula, le aguardaron los naturales de aquella provincia muy gentilmente a un mal paso, y le mataron dos soldados y le hirieron quince, e todavía les venció, y fue a la villa donde estaba Villafuerte con los vecinos que en ella estaban poblados, que no osaban ir a los pueblos que tenían en encomienda, porque no los acapillasen; y le hablan muerto cuatro vecinos en sus mismos pueblos. Porque comúnmente en todas las provincias y villas que se pueblan, a los principios les dan encomenderos, y cuando les piden tributos se alzan y matan los españoles que pueden; pues cuando el Cristóbal de Olí vio que ya tenía apaciguada aquella provincia y le habían venido de paz, fue desde Zacatula a Colima, y hallóla de guerra, y tuvo con los naturales della ciertos reencuentros y le hirieron muchos soldados, y al fin los desbarató y quedaron de paz. El Juan álvarez Chico, que había ido por capitán no sé qué se hizo de él; paréceme que murió en aquella guerra. Pues como el Cristóbal de Olí hubo pacificado a Colima y le pareció que estaba de paz, como era casado con una portuguesa hermosa, que ya he dicho que se decía doña Felipa de Araujo, dio la vuelta para México, y no se hubo bien vuelto, cuando se torné a levantar lo de Colima y Zacatula; y en aquel instante había llegado a México Gonzalo de Sandoval con la señora doña Catalina Xuárez «Marcaida» y con el Juan Xuárez y todas sus compañías, como ya otra vez dicho tengo en el capítulo que dello habla; acordó Cortés de enviarle por capitán para apaciguar aquellas provincias, y con muy pocos de a caballo

que entonces le dio y obra de quince ballesteros y escopeteros, conquistadores viejos, fue a Colima y castigó a dos caciques, y tal maña se dio, que toda la tierra dejó muy de paz y nunca más se levantó, y se volvió a México. Y volvamos a Guazacualco, y digamos cómo luego que se partió Gonzalo de Sandoval para México con la señora doña Catalina Xuárez se nos rebelaron todas las más provincias de las que estaban encomendadas a los vecinos, e tuvieron muy gran trabajo en las tornar a pacificar; y la primera que se levantó fue Xaltepeque: zapotecas que estaban poblados en altas y malas sierras; y tras esto se levantó lo de Cimatán y Copilco, que estaban entre grandes ríos y ciénagas, y se levantaron otras provincias, y aun hasta doce leguas de la villa hubo pueblos que mataron a su encomendero, y lo andábamos pacificando con muy grandes trabajos. Y estando que estábamos en una entrada con el capitán Luis Marín e un alcalde ordinario y todos los regidores de nuestra villa, viniéronnos cartas que había venido al puerto un navío, y que en él venía Juan Bono de Quexo, vizcaíno, e que había subido el río arriba con el navío, que era pequeño, hasta la villa, e que decía que traía cartas e provisiones de su majestad para nos notificar, que luego fuésemos a la villa e dejásemos la pacificación de la provincia; y como aquella nueva supimos, y estábamos con el teniente Luis Marín, así alcaldes y regidores fuimos a ver qué quería. Y después de nos abrazar y dar el para-bien-venidos los unos a los otros, porque el Juan Bono era muy conocido de cuando vino con Narváez, dijo que nos pedía por merced que nos juntásemos en cabildo, que nos quería notificar ciertas provisiones de su majestad y de don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos; que traía muchas cartas para todos. Y según pareció, traía el Juan Bono cartas en blanco con la firma del obispo; y entre tanto que nos

fueron a llamar en la pacificación donde estábamos, se informó el Juan Bono quienes éramos los regidores, y las cartas que traía en blanco escribió en ellas palabras de ofrecimientos que el obispo nos enviaba si dábamos la tierra a Cristóbal de Tapia, que el Juan Bono no creyó que era vuelto para la isla de Santo Domingo; y el obispo tenía por cierto que no le recibiríamos, e a aquel efecto envió a Juan Bono con aquellos recaudos; e traía para mí, como regidor, una carta del mismo obispo, que escribió el Juan Bono. Pues ya que habíamos entrado en cabildo y vimos sus despachos y provisiones, que nunca nos había querido decir lo que era hasta entonces, de presto le despachamos con decir que ya el Tapia era vuelto a Castilla, e que fuese a México, adonde estaba Cortés, e allá le diría lo que le conviniese; e cuando aquello oyó el Juan Bono, que el Tapia no estaba en la tierra, se puso muy triste, y otro día se embarcó, e fue a la Villa-Rica, e desde allí a México, y lo que allá pasó yo no lo sé; salvo que oí decir que Cortés le ayudó para la costa y se volvió a Castilla. Y dejemos de contar más cosas, que había bien que decir como siempre que en aquella villa estuvimos nunca nos faltaron trabajos y conquistas de las provincias que se habían levantado; y volvamos a decir de Pedro de Alvarado cómo le fue en lo de Tutepeque y en su población.

Capítulo CLXI

Cómo Pedro de Alvarado fue a Tutepeque a poblar una villa, y lo que en la pacificación de aquella provincia y poblar la villa le acaeció

Es menester que volvamos algo atrás para dar relación desta ida que fue Pedro de Alvarado a poblar a Tutepeque; y es así: que como se ganó la ciudad de México, y se supo en todas las comarcas y provincias que una ciudad tan fuerte estaba por el suelo, enviaban a dar el parabien de la victoria a Cortés, y a ofrecerse por vasallos de su majestad; y entre muchos grandes pueblos que en aquel tiempo vinieron, fue uno que se dice Teguantepeque, zapotecas, y trajeron un presente de oro a Cortés, y dijéronle que estaban otros pueblos algo apartados que se decían Tutepeque, muy enemigos suyos, e que les venían a dar guerra porque habían enviado los de Teguantepeque a dar la obediencia a su majestad, y que estaban en la costa del sur, y que era gente muy rica, así de oro que tenían en joyas, como de minas; y le demandaron Cortés con mucha importunación les diesen hombres de caballo y escopeteros y ballesteros para ir contra sus enemigos; e Cortés les habló muy amorosamente, y les dijo que quería enviar con ellos al Tonatio, que así le llamaban al Pedro Alvarado; y luego le dio sobre ciento y ochenta soldados y entre ellos treinta e cinco de a caballo y le mandó que en la provincia de Guaxaca, donde estaba un Francisco de Orozco por capitán, pues estaba de paz aquella provincia, que le demandase otros veinte soldados, y los más dellos ballesteros; y así como le fue mandado, ordenó su partida, y salió de México en el año de 22; e mandóle Cortés que luego fuese e viese ciertos peñoles que decían que estaban alzados, y entonces todo lo halló de paz y de buena

voluntad, y tardó más de cuarenta días en llegar a Tutepeque; y el señor de él y todos los principales, desque supieron que estaban ya cerca de su pueblo, le salieron a recibir de paz, y les llevaron a aposentar en lo más poblado del pueblo, adonde el cacique tenía sus adoratorios y sus grandes aposentos, y estaban las casas muy juntas unas de otras y son de paja; porque en aquella provincia no tenían azoteas, porque es tierra muy caliente; aconsejóse el Alvarado, con sus capitanes y soldados, que no era bien aposentarse en aquellas casas tan juntas unas de otras, porque si ponían fuego no se podrían valer; y parecióle bien el consejo a Alvarado, y fue acordado que se fuesen en cabo del pueblo: y como fue aposentado, el cacique le llevó muy grandes presentes de oro y bien de comer, y cada día que allí estuvieron le llevó presentes muy ricos de oro; y como el Alvarado vio que tanto oro tenían, le mandó hacer unas estriberas de oro fino, de la manera de otras que le dio para que por ellas las hiciese, y se las trajeron hechas; y dende a pocos días echó preso al cacique porque le dijeron los de Teguantepeque al Pedro de Alvarado que le querían dar guerra toda aquella provincia, e que cuando le aposentaron entre aquellas casas donde estaban los ídolos y aposentos, que era por les quemar e que allí muriesen todos; y a esta causa le echó preso. Otros españoles de fe y de creer dijeron que por sacarle mucho oro, e sin justicia murió en las prisiones; ahora sea lo uno o lo otro, aquel cacique dio a Pedro de Alvarado más de treinta mil pesos, y murió de enojo y de la prisión; e quedó a un su hijo el cacicazgo, y le sacó Alvarado mucho más oro que al padre; y luego envió a visitar los pueblos de la comarca, y los repartió entre los vecinos, y pobló una villa que se puso por nombre Segura, porque los más vecinos que allí poblaron habían sido de antes vecinos de Segura de la Frontera, que era Tepeaca. Y

como esto tuvo hecho, y tenía ya allegada buena suma de pesos de oro, y se lo llevaba a México para dar a Cortés; y también dijeron que Cortés le escribió que todo el oro que pudiese haber, que lo trajese consigo para enviar a su majestad, por causa que habían robado los franceses lo que habían enviado con Alonso de Ávila e Quiñones, e que no diese parte ninguna dello a ningún soldado de los que tenía en su compañía; e ya que el Alvarado quería partir para México tenían hecha ciertos soldados una conjuración, y los más dellos ballesteros y escopeteros, de matar otro día a Pedro de Alvarado y a sus hermanos porque les llevaban el oro sin dar partes, y aunque se las pedían muchas veces, no se lo quiso dar, y porque no les daba buenos repartimientos de indios; y esta conjuración, si no se lo descubriera un soldado que se decía Trebejo, que era en la misma trama, aquella noche que venía habían de dar en ellos; y como el Alvarado lo supo, que se lo dijeron a hora de vísperas, yendo a caballo a caza por unas sabanas, e iban en su compañía a caballo de los que entraban en la conjuración, para disimular con ellos dijo: «Señores, a mí me ha dado dolor de costado; volvamos a los aposentos, y llámenme un barbero que me sangre». Y como volvió, envió llamar a sus hermanos Jorge y Gonzalo y Gómez, todos Alvarados, e a los alcaldes y alguaciles; y prenden los que eran en la conjuración, y por justicia ahorcaron a dos dellos, que se decía el uno fulano de Salamanca, natural del Condado, que había sido piloto, e a otro que se decía Bernardo levantisco, y con estos dos apaciguó los demás; y luego se fue para México con todo el oro, y dejó poblada la villa; y cuando los vecinos que en ella quedaban vieron que los repartimientos que les daban no eran buenos, y la tierra doliente y muy calurosa, e habían adolecido muchos dellos, e las naborías e esclavos que llevaban se les habían muerto,

y aun muchos murciélagos y mosquitos y aun chinches; y sobre todo, que el oro no lo repartió el Alvarado entre ellos y se lo llevó, acordaron de quitarse del mal ruido y despoblar la villa, y muchos dellos se vinieron a México y otros a Guaxaca e a Guatemala, y se derramaron por otras partes; y cuando Cortés lo supo, envió a hacer pesquisa sobre ello, y hallóse que por los alcaldes y regidores en el cabildo se concertó que se despoblasen y sentenciaron a los que fueron en ello a pena de muerte; y apelaron, y fue la pena en destierro, y desta manera sucedió en lo de Tutepeque, que jamás nunca se pobló, y aunque era tierra rica, por ser doliente; y como los naturales de aquella tierra vieron esto, y que se habían despoblado y la crueldad que Pedro de Alvarado había hecho sin causa ni justicia ninguna, se tornó a rebelar, y volvió a ellos el Pedro de Alvarado. Y los llamó de paz, y sin darles guerra volvieron a estar de paz. Dejemos esto, e digamos que, como Cortés tenía ya allegado sobre ochenta mil pesos de oro para enviar a su majestad, y el tiro Fénix forjado; vino en aquella sazón nueva como había venido a Pánuco Francisco de Garay con grande armada: y lo que sobre ello se hizo diré adelante.

Capítulo CLXII

Cómo vino Francisco de Garay de Jamaica con grande armada para Pánuco, y lo que te aconteció, y muchas cosas que pasaron

Como he dicho en otro capítulo que habla de Francisco Garay: como era gobernador en la isla de Jamaica e rico, y tuvo nueva que habíamos descubierto muy ricas tierras cuando lo de Francisco Hernández de Córdoba e Juan de Grijalva, y habíamos llevado a la isla de Cuba veinte mil pesos de oro y los hubo Diego Velázquez, gobernador que era de aquella isla; y que venía en aquel instante Hernando Cortés a la Nueva-España con otra armada, tomóle gran codicia a Garay de venir a conquistar algunas tierras, pues tenía mejor caudal que otros ningunos; y tuvo nueva y plática de un Antón de Alaminos, que fue el piloto mayor que habíamos traído cuando lo descubrimos, cómo estaban muy ricas tierras y muy pobladas desde el río de Pánuco adelante, e que aquello podía enviar a suplicar a su majestad que le hiciese merced. Y después de bien informado el mismo Garay del piloto Alaminos y de otros pilotos que se habían hallado juntamente con el Alaminos en el descubrimiento, acordó de enviar a un su mayordomo, que se decía Juan de Torralba, a la corte con cartas y dineros, a suplicar a los caballeros que en aquella sazón estaban por presidente e oidores de su majestad que le hiciesen merced de la gobernación del río de Pánuco, con todo lo demás que descubriese y estuviese por poblar; y como su majestad en aquella sazón estaba en Flandes, y estaba por presidente de Indias don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos e arzobispo de Rosano, que lo mandaba todo, y el licenciado Zapata y el licenciado Vargas y el secretario Lope de Conchillos, le trajeron provisiones que fuese adelantado y

gobernador del río de San Pedro y San Pablo, con todo lo que descubriese; y con aquellas provisiones envió luego tres navíos con hasta doscientos y cuarenta soldados, con muchos caballos y escopeteros y ballesteros y bastimentos, y por capitán dellos a un Alonso álvarez Pineda o Pinedo, otras veces por mí ya nombrado. Pues como hubo enviado aquella armada, ya he dicho otras veces que los indios de Pánuco se la desbarataron, y mataron al capitán Pineda y a todos los soldados y caballos que tenla, excepto obra de sesenta soldados que vinieron al puerto de la VillaRica con un navío, y por capitán dellos un Camargo, que se acogieron a nosotros; y tras aquellos tres navíos viendo el Garay que no tenía nuevas dellos, envió otros dos navíos con muchos soldados y caballos y bastimentos, y por capitán dellos a Miguel Díaz de Auz e a un Ramírez, los cuales se vinieron también a nuestro puerto; y como vieron que no hallaron en el río de Pánuco pelo ni hueso de los soldados que había enviado Garay, salvo los navíos quebrados; todo lo cual tengo ya dicho otra vez en mi relación, mas es necesario que se torne a decir desde el principio para que bien se entienda. Pues volviendo a nuestro propósito y relación; viendo el Francisco de Garay que ya había gastado muchos pesos de oro, e oyó decir de la buena ventura de Cortés, y de las grandes ciudades que había descubierto, y del mucho oro y joyas que había en la tierra, tuvo envidia y codicia, y le vino más la voluntad de venir él en persona y traer la mayor armada que pudiese; buscó once navíos y dos bergantines, que fueron trece velas, y allegó ciento y treinta y seis de a caballo, y ochocientos y cuarenta soldados, los más ballesteros y escopeteros, y bastecióles muy bien de todo lo que hubieron menester, que era pan cazabe e tocinos e tasajos de vacas, que ya había harto ganado vacuno; que, como era rico y lo tenla todo de su cosecha, no

le dolía el gasto, y para ser hecha aquella armada en la isla de Jamaica, fue demasiada la gente y caballos que allegó. Y en el año de 1523 años salió de Jamaica con toda su armada por San Juan de junio, e vino a la isla de Cuba e a un puerto que se dice Xagua, y allí alcanzó a saber que Cortés tenla pacificada la provincia de Pánuco e poblada una villa, y había gastado en la pacificar más de sesenta mil pesos de oro, e que había enviado a suplicar a su majestad le hiciese merced de la gobernación della, juntamente con la Nueva-España; y como le decían de las cosas heroicas que Cortés y sus compañeros habíamos hecho, y como tuvo nueva que con doscientos y sesenta y seis soldados habíamos desbaratado a Pánfilo de Narváez, habiendo traído sobre mil y trescientos soldados, con ciento de a caballo y otros tantos escopeteros y ballesteros, y dieciocho tiros, temió la fortuna de Cortés; y en aquella sazón que estaba el Garay en aquel puerto de Xagua le vinieron a ver muchos vecinos de la isla de Cuba, y viniéronse en su compañía del Garay ocho o diez personas principales de aquella isla, y le vino a ver el licenciado Zuazo, que había venido a aquella isla a tomar residencia a Diego Velázquez por mandado de la real audiencia de Santo Domingo; y platicando el Garay con el licenciado sobre la ventura de Cortés, que temía que había de tener diferencias con él sobre la provincia de Pánuco, le rogó que se fuese con el Garay en aquel viaje, para ser intercesor entre él y Cortés; y el licenciado Zuazo respondió que no podía ir por entonces sin dar residencia, mas que presto sería allá en Pánuco. Y luego el Garay mandó dar velas, e va su derrota para Pánuco, y en el camino tuvo un mal tiempo, y los pilotos que llevaba subieron más arriba hacia el río de Palmas, y surgió en el propio río, día de señor Santiago, y luego envió a ver la tierra, y a los capitanes y soldados que envió no les pareció buena, y no tuvieron gana

de quedar allí, sino que se viniese al propio río de Pánuco a la población e villa que Cortés había poblado, por estar más cerca de México; y como aquella nueva le trajeron, acordó el Garay de tomar juramento a todos sus soldados que no le desampararían sus banderas, e que le obedecerían como a tal capitán general, e nombró alcaldes y regidores y todo lo perteneciente a una villa; dijo que se habla de nombrar la villa Garayana, e mandó desembarcar todos los caballos y soldados de los navíos; desembarazados, envió los navíos costa a costa con un capitán que se decía Grijalva, y él y todo su ejército se vino por tierra costa a costa cerca de la mar, y anduvo dos días por malos despoblados, que eran ciénagas; pasó un río que venía de unas sierras que vieron desde el camino, que estaban de allí obra de cinco leguas, y pasaron aquel gran río en barcas y en unas canoas que hallaron quebradas. Luego en pasando el río estaba un pueblo despoblado de aquel día, e hallaron muy bien de comer maíz e gallinas, e había muchas guayabas muy buenas. Allí en este pueblo el Garay prendió unos indios que entendían la lengua mexicana, y halagóles y dioles camisas, enviáles por mensajeros a otros pueblos que le decían que estaban cerca, porque le recibiesen de paz; y rodeó una ciénaga, fue a los mismos pueblos, recibiéronle de paz, diéronle muy bien de comer y muchas gallinas de la tierra, e otras aves, como a manera de ansarones, que tomaban en las lagunas; e como muchos de los soldados que llevaba Garay iban cansados, y parece ser no les daban de lo que los indios traían de comer, se amotinaron algunos e se fueron a robar a los indios de aquellos pueblos por donde venían, e estuvieron en este pueblo tres días; otro día fueron su camino con guías, llegaron a un gran río, no le podían pasar sino con canoas que les dieron los de los pueblos de paz donde habían estado; procuraron de pasar cada caballo a

nado, y remando con cada canoa un caballo que le llevasen del cabestro; y como eran muchos caballos y no se daban maña, se les ahogaron cinco caballos; salen de aquel río, dan en unas malas ciénagas, y con mucho trabajo llegaron a tierra de Pánuco; e ya que en ellas se hallaron, creyeron tener de comer, y estaban todos los pueblos sin maíz ni bastimentos y muy alterados, y esto fue a causa de las guerras que Cortés con ellos había tenido poco tiempo había; y también si alguna comida tenían, habíanlo alzado y puesto en cobro; porque, como vieron tantos españoles y caballos, tuvieron miedo dellos y despoblaron los pueblos, e adonde pensaba Garay reposar, tenía más trabajo; y demás desto, como estaban despobladas las casas donde posaba, había en ellas muchos murciélagos e chinches y mosquitos, e todo les daba guerra; e luego sucedió otra mala ventura, que los navíos que venían costa a costa no habían llegado al puerto ni sabían dellos, porque en ellos traían mucho bastimento; lo cual supieron de un español que los vino a ver o hallaron en un pueblo, que era de los vecinos que estaban poblados en la villa de Santi-Esteban del Puerto, que estaba huido por temor de la justicia por cierto delito que había hecho; el cual les dijo cómo estaban poblados en una villa muy cerca de allí y cómo México era muy buena tierra, e que estaban los vecinos, que en ella vivían, ricos; e como oyeron los soldados que traía Garay al español, que con él hablaron muchos, que la tierra de México era buena e la de Pánuco no era tan buena, se desmandaron y se fueron por la tierra a robar, e íbanse a México; y en aquella sazón, viendo el Garay que se le amotinaban sus soldados y no los podía haber, envió a un su capitán que se decía Diego de Ocampo a la villa de Santi-Esteban a saber qué voluntad tenía el teniente que estaba por Cortés, que se decía Pedro de Vallejo, y aun le escribió haciéndoles saber cómo traía

provisiones y recaudos de su majestad para gobernar y ser adelantado de aquellas provincias, e cómo había aportado con sus navíos al río de Palmas, e del camino e trabajos que había pasado; y el Vallejo hizo mucha honra al Diego de Ocampo y a los que con él iban, y les dió buena respuesta, y les dijo que Cortés holgara de tener buen vecino por gobernador, mas que le había costado muy caro la conquista de aquella tierra, y que su majestad le había hecho merced de la gobernación, y que venga cuando quisiere con sus ejércitos e que se le hará todo servicio, e que le pide por merced que mande a sus soldados que no hagan injusticias ni robos a los indios, porque se le han venido a quejar dos pueblos; y tras esto, muy en posta escribió el Vallejo a Cortés, y aun le envió la carta del Garay, e hizo que escribiese otra al mismo Diego de Ocampo, y le envió a decir que qué mandaba que se hiciese, e que de presto enviasen muchos soldados o viniese Cortés en persona. Y desque Cortés vio la carta, envió a llamar a Pedro de Alvarado, e a Gonzalo de Sandoval e a un Gonzalo de Ocampo, hermano del otro Diego de Ocampo que venía con Garay, y envió con ellos los recaudos que tenía, cómo su majestad le había mandado que todo lo que conquistase tuviese en sí hasta que se averiguase la justicia entre él, y Diego Velázquez, o se lo notificasen al Garay. Dejemos de hablar desto, y digamos que luego como Gonzalo de Ocampo volvió con la respuesta del Vallejo al Garay, y le pareció buena respuesta, se vino con todo su ejército a se juntar más cerca de la villa de Santi-Esteban, e ya el Pedro de Vallejo tenía concertado con los vecinos de la villa, e con aviso que tuvo de cinco soldados que se habían ido de la villa, que eran del mismo Garay, de los amotinados; y como estaban muy descuidados e no se velaban, e como quedaban en un pueblo bueno e grande que se dice Nachapalan, y los

del Vallejo sabían bien la tierra, dan en la gente de Garay, y le prenden sobre cuarenta soldados, y se lo llevaron a su villa de Santi-Esteban del Puerto, y ellos tuvieron por buena su prisión; y la causa que dijo el Vallejo por que los prendió, era porque, sin presentar las provisiones y recaudos que traían, andaban robando la tierra; y viendo esto Garay, hubo gran pesar, y tornó a enviar a decir al Vallejo que le diese sus soldados, amenazándole con la justicia de nuestro rey y señor; y el Vallejo respondió que cuando vea los reales provisiones, que las obedecerá y pondrá sobre su cabeza, e que fuera mejor que cuando vino Ocampo las trajera y presentara para las cumplir, e que le pide por merced que mande a sus soldados que no roben ni saqueen los pueblos de su majestad; y en este instante llegaron los capitanes que Cortés enviaba con los recaudos; e vino por capitán un Diego de Ocampo; y como el Diego de Ocampo era en aquella sazón alcalde mayor por Cortés en México, comenzó de hacer requerimientos al Garay que no entrase en la tierra, porque su majestad mandó que la tuviese Cortés, y en demandas y respuestas se pasaron ciertos días, y entre tanto cada día se le iban a Garay muchos soldados, que anochecían y no amanecían en el real; y vio Garay que los capitanes de Cortés traían mucha gente de a caballo y escopeteros, y de cada día le venían más, y supo que de sus navíos que había mandado venir costa a costa, se le habían perdido dos dellos con tormenta de nortes, que es travesía, y los demás navíos que estaban en la boca del puerto, y que el teniente Vallejo les envió a requerir que luego se entrasen dentro en el río, no les viniese algún desmán y tormenta como la pasada; si no, que los tendría por corsarios que andaban a robar; y los capitanes de los navíos respondieron que no tuviese Vallejo que entender ni mandar en ello, que ellos entrarían cuando quisiesen. Y en este instante el

Francisco de Garay temió la buena fortuna de Cortés; y como andaban en estos trances el alcalde mayor Diego de Ocampo, y Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, tuvieron pláticas secretas con los de Garay y con los capitanes que estaban en los navíos en el puerto, y se concertaron con ellos que se entrasen en el puerto y se diesen a Cortés; y luego un Martín de San Juan guipuzcoano y un Castromocho, maestres de navíos, se entregaron e dieron, con sus naos, al teniente Vallejo por Cortés; e como los tuvo, fue en ellos el mismo Vallejo a requerir al capitán Juan de Grijalva, que estaba en la boca del puerto, que se entrase dentro a surgir, o se fuese por la mar donde quisiese: y respondióle con tirarle muchos tiros; y luego enviaron en una barca un escribano del rey, que se decía Vicente López, a le requerir que se entrase en el puerto, y aun llevó cartas para el Grijalva, del Pedro de Alvarado y de Sandoval y de Diego de Ocampo, con ofertas y prometimientos que Cortés le haría mercedes. Y como vio las cartas y que todas las naos habían entrado en el río, así hizo el Juan de Grijalva con su nao capitana; y el teniente Vallejo le dijo que fuese preso en nombre del capitán Hernando Cortés; mas luego le soltó a él y a cuantos estaban detenidos. Y desque el Garay vio el mal recaudo que tenía, y sus soldados huidos y amotinados, y los navíos todos al través, y los demás estaban tomados por Cortés, si muy triste estuvo antes que se los tomasen, más lo estuvo después que se vio desbaratado; y luego demandó con grandes protestaciones que hizo a los capitanes de Cortés que le diesen sus naos y todos sus soldados, que se quería volver al río de Palmas, y presentó sus provisiones y recaudos que para ello traía, y que por no tener debates ni cuestiones con Cortés, que se haría volver; y aquellos caballeros le respondieron que fuese mucho en buena hora,

y que ellos mandarían a todos los soldados que estaban, en aquella provincia y por los pueblos, amotinados que luego se vengan a su capitán y vayan en los navíos; y le mandarán proveer de todo lo que hubiese menester, así de bastimentos como de armas y tiros e pólvora, e que escribirán a Cortés lo proveyese muy cumplidamente de todo lo que hubiese menester; y el Garay con esta respuesta y ofrecimientos estaba contento; y luego se dieron pregones en aquella villa, y en todos los pueblos enviaron alguaciles a prender los soldados amotinados para los traer al Garay, y por más penas que les ponían, era pregonar en balde, que no aprovechaba cosa ninguna; y algunos soldados que traían presos decían que ya habían llegado a la provincia de Pánuco, y que no eran obligados a más le seguir, ni cumplir el juramento que les había tomado, y ponían otras perentorias, que decían que no era capitán el Garay para saber mandar, ni hombre de guerra. Como vio el Garay que no aprovechaban pregones ni la buena diligencia que le parecía que ponían los capitanes de Cortés en traer sus soldados, estaba desesperado; pues viéndose desamparado de todos, aconsejáronle los que venían por parte de Cortés que le escribiese luego al mismo Cortés, e que ellos serían intercesores con él para que volviese al río de Palmas; y que tenían a Cortés por tan de buena condición, que le ayudaría en todo lo que pudiese, y que el Pedro de Alvarado y el Sandoval serían fiadores dello. Y luego el Garay escribió a Cortés: dándole relación de su viaje y trabajos, que si su merced mandaba, que le iría a ver y comunicar cosas cumplideras al servicio de Dios y de su majestad, encomendándole su honra y estado, y que lo ordenase de manera que no fuese disminuida su honra; y también escribieron Pedro de Alvarado, y el Diego de Ocampo, y Gonzalo de Sandoval, suplicando al Cortés por las cosas del

Francisco de Garay, para que en todo fuese ayudado pues en los tiempos pasados habían sido grandes amigos; y Cortés, viendo aquellas cartas, tuvo lástima del Garay, y le respondió con mansedumbre, y que le pesaba de todos sus trabajos, y que se venga a México, que le promete que en todo lo que pudiere ayudar lo hará de muy buena voluntad, y que a la obra se remite; y mandó que por do quiera que viniese le hiciesen honra y le diesen todo lo que hubiese menester, y aun le envió al camino refresco; y cuando llegó a Tezcuco le tenían hecho un banquete; y llegado a México, el mismo Cortés y muchos caballeros le salieron a recibir, y el Garay iba espantado de ver tantas ciudades, y más cuando vio la gran ciudad de México; y luego Cortés lo llevó a sus palacios, que entonces nuevamente los hacía. Y después que se hubieron comunicado él y el Garay, el Garay le contó sus desdichas y trabajos, encomendándole que por su mano fuese remediado; y el mismo Cortés se le ofreció muy de voluntad, y aun Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval le fueron buenos medianeros. Y de ahí a tres o cuatro días que hubo llegado, porque la amistad suya fuese más duradera y segura, se trató que se casase una hija de Cortés, que se decía doña Catalina Cortés Pizarro, que era niña, con un hijo de Garay, el mayorazgo, que traía consigo en la armada e le dejó por capitán de su armada; y Cortés vino en ello, y le mandó en dote con doña Catalina gran cantidad de pesos de oro, y que Garay fuese a poblar el río de Palmas, e que Cortés le diese lo que hubiese menester para la población y pacificación de aquella provincia, y aun le prometió capitanes y soldados de los suyos, para que con ellos descuidase en las guerras que hubiese; y con estos prometimientos, y con la buena voluntad que Garay halló en Cortés, estaba muy alegre: yo tengo por cierto que así como lo había capitulado y ordenado Cortés, lo cumpliera.

Dejemos esto del casamiento y de las promesas, y diré cómo en aquella sazón fue a posar el Garay en casa de un Alonso de Villanueva, porque Cortés hacía sus casas y palacio y eran tamaños y tan grandes y de tantos patios, como suelen decir el laberinto de Creta, y Alonso de Villanueva, según pareció, había estado en llanueva, y se le hacía toda la honra que podía, y todos esto no lo afirmo si era entonces o después; era muy grande amigo de Garay, y por el conocimiento pasado suplicó el Garay a Cortés para pasarse a las casas del Villanueva, y se le hacía toda la honr que podía, y todos los vecinos de México le acompañaban. Quiero decir cómo en aquella sazón estaba en México Pánfilo de Narváez, que es el que hubimos desbaratado, como dicho tengo otras veces, y fue a ver y hablar al Garay; abrazáronse el uno al otro, y se pusieron a platicar cada uno de sus trabajos y desdichas; y como el Narváez era hombre que hablaba muy entonado, de plática en plática, medio riendo, le dijo el Narváez: «Señor adelantado don Francisco de Garay, hanme dicho ciertos soldados de los que le han venido huyendo y amotinados que solía decir vuesamerced a los caballeros que traía en su armada: "Mirad que hagamos como varones, y peleemos muy bien con estos soldados de Cortés, no nos tomen descuidados como tomaron a Narváez"; pues, señor don Francisco de Garay, a mí peleando me quebraron este ojo, y me robaron y me quemaron cuanto tenía, y hasta que me mataron el alférez y muchos soldados y prendieron mis capitanes, nunca me habían vencido tan descuidado como a vuesamerced le han dicho: hágole saber que otro más venturoso en el mundo no ha habido que Cortés; y tiene tales capitanes y soldados, que se podían nombrar tan en ventura, cada uno en lo que tuvo entre manos, como Octaviano, y en el vencer como Julio César, y en el trabajar y ser en las batallas más que Aníbal».

Y el Garay respondía que no había necesidad que se lo dijesen; que por las obras se veía lo que decía, y que ¿qué hombre hubo en el mundo que con tan pocos soldados se atreviese a dar con los navíos al través, y meterse en tan recios pueblos y grandes ciudades a les dar guerra? Y respondía Narváez recitando otros grandes hechos y loas de Cortés; y estuvieron el uno y el otro platicando en las conquistas desta Nueva-España como a manera de coloquio. Y dejemos estas alabanzas que entre ellos se tuvo, y diré cómo Garay suplicó a Cortés por el Narváez, para que le diese licencia para volver a la isla de Cuba con su mujer, que se decía María de Valenzuela, que estaba rica de las minas y de los buenos indios que tenía el Narváez; y demás de se lo suplicar el Garay a Cortés con muchos ruegos, la misma mujer de Narváez se lo había enviado a suplicar a Cortés por cartas, le dejase ir a su marido; porque, según parece, se conocían cuando Cortés estaba en Cuba, y eran compadres; y Cortés le dio licencia y le ayudó con dos mil pesos de oro; y cuando el Narváez tuvo licencia se humilló mucho a Cortés, con prometimientos que primero le hizo que en todo le sería servidor, y luego se fue a Cuba. Dejemos de más platicar desto, y digamos en qué paró Garay y su armada; y es, que yendo una noche de Navidad del año de 1523, juntamente con Cortés, a maitines, después de vueltos de la iglesia, almorzaron con mucho regocijo, y desde allí a una hora, con el aire que le dio al Garay, que estaba de antes mal dispuesto, le dio dolor de costado con grandes calenturas; mandáronle los médicos sangrar y purgáronle, y desque vieron que arreciaba el mal, le dijeron que se confesase y que hiciese testamento; lo cual luego lo hizo y dejó por albaceas a Cortés; y luego, dende a cuatro días que le dio el mal, dio el alma a nuestro señor Jesucristo, que la crió; y esto tiene la calidad de la tierra de

México, que en tres o cuatro días mueren de aquel mal de dolor de costado, que esto ya lo he dicho otra vez, y lo tenemos bien experimentado de cuando estábamos en Tezcuco y en Cuyoacan, que se murieron muchos de nuestros soldados. Pues ya muerto Garay ¡perdónele Dios, amén! le hicieron muchas honras al enterramiento, y Cortés y otros caballeros se pusieron luto y como algunos maliciosos estaban mal con Cortés, no faltó quien dijo que le había mandado dar rejalgar en el almuerzo, y fue gran maldad de los que tal le levantaron; porque ciertamente de su muerte natural murió, porque así lo juró el doctor Ojeda y el licenciado Pedro López, médicos que le curaron; y murió el Garay fuera de su tierra, en casa ajena y lejos de su mujer e hijos. Dejemos de contar desto, y volvamos a decir de la provincia del Pánuco: que, como el Garay se vino a México, y sus capitanes y soldados, como no tenían cabeza ni quien les mandase, cada uno de los soldados que aquí nombraré, que el Garay traía en su compañía, se querían hacer capitanes; los cuales se decían, Juan de Grijalva, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza, Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina, el tuerto; Juan de Ávila, Antonio de la Cerda y un Taborda; este Taborda fue el más bullicioso de todos los del real de Garay; y sobre todos ellos quedó por capitán un hijo del Garay, que quería casar Cortés con su hija, y no le acataban ni hacían cuenta de él todos los que he nombrado ni ninguno de los de su capitanía; antes se juntaban de quince en quince y de veinte en veinte, y se andaban robando los pueblos y tomando las mujeres por fuerza, y mantas y gallinas, como si estuvieran en tierra de moros, robando lo que hallaban. Y como aquello vieron los indios de aquella provincia, se concertaron todos a una de los matar, y en pocos días sacrificaron y comieron más de quinientos españoles, y todos eran de los de Garay, y en

pueblos hubo que sacrificaron más de cien españoles juntos; y por todos los demás pueblos no hacían sino, a los que andaban desmandados, matarlos y comer y sacrificar; y como no había resistencia, ni obedecían a los vecinos de la villa de Santi-Esteban, que dejó Cortés poblada, e ya que salían a les dar guerra, era tanta la multitud que salía de guerreros, que no se podían valer con ellos; y a tanto vino la cosa y atrevimiento que tuvieron, que fueron muchos indios sobre la villa, y la combatieron de noche y de día de arte, que estuvo en gran riesgo de se perder. Y si no fuera por siete u ocho conquistadores viejos de los de Cortés, y por el capitán Vallejo, que ponían velas y andaban rondando y esforzando a los demás, ciertamente les entraran en su villa; y aquellos conquistadores dijeron a los demás soldados de Garay que siempre procurasen de estar juntamente con ellos y que allí en el campo estaban muy mejor, y que allí los hallasen los contrarios, y que no se volviesen a la villa; y así se hizo, y pelearon con ellos tres veces, y puesto que mataron al capitán Vallejo e hirieron otros muchos, todavía los desbarataron y mataron muchos indios dellos; y estaban tan furiosos todos los indios naturales de aquella provincia, que quemaron y abrasaron una noche cuarenta españoles, y mataron quince caballos, y muchos de los que mataron eran de los de Cortés, en un pueblo, y todos los demás fueron de los de Garay. Y como Cortés alcanzó a saber estos destrozos que hicieron en esta provincia, tomó tanto enojo, que quiso volver en persona contra ellos, y como estaba muy malo de un brazo que se le había quebrado, no pudo venir; y de presto mandó a Gonzalo de Sandoval que viniese con cien soldados y cincuenta de a caballo y dos tiros y quince arcabuceros y ballesteros, y le dio ocho mil tlascaltecas y mexicanos, y le mandó que no viniese sin que les dejase muy bien castigados, de manera que no se tornasen a alzar. Pues

como el Sandoval era muy ardidoso, y cuando le mandaban cosa de importancia no dormía de noche, no se tardó mucho en el camino, que con gran concierto da orden cómo habían de entrar y salir los de a caballo en los contrarios, porque tuvo aviso que le estaban esperando en dos malos pasos todas las capitanías de los guerreros de aquellas provincias; y acordó enviar la mitad de todo su ejército al un mal paso, y él se estuvo con la otra mitad de su compañía a la otra parte; y mandó a los escopeteros y ballesteros no hiciesen sino armar unos y soltar otros y dar con ellos y hasta ver si los podían hacer poner en huida; y los contrarios tiraban mucha vara y flecha y piedra, e hirieron a muchos soldados y de nuestros amigos. Viendo Sandoval que no les podía entrar, estuvieron en aquel mal paso hasta la noche, y envió a mandar a los demás que estaban en aquel otro mal paso que hiciesen lo mismo, y los contrarios nunca desampararon sus puestos; e otro día por la mañana, viendo Sandoval que no aprovechaba cosa estarse allí como había dicho, mandó enviar a llamar a las demás capitanías que había enviado al otro mal paso, e hizo que levantaba su real, y que se volvía camino de México como amedrentado; y como los naturales de aquellas provincias que estaban juntos les pareció que de miedo se iban retrayendo, salen al camino, e iban siguiéndole dándole grita y diciéndole vituperios; y todavía el Sandoval, aunque más indios salían tras él, no volvía sobre ellos, y esto fue por descuidarles, para, como habían ya estado aguardando tres días, volver aquella noche y pasar de presto con todo su ejército los malos pasos; e así lo hizo, que a media noche volvió y tomóles algo descuidados, y pasó con los de a caballo; y no fue tan sin grande peligro, que le mataron tres caballos e hirieron muchos soldados; y cuando se vio en buena tierra y fuera del mal paso con sus ejércitos, él por una parte y los

demás de su capitanía por otra dan en grandes escuadrones que aquella misma noche se habían juntado, desque supieron que volvió: y eran tantos, que el Sandoval tuvo recelo no le rompiesen y desbaratasen; y mandó a sus soldados que se tornasen a juntar con él para que peleasen juntos, porque vio y entendió de aquellos contrarios que como tigres rabiosos se venían a meter por las puntas de las espadas, y habían tomado seis lanzas a los de a caballo, como no eran hombres acostumbrados a la guerra: de lo cual Sandoval estaba tan enojado, que decía que valiera más que trajera pocos soldados de los que él conocía, y no los que trajo; y allí les mandó a los de a caballo de la manera que habían de pelear, que eran nuevamente venidos; y es, que las lanzas algo terciadas, y no se parasen a dar lanzadas, sino por los rostros y pasar adelante hasta que les hayan puesto en huida; y les dijo que vista cosa es que si se parasen a alancear, que la primera cosa que el indio hace desque está herido es echar mano de la lanza, y como les vean volver las espaldas, que entonces a media rienda les han de seguir, y las lanzas todavía terciadas, y si les echaren mano de las lanzas, porque aun con todo esto no dejan de asir dellas, que para se las sacar de presto de sus manos, poner piernas al caballo, y la lanza bien apretada con la mano asida y debajo del brazo para mejor se ayudar y sacarla del poder del contrario, y si no la quisiere soltar, traerle arrastrando con la fuerza del caballo. Pues ya que les estuvo dando orden cómo habían de batallar, y vio a todos sus soldados y de a caballo juntos, se fue a dormir aquella noche a orilla de un río, y allí puso buenas velas y escuchas y corredores del campo, y mandó que toda la noche tuviesen los caballos ensillados, y asimismo ballesteros y escopeteros y soldados muy apercibidos; mandó a los amigos tlascaltecas y mexicanos que estuviesen sus capitanías algo apartadas de

los nuestros, porque ya tenía experiencia de lo México: porque si de noche viniesen los contrarios a dar en los reales, que no hubiese estorbo ninguno en los amigos; y esto fue porque el Sandoval temió que vendrían, porque vio muchas capitanías de contrarios que se juntaban muy cerca de sus reales, y tuvo por cierto que aquella noche les habían de venir a combatir, e oía muchos gritos y cornetas e tambores muy cerca de allí; e según entendían habíanle dicho nuestros amigos a Sandoval que decían los contrarios que para aquel día cuando amaneciese habían de matar a Sandoval y a toda su compañía; y los corredores del campo vinieron dos veces a dar aviso que sentían que, se apellidaban de muchas partes y se juntaban. Y cuando fue día claro Sandoval mandó salir a todas sus compañías con gran ordenanza, a los de a caballo les tornó a traer a la memoria como otras veces les había dicho íbanse por el camino adelante por unas caserías, adonde oían los atambores y cornetas; y no hubo bien andado medio cuarto de legua, cuando le salen al encuentro tres escuadrones de guerreros y le comenzaron a cercar; y como aquello vio, manda arremeter la mitad de los de a caballo por una parte y la otra mitad por la otra, y puesto que le mataron dos soldados de los nuevamente venidos de Castilla, y tres caballos, todavía les rompió de tal manera, que fue desde allí adelante matando e hiriendo en ellos, que no se juntaban como de antes. Pues nuestros amigos los mexicanos y tlascaltecas hacían mucho daño en todos aquellos pueblos, y prendieron mucha gente, y abrasaron todos los pueblos que por delante hallaban, hasta que el Sandoval tuvo lugar de llegar a la villa de San-Esteban del Puerto, y halló los vecinos tales y tan debilitados, unos muy heridos y otros muy dolientes, y lo peor, que no tenían maíz que comer ellos y veinte y ocho caballos; y esto a causa que

de noche y de día les daban guerra, y no tenían lugar de traer maíz ni otra cosa ninguna, e hasta aquel mismo día que llegó Sandoval no habían dejado de los combates, porque entonces se apartaron del combate; y después de haber ido todos los vecinos de aquella villa a ver y hablar al capitán Sandoval, y darle gracias y loores por los haber venido en tal tiempo a socorrer, le contaron los de Garay que si no fuera por siete u ocho conquistadores viejos de los de Cortés, que les ayudaron mucho, que corrían mucho riesgo sus vidas, porque aquellos ocho salían cada día al campo y hacían salir los demás soldados, e resistían que los contrarios no les entrasen en la villa; y también porque, como lo capitaneaban e por su acuerdo se hacía todo, e habían mandado que los dolientes y heridos se estuviesen dentro en la villa, y que todos los demás aguardasen en el campo, y que de aquella manera se sostenían con los contrarios; y Sandoval los abrazó a todos, y mandó a los mismos conquistadores, que bien los conocía, y aun eran sus amigos, en especial fulano Navarrete y Carrascosa, y un fulano de Alamilla y otros cinco, que todos eran de los de Cortés, que repartiesen entre ellos de los de a caballo y ballesteros y escopeteros que el Sandoval traía, e que por dos partes fuesen y enviasen maíz e bastimento, e hiciesen guerra e prendiesen todas las más gentes que pudiesen, en especial caciques; y esto mandó el Sandoval porque él no podía ir, que estaba mal herido en un muslo, y en la cara tenía una pedrada, y asimismo entre los de su compañía traía otros muchos soldados heridos, y porque se curasen estuvo en la villa tres días que no salió a dar guerra; porque, como había enviado los capitanes ya nombrados, y conoció dellos que lo harían bien, y vio que de presto enviaron maíz y bastimento, con esto estuvo los tres días; y también le enviaron muchas indias y gente menuda que habían preso, y

cinco principales de los que habían sido capitanes en las guerras; y Sandoval les mandó soltar a todas las gentes menudas, excepto a los principales, y les envió a decir que desde allí adelante que no prendiesen si no fuese a los que fueron en la muerte de los españoles, y no mujeres ni muchachos, y que buenamente les enviasen a llamar, e así lo hicieron. Y ciertos soldados de los que habían venido con Garay, que eran personas principales, que el Sandoval halló en aquella villa, los cuales eran por quien se había revuelto aquella provincia, que ya los he nombrado a todos los más dellos en el capítulo pasado, vieron que Sandoval no les encomendaba cosa ninguna para ir por capitanes con soldados, como mandó a los siete conquistadores viejos de los de Cortés, comenzaron a murmurar de él entre ellos, y aun convocaban a otros soldados a decir mal del Sandoval y de sus cosas, y aun ponían en pláticas de se levantar con la tierra so color de que estaba allí con ellos el hijo de Francisco de Garay como adelantado della. Y como lo alcanzó a saber el Sandoval, les habló muy bien y les dijo: «Señores, en lugar de me lo tener a bien, cómo, gracias a Dios, os hemos venido a socorrer, me han dicho que decís cosas que para caballeros como sois no son de decir: yo no os quito vuestro ser y honra en enviar los que aquí hallé por caudillos y capitanes; y si hallara a vuesas mercedes que erais caudillos, harto fuera yo de ruin si les quitara el cargo. Querría saber una cosa: por qué no lo fuisteis cuando estabais cercados. Lo que me dijisteis todos a una es, que si no fuera por aquellos siete soldados viejos, que tuvierais más trabajo; y como sabían la tierra mejor que vuesas mercedes, por esta causa los envié: así que, señores, en todas nuestras conquistas de México no mirábamos en estas cosas e puntos, sino en servir lealmente a su majestad: así, os pido por merced que desde aquí adelante lo hagáis, e yo no estaré en

esta provincia muchos días, si no me matan en ella, que me iré a México. El que quedare por teniente de Cortés os dará muchos cargos, e a mí me perdonad». Y con esto concluyó con ellos, y todavía no dejaron de tenerle mala voluntad; y esto pasado, luego otro día sale Sandoval con los que trajo en su compañía de México y con los siete que había enviado, y tiene tales modos, que prendió hasta veinte caciques, que todos habían sido en la muerte de más de seiscientos españoles que mataron de los de Garay y de los que quedaron poblados en la villa de los de Cortés, y a todos los demás pueblos envió a llamar de paz, y muchos dellos vinieron, y con otros disimulaba aunque no venían. Y esto hecho, escribió muy en posta a Cortés dándole cuenta de todo lo acaecido, e qué mandaba que hiciese de los presos; porque Pedro de Vallejo, que dejó Cortés por su teniente, era muerto de un flechazo, a quien mandaba que quedase en su lugar; y también le escribió que lo habían hecho muy como varones los soldados ya por mí nombrados; y como Cortés vio la carta, se holgó mucho en que aquella provincia estuviese ya de paz; y en la sazón que le dieron la carta a Cortés estábanle acompañando muchos caballeros conquistadores e otros que habían venido de Castilla; e dijo Cortés delante dellos: «¡Oh Gonzalo de Sandoval! ¡en cuán gran cargo os soy, y cómo me quitáis de muchos trabajos!» Y allí todos le alabaron mucho, diciendo que era un muy extremado capitán, y que se podía nombrar entre los muy afamado. Dejemos destas loas; y luego Cortés le escribió que, para que más justificadamente castigase por justicia a los que fueron en la muerte de tanto español y robos de hacienda y muertes de caballos, que enviaba al alcalde mayor Diego de Ocampo para que se hiciese información contra ellos, e lo que se sentenciase por justicia que lo ejecutase; y le mandó que en todo lo que pudiese les

aplaciese a todos los naturales de aquella provincia, e que no consintiese que los de Garay ni otras personas ningunas los robasen ni les hiciesen malos tratamientos; y como el Sandoval vio la carta, y que venía el Diego de Ocampo, se holgó dello, y desde a dos días que llegó el alcalde mayor Ocampo, y después que le dio el Sandoval relación de lo que había hecho y pasado, hicieron proceso contra los capitanes y caciques que fueron en la muerte de los españoles, y por sus confesiones, por sentencia que contra ellos pronunciaron, quemaron y ahorcaron ciertos dellos, e a otros perdonaron; y los cacicazgos dieron a sus hijos y hermanos, a quien de derecho les convenía. Y esto hecho, el Diego de Ocampo parece ser traía instrucciones e mandamientos de Cortés para que inquiriere quiénes fueron los que entraban a robar la tierra e andaban en bandos y rencillas, y convocando a otros soldados que se alzasen, y mandó que les hiciese embarcar en un navío y los enviase a la isla de Cuba, y aun envió dos mil pesos para Juan de Grijalva si se quería volver a Cuba; e si quisiese quedar, que le ayudase y diese todo recaudo para venir a México; y en fin de más razones, todos de buena voluntad se quisieron volver a la isla de Cuba, donde tenían indios, y les mandó dar mucho bastimento de maíz e gallinas e de todas las cosas que había en la tierra, y se volvieron a sus casas e isla de Cuba. Y esto hecho, nombraron por capitán a un fulano de Vallecillo, e dieron la vuelta el Sandoval y el Diego de Ocampo para México, y fueron bien recibidos de Cortés y de toda la ciudad, y dende en adelante no se tornó más a levantar aquella provincia. Y dejemos de hablar más en ello, e digamos lo que le aconteció al licenciado Zuazo en el viaje que venía de Cuba a la Nueva-España.

Capítulo CLXIII

Cómo el licenciado Alonso de Zuazo venía en una carabela a la Nueva-España, y dio en unas isletas que llaman las Víboras, y lo que más le aconteció

Como ya he dicho en el capítulo pasado que hablé de cuando el licenciado Zuazo fue a ver a Francisco de Garay al pueblo de Xagua, que es la isla de Cuba, cabe la villa de la Trinidad; y el Garay le importunó que fuese con él en su armada para ser medianero entre él y Cortés, porque bien entendido tenía que había de tener diferencias sobre la gobernación de Pánuco; y el Alonso de Zuazo le prometió que así lo haría en dando cuenta de la residencia del cargo que tuvo de justicia en aquella isla de Cuba, donde al presente vivía; y en hallándose desembarazado, luego procuró de dar residencia y hacerse a la vela, e ir a la Nueva-España, adonde había prometido. Y embarcado en un navío chico, e yendo por su viaje, e salidos de la punta que llaman de Sant-Antón, y también se dice por otro nombre la tierra de los Guanatabeis, que son unos salvajes que no sirven a españoles; y navegando en su navío, que era de poco porte, o porque el piloto erró la derrota, o descayó con las corrientes, fue a dar en unas isletas que son entre unos bajos que llaman las Víboras, y no muy lejos destos bajos están otros que llaman los Alacranes, y entre estas isletas se suelen perder navíos grandes, y lo que le dio la vida a Zuazo fue ser su navío de poco porte. Pues volvieron a nuestra relación: porque pudiesen llegar con el navío a una isleta que vieron que estaba cerca, que no bañaba la mar, echaron muchos tocinos al agua, y otras cosas que traían para matalotaje, para aliviar el navío, para poder ir sin tocar en tierra hasta la isleta, y cargaron tantos tiburones a los

tocinos, que a unos marineros que se echaron al agua a más de la cinta, los tiburones, encarnizados en los tocinos, apañaron a un marinero dellos y le despedazaron y tragaron, y si de presto no se volviera los demás marineros a la carabela, todos perecieran, según andaban los tiburones encarnizados en la sangre del marinero que mataron; pues lo mejor que pudieron allegaron con su carabela a la isleta, y como había echado a la mar el bastimento y cazabe, y no tenían qué comer, y tampoco tenían agua que beber, ni lumbre, ni otra cosa con que pudiesen sustentarse, salvo unos tasajos de vaca que dejaron de arrojar a la mar, fue ventura que traían en la carabela dos indios de Cuba, que sabían sacar lumbre con unos palicos secos que hallaron en la isleta adonde aportaron, e dellos sacaron lumbre, y cavaron en un arenal y sacaron agua salobre, y como la isleta era chica y de arenales, venían a ella a desovar muchas tortugas, e así como salían las trastornaban los indios de Cuba las conchas arriba; e suele poner cada una dellas sobre cien huevos tamaños como de pato; e con aquellas tortugas e muchos huevos tuvieron bien con que se sustentar trece personas que escaparon en aquella isleta; y también mataron lobos marinos que salían de noche al arenal de la isleta, que fueron harto buenos para comer. Pues estando desta manera, como en la carabela acertaran a venir dos carpinteros de ribera, y tenían sus herramientas, que no se les habían perdido, acordaron de hacer una barca para ir con ella a la vela, e con la tablazón e clavos, estopas e jarcias y velas que sacaron del navío que se perdió, hacen una buena barca como batel, en que fueron tres marineros e un indio de Cuba a la Nueva-España, y para matalotaje llevaron de las tortugas y de los lobos marinos asados, y con agua salobre, y con la carta e aguja de marcar, después de se encomendar a Dios, fueron su viaje, e unas veces con buen

tiempo e otras veces con contrario, llegaron al puerto de Chaldocueca, que es el río de Banderas, adonde en aquella sazón se descaraban las mercaderías que venían de Castilla, y desde allí fueron a Medellín, adonde estaba por teniente de Cortés un Simón de Cuenca; y como los marineros que venían en la barca le dijeron al teniente el gran peligro en que estaba el licenciado Alonso Zuazo, luego sin más dilación el Simón de Cuenca buscó marineros e un navío de poco porte, y con mucho refresco lo despachó a la isleta adonde estaba el Zuazo; y el Simón de Cuenca le escribió al mismo licenciado cómo Cortés se holgaría mucho con su venida, e asimismo le hizo saber a Cortés todo lo acaecido, y cómo le envió el navío abastecido; de lo cual se holgó Cortés del buen aviamiento que el teniente hizo, y mandó que en aportando allí al puerto, que le diesen todo lo que hubiese menester, y vestidos y cabalgaduras, e que le enviasen a México; y partió el navío, e fue con buen viaje a la isleta, con el cual se holgó el Zuazo y su gente; y de presto, con buen tiempo, vino a Medellín, e se le hizo honra, y se fue a México. Y Cortés le mandó salir a recibir y le llevó a sus palacios, y se regocijó con él y le hizo su alcalde mayor. Y en esto paró el viaje del licenciado Alonso de Zuazo. Dejemos de hablar dello, y digo que esta relación que doy, es por una carta que nos escribió a la villa de Guazacualco Cortés al cabildo della, adonde declaraba lo por mí aquí dicho, e porque dentro en dos meses vino al puerto de aquella villa el mismo barco en que vinieron los marineros a dar aviso del Zuazo, e allí hicieron un barco del descargo de la misma barca, y los marineros nos lo contaban según de la manera que aquí lo escribo. Dejemos esto, y diré cómo Cortés envió a Pedro de Alvarado a pacificar la provincia de Guatemala.

CAPÍTULO CLXIV

Cómo Cortés envió a Pedro de Alvarado a la provincia de Guatemala para que poblase una villa y los trajese de paz, y lo que sobre ello se hizo

Pues como Cortés siempre tuvo los pensamientos muy altos y de señorear, quiso en todo remedar a Alejandro Macedonio, y con los muy buenos capitanes y extremados soldados que siempre tuvo, después que se hubo poblado la gran ciudad de México e Guaxaca e Zacatula e Colima e la Veracruz e Pánuco e Guazacualco, y tuvo noticia que en la provincia de Guatemala había recios pueblos de mucha gente e que había minas, acordó de enviar a la conquistar y poblar a Pedro de Alvarado, e aun el mismo Cortés había enviado a rogar a aquella provincia que viniesen de paz, e no quisieron venir; e diole al tal Alvarado para aquel viaje sobre trescientos soldados, y entre ellos ciento y veinte escopeteros y ballesteros; y más le dio cienta y treinta y cinco de a caballo, cuatro tiros y mucha pólvora, y un artillero que se decía fulano de Usagre, y sobre doscientos tlascaltecas y cholultecas, y cien mexicanos, que iban sobresalientes. Y después de dadas las instrucciones en que le mandaba a Alvarado que con toda diligencia procurase de los atraer de paz sin darles guerra, e que con ciertas lenguas e clérigos que llevaba les predicase las cosas tocantes a nuestra santa fe, e que no les consintiese sacrificios ni sodomías ni robarse unos a otros, que las cárceles e redes que hallase hechas, adonde suelen tener presos indios a engordar para comer, que las quebrase y que los saquen de las prisiones; y que con amor y buena voluntad los atraiga a que den la obediencia a su majestad, y en todo se les hiciese buenos tratamientos. Pues ya despedido el Pedro de

Alvarado de Cortés y de todos los caballeros amigos suyos que en México había, y se despidieron los unos de los otros, partió de aquella ciudad en 13 días del mes de diciembre de 1523 años, y mandóle Cortés que fuese por unos peñoles que cerca del camino estaban alzados en la provincia de Teguantepeque, los cuales peñoles trajo de paz; llámanse el peñol de Güelamo, que era entonces de la encomienda de un soldado que se dice Güelamo; y desde allí fue a Teguantepeque, pueblo grande, y son zapotecas, y le recibieron muy bien, porque estaban de paz, e ya se habían ido de aquel pueblo, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla, a México, y dado la obediencia a su majestad e a ver a Cortés, y aun le llevaron un presente de oro; y desde Teguantepeque fue a la provincia de Soconusco, que era en aquel tiempo muy poblada de más de quince mil vecinos, y también le recibieron de paz y le dieron un presente de oro y se dieron por vasallos de su majestad; y desde Soconusco llegó cerca de otras poblaciones que dicen Zapotitlán, y en el camino, en una puente de un río que hay allí un mal paso, halló muchos escuadrones de guerreros que le estaban aguardando para no dejarle pasar, y tuvo una batalla con ellos, en que le mataron un caballo e hirieron muchos soldados, y uno murió de las heridas; y eran tantos los indios que se habían juntado contra Alvarado, no solamente los de Zapotitlán, sino de otros pueblos comarcanos, que por muchos dellos que herían, no los podían apartar, y por tres veces tuvieron reencuentros, y quiso nuestro señor Dios que los venció y le vinieron de paz; y desde Zapotitlán iba camino de un recio pueblo que se dice Quetzaltenango, y antes de llegar a él tuvo otros reencuentros con los naturales de aquel pueblo y con otros sus vecinos, que se dice Utatlan, que era cabecera de ciertos pueblos que están en su contorno a la redonda del

Quetzaltenango, y en ellos le hirieron ciertos soldados, puesto que el Pedro de Alvarado y su gente mataron e hirieron muchos indios; y luego estaba una mala subida de un puerto que dura legua y media, con ballesteros y escopeteros y todos sus soldados puestos en gran concierto, lo comenzó a subir, y en la cumbre del puerto hallaron una india gorda que era hechicera, y un perro de los que ellos crían, que son buenos para comer, que no saben ladrar, sacrificados, ques es señal de guerra; y más adelante halló tanta multitud de guerreros que le estaban esperando, y le comenzaron a cercar; y como eran los pasos malos y en sierra muy agria, los de a caballo no podían correr, ni revolver ni aprovecharse dellos; mas los ballesteros y escopeteros y soldados de espada y rodela tuvieron reciamente con ellos pie con pie, y fueron peleando las cuestas y puertos abajo, hasta llegar a unas barrancas, donde tuvo otra muy reñida escaramuza con otros muchos escuadrones de guerreros que allí en aquellas barrancas esperaban, y era con un ardid que entre ellos tenían acordados, y fue desta manera: que, como fuese el Pedro de Alvarado peleando, hacían que se iban retrayendo, y como les fuese siguiendo hasta donde le estaban esperando sobre seis mil indios guerreros, y estos eran de los de Utatlan y de otros pueblos sus sujetos, que allí los pensaban matar; y Pedro de Alvarado y todos sus soldados pelearon con ellos con grandes ánimos, y los indios le hirieron tres soldados y dos caballos, mas todavía les venció y puso en huida; y no fueron muy lejos, que luego se tornaron a juntar y rehacer con otros escuadrones, y tornaron a pelear como valiente guerreros, creyendo desbaratar al Pedro de Alvarado Y a su gente; e fue cabe una fuente, adonde le aguardaron de arte, que se venían ya pie con pie con los de Pedro de Alvarado, y muchos indios hubo dellos que aguardaron dos o tres juntos

a un caballo, y se ponían a fuerzas para derrotarle, e otros los tomaban de las colas; y aquí se vio el Pedro de Alvarado en gran aprieto, porque como eran muchos los contrarios, no podían sustentar a tantas partes de los escuadrones que les daban guerra a él y todos los suyos y como vieron que habían de vencer o morir sobre ellos; e temiendo los desbaratasen, porque se vieron en gran aprieto; y danles una mano con las escopetas y ballestas, y a buenas cuchilladas les hicieron que se apartasen algo. Pues los de a caballo no estaban de espacio, sino alancear y atropellar y pasar adelante, hasta que los hubieron desbaratado, que no se juntaron en aquellos tres días; e como vio que ya no tenía contrarios con quien pelear, se estuvo en el campo sin ir a poblado, rancheando y buscando de comer; y luego se fue con todo su ejercito al pueblo de Quetzaltenango, y allí supo que en las batallas pasadas les habían muerto dos capitanes señores de Utatlan; y estando reposando y curando los heridos, tuvo aviso que venía otra vez contra él todo el poder de aquellos pueblos comarcanos, y se habían juntado más de dos xiquipiles, que son dieciséis mil indios, que cada xiquipil son ocho mil guerreros, e que venían con determinación de morir todos o vencer; y como el Pedro de Alvarado lo supo, se salió con su ejército en un llano, y como venían tan determinados los contrarios, comenzaron a cercar el ejército de Pedro de Alvarado y tirar vara, flecha y piedra y con lanzas, y como era muy llano y podían muy bien correr a todas partes los caballos, dan en los escuadrones contrarios de tal manera, que de presto les hizo volver las espaldas; aquí le hirieron muchos soldados e un caballo. Y según pareció, murieron ciertos indios principales, así de aquel pueblo como de toda aquella tierra; por manera que desde aquella victoria ya temían aquellos pueblos mucho a Alvarado, y concertaron toda aquella

comarca de le enviar a demandar paces, e le trajeron un presente de oro de poca valía porque aceptase las paces; e fue con acuerdo de todos los caciques de aquella provincia, porque otra vez se tornaron a juntar muchos más guerreros que de antes, y les mandaron a sus guerreros que secretamente estuviesen entre las barrancas de aquel pueblo de Utatlan, y que si enviaban a demandar paces, era que, como el Pedro de Alvarado y su ejército estaban en Quetzaltenango haciendo entradas y corredurías, e siempre traían presa de indios e indias, y por llevarle a otro pueblo muy fuerte y cercano de barrancas, que se dice Utatlan, para que cuando le tuviesen dentro y en parte que ellos creían aprovecharse de él y de sus soldados, dar en ellos con los guerreros que ya estaban aparejados y escondidos para ello. Volvamos a decir cómo fueron con el presente delante de Pedro de Alvarado muchos principales; y después de hecha su cortesía a su usanza, le demandaron perdón por las guerras pasadas, ofreciéndose por vasallos de su majestad, y le ruegan que porque su pueblo es grande, está en parte más apacible donde le puedan servir, e junto a otras poblaciones, que se vaya con ellos a él. Y Pedro de Alvarado los recibió con mucho amor, y no entendió las cautelas que traían; y después de les haber respondido el mal que habían hecho en salir de guerra, aceptó sus paces. E otro día por la mañana fue con su ejército con ellos a Utatlan, que así se dice el pueblo, e desque hubo entrado dentro e vieron una cosa tan fuerte, porque tenía dos puertas, y la una dellas tenía veinte y cinco escalones antes de entrar en el pueblo, y la otra puerta con una calzada que era muy mala y deshecha por dos partes, y las casas muy juntas y las calles muy angostas, y en todo el pueblo no había mujeres ni gente menuda, cercado de barrancas, e de comer no les proveían sino mal y tarde, y los caciques muy demudados en los parlamentos,

avisaron al Pedro de Alvarado unos indios de Quetzaltenango que aquella noche los querían matar a todos en aquel pueblo si allí se quedaban; e que tenían puestos entre las barrancas muchos escuadrones de guerreros para en viendo arder las casas juntarse con los de Utatlan, y dar en nosotros los unos por una parte e los otros por otra, e con el fuego e humo no se podrían valer, e que entonces los quemarían vivos; y como el Pedro de Alvarado entendió el gran peligro en que estaban, de presto mandó a sus capitanes e a todo su ejército que sin más tardar se saliesen al campo, y les dijo el peligro que tenían; y como lo entendieron, no tardaron de se ir a lo llano cerca de unas barrancas, porque en aquel tiempo no tuvieron más lugar de salir a tierra llana de en medio de tan recios pasos; e a todo esto el Pedro de Alvarado mostraba buena voluntad a los caciques y principales de aquel pueblo y de otros comarcanos, y les dijo que porque los caballos eran acostumbrados de andar paciendo en el campo un rato del día, que por esta causa se salió del pueblo, porque estaban muy juntas las casas y calles; y los caciques estaban muy tristes porque así lo vieron salir. E ya el Pedro de Alvarado no pudo más disimular la traición que tenían urdida, y sobre ello y sobre los escuadrones que tenían juntos en las barrancas mandó prender al cacique de aquel pueblo y por justicia le mandó quemar, y dio el señorío a su hijo, y luego se salió a tierra llana fuera de las barrancas, y tuvo guerra con los escuadrones que tenían aparejados para el efecto que he dicho; y después que hubieron probado sus fuerzas y mala voluntad con los nuestros, fueron desbaratados. Y dejemos de hablar de aquesto, y digamos cómo en aquella sazón en un gran pueblo que se dice Guatemala se supo las batallas que Pedro de Alvarado había habido después que entró en la provincia, y en todas había sido vencedor, y que

al presente estaba en tierras de Utatlan, y que desde allí hacía entradas y daba guerras a muchos pueblos; y según pareció, los de Utatlan y sus sujetos eran enemigos de los de Guatemala, e acordaron los de Guatemala de enviar mensajeros con presentes de oro a Pedro de Alvarado, y darse por vasallos de su majestad; y enviaron a decir que si habían menester algún servicio de sus personas para aquellas guerras, que ellos vendrían; y el Pedro de Alvarado los recibió de buena voluntad, y les envió a dar muchas gracias por ello; y para ver si era como se lo decían, y como no sabía la tierra, para que le encaminasen les envió a demandar dos mil guerreros, y esto por causa de muchas barrancas y pasos malos que estaban cortados porque no pudiesen pasar los nuestros, para que si fuesen menester los adobasen, y llevar el fardaje; y los de Guatemala se los enviaron luego con sus capitanes. Y Pedro de Alvarado estuvo en la provincia de Utatlan siete u ocho días haciendo entradas; y eran de los pueblos rebelados que habían dado la obediencia a su majestad, y después de dada se tornaban a alzar; y herraron muchos esclavos e indias, y pagaron el real quinto, y los demás repartieron entre los soldados; y luego se fue a la ciudad de Guatemala, y fue bien recibido y hospedado. Y los caciques de aquella ciudad le dijeron que muy cerca de allí había unos pueblos junto a una laguna, e que tenían un peñol muy fuerte, e que eran sus enemigos e que les daban guerra, y que bien sabían los de aquel pueblo, que no estaba lejos, cómo estaba allí el Pedro de Alvarado, y que no venían a dar la obediencia como los demás pueblos, y que eran muy malos y de peores condiciones: el cual pueblo se dice Atitlan. Y el Pedro de Alvarado les envió a rogar que viniesen de paz y que serían muy bien tratados, y otras blandas palabras; y la respuesta que enviaron fue, que maltrataron los mensajeros, y viendo que no aprovechaban,

tornó a enviar otros embajadores para les traer de paz, porque tres veces les envió a traer de paz, y todas tres les maltrataron de palabras; y fue Pedro de Alvarado en persona a ellos, y llevó sobre ciento y cuarenta soldados, y entre ellos veinte ballesteros y escopeteros y cuarenta de a caballo, y con dos mil guatemaltecos. E cuando llegó junto al pueblo les tornó a requerir con la paz, y no le respondieron sino con arcos y flechas, que comenzaron a flechar; y cuando aquello vio y que no muy lejos de allí estaba dentro del agua un peñol muy poblado con gente de guerra, fue allá a orilla de la laguna, y sálenle al encuentro dos buenos escuadrones de indios guerreros con grandes lanzas y buenos arcos y flechas, y con otras muchas armas y coseletes, y tañendo sus atabales, y con sus penachos y divisas, y peleó con ellos buen rato, e hubo muchos heridos de los soldados; mas no tardaron mucho en el campo los contrarios, que luego fueron huyendo a acogerse al peñol, y el Pedro de Alvarado con sus soldados tras ellos, y de presto les ganó el peñol, y hubo muchos muertos y heridos; e más hubiera si no se echaran todos al agua, y se pasaron a una isleta, y entonces se saquearon las casas que estaban pobladas junto a la laguna; y se salieron a un llano adonde había muchos maizales, y durmió allí aquella noche. Otro día de mañana fueron al pueblo de Atitlan, que ya he dicho que así se dice, y estaba despoblado; y entonces mandó que corriesen la tierra e las huertas de cacaguatales, que tenían muchos, e trajeron presos dos principales de aquel pueblo, y el Pedro de Alvarado les envió luego aquellos principales, con los que estaban presos del día antes, a rogar a los demás caciques vengan de paz, y que les dará todos los prisioneros, y que serán dél muy bien mirados y honrados, y que si no vienen, que les dará guerra como a los de Quetzaltenango e Utatlan, e les cortará sus árboles de cacaguatales y hará

todo el daño que pudiere. En fin de más razones, con estas palabras y amenazas luego vinieron de paz y trajeron un presente de oro, y se dieron por vasallos de su majestad, y luego el Pedro de Alvarado y su ejército se volvió a Guatemala; e estando algunos días sin hacer cosa más de lo por mí memorado, vinieron de paz todos los pueblos de la comarca, y otros de la costa del sur, que se llaman los pipiles; y muchos de aquellos pueblos que vinieron de paz se quejaron que en el camino por donde venía estaba una población que se dice Izcuintepeque, y que eran malos, y que no les dejaban pasar por su tierra y les iban a saquear sus pueblos, y dieron otras muchas quejas dellos; y el Pedro de Alvarado los envió a llamar de paz, y no quisieron venir, antes enviaron a decir muy soberbias palabras; e acordó de ir a ellos con todos los más soldados que tenía, y de a caballo y escopeteros y ballesteros, y muchos amigos de Guatemala, y sin ser sentidos, da una mañana sobre ellos, en que se hizo mucho daño y presa. E ya que hemos hecho relación de la conquista y pacificación de Guatemala y sus provincias, y muy cumplidamente lo dice en una memoria que dello tiene hecha un vecino de Guatemala, deudo de los Alvarados, que se dice Gonzalo de Alvarado, lo cual verán más por extenso, si yo en algo aquí faltare; y esto digo porque no me hallé en estas conquistas hasta que pasamos por aquestas provincias, estando todo de guerra, en el año de 1524, e fue cuando veníamos de las Higüeras e Honduras con el capitán Luis Marín, que nos volvimos para México; y más digo, que tuvimos en aquella sazón con los de Guatemala algunos reencuentros de guerra, y tenían hechos muchos hoyos y cortados en pasos malos pedazos de sierras para que no pudiésemos pasar con las grandes barrancas; y aun entre un pueblo que se dice Juanagazapa y Petapa, en unas quebradas hondas estuvimos allí detenidos guerreando con

los naturales de aquella tierra dos días, que no podíamos pasar un mal paso; y entonces me hirieron de un flechazo, mas fue poca cosa; y pasamos con harto trabajo, porque estaba en el paso muchos guerreros guatemaltecos y de otros pueblos. Y porque hay mucho que decir, y por fuerza tengo de traer a la memoria algunas cosas en su tiempo y lugar, y esto fue en el tiempo que hubo fama que Cortés era muerto y todos los que con él fuimos a las Higüeras, lo dejaré por ahora, y digamos de la armada que Cortés envió a las Higüeras y Honduras. También digo que esta provincia de Guatemala no eran guerreros los indios, porque no esperaban sino en barrancas, y con sus flechas no hacían nada.

Capítulo CLXV

Cómo Cortés envió una armada para que pacificase y conquistase aquellas provincias de Higüeras y Honduras, envió por capitán della a Cristóbal de Olí, y lo que pasó diré adelante

Como Cortés tuvo nueva que había ricas tierras y buenas minas en lo de Higüeras e Honduras, e aun le hicieron creer unos pilotos que habían estado en aquel paraje o bien cerca de él, que habían hallado unos indios pescando en la mar y que les tomaron las redes, e que las plomadas que en ellas traían para pescar que eran de oro revuelto con cobre; y le dijeron que creyeron que había, por aquel paraje, estrecho, y que pasaban por él de la banda del norte a la del sur; y también, según entendimos, su majestad le encargó y mandó a Cortés por cartas, que en todo lo que descubriese mirase e inquiriese con grande diligencia y solicitud de buscar el estrecho o puerto o pasaje para la Especiería, ahora sea por lo del oro o por buscar el estrecho; Cortés acordó de enviar por capitán de aquella jornada a un Cristóbal de Olí, que fue maestre de campo en lo de México, lo uno porque le veía hecho de su mano, y era casado con una portuguesa que se decía doña Filipa de Araujo (ya le he nombrado otras veces), y tenía el Cristóbal de Olí buenos indios de repartimiento cerca de México, creyendo que le sería fiel y haría lo que le encomendase; y porque para ir por tierra tan largo viaje era grande inconveniente y trabajo y gasto, acordó que fuese por la mar, porque no era tan grande estorbo y costa, y diole cinco navíos y un bergantín muy bien artillado, y con mucha pólvora y bien abastecidos, y diole trescientos y sesenta soldados, y en ellos cien ballesteros y escopeteros y veinte y dos caballos. Y entre estos soldados fueron cinco

conquistadores de los nuestros, que pasaron con el mismo Cortés la primera vez, habiendo servido a su majestad muy bien en todas las conquistas, y tenían ya sus casas y reposo; y esto digo así, porque no aprovechaba cosa decir a Cortés: «Señor, déjeme descansar, que harto estoy de servir»; que les hacía ir adonde mandaba por fuerza; e llevó consigo a un Briones, natural de Salamanca, e había sido capitán de bergantines y soldado en Italia, y llevó otros muchos soldados que no estaban bien con Cortés porque no les dio buenos repartimientos de indios ni las partes del oro, y le querían muy mal; y en las instrucciones que Cortés les dio fue, que desde el puerto de la Villa-Rica fuese su derrota a la Habana, y que allí en la Habana hallaría a un Alonso de Contreras, soldado viejo de Cortés, natural de Orgaz, que llevó seis mil pesos de oro para que comprase caballos y cazabe e puercos y tocinos, y otras cosas pertenecientes para el armada; el cual soldado envió Cortés adelante de Cristóbal de Olí por causa de que si veían ir el armada los vecinos de la Habana, encarecían los caballos y todos los demás bastimentos; y mandó al Cristóbal de Olí que en llegando a la Habana tomase los caballos que estuviesen comprados, y de allí fuese su derrota para Higüeras, que era buena navegación y muy cerca, y le mandó que buenamente, sin haber muertes de indios, cuando hubiese desembarcado procurase poblar una villa en algún buen puerto, e que a los naturales de aquellas provincias los trajese de paz, y buscase oro y plata, y que procurase de saber e inquirir si había estrecho, o qué puertos había por la banda del sur, si allá pasase; y le dio dos clérigos, que el uno dellos sabía la lengua mexicana, y le encargó que con diligencia les predicasen las cosas de nuestra santa fe, y que no consintiesen sodomías ni sacrificios, sino que buena y mansamente se los desarriagasen; y le mandó que todas las

casas de madera adonde tenían indios e indias a engordar, encarcelados, para comer, que se las quebrasen, y soltasen los tristes encarcelados; y le mandó que en todas partes pusiese cruces, y le dio muchas imágenes de nuestra señora para que pusiese en los pueblos, y le dijo estas palabras: «Mirad, hijo Cristóbal de Olí, desa manera lo procurad hacer»; y después de abrazados y despedidos con mucho amor y paz, se despidió el Cristóbal de Olí de Cortés y de toda su casa, y fue a la Villa-Rica, donde estaba toda su armada muy a punto, y en ciertos días del mes e año que no me acuerdo, se embarcó con todos sus soldados, y con buen tiempo llegó a la Habana, y halló los caballos comprados y todo lo demás de bastimentos, y cinco soldados, que eran personas de calidad, de los que había echado de Pánuco Diego de Ocampo, porque eran muy bandoleros y bulliciosos; y a estos soldados ya los he nombrado algunos dellos, cómo se llamaban, en el capítulo pasado cuando la pacificación de Pánuco, y por esta causa los dejaré ahora de nombrar; y estos soldados aconsejaron al Cristóbal de Olí, pues que había fama de tierra rica donde iba, y llevaba buena armada, bien abastecida, y muchos caballos y soldados, que se alzase desde luego a Cortés y que no le conociese desde allí por superior ni le acudiese con cosa ninguna. El Briones, otra vez por mí nombrado, se lo había dicho muchas veces secretamente al Cristóbal de Olí sobre el caso, e al gobernador de aquella isla, que ya he dicho otras muchas veces que se decía Diego Velázquez, enemigo mortal de Cortés; y el Diego Velázquez vino donde estaba la armada, y lo que se concertaron fue que entre él y Cristóbal de Olí tuviesen aquella tierra de Higüeras y Honduras por su majestad, y en su real nombre Cristóbal de Olí; y que el Diego Velázquez le proveería de lo que hubiese menester, e haría sabidor dello en Castilla a su majestad para que le

trajesen la gobernación; y desta manera se concertó la compañía del armada. Y quiero decir la condición y presencia de Cristóbal de Olí: era valiente por su persona, así a pie como a caballo; era extremado varón, mas no era para mandar, sino para ser mandado, y era de edad de treinta y seis años, natural de cerca de Baeza o Linares, y su presencia y altor era de buen cuerpo y membrudo y de grande espalda, bien entallado e algo rubio, y tenía muy buena presencia en el rostro, y traía el bezo de bajo siempre como hendido a manera de grieta; en la plática hablaba algo gordo y espantoso, y era de buena conversación, y tenía otras buenas condiciones de ser franco, y era al principio cuando estaba en México gran servidor de Cortés, sino que esta ambición de mandar y no ser mandado le cegó, y con los malos consejeros, y también como fue criado en casa de Diego Velázquez cuando mozo, y fue lengua de la isla de Cuba, reconoció el pan que en su casa había comido, aunque más obligado era a Cortés que no a. Diego Velázquez. Pues ya hecho este concierto con Diego Velázquez, vinieron en compañía con el Cristóbal de Olí muchos vecinos de la isla de Cuba, especialmente los que he dicho que fueron en aconsejarle que se alzase. Y de que no tenía más en que entender en aquella isla, en los navíos metido todo su matalotaje, mandó alzar velas a toda su armada, fue a desembarcar con buen tiempo obra de quince leguas adelante, a Puerto de Caballos, en una como bahía, y allegó a 3 de mayo: a esta causa nombró a una villa que luego trazó Triunfo de la Cruz; e hizo nombramientos de alcaldes y regidores a los soldados que Cortés le había mandado cuando estaba en México que honrase y diese cargos, y tomó la posesión de aquellas tierras por su majestad, y de Hernando Cortés en su real nombre, e hizo otros autos que convenían; y todo esto que hacía era porque

los amigos de Cortés no entendiesen que iba alzado, para ver si pudiese hacer dellos buenos amigos de que alcanzasen a saber las cosas, y también que no sabía si acudiría la tierra tan rica y de buenas minas como decían; y tiró a dos hitos, como dicho tengo: el uno, que si había buenas minas y la tierra muy poblada, alzarse con ella; y el otro, que si no acudiese tan buena, volver a México a su mujer y repartimientos, y disculparse con Cortés con decirle que la compañía que hizo con Diego Velázquez fue porque le diesen bastimentos y soldados y no acudirle con cosa ninguna; e que bien lo podía ver, pues tomó la posesión por Cortés; y esto tenía en el pensamiento, según muchos de sus amigos dijeron, con quien él había comunicado. Dejémosle ya poblado en el Triunfo de la Cruz, que Cortés nunca supo cosa ninguna hasta más de ocho meses. Y porque por fuerza tengo que volver otra vez a hablar con él, lo dejaré ahora, y diré lo que nos acaeció en Guazacualco, y cómo Cortés me envió con el capitán Luis Marín a pacificar la provincia de Chiapa.

Capítulo CLXVI

Cómo los que quedamos poblados en Guazacualco siempre andábamos pacificando las provincias que se nos alzaban, y cómo Cortés mandó al capitán Luis Marín que fuese a conquistar e a pacificar la provincia de Chiapa, y me mandó que fuese con él, y lo que en la pacificación pasó

Pues como estábamos poblados en aquella villa de Guazacualco muchos conquistadores viejos y personas de calidad, y teníamos grandes términos repartidos entre nosotros, que era la misma provincia de Guazacualco e Citla e lo de Tabasco e Cimatan e Chontalppa, y en las sierras arriba lo de Cachula e Zoque e Quelenes, hasta Cinacatan, e Chamula, e la ciudad de Chiapa de los indios, y Papanaguastla e Pinula, y hacia la banda de México la provincia de Xaltepeque y Guazpaltepeque e Chinanta e Tepeca, y como al principio todas las provincias que había en la Nueva-España las más dellas se alzaban cuando les pedían tributo, y aun mataban a sus encomendadores, y a los españoles que podían tomar a su salvo los acapillaban, así nos aconteció en aquella villa, que casi no quedó provincia que todos no se nos rebelaron; y a esta causa siempre andábamos de pueblo en pueblo con una capitanía, atrayéndolos de paz; y como los Cimatan no querían venir de paz a la villa ni obedecer su mandamiento, acordó el capitán Luis Marín que por no enviar capitanía de muchos soldados contra ellos, que fuésemos cuatro vecinos a los traer de paz; yo fui el uno dellos, y los demás se llamaban Rodrigo de Henao, natural de Ávila, y un Francisco Martín, medio vizcaíno, y el otro se decía Francisco Jiménez, natural del Inguijuela de Extremadura; y lo que nos mandó el capitán fue, que buenamente y con amor los llamásemos de paz, y que no les dijésemos palabras de que se enojasen; e

yendo que íbamos a su provincia (que son las poblaciones entre grandes ciénagas y caudalosos ríos), e ya que llegábamos a dos leguas de su pueblo, les enviamos mensajeros a decir como íbamos; y la respuesta que dieron fue, que salen a nosotros tres escuadrones de flecheros y lanceros, que a la primera refriega mataron dos de nuestros compañeros, e a mi me dieron la primera herida de un flechazo en la garganta, que con la sangre que me salía, y en aquel tiempo no podía apretarlo ni tomar la sangre, estuvo mi vida en harto peligro; pues el otro mi compañero que estaba por herir, que era el Francisco Martín, puesto que yo y él siempre hacíamos cara y heríamos algunos contrarios, acordó de tomar las de Villadiego y acogerse a unas canoas que estaban cabe un río que se decía Mazapa; y como yo quedaba solo y mal herido, porque no me acabasen de matar, e sin sentido e poco acuerdo, me metí entre unos matorrales, y volviendo en mí con fuerte corazón dije: «¡Oh, válgame nuestra señora! ¿Si es verdad que tengo que morir hoy en poder destos perros?» Y tomé tal esfuerzo, que salgo de las matas y rompo por los indios, que a buenas cuchilladas y estocadas me dieron lugar que saliese de entre ellos; y aunque me tornaron a herir, fui a las canoas, donde estaba ya mi compañero Francisco Martín con cuatro indios amigos que eran los que habíamos traído con nosotros, que nos llevaban el hato; que estos indios, cuando estábamos peleando con los cimatecas, dejando las cargas, se acogen al río en las canoas; y lo que nos dio la vida a mí y a Francisco Martín fue, que los contrarios se embarazaron en rozar nuestra ropa y petacas. Dejemos de hablar en esto, y digamos que Dios fue servido escaparnos de no morir allí, y en las canoas pasamos aquel río, que es muy grande e hondo, e hay en él muchos lagartos; y porque no nos siguiesen los cimatecas, que así se llaman, estuvimos ocho

días por los montes, y dende a pocos días se supo en Guazacualco esta nueva, y dijeron los indios que habíamos traído, que llevaron la misma nueva (que todos los otros cuatro indios quedaron en las canoas, como dicho tengo), que éramos muertos; y éstos, de que nos vieron heridos e los dos muertos, se fueron huyendo y nos dejaron en la pelea, y en pocos días llegaron a Guazacualco; y como no parecíamos ni había nueva de nosotros, creyeron que éramos muertos, como los indios dijeron. Y como era costumbre de Indias y en aquella sazón se usaba, ya había repartido el capitán Luis Marín en otros conquistadores nuestros pueblos, y hecho mensajeros a Cortés para enviar las cédulas de encomienda, y aun vendido nuestras haciendas, y al cabo de veinte y tres días aportamos a la villa; y de lo cual se holgaron nuestros amigos, mas a quien les había dado nuestros indios les pesó. Y viendo el capitán Luis Marín que no podíamos apaciguar aquellas provincias, y mataban muchos de nuestros soldados, acordó de ir a México a demandar a Cortés más soldados y socorro y pertrechos de guerra, y mandó que entre tanto que iba no saliésemos de la villa ningunos vecinos a los pueblos lejos, si no fuese a los que estaban cuatro o cinco leguas de allí, para traer comida. Pues llegado a México, dio cuenta a Cortés de todo lo acaecido, y entonces le mandó que volviese a Guazacualco, y envió con él treinta soldados, y entre ellos a un Alonso de Grado, por mí muchas veces nombrado; y le mandó que con todos los vecinos que estábamos en la villa y los soldados que traía consigo fuésemos a la provincia de Chiapa, que estaba de guerra, que la pacificásemos y poblásemos una villa; y como el capitán Luis Marín vino con estos despachos, nos apercibimos todos, así los que estábamos allí poblados como los que traía de nuevo, y comenzamos a abrir caminos, porque eran montes y

ciénagas muy malas, y echábamos en ellas maderos y ramos para poder pasar los caballos, y con gran trabajo fuimos a salir a un pueblo que se dice Tepuzuntlan, que hasta entonces por el río arriba solíamos ir en canoas, que no había otro camino abierto; y desde aquel pueblo fuimos a otro pueblo la sierra arriba, que se dice Cachula; y para que bien se entienda, este Cachula es en la provincia de Chiapa; y esto digo porque está otro pueblo del mismo nombre junto a la Puebla de los ángeles; y desde Cachula fuimos a otros pueblezuelos sujetos al mismo Cachula, y fuimos abriendo camino nuevo el río arriba, que venía de la población de Chiapa, porque no había camino ninguno, y todos los rededores que estaban poblados habían grande miedo a los chiapanecas, porque ciertamente eran en aquel tiempo los mayores guerreros que yo había visto en toda la Nueva-España, aunque entren en ellos los tlascaltecas ni mexicanos ni zapotecas ni minjes: y esto digo, porque jamás México los pudo señorear; porque en aquella sazón era aquella provincia muy poblada, y los naturales della eran en gran manera belicosos y daban guerra a sus comarcanos, que eran los de Cinacantan y a todos los pueblos de la lengua quelene, asimismo a los pueblos que se dicen los zoques, y robaban y cautivaban a la continua a otros pueblezuelos donde podían hacer presa, y con los que dellos mataban hacían sacrificios y hartazgas; y demás desto, en los caminos de Teguantepeque tenían en pasos malos puestos guerreros para saltear a los indios mercaderes que trataban de una provincia a otra; y a esta causa dejaban algunas veces de tratar las unas provincias con Las otras, y aun habían traído por fuerza a otros pueblos, y hécholes poblar y estar junto a Chiapa, y los tenían por esclavos y con ellos hacían sus sementeras. Volvamos a nuestro camino, que fuimos el río arriba hacia su ciudad, y era por cuaresma año de 1524, y

esto de los años no me acuerdo bien; y antes de llegar a Chiapa se hizo alarde de todos los de a caballo, escopeteros y ballesteros que íbamos en aquella entrada; y no se pudo hacer hasta entonces, por causa que algunos de nuestra vida y otros forasteros aún no se habían recogido, que andaban en los pueblos de la sierra de Cachula demandando el tributo que les eran obligados a dar; y con el favor de venir capitán con la gente de guerra, como veníamos, se atrevían a ir a ellos, que de antes ni daban tributo ni se les daba nada de nosotros. Volvamos a nuestro alarde, que se hallaron veinte y siete de a caballo que podían pelear, y otros cinco que no eran para ello, y quince ballesteros y ocho escopeteros, y un tiro y mucha pólvora, y un soldado por artillero, que decía el mismo soldado que había estado en Italia; esto digo aquí porque no era para cosa ninguna, que era muy cobarde; y llevábamos sesenta soldados de espada y rodela y obra de ochenta mexicanos, y el cacique de Cachula con otros principales suyos; y estos indios de Cachula que he dicho, iban temblando de miedo, y por halagos los llevamos que nos ayudasen a abrir camino y llevar el fardaje. Pues yendo nuestro camino muy en concierto, ya que llegamos cerca de sus poblaciones, siempre íbamos adelante por espías y descubridores del campo cuatro soldados muy sueltos, e yo era uno dellos, e dejaba mi caballo, que no era tierra por donde podían correr, e íbamos siempre media legua adelante de nuestro ejército; y como los chiapanecas son grandes cazadores, estaban entonces a caza de venados, y desque nos sintieron, apellídanse todos con grandes ahumadas, y como llegamos a sus poblaciones, tenían muy anchos caminos y grande sementera de maíz e otras legumbres, y el primer pueblo que topamos se dice Eztapa, que está de la cabecera obra de cuatro leguas, y en aquel instante le habían despoblado, y

tenían mucho maíz e gallinas y otros bastimentos, que tuvimos bien que comer y cenar; y estando reposando en el pueblo, puesto que teníamos puestas nuestras velas y escuchas y corredores del campo, vienen dos de a caballo que estaban por corredores a dar mandado y diciendo: «¡Al arma, que vienen muchos guerreros chiapanecas!» Y nosotros, que siempre estábamos muy apercibidos, les salimos al encuentro antes que llegasen al pueblo, y tuvimos una gran batalla con ellos, porque traían muchas varas tostadas, con sus tiraderas y arcos y flechas, y lanzas mayores que las nuestras, con buenas armas de algodón y penachos, y otros traían unas porras como macanas; y allí donde hubimos esta batalla había mucha piedra, y con hondas nos hacían mucho daño, y nos comenzaron a cercar de arte, que de la primera rociada mataron dos de nuestros soldados y cuatro caballos, y se hirieron trece soldados y a muchos de nuestros amigos, y al capitán Luis Marín le dieron dos heridas, y estuvimos en aquella batalla toda la tarde hasta que anocheció; y como hacía oscuro, y habían sentido el cortar de nuestras espadas, y escopetas y ballestas, y las lanzadas, se retiraron, de lo cual nos holgamos; y hallamos quince dellos muertos y otros muchos heridos, que no se pudieron ir; y de dos dellos que nos parecían principales se tomó aviso, y dijeron que estaba toda la tierra apercibida para dar en nosotros otro día; y aquella noche enterramos los muertos y curamos los heridos y al capitán, que estaba malo de las heridas, porque se había desangrado mucho, que por causa de no se apartar de la batalla para se las curar o apretar se le había metido frío en ellas. Pues ya hecho esto, pusimos buenas velas y escuchas y corredores del campo, y teníamos los caballos ensillados y enfrenados, y todos nuestros soldados a punto, porque tuvimos por cierto que vendrían de noche sobre nosotros, e como habíamos

visto el tesón que tuvieron en la batalla pasada, que ni por ballestas ni lanzas ni escopetas ni aun estocadas no les podíamos retraer ni apartar un paso atrás, tuvímoslos por buenos guerreros y osados en el pelear; y esa noche se dio orden cómo para otro día los de a caballo habíamos de arremeter de cinco en cinco hermanados, y las lanzas terciadas, y no pararnos a dar lanzadas hasta ponerlos en huida, sino las lanzas altas y por las caras, y atropellar y pasar adelante; y este concierto ya otras veces lo había dicho el Luis Martín, y aun algunos de nosotros de los conquistadores viejos se lo habíamos dado por aviso a los nuevamente venidos de Castilla, y algunos dellos no curaron de guardar la orden, sino que pensaban que en dar una lanzada a los contrarios que hacían algo; y salióles a cuatro dellos al revés, porque les tomaron las lanzas y les hirieron a ellos los caballos con ellas. Quiero decir que se juntaban seis o siete de los contrarios y se abrazaban con los caballos, creyendo de los tomar a manos, y aun derrocaron a un soldado del caballo, y si no le socorriéramos, ya le llevaban a sacrificar, y dende ahí a dos días se murió. Volvamos a nuestra relación, y es que otro día de mañana acordamos de ir por nuestro camino para su ciudad de Chiapa, y verdaderamente se podía decir ciudad, y bien poblada, y las casas y calles muy en concierto, y de más de cuatro mil vecinos, sin otros muchos pueblos sujetos a ella, que estaban poblados a su rededor; e yendo que íbamos con mucho concierto, y el tiro puesto en orden, y el artillero bien apercibido de lo que había de hacer y no habíamos caminado cuarto de legua, cuando nos encontramos con todo el poder de Chiapa, que campos y cuestas venían llenos dellos, con grandes penachos y buenas armas e grandes lanzas, flechas y vara con tiraderas, piedra y hondas, con grandes voces e grita y silbos. Era cosa de espantar cómo se

juntaron con nosotros pie con pie y comenzaron a pelear como rabiosos leones; y nuestro negro artillero que llevábamos (que bien negro se podrá llamar), cortado de miedo y temblando, ni supo tirar ni poner fuego al tiro; e ya que a poder de voces que le dábamos pegó fuego, hirió a tres de nuestros soldados, que no aprovechó cosa ninguna; y como el capitán vio de la manera que andábamos, rompimos todos los de a caballo puestos en cuadrillas, según lo habíamos concertado; y los escopeteros y ballesteros y de espada y rodela hechos un cuerpo, porque no les desbaratasen, nos ayudaron muy bien; mas eran tantos los contrarios que sobre nosotros vinieron, que si no fuéramos, de los que en aquellas batallas nos hallamos, cursados a otras afrentas, pusiera a otros gran temor, y aun nosotros nos admiramos de ver cuán fuerte estaban; y como el capitán Luis Marín nos dijo: «Ea, señores, Santiago y a ellos, y tornémosles otra vez a romper con ánimo esforzado». Dímosles tal mano, que a poco rato iban vueltas las espaldas; y cuando había allí donde fue esta batalla muy malos pedregales para poder correr caballos, no les podíamos seguir; e yendo en el alcance, y no muy lejos de donde comenzamos aquella batalla, ya que íbamos algo descuidados, creyendo que por aquel día no se tornarían a juntar, e dábamos gracias a Dios del buen suceso, aquí estaban tras unos cerros otros mayores escuadrones de guerreros que los pasados, con todas sus armas, y muchos dellos traían sogas para echar lazos a los caballos y asir de las sogas para los derrocar, y tenían tendidas en otras muchas partes muchas redes con que suelen tomar venados, para los caballos, y para atar a nosotros muchas sogas; ya todos los escuadrones que he dicho se vienen a encontrar con nosotros, e como muy fuertes y recios guerreros, nos dan tal mano de flecha, vara y piedra que tornaron a herir

casi que a todos los nuestros, y tomaron cuatro lanzas a los de a caballo, y mataron dos soldados y cinco caballos; y entonces traían en medio de sus escuadrones una india algo vieja, muy gorda, y según decían, aquella india la tenían por su diosa, y adivinaba; y les había dicho que así como ella llegase adonde estábamos peleando, que luego habíamos de ser vencidos; y traían en un brasero sahumerio, y unos ídolos de piedra, y venía pintada todo el cuerpo, y pegado algodón a las pinturas, y sin miedo ninguno se metió en los indios nuestros amigos, que venían hechos un cuerpo con sus capitanías, y luego fue desplazada la maldita diosa. Volvamos a nuestra batalla: que desque el capitán Luis Marín y todos nosotros vimos tanta multitud de guerreros contrarios, y que tan osadamente peleaban, nos admiramos y encomendándonos a Dios; y arremetiendo a ellos con el concierto pasado, fuimos rompiendo poco a poco y los hicimos huir, y se escondían entre unos pedregales, y otros se echaron al río, que estaba cerca e hondo, y se fueron nadando, que son en gran manera buenos nadadores. Y desque los hubimos desbaratado, descansamos un rato; dimos muchas gracias a Dios; y hallamos muertos donde tuvimos esta batalla muchos dellos, y otros heridos, y acordamos de irnos a un pueblo que estaba junto al río, cerca del pasaje de la ciudad, donde había buenas ciruelas: porque, como era cuaresma, y en este tiempo las hay maduras, y en aquella población son buenas; y allí nos estuvimos todo lo más del día enterrando los muertos en partes donde no los pudiesen ver ni hallar los naturales de aquel pueblo, y curamos los heridos y diez caballos, y acordamos de dormir allí con gran recado de velas y escuchas. A poco más de media noche se pasaron a nuestro real diez indios principales de dos pueblezuelos que estaban poblados junto a la cabecera e ciudad de Chiapa, en cinco

canoas del mismo río, que es muy grande y hondo, y venían los indios con las canoas a remo callado, y los que lo remaban eran diez indios, personas principales, naturales de los pueblezuelos que estaban junto al río; y como desembarcaron hacia la parte de nuestro real, en saltando en tierra, luego fueron presos por nuestras velas, y ellos lo tuvieron por bien que los prendiesen; y llevados ante el capitán, dijeron: «Señor, nosotros no somos chiapanecas, sino de otras provincias que se dice Xaltepeque, y estos malos chiapanecas con gran guerra que nos dieron nos mataron mucha gente, y a todos los más de nuestros pueblos nos trajeron aquí por fuerza cautivos a poblar con nuestras mujeres e hijos, e nos han tomado cuanta hacienda teníamos y ha doce años que nos tienen por esclavos, y les labramos sus sementeras y maizales, y nos hacen ir a pescar y hacer otros oficios, y nos toman nuestras hijas y mujeres. Venimos a daros aviso, porque nosotros os traeremos esta noche muchas canoas en que paséis este río, que sin ellas no podéis pasar sino con gran trabajo, y también os mostraremos un vado, aunque no va muy bajo; y lo que, señor capitán, os pedimos de merced es, que pues os hacemos esta buena obra, que cuando hayáis vencido y desbaratado estos chiapanecas, que nos deis licencia para que salgamos de su poder e irnos a nuestras tierras; y para que mejor creáis lo que os decimos que es verdad, en las canoas que ahora pasamos dejamos escondidas en el río, con otros nuestros compañeros y hermanos, os traemos presentadas tres joyas de oro (que eran unas como diademas); y también traemos gallinas y ciruelas»; y demandaron licencia para ir por ello, y dijeron que había de ser muy callando, no los sintiesen los chiapanecas, que están velando y guardando los pasos del río; y cuando el capitán entendió lo que los indios le dijeron, y la gran ayuda que era

para pasar aquel recio y corriente río, dio gracias a Dios y mostró buena voluntad a los mensajeros, y prometió de hacerlo como lo pedían, y aun de darles ropa y despojos de lo que hubiésemos de aquella ciudad; y se informó dellos cómo en las dos batallas pasadas les habíamos muerto y herido más de ciento veinte chiapanecas, y que tenían aparejados paro otro día otros muchos guerreros, y que a los de los pueblezuelos donde eran estos mensajeros les hacían salir a pelear contra nosotros; y que no temiésemos dellos, que antes nos ayudarían, y que al pasar del río nos habían de aguardar, porque tenían por imposible que tendríamos atrevimiento de pasarle; y que cuando lo estuviésemos pasando, que allí nos desbaratarían; y dado este aviso, se quedaron dos de aquellos indios con nosotros, y lo demás fueron a sus pueblos a dar orden para que muy de mañana trajesen veinte canoas, en lo cual cumplieron muy bien su palabra; y después que se fueron reposamos algo de lo que quedó de la noche, y no sin mucho recado de velas y escuchas y rondas, porque oímos el gran rumor de los guerreros que se juntaban en la ribera del río, y el tañer de las trompetillas y atambores y cornetas; y como amaneció, vimos las canoas, que ya descubiertamente las traían, a pesar de los de Chiapa; porque, según pareció, ya habían sentido los de Chiapa cómo los naturales de aquellos pueblezuelos se les habían levantado y hecho fuertes y eran de nuestra parte, y habían prendido algunos dellos, y los demás se habían hecho fuertes en un gran cu, y a esta causa había revueltas y guerras entre los chiapanecas y los pueblezuelos que dicho tengo; y luego nos fueron a mostrar el vado, y entonces nos daban mucha priesa aquellos amigos que pasásemos presto el río, con temor no sacrificasen a sus compañeros que habían prendido aquella noche; pues de que llegamos al vado que nos mostraron, iba muy hondo; y

puestos todos en gran concierto, así los ballesteros como escopeteros y los de a caballo, y los indios de los pueblezuelos nuestros amigos con sus canoas, y aunque nos daba el agua cerca de los pechos, todos hechos un tropel, para soportar el ímpetu y fuerza del agua, quiso Dios que pasamos cerca de la otra parte de tierra; y antes de acabar de pasar, vienen contra nosotros muchos guerreros y nos dan una buena rociada de vara con tiraderas, y flechas y piedra y otras grandes lanzas, que nos hirieron casi que a todos los más, y a algunos a dos y a tres heridas, y mataron dos caballos; y un soldado de a caballo, que se decía fulano Guerrero o Guerra, se ahogó al pasar del río, que se metió con el caballo en un recio raudal, y era natural de Toledo, y el caballo salió a tierra sin el amo. Volvamos a nuestra pelea, que nos detuvieron un buen rato al pasar del río, que no les podíamos hacer retraer ni nosotros podíamos llegar a tierra, y en aquel instante los de los pueblezuelos que se habían hecho fuertes contra los chiapanecas, nos vinieron a ayudar, y dan en las espaldas, a los que estaban al río batallando con nosotros, e hirieron y mataron muchos dellos, porque les tenían grande enemistad, como los habían tenido presos muchos años; y como aquello vimos, salimos a tierra los de a caballo, y luego ballesteros, escopeteros y de espada y rodela, y los amigos mexicanos, y dámosles una tan buena mano, que se van huyendo, que no paró indio con indio; y luego sin más tardar, puestos en buen concierto, con nuestras banderas tendidas, y muchos indios de los dos pueblezuelos con nosotros, entramos en su ciudad; y como llegamos en lo más poblado, donde estaban sus grandes cues y adoratorios, tenían las casas tan juntas, que no osamos asentar real, sino en el campo, y en parte que aunque pusiesen fuego no nos pudiesen hacer daño; y nuestro capitán envió a llamar de paz a los caciques y capitanes de

aquel pueblo, y fueron los mensajeros tres indios de los pueblezuelos nuestros amigos, que el uno dellos se decía Xaltepeque, y asimismo envió con ellos seis capitanes chiapanecas que habíamos preso en las batallas pasadas, y les envió a decir que vengan luego de paz, y se les perdonará lo pasado, y que si no vienen, que los iremos a buscar y les daremos mayor guerra que la pasada y les quemaremos su ciudad; y con aquellas bravosas palabras luego a la hora vinieron, y aun trajeron un presente de oro, y se disculparon por haber salido de guerra, y dieron la obediencia a su majestad, y rogaron a Luis Marín que no consintiese a nuestros amigos que quemasen ninguna casa, porque ya habían quemado antes de entrar en Chiapa, en un pueblezuelo que estaba poblado antes de llegar al río, muchas casas; y Luis Marín les prometió que así lo haría, y mandó a los mexicanos que traíamos y a los de Cachula que no hiciesen mal ni daño. Quiero tornar a decir que este Cachula que aquí nombro no es la que está cerca de México, sino un pueblo que se dice como él, que está en las sierras camino de Chiapa, por donde pasamos. Dejemos esto, y digamos como en aquella ciudad hallamos tres cárceles de redes de madera llenas de prisioneros atados con collares a los pescuezos, y estos eran de los que prendían por los caminos, e algunos dellos eran de Teguantepeque, y otros zapotecas e otros quelenes, otros de Soconusco; los cuales prisioneros sacamos de las cárceles e se fue cada uno a su tierra. También hallamos en los cues muy malas figuras de ídolos que adoraban, e muchos indios e muchachos sacrificados, y hallamos muchas cosas malas de sodomías que usaban; y mandóles el capitán que luego fuesen a llamar todos los pueblos comarcanos que vengan de paz a dar la obediencia a su majestad. Los primeros que vinieron fueron los de Cinacatan y Copanaguastlan, e Pinola e Güegüiztlan

e Chamula (e otros pueblos que ya no se me acuerda los nombres dellos), quelenes, y otros pueblos que eran de la lengua zoque, y todos dieron la obediencia a su majestad; y aun estaban espantados cómo, tan pocos como éramos, podíamos vencer a los chiapanecas; y ciertamente mostraron todos gran contento, porque estaban mal con ellos. Estuvimos en aquella ciudad cinco días, y en aquel instante un soldado de aquellos que traíamos en nuestro ejército desmandóse del real, y vase sin licencia del capitán a un pueblo que había venido de paz, que ya he dicho que se dice Chamula, y llevó consigo ocho indios mexicanos de los nuestros, y demandó a los de Chamula que le diesen oro, y decía que lo mandaba el capitán, e los de aquel pueblo le dieron unas joyas de oro, y porque no le daban más, echó preso al cacique; y cuando vieron los del pueblo hacer aquella demasía, quisieron matar al atrevido y desconsiderado soldado, y luego se alzaron, y no solamente ellos, hicieron también alzar a los de otro pueblo que se decía Güeyhuiztlan, sus vecinos; y de que aquello alcanzó a saber el capitán Luis Marín, prende al soldado, y luego manda que por la posta le llevasen a México para que Cortés le castigase; y esto hizo el Luis Marín porque era un hombre el soldado que se tenía por principal, que por su honor no nombro su nombre, hasta que venga en coyuntura en parte que hizo otra cosa que aun es muy peor, como era malo y cruel con los indios, dende a obra de un año murió en lo de Xicalango en poder de indios como adelante diré. Y después desto hecho, el capitán Luis Marín envió a llamar al pueblo de Chamula que venga de paz, e les envió a decir que ya había castigado y enviado a México al español que les iba a demandar oro y les hacía aquellas demasías. La respuesta que dieron fue mala, y la tuvimos por muy peor por causa de que los pueblos comarcanos no se alzasen; y

fue acordado que luego fuésemos sobre ellos, y hasta traerles de paz no les dejar; y después de como les habló muy blandamente a los caciques chiapanecas, y se les dijo con buenas lenguas; las cosas tocantes a nuestra santa fe, y que dejasen los ídolos y sacrificios y sodomías y robos, y les puso cruces e una imagen de nuestra señora en un altar que les mandamos hacer, y el capitán Luis Marín les dio a entender cómo éramos vasallos de su majestad cesárea, e otras muchas cosas que convenían, y aun les dejamos poblada más de la mitad de su ciudad. Y los dos pueblos nuestros amigos que nos trajeron las canoas para pasar el río y nos ayudaron en la guerra salieron de poder de los chiapanecas con todas sus haciendas e mujeres e hijos, y se fueron a poblar al río abajo, obra de diez leguas de Chiapa, donde ahora está poblado lo de Xaltepeque, y el otro pueblo que se dice Istatlan se fue a su tierra, que era de Teguantepeque. Volvamos a nuestra partida para Chamula, y es que luego enviamos a llamar a los de Cinacatan, que eran gente de razón, y muchos dellos mercaderes, y se les dijo que nos trajesen doscientos indios para llevar el fardaje, e que íbamos a su pueblo porque por allí era el camino de Chamula; y demandó a los de Chiapa otros doscientos indios guerreros con armas para ir en nuestra compañía y luego los dieron; y salimos de Chiapa una mañana, y fuimos a dormir a unas salinas, donde nos tenían hechos los de Cinacatan buenos ranchos; y otro día a mediodía llegamos a Cinacatan, y allí tuvimos la santa pascua de Resurrección; y tornamos a enviar a llamar de paz a los de Chamula, e no quisieron venir, e hubimos de ir a ellos, que sería entonces, donde estaban poblados, de Cinacatan obra de tres leguas, y tenían entonces las casas y pueblos de Chamula en una fortaleza muy mala de ganar, y muy honda cava por la parte que les habíamos de combatir, y por otras partes muy

peor, e más fuerte; e así como llegamos con nuestro ejército, nos tiran tanta piedra de lo alto e vara y flechas, que cubría el suelo; pues las lanzas muy largas con más de dos varas de cuchilla de pedernales, que ya he dicho otras veces que cortaban más que espadas, y unas rodelas hechas a manera de pavesinas, con que se cubren todo el cuerpo cuando pelean, y cuando no las han menester, las arrollan y doblan de manera que no les hacen estorbo ninguno, e con hondas mucha piedra, y tal priesa se daban a tirar flecha y piedra, que hirieron cinco de nuestros soldados e dos caballos, e con muchas voces e gran grita e silbos e alaridos, y atambores y caracoles, que era cosa de poner espanto a quien no los conociera; y como aquello vio Luis Marín, entendió que de los caballos no se podían aprovechar, que era sierra, mandó que se tornasen a bajar a lo llano, porque donde estábamos era gran cuesta y fortaleza, y aquello que les mandó fue porque temíamos que vendrían allí a dar en nosotros los guerreros de otros pueblos que se dicen Quiahuistlan, que estaba alzado, y por que hubiese resistencia en los de a caballo; y luego comenzamos de tirar en los de la fortaleza muchas saetas y escopetas, y no les podíamos hacer daño ninguno, con los grandes mamparos que tenían, y ellos a nosotros sí, que siempre herían muchos de los nuestros; y estuvimos aquel día desta manera peleando, y no se les daba cosa ninguna por nosotros, y si les procurábamos de entrar donde tenían hechos unos mamparos y almenas, estaban sobre dos mil lanceros en los puestos para defensa de los que les probamos a entrar; y ya que quisiéramos entrar e aventurar las personas en arrojarnos dentro de su fortaleza, habíamos de caer de tan alto, que nos habíamos de hacer pedazos, y no era cosa para ponernos en aquella ventura; y después de bien acordado cómo y de qué manera habíamos de pelear, se concertó que trajésemos madera y tablas de un

pueblezuelo que allí junto estaba despoblado, e hiciésemos burros o mantas, que así se llaman, y en cada uno dellos cabían veinte personas, y con azadones y picos de hierro que traíamos, e con otros azadones de la tierra, de palo, que allí había, les cavábamos y deshacíamos su fortaleza, y deshicimos un portillo para poderles entrar, porque de otra manera era excusado; porque por otras dos partes, que todo lo miramos más de una legua de allí alrededor, estaba otra muy mala entrada y peor de ganar que adonde estábamos, por causa que era una bajada tan agria, que a manera de decir, era entrar en los abismos. Volvamos a nuestros mamparos y mantas, que con ellas les estábamos deshaciendo sus fortalezas, y nos echaban de arriba mucha pez y resina ardiendo, y agua y sangre toda revuelta y muy caliente, y otras veces lumbre y recoldo, y nos hacían mala obra, y luego tras esto mucha multitud de piedras muy grandes que nos desbarataron nuestros ingenios, que nos hubimos de retirar y tornarlos a adobar; y luego volvimos sobre ellos, y cuando vieron que les hacíamos mayores portillos, se ponen cuatro papas y otras personas principales sobre una de sus almenas, y vienen cubiertos con sus pavesinas e otros talabardones de madera, e dicen: «Pues que deseáis e queréis oro, entrad, dentro, que aquí tenemos mucho»; y nos echaron desde las almenas siete diademas de oro fino, y muchas cuentas vaciadizas e otras joyas, como caracoles y ánades, todo de oro, y tras ello mucha flecha y vara y piedra, e ya les teníamos hechas dos grandes entradas; y como era ya de noche y en aquel instante comenzó a llover, dejamos el combate para otro día, y allí dormimos aquella noche con buen recaudo; y mandó el capitán a ciertos de a caballo que estaban en tierra llana, que no se quitasen de sus puestos y tuviesen los caballos ensillados y enfrenados. Volvamos a los chamultecas, que

toda la noche estuvieron tañendo atabales y trompetillas y dando voces y gritos, y decían que otro día nos habían de matar, que así se lo había prometido su ídolo; y cuando amaneció volvimos con nuestros ingenios y mantas a hacer mayores entradas, y los contrarios con grande ánimo defendiendo su fortaleza y aun hirieron este día a cinco de los nuestros, y a mí me dieron un buen bote de lanza, que me pasaron las armas, y si no fuera por el mucho algodón y bien colchadas que eran, me mataran, porque con ser buenas las pasaron y echaron buen pelote de algodón fuera, me dieron una chica herida; y en aquella sazón era más de mediodía, y vino muy grande agua y luego una muy oscura neblina; porque, como eran sierras altas, siempre hay neblinas y aguaceros; y nuestro capitán, como llovía mucho, se apartó del combate, y como yo era acostumbrado a las guerras pasadas de México, bien entendí que en aquella sazón que vino la neblina no daban los contrarios tantas voces ni gritos como de antes; y veía que estaban arrimadas a los adarves y fortalezas y barbacanas muchas lanzas, y que no las veía menear, sino hasta doscientas dellas, sospeché lo que fue, que se querían ir o se iban entonces, y de presto les entramos por un portillo yo y otro mi compañero, y estaban obra de doscientos guerreros, los cuales arremetieron a nosotros y nos dan muchos botes de lanza; y si de presto no fuéramos socorridos de unos indios de Cinacatan, que dieron voces a nuestros soldados, que entraron luego con nosotros en su fortaleza, allí perdiéramos las vidas; y como estaban aquellos chamultecas con sus lanzas haciendo cara y vieron el socorro, se van huyendo, porque los demás guerreros ya se habían huido con la neblina; y nuestro capitán con todos los soldados y amigos entraron dentro, y estaba ya alzado todo el hato, y la gente menuda y mujeres ya se habían ido por el paso muy malo, que he dicho que

era muy hondo y de mala subida y peor bajada; y fuimos en el alcance, y se prendieron muchas mujeres y muchachos y niños y sobre treinta hombres, y no se halló despojo en el pueblo, salvo bastimento; y esto hecho, nos volvimos con la presa camino de Cinacatan, y fue acordado que asentásemos nuestro real junto a un río adonde está ahora poblada la Ciudad-Real, que por otro nombre llaman Chiapa de los Españoles; y desde allí soltó el capitán Luis Marín seis indios con sus mujeres, de los presos de Chamula, para que fuesen a llamar los de Chamula, y se les dijo que no hubiesen miedo, y se les darían todos los prisioneros; y fueron los mensajeros, y otro día vinieron de paz y llevaron toda su gente, que no quedó ninguna; y después de haber dado la obediencia a su majestad, me depositó aquel pueblo el capitán Luis Marín, porque desde México se lo había escrito Cortés, que me diese una buena cosa de lo que se conquistase, y también porque era yo mucho su amigo del Luis Marín, y porque fue el primer soldado que les entró dentro; y Cortés me envió cédula de encomienda dellos, y hasta hoy tengo la cédula de encomienda guardada, y me tributaron más de ocho años. En aquella sazón no estaba poblada la Ciudad-Real, que después se pobló, e se dio mi pueblo para la población. Dejemos esto y volvamos a nuestra relación: que, como ya Chamula estaba de paz, e Güeyhuistlan, que estaba alzado, no quisieron venir de paz aunque les enviamos a llamar, acordó nuestro capitán que fuésemos a los buscar a sus pueblos; y digo aquí pueblos, porque entonces eran tres pueblezuelos, y todos puestos en fortaleza; y dejamos allí adonde estaban nuestros ranchos los heridos y fardaje, y fuimos con el capitán los más sueltos y sanos soldados, y los de Cinacatan nos dieron sobre trescientos indios de guerra, que fueron con nosotros, y sería de allí a los pueblos de

Güeyhuistlan obra de cuatro leguas; y como íbamos a sus pueblos hallamos todos los caminos cerrados, llenos de maderos e árboles cortados y muy embarazados, que no podían pasar caballos, y con los amigos que llevábamos los desembarazamos e quitaron los maderos; y fuimos a un pueblo de los tres, que ya he dicho que era fortaleza, y hallámosle lleno de guerreros, y comenzaron a nos dar grita y voces y a tirar vara y flecha, y tenían grandes lanzas y pavesinas y espadas de a dos manos de pedernal, que cortan como navajas, según y de la manera de los de Chamula; y nuestro capitán con todos nosotros les íbamos subiendo la fortaleza, que era muy más mala y recia de tomar que no la de Chamula; acordaron de se ir huyendo y dejar el pueblo despoblado y sin cosa ninguna de bastimentos; y los cinacantecas prendieron dos indios dellos, que luego trajeron al capitán, los cuales mandó soltar, para que llamasen de paz y a todos los demás sus vecinos, y aguardamos allí un día que volviesen con la respuesta, y todos vinieron de paz, y trajeron un presente de oro de poca valía y plumaje de quetzales, que son unas plumas que se tienen entre ellos en mucho, y nos volvimos a nuestros ranchos; y porque pasaron otras cosas que no hacen a nuestra relación, se dejarán de decir, y diremos cómo cuando hubimos vuelto a los ranchos pusimos en plática que sería bien poblar allí adonde estábamos una villa, según que Cortés nos mandó que poblásemos, y muchos soldados de los que allí estábamos decíamos que era bien, y otros que tenían buenos indios en lo de Guazacualco eran contrarios, y pusieron por achaque que no teníamos herraje para los caballos, y que éramos pocos, y todos los más heridos, y la tierra muy poblada, y los más pueblos estaban en fortaleza y en grandes sierras, y que no nos podríamos valer ni aprovechar de los caballos, y decían por ahí otras cosas; y lo

peor de todo, que el capitán Luis Marín e un Diego de Godoy, que era escribano del rey, persona muy entremetida, no tenían voluntad de poblar, sino volver a nuestros ranchos y villa. E un Alonso de Grado, que ya le he nombrado otras veces en el capítulo pasado, el cual era más bullicioso que hombre de guerra, parece ser traía secretamente una cédula de encomienda firmada de Cortés, en que le daba la mitad del pueblo de Chiapa cuando estuviese pacificado, y por virtud de aquella cédula demandó al capitán Luis Marín que le diese el oro que hubo en Chiapa que dieron los indios, e otro que se tomó en los templos de los ídolos del mismo Chiapa, que serían mil e quinientos pesos, y Luis Marín decía que aquello era para ayudar a pagar los caballos que habían muerto en la guerra en aquella jornada; y sobre ello y sobre otras diferencias estaban muy mal el uno con el otro, y tuvieron tantas palabras, que el Alonso de Grado, como era mal condicionado, se desconcertó en hablar; y quien se metía en medio y lo revolvía todo era el escribano Diego de Godoy. Por manera que Luis Marín los echó presos al uno, y al otro, y con grillos, y cadenas los tuvo seis o siete días presos, y acordó de enviar a Alonso de Grado a México preso, y al Godoy con ofertas y prometimientos y buenos intercesores le soltó; y fue peor, que se concertaron luego el Grado y el Godoy de escribir desde allí a Cortés muy en posta, diciendo muchos males de Luis Marín, y aun Alonso de Grado me rogó a mí que de mi parte escribiese a Cortés, y en la carta le disculpase al Grado, porque le decía el Godoy al Grado que Cortés en viendo mi carta le daría crédito, y no dijese bien del Marín; e yo escribí lo que me pareció que era verdad, y no culpando al capitán Marín; y luego envió preso a México al Alonso de Grado, con juramento que le tomó que se presentaría ante Cortés dentro de ochenta días,

porque desde Cinacatan había por la vía y camino que venimos sobre ciento y noventa leguas hasta México. Dejemos de hablar de todas estas revueltas y embarazos; e ya partido el Alonso de Grado, acordamos de ir a castigar a los de Cimatan, que fueron en matar los dos soldados cuando me escapé yo y Francisco Martín, vizcaíno, de sus manos; e yendo que íbamos caminando para unos pueblos que se dicen Tapelola, e antes de llegar a ellos había unas sierras y pasos tan malos, así de subir como de bajar, que tuvimos por cosa dificultosa el poder pasar por aquel puerto; y Luis Marín envió a rogar a los caciques de aquellos pueblos que los adobasen de manera que pudiésemos pasar e ir por ellos, e así lo hicieron, y con mucho trabajo pasaron los caballos, y luego fuimos por otros pueblos que se dicen Silosuchiapa e Coyumelapa, y desde allí fuimos a este Panguaxoya; y llegados que fuimos a otros pueblos que se dicen Tecomayacatal e Ateapan, que en aquella sazón todo era un pueblo y estaban juntas casas con casas, y era una población de las grandes que había en aquella provincia, y estaba en mí encomendada por Cortés; y como entonces era mucha población, y con otros pueblos que con ellos se juntaron, salieron de guerra al pasar de un río muy hondo que pasa por el pueblo, e hirieron seis soldados y mataron tres caballos, y estuvimos buen rato peleando con ellos; y al fin pasamos el río e se huyeron, y ellos mismos pusieron fuego a las casas y se fueron al monte; estuvimos cinco días curando los heridos y haciendo entradas, donde se tomaron muy buenas indias, y se les envió a llamar de paz, y que se les daría la gente que habíamos preso y que se les perdonaría lo de la guerra pasada; y vinieron todos los más indios y poblaron su pueblo, y demandaban sus mujeres e hijos, como les habían prometido. El escribano Diego de Godoy aconsejaba al capitán Luis Marín que no las diese,

sino que se echase el hierro del rey, que se echaba a los que una vez habían dado la obediencia a su majestad y se tornaban a levantar sin causa ninguna; y porque aquellos pueblos salieron de guerra y nos flecharon y nos mataron los tres caballos, decía el Godoy que se pagasen los tres caballos con aquellas piezas de indios que estaban presos; e yo repliqué que no se herrasen, y que no era justo, pues vinieron de paz; y sobre ello yo y el Godoy tuvimos grandes debates y palabras y aun cuchilladas, que entrambos salimos heridos, hasta que nos despartieron y nos hicieron amigos, y el capitán Luis Marín era muy bueno y no era malicioso, e vio que no era justo hacer más de lo que pedí por merced, mandó que diesen todas las mujeres y toda la demás gente que estaba presa a los caciques de aquellos pueblos, y los dejamos en sus casas muy de paz; y desde allí atravesamos al pueblo de Cimatlan y a otros pueblos que se dicen Talatupan, y antes de entrar en el pueblo tenían hechas unas saeteras, y andamios junto a un monte, y luego estaban unas ciénagas; e así como llegamos nos dan de repente una tan buena rociada de flecha con muy buen concierto y ánimo, e hirieron sobre veinte soldados y mataron dos caballos, y si de presto no les desbaratáramos y deshiciéramos sus cercados y saeteras, mataran e hirieran muchos más, y luego se acogieron a las ciénagas; y estos indios destas provincias son grandes flecheros, que pasan con sus flechas y arcos dos dobleces de armas de algodón bien colchadas, que es mucha cosa; y estuvimos en su pueblo dos días, y los enviamos a llamar de paz y no quisieron venir; y como estábamos cansados, y había allí muchas ciénagas que tiemblan, que no pueden entrar en ellas los caballos ni aun ninguna persona sin que se atolle en ellas, y han de salir arrastrando y a gatas, y aun si salen es maravilla, tanto son malas. E por no ser yo más largo sobre

este caso, por todos nosotros fue acordado que volviésemos a nuestra villa de Guazacualco, y volvimos por unos pueblos de la Chontalpa, que se dicen Guimango e Nacaxuixuica e Teotitan Copilco, e pasamos otros pueblos, y a Ulapa, y el río de Ayagualulco e al de Tonalá, y luego a la villa de Guazacualco; y del oro que se hubo en Chiapa y en Chamula, sueldo por libre: se pagaron los caballos que mataron en las guerras. Dejemos esto, y digamos que como el Alonso de Grado llegó a México delante de Cortés, y cuando supo de la manera que iba, le dijo muy enojado: «¿Cómo, señor Alonso de Grado, que no podéis caber ni en una parte ni en otra? ¡pésame de ello! Lo que os ruego es que mudéis esa mala condición; si no, en verdad que os enviaré a la isla de Cuba, aunque sepa daros tres mil pesos con que allá viváis, porque ya no os puedo sufrir»; y el Alonso de Grado se le humilló de manera, que tornó a estar bien con el Cortés, y el Luis Marín escribió a Cortés todo lo acaecido. Y dejarlo he aquí, y diré lo que pasó en la corte sobre el obispo de Burgos e arzobispo de Rosano.

Capítulo CLXVII

Cómo estando en Castilla nuestros procuradores, recusaron al obispo de Burgos, y lo que más pasó

Ya he dicho en los capítulos pasados que don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos e arzobispo de Rosano, que así se nombraba, hacía mucho por las cosas de Diego Velázquez, y era contrario de las de Cortés y a todas las nuestras; y quiso nuestro señor Jesucristo que en el año de 1521 fue elegido en Roma por sumo pontífice nuestro muy santo padre el papa Adriano de Lovaina y en aquella sazón estaba en Castilla por gobernador della y residía en la ciudad de Vitoria, y nuestros procuradores fueron a besar sus santos pies; y un gran señor alemán, que era de la cámara de su majestad, que se decía mosiur de Lasao, le vino a dar el parabién del pontificado por parte del emperador nuestro señor a su santidad; y el mosiur de Lasao tenía noticia de los heroicos hechos y grandes hazañas que Cortés y todos nosotros habíamos hecho en la conquista desta Nueva-España, y los grandes, muchos, buenos y notables servicios que siempre hacíamos a su majestad, y de la conversión de tantos millares de indios que se convertían a nuestra santa fe; y parece ser aquel caballero alemán suplicó al santo padre Adriano que fuese servido entender muy de hecho en las cosas entre Cortés y el obispo de Burgos; y su santidad lo tomó también muy a pecho; porque, allende de las quejas que nuestros procuradores propusieron ante nuestro santo padre, le habían ido otras muchas personas de calidad a se quejar del mismo obispo de muchos agravios e injusticias que decían que hacían; porque, como su majestad estaba en Flandes, y el obispo era presidente de Indias, todo se lo mandaba, y era malquisto; y

según entendimos, nuestros procuradores hallaron calor para le osar recusar. Por manera que se juntaron en la corte Francisco de Montejo y Diego de Ordás, y el licenciado Francisco Núñez, primo de Cortés, y Martín Cortés, padre del mismo Cortés, y con favor de otros caballeros y grandes señores que les favorecieron, y uno dellos, y el que más metió la mano, fue el duque de Béjar; y con estos favores le recusaron con gran osadía y atrevimiento al obispo ya por mí dicho, y las causas que dieron muy bien probadas. Lo primero fue que el Diego Velázquez dio al obispo un muy buen pueblo en la isla de Cuba, y que con los indios del pueblo le sacaban oro de las minas y se lo enviaba a Castilla; y que a su majestad no le dio ningún pueblo, siendo más obligado a ello que al obispo. Y lo otro, que en el año de 1517 años, que nos juntamos ciento y diez soldados con un capitán que se decía Francisco Hernández de Córdoba, e que a nuestra costa compramos navíos y matalotaje y todo lo demás, y salimos a descubrir la Nueva-España; y que el obispo de Burgos hizo relación a su majestad que Diego Velázquez la descubrió, y no fue así. Y lo otro, que envió el mismo Diego Velázquez a lo que habíamos descubierto a un sobrino suyo que se decía Juan de Grijalva, e que descubrió más adelante, e que hubo en aquella jornada sobre veinte mil pesos de oro de rescate, y que todo lo más envió el Diego Velázquez al mismo obispo, e que no dio parte dello a su majestad; e que cuando vino Cortés a conquistar la Nueva-España, que envió un presente a su majestad, que fue la luna de oro y el sol de plata e mucho oro en grano sacado de las minas, e gran cantidad de joyas y tejuelos de oro de diversas maneras, y escribimos a su majestad el Cortés y todos nosotros sus soldados dándole cuenta y razón de lo que pasaba, y envió con ello a Francisco de Montejo e a otro caballero que se decía Alonso Hernández

Puertocarrero, primo del conde de Medellín, que no los quiso oír, y les tomó todo el presente de oro que iba para su majestad, y les trató mal de palabras, llamándolos de traidores, e que venían a procurar por otro traidor; y que las cartas que venían para su majestad las encubrió, y escribió otras muy al contrario dellas, diciendo que su amigo Diego Velázquez envía aquel presente; y que no le envió todo lo que traían, que el obispo se quedó con la mitad y mayor parte dello; y porque el Alonso Hernández Puertocarrero, que era uno de los dos procuradores que enviaba Cortés, le suplicó al obispo que le diese licencia para ir a Flandes, adonde estaba su majestad, le mandó echar preso, y que murió en las cárceles; y que envió a mandar en la casa de la contratación de Sevilla al contador Pedro de Isasaga y Juan López de Recalde, que no diesen ayuda ninguna para Cortés, así de soldados como de armas ni otra cosa; y que proveía los oficiales y cargos, sin consultarlo con su majestad, a hombres que no lo merecían ni tenían habilidad ni saber para mandar, como fue al Cristóbal de Tapia, y que por casar a su sobrina doña Petronila de Fonseca con Tapia o con el Diego Velázquez le prometió la gobernación de la Nueva-España; e que aprobaba por buenas las falsas relaciones e procesos que hacían los procuradores de Diego Velázquez, los cuales eran Andrés de Duero y Manuel de Rojas y el padre Benito Martín, y aquellas enviaba a su majestad por buenas, y las de Cortés y de todos los que estábamos sirviendo a su majestad, siendo muy verdaderas, encubría y torcía y las condenaba por malas; y le pusieron otros muchos cargos, y todo muy bien probado, que no se pudo encubrir cosa ninguna, por más que alegaban por su parte. Y luego que esto fue hecho y sacado en limpio, fue llevado a Zaragoza, adonde su santidad estaba en aquella sazón que le recusé, y como vio los despachos y causas que

se dieron en la recusación, y que las partes del Diego Velázquez, por más que alegaban que había gastado en navíos y costas, fueron rechazados sus dichos; que, pues no acudió a nuestro rey y señor, sino solamente al obispo de Burgos, su amigo, y Cortés hizo lo que era obligado, como leal servidor, mandó su santidad, como gobernador que era de Castilla, demás de ser papa, al obispo de Burgos que luego dejase el cargo de entender en las cosas y pleitos de Cortés y que no entendiese en cosa ninguna de las Indias, y declaró por gobernador desta Nueva-España a Hernando Cortés, y que si algo había gastado Diego Velázquez, que se lo pagásemos; y aun envió a la Nueva-España bulas, con muchas indulgencias para los hospitales e iglesias, y escribió una carta encomendando a Cortés y a todos nosotros los conquistadores que estábamos en su compañía que siempre tuviésemos mucha diligencia en la santa conversión de los naturales, e fuese de manera que no hubiese muertes ni robos, sino con paz y cuanto mejor se pudiese hacer, e que les vedásemos y quitásemos sacrificios y sodomías y otras torpedades; y decía en la carta que, demás del gran servicio que hacíamos a Dios nuestro señor y a su majestad, que su santidad, como nuestro padre y pastor, tendría cargo de rogar a Dios por nuestras ánimas, pues tanto bien por nuestra mano ha venido a toda la cristiandad; y aun nos envió otras santas bulas para nuestras absoluciones. E viendo nuestros procuradores lo que mandaba el santo padre, así como pontífice y gobernador de Castilla, enviaron luego correos muy en posta adonde su majestad estaba, que ya había venido de Flandes y estaba en Castilla, y aun llevaron cartas de su santidad para nuestro monarca; y después de muy bien informado de lo de atrás por mí dicho, confirmó lo que el sumo pontífice mandó, y declaró por gobernador de la Nueva-España a Cortés, y a lo que el

Diego Velázquez gastó de su hacienda en la armada, que se le pagase; y aun le mandó quitar la gobernación de la isla de Cuba, por cuanto había enviado el armada con Pánfilo de Narváez sin licencia de su majestad, no embargante que la real audiencia y los frailes jerónimos que residían en la isla de Santo Domingo por gobernadores se lo habían defendido, y aun sobre se lo quitar enviaron a un oidor de la misma real audiencia, que se decía Lucas Vázquez de Ayllón, para que no consintiese ir la tal armada, y en lugar de le obedecer, le echaron preso y le enviaron con prisiones en un navío. Dejemos de hablar desto, y digamos que, como el obispo de Burgos supo lo por mí atrás dicho, y lo que su santidad y su majestad mandaban, e se lo fueron a notificar, fue muy grande el enojo que tomó, de que cayó muy malo, e se salió de la corte y se fue a Toro, donde tenía su asiento y casas; y por mucho que metió la mano su hermano don Antonio de Fonseca, señor de Coca e Alaejos, en le favorecer, no lo pudo volver en el mando que de antes tenía. Y dejemos de hablar desto, y digamos que a gran bonanza que en favor de Cortés hubo, se siguió contrariedad; que le vinieron otros grandes contrastes de acusaciones que le ponían por Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Tapia y por el piloto Cárdenas, que he dicho en el capítulo que sobre ello habla que cayó malo de pensamiento cómo no le dieron la parte del oro de lo primero que se envió a Castilla; y también le acusó un Gonzalo de Umbría, piloto, a quien Cortés mandó cortar los pies porque se alzaba con un navío con Cermeño y Pedro Escudero, que mandó ahorcar Cortés.

Capítulo CLXVIII

Cómo fueron ante su majestad el Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Tapia, y un piloto que se decía Gonzalo de Umbría y otro soldado que se llamaba Cárdenas; y con favor del obispo de Burgos, aunque no tenía cargo de entender en cosas de Indias, que ya le habían quitado el cargo y se estaba en Toro: todos los por mís referidos dieron ante su majestad muchas quejas de Cortés, y lo que sobre ello se hizo

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo su santidad vio y entendió los grandes servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores que en su compañía militábamos habíamos hecho a Dios nuestro señor e a su majestad e a toda la cristiandad, y de cómo se le hizo merced a Cortés de le hacer gobernador de la Nueva-España, e las bulas e indulgencias que envió para las iglesias e hospitales, y las santas absoluciones para todos nosotros; y visto por su majestad lo que el santo padre mandaba, después de bien informado de toda la verdad, lo confirmó con otros reales mandos; y en aquella sazón se quitó el cargo de presidente de Indias al obispo de Burgos, y se fue a vivir a la ciudad de Toro; y en este instante llegó a Castilla Pánfilo de Narváez, el cual había sido capitán de la armada que envió Diego Velázquez contra nosotros; y también en aquel tiempo llegó Cristóbal de Tapia, el que había enviado el mismo obispo a tomar la gobernación de la Nueva-España, y llevaron en su compañía un Gonzalo de Umbría, piloto, e a otro soldado que se decía Cárdenas, y todos juntos se fueron a Toro a demandar favor al obispo de Burgos para se ir a quejar de Cortés delante de su majestad, porque ya su majestad había venido de Flandes, y el obispo no deseaba otra cosa sino que hubiese quejas de Cortés y de nosotros; e tales favores e promesas les dio el obispo, que se juntaron los procuradores

del Diego Velázquez que estaban en la corte, que se decían Bernardino Velázquez, que ya le había enviado desde Cuba para que procurase por él, y Benito Martín e Manuel de Rojas, y fueron todos juntos delante del emperador nuestro señor, y se quejaron reciamente de Cortés; y los capítulos que contra él pusieron fue, que Diego Velázquez envió a descubrir y poblar la Nueva-España tres veces, y que gastó gran suma de pesos de oro en navíos y armas y matalotaje, y en cosas que dio a los soldados, y que envió con la armada a Hernando Cortés por capitán, y se alzó con ella, y que no le acudió con ninguna cosa. También le acusaron que, no embargante todo esto, que envió el Diego Velázquez a Pánfilo de Narváez por capitán de más de mil y trescientos soldados, con diez y ocho navíos y muchos caballos y escopeteros y ballesteros, y con cartas y provisiones de su majestad, y firmadas de su presidente de Indias, que era el obispo de Burgos e arzobispo de Rosano, para que le diesen gobernación de la Nueva-España, y no lo quiso obedecer; antes le dio guerra y desbarató, y mató su alférez y sus capitanes, y le quebró un ojo, y que le quemo cuanta hacienda tenía, y le prendió al mismo Narváez y a otros capitanes que tenía en su compañía. Y que, no embargante este desbarate, que proveyó el mismo obispo de Burgos para que fuese el Cristóbal de Tapia, que presente estaba, como fue, a tomar la gobernación de aquellas tierras en nombre de su majestad, y que no lo quiso obedecer, y que por fuerza le hizo volver a embarcar; y acusábanle que había demandado a los indios de todas las ciudades de la Nueva-España mucho oro en nombre de su majestad, y se lo tomaba y encubría y lo tenía en su poder; acusábanle que, a pesar de todos sus soldados llevó quinto como rey de todas las partes que se habían habido en México; acusábanle que mandó quemar los pies a Guatemuz, e a otros caciques

porque diesen oro, y también le pusieron por delante la muerte de Catalina Xuárez, «la Marcaida», su mujer de Cortés; acusáronle que no dio ni acudió con las partes del oro a los soldados, y que todo lo resumió en sí; acusábanle los palacios que hizo y casas muy fuertes, y que eran tan grandes como una gran aldea, y que hacía servir en ellas a todas las ciudades de la redonda de México, y que les hacía traer grandes cipreses y piedra desde lejas tierras, y que había dado ponzoña a Francisco de Garay por le tomar su gente y armada; y le pusieron otras muchas cosas y acusaciones, y tantas, que su majestad estaba enojado de oír tantas injusticias como del Cortés decían, creyendo que era verdad.

Y demás desto, como el Narváez hablaba muy entonado, dijo estas palabras que oirán: «Y porque vuestra majestad sepa cuál andaba la cosa, la noche que me prendieron y desbarataron, que teniendo vuestras reales provisiones en el seno, que las saqué de priesa, y mi ojo quebrado, porque no me quemasen, porque ardía en aquella sazón el aposento en que estaba, me las tomó por fuerza del seno e un capitán de Cortés, que se dice Alonso de Ávila, y es el que ahora está preso en Francia, y no me las quiso dar, y publicó que no eran provisiones, sino obligaciones que venía a cobrar»: Entonces dice que se rió el emperador, y la respuesta que dio fue, que en todo mandaría hacer justicia; y luego mandó juntar ciertos caballeros de sus reales consejos y de su real cámara, personas de quien su majestad tuvo confianza que harían recta justicia, que se decían, Mercurio Catirinario, gran canciller italiano, y mosiur de Lasao y el doctor de La Rocha, flamencos, y Hernando de Vega, señor de Grajales y comendador mayor de Castilla, y el doctor Lorenzo

Galíndez de Carvajal y el licenciado Vargas, tesorero general de Castilla; y desque a su majestad le dijeron que estaban juntos, les mandó que mirasen muy justificadamente los pleitos y debates entre Cortés y Diego Velázquez e aquellos querellosos, y que en todo hiciesen justicia, no teniendo afición a las personas ni favoreciesen a ninguno dellos, excepto a la justicia; y luego visto por aquellos caballeros el real mando, acordaron de se juntar en unas casas y palacios donde posaba el gran canciller, y mandaron parecer al Narváez y al Cristóbal de Tapia, y al piloto Umbría y a Cárdenas, y a Manuel de Rojas y a Benito Martín y a un Velázquez, que estos eran procuradores del Diego Velázquez; y asimismo parecieron por la parte de Cortés su padre Martín Cortés y el licenciado Francisco Núñez y Francisco de Montejo, y Diego de Ordás, y mandaron a los procuradores del Diego Velázquez que propusiesen todas las quejas y demandas y capítulos contra Cortés; y dan las mismas quejas que dieron ante su majestad. A esto respondieron por Cortés sus procuradores, que a lo que decían que había enviado el Diego Velázquez a descubrir la Nueva-España de los primeros, y gastó muchos pesos de oro, que no fue así como dicen; que los que lo descubrieron fue un Francisco Hernández de Córdoba con ciento y diez soldados a su costa; y que antes el Diego Velázquez es digno de gran pena, porque mandaba a Francisco Hernández y a los compañeros que lo descubrieron que fuesen a la isla de los Guanajes a cautivar indios por fuerza, para se servir dellos como esclavos; y desto mostraron probanzas, y no hubo contradicción en ello. Y también dijeron que si el Diego Velázquez volvió a enviar a su pariente Grijalva con otra armada, que no le mandó el Diego Velázquez poblar, sino rescatar, y que todo lo más que se gastó en la armada

pusieron los capitanes que fueron en los navíos, y no Diego Velázquez, y que uno dellos era el mismo Francisco de Montejo, que allí estaba presente, y los demás fueron Pedro de Alvarado y Alonso de Ávila, e que rescataron veinte mil pesos, e que se quedó con todo lo más dellos el Diego Velázquez, y lo envió al obispo de Burgos para que le favoreciese, y que no dio parte dello a su majestad, sino lo que quiso, y que, demás de aquello, le dio indios al mismo obispo en la isla de Cuba, que le sacaban oro; y que a su majestad no le dio ningún pueblo, siendo más obligado a ello que no al obispo; de lo cual hubo buena probanza, y no hubo contradicción en ello. También dijeron que si envió a Hernando Cortés con otra armada, que fue elegido primeramente por gracia de Dios y en ventura del mismo emperador nuestro césar e señor, e que tienen por cierto que si otro capitán enviaran, que le desbaratara, según la multitud de guerreros que contra él se juntaban; y que cuando le envió el Diego Velázquez, no le enviaba a poblar, sino a rescatar; de lo cual hubo probanzas dello; y que si se quedó a poblar fue por los requerimientos que los compañeros le hicieron, y que viendo que era servicio de Dios y de su majestad, pobló, y fue cosa muy acertada; y que dello se hizo relación a su majestad y se le envió todo el oro que pudo haber, y que se le escribió sobre ello dos cartas haciéndole saber todo lo sobredicho; y que para obedecer sus reales mandos estaba Cortés con todos sus compañeros los pechos por tierra; y se le hizo relación de todas las cosas que el obispo de Burgos hacía por el Diego Velázquez, y que enviamos nuestros procuradores con el oro y cartas, y que el obispo encubría nuestros muchos servicios, y que no enviaba a su majestad nuestras cartas, sino otras de la manera que él quería, y que el oro que enviamos, que se quedaba con todo lo más dello, y que torcía todas las cosas

que convenían que su majestad fuese sabidor deltas, y que en cosa ninguna le decía verdaderamente lo que era obligado a nuestro rey y señor, y que porque nuestros procuradores querían ir a Flandes delante su real persona, echó preso al uno dellos, que se decía Alonso Hernández Puertocarrero, primo del conde de Medellín, y que murió en la cárcel, y que mandaba el mesmo obispo a los oficiales de la casa de la contratación de Sevilla que no diesen ayuda ninguna a Cortés, así de armas como de soldados, sino que en todo le contradijesen, e que a boca llena nos llamaban de traidores; e que todo esto hacía el obispo porque tenía tratado casamiento con el Diego Velázquez o con el Tapia de casar una sobrina que se decía doña Petronila de Fonseca, y le había prometido que le haría gobernador de México; y para todo esto que he dicho mostraron traslados de las cartas que hubimos escrito a su majestad, e otras grandes probanzas; y la parte de Diego Velázquez no contradijo en cosa ninguna, porque no había en qué. E que a lo que decían de Pánfilo de Narváez, que envió el Diego Velázquez con dieciocho navíos y mil trescientos soldados y cien caballos, y ochenta escopeteros e otros tantos ballesteros, e había hecho mucha costa; a esto respondieron que el Diego Velázquez es digno de pena de muerte por haber enviado aquella armada sin licencia de su majestad, y que cuando enviaba sus procuradores a Castilla, en nada ocurría a nuestro rey y señor, como era obligado, sino solamente al obispo de Burgos; y que la real audiencia de Santo Domingo y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores le enviaron a mandar al Diego Velázquez a la isla de Cuba, so graves penas, que no enviase aquella armada hasta que su majestad fuese sabidor dello, y que con su real licencia le enviase: porque hacer otra cosa era grande deservicio de Dios y de su majestad: poner zizañas en la

Nueva-España en el tiempo que Cortés y sus compañeros estábamos en las conquistas y conversión de tantos cuentos de los naturales que se convertían a nuestra santa fe católica; y que para detener la armada le enviaron a un oidor de la misma audiencia real, que se decía el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, y en lugar de le obedecer, y los reales mandos que llevaba, le echaron preso, y sin ningún acato le enviaron en un navío; y que pues que Narváez estaba delante, que fue el que hizo aquel tan desacatado delito, por tocar en crimen laesae majestatis, es digno de muerte, que suplicaban a aquellos caballeros por mí nombrados, que estaban por jueces, que le mandasen castigar; y respondieron que harían justicia sobre ello. Volvamos a decir en los descargos que daban nuestros procuradores, y es, que a lo que dicen que no quiso Cortés obedecer las reales provisiones que llevaba Narváez, y le dio guerra y le desbarató y quebré un ojo, y prendió a él y todos sus compañeros y capitanes, y les puso fuego a los aposentos. A esto respondieron que, así como llegó Narváez a la Nueva-España y desembarcó, que la primera cosa que hizo el Narváez fue enviar a decir al gran cacique Montezuma que Cortés tenía preso, que le venía a soltar y a matar todos los que estábamos con Cortés, y que alborotó la tierra de manera, que lo que estaba pacífico se volvió en guerra, e que como Cortés supo que había venido al puerto de la Veracruz, le escribió muy amorosamente, y que si traía provisiones de su majestad, que las quería ver y obedecería con aquel acato que se debe a su rey y señor; y que no le quiso responder a sus cartas, sino siempre en su real llamándole de traidor, no lo siendo, sino muy leal servidor de su majestad: e que mandó pregonar Narváez en su real guerra a fuego y sangre y ropa franca contra Cortés y sus compañeros; y que le rogó muchas veces con la paz, y que

mirase no revolviese la Nueva-España de manera que diese causa para que todos se perdiesen, y que se apartaría a una parte, cual él quisiese, a conquistar, y el Narváez fuese por la parte que más le agradase, y que entrambos sirviesen a Dios y a su majestad, e pacificasen aquellas tierras; y tampoco le quiso responder a ello. Y como Cortés vio que no aprovechaban todos aquellos cumplimientos ni le mostraba las reales provisiones, y supo el gran desacato que había hecho el Narváez en prender al oidor de su majestad, que para lo castigar por aquel delito acordó de ir a hablar con él para ver las reales provisiones, e a saber por qué causa prendió al oidor; y que el Narváez tenía concertado de prender a Cortés sobre seguro; y para ello presentaron probanzas y testimonios bastantes, y aun por testigo a Andrés de Duero, que se halló por la parte del Narváez cuando aquello pasó, y el mismo Duero fue el que dio aviso a Cortés dello; y a todo esto la parte del Diego Velázquez no había en qué contradecir cosa ninguna sobre ello. E a lo que le acusaban que vino a Pánuco Francisco de Garay, y con grande armada, y provisiones de su majestad en que le hacían gobernador de aquella provincia, y que Cortés tuvo astucias y gran diligencia para que se le amotinasen al Garay sus soldados, y los indios de la misma provincia mataron a muchos dellos, y le tomó ciertos navíos, e hizo otras demasías hasta que el Garay se vio perdido y desamparado y sin capitanes y soldados, y se fue a meter por las puertas de Cortés y le aposentó en sus casas, y que dende a ocho días que le dio un almuerzo, de que murió, de ponzoña que le dieron en él; a esto respondieron que no era así, porque no tenía necesidad de los soldados que el Garay traía para les hacer amotinar, sino que, como el Garay no era hombre para la guerra, no se daba maña con los soldados, y como no toparon con la tierra cuando

desembarco, sino grandes ríos y malas ciénagas y mosquitos y murciélagos, y los que traía en su compañía tuvieron noticia de la gran prosperidad de México y las riquezas y la buena fama de la liberalidad de Cortés; que por esta causa se le iban a México, y que por los pueblos de aquellas provincias andaban a robar sus soldados a los naturales y les tomaban sus hijas y mujeres, y que se levantaron contra ellos y le mataron los soldados que dicen, y que los navíos, que no los tomó, sino que dieron al través; y si envió sus capitanes Cortés, fue para que hablasen al Garay ofreciéndoseles por Cortés, y también para ver las reales provisiones, si eran contrarias de las que antes tenía Cortés; y que viéndose el Garay desbaratado de sus soldados, y navíos dados al través, que se vino a socorrer a México, y Cortés le mandó hacer mucha honra por los caminos, y banquetes en Tezcuco, y cuando entró en México le salió a recibir y le aposentó en sus casas, y había tratado casamiento de los hijos, e que le quería dar favor e ayudar para poblar el río de Palmas, e que si cayó malo, que Dios fue servido de le llevar deste mundo, ¿qué culpa tiene Cortés para ello? Y que se le hicieron muchas honras al enterramiento y se pusieron lutos, y que los médicos que lo curaban juraron que era dolor de costado, y que esta es la verdad; y no hubo otra contradicción. E a lo que decían que llevaba quinto como rey, respondieron que cuando lo hicieron capitán general y justicia mayor hasta que su majestad mandase en ello otra cosa, le prometieron los soldados que le darían quinto de las partes, después de sacado el real quinto, e que lo tomó por causa que después gastaba cuanto tenía en servicio de su majestad, como fue en lo de la provincia de Pánuco, que pagó de su hacienda sobre sesenta mil pesos de oro, y envió en presentes a su majestad mucho oro de lo que le había cabido del quinto; y

mostraron probanzas de todo lo que decían, y no hubo contradicción por los procuradores de Diego Velázquez. E a lo que decían que a los soldados les había tomado Cortés sus partes del oro que les cabía, dijeron que les dieron conforme a la cuenta del oro que se halló en la toma de México, porque se halló muy poco, que todo lo habían robado los indios de Tlascala y Tezcuco y los demás guerreros que se hallaron en las batallas y guerras; y no hubo contradicción sobre ello. Y a lo que dicen de la muerte de Catalina Xuárez «Marcaida», mujer del Cortés, negáronlo, sino que como era doliente del asma, amaneció muerta. E a lo que dijeron que Cortés había mandado quemar los pies con aceite a Guatemuz e otros caciques porque diesen oro, a esto respondieron que los oficiales de su majestad se los quemaron, contra la voluntad de Cortés, porque descubriesen el tesoro de Montezuma; y para esto dieron información bastante. Y a lo que le acusaban que había labrado muy grandes casas, y había en ellas una villa, y que hacía traer los árboles y cipreses y piedras de lejas tierras; a esto respondieron que las casas es verdad que son muy suntuosas, y que para servir con ellas y cuanto tiene Cortés a su majestad las hizo fabricar en su real nombre, e que los árboles cipreses, que están junto a la ciudad, e que los traían por agua, e que piedra, que había tanta de los adoratorios que deshicieron de los indios, que no había menester traerla de fuera, e que para las labrar no hubo menester más de mandar al gran cacique Guatemuz que las labrase con los indios oficiales, que hay muchos de hacer casas e carpinteros, e que el Guatemuz llamó de todos sus pueblos para ello, e que así se usaba entre los indios hacer las casas y palacios de los señores. E a lo que se quejaba Narváez que le sacó Alonso de Ávila las provisiones reales por fuerza, y no se las quiso dar, y publicó que eran obligaciones que le

debían al Narváez de ciertos caballos e yeguas que había vendido, que venía a cobrar, e que fue por mandado de Cortés; a esto respondieron que no vieron provisiones, sino solamente tres obligaciones que le debían al Narváez de caballos e yeguas que había vendido fiadas, e que Cortés nunca tales provisiones vio ni le mandó tomar. E a lo que se quejaba el piloto Umbría, que Cortés le mandó cortar y deszocar los pies sin causa ninguna, a esto respondieron que por justicia y sentencia que sobre ello hubo se le cortaron, porque se quería alzar con un navío y dejar en la guerra a su capitán y venirse a Cuba él y otros dos hombres que Cortés mandó ahorcar por justicia. E a lo que el Cárdenas demandaba, que no le habían dado parte del primer oro que se envió a su majestad, dijeron que él firmó con otros muchos que no quería parte dello, sino que se enviase a su majestad, y que allende desto, le dio Cortés trescientos pesos para que trajese a su mujer e hijos, e que el Cárdenas no era hombre para la guerra, e que era mentecato e de poca calidad, e que con los trescientos pesos estaba muy bien pagado. Y a la postre respondieron que, si fue Cortés contra el Narváez, y le desbarató y quebró el ojo, y le prendió a él y a sus capitanes, y se le quemó su aposento, que el Narváez fue causa dello por lo que dicho y alegado tienen, y por le castigar el gran desacato que tuvo de prender a un oidor de su majestad, y que como la justicia era por la parte de Cortés y sus compañeros, que en aquella batalla que hubo con Narváez fue nuestro señor servido dar victoria a Cortés, que con doscientos y sesenta y seis soldados, sin caballos e sin arcabuces ni ballestas, desbarató con buena maña y con dádivas de oro al Narváez, y le quebró el ojo, y prendió a él y sus capitanes, siendo contra Cortés mil trescientos soldados, y entre ellos ciento de a caballo y otros tantos escopeteros y ballesteros, y que si Narváez quedara por

capitán, la Nueva-España se perdiera. Y a lo que decían del Cristóbal de Tapia, que venía para tomar la gobernación de la Nueva-España con provisiones de su majestad, y que no le quisieron obedecer, a esto responden que el Cristóbal de Tapia, que delante estaba, fue contento de vender unos caballos y negros; que si él fuera a México, adonde Cortés estaba, y le mostrara sus recaudos, obedeciera; mas que viendo todos los caballeros y cabildos de todas las ciudades y villas que convenía que Cortés gobernase en aquella sazón, porque vieron que el Tapia no era capaz para ello, que suplicaron de las reales provisiones para ante su majestad, según parecerá de los autos que sobre ello pasaron. Y cuando hubieron acabado de poner por la parte del Diego Velázquez y del Narváez sus demandas, e aquellos caballeros que estaban por jueces vieron las respuestas y lo que por la parte de Cortés fue alegado, y todo probado, y sobre ello habían estado embarazados cinco días en oír a los unos y a los otros, acordaron de ponerlo todo en la consulta con su majestad; y después de muy acordado por todos en ella, lo que fue sentenciado es esto: lo primero, que dieron por muy bueno y leal servidor de su majestad a Cortés, y a todos nosotros los verdaderos conquistadores que con él pasamos, y tuvieron en mucho nuestra gran felicidad, y loaron y ensalzaron en gran manera las grandes batallas y osadía que contra los indios tuvimos, y no se olvidó de decir como, siendo nosotros tan pocos, desbaratamos al Narváez; y luego mandaron poner silencio al Diego Velázquez acerca del pleito de la gobernación de la Nueva-España, y que si algo había gastado en las armadas que por justicia lo pidiese a Cortés; y luego declararon por sentencia que Cortés fuese gobernador de la Nueva-España, según lo mandó el sumo pontífice, e que daban en nombre de su majestad los repartimientos por buenos, que Cortés había hecho, y le

dieron poder para repartir la tierra desde allí adelante; y por bueno todo lo que había hecho, porque claramente era servicio de Dios y de su majestad. En lo de Garay ni en otras cosas de las acusaciones que le ponían acerca de su mujer Catalina Xuárez, que pues no daban informaciones tocantes acerca dello, que lo reservaban para el tiempo andando, y le enviarían a tomar residencia. Y en lo que Narváez pedía, que le tomaron sus provisiones del seno, e que fue Alonso de Ávila, que estaba en aquella sazón preso en Francia, que le prendió Juan Florín, francés, gran corsario, cuando robó la recámara que llamábamos de Montezuma, dijeron aquellos caballeros que lo fuese a pedir a Francia, o que le citasen pareciese en la corte de su majestad, para ver lo que sobre ello respondía; y a los dos pilotos Umbría y Cárdenas les mandaron dar cédulas reales para que en la Nueva-España les den indios que renten a cada uno mil pesos de oro. Y mandaron que todos los conquistadores fuésemos antepuestos y nos diesen buenas encomiendas de indios, y que nos pudiésemos asentar en los más preeminentes lugares, así en las santas Iglesias como en otras partes. Pues ya dada y pronunciada esta sentencia por aquellos caballeros que su majestad puso por jueces, lleváronla a firmar a Valladolid, donde su majestad estaba, porque en aquel tiempo pasó de Flandes, y en aquella sazón mandó pasar allí toda su real corte y consejo, y firmóla su majestad, y dio otras sus reales provisiones para echar los tornadizos de la Nueva-España, porque no hubiese contradicción en la conversión de los naturales. Y asimismo mandó que no hubiese letrados por ciertos años, porque do quiera que estaban revolvían pleitos e debates y cizañas; y diéronse todos estos recaudos firmados de su majestad y señalados de aquellos caballeros que fueron jueces, y de don García de Padilla, en la misma villa de Valladolid, a 17 de mayo de

mil y quinientos y veinte y tantos años, y venían refrendadas del secretario don Francisco de los Cobos, que después fue comendador mayor de León; y entonces escribió su majestad cesárea a Cortés e a todos los que con él pasamos, agradeciéndonos los muchos y buenos e notables servicios que le hacíamos; y también en aquella sazón el rey don Hernando de Hungría, rey de romanos, que así se nombraba, padre del emperador que ahora es, escribió otra carta en respuesta de lo que Cortés le había escrito, y enviado presentadas muchas joyas de oro; y lo que decía el rey de Hungría en la carta que escribió a Cortés era, que ya tenía noticia de los muchos y grandes servicios que había hecho a Dios primeramente, y a su señor hermano el emperador, y a toda la cristiandad, y que en todo lo que se le ofreciese, que se lo haga saber, porque sea intercesor en ello con su señor y hermano el emperador, porque de mucho más era merecedora su generosa persona, y que diese sus encomiendas a los fuertes soldados que le ayudaron, y decía otras palabras de ofrecimientos; y acuérdaseme que en la firma decía: «Yo el rey, e infante de Castilla»; y refrendada de su secretario, que se decía fulano de Castillejo; y esta carta yo la leí dos o tres veces en México, porque Cortés me la mostró para que viese en cuán grande estima éramos tenidos los verdaderos conquistadores, de su majestad. Pues como todos estos despachos tuvieron nuestros procuradores, luego enviaron con ellos por la posta a un Rodrigo de Paz, primo de Cortés y deudo del licenciado Francisco Núñez, y también vino con ellos un hidalgo de Extremadura, pariente del mismo Cortés, que se decía Francisco de las Casas, y trajeron un navío buen velero, y vinieron camino de la isla de Cuba; y en Santiago de Cuba, donde Diego Velázquez estaba por gobernador, se le notificaron las reales provisiones y

sentencia, para que se dejase del pleito de Cortés y le demandase los gastos que había hecho: la cual notificación se hizo con trompetas; y el Diego Velázquez, de pesar, cayó malo, y dende a pocos meses murió muy pobre y descontento. Y por no volver ya otra vez a recitar lo que en Castilla negoció el Francisco de Montejo y el Diego de Ordás, dirélo ahora, y fue así: que al Francisco de Montejo su majestad le hizo merced de la gobernación y adelantamiento de Yucatán e Cozumel, y trajo don y señoría, y al Diego de Ordás su majestad le confirmó los indios que tenía en la Nueva-España y le dio una encomienda de señor Santiago, y el volcán que estaba cabe Guaxocingo por armas; y con ello se vinieron a la Nueva-España. Y dende a dos o tres años el mismo Ordás volvió a Castilla y demandó la conquista del Marañón, donde se perdió él y su hacienda. Dejemos desto, y digamos cómo el obispo de Burgos, que en aquella sazón supo los grandes favores que su majestad hizo a Cortés y a todos nosotros los conquistadores, y cómo muy claramente aquellos caballeros que fueron jueces habían alcanzado a saber los tratos que entre él y Diego Velázquez había, y cómo tomaba el oro que enviábamos a su majestad, y encubría y torcía nuestros muchos servicios, y aprobaba por buenos los de su amigo Diego Velázquez; si muy triste y pensativo estaba de antes, ahora desta vez cayó malo dello y de otros enojos que tuvo con un caballero su sobrino, que se decía don Alonso de Fonseca, arzobispo que fue de Santiago, porque pretendía aquel arzobispado de Santiago, el don Juan Rodríguez de Fonseca. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo el Francisco de las Casas y el Rodrigo de Paz llegaron a la Nueva-España, y entraron en México con las reales provisiones que de su majestad traían para ser gobernador Cortés, qué alegrías y regocijos se hicieron, y qué de correos

fueron por todas las provincias de la Nueva-España a demandar albricias a las villas que estaban pobladas, y qué mercedes hizo Cortés al de las Casas y al Rodrigo de Paz y a otros que venían en su compañía, que eran de Medellín (su tierra de Cortés): dio luego un buen pueblo que se dice Angüitlan, y al Rodrigo de Paz le dio otros muy buenos y ricos pueblos, y le hizo su mayordomo mayor y su secretario, y mandaba absolutamente al mismo Cortés; y también a los que vinieron de su tierra de Medellín, a todos les dio indios; y al maestre del navío en que trajeron la nueva de cómo Cortés era gobernador le dio oro, con que volvió rico a Castilla. Dejemos ahora esto de recitar las alegrías y albricias que se dieron por las nuevas, y quiero decir lo que me han preguntado algunos curiosos lectores, y tienen razón de poner plática sobre ello, que ¿cómo pude yo alcanzar a saber lo que pasó en España, así de lo que mandó su santidad como de las quejas que dieron de Cortés, y las respuestas que sobre ello propusieron nuestros procuradores, y la sentencia que sobre ello se dio, y otras muchas particularidades que aquí digo y declaro, estando yo en aquella sazón conquistando en la Nueva-España e sus provincias, no lo pudiendo ver ni oír? Yo les respondí que, no solamente lo alcancé yo a saber, sino que todos los demás conquistadores que lo quisieron ver y leer en cuatro o cinco cartas y relaciones por sus capítulos declarado, cómo y cuándo y en qué tiempo acaeció lo por mí dicho; las cuales cartas y memoria las escribieron de Castilla nuestros procuradores porque conociésemos que entendían con mucho calor en nuestros negocios. Yo dije en aquel tiempo muchas veces que solamente lo que procuraban, según pareció, era por las cosas de Cortés y las suyas dellos, y que nosotros los que lo ganábamos y conquistábamos, y le pusimos en el estado que Cortés estaba, quedando siempre

con un trabajo sobre otro; y porque hay mucho que decir sobre esta materia, se queda en el tintero, salvo rogar a nuestro señor Dios lo remedie, y ponga en corazón o nuestro gran César mande que su recta justicia se cumpla, pues que en todo es muy católico. Pasemos adelante, y digamos en lo que Cortés entendió desque le vino la gobernación.

CAPÍTULO CLXIX

De en lo que Cortés entendió después que le vino la gobernación de la Nueva-España, cómo y de qué manera repartió los pueblos de indios, e otras cosas que más pasaron, y una manera de platicar que sobre ello se ha declarado entre personas doctas

Ya que le vino la gobernación de la Nueva-España a Hernando Cortés, paréceme a mí y a otros conquistadores de los antiguos, de los más experimentados y maduro consejo, que lo que había de mirar Cortés era acordarse desde el día que salió de la isla de Cuba, y tener atención a todos los trabajos en que se vio, así cuando en lo de los arenales, cuando desembarcamos, qué personas fueron en le favorecer para que fuese capitán general y justicia mayor de la Nueva-España; y lo otro, quiénes fueron los que se hallaron siempre a su lado en todas las guerras, así de Tabasco y Cingapacinga, y en tres batallas de Tlascala, y en la de Cholula cuando tenían puestas las ollas con ají para nos comer cocidos; y también quiénes fueron en favorecer su partido cuando por seis o siete soldados que no estaban bien con él le hacían requerimientos que se volviese a la VillaRica y no fuese a México, poniéndole por delante la gran pujanza de guerreros y gran fortaleza de la ciudad; y quiénes fueron los que entraron con él en México y se hallaron en prender al gran Montezuma; y luego que vino Pánfilo de Narváez con su armada, qué soldados fueron los que llevó en su compañía y le ayudaron a prender y desbaratar al Narváez; y luego quiénes fueron los que volvieron con él a México al socorro de Pedro de Alvarado, y se hallaron en aquellas fuertes y grandes batallas que nos dieron, hasta que salimos huyendo de México, que de mil y trescientos soldados quedaron muertos sobre ochocientos y

cincuenta, con los que mataron en Tustepeque e por los caminos, y no escapamos sino cuatrocientos y cuarenta muy heridos ¡y a Dios misericordia! Y también se le había de acordar de aquella muy temerosa batalla de Otumba, quién, después de dos días, se la ayudó a vencer y salir de aquel tan gran peligro; y después quiénes y cuántos le ayudaron a conquistar lo de Tepeaca y Cachula y sus comarcas, como fue Ozúcar y Guacachula y otros pueblos; y la vuelta que dimos por Tezcuco para México, y de otras muchas entradas que desde Tezcuco hicimos, así como la de Iztapalapa, cuando nos quisieron anegar con echar el agua de la laguna, como echaron, creyendo nos ahogar; y asimismo las batallas que hubimos con los naturales de aquel pueblo y mexicanos que les ayudaron; y luego la entrada del Saltocan y los peñoles que llaman hoy día «del Marqués», y otras muchas entradas; y el rodear de los grandes pueblos de la laguna, y de los muchos reencuentros y batallas que en aquel viaje tuvimos, así de los de Suchimilco como de los de Tacuba; y vueltos a Tezcuco, quién le ayudó contra la conjuración que tenían concertado de le matar, cuando sobre ello ahorcó un Villafaña; y pasado esto, quiénes fueron los que le ayudaron a conquistar a México, y en noventa y tres días, a la continua de día y de noche, tener batallas y muchas heridas y trabajos, hasta que se prendió a Guatemuz, que era el que mandaba en aquella sazón a México: y quién fue en le ayudar y favorecer cuando vino a la Nueva-España un Cristóbal de Tapia para que le diese la gobernación. Y demás de todo esto, quiénes fueron los soldados que escribimos tres veces a su majestad en loor de los grandes y muchos y buenos servicios que Cortés le había hecho, y que era digno de grandes mercedes y le hiciese gobernador de la Nueva-España. No quiero aquí traer a la memoria otros servicios que siempre a Cortés

hacíamos, pues los varones y fuertes soldados que en todo esto nos hallamos; y ahora que le vino la gobernación, que, después de Dios, con nuestra ayuda se la dieron, bien fuera que tuviera cuenta con Pedro, Sancho y Martín y otros que lo merecían; y el soldado y compañero que estaba por su ventura en Colima o en Zacatula, o en Pánuco o en Guazacualco, y los que andaban huyendo cuando despoblaron a Tututepeque, y estaban pobres y no les cupo suerte de buenos indios, pues que había bien que darles, y sacarles de mala tierra: pues que su majestad muchas veces se lo mandaba y encargaba por sus reales cartas misivas, y no daba Cortés nada de su hacienda; habíales de dar con que se remediasen, y en todo anteponerles; y siempre cuando escribiesen a los procuradores que estaban en Castilla en nuestro nombre, que procurasen por nosotros; y el mismo Cortés había de escribir muy afectuosamente para que nos diesen para nosotros y nuestros hijos cargos y oficios reales, todos los que en la Nueva-España hubiese; mas digo que «mal ajeno de pelo cuelga», e que no procuraba sino para él; lo uno la gobernación que le trajeron antes que fuese marqués, e después que fue a Castilla y vino marqués. Dejemos esto, y pongamos aquí otra manera, que fuera harto buena y justa para repartir todos los pueblos de la Nueva-España (según dicen muy doctos conquistadores, que lo ganamos, de prudente y maduro juicio); que lo que habla de hacer es esto: hacer cinco partes la Nueva-España, y la quinta parte de las mejores ciudades y cabeceras de todo lo poblado darla a su majestad de su real quinto, y otra parte dejarla por repartir, para que fuese la renta della para iglesias y hospitales y monasterios, y para que su majestad si quisiese hacer algunas mercedes a caballeros que le hayan servido en Italia, de allí pudiera haber para todos; y las tres partes que quedaran repartirlas en su persona de Cortés y

en todos nosotros los verdaderos conquistadores, según y de la calidad que sentía que era cada uno, y darles perpetuos, porque en aquella sazón su majestad lo tuviera por bien; porque, como no había gastado cosa ninguna en estas conquistas, ni sabía ni tenía noticia destas tierras, estando, como estaba, en aquella sazón en Flandes, y viendo una buena parte de las del mundo que le entregamos, como sus muy leales vasallos, lo tuviera por bien y nos hiciera merced dellas, y con ello quedáramos; y no anduviéramos ahora, como andamos «de mula coja» y abatidos y de mal en peor, debajo de gobernadores que hacen lo que quieren y muchos de los conquistadores no tenemos con qué nos sustentar; ¿qué harán los hijos que dejamos? Quiero decir lo que hizo Cortés, y a quién dio los pueblos. Primeramente al Francisco de las Casas, a Rodrigo de Paz, al factor y veedor y contador que en aquella sazón vinieron de Castilla; a un Avalos y a Saavedra, sus deudos; a un Barrios, con quien casó su cuñada, hermana de su mujer doña Catalina Xuárez; y a Alonso Lucas, y a un Juan de la Torre, y a Luis de la Torre, a Villegas, y a un Alonso Valiente, a un Ribera «el tuerto». Y ¿para qué cuento yo estos pocos? Que a todos cuantos vinieron de Medellín, e a otros criados de grandes señores, que le contaban cuentos de cosas que le agradaban, les dio lo mejor de la Nueva-España. No digo yo que era malo el dar a todos, pues había de qué; mas que había de anteponer primero lo que su majestad le mandaba, y a los soldados que le ayudaron a tener el ser y valor que tenía, ayudarles; y pues que ya es hecho, no quiero volver a repetirlo; y para ir a entradas y guerras y a cosas que le convenían, bien se acordaba adónde estábamos, y nos enviaba a llamar para las batallas y guerras, como adelante diré. Y dejaré de contar más lástimas y de cuán avasallados nos traía, pues no se puede ya remediar. Y no dejaré de

decir lo que Cortés decía después que le quitaron la gobernación, que fue cuando vino Luis Ponce de León, y como murió el Luis Ponce, dejó por su teniente a Marcos de Aguilar, como adelante diré; y es, que íbamos a Cortés a decirle algunos caballeros y capitanes de los antiguos que le ayudamos en las conquistas, que nos diese de los indios, de los muchos que en aquel instante Cortés tenía, pues que su majestad mandaba que le quitasen algunos dellos, como se los habían de quitar, e luego se los quitaron; y la respuesta que daba era, que se sufriesen como él se sufría; que si le volvía su majestad a hacer merced de la gobernación, que en su conciencia (que así juraba) que no lo erraría como en lo pasado, y que daría buenos repartimientos a quien su majestad le mandó, y enmendaría el gran yerro pasado que hizo; y con aquellos prometimientos y palabras blandas creía que quedaban contentos aquellos conquistadores e iban renegando de él y aun maldiciéndole a él y a toda su generación, y a cuanto poseía, hubiese mal gozo de ello él y sus hijos. Dejémoslo ya, y digamos que en aquella sazón, o pocos días antes, vinieron de Castilla los oficiales de la hacienda real de su majestad, que fue Alonso de Estrada, tesorero, y era natural de Ciudad-Real, y vino el factor Gonzalo de Salazar (decía él mismo que fue el primer hijo de cristiano que nació en Granada, y decían que sus abuelos eran de Burgos), y vino Rodrigo de Albornoz por contador, que ya había fallecido Julián de Alderete, y este Albornoz era natural de Paladinas o de Rágama, y vino el veedor Pedro Almíndes Chirino, natural de úbeda o Baeza, y vinieron muchas personas con cargos. Dejemos esto, y quiero decir que en este instante rogó un Rodrigo Rangel a Cortés (el cual Rangel muchas veces le he nombrado) que, pues no se había hallado en la toma de México ni en ningunas batallas con nosotros en toda la Nueva-España,

que porque hubiese alguna fama de él, que le hiciese merced de le dar una capitanía para ir a conquistar a los pueblos de los zapotecas, que estaban de guerra, y llevar en su compañía a Pedro de Ircio, para ser su consejero en lo que había de hacer; y como Cortés conocía al Rodrigo Rangel (que no era para darle ningún cargo, a causa que estaba siempre doliente y con grandes dolores y bubas, y muy flaco y las zancas y piernas muy delgadas, y todo lleno de llagas, cuerpo y cabeza abierta), denegaba aquella entrada, diciendo que los indios zapotecas eran gente mala de domar por las grandes y altas sierras adonde están poblados, y que no podían llevar caballos; y que siempre hay neblinas y rocíos, y que los caminos eran angostos y resbalosos, y que no pueden andar por ellos sino a manera de decir: los pies, que por ellos caminan adelante, junto a las cabezas de los que vienen atrás (entiéndanlo de la manera que aquí lo digo, que así es verdad; porque los que van arriba, con los que vienen detrás vienen cabezas con pies); y que no era cosa de ir a aquellos pueblos, y que ya que fuese había de llevar soldados bien sueltos y robustos, y experimentados en las guerras; y como el Rangel era muy porfiado y de su tierra de Cortés, húbole de conceder lo que pedía; y según después supimos, Cortés lo hubo por bueno enviarle do se muriese, porque era de mala lengua; y decía muchas malas palabras e Cortés escribió a Guazacualco a diez o doce que nombró en la carta, que nos rogaba que fuésemos con el Rangel a le ayudar, y entre los soldados que mandó ir me nombró a mí, y fuimos todos los vecinos a quien Cortés escribió. Ya he dicho que hay grandes sierras en lo poblado de los zapotecas, y que los naturales de allí son gente muy ligeros e sueltos, y con unas voces e silbos que dan, retumban todos los valles como a manera de ecos; y como habíamos de llevar al Rangel, no podíamos andar ni

hacer cosa que buena fuese. E ya que íbamos a algún pueblo, hallábamosle despoblado, y como no estaban juntas las casas, sino unas en un cerro y otras en un valle, y en aquel tiempo llovía, y el pobre Rangel dando voces de dolor de las bubas, y la mala gana que todos teníamos de andar en su compañía, y viendo que era tiempo perdido, y que si por ventura los zapotecas, como son ligeros y tienen grandes lanzas, muy mayores que las nuestras, y son grandes flecheros, que si nos aguardaban e hiciesen cara, como no podíamos ir por los caminos sino uno a uno, temíamos no nos viniese algún desmán; y el Rangel estaba más malo que cuando vino, acordó de dejar la negra conquista, que negra se podía llamar, y volverse cada uno a su casa; y el Pedro de Ircio, que traía por consejero, fue el primero que se lo aconsejó, y le dejó solo, y se fue a la Villa-Rica, donde vivía; y el Rangel dijo que se quería ir a Guazacualco con nosotros, por ser la tierra caliente para prevalecerse de su mal, y los que éramos vecinos de Guazacualco que allí estábamos, por peor tuvimos llevar aquel mal pelmazo con nosotros que a la venida que venimos con él a la guerra; y llegados a Guazacualco, luego dijo que quería ir a pacificar las provincias de Cimatan y Tulapan, que ya he dicho muchas veces en el capítulo que dello habla cómo no habían querido venir de paz a causa de los grandes ríos y ciénagas tembladeras entre las que estaban poblados; y además de la fortaleza de las ciénagas, ellos de su naturaleza son grandes flecheros, y tenían muy grandes arcos y tiran muy certero. Volvamos a nuestro cuento: que mostró Rangel provisiones, en aquella villa, de Hernando Cortés, cómo le enviaba por capitán para que conquistase las provincias que estuviesen de guerra, y señaladamente la de Cimatan y Tulapan; y apercibió todos los más vecinos de aquella villa que fuésemos con él. Y era tan temido Cortés, que, aunque nos

pesó, no osamos hacer otra cosa, como vimos sus provisiones, y fuimos con el Rangel sobre cien soldados, dellos a caballo y a pie, con obra de veinte y seis ballesteros y escopeteros; e fuimos por Tonala e Ayagualulco, e Copilco, Zacualco, y pasamos muchos ríos en canoas y en barcas, y pasamos por Teutitan, Copilco y por todos los pueblos que llamamos la Chontalpa, que estaban de paz, e llegamos obra de cinco leguas de Cimatan, y en unas ciénagas y malos pasos estaban juntos todos los más guerreros de aquella provincia, y tenían hechos unos cercados y grandes albarradas de palos y maderos gruesos, y ellos de dentro con unos pretiles y saeteras, por donde podían flechar; e de presto nos dan una tan buena refriega de flecha y vara tostada con tiraderas, que mataron siete caballos e hirieron ocho soldados, y al mismo Rangel, que iba a caballo, le dieron un flechazo en un brazo, y no le entró sino muy poco; y como los conquistadores viejos habíamos dicho al Rangel que siempre fuesen hombres sueltos a pie descubriendo caminos y celadas, y le habíamos dicho de otras veces cómo aquellos indios solían pelear muy bien y con mafia, y como él era hombre que hablaba mucho, dijo que votaba a tal, que si nos creyera, que no le aconteciera aquello, y que de allí adelante que nosotros fuésemos los capitanes y le mandásemos en aquella guerra; y luego como fueron curados los soldados y ciertos caballos que también hirieron, además de los siete que mataron, mandóme a mí que fuese adelante descubriendo, y llevaba un lebrel muy bravo, que era del Rangel, y otros dos soldados muy sueltos y ballesteros, y le dijeron que se quedase bien atrás con los de a caballo, y los soldados y ballesteros fuesen junto conmigo; e yendo nuestro camino para el pueblo de Cimatan, que era en aquel tiempo bien poblado, hallamos otras albarradas y fuerzas, ni más ni

menos que las pasadas, y tírannos a los que íbamos delante tanta flecha y vara, que de presto mataron el lebrel, e si yo no fuera muy armado, allí quedara, porque me empendolaron siete flechas, que con el mucho algodón de las armas se detuvieron, y todavía salí herido en una pierna, y a mis compañeros a todos hirieron; y entonces yo di voces a unos indios nuestros amigos, que venían un poco atrás de nosotros, para que viniesen de presto los ballesteros y escopeteros y peones, y que los de a caballo quedasen atrás, porque allí no podían correr ni aprovecharse dellos, y se los flecharían; y luego acudieron así como lo envié a decir, porque de antes cuando yo me adelanté así lo tenía concertado, que los de a caballo quedasen muy atrás y que todos los demás estuviesen muy prestos en teniendo señal o mandado, y como vinieron los ballesteros y escopeteros, les hicimos desembarazar las albarradas, y se acogieron a unas grandes ciénagas que temblaban, y no había hombre que en ellas entrase, que pudiese salir sino a gatas o con grande ayuda. En esto llegó Rangel con los de a caballo, e allí cerca estaban muchas casas que entonces despoblaron los moradores dellas, y reposamos aquel día y se curaron los heridos. Otro día caminamos para ir al pueblo de Citaman, y hay grandes sabanas llanas, y en medio de las sabanas muy malísimas ciénagas, y en una dellas nos aguardaron, y fue con ardid que entre ellos concertaron para aguardar en el campo raso de las sabanas, y propusieron que los caballos, por codicia de los alcanzar y alancear, irían corriendo tras ellos a rienda suelta y atollarían en las ciénagas: y así fue como lo concertaron, que por más que habíamos dicho y aconsejado al Rangel que mirase que había muchas ciénagas y que no corriese por aquellas sabanas a rienda suelta, que atollarían los caballos, y que suelen tener aquellos indios estas astucias, y hechas saeteras y fuerzas

junto a las ciénagas, no lo quiso creer; y el primero que atolló en ellas fue el mismo Rangel, y allí le mataron el caballo, y si de presto no fuera socorrido, ya se habían echado en aquellas malas ciénagas muchos indios para le apañar y llevar vivo a sacrificar, y todavía salió descalabrado en las llagas que tenla en la cabeza; y como toda aquella provincia era muy poblada, y estaba allí junto otro pueblezuelo, fuimos a él, y entonces huyeron los moradores, y se curó el Rangel y tres soldados que habían herido; y desde allí fuimos a otras casas que también estaban sin gente, que entonces las despoblaron sus dueños, y hallamos otra fuerza con grandes maderos y bien cercada y sus saeteras; y estando reposando aun no había un cuarto de hora, vienen tantos guerreros cimatecas, y nos cercan en el pueblezuelo, que mataron un soldado y a dos caballos, y tuvimos bien que hacer en hacerlos apartar; y entonces nuestro Rangel estaba muy doliente de la cabeza, e había muchos mosquitos, que no dormía de noche ni de día, y murciélagos muy grandes que le mordían y desangraban; y como siempre llovía, y algunos soldados que el Rangel había traído consigo, de los que nuevamente habían venido de Castilla, vieron que en tres partes nos habían aguardado los indios de aquella provincia, y habían muerto once caballos y dos soldados, y herido a otros muchos, aconsejaron al Rangel que se volviese desde allí, pues la tierra era mala de ciénagas y estaba muy malo; y el Rangel, que lo tenía en gana, y porque pareciese que no era de su albedrío y voluntad aquella vuelta, sino por consejo de muchos, acordó de llamar a consejo sobre ello a personas que eran de su parecer para que se volviesen; y en aquel instante habíamos ido veinte soldados a ver si podíamos tomar alguna gente de unas huertas de cacaguatales que allí junto estaban, y trajimos dos indios y tres indias; y entonces el Rangel me

llamó a mí aparte e a consejo, y díjome de su mal de cabeza, e que le aconsejaban todos los demás soldados que se volviese donde estaba Cortés, y me declaró todo lo que había pasado; y entonces le reprendí su vuelta, y como nos conocíamos de más de cuatro años atrás, de la isla de Cuba, le dije: «¿Cómo, señor? ¿Qué dirán de vuesamerced, estando junto del pueblo de Cimatan quererse volver? Pues Cortés no lo tendrá a bien, y maliciosos que os quieren mal os lo darán en cara, que en la entrada de los zapotecas ni aquí no habéis hecho cosa ninguna que buena sea, trayendo, como traéis, tan buenos conquistadores, que son los de nuestra villa de Guazacualco; pues por lo que toca a nuestra honra y a la de vuesamerced, yo y otros soldados somos de parecer que pasemos adelante; yo iré con todos mis compañeros descubriendo ciénagas y montes, y con los ballesteros y escopeteros pasaremos hasta la cabecera de Cimatan, y mi caballo déle vuesamerced a otro caballero que sepa muy bien menear la lanza e tener ánimo para mandarle, que yo no puedo servirme de él yendo a lo que voy, y que va más que en alancear, y véngase con los de a caballo algo atrás». Y como el Rodrigo Rangel aquello me oyó, como era hombre vocinglero y hablaba mucho, salió de la casilla en que estaba en el consejo, e a muy grandes voces llamó a todos los soldados, e dijo el Rodrigo Rangel: «Ya es echada la suerte que hemos de ir adelante, que voto a tal (que siempre era este su jurar y su hablar), si Bernal Díaz del Castillo no me ha dicho la verdad y lo que a todos conviene»; y puesto que a algunos soldados les pesó, otros lo hubieron por muy bueno; y luego comenzamos a caminar puestos en gran concierto, los ballesteros y escopeteros junto conmigo, y los de a caballo atrás por amor de los montes y ciénagas, donde no podían correr caballos, hasta que llegamos a otro pueblo, que entonces lo despoblaron los

naturales de él, y desde allí fuimos a la cabecera de Cimatan, y tuvimos otra buena refriega de flecha y vara, y de presto les hicimos huir, y quemaron los mismos vecinos naturales de aquel pueblo muchas casas de las suyas, y allí prendimos hasta quince hombres y mujeres, y les enviamos a llamar con ellos a los cimatecas que viniesen de paz, y les dijimos que en lo de las guerras se les perdonaría; y vinieron los parientes y maridos de las mujeres y gente menuda que teníamos presos, y dímosles toda la presa, e dijeron que traerían de paz a todo el pueblo, e jamás volvieron con la respuesta; y entonces me dijo a mí el Rangel: «Voto a tal, que me habéis engañado, e que habéis de ir a entrar con otros compañeros, e que me habéis de buscar otros tantos indios e indias como los que me hicisteis soltar por vuestro consejo»; y luego fuimos cincuenta soldados, e yo por capitán, e dimos en unos ranchos que tenían en unas ciénagas que temblaban, que no osamos entrar en ellas; y desde allí se fueron huyendo por unos grandes breñales y espinos, que se llaman entre ellos xiguaquetlan, muy malos, que pasan los pies, y en unas huertas de cacaguatales prendimos seis hombres y mujeres con sus hijos chicos, y nos volvimos adonde quedaba el capitán, y con aquello le apaciguamos; y los tornó luego a soltar para que llamasen de paz a los cimatecas, y en fin de razones, no quisieron venir, y acordamos de nos volver a nuestra villa de Guazacualco; y en esto paró la entrada de zapotecas e la de Cimatlan, y esta es la fama que quería que hubiese el Rangel cuando pidió a Cortés aquella conquista. Quiero decir algunas cosas que el Rodrigo Rangel hizo en aquel camino, que son donaires y de reír. Cuando estaban en las sierras de los zapotecas, parece ser que un soldado de los nuevamente venidos de Castilla le hizo un enojo, y el Rangel dijo y juró y votó a tal que le había de atar en un pie

de amigo, y dijo: «¿No hay un bellaco que le eche mano y me le ayude a atar?» Entonces estaba allí un soldado que vive ahora en Oaxaca, que se dice Hernando de Aguilar y, como era hombre sin malicia, dijo: «Quiérome apartar de aquí, no me lo manden a mí que le eche mano». Y el Rangel tuvo tal risa de aquello que luego perdonó al soldado que le había enojado, por lo que el Aguilar dijo. Otra vez soltóse un caballo a un soldado que se decía Salazar, y no le podían tomar, y dijo Rangel: «Ayúdenselo a tomar uno de los más bellacos ruines que allí vienen». Y vino un caballero, persona de calidad, que no entendió lo que el Rangel dijo, y le tomó el caballo. Dale al Rangel tal risa que a todos nos hizo reír de cosas que decía. Entre dos soldados tenía diferencias sobre un tributo de cacao que les dio un pueblecillo que tenían entrambos en compañía, depositado por Cortés; y aunque no quisieron los compañeros, les hizo echar suertes quién se llevaba el pueblo. Y hacía y decía otras cosas que eran más para reír que no de escribir. Por este Rodrigo Rangel dijo Gonzalo de Ocampo, en sus libelos infamatorios: «Fray Rodrigo Rangel —del infierno tranca— la inquisición viene aquí —las barbas de Salamanca— serán… para ti», por los juramentos e sacramentos que juraba y cosas que decía y hacía que tocaban en castigo en el santo oficio. No quise hacer capítulo por sí sobre esta capitanía que dieron a este Rodrigo Rangel, porque no hicimos cosa buena por falta de tiempo; y el toque de todo: el capitán ser tan doliente y no poderse tener en los pies de malo y tullido, y no de la lengua. Y dende allí a dos años, o poco tiempo más, volvimos de hecho a los zapotecas y a las demás provincias, y las conquistamos y trajimos de paz; lo cual diré adelante. Y dejemos esto, y digamos cómo Cortés envió a Castilla a su majestad sobre ochenta mil pesos de oro con un Diego de

Soto, natural de Toro, y paréceme que con un Ribera el tuerto, que fue su secretario; y entonces envió el tiro muy rico, que era de oro bajo y plata, que le llamaban el Ave Fénix, y también envió a su padre Martín Cortés muchos millares de pesos de oro. Y lo que sobre ello pasó diré adelante.

Capítulo CLXX

Cómo el capitán Hernando Cortés envió a Castilla, a su majestad, ochenta mil pesos en oro y plata, y envió un tiro, que era una culebrina muy ricamente labrada de muchas figuras, y toda ella, o la mayor parte, era de oro bajo, revuelto con plata de Michoacan, que por nombre se decía el Fénix, y también envió a su padre, Martín Cortés, sobre cinco mil pesos de oro; y lo que sobre ello avino diré adelante

Pues como Cortés había recogido y allegado obra de ochenta mil pesos de oro, y la culebrina que se decía el Fénix ya era acabada de forjar, y salió muy extremada pieza para presentar a un tan alto emperador como nuestro gran césar, y decía en un letrero que tenía escrito en la misma culebrina: «Esta ave nació sin par, yo en serviros sin segundo, y vos sin igual en el mundo». Todo lo envió a su majestad con un hidalgo natural de Toro, que se decía Diego de Soto, y no me acuerdo bien si fue en aquella sazón un Juan de Ribera, que era tuerto de un ojo, que tenía una nube, el cual había sido secretario de Cortés. A lo que yo sentí del Ribera, era una mala herbeta, porque cuando jugaba a naipes e a dados no me parecía que jugaba bien, y demás desto, tenía muchos malos reveses; y esto digo porque, llegado a Castilla, se alzó con los pesos de oro que le dio Cortés para su padre Martín Cortés, y porque se lo pidió Martín Cortés, y por ser el Ribera de suyo mal inclinado, no mirando a los bienes que Cortés le había hecho siendo un pobre hombre, en lugar de decir verdad y bien de su amo, dijo tantos males, y por tal manera los razonaba, que, como tenía gran retórica e había sido su secretario del mismo Cortés, le daban crédito, especial el obispo de Burgos. Y como el Narváez y el Cristóbal de Tapia, y los procuradores del Diego Velázquez y otros que les ayudaban, y había

acaecido en aquella sazón la muerte de Francisco de Garay, todos juntos tornaron otra vez a dar muchas quejas de Cortés ante su majestad, y tantas y de tal manera, e dijeron que fueron parciales los jueces que puso su majestad, por dádivas que Cortés les envió para aquel efecto, que otra vez estaba revuelta la cosa, y Cortés tan desfavorecido, que lo pasara mal si no fuera por el duque de Béjar, que le favoreció y quedó por su fiador, que le enviase su majestad a tomar residencia e que no le hallaría culpado. Y esto hizo el duque porque ya tenía tratado casamiento a Cortés con una señora sobrina suya, que se decía doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar, don Carlos de Arellano, y hermana de unos caballeros y privados del emperador. Y como en aquella sazón llegaron los ochenta mil pesos de oro y las cartas de Cortés, dando en ellas muchas gracias y ofrecimientos a su majestad por las grandes mercedes que le había hecho en darle la gobernación de México, y haber sido servido mandarle favorecer con justicia en la sentencia que dio en su favor, cuando la junta que mandó hacer de los caballeros de su real consejo y cámara; en fin de más razones, todo lo que estaba dicho contra Cortés se tornó a sosegar con que le fuesen a tomar residencia, y por entonces no se habló más en ello. Y dejemos ya de decir destos nublados que sobre Cortés estaban ya para descargar, y digamos del tiro y de su letrero de tan sublimado servidor como Cortés se mostró; que, como se supo en la corte, y ciertos duques y marqueses, y condes y hombres de gran valía se tenían por tan grandes servidores de su majestad, y tenían en sus pensamientos que otros caballeros tanto como ellos no hubiesen servido a su majestad, tuvieron que murmurar del tiro, y aun de Cortés porque tal blasón escribió. También sé que otros grandes señores, como fue el almirante de Castilla y el duque de Béjar y el conde de

Aguilar, dijeron a los mismos caballeros que habían puesto en pláticas que era muy bravoso el blasón de la culebrina: «No se maravillen que Cortés ponga aquel escrito en el tiro. Veamos ahora, ¿en nuestros tiempos ha habido capitán que tales hazañas haga, y que tantas tierras haya ganado sin gastar ni poner en ello su majestad cosa ninguna, y tantos cuentos de gentes se hayan convertido a nuestra santa fe? Y demás desto, no solamente el Cortés, sino los soldados y compañeros que tiene, que le ayudaron a ganar una tan fuerte ciudad, y de tantos vecinos y de tantas tierras, son dignos de que su majestad les haga muchas mercedes; porque, si miramos en ello, nosotros de nuestros antepasados (que hicieron heroicos hechos y sirvieron a la coronal real y a los reyes que en aquel tiempo reinaron, como Cortés y sus compañeros han hecho) lo heredamos, y nuestros blasones y tierras e rentas». Y con estas palabras se olvidó lo del blasón; y por qué no pasase de Sevilla la culebrina, tuvimos nueva que a don Francisco de los Cobos, comendador mayor de León, le hizo su majestad merced della, y que la deshicieron y afinaron el oro, y lo fundieron en Sevilla, e dijeron que valió sobre veinte mil ducados. Y en aquel tiempo, como Cortés envió aquel oro y el tiro, y las riquezas que había enviado la primera vez, que fueron la luna de plata y el sol de oro y otras muchas joyas de oro con Francisco de Montejo y Alonso Hernández Puertocarrero, y lo que hubo enviado la segunda vez con Alonso de Ávila y Quiñones (que esto fue la cosa más rica que hubo en la Nueva-España, que era la recámara de Montezuma y de Guatemuz y de los grandes señores de México), y lo robó Juan Florín, francés; y como esto se supo en Castilla, tuvo Cortés gran fama, así en Castilla como en otras muchas partes de la cristiandad, y en todas partes fue muy loado. Dejemos esto, y digamos en qué paró el pleito de Martín

Cortés con el Ribera sobre los tantos mil pesos que enviaba Cortés a su padre, y es, que andando en el pleito, y pasando Ribera por la villa de Cadahalso, comió o almorzó unos torreznos, y así como los comió murió súbitamente y sin confesión; ¡perdónele Dios, amén! Dejemos lo acaecido en Castilla, y volvamos a decir de la Nueva-España, cómo Cortés estaba siempre entendiendo en la ciudad de México que fuese muy bien poblada de los naturales mexicanos, como de antes estaban, y les dio franquezas y libertades que no pagasen tributo a su majestad hasta que tuviesen hechas sus casas y aderezadas calzadas y puentes, y todos los edificios y caños por donde solía venir el agua de Chapultepeque para entrar en México, y en la población de los españoles tuviesen hechas iglesias y hospitales y otras cosas que convenían. Y en aquel tiempo vinieron de Castilla al puerto de la Veracruz doce frailes franciscos, y por vicario general de ellos un muy buen religioso que se decía fray Martín de Valencia, y era natural de una villa de Tierra de Campo que se decía Valencia de don Juan; y este muy reverendo religioso venía nombrado por el santo padre para ser vicario, y lo que en su venida y recibimiento se hizo diré adelante.

Capítulo CLXXI

Cómo vinieron al puerto de la Veracruz doce frailes franciscos de muy santa vida, y venía por su vicario y guardián fray Martín de Valencia, y era tan buen religioso, que hubo fama que hacía milagros; y era natural de una villa de Tierra de Campo que se dice Valencia de Don Juan, y lo que Cortés hizo en su venida

Como ya he dicho en los capítulos pasados que sobre ello hablan, habíamos escrito a su majestad suplicándole nos enviase religiosos franciscos de buena y santa vida para que nos ayudasen a la conversión y santa doctrina de los naturales desta tierra para que se volviesen cristianos, y les predicasen nuestra santa fe, como se la dábamos a entender desde que entramos en la Nueva-España, y sobre ello había escrito Cortés, juntamente con todos nosotros los conquistadores que ganamos la Nueva-España, a don fray Francisco de los ángeles, que era general de los franciscos, que después fue cardenal, para que nos hiciese mercedes que fuesen los religiosos que enviase de santa vida, para que nuestra santa fe siempre fuese ensalzada; y los naturales destas tierras conociesen lo que les decíamos cuando estábamos batallando con ellos y les decíamos que su majestad enviaría religiosos, y de mucha mejor vida que nosotros éramos, para que les diesen a entender los razonamientos y predicaciones de nuestra fe. Dejemos esto, y digamos cómo el general don fray Francisco de los ángeles nos hizo merced que luego envió los religiosos que dicho tengo; y entonces vino con ellos fray Toribio Motolinia, y pusiéronle este nombre de Motolinia los caciques y señores de México, que quiere decir el fraile pobre, porque cuanto le daban por Dios lo daba a los indios, y se quedaba algunas veces sin comer, y traía unos hábitos muy rotos y andaba

descalzo, y siempre les predicaba, y los indios le querían mucho, porque era una santa persona. Volvamos a nuestra relación. Como Cortés supo que estaban en el puerto de la Veracruz, mandó en todos los pueblos, así de indios como donde vivían españoles, que por donde viniesen les barriesen los caminos, y adonde posasen les hiciesen ranchos si fuese en el campo, y en población, cuando llegasen a las villas o pueblos de indios, les saliesen a recibir y les repicasen las campanas, y que todos comúnmente, después de los haber recibido, les hiciesen mucho acato; y que los naturales llevasen candelas de cera encendidas y con las cruces que hubiese, y por más humildad, y porque los indios lo viesen, para que tomasen ejemplo, mandó a los españoles se hincasen de rodillas a besarles las manos y hábitos, y aun les envió Cortés al camino mucho refresco y les escribió muy amorosamente. Y viniendo por su camino, ya que llegaban cerca de México, el mismo Cortés, acompañado de nuestros valerosos capitanes y esforzados soldados, los salimos a recibir, y juntamente fueron con nosotros Guatemuz, el señor de México, con todos los demás principales mexicanos y otros muchos caciques de otras ciudades; y cuando Cortés supo que allegaban cerca, se apeó del caballo, y todos nosotros juntamente con él: e ya que nos encontramos con los reverendos religiosos, el primero que se arrodilló delante del fray Martín de Valencia y le fue a besar las manos fue Cortés, y no lo consintió, y le besó los hábitos y a todos los demás religiosos, y así hicimos todos los demás capitanes y soldados que allí íbamos, y el Guatemuz y los señores de México; y de que el Guatemuz y los demás caciques vieron ir a Cortés de rodillas a besarle las manos, espantáronse en gran manera; y como vieron a los frailes descalzos y flacos, y los hábitos rotos, y no llevar caballo, sino a pie y muy amarillos, y ver a Cortés, que le tenían por ídolo o cosa

como sus dioses, así arrodillado delante dellos; desde entonces tomaron ejemplo todos los indios, que cuando ahora vienen religiosos les hacen aquellos recibimientos y acatos, según y de la manera que dicho tengo; y más digo, que cuando Cortés con aquellos religiosos hablaba, que siempre tenía la gorra en la mano quitada y en todo les tenía grande acato y ciertamente estos buenos religiosos franciscos hicieron mucho fruto en toda la Nueva-España. Dejémoslos en buena hora y digamos de otra materia, y es, que de ahí a tres años y medio, o poco tiempo más adelante, vinieron doce frailes dominicos, e venía por provincial o por prior dellos un religioso que se decía fray Tomás Ortiz; era vizcaíno, e decían que había estado por prior o provincial en unas tierras que se dice la Punta del Drago; e quiso Dios que cuando vinieron les dio dolencia de mal de modorra, de que todos los más murieron; lo cual diré adelante, e cómo e cuándo e con quién vinieron, e la condición que decían que tenía el prior, e otras cosas que pasaron; e después han venido otros muchos y buenos religiosos y de santa vida, y de la misma orden de señor santo Domingo, en ejemplo muy santos, e han industriado a los naturales destas provincias de Guatemala en nuestra santa fe muy bien, e han sido muy provechosos para todos. Quiero dejar esta materia de los religiosos, e diré que, como Cortés siempre temía que en Castilla, por parte del obispo de Burgos, se juntarían los procuradores de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, e dirían mal de él delante del emperador nuestro señor, e como tuvo nueva cierta, por cartas que le escribió su padre Martín Cortés o Diego de Ordás, que le trataban casamiento con la señora doña Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar, don álvaro de Zúñiga, procuró de enviar todos los más pesos que podía allegar, así de sus tributos como de los que le presentaban los caciques de toda la

tierra, lo uno para que conociese el duque de Béjar sus grandes riquezas, juntamente con sus heroicos hechos e hazañas; e lo más principal, para que su majestad le favoreciese e hiciese mercedes; y entonces le envió treinta mil pesos, e con ellos escribió a su majestad; lo cual diré adelante.

Capítulo CLXXII

Cómo Cortés escribió a su majestad y le envió treinta mil pesos de oro, y cómo estaba entendiendo en la conversión de los naturales e reedificación de México, y de cómo había enviado un capitán que se decía Cristóbal de Olí a pacificar las provincias de Honduras con una buena armada, y se alzó con ella, y dio relación de otras cosas que había pasado en México; y en el navío que iban las cartas de Cortés envió otras cartas muy secretas el contador de su majestad, que se decía Rodrigo de Albornoz, y en ellas decían mucho mal de Cortés y de todos los que con él pasamos y lo que su majestad sobre ello mandó que se proveyese

Teniendo ya Cortés en sí la gobernación de la Nueva-España por mandado de su majestad, parecióle sería bien hacerle sabidor cómo estaba entendiendo en la santa conversión de los naturales y la reedificación de la gran ciudad de Tenustitlan, México; y también le dio relación de cómo había enviado un capitán que se decía Cristóbal de Olí a poblar unas provincias que se nombraron Honduras, y que le dio cinco navíos bien abastecidos, e gran copia de soldados y muchos caballos y tiros, y escopeteros y ballesteros, y todo género de armas, y que gastó muchos millares de pesos de oro en hacer la armada, y que el Cristóbal de Olí se le alzó con ella, y quien le aconsejó que se alzase fue un Diego Velázquez, gobernador de la isla de Cuba, que hizo compañía con él en el armada, y que si su majestad era servido, que tenía determinado de enviar con brevedad otro capitán para que le tome la misma armada o le traiga preso, o ir él en persona por ella: porque, si quedaba sin castigo, se atreverían otros capitanes a se levantar con otras armadas que por fuerza había de enviar a conquistar y poblar otras tierras que están de guerra, e a esta causa suplicaba a su majestad le diese licencia para ello;

y también se envió a quejar del Diego Velázquez, no tan solamente de lo del capitán Cristóbal de Olí, sino por las conjuraciones y escándalos, y por sus cartas que enviaba desde la isla de Cuba para que le matasen a Cortés: porque, en saliendo de aquella ciudad de México para ir a conquistar algunos pueblos recios, que se levantaban y hacían conjuraciones los de la parte del Diego Velázquez para le matar y levantarse con la gobernación, y que había hecho justicia de uno de los más culpados; y que este favor les daba el obispo de Burgos, que estaba por presidente de Indias, por ser muy amigo del Diego Velázquez; y escribió cómo le enviaba y servía con treinta mil pesos de oro, y que si no fuera por los bulliciosos y conjuraciones pasadas, que recogiera mucho más oro, y que con el ayuda de Dios, y en la buenaventura de su real majestad, que en todos los navíos que de México fuesen enviaría lo que pudiese; y asimismo escribió a su padre Martín Cortés e a un su deudo, que se decía el licenciado Francisco Núñez, que era relator del real consejo de su majestad, y también escribió a Diego de Ordás, en que les hacía saber todo lo atrás dicho. Y también dio noticia cómo un Rodrigo de Albornoz, que estaba por contador, que secretamente andaba murmurando en México de Cortés porque no le dio tan buenos indios como él quisiera, y también porque le demandó una cacica, hija del señor de Tezcuco, y no se la quiso dar, porque en aquella sazón la casó con una persona de calidad; y les dio aviso que había sabido que fue secretario en Flandes y que era muy servidor de don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, y que era hombre que tenía costumbre de escribir cosas nuevas y aun por cifras, y que por ventura escribiría al obispo, como era presidente de Indias, porque en aquel tiempo no sabíamos que le habían quitado el cargo, cosas contrarias de la verdad: que tuviesen aviso de

todo. Y estas cartas envió Cortés duplicadas, porque siempre se temió que el obispo de Burgos, como era presidente, había mandado a Pedro de Isasaga y a Juan López de Recalde, oficiales de la casa de la contratación de Sevilla, que todas las cartas y despachos de Cortés se las enviesen por la posta para saber lo que en ellas iba (porque en aquella sazón su majestad había venido de Flandes y estaba en Castilla) para hacer relación ni a su majestad cesárea; y el obispo de Burgos, por ganar por la mano, antes que nuestros procuradores le diesen las cartas de Cortés. Y aún en aquella sazón no sabíamos en la Nueva-España que habían quitado el cargo al obispo de Burgos, don Juan Rodríguez de Fonseca, de ser presidente de Indias. Dejémonos de las cartas de Cortés, y diré que deste envío donde iba el pliego que dicho tengo de Cortés, envió el contador Albornoz, ya por mí memorado, otras cartas a su majestad y al obispo de Burgos y al real consejo de Indias; y lo que en ellas decía por capítulos; hizo saber todas las causas y cosas que de antes había sido acusado Cortés, cuando su real majestad le mandó poner jueces a los caballeros de su real consejo, ya otra vez por mí nombrados en el capítulo que dello habla; cuando por sentencia que sobre ello dieron, nos dieron por muy leales servidores de su majestad; y demás de aquellos capítulos que hubieron acusado a Cortés, ahora de nuevo escribió el Albornoz que Cortés demandaba a todos los caciques de la Nueva-España muchos tejuelos de oro y les mandaba sacar mucho oro de minas; y esto, que les decía Cortés que era para enviar a su real majestad, y se quedaba con todo ello y no lo enviaba a su majestad; y que hizo unas casas muy fortalecidas, y que ha juntado muchas hijas de grandes señores para las casar con soldados españoles, y se las piden hombres honrados por mujeres y que no se las quiere dar, por tenerlas por

amigos; y dijo que todos los caciques y principales le tenían en tanta estima como si fuese rey, y que en esta tierra no conocen a otro rey ni señor sino es a Cortés, e como rey llevaba quinto, y que tiene muy grande cantidad de barras de oro atesorado. Y que no ha sentido bien de su persona, si está alzado o será leal para adelante, y que había necesidad que su majestad con brevedad mandase venir a estas partes un caballero con grande Copia de soldados muy bien apercibidos para le quitar el mando y señorío; y escribió otras cosas sobre esta materia.

Quiero dejar de más particularizar lo que iba en las cartas, y diré que fueron a manos del obispo de Burgos, que residía en Toro; y como en aquella sazón estaba en la corte el Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Tapia, ya otras muchas veces por mí nombrados, y todos los procuradores del Diego Velázquez, e con aquella carta de Albornoz les avisó el obispo de Burgos para que nuevamente se quejasen ante su majestad de Cortés de todo lo que de antes le hubieron dado relación, y dijesen que los jueces que puso su majestad se mostraron mucho por la parte de Cortés, y que su majestad fuese servido viese ahora nuevamente lo que escribe el contador su oficial; y para testigo dello hicieron presentación de las cartas que dicho tengo. Pues viendo su majestad las cartas y las palabras y quejas que el Narváez decía muy entonado, porque así hablaba, demandando justicia, creyó que eran verdaderas; y el obispo de Burgos don Juan Rodríguez de Fonseca, que les ayudó con otras muchas cartas de favor; dijo su majestad: «Yo quiero enviar a castigar a Cortés, pues tanto mal dicen de él que hace, aunque más oro envíe; porque más riqueza es hacer justicia que no todos los tesoros que puede enviar»; y mandó proveer que luego despachasen al almirante de Santo

Domingo que viniese a costa de Cortés con seiscientos soldados, y si le hallase culpado le cortase la cabeza, y castigase a todos los que fuimos en desbaratar a Pánfilo de Narváez; y porque viniese al almirante le había prometido su majestad el almirantazgo de la Nueva-España, que en aquella sazón traía pleito en la corte sobre él. Pues ya dadas las provisiones, pareció ser el almirante se detuvo ciertos días o no se atrevió a venir, porque no tenía dineros, y asimismo porque le aconsejaron que mirase la buena ventura de Cortés, que con haber traído Narváez toda la armada que trajo le desbarató, y que era aventurar su vida y estado, y no saldría con la demanda, especialmente que no hallarían en Cortés ni en ninguno de sus compañeros culpa ninguna, sino mucha lealtad. Y demás desto, según pareció, dijeron a su majestad que era gran cosa dar el almirantazgo de la Nueva-España por pocos servicios que le podría hacer en aquella jornada que le enviaba. E ya que se andaba apercibiendo el almirante para venir a la Nueva-España, alcanzáronlo a saber los procuradores de Cortés y su padre Martín Cortés y un fraile que se decía fray Pedro Melgarejo de Urrea, y como tenían las cartas que les envió Cortés duplicadas, y entendieron por ellas que había trato doble en el contador Albornoz o en otras personas que no estaban muy bien con Cortés, todos juntos se fueron luego al duque de Béjar y le dieron relación de todo lo arriba por mí memorado y le mostraron las cartas de Cortés; y como supo que enviaban tan de repente al almirante con muchos soldados, hubo muy grande sentimiento dello el duque, porque ya estaba concertado de casar a Cortés con la señora doña Juana de Zúñiga, sobrina del mismo duque de Béjar; y luego sin más dilación fue delante de su majestad, acompañado con ciertos condes amigos suyos y deudos, y con ellos iba el viejo Martín Cortés, padre del mismo

Cortés, y fray Pedro Melgarejo de Urrea, y cuando llegaron delante del emperador nuestro señor se humillaron e hicieron todo el acatamiento debido, que eran obligados a nuestro rey y señor, y dijo el mismo duque que suplicaba a su majestad que no diese oídos a una carta de un hombre como era el contador Albornoz, que era muy contrario a Cortés, hasta que hubiese otras informaciones de fe y de creer, y que no enviase armada; y más dijo el duque a su majestad, que ¿cómo, siendo tan cristianísimo y recto en hacer justicia, tan deliberadamente enviaba a mandar prender a Cortés y a sus soldados, habiéndole hecho tan buenos y leales servicios, que otros en el mundo no se han hecho, ni aun hallado en ningunas escrituras que hayan hecho otros vasallos a los reyes pasados? Y que ya una vez ha puesto la cabeza por fiadora de Cortés y por todos sus soldados, y que son muy leales y lo serán de aquí adelante, y que ahora la torna a poner de nuevo por fiadora, con todo su estado, con mucho gusto de que siempre nos hallaría muy leales, lo cual su majestad vería adelante; además desto, le mostraron las cartas que Cortés enviaba a su padre Martín Cortés, en que en ellas daba relación por qué causa el contador Albornoz escribía mal contra Cortés, que fue, como dicho tengo, porque no le dio buenos indios, como él los demandaba, y una hija de una cacica muy principal; y más le dijo el duque, que mirase su real majestad cuántas veces le había enviado y servido con mucha cantidad de oro, e dio otros muchos descargos por Cortés.

Y viendo su majestad la justicia clara que Cortés y todos nosotros los conquistadores teníamos, mandó proveer que le viniese a tomar la residencia persona que fuese de calidad y ciencia y temeroso de nuestro señor. En aquella sazón estaba la corte en Toledo, y por teniente de corregidor del

conde de Alcaudete un caballero que se decía el licenciado Luis Ponce de León, primo del mismo conde don Martín de Córdoba, que así se llemaba, porque en aquella sazón era corregidor de aquella ciudad; y su majestad mandó llamar a este licenciado Luis Ponce de León, y le mandó que fuese luego a la Nueva-España y tomase residencia a Cortés, y que si en algo fuese culpante de lo que le acusaban, que con rigor de justicia le castigase; y el licenciado Luis Ponce de León dijo que él cumpliría el real mandato, y se comenzó a apercibir para el camino, y no vino con tanta prisa, porque tardó en llegar a la Nueva-España más de dos años y medio. Y dejarlo he aquí, así a los del bando del gobernador de Cuba, Diego Velázquez que acusaban a Cortés, como al licenciado Luis Ponce de León, que se aderezaba para el viaje, como dicho tengo. Y aunque vaya muy fuera de mi relación y pase adelante, es por lo que ahora diré, que al cabo de dos años alcanzamos a saber todo lo por mí aquí dicho de las cartas de Cortés y del Albornoz; porque lo escribió Martín Cortés de la corte: y para que sepan los curiosos lectores cómo siempre tenía por costumbre el mismo Albornoz de escribir a su majestad lo que no pasó, bien tendrán noticia las personas que han estado en la Nueva-España y en la ciudad de México cómo en el tiempo que era virrey don Antonio de Mendoza, que fue muy ilustrísimo varón, digno de gran memoria, que haya santa gloria, y como gobernaba tan justificadamente y con tan recta justicia, el Rodrigo Albornoz no estaba bien con él y escribió a su majestad diciendo mal de su gobernación, y las mismas cartas que envió a la corte volvieron a la Nueva-España a manos del mismo virrey; y como las hubo entendido, y el mal que decía, envió a llamar al Rodrigo de Albornoz, y con palabras muy blandas y de espacio, que así hablaba vagoroso el virrey, le mostró las cartas y le dijo:

«Pues que tenéis por costumbre de escribir a su majestad, escribid la verdad, y andad con Dios, para ruin hombre»; y quedó muy avergonzado y corrido el contador. Y como un Gonzalo de Ocampo, ya otras veces por mí nombrado, que fue el que hizo los libelos infamatorios, que otras veces he dicho, como conoció la condición de Albornoz, dijo en su libelo: «Oh fray Zarzapeleto —fray Rodrigo de Albornoz guardaos de él— mas no de feroz —que jamás tuvo secreto —. Un buen predicador me hubo bien avisado —que era mal frecuentador— y raposo muy doblado». Dejemos de hablar desta materia, y diré cómo Cortés, sin saber en aquella sazón cosa de todo lo pasado que en la corte se había tratado contra él, envió una armada contra Cristóbal de Olí a Honduras, y lo que pasó diré adelante.

Capítulo CLXXII

Cómo, sabiendo Cortés que Cristóbal de Olí se había alzado con la armada y había hecho compañía con Diego Velázquez, gobernador de Cuba, envió contra él a un capitán que se llamaba Francisco de las Casas, y lo que entonces sucedió diré adelante

He menester volver muy atrás de nuestra relación para que bien se entienda. Ya he dicho en el capítulo que dello habla, cómo Cortés envió a Cristóbal de Olí con una armada a las Higüeras y Honduras, y se alzó con ella; e como Cortés supo que Cristóbal de Olí se había alzado con el armada, con favor de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, estaba muy pensativo; y como era animoso y no se dejaba mucho burlar en tales casos, y como ya había hecho relación dello a su majestad, como dicho tengo, en la carta que le escribió, y que entendía de ir o enviar contra el Cristóbal de Olí a otros capitanes; en aquella sazón había venido de Castilla a México un caballero que se decía Francisco de las Casas, persona de quien se podía fiar, e su deudo de Cortés; acordó de enviar contra el Cristóbal de Olí cinco navíos bien artillados y abastecidos, y cien soldados, y entre ellos iban conquistadores de México, de los que Cortés había traído de la isla de Cuba en su compañía, que era un Pedro Moreno Medrano y un Juan Núñez de Mercado y un Juan Bello, y otros que aquí no nombro, que murieron en el camino. Pues ya despachado el Francisco de las Casas con poderes muy bastantes y mandamientos para prender al Cristóbal de Olí, salió del puerto de la Veracruz con sus navíos buenos y abastecidos, y con sus pendones con las armas reales, y con buen tiempo llegó a una bahía que llamaron el Triunfo de la Cruz, donde el Cristóbal de Olí tenía su armada, y allí junto poblada una villa que se llamó

Triunfo de la Cruz, y según ya otras veces he dicho en el capítulo que dello habla; y como el Cristóbal de Olí vio aquellos navíos surtos en su puerto, puesto que el Francisco de las Casas mandó poner en sus navíos banderas de paz, no lo tuvo por cierto el Cristóbal de Olí, antes mandó apercibir dos carabelas muy artilladas con muchos soldados, y les defendió el puerto para no les dejar saltar en tierra; y como aquello vio el de las Casas, que era hombre animoso, mandó sacar y echar a la mar sus bateles con muchos hombres apercibidos, y con unos tiros, falconetes y escopetas y ballestas, y él con ellos, con pensamiento de tomar tierra de una manera o de otra, y el Cristóbal de Olí para defenderla, tuvieron buena pelea, y el de las Casas echó una de las dos carabelas del contrario a fondo, y mató a cuatro soldados e hirieron a otros; y como vio el Cristóbal de Olí que no tenía allí todos los soldados, porque los había enviado pocos días había en dos capitanías, a entrar en un río que llaman de Pechín, a prender a otro capitán que estaba conquistando en aquella provincia, que se decía Gil González de Ávila, porque aquel río del Pechín caía en la gobernación del Golfo Dulce, y estaba aguardando por horas a sus gentes, acordó el Cristóbal de Olí de demandar partidos de paz al Francisco de las Casas, porque bien entendió el Cristóbal de Olí que si tomaba tierra, que habían de venir a las manos, y por tener soldados juntos demandó las paces; y el de las Casas acordó de estar aquella noche con sus navíos en la mar, apartado de tierra al reparo, o esperando, con intención de se ir a otra bahía a desembarcar, y también porque cuando andaban las diferencias y pelea de la mar le dieron al de las Casas una carta secretamente que serían en su ayuda ciertos soldados de la parte de Cortés que estaban con el Cristóbal de Olí, y que no dejase de venir por tierra para prender al Cristóbal de Olí. Pues estando con este

acuerdo, fue la ventura tal de Cristóbal de Olí, y desdicha del de las Casas, que hubo aquella noche un viento norte muy recio, y como es travesía en aquella costa, dio con los navíos de Francisco de las Casas al través en tierra, de manera que se perdió cuanto traía y se ahogaron treinta soldados, y todos los demás fueron presos y estuvieron sin comer dos días, muy mojados del agua salada, porque en aquel tiempo llovía mucho, y tuvieron trabajo y frío; y el Cristóbal de Olí estaba muy gozoso y triunfante por tener preso al Francisco de las Casas, y a los demás soldados que prendió; les hizo luego jurar que siempre serían en su ayuda, y serían contra Cortés si viniese a aquella tierra en persona; y como hubieron jurado, los soltó de las prisiones; solamente tuvo preso al Francisco de las Casas; y dende a poco tiempo vinieron sus capitanes que había enviado a prender a Gil González de Ávila; que, según pareció, el Gil González de Ávila había venido por gobernador y capitán de Golfo-Dulce, y había poblado una villa que le nombraron San Gil de Buena-Vista, que estaba obra de una legua del puerto que ahora llaman Golfo-Dulce, porque el río de Pechín en aquel tiempo era poblado de buenos pueblos, y el Gil González no tenía consigo sino muy pocos soldados, porque habían adolecido todos los demás, e dejaba poblada con otros soldados la misma villa de San Gil de Buena-Vista; y como el Cristóbal de Olí tuvo noticia dello, les envió a prender, y sobre no dejarse prender, le mataron ocho españoles de los de Gil González y a un su sobrino, que se decía Gil de Ávila; y como el Cristóbal de Olí se vio con dos prisioneros que eran capitanes, estaba muy alegre y contento; y como tenía fama de esforzado, y ciertamente lo era por su persona, para que se supiese en todas las islas, lo escribió a la isla de Cuba a su amigo Diego Velázquez, y luego se fue desde el Triunfo de la Cruz la tierra adentro a

un pueblo que en aquel tiempo estaba muy poblado, y había otros muchos pueblos en aquella comarca; el cual pueblo se dice Naco, que ahora está destruido él y todos los demás; y esto digo porque yo los vi y me hallé en ellos, y en San Gil de Buena-Vista y en el río de Pechín y en el río de Balama, y lo he andado en el tiempo que fui con Cortés, según más largamente lo diré cuando venga su tiempo y lugar. Volvamos a nuestra relación: que ya que el Cristóbal de Olí estaba de asiento en Naco con sus prisioneros y copia de soldados, desde allí enviaba a hacer entradas a otras partes, y envió por capitán a un Briones (el cual Briones fue uno de los primeros consejeros para que se alzara el Cristóbal de Olí, y de suyo era bullicioso, y aun tenía cortadas las asillas bajas de las orejas y decía el mismo Briones que estando en una fortaleza siendo soldado se las habían cortado porque no se quería dar él ni otros capitanes), el cual Briones ahorcaron después en Guatemala por revolvedor y amotinador de ejércitos. Volvamos a nuestra relación: pues yendo por capitán aquel Briones con gran copia de soldados túvose fama en el real de Cristóbal de Olí que se había alzado el Briones con todos los soldados que llevaba en su compañía, y se iba a la Nueva-España, y salió verdad. Y viendo esto Francisco de las Casas y el Gil González de Ávila, que estaban presos y hallaban tiempo oportuno para matar a Cristóbal de Olí, y como andaban sueltos sin prisiones, por no tenerlos en nada, porque se tenía por muy valiente el Cristóbal de Olí; muy secretamente se concertaron con los soldados y amigos de Cortés que en diciendo: «¡Aquí del rey, y Cortés en su real nombre, contra este tirano!», le diesen de cuchilladas. Pues hecho este concierto, el Francisco de las Casas, medio burlando y riendo, le decía al Olí: «Señor capitán, soltadme; iré a la Nueva-España a hablar a Cortés y a darle razón de mi

desbarate, e yo seré tercero para que vuestra merced quede con esta gobernación y por su capitán, y mire que es su hechura de Cortés; pues mi prisión no hace a su caso, antes le estorbo en las conquistas»; y el Cristóbal de Olí respondió que él estaba muy bien así, y que se holgaba de tener un tal varón en su compañía; y de que aquello vio el Francisco de las Casas le dijo: «Pues mire bien vuesamerced por su persona, que un día o otro tengo de procurar de le matar»; y esto se lo decía medio burlando y riendo. Y al Cristóbal de Olí no se le dio nada por lo que le decía, y teníalo como cosa de burla; y como el concierto que he dicho estaba hecho con los amigos de Cortés, estando cenando a una mesa y habiendo alzado los manteles, y se habían ido a cenar los maestresalas y pajes, y estando delante Juan Núñez de Mercado y otros soldados de la parte de Cortés que sabían el concierto, el Francisco de las Casas y el Gil González de Ávila cada uno tenía escondido un cuchillo de escribanía muy agudos como navajas, porque ningunas armas se las dejaban traer; y estando platicando con el Cristóbal de Olí de las conquistas de México y ventura de Cortés, y muy descuidado el Cristóbal de Olí de lo que le avino, el Francisco de las Casas le echó mano de las barbas y le dio por la garganta con el cuchillo, que le traía hecho como una navaja para aquel efecto, y juntamente con él, el Gil González de Ávila y los soldados de Cortés de presto le dieron tantas heridas, que no se pudo valer, y como era muy recio e membrudo y de muchas fuerzas, se escabulló dando voces: «¡Aquí de los míos!» Mas como todos estaban cenando, o su ventura fue tal que no acudieron tan presto, se fue huyendo a esconder entre unos matorrales, creyendo que los suyos le ayudarían, y puesto que vinieron de presto muchos dellos a le ayudar, el Francisco de las Casas daba voces y apellidando: «¡Aquí del rey e de Cortés contra este

tirano; que ya no es tiempo de más sufrir sus tiranías!» Pues como oyeron el nombre de su majestad y de Cortés, todos los que venían a favorecer la parte del Cristóbal de Olí no osaron defenderle, antes luego los mandó prender el de las Casas; y después de hecho, se pregonó que cualquiera persona que supiese de Cristóbal de Olí y no le descubriese, muriese por ello; y luego se supo dónde estaba y le prendieron, y se hizo proceso contra él, y por sentencia que entrambos a dos capitanes dieron, le degollaron en la plaza de Naco; y así murió por se haber alzado por malos consejeros (con ser hombre muy esforzado), e sin mirar que Cortés le había hecho su maese de campo y dado muy buenos indios, y era casado con una portuguesa que se decía doña Felipa de Araujo, y tenía una hija en ella. Y porque en el capítulo pasado tengo dicho el estatura de Cristóbal de Olí y facciones, y de qué tierra era y qué condición tenía, en esto no diré más sino de que el Francisco de las Casas y Gil González de Ávila se vieron libres, y su enemigo muerto, juntaron sus soldados, y entrambos a dos fueron capitanes muy conformes, y el de las Casas pobló a Trujillo y púsole aquel nombre porque era él natural de Trujillo de Extremadura; y el Gil González envió mensajeros a San Gil de Buena-Vista, que dejaba poblada, a hacer saber lo que había pasado, y a mandar su teniente, que se decía Armenta, que se estuviesen poblados como los dejaba y no hiciesen alguna novedad, porque iba a la Nueva-España a demandar socorro e ayuda de soldados a Cortés, y que presto volvería. Pues ya todo esto que he dicho concertado, acordaron entrambos capitanes de se venir a México a hacer saber a Cortés todo lo acaecido. Y dejarlo he aquí hasta su tiempo y lugar, y diré lo que Cortés concertó sin saber cosa ninguna de lo pasado que se hizo en Naco.

Capítulo CLXXIV

Cómo Hernando Cortés salió de México para ir camino de las Higüeras en busca de Cristóbal de Olí y de Francisco de las Casas y de los demás capitanes y soldados; dase cuenta de los caballeros y capitanes que sacó de México para ir en su compañía, y del gran aparato y servicio que llevó hasta llegar a la villa de Guazacualco, y de otras cosas que entonces pasaron

Como el capitán Hernando Cortés había pocos meses que había enviado al Francisco de las Casas contra el Cristóbal de Olí, como dicho tengo en el capítulo pasado, parecióle que por ventura no habría buen suceso la armada que había enviado, y también porque le decían que aquella tierra era rica de minas de oro, y a esta causa estaba muy codicioso, así por las minas, como pensativo en los contrastes que podrían acaecer a la armada, poniéndosele por delante las desdichas que en tales jornadas la mala fortuna suele acarrear. Y como de su condición era de gran corazón, habíase arrepentido por haber enviado al Francisco de las Casas, sino haber ido él en persona, y no porque no conocía muy bien que el que envió era varón para cualquiera cosa de afrenta; y estando en estos pensamientos, acordó de ir, y dejó en México buen recaudo de artillería, así en las fortalezas como en las atarazanas, y dejó por gobernadores en su lugar como tenientes al tesorero Alonso de Estrada y al contador Albornoz, y si supiera de las cartas que el contador Albornoz hubo escrito a Castilla a su majestad diciendo mucho mal dél, no le dejara tal poder, y aun no sé yo cómo le aviniera por ello; y dejó por su alcalde mayor al licenciado Zuazo, ya otras muchas veces por mí nombrado, y por teniente de alguacil mayor a su mayordomo de todas sus haciendas a un

Rodrigo de Paz, su deudo, y dejó el mayor recaudo que pudo en México, y encomendó a todos aquellos oficiales de la hacienda de su majestad, a quien dejaba el cargo de la gobernación, que tuviese muy grande cuidado de la conversión de los naturales, y asimismo lo encomendó a un fray Toribio Motolinea, de la orden del señor san Francisco, y a otros buenos religiosos; que mirasen no se alzase México ni otras provincias. Y porque quedase más pacífico y sin cabeceras de los mayores caciques, trajo consigo al mayor de México, que se decía Guatemuz, otras muchas veces por mí memorado, que fue el que nos dio guerra cuando ganamos a México, y también al señor de Tacuba, y a un Juan Velázquez, capitán del mismo Guatemuz, y a otros muchos principales, y entre ellos a Tapiezuela, que era muy principal; y aun de la provincia de Michoacan trajo otros caciques, y a doña Marina la lengua, porque Jerónimo de Aguilar ya había fallecido; y trajo en su compañía muchos caballeros y capitanes vecinos en México, que fueron Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y Luis Marín y Francisco Marmolejo, Gonzalo Rodríguez de Ocampo, Pedro de Ircio, Avalos y Saavedra, que eran hermanos, y un Palacios Rubios, y Pedro de Saucedo «el Romo», y Jerónimo Ruiz de la Mota, Alonso de Grado, Santa Cruz, burgalés; Pedro de Solís «Casquete», que así le llamábamos; Juan Jaramillo, Alonso Valiente, y un Navarrete y un Serna, y Diego de Mazariegos, primo del tesorero; y Gil González de Benavides, y Hernán López de Ávila, y Gaspar de Garnica, y otros muchos que no se me acuerdan sus nombres; y trajo un clérigo y dos frailes franciscanos, flamencos, grandes teólogos, que predicaban, y trajo por mayordomo a un Carranza y por maestresala a Juan de Jasso y a un Rodrigo Mañueco, y por botiller a Cervan Bejarano, y por repostero a un fulano de San Miguel, que

solía vivir en Guaxaca; por despensero a un Guinea, que asimismo fue vecino de Guaxaca; y trajo grandes vajillas de oro y de plata, y quien tenía cargo de la plata era un Tello de Medina, y por camarero un Salazar, natural de Madrid; por médico a un licenciado Pedro López, vecino que fue de México, y cirujano a maese Diego de Pedraza, y otros muchos pajes, y uno dellos era don Francisco de Montejo, el cual fue capitán en Yucatán el tiempo andando (no digo el adelantado su padre); y dos pajes de lanza, que el uno se decía Puebla, y ocho mozos de espuelas, y dos cazadores halconeros, que se decían Perales y Garci Caro y álvaro Montañés y llevó cinco chirimías y sacabuches y dulzainas, y un volteador, y otro que jugaba de manos y hacía títeres, y caballerizo Gonzalo Rodríguez de Ocampo, y acémilas con tres acemileros españoles, y una gran manada de puercos, que venía comiendo por el camino; y venían con los caciques que dicho tengo sobre tres mil indios mexicanos con sus armas de guerra, sin otros muchos que eran de su servicio de aquellos caciques. E ya que estaba Cortés de partida para venir su viaje, viendo el factor Salazar y el veedor Chirinos, que quedaban en México, que no les dejaba Cortés cargo ninguno ni se hacía tanta cuenta dellos como quisieran, acordaron de se hacer muy amigos del licenciado Zuazo y de Rodrigo de Paz y de todos los amigos y viejos conquistadores de Cortés que quedaban en México, y todos juntos le hicieron un requerimiento a Cortés que no salga de México, sino que gobierne la tierra, y le ponen por delante que se alzará toda la Nueva-España, y sobre ello pasaron grandes pláticas y respuestas de Cortés a los que le hacían el requerimiento; y de que no le pudieron convencer a que se quedase, dijo el factor y el veedor que le querían venir a servir y acompañarle hasta Guazacualco, que por allí era su viaje. Pues ya partidos de México de la manera

que he dicho: saber yo decir los grandes recibimientos y fiestas que en todos los pueblos por donde pasaban se les hacía, fuera cosa maravillosa; y se le juntaron en el camino de otros cincuenta soldados y gente extravagante, nuevamente venidos de Castilla, y Cortés les mandó ir por dos caminos hasta Guazacualco, porque para todos juntos no habría tantos bastimentos. Pues yendo por sus jornadas el factor, Gonzalo de Salazar, y el veedor, íbanle haciendo mil servicios a Cortés, en especial el factor, que cuando con Cortés hablaba estaba la gorra quitada hasta el suelo, y con muy grandes reverencias y palabras delicadas y de grande amistad, y con retórica muy subida, le iba diciendo que se volviese a México y no se pusiese en tan largo y trabajoso camino, y poniéndole por delante muchos inconvenientes; y aun algunas veces por le complacer iba cantando por el camino junto a Cortés, y decía en los cantares: «Ay tío, volvámonos; que esta mañana he visto una señal muy mala: ay tío, volvámonos»; y respondía Cortés cantando: «Adelante, mi sobrino; adelante, mi sobrino, y no creáis en agüeros; que será lo que Dios quisiere; adelante, mi sobrino», etc. Dejemos de hablar en el factor y de sus blandas y delicadas palabras, y diré cómo en el camino, en un pueblezuelo de un Ojeda «el tuerto», cerca de otro pueblo que se dice Orizaba, se casó Juan Jaramillo con doña Marina la lengua delante de testigos. Pasemos adelante, y diré cómo iban camino de Guazacualco, y llegan a un pueblo grande que se dice Guazpaltepeque, que era de la encomienda de Gonzalo de Sandoval y como lo supimos en Guazacualco, que venía Cortés con tanto caballero; así alcalde mayor como capitanes, y todo el pueblo y regidores, fuimos treinta y tres leguas a le recibir y darle el parabién-venido, como quien va a ganar beneficio; y esto digo aquí para que vean los curiosos lectores e otras personas cuán

tenido y aun temido estaba Cortés, porque no se hacía más de lo que él quería, ahora sea bueno o malo; y dende Guazpaltepeque fue caminando a nuestra villa, y en un río grande que hay en el camino comenzó a tener contrastes, porque al pasar se le trastornaron tres canoas y se le perdió cierta plata y ropa, y aun al Juan Jaramillo se le perdió la mitad de su fardaje, y no se pudo saber cosa ninguna a causa que estaba el río lleno de lagartos muy grandes; y desde allí fuimos a un pueblo que se dice Uluta, y hasta llegar a Guazacualco le fuimos acompañando, y todo por poblado; y quiero decir el gran recaudo de canoas que teníamos ya mandado que estuviesen aperajadas y atadas de dos en dos en el gran río junto a la villa, que pasaban de trescientas. Pues el gran recibimiento que le hicimos con arcos triunfales y con ciertas emboscadas de cristianos e moros, y otros grandes regocijos e invenciones de fuegos, y le aposentamos lo mejor que pudimos, así a Cortés como a todos los que traía en su compañía; y estuvo allí seis días, y siempre el factor le iba diciendo que se volviese del camino que iba, y que mirase a quién dejaba en su poder; que tenía al contador por muy revoltoso y doblado, amigo de novedades, y que el tesorero se jactanciaba que era hijo del rey católico, y que no sentía bien de algunas cosas de pláticas que en ello vio que hablaban en secreto después que les dio el poder, y aun de antes; y demás desto, ya en el camino tenía Cortés cartas que enviaba desde México diciendo mal de su gobernación de los que dejaba, y dello avisaban al factor sus amigos; y sobre ello decía el factor a Cortés que también sabría él gobernar, y el veedor que allí estaba delante, como los que dejaba en México; y se le ofrecieron por muy servidores. Y decía tantas cosas melosas y con tan amorosas palabras, que le convenció para que le diese poder al factor y al veedor Chirinos para que fuesen

gobernadores, y fue con esta condición: que si viesen que el Estrada y el Albornoz no hacían lo que debían al servicio de nuestro señor y de su majestad, gobernasen ellos solos. Estos poderes fueron causa de muchos males y revueltas que hubo en México, como diré de que haya pasado cuatro capítulos e hayamos hecho un muy trabajoso camino; y hasta le haber acabado y estar en una villa que se llama Trujillo no contaré en esta relación lo acaecido en México. Y quiero decir que a esta causa dijo el Gonzalo de Ocampo en sus libelos infamatorios: «Oh fray Gordo de Salazar —factor de las diferencias— con tus falsas reverencias: —engañaste al provincial—. Un fraile de santa vida —me dijo que me guardase— de hombre que así hablase —retórica tan pulida». Dejemos de hablar de libelos, y diré que cuando se despidieron el factor y el veedor de Cortés para se volver a México, ¡con cuántos cumplimientos y abrazos! Y tenía el factor una manera como de sollozos, que parecía que quería llorar al despedirse; y con sus provisiones en el seno de la manera que él las quiso notar (y el secretario, que se decía Alonso Valiente, que era su amigo, las hizo), vuélvense para México, y con ellos Hernán López de Ávila, que estaba malo de dolores y tullido de bubas. Y dejémoslos ir su camino, que no tocaré en esta relación en cosa ninguna de los grandes alborotos y cizañas que en México hubo, hasta su tiempo y lugar, desque hubiéremos llegado con Cortés todos los caballeros por mí nombrados, con otros muchos que salimos de Guazacualco, y hasta que ya hayamos hecho esta tan trabajosa jornada, que estuvimos en punto de nos perder, según adelante diré. Y porque en una sazón acaecen dos o tres cosas, y por no quebrar el hilo de lo uno por decir de lo otro, acordé de seguir el de nuestro trabajosísimo camino.

Capítulo CLXXV

De lo que Cortés ordenó después que se volvió el factor y veedor a México y del trabajo que llevábamos en el largo camino y de las grandes puentes que hicimos, y hambre que pasamos en dos años y tres meses que tardamos en este viaje

Después de despedidos el factor y el veedor, lo primero que mandó Cortés fue escribir a la Villa-Rica a un su mayordomo, que se decía Simón de Cuenca, que cargase dos navíos que fuesen de poco porte, de bizcocho de maíz, porque en aquella sazón no se cogía pan de trigo en México, y seis pipas de vino y aceite y vinagre y tocinos, herraje, y otras cosas de bastimentos, y mandó que se fuesen costa a costa del norte, y que le escribiría y haría saber dónde había de aportar, y que el mismo Simón de Cuenca viniese por capitán; y luego mandó que todos los vecinos de Guazacualco fuésemos con él, que no quedaron sino los dolientes. Ya he dicho otras veces que estaba poblada aquella villa de los conquistadores más antiguos de México (y todos los más hijosdalgo) que se habían hallado en las conquistas pasadas de México, y en el tiempo que habíamos de reposar de los grandes trabajos y procurar de haber algunos bienes y granjerías, nos mandó ir jornada de más de quinientas leguas, y toda la más tierra por donde íbamos de guerra, y dejamos perdido cuanto teníamos, y estuvimos en el viaje más de dos años y tres meses. Pues volviendo a nuestra plática, ya estábamos todos apercibidos con nuestras armas y caballos, que no le osábamos decir que no: e ya que alguno se lo decía, por fuerza le hacía ir; y éramos por todos, así los de Guazacualco como los de México, sobre doscientos y cincuenta soldados, y los ciento y treinta de a caballo, y los demás escopeteros y ballesteros, sin otros

muchos soldados nuevamente venidos de Castilla. Y luego me mandó a mí que fuese por capitán de treinta españoles y de tres mil indios mexicanos, y fuese a unos pueblos que estaban de guerra, que se decían Cimatan, e que en aquellos pueblos mantuviese los tres mil indios mexicanos, y si los naturales de aquella provincia estuviesen de paz o se viniesen a someter al servicio de su majestad, que no les hiciese enojo ni fuerza ninguna, salvo mandar dar de comer a aquellas gentes; y si no quisiesen venir, que los enviase a llamar tres veces de paz, de manera que lo entendiesen muy bien, e por ante un escribano que iba conmigo e testigos; y si no quisiesen venir, que les diese guerra, y para ello me dio poder y sus instrucciones, las cuales tengo hoy día firmadas de su nombre y de su secretario Alonso Valiente; y así hice aquel viaje como lo mandó, quedando de paz aquellos pueblos; mas dende a pocos meses, como vieron que quedaban pocos españoles en Guazacualco, e íbamos los conquistadores con Cortés, se tornaron a alzar; y luego salí con mis soldados españoles e indios mexicanos al pueblo donde Cortés mandó que saliese, que se decía Iquinuapa. Volvamos a Cortés y a su viaje: que salió de Guazacualco y fue a Tonala, que hay ocho leguas, y luego pasó un río en canoas y fue a otro pueblo que se dice el Ayagualulco, y pasó otro río en canoas, y desde el Ayagualulco pasó siete leguas de allí un estero que entra en la mar, y le hicieron una Puente que había de largo cerca de medio cuarto de legua; cosa espantosa cómo la hicieron en el estero, porque siempre Cortés enviaba adelante dos capitanes de los vecinos de Guazacualco, y uno dellos se decía Francisco de Medina, hombre diligente, que sabía muy bien mandar a los naturales desta tierra. Pasada aquella gran puente, fue por unos pueblezuelos, hasta llegar a otro gran río que se dice Mazapa, que es el que viene de Chiapa, que los marineros

llaman río de «Dos bocas»; allí tenían muchas canoas atadas de dos en dos; y pasado aquel gran río, fue por otros pueblos, adonde yo salí con mi compañía de soldados, que se dice, Iquinuapa, como dicho tengo, y desde allí pasó otro río en puentes que hicimos de maderos, y luego un estero, y llegó a otro gran pueblo que se dice Copilco, y dende allí comienza la provincia que llaman la Chontalpa, y estaba toda muy poblada y llena de huertas de cacao, y muy de paz; y desde Copilco pasamos por Nacaxuxuica, y llegamos a Zaguatan, y en el camino pasamos otro río por canoas. Aquí se le perdió a Cortés cierto herraje; y este pueblo cuando a él allegamos estaba de paz, y luego a la noche se fueron huyendo los moradores de él, y se pasaron de la parte de un gran río entre unas ciénagas y mandó Cortés que les fuésemos a buscar por los montes, que fue cosa bien inconsiderada e sin provecho aquello que mandó, y los soldados que los fuimos a buscar pasamos aquel gran río con harto trabajo, y trajimos siete principales y gente menuda; mas poco aprovecharon, que luego se volvieron a huir, y quedamos solos y sin guías. En aquella sazón vinieron allí los caciques de Tabasco con cincuenta canoas cargadas de maíz y bastimento; también vinieron unos indios de los pueblos de mi encomienda que en aquella sazón yo tenía, e trajeron cargadas ciertas canoas de bastimentos; los cuales pueblos se dicen Teapan y Tecomajayaca; e fuimos a Tepetitan e Iztapa, y en el camino había uno río muy caudaloso que se dice Chilapa, y estuvimos cuatro días en hacer balsas. Yo dije a Cortés que el río arriba, por relación que tenía, había un pueblo que se dice Chilapa, que es del nombre del mismo río, que sería bien enviar cinco indios de los que traíamos por guías en una canoa quebrada que allí hallamos, y les enviase a decir que trajesen canoas; y con los cinco indios fue un soldado, y como se lo dije a Cortés, así lo

mandó; y fueron el río arriba e toparon dos caciques que traían seis grandes canoas y bastimento, y con aquellas canoas y barcas pasamos, y estuvimos cuatro días en el pasaje; y dende allí fuimos a Tepetitan, y hallámosle despoblado y quemadas las casas; y según supimos, habíanles dado guerra otros pueblos y llevado mucha gente cautiva, y quemado el pueblo de pocos días pasados, y en todos los tres días que anduvimos de camino, después de pasado el río de Chilapa, era muy cenagoso, y atollaban los caballos hasta las cinchas, y había muy grandes sapos; y desde allí fuimos a otro pueblo que se dice Iztapa, y de miedo se fueron los indios, y se pasaron de la parte de otro río muy caudaloso, y fuímoslos a buscar, y trajimos los caciques y muchos indios con sus mujeres e hijos, y Cortés les habló con halagos, y mandó que les volviésemos cuatro indias y tres indios que les habíamos tomado en los montes; y en pago dello, y de buena voluntad, trajeron presentados a Cortés ciertas piezas de oro de poca valía. Y estuvimos en este pueblo tres días, porque había buena yerba para los caballos y mucho maíz, y decía Cortés que era buena tierra para poblar allí una villa: porque tenía nueva que en los rededores había buenas poblaciones para servicio de la tal villa; y en este pueblo de Iztapa se informó Cortés de los caciques y mercaderes de los naturales del mismo pueblo, el camino que habíamos de llevar: y aun les mostró Cortés un paño de henequén que traía de Guazacualco, donde venían señalados todos los pueblos del camino por donde habíamos de ir hasta Güeyacala, que en su lengua se dice la Gran Acala, porque había otro pueblo que se decía Acala «la Chica»; y allí dijeron que en todo lo más de nuestro camino había muchos ríos y esteros, y para llegar a otro pueblo que se dice Tamaztepeque había otros tres ríos y un gran estero, y que habíamos de estar en el camino tres jornadas; y

desque aquello entendió Cortés e supo de los ríos, les rogó que fuesen todos los caciques a hacer puentes y llevasen canoas, y no lo hicieron; y con maíz tostado y otras legumbres hicimos mochila para los tres días, creyendo que era como lo decían. Y por echarnos de sus casas dijeron que no había más jornada, y había siete jornadas, y hallamos los ríos sin puentes ni canoas, y hubimos de hacer una puente de muy gruesos maderos, por donde pasaron los caballos: y todos nuestros soldados y capitanes fuimos en cortar la madera y acarrearla, y los mexicanos ayudando lo que podían; y estuvimos en hacerla tres días, que no teníamos que comer sino yerbas y unas raíces de unas que llaman en esta tierra quequexque, montesinas, las cuales nos abrasaron las lenguas y bocas. Pues ya pasado aquel estero, no hallábamos camino ninguno, y hubimos de abrirle con las espadas a manos, y anduvimos dos días por el camino que abrimos, creyendo que iba derecho al pueblo; y una mañana tornamos al mismo camino que abrimos, y desque Cortés lo vio, quería reventar de enojo, y como oyó el murmurar del mal que decían de él y aun de su viaje, con la gran hambre que había: y que no miraba más de su apetito, sin pensar bien lo que hacía, y que era mejor que nos volviésemos para México que no morir todos de hambre. Pues otra cosa había, que eran los montes muy altos en demasía y espesos, y a mala vez podíamos ver el cielo, pues ya que quisiesen subir en algunos árboles para atalayar la tierra, no veían cosa ninguna, según eran muy cerradas todas las montañas; y las guías que traíamos las dos huyeron, y la otra que quedaba estaba malo, que no sabía dar razón de camino ni de otra cosa. Y como Cortés en todo era diligente, y por falta de solicitud no se descuidaba, traíamos una aguja de marear, y a un piloto que se decía Pedro López, y con el dibujo del paño que traíamos de

Guazacualco, donde venían señalados los pueblos, mandó Cortés que fuésemos con el aguja por los montes, y con las espadas abríamos caminos hacia el este, que era la señal del paño donde estaba el pueblo; y aun dijo Cortés que si otro día estábamos sin dar en pueblo, que no sabía qué hiciésemos; y muchos de nuestros soldados, y aun todos los más, deseábamos volvernos a la Nueva-España; y todavía seguíamos nuestra derrota por los montes. Y quiso Dios que vimos unos árboles antiguamente cortados, y luego una vereda chica, e yo y el Pedro López, que íbamos delante abriendo camino con otros soldados, volvimos a decir a Cortés que se alegrase, que había estancias; con lo cual todo nuestro ejército tomó mucho contento. Y antes de llegar a las estancias estaba un río y ciénagas, mas con harto trabajo lo pasamos de presto, y dimos en el pueblo, que aquel día se había despoblado, y hallamos muy bien de comer maíz y frisoles y otras legumbres; y como íbamos muertos de hambre, dímonos buena hartazga, y aun los caballos se reformaron, y por todo dimos muchas gracias a Dios. Y ya en el camino se había muerto el volteador que llevábamos, ya por mí nombrado, y otros tres españoles de los recién venidos de Castilla; pues indios de los de Michoacán y mexicanos morían muchos, e otros muchos caían malos y se quedaban en el camino como desesperados. Pues como estaba despoblado aquel pueblo, y no teníamos lengua ni quien nos guiase, mandó Cortés que fuésemos dos capitanes por los montes y estancias a los buscar, y en unas canoas que estaban en un gran río junto al pueblo fueron otros soldados y dieron con muchos indios de aquel pueblo, y con buenas palabras y halagos vinieron sobre treinta dellos, y todos los más caciques y papas; y Cortés les habló amorosamente con doña Marina, y trajeron mucho maíz y gallinas, y señalaron el camino que habíamos de llevar hasta otro pueblo que se

dice Ciguatepecad, el cual estaba tres jornadas, que serían dieciséis leguas, y antes de llegar a él estaba otro pueblo, sujeto desde Tamaztepeque, donde salimos. Antes que pase más adelante, quiero decir que con la gran hambre que traíamos así españoles como mexicanos, pareció ser que ciertos caciques de México apañaron dos o tres indios de los pueblos que dejábamos atrás, y traíanlos escondidos con sus cargas, a manera y traje como ellos, y con la hambre, en el camino los mataron y los asaron en hornos que para ello hicieron debajo de tierra y con piedras, como en su tiempo lo solían hacer en México, y se los comieron; y asimismo habían apañado las dos guías que traíamos, que se habían huido, y se los comieron; y alcanzólo a saber Cortés, y mandó llamar los caciques mexicanos, y riñó malamente con ellos, que si otra tal hacían que los castigaría. Y predicó un fraile francisco de los que traíamos, cosas muy santas y buenas, y de que hubo acabado el sermón, mandó Cortés por justicia quemar a un indio mexicano por la muerte de los indios que comieron, puesto que supo que todos eran culpantes en ello, porque pareciese que hacía justicia y que él no sabía de otros culpantes sino el que quemó. Dejemos de contar muy por extenso otros muchos trabajos que pasábamos, y cómo las chirimías y sacabuches y dulzainas que Cortés traía, que otra vez he hecho memoria dellos, como en Castilla eran acostumbrados a regalos y no sabían de trabajos, y con la hambre habían adolecido y no le daban música, excepto uno, y renegábamos todos los soldados de lo oír, y decíamos que parecían zorros o adives que aullaban, que más valiera tener maíz que comer que música. Volvamos a nuestra relación, y diré cómo algunas personas me han preguntado que cómo habiendo tanta hambre como dicho tengo, por qué no comíamos la manada de los puercos que traían para Cortés, pues a la necesidad

de hambre no hay ley; y viendo la hambre que había, que Cortés los había de mandar repartir por todos en tales tiempos. A esto digo que ya había echado fama uno que venía por despensero y mayordomo de Cortés, que se decía Guinea y era hombre doblado, y hacía en creyente que en los ríos al pasar dellos los habían comido tiburones y lagartos; y porque no los viésemos venían siempre cuatro jornadas atrás rezagados; y demás desto, para tantos soldados como éramos, para un día no había en todos ellos, y a esta causa no se comieron; y demás desto, para no enojar a Cortés. Dejemos esta plática, y diré que siempre por los pueblos y caminos por donde pasábamos dejábamos puestas cruces donde había buenos árboles para se labrar, en especial ceibas, y quedaban señaladas las cruces, y son más fijas hechas en aquellos árboles que no de maderos, porque crece la corteza y quedan más perfectas, y quedaban cartas en partes que las pudiesen leer, y decía en ellas: «Por aquí pasó Cortés en tal tiempo»; y esto se hacía porque si viniesen otras personas en nuestra busca supiesen cómo íbamos adelante. Volvamos a nuestro camino para ir a Ciguatepecad, que fueron con nosotros sobre veinte indios de aquel pueblo de Tamaztepeque, y nos ayudaron a pasar dos ríos en barcas y en canoas, y aun fueron por mensajeros a decir a los caciques del pueblo donde íbamos que no hubiesen miedo, que no los haríamos ningún enojo; y así, aguardaron en sus casas muchos dellos; y lo que allí pasó diré adelante.

Capítulo CLXXVI

Como desque hubimos llegado al pueblo de Ciguatepecad envió Cortés por capitán a Francisco de Medina para que, topando a Simón de Cuenca, viniesen con los dos navíos ya otra vez por mí memorados al Triunfo de la Santa Cruz, al Golfo-Dulce, y de lo que más pasó

Pues como hubimos llegado a este pueblo que dicho tengo, Cortés halagó mucho a los caciques y principales y les dio buenos chalchihuites de México, y se informó a qué parte salía un río muy caudaloso y recio que junto a aquel pueblo pasaba, y le dijeron que iba a dar en unos esteros donde había una población que se dice Güeyatasta, y que junto a él estaba otro gran pueblo que se dice Xicalango; parecióle a Cortés que sería bien luego enviar dos españoles en canoas para que saliesen a la costa del norte y supiesen del capitán Simón de Cuenca y sus dos navíos, que había mandado cargar de vituallas para el camino que dicho tengo, y escribióle haciéndole saber de nuestros trabajos y que saliese por la costa adelante; y después de bien informado cómo podría ir por aquel río hasta las poblaciones por mí dichas, envió dos españoles, y el más principal dellos, que ya le he nombrado otras veces, se decía Francisco de Medina, y diole poder para ser capitán, juntamente con el Simón de Cuenca, que este Medina era muy diligente y tenía lengua de toda la tierra; y este fue el soldado que hizo levantar el pueblo de Chamula cuando fuimos con el capitán Luis Marín a la conquista de Chiapa, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y valiera más que tal poder nunca le diera Cortés, por lo que adelante acaeció, y es, que fue por el río abajo hasta que llegó adonde el Simón de Cuenca estaba con sus dos navíos en lo de Xicalango, esperando nuevas de Cortés, y después de dadas

las cartas de Cortés, presentó sus provisiones para ser capitán, y sobre el mandar tuvieron palabras entrambos capitanes, de manera que vinieron a las armas, y de la parte del uno y del otro murieron todos los españoles que iban en el navío, que no quedaron sino seis o siete; y cuando vieron los indios de Xicalango e Güeyatasta aquella revuelta, dan en ellos y acabáronlos de matar a todos, e queman los navíos, que nunca supimos cosa ninguna dellos hasta de ahí a dos años y medio. Dejemos más de hablar en esto, y volvamos al pueblo donde estábamos, que se dice Ciguatepecad, y diré cómo los indios principales dijeron a Cortés que había desde allí a Gueyacalá tres jornadas y que en el camino había de pasar dos ríos, y el uno dellos era muy hondo y ancho, y luego había unos malos tremedales y grandes ciénagas, y que si no tenía canoas que no podría pasar caballos ni aun ninguno de su ejército; y luego Cortés envió a dos soldados con tres indios principales de aquel pueblo para que se lo mostrasen y tanteasen el río y ciénagas, y viesen de qué manera podríamos pasar, y que trajesen buena relación dellos; y llamábanse los soldados que envió, Martín García, y era valenciano y alguacil de nuestro ejército, y el otro se decía Pedro de Ribera; y el Martín García, que era a quien más se lo encomendó Cortés, vio los ríos, y con unas canoas chicas que tenían en el mismo río lo vio, y miró que con hacer puentes podría pasar, y no curó de ver las malas ciénagas que estaban una legua adelante; y volvió a Cortés y le dijo que con hacer puentes podrían pasar, creyendo que las ciénagas no eran trabajosas, como después las hallamos. Y luego Cortés me mandó a mí y a un Gonzalo Mejía, que por sobrenombre le llamamos «Rapapelo», porque era nieto de un capitán que decía andaba a robar juntamente con un Centeno, en el tiempo del rey don Juan; y mandó que fuésemos con ciertos

principales de Ciguatepecad a los pueblos de Acalá, y que halagásemos a los caciques y con buenas palabras los atrajésemos para que no huyesen: porque aquella población de Acalá eran sobre veinte pueblezuelos, dellos en tierra firme y otros en unas como isletas y todo se andaba en canoas por ríos y esteros; y llevamos con nosotros los tres indios de los de Ciguatepecad por guías, y la primera noche que dormimos en el camino se nos huyeron, que no osaron ir con nosotros: porque, según después supimos, eran sus enemigos y tenían guerra unos con otros; y sin guías hubimos de ir, y con trabajos pasamos las ciénagas. Y llegados al primer pueblo de Acalá, puesto que estaban alborotados y parecían estar de guerra, con palabras amorosas y con darles unas cuentas les halagamos, y les rogamos que fuesen a Ciguatepecad a ver a Malinche y le llevasen de comer. Pareció ser que el día que llegamos a aquel pueblo no sabían nuevas ningunas de cómo había venido Cortés y que traía mucha gente, así de a caballo como mexicanos, y otro día tuvieron nueva de indios mercaderes del gran poder que traía, y los caciques mostraron más voluntad de enviar comida que cuando llegamos, y dijeron que cuando hubiese llegado a aquellos pueblos le servirían y harían lo que pudiesen en darle de comer; y en cuanto ir adonde estaba, que no querían ir, porque eran sus enemigos. Pues estando que estábamos en estas pláticas con los caciques, vinieron dos españoles con cartas de Cortés, en que me mandaba que con todo el bastimento que pudiese haber saliese de allí a tres días al camino con ello, por causa que ya le habían despoblado toda la gente de aquel pueblo donde le había dejado, y me hizo saber que venía ya camino de Acalá y que no había traído maíz ninguno ni lo hallaba, y que pusiese mucha diligencia en que los caciques no se ausentasen; y también

los españoles que me trajeron las cartas me dijeron cómo Cortés había enviado el río arriba de Ciguatepecad cuatro españoles, y los tres dellos de los nuevamente venidos de Caltilla, en canoas a demandar bastimento a otros pueblos que decían que estaban allí cerca, y que no habían vuelto y que creían que los habían muerto, y saltó verdad. Volvamos a Cortés, que comenzó de caminar, y en dos días llegó al gran río que ya otras veces he dicho, y luego puso mucha diligencia en hacer una puente, y fue con tanto trabajo y con maderos gruesos y grandes, que, después de hecha, se admiraron los indios de Acalá del haber de tal manera puesto los maderos, y estúvose en hacer cuatro días; y como salió Cortés del pueblo ya otras veces por mí nombrado con todos sus soldados, no traían maíz ni bastimento, y con los cuatro días que estuvimos en aquel pueblo, y Cortés en hacer la puente, pasaron muy gran hambre e trabajo, e lo peor de todo, que no sabían si adelante tendrían maíz o si estaba de paz aquella provincia; aunque algunos soldados viejos se remediaban con cortar árboles muy altos que parecen palmas, que tienen por fruta unas al parecer de nueces muy encarceladas, y aquellas asaban y quebraban y comían. Dejemos de hablar en esta hambre, y diré cómo la misma noche que acabaron de hacer la puente llegué yo con mis tres compañeros y con ciento y treinta cargas de maíz y ochenta gallinas y miel y frisoles y sal, y otras frutas, y como llegué de noche ya que oscurecía, estaban todos los más soldados aguardando el bastimento, porque ya sabían que yo había ido a lo traer; y Cortés les decía a los capitanes y soldados que tenían esperanza en Dios que presto tendrían todos de comer, pues que yo había ido a Acalá para traerlo, si no me habían muerto los indios, como mataron a los otros cuatro españoles que envió a buscar comida. Y volviendo a nuestra materia: así como llegué con el maíz y bastimento a

la puente, como era de noche, cargaron todos los soldados dello y lo tomaron todo, que no dejaron a Cortés ni a ningún capitán ni a Sandoval cosa ninguna, con dar voces: «Dejadlo, que es para el capitán Cortés»; y asimismo su mayordomo Carranza, que así se llamaba, y el despensero Guinea daban voces y se abrazaban con el maíz, que les dejasen siquiera una carga; y como era de noche, decíanle los soldados: «Buenos puercos habéis comido vosotros y Cortés, y nos habéis visto morir de hambre y no nos dabáis nada dellos»; y no curaban de cosa que les decían, sino que todo se lo apañaban. Pues como Cortés supo que se lo habían tomado y que no le dejaron cosa ninguna, renegaba de la paciencia y pateaba; y estaba tan enojado, que decía que quería hacer pesquisas y castigar a quien se lo tomó, y dijeron lo de los puercos que comió. Y como vio y consideró que el enojo era por demás y dar voces en desierto, me mandó llamar a mí, y muy enojado me dijo que cómo puse tal cobro en el bastimento. Yo le dije que procurara su merced de enviar adelante guardas para ello, y aunque él en persona estuviera guardándolo, se lo tomaran, porque le guarde Dios de la hambre, que no tiene ley; y como vio que no había remedio ninguno, y que tenía mucha necesidad, me halagó con palabras melosas, estando delante el capitán Gonzalo de Sandoval, y me dijo: «Oh señor hermano Bernal Díaz del Castillo, por amor de mí, que si dejasteis algo escondido en el camino, que partáis conmigo, que bien creído tengo de vuestra diligencia que traeríais para vos y para vuestro amigo Sandoval». Y como vi sus palabras y de la manera que lo dijo, hube lástima de él; y también Sandoval me dijo: «Pues yo, juro a tal, tampoco tengo un puño de maíz de que tostar y hacer zacalote»; y entonces concerté y dije que conviene que esta noche al cuarto de a modorra, después que esté reposado el real, vamos por doce

cargas de maíz y veinte gallinas y tres jarros de miel, y frisoles y sal, y dos indias para hacer pan, que me dieron en aquellos pueblos para mí, y hemos de venir de noche, que nos lo arrebatarán en el camino los soldados, y esto hemos de partir entre vuestra merced y Sandoval y yo e mi gente; y el se holgó en el alma y me abrazó; y Sandoval dijo que quería ir aquella noche conmigo por el bastimento, y lo trajimos, con que pasaron aquella hambre, y también le di una de las dos indias a Sandoval. He traído aquí esto a la memoria para que vean en cuánto trabajo se ponen los capitanes en tierras nuevas; que a Cortés, que era muy temido, no le dejaron maíz que comer, y que el capitán Sandoval no quiso fiar de otro la parte que le había de caber, que él mismo fue conmigo por ello, teniendo muchos soldados que pudiera enviar. Dejemos de contar del gran trabajo del hacer de la puente y de la hambre pasada, y diré cómo obra de una legua adelante dimos en las ciénagas muy malas, y eran de tal manera, que no aprovechaba poner maderos ni ramos ni hacer otra manera de remedios para poder pasar los caballos, que atollaban todo el cuerpo sumido en las grandes ciénagas, que creímos no escapar ninguno dellos, sino que todos quedarían allí muertos; y todavía porfiamos de ir adelante, porque estaba obra de medio tiro de ballesta tierra firme y buen camino, y como iban los caballos con tanto trabajo y se hizo un callejón por la ciénaga de lodo y agua; que pasaron sin tanto riesgo de se quedar muertos, puesto que iban a veces medio a nado entre aquella ciénaga y el agua; pues ya llegados en tierra firme, dimos gracias a Dios por ello, y luego Cortés me mandó que con brevedad volviese a Acalá y que pusiese gran recaudo en los caciques que estuviesen de paz, y que luego enviase al camino bastimento; y así lo hice, que el mismo día que llegué a Acalá de noche envié tres españoles

que iban conmigo con más de cien indios cargados de maíz e otras cosas; y cuando Cortés me envió por ello, dije que mirase que él en persona lo aguardase, no lo tomasen como la otra vez; y así lo hizo, que se adelantó con Sandoval y Luis Marín, y lo hubieron todo y lo repartieron; y otro día, a obra de mediodía llegaron a Acalá, y los caciques le fueron a dar el bien venido y le llevaron bastimento; y dejarlo he aquí, y diré lo que más pasó.

CAPÍTULO CLXXVII

De en lo que Cortés entendió después de llegado a Acalá, y cómo en otro pueblo más adelante, sujeto al mismo Acalá, mandó ahorcar a Guatemuz, que era gran cacique de México, y a otro cacique que era señor de Tacuba, y la causa por qué; y otras cosas que entonces pasaron

Desque Cortés hubo llegado a Güeyacalá, que así se llamaba, y los caciques de aquel pueblo le vinieron de paz, y les habló con doña Marina, la lengua, de tal manera que al parecer se holgaban, y Cortés les daba cosas de Castilla, y trajeron maíz y bastimento, y luego mandó llamar todos los caciques, y se informó dellos del camino que habíamos de llevar, y les preguntó que si sabían de otros hombres como nosotros con barbas y caballos, y si habían visto navíos ir por la mar; y dijeron que ocho jornadas de allí había muchos hombres con barbas y mujeres de Castilla y caballos, y tres acales (que en su lengua acales llaman a los navíos); de la cual nueva se holgó Cortés de saber; y preguntando por los pueblos y camino por donde habíamos de ir, todo se lo trajeron figurando en unas mantas, y aun los ríos y ciénagas y atolladeros; y les rogó que en los ríos pusiesen puentes y llevasen canoas, pues tenía mucha gente y eran grandes poblaciones; y los caciques dijeron que, puesto que eran sobre veinte pueblos, que no les quería obedecer todos los más dellos, en especial unos que estaban entre unos ríos, y que era necesario que luego enviase de sus teules, que así nos llamaban a los soldados, a les hacer traer maíz y otras cosas, y que les mandase que los obedeciesen, pues que eran sus sujetos. Y como aquello entendió Cortés, luego mandó a un Diego de Mazariegos, primo del tesorero Alonso de Estrada, que quedaba por gobernador en México, que porque viese y conociese que Cortés tenía

mucha cuenta de su persona, que le hacía honra de enviarle por capitán a aquellos pueblos y a otros comarcanos; cuando le envió secretamente le dijo que porque él no entendía muy bien las cosas de la tierra, por ser nuevamente venido de Castilla, y no tenía tanta experiencia por ser en cosa de indios, que me llevase a mí en su compañía, y lo que yo le aconsejase no saliese dello; y así lo hizo, y no quisiera escribir esto en esta relación, porque no pareciese que me jactanciaba dello; y no lo escribiera, sino porque fue público en todo el real, y aun después lo vi escrito de molde en unas cartas y relaciones que Cortés escribió a su majestad, haciéndole saber todo lo que pasaba y del viaje de Honduras, y por esta causa lo escribo. Volvamos a nuestra materia. Fuimos con el Mazariego hasta ochenta soldados en canoas que nos dieron los caciques, y cuando hubimos llegado a las poblaciones, todos de buena voluntad nos dieron de lo que tenían, y trajimos sobre cien canoas de maíz e bastimento y gallinas y miel y sal, y diez indias que tenían por esclavas, y vinieron los caciques a ver a Cortés; de manera que todo el real tuvo muy bien que comer, y dende a cuatro días se huyeron todos los más caciques, que no quedaron sino tres guías, con los cuales fuimos nuestro camino y pasamos dos ríos, y el uno en puentes, que luego se quebraron al pasar, y el otro en barcas, y fuimos a otro pueblo sujeto al mismo Acalá, y estaba ya despoblado, y allí buscamos comida y maíz que tenían escondido por los montes. Dejemos de contar nuestros trabajos y caminos, y digamos cómo Guatemuz, gran cacique de México, y otros principales mexicanos que iban con nosotros, habían puesto en plática, o lo ordenaban, de nos matar a todos y volverse a México, y llegados a su ciudad, juntar sus grandes poderes y dar guerra a los que en México quedaban, y tornarse a levantar; y quien lo descubrió a Cortés fueron dos grandes

caciques mexicanos, que se decían Tapia y Juan Velázquez; este Juan Velázquez fue capitán general de Guatemuz cuando nos dieron guerra en México. Y como Cortés lo alcanzó a saber, hizo informaciones sobre ello, no solamente de los dos que lo descubrieron, sino de otros caciques que eran en ello; y lo que confesaron era que, como nos veían ir por el camino descuidados y descontentos, y que muchos soldados habían adolecido, y que siempre nos faltaba la comida, y que ya se habían muerto de hambre cuatro chirimías y el volteador y otros cinco soldados, y también se habían vuelto otros tres soldados camino de México, y se iban a su aventura por los caminos por donde habían venido, y que más querían morir que ir adelante; que sería bien que cuando pasásemos algún río o ciénaga dar en nosotros, porque eran los mexicanos sobre tres mil y traían sus armas y lanzas, y algunos con espadas. El Guatemuz confesó que así era como lo habían dicho los demás; empero que no salió de él aquel concierto, y que no sabía si todos fueron en ello o se efectuaría, y que nunca tuvo pensamiento de salir con ello, sino solamente la plática que sobre ello hubo; y el cacique de Tacuba dijo que entre él y Guatemuz habían dicho que valía más morir de una vez que morir cada día en el camino, viendo la gran hambre que pasaban sus macechuales y parientes. Y sin haber más probanzas, Cortés mandó ahorcar al Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo, y antes que los ahorcasen, los frailes franciscos fueron esforzandolos y encomendando a Dios con la lengua doña Marina; y cuando le ahorcaron dijo el Guatemuz: «¡Oh capitán Malinche! Días habla que yo tenía entendido e había conocido tus falsas palabras, que esta muerte me habías de dar, pues yo no me la di cuando te entregaste en mi ciudad de México; ¿por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande». El señor de Tacuba dijo que

daba por bien empleada su muerte por morir junto con su señor Guatemuz. Y antes que los ahorcasen los fueron confesando los frailes franciscos con la lengua de doña Marina; e yo tuve gran lástima del Guatemuz y de su primo, por haberles conocido tan grandes señores, y aun ellos me hacían honra en el camino en cosas que se me ofrecían, especial en darme algunos indios para traer yerba para mi caballo. Y fue esta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal a todos los que íbamos aquella jornada. Volvamos a ir nuestro camino con gran concierto, por temor que los mexicanos, viendo ahorcar; a su señor, no se alzasen; mas traían tanta mala ventura de hambre y dolencia, que no se les acordaba dello; y después que los hubieron ahorcado, según dicho tengo, luego fuimos camino de otro pueblezuelo, y antes de entrar en él pasamos un río bien hondable en barcas, y hallamos el pueblo sin gente, que aquel día se habían ido, e buscamos de comer por las estancias, e hallamos ocho indios que eran sacerdotes de ídolos, y de buena voluntad se vinieron a su pueblo con nosotros; e Cortés les habló con doña Marina para que llamasen sus vecinos, y que no hubiesen miedo y que trajesen de comer; y ellos dijeron a Cortés que le rogaban que mandase que no les llegasen a unos ídolos que estaban junto a la casa donde Cortés posaba, e que le traerían comida y harían lo que pudiesen; y Cortés dijo que él haría lo que decían, e que no llegarían a cosa ninguna; mas que para qué querían aquellas cosas de ídolos, que son de barro y de maderos viejos, y que eran cosas malas, que les engañaban; y tales cosas les predicó con los frailes y doña Marina, que respondieron a lo que les decían muy bien: que los dejarían; y trajeron veinte cargas de maíz y unas gallinas; y Cortés se informó dellos que si sabían qué tantos soles de allí había hombres con barbas como nosotros, y caballos; y

dijeron que siete soles, que se decía el pueblo donde estaban los de a caballo Nito, y que ellos irían por guías hasta otro pueblo, y que habíamos de dormir una noche en despoblado antes de llegar a él; y Cortés les mandó hacer una cruz en un árbol muy grande, que se dice ceiba, que está junto a las casas adonde tenían los ídolos. También quiero decir que, como Cortés andaba mal dispuesto, y aun muy pensativo y descontento del trabajoso camino que llevábamos, e como había mandado ahorcar a Guatemuz e a su primo el señor Tacuba sin tener justicia para ello, e había cada día hambre, e que adolecían españoles e morían muchos mexicanos, pareció ser que de noche no reposaba de pensar en ello, y salíase de la cama donde dormía a pasear en una sala adonde había ídolos, que era aposento principal de aquel pueblezuelo, adonde tenía otros ídolos, y descuidóse y cayó más de dos estados abajo y se descalabró la cabeza, y calló, que no dijo cosa buena ni mala sobre ello, salvo curarse la descalabradura, y todo se lo pasaba y sufría. E otro día muy de mañana proseguimos a caminar con nuestras guías, y sin acontecer cosa que de contar sea, fuimos a dormir cabe un estero y cerca de unos montes muy altos; e otro día fuimos por nuestro camino, e a hora de misa mayor llegamos a un pueblo nuevo, y en aquel día se había despoblado y metido en unas ciénagas, y eran nuevamente hechas las casas y de pocos días, y tenían en el pueblo hechas albarradas de maderos gruesos, y todo cercado de otros maderos muy recios, y hechas cavas hondas antes de la entrada en él, y dentro dos cercas, la una como barbacana, y con sus cubos y troneras; y tenían a otra parte por cerca unas penas muy altas, llenas de piedras hechizas a mano, con grandes mamparos; y por otra parte una gran ciénaga, que era fortaleza. Pues desque hubimos entrado en las casas hallamos tantos gallos de papada y gallinas cocidas, como

los indios las comen, con sus ajíes y pan de maíz, que se dice entre ellos tamales, que por una parte nos admirábamos de cosa tan nueva, y por otra nos alegrábamos con la mucha comida, y nos dio que pensar en tan nuevo caso; y también hallamos una gran casa llena de lanzas chicas y arcos y flechas, y buscamos por los rededores de aquel pueblo si había amizales y gente, y no había ninguna, ni aun grano de maíz. Estando desta manera, vinieron hasta quince indios que salieron de las ciénagas, que eran principales de aquel pueblo, y pusieron las manos en el suelo y besaron la tierra, y dicen a Cortés medio llorando que le piden por merced que aquel pueblo ni cosa alguna no se la quemen, porque son nuevamente venidos allí a hacerse fuertes por causa de sus enemigos, que me parece que dijeron que se decían lacandones, porque les han quemado y destruido dos pueblos en tierra llana, adonde vivían, y les han robado y muerto mucha gente; los cuales pueblos habíamos de ver abrasados adelante por el camino adonde habíamos de ir, que están en tierra muy llana; y allí dieron cuenta cómo y de qué manera les daban guerra, y la causa por qué eran sus enemistades; e Cortés les preguntó que cómo tenían tanto gallo y gallinas a, cocer; y dijeron que por horas aguardaban a sus enemigos, que les habían de venir a dar guerra, e que si les vencían, que les había de tomar sus haciendas y gallos y llevarles cautivos; que porque no lo hubiesen ni gozasen se lo querían antes comer; y que si ellos les desbarataban a los enemigos, que irían a sus pueblos y les tomarían sus haciendas; y Cortés dijo que le pesaba dello y de su guerra, y por ir de camino no lo podía remediar. Llamábase aquel pueblo, y otras grandes poblaciones por donde otro día pasamos, los mazatecas, que quiere decir en su lengua los pueblos o tierras de venados; y tuvieron razón de ponerles aquel nombre, por lo que adelante diré. Y desde allí fueron

con nosotros dos indios dellos, y nos fueron mostrando sus poblaciones quemadas, y dieron relación a Cortés cómo estaban los españoles adelante. Y dejarlo he aquí, y diré cómo otro día salimos de aquel pueblo, y lo que más hubo en el camino.

Capítulo CLXXVIII

Cómo seguimos nuestro viaje, y lo que en ello nos avino

Como salimos del «pueblo cercado», que así le llamábamos de allí adelante, entramos en bueno y llano camino, y todo sabanas y sin árboles, y hacía un sol tan caluroso y recio, que otro mayor resestero no habíamos tenido en el camino. E yendo por aquellos campos rasos, había tantos de venados y corrían tan poco, que luego los alcanzábamos a caballo, por poco que corríamos tras ellos, y se mataron sobre veinte; y preguntando a las guías que llevábamos que cómo corrían tan poco aquellos venados, y no se espantaban de los caballos ni de otra cosa ninguna, dijeron que en aquellos pueblos, que ya he dicho que se decían los mazatecas, que los tienen por sus dioses: porque les ha aparecido en su figura, y que les mandó su ídolo que no les maten ni espanten, y que así lo han hecho, y que a esta causa no huyen, y en aquella caza, a un pariente de Cortés, que se decía Palacios Rubios, se le murió un caballo porque se le derritió la manteca en el cuerpo con el gran calor y corrió mucho. Dejemos la caza, y digamos que luego llegamos a las poblaciones quemadas, que era mancilla verlo todo destruido e quemado. E yendo por nuestras jornadas, como Cortés siempre enviaba adelante corredores del campo a caballo y sueltos peones, alcanzaron dos indios naturales de otro pueblo que estaba adelante, por donde habíamos de ir, que venían de caza y cargados de un gran león y muchas iguanas, que son de hechura de sierpes chicas: que en estas partes así las llaman, iguanas, que son muy buenas de comer; y les preguntaron que si estaba cerca su pueblo, y dijeron que sí y que ellos guiarían hasta el pueblo, y estaba en una isleta cercada de agua dulce, que no

podíamos pasar por la parte que íbamos sino en canoas, y rodeamos poco más de media legua; y tenían paso, que daba el agua hasta la cinta, y hallámosle poblado con la mitad de los vecinos, porque los demás se habían dado buena prisa a esconder con sus haciendas entre unos carrizales, donde tenían cerca sus sementeras, donde durmieron muchos de nuestros soldados que se quedaron en los maizales, y tuvieron bien de cenar y se abastecieron para otros días; y llevamos guías hasta otro pueblo, que estuvimos en llegar a él dos días, y hallamos en el pueblo un gran lago de agua dulce, y tan lleno de pescados grandes, que parecían como sábalos, muy desabridos, que tienen muchas espinas, y con unas mantas viejas y con redes rotas que hallamos en aquel pueblo, porque ya estaba despoblado, se pescaron todos los peces que había en el agua, que eran más de mil; y allí buscamos guías, las cuales se tomaron en unas labranzas; y de que Cortés les hubo hablado con doña Marina que nos encaminasen a los pueblos adonde había hombres con barbas y caballos, se alegraron cómo no les hacíamos mal ninguno; y dijeron que ellos nos mostrarían el camino de buena voluntad, que de antes creían que los queríamos matar; y fueron cinco dellos con nosotros por un camino bien ancho, y mientras más adelante íbamos se iba enangostando, a causa de un gran río y estero que allí cerca estaba, que parece ser en él se embarcaban y desembarcaban en canoas, e iban por agua al pueblo donde habíamos de ir, que se dice Tayasal, el cual está en una isleta cercada de agua, e si no es en canoas, no pueden entrar en él por tierra, y blanqueaban las casas y adoratorios de más de dos leguas que se parecían, y era cabecera de otros pueblos chicos que allí cerca están. Volvamos a nuestra relación: que como vimos que el camino ancho que de antes traíamos se había vuelto en vereda muy angosta,

bien entendimos que por el estero se mandaban, e así nos lo dijeron las guías que traíamos; acordamos de dormir cerca de unos altos montes, y aquella noche fueron cuatro capitanías de soldados por las veredas que salían al estero, a tomar gulas, y quiso Dios que se tomaron dos canoas con diez indios y dos mujeres, y traían las canoas cargadas con maíz y sal, y luego los llevaron a Cortés, y les halagó y habló muy amorosamente con la lengua doña Marina, y dijeron que eran naturales del pueblo que estaba en la isleta, y que estaría de allí, a lo que señalaban, obra de cuatro leguas; y luego Cortés mandó que se quedase con nosotros la mayor canoa y cuatro indios y las dos mujeres, y la otra canoa envió al pueblo con seis indios y dos españoles, a rogar al cacique que traiga canoas al pasar del río, y que no se le haría ningún enojo, y le envió unas cuentas de Castilla, y luego fuimos nuestro camino por tierra hasta el gran río, y la una canoa fue por el estero hasta llegar al río; e ya estaba el cacique con otros muchos principales aguardando al pasaje con cinco canoas, y trajeron cinco gallinas y maíz y Cortés les mostró gran voluntad; y después de muchos buenos razonamientos que hubo de los caciques a Cortés, acordó de ir con ellos a su pueblo en aquellas canoas, y llevó consigo treinta ballesteros; y llegado a las casas, le dieron de comer y poco oro bajo y de poca valía, y unas mantas, y le dijeron que había españoles así como nosotros en dos pueblos, que el un ya he dicho que se decía Nito, que es el San Gil de Buena-Vista, junto al Golfo-Dulce; y ahora le dan nuevas que hay otros muchos españoles en Naco, y que habrá del un pueblo al otro diez días de camino, y que el Nito es en la costa del norte y el Naco en la tierra adentro; y Cortés nos dijo que por ventura el Cristóbal de Olí había repartido su gente en dos villas; que entonces no sabíamos de los de Gil González de Ávila, que pobló a San Gil de Buena-Vista.

Volvamos a nuestro viaje, que todos pasamos aquel gran río en canoas, y dormimos obra de dos leguas de allí, y no anduvimos más porque aguardamos a Cortés que viniese del pueblo, y como vino, mandó que dejásemos en aquel pueblo un caballo morcillo, que estaba malo de la caza de los venados, y se le había derretido el unto en el cuerpo y no se podía tener; y en este pueblo se huyó un negro y dos indias naborías, y se quedaron tres españoles, que no se echaron menos hasta de ahí a tres días; que más querían quedar entre enemigos que venir con tanto trabajo con nosotros. Este día estuve yo muy malo de calenturas y del gran sol que se me había entrado en la cabeza, porque ya he dicho otra vez que entonces hacía recio sol: y bien se pareció, porque luego comenzó a llover tan recias aguas que en tres días con sus noches no dejó de llover y no nos paramos en el camino, porque aunque quisiéramos aguardar que hiciera buen tiempo, no teníamos bastimento de, maíz, y por temor no faltase íbamos caminando. Volvamos a nuestra relación: que desde a dos días dimos en una sierrezuela de unas piedras que cortaban como navajas; y puesto que fueron nuestros soldados a buscar otros caminos (para dejar aquella sierra de los pedernales) más de una legua a una parte e a otra no hallaron otro camino, sino pasar por el que íbamos; e hicieron tanto daño aquellas piedras a los caballos, que como llovía resbalaban y caían, y cortábanse piernas y brazos y aun en los cuerpos, y mientras más abajábamos, peor era, porque ya era la bajada de la sierrezuela; allí se nos quedaron ocho caballos muertos, y los más que escaparon desjarretados; y se le quebró una pierna a un soldado que se decía Palacios Rubio, deudo de Cortés; y cuando nos vimos fuera de la sierra «de los Pedernales», que así la llamábamos desde allí adelante, dimos muchas gracias y loores a Dios. Pues ya que llegábamos cerca de un pueblo

que se dice Taica, íbamos gozosos creyendo hallar bastimentos, y antes de llegar a él venía un río de una sierra entre grandes peñascos y derrumbaderos, y como había llovido tres días y tres noches, venía tan furioso y con tanto ruido, que bien se oía a dos leguas, por caer entre grandes peñas; y demás desto, venía muy hondo, y pasarle era por demás, y acordamos de hacer una puente desde unas peñas a otras, y tanta priesa nos dimos en tenerla hecha, con árboles muy gruesos, que en tres días comenzamos a pasar para ir al pueblo; y como estuvimos allí los tres días haciendo la puente, los indios naturales del pueblo tuvieron lugar de esconder el maíz y todo el bastimento y ponerse en cobro, que no los podíamos hallar en todos los rededores; y con la hambre, que ya nos aquejaba, estábamos todos como atónitos, pensando en la comida e trabajos. Yo digo que verdaderamente nunca había sentido tanto dolor en mi corazón como entonces, viendo que no tenía de comer ni qué dar a mi gente, y estar con calenturas, puesto que con diligencia lo buscábamos más de dos leguas del pueblo en todos los rededores; y esto era víspera de pascua de la resurrección de nuestro salvador Jesucristo. Miren los lectores qué pascua podíamos tener sin comer, que con maíz fuéramos muy contentos. Pues como aquesto vio Cortés, luego envió de sus criados y mozos de espuelas, con las guías, a buscar por los montes y barrancas maíz; el primer día de pascua trajeron obra de una hanega; y como vio la gran necesidad, mandó llamar a ciertos soldados, todos los más vecinos de Guazacualco, y entre ellos me nombró a mí, y nos dijo que nos rogaba mucho que trastornásemos toda la tierra y buscásemos de comer; que ya veíamos en qué estado estaba todo el real; y en aquella sazón estaba delante de Cortés, cuando nos los mandaba, Pedro de Ircio, que hablaba mucho, y dijo que le suplicaba que le enviase por

nuestro capitán, y le dijo Cortés: «Id en buena hora»; y como aquello yo entendí, y sabía que Pedro de Ircio no podía andar a pie, y nos había de estorbar antes que ayudar, secretamente dije a Cortés y al capitán Sandoval que no fuese Pedro de Ircio, que no podía andar por los Iodos y ciénagas con nosotros, porque era paticorto y no era para ello, sino para mucho hablar, y que no era para ir a entradas; que se pararía o sentaría en el camino de rato en rato. Y luego mandó Cortés que se quedase, y fuimos cinco soldados con dos guías por unos ríos bien hondos, y después de pasados los ríos, dimos en unas ciénagas, y luego en unas estancias, donde estaba recogida toda la mayor parte de gente de aquel pueblo, y hallamos cuatro casas llenas de maíz y muchos frisoles y sobre treinta gallinas, y melones de la tierra, que se dicen en estas tierras ayotes, y apañamos cuatro indios y tres mujeres, y tuvimos buena pascua, y esa noche llegaron a aquellas estancias sobre mil mexicanos que mandó Cortés que fuesen tras nosotros y nos siguiesen porque tuviesen de comer; y todos muy alegres cargamos a los mexicanos todo el maíz que pudieron llevar, y que Cortés lo repartiese, y también le enviamos veinte gallinas para Cortés y Sandoval, y los indios y las indias, y quedamos aguardando dos casas de maíz, no las quemasen o llevasen de noche los naturales del pueblo; y luego otro día pasamos más adelante con otras guías, y topamos otras estancias, y había maíz y gallinas, y otras cosas de legumbres, y luego hice tinta, y en un cuero de atambor escribí a Cortés que enviase muchos indios, porque había hallado otras estancias con maíz; y como le envié las indias y los indios y lo por mí dicho, y lo supieron en todo el real, otro día vinieron sobre treinta soldados y más de quinientos indios, y todos llevaron recaudo, y desta manera, gracias a Dios, se proveyó el real; y estuvimos en aquel pueblo cinco días, y ya he dicho que se

dice Taica. Dejemos desto, y quiero decir que, como hicimos esta puente, y en todos los caminos hicimos las grandes puentes, y después que aquellas tierras y provincias estuvieron de paz, los españoles que por aquellos caminos estaban y pasaban, y hallaban algunas de las puentes sin se haber deshecho al cabo de muchos años, y los grandes árboles que en ellas poníamos, se admiran dello, y suelen decir ahora. «Aquí son las puentes de Cortés»; como si dijesen, las columnas de Hércules. Dejémonos destas memorias, pues no hacen a nuestro caso, y digamos cómo fuimos por nuestro camino a otro pueblo que se dice Tania, y estuvimos en llegar a él dos días, y hallámosle despoblado y buscamos de comer, y hallamos maíz e otras legumbres, mas no muy abastado; y fuimos por los rededores de él a buscar camino, y no le hallábamos, sino todos ríos y arroyos, y las guías que habíamos traído del pueblo que dejamos atrás se huyeron una noche a ciertos soldados que las guardaban, que eran de los recién venidos de Castilla, que pareció ser se durmieron; y de que Cortés lo supo, quiso castigar a los soldados por ello, y por ruegos los dejó, y entonces envió a buscar guías y camino, y era por demás hallarlo por tierra enjuta, porque todo el pueblo estaba cercado de ríos y arroyos, y no se podían tomar ningunos indios ni indias; y demás desto, llovía a la continua, y no nos podíamos valer de tanta agua, y Cortés y todos nosotros estaban espantados y penosos de no saber ni hallar camino por donde ir, y entonces muy enojado dijo Cortés a Pedro de Ircio y a otros capitanes, que eran de los de México: «Ahora querría yo que hubiese quien dijese que quería ir a buscar guías o camino, y no dejarlo todo a los vecinos de Guazacualco»; y Pedro de Ircio, como oyó aquellas palabras, se apercibió con seis soldados, sus conocidos y amigos, y fue por una parte, y un Francisco Marmolejo, que

era persona de calidad, con otros seis soldados, por otra parte, y un Santa Cruz, burgalés, regidor que fue de México, fue por otra con otros soldados; y anduvieron todos tres días, y puesto que fueron a una parte y a otra, no hallaron camino ni guías, sino todo agua y arroyos y ríos y cuando hubieron venido sin recaudo ninguno, quería reventar Cortés de enojo, y dijo al Sandoval que me dijese a mí el gran trabajo en que estábamos, y que me rogase de su parte que fuese a buscar guías y camino; y esto lo dijo con palabras amorosas y a manera de ruegos, por causa que supo cierto que yo estaba malo, como dicho tengo, que aún tenía calenturas, y aun me habían apercibido antes que a Sandoval, me hablase para ir con Francisco Marmolejo, que era mi amigo, y dije que no podía ir por estar malo y cansado, que siempre me daban a mí el trabajo, y que enviasen a otro; y luego vino Sandoval otra vez a mi rancho, y me dijo por ruegos que fuese con otros dos compañeros, los que yo escogiese, porque decía Cortés que, después de Dios, en mi tenía confianza que traería recaudo; y puesto que yo estaba malo, no le pude perder vergüenza, y demandé que fuese conmigo un Hernando de Aguilar y un Hinojosa, hombres que sabía que eran de sufrir trabajo; y salimos, y fuimos por unos arroyos abajo, y fuera de los arroyos, en el monte había unas señales de ramas cortadas, y seguimos aquel rastro más de una legua, y luego salimos del arroyo, y dimos en unos ranchos pequeños, despoblados de aquel día, y seguimos el mismo rastro, y desde lejos en una cuesta vimos unos maizales y una casa, y sentimos gente en ella; y como era ya puesta del sol, estuvimos en el monte hasta buen rato de la noche, que nos pareció que debían de dormir los moradores de aquellas milpas, y muy callando dimos presto en la casa y prendimos tres indios y dos mujeres mozas, y hermosas para ser indias, y una vieja, y

tenían dos gallinas y un poco de maíz y trajimos el maíz y gallinas con los indios e indias, y muy alegres volvimos al real; y cuando Sandoval lo supo, que fue el primero, que estaba aguardando en el camino sobre tarde, de gozo no podía caber, y fuimos delante de Cortés, que lo tuvo en más que si le dieran otra buena cosa. Entonces dijo Sandoval a Pedro de Ircio: si tuvo Bernal Díaz del Castillo razón el otro día cuando fue a buscar maíz, en decir que no quería ir sino con hombres sueltos, y no con quien vaya todo el camino muy de espacio, contando lo que le acaeció al conde de Urueña y a don Pedro Girón, su hijo (porque estos cuentos decía el Pedro de Ircio muchas veces); no tenéis razón de decir que él os revolvía con el señor capitán e conmigo; e todos se rieron dello; y esto dijo el Sandoval porque el Pedro de Ircio estaba mal conmigo. Y luego Cortés me dio las gracias por ello y dijo: «Siempre tuve que había de traer recaudo e yo os empeño estas, y fueron sus barbas, que yo tenga cuenta con vuestra persona». Quiero dejar destas alabanzas, pues son vaciadizas, que no traen provecho ninguno; que otros las dijeron en México cuando contaban deste trabajoso viaje. Volvamos a decir que Cortés se informó de las guías y de las dos mujeres, y todos conformaron que por un río abajo habíamos de ir a un pueblo que está de allí dos días de camino: el nombre del pueblo se decía Ocolizte, que era de más de doscientas casas, y estaba despoblado de pocos días pasados; e yendo por nuestro río abajo, topamos unos grandes ranchos, que eran de indios mercaderes, donde hacían jornada, y allí dormimos; y otro día entramos en el mismo río y arroyo, y fuimos obra de media legua por él, y dimos en buen camino, y a aquel pueblo de Ocolizte llegamos aquel día, y había mucho maíz y legumbres, y en una casa de adoratorios de ídolos se halló un bonete viejo colorado y un alpargate

ofrecido a los ídolos; y ciertos soldados que fueron por las barrancas trajeron a Cortés dos indios viejos y cuatro indias que se tomaron en los maizales de aquel pueblo, y Cortés les preguntó, con nuestra lengua doña Marina, por el camino, y qué tanto estaban de allí los españoles, y dijeron que dos días, y que no había poblado ninguno hasta allá, y que tenían las casas junto a la costa de la mar; y luego incontinenti mandó Cortés a Sandoval que fuese a pie con otros seis soldados, y que saliese a la mar, y que de una manera o de otra procurase saber e inquirir si eran muchos españoles los que allí estaban poblados con Cristóbal de Olí, porque en aquella sazón no creíamos que hubiese otro capitán en aquella tierra; y esto quería saber Cortés para que diésemos sobre Cristóbal de Olí de noche si allí estuviese, o prenderle a él o a sus soldados; y el Gonzalo de Sandoval fue con los seis soldados, y tres indios por guías, que para ello llevaba, de aquel pueblo de Ocolizte; e yendo por la costa del norte, vio que venía por la mar una canoa a remo y a la vela, y se escondió de día en un monte, porque vieron venir la canoa con los indios mercaderes, y venía costa a costa, y traían del Golfo-Dulce, y de noche la tomaron en un ancón que era puerto de canoas, y en la misma canoa se metió el Sandoval con dos compañeros y con los indios remeros que traía la misma canoa y con las tres guías, y se fue costa a costa, y los demás soldados se fueron por tierra, porque supo que estaba cerca el río grande, y llegados que hubieron cerca del río grande, quiso la ventura que habían venido aquella mañana cuatro vecinos de la villa, que estaba poblada, y un indio de Cuba, de los de Gil González de Ávila, en una canoa, y pasaron de la parte del río a buscar una fruta que llaman zapotes para comer asados, porque en la villa donde estaban, pasaban mucha hambre y estaban todos los más dolientes, y no

osaban salir a buscar bastimentos a los pueblos, porque les habían dado guerra los indios cercanos y muertos diez soldados después que los dejó allí Gil González de Ávila. Pues estando derrocando los de Gil González los zapotes del árbol, y estaban encima del árbol los dos hombres, cuando vieron venir la canoa por la mar, en que venía el Gonzalo de Sandoval; y sus compañeros se espantaron y admiraron de cosa tan nueva, y no sabían si huir, si esperar; y como llegó Sandoval a ellos les dijo que no hubiesen miedo; y así, estuvieron quedos y muy espantados; y después de bien informados el Sandoval y sus compañeros de los españoles cómo y de qué manera estaban allí poblados los de Gil González de Ávila, y de mal suceso de la armada del de las Casas, que se perdió, y cómo el Cristóbal de Olí los tuvo presos al de las Casas y al Gil González de Ávila, y cómo degollaron en Naco a Cristóbal de Olí por sentencia que dieron contra él, y cómo eran partidos para México, y supieron quién y cuántos estaban en la villa, y la gran hambre que pasaban, y cómo había pocos días que habían ahorcado en aquella villa al teniente y capitán que les dejó allí el Gil González de Ávila, que se decía Armenta, y por qué causa le ahorcaron, que fue porque no les dejaba ir a Cuba; acordó Sandoval de llevar luego aquellos hombres a Cortés, y no hacer novedad ni ir a la villa sin él, para que de sus personas fuese informado; y entonces un soldado que se decía Alonso Ortiz, vecino que después fue de una villa que se dice San Pedro, suplicó a Sandoval que le hiciese merced de darle licencia para adelantarse una hora para llevar las nuevas a Cortés y a todos los que con él estábamos, porque le diésemos albricias, y así lo hizo; de las cuales nuevas se holgó Cortés y todo nuestro real, creyendo que allí acabáramos de pasar tantos trabajos como pasábamos, y se nos doblaron mucho más según adelante diré; e a Alonso

Ortiz, que llevó estas nuevas a Cortés, le dio luego un caballo muy bueno rosillo, que llamaban «Cabeza de Moro», y todos le dimos de lo que entonces teníamos; Y luego llegó el capitán Sandoval con los soldados y el indio de Cuba, y dieron relación a Cortés de todo lo por mí dicho, y de otras muchas cosas que les preguntaba, y cómo tenían en aquella villa un navío que estaban calafateando en un puerto obra de media legua de allí, el cual tenían para se embarcar todos en él e irse a Cuba, y que porque no les había dejado embarcar el teniente Armenta le ahorcaron, y también porque mandaba dar garrote a un clérigo que revolvía la villa, y alzaron por teniente a un Antonio Nieto en lugar del Armenta, que ahorcaron. Dejemos de hablar de las nuevas de los dos españoles, y digamos los lloros que en su villa se hicieron viendo que no volvían aquella noche los vecinos y el indio de Cuba, que habían ido a buscar la fruta, que creyeron que indios los habían muerto, o tigres o leones, y el uno de los vecinos era casado, y su mujer lloraba por él, y todos los vecinos, y también el clérigo, que se llamaba el bachiller hulano Velázquez; se juntaron en la iglesia, y rogaron a Dios que les ayudase y que no viniesen más males sobre ellos, y no hacía la mujer sino rogar a Dios por el ánima del marido. Volvamos a nuestra relación: que luego Cortés nos mandó a todo nuestro ejército ir camino de la mar, que sería seis leguas, y aun en el camino había un estero muy crecido y hondo, que crecía y menguaba, y estuvimos aguardando que menguase medio día, y lo pasamos a vuelapié e a nado, y llegamos al gran río de Golfo-Dulce, y el primero que quiso ir a la villa, que estaba de allí dos leguas, fue el mismo Cortés con seis soldados, sus mozos de espuelas, y fue, a las dos canoas atadas, que una era en que habían venido los soldados de Gil González a buscar zapotes, y la otra que Sandoval había tomado en la

costa a los indios; que para aquel menester las habían varado en tierra y escondido en el monte para pasar en ellas, y las tornaron a echar al agua, y se ataron una con otra de manera que estaban bien fijas, y en ellas pasó Cortés y sus criados, y luego en las mismas canoas mandó que se pasasen dos caballos, y es desta manera, en las canoas remando, y los caballos del cabestro nadando junto a las canoas y con maña y no dar mucho largo al caballo, porque no trastorne la canoa; mandó que hasta que viésemos su carta o mandato que no pasásemos ninguna en las mismas canoas, por el riesgo que había en el pasaje, que Cortés se vio arrepentido de haber ido en ellas, porque venía el río con gran furia. Y dejarlo e aquí, y diré lo que más nos pasó.

Capítulo CLXXIX

Cómo Cortés entró en la villa donde estaban poblados los de Gil González de Ávila, y de la gran alegría que todos los vecinos hubieron, y lo que Cortés ordenó

Después que Cortés hubo pasado el gran río de Golfo-Dulce de la manera que dicho tengo, fue a la villa donde estaban poblados los españoles de Gil González de Ávila, que seria de allí dos leguas, que estaban junto a la mar, y no adonde solían estar primero poblados, que llamaron San Gil de Buena-Vista; y cuando vieron entre sus casas hombres a caballo y otros seis a pie, espantáronse en gran manera, y como supieron que era Cortés, que tan nombrado era en todas estas partes de las Indias y en Castilla, no sabían qué se hacer de placer; y después de venir todos a besarle las manos y darle el parabién-venido, Cortés les habló muy amorosamente, y mandó al teniente, que se decía Nieto, fuese donde daban carena al navío y trajesen dos bateles que tenían, y que si había canoas, que asimismo las trajesen atadas de dos en dos, y mandó que se buscase todo el cazabe que allí tenían y lo llevasen al capitán Sandoval, que otro pan de maíz no había para que comiesen, y repartiesen entre todos nosotros los de su ejército; y el teniente lo buscó luego y no se hallaron cincuenta libras dello, porque no comían sino zapotes asados y legumbres y algún marisco que pescaban; y aun aquel cazabe que dieron guardaron para el matalotaje para irse a Cuba cuando estuviese calafateado el navío; y con dos bateles y ocho marineros que luego vinieron, escribió Cortés a Sandoval que él mismo en persona y el capitán Luis Marín fuesen los postreros que pasasen aquel gran río, y que mirase que no se embarcasen más de los que él mandase; y los bateles pasaron sin mucha

carga, por causa de la gran corriente del río, que venía muy crecido y recio, y con cada batel dos caballos, y en las canoas no pasase caballo ninguno, que se perderían y trastornarían, según la furia de la corriente; y sobre el pasar delante uno que se decía Saavedra, hermano de otro Abalos, parientes de Cortés, querían pasar primero, puesto que Sandoval decía que en la primera barca pasarían, porque pasaban en aquella sazón los religiosos franciscos, y que era justo tener primero cumplimiento con ellos; y como el Saavedra era pariente de Cortés, y esta envidia de mandar vino desde Lucifer, no quisiera que Sandoval le pusiera impedimento, sino que callara; y respondióle no tan bien mirado como convenía; el Sandoval, que no se las sufría, tuvieron palabras, de manera que el Saavedra echó mano a un puñal; y puesto que Sandoval, como estaba dentro en el río a más de la rodilla el agua deteniendo que los bateles no se cargasen demasiado, así como estaba arremetió al Saavedra, y le tenía tomada la mano donde tenía el puñal, y le derrocó en el agua, y si de presto no nos metiéramos entre ellos y los despartiéramos, ciertamente el Saavedra librara mal, porque todos los más soldados nos mostramos de la parte de Sandoval. Dejemos esta cuestión, y diré cómo estuvimos cuatro días en pasar aquel río; y de comer, ni por pensamiento, si no era de unas pacayas que nacen de unas palmillas chicas, y otras como nueces, que asábamos y las partíamos, y los meollos dellas comíamos; y en aquel río se ahogó un soldado con su caballo, el cual soldado se decía Tarifa, que pasaba en una canoa, y no pareció más él ni el caballo. También se ahogaron dos caballos, y el uno era de un soldado que se decía Solís Casquete, que hacía bramuras por él e maldecía a Cortés y a su viaje. Quiero decir de la grande hambre que allí en el pasar del río hubo, y aun del murmurar de Cortés y de su

venida, y aun de todos nosotros que le seguíamos; pues cuando hubimos llegado al pueblo no había bocado de cazabe que comer, ni aun los vecinos lo tenían, ni sabían caminos, si no era de dos pueblos que allí cerca solían estar, que se habían ya despoblado, y luego Cortés mandó al capitán Luis Marín que con los vecinos de Guazacualco fuésemos a buscar maíz lo cual adelante diré.

Capítulo CLXXX

Cómo otro día después de haber llegado a aquella villa, que yo no le sé otro nombre sino San Gil de Buena-Vista, fuimos con el capitán Luis Marín hasta ochenta soldados, todos a pie, a buscar maíz y a descubrir la tierra, y lo que más pasó diré adelante

Ya he dicho que como llegamos a aquella villa que Gil González de Ávila tenía poblada, no tenían qué comer, y eran hasta cuarenta hombres y cuatro mujeres de Castilla y las dos mulatas, y todos dolientes y las colores muy amarillas; y como no teníamos qué comer nosotros ni ellos, no veíamos la hora de irlo a buscar; y Cortés mandó que saliese el capitán Luis Marín con los de Guazacualco y buscásemos maíz; y fuimos con él sobre ochenta soldados a pie hasta ver si había caminos para caballos, y llevábamos con nosotros un indio de Cuba que nos fuese guiando a unas estancias y pueblos que estaban de allí ocho leguas, donde hallamos mucho maíz e infinitos cacaguatales y frisoles y otras legumbres, donde tuvimos bien que comer, y aun enviamos a decir a Cortés que enviase todos los indios mexicanos y llevarían maíz, y le socorrimos entonces con otros indios con diez hanegas de ello, y luego enviamos por nuestros caballos; y como Cortés supo que estábamos en buena tierra, y se informó de indios mercaderes que entonces se habían prendido en el río del Golfo-Dulce, que para ir a Naco, donde degollaron a Cristóbal de Olí, era camino derecho por donde estábamos, envió a Gonzalo de Sandoval con toda la mayor parte de su ejército que nos siguiese, y que nos estuviésemos en aquellas estancias hasta ver su mandado. Y como llegó el Sandoval adonde estábamos, y vio que había abastadamente que comer, e holgó mucho, y luego envió a Cortés sobre treinta hanegas

de maíz con indios mexicanos, lo cual repartió a los vecinos que en aquella villa quedaban; como estaban hambrientos y no eran acostumbrados sino a comer zapotes asados y cazabe, y como se hartaron de tortillas, con maíz que le enviamos, se les hincharon las barrigas, e como estaban dolientes, se murieron siete dellos; y estando desta manera con tanta hambre, quiso Dios que aportó allí un navío que venía cargado de las islas de Cuba con siete caballos y cuarenta puercos y ocho pipas de tasajos salados, y pan cazabe, y venían hasta quince pasajeros y ocho marineros, y cuya era toda la más cargazón de aquel navío se decía Antón de Carmona, «el Borceguero», y Cortés compró fiado todo cuanto bastimento traía, y repartió dello a los vecinos; y como estaban de antes en tanta necesidad y debilitados, y se hartaron de la carne salada, dio a muchos dellos cámaras, de que murieron catorce. Pues como vino aquel navío con la gente y marineros, parecióle a Cortés que era bien ir a ver y calar y bojar aquel tan poderoso río, si había poblaciones arriba, y qué tierra era; y luego mandó calafatear un bergantín que estaba al través, que era de los del Gil González de Ávila, y adobar un batel y hacerle como barco del descargo, y con cuatro canoas, atadas unas con otras, y con treinta soldados y los ocho hombres de la mar de los nuevamente venidos en el navío, y Cortés por su capitán, y con veinte indios mexicanos, se fue por el río, y obra de diez leguas que hubo ido el río arriba, halló una laguna muy ancha, que tenía de bojo el largor y el anchor seis leguas, y no había población ninguna alrededor della, porque todo era anegadizo; y siguiendo el río arriba, venía ya muy corriente más que de antes, y había unos saltaderos, que no podían ir con el bergantín y los bateles y las canoas, acordó de las dejar allí en el río en un remanso con seis españoles en guarda dellas, y fue por tierra por un camino

angosto, y llegó a unos pueblezuelos despoblados, y luego dio en unos maizales, y de allí tomó tres indios por guías, que le llevaron a unos pueblos chicos, donde tenían mucho maíz y gallinas, y aun tenían faisanes, que en estas tierras llaman sacachules, y perdices de la tierra y palomas; y esto de tener perdices desta manera, yo lo he visto y hallado en pueblos que están en comarca destos de Golfo-Dulce, cuando fui en busca de Cortés, como adelante diré. Volvamos a nuestra relación: que allí tomó Cortés guías y pasó adelante, y fue a otros pueblezuelos que se dicen Cinacantencintle, donde tenían grandes cacaguatales y maizales y algodón, y antes que a ellos llegasen oyeron tañer atabalejos y trompetillas, haciendo fiestas y borracheras; y por no ser sentido Cortés, estuvo escondido con sus soldados en un monte; y cuando vio que era tiempo de ir a ellos, arremeten todos a una, y prendieron hasta diez indios y quince mujeres, y todos los más indios de aquel pueblo de presto se fueron a tomar sus armas, y vuelven con arcos y flechas y lanzas, y comenzaron a flechar a los nuestros, y Cortés con los suyos fue contra ellos, y acuchillaron ocho indios que eran principales; y como vieron el pleito mal parado y las mujeres tomadas, enviaron cuatro hombres viejos, y los dos eran sacerdotes de ídolos, y vinieron muy mansos a rogar a Cortés que les diese los presos, y trajeron ciertas joyezuelas de oro de poca valía; y Cortés les habló con doña Marina, que allí iba con Juan Jaramillo, su marido, porque Cortés sin ella no podía entender los indios, y les dijo que llevasen el maíz y gallinas y sal y todo el bastimento que allí les señaló; e dio a entender adónde habían quedado los bergantines y el barco y las canoas, y luego les daría los presos; y les dieron a entender en qué parte del río quedaban, y dijeron que sí harían, y que cerca de allí estaba uno como estero que salía al río; y luego

hicieron balsas, y medio nadando la llevaron hasta que dieron en fondo, que pudieron nadar bien. Pues como Cortés había quedado de les dar todos los presos, pareció ser mandó Cortés que se quedasen tres mujeres con sus maridos para hacer pan y servirse de los indios, y no se las dieron; y sobre ello apellídanse todos los indios de aquel pueblo, y sobre las barrancas del río dan una buena mano de vara, flecha y piedra a Cortés y a sus soldados, de manera que hirieron a Cortés en la cara y a otros doce soldados; allí se les desbarató una balsa y se perdió la mitad de lo que traía, y se ahogó un mexicano; y en aquel río hay tantos mosquitos, que no se podían valer, y Cortés todo lo sufría, y da vuelta para su villa, que no sé cómo se la nombró, y abastécela mucho más de lo que estaba. Ya he dicho que el pueblo do llegó Cortés se decía Cinacantencintle, y me han dicho ahora que estará de Guatemala setenta leguas, y tardó Cortés en este viaje y volver a la villa veinte y seis días; y como vio que no era bien poblar allí, por no haber pueblos de indios, y como tenía mucho bastimento, así de lo que antes estaba como de lo que al presente traía, acordó de escribir a Gonzalo de Sandoval que luego se fuese a Naco, y le hizo saber todo lo aquí por mí dicho de su viaje del Golfo-Dulce, según lo tengo aquí relatado, y cómo iba a poblar a Puerto de Caballos, y que le enviase diez soldados de los de Guazacualco, que sin ellos no se hallaba en las entradas.

Capítulo CLXXXI

Cómo Cortés se embarcó con todos los soldados que había traído en su compañía y los que había en San Gil de Buena-Vista, y fue a poblar adonde ahora llaman Puerto de Caballos, y se le puso por nombre La Natividad, y lo que en él se hizo

Pues como Cortés vio que en aquel asiento que halló poblando a los de Gil González de Ávila no era bueno, acordó de se embarcar en los dos navíos y bergantín con todos cuantos en aquella villa estaban, que no quedó ninguno, y en ocho días de navegación fue a desembarcar adonde ahora llaman Puerto de Caballos, y como vio aquella bahía buena para puerto, y supo de indios que había cerca poblaciones, acordó de poblar una villa que la nombró Natividad, y puso por su teniente a un Diego de Godoy, y desde allí hizo dos entradas en la tierra adentro a unos pueblos cercanos, que ahora están despoblados; tomó lengua dellos cómo había cerca otros pueblos, abasteció la villa de maíz, y supo que estaba el pueblo de Naco, donde degollaron a Cristóbal de Olí, cerca, y escribió a Gonzalo de Sandoval, creyendo que ya había llegado y estaba de asiento en Naco, que le enviase diez soldados de los de Guazacualco, y decía en la carta que sin ellos no se hallaba en hacer entradas; y le escribió cómo quería ir desde allí al puerto de Honduras, adonde estaba poblada la villa de Trujillo, y que el Sandoval con sus soldados pacificasen aquellas tierras y poblasen una villa; la cual carta vino a poder de Sandoval estando que estábamos en las estancias por mí ya dichas, que no habíamos llegado a Naco. Y dejemos de decir de Cortés y sus entradas que hacía desde Puerto de Caballos, y de los muchos mosquitos que en ellas le picaban, así de día como de noche; que a lo que después

le ola decir, tenía con ellos tan malas noches, que estaba la cabeza sin sentido, de no dormir. Pues como Gonzalo de Sandoval vio las cartas de Cortés, luego se fue desde aquellas estancias que dicho tengo, a unos pueblezuelos que se dicen Cuyoacán, que estaban de allí siete leguas, y no se pudo ir luego a Naco, como Cortés le había mandado, por no dejar atrás en los caminos muchos soldados que se habían apartado a otras estancias por tener qué comer ellos y sus caballos, y por causa que al pasar de un río muy hondo que no se podía vadear, y era camino de las estancias, y por dejar recaudo de una canoa con que pasasen los españoles que quedaban rezagados y muchos indios mexicanos que venían dolientes; y esto fue también porque de unos pueblos cercanos de las estancias, que confinaban con el río y Golfo-Dulce, venían cada día allí de guerra muchos indios de los pueblos, y porque no hiciesen algún mal recaudo y muertes de españoles y de indios mexicanos, mandó Sandoval que quedásemos a aquel paso ocho soldados, y a mí me dejó por caudillo dellos, y que tuviésemos una canoa del pasaje siempre varada en tierra, y que estuviésemos alerta si daban voces pasajeros de los que estaban en las estancias, para luego les pasar; y una noche vinieron muchos indios guerreros de los pueblos cercanos y de las estancias, creyendo que no nos velábamos; y por tomarnos la canoa dan de repente en los ranchos en que estábamos y les pusieron fuego, y no vinieron tan secreto, que ya les habíamos sentido; y nos recogimos todos ocho soldados y cuatro mexicanos de los que estaban sanos, y arremetimos a los guerreros, y a cuchilladas les hicimos volver por donde habían venido, puesto que flecharon a dos soldados y a un indio, mas no fueron mucho las heridas; y como aquello vino, fuimos tres compañeros a las estancias adonde sentíamos que habían quedado indios y españoles dolientes,

que sería una legua de allí, y trajimos a un Diego de Mazariegos, ya otras veces por mí nombrado, y a otros españoles que estaban en su compañía y a indios mexicanos que estaban dolientes, y luego les pasamos el río y fuimos adonde Sandoval estaba; e yendo que íbamos nuestro camino, como un español de los que habíamos recogido en las estancias iba muy malo, y era de los nuevamente venidos de Castilla, y medio isleño, hijo de genovés, y como iba malo, y sin tener qué le dar de comer, sino tortillas y pinol, ya que llegábamos obra de media legua de donde estaba Sandoval, se murió en el camino y no tuve gente para llevar el cuerpo muerto hasta el real; y llegado donde el Sandoval estaba, le dije de nuestro viaje y del hombre que se quedó muerto, y hubo enojo conmigo porque entre todos nosotros no le trajimos a cuestas o en un caballo, y le dijimos a Sandoval que traíamos dos dolientes en cada caballo y nos veníamos a pie, y que por esta causa no se pudo traer; y un soldado que se decía Bartolomé de Villanueva, que era mi compañero, respondió al Sandoval muy soberbio que harto teníamos que traer nuestras personas, sin traer muertos a cuestas, y que renegaba de tanto trabajo y pérdida como Cortés nos había causado; y luego mandó Sandoval a mí y al Villanueva, sin más parar le fuésemos a enterrar; y llevamos dos indios mexicanos y un azadón, e hicímosle su sepultura y lo enterramos y le pusimos una cruz, y hallamos en la faltriquera del muerto una taleguilla con muchos dados y un papel escrito, que era una memoria de dónde era natural y cuyo hijo era y qué bienes tenía en Tenerife; y después, el tiempo andando, se envió aquella memoria a Tenerife; ¡perdónele Dios, amén! Dejemos de contar cuentos, y quiero decir que luego Sandoval acordó que fuésemos a otros pueblos que ahora están cerca de unas minas que descubrieron desde ha tres años; y desde allí

fuimos a otro pueblo que se dice Quimistan, y otro día a hora de misa fuimos a Naco, y en aquella sazón era buen pueblo y hallámosle despoblado de aquel mismo día; y después de nos aposentar en unos patios muy grandes, adonde habían degollado al maestre de campo Cristóbal de Olí, otras veces por mí nombrado, que estaba el pueblo bien abastecido de maíz y de frisoles y ají, y también hallamos un poco de sal, que era la cosa que más deseábamos, y allí asentamos nuestro fardaje, como si hubiéramos de estar en él para siempre. Hay en este pueblo la mejor agua que habíamos visto en toda la Nueva-España, y un árbol que en mitad de la siesta, por recio sol que hiciese, parecía que la sombra del árbol, refrescaba el corazón, y caía de él uno como rocío muy delgado que confortaba las cabezas; y aqueste pueblo en aquella sazón fue muy poblado y en buen asiento, y había fruta de los zapotes colorados y de los chicos, y estaba en comarca de otros pueblos chicos. Y dejarlo he aquí, y diré lo que allí nos avino.

Capítulo CLXXXII

Cómo el capitán Gonzalo de Sandoval comenzó a pacificar aquella provincia de Naco, y de los grandes reencuentros que con los de aquella provincia tuvo, y lo que más se hizo

Desque hubimos allegado al pueblo de Naco y recogido maíz, frisoles y ají, y con tres principales de aquel pueblo que allí en los maizales prendimos, a los cuales Gonzalo de Sandoval halagó y dio cuentas de Castilla, y les rogó que fuesen a llamar a los demás caciques, que no se les haría enojo ninguno, fueron así como se lo mandó, y vinieron dos caciques; mas no pudo acabar con ellos que se poblase el pueblo, salvo traer de cuando en cuando poca comida; ni nos hacían bien ni mal, ni nosotros a ellos; y así estuvimos los primeros días, y Cortés había escrito a Gonzalo de Sandoval, como de antes dicho tengo, que luego le enviase a Puerto de Caballos diez soldados de los de Guazacualco, y todos nombrados por sus nombres, y entre ellos era yo uno, y en aquella sazón estaba yo algo malo, y dije a Sandoval que me excusase, porque estaba mal dispuesto: y él, que lo había gana, y así quedé; y envió ocho soldados muy buenos varones para cualquiera afrenta, y aun fueron de tan mala voluntad, que renegaban de Cortés y aun de su viaje, y tenían mucha razón; porque no sabían cierto si la tierra por donde habían de ir estaba de paz. Acordó Sandoval de demandar a los caciques de Naco cinco principales indios, que fuesen con ellos hasta el Puerto de Caballos, y les puso temores que si algún enojo recibía de algunos de sus soldados, que les quemaría el pueblo y que les iría a buscar y dar guerra; y mandó que en todos los pueblos por donde pasasen les diesen muy bien de comer; y fueron su viaje hasta el Puerto de Caballos, donde hallaron a Cortés, que se

quería embarcar para ir a Trujillo, y se holgó con ellos, y supo cómo quedábamos buenos, y los llevó consigo en los navíos, y luego se embarcó, y dejó en aquella villa de Puerto de Caballos a un Diego de Godoy por su capitán, con hasta cuarenta vecinos, que eran todos los más de los que solían ser de Gil González de Ávila y de los nuevamente venidos de las islas; y de que Cortés se hubo embarcado y su teniente Godoy quedó en la villa, con los soldados que más sanos tenía hacía entradas en los pueblos comarcanos, e trajo dos dellos de paz; mas como los indios vieron que los soldados que allí quedaban estaban todos los más dellos dolientes y se morían cada día, no hacían cuenta dellos, y a esta causa no les acudían con comida, ni ellos eran para irlo a buscar, y pasaban gran necesidad de hambre, y en pocos días se murieron la mitad dellos, y se despoblaron otros tres dellos, y que se vinieron huyendo donde estábamos con Sandoval. Y dejarlo he aquí en este estado, y volveré a Naco, que, como Sandoval había visto que no se querían venir a poblar el pueblo los indios vecinos y naturales de Naco, aunque los enviaba a llamar muchas veces, y a los demás pueblos comarcanos, no venían ni hacían cuenta de nosotros, acordó de ir en persona y hacer de manera que viniesen; y fuimos luego a unos pueblos que se decían Girimonga y Azula, y a otros tres pueblos que estaban cerca de Naco, y todos vinieron a dar la obediencia a su majestad, y luego fuimos a Quimistán y a otro pueblo de la sierra, y asimismo vinieron; por manera que todos los indios de aquella comarca venían de paz, y como no se les demandaba cosa ninguna más de lo que ellos querían dar, no tenían pesadumbre de venir, y desta manera estaba todo de paz hasta donde pobló Cortés la villa que ahora se dice Puerto de Caballos. Y dejémonos esta materia, porque por fuerza tengo de volver a decir de Cortés, que fue a

desembarcar al puerto de Trujillo; y porque en una sazón acaecen dos o tres cosas, como otras veces he dicho en los capítulos pasados, y tengo de meter la pluma por los pasos contados, dónde y de qué manera nosotros conquistábamos y poblábamos, como muy claramente lo habrán visto los curiosos Lectores; y aunque se deje por ahora de decir de Sandoval y todo lo que en la provincia de Naco le avino, quiero decir lo que Cortés hizo en Trujillo.

Capítulo CLXXXIII

Cómo Cortés desembarcó en el puerto que llaman de Trujillo, y cómo todos los vecinos de aquella villa le salieron a recibir y se holgaron mucho con él; y de todo lo que allí se hizo

Como Cortés se hubo embarcado en el puerto de Caballos, y llevó en su compañía muchos soldados de los que trajo de México y los que le envió Gonzalo de Sandoval, y con buen tiempo en seis días llegó al puerto de Trujillo; y cuando los vecinos que allí vivían, que dejó poblados Francisco de las Casas, supieron que era Cortés, todos fueron a la mar, que estaba cerca, a le recibir, y le besaron las manos, porque muchos vecinos de aquellos eran bandoleros de los que echaron de Panuco, y fueron en dar consejo a Cristóbal de Olí para que se alzase, y los habían desterrado de Panuco, según dicho tengo en el capítulo que dello habla; y como se hallaban culpantes, suplicaron a Cortés que les perdonase; y Cortés con muchas caricias y ofrecimientos los abrazó a todos y los perdonó, y luego se fue a la iglesia, y después de hecha oración, le aposentaron lo mejor que pudieron, y le dieron cuenta de todo lo acaecido del Francisco de las Casas y del Gil González de Ávila, y por qué causa degollaron a Cristóbal de Olí, y cómo se habían ido camino de México, y cómo habían pacificado algunos pueblos de aquella provincia; y cómo Cortés bien lo hubo entendido, a todos los honró de palabras y con dejarles los cargos según y de la manera que los tenían, excepto que hizo capitán general de aquellas provincias a su primo Saavedra, que así se llamaba, lo cual tuvieron por bien. Y luego envió a llamar a todos los pueblos comarcanos, y como tuvieron nueva que era el capitán Malinche, que así le llamaban, y sabían que había conquistado a México, luego

vinieron a su llamada y le trajeron presentes de bastimentos y quando se hubieron juntado los caciques de cuatro pueblos más principales, Cortés les habló con doña Marina y les dijo las cosas tocantes a nuestra santa fe, y que todos éramos vasallos del gran emperador que se dice don Carlos de Austria, y que tiene muy grandes señores por vasallos y que nos envió a estas partes para quitar sodomías y robos e idolatrías, y para que no consienta comer carne humana, ni hubiese sacrificios ni robasen, ni se diesen guerra unos a otros, sino que fuesen hermanos y como tales se tratasen, y también venía para que diesen la obediencia a tan alto rey y señor como les había dicho que tenemos, y le contribuyan con servicios y de lo que tuvieren, como hacemos todos sus vasallos; y les dijo otras muchas cosas la doña Marina, que lo sabía bien decir; y los que no quisiesen venir a se someter al dominio de su majestad, que les castigaría, y aun los dos religiosos franciscanos que Cortés traía les predicaron cosas muy santas y buenas, y lo que decían los frailes franciscanos se lo declaraban dos indios mexicanos que sabían la lengua española, con otros intérpretes de aquella lengua: y más les dijo, que en todo les guardaría justicia, porque así lo mandaba nuestro rey y señor; y porque hubo otros muchos razonamientos y los entendieron muy bien los caciques, dijeron que se daban por vasallos de su majestad y que harían lo que Cortés les mandaba, y luego les dijo que trajesen bastimento a aquella villa; y también les mandó que viniesen muchos indios y trajesen hachas, y que talasen un monte que estaba dentro de la villa, para que desde allí se pudiese ver la mar y puerto; y también les mandó que fuesen en canoas a llamar tres o cuatro pueblos que están en unas isletas que se llaman las Guanajas, que en aquella sazón estaban pobladas, y que trajesen pescado, pues que tenían mucho, y así lo hicieron, que dentro de cinco días

vinieron los pueblos de las isletas, y todos traían presentes de pescado y gallinas; y Cortés les mandó dar unas puercas y un verraco que se halló en Trujillo, y de los que traía de México, para que hiciesen casta, porque le dijo un español que era buena tierra para multiplicar con soltarles en las isletas sin ponerles guarda; y así fue cómo dijo, que dentro en dos años hubo muchos puercos y los iban a montear. Dejemos esto, pues no hace a nuestra relación, y no me lo tengan por prolijidad en contar cosas viejas; y diré que vinieron tantos indios a talar los montes de la villa que Cortés les mandó, que en dos días se vio claramente muy bien la mar, e hicieron quince casas, y una para Cortés muy buena; y esto hecho, se informó Cortés qué pueblos y tierras estaban rebeldes y no querían venir de paz; y unos caciques de un pueblo que se dice Papayeca, que era cabecera de otros pueblos, que en aquella sazón era grande pueblo, que ahora está con muy poca gente o casi ninguna, le dio a Cortés una memoria de muchos pueblos que no querían venir de paz, que estaban en grandes sierras y tenían fuerzas hechas; y luego Cortés envió al capitán Saavedra con los soldados que le pareció que convenían ir con él, y con los ocho de Guazacualco fue por su camino hasta que llegó a las poblaciones que solían estar de guerra, y salieron de paz los más dellos, excepto tres pueblos, que no se quisieron venir; y tan temido era Cortés de los naturales y tan nombrado, que hasta los pueblos de Olancho, donde fueron las minas ricas que después se descubrieron, era temido y acatado, y llamábanle en todas aquellas provincias el capitán «huehue» de Marina, que quiere decir el capitán «viejo» que trae a doña Marina. Dejemos a Saavedra, que está con su gente sobre los pueblos que no se querían dar, que me parece que se decían los acaltecas, y volvamos a Cortés, que estaba en Trujillo, y ya le habían adolescido los

frailes franciscanos y un su primo que se decía Abalos, y el licenciado Pedro López, y Carranza el mayordomo y Guinea el despensero y un Juan flamenco, y otros muchos soldados, así de los que traía como de los que halló en Trujillo, y aun el Antón de Carmona, que trajo el navío con el bastimento; y acordó de los enviar a la isla de Cuba, a la Habana, o a Santo Domingo si viesen que el tiempo hacía bueno en la mar, y para ello les dio el un navío bien aderezado y calafateado, con el mejor matalotaje que se pudo haber; y escribió a la audiencia real de Santo Domingo y a los frailes jerónimos y a la Habana, dando cuenta cómo había salido de México en busca de Cristóbal de Olí, y como dejó sus poderes a los oficiales de su majestad, y del trabajoso camino que había traído, y cómo el Cristóbal de Olí hubo preso a un capitán que se decía Francisco de las Casas, que Cortés había enviado para tomar el armada al mismo Cristóbal de Olí, y que también había preso a un Gil González de Ávila, siendo gobernador del Golfo-Dulce; y que teniéndolos presos, los dos capitanes se concertaron y le dieron de cuchilladas, y por sentencia, después que lo tuvieron preso, le degollaron, y que al presente estaba poblando la tierra y pueblos sujetos a aquella villa de Trujillo, y que era tierra rica de minas, y que enviasen soldados; que en aquella tierra de Santo Domingo no tenían con qué se sustentar; y para dar crédito que había oro envió muchas joyas y piezas de las que traía en su recámara, y vajilla de lo que trajo de México, y aun de la vajilla de su aparador, y por su capitán de aquel navío a un su primo que se decía Abalos, y le mandó que de camino tomase veinte y cinco soldados que había dejado un capitán, que tuvo nueva que andaba a saltear indios en las isletas en lo de Cozumel. Y partido del puerto de Honduras, que así se llamaba, unas veces con buen tiempo y otras con

contrario, pasaron delante de la punta de Sant-Antón, que está junto a las sierras que llaman, de Guaniguanico, que será de la Habana sesenta o setenta leguas, y con temporal dieron con el navío en tierra, de manera que se ahogaron los frailes y el capitán Abalos y muchos soldados, y dellos se salvaron en el batel y en tablas, y con mucho trabajo aportaron a la Habana, y desde allí fue la fama volando por toda la isla de Cuba cómo Cortés y todos nosotros éramos vivos, y en pocos días fue la nueva a Santo Domingo; porque el licenciado Pedro López, médico que iba allí, que escapó en una tabla, escribió a la real audiencia de Santo Domingo en nombre de Cortés, y todo lo acaecido, y cómo estaba poblando en Trujillo, y que había menester bastimento y vino y caballos, y que para la comprar traían mucho oro, y que se perdió en la mar de la manera que ya dicho tengo. Y como aquella nueva se supo todos se alegraron, porque ya había fama, y lo tenían por cierto, que Cortés y todos nosotros sus compañeros éramos muertos; las cuales nuevas supieron en la Española de un navío que fue de la Nueva-España; y como en Santo Domingo se supo que estaba de asiento poblando Cortés las provincias que dicho tengo, luego los oidores y mercaderes comenzaron de cargar dos navíos viejos con caballos y potros, y camisas y bonetes y cosas de bujería, y no trajeron cosa de comer, sino una pipa de vino, ni fruta, salvo los caballos y todo lo demás de tarabusterías. Entretanto que se armaban los navíos para venir, que aún no habían llegado al puerto, quiero decir que como Cortés estaba en Trujillo, se le vinieron a quejar ciertos indios de las islas de las Guanajas, que sería de allí ocho leguas, y dijeron que estaba anclado un navío junto a su pueblo, y el batel del navío lleno de españoles con escopetas y ballestas, y que les querían tomar por fuerza sus maceguales, que se dice entre ellos vasallos, y que a lo que

han entendido, son robadores, y que así les tomaron los años pasados muchos indios, y los llevaron presos en otro navío como aquel que estaba surto; y que enviase Cortés a poner cobro en ello; y como Cortés lo supo, luego mandó armar un bergantín con la mejor artillería que había y con veinte soldados y con buen capitán, y les mandó que en todo caso tomasen el navío que los indios decían, y se lo trajesen preso con todos los españoles que dentro andaban, pues que eran robadores de los vasallos de su majestad; y mandó a los indios que armasen sus canoas, y con varas y flechas que fuesen junto al bergantín, y que ayudasen a prender aquellos hombres, y para ello dio poder al capitán. Pues yendo con su bergantín armado y muchas canoas de los naturales de aquellas isletas, como los del navío que estaba surto los vieron ir a la vela, no aguardaron mucho, que alzaron velas y se fueron huyendo, porque bien entendieron que iban contra ellos, y no los pudo alcanzar el bergantín; y después se alcanzó a saber que era un bachiller Moreno, que había enviado la audiencia real de Santo Domingo a cierto negocio a Nombre de Dios, y parece ser descayeron del viaje, o vino de hecho sobre cosa pensada a robar los indios de las Guanajas. Y volvamos a Cortés, que se quedó en aquella provincia pacificándola, y volveré a decir lo que a Sandoval le acaeció en Naco.

Capítulo CLXXXIV

Cómo el capitán Gonzalo de Sandoval, que estaba en Naco, prendió a cuarenta soldados españoles y a su capitán, que venían de la provincia de Nicaragua, y hacían muchos daños y robos a los indios de los pueblos por donde pasaban

Estando Sandoval en el pueblo de Naco atrayendo de paz todos los más pueblos de aquella comarca, vinieron ante él cuatro caciques de dos pueblos que se decían Quequespan y Talchinalchapa, y dijeron que estaban en sus pueblos muchos españoles de la manera de los que con él estábamos, con armas y caballos, y que les tomaban sus haciendas e hijas y mujeres, y que las echaban en cadenas de hierro, de lo cual hubo gran enojo el Sandoval; y preguntando que qué tanto sería de allí donde estaban, dijeron que en un día llegaríamos; y luego nos mandó apercibir a los que habíamos de ir con él, lo mejor que podíamos, con nuestras armas y caballos y ballestas y escopetas, y fuimos con él setenta hombres; y llegados a los pueblos donde estaban los soldados, les hallamos muy de reposo, sin pensamiento que los habíamos de prender; y como nos vieron ir de aquella manera, se alborotaron y echaron mano a las armas, y de presto prendimos al capitán y a otros muchos dellos, sin que hubiese sangre ni de una parte ni de otra; y Sandoval les dijo con palabras algo desabridas, si les parecía bien andar robando a los vasallos de su majestad, y si sería buena conquista y pacificación aquella; y unos indios e indias que traían en colleras se los hizo sacar dellas y se los dio a los caciques de aquel pueblo, y a los demás mandó que se fuesen a sus tierras, que era cerca de allí. Pues como aquello fue hecho, mandó al capitán que allí venía, que se decía Pedro de Garro, que él y sus soldados fuesen presos y se

fuesen con nosotros al pueblo de Naco, y caminamos con ellos; y traían los soldados muchas indias de Nicaragua, y algunas dellas hermosas, e indias naborías que tenían en su servicio, y todos los más dellos traían caballos; y como nosotros estábamos trillados y deshechos de los caminos pasados, y no teníamos indias que nos hiciesen pan, eran ellos unos condes en el servirse, según nuestra pobreza. Pues como llegamos con ellos a Naco, Sandoval les dio posadas en partes convenibles, porque venían entre ellos ciertos hidalgos y personas de calidad; y cuando hubieron reposado un día, y su capitán Garro vio que éramos de los de Cortés, hízose muy amigo de Sandoval y de nosotros y se holgaban con nuestra compañía. Y quiero decir cómo y de qué manera y por qué causa venía aquel capitán con aquellos soldados, y de esta manera que diré: pareció ser que Pedro Arias de Ávila, gobernador que fue en aquella sazón de Tierra-Firme, envió un su capitán que se decía Francisco Hernández, persona muy principal entre ellos, a conquistar y pacificar las tierras de Nicaragua y lo más que descubriese, y diole copia de soldados, así a caballo como ballesteros, y llegó a las provincias de Nicaragua y León, que así las llaman, las cuales pacificó y pobló; y como se vio con muchos soldados y próspero, y apartado del Pedro Arias de Ávila, y por consejeros que tuvo para ello, y también, según entendí, un bachiller Moreno, por mí ya nombrado, que la audiencia real de Santo Domingo y los frailes jerónimos que gobernaban en las islas le habían enviado a Tierra-Firme a cierto pleito, que tengo en mi pensamiento que era sobre la muerte de Balboa, yerno de Pedro Arias, al cual degolló sin justicia cuando le hubo casado con su hija doña Isabel Arias de Peñalosa, que así se llamaba; y el bachiller Moreno dijo al capitán Francisco Hernández que como conquistase cualquiera tierra, acudiese a nuestro rey y señor para que le

hiciese gobernador della, que no hacía traición; y que el Balboa, que degolló Pedro Arias, siendo su yerno; que fue contra toda justicia, pues que el Balboa primero envió sus procuradores a su majestad para ser adelantado; y so color destas palabras que tomó del bachiller Moreno, envió el Francisco Hernández a su capitán Pedro de Garro para que por la banda del norte le buscase puerto para hacer sabidor a su majestad de las provincias que había pacificado y poblado, para que le hiciese merced que él fuese gobernador dellas, pues estaban tan apartadas de la gobernación de Pedro Arias. Y viniendo que venía el Pedro de Garro para aquel efecto, le prendimos, como dicho tengo. Y como el Sandoval entendió el intento a lo que venían, platicó con el Garro y el Garro con él secretamente, y diose orden que lo hiciésemos saber a Cortés, que estaba en Trujillo; y que el Sandoval tenía por cierto que Cortés le ayudaría para que quedase el Francisco Hernández por gobernador de Nicaragua. Pues ya esto concertado, envían Sandoval y el Garro diez hombres, los cinco de los nuestros y los otros cinco del Garro, para que costa a costa fuesen a Trujillo con las cartas, porque allí residía Cortés entonces, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y llevaron sobre veinte indios de Nicaragua de los que trajo Garro para que les ayudasen a pasar los ríos, en yendo por sus jornadas, no pudieron pasar el río de Pechin ni otro que se decía Balama, porque venían muy crecidos, y a cabo de quince días vuelven los soldados a Naco sin hacer cosa ninguna de lo que les fue mandado; de lo cual hubo tanto enojo el Sandoval, que de palabras trató mal al que iba por caudillo; y luego sin más tardar ordena que vaya por la tierra adentro el capitán Luis Marín con diez soldados, los cinco de Garro y los demás de los nuestros, y yo fui con ellos, y fuimos todos a pie y atravesamos muchos pueblos que estaban de guerra;

y si hubiese de escribir por extenso los grandes trabajos y reencuentros que con indios de guerra tuvimos, y los ríos y ancones que pasamos en barcas y a nado, y la hambre que algunos días tuvimos, era para no acabar tan presto, y cosas muy de notar; mas digo que había día que pasábamos tres ríos caudalosos en barcas y a nado; y como llegamos a la costa, hubo muchos esteros, donde había lagartos; y en un río que se dice Xagua, que está del Triunfo de la Cruz diez leguas, estuvimos dos días en le pasar en barcas, según venía de recio, y allí hallamos calaveras y huesos de siete caballos que se habían muerto de mala yerba que habían pacido, y fueron de los de Cristóbal de Olí; y de allí fuimos al Triunfo de la Cruz, y hallamos naos quebradas dadas al través, y de allí fuimos en cuatro días a un pueblo que es dice Quemara, y salieron muchos indios de guerra contra nosotros, y traían unas lanzas grandes y gordas, y con sus rodelas y las mandaban con la mano derecha y sobre el brazo izquierdo, y jugaban de la manera que nosotros peleamos con las picas, y se nos venían a juntar pie con pie, y con las ballestas que llevábamos y a cuchilladas nos dieron lugar que pasásemos adelante, y allí hirieron dos de nuestros soldados; y estos indios que he dicho que salieron de guerra no creyeron que éramos de los de Cortés, sino de otros capitanes, que les íbamos a robar sus indios. Dejemos de contar trabajos pasados, y digo que en otros dos días de camino llegamos a Trujillo, y antes de entrar en él, que sería hora de vísperas, vimos a cinco de a caballo, y era Cortés y otros caballeros, que se habían salido a pasear por la costa, y cuando nos vieron de lejos no sabían qué cosa nueva podía ser; y como nos conoció Cortés, se apeó del caballo y con las lágrimas en los ojos nos vino a abrazar, y nosotros a él, y nos dijo: «¡Oh hermanos y compañeros míos, qué deseo tenía de veros y saber qué tales estabais!» Y estaba tan flaco, que hubimos

lástima de verle; porque, según supimos, había estado a punto de morir de calenturas y tristeza que en sí tenía, y aun en aquella sazón no sabía cosa buena ni mala de lo de México; y dijeron otras personas que estaba ya tan a punto de morir, que le tenían hechos unos hábitos de san Francisco para le enterrar con ellos; y luego a pie se fue con todos nosotros a la villa, y nos aposentó y cenamos con él; y tenía tanta pobreza, que aun de cazabe no nos hartamos; y como le hubimos dado relación a lo que veníamos, y leído las cartas sobre lo de Francisco Hernández para que le ayudase, dijo que haría cuanto pudiese por él. Y en aquella sazón que allegamos a Trujillo había tres días que habían venido los dos navíos chicos con las mercaderías que enviaban de Santo Domingo, que era caballos y potros y armas viejas, y unas camisas y bonetes colorados, y cosas de poca valía, y no trajeron sino una pipa de vino, ni fruta ni cosa de provecho; que valiera más que aquellos navíos no vinieran, según todos nos adeudamos en comprar de aquellas bujerías. Pues estando que estábamos con Cortés dando cuenta de nuestro trabajoso camino, vieron venir en alta mar un navío a la vela, y llegado al puerto, venía de la Habana, que enviaba el licenciado Zuazo, el cual licenciado había dejado Cortés en México por alcalde mayor, y enviaba un poco de refresco para Cortés con una carta, la cual es esta que se sigue; y si no dijere las palabras formales que en ella venían, a lo menos diré la substancia della.

Capítulo CLXXXV

Cómo el licenciado Zuazo envió una carta desde la Habana a Cortés, y lo que en ella se contiene es lo que diré adelante

Pues como hubo tomado puerto el navío que dicho tengo, un hidalgo que venía por capitán dél cuando saltó en tierra luego fue a besar las manos a Cortés y le dio una carta del licenciado Zuazo; y después que Cortés la hubo leído, tomó tanta tristeza, que luego comenzó al parecer a sollozar en su aposento, y no salió de donde estaba hasta otro día por la mañana, que era sábado, e mandó que se dijese misa de nuestra señora muy de mañana; e después de dicha misa, nos rogó que le escuchásemos, y sabríamos nuevas de la Nueva-España, cómo echaron fama que todos éramos muertos, y cómo nos habían tomado nuestras haciendas y las habían vendido en el almoneda, y quitado nuestros indios y repartido en otros españoles, sin tener mérito, y comenzó a leer la carta, y decía así. E lo primero que leyó fue las nuevas que vinieron de Castilla de su padre Martín Cortés y de Ordás y cómo el contador Albornoz le había sido contrario en las cartas que escribió el Albornoz a su majestad y al obispo de Burgos, y lo que su majestad sobre ellas había mandado proveer, de enviar al almirante de Santo Domingo con seiscientos hombres, según ya lo tengo dicho en el capítulo que dello habla; y cómo el duque de Béjar quedó por su fiador, y puso su estado y cabeza por el Cortés y por nosotros, que éramos muy leales servidores de su majestad; y otras cosas que ya las he referido en el capítulo que dello habla. Y cómo al capitán Narváez le dieron una conquista del río de Palmas, y que a un Nuño de Guzmán le dieron la gobernación de Pánuco, y que el obispo de Burgos era fallecido; y en las cosas de la Nueva-

España dijo que, como Cortés hubo dado en Guazacualco los poderes y provisiones al factor Gonzalo de Salazar y a Pedro Almíndez Chirinos para ser gobernadores de México si viesen que el tesorero Alonso de Estrada y el contador Albornoz no gobernaban bien, así como llegaron a México el factor y veedor con sus poderes, se hicieron muy amigos del mismo licenciado Zuazo, que era alcalde mayor, y de Rodrigo de Paz, que era alguacil mayor, y de Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado, y de todos los demás conquistadores de México; y cuando se vio el factor y veedor con tantos amigos de su vanda, dixo que el factor y el veedor habían de gobernar, y no el tesorero ni el contador, y sobre ello hubo muchos ruidos y muertes de hombres, los unos por favorecer al factor y al veedor, y otros por ser amigos del tesorero y el contador; de manera que quedaron con el cargo de gobernadores el factor y veedor, y echaron presos a los contrarios, tesorero y contador, y a otros muchos que fueron en su favor, y cada día había cuchilladas y revueltas, y que los indios que vacaban los daban a sus amigos, aunque no tenían méritos; y que al licenciado Zuazo que no le dejaban hacer justicia, y que al Rodrigo de Paz le habían echado preso porque les iba a dar la mano, y que el mismo licenciado Zuazo los volvió a concertar y hacer amigos, así al factor e tesorero y contador e a Rodrigo de Paz, y que estuvieron ocho días en concordia. Y que en esta sazón se levantaron ciertas provincias que se decían los zapotecas y minxes, y un pueblo y fortaleza donde había un gran peñol que se dice Coatlan, y que enviaron a él muchos soldados de los que habían venido nuevamente de Castilla y de otros que no eran conquistadores, y envió por capitán dellos al veedor Chirinos, y que gastaban muchos pesos de oro de las haciendas de su majestad y lo que estaba en su real caja, y

que llevaban tantos bastimentos al real donde estaban, que todo era behetrías y juegos de naipes, y que a los indios no se les daba por ellos cosa ninguna; y que de repente de noche se salían los indios del peñol y daban en el real del veedor, y le mataron ciertos soldados y le hirieron otros muchos, y a esta causa envió al factor con el mismo cargo a un capitán de los de Cortés, que se decía Andrés de Monjaraz, para que estuviese en compañía del veedor, porque este Monjaraz se había hecho muy amigo del factor, y en aquella sazón estaba tullido el Monjaraz de bubas, que no era para hacer cosa que buena fuese, y los indios estaban muy victoriosos, y que México estaba cada día para se alzar. Y que el factor procuró por todas vías de enviar oro a Castilla a su majestad e al comendador mayor de León don Francisco de los Cobos; porque en aquella sazón echó fama el factor que Cortés y todos nosotros éramos muertos en poder de indios, en un pueblo que se dice Xicalango, y en aquel tiempo había venido de Castilla Diego de Ordás, que es el que Cortés hubo enviado por procurador de la Nueva-España, y lo que procuró fue para él una encomienda de Santiago, y trajo por cédula de su majestad sus indios y unas armas del volcán que está cabe Guaxocingo, y que como llegó a México, dijo el Ordás que quería ir a buscar a Cortés, y esto fue porque vio las revueltas y cizañas, y que se hizo muy amigo del factor, y fue por la mar a ver si era vivo o muerto Cortés, con un navío grande y un bergantín, y fue costa a costa hasta que llegó a un pueblo que se dice Xicalango, adonde habían muerto al Simón de Cuenca y al capitán Francisco de Medina y a los españoles que consigo estaban, según más largo lo tengo escrito en el capítulo que dello habla; y como aquella nueva supo el Ordás, se volvió a Nueva-España, y sin desembarcar en tierra escribió al factor con unos pasajeros, que tiene por cierto que Cortés es

muerto. Y como echó esta nueva el Ordás, en el mismo navío que fue en busca de Cortés, luego atravesó a la isla de Cuba a comprar becerras y yeguas. Y cuando el factor vio la carta de Ordás, la anduvo mostrando en México a unos y a otros, y echó fama que era muerto Cortés y todos los que con él fuimos, e se puso luto, e hizo hacer un túmulo e monumento en la iglesia mayor de México, e hizo las honras por Cortés; y luego se hizo pregonar con trompetas y atabales por gobernador y capitán general de la Nueva-España, y mandó que todas las mujeres que se habían muerto sus maridos en compañía de Cortés, que hiciesen bien por sus almas y se casasen, y aun lo envió a decir a Guazacualco e a otras villas; e porque una mujer de un Alonso Valiente, que se decía Juana de Mansilla, no se quiso casar, y dijo que su marido y Cortés y todos nosotros éramos vivos, y que no éramos los conquistadores viejos personas de tan poco ánimo como los que estaban en el peñol de Coatlan con el veedor Chirinos, porque los indios les daban guerra, y no ellos a los indios, y que tenía esperanza en Dios que presto vería a su marido Alonso Valiente y a Cortés y a todos los demás conquistadores viejos de vuelta para México, y que no se quería casar; porque dijo estas palabras la mandó el factor azotar por las calles públicas de México, por hechicera; y también, como hay en este mundo hombres traidores aduladores, y era uno dellos uno que le teníamos por hombre honrado, que por su honor aquí no le nombro, dijo al factor delante otras muchas personas que estaba malo de espanto porque, yendo una noche pasada cerca del Taltelulco, que es la iglesia de señor Santiago, donde solía estar el ídolo mayor, que se decía Huichilobos, que vio en el patio que se ardían en vivas llamas el alma de Cortés y de doña Marina e la del capitán Sandoval, e que de espanto dello estaba muy malo. También vino otro hombre

que no nombro, que también le tenían en buena reputación, e dijo al factor que andaban en los patios de Tezcuco unas cosas malas, y que decían los indios que era el alma de doña Marina y la de Cortés; y todas eran mentiras y traiciones, sino por se congraciar con el factor dijeron aquello, o el factor se lo mandó decir. Y en aquel tiempo había llegado a México Francisco de las Casas y Gil González de Ávila, que son los capitanes por mí muchas veces nombrados, que degollaron a Cristóbal de Olí; y de que el de las Casas vio aquellas revueltas y que el factor se había hecho pregonar por gobernador, dijo públicamente que era mal hecho, y que no se había de consentir tal cosa, porque Cortés era vivo, y que él así lo creía, e que ya que eso fuese, lo cual Dios no permitiese, que para gobernador, que más persona y caballero y más méritos tenía Pedro de Alvarado que no el factor, y que le enviasen a llamar al Pedro de Alvarado; y secretamente su hermano Jorge de Alvarado y aún el tesorero y otros vecinos mexicanos le escribieron para que se viniese en todo caso a México con todos los soldados que tenía, y que procurarían de le dar la gobernación hasta saber si Cortés era vivo, y enviar a hacer saber a su majestad si fuese servido mandar otra cosa; e que ya que el Pedro de Alvarado con aquellas cartas se venía para México, tuvo temor del factor, según las amenazas le envió a decir al camino que le mataría; e como supo que habían ahorcado a Rodrigo de Paz y preso al licenciado Zuazo, se volvió a su conquista; y en aquel tiempo que había recogido el factor cuanto oro pudo haber en México y Nueva-España, para hacer con ello mensajero a su majestad, y enviar con ello a un su amigo que se decía Peña con sus cartas secretas, y el Francisco de las Casas y el licenciado Zuazo y Rodrigo de Paz se lo contradijeron, y aun también el tesorero y contador, que hasta saber nuevas ciertas si Cortés era vivo,

que no hiciese relación que era muerto, pues no lo tenían por cierto, y que si oro quería enviar a su majestad de sus reales quintos, que era muy bien, mas que fuese juntamente con parecer y acuerdo del tesorero y contador, y no sólo en su nombre; y porque lo tenían ya en los navíos y para hacerse a la vela con ello, fue el de las Casas con mandamiento del alcalde mayor Zuazo y con favor de Rodrigo de Paz y de los demás oficiales de la hacienda de su majestad y conquistadores, que detuviesen el navío hasta que escribiesen a nuestro rey de la manera que estaba la Nueva-España; porque, según pareció, el factor no consentía que otras personas escribiesen, sino solamente sus cartas; y después que el factor vio que el de las Casas y el licenciado no eran buenos amigos y le iban a la mano, luego los mandó prender, e hizo proceso contra el Francisco de las Casas y contra el Gil González de Ávila sobre la muerte de Olí, y los sentenció a degollar, y de hecho quería ejecutar la sentencia, por más que apelaban ante su majestad; y con gran importunidad les otorgó la apelación, y los envió Castilla presos con los procesos que contra ellos hizo; y hecho esto, da luego tras el mismo Zuazo, y que en justo y en creyente lo arrebataron y llevaron en una acémila al puerto de la Veracruz y le embarcaron para la isla de Cuba, diciendo que porque fuese a dar residencia del tiempo que fue en ella juez; y que al Rodrigo de Paz, que le echó preso y le demandó el oro y plata que era de Cortés, porque como su mayordomo sabía dello, diciendo que lo tenía escondido, porque lo quería enviar a su majestad, pues era de los bienes que tenía Cortés usurpados a su majestad; y porque no lo dio, pues era claro que no lo tenía, sobre ello le dio tormento, y con aceite y fuego le quemó los pies y aun parte de las piernas, y estaba muy flaco y malo de las prisiones, y para morir; y no contento con los tormentos, viendo el

factor que si le daba vida, que se iría a quejar dél a su majestad, le mandó ahorcar por revoltoso y bandolero. Y que a todos los demás soldados y vecinos de México que eran de la banda de Cortés los mandó prender, y se retrajeron, en la casa de los frailes franciscanos Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia, y todos los demás que eran con Cortés, puesto que otros muchos conquistadores se allegaron al factor porque les daba buenos indios, y que andaban «a viva quien vence», y que en la casa de la munición de las armas todas las sacó el factor y las mandó llevar a sus palacios, y que la artillería que estaba en la fortaleza y atarazanas las mandó asestar delante de sus casas, e hizo capitán de ella a un don Luis de Guzmán, deudo del duque de Medina-Sidonia, y puso por capitán de su guarda a un Archiaga o Artiaga, que ya no se me acuerda el nombre, y para guarda de su persona a un Ginés Nortes y un Pedro González Sabiote, y otros soldados que eran de los de Cortés, y más decía en la carta que escribió Zuazo a Cortés, que mirase que fuese luego a poner recaudo en México, porque, demás de todos estos males y escándalos, había otros peores, que había escrito el factor a su majestad que le habían hallado en su recámara de Cortés un cuño con que marcaba el oro que los indios le traían a escondidas, e que no pagaba quimo dello; y también dijo que porque viese cuál andaba la cosa en México, que porque un vecino de Guazacualco que vino a aquella ciudad a demandar unos indios que en aquel tiempo vacaron por muerte de otro vecino de los que estaban poblados en la villa, por muy secretamente que dijo el vecino de Guazacualco a una mujer donde posaba, que por qué se había casado, que ciertamente era vivo su marido y todos los que fueron con Cortés, y dio causas y razones para ello; como lo supo el factor, que luego le fueron con la partería,

envió por él a cuatro alguaciles, y lo llevaron engarrafado a la cárcel, y lo quería mandar ahorcar por revolvedor hasta que el pobre vecino, que se decía Gonzalo Hernández, tornó a decir que, como vido llorar a la mujer por su marido, que por la consolar lo había dicho que era vivo, mas que ciertamente todos éramos muertos; y luego le dio los indios que demandaba, y le mandó que no estuviese más en México y que no dijese otra cosa, porque le mandaría ahorcar; y más decía en el cabo de su carta: «Esto que aquí escribo a vuestra merced, pasa así, y dejélos allá, y embarcáronme preso, y trajeronme con grillos aquí donde estoy». Y después que Cortés la hubo leído, estábamos tan tristes y enojados; así del Cortés, que nos trajo con tantos trabajos, como del factor, y echábamosle dos mil maldiciones, así al uno como al otro, y se nos saltaban los corazones de coraje. Pues Cortés no pudo tener las lágrimas, que con la misma carta se fue luego a encerrar a su aposento, y no quiso que le viésemos hasta más de mediodía, y todos nosotros aun le dijimos e rogamos que luego se embarcase en tres navíos que allí estaban, y que nos fuésemos a la Nueva-España; y él nos respondió muy amorosa y mansamente, y nos dijo: «¡Oh hijos y compañeros míos!, que veo por una parte aquel mal hombre del factor, que está muy poderoso, y temo cuando sepa que estamos en el puerto, no haga otras desvergüenzas y atrevimientos aún más de lo que ha hecho, o me mate o ahogue o eche preso, así a mí como a vuestras personas; yo me embarcaré luego con el ayuda de Dios, y ha de ser solamente con cuatro o cinco de vuestras mercedes, y tengo de ir muy secretamente a desembarcar a puerto que no sepan en México de nosotros, hasta que desconocidos entremos en la ciudad; y demás desto, Sandoval está en Naco con pocos soldados, y ha de ir por tierra de guerra, en

especial por Guatemala, que no está en paz. Conviene que vos, señor Luis Marín, con todos los compañeros que aquí vinisteis en mi busca, os volvais y os junteis con Sandoval, y se vayan camino de México». Dejemos esto, y quiero volver a decir que luego que Cortés escribió al capitán Francisco Hernández, que estaba en Nicaragua, que fue el que enviaba a buscar puerto con el Pedro de Garro, y se le ofreció Cortés que haría por él todo lo que pudiese, y le envió dos acémilas cargadas de herraje, porque sabía que tenía falta dello, y también le envió herramientas de minas, y ropas ricas para su vestir, y cuatro tazas y jarros de plata de su vajilla, y otras joyas de oro; lo cual entregó a un hidalgo que se decía fulano de Cabrera, que fue uno de los cinco soldados que fueron con nosotros en busca de Cortés; y este Cabrera fue después capitán de Benalcázar, y fue muy esforzado capitán y extremado hombre por su persona, natural de Castilla la Vieja; el cual fue maestre de campo de Blasco Núñez Vela, e murió en la misma batalla que murió el virrey. Quiero dejar cuentos viejos, y quiero decir que como yo vi que Cortés se había de ir a la Nueva-España por la mar, le fui a pedir por merced que en todo caso me llevase en su compañía, y que mirase que en todos sus trabajos y guerras me había hallado siempre a su lado y le había ayudado, y que ahora era tiempo que yo conociese dél si tenía respeto a los servicios que yo le había hecho, y amistad y ruego presente. Entonces me abrazó y me dijo: «Pues si os llevo conmigo, ¿quién irá con Sandoval? Ruégoos, hijo, que vayáis con vuestro amigo Sandoval; que yo os prometo y empeño estas barbas yo os haga muchas mercedes, que bien os lo debo antes de ahora». En fin, no aprovechó cosa ninguna, que no me dejó ir consigo. También quiero decir cómo estando que estábamos en aquella villa de Trujillo, un hidalgo que se decía Rodrigo

Mañueco, maestresala de Cortés, hombre de palacio, por dar contento y alegría a Cortés, que estaba muy triste, y tenía razón, apostó con otros caballeros que subiría armado de todas armas a una casa que nuevamente habían hecho los indios de aquella provincia para Cortés, según lo he declarado en el capítulo que dello habla, las cuales casas estaban en un cerro algo alto; y subiendo armado, reventó al subir de la cuesta, y murió dello; y asimismo, como vieron ciertos hidalgos de los que halló Cortés en aquella villa que no les dejaba cargos, como ellos quisieran, estaban revolviendo bandos, e Cortés los apaciguó con decir que los llevaría en su compañía a México, e que allá les daría cargos honrosos. Y dejémoslo aquí, y diré lo que Cortés más hizo, y es, que mandó a un Diego de Godoy, que había puesto por capitán en el Puerto de Caballos, con ciertos vecinos que estaban malos, y no se podían valer de pulgas y mosquitos y no tenían con qué se mantener, que todas estas miserias tenían, que se pasasen a Naco, pues era buena tierra, e que nosotros nos fuésemos con el capitán Luis Marín camino de México, e si hubiese lugar, fuésemos a ver la provincia de Nicaragua, para demandarla a su majestad en gobernación que aun de aquello tenía codicia Cortés para tomarla por gobernación el tiempo andando, si aportase a México; y después que Cortés nos abrazo y nosotros a él, y le dejamos embarcado, se fue a la vela para su vía de México, y nosotros partimos para Naco, y muy alegres en saber que habíamos de caminar la vía de México. Y con muy gran trabajo y falta de comida llegamos a Naco, y Sandoval se holgó con nosotros, y cuando llegamos, ya el Pedro de Garro, con todos sus soldados, se había despedido del Sandoval, y se fue muy gozoso a Nicaragua a dar cuenta a su capitán Francisco Hernández de lo que había concertado con Sandoval; y luego otro día que llegamos a Naco nos

partimos y fuimos camino de México, y los soldados de la compañía de Garro que habían ido con nosotros a Trujillo se fueron camino de Nicaragua con el presente y carta que Cortés enviaba a Francisco Hernández. Dejare de decir de nuestro camino, y diré lo que sobre el presente sucedió a Francisco Hernández con el gobernador Pedro Arias de Ávila.

Capítulo CLXXXVI

Cómo fueron por la posta de Nicaragua ciertos amigos del Pedro Arias de Ávila a hacerle saber cómo Francisco Hernández, que envió por capitán a Nicaragua, se carteaba con Cortés y se le había alzado con las provincias de Nicaragua, y lo que sobre ello Pedro Arias hizo

Como un soldado que se decía fulano Garabito, y un Compañón, y otro que se decía Zamorano eran íntimos amigos de Pedro Arias de Ávila, gobernador de Tierra-Firme, vieron que Cortés había enviado presentes a Francisco Hernández, y habían entendido que Pedro de Garro y otros soldados hablaban secretamente con el Francisco Hernández, tuvieron sospecha que quería dar aquellas provincias e tierras a Cortés; y demás desto, el Garabito era amigo de Cortés, porque siendo mancebos, en la isla de Santo Domingo el Cortés le había acuchillado sobre amores de una mujer; y como el Pedro Arias lo alcanzó a saber, por cartas y mensajeros, viene más que de paso con gran copia de soldados a pie y a caballo, y prende al Francisco Hernández; e ya el Pedro de Garro, como alcanzó a saber que venía el Pedro Arias, y muy enojado contra él, de presto se huyó y se vino a nosotros, y si el Francisco Hernández quisiera venir, tiempo tuvo para hacer lo mismo, y no quiso, creyendo que Pedro Arias lo hiciera de otra manera con él, porque habían sido muy grandes amigos; y después que el Pedro Arias hubo hecho proceso contra el Francisco Hernández, y halló que se le alzaba, por sentencia le degolló en la misma villa donde estaba poblando, y en esto paró la venida de Garro y los presentes de Cortés. Y dejarlo he aquí, y diré cómo Cortés volvió al puerto de Trujillo con tormenta, y lo que más pasó.

CAPÍTULO CLXXXVII

Cómo yendo Cortés por la mar la derrota de México tuvo tormenta, y dos veces tornó arribar al puerto de Trujillo, y lo que allí le avino

Pues como dicho tengo en el capítulo pasado que Cortés se embarcó en Trujillo para ir a México, pareció ser tuvo tormentas en la mar, unas veces con viento contrario, e otra vez se le quebró el mástil del trinquete y mandó arribar a Trujillo; y como estaba flaco y mal dispuesto y quebrantado de la mar, y muy temeroso de ir a la Nueva-España, por temor no le prendiese el factor, parecióle que no era bien ir en aquella sazón a México; y desembarcado en Trujillo, mandó decir misas al Espíritu Santo y procesión y rogativas a nuestro señor Dios y a santa María nuestra señora la virgen, que le encaminase lo que más fuese para su santo servicio; y pareció ser el Espíritu Santo le alumbró de no ir por entonces aquel viaje, sino que conquistase y poblase aquella tierra; y luego sin más dilatación envió por la posta a mata-caballo tres mensajeros tras nosotros, que íbamos camino de México e nos envió sus cartas rogándonos que no pasásemos mis adelante, y que conquistásemos y poblásemos la tierra, porque el buen ángel de la guarda se lo había alumbrado y puesto en el pensamiento, y que él así lo piensa hacer. Y cuando vimos la carta y que tan de hecho lo mandaba, no lo pudimos sufrir y le echábamos mil maldiciones, y que no hubiese ventura en todo cuanto pusiese mano y se le perdiese como nos había echado a perder; y demás desto, dijimos todos a una al capitán Sandoval que si quería poblar, que se quedase con los que quisiese, que harto conquistados y perdidos nos traía, y que jurábamos que no le habíamos de aguardar más, sino irnos a las tierras de México, que ganamos; y asimismo el

Sandoval era de nuestro parecer; y lo que con nosotros pudo acabar fue que le escribiésemos por la posta con los mismos sus mensajeros que nos trajeron las cartas, dándole a entender nuestra voluntad; y en pocos días recibió nuestras cartas con firmas de todos; y las respuestas que a ellas nos dio, fue ofrecerse en gran manera a los que quisiésemos quedar a poblar aquella tierra, y en cabo de aquella carta traía una cortapisa que decía que si no le querían obedecer como lo mandaba, que en Castilla y en todas partes había soldados. Y de que aquella respuesta vimos, todos nos queríamos ir camino de México e perderle la vergüenza; y como aquello vio el Sandoval, muy afectuosamente y con grandes ruegos nos importunó que aguardásemos algunos días, que él en persona iría a hacer embarcar a Cortés; y le escribimos en respuesta de la carta, que ya había de tener compasión y otro miramiento del que tiene, de habernos traído de aquella manera, y que por su causa nos han robado y vendido nuestras haciendas y tomado los indios; y los más soldados que allí con nosotros estaban, que eran casados, dijeron que ni sabían de sus mujeres e hijos; y le suplicamos todos que luego se volviese a embarcar y se fuese camino de México; porque, así como dice que hay soldados en Castilla y en todas partes, que también sabe que hay gobernadores y capitanes puestos en México, e que do quiera que llegaremos nos darán nuestros indios aunque les pese, y no le estaremos a Cortés aguardando que por su mano nos los dé; y luego fue Sandoval, y llevó en su compañía a un Pedro de Saucedo «el Romo», y a un herrador que se decía Francisco Donaire, y llevó consigo su buen caballo, que se decía Motilla, y juró que había de hacer embarcar a Cortés y que se fuese a México. Y porque he traído aquí a la memoria del caballo Motilla, fue de mejor carrera y revuelto, y en todo de buen parecer, castaño

oscuro, que hubo en la Nueva-España; y tanto fue de bueno, que su majestad tuvo noticia dél, y aun el Sandoval se lo quiso enviar presentado. Dejemos de hablar del caballo Motilla, y volvamos a decir que Sandoval me demandó a mí mi caballo, que era muy bueno, así de juego como de carrera y de camino, y este caballo hube en seiscientos pesos, que solía ser de un Abalos hermano de Saavedra, porque otro que traje me lo mataron en una entrada de un pueblo que se dice Zulaco, que me había costado en aquella sazón sobre seiscientos pesos; y el Sandoval me dio otro de los suyos a trueco del que le di, que no me duró el que me dio dos meses, que también me lo mataron en otra guerra; y no me quedó sino un potro muy ruin que había mercado de los mercaderes que vinieron a Trujillo, como otras veces he dicho en el capítulo que dello habla. Volvamos a nuestra relación, y dejemos de contar de las averías de caballos y de mi trabajo, e que antes que Sandoval de nosotros partiese nos habló a todos con mucho amor y dejó a Luis Marín por capitán, y nos fuimos luego a unos pueblos que se dicen Maniani, y desde allí a otro pueblo que en aquella sazón era de muchas casas, que se decía Acalteca, y que allí esperásemos la respuesta de Cortés; y en pocos días llegó Sandoval a Trujillo, y se holgó mucho el Cortés de ver al Sandoval, y como vio lo que le escribíamos, no sabía qué consejo tomar, porque ya había mandado a su primo Saavedra, que era capitán, que fuese con todos los soldados a pacificar los pueblos que estaban de guerra; y por más palabras e importunaciones que el Sandoval dijo a Cortés y Pedro de Saucedo «el Romo» para que se fuese a la Nueva-España, nunca se quiso embarcar. Y lo que pasó diré adelante.

Capítulo CLXXXVIII

Cómo Cortés envió un navío a la Nueva-España, y por capitán de él a un criado suyo que se decía Martín de Orantes, y con cartas y poderes para que gobernase Francisco de las Casas y Pedro de Alvarado si allí estuviese, y si no, el Alonso de Estrada y el Albornoz

Pues como Gonzalo de Sandoval no pudo acabar que Cortés se embarcase, sino que todavía quiso conquistar y poblar aquella tierra, que en aquella sazón era bien poblada y había fama de minas de oro, fue acordado por Cortés e Sandoval que luego sin más dilación enviase un navío a México con un criado suyo que se decía Martín de Orantes, hombre diligente, que se podía fiar en él cualquier negocio de importancia, y fuese por capitán del navío, y llevó poderes para Pedro de Alvarado y Francisco de las Casas, si estuviesen en México, para que fuesen gobernadores de la Nueva-España hasta que Cortés fuese; y si no estaban en México, que gobernase el tesorero Alonso de Estrada y el contador Albornoz, según y de la manera que les había de antes dado el poder; y revocó los poderes del factor y veedor, y escribió muy amorosamente, así al tesorero como a Albornoz, puesto que supo de las cartas contrarias que hubo escrito a su majestad contra Cortés; y también escribió a todos sus amigos los conquistadores, e a los monasterios de San Francisco y frailes y mandó al Martín de Orantes que fuese a desembarcar a una bahía entre Pánuco y la Veracruz; y así se lo mandó Cortés al piloto y marineros, y aun se lo pagó muy bien, y que no echasen en tierra otra persona, salvo al Martín de Orantes, y que luego en echándolo en tierra, alzasen anclas y diesen velas y se fuesen a Pánuco. Pues ya dado uno de los mejores navíos de los tres que allí estaban, y metido matalotaje, y después de haber

oído misa, dan velas, y quiere nuestro señor darles tan buen tiempo, que en pocos días llegaron a la Nueva-España, y vanse derechamente a la bahía cerca de Pánuco, la cual bahía sabía muy bien el Martín de Orantes; y como saltó en tierra, dando muchas gracias a Dios por ello, luego se disfrazó el Martín de Orantes porque no le conociesen, y quitó sus vestidos, y tomó otros como de labrador, porque así le fue mandado por Cortés, y aun llevó hechos los vestidos de Trujillo; y con todas sus cartas y poderes bien liados en el cuerpo, de manera que no hiciesen bulto, iba a más andar por su camino a pie, que era suelto peón, a México, y cuando llegaba a los pueblos de indios donde había españoles, metíase entre los indios por no tener pláticas, no le conociesen los españoles; e ya que no podía menos de tratar con españoles, no le podían conocer, porque ya había dos años y tres meses que salimos de México y le habían crecido las barbas, y cuando le preguntaban algunos cómo se llamaba, adónde iba o venía, que acaso no podía menos de responderles, decía que se decía Juan de Flechilla e que era labrador; por manera que en cuatro días que salió del navío, entró en México de noche y se fue a la casa de los frailes de señor san Francisco, donde halló muchos retraídos, y entre ellos a Jorge de Alvarado y a Andrés de Tapia, y a Juan Núñez de Mercado e a Pedro Moreno Medrano, y a otros conquistadores y amigos de Cortés; y como vieron al Orantes y supieron que Cortés era vivo, y vieron sus cartas, no podían estar de placer los unos e los otros, y saltaban y bailaban; pues los frailes franciscanos, y entre ellos fray Toribio Motolinea y un fray Diego Altamirano, daban todos saltos de placer y muchas gracias a Dios por ello, y luego sin más dilación cierran todas sus puertas del monasterio, porque ninguno de los traidores, que había muchos, fuesen a dar mandado ni

hubiese pláticas sobre ello; y a media noche lo hacen saber al tesorero y al contador Albornoz y a otros amigos de Cortés, y así como lo supieron, sin hacer ruido, vinieron a San Francisco y vieron los poderes que Cortés les enviaba, y acordaron sobre todas cosas de ir a prender al factor; y toda la noche se les fue en apercibir amigos e armas para otro día por la mañana le prender, porque el veedor en aquel tiempo estaba sobre el peñol de Coatlan; y como amaneció, fue el tesorero con todos los del bando de Cortés, y el Martín de Orantes con ellos, porque le conociesen y se alegrasen; y fueron a las casas del factor diciendo: «Viva, viva el rey nuestro señor, y Hernando Cortés en su real nombre, que es vivo e viene ahora a esta ciudad, e yo soy su criado Orantes»; y como oían aquel ruido los vecinos, y tan de mañana y oían decir «viva el rey», todos acudieron, como eran obligados, a tomar armas, creyendo que había alguna otra cosa, para favorecer las cosas de su majestad; y después que oyeron decir que Cortés era vivo e vieron al Orantes, se holgaban; y luego se juntaron con el tesorero para ayudarle muchos vecinos de México, porque, según pareció, el contador no ponía en ello mucho calor; antes le pesaba y andaba doblado, hasta que el Alonso de Estrada se lo reprendió, y aun sobre ello tuvieron palabras muy sentidas y feas, que no le contentaron mucho al contador; e yendo que iba a las casas del factor, ya estaba muy apercibido; que luego lo supo, que le avisó dello el mismo contador cómo le iban a prender; y mandó asestar su artillería delante de sus casas, y era capitán della don Luis de Guzmán, primo del duque de Medina-Sidonia, y tenía sus capitanes apercibidos con muchos soldados; decíanse los capitanes Artiaga y Ginés y Pedro González; y así como llegó el tesorero y Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia e Pedro Moreno, con todos los demás conquistadores (y el contador, aunque flojamente y

de mala gana) con todas sus gentes apellidando: «Aquí del rey, y Hernando Cortés en su real nombre»; les comenzaron a entrar, unos por las azoteas, y otros por las puertas de los aposentos y por otras dos partes. Todos los que eran de la parte del factor desmayaron, porque el capitán de la artillería, que fue don Luis de Guzmán, tiró por su parte, e los artilleros por la suya, y desampararon los tiros; pues el capitán Artiaga dio prisa en se esconder, y el Ginés Nortes se descolgó y echó por unos corredores abajo; que no quedó con el factor sino Pedro González Sabiote y otros cuatro criados del factor; y como se vio desamparado, el mismo factor tomó un tizón para poner fuego a los tiros; mas diéronle tanta prisa, que no pudo más, y allí le prendieron y le pusieron guardas, hasta que hicieron una red de maderos gruesos y le metieron dentro, y allí le daban de comer, y en esto paró la cosa de su gobernación; y luego hicieron mensajeros a todas las villas de la Nueva-España, dando relación de todo lo acaecido; y estando desta manera, a unas personas les placía, y a los que el factor había dado indios y cargos les pesaba. Y fue la nueva al peñol de Coatlan y a Guaxaca, donde estaba el veedor; y como lo supo él y sus amigos, fue tan grande la tristeza y pesar que tomó, que luego cayó malo, y dejó el cargo de capitán a Andrés de Monjaraz, que estaba malo de bubas, ya otra vez por mí nombrado, y se vino en posta a la ciudad de Tezcuco y se metió en el monasterio de San Francisco; y como el tesorero y el contador, que ya eran gobernadores, lo supieron, le enviaron a prender allí en el monasterio; porque antes que se viniese el veedor había enviado alguaciles con mandamientos y soldados a le prender do quiera que le hallasen, y aun a quitarle el cargo de capitán; y como supieron los alguaciles que estaba en Tezcuco, le sacaron del monasterio y le trajeron a México, y le echaron en otra jaula

como al factor; y luego en posta envían mensajeros a Guatemala, a Pedro de Alvarado, y le hacen saber de la prisión del factor y veedor; Y como Cortés estaba en Trujillo, que no es muy lejos de su conquista, que fuese luego en su busca y le hiciese venir a México, y le dieron cartas y relación de todo lo por mí arriba dicho, según y la manera que pasó. Y además desto, la primera cosa que el tesorero hizo, fue mandar honrar a Juana de Mansilla, que había mandado azotar el factor por hechicera; y fue desta manera, que mandó cabalgar a caballo a todos los caballeros de México, y el mismo tesorero la llevó a las ancas de su caballo por las calles de México, y decía que como matrona romana hizo lo que hizo, y la volvió en su honra de la afrenta que el factor la había hecho; y con mucho regocijo la llamaron de allí adelante doña Juana de Mansilla, y dijeron que era digna de mucho loor, pues no la pudo hacer el factor que se casase ni dijese menos de lo que primero había dicho, que su marido y Cortés y todos éramos vivos; y por aquella honra y «don» que le pusieron, dijo Gonzalo de Ocampo, el de los libelos infamatorios, que sacó «don» de las espaldas, como narices de brazo. Dejarlo he aquí, y diré lo que más pasó.

Capítulo CLXXXIX

Cómo el tesorero, con otros muchos caballeros rogaron a los frailes franciscanos que enviasen a un fray Diego de Altamirano, que era deudo de Cortés, que fuese en un navío a Trujillo y lo hiciese venir, y lo que sucedió

Como el tesorero y otros caballeros de la parte de Cortés vieron que convenía que luego viniese Cortés a la Nueva-España, porque ya se comenzaban bandos, y el contador no estaba de buena voluntad para que el factor ni el veedor estuviesen presos, y sobre todo, temía el contador a Cortés en gran manera cuando supiese lo que había escrito dél a su majestad, según lo tengo ya dicho en dos partes, en los capítulos pasados que dello hablan, acordaron de ir a rogar a los frailes franciscos que diesen licencia a fray Diego Altamirano que en un navío que le tenían presto y bien abastecido, y con buena compañía, fuese a Trujillo e hiciese venir a Cortés; porque aqueste religioso era su pariente, y hombre que antes que se metiese fraile había sido soldado e hombre de guerra, y sabía de negocios, y los frailes lo hubieron por bien, y el fraile Altamirano, que lo tenía en voluntad. Dejemos de hablar en el viaje del fraile, que se está apercibiendo, y diré que, como el factor y veedor estaban presos, y pareció ser que, como dicho tengo otras veces, el contador andaba muy doblado y de mala voluntad, y viendo que las cosas de Cortés se hacían prósperamente; y como el factor solía tener por amigos a muchos hombres bandoleros que siempre quisieron cuestiones y revueltas, y porque tenían buena voluntad al factor y al Chirinos, porque les daban pesos de oro e indios, acordaron de se juntar muchos dellos, y aun algunas personas de calidad y de todos jaeces, y tenían concertado el soltar al factor y al

veedor, y de matar al tesorero y a los carceleros, y dicen que lo sabía el contador e se holgaba mucho dello; y para ponerlo en efecto hablaron muy secretamente a un cerrajero que hacía ballestas, que se decía Guzmán, hombre soez, que decía gracias y chocarrerías; y le dijeron muy secreto que les hiciese unas llaves para abrir las puertas de la cárcel y de las redes donde estaba el factor y el veedor, y que se lo pagarían muy bien, y le dieron un pedazo de oro en señal de la hechura de las llaves, y le previnieron y dijeron y encargaron que mirase que lo tuviese muy secreto; y el cerrajero dijo con palabras muy halagüeñas e alegres que le placía, y que hubiesen ellos más secreto de lo que mostraban, pues aquel caso en que tanto iba, se lo descubrieron a él, sabiendo quién era, que no lo descubriesen a otros, y que se holgaba que el factor y veedor saliesen de la prisión; y preguntándoles que quiénes y cuántos eran en el negocio, e adónde se habían de llegar cuando fuesen a hacer aquella buena obra, e qué día e qué hora, y todo se lo decían muy claramente, según lo tenían acordado; y comenzó a forjar unas llaves según la forma de los moldes que le traían para hacerlas, y no para que las hiciese perfectas ni podrían abrir con ellas, y esto hacía adrede, porque fuesen y viniesen a su tienda a la obra de las llaves para que las hiciese buenas, y entre tanto saber más de raíz el concierto que estaba hecho; y mientras más se dilató la hechura de las llaves, mejor lo alcanzó a saber; y venido el día que habían de ir con sus llaves, que ya había hecho buenas, y todos puestos a punto con sus armas, fue el cerrajero de presto en casa del tesorero, Alonso de Estrada y le da relación dello, y sin más dilación, cuando lo supo el tesorero, envía secretamente a percibir a todos los que eran del bando de Cortés, sin hacerlo saber al contador, y van a la casa donde estaban recogidos los que habían de soltar al

factor, y de presto prenden hasta veinte hombres de los que estaban armados, y otros se huyeron, que no se pudieron haber; y hecha la pesquisa a qué se habían juntado, hallóse que era para soltar a los por mí nombrados y matar al tesorero; y allí también se supo que el contador lo había por bien; y como había entre ellos tres o cuatro hombres muy revoltosos y bandoleros, y en todas las cizañas y revueltas que en México en aquella sazón habían pasado, se habían hallado, y aun el uno dellos había hecho fuerza a una mujer de Castilla: después que se hizo proceso contra ellos, el cual hizo un bachiller que se decía Ortega, que estaba por alcalde mayor y era de su tierra de Cortés, sentenció los tres dellos a ahorcar y a otros a azotar, y decíanse los que ahorcaron, el uno Pastrana y el otro Valverde y el otro Escobar, y los que azotaron no me acuerdo sus nombres; y el cerrajero se escondió por muchos días, que hubo miedo no le matase la parcialidad del factor por haber descubierto aquello que con tanto secreto se lo dijeron. Dejemos de hablar en esto, pues que ya son muertos, y aunque vaya tan gran salto, como diré, fuera de nuestra relación, también lo que ahora diré viene a coyuntura, y es que, como el factor hubo enviado la nao con todo el oro que pudo haber, para su majestad, según dicho tengo en los capítulos pasados, y escribió a su majestad que Cortés era muerto, y cómo se le hicieron las honras, e hizo saber otras cosas que le convenían, y enviaba a suplicar a su cesárea majestad que le hiciese merced de la gobernación; pareció ser que en la misma nao que él envió sus despachos iban otras cartas muy encubiertas, que el factor no pudo saber dellas; las cuales cartas eran para su majestad, y que supiese todo lo que pasaba en la Nueva-España y de las injusticias y cosas atroces que el factor y veedor habían hecho; y además desto, ya tenía su majestad relación dello por parte de la audiencia

real de Santo Domingo y de los frailes jerónimos, cómo Cortés era vivo y que estaba sirviendo a su real corona en conquistar y poblar la provincia de Honduras; y de que los del real consejo de las Indias y el comendador mayor de León lo supieron, lo hicieron saber a su majestad; y entonces dicen que dijo el emperador nuestro señor. «Mal hecho ha sido todo lo que han hecho en la Nueva-España en se saber levantado contra Cortés, y mucho me han deservido; pues es vivo (téngole por tal), y serán castigados por justicia los malhechores en llegando que llegue a México». Volvamos a nuestra relación, y es, que el fraile Altamirano se embarcó en el puerto de la Veracruz, según estaba acordado, y con buen tiempo en pocos días llegó al puerto de Trujillo, donde estaba Cortés; y cuando los de la villa y Cortés vieron un navío poderoso venir a la vela hacia el puerto, luego pensaron lo que fue, que venía de la Nueva-España para le llevar a México. Y como hubo tomado puerto, y salió el fraile a tierra muy acompañado de los que traía en su compañía, y Cortés conoció algunos dellos que había visto en México, todos le fueron a besar las manos, y el fraile le abrazó, y con palabras muy santas y buenas se fueron a la iglesia a hacer oración, y desde allí a los aposentos, adonde el padre fray Diego Altamirano le dijo que era su primo, y le contó lo acaecido en México, según más largamente lo tengo escrito, y lo que Francisco de las Casas había hecho por Cortés, y cómo era ido a Castilla; todo lo cual que le dijo el fraile, lo sabía Cortés por la carta del licenciado Zuazo, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y Cortés mostró gran sentimiento dello, y dijo que, pues nuestro señor Dios fue servido que aquello pasase, que le daba muchas gracias por ello y por estar México ya en paz; y que él se quería ir luego por tierra, porque por la mar no se atrevía, porque, como se hubo embarcado la otra vez dos

veces, y no pudo navegar porque las aguas vienen muy corrientes y contrarias, y había de ir siempre con trabajo, y también como estaba flaco. Luego le dijeron los pilotos que en aquel tiempo era en el mes de abril, y que no hay corrientes y es la mar bonanza; por manera que acordó de embarcarse; y no se pudo hacer luego a la vela, hasta que viniese el capitán Gonzalo de Sandoval, que le había enviado a unos pueblos que se dicen Olancho, que estaban de allí hasta cincuenta y cinco leguas, porque había ido pocos días había a echar de aquella tierra un capitán de Pedro Arias de Ávila, que se decía Rojas, el que había enviado Pedro Arias a descubrir tierras y buscar minas desde Nicaragua, después que hubo degollado al Francisco Hernández, como dicho tengo; porque, según pareció, los indios de aquella provincia de Olancho se vinieron a quejar a Cortés cómo muchos soldados de los de Nicaragua les tomaban sus hijas y sus mujeres, y les robaban sus gallinas y todo lo que tenían; y el Sandoval fue con brevedad, y llevó sesenta hombres, y quiso prender al Rojas, y por ciertos caballeros que se metieron de por medio de la una parte y de la otra, los hicieron amigos, y aun le dio el Rojas al Sandoval un indio paje para que le sirviese; y luego en aquella sazón llegó la carta de Cortés al Sandoval para que luego sin más dilación se viniese con todos sus soldados, y le dio relación de cómo vino el fraile, y todo lo acaecido en México; y como lo entendió, hubo mucho placer y no veía la hora de dar vuelta, y vino en posta después de haber echado de allí al Rojas; y luego Cortés, como vio al Sandoval, hubo mucho placer, e da sus instrucciones al capitán Saavedra, que quedaba por su teniente en aquella provincia, y lo que tenía de hacer; y escribió al capitán Luis Marín y a todos nosotros que luego nos fuésemos camino de Guatemala, y nos hizo saber lo acaecido en México, según y

de la manera que aquí se hace mención, y lo de la venida del fraile, y de la prisión del factor y veedor, según y como aquí va declarado; y también mandó que el capitán Godoy, que quedaba en Puerto de Caballos poblado, se pasase a Naco con toda su gente; las cuales cartas dio a Saavedra para que con gran diligencia nos las enviase, y el Saavedra no quiso encaminarlas, por malicia, y se descuidó; y supimos que de hecho no quiso darlas; que nunca supimos dellas. Y volviendo a nuestra relación: Cortés se embarcó con todos sus amigos, y con buen tiempo llegó en el paraje de la Habana, y porque le hizo mejor tiempo que para la Nueva-España, fue al puerto; con el cual se holgaron todos los vecinos de la Habana sus conocidos, y tomaron refresco; y supo nuevas, de un navío que había pocos días que había aportado e venido de la Nueva-España, que estaba en paz e sosegado México, y que el peñol de Coatlan, como supieron los indios, que en él estaban hechos fuertes y daban guerra a los españoles, que Cortés y los conquistadores éramos vivos, vinieron de paz al tesorero debajo de ciertas condiciones. Y pasaré adelante.

Capítulo CXC

Cómo Cortés se embarcó en la Habana para ir a la Nueva-España, y con buen tiempo llegó a la Veracruz, y de las alegrías que todos hicieron con su venida

Como Cortés hubo descansado en la Habana cinco días, no veían la hora que estar en México, y luego manda embarcar toda su gente y se hacen a la vela, y en doce días, con buen tiempo, llegó cerca del puerto de Medellín, en frente de la isla de Sacrificios, y allí mandó anclear los navíos por aquella noche, e acordó con veinte soldados sus amigos que saltaron en tierra, y vanse a pie obra de media legua junto a San Juan de Ulúa, que así se llamaba, e quiso su ventura que toparon una arria de caballos que venía a aquel puerto de Ulúa con ciertos pasajeros para se embarcar para Castilla, e vase Cortés a la Veracruz en los caballos e mulos de la arria, que serían cinco leguas de andura, y mandó que no fuesen ningunos a avisar cómo venía; y antes que amaneciese con dos horas llegó a la villa, y fuese derecho a la iglesia, que estaba abierta la puerta, y se metió dentro en ella con toda su compañía; y como era muy de mañana, vino el sacristán, que era nuevamente venido de Castilla, y Como vio la iglesia toda llena de gente forastera, y no conocía a Cortés ni a los que con él estaban, salió dando voces a la calle, llamando a la justicia, que estaban en la iglesia muchos hombres forasteros, para que les mandasen salir della; y a las voces que dio el sacristán, vino el alcalde mayor e otros alcaldes ordinarios, con tres alguaciles e otros muchos vecinos con armas, pensando que era otra cosa, y entraron de repente y comenzaron a decir con palabras airadas que saliesen de la iglesia; y como Cortés estaba flaco del camino, no le conocieron hasta que

le oyeron hablar; y como vieron que era Cortés, vanle todos a besar las manos y darle la buena venida; pues a los conquistadores que vivían en aquella villa Cortés los abrazaba y los nombraba por sus nombres, qué tales estaban, y les decía palabras amorosas; y luego se dijo misa, y le llevaron a aposentar en las mejores casas que había de Pedro Moreno Medrano, y estuvo allí ocho días, y le hicieron muchas fiestas y regocijos, y luego por la posta envían mensajeros a México a decir cómo había llegado; y Cortés escribió al tesorero y al contador, puesto que supo que no era su amigo el contador, y a todos sus amigos y al monasterio de San Francisco: de las cuales nuevas todos se alegraron; y como lo supieron todos los indios de la redonda, tráenle presentes de oro y mantas, y cacao y gallinas y frutas, y luego se partió de Medellín; e yendo por su jornada, le tenían el camino limpio, y hechos aposentos con grandes enramadas e con mucho bastimento para Cortés y todos los que iban en su compañía. Pues saber yo decir lo que los mexicanos hicieron de alegrías, que se juntaron con todos los pueblos de la redonda de la laguna, y le enviaron al camino gran presente de joyas de oro y ropa e gallinas, y todo género de frutas de la tierra que en aquella sazón había, y le enviaron a decir que les perdone, por ser de repente su llegada, que no le envían más; que de que vaya a su ciudad harán lo que son obligados, y le servirán como a su capitán que los conquistó y los tiene en justicia; y de aquella misma manera vinieron otros pueblos. Pues la provincia de Tlascala no se olvidó mucho, que todos los principales le salieron a recibir con danzas y bailes y regocijos y muchos bastimentos; y desque llegó a obra de tres leguas de la ciudad de Tezcuco, que es casi aquella ciudad tamaña población con sus sujetos como México; de allí salió el contador Albornoz, que a aquel efecto había

venido para recibir a Cortés por estar bien con él, que le temía en gran manera; y juntó muchos españoles de todos los pueblos de la redonda, y con los que estaban en su compañía y los caciques de aquella ciudad, con grandes invenciones de juegos y danzas, fueron a recibir a Cortés más de dos leguas; con lo cual se holgó; y cuando llegó a Tezcuco le hicieron otro gran recibimiento, y durmió allí aquella noche; y otro día de mañana fue camino de México, y escribiéle el tesorero y el cabildo, y todos los caballeros y conquistadores amigos de Cortés, que se detuviese en unos pueblos dos leguas de Tenustitlan, México; que bien pudiera entrar aquel día, y que lo dejase para otro día por la mañana, porque gozasen todos del gran recibimiento que le hicieron; y saló el tesorero con todos los conquistadores y caballeros y cabildo de aquella ciudad, y todos los oficiales en ordenanza, y llevaron los más ricos vestidos y calzas y jubones que pudieron, con todo género de instrumentos; y los caciques mexicanos por su parte con muchas maneras de invenciones de divisas y libreas que pudieron haber; y la laguna llena de canoas, e indios guerreros en ellas, según y de la manera que solían pelear con nosotros, en el tiempo de Guatemuz, los que salieron por las calzadas. Fueron tantos los juegos y regocijos, que se quedarán por decir, pues en todo el día por las calles de México todo era bailes y danzas, y después que anocheció muchas lumbres a las puertas. Pues aun lo mejor quedaba por decir, que los frailes franciscos, otros días después que Cortés hubo llegado, hicieron procesiones, dando muchos loores a Dios por las mercedes que les había hecho en haber venido Cortés. Pues volviendo a su entrada en México, se fue luego al monasterio de señor san Francisco, adonde hizo decir misa, y daba loores a Dios, que le sacó de los trabajos pasados de Honduras y le trajo a aquella ciudad; y luego se pasó a sus casas, que estaban muy

bien labradas, con ricos palacios, y allí era servido y temido y tenido de todos como un príncipe; y los indios de todas las provincias le venían a ver, y le traían presentes de oro, y aun los caciques del peñol de Coatlan, que se habían alzado, le vinieron a dar la bienvenida y le trajeron presentes; y fue su entrada de Cortés en México por el mes de junio, año de 1524 o 25. Y como Cortés hubo descansado, luego mandó prender a los bandoleros, y comenzó a hacer pesquisas sobre los tratos del factor y veedor; y también prendió a Gonzalo de Ocampo o a Diego de Ocampo, que no sé bien el nombre de pila, que fue al que hallaron los papeles de los libelos infamatorios; y también se prendió a un Ocaña, escribano, que era muy viejo, que llamaban cuerpo y alma del factor; y después que los tuvo presos, tenía pensamiento Cortés, viendo la justicia que para ello había, de hacer proceso contra el factor y veedor; y por sentencia los despachar, y si de presto lo hiciera, no hubiera en Castilla quien dijera: «Mal hizo Cortés»; y su majestad lo tuviera por bien hecho; y esto yo lo oí decir a los del real consejo de Indias, estando presente el señor obispo fray Bartolomé de las Casas, en el año de 1540, cuando yo allá fui sobre mis pleitos, que se descuidó mucho Cortés en ello, y se lo tuvieron a flojedad.

Capítulo CXCI

Cómo en este instante llegó al puerto de San Juan de Ulúa, con tres navíos, el licenciado Luis Ponce de León, que vino a tomar residencia a Cortés, y lo que sobre ello pasó; e hay necesidad de volver algo atrás para que bien se entienda lo que ahora diré

Ya he dicho en los capítulos pasados las grandes quejas que de Cortés dieron ante su majestad, estando la corte en Toledo; y los que dieron las quejas fueron los de la parte de Diego Velázquez, con todos los por mí nombrados y también ayudaron a ellas las cartas del Albornoz; y como su majestad creyó que era verdad, había mandado al almirante de Santo Domingo que viniese con gran copia de soldados a prender a Cortés y a todos los que fuimos en desbaratar a Narváez; y también he dicho que, como lo supo el duque de Béjar don álvaro de Zúñiga, que fue a suplicar a su majestad que hasta saber la verdad que no se creyese de cartas de hombres que estaban muy mal con Cortés; e cómo no vino el almirante, e las causas por qué; y cómo su majestad proveyó que viniese un hidalgo que en aquella sazón estaba en Toledo, que se decía el licenciado Luis Ponce de León, primo del conde de Alcaudete, y le mandó que le viniese a tomar residencia, y si le hallase culpado en las acusaciones que le pusieron, que le castigase de manera que en todas partes fuese sonada la justicia que sobre ello hiciese; y para que tuviese noticia de todas las acusaciones que acusaban a Cortés, trajo consigo las memorias de las cosas que decían que habían dicho, e instrucciones por donde había de tomar la residencia; y luego se puso en la jornada y viaje con tres navíos, que esto no se me acuerda bien, si era tres o cuatro, y con buen tiempo que le hizo llegó al puerto de San Juan de Ulúa, y luego se desembarcó y se vino a la villa de

Medellín; y como supieron quién era y que venía por juez a tomar residencia a Cortés, luego un mayordomo de Cortés que allí residía, que se decía Gregorio de Villalobos, en posta se lo hizo saber a Cortés, y en cuatro días lo supo en México; de que se admiró Cortés, que tan de repente le tomaba su venida, porque quisiera saberlo más temprano para irle a hacer la mayor honra y recibimiento que pudiera; y al tiempo que le vinieron las cartas estaba en señor San Francisco, que quería recibir el cuerpo de nuestro señor Jesucristo, y con mucha humildad rogaba a Dios que en todo le ayudase; y como tuvo las nuevas por muy ciertas, de presto despachó mensajeros para saber quién eran los que venían, y si traían cartas de su majestad; y desque vino la primera nueva dende a dos días vinieron tres mensajeros que enviaba el licenciado Luis Ponce de León con cartas para Cortés, y una era de su majestad, por las cuales supo que su majestad mandaba que le tomasen residencia y vistas las reales cartas, con mucho acato e humildad las besó y puso sobre su cabeza, y dijo que recibía gran merced que su majestad le enviase quien le Oyese de justicia, y luego despachó mensajeros con respuesta para el mismo Luis Ponce, con palabras sabrosas y ofrecimientos muy mejor dichos que yo lo sabré decir, e que le diese aviso por cuál de los dos caminos quería venir, porque para México había un camino por una parte e otro por un atajo, para que tuviese aparejado lo que convenía para servir a criado de tan alto rey y señor; y desque el licenciado vio las cartas, respondió que venía muy cansado de la mar y que quería reposar algunos días, y dándole muchas gracias y mercedes por la gran voluntad que mostraba. Pues como algunos vecinos de aquella villa que eran enemigos de Cortés, y otros de los que trajo Cortés consigo de lo de Honduras que no estaban bien con él, que fueron de los que hubo desterrado de Pánuco, y

por cartas que luego le escribieron a Luis Ponce, de México, otros contrarios de Cortés, le dijeron que Cortés quería hacer justicia del factor y veedor antes que llegase a Méjico el licenciado; y más le dijeron, que mirase bien por su persona, que si Cortés le escribió con tantos ofrecimientos, es para saber por cuál de los dos caminos quería venir, que era para despacharle, y que no se fiase de sus palabras ni ofertas; y le dijeron otras muchas cosas de males que decían había hecho Cortés, así a Narváez como a Garay, y de los soldados que dejaba perdidos en Honduras, y sobre tres mil mexicanos que murieron en el camino, y que un capitán que se decía Diego de Godoy, que dejó allá poblando con obra de treinta soldados, todos dolientes, que creen que serán muertos; e salió verdad así como se lo dijeron, lo de Godoy y soldados; y que le suplicaban que luego en posta fuese a México, y que no curase de hacer otra cosa e que tomase ejemplo en lo del capitán Narváez y en lo del adelantado Garay y en lo de Cristóbal de Tapia, que no le quiso obedecer, y le hizo embarcar, e se volvió por donde vino; y le dijeron otros muchos daños y desatinos contra Cortés, por ponerle mal con él, y aun le hicieron en creyente que no le obedecería. Y como aquello vio el licenciado Luis Ponce, e traía consigo otros hidalgos, que fueron el alguacil mayor Proaño, natural de Córdoba, y a un su hermano, y a Salazar de la Pedrada, qué venía por alcaide de la fortaleza, que murió luego de dolor de costado, y a un licenciado o bachiller que se decía Marcos de Aguilar, y a un soldado que se decía Bocanegra, de Córdoba, y a ciertos frailes de Santo Domingo, y por provincial dellos un fray Tomás Ortiz, que decían había estado ciertos años por prior en una tierra que llamaban (no me acuerdo el nombre); y deste religioso, que venía por prior, decían todos los que venían en su compañía que era más desenvuelto para entender en

negocios que no para el santo cargo que traía. Pues volviendo a nuestra relación, el Luis Ponce tomó consejo con estos hidalgos que traía en su compañía si iría luego a México o no, y todos le aconsejaron que no se parase ni de día ni de noche, creyendo que era verdad lo que decían de los males de Cortés; por manera que cuando los mensajeros de Cortés llegaron con otras cartas en respuesta de las que le escribió el licenciado, y mucho refresco que le traían, ya estaba el licenciado cerca de Iztapalapa, donde se le hizo un gran recibimiento con mucha alegría y contento que Cortés tenía con su venida y le mandó hacer un banquete muy cumplido; y después de bien servidos en la comida de muchos y buenos manjares, dijo Andrés de Tapia, que sirvió en aquella fiesta de maestresala, que por ser cosa de apetito para en aquel tiempo en estas tierras, porque era cosa nueva, que si quería su merced que le sirviesen de natas y requesones; y todos los caballeros que allí comían con el licenciado se holgaron que los trajesen, y estaban muy buenas las natas y requesones, y comieron algunos tantos dellos, que se le revolvió el estómago a unos dellos y revesé, y este porque comió demasiado dellos, y esto digo, porque es verdad, que cuando los como se me revuelve la voluntad, porque son fríos y pesados; y otros no tuvieron ningún sentimiento de los haber hecho mal ni daño en el estómago. Y entonces dijo aquel religioso que venía por prior o provincial, que se decía fray Tomás Ortiz, que las natas e requesones venían revueltas con rejalgar, y que él no las quiso comer por aquel temor; y otros que allí comieron dijeron que vieron comer al fraile dellas hasta hartarse, y había dicho que estaban muy buenas; y por haber servido de maestresala el Tapia, sospecharon lo que nunca por el Pensamiento le pasó. Y volvamos a nuestra relación: que en este recibimiento de Iztapalapa no se halló Cortés, que en

México se quedó; mas fama hubo echadiza muy secretamente que enviaba a Luis Ponce un buen presente de tejuelos y barras de pro; esto no lo sé bien ni lo afirmo; Otros dijeron que nunca tal pasó. Pues como Iztapalapa está dos leguas de México, y tenía puestos hombres para que le avisasen a que hora venía a México para salirle a recibir, fue Cortés con toda la caballería que en México había, en que iban el mismo Cortés e Gonzalo de Sandoval, y el tesorero Alonso de Estrada y el contador, y todo el cabildo de México y los conquistadores, y Jorge de Alvarado y Gómez de Alvarado, porque Pedro de Alvarado en aquella sazón no estaba en México, sino en Guatemala, que había ido en busca de Cortés e de nosotros; y salieron otros muchos caballeros que nuevamente habían venido de Castilla; y cuando encontraron a Luis Ponce en la calzada se hicieron grandes acatos entre él e Cortés; y el licenciado Luis Ponce en todo pareció muy bien mirado, que se hizo muy de rogar sobre que Cortés le dio la mano derecha y él no la quería tomar, y estuvieron en cortesías hasta que la tomó; y como entraron en la ciudad, el licenciado iba admirado de la gran fortaleza que en ella había y de las muchas ciudades y poblaciones que había visto en la laguna, y decía que tenía por cierto no haber habido capitán en el universo que con tan pocos soldados hubiese ganado tantas tierras ni haber tomado tan fuerte ciudad; e yendo hablando en esto, se fueron derechos al monasterio de san Francisco, adonde les dijeron misa; y después de acabada la misa, Cortés dijo al licenciado Luis Ponce que presentase las reales provisiones y entendiese en hacer lo que su majestad le mandaba, porque él tenía que pedir justicia contra el factor y veedor; y respondió que se quedase para otro día; y de allí le llevó Cortés, acompañado de toda la caballería que le había salido a recibir, a aposentar en sus palacios, donde

le tenían todo entapizado y una muy solemne comida, y servida con tantas vajillas de oro y plata, y con tal concierto, que el mismo Luis Ponce dijo secretamente al alguacil mayor Proaño y a un Bocanegra que ciertamente que parecía que Cortés en todos los cumplimientos y en sus palabras y obras que era de muchos años atrás gran señor. Y dejaré de hablar destas loas, pues no hacen a nuestra relación, y diré que otro día fueron a la iglesia mayor, y después de dicha misa, mandó que el cabildo de aquella ciudad estuviese presente, y los oficiales de la real hacienda y los capitanes y conquistadores de México; y cuando a todos los vio juntos, delante de dos escribanos, y el uno era de los del cabildo y el otro que Luis Ponce traía consigo, presentó sus reales provisiones, y Cortés con mucho acato las besó y puso sobre su cabeza, e dijo que las obedecía como mandamiento e cartas de su rey y señor, e las cumpliría pecho por tierra; y así lo hicieron todos los caballeros conquistadores y cabildo y oficiales de la real hacienda de su majestad; y después que esto fue hecho, tomó el licenciado las varas de la justicia al alcalde mayor y alcaldes ordinarios, y de la hermandad y alguaciles, y como las tuvo en su poder, se las volvió a dar, y dijo a Cortés: «Señor capitán, esta gobernación de vuesamerced me manda su majestad que tome en mí, no porque deja de ser merecedor de otros muchos y mayores cargos, mas hemos de hacer lo que nuestro rey y señor nos manda». Y Cortés con mucho acato le dio gracias por ello, y dijo que él siempre está presto para lo que en servicio de su majestad le fuese mandado; lo cual vería muy presto, y conocería cuán lealmente había servido a nuestro rey y señor, por las informaciones y residencia que dél tomaría, y conocería las malicias de algunas personas, que ya le habrán a él ido con consejas y cartas llenas de malicias; y el licenciado respondió

que adonde hay hombres buenos también hay otros que no son tales, que así es el mundo; que a los que ha hecho buenas obras dirán bien dél, y a los que malas, al contrario; y en esto se pasó aquel día. E otro día, después de haber oído misa, que se le dijo en los mismos palacios donde posaba el licenciado, con mucho acato envió con un caballero a que llamase a Cortés, estando delante el fray Tomás Ortiz, que venía por prior, sin haber otras personas delante, sino todos tres en secreto, con mucho acato le dijo el licenciado Luis Ponce: «Señor capitán, sabrá vuesamerced que su majestad me mandó y encargó que a todos los conquistadores que pasaron desde la isla de Cuba, que se hallaron en ganar estas tierras y ciudad, y a todos los demás conquistadores que después vinieron, que les dé buenos indios en encomienda, y anteponga y favorezca algo más a los primeros; y esto digo, porque soy informado que muchos de los conquistadores que con vuesamerced pasaron están con pobres repartimientos, y los ha dado a personas que ahora nuevamente han venido de Castilla, que no tienen méritos; si así es, no le dio su majestad la gobernación para este efecto, sino para cumplir sus reales mandos»; y Cortés dijo que a todos había dado indios, y que la ventura de cada uno era, que a unos cupieron buenos indios y a otros no tales, y que lo podrá enmendar, pues para ello es venido, y los conquistadores son merecedores dello; y también le preguntó que qué era de los conquistadores que había llevado a Honduras en su compañía, que cómo los dejaba allá perdidos y muertos de hambre, en especial que le informaron que un Diego de Godoy, que dejó por caudillo de treinta o cuarenta hombres en Puerto de Caballos, que le habrán muerto indios, porque todos estaban muy malos; y así como lo dijeron salió verdad, como adelante diré; y que fuera bueno que, pues habían

ganado aquella ciudad y la Nueva-España, que quedaran a gozar el provecho, y a los que habían nuevamente venido de Castilla aquellos llevara a conquistar y poblar; y preguntó por el capitán Luis Marín e por mí y por ciertos soldados e los demás soldados que consigo llevó; e Cortés le respondió que para cosas de afrenta y guerras no se atreviera a ir a tierras largas si no llevara soldados conocidos, y que presto vendrían a aquella ciudad, porque ya deben de venir camino, y que en todo su merced les ayudase y les diese buenas encomiendas de indios. Y también le dijo el licenciado Luis Ponce algo con palabras ásperas, que cómo había ido contra el Cristóbal de Olí tan lejos y largos caminos sin tener licencia de su majestad, y dejar a México en condición de se perder. A esto respondió que como capitán general de su majestad, que le pareció que convenía aquello a su real servicio porque otros capitanes no se alzasen, y que dello hizo primero relación a su majestad. Y demás desto, le preguntó sobre la prisión y desbarate de Narváez, y de cómo se le perdió la armada y soldados de Francisco de Garay, y de qué murió tan presto, y de cómo hizo embarcar a Cristóbal de Tapia; y le preguntó de otras muchas cosas que aquí no relato y aun de la muerte de su mujer Catalina Xuárez, «la Marcaida». Y Cortés a todo le respondió dándole razones muy buenas, de que Luis Ponce en algo parecía que quedaba contento; y todo esto que le preguntaba traía por memoria de Castilla, y de otras muchas cosas que ya le habían dicho en el camino, y en México lo habían informado dello; y como a aquestas preguntas que he dicho estaba presente el fray Tomás Ortiz, como las hubieron acabado de decir, se fue Cortés a su posada, y secretamente apartó el fraile a tres conquistadores amigos de Cortés, y les dijo que Luis Ponce quería cortar la cabeza a Cortés, porque así lo traía mandado por su

majestad, e a aquel efecto le había preguntado lo sobredicho; y aun el mesmo fraile otro día muy de mañana de secreto se lo dijo a Cortés por estas palabras: «Señor capitán, por lo mucho que os quiero, y de mi oficio y religión es avisar en tales casos, hágoos, señor, saber que Luis Ponce trae provisiones de su majestad para os degollar». Y cuando Cortés esto oyó, e habían pasado los razonamientos por mí dichos, estaba muy penoso y pensativo; y por otra parte le habían dicho que aquel fraile era de mala condición y bullicioso, y que no le creyese muchas cosas de lo que decía; y según pareció, dijo el fraile aquellas palabras a Cortés a efecto que le echase por intercesor y rogador que no le ejecutase el tal mandado, y porque le diese por ello algunas barras de oro. Otras personas dijeron que el Luis Ponce lo dijo por meterle temor a Cortés e le echase rogadores que no le degollase. Y como aquello sintió Cortés, respondió al fraile con mucha cortesía y con grandes ofrecimientos, y le dijo que antes tenía creído que su majestad, como cristianísimo rey, que le enviaría a hacer mercedes por sus muchos y buenos y leales servicios que siempre le hizo, y no se hallará deservicio ninguno que haya hecho y que con esta confianza estaba, y que él tenía al señor Luis Ponce por persona que no saldría de lo que su majestad le mandase y que se fuese: y que haya justicia. Y como aquello oyó el fraile, y no le rogó que fuese su intercesor para con Luis Ponce, quedó confuso; y diré lo que más Pasó; porque Cortés jamás le dio ningunos dineros de lo que le había prometido.

Capítulo CXCII

Cómo el licenciado Luis Ponce, después que hubo presentado las reales provisiones y fue obedecido, mandó pregonar residencia contra Cortés e los que habían tenido cargos de justicia, y cómo cayó malo de mal de modorra y della falleció, y lo que más le sucedió

Después que hubo presentado Luis Ponce las reales provisiones, con mucho acato de Cortés y el cabildo y los demás conquistadores fue obedecido; mandó pregonar residencia general contra Cortés y contra los que habían tenido cargo de justicia y habían sido capitanes; y como muchas personas que no estaban bien con Cortés, e otros que tenían justicia sobre lo que pedían: qué priesa se daban de dar quejas de Cortés y de presentar testigos, que en toda la ciudad andaban pleitos; y las demandas que le ponían, uno que no les dio partes de oro, como era obligado, e otros le demandaban que no les dio indios, conforme a lo que su majestad mandaba, y que los dio a criado de su padre Martín Cortés y a otras personas sin inéditos, criados de señores de Castilla. Otros le demandaban caballos que les mataron en las guerras, que puesto que habían habido mucho oro de que se les pudiera pagar, que no les satisfizo por quedarse con el oro. Otros demandaban afrenta de sus personas, que por mandado de Cortés les habían hecho y un Juan Xuárez, cuñado suyo, le puso una mala demanda de su mujer de Cortés, doña Catalina Xuárez, «Marcaida», hermana del Juan Xuárez, que la había ahogado una noche el mismo Cortés; y en aquella sazón había venido de Castilla un fulano de Barrios, con quién casó Cortés a una hermana de Xuárez, y cuñada suya; se apaciguó por entonces aquella demanda que le había puesto el Juan Xuárez. Este Barrios es con quien tuvo pleitos un Miguel Díaz sobre la mitad del

pueblo de Mestitan, como dicho tengo en el capítulo que de ello habla. Volvamos a nuestra residencia, que luego que se comenzó a tomar quiso nuestro señor Jesucristo que por nuestros pecados y desdicha cayó malo de modorra el licenciado Luis Ponce, y fue desta manera, que viniendo del monasterio de señor san Francisco de oír misa, le dio una muy recia calentura, y echóse en la cama y estuvo cuatro días amodorrado, sin tener el sentido que convenía, y todo lo más del día y de la noche era dormir; y como aquello vieron los médicos que le curaban, que se decían el licenciado Pedro López y el doctor Ojeda y otro médico que él traía de Castilla, todos a una les pareció que se confesase y recibiese los santos sacramentos, y el mismo licenciado lo tuvo en gran voluntad; y después de recibidos con gran humildad y contrición, hizo testamento, y dejó por su teniente de gobernador al licenciado Marcos de Aguilar, que había traído consigo desde la España. Otros dijeron que era bachiller, y no licenciado, y que no tenía autoridad para mandar; y dejóle el poder desta manera: que todas las cosas de pleitos y debates y residencias, y la prisión del factor y veedor, se estuviese en el estado que lo dejaba hasta que su majestad fuese sabidor de lo que pasaba, y que luego hiciese mensajeros en un navío a su majestad. Y ya hecho su testamento y ordenada su ánima, al noveno día que cayó malo dio la ánima a nuestro señor Jesucristo, y como hubo fallecido, fueron grandes los lutos y tristezas que todos los conquistadores a una sintieron: como si fuera padre de todos, así lo lloraban, porque ciertamente él, venía para remediar a los que hallase que derechamente habían servido a su majestad, y antes que muriese así lo publicaba; y le hallaron en los capítulos e instrucciones que de su majestad traía, que diese de los mejores repartimientos de indios a los conquistadores, de manera que conociesen mejoría en todo.

Y Cortés, con todos los demás caballeros de la ciudad, se pusieron luto y le llevaron a enterrar con gran pompa a San Francisco, y con toda la cera que entonces se pudo haber: fue su enterramiento muy solemne para en aquel tiempo. Oí decir a ciertos caballeros que se hallaron presentes cuando cayó malo, que, como Luis Ponce era músico y de suyo regocijado, por alegrarle le iban a tañer con una vihuela y a dar música, y que mandó que le tañesen una baja, estando en la cama, con los dedos y pies, y los meneaba hasta acabar la baja; y acabada perdió la habla, que fue todo uno. Pues como fue muerto y enterrado de la manera que dicho tengo, oír el murmurar que en México había de las personas que estaban mal con Cortés y con Sandoval, que dijeron y afirmaron que le dieron ponzoña con que murió, que así había hecho al Francisco de Garay; e quien más lo afirmaba era fray Tomás Ortiz, ya que venía por prior de ciertos frailes que traía en su compañía, que también murió de modorra el mismo prior de ahí a dos meses, él y otros frailes, y también quiero decir que pareció ser que en el navío en que vino el Luis Ponce, que dio pestilencia en ellos, porque a más de cien personas que en él venían les dio modorra y dolencia, de que murieron en la mar, y después de desembarcados en la villa de Medellín murieron muchos dellos, y aun de los frailes quedaron muy pocos y con ellos murió su prior de ahí a pocos meses; y fue fama que aquella modorra cundió en México.

Capítulo CXCIII

Cómo después que murió el licenciado Ponce de León comenzó a gobernar el licenciado Marcos de Aguilar, y las contiendas que sobre ello hubo, y cómo el capitán Luis Marín con todos los que veníamos en su compañía topamos con Pedro de Alvarado, que andaba en busca de Cortés, y nos alegramos los unos con los otros, porque estaba la tierra de guerra, por la poder pasar sin tanto peligro

Según que lo había dejado en el testamento Luis Ponce, todos los más conquistadores que estaban mal con Cortes quisieran que fuera la residencia adelante, como la habían comenzado a tomar; y Cortés dijo que no se podía entender en ella, conforme al testamento de Luis Ponce; mas que si quisiera tomársela el Marcos de Aguilar, que fuesen mucho en buena hora; y había otra contradicción por parte del cabildo de México, en que decían que no podía mandar Luis Ponce en su testamento que gobernase el licenciado Aguilar solo, lo uno porque era muy viejo y caducaba, y estaba tullido de bubas y era de poca autoridad, y así lo mostraba en su persona, y no sabía las cosas de la tierra, ni tenía noticia della ni de las personas que tenían méritos; y que demás desto, que no le tendrían respeto ni le acatarían, y que sería bien que para que todos temiesen, y la justicia de su majestad fuese de todos muy acatada, que tomase por «acompañado» en la gobernación a Cortés hasta que su majestad mandase otra cosa; y el Marcos de Aguilar dijo que no saldría poco ni mucho de lo que Luis Ponce mandó en el testamento, y que él solo había de gobernar, y que si querían poner otro gobernador por fuerza: que no hacían lo que su majestad mandaba; y demás desto que dijo Marcos de Aguilar, Cortés temió si otra cosa se hiciese, por más palabras que le decían los procuradores de las ciudades y

villas de la Nueva-España, que procurase de gobernar y que ellos atraerían con buenas palabras al Marcos de Aguilar para ello, pues que estaba claro que estaba muy doliente, y era servicio de Dios y de su majestad; y por más que le decían a Cortés, nunca quiso tocar más en aquella tecla, sino que el viejo Aguilar solo gobernase; y aunque estaba tan doliente y ético, que le daba de mamar una mujer de Castilla, y tenía unas cabras, que también bebía leche dellas; y en aquella sazón se le murió un hijo que traía consigo, de modorra, según y de la manera que murió Luis Ponce. Dejaré esto hasta su tiempo, e quiero volver muy atrás de lo de mi relación, e diré lo que el capitán Luis Marín hizo, que quedaba con toda su gente en Naco esperando respuesta de Sandoval para saber si Cortés era embarcado o no, y nunca habíamos tenido respuesta ninguna. Ya he dicho cómo Sandoval se partió de nosotros para hacer embarcar a Cortés que fuese a la Nueva-España, y que nos escribiría lo que sucediese, para que nos fuésemos con Luis Marín camino de México; y puesto que escribió Sandoval y Cortés por dos partes, nunca tuvimos respuesta, porque el Saavedra nunca nos quiso escribir, con malicia; y fue acordado por Luis Marín y por todos los que con él veníamos que con brevedad fuésemos soldados a caballo a Trujillo a saber de Cortés, y fue Francisco Marmolejo por nuestro capitán, e yo fui uno de los diez, y fuimos por la tierra adentro de guerra hasta llegar a Olancho, que ahora llaman Guayape, donde fueron las minas ricas de oro, y allí tuvimos nuevas de dos españoles que estaban dolientes y de un negro, cómo Cortés era embarcado pocos días había con todos los caballeros y conquistadores que consigo traía, y que el envió a llamar la ciudad de México, que todos los vecinos mexicanos estaban con voluntad de le servir, y que vino un fraile francisco por él, y que su primo de Cortés, Saavedra, quedaba por

capitán cerca de allí en unos pueblos de guerra; de las cuales nuevas nos alegramos, y luego escribimos al capitán Saavedra con indios de aquel pueblo de Olancho, que estaba de paz, y en cuatro días vino respuesta del Saavedra, y nos hizo relación de algunas cosas, y dimos muchas gracias a Dios por ello, y a buenas jornadas volvimos donde Luis Marín estaba; y acuérdome que tiramos piedras a la tierra que dejábamos atrás y decíamos: «Ahí quedarás tierra mala, y con la ayuda de Dios iremos a México», e yendo por nuestras jornadas hallamos a Luis Marín en un pueblo que se dice Acalteca; y así como llegamos con aquellas nuevas tomó mucha alegría, y luego tiramos camino de un pueblo que se dice Maniani, y hallamos en él a seis soldados que eran de la compañía de Pedro de Alvarado, que andaba en nuestra busca, y uno dellos fue Diego de Villanueva, conquistador, buen soldado y uno de los fundadores desta ciudad de Guatemala, natural de Villanueva de la Serena, que es en el maestrazgo de Alcántara; y cuando nos conocimos nos abrazamos los unos a los otros, y preguntando por su capitán Pedro de Alvarado, dijeron que allí cerca venía con muchos caballeros, y que venían en busca de Cortés y de nosotros, y nos contaron todo lo acaecido en México, ya por mí dicho, y cómo habían enviado a llamar a Pedro de Alvarado para que fuese gobernador, y la causa por que no fue, según he dicho en el capítulo que dello habla, fue por temor del factor; e yendo por nuestro camino, luego de ahí a dos días nos encontramos con el Pedro de Alvarado y sus soldados, que fue junto a un pueblo que se dice la Choluteca Malalaca. Pues saber decir cómo se holgó en saber que Cortés era ido a México, porque excusaba el trabajoso camino que había de llevar en su busca, fue harto descanso para todos; y estando allí en el pueblo de la Choluteca, habían llegado en

aquella sazón ciertos capitanes de Pedro Arias de Ávila, que se decían Garabito y Compañón, y otros que no se me acuerdan los nombres, que, según ellos decían, venían a descubrir tierras y a partir términos con el Pedro de Alvarado; y como llegamos a aquel pueblo con el capitán Luis Marín, estuvimos juntos tres días los de Pedro Arias y Pedro de Alvarado y nosotros; y desde allí envió el Pedro de Alvarado a un Gaspar Arias de Ávila, vecino que fue de Guatemala, a tratar ciertos negocios con el gobernador Pedro Arias de Ávila, e oí decir que era sobre casamientos, porque el Gaspar Arias era gran servidor de Pedro de Alvarado. Y volviendo a nuestro viaje, en aquel pueblo se quedaron los de Pedro Arias, y nosotros fuimos camino de Guatemala, y antes de llegar a la provincia de Cuzcatlan, en aquella sazón llovía mucho y venía un río que se decía Lempa muy crecido, y no le pudimos pasar en ninguna manera; acordamos de cortar un árbol que se llama ceiba, y era de tal gordor, que dél se hizo una canoa que en estas partes otra mayor no la había visto, y con gran trabajo estuvimos cinco días en pasar el río, y aun hubo mucha falta de maíz; e pasado el río, dimos en unos pueblos que pusimos por nombre los Chaparrastiques, que era así su nombre, adonde mataron los indios naturales de aquellos pueblos un soldado que se decía Nicuesa, e hirieron otros tres de los nuestros que habían ido a buscar de comer, y venían ya desbaratados, y les fuimos a socorrer, y por no nos detener se quedaron sin castigo; y esto es en la provincia donde ahora está poblada la villa de San Miguel; y desde allí entramos en la provincia de Cuzcatlan, que estaba de guerra, y hallamos bien de comer; y desde allí veníamos a unos pueblos cerca de Petapa, y en el camino tenían los guatemaltecas unas sierras cortadas y unas barrancas muy hondas, donde nos aguardaron, y estuvimos en se las tomar

y pasar tres días: allí me hirieron de un flechazo, mas no fue nada la herida, y luego venimos a Petapa, y otro día dimos en este valle que llamamos «del Tuerto», donde ahora está poblada esta ciudad de Guatemala, que entonces todo estaba de guerra sobre pasarlos con los naturales; y acuérdome que cuando veníamos por un repecho abajo comenzó a temblar la tierra de tal manera, que muchos soldados cayeron en el suelo, porque duró gran rato el temblor; y luego fuimos camino del asiento de la ciudad de Guatemala «la vieja», donde solían estar los caciques que se decían Cinacan y Sacachul, y antes de entrar en la dicha ciudad estaba una barranca muy honda, y aguardándonos todos los escuadrones de los guatemaltecas para no dejarnos pasar, y les hicimos ir con la mala ventura, y pasamos a dormir a la ciudad, y estaban los aposentos y las casas con tan buenos edificios y ricos, en fin como de caciques que mandaban todas las provincias comarcanas; y desde allí nos salimos a lo llano e hicimos ranchos y chozas, y estuvimos en ellos diez días, porque el Pedro de Alvarado envió dos veces a llamar de paz a los de Guatemala y a otros pueblos que estaban en aquella comarca, y hasta ver su respuesta aguardamos los días que he dicho, y de que no quisieron venir ningunos dellos, fuimos por nuestras jornadas largas, sin parar hasta donde Pedro de Alvarado había dejado su ejército, porque estaba todo de guerra, y estaba en él por capitán un su hermano que se decía Gonzalo de Alvarado. Llamábase aquella población donde los hallamos Olintepeque, y estuvimos descansando ciertos días, y luego fuimos a Soconusco, y desde allí a Teguantepeque, y entonces fallecieron en el camino dos vecinos españoles de México que venían de aquella trabajosa jornada con nosotros, y un cacique mexicano que se decía Juan Velázquez, capitán que fue de Guatemuz; y por la posta

fuimos a Guaxaca, porque entonces alcanzamos a saber la muerte de Luis Ponce y otras cosas por mí ya dichas, y decían muchos bienes de su persona y que venía para cumplir lo que su majestad le mandaba, y no veíamos la hora de haber llegado a México. Pues como veníamos sobre ochenta soldados, y entre ellos Pedro de Alvarado, y llegamos a un pueblo que se dice Chalco, donde allí enviamos a hacer saber a Cortés como habíamos de entrar en México otro día, que nos tuviesen aparejadas posadas, porque veníamos muy destrozados; que había más de dos años y tres meses que salimos de aquella ciudad. Y de que se supo en México que llegábamos a Iztapalapa a las calzadas, salió Cortés con muchos caballeros y el cabildo a nos recibir; y antes de ir a parte ninguna, así como veníamos fuimos a la iglesia mayor a dar gracias a nuestro señor Jesucristo, que nos volvió a aquella ciudad, y desde la iglesia Cortés nos llevó a sus palacios, donde nos tenía aparejada una muy solemne comida e muy bien servida; e ya tenía aderezada la posada de Pedro de Alvarado, que entonces era su casa la fortaleza, porque en aquella sazón estaba nombrado por alcaide della y de las atarazanas; y al capitán Luis Marín llevó Sandoval a posar a sus casas, e a mí e a otro amigo mío, que se decía el capitán Luis Sánchez, nos llevó Andrés de Tapia a las suyas y nos hizo mucha honra, y el Sandoval me envió ropas para me ataviar e oro e cacao para gastar; y así hizo Cortés e otros vecinos de aquella ciudad a soldados amigos conocidos de los que veníamos allí. Y otro día, después de nos encomendar a Dios, salimos por la ciudad yo y mi compañero el capitán Luis Sánchez, y llevamos por intercesores al capitán Sandoval e Andrés de Tapia, y fuimos a ver y hablar al licenciado Marcos de Aguilar, que, como he dicho, estaba por gobernador por el poder que para ello le dejó el licenciado Luis Ponce; y los intercesores

que fueron con nosotros, que ya he dicho que era el capitán Sandoval y Andrés de Tapia, hicieron relación a Marcos de Aguilar de nuestras personas y servicios para suplicarle que nos diese indios en México, porque los indios de Guazacualco no eran de provecho; y después de muchas palabras y ofertas que sobre ello nos dio el Marcos de Aguilar, con prometimientos, dijo que no tenía poder para dar ni quitar indios, porque así lo dejó en el testamento Luis Ponce de León al tiempo que falleció, que todas las cosas de pleitos y vacaciones de indios de la Nueva-España se estuviesen en el estado que estaban hasta que su majestad enviara a mandar otra cosa, y que si le enviaban poder para dar indios, que nos daría de lo mejor que hubiese en la tierra; y luego nos despedimos dél. En este tiempo vino de la isla de Cuba Diego de Ordás, y como fue el que hubo escrito las cartas que envió al factor diciendo que todos éramos muertos cuantos habíamos salido de México con Cortés, Sandoval e otros caballeros con palabras muy desabridas le dijeron que por qué había escrito lo que no sabía, no teniendo noticia dello, y que fueron aquellas cartas tan malas, que se hubiera de perder la Nueva-España por ellas. Y el Diego de Ordás respondió con grandes juramentos que nunca tal escribió, sino solamente que tuvo nueva, de un pueblo que se dice Xicalango, que habían reñido los pilotos y capitanes y marineros de dos navíos, y se habían muerto los del un bando con el otro, y que los indios acabaron de matar a ciertos marineros que quedaban en los navíos; y que pareciesen las mismas cartas, y verían si era así, que si el factor las glosó e hizo otras, que no tenía culpa. Pues para saber Cortés la verdad, el factor y veedor estaban presos en las jaulas y no se atrevía a hacer justicia dellos, según lo dejó mandado el Luis Ponce de León; y como Cortés tenía otros muchos debates, acordó de callar en lo

del factor hasta que viniese mandado de su majestad, y temió no le viniesen más males sobre ello; y porque entonces puso demanda que le volviesen mucha cantidad de sus haciendas que le vendieron y tomaron para decir misas y honras por su alma, pues que fueron hechas todas aquellas honras con malicia, no siendo muerto, y por dar crédito a toda la ciudad que éramos muertos, e no por su alma; que pues veían que hacían bienes y honras por Cortés y por nosotros, creyesen que era verdad que éramos muertos. Y andando en estos pleitos, un vecino de México, que se decía Juan de Cáceres «el rico», compró los bienes y misas que habían hecho por el alma de Cortés, que fuesen por la de Cáceres. Y dejaré de contar cosas viejas, y diré cómo el Diego de Ordás, como era hombre de buenos consejos, viendo que a Cortés ya no le tenían acato ni se daba a nadie por él un cantar, después que vino Luis Ponce de León, y le habían quitado la gobernación, y que muchas personas se le desvergonzaban y no le tenían en nada, le aconsejó que se sirviese como señor y se llamase señoría y pusiese dosel, y que no solamente se nombrase Cortés, sino don Hernando Cortés. También le dijo el Ordás que mirase que el factor fue criado del comendador mayor don Francisco de los Cobos, que es el que manda a toda Castilla y que algún día le habría menester el don Francisco de los Cobos, y que el mismo Cortés no estaba bien acreditado con su majestad ni con los de su real consejo de Indias; y que no curase de matar al factor hasta que por justicia fuese sentenciado, porque había grandes sospechas en México que le quería despachar y matar en la misma jaula. Y pues viene ahora a coyuntura, quiero decir, antes que más pase adelante en esta mi relación, por qué tan secamente en todo lo que escribo, cuando viene a pláticas de decir de Cortés no le he nombrado ni nombro don Hernando Cortés, ni otros títulos

de marqués ni capitán, salvo Cortés a boca llena. La causa dello es, porque él mismo se preciaba de que le llamasen solamente Cortés; y en aquel tiempo aun no era marqués; porque era tan tenido y estimado este nombre de Cortés en toda Castilla como en tiempo de los romanos solían tener a Julio César o a Pompeyo, y en nuestros tiempos teníamos a Gonzalo Hernández, por sobrenombre Gran Capitán, y entre los cartagineses Aníbal, o de aquel valiente nunca vencido caballero Diego García de Paredes. Dejemos de hablar en los blasones pasados, y diré cómo el tesorero Alonso de Estrada en aquella sazón casó dos hijas, la una con Jorge de Alvarado, hermano de don Pedro de Alvarado, y la otra con un caballero que se decía don Luis de Guzmán, hijo de don Juan de Saavedra, conde de Castellar; y entonces se concertó que Pedro de Alvarado fuese a Castilla a suplicar a su majestad le hiciese merced de la gobernación de Guatemala; y entre tanto que iba envió a Jorge de Alvarado por su capitán a la pacificación della; y cuando el Jorge de Alvarado vino trajo consigo de camino sobre doscientos indios de Tlascala y de Cholula y mexicanos, y de Guacachula y de otras provincias que les ayudaron en las guerras. También en aquella sazón envió el Marcos de Aguilar a poblar la provincia de Chiapa, y fue un caballero que se decía don Juan Enríquez de Guzmán, deudo muy cercano del duque de Medina-Sidonia; y también envió a poblar la provincia de Tabasco, que es el río que llaman de Grijalva, y fue por capitán un hidalgo que se decía Baltasar Osorio, natural de Sevilla; y asimismo envió a pacificar los pueblos de los zapotecas, que están en unas muy altas sierras, y fue por capitán un Alonso de Herrera, natural de Jerez, y este capitán fue de los soldados de Cortés; y por no contar al presente lo que cada uno destos capitanes hizo en sus conquistas, lo dejaré de decir

hasta que venga a tiempo y sazón e quiero hacer relación de cómo en este tiempo falleció el Marcos de Aguilar, y lo que pasó sobre el testamento que hizo para que gobernase el tesorero.

Capítulo CXCIV

Cómo Marcos de Aguilar falleció, y dejó en el testamento que gobernase el tesorero Alonso de Estrada, y que no entendiese en pleitos del factor ni veedor ni dar ni quitar indios hasta que su majestad mandase lo que más en ello fuese servido, según y de la manera que le dejó el poder Luis Ponce de León

Teniendo en sí la gobernación Marcos de Aguilar, como dicho tengo, estaba muy ético y doliente y malo de bubas; los médicos le mandaron que mamase a una mujer de Castilla, y con leche de cabras se sostuvo cerca de ocho meses, y de aquella dolencia y calenturas que le dieron falleció, y en el testamento que hizo mandó que sólo gobernase el tesorero Alonso de Estrada, ni más ni menos que tuvo el poder de Luis Ponce de León; y viendo el cabildo de México e otros procuradores de ciertas ciudades, que en aquella sazón se hallaron en México, que el Alonso de Estrada solo no podía gobernar tan bien como convenía, por causa que Nuño de Guzmán, que había dos años que vino de Castilla por gobernador de la provincia de Pánuco, se metía en los términos de México y decía que eran sujetos de su provincia; e como venía furioso, e no miraba a lo que su majestad le mandaba en las provisiones que dello traía; porque un vecino de México, que se decía Pedro González de Trujillo, persona muy noble, dijo que no quería estar debajo de su gobernación, sino de la de México, pues los indios de su encomienda no eran de los de Pánuco, y por otras palabras que pasaron, sin más ser oído, le mandó ahorcar; y demás desto, hizo otros desatinos, que ahorcó a otros españoles por hacerse temer, y no tenía acato ni se le daba nada por Alonso de Estrada el tesorero, aunque era gobernador, ni le tenía en la estima que era obligado; y

viendo aquellos desatinos de Nuño de Guzmán el cabildo de México y otros caballeros vecinos de aquella ciudad, porque temiese el Nuño de Guzmán e hiciese lo que su majestad mandaba, suplicaron al tesorero que juntamente con él gobernase Cortés, pues convenía al servicio de Dios nuestro señor y de su majestad; y el tesorero no quiso, e otras personas dicen que Cortés no lo quiso aceptar, porque no dijesen maliciosos que por fuerza quería señorear, y también porque hubo murmuraciones que tenían sospecha en la muerte de Marcos de Aguilar, que Cortés fue causa della e dio con qué murió; y lo que se concertó fue, que juntamente con el tesorero gobernase Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor y persona que se hacía mucha cuenta dél; y lo hubo por bien el tesorero; mas otras personas dijeron que si lo aceptó fue por casar una hija con el Sandoval, y si se casara con ella, fuera el Sandoval muy más estimado y por ventura hubiera la gobernación, porque en aquella sazón no se tenía en tanta estima esta Nueva-España como ahora. Pues estando gobernando el tesorero y el Gonzalo de Sandoval, pareció ser, como en este mundo hay hombres muy desatinados, que un fulano Proaño, que dicen que se fue en aquella sazón a lo de Xalisco, huyendo de México, que después fue muy rico; púsose a palabras con el gobernador Alonso de Estrada, y tuvo tal desacato que por ser de tal calidad aquí no lo digo; y el Sandoval, como gobernador que era, que había de hacer justicia sobre ello y prender al Proaño, no lo hizo, antes según fama le favoreció para hacer aquel atroz delito, porque se fue huyendo adonde no podía ser habido, por mucha diligencia que sobre ello puso el tesorero para le prender; y demás de esto de ahí a pocos días después de este desacato que pasó, hubo otro malísimo delito: que pusieron en las puertas de las casas del tesorero unos libelos infamatorios muy malos, y puesto

que claramente se supo quien los puso, viendo que no podría alcanzar justicia, lo disimuló, y desde ahí adelante estuvo muy mal el tesorero con Cortés y con el Sandoval y renegaba dellos como de cosas muy malas. Dejemos esto, y quiero decir que en aquellos días que anduvieron los conciertos dichos para que Cortés gobernase con el tesorero, y pusieron al Sandoval por compañero en la gobernación, según ya dicho tengo, aconsejaron a Alonso de Estrada que luego por la posta fuese en un navío a Castilla e hiciese relación dello a su majestad, y aun le indujeron que dijese que por fuerza le pusieron a Sandoval por compañero, según ya dicho tengo, porque no quiso ni consintió que Cortés juntamente gobernase con él. Y demás desto, ciertas personas, que no estaban bien con Cortés, escribieron otras cartas de por sí, y en ellas decían que Cortés había mandado dar ponzoña a Luis Ponce de León y a Marcos de Aguilar, e que asimismo al adelantado Garay, e que en unos requesones que les dieron en un pueblo que se dice Iztapalapa creían que les dieron rejalgar en ellos, y que por aquella causa no quiso comer un fraile de la orden del señor santo Domingo dellos. Y demás de esto, enviaron con las cartas unos renglones de libelos infamatorios que hallaron a un Gonzalo de Ocampo contra Cortés, en que se decía en ellos: «¡Oh, fray Hernando, provincial - más quejas van de tu persona - delante su majestad - que fueron del duque de Arjona - delante su general!», e dejo yo de escribir otros cinco renglones que le pusieron, porque no son de poner de un capitán valeroso como fue Cortés; y todo lo que escribían de Cortés eran maldades y traiciones que le levantaron, y también escribieron que Cortés quería matar al factor y veedor, y en aquella sazón también fue a Castilla el contador Albornoz, que jamás estuvo bien con Cortés. Y como su majestad y los del real consejo de Indias vieron las

cartas que he dicho que enviaron diciendo mal de Cortés, y se informaron del contador Albornoz, e lo de Luis Ponce e lo de Marcos de Aguilar, ayudó muy mal contra Cortés, e haber oído lo del desbarate del Narváez y del Garay, y lo de Tapia y lo de Catalina Xuárez la Marcaída, su primera mujer; y estaban mal informados de otras cosas, e creyeron ser verdad lo que ahora escribían; luego mandó su majestad proveer que sólo Alonso de Estrada gobernase, y dio por bueno cuanto había hecho, y en los indios que encomendó; que sacasen de las prisiones y jaulas al factor y veedor y les volviesen sus bienes, y por la posta vino un navío con las provisiones. Y para castigar a Cortés de lo que le acusaban, mandó que luego viniese un caballero que se decía don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara, y que a costa de Cortés trajese trescientos soldados, y que si le hallase culpado le cortase la cabeza, y a los que juntamente con él habían hecho algún deservicio a su majestad, e que a los verdaderos conquistadores que les diese de los pueblos que quitasen a Cortés; y asimismo mandó proveer que viniese audiencia real, creyendo con ella habría recta justicia. E ya que se estaba apercibiendo el comendador don Pedro de la Cueva para venir a la Nueva-España, por ciertas pláticas que después hubo en la corte o porque no le dieron tantos mil ducados como pedía para el viaje, y porque con el audiencia real, creyendo que lo pusieran en justicia, se estorbó su jornada, que no vino, e porque el duque de Béjar quedó por nuestro fiador otra vez. Y quiero volver al tesorero, que, como se vio tan favorecido de su majestad, e haber sido tantas veces gobernador, y ahora de nuevo le mandaba su majestad gobernar solo, y aun le hicieron creer al tesorero que hablan informado al emperador nuestro señor que era hijo del rey católico, y estaba muy ufano, y tenía razón; e lo primero que hizo fue

enviar a Chiapa por capitán a un su primo, que se decía Diego de Mazariegos, y mandó tomar residencia a don Juan Enríquez de Guzmán, el que había enviado por capitán Marcos de Aguilar, y más robos y quejas se halló que había hecho en aquella provincia que bienes; y también envió a conquistar e pacificar los pueblos de los zapotecas y minxes, y que fuesen por dos partes, para que mejor los pudiesen atraer de paz; que fue por la parte de la banda del norte, y envió a un fulano de Barrios, que decían que había sido capitán en Italia y que era muy esforzado, que nuevamente había venido de Castilla a México (no digo por Barrios el de Sevilla, el cuñado que fue de Cortés), y le dio sobre cien soldados, y entre ellos muchos escopeteros y ballesteros. Llegado este capitán con sus soldados a los pueblos de los zapotecas, que se decían los titepeques, una noche salen los indios naturales de aquellos pueblos y dan sobre el capitán y sus soldados; y tan de repente dieron en ellos, que mataron al capitán Barrios y a otros siete soldados, y a todos los más hirieron, y si de presto no tomaran calzas de Villadiego, y se vinieran a acoger a unos pueblos de paz, todos murieran. Aquí verán cuanto va de los conquistadores viejos a los nuevamente venidos de Castilla, que no saben qué cosa es guerra de indios ni sus astucias: en esto paró aquella conquista. Digamos ahora del otro capitán que fue por la parte de Guaxaca, que se decía Figueroa, natural de Cáceres, que también dijeron que había sido capitán en Castilla, y era muy amigo del tesorero Alonso de Estrada, y llevó otros cien soldados de los nuevamente venidos de Castilla a México, y muchos escopeteros y ballesteros y aun diez de a caballo; y como llegaron a las provincias de los zapotecas, envió a llamar a un Alonso de Herrera, que estaba en aquellos pueblos por capitán de treinta soldados, por mandado de Marcos de Aguilar en el tiempo que

gobernaba, según lo tengo dicho en el capítulo que dello hace mención; y venido el Alonso de Herrera a su llamado, porque, según pareció, traía poder el Figueroa para que estuviese debajo de su mano, e sobre ciertas pláticas que tuvieron, o porque no quiso quedar en su compañía, vinieron a echar mano a las espadas, y el Herrera acuchilló al Figueroa y a otros tres de los soldados que traía, que le ayudaban. Pues viendo el Figueroa que estaba herido y manco de un brazo, y no se atrevía a entrar en las sierras de los minxes, que eran muy altas y malas de conquistar, y los soldados que traía no sabían conquistar aquellas tierras, acordó de andarse a desenterrar sepulturas de los enterramientos de los caciques de aquella provincia, porque en ellas halló cantidades de joyas de oro, con que antiguamente tenían costumbre de se enterrar los principales de aquellos pueblos; y diose tal mafia, que sacó dellas sobre cien mil pesos de oro, y con otras joyas que hubo de dos pueblos, acordó de dejar la conquista e pueblos en que estaba, y dejólos muy más de guerra a algunos dellos que los halló, y fue a México, y desde allí se iba a Castilla el Figueroa con su oro; y embarcado en la Veracruz, fue su ventura tal, que el navío en que iba dio con recio temporal al través junto a la Veracruz, de manera que se perdió él y su oro y se ahogaron quince pasajeros, y todo se perdió. Y en aquello pararon los capitanes que envió el tesorero a conquistar aquellos pueblos, que nunca vinieron de paz hasta que los vecinos de Guazacualco los conquistamos: y como tienen altas sierras y no pueden ir caballos, me quebranté el cuerpo, de tres veces que me hallé en aquellas conquistas; porque, puesto que en los veranos los atraíamos de paz, entrando las aguas se tornaban a levantar y mataban a los españoles que podían haber desmandados; y como siempre les seguíamos, vinieron de paz, y está poblada una

villa que dicen San Alfonso. Pasemos adelante, y dejaré de traer a la memoria desastres de capitanes que no han sabido conquistar, y digo que, como el tesorero supo que habían acuchillado a su amigo el capitán Figueroa, como dicho tengo, envió luego a prender a Alonso de Herrera, e no se pudo haber, porque se fue huyendo a unas sierras, y los alguaciles que envió trajeron preso a un soldado de los que solía tener el Herrera consigo; y así como llegó a México, sin más ser oído, le mandó el tesorero cortar la mano derecha. Llamábase el soldado Cortejo, y era hijodalgo; y demás desto, en aquel tiempo un mozo de espuelas de Gonzalo de Sandoval tuvo otra cuestión con otro criado del tesorero, y le acuchilló, de que hubo muy gran enojo el tesorero, y le mandó cortar la mano; y esto fue en tiempo que Cortés ni Sandoval no estaban en México, que se hablan ido a un gran pueblo que se dice Cornavaca, y se fueron por quitarse de bullicios y parlerías, y también por apaciguar ciertos encuentros que había entre los caciques de aquel pueblo. Pues como supieron Cortés y Gonzalo de Sandoval por cartas que el Cortejo y mozo de espuelas estaban presos y que les querían cortar las manos, de presto vinieron a México; y de que hallaron lo que dicho tengo, y no había remedio en ello, sintieron mucho aquella afrenta que el tesorero hizo a Cortés y a Sandoval, y dicen que le dijo Cortés tales palabras al tesorero en su presencia, que no las quisiera oír, y aún tuvo temor que le quería mandar matar, y con este temor allegó a el tesorero soldados y amigos para tener en su guarda, y sacó de las jaulas al factor y veedor para que, como oficiales de su majestad, se favoreciesen los unos a los otros contra Cortés; y de que los hubo sacado, de ahí a ocho días, por consejo del factor y otras personas que no estaban bien con Cortés, le dijeron al tesorero que en todo caso luego desterrase a Cortés de México; porque entre

tanto que estuviese en aquella ciudad jamás podría gobernar bien ni habría paz, y siempre habría bandos. Pues ya este destierro firmado del tesorero, se lo fueron a notificar a Cortés, y dijo que lo cumpliría muy bien, y que daba gracias a Dios, que dello era servido, que de las tierras y ciudad que él con sus compañeros había descubierto y ganado, derramando de día y de noche mucha sangre de su cuerpo, y muerte de tantos soldados, que le viniesen a desterrar personas que no eran dignas de bien ninguno ni de tener los oficios que tienen, y que él iría a Castilla a dar relación dello a su majestad y demandar justicia contra ellos; y que fue gran ingratitud la del tesorero, desconocido del bien que le había hecho Cortés; y luego se salió de México y se fue a una villa suya que se dice Cuyoacan, y desde allí a Tezcuco, y desde allí a pocos días a Tlascala. Y en aquel instante la mujer del tesorero, que se decía doña Marina Gutiérrez de la Caballería, por cierto digna de buena memoria por sus muchas virtudes, como supo el desconcierto que su marido había hecho en sacar de las jaulas al factor y veedor y haber desterrado a Cortés, con gran pesar que tenía, le dijo a su marido: «Plega a Dios que por estas cosas que habéis hecho no os venga mal dello»; y le trajo a la memoria los bienes y mercedes que siempre Cortés le había hecho, y los pueblos de indios que le dio, y que procurase de tornar a hacer amistades con él para que vuelva a la ciudad de México, o que se aguardase muy bien, no le matasen; y tantas cosas le dijo, que, según muchas personas después platicaban, se había arrepentido el tesorero de lo haber desterrado, y aun de haber sacado de, las jaulas al factor y veedor, porque en todo le iban a la mano y eran muy contrarios a Cortés. Y en aquella sazón vino de Castilla don fray Julián Garcés, primer obispo que fue de Tlascala, y era natural de Aragón, y por honra del cristianísimo emperador nuestro señor se

llamó Carolense, y fue gran predicador, y se vino por su obispado de Tlascala; y como supo lo que el tesorero había hecho en el destierro de Cortés, le pareció muy mal, y por poner concordia entre ellos se vino a una ciudad, ya otras veces por mí nombrada, que se dice Tezcuco; y como estaba junto a la laguna, se embarcó en dos canoas grandes, y con dos clérigos y un fraile y su fardaje se vino a la ciudad de México, y antes de entrar en ella supieron su venida en México, y le salieron a recibir con toda la pompa y cruces y clerecía y religiosos y cabildo, e conquistadores e caballeros y soldados que en México se hallaron; y cuando el obispo hubo descansado dos días, el tesorero le echó por intercesor para que fuese adonde Cortés estaba en aquella sazón y los hiciese amigos, e le alzaba el destierro, y que se volviese a México; y fue el obispo y trató las amistades, y nunca pudo acabar cosa ninguna con Cortés; antes, como dicho tengo, se fue a Tezcuco o a Tlascala muy acompañado de caballeros e otras personas. Y en lo que entendía Cortés era en allegar todo el oro y plata que podía para ir a Castilla, y demás de lo que le daban de los tributos de sus pueblos, empeñaba otras rentas y de amigos e indios que le prestaban; y asimismo se aparejaban el capitán Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia, y llegaron y recogían todo el oro y plata que podían de sus pueblos, porque estos dos capitanes fueron en compañía de Cortés a Castilla. Pues como estaba Cortés en Tlascala, íbanle a ver muchos vecinos de México y de otras villas, y soldados que no tenían encomiendas de indios, y los caciques de México le iban a servir; y aun, como hay hombres bulliciosos y amigos de escándalos e novedades, le iban a aconsejar para que si se quería alzar por rey en la Nueva-España, que en aquel tiempo tenía lugar y que ellos serían en el ayudar; y Cortés echó presos a dos hombres de los que le vinieron con

aquellas pláticas, y les trató mal, llamándoles de traidores, y estuvo para los ahorcar; y también le trajeron otra carta de otros bandoleros, que le enviaron de México, y le decían lo mismo: y esto era, según dijeron, para tentar a Cortés o tomarle en algunas palabras que de su boca dijese sobre aquel mal caso; y como Cortés en todo era servidor de su majestad, con amenazas dijo a los que le venían con aquellos tratos que no viniesen más delante dél con aquellas parlerías de traiciones, que los mandaría ahorcar. Y luego escribió al obispo lo que le pasaba, para que él dijese al tesorero que, como gobernador, mandase castigar a los traidores que le venían con aquellos consejos; si no, que él los mandaría ahorcar. Dejemos a Cortés en Tlascala aderezando para se ir a Castilla, y volvamos al tesorero y factor y veedor, que, así como venían a Cortés hombres bandoleros que deseaban ruidos y andar en bullicios, también iban y decían al tesorero y al factor que ciertamente Cortés estaba allegando gente para los venir a matar, aunque echaba fama que para venir a Castilla, y a aquel efecta estaban todos los caciques mexicanos y de Tezcuco en Tlascala, y de todos los más pueblos de alrededor de la laguna en su compañía, para ver cuándo les mandaba dar guerra. Entonces temió mucho el factor y veedor y el tesorero, creyendo que les quería matar; y para saber e inquirir si era verdad volvieron a importunar al mismo obispo que fuese a ver qué cosa era, y escribieron con grandes ofertas a Cortés, demandándole perdón; y el obispo lo hubo por bueno el ir a hacer amistades, por visitar a Tlascala. Y desque llegó donde Cortés estaba, después de le salir a recibir toda aquella provincia, y ver la gran lealtad y lo que había hecho Cortés en prender los bandoleros, y las palabras que sobre aquel caso le escribió, luego hizo mensajeros al tesorero, y dijo que Cortés era muy leal

caballero y gran servidor de su majestad, y que en nuestros tiempos se podía poner en la cuenta de los muy afamados servidores de la corona real, y que en lo que estaba entendiendo era aviarse para ir ante su majestad, y que podían estar sin sospecha de lo que pensaban; y también le escribió que tuvo mala consideración en le haber desterrado, y que no lo acertó. Entonces dicen que le dijo en la carta que le escribió: «Oh señor tesorero Alonso de Estrada, y ¡cómo ha dañado y estragado este negocio!» Dejemos esto de la carta; que no me acuerdo bien si volvió Cortés a México para dejar recaudo a las personas a quien había de dar los poderes para entender en su estado y casa e cobrar los tributos de los pueblos de su encomienda; salvo sé que dejó poder mayor al licenciado Juan Altamirano y a Diego de Ocampo y Alonso Valiente y a Santa Cruz, burgalés, y sobre todos a Altamirano; e ya tenía allegado muchas aves de las diferenciadas de otras que hay en Castilla, que eran cosa muy de ver, y dos tigres, y muchos barriles de liquidámbar y bálsamo cuajado y otro como aceite, y cuatro indios maestros de jugar el palo con los pies, que en Castilla y en todas partes es cosa de ver, y otros indios bailadores, que suelen hacer una manera de ingenio, al parecer como que vuelan por alto estando bailando; y llevó tres indios corcovados de tal manera, que eran cosa monstruosa, porque estaban quebrados por el cuerpo y eran muy enanos; y también llevó indios e indias muy blancos, que con el gran blancor no velan bien. Y entonces los caciques de Tlascala le rogaron que llevase en su compañía tres hijos de los más principales de aquella provincia, y entre ellos fue un hijo de Xicotenga el viejo ciego, que después se llamó don Lorenzo de Vargas, y llevó otros caciques mexicanos; y estando aderezando su partida, le llegaron nuevas de la Veracruz que habían venido dos navíos muy

buenos veleros, y en ellos le trajeron cartas de Castilla, y lo que se contenía en ellas diré adelante.

Capítulo CXCV

Cómo vinieron cartas a Cortés de España, del cardenal de Sigüenza don García de Loaysa, que era presidente de Indias y luego fue arzobispo de Sevilla, y de otros caballeros, para que en todo caso se fuese luego a Castilla, y le trajeron nuevas que era muerto su padre Martín Cortés; y lo que sobre ello hizo

Ya he dicho en el capítulo pasado lo acaecido entre Cortés y el tesorero y el factor y veedor, e por qué causa lo desterró de México, y cómo vino dos veces el obispo de Tlascala a entender en amistades y Cortés nunca quiso responder a cartas ni a cosa ninguna que le dijesen, y se apercibió para ir a Castilla; y le vinieron cartas del Presidente de Indias don García de Loaysa, y del duque de Béjar y de otros caballeros, en que le decían que, como estaba ausente, daban quejas delante de su majestad, y decían en las quejas muchos males y muertes que había hecho dar a los gobernadores que su majestad enviaba, y que fuese en todo caso a volver por su honra; y le trajeron nuevas que su padre Martín Cortés era fallecido; y como vio las cartas, le pesó mucho, así de la muerte de su padre como de las cosas que dél decían que había hecho, no siendo así; y se puso luto, puesto que lo traía en aquel tiempo por la muerte de su mujer doña Catalina Xuárez «la Marcaída», e hizo gran sentimiento por su padre, y las honras lo mejor que pudo; y si mucho deseo tenía de antes de ir a Castilla, desde allí adelante se dio mayor priesa, porque luego mandó a su mayordomo, que se decía Pedro Ruiz de Esquivel, natural de Sevilla, que fuese a la Veracruz, y de dos navíos que habían llegado, que tenía fama que eran nuevos y veleros, que los comprase; y estaba apercibiendo bizcocho y cecina de tocinos y lo perteneciente para el matalotaje muy

cumplidamente, como convenía para un gran señor y rico que Cortés era, y cuantas cosas se pudieron haber en la Nueva-España que eran buenas para el mar, y conservas que de Castilla vinieron; y fueron tantas y de tanto género, que para dos años se pudieran mantener otros dos navíos, aunque tuvieran mucha más gente, con lo que en Castilla les sobró. Pues yendo el mayordomo por la laguna de México en una canoa grande para ir a un pueblo que se dice Ayotzingo, que es donde desembarcan las canoas, que por ir más presto a hacer lo que Cortés le mandaba fue por allí, y llevó seis indios mexicanos remeros y un negro, e ciertas barras de oro para comprar los navíos; y quien quiera que fue, le aguardó en la misma laguna y le mató, que nunca se supo quién ni quién no, ni pareció canoa ni indios ni el negro que le remaba, salvo que desde allí a cuatro días hallaron al Esquivel en una isleta de la laguna, el medio cuerpo comido de aves carniceras. Sobre la muerte deste mayordomo hubo grandes sospechas, porque unos decían que era hombre que se alababa de cosas que decía él mismo que pasaba con damas e con otras señoras, e decían otras cosas malas que dicen que hacía; e a esta causa estaba malquisto, y ponían sospechas de otras muchas cosas que aquí no declaro; por manera que no se supo de su muerte, ni aun se pesquisó muy de raíz quién le mató, perdónele Dios. Y luego Cortés volvió a enviar de presto a otros mayordomos para que le tuviesen aparejados los navíos e metido el bastimento e pipas de vino, y mandó dar pregones que cualesquier personas que quisieren ir a Castilla les dará pasaje y comida de valde, yendo con licencia del gobernador. Y luego Cortés, acompañado de Gonzalo de Sandoval y de Andrés de Tapia y de otros caballeros, se fue a Veracruz, y como se hubo confesado y comulgado se embarcó; y quiso nuestro señor Dios darle tal viaje, que en

cuarenta y un días llegó a Castilla, sin parar en la Habana ni en isla ninguna, y fue a desembarcar cerca de la villa de Palos, junto a nuestra señora de la Rábida; y como se vieron en salvamento en aquella tierra, hincan las rodillas en tierra y alzan las manos al cielo, dando muchas gracias a Dios por las mercedes que siempre les hacia; y llegaron a Castilla en el mes de diciembre de 1527 años. Y pareció ser que Gonzalo de Sandoval iba muy doliente, y a grandes alegrías hubo tristezas, que fue Dios servido desde ahí a pocos días de le llevar desta vida en la villa de Palos, y en la posada que estaba era de un cordonero de hacer jarcias y cables y maromas, y antes que muriese le hurtó el huésped trece barras de oro; lo cual vio el Sandoval por sus ojos que se las sacaron de una caja, porque aguardó el cordonero que no estuviese allí persona ninguna en compañía del Sandoval; e tuvo tales astucias, que envió a sus criados del Sandoval que fuesen por la posta de la Rábida a llamar a Cortés; y el Sandoval, puesto que lo vio, no osó dar voces, porque, como estaba muy debilitado y flaco y malo, temió que el cordonero, que le pareció mal hombre, no le echase el colchón o almohada sobre la boca y le ahogase; y luego se fue el huésped a Portugal, huyendo con las barras de oro y no se pudo cobrar cosa ninguna. Volvamos a Cortés, que cuando supo que estaba muy malo el Sandoval vino luego por la posta adonde estaba, y el Sandoval le dijo la maldad que su huésped le había hecho, y cómo le hurtó las barras de oro y se fue huyendo; en lo cual, puesto que pusieron gran diligencia para que se sobrasen, como se pasó a Portugal, se quedó con ello. Y el Sandoval cada día iba empeorando de su mal, y los médicos que le curaban le dijeron que luego se confesase y recibiese los santos sacramentos e hiciese testamento, y él lo hizo con grande devoción y mandó muchas mandas así a pobres como a

monasterios, y nombró por su albacea a Cortés y heredera a una hermana o hermanas e la una hermana, el tiempo andando, se casó con un hijo bastardo del conde de Medellín; y como hubo ordenado su alma y hecho testamento, dio el ánima a nuestro señor Dios, que la crió, y por su muerte se hizo gran sentimiento, y con toda la pompa que pudieron le enterraron en el monasterio de nuestra señora de la Rábida; y Cortés, con todos los caballeros que iban en su compañía, se pusieron luto ¡perdónele Dios, amén! Y luego Cortés envió correo a su majestad y al cardenal de Sigüenza, y al duque de Béjar y al conde de Aguilar y a otros caballeros, e hizo saber cómo había llegado a aquel puerto y de cómo Gonzalo de Sandoval había fallecido, e hizo relación de la calidad de su persona y de los grandes servicios que había hecho a su majestad, y que fue capitán de mucha estima así para mandar ejércitos como para pelear por su persona; y como aquellas cartas llegaron ante su majestad, recibió alegría de la venida de Cortés, puesto que le pesó de la muerte del Sandoval, porque ya tenía noticia de su generosa persona, y asimismo le pesó al cardenal don García de Loaysa y al real consejo de Indias. Pues el duque de Béjar y el conde de Aguilar y otros caballeros se holgaron en gran manera, puesto que a todos les pesó de la muerte del Sandoval; y luego fue el duque de Béjar, juntamente con el conde de Aguilar, a dar más relación dello a su majestad, puesto que ya tenía la carta de Cortés, y dijo que bien sabía la gran lealtad de quien había fiado y que caballero que tan grandes servicios le había hecho, que en todo lo demás lo había de mostrar en lealtad, como era obligado a su rey y señor, lo cual se ha parecido bien por la obra; y esto dijo el Duque porque en el tiempo que ponían las acusaciones y decían muchos males contra Cortés delante de su majestad, puso

tres veces su cabeza y estado por fiador de Cortés y de los soldados que estábamos en su compañía, que éramos muy leales y grandes servidores de su majestad y dignos de grandes mercedes, porque en aquel tiempo no estaba descubierto el Perú ni había la fama de lo que después hubo. Y luego su majestad envió a mandar que por todas las ciudades y villas por donde Cortés pasase le hiciesen mucha honra, y el duque de Medina-Sidonia le hizo gran recibimiento en Sevilla y le presentó caballos muy buenos; y después que reposó allí dos días, fue a jornadas largas a nuestra señora de Guadalupe para tener novenas, y fue su ventura tal, que en aquella sazón había allí llegado la señora doña María de Mendoza, mujer del comendador mayor de León don Francisco de los Cobos, y había traído en su compañía muchas señoras de grande estado, y entre ellas una señora doncella, hermana suya, que de ahí a dos años casó con el adelantado de Canarias; y como Cortés lo supo, hubo gran placer, y luego como llegó, después de haber hecho oración delante de nuestra señora y dado limosna a pobres y mandar decir misas, puesto que llevaba luto por su padre y su mujer y por Gonzalo de Sandoval, fue muy acompañado de los caballeros que llevó de la Nueva-España y con otros que se le habían allegado para su servicio, y fue a hacer gran acato a la señora doña María de Mendoza y a la señora doncella, su hermana, que era muy hermosa, y a todas las demás señoras que con ellas venían. Y como Cortés en todo era muy cumplido y regocijado, y la fama de sus grandes hechos volaba por toda Castilla, pues plática y agraciada expresiva no le faltaba, y sobre todo, mostrarse muy franco y tener riquezas de que dar, comenzó a hacer grandes presentes de muchas joyas de oro de diversas hechuras a todas aquellas señoras, y después de las joyas, dio penachos de plumas verdes llenas de argentería de oro y de

perlas, y en todo lo que dio fue muy aventajada la señora doña María de Mendoza y a la señora su hermana; y después que hubo hecho aquellos ricos presentes, dio por sí sola a la señora doncella ciertos tejuelos de oro muy fino para que hiciese joyas, y tras esto, mandó dar mucho liquidámbar y bálsamo para que se sahumasen; y mandó a los indios maestros de jugar el palo en los pies, que delante de aquellas señoras les hiciesen fiesta y trajesen el palo de un pie al otro, que fue cosa de que se contentaron y aun se admiraron de lo ver; y demás de todo esto, supo Cortés que de la litera en donde había venido la señora doncella se le mancó una acémila, y secretamente mandó comprar dos muy buenas y que las entregasen a los mayordomos que traían cargo de su servicio; y aguardó en la villa de Guadalupe hasta que partiesen para la corte, que en aquella sazón estaba en Toledo, y fueles acompañando y sirviendo e haciendo banquetes y fiestas, y tan gran servidor se mostró, que lo sabía muy bien hacer y representar, que la señora doña María de Mendoza le trató casamiento con su hermana; y si Cortés no fuera desposado con la señora doña Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar, ciertamente tuviera grandísimos favores del comendador mayor de León y de la señora doña María de Mendoza, su mujer, y su majestad le diera la gobernación de la Nueva-España. Dejemos de hablar en este casamiento, pues todas las cosas son guiadas y encaminadas por la mano de Dios, y diré cómo escribió la señora doña María de Mendoza al comendador mayor de León, su marido, sublimando en gran manera las cosas de Cortés, y que no era nada la fama que tiene de sus heroicos hechos para lo que ha visto y conocido de su persona y conversación y franqueza, y le representó otras gracias que en él había conocido y los servicios que le había hecho, y que le tenga por su muy gran

servidor, y que a su majestad le haga sabidor de todo y le suplique que le haga mercedes. Y como el comendador mayor vio la carta de su mujer, se holgó con ella; y como era el más privado que hubo en nuestros tiempos del emperador, llevóle la misma carta a su majestad, y de su parte le suplicó que en todo le favoreciese, y así su majestad lo hizo, como adelante diré; e dijo el duque de Béjar y el almirante al Cortés, como por pasatiempo, cuando hubo llegado a la corte, que habían oído decir a su majestad, cuando supo que había venido a Castilla, que tenla deseo de ver y conocer a su persona, que tantos y tan buenos servicios le ha hecho, y de quien tantos males le han informado que hacía con mañas e astucias. Pues llegado Cortés a la corte, su majestad le mandó señalar posada: pues por parte del duque de Béjar y del conde de Aguilar y de otros grandes señores, sus deudos, le salieron a recibir y se le hizo mucha honra. Y otro día, con licencia de su majestad, fue a le besar sus reales pies, llevando en su compañía por sus intercesores, por más le honrar, al almirante y al duque de Béjar y al comendador mayor de León; y Cortés, después de demandar licencia para hablar, se arrodilló en el suelo, y su majestad le mandó levantar, y luego representó sus muchos y notables servicios, y todo lo acontecido en las conquistas e ida de Honduras, y las tramas que hubo en México del factor y veedor; y recontó todo lo que llevaba en la memoria; y porque era muy larga relación, y por no embarazar más a su majestad, entre otras pláticas, dijo: «Ya vuestra majestad estará cansado de me oír, y para un tan gran emperador y monarca de todo el mundo, como vuestra majestad es, no es justo que un vasallo como yo tenga tanto atrevimiento, y mi lengua no está acostumbrada a hablar con vuestra majestad, y podría ser que mi sentido no diga con aquel tan debido acato que debo todas las cosas

acaecidas; aquí tengo este memorial, por donde vuestra majestad podrá ver, si fuere servido, todas las cosas muy por extenso cómo pasaron»; y entonces se hincó de rodillas para besarle los pies por las mercedes que fue servido hacerle en le haber oído. Y el emperador nuestro señor le mandó levantar: y el almirante y el duque de Béjar dijeron a su majestad que era digno de grandes mercedes; y luego le hizo marqués del Valle y le mandó dar ciertos pueblos, y aun le mandaba dar el hábito de señor Santiago, y como no se lo señalaron con renta, se calló por entonces; que esto yo no lo sé bien de qué manera fue, y le hizo capitán general de la Nueva-España y mar del Sur, y Cortés se tornó a humillar para besarle sus reales pies, y su majestad le mandó que se levantase. Y después de hechas estas grandes mercedes, desde ahí a pocos días que había llegado a Toledo adoleció Cortés, que llegó a estar tan al cabo, que creyeron que se muriera; y el duque de Béjar y el comendador mayor don Francisco de los Cobos suplicaron a su majestad que, pues que Cortés tan grandes servicios le había hecho, que le fuese a visitar antes de su muerte a su posada; y su majestad fue acompañado de duques, marqueses y condes y del don Francisco de los Cobos, y le visité; que fue muy grande favor, y por tal se tuvo en la corte; y después que estuvo Cortés bueno, como se tenía por tan grande privado de su majestad, y el conde de Nasao le favorecía, y el duque de Béjar y almirante de Castilla, un domingo yendo a misa, ya su majestad estaba en la iglesia mayor, acompañado de duques y marqueses y condes, y estaban asentados en sus asientos conforme al estilo y calidad que entre ellos se tenía por costumbre de se asentar, vino Cortés algo tarde a misa, sobre cosa pensada, y pasó por delante de aquellos ilustrísimos señores con su falda de luto alzada, y se fue sentar cerca del conde Nasao, que estaba su asiento el más

cercano del emperador; y de que así lo vieron pasar delante de aquellos grandes señores de salva, murmuráronlo de su grande presunción y osadía, y tuviéronlo por desacato, y que no se le había de atribuir a la policía de lo que dél decían; y entre aquellos duques y marqueses estaba el duque de Béjar y el almirante de Castilla y el conde de Aguilar, y dijeron que aquello no se le había de tener a Cortés a mal miramiento, porque su majestad por le honrar le había mandado que se fuese a sentar cerca del conde de Nasao; y que demás de aquello, que su majestad mandó que mirasen y tuviesen noticia que Cortés con sus compañeros, había ganado tantas tierras, que toda la cristiandad le era en cargo; que ellos, los estados que tenían que los habían heredado de sus antepasados por servicio que habían hecho; y que por estar desposado Cortés con su sobrina, su majestad le mandaba honrar. Volvamos a Cortés, y diré que, viéndose tan sublimado en privanza con el emperador y el duque de Béjar y conde Nasao, y aun del almirante, e ya con título de marqués, comenzó a tenerse en tanta estima, que no tenía cuenta, como era razón, con quien le había favorecido y ayudado para que su majestad le diese el marquesado, ni al cardenal fray García de Loaysa ni a Cobos, ni a la señora doña María de Mendoza ni a los del real consejo de Indias, que todo se le pasaba por alto, y todos sus cumplimientos eran con el duque de Béjar y conde Nasao y el almirante. E creyendo que tenía muy bien entablado su juego con tener privanza con tan grandes señores, comenzó a suplicar con mucha instancia a su majestad que le hiciese merced de la gobernación de la Nueva-España, y para ello representó otra vez sus servicios, y que siendo gobernador entendía descubrir por la mar del Sur islas e tierras muy ricas, y se ofreció con otros muchos cumplimientos; y aun echó otra vez por intercesores al

conde Nasao y al duque de Béjar y al almirante; y su majestad les respondió que se contentase que le había dado el marquesado de mucha renta, y que también había de dar a los que le ayudaron a ganar la tierra, que eran merecedores dello; que pues lo conquistaron, que lo gocen. Y dende allí adelante comenzó decaer de la grande privanza que tenía; porque, según dijeron muchas personas, el cardenal, que era presidente del real consejo de Indias, y los del real consejo de Indias habían entrado en consulta con su majestad sobre las cosas y mercedes de Cortés, y les pareció que no fuese gobernador; otros dijeron que el comendador mayor y la señora doña María de Mendoza le fueron algo contrarios porque no hacía cuenta dellos: ora sea por lo uno o por lo otro, el emperador no le quiso más oír, por más que le importunaban, sobre la gobernación. Y en este instante se fue su majestad a embarcar a Barcelona para pasar a Flandes y fueron acompañándole muchos duques y marqueses y siempre él echaba por intercesores aquellos duques y marqueses para suplicar a su majestad que le diese la gobernación; y su majestad respondió al conde Nasao que no le hablase más en aquel caso, que ya le había dado un marquesado que tenía más renta de la que el conde Nasao, tenía con todo su estado. Dejemos a su majestad embarcado con buen viaje, y volvamos a Cortés y las grandes fiestas que le hicieron a sus velaciones, y de las ricas joyas que dio a la señora doña Juana de Zúñiga, su mujer; e fueron tales que, según dijeron quien las vio, y la riqueza dellas, que en toda Castilla no se habían dado más estimadas; y de algunas dellas la serenísima emperatriz doña Isabel, nuestra señora, que tuvo voluntad de las haber, según lo que dellas le contaban los lapidarios, y aun dijeron que ciertas piedras que Cortés le hubo presentado, que se descuidó o no quiso darle de las más ricas, como las que dio a la marquesa, su

mujer. Quiero traer a la memoria otras cosas que a Cortés le acaecieron en Castilla el tiempo que estuvo en la corte, y fue, que triunfaba con mucha alegría, y según dijeron muchas personas que vinieron de allá, que estaban en su compañía, que hubo fama que la serenísima emperatriz doña Isabel, nuestra señora, no estaba tan bien en los negocios de Cortés como al principio que llegó a la corte, cuando alcanzó a saber que había sido ingrato al cardenal y al real consejo de Indias, y aun al comendador mayor de León y con la señora doña María de Mendoza, y alcanzó a saber que tenía otras muy ricas piedras, mejores que las que le hubo dado. Y con todo esto que le informaron, mandó a los del real consejo de Indias que en todo fuese ayudado; y entonces capituló Cortés que enviaría por ciertos años por la mar del Sur dos navíos de armada bien abastecidos, y con setenta soldados y capitanes con todo género de armas, a su costa, a descubrir islas e otras tierras, y que de lo que descubriese le harían ciertas mercedes; a las cuales capitulaciones me remito, porque ya no se me acuerdan. Y también en aquel instante estaba en la corte don Pedro de la Cueva, comendador mayor de Alcántara, hermano del duque de Alburquerque, porque este caballero fue el que su majestad había mandado que fuese a la Nueva-España con gran copia de soldados a cortar la cabeza a Cortés si le hallase culpado, e a otras cualesquier personas que hubiesen hecho alguna cosa en deservicio de su majestad; y como vio a Cortés, y supo que su majestad le había hecho marqués, y era casado con la señora doña Juana de Zúñiga, se holgó mucho dello, y se comunicaba cada día el comendador don Pedro de la Cueva con el marqués don Fernando Cortés; y dijo al mismo Cortés que si por ventura fuera a la Nueva-España y llevara los soldados que su majestad le mandaba, que por más leal y justificado que le hallase, que por fuerza

había de pagar la costa de los soldados, y aun su ida, y que fueran más de trescientos mil pesos; y que lo hizo mejor de venir ante su majestad. Y porque tuvieron otras muchas pláticas, que aquí no relato, las cuales de Castilla nos escribieron personas que se hallaron presentes a ellas, y de todo lo demás por mí relatado en el capítulo que dello habla; y demás desto, nuestros procuradores lo escribieron, y aun el mismo marqués escribió los grandes favores que de su majestad alcanzó, y no declaró la causa por qué no le dieron la gobernación. Dejemos esto, y digo que desde ahí a pocos días después que fue marqués envió a Roma a besar los santos pies de nuestro muy santo padre el papa Clemente; porque Adriano, que hacía por nosotros, ya había fallecido tres o cuatro años había, y envió por su embajador a un hidalgo que se decía Juan de Herrada, y con él envió un rico presente de piedras ricas e joyas de oro, y dos indios maestros de jugar el palo con los pies; y le hizo relación de su llegada a Castilla y de las tierras que había ganado, y de los servicios que hizo a Dios primeramente y a nuestro gran emperador, y le dio toda la relación por un memorial de las tierras, cómo son muy grandes y la manera que en ellas hay, y que todos los indios eran idólatras y que se han vuelto cristianos, y otras muchas cosas que convenían decir a nuestro muy santo padre; y porque yo no lo alcancé a saber tan por extenso como en la carta iba, lo dejaré aquí de decir, y aun esto que aquí digo, después lo alcanzamos a saber del mismo Juan de Herrada, fue un buen soldado que hubo ido en nuese supimos que enviaba a suplicar a nuestro muy santo padre que se quitasen parte de los diezmos. Y para que bien entiendan los curiosos lectores quién es este Juan de Herrada, fue un buen soldados que hubo ido en nuestra compañía a las Honduras cuando fue Cortés; y después que vino de Roma fue al Perú, y le dejó don Diego

de Almagro por ayo de su hijo don Diego el mozo; y este fue tan privado de don Diego de Almagro, e fue el capitán de los que mataron a don Francisco Pizarro el viejo, y después maese de campo de Almagro el mozo. Volvamos a decir lo que le aconteció en Roma al Juan de Herrada que, después que fue a besar los santos pies de su santidad, y presentó los dones que Cortés le envió y los indios que traían el palo con los pies, su santidad lo tuvo en mucho, y dijo que daba gracias a Dios, que en sus tiempos tan grandes tierras se hubiesen descubierto y tantos números de gentes se hubiesen vuelto a nuestra santa fe; y mandó hacer procesiones, y que todos diesen gracias por ello a Dios nuestro señor; y dijo que Cortés y todos sus soldados habíamos hecho grandes servicios a Dios primeramente, y al emperador don Carlos, nuestro señor, y a toda la cristiandad, y que éramos dignos de grandes mercedes; y entonces nos envió bulas para no absolver a culpa y a pena de todos nuestros pecados, e otras indulgencias para los hospitales e iglesias, con grandes perdones; y dio por muy bueno todo lo que Cortés había hecho en la Nueva-España, según y como su antecesor el papa Adriano; y en lo de los diezmos no sé si le hizo cierta merced; y escribió a Cortés en respuesta de su carta, y lo que en ella se contenía yo no lo supe, porque, como dicho tengo, deste Juan de Herrada y de un soldado que se decía Campo, que volvieron desde Roma, alcancé a saber lo que aquí escribo; porque, según dijeron, después que hubo estado en Roma diez días, y habían los indios maestros de jugar el palo con los pies estado delante de su santidad y de los sacros cardenales, de que se holgaron mucho de lo ver, su santidad le hizo merced al Juan de Herrada de le hacer conde palatino y le mandó dar cierta cantidad de ducados para que se volviese, y una carta de favor para el emperador nuestro señor, que le

hiciese su capitán y le diese buenos indios de encomienda. Y como Cortés ya no tenía mando en la Nueva-España, y no le dio cosa ninguna de lo que el santo padre mandaba, se pasó al Perú, donde fue capitán.

Capítulo CXCVI

Cómo entretanto que Cortés estaba en Castilla con título de marqués, vino la real audiencia a México, y en lo que entendió

Pues estando Cortés en Castilla con título de marqués, en aquel instante llegó la real audiencia a México, según su majestad lo había mandado, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y por presidente Nuño de Guzmán, que solía estar por gobernador en Pánuco, y cuatro licenciados por oidores; los nombres dellos se decían Matienzo, que era natural de Vizcaya o cerca de Navarra, y Delgadillo, de Granada, y un Maldonado, de Salamanca; no es este el licenciado Alonso Maldonado «el bueno», que fue gobernador de Guatemala; y vino un licenciado Parada, que solía estar en la isla de Cuba. Y así como llegaron estos oidores a México, después que les hicieron gran recibimiento en la entrada de la ciudad, en obra de quince o veinte días que habían llegado, se mostraron muy justificados en hacer justicia, y traían los mayores poderes que nunca a la Nueva-España después trajeron virreyes ni presidentes, y era para hacer el repartimiento perpetuo, y anteponer a los conquistadores y hacerles muchas mercedes, porque así se lo mandó su majestad; y luego hacen saber de su venida a todas las ciudades e villas que en aquella sazón estaban pobladas en la Nueva-España, para que envíen procuradores con las memorias y copias de los indios que hay en cada provincia, para hacer el repartimiento perpetuo, y en pocos días se juntaron en México los procuradores de las ciudades e villas y otros conquistadores. Y en aquella sazón estaba yo en México por procurador síndico de la villa de Guazacualco, donde en aquel tiempo era vecino; y como vi lo que el presidente y oidores

mandaron, fui por la posta a nuestra villa para elegir quiénes habían de venir por procuradores para hacer el repartimiento perpetuo; y cuando llegué hubo muchas contrariedades en elegir los que habían de venir, porque unos vecinos querían que viniesen sus amigos, y otros no lo consentían, y por votos hubimos de salir elegidos el capitán Luis Marín y yo. Llegados a México, demandamos todos los procuradores de las más villas y ciudades que se habían juntado el repartimiento perpetuo, según su majestad mandaba; y en aquella sazón estaba trastrocado el Nuño de Guzmán y el Matienzo y Delgadillo, porque los otros dos oidores, que fueron Maldonado y Parada, luego que a aquella ciudad llegaron fallecieron de dolor de costado; y si allí estuviera Cortés, según hay maliciosos, también le infamaran y dijeran que Cortés los había muerto. Y volviendo a nuestra relación, quién fue causa de les volver el propósito que no hiciesen el repartimiento según su majestad mandaba, dijeron muchas personas que lo entendieron muy bien, que fue el factor Salazar, porque se hizo tan íntimo amigo de Nuño de Guzmán y de Delgadillo, que no se hacía otra cosa sino lo que mandaba, y tal como el consejo dieron, en tal paró todo; y lo que le aconsejaron fue, que no hiciese el repartimiento perpetuo por vía ninguna; porque, si lo hacían, que no serían tan señores ni los tendrían en tanto acato los conquistadores y pobladores, con decir que no les podían dar ni quitar más indios de los que entonces les diese; y de otra manera, que los tendrían siempre debajo de su mano, y podrían dar y quitar a quien quisiesen, y serían muy ricos y poderosos; y también trataron entre el factor y Nuño de Guzmán y Delgadillo que fuese el mismo factor a Castilla por la gobernación de la Nueva-España para Nuño de Guzmán, porque ya sabían que Cortés no tenía tanto favor con su majestad como al

principio que fue a Castilla, y no se le habían dado, por más intercesores que echó ante su majestad para que se la diesen. Pues ya embarcado el factor en una nao que llamaban «la Sornosa», dio al través con gran tormenta en la costa de Guazacualco, y se salvó en un batel y volvió a México, y no hubo efecto su ida a Castilla. Dejemos desto y diré en lo que entendieron luego que a México llegaron el Nuño de Guzmán y Matienzo y Delgadillo, y fue en tomar residencia al tesorero Alonso de Estrada, la cual dio muy buena; y si se mostrara tan varón como creíamos que lo fuera, él se quedara por gobernador, porque su majestad no le mandaba quitar la gobernación; antes, como dicho tengo en el capítulo pasado, había venido mandado pocos meses había de su majestad que gobernase solo el tesorero, y no juntamente con el Gonzalo de Sandoval, y dio por muy buenas las encomiendas que había de antes dado, y al Nuño de Guzmán no le nombraban en las provisiones más de por presidente y repartidor juntamente con los oidores; y demás desto, si se pusiera de hecho en tener la gobernación en sí, todos los vecinos de México y los conquistadores que en aquella sazón estábamos en aquella ciudad le favoreciéramos, pues veíamos que su majestad no le quitaba del cargo que tenía; y demás desto, vimos en el tiempo que gobernó hacía justicia y tenía mucha voluntad y buen celo de cumplir lo que su majestad mandaba; y dende a pocos días falleció de enojo dello. Dejemos de hablar en esto, y diré en lo que luego entendieron en la audiencia real, y fueron muy contrarios en las cosas del marqués; y enviaron a Guatemala a tomar residencia a Jorge de Alvarado, y vino un Orduña el viejo, natural de Tordesillas, y lo que pasó en la residencia yo no lo sé; y luego le pusieron en México muchas demandas a Cortés por vía del fiscal, y el factor Salazar asimismo le puso otras demandas, y los escritos que

daba en los estrados era con muy gran desacato y palabras muy mal dichas, y lo que en los escritos decían, que Cortés era tirano y traidor, y que había hecho muchos deservicios a su cesárea majestad, y otras muchas cosas feas; y tan malas, que el licenciado Juan Altamirano, ya por mí otra vez nombrado, que era la persona a quien Cortés hubo dejado su poder cuando fue a Castilla, se levantó en pie, con su gorra quitada, en los mismos estrados, y dijo al presidente e oidores con mucho acato que suplicaba a su alteza que le mandasen al factor que en los escritos que diese, que fuese bien mirado, y que no le consientan que diga del marqués, pues es buen caballero y tan grande servidor de vuestra alteza, tan malas y feas palabras, e que, demande su justicia como debe; y no aprovechó cosa ninguna lo que el licenciado Altamirano allí en los estrados les suplicó, porque para otro día tuvo el factor otros más feos escritos; y fue la cosa, según después alcanzamos a saber, que el Nuño de Guzmán y el Delgadillo le daban lugar a ello en tal manera, que el licenciado Altamirano y el factor, allí delante del presidente e oidores, sobre los escritos vinieron a palabras muy feas e sentidas que entre ellos dijeron, y el Altamirano echó mano a un puñal para el factor, y le iba a dar si no se abrazara con él Nuño de Guzmán y Matienzo y Delgadillo, y luego toda la ciudad revuelta, y llevaron preso a las atarazanas al licenciado Altamirano, y al factor a su posada; y los conquistadores fuimos al presidente a suplicar por el Altamirano, y dende allí a tres días le sacaron de la prisión y los hicimos amigos. Y pasemos adelante, que hubo luego otra tormenta mayor, y fue, que en aquella sazón había aportado allí a México un deudo del capitán Pánfilo de Narváez, el cual se decía Zavallos, que le enviaba desde Cuba su mujer del Pánfilo de Narváez, la cual se decía María de Valenzuela, en busca de su marido Narváez, que

había ido por gobernador al río de Palmas, porque ya tenía fama que era perdido o muerto; y trajo su poder para haber sus bienes donde quiera que los hallase, y también creyendo que había aportado a la Nueva-España. Y como llegó a México este Zavallos, secretamente, según el Zavallos dijo y así fue fama, el Nuño de Guzmán y el Matienzo y Delgadillo le hablaron para que ponga demanda y dé queja de todos los conquistadores que fuimos juntamente con Cortés a desbaratar a Narváez, y se le quebró el ojo y se quemó su hacienda, y también demandó la muerte de los que allí murieron; y el Zavallos, dada su queja como se lo mandaron, y grandes informaciones dello, prendieron a todos los más conquistadores que en aquella ciudad nos hallamos, que en las probanzas vieron que fueron en ello, que pasaron de más de doscientos y cincuenta, y a mí también me prendieron, y nos sentenciaron en ciertos pesos de oro de tepuzque, y nos desterraron de cinco leguas de México, y luego nos alzaron el destierro, y aun a muchos de nosotros no nos demandaron el dinero de la sentencia, porque era poca cosa. Y tras esta tormenta, ponen a Cortés otra demanda las personas que mal le querían, y fue, que se había alzado con mucha cantidad de oro y joyas y plata de gran valía, que se hubo en la toma de México, y aun la recámara de Guatemuz, y que no dio parte dello a los conquistadores, sino a cosa de ochenta pesos, y que en su nombre lo envió a Castilla, diciendo que servía a su majestad con ello, y se quedó con la mayor parte dello, que no lo envió todo; y eso que envié, que lo robó en la mar un Juan Florín, francés, corsario, que fue el que ahorcaron en el Puerto del Pico, como dicho tengo en los capítulos que dello hablan, y que era obligado el Cortés a pagar todo aquello que el Juan Florín robó, y más lo que escondió; y le pusieron otras demandas, y en todas le condenaban que lo pagase de

sus bienes, y se los vendían. Y también tuvieron manera y concertaron para que un Juan Xuárez, cuñado de Cortés, demandase públicamente en los estrados la muerte de su hermana doña Catalina Xuárez «la Marcayda», la cual demandó en los estrados, como se lo mandaron, y presentó testigos cómo y de qué manera dicen que fue su muerte. Y luego tras esto hubo otros impedimentos, y fue que, como le pusieron a Cortés la demanda que dicho tengo de la recámara de Guatemuz, y del oro y plata que se hubo en México, muchos de los que éramos amigos de Cortés, nos juntamos, con licencia de un alcalde ordinario, en casa de un García Holguín, y firmamos que no queríamos parte de aquellas demandas del oro ni de la recámara, ni por nuestra parte fuese compelido Cortés a que pagase ninguna cosa dello, y decíamos que sabíamos cierto y claramente que lo enviaba a su majestad, y lo hubimos por bueno hacer aquel servicio a nuestro rey y señor; y como el presidente y los oidores vieron que dimos peticiones sobre ello, nos mandaron prender a todos, diciendo que sin su licencia no nos habíamos de juntar ni firmar cosa ninguna; y como vieron la licencia del alcalde, puesto que nos sentenciaron en destierro de México cinco leguas, luego nos le alzaron, y todavía lo recibíamos por grandes molestias y agravios. Y luego tras esto se pregonó que todos los que venían del linaje de judíos, o moros que hubiesen quemado o ensambenitado por la santa inquisición en el cuarto grado a sus padres o abuelos, que dentro de seis meses saliesen de la Nueva-España, so pena de perdimiento de la mitad de sus bienes; y en aquel tiempo vieran el acusar que acusaban unos a otros, y el infamar que hacían, y no salieron de la Nueva-España sino dos: el uno era mercader de la Veracruz, y el otro era un escribano de México. Y dende a un año trajo licencia el escribano para estar en la Nueva-España, e casó una hija

que trajo de Castilla muy honradamente, porque alegó que había servido a su majestad. Y con todas estas cosas no eran tan ejecutivos que lo llevaban con rigor, ni sentenciaban sino en muy pocos pesos de un oro bajo que se dice tepuzque, y aun lo dejaban de cobrar que no lo pagaban. Y para los conquistadores, eran tan buenos y cumplían lo que su majestad mandaba, en cuanto al dar indios a los que eran verdaderos conquistadores, que a ninguno dejaban de dar indios, e de lo que vacaba les hacían muchas mercedes. Lo que les echó a perder fue la demasiada licencia que daban para herrar esclavos, porque daban licencias a «despuertas», y las vendían los criados del Nuño de Guzmán y del Delgadillo y Matienzo: pues en lo de Pánuco herráronse tantos que aína despoblaran aquella provincia. Y demás desto como no residían en sus oficios, no se sentaban en los estrados todos los días que eran obligados y se andaban en banquetes y tratando en amores y en mandar echar suertes, que para ello embarazaban algunos días; y el Nuño de Guzmán, que era franco y de noble condición, envió en aguinaldo una cédula de un pueblo que se dice Guazpaltepeque al contador Albornoz, que había pocos días que volvió de Castilla e vino casado con una señora que se decía doña Catalina de Loaysa, y aun trajo el Rodrigo de Albornoz de España licencia de su majestad para hacer un ingenio de azúcar en un pueblo que se dice Cempoal, el cual pueblo en pocos años destruyó. Volvamos a nuestro cuento: que, como el Nuño de Guzmán hacía aquellas franquezas y herraba tantos indios por esclavos, e hizo muchas molestias a Cortés; y del licenciado Delgadillo decían que hacía dar indios a personas que le acudían con cierta renta, y hacía compañías, y también porque puso por alcalde mayor en la villa de Guaxaca a su hermano, que se decía Berrio, y hallaron que el hermano llevaba cohechos y hacía muchos

agravios a los vecinos; y también se halló que en la villa de los zapotecas puso otro teniente, que se decía Delgadillo como él, que también llevaba cohechos y hacía injusticias; y el licenciado Matienzo era viejo y pusiéronle que era vicioso de beber mucho vino y que iba muchas veces a las huertas a hacer banquetes, y llevaba consigo tres o cuatro hombres alegres que bebían bien, y desque todos estaban como convenía, e asidos, que tomaba uno de ellos una bota con vino, y que desde lejos hacía con la misma bota: «Huichochu» como cuando llaman al señuelo a los gavilanes, y el viejo licenciado iba como desalado a la bota y la empinaba y bebí de ella; y también se le pusieron por cargos que toda la semana y algunos días de fiesta se les iba en mandar echar suertes, y que el mismo Nuño de Guzmán y Delgadillo y Matienzo eran jueces de ello, y que más querían estar en las suertes que en los estrados; y aun sospecharon que salían muchas suertes a quienes ellos querían ser aficionados. Y fueron tantas las cosas que dellos decían con probanzas, y aun cartas de los prelados y religiosos, que, viendo su majestad y los del real consejo de Indias las informaciones y cartas que contra ellos fueron, mandó que luego sin más dilación se quitase redondamente toda la real audiencia y los castigasen y pusiesen otro presidente e oidores que fuesen de ciencia y buena conciencia y rectos en hacer justicia; y mandó que luego fuesen a la provincia de Pánuco a saber qué tantos mil esclavos habían herrado, y fue el mismo Matienzo por mandado de su majestad, que a este viejo oidor hallaron con menos cargos y mejor juez que a los demás; y demás desto, luego se dieron por ningunas las cédulas que habían dado para herrar esclavos, y se mandaron quebrar todos los hierros con que se herraban, y que dende allí adelante no se hiciesen más esclavos, y aun se mandó hacer memoria de los

que había en toda la Nueva-España, para que no se vendiesen ni se sacasen de una provincia a otra; y demás desto, mandó que todos los repartimientos y encomiendas de indios que había dado el Nuño de Guzmán y los demás oidores a deudos y paniaguados y a sus amigos, o a otras personas que no tenían méritos, que luego sin ser más oídos se los quitasen, y los diesen a las personas que su majestad había mandado que los hubiesen. Quiero traer aquí a la memoria qué de pleitos y debates hubo sobre este tornar a quitar los indios de encomienda que ya les había dado el Nuño de Guzmán, juntamente con los oidores; unos alegaban ser conquistadores no lo siendo, e otros pobladores de tantos años, y que si entraban y salían en casa del presidente e oidores, que era para les servir y honrar y acompañar, e hacer lo que por ellos les fuese mandado en cosas que fuesen cumplideras al servicio de su majestad, y que no entraban en sus casas por criados ni paniaguados, y cada uno defendía y alegaba lo que más a su provecho podía; y fue de tal manera la cosa, que a pocos de los que les habían dados los indios, se los tornaron a quitar, sino fue a los que diré aquí: el pueblo de Guazpaltepeque al contador Rodrigo de Albornoz, que le hubo enviado el Nuño de Guzmán en aguinaldo, y también le quitaron a un Villaroel, marido que fue de Isabel de Ojeda, otro pueblo de Cornavaca, y también los quitaron a un mayordomo de Nuño de Guzmán, que se decía Villegas, y a otros deudos y criados de los mismos oidores, y otros se quedaron con ellos. Pues como se supo esta nueva en México, que vino de Castilla, que quitaban redondamente toda la audiencia real, en lo que entendieron Nuño de Guzmán y Delgadillo y Matienzo fue luego enviar procuradores a Castilla para abonar sus cosas con probanzas de testigos que ellos quisieron tomar como quisieron, para que dijesen que eran

muy buenos jueces y que hacían lo que su majestad les mandaba, y otros abonos que les convenía decir para que en Castilla los diesen por buenos jueces. Pues para elegir a las personas que habían de ir con los poderes, así para que procurasen por ellos como para cosas que convenían a aquella ciudad y Nueva-España, y a la gobernación della, mandaron que nos juntásemos en la iglesia mayor todos los procuradores que teníamos poder de las ciudades e villas, que en aquella sazón nos hallamos en México, y con nosotros juntamente algunos conquistadores, personas de cuenta, y por nuestros votos quisieron que eligiéramos para que fuese procurador a Castilla al factor Salazar; porque, como ya he dicho otras veces, puesto que el Nuño de Guzmán y el Matienzo y Delgadillo hacían algunos desatinos, ya atrás por mí memorados, por otra parte eran tan buenos para todos los conquistadores y pobladores, que nos daban de los indios que vacaban; y con esta confianza creyeron que votáramos por el factor, que era la persona que ellos querían enviar en su nombre. Pues como nos hubimos juntado en la iglesia mayor de aquella ciudad, como nos fue mandado, eran tantas las voces y tabarra y behetría que daban muchas personas de las que no eran llamadas para aquel efecto, que se entraron por fuerza en la iglesia, que, aunque les mandábamos salir fuera della, no querían ni aun callar; en fin, como cosa de comunidad, daban voces; y como aquello vimos nos salimos de la junta los que estábamos nombrando que lo habíamos de votar, fuimos a decir al presidente e oidores que para otro día lo dejábamos, y que en casa del mismo presidente, donde hacían la real audiencia, eligiríamos a quien viésemos que convenía; y después nos pareció que solamente querían nombrar personas amigas del Nuño de Guzmán y Delgadillo y Matienzo; y acordamos se eligiese una persona

por parte de los mismos oidores y otra por la parte de Cortés; y fueron nombrados, a Bernardino Vázquez de Tapia por la parte de Cortés, y por la parte de los oidores a un Antonio de Carvajal, que fue capitán de bergantines; mas, a lo que entonces a mí me pareció, así el Bernardino Vázquez de Tapia como el Carvajal eran aficionados a las cosas del Nuño de Guzmán mucho más que a las de Cortés, y tenían razón, porque ciertamente nos hacían más bien y cumplían algo de lo que su majestad mandaba en dar indios que no Cortés, puesto que los pudiera dar muy mejor que todos en el tiempo que tuvo el mando; mas, como somos tan leales los españoles, por haber sido Cortés nuestro capitán le teníamos afición, más que él tuvo voluntad de nos hacer bien, habiéndoselo mandado su majestad, pudiendo cuando era gobernador. Pues ya elegidos, sobre los capítulos que habían de llevar hubo otras contiendas; porque decían el presidente e oidores que era cumplidero al servicio de Dios y de su majestad, y con parecer de todos los procuradores, que no volviese Cortés a la Nueva-España, porque estando en ella siempre habría bandos y revueltas, y quedando en ella no habría buena gobernación, y por ventura se alzaría con ella; y todos los más procuradores lo contradecíamos, y que era muy leal y gran servidor de su majestad. Y en aquella sazón llegó don Pedro de Alvarado a México, que había venido de Castilla y traía la gobernación de Guatemala, e adelantado, e comendador de Santiago, y casado con una señora que se decía doña Francisca de la Cueva (y falleció aquella señora así como llegó a la Veracruz); pues como llegó a México, con mucho luto él y sus criados, y como entendió los capítulos que enviaban por parte del presidente e oidores, túvose orden que el mismo adelantado, con los demás procuradores, escribiésemos a su majestad todo lo que la audiencia real intentaba. Y como

fueron los procuradores, por mí ya, nombrados, a Castilla con los recaudos y capítulos que habían de pedir, y los del real consejo de Indias conocieron que todo iba guiado contra Cortés por pasión no quisieron hacer cosa que conviniese al Nuño de Guzmán ni a los demás oidores, porque ya estaba mandado por su majestad, que de hecho les quitasen el cargo. Y también en este instante Cortés estaba en Castilla, que en todo les fue muy contrario, e volvía por su honra y estado, y luego se apercibió Cortés para venir a la Nueva-España con la señora marquesa su mujer y casa; y entre tanto que viene, diré cómo Nuño de Guzmán fue a poblar una provincia que se dice Xalisco, e acertó en ello muy mejor que no Cortés en lo que envió a descubrir, como adelante verán.

Capítulo CXCVII

Cómo Nuño de Guzmán supo por cartas ciertas de Castilla que le quitaban el cargo, porque había mandado su majestad que le quitasen de presidente a él y a los oidores, y viniesen otros en su lugar, acordó de ir a pacificar y conquistar la provincia de Xalisco, que ahora se dice la Nueva-Galicia

Pues como Nuño de Guzmán supo por cartas ciertas que le quitaban el cargo de ser presidente a él y a los oidores, e venían otros oidores; como en aquella sazón todavía era presidente el Nuño de Guzmán, allegó todos los más soldados que pudo, así de a caballo como escopeteros y ballesteros, para que fuesen con él a una provincia que se dice Xalisco; y los que no querían ir de grado, apremiábalos que fuesen, o por fuerza, o habían de dar dineros a otros soldados que fuesen en su lugar, y si tenían caballos se los tomaban, y cuando mucho, no les pagaban sino la mitad menos de lo que valían; y los vecinos ricos de México ayudaron con lo que podían, y llevó muchos indios mexicanos cargados y otros de guerra para que le ayudasen, y por los pueblos que pasaba con su fardaje hacíales grandes molestias. Y fue a la provincia de Michoacan, que por allí era su camino, y tenían los naturales de los pueblos de aquella provincia, de los tiempos pasados, mucho oro, e aunque era bajo, porque estaba revuelto con plata, le dieron cantidad dello; y porque el Cazonci que era el mayor cacique de aquella provincia, que así se llamaba, no le dio tanto oro como le demandaba el Nuño de Guzmán, le atormentó y le quemó los pies, y porque le demandaba indios e indias para su servicio, y por otras trancanillas que se le levantaron al pobre cacique, lo ahorcó, que fue una de las más malas y feas cosas que presidente ni otras personas

podían hacer, y todos los que iban en su compañía se lo tuvieron a mal e a crueldad; y llevó de aquella provincia muchos indios cargados hasta donde pobló la ciudad que ahora llaman de Compostela, con harta costa de la hacienda de su majestad y de los vecinos de México, que llevó por fuerza; y porque yo no me hallé en aquesta jornada, se quedará aquí; mas cierto que Cortés ni el Nuño de Guzmán jamás se hubieron bien; y también sé que siempre se estuvo en aquella provincia el Nuño, de Guzmán hasta que su majestad mandó que enviasen por él a Xalisco a su costa, y le trajeron preso a México a dar cuenta de las demandas y sentencias que contra él dieron en la real audiencia que nuevamente en aquella sazón vino, y le pusiesen a pedimiento de Matienzo y Delgadillo. Quiérolo dejar en este estado, y diré cómo llegó la real audiencia a México, y lo que hizo.

Capítulo CXCVIII

Cómo llegó la real audiencia a México, y lo que se hizo

Ya he dicho en el capítulo pasado cómo su majestad mandó quitar toda la real audiencia de México, y dio por ninguna las encomiendas de indios que habían dado el presidente e oidores que en ella residían; porque los daban a sus deudos y paniaguados y a otras personas que no tenían méritos; y mandó su majestad que se los quitasen y los diesen a los conquistadores que estaban con Pobres repartimientos; y porque tuvieron noticia que no hacían justicia ni cumplieron sus reales mandatos; e mandó venir otros oidores que fuesen de ciencia y conciencia, y les encargó que en todo hiciesen justicia, y por presidente vino don Sebastián Ramírez de Villaescusa, que en aquella sazón era obispo de Santo Domingo, y cuatro licenciados por oidores, que se decían el licenciado Alonso Maldonado de Salamanca, y el licenciado Zainos, de Toro o de Zamora, y el licenciado Vasco de Quiroga, de Madrigal, que después fue obispo de Michoacan, y el licenciado Salmerón, de Madrid; y primero llegaron a México los oidores que llegase el obispo de Santo Domingo; y se les hizo dos grandes recibimientos, así a los oidores, que vinieron primero, como al presidente, que vino de ahí a pocos días; y luego mandaron pregonar residencia general, y de todas las ciudades y villas vinieron muchos vecinos y procuradores, y aun caciques y principales, y dieron tantas quejas del presidente e oidores pasados, de agravios y cohechos e injusticias que les habían hecho, que estaban espantados el presidente e oidores que les tomaban la residencia. Pues los procuradores de Cortés les ponen tantas demandas de los bienes e hacienda que les hicieron vender en las almonedas,

como dicho tengo antes de ahora, que si todo en lo que les condenaban hubieran de pagar, montaba sobre doscientos mil pesos de oro. Y como el Nuño de Guzmán estaba en Xalisco, e no quería venir a la Nueva-España a dar su residencia, respondía el Delgadillo y Matienzo en la residencia que les tomaban, que todas aquellas demandas que les ponían eran a cargo de Nuño Guzmán, que como presidente lo mandaba de hecho, y no eran a su cargo, y que mandasen enviar por él, que venga a México a descargarse de los cargos que le ponen; y puesto que ya había enviado a Xalisco la real audiencia provisiones para que pareciese personalmente en México, no quiso venir; y el presidente e oidores, por no alborotar la Nueva-España, disimularon la cosa, y hacen sabidor dello a su majestad, y luego enviaron sobre ello al real consejo de Indias a un licenciado que se decía fulano de la Torre, el cual decían que era natural de Badajoz, para que le tomase residencia en la provincia de Xalisco y para que le traiga preso a México y que le eche preso en la cárcel pública; y trajo comisión para que nos pagase el Nuño de Guzmán todo en lo que nos sentenció a los conquistadores sobre lo de Narváez, y lo de las firmas cuando nos echaron presos, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla, y dejaré apercibiendo a este licenciado de la Torre para venir a la Nueva-España, y diré en qué paró la residencia. Y es, que al Delgadillo y Matienzo les vendieron sus bienes para pagar las sentencias que contra ellos dieron, y los echaron presos en la cárcel pública por lo que más debían, que no alcanzó a pagar con sus bienes; y a un hermano de Delgadillo, que se decía Berrio, que estaba por alcalde mayor en Guaxaca, hallaron contra él tantos agravios y cohechos que había llevado, que le vendieron sus bienes para pagar a quien los había tomado, y le echaron preso por

lo que no alcanzaba, y murió en la cárcel; y otro tanto hallaron contra otro pariente de Delgadillo que estaba por alcalde mayor en los zapotecas, que también se llamaba Delgadillo, como el pariente, y murió en la cárcel; y ciertamente eran tan buenos jueces y rectos en hacer justicia los nuevamente venidos, que no entendían sino solamente en hacer lo que Dios y su majestad manda, y en que los indios conociesen que les favorecían y que fuesen bien doctrinados en la santa doctrina; y demás desto, luego quitaron que no se herrasen esclavos, e hicieron otras buenas cosas. Y como el licenciado Salmerón y el licenciado Zainos eran viejos, acordaron de enviar a demandar licencia a su majestad para se ir a Castilla, porque ya habían estado cuatro años en México y estaban ricos y habían servido bien en las cargos que habían traído, e su majestad les envió licencia, después de haber dado residencia, que dieron muy buena; pues el presidente don Sebastián Ramírez, obispo que en aquella sazón era de Santo Domingo, también fue a Castilla, porque su majestad le envió llamar para se informar dél de las cosas de la Nueva-España y para ponerle por presidente en la cancillería real de Granada; y dende cierto tiempo lo pasaron a la de Valladolid y le dieron el obispado de Tuy; y dende a pocos días vacó el de León, y se le dieron, y era presidente, como dicho tengo, en la cancillería de Valladolid, y en aquel instante vacó el obispado de Cuenca, y se le dieron. Por manera que se alcanzaban unas bulas de los obispados a otras, y por ser buen juez vino a subir en el estado que he dicho; y en esta sazón vino la muerte a llamarle, y paréceme a mí, según nuestra santa fe, que está en la gloria con los bienaventurados: porque, a lo que conocí y comuniqué con él cuando era presidente en México, en todo era muy recto y bueno, y como tal persona, había sido, antes que fuese

obispo de Santo Domingo, inquisidor en Sevilla. Volvamos a nuestra relación, y diré del licenciado Alonso Maldonado, que su majestad le mandó que viniese a la provincia de Guatemala e Honduras e Nicaragua por presidente y gobernador, y en todo fue muy bueno y recto juez y gran servidor de su majestad, y aun tuvo título de adelantado de Yucatán por capitulación que tuvo hecha con su suegro don Francisco de Montejo. Pues el licenciado Quiroga fue tan bueno, que le dieron el obispado de Michoacan. Dejemos de contar destos prosperados por sus virtudes, y volvamos a decir del Delgadillo y Matienzo, que fueron a Castilla y a sus tierras muy pobres, y no con buenas famas; y dende a dos o tres años dijeron que murieron. E ya en esta sazón había su majestad mandado que viniese a la Nueva-España por visorrey el ilustrísimo y buen caballero, e digno de loable memoria, don Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar; y vinieron por oidores el doctor Quesada, natural de Ledesma, y el licenciado Tejada, de Logroño, y aun en aquel tiempo estaba por oidor el licenciado Maldonado, que aun no había ido a ser presidente de Guatemala; y también vino por oidor un licenciado que se decía Loaysa, natural de Ciudad-Real, y como era hombre viejo, estuvo tres o cuatro años en México, y allegó pesos de oro para irse a Castilla y se volvió a su casa; y de ahí a poco tiempo vino un licenciado de Sevilla, que se decía Santillana, que después fue doctor, y todos fueron muy buenos jueces; y después que se les hizo grandes recibimientos en la entrada de aquella ciudad, se pregonó residencia general contra el presidente e oidores pasados, y todos los hallaron muy rectos y buenos, y usaron de sus cargos conforme a justicia. Y volviendo a nuestra relación cerca del Nuño de Guzmán, que se estaba en Xalisco, y como el virrey don Antonio de Mendoza alcanzó

a saber que su majestad mandó venir al licenciado de la Torre a tomarle residencia en Xalisco y echarle preso en la cárcel pública, y hacerle que pagase al marqués del Valle lo que se hallase deberle, y a los conquistadores también nos pagase en lo que nos sentenció sobre lo de Narváez: por hacerle bien y porque no fuese molestado y afrentado, le envió a llamar que viniese luego a México sobre su palabra, y le señaló por posada sus palacios; y el Nuño de Guzmán así lo hizo, que se vino luego; y el Virrey le hacía mucha honra y le favorecía, y comía con él; y en este instante llegó a México el licenciado de la Torre, y como traía mandado de su majestad que luego echase preso a Nuño de Guzmán y que en todo hiciese justicia, puesto que primero lo comunicó con el virrey, y parece ser no halló tanta voluntad para ello como quisiera, acordó de le sacar de la posada del virrey, a do estaba; y decía a voces: «Esto manda su majestad así se ha de hacer, y no otra cosa»; y lo llevó a la cárcel pública de aquella ciudad, y estuvo preso ciertos días, hasta que rogó por él el virrey, que le sacaron de la cárcel; y como conocieron en el de la Torre que traía recios aceros para no dejar de ejecutar la justicia, y tomar residencia muy a las derechas al Nuño de Guzmán: y como la malicia humana muchas veces no deja cosa en que pueda infamar que no infame, parece ser que, como el licenciado de la Torre era algo aficionado al juego, especial de naipes, puesto que no jugaba sino al triunfo, e a la primera por pasatiempo; quien quiera que fue, por parte de Nuño de Guzmán, como en aquel tiempo se usaban traer unos tabardos con mangas largas, especial los juristas, metieron en una de las mangas del tabardo del licenciado de la Torre una baraja de naipes de los chicos, y ataron la manga de arte que no se pudiesen salir en aquel instante; e yendo el licenciado por la plaza de México, acompañado de personas

de calidad, quien quiera que fue en meterle los naipes, tuvo manera que se le desató, e saliéronsele los naipes pocos a pocos, y dejó rastros dellos en el suelo en la plaza por donde iba, e las personas que le iban acompañando, desque vieron salir de aquella manera los naipes, se lo dijeron, que mirase lo que traía en la manga del tabardo. Y cuando el licenciado vio tan grande burla dijo con grande enojo: «Bien parece que no quieren que haga yo justicia a las derechas; mas si no me muero, yo la haré de manera que su majestad sepa deste desacato que conmigo se ha hecho»; y dende a pocos días cayó malo, y de pensamiento dello o de otras cosas que le ocurrieron, de calenturas murió. Y luego proveyó la audiencia real, juntamente con el virrey, del poder que traía el de la Torre a un hidalgo que se decía Francisco Vázquez Coronado, natural de Salamanca, y era muy íntimo amigo del visorrey, y todo se hizo de la manera que el Nuño de Guzmán quiso, en la residencia que le tomaron. Este Francisco Vázquez de Coronado fue desde a cierto tiempo por capitán a la conquista de Cibola, que en aquel tiempo llamaban «las siete ciudades», y dejó en su lugar en la gobernación de Xalisco a un Cristóbal de Oñate, persona de calidad, y el Francisco Vázquez era recién casado con una señora hija del tesorero Alonso de Estrada, y demás de ser llena de virtudes era muy hermosa, y como fue aquellas ciudades de la Cibola, tuvo gana de volver a la Nueva-España y a su mujer, y dijeron algunos soldados de los que fueron en su compañía, que quiso remedar a Ulises capitán greciano, que se hizo loco cuando estaba sobre Troya para venir a gozar de su mujer Penélope; así hizo Francisco Vázquez Coronado, que dejó la conquista que llevaba, y le dio ramo de locura y se volvió a su mujer, y, como se lo daban en cara de se haber vuelto de aquella manera, falleció dende a pocos días.

Capítulo CXCIX

Cómo vino don Hernando Cortés, marqués del Valle, de España, casado con la señora doña María de Zúñiga, con título de marqués del Valle y capitán general de la Nueva-España y de la mar del Sur; y del recibimiento que se le hizo

Como había mucho tiempo que Cortés estaba en Castilla, e ya casado, como dicho tengo, y con título de marqués y capitán general de la Nueva-España y de la mar del Sur, tuvo gran deseo de se volver a la Nueva-España a su casa y estado e tomar posesión de su marquesado; y como supo que estaban las cosas en México en el estado que he referido, de la manera ya por mí dicha, se dio prisa, e se embarcó con toda su casa en ciertos navíos y, con buen tiempo que les hizo en la mar, llegó al puerto de la Veracruz, y se le hizo recibimiento, y luego se fue por las villas de su marquesado; y llegado a México, se le hizo otro recibimiento; y en lo que entendió fue en presentar sus provisiones de marqués y hacerse pregonar por capitán general de la Nueva-España y del mar del Sur, y demandar al visorrey y audiencia real que le contasen sus vasallos de la manera que él pensó; y esto me parece a mí que vino mandado de su majestad para que se los cantase; porque, a lo que yo entendí, cuando le dieron el marquesado demandó a su majestad que le hiciese merced de ciertas villas y pueblos con tantos mil vecinos tributarios; y porque esto yo no lo sé bien, remítome a los caballeros e otras personas que lo saben mejor, y a los pleitos que sobre ello se han traído; porque tenía el marqués en el pensamiento, cuando demandó a su majestad aquella merced de los vasallos, que se había de contar cada casa de vecino o cacique o principal de aquellas villas por un tributario:

como si dijésemos ahora que no se habían de contar los hijos varones que eran ya casados, ni yernos, ni otros muchos indios que estaban en cada casa en servicio del dueño della, sino solamente cada vecino Por un tributario, ora tuviese muchos hijos o yernos u otros allegados criados; y la audiencia real de México proveyó que lo fuese a contar un oidor de la misma real audiencia, que se decía el doctor Quesada, y comenzó a contar desta manera: el dueño de cada casa por un tributario, y si tenían hijos de edad, cada hijo un tributario, y si tenía yernos, cada yerno un tributario, y los indios que tenía en su servicio, aunque fuesen esclavos, cada uno contaban por un tributario. Por manera que en muchas de las casas contaban diez y doce y quince tributarios; y Cortés tenía por sí, y así lo proponía y demandó a la real audiencia, que cada casa era un vecino y se había de contar solo un tributario; y si cuando el marqués suplicó a su majestad le hiciese merced del marquesado, le declarara que le diera tal villa y tal villa con los vecinos y moradores que tenía, su majestad le hiciera merced dellas; y el marqués creyó y tenía por cierto que demandando los vasallos que acertaba en ello, y salió al contrario. Por manera que nunca le faltaron pleitos, y a esta causa estuvo mal con las cosas del doctor Quesada, que se los fue a contar, y aun con el visorrey y audiencia real no le faltaron cosquillas, y se hizo relación dello a su majestad por parte de la real audiencia, para saber de la manera que habían de contar; y se estuvo suspenso el contar de los vasallos ciertos años, que siempre el marqués llevó sus tributos dellos sin haber cuenta. Volvamos a nuestra materia: como esto pasó, de ahí a pocos días se fue desde México a una villa de su marquesado, que se dice Cornavaca, y llegó a la marquesa, e hizo allí su asiento, que nunca más la trajo a la ciudad de México. Y demás desto, como dejó capitulado con la

serenísima emperatriz doña Isabel, nuestra señora, de gloriosa memoria, y con los del real consejo de Indias, que había de enviar armadas por la mar del Sur a descubrir islas y tierras, y todo a su costa, comenzó a hacer navíos en un puerto de una su villa, que era en aquel tiempo del marquesado, que se dice Teguantepeque, y en otros puertos de Zacatula y Acapulco; y las armadas que envió diré adelante, que nunca tuvo ventura en cosa que pusiese la mano, sino todo se le tornaba espinas y se le hacían mal; muy mejor acertó Nuño, de Guzmán, como adelante diré.

Capítulo CC

De los gastos que el marqués don Hernando Cortés hizo en las armadas que envió a descubrir, y cómo en todo lo demás no tuvo ventura; y he menester volver mucho atrás de mi relación para que bien se entienda lo que ahora diré

En el tiempo que gobernaba la Nueva-España Marcos de Aguilar por virtud del poder que para ello le dejó el licenciado Luis Ponce de León al tiempo que falleció, según ya lo he declarado muchas veces antes que Cortés fuese a Castilla, envió el mismo marqués del Valle cuatro navíos que había labrado en una provincia que se dice Zacatula, bien abastecidos de bastimento y artillería, con buenos marineros y con doscientos y cincuenta soldados, y mucho rescate de cosas de mercerías de Castilla, y todo lo que era menester de vituallas y pan bizcocho para más de un año, y envió en ellos por capitán general a un hidalgo que se decía álvaro de Saavedra Cerón; fueron su viaje y derrota para las islas de los Malucos y Especiería o la China, y este fue por mandado de su majestad, que se lo hubo escrito a Cortés desde la ciudad de Granada en 22 de junio de 1526 años; y porque Cortés me mostró la misma carta a mí y a otros conquistadores que le estábamos teniendo compañía, lo digo y declaro aquí; y aun le mandó su majestad a Cortés que a los capitanes que enviase, que fuesen a buscar una armada que había salido de Castilla para la China, e iba en ella por capitán un fray don García de Loaysa, comendador de San Juan de Rodas; y en esta sazón que se apercibía el Saavedra para el viaje, aportó a la costa de Teguantepeque un patache, que era de los que habían salido de Castilla con la armada del mismo comendador que dicho tengo, y venía en el mismo patache por capitán un Ortuño de Lango, natural

de Portugalete; del cual dicho capitán y pilotos que en el patache venían se informó el álvaro de Saavedra Cerón de todo lo que quiso saber, y aun llevó en su compañía a un piloto y a dos marineros, y se lo pagó muy bien, porque volviesen otra vez con él, y tomó plática de todo el viaje que había traído y de las derrotas que habían de llevar. Y después de haber dado las instrucciones y avisos que los capitanes y pilotos que van a descubrir suelen dar en sus armadas, después de haber oído misa y encomendádose a Dios, se hicieron a la vela en el puerto de Ciguatanejo, que es la provincia de Colima o Zacatula, que no lo sé bien, y fue en el mes de diciembre en el año de 1527 o 28, y quiso nuestro señor Jesucristo encaminarles, que fueron a los Malucos e a otras islas; y los trabajos y hambres y dolencias que pasaron, y aun muchos que se murieron en aquel viaje, yo no lo sé; mas yo vi dende a tres años en México a un marinero de los que habían ido con el Saavedra, y contaba cosas de aquellas islas y ciudades donde fueron, que yo me estaba admirado; y estas son las tierras e islas que ahora van desde México con armada a descubrir y tratar; y aun oí decir que los portugueses que estaban por capitanes en ellas, que prendieron al Saavedra o a gente suya y que los llevaron a Castilla, o que tuvo noticia dello su majestad; y como ha tantos años que pasó y yo no me hallé en ello, más de, como tengo dicho, haber visto la carta que su majestad escribió a Cortés, en esto no diré más. Quiero decir ahora cómo en el mes de mayo de 1532 años, después que Cortés vino de Castilla, envió desde el puerto de Acapulco otra armada con dos navíos bien abastecidos con todo género de bastimentos, y marineros, los que eran menester, y artillería y rescate, y ochenta soldados escopeteros y ballesteros, y envió por capitán general a un Diego Hurtado de Mendoza: y estos dos navíos envió a descubrir por la costa del sur a

buscar islas y tierras nuevas; y la causa dello es, porque, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, así lo tenía capitulado Cortés con los del real consejo de Indias cuando su majestad se fue a Flandes. Y volviendo a decir del viaje de los dos navíos, fue que, yendo el capitán Hurtado sin ir a buscar islas ni se meter mucho en la mar ni hacer cosa que de contar sea, se apartaron de su compañía amotinados más de la mitad de los soldados que llevaba con el un navío; y dicen que ellos mismos, por concierto que entre el capitán y los amotinados se hizo, fue darles el navío en que iban para volver a la Nueva-España: mas nunca tal es de creer, que el capitán les diera licencia, sino que ellos se la tomaron; e ya que daban vuelta los amotinados, les hizo el tiempo contrario y les echó en tierra, y fueron a tomar agua, y con mucho trabajo vinieron a Xalisco, y dieron nuevas dello, y desde allí voló la nueva a México, de lo cual le pesó mucho a Cortés; y el Diego Hurtado corrió siempre la costa, y nunca se oyó decir más dél ni del navío, ni jamás pareció. Quiero dejar de decir desta armada, pues se perdió; y diré cómo Cortés luego despachó otros dos navíos que estaban ya hechos en el puerto de Teguantepeque, los cuales abasteció muy cumplidamente, así de pan como de carne, y todo lo necesario que en aquel tiempo se pudo haber, y con mucha artillería y buenos marineros, y setenta soldados y cierto rescate, y por capitán dellos a un hidalgo que se decía Diego Becerra de Mendoza, de los Becerras de Badajoz o Mérida; y fue en el otro navío por capitán un Hernando de Grijalva, y este Grijalva iba debajo de la mano deste Becerra; y fue por piloto mayor un vizcaíno que se decía Ortuño Jiménez, gran cosmógrafo. Y Cortés mandó a Becerra que fuese por la mar en busca del Diego Hurtado, y si no le hallase, metiese en mar alta, y buscasen islas y tierras nuevas, porque había fama de ricas islas de perlas; y el

piloto Ortuño Jiménez cuando estaba platicando con otros pilotos en las cosas de la mar, antes que partiese para aquella jornada, decía y prometía de les llevar a tierras bien afortunadas de riquezas, que así las llamaban, y decía tantas cosas, cómo serían todos ricos, que algunas personas lo creían. Y después que salieron del puerto de Teguantepeque, la primera noche se levantó un viento contrario, que apartó los dos navíos el uno del otro, que nunca más se vieron; y bien se pudieran tornar a juntar, porque luego hizo buen tiempo, salvo que el Hernando de Grijalva, por no ir debajo de la mano de Becerra, se hizo luego a la mar y se apartó con su navío, porque el Becerra era muy soberbio y mal acondicionado: y en tal paró, según adelante diré; y también se apartó el Hernando de Grijalva porque quiso ganar honra por sí mismo si descubría alguna buena isla, y metióse dentro en la mar más de doscientas leguas, y descubrió una isla que le puso nombre Santo Tomé, y estaba despoblada. Dejemos a Grijalva y a su derrota, y volveré a decir lo que le acaeció al Becerra con el piloto Ortuño Jiménez: es que riñeron en el viaje, y como el Becerra iba malquisto con todos los más soldados que iban en la nao, concertó el Ortuño, con otros vizcaínos marineros y con soldados con quien había tenido palabras el Becerra, de dar en él una noche y matarle, y así lo hicieron, que estando durmiendo le despacharon al Becerra y a otros soldados; y si no fuera por dos frailes franciscos que iban en aquella armada, que se metieron en despartillos, más males hubiera; y el piloto Jiménez con sus compañeros se alzaron con el navío, y por ruego de los frailes les fueron a echar en tierra de Xalisco, así a los religiosos como a otros heridos; y el Ortuño Jiménez dio vela, y fue a una isla que la puso nombre Santa-Cruz, donde dijeron que había perlas y estaba poblada de indios como salvajes; y como saltó en

tierra para tomar agua, y los naturales de aquella bahía o isla estaban de guerra, los mataron, que no más quedaron salvo los marineros que quedaban en el navío; y como vieron que todos eran muertos, se volvieron al puerto de Xalisco con el navío, y dieron nuevas de lo acaecido, y certificaron que la tierra era buena y bien poblada y rica de perlas; y luego fue esta nueva a México, y como Cortés lo supo, hubo gran pesar de lo acaecido. De lo cual tomó codicia el Nuño de Guzmán y, para saber si era así que había perlas, en el mismo navío, que vinieron a darte aquella nueva, lo armó muy bien así de soldados y capitán y bastimentos, y envió a la misma tierra a saber qué cosa era; y el capitán y los soldados que envió tuvieron voluntad de se volver porque no hallaron las perlas ni cosa ninguna de lo que los marineros dijeron, y se tornaron a Xalisco por se estar en los pueblos de su encomienda que nuevamente les había dado el Nuño de Guzmán, y porque en aquella sazón se descubrieron buenas minas de oro en aquella tierra: ahora sea por lo uno, o por lo otro, no hicieron cosa que de provecho fuese. Y como Cortés era hombre de corazón que no reposaba, con tales sucesos acordó de no enviar más capitanes, sino ir él en persona; y en aquel tiempo tenía sacados de astilleros tres navíos de buen porte en el puerto de Teguantepeque; y como le dieron las nuevas que había perlas adonde mataron al Ortuño Jiménez, y porque siempre tuvo en pensamiento de descubrir por la mar del Sur grandes poblaciones, tuvo voluntad de lo ir a poblar, porque así lo tenía capitulado con la serenísima emperatriz doña Isabel, de gloriosa memoria, como ya dicho tengo, y los del real consejo de Indias, cuando su majestad pasó a Flandes; y como en la Nueva-España se supo que el marqués iba en persona, creyeron que era a cosa cierta y rica, y viniéronle a servir tantos soldados, así de a caballo y

otros arcabuceros y ballesteros, y entre ellos treinta y cuatro casados, que se le juntaron por todos sobre trescientas y veinte personas, con las mujeres casadas; y después de bien abastecidos los navíos de mucho bizcocho y carne y aceite, y aun dijeron vino y vinagre y otras cosas pertenecientes para bastimento; y llevó mucho rescate y tres herreros con sus fraguas y dos carpinteros de ribera con sus herramientas, y otras muchas cosas que aquí no relato por no me detener, y con buenos y expertos pilotos y marineros, mandó que los que se quisiesen ir a embarcar al puerto de Teguantepeque, donde estaban los tres navíos, que se fuesen, y esto por no llevar tanto embarazo por tierra; y él se fue desde México con el capitán Andrés de Tapia y otros capitanes y soldados, y llevó clérigos y religiosos que le decían misa, y llevó médicos y cirujanos y botica; y llegados al puerto adonde se hablan de hacer a la vela, ya estaban allí los tres navíos que vinieron de Teguantepeque.

Y como todos los soldados se vinieron juntos, con sus caballos y a pie, Cortés se embarcó con los que le pareció que podrían ir de la primera barcada hasta la isla o bahía que nombraron de Santa-Cruz, adonde decían que había perlas; y como Cortés llegó con buen viaje a la isla, que fue en el mes de mayo de 1536 o 7 años, que ya no me acuerdo, y luego despachó los navíos para que volviesen los demás soldados y mujeres casadas, y caballos que quedaban aguardando con el capitán Andrés de Tapia, y luego se embarcaron; y alzadas velas, yendo por su derrota, dióles un temporal que les echó cabe un gran río, que le pusieron nombre San Pedro y San Pablo; y asegurado el tiempo, volvieron a seguir su viaje, y dioles otra tormenta que les despartió a todos tres navíos, y el uno dellos fue al puerto de Santa-Cruz, adonde Cortés estaba, y el otro fue a encallar y

dar al través en tierra de Xalisco; y los soldados que en él iban estaban muy descontentos del viaje, y de muchos trabajos, se volvieron a la Nueva-España y otros se quedaron en Xalisco; y el otro navío aportó a una bahía que llamaron el Guayabal; y pusiéronle este nombre porque había allí mucha fruta que llaman guayabas. Y como habían dado al través, tardaron tanto y no acudían donde Cortés estaba, y les aguardaban por horas, porque se les habían acabado los bastimentos; y en el navío que dio al través en tierra de Xalisco iba la carne y bizcocho y todo el más bastimento; a esta causa estaban muy congojosos así Cortés como todos los soldados, porque no tenían qué comer; y en aquella tierra no cogen los naturales del maíz, que son gente salvaje y sin policía, y lo que comen es frutas de las que hay entre ellos, y pesquerías y mariscos, y de los soldados que estaban con Cortés, de hambres y de dolencias se murieron veinte y tres, y muchos más estaban dolientes, y maldecían a Cortés y a su isla y bahía y descubrimiento; y cuando aquello vio, acordó de ir en persona con el navío que allí aportó y con cincuenta soldados y con dos herreros y carpinteros y tres calafates, en busca de los otros dos navíos, porque por los tiempos y vientos que habían corrido, entendió que habían dado al través; e yendo en busca dellos, halló al uno encallado, como dicho tengo, en la costa de Xalisco, y sin soldados ningunos, y el otro estaba cerca de unos arrecifes. Y con gran trabajo y con tornarlos a aderezar y calafatear, volvió a la isla de Santa-Cruz con sus tres navíos y bastimento, y comieron tanta carne los soldados que lo aguardaban, que como estaban debilitados de no comer cosas de sustancia de muchos días atrás, les dio cámaras y tanta dolencia, que se murieron la mitad dellos, y por no ver Cortés delante de sus ojos tantos males, fue a descubrir a otras tierras, y entonces toparon con la

California, que es una bahía; y como Cortés estaba tan trabajado y flaco, deseábase volver a la Nueva-España; sino que de empacho, porque no dijesen dél que había gastado gran cantidad de pesos de oro, y no había topado tierras de provecho ni tenía ventura en cosa que pusiese la mano, y que eran maldiciones de los soldados y conquistadores verdaderos de la Nueva-España, a este efecto no se iba. Y en aquel instante, como la marquesa doña Juana de Zúñiga, su mujer, no sabía ningunas nuevas, mas que había dado al través un navío en la costa de Xalisco, estaba muy penosa, creyendo no se hubiese muerto o perdido; y luego envió en su busca dos navíos, los cuales uno dellos fue en que había vuelto a la Nueva-España el Grijalva, que había ido con el Becerra, y el otro navío era nuevo, que lo acabaron de labrar en Teguantepeque; los cuales dos navíos cargaron de bastimento lo que en aquella sazón pudieron haber, y envió por capitán dellos a un fulano de Ulloa, y escribió muy afectuosamente al marqués, su marido, con palabras y ruegos que luego se volviese a México a su estado y marquesado, y que mirase los hijos e hijas que tenía, y dejase de porfiar más con la fortuna, y se contentase con los heroicos hechos y fama que en todas partes hay de su persona; y asimismo le escribió el virrey don Antonio de Mendoza muy sabrosa y amorosamente, pidiéndole por merced que se volviese a la Nueva-España; los cuales dos navíos con buen viaje llegaron donde Cortés estaba, y cuando vio cartas del virrey y los ruegos de la marquesa e hijos, dejó por capitán con la gente que allí tenía a Francisco de Ulloa, y todos los bastimentos que para él traía, y luego se embarcó, y vino al puerto de Acapulco, y tomado tierra, a buenas jornadas vino a Cornavaca, adonde estaba la marquesa, con la cual hubo mucho placer; y todos los vecinos de México se holgaron con su venida, y aun el virrey

y audiencia real; porque había fama que se decía en México que se querían alzar todos los caciques de la Nueva-España viendo que no estaba en la tierra Cortés; y demás desto, luego se vinieron todos los soldados y capitanes que había dejado en aquella isla o bahía que llaman la California; y esto de su venida no sé de qué manera fue, si ellos de hecho se vinieron, o el virrey y la audiencia real les dio licencia para ello. Y desde a pocos meses, como Cortés estaba algo más reposado, envió otros navíos bien abastecidos, así de pan y carne como de buenos marineros, y sesenta soldados y buenos pilotos, y fue en ellos por capitán el Francisco de Ulloa, otras veces por mí nombrado; y aquestos navíos que envió, fue que la audiencia real de México se lo mandaba expresamente que los enviase, para cumplir Cortés lo capitulado con su majestad, según dicho tengo en los capítulos pasados que dello hablan. Volvamos a nuestra relación, y es que salieron del puerto de la Natividad por el mes de junio de mil y quinientos y treinta y tantos años, y esto de los años no me acuerdo bien; y le mandó Cortés al capitán que corriesen la costa adelante y acabasen de bojar la California, y procurasen de buscar al capitán Diego Hurtado, que nunca más pareció; y tardó en el viaje en ir y venir siete meses, y sé que no hizo cosa que de contar sea; y volvió al puerto de Xalisco; y dende a pocos días que el Ulloa estaba en tierra descansando, un soldado de los que había llevado en su capitanía le aguardó en parte que le dio de estocadas, donde le mató; y en esto que he dicho paró los viajes y descubrimientos que el marqués hizo; y aun le oí decir muchas veces que había gastado en las armadas sobre trescientos mil pesos de oro; y para que su majestad le pagase alguna cosa dello, y sobre el contar de los vasallos, determinó de ir a Castilla; y para demandar a Nuño de Guzmán cierta cantidad de pesos de oro de los que la real

audiencia le hubo sentenciado el Nuño de Guzmán que pagase a Cortés de cuando le mandó vender sus bienes; porque en aquel tiempo el Nuño de Guzmán fue preso a Castilla. Y si miramos en ello, en cosa ninguna tuvo ventura después que ganó la Nueva-España, y dicen que son maldiciones que le echaron.

Capítulo CCI

Cómo en México se hicieron grandes fiestas y banquetes por alegría de las paces del cristianísimo emperador nuestro señor, de gloriosa memoria, con el rey Francisco de Francia, cuando las vistas de Aguas-Muertas

En el año de 38 vino nueva a México que el cristianísimo emperador nuestro señor, de gloriosa memoria, fue a Francia, y el rey Francisco de Francia le hizo gran recibimiento en un puerto que se dice Aguas-Muertas, donde se hicieron paces y se abrazaron los reyes con gran amor, estando presente madama Leonor, reina de Francia, mujer del rey Francisco y hermana del emperador, de felice recordación, nuestro señor, donde se hizo gran solemnidad y fiestas en aquellas paces, y por honra y alegría dellas, el virrey don Antonio de Mendoza y el marqués del Valle y la real audiencia y ciertos caballeros conquistadores hicieron grandes fiestas. En esta sazón habían hecho amistades el marqués del Valle y el visorrey don Antonio de Mendoza, que estaban algo amordazados sobre el contar de los vasallos del marquesado y sobre que el virrey favoreció mucho al Nuño de Guzmán para que no pagase la cantidad de pesos de oro que se debía a Cortés desde el tiempo que fue el Nuño de Guzmán presidente en México; y acordaron de hacer grandes fiestas y regocijos, y fueron tales, que otras como ellas, a lo que a mí me parece, no he visto hacer en Castilla, así de justas y juegos de cañas, correr toros, encontrarse unos caballeros con otros, y otros grandes disfraces que había; e todo esto que he dicho no es nada para las muchas invenciones de otros juegos, como se solían hacer en Roma cuando entraban triunfando los cónsules y capitanes que habían vencido batallas, y los epitafios y

carteles que sobre cada cosa había; y el inventor de aquellas cosas fue un caballero romano que se decía Luis de León, persona que decían que era de linaje de los patricios, natural de Roma. Y volviendo a nuestra fiesta, amaneció hecho un bosque en la plaza mayor de México, con tanta diversidad de árboles, tan natural como si allí hubieran nacido. Había en medio unos árboles como que estaban caídos de viejos y podridos, y otros llenos de moho, con unas yerbecitas que parece que nacían de ellos; y otros árboles colgaban uno como vello; y otros de otra manera, tan perfectamente puestos que era cosa de notar. Y dentro en el bosque había muchos venados, y conejos, y liebres, y zorros, y adives, y muchos géneros de alimañas chicas de las que hay en esta tierra, y dos leoncillos y cuatro tigres pequeños, y teníanlos en corrales que hicieron en el mismo bosque, que no podían salir hasta que fuese menester echar fuera para la caza; porque los indios naturales mexicanos son tan ingeniosos de hacer estas cosas, que en el universo, según han dicho muchas personas que han andado por el mundo, no han visto otros como ellos; porque encima de los árboles había tanta diversidad de aves pequeñas, de cuantas se crían en la Nueva-España, que son tantas y de tantas raleas, que sería larga relación si las hubiese de contar. Y había otras arboledas muy espesas algo apartadas del bosque, y en cada una de ellas un escuadrón de salvajes con sus garrotes añudados y retuertos, y otros salvajes con arcos y flechas; y vanse a la caza; porque en aquel instante las soltaron de los corrales y corren tras ellas por el bosque y salen a la plaza mayor, sobre matar la caza, los unos salvajes con otros revuelven una cuestión soberbia entre ellos, que fue harta de ver cómo batallaban a pie; y desde que hubieron peleado un rato se volvieron a su arboleda. Dejemos esto que no fue nada para la invención que hubo de jinetes hechos de

negros y negras con su rey y reina y todos a caballo, que eran más de 50 y de las grandes riquezas que traían sobre sí de oro y piedras ricas y aljófar y argentería; y luego van contra los salvajes y tienen otra cuestión sobre la caza; que cosa era de ver la diversidad de rostros que llevaban, las máscaras que traían y cómo las negras daban de mamar a sus negritos y cómo hacían fiestas a la reina. Después de esto amaneció otro día en mitad de la misma plaza mayor hecha la ciudad de Rodas con sus torres y almenas, troneras y cubos y cavas y alrededor cercada y tan al natural como era Rodas, y con cien comendadores con sus ricas encomiendas, todas de oro y perlas, muchos de ellos a caballo a la jineta, con sus lanzas y adargas, y otros a la estradiota, para romper lanzas; y otro a pie con sus arcabuces y por gran capitán general de ellos y gran maestro de Rodas era el marqués Cortés, y traían cuatro navíos con sus mástiles y trinquetes, mesanas y velas y tan al natural que se elevaban algunas personas en ello de los ver ir a la vela por mitad de la plaza y dar tres vueltas y soltar tanta de la artillería que los navíos tiraban; y venían allí unos indios al bordo vestidos al parecer como frailes dominicos, que es como vienen de Castilla, pelando unas gallinas y otros frailes venían pescando. Dejemos los navíos y su artillería y trompetería, quiero decir cómo estaban en una emboscada metidas dos capitanías de turcos muy al natural a la turquesa, con riquísimos vestidos de sedas y de carmesí y grana con mucho oro, y ricas caperuzas, como ellos los traen en su tierra y todos a caballo, y estaban en celada para hacer un salto y llevar ciertos pastores con sus ganados que pacían cabe una fuente, y el un pastor de los que guardaban se huyó y dio gran aviso al gran maestre de Rodas. Ya que llevaban los turcos los ganados y pastores, salen los comendadores y tienen una batalla entre los unos y los

otros, que les quitaron la presa del ganado, y vienen otros escuadrones de turcos por otra parte sobre Rodas y tienen otras batallas con los comendadores, y prendieron muchos de los turcos; y sobre esto, luego sueltan toros bravos para los despartir. Pues quiero decir las muchas señoras, mujeres de conquistadores y otros vecinos de México que estaban a las ventanas de la gran plaza, y de las riquezas que sobre sí tenían de carmesí y sedas y damascos y oro y plata y pedrería, que era cosa riquísima; a otros corredores estaban otras damas muy ricamente ataviadas, que las servían galanes. Pues las grandes colaciones que se daban a todas aquellas señoras así a las de las ventanas como las que estaban en los corredores y les sirvieron de mazapanes, alcorzas y diacitrón, almendras y confites, y otras de mazapanes con las armas del marqués, y otras con las armas del virrey, y todas doradas y plateadas, y entre algunas iban con mucho oro sin otra manera de conserva; pues frutas de la tierra no las escribo aquí porque es cosa espaciosa para las acabar de relatar; y demás de esto, vinos los mejores que se pudieron haber; pues aloja y clarea y cacao con su espuma, y suplicaciones y todo servido con ricas vajillas de oro y plata; y duró este servicio desde una hora después de vísperas y después otras dos horas que la noche los departió que cada uno se fue a casa. Dejemos de contar colaciones y las invenciones y fiestas pasadas y diré de dos solemnísimos banquetes que se hicieron. Uno hizo el marqués en sus palacios, y otro hizo el virrey en los suyos y casas reales, y estos fueron cenas. Y la primera hizo el marqués, y cenó en ella el virrey con todos los caballeros y conquistadores de quien se tenía cuenta con ellos, y con todas las señoras, mujeres de los caballeros y conquistadores, y de otras damas, y se hizo muy solemnísimamente. Y no quiero poner aquí por memoria de todos los servicios que se dieron

porque será gran relación; basta que se diga que se hizo muy copiosamente. Y la otra cena que hizo el virrey, la hizo en los corredores de las casas reales, hechos unos como vergeles y jardines entretejidos por arriba de muchos árboles con sus frutas, al parecer que nacían de ellos; encima de los árboles muchos pajaritos de cuantos pudiera haber en la tierra, y tenían hecha la fuente de Chapultepeque, y tan al natural como ella es con unos manaderos chicos de agua que reventaban por algunas partes de la misma fuente, y allí cabe ella estaba un gran tigre atado con unas cadenas y a la otra parte de la fuente estaba un bulto de hombre, de gran cuerpo, vestido de arriero con dos cueros de vino cabe el que se adurmió de cansado, y otros bultos de cuatro indios que le desataban de un cuero y se emborrachaban y parecía que estaban bebiendo y haciendo gestos y estaba hecho todo tan al natural que venían muchas personas de todas jaeces con sus mujeres a lo ver. Pues ya puestas las mesas había dos cabeceras muy largas y en cada una su cabecera; en la una estaba el marqués, y en la otra el virrey, y para cada cabecera sus maestresalas y pajes y grandes servicios con mucho concierto. Quiero decir lo que se sirvió. Aunque no vaya aquí escrito por entero diré lo que me acordaré porque yo fui uno de los que cenaron en aquellas grandes fiestas. Al principio fueron sus ensaladas hechas de dos o tres maneras y luego cabritos y perniles de tocino asado a la ginovisca, tras esto pasteles de codornices, y palomas, y luego gallos de papada y gallinas rellenas; luego manjar blanco; tras esto pepitoria; luego torta real, luego pollos y perdices de la tierra y codornices en escabeche.

Y luego alzan aquellos manteles dos veces y quedan otros limpios con sus panzuelos; luego traen empanadas de todo género de aves y de caza; éstas no se comieron, ni aún

de muchas cosas del servicio pasado; y luego sirven de otras empanadas de pescado, tampoco se comió cosa de ello; luego traen carnero cocido, y vaca, y puerco y nabos y coles, y garbanzos; tampoco se comió cosa ninguna; y entre medio de estos manjares ponen en las mesas frutas diferenciadas para tomar gusto, y luego traen gallinas de la tierra cocidas enteras, con picos y pies plateados: tras esto anadones y ansarones enteros con los picos dorados, y luego cabezas de puercos y de venados y de terneras, por grandeza; y con ello grandes músicas de cantares a cada cabecera, y la trompetería y géneros de instrumentos, arpas, vigüelas, flautas, dulzainas, chirimías; en especial cuando los maestresalas servían las tazas; traían a las señoras que allí estaban y cenaron, que fueron muchas más que no fueron a la cena del marqués, muchas copas doradas, unas con aloja, otras con vino, otras con agua y otras con clarea; y tras esto sirvieron a otras señoras más insignes de unas empanadas muy grandes y en algunas de ellas venían dos conejos vivos, y en otras conejos vivos chicos, y otras llenas de codornices y palomas y otros pajaritos vivos y cuando se las pusieron fue en una sazón y a un tiempo y desde que les quitaron los coberteros los conejos se fueron huyendo sobre las mesas y las codornices y pájaros volaron. Aún no he dicho del servicio de aceitunas y rábanos y queso y cardos y frutas de la tierra; no hay que decir sino que toda la mesa estaba llena del servicio dellos. Entre estas cosas había truhanes y decidores que decían en loor del Cortés y del virrey cosas muy de reír. Y aún no he dicho las fuentes, del vino blanco y tinto, hechos de industria que corrían. Pues abajo en los patios, otros servicios para gentes y mozos de espuela y criados de todos los caballeros que cenaban arriba en aquel banquete, que pasaron de trescientos y más de doscientas señoras. Pues aún se me olvidaban los novillos asados

enteros llenos de dentro de pollos y gallinas y codornices y palomas y tocino. Esto fue en el patio abajo entre los mozos de espuelas y mulatos e indios. Y digo que duró este banquete desde que anocheció hasta dos horas después de media noche, que las señoras daban voces que no podían estar más a la mesa y otras se acongojaban y por fuerza alzaron los manteles, que otras cosas había que servir. Y todo esto se sirvió con oro y plata y grandes vajillas muy ricas. Una cosa vi que con estar cada sala llena de españoles que no eran convidados y eran tantos que no cabían en los corredores, que vinieron a ver la cena y banquete, y no faltó en toda aquella cena del virrey plata ninguna; y en la del marqués faltaron más de cien marcos de plata; y la causa que no faltó en la del virrey fue porque el mayordomo mayor, que se decía Agustín Guerrero, mandó a los caciques mexicanos que para cada pieza pusiese un indio de guarda y aunque se enviaban a todas las casas de México muchos platos y escudillas con manjar blanco y pasteles y empanadas y otras cosas de este arte, iba con cada pieza de plata un indio y lo traía; lo que faltó fue saleros de plata, muchos manteles y pañizuelos y cuchillos, y esto el mismo Agustín Guerrero me lo dijo otro día; y también contaba el marqués por grandeza que le faltaba sobre cien marcos de plata. Dejemos las cenas y banquetes y diré que para otro día hubo toros y juegos de cañas y dieron al marqués un cañazo en un empeine del pie, que estuvo malo y cojeaba; y para otro día corrieron caballos desde una plaza que llaman el Taltelulco hasta la plaza Mayor y dieron ciertas varas de terciopelo y raso para el caballo que más corriese y primero llegase a la plaza; y asimismo corrieron unas mujeres desde debajo de los portales del tesorero Alonso de Estrada hasta las casas reales y se les dio ciertas joyas de oro a la que más presto llegó al puesto; e hicieron muchas farsas, y fueron

tantas, que ya no se me acuerda, y de noche hicieron disfraces, y porque de estas grandes fiestas hubo dos cronistas que lo escribieron según y de la manera que pasó, y quien fueron los capitanes y gran maestre de Rodas, y aún lo enviaron a Castilla para que en el real consejo de Indias se viese, porque su majestad en aquella sazón estaba en Flandes. Quiero poner una cosa de donaire y es que un vecino de México que se dice el maestre de Roa, ya hombre viejo que tiene un gran lobanillo en el pescuezo y era de oficio catepasmo como tiene nombre de maestre de Roa le nombraron adrede maese de Rodas, porque este cirujano fue el que el marqués hubo enviado a llamar a Castilla para que le curase el brazo derecho que tenía quebrado de una caída de un caballo después que vino de Honduras, y porque viniese a curarle el brazo se lo pagó muy bien y le dio unos pueblos de indios; y cuando se acabaron de hacer las fiestas que dicho tengo como tuvo nombre de maestre de Rodas y fue uno de los cronistas y tenía buena plática, fue a Castilla en aquella sazón y tuvo tal conocimiento con la señora doña María de Mendoza mujer del comendador mayor, don Francisco de los Cobos, que la convocó y la prometió de le dar cosas con que pariese y de tal manera se lo decía que le creyó y la señora doña María le dijo que si paría que le daría dos mil ducados y le favorecería en el real consejo de Indias para haber otros pueblos de indios y asimismo le prometió el mismo maestre de Roa al cardenal de Sigüenza, que era presidente de Indias, que le sanaría de la gota, y el presidente se lo creyó, y luego le proveyeron, por mandado del cardenal y por favor de la señora doña María de Mendoza de muy buenos indios, mejores que los que tenía, y lo que hizo en las curas fue que ni sanó al marqués de su brazo, antes se le quedó más manco, puesto que se lo pagó muy bien y le dio los indios por mí

memorados, ni la señora doña María de Mendoza, nunca parió por más letuarios calientes de zarzaparrilla que la mandó comer, ni al cardenal sanó de su gota; y quedóse con las barras de oro que le dio Cortés y con los indios que le hubo dado el real consejo de Indias, y volvióse a la Nueva-España rico e con buenos indios y dejá en Castilla entre los negociantes que habían ido a pleitos unos chistes que el maestre de Roa, que por solo el nombre que le pusieron maestre de Rodas y ser plático les fue a engañar así al presidente como a la señora doña María de Mendoza; y otros conquistadores, con cuanto sirvieron a su majestad, no recaudaron nada y que valió más un poco de zarzaparrilla que llevó, que cuantos servicios hicimos los verdaderos conquistadores a su majestad. Dejemos de contar vidas ajenas, que bien sé que tendrán razón de decir que para qué me meto en estas cosas, que por contar una antigüedad y cosa de memoria acaecida, dejo mi relación; volvamos a ella. Y es, que como se acabaron de hacer las fiestas, mandó el marqués apercibir navíos y matalotaje para ir a Castilla, para suplicar a su majestad que le mandase pagar algunos pesos de oro de los muchos que había gastado en las armadas que envió a descubrir; y porque tenía pleitos con Nuño de Guzmán, que en aquella sazón le envió preso al Nuño de Guzmán el audiencia real a España, y también tenía pleitos sobre el contar de los vasallos; y entonces Cortés me rogó a mí que fuese con él, y que en la corte demandaría mejor mis pueblos ante los señores del real consejo de Indias que no en la audiencia real de México; y luego me embarqué y fui a Castilla, y el marqués no fue de ahí a dos meses, porque dijo que no tenía allegado tanto oro como quisiera llevar, y porque estaba malo del empeine del pie, del cañazo que le dieron, y esto fue en el año de 540; y porque el año pasado de 539 falleció la serenísima

emperatriz nuestra señora doña Isabel, de gloriosa memoria, la cual falleció en Toledo en primero día del mes de mayo, y fue llevado a sepultar su cuerpo a la ciudad de Granada, y por su muerte se hizo gran sentimiento en la Nueva-España, y se pusieron todos los más conquistadores grandes lutos, e yo, como regidor que era de la villa de Guazacualco e conquistador más antiguo, me puse grandes lutos, y con ellos fui a Castilla; y llegado a la corte, me los torné a poner muchos mayores, como era obligado, por la muerte de nuestra reina y señora, y en aquel tiempo también llegó a la corte Hernando Pizarro, que vino del Perú, y fue cargado de luto, con más de cuarenta hombres que llevaba consigo, que le acompañaban; y también en esa sazón llegó Cortés a la corte con luto él y sus criados, que estaba en aquella sazón la corte en Madrid; y los señores del real consejo de Indias, como supieron que Cortés llegaba cerca de Madrid, le mandaron salir a recibir, y le señalaron por posada las casas del comendador don Juan de Castilla; y cuando algunas veces iba Cortés al real consejo de Indias, salía un oidor hasta la puerta donde hacían el acuerdo del real consejo, y le llevaba con mucho acato a los estrados donde estaba el presidente don fray García de Loaysa, cardenal de Sigüenza, y después fue arzobispo de Sevilla; y oidores el licenciado Gutierre Velázquez y el obispo de Lugo y el doctor don Juan Bernal Díaz de Luco y el doctor Beltrán; y un poco junto de las sillas de aquellos señores caballeros le ponían a Cortés otra silla e le oían; y desde entonces nunca más volvió a la Nueva-España, porque entonces le tomaron residencia, y su majestad no le quiso dar licencia para que se volviese a la Nueva-España, puesto que echó por intercesores al almirante de Castilla y al duque de Béjar y al comendador mayor de León; y aun también echó por intercesora a la señora doña María de Mendoza, y

nunca le quiso dar licencia su majestad; antes mandó que le detuviesen hasta acabar de dar la residencia, y nunca la quisieron concluir; y la respuesta que le daban en el real consejo de Indias era, que hasta que su majestad viniese de Flandes de hacer el castigo de Gante, que no podían darle licencia. Y también en aquella sazón al Nuño de Guzmán le mandaron desterrar de su tierra y que siempre anduviese en la corte, y le sentenciaron en cierta cantidad de pesos de oro; mas no le quitaron los indios de su encomienda de Xalisco; y también andaba él y sus criados cargados de luto. Y como en la corte nos veían, así al marqués Cortés como al Pizarro y al Nuño de Guzmán y todos los demás que veníamos de la Nueva-España a negocios, y otras personas del Perú, con lutos, tenían por chiste de llamarnos «los indianos peruleros entutados». Volvamos a nuestra relación: que también en aquel tiempo a Hernando Pizarro le mandaron echar preso en la Mota de Medina, y entonces me vine yo a la Nueva-España, y supe que había pocos meses que se habían alzado en las provincias de Xalisco unos peñoles que se llaman Nochitlan, y que el virrey don Antonio de Mendoza los envió a pacificar a ciertos capitanes, y a unos que se decía Cristóbal de Oñate, y los indios alzados daban grandes combates a los españoles y soldados, que de México y, viéndose cercados de los indios, enviaron a demandar socorro al don Pedro de Alvarado, que en aquella sazón estaba en unos sus navíos de una gran armada que hizo en lo de Guatemala para la China; en el puerto de la Purificación, y fue a favorecer a los españoles que estaban sobre los peñoles por mí ya nombrados, y llevó gran copia de soldados y dende a pocos días murió por causa de un caballo que le tomó debajo y le machucó el cuerpo, como adelante diré. Y quiero dejar esta plática, y traeré a la memoria dos armadas que salieron de la Nueva-

España la una era la que hizo el virrey don Antonio de Mendoza, y la otra fue la que hizo don Pedro de Alvarado, según dicho tengo.

Capítulo CCII

Cómo el virrey don Antonio de Mendoza envió tres navíos a descubrir por la banda del sur en busca de Francisco Vázquez Coronado, y le envió bastimentos y soldados, que estaban en la conquista de la Cibola

Ya he dicho en el capítulo pasado que dello habla que el virrey don Antonio de Mendoza y la real audiencia de México enviaron a descubrir «las siete ciudades», que por otro nombre se llama Cibola, y fue por capitán general un hidalgo que se decía Francisco Vázquez Coronado, natural de Salamanca, que en aquella sazón se había casado con una señora que, además de ser virtuosa, era hermosa, hija del tesorero Alonso de Estrada, y en aquel tiempo estaba el Francisco Vázquez por gobernador de Xalisco, porque a Nuño de Guzmán, que solía estar por gobernador, ya se lo habían quitado. Pues partidos por tierra con muchos soldados de a caballo y escopeteros y ballesteros, había dejado por su teniente en lo de Xalisco a un hidalgo que se decía fulano de Oñate; y después de ciertos meses que hubo llegado a «las siete ciudades» y, pareció ser que un fraile franciscano que se decía fray Marcos de Niza había ido de antes a descubrir aquellas tierras, o fue en aquel viaje con el mismo Francisco Vázquez Coronado, que esto no lo sé bien; y cuando llegaron a las tierras de la Cibola, y vieron los campos tan llanos y llenos de vacas y toros disformes de los nuestros de Castilla, y los pueblos y casas con sobrados, y subían por escaleras, parecióle al fraile que sería bien volver a la Nueva-España, como luego vino, a dar relación al virrey don Antonio de Mendoza que enviase navíos por la costa del sur, con herraje y tiros y pólvora y ballestas y armas de todas maneras, y vino y aceite y bizcocho, porque le hizo relación que las tierras de la Cibola estaban en la

comarca de la costa del sur, y que con los bastimentos y herraje serían ayudados el Francisco Vázquez y sus compañeros, y que ya quedaban en aquella tierra; y a esta causa envió los tres navíos que dicho tengo, y fue por capitán general un Hernando de Alarcón, maestresala que fue del mismo virrey, y fue por capitán de otro navío un hidalgo que se dice Marcos Ruiz de Rojas, natural de Madrid; otros dijeron que había ido por capitán de otro navío un fulano Maldonado: y porque yo no fui en aquella armada, mas de por oídas lo digo desta manera; y fueron dadas todas las instrucciones a los pilotos y capitanes de lo que habían de hacer y cómo se habían de regir y navegar.

Capítulo CCIII

De una muy grande armada que hizo el adelantado don Pedro de Alvarado en el año de 1537

Razón es que se traiga a la memoria y no quede por olvido una muy buena armada que el adelantado don Pedro de Alvarado hizo en el año de 1537 en la provincia de Guatemala, donde era gobernador, y en un puerto que se dice Acaxutla, en la banda del sur, y fue para cumplir ciertas capitulaciones que con su majestad hizo la segunda vez que volvió a Castilla, y vino casado con una señora que se decía doña Beatriz de la Cueva; y fue el concierto que se capituló con su majestad, que el adelantado pusiese ciertos navíos y pilotos y marineros y soldados y bastimentos, y todo lo que hubiese menester, a su costa, para enviar a descubrir por la vía del poniente a la China o Malucos u otras cualquier islas de la Especiería, y para lo que descubriese, su majestad le prometió en las mismas tierras que le haría ciertas mercedes y daría renta en ellas; y porque yo no he visto lo capitulado, me remito a ello, y por esta causa lo dejo de poner en esta relación. Y volviendo a nuestra materia, y es que, como siempre el adelantado fue muy servidor de su majestad, lo cual se pareció en las conquistas de la Nueva-España e ida del Perú, y en todo puso su persona, con cuatro hermanos suyos, que sirvieron a su majestad en lo que pudieron; y en esto de ir a lo del poniente con buena armada, se quiso aventajar a todas las armadas que hizo el marqués del Valle, de las cuales tengo hecha larga relación en los capítulos que dello hablan; y esto que digo es porque puso en la mar del Sur trece navíos de buen porte, y entre ellos una galera y un patache, y todos muy bien abastecidos, así de pan como de carne y pipas de agua, y todo bastimento que en aquella

sazón pudieron haber, y muy bien artillados, y con buenos pilotos y marineros, los que habían menester. Pues para hacer tan pujante armada, y estando tan apartados del puerto de la Veracruz, que son más de doscientas leguas hasta donde se labraron los navíos, que en aquella sazón de la Veracruz se trajo el hierro para la clavazón y anclas y pipas, y otras muchas cosas pertenecientes para aquella flota, gastó en ellas más millares de pesos de oro que en Castilla se pudieran gastar aunque se labraran en Sevilla ochenta navíos; y fueron tantos los gastos que hizo, que no le bastó la riqueza que trajo del Perú, ni el oro que le sacaban de las minas en la provincia de Guatemala, ni los tributos de sus pueblos, ni lo que le presentaron sus deudos y amigos y lo que tomó fiado de mercaderes; e ya que en aquella sazón se quisiera ayudar de traer anclas e hierro y otras muchas cosas pertenecientes para los navíos, desde el Puerto de Caballos no venían navíos ni mercaderes, ni se trataba aquel puerto en aquella sazón como ahora. Volvamos a nuestra relación: que aun no es nada los pesos de oro que gastó en los navíos para lo que dio a capitanes y alférez y maeses de campo y a seiscientos y cincuenta soldados, y los muchos caballos que entonces compró, que valían los buenos a trescientos pesos, y los comunes a ciento y cincuenta y a doscientos, pues arcabuces y pólvora y ballestas y todo género de armas fueron tan excesivos gastos, los cuales se podrán colegir; y fueron tan altos los pensamientos que tuvo de hacer gran servicio a su majestad, y descubrirle por el poniente la China o Malucos y Especiería, y aun de conquistar algunas islas della, y a lo menos dar traza que por la parte de su gobernación hubiese el trato della, pues que aventuraba toda su hacienda y persona. Pues ya puesto a punto sus naos para navegar, y en cada una sus estandartes reales, y señalados pilotos y

capitanes, y dadas las instrucciones de lo que habían de hacer y derrotas que hablan de llevar, y las señas de los faroles para de noche, y a todos los soldados, como dicho tengo, que fueron sobre seiscientos y cincuenta, con más de doscientos caballos; y después de oído misa del Espíritu Santo, el mismo adelantado por capitán general de toda su armada, dan velas en ciertos días del año de 1538, y fue navegando por su derrota hasta el puerto de la Purificación, que es en la provincia de Xalisco, porque en aquel puerto había de tomar agua y más soldados y bastimento. Pues como supo el virrey don Antonio de Mendoza desta tan pujante armada, que para en estas partes era muy grande, y de los muchos soldados y caballos y artillería que llevaba, tuvo por muy gran cosa de cómo pudo juntar y armar trece navíos de la costa del sur, y allegar tantos soldados, estando tan apartado del puerto de la Veracruz y de México: es cosa de pensar en ello a las personas que tienen noticias destas tierras y saben los gastos que hacen. Pues como el virrey don Antonio de Mendoza supo y se informó que era para descubrir la China, y alcanzó a saber de pilotos y cosmógrafos que se podía descubrir muy bien por el poniente, y se lo certificó un deudo suyo que se decía Villalobos, que sabía mucho de alturas y del arte de navegación, acordó de escribir desde México al adelantado con ofertas y buenos prometimientos para que se diese orden en que la armada hiciese compañía con él: para lo efectuar fueron a hacer el concierto don Luis de Castilla y un mayordomo mayor del virrey, que se decía Agustín Guerrero; y después que el adelantado vio los recaudos que llevaban para hacer concierto, y bien platicado sobre el negocio, se concertó que se viesen el virrey y el adelantado en un pueblo que se dice Chiribitio, que es en la provincia de Michoacan, que era de la encomienda de un Juan de

Alvarado, deudo del mismo adelantado; y como el virrey supo adonde se habían de ver, fue en posta desde México al pueblo por mí nombrado, donde estaba el adelantado aguardando al virrey para hacer la plática, y allí se vieron, y concertaron que fuesen entrambos a dos a ver la armada, y luego fueron, y cuando lo hubieron visto, se volvieron a México, para desde allí enviar capitán general de toda la flota; y el adelantado quería que fuese un deudo suyo por general, que se decía Juan de Alvarado (no digo por el de Chiribitio, sino otro su sobrino), que tenía indios en Guatemala; y el virrey quería que fuese juntamente con él un fulano de Villalobos; en este tiempo tuvo mucha necesidad el adelantado de venir a su gobernación de Guatemala a cosas que le convenían, y lo dejó todo aparte por estar presente en su armada, y fue al puerto de la Natividad por tierra, donde en aquella sazón estaban todos sus navíos y soldados, para que por su mano fuesen despachados; e ya que estaban para se hacer a la vela, le vino una carta que le envió un Cristóbal de Oñate, que estaba por teniente de gobernador de aquella provincia de Xalisco, por ausencia de Francisco Vázquez Coronado, que había ido por capitán a «las siete ciudades» que llaman de Cibola, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y lo que en la carta el Oñate le decía era que, pues en todo era gran servidor de su majestad, en este caso que ahora ha ocurrido se parecerán muy mejor sus servicios; que por amor de Dios, que luego con brevedad le vaya a socorrer con su persona y soldados y caballos y arcabuceros, porque está cercado en parte que si no son socorridos no se podrá defender de muchas capitanías de indios guerreros que están en unas fuerzas y peñoles que se dicen de Nochitlan, y que han muerto a muchos españoles de los que estaban en su compañía, y se temía no le acabasen de desbaratar; y le

significó en la carta otras muchas lástimas, y que a salir los indios de aquellos peñoles e fortalezas victoriosos, la Nueva-España estaba en gran peligro. Y como el adelantado vio la carta, y en ella las palabras que dicho tengo, y otros españoles le dijeron en el peligro en que estaban, luego mandó juntar sus soldados, así de caballo como arcabuceros y ballesteros, y fue en posta a hacer aquel socorro; y cuando llegó al real estaban tan afligidos los cercados, que si no fuera por él, según se vio, los mataran los indios, y con su llegada aflojaron algo y no que dejasen de dar muy bravosa guerra; y estando peleando entre unos peñoles un soldado, pareció ser que el caballo en que iba se le derriscó, y vino rodando por el peñol abajo con tan gran furia y saltos por donde el adelantado estaba, que no se pudo apartar a cabo ninguno, sino que el caballo le encontró de arte, que le maltrató y le quebrantó todo el cuerpo, porque le tomó debajo, y fue de tal manera, que se sintió muy malo, y para guarecerle y curarlo, creyendo que no fuera tanto el quebramiento, le llevaron en andas a curar a una villa, que era la más cercana de aquellos peñoles, que se dice la Purificación; e yendo por el camino se comenzó a pasmar, y llegado a la villa, de ahí a pocos días, después de se haber confesado y comulgado, dio el ánima a Dios nuestro señor, que la crió. Algunas personas dijeron que hizo testamento, y no ha parecido. Falleció aqueste caballero por sacarle luego del real, que si de allí no le sacaran y le curaran como era razón, no se pasmara; y a todas las cosas que nuestro señor hace y ordena démosle muchas gracias y loores por ello; pues ya es fallecido ¡perdónele Dios! En aquella villa le enterraron con la mayor pompa que pudieron; y después he oído decir que Juan de Alvarado, el encomendero de Chiribitio, llevó sus huesos de donde estaban enterrados al mismo pueblo de su encomienda, y mandó hacer muchas

honras y misas y limosnas por su ánima. Pues como se supo su muerte en el real de Nochitlan y en su flota y armada, como no había capitán general ni cabeza que los mandase, muchos de los soldados se fueron cada uno por su parte con las pagas que les dieron; y cuando a México llegó esta nueva, todos los más caballeros, juntamente con el virrey, la sintieron; y como faltó el adelantado, luego en posta envían por el virrey para que les vaya a socorrer, y el virrey no pudo ir luego, y envió al licenciado Maldonado, e hizo lo que pudo en aquel socorro; y luego fue el virrey y llevó todos los soldados que pudo allegar, y quiso Dios que venció a los indios de los peñoles, y desbaratados, se volvieron a México a cabo de muchos días que en esta guerra estuvieron con gran trabajo. Dejemos aquel socorro que el adelantado hizo, pues a todos los cercados ayudó, y él murió del arte que ya he dicho; e quiero decir que, como se supo en Guatemala de su muerte, la tristeza y lloros que hubo en su casa, y su querida mujer doña Beatriz de la Cueva rompía la cara y se mesaba los cabellos, juntamente con sus damas y doncellas que tenía para casar; pues su amada hija y señores hijos, y un caballero, yerno suyo, que se dice don Francisco de la Cueva, primo segundo del duque de Alburquerque, que dejaba por gobernador de aquella provincia, tuvieron mucho pesar, y todos los vecinos conquistadores hicieron sentimiento y le hicieron solemnes honras, porque el obispo don Francisco Marroquín, de buena memoria, sintió mucho su muerte, y con toda la clerecía y cera y pompa que pudieron rogaban a Dios por su ánima cada día; y en esto de las honras puso el obispo gran solicitud. Y también quiero decir que un mayordomo del adelantado, por mostrar más tristeza por la muerte de su señor, mandó que se entintasen todas las paredes de las casas con un betún de tinta que no se pudiese quitar. Y

también oí decir que muchos caballeros iban a consolar a la señora doña Beatriz de la Cueva, mujer del adelantado, porque no tomase tanta tristeza por su marido, y le decían que diese gracias a Dios, pues que dello fue servido; y ella, como buena cristiana, decía que así se las daba; y como las mujeres son tan lastimosas por lo que bien quieren, y que deseaba morirse y no estar en este triste mundo con tantos trabajos: traigo aquí esto a la memoria por lo que el cronista Francisco López de Gómara dice en su crónica, que dijo aquella señora que ya no tenía nuestro señor Jesucristo en qué más mal la pudiese hacer de lo hecho, y por aquella blasfemia fue servido que desde a pocos días vino en esta ciudad una tormenta y tempestad de agua y cieno y piedras muy grandes y maderos muy gordos, que descendió de un volcán que está media legua de Guatemala, que derribé toda la mayor parte de las casas donde vivía aquella señora, mujer del adelantado, estando en una recámara rezando con sus damas y doncellas, que las tomó a todas debajo, y las más se ahogaron. Y en las palabras que dijo el Gómara que había dicho aquella señora, no pasó como dice, sino como dicho tengo; y si nuestro señor Jesucristo fue servido de la llevar deste mundo, fue secreto de Dios; de la cual avenida y terremoto diré adelante en su tiempo y lugar; y quiero ahora referir otras cosas que son muy de notar: que con haber servido el adelantado tan bien a su majestad, y con sus cuatro hermanos, que se decían Jorge y Gonzalo y Gómez y Juan, y todos Alvarados, cuando falleció, como dicho tengo, no les quedaron a sus hijos e hijas ningunos pueblos de los que tenía en su encomienda, habiéndolos él ganado y conquistado, y haber venido a descubrir esta Nueva-España con Juan de Grijalva y después con Cortés. Pues digamos ahora a dónde murieron él y sus hijos y mujer y hermanos, que es cosa de mirar en ello. Ya he dicho que

murió en lo de Nochitlan, y su hermano Jorge de Alvarado en la villa de Madrid, yendo a suplicar a su majestad le gratificase sus servicios, y esto fue en el año de 1540; y el Gómez de Alvarado en el Perú; el Gonzalo de Alvarado no se me acuerda si murió en Guaxaca o en México, el Juan de Alvarado yendo a la isla de Cuba a poner cobro en la hacienda que dejó en aquella isla. Pues sus hijos, el mayor, que se decía don Pedro, fue a Castilla en compañía de un su tío que se decía Juan de Alvarado el mozo, vecino que fue de Guatemala, e iba a besar los pies del emperador nuestro señor y traerle a la memoria los servicios de su padre; y nunca más se supo nueva dellos, porque creyeron que se perdieron en la mar o los cautivaron moros. Pues don Diego, el hijo menor, como se vio perdido, volvió al Perú, y en una batalla murió. Pues doña Beatriz, su mujer, ya he dicho dos veces cómo la tormenta la llevó deste mundo, a ella y a otras señoras que estaban en su compañía. Tengan ahora más cuenta los curiosos lectores desto que aquí tengo referido, y miren que el adelantado murió solo sin su querida mujer y amadas hijas, y la mujer sin su querido marido, y los hijos el uno yendo a Castilla y el otro en una batalla en el Perú, y los hermanos según y de la manera que dicho tengo. Nuestro señor Jesucristo los lleve a su santa gloria, ¡amén! Ahora nuevamente se han hecho en esta ciudad de Guatemala dos sepulcros junto al altar de la santa iglesia mayor para traer los huesos del adelantado don Pedro de Alvarado, que están enterrados en el pueblo de Chiribito, y traídos que sean a esta ciudad, enterrarles en el un sepulcro, y el otro sepulcro es para que cuando Dios nuestro señor sea servido llevar desta presente vida a don Francisco de la Cueva y doña Leonor de Alvarado, su mujer, e hija del mismo adelantado, enterrarse en ellos; porque a su costa traen los huesos de su padre y mandaron

hacer el sepulcro en la santa iglesia, como dicho tengo. Dejemos esta materia, y volveré a decir en lo que paró la armada, y es, que después que murió, como he referido, dende a un año, poco más o menos tiempo, Mendoza mandó que tomasen ciertos navíos, los mejores y más nuevos de los trece que enviaba el adelantado a descubrir la China por la banda del poniente, y envió por capitán de los navíos a un su deudo, que se decía fulano de Villalobos, y que se fuese la misma derrota que tenía concertado de enviar a descubrir; y en lo que paró este viaje yo no lo sé bien, y a esta causa no doy más relación dello; y también he oído decir que nunca los herederos del adelantado cobraron cosa ninguna, así de navíos como de bastimentos, sino que todo se perdió. Dejemos esta materia, e diré lo que Cortés hizo.

Capítulo CCIV

De lo que el marqués del Valle hizo desde que estaba en Castilla

Como su majestad volvió a Castilla de hacer el castigo de Gante, e hizo la gran armada para ir sobre Argel, le fue a servir en ella el marqués del Valle, y llevó en su compañía a su hijo el mayorazgo; también llevó a don Martín Cortés, el que hubo en doña Marina, y llevó muchos escuderos y criados y caballos, y gran copia y servicio, y se embarcó en una buena galera, en compañía de don Enrique Enríquez; y como Dios fue servido hubiese tan recia tormenta, se perdió casi que toda la real armada; también dio al través la galera en que iba Cortés, y escapó él y sus hijos y todos los más caballeros que en ella iban, con gran riesgo de sus personas; y en aquel instante, como no hay tanto acuerdo como debía haber, especialmente viendo la muerte al ojo, dijeron muchos de los criados de Cortés que le vieron que se ató en unos paños revueltos al brazo, y en el paño ciertas joyas de piedras muy riquísimas que llevaba como gran señor, como se suele decir, «para no menester», y con la revuelta del salir en salvo de la galera, y con la mucha multitud de gente que había se le perdieron todas las joyas y piedras que llevaba, que, a lo que decían, valían muchos pesos de oro. Y volveré a decir de la gran tormenta y pérdida de caballeros y soldados que se perdieron. Aconsejaron a su majestad los capitanes y maestros de campo que eran del real consejo de guerra, que luego alzase el cerco y real de sobre Argel, y se fuese por Bujía, pues que veían que nuestro señor Dios fue servido darles aquel tiempo contrario, y no se podía hacer más de lo hecho. En el cual acuerdo y consejo no llamaron a Cortés para que diese su parecer; y de que lo supo, dijo que si su majestad era servido, que él entendía, con el ayuda de

Dios y con la buena ventura de nuestro césar, que con los soldados que estaban en el campo, de tomar a Argel; y también dijo a vueltas destas palabras muchos loores de sus capitanes y compañeros que nos hallamos con él en la conquista de México, diciendo que fuimos para sufrir hambres y trabajos, y que do quiera que les llamase hacía con ellos heroicos hechos, y que heridos y entrapajados no dejaban de pelear y tomar cualquier ciudad y fortaleza, aunque sobre ello aventurasen a perder las vidas; y como muchos caballeros le oyeron aquellas palabras, dijeron a su majestad que fuera bien haberle llamado a consejo de guerra, y que se tuvo a descuido no haberle llamado; otros caballeros dijeron que si no fue llamado fue porque sentían en el marqués que sería de contrario parecer, y aquel tiempo de tanta tormenta no daba lugar a muchos consejeros, salvo que su majestad y los más caballeros de la real armada se pusiesen en salvo, porque estaban en muy gran peligro, y que el tiempo andando, con el ayuda de Dios volverían a poner cerco a Argel; y así, se fueron por Bujía. Dejemos esta materia, y diré cómo volvieron a Castilla de aquella trabajosa jornada. Y como el marqués estaba muy cansado, así de estar en Castilla en la corte y haber venido por Bujía, e ya era viejo, quebrantado del camino ya por mí dicho, deseaba en gran manera volver a la Nueva-España si le dieran licencia; y como había enviado a México por su hija la mayor, que se decía doña María Cortés, que tenía concertado de la casar con don álvaro Pérez Osorio, hijo del marqués de Astorga y heredero del marquesado, y le había prometido sobre cien mil ducados de oro en casamiento, y otras muchas cosas de vestidos y joyas, y vino a recibirla a Sevilla; y este casamiento se desconcertó, según dijeron muchos caballeros, por culpa de don álvaro Pérez Osorio; de que el marqués recibió tanto enojo, que de calenturas y

cámaras que tuvo recias estuvo al cabo; y andando con su dolencia, que siempre empeoraba, acordó salir de Sevilla por quitarse de muchas personas que le importunaban en negocios, y se fue a Castilleja de la Cuesta para allí entender en su alma y ordenar su testamento; y cuando lo hubo ordenado como convenía, y haber recibido los santos sacramentos, fue nuestro señor Jesucristo servido de llevarle deste trabajoso mundo, y murió en 2 días del mes de diciembre de 1547 años, y llevóse su cuerpo a enterrar con grande pompa y muchos lutos y clerecía, y grande sentimiento de muchos caballeros, y fue enterrado en la capilla de los duques de Medina-Sidonia; y después fueron traídos sus huesos a la Nueva-España, y están en un sepulcro en Cuyoacan o en Tezcuco; esto no lo sé bien; porque así lo mandó en su testamento. Quiero decir la edad que tenía, a lo que a mí se me acuerda; lo declararé por esta cuenta que diré: en el año que pasamos con Cortés desde Cuba a la Nueva-España fue el de 1519 años, y entonces solía decir, estando en conversación de todos nosotros los compañeros que con él pasamos, que había treinta y cuatro años, y veinte y ocho que habían pasado hasta que murió, que son sesenta y dos años. Las hijas e hijos que dejó legítimos fue don Martín Cortés, marqués que ahora es, y doña María Cortés, la que he dicho que estaba concertada en el casamiento con don álvaro Pérez Osorio, heredero del marquesado de Astorga; que después casó esta doña María con el conde de Luna, de León; y a doña Juana, que casó con don Hernando Enríquez, que ha de heredar el marquesado de Tarifa, y a doña Catalina de Arellano, que murió en Sevilla; y más digo, que las llevó la señora marquesa doña Juana de Zúñiga, su madre, a Castilla cuando vino por ellas un fraile de santo Domingo que se dice fray Antonio de Zúñiga, el cual fraile era hermano de la

misma marquesa; y también se casó otra señora doncella que estaba en México, que se decía doña Leonor Cortés, con un Juanes de Tolosa, vizcaíno, persona rica, que tenía sobre cien mil pesos y unas buenas minas de plata; del cual casamiento tuvo mucho enojo el marqués «el mozo», que vino a la Nueva-España; y también tuvo dos hijos varones bastardos, que se decían don Martín Cortés, que fue comendador de Santiago; este caballero hubo en doña Marina «la lengua»; e a don Luis Cortés, que también fue comendador de Santiago, que hubo en otra señora que se decía doña fulana de Hermosilla; y hubo otras tres hijas bastardas: la una hubo en una indiana de Cuba que se decía doña fulana Pizarro, y la otra en otra india mexicana, y la otra que nació contrahecha, que hubo en otra mexicana y sé yo que estas señoras doncellas tenían buena dote: porque desde niñas les dio buenos indios, que fueron unos pueblos que se dicen Chinanta. Y en el testamento y mandas que hizo, yo no lo sé bien, mas tengo en mí que, como sabio, lo haría bien, y tuvo mucho tiempo para ello, y como era viejo, que lo haría con mucha cordura y mandaría descargar su conciencia. Y mandó que hiciesen un hospital en México, y también mandó que en una su villa que se dice Cuyoacan, que está obra de dos leguas de México, que se hiciese un monasterio de monjas, y que le trajesen sus huesos a la Nueva-España; y dejó buenas rentas para cumplir su testamento, y las mandas fueron muchas y buenas y de muy buen cristiano; y por excusar prolijidad no lo declaro, e también por no me acordar de todas, aquí no las relato. La letra y blasón que traía en sus armas e reposteros fueron de muy esforzado varón y conforme a sus heroicos hechos, y estaban en latín, y como yo no sé latín, no lo declaro; y traía en ellos siete cabezas de reyes presos en una cadena, e a lo que a mí me parece, según vi y entiendo, fueron los reyes

que ahora diré: Montezuma, gran señor de México, e Cacamatzin, su sobrino de Montezuma, que también fue gran señor de Tezcuco, e a Coadlabaca, que asimismo era señor de Iztapalapa y de otros pueblos, y al señor de Tacuba e al señor de Cuyoacan, e a otro gran cacique de dos provincias que se decían Tulapa, junto a Matalcingo. Este que dicho tengo, decían que era hijo de una su hermana de Montezuma, y muy propincuo heredero de México; y el postrer rey que Guatemuz, el que nos dio guerra e defendía la ciudad cuando la ganamos a ella y a sus provincias, y estos siete grandes caciques son los que el marqués traía en sus reposteros y blasones por armas, porque de otros reyes yo no me acuerdo que se hubiesen preso que fuesen reyes, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; pasaré adelante, y diré su proporción y condición de Cortés. Fue de buena estatura y cuerpo y bien proporcionado y membrudo, y la color de la cara tiraba algo a cenicienta, e no muy alegre; y si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera; y los ojos en el mirar amorosos, y por otra parte graves; las barbas tenía algo prietas y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba era de la misma manera que las barbas y tenía el pecho alto y la espalda de buena manera, y era cenceño y de poca barriga y algo estevado, y las piernas y muslos bien sacados, y era buen jinete y diestro de todas armas, así a pie como a caballo, y sabía muy bien menearlas; y sobre todo, corazón y ánimo, que es lo que hace al caso. Oí decir que cuando mancebo, en la isla Española fue algo travieso sobre mujeres, e que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros, y siempre salió con victoria; y tenía una señal de cuchillada cerca de un bezo de abajo, que si miraban bien en ello, se le parecía, mas cubríanselo las barbas, la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas cuestiones. En todo lo que

mostraba, así en su presencia y meneos como en pláticas y conversación, y en comer y en el vestir, en todo daba señales de gran señor. Los vestidos que se ponía eran según el tiempo y usanza, y no se le daba nada de no traer muchas sedas ni damascos ni rasos, sino llanamente y muy pulido; ni tampoco traía cadenas grandes de oro, salvo una cadenita de oro de prima hechura, con un joyel con la imagen de nuestra señora la virgen santa María, con su hijo precioso en los brazos, y con un letrero en latín en lo que era de nuestra señora, y de la otra parte del joyel el señor san Juan Bautista, con otro letrero; y también traía en el dedo un anillo muy rico con un diamante, y en la gorra, que entonces se usaba de terciopelo, traía una medalla, y no me acuerdo el rostro que en la medalla traía figurado ni la letra dél; mas después, el tiempo andando, siempre traía gorra de paño sin medalla. Servíase ricamente, como gran señor, con dos maestresalas y mayordomos y muchos pajes, y todo el servicio de su casa muy cumplido, e grandes vajillas de plata y de oro. Comía a mediodía bien, y bebía una buena taza de vino aguado, que cabría un cuartillo, y también cenaba, y no era nada regalado ni se le daba nada por comer manjares delicados ni costosos, salvo cuando veía que había necesidad que se gastase o los hubiese menester. Era muy afable con todos nuestros capitanes y compañeros, especial con los que pasamos con él de la isla de Cuba la primera vez; y era latino, y oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados y hombres latinos, respondía a lo que le decían en latín. Era algo poeta, hacía coplas en metros y en prosa; y en lo que platicaba lo hacía muy apacible y con muy buena retórica, y rezaba por las mañanas en unas horas, e oía misa con devoción; tenía por su muy abogada a la virgen María nuestra señora, la cual todo fiel cristino la debemos tener por nuestra intercesora y

abogada; y también tenía a señor San Pedro, Santiago, y al señor san Juan Bautista, y era limosnero. Cuando juraba decía: «En mi conciencia»; y cuando se enojaba con algún soldado de los nuestros sus amigos le decía: «¡Oh, mal pese a vos!» Y cuando estaba muy enojado se le hinchaba una vena de la garganta y otra de la frente, y aunque algunas veces, de muy enojado, arrojaba un lamento y no decía palabra fea ni injuriosa a ningún capitán ni soldado; y era muy sufrido, porque soldados hubo muy desconsiderados que decían palabras muy descomedidas, y no les respondía cosa muy sobrada ni mala; y aunque había materia para ello, lo más que les decía era: «Callad, o iros con Dios, y de aquí adelante tened más miramiento en lo que dijéreis, porque os costará caro por ello, e os haré castigar». Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra, que, por más consejo y palabras que le decíamos sobre cosas desconsideradas de combates que nos mandaba dar cuando rodeamos los pueblos grandes de la laguna; y en los peñoles que ahora llaman «del marqués», le dijimos que no subiésemos arriba en unas fuerzas y peñoles, sino que les tuviésemos cercados, por causa de las muchas galgas que desde lo alto de la fortaleza venían derriscando, que nos echaban, porque era imposible defendernos del golpe e ímpetu con que venían, y era aventurarnos todos a morir, porque no bastaría esfuerzo ni consejo ni cordura; y todavía porfió contra todos nosotros, y hubimos de comenzar a subir, y corrimos harto peligro, y murieron diez o doce soldados, y todos los más salimos descalabrados y heridos, sin hacer cosa que de contar sea, hasta que mudamos otro consejo. Y demás desto, en el camino que fuimos a las Higüeras, a lo de Cristóbal de Olí cuando se alzó con la armada, yo le dije muchas veces que fuésemos por las sierras, y porfió que mejor era por la costa; y tampoco acertó, porque si

fuéramos por donde yo decía, era toda la tierra poblada. Y para que bien lo entienda quien no lo ha andado, es de Guazacualco, camino derecho de Chiapa, y de Chiapa a Guatemala, y de Guatemala a Naco, que es adonde en aquella sazón estaba el Cristóbal de Olí. Dejemos esta plática, y diré que cuando luego veníamos con nuestra armada a la Villa-Rica y comenzamos a hacer las fortalezas, el primero que cavó y sacó tierra en los cimientos fue Cortés, y siempre en las batallas le vi que entraba en ellas juntamente con nosotros. Comenzaré a decir en las batallas de Tabasco, que él fue por capitán de los de a caballo y peleó muy bien. Vamos a la Villa-Rica, ya he dicho acerca de lo de la fortaleza. Pues en dar, como dimos, con trece navíos al través por consejo de nuestros valerosos capitanes y fuertes soldados, y no como lo dice Gómara. Pues en las guerras de Tlascala, en tres batallas se mostró muy esforzado capitán. Y en la entrada de México con cuatrocientos soldados, cosa es de pensar en ello y más tener atrevimiento de prender al gran Montezuma dentro de sus palacios, teniendo tan grandes números de guerreros, y también digo que lo prendimos por consejo de nuestros capitanes y de todos los más soldados. Y otra cosa, que no es de olvidar de la memoria, el quemar delante de sus palacios a capitanes del Montezuma porque fueron en la muerte de un nuestro capitán que se decía Juan de Escalante, y de otros siete soldados; de los cuales capitanes indios no me acuerdo sus nombres; poco va en ello, que no hace a nuestro caso. Y también qué atrevimiento y osadía fue que con dádivas y joyas de oro, y por buenas manas y ardides de guerra ir contra Pánfilo de Narváez, capitán de Diego Velázquez, que traía sobre mil y trescientos soldados, contados en ellos hombres de la mar, y traía noventa de a caballo y otros tantos ballesteros, y ochenta espingarderos,

que así se llamaban; y nosotros con doscientos y sesenta y seis compañeros, sin caballos ni escopetas ni ballestas, sino solamente nuestras picas y espadas y puñales y rodelas, los desbaratamos, y prendimos a Narváez. Pasemos adelante, y quiero decir que cuando entramos otra vez en México al socorro de Pedro de Alvarado, y antes que saliésemos huyendo, cuando subimos en el alto cu de Huichilobos, vi que se mostró muy varón, puesto que no nos aprovecharon nada sus valentías ni las nuestras. Pues en la derrota y muy nombrada guerra de Otumba, cuando nos estaban esperando toda la flor y valientes guerreros mexicanos y todos sus sujetos para nos matar allí. También se mostró muy esforzado cuando dio un encuentro al capitán y alférez de Guatemuz, que le hizo abatir sus banderas y perder el gran brío de su valeroso pelear de todos sus escuadrones, con tanto esfuerzo como peleaban, y después de Dios, nuestros esforzados capitanes que le ayudaban, que fue Pedro de Alvarado e Gonzalo de Sandoval, y Cristóbal de Olí y Diego de Ordás, e Gonzalo Domínguez y un Lares e Andrés de Tapia, y otros esforzados soldados que aquí no nombro, de los que no teníamos caballos y de los que Narváez, también ayudaron muy bien; y quien luego mató al capitán del estandarte fue un Juan de Salamanca, natural de Ontiveros, y le quitó un rico penacho, y se le dio a Cortés. Pasemos adelante, y diré que también se halló Cortés juntamente con nosotros en una batalla bien peligrosa en lo de Iztapalapa, y lo hizo como buen capitán. Y en lo de Suchimilco, cuando le derribaron los escuadrones mexicanos del caballo, y le ayudaron ciertos tlascaltecas nuestros amigos, y sobre todos un nuestro esforzado soldado que se decía Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja (tengan atención a esto que diré), que uno era Cristóbal de Olí, que fue maese de campo, y otro es Cristóbal de Olea; y

esto declaro aquí porque no arguyan sobre ello y no digan que voy errado. También se mostró Cortés muy como esforzado cuando sobre México estábamos, y en una calzadilla le desbarataron los mexicanos, y le llevaron a sacrificar sesenta y dos soldados, y a Cortés le tenían engarrafado para le llevar a sacrificar, y le hablan herido en una pierna, y quiso Dios que por su buen esfuerzo y pelear, y porque lo socorrió el mismo Cristóbal de Olea, que fue el que la otra vez en Suchimilco le libró de los mexicanos y le ayudó a cabalgar, y salvó a Cortés la vida, y el esforzado Olea quedó allí muerto con los demás que dicho tengo; y ahora que lo estoy escribiendo se me representa la manera y proporción de la persona del Cristóbal de Olea y de su gran esfuerzo, y aun se me pone tristeza por ser de mi tierra y deudo de mis deudos. No quiero decir otras muchas proezas y valentías que hizo nuestro marqués del Valle, porque son tantas y de tal manera, que no acabaré tan presto de las relatar, y volveré a decir de su condición, que era muy aficionado a juegos de naipes e dados, y cuando jugaba era muy afable en el juego, y decía ciertos remoquetes que suelen decir los que juegan a los dados y era en demasía dado a mujeres, y celoso en guardar las suyas. Era muy cuidadoso en todas las conquistas que hicimos, y muchas noches rondaba y andaba requiriendo las velas, y entraba en los ranchos y aposentos de nuestros soldados, y al que hallaba sin armas o estaba descalzo los alpargates le reprendía y le decía que «a la oveja ruin le pesa la lana», y le reprendía con palabras agrias. Cuando fuimos a las Higüeras vi que había tomado una maña o condición que no solía tener en las guerras pasadas, que cuando comía, si no dormía un sueño, se le revolvía el estómago y revesaba y estaba malo, y por excusar este mal cuando íbamos camino, le ponían debajo de un árbol u otra sombra, una alfombra

que llevaban a mano para aquel efecto, o una capa, y aunque más sol hiciese o lloviese, no dejaba de dormir un poco, y luego caminar. Y también vi que cuando estábamos en las guerras de la Nueva-España era cenceño y de poca barriga, y después que volvimos de las Higüeras engordó mucho y de gran barriga. Y también vi que se paraba la barba prieta, siendo de antes que blanqueaba. También quiero decir que solía se muy franco cuando estaba en la Nueva-España y la primera vez que fue a Castilla, y cuando volvió la segunda vez, en el año de 1540, le tenían por escaso, y le puso pleito un su criado que se decía Ulloa, hermano de otro que mataron, que no le pagaba su servicio. Y también, si bien se quiere considerar y miramos en ello, después que ganamos la Nueva-España siempre tuvo trabajos, y gastó muchos pesos de oro en las armadas que hizo; en la California ni ida de las Higüeras tuvo ventura ni tampoco me parece la tiene ahora su hijo don Martín Cortés, siendo señor de tanta renta, haberle venido el gran desmán que dicen de su persona y de sus hermanos. ¡Nuestro señor Jesucristo lo remedie y al marqués don Hernando Cortés le perdone Dios sus pecados! Bien creo que se me habrán olvidado otras cosas que escribir sobre las condiciones de su valerosa persona: lo que se me acuerda y vi, eso escribo. De la otra señora, doncella, su hija, no sé si la metieron monja o la casaron. Oí decir que en Valladolid se casó un caballero con ella: no lo sé bien. E la otra su hija que estaba contrahecha de un lado, oí decir que la metieron monja en Sevilla o en San Lúcar. No sé sus nombres, y por esto no los nombro, ni tampoco diré qué se hicieron tantos mil pesos de oro que tenían para sus casamientos: muchas pláticas y sospechas se tuvo desde su casamiento por esta causa, pues yo no los sé, ni tocaré en esta tecla: ayúdelo Dios, amén. Supe que el fraile hermano de la marquesa era

muy codicioso y tenía mala cara y peores ojos usturnios.

Capítulo CCV

De los valerosos capitanes y fuertes soldados que pasamos dende la isla de Cuba con el venturoso y muy animoso capitán don Hernando Cortés, que después de ganado México fue marqués del Valle y tuvo otros ditados

Primeramente, el mismo marqués don Hernando Cortés murió junto a Sevilla, en una villa que se dice Castilleja de la Cuesta; y pasó don Pedro de Alvarado, que después de ganado México fue comendador de Santiago y adelantado y gobernador de Guatemala y Honduras y Chiapa; murió en lo de Xalisco yendo que fue a socorrer un ejército de españoles que estaba sobre el peñol de Nochitlan, según lo he dicho y declarado en el capítulo que dello habla; y pasó Gonzalo de Sandoval, que fue capitán muy preeminente y alguacil mayor, y fue gobernador cierto tiempo en la Nueva-España cuando Alonso de Estrada gobernada. Tuvo dél grande noticia, y de sus heroicos hechos, su majestad, y murió en la villa de Palos yendo que iba con don Hernando Cortés a besar los pies a su majestad; y pasó un Cristóbal de Olí, esforzado capitán y maestre de campo que fue en las guerras de México, y murió en lo de Naco degollado por justicia, porque se alzó con una armada que le había dado Cortés. Estos tres capitanes que dicho tengo, fueron muy loados y alabados delante de su majestad cuando Cortés fue a la corte, porque dijo el emperador nuestro señor que tuvo en su ejército, cuando conquistó a México y Nueva-España, tres capitanes que podían ser tenidos en tanta estima como los muy afamados que hubo en el mundo. El primero que dijo fue don Pedro de Alvarado, que además de ser esforzado, tenía gracia en su persona y parecer para hacer gente de guerra; y dijo por el Cristóbal de Olí que era un

Héctor en el esfuerzo para combatir persona por persona, y que si como era esforzado tuviera consejo, fuera muy más tenido en el esfuerzo que suelen decir de Héctor, mas había de ser mandado; y dijo por el Gonzalo de Sandoval que era tan valeroso y esforzado capitán y de buenos consejos, que podía ser uno de los buenos coroneles que ha habido en España, y que en todo era tan bastante, que osara decir y hacer; y también dijo Cortés que tuvo muy buenos y valerosos soldados, y que peleábamos con muy gran esfuerzo; y lo que sobre ese caso propone Bernal Díaz del Castillo es, que si esto que ahora dice Cortés, escribiera la primera vez que hizo relación a su majestad de las cosas de la Nueva-España, bueno fuera; mas en aquel tiempo que escribió a su majestad, toda la honra y prez de nuestras conquistas se daba a sí mismo, y no hacía relación de cómo se llamaban los capitanes y fuertes soldados, ni de nuestros heroicos hechos; sino escribía a su majestad: «Esto hice, esto otro mandé hacer a uno de mis capitanes»; e quedábamos en blanco hasta ya a la postre, que no podía ser menos de nombrarnos. Volvamos a nuestra relación: pasó otro muy buen capitán y bien animoso, que se decía Juan Velázquez de León, murió en las puentes; pasó don Francisco de Montejo, que después de ganado México fue adelantado de Yucatán, murió en Castilla; y pasó Luis Marín, capitán que fue en lo de México, persona preeminente y bien esforzado, murió de su muerte; y pasó un Pedro de Ircio, era ardid de corazón y de mediana estatura e paticorto, e hablaba mucho que había hecho y acontecido en Castilla por su persona, y lo que veíamos e conocíamos dél no era para nada, y llamábamosle que era otro Agrajes, sin obras; fue cierto tiempo capitán en la calzada de Tepeaquilla en el real de Sandoval; y pasó otro buen capitán que se decía Andrés de Tapia, fue muy esforzado, murió en México de su

muerte; pasó un Juan de Escalante, capitán que fue en la Villa-Rica cuando fuimos sobre México, murió en poder de los indios en la batalla que nombramos de Almería, que son unos pueblos que están entre Tuzapan y Cenpoal; también mataron en su compañía siete soldados que ya no se me acuerdan sus nombres, y le mataron el caballo: éste fue el primer desmán que tuvimos en la Nueva-España; y también pasó un Alonso Dávila, fue capitán y el primer contador puesto por Cortés que hubo en la Nueva-España; persona muy esforzada, fue algo amigo de ruidos, y don Hernando Cortés, conociendo su inclinación, porque no hubiese cizañas, procuró de lo enviar por procurador a la isla Española, donde residía la audiencia real y los frailes jerónimos que estaban por gobernadores, y cuando le envió le dio buenas barras y joyas de oro por contentarle. Y los negocios que entonces llevó fue acerca de la manera que se había de tener en nuestras conquistas y en el herrar por esclavos los indios que hubiesen dado primero la obediencia a su majestad y después de dada se hubiesen vuelto a levantar, y en las paces, muerto cristiano por traición; de lo cual, desde que vino el Alonso Dávila de la Española y viendo que traía buenos despachos, le volvió a enviar a Castilla, porque ya teníamos conquistado a México y después que salimos huyendo, porque, como dicho tengo, estaba en la Española, y entonces, por más le contentar y apartar de sí, te dio un muy buen pueblo que se dice Guatitán y barras de oro, porque hiciese bien los negocios y dijese de su persona ante su majestad mucho bien; y entonces también don Hernando Cortés envió en su compañía del Alonso Dávila a un fulano de Quiñones, natural de Zamora, capitán que fue de la guarda de don Hernando Cortés, y les dio poder para que procurasen las cosas de la Nueva-España, y con ellos envió la gran riqueza

del oro y plata y joyas y otras muchas cosas que hubimos en la toma de México, y la recámara del oro que solía tener Montezuma y Guatemuz, los grandes caciques de México. Y quiso la ventura que al Quiñones acuchillaron en la isla de Tercera sobre amores de una mujer y murió de las heridas y yendo el Alonso Dávila su viaje cerca de Castilla le topó un armada de franceses, en que venía por capitán de ella un Juan Florín, y le robó el oro y plata y navío y le llevó preso a Francia, y estuvo preso cierto tiempo y, al cabo de dos años, te soltó el francés que le tenía y se vino a Castilla; y en aquella sazón estaba en la corte don Francisco de Montejo, adelantado de Yucatán, y se vino con él, con cargo de contador de Yucatán y entonces o poco tiempo antes, había venido a México un Gil González de Benavides, hermano de Alonso de Ávila, el cual solía estar en la isla de Cuba y como el Alonso Dávila estaba en Yucatán y el Gil González en México, envió poder a su hermano Gil González de Benavides para que tuviese en sí y se sirviese del pueblo de Guatitán, y como el Gil González fue con nosotros en aquel tiempo a las Higüeras, porque nunca fue conquistador de la Nueva-España, y se pasaron ciertos años que se servía y llevaba los tributos del dicho pueblo, y según pareció sin tener título de él más del poder que el hermano le envió; y en aquel tiempo murió el Alonso Dávila; y, según pareció, el fiscal de su majestad puso demanda para que se diese aquel pueblo a su majestad, pues el Alonso Dávila era fallecido; y sobre este pleito hubo los alborotos y rebeliones y muertes que en México se hicieron, y desterrados que hubo, y otros con mala fama; y si todo bien se nota, hubo mal fin y en peor acabó. El Quiñones que iba a Castilla, murió acuchillado en la Tercera; el oro y plata robado por la armada de Juan Florín francés; el Alonso Dávila preso en Francia, el mismo Juan Florín, que lo robó, fue preso en el

mar por vizcaínos y ahorcado en el puerto del Pico; el pueblo de Guatitán se quitó a los hijos de Gil González de Benavides y sobre ello fueron degollados, porque según se halló, no tuvieron la lealtad que eran obligados al servicio de su majestad; y con ellos ajusticiaron y desterraron otras personas y otras quedaron con mala fama. He querido poner esto en esta relación aunque no había necesidad paila que se vea sobre qué fue el desasosiego de México. Hartos estarán de haber oído estos malos sucesos. Pasemos adelante y vamos a decir de nuestra materia.

Pasó un Francisco de Lugo, capitán que fue en algunas entradas, hombre bien esforzado; fue hijo bastardo de un caballero de Medina del Campo que se decía álvaro de Lugo el viejo, señor de unas villas que se dicen Fuentecastín y Villalba: murió de su muerte. Y pasó un Andrés de Monjaraz, capitán que fue cierto tiempo en lo de México; estaba muy malo de bubas y dolores que le impedían harto para la guerra, murió de su muerte; y pasó un su hermano que se decía Gregorio de Monjaraz, buen soldado, ensordeció estando en la guerra de México, murió de su muerte; y pasó Diego de Ordás, capitán que fue en la primera vez que fuimos sobre México, y después de ganada la Nueva-España fue comendador de Santiago y fue al río de Marañón por gobernador, donde murió; y pasaron cuatro hermanos de don Pedro de Alvarado, que se decían Jorge de Alvarado, fue capitán cierto tiempo en lo de México y en la provincia de Guatemala, murió en Madrid en el año de 1540; y el otro su hermano se decía Gómez de Alvarado murió en el Perú; y el otro se llamaba Gonzalo de Alvarado murió de su muerte en Oaxaca; Juan de Alvarado era bastardo, murió en la mar yendo que iba a la isla de Cuba a comprar caballos; pasó Juan Jaramillo, capitán que

fue de un bergantín cuando estábamos sobre México, y este es el que casó con doña Marina la lengua: fue persona preeminente, murió de su muerte; pasó un Cristóbal Flores, hombre de valía, murió en lo de Xalisco, yendo que fue con Nuño de Guzmán; y pasó un Cristóbal Martín de Gamboa, caballerizo que fue de Cortés, murió de su muerte; pasó un Caicedo, fue hombre rico, murió de su muerte; y pasó un Francisco de Saucedo, natural de Medina de Rioseco, y porque era muy pulido le llamábamos «el Galán»: decían que había sido maestresala del almirante de Castilla, murió en las puentes; pasó un Gonzalo Domínguez, muy esforzado y gran jinete, murió en poder de los indios; y pasó un fulano Morón, bien esforzado y buen jinete, murió en poder de indios; y pasó un Francisco de Morla, muy esforzado soldado y buen jinete, natural de Jerez, murió en las puentes; también pasó otro buen soldado que se decía fulano de Mora, natural de Ciudad-Rodrigo, murió en los peñoles que están en la provincia de Guatemala; y pasó un Francisco de Bonal, persona de valía, natural de Salamanca, murió de su muerte; pasó un fulano de Lares, bien esforzado y buen jinete, murió en Las puentes; pasó otro Lares, ballestero, también murió en las puentes; pasó un Simón de Cuenca, que fue mayordomo de Cortés, matáronlo indios en lo de Xicalango; también murieron en su compañía otros diez soldados que no se me acuerdan sus nombres; y también pasó un Francisco de Medina, natural de Aracena, fue capitán en una entrada, murió en lo de Xicalango en poder de indios: también murieron en su compañía otros quince soldados que tampoco me acuerdo sus nombres; y también pasó un Maldonado, que le llamábamos «el ancho», natural de Salamanca, persona preeminente, y había sido capitán de entradas, murió de su muerte; y pasaron dos hermanos que se decían Francisco álvarez

Chico y Juan álvarez Chico, naturales de Fregenal: el Francisco álvarez era hombre de negocios y estaba doliente, y murió en la isla de Santo Domingo: el Juan álvarez murió en lo de Colima, en poder de indios; y pasó un Francisco de Terrazas, mayordomo que fue de Cortés, persona preeminente, murió de su muerte; y pasó un Cristóbal del Corral, el primer alférez que tuvimos en lo de México, persona bien esforzada, fuese a Castilla y allá murió; pasó un Antonio de Villa-Real, marido que fue de Isabel de Ojeda, que después se mudó el nombre de Villa-Real, y dijo que se decía Antonio Serrano de Cardona, murió de su muerte; pasó un Francisco Rodríguez Magariño, persona preeminente, murió de su muerte; y Francisco Flores pasó asimismo, que fue vecino de Guaxaca, persona muy noble, murió de su muerte; y pasó un Alonso de Grado, y era hombre más por entender en negocios que guerra, y este, con importunaciones que tuvo Cortés, le casó con doña Isabel, hija de Montezuma, murió de su muerte; pasaron cuatro soldados que tenían por sobrenombres Solíses: el uno, que era hombre anciano, murió en las puentes, y el otro se decía Solís, y porque era algo arrebatacuestiones le llamábamos «casquete», murió de su muerte en Guatemala; el otro se decía Pedro de Solís «tras-de-la-puerta», porque estaba siempre en su casa tras de la puerta mirando los que pasaban por la calle, y él no podía ser visto: fue yerno de Orduña «el viejo», vecino de la Puebla, y murió de su muerte; el otro Solís se decía «el de la huerta», y nosotros le llamábamos «saya de seda», porque se preciaba mucho de traer suyo de seda, y murió de su muerte; e pasó un esforzado soldado que se decía Benítez, murió en las puentes; e pasó otro muy esforzado soldado que se decía Juan Ruano, murió en las puentes; y pasó Bernardino Vázquez de Tapia, persona muy preeminente y rico, murió

de su muerte; e pasó un muy esforzado soldado que se decía Cristóbal de Olea, natural de tierra de Medina del Campo, y bien se puede decir que, después de Dios, por éste salvó la vida Cortés la primera vez en lo de Suchimilco, cuando se vio Cortés en gran aprieto, que le derribaron los indios mexicanos del caballo, que se decía «el romo», y este Olea llegó de los primeros a socorrerle, e hizo tales cosas por su persona, que tuvo lugar Cortés de cabalgar en el caballo, y luego le socorrieron tlascaltecas y otros soldados que en aquel tiempo llegamos, y el Olea quedó mal herido; y la postrera vez que le socorrió este Olea, cuando en México en la calzadilla le desbarataron los mexicanos y le mataron sesenta y dos soldados, y a Cortés le tenía ya engarrafado un escuadrón de mexicanos para le llevar a sacrificar, y le habían dado una cuchillada en una pierna, y el buen Olea con su ánimo tan esforzado peleó tan bravosamente que se le quitó, y allí perdió la vida este esforzado varón que ahora que lo estoy escribiendo se me enternece el corazón, e me parece que ahora le veo y se me representa su presencia y grande ánimo cómo muchas veces nos ayudaba a pelear; y de aquella derrota escribió Cortés a su majestad que no fueron sino veinte y ocho los que murieron, y como he dicho, fueron sesenta y dos. Y para que bien se entienda esto que escribo del Olea, y no digan algunas personas que salgo de la orden de lo que pasó, sepan que el uno es Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja, y que he dicho: y el otro fue Cristóbal de Olí, que fue maese de campo, natural que fue de úbeda o de Linares, porque estos dos capitanes casi que tienen un nombre. Volvamos a nuestro cuento: que también pasó con nosotros un buen soldado que tenía una mano menos, que se la cortaron en Castilla por justicia, murió en poder de indios; pasó otro soldado que se decía Tobilla, que cojeaba de una pierna, que decía él que se

había hallado en la del Garellano con el Gran Capitán, murió en poder de indios; pasaron dos hermanos que se decían Gonzalo López de Jimena y Juan López de Jimena: el Gonzalo López murió en poder de indios, y el Juan López fue alcalde mayor en la Veracruz y murió de su muerte; y pasó un Juan de Cuéller, buen jinete: este casó primera vez con una hija del señor de Tezcuco, la cual se decía doña Ana y era hermana de Estesuchel, señor del mismo Tezcuco, murió de su muerte; y pasó otro fulano que se decía Cuéller, deudo de Francisco Verdugo, vecino de México, murió de su muerte; y pasó un Santos Hernández, hombre anciano, natural de Soria, que por sobrenombre le llamábamos «el buen viejo», jinete batidor, murió de su muerte; y pasó un Pedro Moreno Medrano, vecino que fue de la Veracruz, y muchas veces fue en ella alcalde ordinario, y era recto en hacer justicia, y después fue a vivir a la Puebla fue hombre que sirvió muy bien a su majestad, así de soldado como de hacer justicia, murió de su muerte; y pasó un Juan de Limpias Carvajal, buen soldado, capitán que fue de bergantines, y ensordeció estando en la guerra, murió de su muerte; y pasó un Melchor de Gálvez, vecino que fue de Guaxaca, murió de su muerte; y pasó un Román López, que después de ganado México se le quebró un ojo, persona preeminente, murió en Guaxaca; pasó un Villabrando, que decían que era deudo del conde de Ribadeo, persona preeminente, murió de su muerte; pasó un Osorio, natural de Castilla la Vieja, buen soldado y persona de mucha cuenta, murió en la Veracruz; pasó un Rodrigo de Castañeda, fue naguatato y buen soldado, murió en Castilla; pasó un fulano de Pilar, fue buena lengua, murió en lo de Cuyoacan cuando fue con Nuño de Guzmán; pasó otro soldado que se dice Granado, vive en México; pasó un Martín López, fue un muy buen soldado, este fue el maestro

de hacer los trece bergantines, que fue harta ayuda para ganar a México, y de soldado sirvió bien a su majestad, vive en México; pasó un Juan de Nájera, buen soldado y ballestero, sirvió bien en la guerra; y pasó un Ojeda, vecino de los zapotecas, y quebrándole un ojo en lo de México; pasó un fulano de la Serna, que tuvo unas minas de plata, tenía una cuchillada por la cara, que le dieron en la guerra, no me acuerdo qué se hizo dél; y pasó un Alonso Hernández Puertocarrero, primo del conde de Medellín, caballero preeminente, y este fue a Castilla la primera vez que enviamos presentes a su majestad, y en su compañía fue don Francisco de Montejo antes que fuese adelantado, y llevaron mucho oro en granos sacado de las minas, y joyas de diversas hechuras, y el sol de oro y la luna de plata. Y según pareció, el obispo dé Burgos, que se decía don Juan Rodríguez de Fonseca, arzobispo de Rosano, mandó prender al Alonso Hernández Puertocarrero porque decía al mismo obispo que quería ir a Flandes con el presente ante su majestad, y porque procuraba por las cosas de Cortés, y tuvo achaque el obispo para le prender porque le acusaron al Puertocarrero que había traído a la isla de Cuba una mujer casada, y en Castilla murió: y puesto que era uno de los principales compañeros que con nosotros pasaron, se me olvidaba de poner en esta cuenta hasta que me acordé de él. Y pasó otro buen soldado que se decía Luis de Zaragoza. Y también pasó otro muy buen soldado que se decía Alonso Luis o Juan Luis, y era muy alto de cuerpo y le decíamos por sobrenombre «el niño», murió en poder de indios; y pasó otro buen soldado que se decía Hernando Burgueño, natural de Aranda de Duero, murió de su muerte; e pasó otro buen soldado que se decía Alonso de Monroy, e porque se decía que era hijo de un comendador de Santisteban, porque no le conociesen se llamaba Salamanca, murió en

poder de indios; y vamos adelante, que también pasó un fulano de Villalobos, natural de Santa Olalla, que se fue a Castilla rico; y pasó un Tirado de la Puebla, era hombre de negocios, murió de su muerte. Y pasó un Juan del Río, fue a Castilla. Y pasó un Juan Rico de Alanís, buen soldado, murió en poder de indios. Y pasó un Gonzalo Hernando de Alanis, bien esforzado soldado. Y pasó un Juan Ruiz de Alanis, murió de su muerte. Y pasó un fulano Navarrete, vecino que fue de Pánuco, murió de su muerte; pasó un Francisco Martín de Vendabal, vivo le llevaron los indios a sacrificar; y asimismo a otro su compañero que se decía Pedro Gallego, y desto echamos mucha culpa a Cortés, porque quiso echar una celada a unos escuadrones mexicanos, y los mexicanos se la echaron al mismo Cortés y le arrebataron los dos soldados, y los llevaron a sacrificar delante de sus ojos, que no se pudieron valer; y pasaron tres soldados que se decían Trujillos: el uno natural de Trujillo, y era muy esforzado y murió en poder de indios, y el otro, natural de Huelva, también fue de mucho ánimo, murió en poder de indios, y pasó un soldado que se decía Juan Flamenco, murió de su muerte; y pasó un Francisco de Barco natural del Barco de Ávila, capitán que fue en la Cholulteca, murió de su muerte; pasó un Juan Pérez, que mató a su mujer, que se decía «la hija de la vaquera», murió de su muerte; y pasó otro buen soldado que se decía Rodrigo de Jara «el corvocado», extremado hombre por su persona, murió en Colima o en Zacatula; e pasó otro buen soldado que se decía Madrid «el corvocado», murió en Colima o Zacatula; y pasó otro soldado que se decía Juan de Inhiesta, fue ballestero, murió de su muerte; y pasó un fulano de Alamillo, vecino que fue de Pánuco, buen ballestero, murió de su muerte; y pasó un fulano Morón, gran músico, vecino de Colima o Zacatula, murió de su

muerte; pasó un fulano de Varela, buen soldado, vecino que fue de Colima o Zacatula, murió de su muerte; pasó un fulano de Valladolid, vecino de Colima o Zacatula, murió en poder de indios; e pasó un fulano de Villafuerte, persona de valía, que casó con una deuda de la mujer que primero tuvo Hernando Cortés, y era vecino de Zacatula o de Colima, murió de su muerte; y pasó un Juan Ruiz de la Parra, vecino que fue de Zacatula o Colima, murió de su muerte; y pasó un fulano Gutiérrez, vecino de Colima o Zacatula, murieron de su muerte; y pasó otro buen soldado que se decía Valladolid «el gordo», murió en poder de indios; y pasó un Pacheco, vecino que fue de México, persona preeminente, murió de su muerte; y pasó un Hernando de Lerma o de Lema, hombre anciano, que fue capitán, murió de su muerte; pasó un fulano Xuárez «el viejo», que mató a su mujer con una piedra de moler maíz, murió de su muerte; y pasó un fulano de Angulo e un Francisco Gutiérrez y otro mancebo que se decía Santa-Clara, vecinos que fueron de la Habana, que murieron en poder de indios; y pasó un Garci-Caro, vecino que fue de México, murió de su muerte; y pasó un mancebo que se decía Larios, vecino que fue de México, murió de su muerte, que tuvo pleito sobre sus indios; pasó un Juan Gómez, vecino que fue de Guatemala, fue rico a Castilla; y pasaron dos hermanos que se decían los Jiménez, naturales que fueron de Inguijuela de Extremadura; el uno murió en poder de indios, el otro de su muerte; y pasaron dos hermanos que se decían los Florianes, murieron en poder de indios; y pasó un Francisco González de Nájera e un su hijo que se decía Pero González de Nájera, y dos sobrinos del Francisco González que se decían los Ramírez; el Francisco González murió en los peñoles que están en la provincia de Guatemala, y los sobrinos en las puentes de México; y pasó

otro buen soldado que se decía Amaya, vecino que fue de Guaxaca, murió de su muerte; y pasaron dos hermanos que se decían Carmona, naturales de Jerez, murieron de sus muertes; y pasaron otros dos hermanos que se decían los Vargas, naturales de Sevilla; el uno murió en poder de indios, y el otro de su muerte; y pasó otro buen soldado que se decía Polanco, natural de Ávila, vecino que fue de Guatemala, murió de su muerte; y pasó un Hernán López de Ávila, tenedor que fue de los bienes de los difuntos, fue rico a Castilla; y pasó un Juan de Aragón, vecino de Guatemala. Y pasó un Andrés de Rodas, vecino de Guatemala, murió de su muerte; y pasó un fulano de Cieza, que tiraba bien una barra, murió en poder de indios; pasó un Santisteban, «viejo», ballestero, vecino de Chiapa, murió de su muerte; pasó un Bartolomé Pardo, murió en poder de indios; pasó un Bernardino de Coria, vecino que fue de Chiapa, padre de uno que se decía Centeno, murió de su muerte; y pasó un Pedro Escudero y un Juan Cermeño, y otro su hermano que se llamaba como él, buenos soldados; al Pedro Escudero y a Juan Cermeño mandó Cortés ahorcar porque se alzaban con un navío para ir a la isla de Cuba a dar mandado a Diego Velázquez, de cuando enviamos los embajadores, oro y plata a su majestad, para que los saliese a tomar en la Habana, y quien lo descubrió fue el Bernardino de Coria, y murieron ahorcados; y pasó un Gonzalo de Umbría, piloto, muy buen soldado; a este también mandó Cortés cortar los dedos de los pies porque se iba por piloto con los demás, y fuese a Castilla a quejar ante su majestad, y le fue muy contrario a Cortés, y su majestad le mandó dar su real cédula para que en la Nueva-España le diesen mil pesos de oro cada año de renta en pueblos de indios, y nunca volvió a Castilla, porque temió a Cortés; y pasó un Rodrigo Rangel, que fue persona

preeminente, y estaba muy tullido de bubas, nunca fue a la guerra para que dél se haga memoria, y de dolores murió; y pasó un Francisco de Orozco, que también estaba malo de bubas y muy doliente, y había sido soldado en Italia, que estuvo ciertos días por capitán en lo de Tepeaca entre tantos que estuvimos en la guerra de México, no sé qué hizo ni dónde murió; y pasó un soldado que se decía Mesa, y había sido artillero en Italia, y así lo fue en la Nueva-España, y murió ahogado en un río después de ganado México; y pasó otro muy esforzado soldado que se decía fulano Arbolanche, natural de Castilla la Vieja, murió en poder de indios; y pasó otro soldado que se decía Luis Velázquez, natural de Arévalo, murió en las Higüeras cuando fuimos con Cortés; y pasó un Martín García, valenciano, buen soldado, murió en lo de Higüeras; y pasó otro bueno soldado que se decía Alonso de Barrientos; este se fue desde Tuztepeque a se acoger entre los indios de Chinanta cuando se alzó México, y en lo de Tuztepeque murieron sesenta y seis soldados y cinco mujeres de Castilla de los de Narváez y de los nuestros, que mataron los mexicanos que estaban en guarnición en aquella provincia; y pasó un Almodóvar «el viejo» e un su hijo que se decía álvaro de Almodóvar, y dos sobrinos que tenían el mismo sobrenombre de Almodóvar, y el un sobrino murió en poder de indios, y el viejo y el álvaro y el sobrino murieron sus muertes; y pasaron dos hermanos que se decían los Martínez, naturales de Fregenal, buenos hombres por sus personas, murieron en poder de indios; y pasé un buen soldado que se decía Juan del Puerto, murió tullido de bubas; y pasó otro buen soldado que se decía Lagos, murió en poder de indios; y pasó un fraile de nuestra señora de la Merced que se decía fray Bartolomé de Olmedo, y era teólogo, y gran cantor y virtuoso, murió su muerte; y pasó otro soldado que se decía Sancho de Ávila,

natural de las Garrovillas: este, según decían, había llevado a Castilla de las islas de Santo Domingo seis mil pesos de oro en unos borceguíes, que cogió de unas minas ricas, y como llegó a Castilla lo jugó y lo gastó, y se vino con nosotros, e indios le mataron; y pasó un Alonso Hernández de Palo, ya hombre viejo, y dos sobrinos; el uno se decía Alonso Hernández, buen ballestero, y el otro no se me acuerda el nombre, y el Alonso Hernández murió en poder de indios y los demás murieron de sus muertes; y pasó otro buen soldado que se decía Alonso de la Mesta, natural de Sevilla o del Ajarafe, murió en poder de indios; y pasó otro buen soldado que se decía Rabanal, montañés, murió en poder de indios; pasó otro muy buen hombre por su persona, que se decía Pedro de Guzmán; e se casó con una valenciana que se decía doña Francisca de Valtierra fuese al Perú, e hubo fama que murieron helados él y la mujer y un caballo y unos negros y otras gentes; e pasó un buen ballestero que se decía Cristóbal Díaz, natural del Colmenar de Arenas, murió de su muerte; e pasó otro soldado que se decía Retamales, matáronle indios en lo de Tabasco, e pasó otro esforzado soldado que se decía Ginés Nortes, murió en lo de Yucatán en poder de indios; pasó otro muy diestro soldado e bien esforzado, que se decía Luis Alonso, e cortaba muy bien con una espada, murió en poder de indios; e pasó un Alonso Catalán, buen soldado, murió en poder de indios; e otro soldado que se decía Juan Siciliano, vecino que fue de México, murió de su muerte; e pasó otro buen soldado que se decía Canillas, fue en Italia atambor, y también en la Nueva-España, murió en poder de indios; e pasó un Hernández, secretario que fue de Cortés, natural de Sevilla, murió en poder de indios; pasó un Juan Díaz, que tenía una gran nube en un ojo, natural de Burgos, que traía a cargo el rescate e vituallas de Cortés, murió en poder de

indios; pasó un Diego de Coria, vecino que fue de México, murió de su muerte; pasó otro buen soldado, mancebo, que se decía Juan Núñez de Mercado, que era natural de Cuéllar, otros decían que era natural de Madrigal: este soldado cegó de los ojos, vecino que ahora es de la Puebla; y pasó otro buen soldado, y el más rico de todos los que pasamos con Cortés, que se decía Juan Sedeño, natural de Arévalo, e trajo un navío suyo e una yegua e un negro, e tocinos e mucho pan e cazabe, murió de su muerte e fue persona preeminente; e pasó un fulano de Baena, vecino que fue de la Trinidad, murió en poder de indios; e pasó un Zaragoza, ya hombre viejo, padre que fue de Zaragoza el escribano de México, murió de su muerte; e pasó un buen soldado que se decía Diego Martín de Ayamonte, murió de su muerte; e pasó otro soldado que se decía Cárdenas, decía él mismo que era nieto del comendador mayor don fulano Cárdenas, murió en poder de indios; y pasó otro soldado que se decía Cárdenas, hombre de la mar, piloto, natural de Triana: este fue el que dijo que no había visto tierra adonde hubiese dos reyes como en la Nueva-España, porque Cortés llevaba quinto como rey, después de sacado el real quinto, e de pensamiento dello cayó malo, e fue a Castilla e dio relación dello a su majestad, e de otras cosas de agravios que le habían hecho, e fue muy contrario a Cortés, e su majestad le mandó dar su real cédula para que le diesen indios que rentasen mil pesos: y así como vino a México con ella, murió de su muerte; e pasó otro buen soldado que se decía Argüello, natural de León, murió en poder de indios; e pasó otro soldado que se decía Diego Hernández, natural de Saelices de los Gallegos, ayudó a aserrar la madera de los bergantines, e cegó e murió su muerte; y pasó otro soldado de muchas fuerzas e animoso, que se decía fulano Vázquez, murió en poder de indios; e pasó otro soldado ballestero que

se decía Arroyuelo, decían que era natural de Olmedo, murió en poder de indios; e pasó un fulano Pizarro, capitán que fue en entradas, decía Cortés que era su deudo: en aquel tiempo no había nombre de Pizarros ni el Perú estaba descubierto, murió en poder de indios; e pasó un Álvaro López, vecino que fue de la Puebla, murió de su muerte; e pasó otro soldado que se decía Yáñez, natural de Córdoba, y este soldado fue con nosotros a las Higüeras, y entre tanto que fue se le casó la mujer con otro marido, e de que volvimos de aquel viaje no quiso tomar a la mujer, murió de su muerte; e pasó un buen soldado e bien suelto peón que se decía Magallanes, portugués, murió en poder de indios; e pasó otro portugués, platero, murió en poder de indios; e pasó otro portugués, ya hombre anciano, que se decía Martín de Alpedrino, murió de su muerte; e pasó otro portugués que se decía Juan álvarez Rubazo, murió de su muerte; e pasó otro muy esforzado portugués que se decía Gonzalo Sánchez, murió de su muerte; e pasó otro portugués, vecino que fue de la Puebla, que se decía Gonzalo Rodríguez, persona preeminente, murió de su muerte; e pasaron otros dos portugueses, vecinos de la Puebla, que se decían los Villanuevas, altos de cuerpo, no sé qué se hicieron o dónde murieron; e pasaron tres soldados que tenían por sobrenombres fulanos de Ávila; el uno, que se decía Gaspar de Ávila, fue yerno de Hortigosa, el escribano, murió de su muerte; y el otro Ávila se allegaba con el capitán Andrés de Tapia, murió en poder de indios; el otro Ávila no me acuerdo adónde fue a ser vecino; e también pasaron dos hermanos, hombres ancianos, que se decían los Vandadas, decían que eran naturales de tierra de Ávila, murieron en poder de indios; e pasaron otros tres soldados que tenían por sobrenombres Espinosas; el uno era vizcaíno, e murió en poder de indios; y el otro se decía

Espinosa «de la bendición», porque siempre traía por plática «con la buena bendición», era muy buena aquella plática, e murió de su muerte; y el otro Espinosa era natural de Espinosa de los Monteros, murió en poder de indios; e pasó un Pedro Perón, de Toledo, murió de su muerte; e vino otro buen soldado que se decía Villasinda, natural de Portillo, que se metió fraile francisco, murió de su muerte; e pasaron dos buenos soldados que se decían por sobrenombre San Juan; al uno llamábamos San Juan «el entonado», porque era muy presuntuoso, murió en poder de indios; y el otro se decía San Juan de Uchila, era gallego, murió de su muerte; e pasó otro buen soldado que se decía Izquierdo, natural de Castromocho, fue vecino en la villa de San Miguel, sujeta a Guatemala, murió de su muerte; e pasó un Aparicio Martín, que casó con una que se decía «la Medina», natural de Medina de Rioseco, vecino que fue de San Miguel, murió de su muerte; e pasó un buen soldado que se decía Cáceres, natural de Trujillo, murió en poder de indios; e pasó otro buen soldado que se decía Alonso de Herrera, natural de Jerez; este fue capitán en los zapotecas, e acuchilló a otro capitán que se decía Figueroa sobre ciertas contiendas de las capitanías, e por temor del tesorero Alonso de Estrada, que en aquella sazón era gobernador, porque no le prendiese se fue a lo de Marañón, y allá murió en poder de indios, y el Figueroa se ahogó en la mar yendo a Castilla; e también pasó un mancebo que se decía Maldonado, natural de Medellín, estuvo malo de bubas, e no sé si murió de su muerte: no lo digo por Maldonado de la Veracruz, marido que fue de doña María del Rincón; e pasó otro soldado que se decía Morales, ya hombre anciano, que cojeaba de una pierna: decían que fue soldado del comendador Solís, fue alcalde ordinario en la Villa-Rica, e hacía recta justicia; e pasó otro soldado que se decía

Escalona, el mozo, murió en poder de indios; e pasaron tres soldados, que todos tres fueron vecinos en la Villa-Rica, que nunca fueron a guerra ni a entrada ninguna de la Nueva-España: al uno decían Arévalo e al otro Juan León e al otro Madrigal, murieron de su muerte; e pasó otro soldado que se decía por sobrenombre Lencero, cuya fue la venta que ahora se dice «de Lencero», que está entre la Veracruz e la Puebla, que fue buen soldado y se metió fraile mercedario; e pasó un Alonso Durán, que era algo bisojo, que no veía bien, que ayudaba de sacristán, murió de su muerte; e pasé otro soldado que se decía Navarro, que se allegaba en casa del capitán Sandoval, e después se casó en la Veracruz, murió de su muerte; e pasó otro buen soldado que se decía Alonso de Talavera, que se allegaba en casa del capitán Sandoval, murió en poder de indios; e pasaron dos soldados, que se decía el uno Juan de Manzanilla y el otro Pedro Manzanilla; el Pedro Manzanilla murió en poder de indios, el Juan de Manzanilla fue vecino de la Puebla, murió de su muerte; e pasó un soldado que se decía Benito Bejel, fue atambor de ejércitos en Italia, y también lo fue en la Nueva-España, murió de su muerte; e pasó un Alonso Romero, que fue vecino de la Veracruz, persona rica y preeminente, murió de su muerte; e pasó un Nuño Pinto, su cuñado; vecino que fue de la Veracruz, persona rica y preeminente, murió de su muerte; e pasó un soldado que se decía Síndos de Portillos, natural de Portillo, e tuvo muy buenos indios y estaba rico, e dejó sus indios y vendió sus bienes, e los repartió a pobres e se metió fraile francisco, e fue de santa vida; e otro buen soldado que se decía Francisco de Medina, natural de Medina del Campo, se metió fraile francisco y fue buen religioso; e otro buen soldado que se decía Quintero, natural de Moguer, e tuvo buenos indios y estuvo rico, e lo dio por Dios e se metió fraile francisco y fue buen

religioso; e otro soldado que se decía Alonso de Aguilar, cuya fue la venta que ahora llaman «de Aguilar», que está entre la Veracruz y la Puebla, y fue persona rica y tuvo repartimiento de indios, todo lo vendió y dio por Dios, e se metió fraile dominico y fue muy buen religioso, e otro soldado que se decía fulano Burguillos, tenía buenos indios y estuvo rico, e lo dejó e se metió fraile francisco, y este Burguillos después se salió de la orden y no fue tan buen religioso como debiera; e otro buen soldado que se decía Escalante, era galán y buen jinete, metióse fraile francisco, que después se salió del monasterio, e ahí obra de un mes se tornó a tomar los hábitos y fue buen religioso; otro buen soldado que se decía Lintorno, natural de Guadalajara, se metió fraile francisco y fue buen religioso, y solía tener indios de encomienda, y era hombre de negocios. Otro soldado que se decía Gaspar Díaz, natural de Castilla la Vieja, e fue rico, así de sus indios como de sus tratos, todo lo dio por Dios, e se fue a los pinares de Guaxocingo, en parte muy solitaria, e hizo una ermita e se puso en ella por ermitaño, e fue de tan buena vida e se daba a ayunos y disciplinas, que se paró muy flaco e debilitado, e decían quo dormía en el suelo en unas pajas; e de que lo supo el obispo don fray Juan de Zumárraga le mandó que no hiciese tan áspera vida, e tuvo tan buena fama el ermitaño Gaspar Díaz, que se metieron en su compañía otros ermitaños, e todos hicieron buenas vidas, e a cuatro años que allí estaban fue Dios servido llevarle a su santa gloria. E pasó otro buen soldado que se decía Alonso Bellido, murió en poder de indios; e vino un fulano Peinado, que se tullió de mal de bubas después de ganado México, murió en la Veracruz; e pasó otro soldado que se decía

Ribadeo, gallego, que por sobrenombre le llamábamos

Meberreo, porque bebía mucho vino, murió en poder de indios en lo de Almería; pasó otro soldado que llamábamos «el galleguillo» porque era chico de cuerpo, murió en poder de indios; pasó un esforzado soldado que se decía Lerma; este fue uno de los que ayudaron a salvar a Cortés, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y se fue entre los indios como aburrido de temor del mismo Cortés, a quien había ayudado a salvar la vida, por ciertas cosas de enojo que Cortés contra él tuvo, que aquí no declaro por su honor; nunca más supimos dél vivo ni muerto: mala sospecha tuvimos; también pasó otro buen soldado que se decía Pinedo, criado que había sido de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, y cuando vino Narváez se iba de México para el mismo capitán Narváez, y en el camino le mataron indios, sospechóse que por mandado de Cortés; pasó otro soldado y buen ballestero que se decía Pedro López, murió de su muerte; y asimismo paso otro Pedro López, ballestero, que fue con Alonso de Ávila a la isla Española, e allá se quedó; e pasaron tres herreros, el uno se llamaba Juan García y el otro Hernán Martín, que casó con la Bermuda, que se llamaba Catalina Márquez, y el otro no me acuerdo su nombre: el uno murió en poder de indios e los dos de sus muertes; e pasó otro soldado que se decía álvaro Gallego, vecino que fue de México, cuñado de unos Zamoras, murió de su muerte; e pasó otro soldado, ya hombre anciano, que se decía Paredes, padre de un Paredes que ahora está en lo de Yucatán, murió en poder de indios; e pasó otro soldado que se decía Gonzalo Mejía Rapapelo, porque decía él mismo que era nieto de un Mejía que andaba a robar en el tiempo del rey don Juan en compañía de un Centeno, murió en poder de indios; pasó un Pedro de Tapia, y murió tullido después de ganado México; e pasaron ciertos pilotos que se decían Antón de Alaminos e

un su hijo que también tenía el mismo nombre que su padre, eran naturales de Palos; e un Camacho de Triana, e un Juan álvarez, «el manquillo», de Huelva; e un Sopuerta del Condado, ya hombre anciano: e un Cárdenas; éste fue el que estuvo malo de pensamiento cómo sacaban dos quintos del oro, el uno para Cortés; e un Gonzalo de Umbría; e hubo otro piloto que se decía Galdin, e también hubo más pilotos, que ya no se me acuerdan sus nombres; mas el que yo vi que se quedó para vecino en México fue el Sopuerta, que todos los demás se fueron a Cuba e Jamaica e a otras islas e a Castilla a ganar pilotajes: por temor a Cortés, porque estaba mal con ellos porque dieron aviso a Francisco de Garay de las tierras que demandó a su majestad que le hiciese mercedes; y aun fueron cuatro pilotos dellos a se quejar de Cortés delante de su majestad, los cuales fueron los Alaminos y el Cárdenas y el Gonzalo de Umbría, e les mandó dar cédulas reales para que en la Nueva-España diesen a cada uno mil pesos de renta; y el Cárdenas, vino, e los demás nunca acá vinieron. E pasó otro soldado que se decía Lucas, genovés, y era piloto, murió en poder de indios; y pasó otro soldado que se decía Juan, genovés: murió en poder de indios; e también pasó otro Lorenzo, genovés, vecino que fue de Guaxaca, marido de una portuguesa vieja, murió de su muerte; e pasó otro soldado que se decía Enrique, natural de tierra de Palencia: este soldado se ahogó de cansado e del peso de las armas e del calor que le daban; e pasó otro soldado que se decía Cristóbal Jaén, era carpintero, murió en poder de indios; e pasó un Ochoa, vizcaíno, hombre rico y preeminente, vecino que fue de Guaxaca, murió de su muerte; e pasó un bien esforzado soldado que se decía Zamudio, fuese a Castilla porque acuchilló a unos en México: en Castilla fue capitán de una capitanía de hombres de armas, murió en lo de Castilnovo

con otros muchos caballeros españoles; e pasó otro soldado que se decía Cervantes, el loco, era chocarrero e truhán, murió en poder de indios; e pasó uno que llamaban Plazuela, matáronlo indios; e pasé un buen soldado que se decía Alonso Pérez «Maite», que vino casado con una india muy hermosa de Bayamo, murió en poder de indios; e pasó un Martín Vázquez, natural de Olmedo, hombre rico e preeminente, vecino que fue de México, murió de su muerte; pasó un Sebastián Rodríguez, buen ballestero, y después de ganado México fue trompeta, murió de su muerte; e pasó otro ballestero que se decía Peñalosa, compañero del Sebastián Rodríguez, murió de su muerte; e pasó un soldado que se decía álvaro, hombre de la mar, natural de Palos, que decían que tuvo en indias de la tierra treinta hijos en obra de tres años, matáronlo indios en lo de las Higüeras; e pasó otro soldado que se decía Juan Pérez Malinche, que después le oí nombrar Arteaga, vecino de la Puebla, fue hombre rico y murió de su muerte; pasó un buen soldado que se decía Pedro González Sabiote, murió de su muerte; pasó otro buen soldado que se decía Jerónimo de Aguilar: este Aguilar pongo en esta cuenta porque fue el que hallamos en la Punta de Cotoche, que estaba en poder de indios, e fue nuestra lengua, murió tullido de bubas; e pasó otro soldado que se decía Pedro, valenciano, vecino de México, murió de su muerte; pasaron tres soldados que tenían por sobrenombre Tarifas: el uno fue vecino de Guaxaca, marido de una mujer que se decía Catalina Muñiz, murió de su muerte; el otro se decía Tarifa «el de los servicios», porque siempre andaba diciendo que servía a su majestad e que no le daban nada, y era natural de Sevilla, hombre hablador, murió de su muerte; y el otro llamaban Tarifa «el de las manos blancas», también era natural de Sevilla: llamábamosle así porque no era para la guerra ni

para cosa de trabajo, sino hablar de cosas pasadas que le habían acaecido en Sevilla, murió en el río del Golfo-Dulce en el viaje de Higüeras, ahogóse él e su caballo, que nunca parecieron más; pasó otro buen soldado que se decía Pedro Sánchez Farfán, que estuvo por capitán en Tezcuco entre tanto que andábamos en la guerra, murió de su muerte; e pasó otro soldado que se decía Alonso de Escobar, el paje que fue de Diego Velázquez, de quien se tuvo mucha cuenta, matáronlo indios; e pasó otro soldado que se decía el bachiller Escobar, era boticario, e curaba así de cirugía como de medicina, enloqueció y murió su muerte; e pasó otro soldado que se decía también Escobar, bien esforzado, mas fue tan bullicioso, que murió ahorcado porque forzó a una mujer casada y por revoltoso; e pasó otro soldado que se decía fulano de Santiago, natural de Huelva, fuese a Castilla rico; pasó otro su compañero del Santiago que se decía Ponce, murió en poder de indios; pasó un fulano Méndez, ya hombre anciano, matáronlo indios; otros tres soldados que murieron en las guerras que tuvimos en lo de Tabasco: el uno se decía Saldaña, los otros dos no me acuerdo sus nombres; e pasó otro buen soldado e ballestero, era hombre ya anciano, que jugaba mucho a los naipes, murió en poder de indios; e pasó otro soldado anciano que trajo un su hijo que se decía Orteguilla, paje que fue del gran Montezuma, así al viejo como al hijo mataron los indios; e pasó otro soldado que se decía fulano de Gaona, natural de Medina de Rioseco, murió en poder de indios; e pasó otro soldado que se decía Juan de Cáceres, que después de ganado México fue hombre muy rico y vecino de México, murió de su muerte; pasó otro soldado que se decía Gonzalo Hurones, natural de las Garrovillas, murió de su muerte; e pasó otro soldado, ya hombre anciano, que se decía Ramírez «el viejo», que renqueaba de una pierna,

vecino que fue de México, murió de su muerte; pasó otro soldado, y muy esforzado, que se decía Luis Farfán, murió en poder de indios; e pasó otro soldado que se decía Morillas, murió en poder de indios; e pasó otro soldado que se decía fulano de Rojas, que después pasó al Perú; e pasó un Astorga, hombre anciano y vecino que fue de Guaxaca, murió de su muerte; pasaron dos hermanos que se llamaban Tostados, el uno murió en poder de indios y el otro de su muerte; y pasó otro buen soldado que se decía Baldovinos, murió en poder de indios; también quiero aquí poner a Guillén de la Loa e a Andrés Núñez e a maese Pedro el de la Harpa e a otros tres soldados que tomamos del navío que venían de los de Garay, como dicho tengo, e por esta causa los pongo aquí con los de Cortés, por ser todo en un tiempo, el Guillén de la Loa murió de un cañazo que le dieron en México en un juego de cañas, y los otros dellos de su muerte, y otros en poder de indios; y pasó un Porras, muy bermejo y gran cantor, murió en poder de indios; e pasó un Ortiz, gran tañedor de vihuela, y enseñaba a danzar; y vino un su compañero que se decía Bartolomé García, fue minero en la isla de Cuba: este Ortiz y el Bartolomé García pasaron el mejor caballo de todos los que pasaron en nuestra compañía, el cual caballo les tomó Cortés, o se lo pagó, murieron entrambos compañeros en poder de indios; pasó otro buen soldado que se decía Serrano, era buen ballestero, murió en poder de indios; y pasó un hombre anciano que se decía Pedro de Valencia, natural de un lugar que cabe Plasencia, murió de su muerte; pasó otro soldado que se decía Quintero, fue maestre de navío, matáronle indios; pasó un Alonso Rodríguez, que dejó buenas minas en la isla de Cuba y estaba rico, murió en poder de indios en los peñoles, que ahora llaman «los peñoles que ganó el marqués»; e también murió allí otro buen soldado que se

decía Gaspar Sánchez, sobrino del tesorero de Cuba, con otros seis soldados que fueron de los de Narváez; e también pasó un Pedro de Palma, primer marido que tuvo Elvira López, «la larga», murió ahorcado él y otro soldado que se decía Trebejo, natural de Fuenteguinaldo: los cuales mandó ahorcar Gil González de Ávila o Francisco de las Casas, y juntamente con ellos a un clérigo de misa, por revoltosos y hombres amotinadores de ejércitos cuando se venían a la Nueva-España desde Naco, después que hubieron degollado a Cristóbal de Olí, como dicho tengo en el capítulo que dello habla. Estos soldados y clérigos eran de los que habían ido con Cristóbal de Olí, puesto que eran de los que pasaron con Cortés. A mí me enseñaron un árbol o ceiba donde los ahorcaron, viniendo que veníamos de las Higüeras en compañía de Luis Marín. E volviendo e nuestro cuento, también pasó un Andrés de Mola, levantisco, murió en poder de indios; e también pasó un buen soldado que se decía Alberca, natural de Villanueva de la Serena, murió en poder de indios. Pasaron otros muy buenos soldados que solían ser hombres de la mar, como fueron pilotos, maestres y contramaestres: de los más mancebos de los navíos que dimos al través, muchos dellos fueron animosos en las guerras y batallas, y por no me acordar de todos no pongo aquí sus nombres. E también pasaron otros soldados, hombres de la mar, que se decían los Peñates, y otros Pinzones, los unos naturales de Gibraleón y otros de Palos: dellos murieron en poder de indios, y otros fueron a Castilla a quejarse de Cortés, También me quiero yo poner aquí en esta relación a la postre de todos, puesto que vine a descubrir dos veces primero que Cortés, y la tercera con el mismo Cortés, según lo tengo ya dicho en el capítulo que dello habla; mi nombre es Bernal Díaz del Castillo, y soy vecino y regidor de Santiago de Guatemala, y natural de la

muy noble e insigne y muy nombrada villa de Medina del Campo, hijo de Francisco Díaz del Castillo, regidor de ella, que por otro nombre le nombraban «el galán», que haya santa gloria; y doy muchas gracias y loores a Dios nuestro señor y a nuestra señora la virgen Santa María, su bendita madre, que me ha guardado que no sea sacrificado, como en aquellos tiempos sacrificaron todos los más de mis compañeros que nombrados tengo, para que ahora se descubran muy claramente nuestros heroicos hechos: y quiénes fueron los valerosos capitanes y fuertes soldados que ganamos esta parte del Nuevo-Mundo, y no refieran la honra y prez y nuestra valía a un solo capitán.

Capítulo CCVI

De las estaturas y proporciones y edades que tuvieron ciertos capitanes valerosos y fuertes soldados que fueron de Cortés, cuando vinimos a conquistar la Nueva-España

El marqués don Hernando Cortés, ya he dicho en el capítulo que dél habla, en el tiempo que falleció en Castilleja de la Cuesta, de su edad, proporción y persona, e qué condiciones tenía, e otras cosas que hallarán escritas en esta relación, si lo quisieren ver. También he dicho en el capítulo que dello habla, del capitán Cristóbal de Olí, de cuando fue con la armada a las Higüeras, de la edad que tenía, y de sus condiciones e proporciones: allí lo hallarán. Quiero ahora poner la edad e proporciones y parecer de don Pedro de Alvarado. Fue comendador de Santiago, adelantado y gobernador de Guatemala e Honduras e Chiapa, sería obra de treinta y cuatro años cuando acá pasó; fue de muy buen cuerpo e bien proporcionado, e tenía el rostro y cara muy alegre y en el mirar muy amoroso; e por ser tan agraciado le pusieron por nombre los indios mexicanos Tonatio, que quiere decir el sol. Era muy suelto e buen jinete, y sobre todo, ser franco e de buena conversación, y en el vestir se traía muy pulido y con ropas ricas, y traía al cuello una cadenita de oro con un joyel; ya no se me acuerdan las letras que tenía el joyel; y en un dedo un anillo con una esmeralda; y porque ya he dicho dónde falleció y otras cosas acerca de la persona, en esta no quiero poner más. El adelantado Francisco de Montejo fue de mediana estatura, el rostro alegre, y amigo de regocijos e buen jinete; e cuando acá pasó sería de edad de treinta y cinco años, y era más dado a negocios que para la guerra; era franco y gastaba más de lo que tenía de renta; fue

adelantado y gobernador de Yucatán, murió en Castilla. El capitán Gonzalo de Sandoval fue muy esforzado, y sería cuando acá pasó de hasta veinte y dos años; fue alguacil mayor de la Nueva-España, y fue gobernador della, juntamente con el tesorero Alonso de Estrada, obra de once meses; su estatura muy bien proporcionada y de razonable cuerpo y membrudo; el pecho alto y ancho, y asimismo tenía la espalda, y de las piernas algo estevado y muy buen jinete; el rostro tiraba algo a robusto, y la barba y el cabello que se usaba algo crespo y acastañado, y la voz no la tenía muy clara, sino algo espantosa, y ceceaba tanto cuanto; no era hombre que sabía letras, sino a las buenas llanas, ni era codicioso de haber oro, sino solamente tener fama y hacer sus cosas como buen capitán esforzado, y en las guerras que tuvimos en la Nueva-España siempre tenía cuenta en mirar por los soldados que le parecía que lo hacían bien, y les favorecía y ayudaba; no era hombre que traía ricos vestidos, sino muy llanamente, como buen soldado; tuvo el mejor caballo y de mejor carrera, revuelto a una mano y a otra, que decían que no se había visto mejor en Castilla ni en esta tierra: era castaño acastañado, y una estrella en la frente y un pie izquierdo calzado, que se decía el caballo «Motilla»; e cuando hay ahora diferencia sobre buenos caballos suelen decir: «Es en bondad tan bueno como Montilla». Dejaré lo del caballo, y diré deste valeroso capitán que falleció en la villa de Palos cuando fue a Castilla con don Hernando Cortés a besar los pies a su majestad; y deste Gonzalo de Sandoval fue de quien dijo el marqués Cortés a su majestad que, además de los fuerte y valerosos soldados que tuvo en su compañía, que fue tan animoso capitán, que se podía nombrar entre los muy esforzados que hubo en el mundo, y que podía ser coronel de muchos ejércitos, y para decir y hacer. Fue natural de Medellín, hijodalgo; su padre fue

alcaide de una fortaleza. Pasemos a decir de otro buen capitán que se decía Juan Velázquez de León, natural de Castilla la Vieja: sería de hasta treinta y seis años cuando acá pasó; era de buen cuerpo, e derecho e membrudo, e buena espalda e pecho, e todo bien proporcionado e bien sacado, el rostro robusto, la barba algo crespa e alheñada, e la voz espantosa e gorda, e algo tartamudo; fue muy animoso y de buena conversación; e si algunos bienes tenía en aquel tiempo los repartía con sus compañeros. Díjose que en la isla Española mató a un caballero, persona por persona en aquella tierra principal, que era hombre rico, que se decía Ribasaltas; y desque le hubo muerto se retrajo, y la justicia de aquella isla nunca lo puedo haber, ni la real audiencia, para hacer sobre el caso justicia; y aunque le iban a prender, por su persona se defendía de los alguaciles, e se vino a la isla de Cuba, e de Cuba a la Nueva-España, e fue muy buen jinete, e a pie e a caballo muy extremado varón; murió en las puentes cuando salimos huyendo de México. Y Diego de Ordás, fue natural de Tierra de Campos, y sería de edad de cuarenta años cuando acá pasó: fue capitán de soldados de espada y rodela, porque no era hombre de a caballo; fue muy esforzado y de buenos consejos, era de buena estatura e membrudo, e tenía el rostro muy robusto e la barba algo prieta e no mucha; en la habla no acertaba bien a pronunciar algunas palabras, sino algo tartajoso; era franco e de buena conversación; fue comendador de Santiago; murió en lo de Marañón, siendo capitán o gobernador, que esto no lo sé muy bien. El capitán Luis Marín fue de buen cuerpo e membrudo y esforzado; era estevado e la barba algo rubia, el rostro largo e alegre, excepto que tenía unas señales como que había tenido viruelas; sería de hasta treinta años cuando acá pasó; era natural de Sanlúcar, ceceaba un poco como sevillano. Fue

buen jinete y de buena conversación, murió en lo de Michoacán. El capitán Pedro de Ircio era de mediana estatura y paticorto, e tenía el rostro alegre, e muy plático en demasía que haría e acontecería, e siempre contaba cuentos de don Pedro Jirón e del conde de Ureña; era ardid de corazón, e a esta causa le llamábamos «Agrajes», sin obras: e sin hacer cosas que de contar sean, murió en México. Alonso de Ávila fue capitán ciertos días en lo de México, y el primer contador de su majestad que eligió Cortés hasta que el rey nuestro señora mandase otra cosa, era de buen cuerpo e rostro alegre, en la plática expresiva, muy clara e de buenas razones, e muy esforzado; sería de hasta treinta y tres años cuando acá pasó: e tenía otra cosa, que era franco con sus compañeros; mas era tan soberbio e amigo de mandar e no ser mandado, e algo envidioso; era orgulloso y bullicioso, que Cortés no le podía sufrir: e a esta causa le envió a Castilla por procurador juntamente con un Antonio de Quiñones, natural de Zamora, e con ellos envió la recámara e riquezas de Montezuma e de Guatemuz, e franceses lo robaron, e prendieron al Alonso de Ávila, porque el Quiñones ya era muerto en la Tercera, e desde a dos años volvió el Alonso de Ávila a la Nueva-España; o en Yucatán o en México murió. Este Alonso de Ávila fue tío de los caballeros que degollaron en México, hijos de Gil González de Benavides, lo cual tengo ya dicho y declarado en mi historia. Andrés de Monjaraz fue capitán cuando la guerra de México, y era de razonable estatura, y el rostro alegre y la barba prieta, y de buena conversación; siempre estuvo malo de bubas, e a esta causa no hizo cosa que de contar sea, más póngolo aquí en esta relación para que sepan que fue capitán, y sería de hasta treinta años cuando acá pasó; murió de dolor de las bubas. Pasemos a un muy esforzado soldado que se decía Cristóbal de Olea, natural de

tierra de Medina del Campo; sería de edad de veinte y seis años cuando acá pasó; era de buen cuerpo e membrudo, ni muy alto ni bajo; tenía buen pecho e espalda, el rostro algo robusto, mas era apacible, e la barba e cabello tiraba algo como crespo, e la voz clara; este soldado fue en todo lo que le veíamos hacer tan esforzado e presto en las armas, que le teníamos muy buena voluntad e le honrábamos, y él fue el que escapó de muerte a don Fernando Cortés en lo de Suchimilco, cuando los escuadrones mexicanos le habían derribado del caballo «el Romo», e le tenían asido y engarrafado para lo llevar a sacrificar; e asimismo le libró otra vez cuando en lo de la calzadilla de México lo tenían otra vez asido muchos mexicanos para lo llevar vivo a sacrificar, e le habían ya herido en una pierna al mismo Cortés, y le llevaron vivos sesenta y dos soldados. Este esforzado soldado hizo cosas por su persona, que, aunque estaba muy mal herido, mató a cuchillo e dio estocadas a todos los indios que le llevaban a Cortés, que les hizo que lo dejasen; e así le salvó la vida, y el Cristóbal de Olea quedó muerto allí por lo salvar. Quiero decir de dos soldados que se decían Gonzalo Domínguez e un Lares; digo que fueron tan esforzados, que los teníamos en tanto como Cristóbal de Olea; eran de buenos cuerpos e membrudos, e los rostros alegres, e bien hablados, e muy buenas condiciones; e por no gastar más palabras en sus loas, podránse contar con los más esforzados soldados que ha habido en Castilla; murieron en las batallas de Otumba, digo el Lares, y el Domínguez en lo de Teguantepeque, de un caballo que le tomó debajo. Vamos a otro buen capitán y esforzado soldado que se decía Andrés de Tapia, sería de obra de veinte y cuatro años cuando acá pasó; era de color el rostro algo ceniciento, e no muy alegre, e de buen cuerpo e de poca barba e rala, y fue muy buen capitán, así a pie como a

caballo; murió de su muerte. Si hubiera de escribir todas las facciones e proporciones de todos nuestros capitanes e fuertes soldados que pasamos con Cortés, era gran prolijidad; porque, según todos eran esforzados e de mucha cuenta, dignos éramos de estar escritos con letras de oro. E no pongo aquí otros muchos valerosos capitanes que fueron de los de Narváez, porque mi intento desde que comencé a hacer mi relación no fue sino para escribir nuestros heroicos hechos e hazañas de los que pasamos con Cortés; sólo quiero poner al capitán Pánfilo de Narváez, que fue el que vino contra Cortés desde la isla de Cuba con mil y trescientos soldados, sin contar en ellos hombres de la mar, e con doscientos y sesenta y seis soldados los desbaratamos, según se verá en mi relación, e cómo e cuándo e de qué manera pasó aquel hecho. E volviendo a mi materia, era el Narváez al parecer de obra de cuarenta y dos años, e alto de cuerpo e de recios miembros, e tenía el rostro largo e la barba rubia, e agradable presencia, e la plática e voz muy vagorosa y entonada, como que salía de bóveda; era buen jinete e decían que era esforzado; era natural de Valladolid o de Tudela de Duero; era casado con una señora que se decía María de Valenzuela; fue en la isla de Cuba capitán e hombre rico; decían que era muy escaso, e cuando le desbaratamos se le quebró un ojo, y tenía buenas razones en lo que hablaba: fue a Castilla delante su majestad a quejarse de Cortés e de nosotros, e su majestad le hizo merced de la gobernación de cierta tierra en lo de la Florida, e allá se perdió e gastó cuanto tenía. Como dos caballeros curiosos han visto e leído la memoria atrás dicha de todos los capitanes e soldados que pasamos con el venturoso y esforzado don Hernando Cortés, marqués del Valle, a la Nueva-España desde la isla de Cuba, e pongo por escrito sus proporciones, así de cuerpo como de rostro y edades, e las

condiciones que tenían, y en qué parte murieron, e de qué partes eran, me han dicho que se maravillaban de mí que cómo a cabo de tantos años no se me ha olvidado e tengo memoria dellos. A esto respondo y digo que no es mucho que se me acuerde ahora sus nombres: pues éramos quinientos y cincuenta compañeros que siempre conversábamos juntos, así en las entradas como en las velas, y en las batallas y encuentros de guerras, e los que mataban de nosotros en las tales peleas e cómo los llevaban a sacrificar. Por manera que comunicábamos los unos con los otros, en especial cuando salíamos de algunas muy sangrientas e dudosas batallas, echábamos menos los que allá quedaban muertos, e a esta causa los pongo en esta relación; e no es de maravillar dello, pues en los tiempos pasados hubo valerosos capitanes que andando en las guerras sabían los nombres de sus soldados, e los conocían e los nombraban, e aun sabían de qué provincias e tierras eran naturales, e comúnmente eran en aquellos tiempos cada uno de los ejércitos que traían treinta mil hombres; y decían las historias que dellos han escrito, que Mitridates, rey de Ponto, fue uno de los que conocían a sus ejércitos, y otro fue el rey de los epirotas, y por otro nombre se decía Alejandro. También dicen que Aníbal, gran capitán de Cartago, conocía a todos sus soldados; y en nuestros tiempos el esforzado y gran capitán Gonzalo Hernández de Córdoba conocía a todos los más soldados que traían en sus capitanías, y así han hecho otros muchos valerosos capitanes. Y más digo, que, como ahora los tengo en la mente y sentido y memoria, supiera pintar y esculpir sus cuerpos y figuras y talles y meneos, y rostros y facciones, como hacía aquel gran pintor y muy nombrado Apeles, e los pintores de nuestros tiempos Berruguete, e Micael Angel, o el muy afamado burgalés, que dicen que es otro Apeles,

dibujara a todos los que dicho tengo al natural, y aun según cada uno entraba en las batallas y el ánimo que mostraba; e gracias a Dios y a su bendita madre nuestra señora, que me escapó de no ser sacrificado a los ídolos, e me libró de otros muchos peligros e trances, para que haga ahora esta memoria.

Capítulo CCVII

De las cosas que aquí van declaradas cerca de los méritos que tenemos los verdaderos conquistadores; las cuales serán apacibles de las oír

Ya he recontado los soldados que pasamos con Cortés, y dónde murieron; y si bien se quiere tener noticia de nuestras personas, éramos todos los más hijosdalgos, aunque algunos no pueden ser de tan claros linajes, porque vista cosa es que en este mundo no nacen todos los hombres iguales, así en generosidad como en virtudes. Dejando esta plática aparte de nuestras antiguas noblezas: con heroicos hechos y grandes hazañas que en las guerras hicimos, peleando de día y de noche, sirviendo a nuestro rey y señor, descubriendo estas tierras, y hasta ganar esta Nueva-España y gran ciudad de México y otras muchas provincias a nuestra costa, estando tan apartados de Castilla ni tener otro socorro ninguno, salvo el de nuestro señor Jesucristo, que es el socorro y ayuda verdadera, nos ilustramos mucho más que de antes; y si miramos las escrituras antiguas que dello hablan, si son así como dicen, en los tiempos pasados fueron ensalzados y puestos en gran estado muchos caballeros, así en España como en otras partes, sirviendo, como en aquella sazón sirvieron en las guerras, y por otros servicios que eran aceptos a los reyes que en aquella sazón reinaban. Y también he notado que algunos de aquellos caballeros que entonces subieron a tener títulos de estados y de ilustres, no iban a las tales guerras ni entraban en batallas sin que se les diesen sueldos y salarios; y no embargante que se lo pagaban, les dieron villas y castillos y grandes tierras perpetuas, y privilegios con franquezas, los cuales tienen sus descendientes. Y demás desto, cuando el rey Jaime de Aragón conquistó y ganó de los moros mucha parte de sus

reinos, los repartió a los caballeros y soldados que se hallaron en los ganar, y desde aquellos tiempos tienen sus blasones y son tan valerosos; y también cuando se ganó Granada, y del tiempo del Gran Capitán a Nápoles, y también el príncipe de Orange en lo de Nápoles, dieron tierras y señoríos a los que ayudaron en las guerras y batallas; e nosotros, sin saber su majestad cosa ninguna, le ganamos esta Nueva-España. He traído esto aquí a la memoria para que se vean nuestros muchos y buenos y nobles y leales servicios que hicimos a Dios y al rey y toda la cristiandad, y se pongan en una balanza y medida cada cosa en su cantidad, y hallarán que somos dignos y merecedores de ser puestos y remunerados como los caballeros por mí atrás dichos; y aunque entre los valerosos soldados, que en estas hojas de atrás pasadas he puesto por memoria hubo muchos esforzados y valerosos compañeros, que me tenían a mí en reputación de razonable soldado, volviendo a mi materia, miren los curiosos lectores con atención esta mi relación, y verán en cuántas batallas y reencuentros de guerra muy peligrosos me he hallado desque vine a descubrir, y dos veces estuve asido y engarrofado de muchos indios mexicanos, con quien en aquella sazón estaba peleando, para me llevar a sacrificar, y Dios me dio esfuerzo que me escapé, como en aquel instante llevaron a otros muchos mis compañeros, sin otros grandes peligros y trabajos, así de hambre y sed, e infinitas fatiga que suelen recrecer a los que semejantes descubrimientos van a hacer en tierras nuevas; lo cual hallarán escrito parte por parte en esta mi relación; y quiero dejar de entrar más la pluma en esto, y diré los bienes que se han seguido de nuestras ilustres conquistas.

Capítulo CCVIII

Cómo los indios de toda la Nueva-España tenían muchos sacrificios y torpedades, y se los quitamos, y les impusimos en las cosas santas de buena doctrina

Pues he dado cuenta de cosas que se convienen, bien es que diga los bienes que se han hecho, así para el servicio de Dios y de su majestad, con nuestras ilustres conquistas; y aunque fueron tan costosas de las vidas de todos los más de mis compañeros, porque muy pocos quedamos vivos, y los que murieron fueron sacrificados, y con sus corazones y sangre ofrecidos a los ídolos mexicanos, que se decían Tezcatepuca, y Huichilobos, quiero comenzar a decir de los sacrificios que hallamos por las tierras y provincias que conquistamos, las cuales estaban llenas de sacrificios y maldades, porque mataban cada un año, solamente en México y ciertos pueblos que están en la laguna, sus vecinos, según hallo por cuenta que dello hicieron religiosos franciscos: que fueron los primeros que vinieron a la Nueva-España, tres años y medio antes que viniesen los dominicos, que fueron muy buenos religiosos y de santa doctrina; y hallaron sobre dos mil y quinientas personas, chicas y grandes. Pues en otras provincias a esta cuenta muchos más serían; y tenían otras maldades de sacrificios, y por ser de tantas maneras, no los acabaré de escribir todas por extenso; mas las que yo vi y entendí pondré aquí por memoria. Tenían por costumbre que sacrificaban las frentes y las orejas, lenguas y labios, los pechos, brazos y molledos, y las piernas y aun sus naturas; y en algunas provincias eran retajados, y tenían pedernales de navajas, con que se retajaban. Pues los adoratorios, que son cues, que así los llaman entre ellos, eran tantos, que los doy a la maldición, y

me parece que eran casi que al modo como tenemos en Castilla y en cada ciudad nuestras santas iglesias y parroquias, y ermitas y humilladeros, así tenían en esta tierra de la Nueva-España sus casas de ídolos llenas de demonios y diabólicas figuras; y demás destos cues, teman cada indio o india dos altares, el uno junto a donde dormía, y el otro a la puerta de su casa, y en ellos muchas arquillas de maderas, y otros que llaman petacas, llenas de ídolos, unos chicos y otros grandes, y piedrezuelas y pedernales, y librillos de un papel de corteza de árbol, que llaman amatl, y en ellos hechos sus señales del tiempo y de cosas pasadas. Y además desto, eran los más dellos sométicos, en especial los que vivían en las costas y tierra caliente, en tanta manera, que andaban vestidos en hábito de mujeres muchachos a ganar en aquel diabólico y abominable oficio. Pues comer carne humana, así como nosotros traemos vaca de las carnicerías; y tenían en todos los pueblos, de madera gruesa hechas a manera de casas, como jaulas, y en ellas metían a engordar muchos indios e indias y muchachos, y en estando gordos los sacrificaban y comían; y demás desto, las guerras que se daban unas provincias y pueblos a otros, y los que cautivaban y prendían los sacrificaban y comían. Pues tener excesos carnales hijos con madres, y hermanos con hermanas, y tíos con sobrinas, halláronse muchos que tenían este vicio desta torpedad. Pues de borrachos, no lo sé decir, tantas suciedades que entre ellos pasaban; sólo una quiero aquí poner, que hallamos en la provincia de Pánuco, que se embudaban por el sieso con unos cañutos, y se henchían los vientres de vino de lo que entre ellos se hacía, como cuando entre nosotros se echa una medicina; torpedad jamás oída. Pues tener mujeres, cuantas querían; tenían otros muchos vicios y maldades; y todas estas cosas por mí recontadas, quiso nuestro señor Jesucristo que con su santa ayuda, que

nosotros los verdaderos conquistadores que escapamos de las guerras y batallas y peligros de muerte, ya otras veces por mí dicho, se lo quitamos, y les pusimos en buena policía de vivir y les íbamos enseñando la santa doctrina. Verdad es que después desde a dos años pasados, y que todas las más tierras teníamos de paz, y con la policía y manera de vivir que he dicho, vinieron a la Nueva-España unos buenos religiosos franciscos, que dieron muy buen ejemplo y doctrina, y desde ahí a otros tres o cuatro años vinieron otros buenos religiosos de señor santo Domingo, que se lo han quitado muy de raíz, y han hecho mucho fruto en la santa doctrina y cristiandad de los naturales. Mas, si bien se quiere notas, después de Dios, a nosotros los verdaderos conquistadores que los descubrimos y conquistamos, y desde el principio les quitamos sus ídolos y les dimos a entender la santa doctrina, se nos debe el premio y galardón de todo ello, primero que a otras personas, aunque sean religiosos; porque cuando el principio es bueno, el medio y el cabo todo es digno de loor; lo cual pueden ver los curiosos lectores de la policía y cristiandad y justicia que les mostramos en la Nueva-España. Y dejaré esta materia, y diré los más bienes que, después de Dios, por nuestra causa han venido a los naturales de la Nueva-España.

Capítulo CCIX

De cómo impusimos en muy buenas y santas doctrinas a los indios de la Nueva-España, y de su conversión; y de cómo se bautizaron, y volvieron a nuestra santa fe, y les enseñamos oficios que se usan en Castilla, y a tener y guardar justicia

Después de quitadas las idolatrías y todos los malos vicios que se usaban, quiso nuestro señor Dios que con su santa ayuda, y con la buena ventura y santas cristiandades de los cristianísimos emperador don Carlos, de gloriosa memoria, y de nuestro rey y señor, felicísimo e invictísimo rey de las Españas, don Felipe nuestro señor, su muy amado y querido hijo, que Dios le de muchos años de vida, con acrecentamiento de más reinos, para que en este su santo y feliz tiempo lo goce él y sus descendientes; se han bautizado desde que los conquistamos todas cuantas personas había, así hombres como mujeres, y niños que después han nacido, que de antes iban perdidas sus ánimas a los infiernos: y ahora, como hay muchos y buenos religiosos de señor san Francisco y de santo Domingo, y de otras órdenes, andan en los pueblos predicando, y en siendo la criatura de los días que manda nuestra santa madre iglesia de Roma, los bautizan; y demás desto, con los santos sermones que les hacen, el santo evangelio está muy bien plantado en sus corazones y se confiesan cada año, y algunos de los que tienen más conocimiento a nuestra santa fe se comulgan. Y además desto, tienen sus iglesias muy ricamente adornadas de altares, y todo lo perteneciente para el santo culto divino, con cruces y candeleros y ciriales, y cáliz y patenas, y platos, unos chicos y otros grandes, de plata, e incensario, todo labrado de plata. Pues capas, casullas y frontales, en pueblos ricos los tienen, y comúnmente de terciopelo y damasco y

raso y de tafetán, diferenciados en las colores, y las mangas de las cruces muy labradas de oro y seda, y en algunas tienen perlas; y las cruces de los difuntos de raso negro, y en ellas figurada la misma cara de la muerte, con su disforme semejanza y huesos, y el cobertor de las mismas andas, unos las tienen buenas y otros no tan buenas. Pues campanas, las que han menester según la calidad que es cada pueblo. Pues cantores de capilla de voces bien concertadas, así tenores como tiples y contraltos, no hay falta; y en algunos pueblos hay órganos, y en todos los más tienen flautas y chirimías y sasacuches y dulzainas. Pues trompetas altas y sordas, no hay tantas en mi tierra, que es Castilla la Vieja, como hay en esta provincia de Guatemala; y es para dar gracias a Dios, y cosa muy de contemplación, ver como los naturales ayudan a decir una santa misa, en especial si la dicen franciscos o dominicos, que tiene cargo del curato del pueblo donde la dicen. Otra cosa buena tienen, que les han enseñado los religiosos, que así hombres como mujeres, e niños que son de edad para las deprender, saben todas las santas oraciones en sus mismas lenguas, que son obligados a saber; y tienen otras buenas costumbres cerca de la santa cristiandad, que cuando pasan cabe un santo altar o cruz abajan la cabeza con humildad y se hincan de rodillas, y dicen la oración del Pater-noster o el Ave-María; y más les mostramos los conquistadores a tener candelas de cera encendidas delante los santos altares y cruces, porque de antes no se sabían aprovechar della en hacer candelas. Y demás de lo que dicho tengo, les enseñamos a tener mucho acato y obediencia a todos los religiosos y a los clérigos, y que cuando fuesen a sus pueblos les saliesen a recibir con candelas de cera encendidas y repicasen las campanas, y les diesen bien de comer, y así lo hacen con los religiosos: y tenían estos cumplimientos con los clérigos; mas después

que han conocido y visto de algunos de ellos y los demás, sus codicias y hacen en los pueblos desatinos, pasan por alto, y no los querrían por curas en sus pueblos, sino solo franciscos o dominicos; y no aprovecha cosa que sobre este caso los pobres indios digan al prelado, que no lo oyen: ¡Oh qué había que decir sobre esta materia! Mas quedarse ha en el tintero y volveré a mi relación. Demás de las buenas costumbres por mí dichas, tienen otras santas y buenas, porque cuando es el día del Corpus Christi o de Nuestra Señora, u de otras fiestas solemnes que entre nosotros hacemos procesiones, salen todos los más pueblos cercanos de esta ciudad de Guatemala en procesión con sus cruces y con candelas de cera encendidas, y traen en los hombros en andas la imagen del santo o santa de que es la advocación de su pueblo, lo más ricamente que pueden, y vienen cantando las letanías y otras santas oraciones, y tañen sus flautas y trompetas; y otro tanto hacen en sus pueblos cuando es el día de las tales solemnes fiestas, y tienen costumbre de ofrecer los domingos y pascuas, especialmente el día de Todos-Santos; y esto del ofrecer, los clérigos les dan tal prisa donde son curas, y tienen tales modos, que no se les quedará a los indios por olvido, porque dos o tres días antes que venga la fiesta les mandan apercibir para la ofrenda; y también ofrecen a los religiosos, mas no con tanta solicitud. Y pasemos adelante, y digamos cómo todos los más indios naturales destas tierras han deprendido muy bien todos los oficios que hay en Castilla entre nosotros, y tienen sus tiendas de los oficios y obreros, y ganan de comer a ello; y los plateros de oro y de plata, así de martillo como de vaciadizo, son muy extremados oficiales, y asimismo lapidarios y pintores; y los entalladores hacen tan primas obras con sus sutiles alegras de hierro, especialmente entallan esmeriles, y dentro dellos figurados todos los pasos

de la santa pasión de nuestro redentor y salvador Jesucristo, que si no los hubiera visto, no pudiera creer que indios lo hacían: que se me significa a mi juicio que aquel tan nombrado pintor como fue el muy antiguo Apeles, y de los de nuestros tiempos, que se dicen Berruguete y Micael Angel, ni de otro moderno ahora nuevamente nombrado, natural de Burgos, que se dice que en sus obras tan primas es otro Apeles, del cual se tiene gran fama, no harán con sus muy sutiles pinceles las obras de los esmeriles, ni relicarios que hacen tres indios grandes maestros de aquel oficio, mexicanos, que se dicen Andrés de Aquino y Juan de la Cruz y el Crespillo.

Y demás desto, todos los más hijos de principales solían ser gramáticos, y lo deprendían muy bien, si no se lo mandaran quitar en el santo sínodo que mandó hacer el reverendísimo arzobispo de México; y muchos hijos de principales saben leer y escribir y componer libros de canto llano; y hay oficiales de tejer seda, raso y tafetán, y hacer paños de lana, aunque sean veinticuatrenos, hasta frisas y sayal, y mantas y frazadas, y son cardadores y pelaires y tejedores, según y de la manera que se hace en Segovia y en Cuenca, y otros sombrereros y jaboneros; solos dos oficios no han podido entrar en ellos, aunque lo han procurado, que es hacer el vidrio ni ser boticarios; mas yo los tengo por de tan buenos ingenios, que lo deprenderán muy bien, porque algunos dellos son cirujanos y herbolarios y saben jugar de mano y hacer títeres, y hacen vihuelas muy buenas. Pues labradores, de su naturaleza lo son antes que viniésemos a la Nueva-España, y ahora crían ganado de todas suertes y doman bueyes, y aran las tierras y siembran trigo, y lo benefician y cogen, y lo venden, y hacen pan y bizcocho, y han plantado sus tierras y heredades de todos los

árboles y frutas que hemos traído de España, y venden el fruto que procede dello; y han puesto tantos árboles, que porque los duraznos no son buenos para la salud y los platanales les hacen mucha sombra, han cortado y cortan muchos, y lo ponen de membrillares y manzanas y perales, que los tienen en más estima. Pasemos adelante y diré de la justicia que les hemos enseñado a guardar y cumplir, y como cada año eligen sus alcaldes ordinarios y regidores y escribanos y alguaciles, fiscales y mayordomos, y tienen sus casas de cabildo, donde se juntan dos días de la semana, y ponen en ellas sus porteros: y sentencian, y mandan pagar deudas que se deben unos a otros, y por algunos delitos de crimen azotan y castigan; y si es por muertes o cosas atroces, remítenlo a los gobernadores, si no hay audiencia real; y según me han dicho personas que lo saben muy bien, en Tlascala y en Tezcuco y en Cholula, y en Guaxocingo y en Tepeaca, y en otras ciudades grandes, cuando hacen los indios cabildo, que salen, delante de los que están por gobernadores y alcaldes, maceros con mazas doradas, según sacan los virreyes de la Nueva-España; y hacen justicia con tanto primor y autoridad como entre nosotros, y se precian y desean saber mucho de las leyes del reino por donde sentencien. Además desto, todos los caciques tienen caballos y son ricos, traen jaeces con buenas sillas, y se pasean por las ciudades, villas y lugares donde se van a holgar o son naturales, y llevan sus indios por pajes que les acompañan, y aun en algunos pueblos juegan cañas y corren toros y corren sortijas, especial si es día de Corpus Christi o de señor San Juan o señor Santiago, o de nuestra señora de agosto, o la advocación de la iglesia del santo de su pueblo; y hay muchos que aguardan los toros, y aunque sean bravos; y muchos dellos son jinetes, en especial en un pueblo que se dice Chiapa de los Indios, y los que son caciques todos los

más tienen caballos y algunos hatos de yeguas y mulas, y se ayudan con ello a traer leña y maíz y cal, y otras cosas deste arte, y lo venden por las plazas, y son muchos dellos arrieros según y de la manera que en nuestra Castilla se usa. Y por no gastar más palabras, todos los oficios hacen muy perfectamente, hasta paños de tapicería. Dejaré de hablar más en esta materia, y diré otras muchas grandezas que por nuestra causa ha habido y hay en esta Nueva-España.

Capítulo CCX

De otras cosas y provechos que se han seguido de nuestras ilustres conquistas y trabajos

Ya habrán oído en los capítulos pasados lo por mí recontado acerca de los bienes y provechos que se han hecho con nuestras ilustres hazañas y conquistas; diré ahora del oro, plata y piedras preciosas, y otras riquezas de granas e lanas, y hasta zarzaparrilla y cueros de vacas, que desta Nueva-España han ido y van cada año a Castilla a nuestro rey y señor; así lo de sus reales quintos como otros muchos presentes que le hubimos enviado así como le ganamos estas tierras, sin las grandes cantidades que llevan mercaderes y pasajeros; que después que el sabio rey Salomón fabricó y mandó hacer el santo templo de Jerusalén con el oro y plata que le trajeron de las islas de Tarsis y Ofir y Sabá, no se ha oído en ninguna escritura antigua que más oro, plata y riquezas han ido cotidianamente a Castilla que de estas tierras: y esto digo así, porque ya que del Perú, como es notorio, han ido muchos millares de oro y plata, en el tiempo que ganamos esta Nueva-España no había nombre del Perú ni estaba descubierto, ni se conquistó desde ahí a diez años, y nosotros siempre desde el principio, como dicho tengo, comenzamos a enviar a su majestad presentes riquísimos, y por esta causa, y por otras que diré, antepongo a la Nueva-España, porque bien sabemos que en las cosas acaecidas del Perú siempre los capitanes y gobernadores y soldados han tenido guerras civiles, y todo revuelto en sangre y en muertes de muchos soldados; y en esta Nueva-España siempre tenemos, y tendremos, para siempre jamás el pecho por tierra, como somos obligados, a nuestro rey y señor, y pondremos nuestras vidas y haciendas en

cualquiera cosa que se ofrezca para servir a su majestad. Y además desto, miren los curiosos lectores qué de ciudades, villas y lugares están pobladas en estas partes de españoles, que, por ser tantos y no saber yo los nombres de todos, se quedarán en silencio; y tengan atención a los obispados que hay, que son diez, sin el arzobispo de la muy insigne ciudad de México: y cómo hay tres audiencias reales, todo lo cual diré adelante, así de los que han gobernado, como de los arzobispos y obispos que ha habido; y miren las santas iglesias catedrales y los monasterios donde están dominicos, como franciscos y mercedarios y agustinos; y miren qué hay de hospitales, y los grandes perdones que tienen, y la santa casa de nuestra señora de Guadalupe, que está en lo de Tepeaquilla, donde solía estar asentado el real de Gonzalo de Sandoval cuando ganamos a México; y miren los santos milagros que ha hecho y hace de cada día, y démosle muchas gracias a Dios y a su bendita madre nuestra señora por ello, que nos dio gracia y ayuda que ganásemos estas tierras, donde hay tanta cristiandad. Y también tengan cuenta cómo en México hay colegio universal, donde estudian y aprenden la gramática, teología, retórica y lógica y filosofía, y otros artes y estudios, e hay moldes y maestros de imprimir libros, así en latín como en romance, y se gradúan de licenciados y doctores; y otras muchas grandezas pudiera decir, así de minas ricas de plata que en ellas están descubiertas y se descubren a la continua, por donde nuestra Castilla es prosperada y tenida y acatada. Y si no basta lo bien que ya he dicho y propuesto de nuestras conquistas, quiero decir que miren las personas sabias y leídas esta mi relación desde el principio hasta el cabo, y verán que en ningunas escrituras en el mundo, ni en hechos hazañosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganados, como nosotros los verdaderos

conquistadores, para nuestro rey y señor, y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta dellos, y el más antiguo de todos; y digo otra vez que yo, yo, yo lo digo tantas veces, que yo soy el más antiguo y he servido como muy buen soldado a su majestad y dígolo con tristeza de mi corazón, porque me veo pobre y muy viejo, una hija por casar, y los hijos varones ya grandes y con barbas, y otros por criar, y no puedo ir a Castilla ante su majestad para representarle cosas cumplideras a su real servicio, y también para que me haga mercedes, pues se me deben bien debidas. Dejaré esta plática, por que si más en ello meto la pluma me será muy odiosa de personas envidiosas. Y quiero proponer una cuestión a modo de diálogo: y es, que habiendo visto la buena e ilustre fama que suena en el mundo de nuestros muchos y buenos y notables servicios que hemos hecho a Dios y a su majestad y a toda la cristiandad, da grandes voces y dice que fuera justicia y razón que tuviéramos buenas rentas, y más aventajadas que tienen otras personas que no han servicio en estas conquistas ni en otras partes a su majestad; y asimismo pregunta que dónde están nuestros palacios y moradas, y qué blasones tenemos en ellas diferenciadas de las demás; y si están en ellas esculpidos y puestos por memoria nuestros heroicos hechos y armas, según y de la manera que tienen en España los caballeros que dicho tengo en el capítulo pasado, que sirvieron en los tiempos pasados a los reyes que en aquella sazón reinaban: pues nuestras hazañas no son menores que las que ellos hicieron, antes son de muy memorable fama, y se puedan contar entre los nombrados que ha habido en el mundo. Y demás desto, pregunta la ilustre fama por los conquistadores que hemos escapado de las batallas pasadas, y por los muertos, dónde están sus sepulcros y qué blasones

tienen en ellos. A estas cosas se le puede responder con mucha verdad: «Oh excelente e ilustre fama, y entre buenos y virtuosos deseada y loada, y entre maliciosos y personas que han procurado oscurecer nuestros heroicos hechos no querrían ver ni oír vuestro ilustre nombre, porque nuestras personas no ensalcéis como conviene»; hágoos, señora, saber que de quinientos cincuenta soldados, que pasamos con Cortés desde la isla de Cuba, no somos vivos en toda la Nueva-España, de todos ellos, hasta este año de 1568 que estoy trasladando esta relación, sino cinco; que todos los demás murieron en las guerras ya por mí dichas, en poder de indios, y fueran sacrificados a los ídolos, y los demás murieron de sus muertes. Y los sepulcros, que me pregunta dónde los tienen, digo que son los vientres de los indios, que los comieron las piernas y muslos, brazos y molledos, pies y manos; y los demás, fueron sepultados sus vientres, que echaban a los tigres y sierpes y halcones, que en aquel tiempo tenían por grandeza en casas fuertes, y aquellos fueron sus sepulcros y allí están sus blasones; y a lo que a mí se me figura, con letras de oro habían de estar descritos sus nombres, pues murieron aquella crudelísima muerte, y por servir a Dios y a su majestad y dar luz a los que estaban en tinieblas: y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente venimos a buscar. Y demás de le haber dado cuenta a la ilustre fama, me pregunta por los que pasaron con Narváez y con Garay; digo que los de Narváez fueron mil y trescientos, sin contar entre ellos hombres de la mar, y no son vivos de todos ellos sino diez o once, que todos los demás murieron en las guerras y sacrificados, y sus cuerpos comidos de indios, ni más ni menos que los nuestros; y los que pasaron con Garay de la isla de Jamaica, a mi cuenta: con las tres capitanías que vinieron a San Juan de Ulúa, antes que pasase el Garay con

los que trajo a la postre cuando él vino, serían por todos mil y doscientos soldados, y todos los más fueron sacrificados en la provincia de Pánuco, y comidos sus cuerpos de los naturales de la provincia. Y demás desto, pregunta la loable fama por otros quince soldados que aportaron a la Nueva-España, que fueron de los de Lucas Vázquez de Ayllón cuando le desbarataron, y él murió en la Florida. A esto digo que todos son muertos; y hágoos saber, excelente fama, que de todos los que he recontado y ahora somos vivos de los de Cortés, hay cinco, y estamos muy vicios y dolientes de enfermedades, y muy pobres y cargados de hijos, e hijas para casar y nietos, y con poca renta, y así pasamos nuestras vidas con trabajos y miserias. Y Pues ya he dado cuenta de lo que me han preguntado, y de nuestros palacios y blasones y sepulcros, suplícoos, ilustrísima fama, que de aquí adelante alcéis más vuestra excelente y virtuosísima voz, para que en todo el mundo se vean claramente nuestras grandes proezas; porque hombres maliciosos, con sus sacudidas y envidiosas lenguas, no las oscurezcan ni aniquilen; y procuréis que a los que su majestad le ganaron estas sus tierras y se les debe el premio dello, no se dé a los que no se les debe, porque ni su majestad tiene cuenta con ellos, ni ellos con su majestad sobre servicios que les hayan hecho. A esto que he suplicado a la virtuosísima fama, me responde que lo hará de muy buena voluntad, y que se espanta cómo no tenemos los mejores repartimientos de indios, pues los ganamos y su majestad lo manda dar: como los tiene el marqués Cortés; no se entiende que sea tanto, sino moderadamente. Y más dice la loable fama, que las cosas del valeroso y animoso Cortés han de ser siempre muy estimadas y contadas entre los hechos de valerosos capitanes; y que no hay memoria de ninguno de nosotros en los libros históricos que están escritos del cronista Francisco López de Gómara, ni en la

del doctor Illescas, que escribió el Pontifical, ni en otros modernos cronistas: y solo el marqués Cortés dice en sus libros que es el que lo descubrió y conquistó, y que los capitanes y soldados que los ganamos quedamos en blanco sin haber memoria de nuestras personas y conquistas, y en que ahora se ha holgado mucho en saber claramente que todo lo que he escrito en mi relación es verdad. Y que la misma escritura trae consigo al pie de la letra lo que pasó, y no lisonjas viciosas, ni por sublimar a un solo capitán quieren deshacer a muchos capitanes y valerosos soldados, como ha hecho el Francisco López de Gómara y los demás cronistas que siguen su propia historia, sin poner ni quitar más de lo que él dice. Y más me prometió la buena fama, que por su parte lo pondrá con voz muy clara a do quiera que se hallare. Y demás de lo que ella declara, que mi historia si se imprime, cuando la vean e oigan, la darán fe verdadera, y oscurecerá las lisonjas de los pasados. Y además de lo que he propuesto a manera de diálogo, me preguntó un doctor, oidor de la audiencia real de Guatemala, que cómo Cortés, cuando escribía a su majestad y fue la primera vez a Castilla, no procuró por nosotros, pues por nuestra causa, después de Dios, fue marqués y gobernador. A esto respondí entonces, y ahora lo digo, que, como tomó para sí al principio, cuando su majestad le hizo merced de la gobernación, todo lo mejor de la Nueva-España, creyendo que siempre fuera señor absoluto y que por su mano nos diera indios o quitara, y a esta causa se presumió que no lo hizo ni quiso escribir; y también, porque en aquel tiempo su majestad le dio el marquesado que tiene, y como le importunaba que le diese luego la gobernación de la Nueva-España, como de antes la había tenido, y le respondió que ya le había dado el marquesado, no curó de demandar cosa ninguna para nosotros que bien nos hiciese,

sino solamente para él. Y además desto, habían informado el factor y veedor y otros caballeros de México a su majestad que Cortés había tomado para sí las mejores provincias y pueblos de la Nueva-España, y que había dado a sus amigos y parientes que nuevamente habían venido de Castilla otros buenos pueblos, y que no dejaba para el real patrimonio sino poca cosa; después supimos mandó su majestad que de lo que tenía sobrado diese a los que con él pasamos; y en aquel tiempo su majestad se embarcó en Barcelona para ir a Flandes. Y si Cortés en el tiempo que ganamos la Nueva-España la hiciera cinco partes, y la mejor y de más ricas provincias y ciudades diera la quinta parte a nuestro rey y señor de su real quinto, bien hecho fuera, y tomara para sí una parte, y media dejara para iglesias y monasterios y propios de ciudades, y que su majestad tuviera que dar y hacer mercedes a caballeros que le servían en las guerras de Italia o contra turcos o moros, y las dos partes y media nos repartiera perpetuas, con ellas nos quedáramos, así Cortés con la una parte como nosotros; porque, como nuestro césar fue tan cristianísimo y no le costó el conquistar cosa ninguna, nos hiciera estar mercedes. Y demás desto, y como en aquella sazón no sabíamos qué cosa era demandar justicia, ni a quien la pedir sobre nuestros servicios, ni otros agravios y fuerzas que pasaban en las guerras, sino solamente al mismo Cortés como capitán, y que lo mandaba muy de hecho, nos quedamos en blanco con lo poco que nos habían depositado, hasta que vimos que a don Francisco de Montejo, que fue a Castilla ante su majestad, le hizo merced de ser adelantado y gobernador de Yucatán, y le dio los indios que tenía en México y le hizo otras mercedes; y Diego de Ordás, que asimismo fue ante su majestad, le dio una encomienda de Santiago y los indios que tenía en la Nueva-España; y a don Pedro de Alvarado, que también fue

a besar los pies a su majestad, le hizo adelantado y gobernador de Guatemala y Chiapa, y comendador de Santiago, y otras mercedes de los indios que tenía; y a la postre fue Cortés y le dio el marquesado y capitán general del mar del Sur. Y desque los conquistadores vimos que los que no parecían ante su majestad no tenían quién suplicase nos hiciese el rey mercedes, enviamos a suplicarle que lo que de allí adelante vacase, nos lo mandase dar perpetuo; y como se vieron nuestras justificaciones, cuando envió la primera audiencia real a México, y vino en ella por presidente Nuño de Guzmán y por oidores el licenciado Delgadillo, natural de Granada, y Matienzo, de Vizcaya, y otros dos oidores que llegando a México murieron; y mandó su majestad expresamente al Nuño de Guzmán que todos los indios de la Nueva-España se hiciesen un cuerpo, a fin que las personas que tenían repartimientos grandes que les había dado Cortés, que no les quedase tanto y les quitasen dello, y que a los verdaderos conquistadores nos diese los mejores pueblos y de mas renta, y que para su real patrimonio dejasen las cabeceras y mejores ciudades. Y también mandó su majestad que a Cortés que le contasen los vasallos, y que le dejasen los que tenían capitulados en su marquesado, y lo demás no me acuerdo que mandó sobre ello; y la causa por donde no hizo el repartimiento perpetuo el Nuño de Guzmán y los oidores, fue por malos terceros, que por su honor aquí no nombro, porque le dijeron que si repartía la tierra, que cuando los conquistadores y pobladores se viesen con sus indios perpetuos no les tendrían en tanto acato ni serían tan señores de les mandar, porque no tendrían qué quitar ni poner, ni les vendrían a suplicar que les diese de comer; y de otra manera, que tendrían que dar de lo que vacase a quienes quisiesen, y ellos serían ricos y tendrían mayores poderes; y a este fin se dejó de hacer.

Verdad es que el Nuño de Guzmán y los oidores, en vacando indios, luego los depositaban a conquistadores y pobladores, y no eran tan malos, como los hacían, para los vecinos y pobladores, que a todos les contentaban y daban de comer; y si les quitaron redondamente de la audiencia real, fue por las contrariedades que tuvieron con Cortés y sobre el herrar de los indios libres por esclavos. Quiero dejar este capítulo y pasaré a otro, y diré acerca del repartimiento perpetuo.

Capítulo CCXI

Cómo el año de 1550, estando la corte en Valladolid, se juntaron en el real consejo de Indias ciertos prelados y caballeros, que vinieron de la Nueva-España y del Perú por procuradores, y otros hidalgos que se hallaron presentes, para dar orden que se hiciese el repartimiento perpetuo; y lo que en la junta se hizo y platicó es lo que diré

En el año de 1550 vino del Perú el licenciado de la Gasca, y fue a la corte, que en aquella razón estaba en Valladolid, y trajo en su compañía a un fraile dominico que se decía don fray Martín «el regente»; y en aquel tiempo su majestad le mandó hacer merced al mismo regente del obispado de las Charcas; y entonces se juntaron en la corte don fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, y don Vasco de Quiroga, obispo de Michoacan, y otros caballeros que vinieron por procuradores de la Nueva-España y del Perú, y ciertos hidalgos que venían a pleitos ante su majestad, que todos se hallaron en aquella sazón en la corte, y juntamente con ellos, a mí me mandaron llamar, como a conquistador más antiguo de la Nueva-España; y como el de la Gasca y todos los demás peruleros habían traído cantidad de millares de pesos de oro, así para su majestad como para ellos: y de lo que traían de su majestad se le envió desde Sevilla a Augusta de Alemania, donde en aquella sazón estaba su majestad, y en su real compañía nuestro felicísimo don Felipe, rey de las Españas, nuestro señor, su muy amado y querido hijo, que Dios guarde; y en aquel tiempo fueron Ciertos caballeros con el oro y por procuradores del Perú a suplicar a su majestad que fuese servido hacemos mercedes para que mandase hacer el repartimiento perpetuo: y según pareció, otras veces antes de aquella se lo habían suplicado por parte de la Nueva-España, cuando fue

un Gonzalo López y un Alonso de Villanueva con otros caballeros procuradores de México. Y su majestad mandó en aquel tiempo dar el obispado de Palencia al licenciado de la Gasca, que fue obispo y conde de Pernia, porque tuvo ventura que así como llegó a Castilla había vacado; y se decía en la corte por plática, que aun en esto tuvo ventura e dicho, demás de la que tuvo en dejar de paz el Perú, y tornar a haber el oro y plata que le habían robado los Contreras. Y volviendo a mi relación, lo que proveyó su majestad sobre la perpetuidad de los repartimientos de indios, fue enviar a mandar al marqués de Mondéjar, que era presidente en el real consejo de Indias, y al licenciado Gutierre Velázquez, y al licenciado Tello de Sandoval, y al doctor Hernán Pérez de la Fuente, y al licenciado Gregorio López, y al doctor Ribadeneyra, y al licenciado Briviesca, que eran oidores del mismo real consejo de Indias, y a otros caballeros de otros reales consejos, que todos se juntasen y que viesen y platicasen cómo se podía hacer el repartimiento, de manera que en todo fuese bien mirado el servicio de Dios, y su real patrimonio no viniese a menos. Y desque todos estos prelados y caballeros estuvieron juntos en las casas de Pero González de León, donde residía el real consejo de Indias, se platicó en aquella muy ilustrísima junta que se diesen los indios perpetuos en la Nueva-España y en el Perú, no me acuerdo bien si se nombró el nuevo reino de Granada e Bogotá; mas paréceme que también entraron con los demás, y las causas que se propusieron en aquel negocio fueron santas y buenas. Lo primero se platicó que, siendo perpetuos, serían muy mejor tratados e industriados en nuestra santa fe, y que si algunos adoleciesen, los curarían como a hijos y les quitarían parte de sus tributos; y que los encomenderos se perpetuarían mucho más en poner heredades y viñas y sementeras, y criarían ganados y

cesarían pleitos y contiendas sobre indios; y no había menester visitadores en los pueblos, y habría paz y concordia entre los soldados en saber que ya no tienen poder los presidentes y gobernadores para en vacando indios se los dar por vía de parentesco ni por otras maneras que en aquella sazón les daban; y con darles perpetuos a los que han servido a su majestad, descargaba su real conciencia; y se dijo otras muy buenas razones. Y más se dijo, que se habían de quitar en el Perú a hombres bandoleros, los que se hallasen que habían deservido a su majestad. Y después que por todos aquellos de la ilustre junta fue muy bien platicado de lo que dicho tengo, todos los más procuradores, con otros caballeros, dimos nuestros pareceres y votos que se hiciesen perpetuos los repartimientos: luego en aquella sazón hubo votos contrarios, y fue el primero el obispo de Chiapa, y lo ayudó su compañero fray Rodrigo, de la orden de santo Domingo, y asimismo el licenciado Gasca, que era obispo de Palencia y conde de Pernia, y el marqués de Mondéjar y dos oidores del consejo real de su majestad; y lo que propusieron en la contradicción aquellos caballeros por mi dichos, salvo el marqués de Mondéjar, que no se quiso mostrar a una parte ni a otra, sino que se estuvo a la mira a ver lo que decían y ver los que más votos tenían, fue decir que ¿cómo habían de dar indios perpetuos? Ni aun de otra manera por sus vidas no los habían de tener, sino quitárselos a los que en aquella sazón los tenían, porque personas había entre ellos en el Perú que tenían buena renta de indios, que merecían que los hubieran castigado, cuanto y más dárselos ahora perpetuos y que do creían que había en el Perú paz y asentada la tierra, habría soldados que, como viesen que no había que les dar, se amotinarían y habría más discordias. Entonces respondió don Vasco de Quiroga, obispo de

Michoacan, que era de nuestra parte, y dijo al licenciado de la Gasca que ¿por qué no castigó a los bandoleros y traidores, pues conocía y le eran notorias sus maldades, y que él mismo les dio indios? Y a esto respondió el de la Gasca, y se paró a reír, y dijo: «Creerán, señores, que hice poco en salir en paz y en salvo de entre ellos, y algunos descuarticé e hice justicia»; y pasaron otras razones sobre aquella materia. Y entonces dijimos nosotros, y muchos de aquellos señores que allí estábamos juntos, que se diesen perpetuos en la Nueva-España a los verdaderos conquistadores que pasamos con Cortés, y a los de Narváez y a los de Garay, pues habíamos quedado muy pocos, porque todos los demás murieron en las batallas peleando en servicio de su majestad, y lo habíamos servido bien; y que con los demás hubiese otra moderación. E ya que teníamos esta plática por nuestra parte, y la orden que dicho tengo, unos de aquellos prelados y señores del consejo de su majestad dijeron que cesase todo hasta que el emperador nuestro señor viniese a Castilla, que se esperaba cada día, para que en una cosa de tanto peso y calidad se hallase presente; y puesto que por el obispo de Michoacan e ciertos caballeros, e yo juntamente con ellos, que éramos de la parte de la Nueva-España, fue tornado a replicar, pues que estaban ya dados los votos conformes, se diesen perpetuos en la Nueva-España; y que los procuradores del Perú procurasen por si, pues su majestad lo había enviado a mandar, y en su real mando mostraba afición para que en la Nueva-España se diesen perpetuos. Y sobre ello hubo muchas pláticas y alegaciones, y dijimos que, ya que en el Perú no se diesen, que mirasen los muchos servicios que hicimos a su majestad y a toda la cristiandad; y no aprovechó cosa ninguna con los señores del real consejo de Indias y con el obispo fray Bartolomé de las Casas, y fray

Rodrigo, su compañero, y con el obispo de las Charcas. Y dijeron que en viniendo su majestad de Augusta de Alemania, se proveería de manera que los conquistadores serían muy contentos; y así se quedó por hacer. Dejaré esta plática, y diré que en posta se escribió en un navío a la Nueva-España, y como se supo en la ciudad de México las cosas arriba dichas que pasaron en la corte, concertaban los conquistadores de enviar por sí solos procuradores ante su majestad. Y aun a mí me escribió de México a esta ciudad de Guatemala el capitán Andrés de Tapia, y un Pedro Moreno Medrano y Juan de Limpias Carvajal, «el sordo», desde la Puebla, porque ya en aquella sazón era yo venido de la corte; y lo que me escribían, fue dándome cuenta y relación de los conquistadores que enviaban su poder: y en la memoria me contaban a mí por uno de los más antiguos, e yo mostré las cartas en esta ciudad de Guatemala a otros conquistadores, para que las ayudásemos con dineros para enviar los procuradores; y según pareció, no se concertó la ida por falta de pesos de oro, y lo que se concertó en México, fue que los conquistadores, juntamente con toda la comunidad, enviasen a Castilla procuradores, pero no se negoció y de esta manera andamos de mula coja, y de mal en peor, y de un visorrey en otro, y de gobernador en gobernador. Y después desto, mandó el invictísimo nuestro rey y señor don Felipe (que Dios guarde y deje vivir muchos años, con aumento de más reinos) en sus reales ordenanzas y provisiones que para ello ha dado, que los conquistadores y sus hijos en todo conozcamos mejoría, y luego los antiguos pobladores casados, según se verá en sus reales cédulas.

Capítulo CCXII

De otras pláticas y relaciones que aquí irán declaradas, que serán agradables de oír

Como acabé de sacar en limpio esta mi relación, me rogaron dos licenciados que se la emprestase para saber muy por extenso las cosas que pasaron en las conquistas de México y Nueva-España, y ver en qué diferían lo que tenían escrito los cronistas Francisco López de Gómara y el doctor Illescas acerca de las heroicas hazañas que hizo el marqués del Valle, de lo que en esta relación escribo: e yo se la presté, porque de sabios siempre se pega algo a los idiotas sin letras como yo soy, y les dije que no enmendasen cosa ninguna de las conquistas, ni poner ni quitar, porque todo lo que yo escribo es muy verdadero; y cuando lo hubieron visto y leído los dos licenciados, el uno dellos era muy retórico, y tal presunción tenía de sí, que después de la sublimar y alabar de la gran memoria que tuve para no se me olvidar cosa de todo lo que pasamos desde que vinimos a descubrir primero que viniese Cortés dos veces, y la postrera vine con Cortés, que fue en el año de 17 con Francisco Hernández de Córdoba, y en el 18 con un Juan de Grijalva, y en el de 19 vine con el mismo Cortés. Y volviendo a mi plática, me dijeron los licenciados que cuanto a la retórica, que va según nuestro común hablar de Castilla la Vieja, e que en estos tiempos se tiene por más agradable, porque no van razones hermoseadas ni afectadas, que suelen componer los cronistas que han escrito en cosas de guerras, sino toda una llaneza, y debajo de decir verdad se encierran las hermoseadas razones; y más dijeron, que les parece que me alabo mucho de mí mismo en lo de las batallas y reencuentros de guerra en que me hallé, y que otras

personas lo habían de decir y escribir primero que yo; y también, para dar más crédito a lo que he dicho, que diese testigos y razones de algunos cronistas que lo hayan escrito, como suelen poner y alegar los que escriben, y aprueban con otros libros de cosas pasadas, y no decir, como digo tan secamente, esto hice y tal me acaeció, porque yo no soy testigo de mi mismo. A esto respondí, y digo ahora, que en el primer capítulo de mi relación, en una carta que escribió el marqués del Valle en el año de 1540 desde la gran ciudad de México a Castilla, a su majestad, haciéndole relación de mi persona y servicios, le hizo saber cómo vine a descubrir Nueva-España dos veces primero que no él, y tercera vez que volví en su compañía, y como testigo de vista me vio muchas veces batallar en las guerras mexicanas y en toma de otras ciudades como esforzado soldado, hacer en ellas cosas notables y salir muchas veces de las batallas mal herido, y cómo fui en su compañía a Honduras e Higüeras, que así nombran en esta tierra, y otras particularidades que en la carta se contenían, que por excusar prolijidad aquí no declaro; y asimismo escribió a su majestad el ilustrísimo virrey don Antonio de Mendoza, haciendo relación de lo que había sido informado de los capitanes, en compañía de los que en aquel tiempo militaban, y conformaba todo con lo que el marqués del Valle escribió; y asimismo por probanzas muy bastantes que por mi parte fueron presentadas en el real consejo de Indias en el año de 540. Así, señores licenciados, vean si son buenos testigos Cortés y el virrey don Antonio de Mendoza y mis probanzas; y si esto no basta, quiero dar otro testigo, que no lo habla mejor en el mundo, que fue el emperador nuestro señor don Carlos V, por su real carta, cerrada con su real sello, mandó a los virreyes y presidentes que, teniendo respeto a los muchos y buenos servicios que le constó haberle hecho, sea antepuesto

y conozca mejoría yo y mis hijo: todas las cuales cartas tengo guardadas los originales dellas, y los traslados se quedaron en la corte en el archivo del secretario Ochoa de Luyando; y esto doy por descargo de lo que los licenciados me propusieron. Y volviendo a la plática, si quieren más testigos tengan atención y miren esta Nueva-España, que es tres veces más que nuestra Castilla y está más poblada de españoles, que por ser tantas ciudades y villas aquí no nombro, y miren las grandes riquezas que destas partes van cotidianamente a Castilla. Y demás desto, he mirado que nunca quieren escribir de nuestros heroicos hechos los dos cronistas Gómara y el doctor Illescas, sino que de toda nuestra prez y honra nos dejaron en blanco, si ahora yo no hiciera esta verdadera relación; porque toda la honra dan a Cortés; y puesto que tengan razón, no nos habían de dejar en olvido a los conquistadores, y de las grandes hazañas que hizo Cortés me cabe a mi parte, pues me hallé en su compañía de los primeros en todas las batallas que él se halló, y después en otras muchas que me envió con capitanes a conquistar otras provincias. Lo cual hallarán escrito en esta mi relación, dónde, cuándo y en qué tiempo: y también mi parte de lo que escribió en un blasón que puso en una culebrina, que fue un tiro que se nombró el Ave Fenix, el cual se forjó en México de oro y plata y cobre, y le enviamos presentado a su majestad, y decían las letras del blasón: «Esta ave nació sin par, yo en serviros sin segundo, y vos sin igual en el mundo». Así que parte me cabe desta loa de Cortés; y además desto, cuando fue Cortés la primera vez a Castilla a besar los pies a su majestad, le hizo relación que tuvo en las guerras mexicanas muy esforzados y valerosos capitanes y compañeros, que, a lo que creía, ningunos más animosos que ellos había oído en crónicas pasadas de los romanos; también me cabe parte dello. Y cuando fue a

servir a su majestad en lo de Argel, sobre cosas que allá acaecieron cuando alzaron el campo por la gran tormenta que hubo, dicen que dijo en aquella sazón muchas loas de los conquistadores sus compañeros; así, que de todas sus hazañas me cabe a mí parte dellas, pues yo fui en le ayudar. Y volviendo a nuestra relación de lo que dijeron los licenciados, que me alabo mucho de mi persona y que otros lo habían de decir, a esto respondí que en este mundo se suelen alabar unos vecinos a otros las virtudes y bondades que en ellos hay, y no ellos mismos; mas él que no se halló en la guerra, ni lo vio ni lo entendió, ¿cómo lo puede decir? ¿Habíanlo de parlar los pájaros en el tiempo que estábamos en las batallas, que iban volando, o las nubes que pasaban por alto, sino solamente los capitanes y soldados que en ello nos hallamos? Y si hubiérades visto, señores licenciados, que en esta mi relación hubiera yo quitado su prez y honra a algunos de los valerosos capitanes y fuertes soldados, mis compañeros, que en las conquistas nos hallamos, y aquella misma honra me pusiera a mí solo, justo fuera quitarme parte; mas aun no me alabo tanto como yo puedo y debo. Y a esta causa lo escribo para que quede memoria de mí; y quiero poner aquí una comparación, y aunque es por la una parte muy alta, y de la otra un pobre soldado como yo digo que me hallé en muchas más batallas que el Julio César, que dicen de él sus crónicas que fue muy animoso y presto en las armas y muy esforzado en dar una batalla, y cuando tenía espacio, de noche escribía por propias manos sus heroicos hechos; y puesto que tuvo muchos cronistas, no lo quiso fiar dellos, que él lo escribió; así que no es mucho que yo ahora en esta relación declare en las batallas que me hallé peleando y en todo lo acaecido. Y para que bien se entienda todo lo que dicho tengo, y en las batallas y reencuentros de guerra en que he hallado desde que vine a descubrir Nueva-

España hasta que estuvo pacificada, y puesto que hubo otras muchas guerras y reencuentros, que yo no me hallé en ellas, así por estar mal herido como por tener otros males que con los trabajos de las guerras suelen recrecer; y también, como había muchas provincias que conquistar, unos soldados íbamos a unas entradas y provincias y otros iban a otras; mas en las que yo me hallé son las siguientes:

Primeramente, cuando vine a descubrir Nueva-España y lo de Yucatán con un capitán que se decía Francisco Hernández de Córdoba, en la Punta de Cotoche un buen reencuentro de guerra.

Luego más adelante, en lo de Champotón, una buena batalla campal, en que nos mataron la mitad de todos nuestros compañeros e yo salí mal herido, y el capitán con dos heridas, de que murió.

Luego de aquel viaje en lo de la Florida, cuando fuimos a tomar agua, un buen reencuentro de guerra, donde salí herido, y allí nos llevaron vivo un soldado.

Y cuando vine con otro capitán que se decía Juan de Grijalva, una batalla campal que fue con los de Champotón, que fue en el mismo pueblo la primera vez cuando lo de Francisco Hernández, y nos mataron diez soldados, y el capitán salió mal herido.

Después cuando vine tercera vez con el capitán Cortés, en lo de Tabasco, que se dice el río de Grijalva, en dos batallas campales, yendo por capitán Cortés.

De que llegamos a Nueva-España, en la de Cingapacinga, con el mismo Cortés.

De ahí a pocos días en tres batallas campales en la provincia de Tlascala, con Cortés.

Luego el peligro de lo de Cholula.

Entrados en México, me hallé en la prisión de Montezuma; no lo escribo por cosa que sea de contar de guerra, sino por el gran atrevimiento que tuvimos en prender aquel tan gran cacique.

De ahí obra de cuatro meses, cuando vino el capitán Narváez contra nosotros, y traían mil y trescientos soldados, noventa de a caballo y ochenta ballesteros y noventa espingarderos, y nosotros fuimos sobre él doscientos y sesenta y seis y le desbaratamos y prendimos, con Cortés.

Luego fuimos al socorro de Alvarado, que le dejamos en México en guarda del gran Montezuma, y se alzó México, y en ocho días con sus noches que nos dieron guerra los mexicanos, nos mataron sobre ochocientos y sesenta soldados; pongo aquí en estos días, que batallamos seis días, y batallas en que me hallé.

Luego en la batalla que dimos en esta tierra de Otumba; luego cuando fuimos sobre Tepeaca, en una batalla campal, yendo por capitán el marqués Cortés.

Después cuando íbamos sobre Tezcuco, en un reencuentro de guerra con mexicanos y los de Tezcuco, yendo Cortés por capitán.

En dos batallas campales, y salí bien herido de un bote de lanza en la garganta, en compañía de Cortés.

Luego en dos reencuentros de guerra con los mexicanos cuando íbamos a socorrer ciertos pueblos de Tezcuco, sobre la cuestión de unos maizales de una vega, que están entre Tezcuco y México.

Luego cuando fui con el capitán Cortés, que dimos vuelta a la laguna de México, en los pueblos más recios que en la comarca había, los peñoles, que ahora se llaman, «del Marqués», donde nos mataron ocho soldados y tuvimos

mucho riesgo en nuestras personas, que fue bien desconsiderada aquella subida y tomada del peñol, con Cortés.

Luego en la batalla de Cuernavaca, con Cortés.

Luego en tres batallas en Suchimilco, donde estuvimos en gran riesgo todos de nuestras personas, y nos mataron cuatro soldados, con el mismo Cortés.

Luego cuando volvimos sobre México, en noventa y tres días que estuvimos en la ganar, todos los más destos días y noches teníamos batallas campales, y halló por cuenta que serían más de ochenta batallas, reencuentros de guerra en las que entonces me hallé.

Después de ganado México, me envió el capitán Cortés a pacificar las provincias de Guazacualco y Chiapa y zapotecas, y me hallé en tomar la ciudad de Chiapa, y tuvimos dos batallas campales y un reencuentro.

Después en los de Chamula y Cuitlan otros dos encuentros de guerra.

Después en Teapa y Cimatan otros dos reencuentros de guerra, y mataron dos compañeros míos, y a mí me hirieron malamente en la garganta.

Más que se olvidaba, cuando nos echaron de México, que salimos huyendo, en nueve días que peleamos de día y de noche, en otras cuatro batallas.

Después la ida de Higüeras y Honduras con Cortés, que estuvimos dos años y tres meses hasta volver a México, y en un pueblo que llamaban Zulaco hubimos una batalla campal, y a mí me mataron el caballo, que me costó seiscientos pesos.

Después de vueltos a México ayudé a pacificar las sierras

de los zapotecas y minxes, que se habían alzado entre tanto que estuvimos en aquella guerra.

No cuento otros muchos reencuentros de guerra, poro que sería nunca acabar, ni digo de cosas de grandes peligros en que me hallé y se vio mi persona.

Y tampoco quiero decir cómo soy uno de los primeros que volvimos a poner cerco a México primero que Cortés cuatro o cinco días; por manera que vine primero que el mismo Cortés a descubrir Nueva-España dos veces, y como dicho tengo, me hallé en tomar la gran ciudad de México y en quitarles el agua de Chalputepeque, y hasta que se ganó México no entró agua dulce en aquella ciudad.

Capítulo CCXII-bis

De las señales y planetas que hubo en el cielo de Nueva-España antes que en ella entrásemos, y pronósticos de declaración que los indios mexicanos hicieron, diciendo sobre ellos; y de una señal que hubo en el cielo, y otras cosas que son de traer a la memoria

Dijeron los indios mexicanos, que poco tiempo había, antes que viniésemos a Nueva-España, que vieron una señal en el cielo, que era como entre verde y colorado y redonda como rueda de carreta y que junto a la señal venía otra raya y camino de hacia donde sale el sol y se venía a juntar con la raya colorada; y Montezuma, gran cacique de México, mandó llamar a sus papas y adivinos, para que mirasen aquella cosa y señal, nunca entre ellos vista ni oída, que tal hubiese, y según pareció, los papas lo comunicaron con el ídolo Huichilobos, y la respuesta que dio, fue que tendrían muchas guerras y pestilencias, y que habría sacrificación de sangre humana. Y como vinimos en aquel tiempo con Cortés y dende a diez meses, vino Narváez y trajo un negro lleno de viruelas, el cual las pegó a todos los indios que había en un pueblo que se decía Cempoal, y desde aquel pueblo cundió en toda Nueva-España y hubo grande pestilencia. Y además de esto las guerras que nos dieron en México cuando fuimos al socorro de Pedro de Alvarado, que de mil y trescientos soldados que en ella entramos, mataron y sacrificaron ochocientos y cincuenta; por manera que los que lo dijeron, salieron ciertos en los de las señales. Nosotros nunca las vimos, sino por dicho de mexicanos lo pongo aquí, porque así lo tienen en sus pinturas, las cuales hallamos verdaderas. Lo que yo vi y todos cuantos quisieron ver, en el año del veinte y siete, estaba una señal del cielo de noche a manera de espada larga, como entre la provincia de

Pánuco y la ciudad de Tezcuco, y no se mudaba del cielo, a una parte ni a otra, en más de veinte días: y dijeron los papas e indios mexicanos que era señal que habría pestilencia, y dende a pocos días hubo sarampión y otra enfermedad, como lepra que hedía muy mal, de lo cual murió mucha gente, pero no tanto como de la viruela. También quiero decir cómo en la villa de Guazacualco en el año veinte y ocho, llovió una aguacero de terrones, y no eran de la manera que otras veces suele llover, y en cayendo en el suelo, aquello que parecía agua, se congelaba en sapos, poco mayores que moscardones y se cuajó el suelo de ellos y luego comenzaron a saltar la vía del río que estaba cerca y sin ir unos la vía de otros, ni quebrar la vía derecha, se entraron en el río, y como eran muchos y la tierra calurosa, y hace muchos soles no pudieron llegar todos los sapos al río, y así quedaron muchos en el suelo, y aves carniceras y de rapiña comieron todos los más, y los que no llegaron dieron mal olor, y los mandamos limpiar para quitar la hedentina. Así mismo dijeron otras personas de fe y de creer, que en un pueblo cerca de la Veracruz, que se dice Cempoal, llovió en aquel instante muchos sapillos junto a un ingenio de azúcar, que había en aquella sazón en Cempoal que era del contador Albornoz. Y como esto de llover de los sapos, parece que no son cosas que todos los hombres las ven con los ojos, estuve por no escribirlas, porque como dicen los sabios: que cosas de admiración que no se cuenten; y leyendo esta relación un caballero, vecino de esta ciudad, persona de calidad que se dice Juan de Guzmán, dijo que es verdad, que vinieron él y otro hidalgo Por la provincia del Yucatán que llovió tantos sapos que en los capotes que llevaban de camino, del agua que cayó en ellos, se congeló gran cantidad de sapos pequeños, y que los sacudieron. Y así mismo dijo otro vecino de Guatemala, que

se llama Cosme Román, que en la Ciudad Vieja llovió sapillos y era en el tiempo que dijo Guzmán. Volvamos a una gran tormenta y tempestad que acaeció en Guatemala y es que en el año mil y quinientos y cuarenta y uno, por el mes de septiembre, llovió tanta agua, tres días con sus dos noches, que se hinchó una boca de un volcán que estaba obra de una legua de la ciudad de Guatemala y reventó por un lado de la abertura del volcán y, del gran ímpetu del agua, trajo muchas piedras y árboles, de tal manera que si no lo hubiera visto, no lo pudiera creer, porque dos yuntas de bueyes, no las podrían arrancar, las cuales piedras están hoy día por señal; y además de ella, los árboles con sus raíces muy grandes, y muchos maderos y piedras chicas; el agua era a manera de lama y cieno cuajado, y hubo tan gran viento que hacía alzar olas al agua, puesto que era como lama, y con esta agua, grandísimo ruido, no se oían unos a otros vecinos, ni padres a hijos no se podían valer. Y esta tormenta fue en sábado en la noche a obra de las diez, en once de septiembre del año ya por mí dicho. Y toda aquella tempestad, de piedras, maderos, agua y cieno, vino por mitad de lo poblado de Guatemala y llevó y derribó todas las casas que halló, por fuertes y recias que eran, y murieron en ellas muchos hombres, mujeres y niños, y se perdieron cuantas alhajas y hacienda tenían los vecinos; y otras muchas casas que estaban en parte, que la tormenta no las llevó, quedaron llenas hasta las ventanas de lama, lodo y piedras, atravesando muchos árboles; y en aquella sazón, que esto pasaba, se recogió a rezar en un oratorio, una ilustre señora que se decía doña Beatriz de la Cueva, mujer del adelantado, don Pedro de Alvarado, y tenía consigo algunas damas y doncellas que había traído de Castilla para las casar; y estando rezando y rogando a Dios que las guardase de la tempestad, cuando no se cató vino el

agua y cieno con tanto sonido y recio que la derribó, la casa y oratorio, y las ahogó y llevó el agua; que no se escaparon sino una señora que se dice doña Leonor de Alvarado, hija del adelantado, la cual hallaron entre unos árboles y piedras grandes y desde que la conocieron sus criados la sacaron medio muerta y sin sentido; y ahora en esta sazón está casada con un caballero, que se dice don Francisco de la Cueva que es primo del duque de Alburquerque, y tiene hijos varones muy buenos caballeros e hijas doncellas muy generosas para casar, y también escaparon otras dos señoras de las que no recuerdo sus nombres. Volveré a tratar de esta materia que después día claro, muchas personas dijeron que cuando andaba la tormenta, que oyeron silbos, y voces y aullidos muy espantables, y decían que venían envueltos con las piedras muchos demonios, que de otra manera que era cosa imposible venir tantas piedras y árboles sobre sí, y que andaba en las olas una vaca con un cuerno y dos bultos de hombres como negros de malas caras y gestos y que decían a grandes voces: Dejadlo, dejadlo, que todo ha de perecer y acabar. Y cuando salían los vecinos a las puertas o se asomaban a las ventanas a ver que cosa era, tomaban en sí gran pavor y si porfiaban de salir de una calle a otra para se guarecer, los padres a los hijos, y los maridos a sus mujeres, los arrebataba la ola de agua y del cieno y los llevaba hasta el río que estaba muy cerca. Y además de estos desastres hizo otros peores males a los indios que estaban poblados y vivían más arriba, en aquel pasaje donde venían las piedras y maderas, agua y cieno, y a todos los ahogó. Dios perdónelos así a unos como a los otros, Fama fue que aquella señora, ya por mí nombrada otras veces, que allí se ahogó, que pocos días habían le habían traído nuevas de que el adelantado, su marido, le habían muerto, en socorro que fue a hacer en los soldados de Nochitlán, españoles,

según más largamente lo he recontado y está escrito, y como le trajeron tan tristes nuevas, ella se mesó los cabellos y lloró mucho y se rasguñó su cara y por más sentimiento mandó que todas las paredes de su casa se parasen negras con una tinta y betún negro; y después de hechas las, honras por su querido marido, pareció que echaba menos cada día más al adelantado su marido, y daba gritos y voces y hacía muchos sentimientos y no quería comer, ni recibir consolación; y como se suele usar consolar a los tristes y viudas, iban a verla muchos caballeros de esta ciudad y la decían palabras con que se consolase y no tuviese tanta pena, pues Dios fue servido de llevarse aquel caballero: y que hiciese bien por su alma, y diese gracias a Dios por ello, y la decían otras palabras de consuelo que en tales cosas se suelen decir; y dicen que respondió, que daba gracias a Dios por ello, pero que no tenía otro consuelo en este mundo, en que Dios nuestro señor la pudiese hacer más daño de lo hecho en llevarle a su marido; y dijeron muchas personas que si fueran dichas aquellas palabras de todo corazón, que fueron muy malas y que Dios nuestro señor, no se pagó de ellas y que fue servido por aquella blasfemia, la tempestad viniese y que feneciese en ella con sus doncellas, y que muriesen, así vecinos, mujeres y niños e indios e indias, y casas y haciendas y que todo se perdiese. Secretos son de Dios, por todo lo que es servido de hacer y le hemos de dar gracias y loores y con corazones contritos suplicarle, nos perdone nuestros pecados. Después que he estado en Guatemala, he oído decir que nunca aquella señora dijo tan malas palabras, sino que tan solamente que deseaba morirse con su marido; y lo demás que se lo levantaron. Y volviendo a decir de las piedras que trajo la avenida, son tan grandes, que cuando vienen a esta ciudad forasteros, las van a ver y quedan espantados. Después de aquella desdicha pasó de la

tormenta, los vecinos que escaparon de ella buscaron los cuerpos de los muertos y los enterraron y no osaron vivir en la ciudad: porque muchos de ellos y casi todos se fueron a estar a sus estancias, y otros hicieron ranchos y chozas en el campo, hasta que se acordó por todos los vecinos que se poblase esta ciudad donde ahora está, que solía ser labranza de maizales. Y cierto no fue buen acuerdo tomar tan mal asiento, porque mejor estuviera en Petapa y más convenientes para todos los vecinos mercaderes, o en los llanos de Chimaltenango; y si miramos bien en ello, en esta ciudad desde que aquí se asentó, nunca faltan trabajos de venir el río crecido o temblores. Y dejando esto del mal asiento, quiero traer a la memoria lo que se acordó y ordenó en esta ciudad por el obispo pasado, de buena memoria, y otros caballeros, que se hiciese una procesión cada año a once de septiembre y que saliese de la iglesia mayor y fuese de madrugada a la Ciudad Vieja, y llevase todas las cruces y dignidades y clérigos y religiosos todos con gran contrición, cantando las letanías y otras santas oraciones, y todos los demás rezando y demandando a Dios misericordia, para que nos perdone nuestros pecados y los de los que murieron en aquella tormenta, hasta llegar con la procesión a la Iglesia que solía ser en la Ciudad Vieja, y la tienen bien adornada y enramada, y paños de tapicería, y aderezados los altares y allí dicen misa los sacerdotes y religiosos y desde que acaban de decir las misas, dicen sus responsos por los difuntos que allí están enterrados y ponen en las sepulturas de personas insignes algunas tumbas con hachas de cera encendidas; y ofreciendo pan y vino y carneros y en otras de lo que pueden, según la calidad de los difuntos que allí están enterrados y todas las más veces hay sermones y el obispo, ya otra vez por mí nombrado, iba con la procesión, el cual murió, y en su testamento dejó cierta renta para que se

pagase a los sacerdotes, las misas que dijesen: remítome al testamento. Y después que se ha dicho misa y oído sermón, muchos vecinos de esta ciudad y Caballeros y señoras tienen allá sus ollas, meriendas y comidas suntuosas, según que se usa en Castilla, y se van a holgar a algunas huertas y jardines o en el campo, o como cuando tenemos una procesión fuera de la ciudad o promesa o advocación e santos, se tiene por costumbre en Castilla, llevar el almuerzo. Esto que aquí he dicho y relatado, yo no me hallé en ello, mas dígolo porque entre los papeles y memorias que dejó el buen obispo don Francisco Marroquín, estaban escritos los temblores, cómo y cuándo y de qué manera pasó, según aquí va declarado, y lo demás me dijeron personas de fe y de creer, que se hallaron presentes en la avenida, porque en aquel tiempo estaba en Chiapas; y después de esto pasado, han corrido otros tiempos, que dicen los curas y dignidades de esta santa Iglesia de Guatemala, que no dejó renta el obispo don Francisco Marroquín, de buena memoria, para hacer la procesión que se solía hacer, y así está ya todo olvidado de tantos años a esta parte ya pasados.



BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO. Conquistador español nacido en Medina del Campo hacia 1495 o 1496. Viajó a América en la expedición de Pedro Arias Dávila, que había sido nombrado un año antes gobernador de Castilla del Oro. Al parecer estuvo con éste algún tiempo en la zona del istmo de Panamá. De allí viajó a Cuba, donde participó en las tres grandes expediciones, que, sobre tierras hoy mexicanas, partieron desde esa isla: la descubridora de Francisco Hernández de Córdoba en 1517, la exploradora de Juan de Grijalva en 1518, y la conquistadora de Hernán Cortés en 1519.

Participó en una multitud de acontecimientos de la Conquista, no sólo en lo que hoy es México, sino también en países como Guatemala y Honduras.

En 1552 comenzó a escribir una de las crónicas históricas más completas sobre la conquista de México: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Vivió en la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala y allí se

casó con Teresa de Becerra, hija del conquistador de Guatemala, Bartolomé. Fue regidor de Santiago durante más de 30 años, recibió varios títulos, entre ellos el nombramiento de Hijodalgo y el Certificado de Armas dado por Felipe II.

Murió en Santiago de los Caballeros de Guatemala (Antigua Guatemala) en 1584.

Notas

[1] Por ejemplo, las crónicas atribuidas a Alonso de Ojeda, Alonso de Mata y Jerónimo Ruiz de la Mota. No he mencionado, en cambio, el texto publicado, del que se describe como *Conquistador anónimo* de origen incierto, ni tampoco la relación de Bernardino Vázquez de Tapia que es, de hecho, una probanza de méritos. Véase: *Conquistador anónimo*, *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temistitán-México*. Introducción de Edmundo O'Gorman, México, Alcancía, 1941, y Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de*…, publicada por vez primera por Manuel Romero de Terreros, México, 1939. <<

[2] Esta designación he dado a los testimonios indígenas que, traducidos al castellano, publiqué por vez primera en 1959: *Visión de los vencidos*, Introducción, selección y notas de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional, 1959. Permítaseme la vanidad de añadir que este libro se ha reimpreso en numerosas ocasiones y de él existen traducciones (en orden de aparición) al inglés, italiano, alemán, francés, ruso, polaco, sueco, hebreo, húngaro y japonés. <<

[3] Hay noticia de esto en la Probanza de méritos, promovida por los descendientes de Pedro de Alvarado el 4 de junio de 1563. *Pasadas muchas cosas que este testigo* [Bernal] *tiene escritas en un memorial de las guerras, como persona que a todo ello estuvo presente*. Publicada en Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, 2 v., México, Editorial Porrúa, 1955, t. II, p. 433. <<

[4] De ello habla el oidor Alonso de Zorita, que estuvo en

Guatemala de 1553 a 1557, y escribió: *Bernaldo Díaz del Castillo, vecino de Guatemala… fue conquistador; me dijo, estando yo por oidor de la Real Audiencia de los Confines que reside en la ciudad de Santiago de Guatemala, que escribía la historia de aquella tierra y me mostró parte de lo que tenía escrito; no sé si la acabó, ni si ha salido a luz* en Alonso de Zorita. *Historia de la Nueva España*, edición de Manuel Serrano y Sanz, Madrid. 1909, p. 23. <<

[5] Véase: Ramón Iglesia, «Dos estudios sobre el mismo tema». *El hombre Colón y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1944, pp. 56-59. <<

[6] Henry R. Wagner ofrece una descripción de la mayor parte de estos testimonios en «Bernal Díaz del Castillo, Three Studies on the Same Subject», *The Hispanic American Historical Review*, Washington, D. C., mayo, 1945, v. XXV, núm, 2, pp. 199-211. <<

[7] Iglesia, op. cit., p. 102; Wagner, op. cit., p. 160, y Sáenz de Santa María, *Introducción crítica a la Historia verdadera de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1967, p. 45. <<

[8] Cristóbal Bermúdez Plata, *Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII* y *XVIII*, Sevilla, 1940, t. I, p. 135. <<

[9] Véase: *Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán en la India (!), en el año de 1518, en la que fue comandante y capitán general Juan de Grijalva, escrito para su alteza por el capellán mayor de dicha armada*, México, Universidad Nacional, 1939. <<

[10] La obra de Gonzalo de Illescas, *Historia pontifical y católica en la cual se contienen las vidas y hechos de todos los pontífices romanos*, impresa en Dueñas, 1564, habla de Cortés y la conquista, inspirada en Gómara. Lo mismo ocurre con

Paulo Jovio en *Elogios o vidas de los caballeros antiguos y modernos, ilustres en valor de guerra que están al vivo pintados en el museo de P. J.* Traducida del latín por Gaspar de Baeza, Granada. 1568. <<

[11] William Robertson, *Historia de América*, 3 v., Barcelona, 1840. t. 3, p. 270. <<

[12] Este parecer del fiscal Villalobos se incluye en la documentación de la que solicitó y obtuvo un tanto autorizado el hijo de Bernal, Pedro del Castillo Becerra, en abril de 1613. Véase la edición de la *Historia verdadera*, preparada sobre la base del manuscrito preservado en Guatemala por Joaquín Ramírez Cabañas. 2 v., México, Editorial Porrúa, 1955, t. II. p. 408 <<

[13] *Ibid.*, p. 409. <<

[14] *Cartas de Indias*, Madrid, 1877, p. 38. <<

[15] *Ibid.*, p. 42. <<

[16] Véase Alonso de Zorita, *Sumaria relación de los señores de la Nueva España*, en Joaquín García Icazbalceta, *Nueva colección de documentos para la historia de México*, México, 1891. Respecto de la *Historia de la Nueva España*, el historiador español don Manuel Serrano y Sanz publicó la primera parte en Madrid, 1909. En la actualidad, Edmundo O'Gorman prepara en la Universidad Nacional de México la edición completa de esta importante obra. <<

[17] Zorita, *Historia de la Nueva España*, pp. 23-24. <<

[18] «Carta de Bernal Díaz del Castillo a fray Bartolomé de las Casas, 20 de febrero de 1558», en Ramírez Cabañas (ed.), op. cit., t. II, p. 451. <<

[19] *Ibid.*, p. 449. <<

[20] Tucídides. *Historia de la guerra del Peloponeso*,

Introducción de Edmundo O'Gorman. México, Editorial Porrúa, 1975, p. 10 (Colección Sepan Cuántos…, 290). <<

[21] «Declaración de Bernal Díaz del Castillo en la probanza de servicios del adelantado don Pedro de Alvarado, hecha a petición de su hija, doña Leonor de Alvarado». en Ramírez Cabañas (ed.), op. cit., t. II, pp. 433-434. <<

[22] «Carta de Bernal Díaz del Castillo al rey, de 25 de enero de 1567», *ibid*., t. II, p. 455. <<

[23] *Actas del Cabildo de Guatemala*, libro V, Archivo General del Gobierno de Guatemala. <<

[24] Sobre este curioso asunto, véase Sáenz de Santa María, *Introducción crítica*, op. cit., p. <<

[25] La documentación al respecto se conserva en el Archivo General del Gobierno de Guatemala. <<

[26] Véase Sáenz de Santa María, op. cit., p. 134. <<

[27] *Loc. cit.* <<

[28] Se incluye esta probanza como parte del texto de otra posterior, de Bartolomé Becerra. Véase: Ramírez Cabañas (ed.), op. cit., t. II, pp. 459-473. <<

[29] Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, editada por Miguel León-Portilla, con un volumen de estudios e índices, 7 v., 3.ª edición. México. Universidad Nacional, México. 1975-1983 (lib. V, cap. IV), t. II, p. 22. <<

[30] *Ibid*. (lib. V, cap. V, t. II, p. 30). <<

[31] Antonio de Herrera publicó la primera edición de su *Historia general de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano que llama indias Occidentales*, Madrid, 1601. <<

[32] Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, México,

1947 p, 190. <<

[33] Por mucho tiempo se formularon varias hipótesis para establecer la lecha de la muerte de Bernal. En una probanza de méritos (de Marcos Ramírez), conservada en el Archivo General de Indias (Sevilla), Audiencia de Guatemala 56, se hace constar que murió precisamente el 3 de febrero de 1584. Véase Sáenz de Santa María, *Introducción crítica*, op. cit., p. 110. <<

[34] Wagner, op. cit., p. 179. <<

[35] *Ibid.*, p. 182. <<

[36] *Ibid.*, p. 187. <<

[37] Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, México. El Colegio de México, 1944, pp. 33-116. Debe señalarse que Iglesia había presentado desde 1935, en el XXVI Congreso Internacional de Americanistas (Sevilla), una ponencia de tema bernaldesco. Por otra parte, dos de los ensayos publicados en 1944 habían visto la luz desde 1940 bajo el pie de imprenta de *Revista Tiempo*, México, 1940. <<

[38] *Ibid.*, p. 75. <<

[39] *Ibid.*, p. 109. <<

[40] *Ibid.*, p. 116. <<

[41] Sáenz de Santa María. *Introducción crítica*…, op. cit., páginas 95-97. <<

[42] Genaro García, *Noticias bibliográficas* (introducción a la primera edición del manuscrito conservado en Guatemala), de B. Díaz del Castillo, *Historia verdadera*…, 3 vol., México, 1904.

Carlos Pereyra, *Bernal Díaz del Castillo. Descubrimientos y conquista de México*, Buenos Aires, 1920, Biblioteca de

Historia Iberoamericana.

Alberto María Carreño, *Bernal Díaz del Castillo, descubridor, conquistador y cronista de la Nueva España*, México, Ediciones Xóchitl, 1946.

R. B. Cunningham Graham, *Bernal Díaz del Castillo, historiador de la conquista*, Buenos Aires, 1943.

Herbert Cerwin, *Bernal Díaz, Historian of the Conquest*, Norman, University of Oklahoma Press, 1963. <<

[43] Iglesia, op. cit., p. 75. <<

[44] *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad con las phrases o modos de hablar*, 6 v., Madrid, 1726-1739, t. I, p. 91. <<

[45] Manuel Alvar. *Americanismos en la «Historia» de Bernal Díaz del Castillo*, Madrid. 1970. Revista Española de Filología, anejo LXXXIX, p. 4. <<

[46] Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Introducción de Martín de Riquer, 2 v., Madrid, Editorial Labor, 1973, libro II, cap. VIII, t. II, p. 68. <<

Índice